
MALACHI MARTIN
EL ÚLTIMO
PAPA
BIBLIOTHECA
HOMO
LEGENS

MALACHI MARTIN
EL ÚLTIMO PAPA

La historia como prólogo: indicios del fin

1957

Los diplomáticos, acostumbrados a tiempos difíciles y a los métodos más duros en la economía, el comercio y la rivalidad internacional, no son muy propensos a los augurios. No obstante, sus perspectivas eran tan prometedoras que los seis ministros de Exteriores reunidos en Roma el 25 de marzo de 1957 consideraban que todo a su alrededor -la centralidad pétrea de la primera ciudad europea, el viento purificador, el cielo despejado y la sonrisa benigna del clima reinante- era el propio manto de la bienaventuranza que los arropaba al colocar la primera piedra del nuevo edificio de las naciones.

Como socios en la creación de una nueva Europa, que acabaría con el conflictivo nacionalismo que tantas veces había dividido este antiguo delta, aquellos seis hombres y sus gobiernos estaban unidos por la convicción de que sus países estaban a punto de abrirse a un amplio horizonte económico y a un elevado techo político nunca contemplado hasta entonces. Estaban a punto de firmar los tratados de Roma. Estaban a punto de crear la Comunidad Económica Europea.

Hasta donde alcanzaba recientemente la memoria, sólo la muerte y la destrucción habían asolado sus capitales. Había transcurrido apenas un año desde que los soviéticos habían afirmado su determinación expansionista, con la sangre del intento de rebelión en Hungría, y el ejército soviético podía invadir Europa en cualquier momento. Nadie esperaba que Estados Unidos y su plan Marshall soportaran eternamente la carga de la construcción de la nueva Europa. Ni ningún gobierno europeo quería verse atrapado entre Estados Unidos y la Unión Soviética, en una rivalidad que sólo podía aumentar en décadas venideras.

Como si estuvieran ya acostumbrados a actuar unidos ante tal realidad, los seis ministros firmaron como fundadores de la CEE. Los tres representantes de las naciones del Benelux, porque en Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo era precisamente donde se había puesto a prueba la idea de una nueva Europa y se había comprobado que era cierta, o por lo menos bastante cierta. El ministro francés, porque su país sería el corazón de la nueva Europa, como siempre lo había sido de la antigua. Italia, por su condición de alma europea. Alemania occidental, porque el mundo nunca volvería a marginar a aquel país.

Y así nació la Comunidad Europea. Se felicitó a los visionarios geopolíticos que lo habían hecho posible: Robert Schuman y Jean Monnet de Francia, Konrad Adenauer de Alemania occidental y Paul Henri Spaak de Bélgica. Todo el mundo se congratulaba. Dinamarca, Irlanda y Gran Bretaña no tardarían en reconocer la sensatez de la nueva aventura. Y aunque con ayuda y paciencia, Grecia, Portugal y España acabarían también por integrarse. Evidentemente, quedaba todavía la cuestión de mantener a raya a los soviéticos, así como la de encontrar un nuevo centro de gravedad. Pero indudablemente la incipiente CEE sería la punta de lanza de la nueva Europa, si se pretendía que Europa sobreviviera.

Concluidas las firmas, las rúbricas y los brindis, llegó el momento del característico ritual romano y privilegio de los diplomáticos: una audiencia con el papa octogenario en el palacio apostólico de la colina del Vaticano.

Sentado en su tradicional trono papal, con todo el ceremonial vaticano en una engalanada sala, su santidad Pío XII recibió a los seis ministros y a sus séquitos con semblante risueño. Su acogida fue sincera. Sus comentarios, breves. Su actitud fue la de un antiguo propietario y residente en un vasto territorio, que ofrecía algunas indicaciones a los recién llegados y residentes potenciales.

Europa, les recordó el Santo Padre, había tenido sus eras de grandeza cuando una fe común alentaba los corazones de sus pueblos. Europa, instó, podía recuperar su grandeza geopolítica, renovarse y brillar de nuevo, si lograban crear un nuevo corazón. Europa, indicó, podía forjar de nuevo una fe sobrenatural común y aglutinadora.

Interiormente, los ministros se sintieron incómodos. El papa Pío acababa de señalar la mayor de las dificultades a las que se enfrentaba la CEE en el día de su nacimiento. Bajo sus palabras se ocultaba la advertencia de que ni el socialismo democrático, ni la democracia capitalista, ni la perspectiva de una buena vida, ni la «Europa» mística de los humanistas, facilitarían el motor capaz de impulsar su sueño. En términos prácticos, su Europa carecía de un centro iluminador, de una fuerza o principio superior que la aglutinara y la impulsara. Le faltaba lo que era él.

Hechas sus advertencias, el Santo Padre hizo tres cruces en el aire para otorgarles la bendición papal tradicional. Unos pocos se arrodillaron para recibirla; otros, que permanecieron de pie, agacharon la cabeza. Sin embargo, para ellos había llegado a ser imposible relacionar al papa con el bálsamo sanador del Dios al que alegaba representar como vicario, o reconocer dicho bálsamo como único factor aglutinador capaz de sanar el alma del mundo; también eran incapaces de aceptar que los tratados económicos y políticos no pudieran adherir los corazones y las mentes de la humanidad.

No obstante, a pesar de su fragilidad, no tuvieron más remedio que sentir envidia de aquel dignatario solitario en su trono, ya que, como el belga Paul Henri Spaak comentó más adelante, el papa presidía una organización universal. Además, no era un mero representante electo de dicha organización. Era el poseedor de su poder. Su centro de gravedad.

Desde la ventana de su estudio en el tercer piso del palacio apostólico, el Santo Padre observó a los arquitectos de la nueva Europa cuando subían a sus limusinas en la plaza, a sus pies.

-¿Qué opina su santidad? ¿Puede su nueva Europa llegar a ser suficientemente fuerte para Moscú?

Pío miró a su compañero, un jesuita alemán amigo de toda la vida y confesor predilecto.

-El marxismo es todavía el enemigo, padre. Pero los anglosajones tienen la iniciativa. -En sus labios, anglosajón significaba poderío angloestadounidense-. Su Europa irá lejos. Y con celeridad. Pero el mayor día para Europa todavía no ha amanecido.

El jesuita no alcanzó a comprender la visión del papa.

-¿Qué Europa, santidad? ¿El mayor día para la Europa de quién?

-Para la Europa nacida hoy -respondió sin titubear el Santo Padre-. El día en que esta Santa Sede se sujete a la nueva Europa de diplomáticos y políticos, a la Europa centrada en Bruselas y París, aquel día comenzarán realmente los infortunios de la Iglesia -agregó, antes de volver la cabeza para contemplar de nuevo los vehículos que se alejaban por la plaza de San Pedro-. La nueva Europa tendrá su pequeño día, padre. Pero sólo un día.

1960

Nunca había estado pendiente una cuestión más prometedora, ni había tratado el papa de algo tan importante con sus colaboradores, como el asunto de la agenda papal aquella mañana de febrero de 1960. Desde su elección hacía poco más de un año, su santidad Juan XXIII -a quien no había tardado en denominarse «Juan el Bueno»- había trasladado la Santa Sede, el gobierno pontificio y la mayor parte del mundo diplomático y religioso exterior a una nueva órbita. Ahora, parecía querer levantar también el mundo.

A sus setenta y siete años en el momento de su elección, aquel individuo de aspecto campesino y bonachón había sido elegido como papa interino, como dignatario inofensivo cuyo breve mandato serviría para ganar tiempo -cuatro o cinco años según sus previsiones- hasta encontrar al sucesor adecuado, que dirigiría la Iglesia durante la guerra fría. Pero a los pocos meses de su nombramiento y ante el asombro general, había inaugurado su reinado con la sorprendente convocatoria de un concilio ecuménico. A decir verdad, casi todos los funcionarios vaticanos, incluidos los consejeros llamados a participar en aquella reunión confidencial -en las salas pontificias del cuarto piso del palacio apostólico-, estaban sumamente atareados con los preparativos de dicho concilio.

Con la franqueza que le caracterizaba, el papa compartía sus opiniones con un puñado de hombres elegidos a tal fin: aproximadamente una docena de importantes cardenales, así como cierto número de obispos y canónigos de la Secretaría de Estado. Estaban presentes dos expertos traductores portugueses.

-Debemos tomar una decisión -declaró en tono confidencial su santidad-, y es preferible que no lo hagamos solos.

El asunto, les dijo, concernía una carta ya famosa en el mundo entero, recibida por su predecesor en el trono de san Pedro. Las circunstancias de dicha carta eran tan conocidas, prosiguió, que apenas necesitaban un mínimo esbozo.

Fátima, en otra época uno de los pueblos más desconocidos de Portugal, había saltado de pronto a la fama en 1917 como el lugar donde tres jóvenes campesinos, dos niñas y un niño, habían recibido seis visitas, o visiones, de la Virgen María. Al igual que muchos millones de católicos, los presentes en aquella sala sabían que la Virgen había confiado tres secretos a los niños de Fátima. Todos sabían también que, como lo había pronosticado el ente celestial, dos de los niños habían muerto en la infancia y sólo la mayor, Lucía, había sobrevivido. Era del conocimiento general que Lucía, entonces monja de clausura, había revelado desde hacía mucho tiempo los dos primeros secretos de Fátima. Pero según Lucía, era la voluntad de la Virgen que fuera el papa reinante en 1960 quien diera a conocer el tercer secreto y que, simultáneamente, el mismo papa organizara una consagración mundial de «Rusia» a la Virgen María. Dicha consagración equivaldría a una condena pública a nivel mundial de la Unión Soviética.

Si dicha consagración se efectuaba, siempre según Lucía, la Virgen había prometido que «Rusia» se convertiría y dejaría de ser una amenaza. Sin embargo, si el papa reinante en 1960 no satisfacía su voluntad, «Rusia divulgaría sus errores por todas las naciones», habría mucho sufrimiento y destrucción, y la fe de la Iglesia sería tan corrupta que sólo en Portugal se conservaría intacto «el dogma de la fe».

Durante su tercera aparición en Fátima en julio de 1917, la Virgen había prometido sellar su mandato con una prueba tangible de su autenticidad como mensaje divino. El día 13 de octubre de aquel mismo año, a las doce del mediodía, haría un milagro. Y a aquella hora de aquel día, en presencia de setenta y cinco mil personas, algunas procedentes de lugares muy lejanos, incluidos periodistas y fotógrafos, científicos y escépticos, y numerosos clérigos perfectamente fiables, los niños presenciaron un milagro asombroso.

El sol violó todas las leyes naturales imaginables. Después de interrumpir un persistente chaparrón, que había dejado a todos los presentes empapados de agua y había convertido aquel remoto lugar en un auténtico cenagal, se puso a bailar literalmente en el cielo. Arrojó a la tierra un espectacular arco iris. Descendió hasta que parecía inevitable que envolvería a la multitud. Luego, con la misma presteza, regresó a su posición normal y brilló con su benevolencia acostumbrada. Todo el mundo estaba atónito. La ropa de los presentes estaba tan inmaculada como si acabara de salir de la tintorería. Nadie había sufrido ningún daño. Todos habían visto bailar el sol, pero sólo los niños habían visto a la Virgen.

-Creo que es evidente --dijo el buen papa Juan antes de sacar un sobre de una caja, semejante en tamaño a las de cigarros, que estaba sobre una mesa junto a él-, lo primero que se debe hacer esta mañana.

Una ola de emoción embargó a sus consejeros. El motivo de su presencia era, por consiguiente, leer en privado la carta secreta de Lucía. No era una exageración afirmar que decenas de millones de personas en el mundo entero esperaban que «el papa reinante en 1960» revelara las partes del tercer secreto tan bien guardado hasta entonces y obedeciera el mandato de la Virgen. Con dicha idea presente en su mente, su santidad subrayó el significado exacto y literal del término «privado». Con la certeza de que su advertencia respecto al secreto estaba clara, el Santo Padre entregó la carta de Fátima a los traductores portugueses, que tradujeron el texto secreto de viva voz al italiano.

-Bien -dijo el papa cuando concluyó la lectura, señalando inmediatamente la decisión que prefería no tomar a solas-, debemos tener en cuenta que desde agosto de 1959 hemos mantenido unas delicadas negociaciones con la Unión Soviética. Nuestra aspiración es que por lo menos dos prelados de la Iglesia ortodoxa soviética asistan a nuestro concilio.

El papa Juan decía frecuentemente «nuestro concilio» para referirse al venidero Concilio Vaticano II.

¿Qué debía hacer?, preguntó su santidad aquella mañana. La providencia le había elegido a él como «papa reinante en 1960». Sin embargo, si obedecía lo que la hermana Lucía describía claramente como mandato de la Reina de los Cielos, si él y sus obispos declaraban pública, oficial y universalmente que «Rusia» estaba plagada de errores perniciosos, arruinaría su iniciativa soviética. Pero además de su ferviente deseo de que la Iglesia ortodoxa estuviera representada en el concilio, si el sumo pontífice utilizaba su plena autoridad papal y su jerarquía para llevar a cabo el mandato de la Virgen, ello

equivaldría a catalogar como criminal a la Unión Soviética y a Nikita Jruschov, su dictador marxista vigente. Arrastrados por la ira, ¿no tomarían los soviéticos represalias? ¿No sería el papa responsable de una nueva ola de persecuciones y de la muerte de millones de personas a lo largo y ancho de la Unión Soviética, sus satélites y países ocupados?

Para hacer hincapié en lo que le preocupaba, su santidad ordenó que se leyera de nuevo una parte de la carta de Fátima. Vio comprensión, y en algunos casos alarma, en todos los rostros que había a su alrededor. Si los presentes habían comprendido con tanta facilidad el pasaje clave del tercer secreto, preguntó, ¿no lo entenderían los soviéticos con la misma facilidad? ¿No extraerían del mismo la información estratégica que les otorgaría una ventaja indudable sobre el mundo libre?

-Todavía podemos celebrar nuestro concilio, pero...

No fue necesario que su santidad acabara la oración. Ahora todo estaba claro. La publicación del secreto tendría repercusiones en el mundo. Perturbaría gravemente a los gobiernos amistosos. Se enajenaría a los soviéticos por una parte y se les brindaría ayuda estratégica por otra. El buen papa debía tomar una decisión a nivel geopolítico fundamental.

Nadie dudaba de la buena fe de la hermana Lucía, pero varios consejeros señalaron que habían transcurrido casi veinte años desde 1917, cuando había oído las palabras de la Virgen, y el momento de escribir la carta, a mitad de los años treinta. ¿Qué garantía tenía el Santo Padre de que el tiempo no le había ofuscado la memoria? ¿Y qué garantía existía de que tres jóvenes campesinos analfabetos, ninguno de los cuales llegaba en aquella época a los doce años, hubieran transmitido con precisión un mensaje tan complejo? ¿No podía haber entrado en juego cierta fantasía infantil preliteral? Tropas de la Unión Soviética habían penetrado en España para participar en la guerra civil y luchaban a escasos kilómetros del lugar donde Lucía había escrito su carta. ¿No habría influido en las palabras de Lucía su propio miedo de los soviéticos?

Emergió una voz discrepante en el consenso que se formaba. Un cardenal, jesuita alemán amigo y confesor predilecto del papa hasta el último momento, no pudo guardar silencio ante tal degradación del papel de la intervención divina. Una cosa era que ministros de gobiernos seglares abandonaran los aspectos prácticos de la fe, pero con toda seguridad era claramente inaceptable que también lo hicieran unos clérigos encargados de asesorar al Santo Padre.

-La decisión que aquí se debe tomar -declaró el jesuita- es simple y *prima facie.* O bien aceptamos esta carta, obedecemos sus instrucciones y esperamos luego sus consecuencias, o sinceramente la rechazamos. Olvidamos el asunto. Guardamos la carta en secreto como reliquia histórica, seguimos como hasta ahora y, por decisión propia, nos desprendemos de una protección especial. Pero que ninguno de los presentes dude de que hablamos del destino de la fe de la humanidad.

A pesar de la confianza que a su santidad le inspiraban la experiencia y la lealtad del cardenal jesuita, la decisión fue desfavorable para Fátima.

-*Questo non é per i nostri tempi* (Esto no es para nuestros tiempos) -dijo el Santo Padre.

A los pocos días, el cardenal leyó en los periódicos el breve comunicado de la Oficina de Prensa del Vaticano. Sus palabras quedarían grabadas permanentemente en su mente, como desobediencia rotunda a la voluntad divina.

Por el bien de la Iglesia y el bienestar de la humanidad, decía el comunicado, la Santa Sede ha decidido no publicar en este momento el texto del tercer secreto. «…La decisión del Vaticano se apoya en varias razones. Primera: la hermana Lucía vive todavía. Segunda: el Vaticano conoce ya el contenido de la carta. Tercera: a pesar de que la Iglesia reconoce las apariciones de Fátima, no se compromete a garantizar la veracidad de las palabras que tres pequeños pastores aseguran haber oído de Nuestra Señora. Ante tales circunstancias, es sumamente probable que el secreto de Fátima permanezca permanentemente sellado.»

-*Ci vedremo* (Ya lo veremos) -dijo el cardenal, después de leer el comunicado.

Conocía el procedimiento. La Santa Sede intercambiaría unas palabras amistosas con Nikita Jruschov, y el sumo pontífice celebraría su concilio, al que asistirían los prelados ortodoxos de la Unión Soviética. Pero quedaba por responder si su santidad, el Vaticano y la Iglesia padecerían ahora las consecuencias prometidas por Fátima.

O para planteado en términos geopolíticos, la pregunta era si la Santa Sede se había sometido a «la

nueva Europa de los diplomáticos y los políticos», como lo había pronosticado el predecesor del buen papa.

-En aquel momento -había declarado el caduco anciano-, empezarán realmente los infortunios de la Iglesia.

-Ya lo veremos.

De momento, al cardenal no le quedaba más remedio que aceptar los acontecimientos. De un modo u otro, era sólo cuestión de tiempo.

1963

El entronamiento del arcángel caído Lucifer tuvo lugar en los confines de la ciudadela católica romana el 29 de junio de 1963, fecha indicada para la promesa histórica a punto de convertirse en realidad. Como bien sabían los principales agentes de dicha ceremonia, la tradición satánica había pronosticado desde hacía mucho tiempo que la Hora del Príncipe llegaría en el momento en que un papa tomara el nombre del apóstol Pablo. Dicha condición, el indicio de que el «tiempo propicio» había empezado, acababa de cumplirse hacía ocho días con la elección del último sucesor de san Pedro.

Apenas habían dispuesto de tiempo para los complejos preparativos desde la finalización del cónclave pontificio, pero el tribunal supremo había decidido que no podía haber otra fecha más indicada para el entronamiento del príncipe que el día en que se celebraba la fiesta de ambos príncipes san Pedro y san Pablo, en la ciudadela. Y no podía haber lugar más idóneo que la propia capilla de San Pablo, situada como estaba tan cerca del palacio apostólico.

La complejidad de los preparativos se debía primordialmente a la naturaleza de la ceremonia. Las medidas de seguridad eran tan rígidas en el grupo de edificios vaticanos, entre los que se encuentra dicha histórica capilla, que los actos ceremoniales no podían pasar en modo alguno inadvertidas. Si se proponían alcanzar su objetivo, si el ascenso al trono del príncipe debía efectivamente realizarse en el «tiempo propicio», todos los elementos de la celebración del sacrificio del calvario serían trastornados por la otra celebración opuesta. Lo sagrado debería ser profano. Lo profano, adorado. A la representación no sangrienta del sacrificio del débil innominado en la cruz, debería sustituirla la violación suprema y sangrienta del propio innominado. La culpa debería aceptarse como inocencia. El dolor debería producir goce. La gracia, el arrepentimiento y el perdón debían ahogarse en la orgía de sus contrarios. Y todo debía hacerse sin cometer errores. La secuencia de acontecimientos, el significado de las palabras y las acciones, debían constituir en su conjunto la perfecta representación del sacrilegio, el máximo rito de la traición.

El delicado asunto se puso enteramente en las experimentadas manos del guardián de confianza del príncipe en Roma. Aquel prelado de expresión pétrea y lengua viperina, además de experto en la compleja liturgia de la Iglesia romana, era sobre todo un maestro del ceremonial del príncipe del fuego y la oscuridad. Sabía que el objetivo inmediato de toda ceremonia consistía en venerar «la abominación de la desolación». Pero el siguiente objetivo debía ser ahora el de oponerse al débil innominado en su propia fortaleza, ocupar la ciudadela del débil durante el «tiempo propicio», para asegurar el ascenso del príncipe en la misma con una fuerza irresistible, suplantar al guardián de la ciudadela y tomar plena posesión de las llaves confiadas por el débil al guardián.

El guardián se enfrentó directamente al problema de la seguridad. Elementos tan discretos como el pentagrama, las velas negras y los paños apropiados podían formar parte de la ceremonia romana. Pero las demás rúbricas, como por ejemplo la vasija de huesos y el estrépito ritual, o la víctima y los animales del sacrificio, serían excesivas. Debería celebrarse un entronamiento paralelo. Se alcanzaría el mismo efecto con una concelebración por parte de los «hermanos» en una capilla transmisora autorizada. A condición de que los participantes en ambos lugares «dirigieran» todo elemento de la ceremonia a la capilla romana, la ceremonia en su conjunto alcanzaría su objetivo específico. Todo sería cuestión de unanimidad de corazones, identidad de intención y sincronización perfecta de actos y palabras en la capilla emisora y en la receptora. Las voluntades y las mentes de los participantes, concentrados en el objetivo específico del príncipe, trascenderían toda distancia.

Para una persona tan experimentada como el guardián, la elección de una capilla emisora era fácil. Bastaba con una llamada telefónica a Estados Unidos. A lo largo de los años, los adeptos del príncipe en

Roma habían desarrollado una impecable unanimidad de corazón y una inquebrantable identidad de intención con el amigo del guardián, Leo, obispo de la capilla en Carolina del Sur.

Leo no era su nombre, sino su descripción. Sobre su gran cabeza lucía una frondosa cabellera plateada, para todo el mundo semejante a la melena de un león. En los cuarenta años aproximadamente desde que su excelencia había fundado su capilla, la cantidad y categoría social de los participantes que había atraído, la pundonorosa blasfemia de sus ceremonias y su frecuente disposición a cooperar con quienes compartían su punto de vista y sus últimos objetivos habían establecido hasta tal punto la superioridad de su parroquia que ahora era ampliamente admirada entre los iniciados como la «capilla madre» en Estados Unidos.

La noticia de que dicha capilla había sido autorizada como capilla emisora para un acontecimiento de tanta importancia como el entronamiento del príncipe en el corazón de la ciudadela romana se recibió con sumo júbilo. Además, los amplios conocimientos litúrgicos y la gran experiencia de Leo permitieron ahorrar mucho tiempo. No fue necesario, por ejemplo, evaluar su apreciación de los principios contradictorios sobre los que se estructuraba toda adoración del arcángel. Ni dudar de su deseo de aplicar a aquella batalla la estrategia definitiva, destinada a acabar con la Iglesia católica romana como institución pontificia, desde su fundación por el débil innominado.

No era siquiera necesario explicar que el último objetivo no era el de aniquilar la organización católica romana. Leo comprendía lo poco inteligente y la pérdida de tiempo que eso supondría. Era decididamente preferible convertir dicha organización en algo verdaderamente útil, homogeneizarla y asimilarla a una gran orden mundial de asuntos humanos; limitarla a objetivos única y exclusivamente humanistas.

El guardián y el obispo estadounidenses, ambos expertos y con los mismos criterios, redujeron sus preparativos para la ceremonia a una lista de nombres y un inventario de las rúbricas.

La lista de nombres del guardián que asistirían a la capilla romana la componían hombres de gran talante: clérigos de alto rango e importantes seglares, verdaderos servidores del príncipe en el interior de la ciudadela. Algunos habían sido elegidos, introducidos, formados y promocionados en la falange romana a lo largo de varias décadas, mientras que otros representaban la nueva generación destinada a promulgar la agenda del príncipe durante las décadas venideras. Todos comprendían la necesidad de permanecer inadvertidas, ya que la regla dice: «La garantía de nuestro mañana se basa en la convicción actual de que no existimos. »

La lista de participantes de Leo, distinguidos hombres y mujeres en la vida social, los negocios y el gobierno, era tan impresionante como el guardián esperaba. Pero la víctima, una niña, su excelencia afirmó que constituiría un auténtico galardón para la violación de la inocencia.

El inventario de las rúbricas necesarias para la ceremonia paralela se centró principalmente en los elementos que no podían utilizarse en Roma. En la capilla emisora de Leo deberían encontrarse los frascos de tierra, aire, fuego y agua. Comprobado. El osario. Comprobado. Los pilares rojo y negro. Comprobado. El escudo. Comprobado. Los animales. Comprobado. Y así sucesivamente. Comprobado. Comprobado.

La sincronización de las ceremonias en ambas capillas era algo con lo que Leo ya estaba familiarizado. Como de costumbre, se imprimirían unos fascículos, irreligiosamente denominados misales, para el uso de los participantes en ambas capillas y, también como de costumbre, estarían redactados en un latín impecable. Se establecería una comunicación telefónica entre mensajeros ceremoniales en ambas capillas, a fin de que los participantes pudieran desempeñar sus funciones en perfecta armonía con sus hermanos.

Durante el acontecimiento, los latidos del corazón de los participantes deberían estar perfectamente sintonizados con el odio, no el amor. Debería alcanzarse plenamente la gratificación del dolor y la consumación, bajo la dirección de Leo en la capilla emisora. El honor de coordinar la autorización, las instrucciones y las pruebas, elementos definitivos y culminantes de esa peculiar celebración, correspondería al propio guardián en el Vaticano.

Por fin, si todo el mundo cumplía exactamente lo previsto por la regla, el príncipe consumaría por fin su más antigua venganza contra el débil, el enemigo despiadado que a lo largo de los tiempos se había fingido el más misericordioso, y a quien bastaba la más profunda oscuridad para verlo todo.

Leo podía imaginar el resto. El acto del entronamiento crearía un manto perfecto, opaco y suave

como el terciopelo, que ocultaría al príncipe entre los miembros de la Iglesia oficial en la ciudadela romana. Entronado en la oscuridad, el príncipe podría fomentar aquella misma oscuridad como nunca hasta entonces. Amigos y enemigos se verían afectados por un igual. La oscuridad de la voluntad adquiriría tal profundidad que ofuscaría incluso el objetivo oficial de la existencia de la ciudadela: la adoración perpetua del innominado. Con el transcurso del tiempo, el macho cabrío acabaría por expulsar al cordero y tomaría posesión de la ciudadela. El príncipe se infiltraría hasta apoderarse de una casa, «la casa», que no era la suya.

-Piensa, amigo mío -dijo el obispo Leo, casi loco de anticipación-. Lo inalcanzable será alcanzado. Éste será el coronamiento de mi carrera. ¡El coronamiento del siglo veinte!

Leo no estaba muy equivocado.

Era de noche. El guardián y sus acólitos trabajaban en silencio para dejado todo listo en la capilla receptora de San Pablo. Frente al altar colocaron un semicírculo de reclinatorios. Sobre el propio altar, cinco candelabros con elegantes velas negras. Un paño rojo como la sangre sobre el tabernáculo cubría un pentagrama de plata. A la izquierda del altar había un trono, símbolo del príncipe reinante. Unos paños negros, con símbolos de la historia del príncipe bordados en oro, cubrían las paredes, así como sus hermosos frescos y cuadros donde se representaban escenas de la vida de Jesucristo y los apóstoles.

Conforme se acercaba la hora, empezaron a llegar los verdaderos servidores del príncipe dentro de la ciudadela: la falange romana. Entre ellos se encontraban algunos de los hombres más ilustres que en aquel momento pertenecían al colegio, la jerarquía y la burocracia de la Iglesia católica romana, así como representantes seglares de la falange, tan destacados como los miembros de la jerarquía.

Tomemos como ejemplo a aquel prusiano que entraba ahora por la puerta: un magnífico ejemplar de la nueva especie laica si jamás había existido. Sin haber cumplido todavía los cuarenta, era ya un personaje importante en ciertos asuntos críticos de carácter transnacional. Incluso la luz de las velas negras hacía brillar la montura de acero de sus gafas y su incipiente calvicie, como para distinguirlo de los demás. Elegido como delegado internacional y representante plenipotenciario en el entronamiento, el prusiano llevó al altar una cartera de cuero que contenía las cartas de autorización y las instrucciones, antes de ocupar su lugar en el semicírculo.

Una media hora antes de la medianoche, los reclinatorios estaban ocupados por la generación vigente de una tradición principesca, implantada, alimentada y cultivada en el seno de la antigua ciudadela, a lo largo de unos ochenta años. Aunque durante algún tiempo poco numeroso, el grupo había persistido al amparo de la oscuridad como cuerpo exterior y espíritu ajeno dentro de su anfitrión y víctima. Se había infiltrado en las oficinas y en las actividades de la ciudadela romana, y había dispersado sus síntomas por el flujo sanguíneo de la Iglesia universal, como una infección subcutánea. Síntomas como el cinismo y la indiferencia, fecharías e infidelidades en cargos de responsabilidad, despreocupación por la doctrina correcta, negligencia en juicios morales, desidia respecto a principios sagrados y ofuscación de recuerdos esenciales, así como del lenguaje y actitud que los caracterizaba.

Ésos eran los hombres reunidos en el Vaticano para el entronamiento, y ésa la tradición promulgada mediante la administración universal con cuartel general en la ciudadela. Con los misales en la mano, la mirada fija en el altar y el trono y la mente y la voluntad intensamente concentradas, esperaban en silencio el inicio a medianoche de la fiesta de San Pedro y San Pablo, la quintaesencia de los días santos en Roma.

La capilla emisora, un amplio salón en el sótano de una escuela parroquial, había sido meticulosamente equipada de acuerdo con las ordenanzas. El obispo Leo lo había dirigido todo personalmente. Ahora, sus acólitos especialmente seleccionados se apresuraban para ultimar los detalles que él comprobaba.

Lo primero era el altar, situado en el extremo norte de la capilla. Sobre el mismo yacía un gran crucifijo, con la cabeza hacia el norte. Al lado, el pentagrama cubierto por un paño rojo con una vela negra a cada costado. Encima del mismo, una lámpara roja con su llama ritual. En el extremo este del altar, una jaula, y dentro de la jaula, *Flinnie,* un perrito de siete semanas al que se había administrado un suave sedante para su breve momento de utilidad al príncipe. Tras el altar, unas velas color azabache a la espera de que la llama ritual entrara en contacto con sus mechas.

En el muro sur, sobre un aparador, el incensario y un recipiente con carbón e incienso. Frente al aparador, los pilares rojo y negro de los que colgaba el escudo de la serpiente y la campana de la infinidad. Junto al muro este, frascos de tierra, aire, fuego y agua alrededor de una segunda jaula. En la jaula, una paloma, desconocedora de su suerte como parodia no sólo del débil innominado sino de toda la trinidad. Libro y facistol, dispuestos junto al muro oeste. El semicírculo de reclinatorios, cara al norte, frente al altar. Junto a los reclinatorios, los emblemas de entrada: el osario al oeste, cerca de la puerta; al este, la media luna creciente y la estrella de cinco puntas, con vértices de astas de chivo erguidas. En cada reclinatorio, un misal que usarían los participantes.

Por fin Leo miró hacia la propia entrada de la capilla. Vestimentas especiales para el entronamiento, idénticas a las que él y sus atareados acólitos ya llevaban puestas, colgaban de un perchero junto a la puerta. En el momento en que llegaban los primeros participantes, comparó la hora de su reloj de pulsera con la de un gran reloj de pared. Satisfecho de los preparativos, se dirigió a un gran ropero adjunto que servía de vestidor. El arcipreste y el fray médico habrían preparado ya a la víctima. Faltaban apenas treinta minutos para que el mensajero de la ceremonia estableciera contacto telefónico con la capilla receptora en el Vaticano. Habría llegado «la hora».

No sólo eran diferentes los requerimientos materiales de ambas capillas, sino también los de sus participantes. Los de la capilla de San Pablo, todos hombres, vestían túnicas y fajas según su rango eclesiástico o impecables trajes negros los seglares. Concentrados y resolutos, con la mirada fija en el altar y en el trono vacío, parecían los piadosos clérigos romanos y feligreses laicos que a todas luces aparentaban ser.

Con las mismas distinciones de rango que la falange romana, los participantes estadounidenses en la capilla emisora contrastaban no obstante enormemente con sus colegas en el Vaticano. Aquí participaban hombres y mujeres. Y en lugar de sentarse o arrodillarse con un atuendo impecable, a su llegada se desnudaban por completo, para ponerse la túnica sin costuras prescrita para el entronamiento, roja como la sangre en honor al sacrificio, larga hasta las rodillas, desprovista de mangas, escotada y abierta por delante. Se desnudaron y vistieron en silencio, sin prisas ni nerviosismo, con un sosiego ritual, plenamente concentrados.

Debidamente ataviados, los participantes pasaron junto al osario para recoger un pequeño puñado de su contenido, antes de ocupar su lugar en el semicírculo de reclinatorios frente al altar. Conforme disminuía el contenido del osario y se iban ocupando los reclinatorios, el barullo ritual empezó a romper el silencio. Sin dejar de sacudir ruidosamente los huesos, cada participante empezó a hablar consigo mismo, con los demás, con el príncipe, o con nadie en particular. No muy estrepitosamente al principio, pero con una cadencia ritual perturbadora.

Llegaron más participantes, y cogieron su correspondiente puñado de huesos. El semicírculo se llenó. El ronroneo dejó de ser un suave susurro cacofónico. La persistente algarabía de rezos, plegarias y chirrido de huesos generó una especie de caldeamiento controlado. El ruido se tornó iracundo, como al borde de la violencia, para convertirse en un controlado concierto de caos; un barullo de odio y repulsión que impregnaba el cerebro; un preludio concentrado de la celebración del entronamiento del príncipe de este mundo, en el interior de la ciudadela del débil.

Con su elegante túnica, roja como la sangre, Leo se dirigió de manera parsimoniosa al vestuario. De momento, le pareció que todo estaba bien dispuesto. Debidamente ataviado, el arcipreste de gafas y algo calvo con quien compartiría la dirección de la ceremonia había encendido una sola vela negra para el inicio de la procesión. Había llenado también un gran cáliz dorado de vino tinto y lo había cubierto con una patena plateada. Sobre ésta, había colocado una gran hostia.

Un tercer hombre, el fray médico, estaba sentado en un banco. Ataviado como los otros dos, sujetaba a una niña sobre su regazo: su hija Agnes. Leo observó con satisfacción el aspecto inusualmente tranquilo y complaciente de Agnes. A decir verdad, en esta ocasión parecía lista para el acontecimiento. Llevaba una holgada túnica blanca hasta los tobillos. Y al igual que a su perrito en el altar, se le había administrado un suave sedante para facilitar su función en el misterio.

-Agnes -susurró el médico al oído de la niña-. Ha llegado casi el momento de reunirte con papá.

-No es mi papá... -dijo la niña en un tono apenas audible, quien a pesar de las drogas logró abrir

los ojos para mirar a su padre-. Dios es mi papá...

-¡BLASFEMIA! -exclamó Leo después de que las palabras de la niña transformaran su talante de satisfacción, al igual que la energía eléctrica se convierte en rayo-. *¡Blasfemia!*

Escupió la palabra como una bala. En realidad, su boca se convirtió en un cañón del que emergió un bombardeo de insultos contra el médico. Doctor o no, ¡era un inepto! ¡La niña tenía que haber estado debidamente preparada! ¡Había dispuesto de tiempo más que suficiente para ello!

Ante el ataque del obispo Leo, el médico se puso pálido como la cera. Pero no su hija, que hizo un esfuerzo para volver sus inolvidables ojos, enfrentarse a la iracunda mirada de Leo y repetir su desafío.

-¡Dios es mi papá...!

Con las manos temblorosas por la agitación, el fray médico agarró la cabeza de su hija y la obligó a que le mirara.

-Cariño -le dijo con dulzura-. Yo soy tu papá. Siempre lo he sido. Y también tu mamá, desde que ella nos abandonó.

-No eres mi papá... Has dejado que cogieran a *Flinnie...* No hay que hacerle daño a *Flinnie...* Es sólo un perrito... Los perritos son hijos de Dios...

-Agnes, escúchame. Yo soy tu papá. Ya es hora de que...

-No eres mi papá... Dios es mi papá... Dios es mi mamá... Los papás no hacen cosas que a Dios no le gustan... No eres...

Consciente de que la capilla receptora en el Vaticano debía de estar a la espera de que se estableciera el contacto ceremonial telefónico, Leo movió enérgicamente la cabeza para ordenarle al arcipreste que prosiguiera. Como en tantas ocasiones anteriores, el procedimiento de emergencia era el único recurso, y el requerimiento de que la víctima fuera consciente de la primera consumación ritual, significaba que debía llevarse a cabo inmediatamente.

Cumpliendo con su obligación sacerdotal, el arcipreste se sentó junto al fray médico y trasladó a Agnes, debilitada por el efecto de las drogas, a su propio regazo.

-Escúchame, Agnes. Yo también soy tu papá. ¿Te acuerdas del amor especial que existe entre nosotros? ¿Lo recuerdas?

Agnes seguía obstinadamente en sus trece.

-No eres mi papá... Los papás no me maltratan... no me hacen daño... no dañan a Jesús...

Al cabo de algunos años, el recuerdo de Agnes de aquella noche, ya que por fin la recordó, no contenía ningún aspecto agradable, ningún vestigio de lo meramente pornográfico. Su recuerdo de aquella noche, cuando llegó, formaba un todo con el recuerdo del conjunto de su infancia. Un todo con su recuerdo del prolongado avasallamiento por parte del maligno. Un todo con su recuerdo, su persistente sentido, de aquel luminoso tabernáculo oculto en su alma infantil, donde la luz transformaba su agonía en valor y le permitía seguir luchando.

De algún modo sabía, aunque todavía no lo comprendía, que en aquel tabernáculo interior era donde Agnes realmente vivía. Aquel centro de su existencia era un refugio intocable donde residía la fuerza, el amor y la confianza, el lugar donde la víctima sufridora, el verdadero objetivo del asalto que se perpetraba contra Agnes, había santificado para siempre la agonía de la niña unida a la suya.

Fue desde el interior de aquel refugio donde Agnes oyó todas y cada una de las palabras pronunciadas en el vestuario aquella noche del entronamiento. Desde el interior de aquel refugio vio los ojos furibundos del obispo Leo y la mirada fija del arcipreste. Conocía el precio de la resistencia. Sintió que su cuerpo abandonaba el regazo de su padre. Vio la luz reflejada en las gafas del arcipreste. Vio que su padre se acercaba de nuevo. Vio la aguja en su mano. Sintió la punzada. Experimentó de nuevo el impacto de la droga. Se percató de que alguien la levantaba en brazos. Pero seguía luchando. Luchaba contra la blasfemia, contra los efectos de la violación, contra el canto, contra el horror que sabía quedaba todavía por venir.

Desprovista por las drogas de fuerza para moverse, Agnes evocó su fuerza de voluntad como única arma y susurró una vez más las palabras de su desafío y su agonía: «No eres mi papá... No lastimes a Jesús... No me hagas daño... »

Había llegado la hora, el principio del tiempo propicio para el ascenso del príncipe en la ciudadela.

Cuando sonó la campanilla de la infinidad, los participantes en la capilla de Leo se pusieron simultáneamente de pie. Con los misales en la mano y el lúgubre acompañamiento del tintineo de los huesos, cantaron a pleno pulmón una triunfante profanación del himno del apóstol Pablo:

-*¡Maran Atha!* ¡Ven, Señor! ¡Ven, oh, príncipe! ¡Ven! ¡Ven!... Un grupo de acólitos debidamente entrenados, hombres y mujeres, inició el recorrido del vestuario al altar. A su espalda, demacrado pero de porte distinguido incluso con su vestimenta roja, el fray médico llevó a la víctima al altar y la extendió junto al crucifijo. A la sombra parpadeante del pentagrama velado, su pelo casi tocaba la jaula que contenía su pequeño perro. A continuación y siguiente en rango, parpadeando tras sus gafas, llegó el arcipreste con la vela negra del vestuario y ocupó su lugar a la izquierda del altar. En último lugar apareció el obispo Leo con el cáliz y la hostia, y agregó su voz al himno procesional:

-¡Y en polvo te convertirás!

Las últimas palabras del antiguo cántico flotaron sobre el altar de la capilla emisora.

« ¡Y en polvo te convertirás!» El antiguo cántico que envolvió el cuerpo lacio de Agnes ofuscó su mente en mayor grado que las drogas, e intensificó el frío que sabía que se apoderaría de ella.

-¡Y en polvo te convertirás! ¡Amén! ¡Amén!

Las antiguas palabras flotaron sobre el altar de la capilla de San Pablo. Con sus corazones y voluntades unidos a los de los participantes emisores en Estados Unidos, la falange romana comenzó a recitar las letanías de sus misales, empezando por el himno de la Virgen violada y concluyendo con las invocaciones a la corona de espinas.

En la capilla emisora, el obispo Leo se retiró del cuello el bolso de la víctima y lo colocó reverentemente entre la cabeza del crucifijo y el pie del pentagrama. Acto seguido, ante el ronroneo renovado de los participantes y el traqueteo de los huesos, los acólitos colocaron tres piezas de incienso sobre el carbón encendido del incensario. Casi inmediatamente un humo azul se esparció por la estancia, y su potente olor envolvió por un igual a la víctima, los celebrantes y los participantes.

En la mente aturdida de Agnes, el humo, el olor, las drogas, el frío y el barullo se *mezclaban para formar una nefasta cadencia.*

A pesar de que no se dio ninguna señal, el experimentado mensajero ceremonial le comunicó a su corresponsal en el Vaticano que las invocaciones estaban a punto de empezar. De pronto se hizo un silencio en la capilla estadounidense. El obispo Leo levantó solemnemente el crucifijo, lo colocó invertido frente al altar y, mirando a la congregación, levantó la mano izquierda para hacer la señal invertida de la bendición: el reverso de la mano cara a los participantes, el pulgar sujetando los dedos corazón y anular pegados a la palma de la mano y el índice y el meñique levantados para simbolizar los cuernos del macho cabrío.

-¡Invoquemos!

En un ambiente de fuego y oscuridad, el principal celebrante en cada capilla entonó una serie de invocaciones al príncipe. Los participantes en ambas capillas respondieron a coro. Luego, y sólo en la capilla emisora en Estados Unidos, un acto apropiado siguió a cada respuesta: una interpretación ritual del espíritu y del significado de las palabras. La perfecta coordinación de palabras y voluntades entre ambas capillas era responsabilidad de los mensajeros ceremoniales, que se mantenían en contacto telefónico. De aquella perfecta coordinación se tejería la sustancia adecuada de intención humana, que arroparía el drama del entronamiento del príncipe.

-Creo en un poder -declaró con convicción el obispo Leo.

-Y su nombre es Cosmos -respondieron los participantes en ambas capillas, fieles al texto invertido de sus misales latinos.

La acción apropiada tuvo lugar a continuación en la capilla emisora. Dos acólitos incensaron el altar. Otros dos recogieron los frascos de tierra, aire, fuego y agua, los colocaron sobre el altar, inclinaron la cabeza frente al obispo y regresaron a sus respectivos lugares.

-Creo en el único hijo del amanecer cósmico -discantó Leo.

-Y su nombre es Lucifer.

Segunda respuesta de la antigüedad. Los acólitos de Leo encendieron las velas del pentagrama y lo incensaron.

-Creo en el misterioso.

Tercera invocación.

-Y él es la serpiente venenosa en la manzana de la vida.

Tercera respuesta.

Con un constante traqueteo de huesos, los asistentes se acercaron al pilar rojo y giraron el escudo de la serpiente, en cuyo reverso se mostraba el árbol de la sabiduría.

El guardián en Roma y el obispo en Estados Unidos discantaron la cuarta invocación:

-Creo en el antiguo leviatán.

Al unísono, a través de un océano y un continente, se oyó la cuarta respuesta:

-Y su nombre es odio.

Se incensaron el pilar rojo y el árbol de la sabiduría. Quinta invocación:

-Creo en el antiguo zorro.

-Y su nombre es «mentira» -fue la quinta respuesta.

Se incensó el pilar negro, como símbolo de todo lo desolado y abominable.

A la luz parpadeante de las velas y envuelto en una nube de humo azulado, Leo dirigió la mirada a la jaula de *Flinnie,* situada junto a Agnes sobre el altar. El perrito estaba ahora casi atento, e intentaba levantarse en respuesta a los cánticos, el tintineo y el traqueteo.

Leo leyó la sexta invocación:

-Creo en el antiguo cangrejo.

-Y su nombre vive en el dolor -fue la sexta respuesta a coro.

Clic, clac, hacían los huesos. Con todos los ojos clavados en él, un acólito subió al altar, introdujo la mano en la jaula donde el perrito movía alegremente la cola, inmovilizó al inofensivo animal con una mano, ejecutó una impecable vivisección con la otra y extrajo en primer lugar los órganos reproductivos del ululante animal. Con la experiencia que le caracterizaba, el ejecutante prolongó tanto la agonía del perrito como el júbilo frenético de los participantes, en el rito de la imposición de dolor.

Pero no todos los sonidos se ahogaron en el barullo de la temible celebración. Aunque apenas audible, persistía la lucha de Agnes por la supervivencia. Su grito silencioso ante la agonía de su perrito. Susurros mascullados. Súplicas y sufrimiento. « ¡Dios es mi papá!... ¡Santo Dios!... ¡Mi perrito!... ¡No dañéis a Flinnie!... *¡Dios es mi papá!... No dañéis a Jesucristo... Santo Dios... »*

Pendiente de todos los detalles, el obispo Leo bajó la mirada para contemplar a la víctima. Incluso en su estado semiconsciente, todavía luchaba. Todavía protestaba. Todavía sentía el dolor. Todavía rezaba con una resistencia férrea. Leo estaba encantado. Era una víctima perfecta. Ideal para el príncipe. Sin piedad ni pausa, Leo y el guardián recitaron con sus respectivas congregaciones el resto de las catorce invocaciones, seguidas cada una de ellas de la respuesta correspondiente, que convertían la ceremonia en un alborotado teatro de perversión.

Por fin, el obispo Leo dio por concluida la primera parte de la ceremonia con la gran invocación:

-Creo que el príncipe de este mundo será entronado esta noche en la antigua ciudadela, y desde allí creará una nueva comunidad.

-Y su nombre será la Iglesia universal del hombre.

El júbilo de la respuesta fue impresionante, incluso en aquel ambiente nefasto.

Había llegado el momento de que Leo levantara a Agnes del altar, para tomarla en sus brazos, y de que el arcipreste levantara a su vez el cáliz con su mano derecha y la hostia con la izquierda. Había llegado el momento de que Leo recitara las preguntas rituales del ofertorio, a la espera de que los congregantes leyeran las respuestas en sus misales.

-¿Cuál era el nombre de la víctima una vez nacida?

-¡Agnes!

-¿Cuál era el nombre de la víctima dos veces nacida?

-¡Agnes Susannah!

-¿Cuál era el nombre de la víctima tres veces nacida?

-¡Rahab Jericho!

Leo depositó a Agnes de nuevo sobre el altar y le pinchó el índice de la mano izquierda, hasta que empezó a manar sangre de la pequeña herida.

Con un frío que le calaba hasta los huesos y una creciente sensación de náusea, Agnes se percató de que la levantaban del altar, pero ya no era capaz de enfocar la mirada. Se estremeció con el dolor del pinchazo en su mano izquierda. Captaba palabras aisladas portadoras de un miedo que no podía

expresar. «Víctima... Agnes... tres veces nacida... Rahab Jericho... »

Leo mojó el índice de su mano izquierda con la sangre de Agnes, lo levantó para mostrarlo a los participantes y comenzó el ofertorio:

-Esta sangre, la sangre de nuestra víctima, ha sido derramada. Para completar nuestro servicio al príncipe. Para que reine soberano en la casa de Jacob. En la nueva tierra del elegido.

Era ahora el turno del arcipreste, que con el cáliz y la hostia todavía levantados recitó la respuesta ritual del ofertorio:

-Te llevo conmigo, víctima purísima. Te llevo al norte profano. Te llevo a la cumbre del príncipe.

El arcipreste colocó la hostia sobre el pecho de Agnes y aguantó el cáliz sobre su pelvis.

Con el arcipreste a un lado y el acólito médico al otro frente al altar, el obispo Leo miró fugazmente al mensajero ceremonial. Convencido de que la sincronización con el guardián de expresión pétrea y su falange romana era perfecta, empezó a entonar la plegaria de súplica con los otros dos celebrantes:

-Te suplicamos, nuestro señor Lucifer, príncipe de las tinieblas... receptor de todas nuestras víctimas... aceptes nuestra ofrenda... en el seno de múltiples pecados.

Acto seguido, al unísono resultante de una larga experiencia, el obispo y el arcipreste pronunciaron las palabras más sagradas de la misa latina cuando se levantaba la hostia:

-Hoc est enim corpus meum. -Y al levantar el cáliz, agregaron-: *Hic est enim calix sanguinis mei, novi et aetemi testamenti, mysterium fidei qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum. Haec quotiescumque feceritis in mei memoriam facietis.*

Inmediatamente respondieron los participantes con una renovación del barullo ritual, un mar de confusión, una algarabía de palabras y traqueteo de huesos, acompañados de actos lascivos al azar, mientras el obispo consumía un diminuto fragmento de la hostia y tomaba un pequeño sorbo del cáliz.

Cuando Leo se lo indicó, con la señal de la cruz invertida, el barullo ritual se convirtió en un caos ligeramente más ordenado, conforme los participantes se agrupaban obedientemente para formar una especie de cola. Al acercarse al altar para comulgar -tragarse un trocito de hostia y tomar un sorbo del cáliz-, tuvieron también la oportunidad de admirar a Agnes. Luego, ansiosos por no perderse ningún detalle de la primera violación ritual de la víctima, regresaron inmediatamente a sus reclinatorios y observaron anhelantes al obispo, que dirigía a la niña su plena concentración.

Agnes intentó por todos los medios librarse del peso del obispo que le cayó encima. Incluso entonces, ladeó la cabeza como si buscara ayuda en aquel lugar carente de misericordia. Pero no halló el menor vestigio de compasión. Ahí estaba el arcipreste, a la espera de participar en el más voraz de los sacrilegios. Ahí estaba su padre, también a la espera. Los reflejos rojos de las velas negras en sus ojos. El propio fuego en su mirada. Dentro de aquellos ojos. Un fuego que seguiría ardiendo mucho después de que se *apagaran las velas. Que siempre ardería...*

La agonía que se apoderó de Agnes aquella noche en cuerpo y alma fue tan intensa que pudo haber abarcado el mundo entero. Pero ni un solo instante estuvo sola en su agonía. De eso estuvo siempre segura. Conforme aquellos servidores de Lucifer la violaban sobre aquel altar sacrílego y maldito, violaban también al Señor, que era su padre y su madre. Así como el Señor había transformado su debilidad en valentía, había santificado también su profanación con los abusos de su propia flagelación y su prolongado sufrimiento con su pasión. A aquel Dios, aquel Señor que era su único padre, su única madre y su único defensor, Agnes dirigía sus gritos de terror, horror y dolor. Y fue en Él en quien se *refugió cuando perdió el conocimiento.*

Leo se situó de nuevo frente al altar, con el rostro empapado de sudor, alentado por aquel momento supremo de triunfo personal. Miró al mensajero ceremonial y movió la cabeza. Un momento de espera. El mensajero asintió. En Roma estaban listos.

-Por el poder investido en mí como celebrante paralelo del sacrificio y la consecución paralela del entronamiento, induzco a todos los aquí presentes y a los participantes en Roma a invocarte a ti, príncipe de todas las criaturas. En nombre de todos los reunidos en esta capilla y en el de nuestros hermanos en la capilla romana, te invoco a ti, ¡oh, príncipe!

La dirección de la segunda plegaria de investidura era prerrogativa del arcipreste. Como culminación de lo que había anhelado, su recital latino fue un modelo de emoción controlada.

-Ven, toma posesión de la casa del enemigo. Penetra en un lugar que ha sido preparado para ti.

Desciende entre tus fieles servidores. Que han preparado tu cama. Que han levantado tu altar y bendecido con la infamia.

Era justo y apropiado que el obispo Leo ofreciera la última plegaria de investidura en la capilla emisora.

-Con instrucciones sacrosantas de la cima de la montaña, en nombre de todos los hermanos, ahora te adoro, príncipe de las tinieblas, con la estola de la profanidad, coloco ahora en tus manos la triple corona de Pedro, según la voluntad diamantina de Lucifer, para que reines aquí, para que haya una sola Iglesia, una sola Iglesia de mar a mar, una vasta y poderosa congregación, de hombre y mujer, de animal y planta, para que de nuevo nuestro cosmos sea libre y desprovisto de ataduras.

Después de la última palabra y de la señal de Leo, los feligreses se sentaron. El rito fue transferido a la capilla receptora en Roma.

El entronamiento del príncipe en la ciudadela del débil ya casi había concluido. Sólo faltaban la autorización, la carta de instrucciones y las pruebas. El guardián levantó la mirada del altar y dirigió sus ojos desprovistos de alegría al delegado internacional prusiano, portador de la cartera de cuero que contenía las cartas de autorización y las instrucciones. Todos le observaban cuando abandonó su lugar para dirigirse al altar con la cartera en la mano, sacó los documentos que contenía y leyó la carta de autorización con un fuerte acento:

-Por orden de la asamblea y de los padres sacrosantos, instituyo, autorizo y reconozco esta capilla para que de hoy en adelante sea conocida como el sanctasanctórum, tomado, poseído y apropiado por aquel a quien hemos entronado como dueño y señor de nuestro destino humano.

»Aquel que, mediante este sanctasanctórum, sea designado y elegido como último sucesor al trono pontificio, por su propio juramento se comprometerá, tanto él como todos bajo su mando, a convertirse en instrumento sumiso y colaborador de los constructores de la casa del hombre en la Tierra y en todo el cosmos humano. Transformará la antigua enemistad en amistad, tolerancia y asimilación aplicadas a los modelos de nacimiento, educación, trabajo, finanzas, comercio, industria, adquisición de conocimientos, cultura, vivir y dar vida, morir y administrar la muerte. Ése será el modelo de la nueva era del hombre.

-¡Así sea! -respondió ritualmente la falange romana, dirigida por el guardián.

-¡Así sea! -repitió la congregación del obispo Leo, a la señal del mensajero ceremonial.

La siguiente etapa del rito, la carta de instrucciones, era en realidad un juramento solemne de traición, en virtud del cual los clérigos presentes en la capilla de San Pablo, tanto el cardenal y los obispos como los canónigos, profanaban intencionada y deliberadamente el orden sagrado mediante el cual se les había concedido la gracia y el poder de santificar a los demás.

El delegado internacional levantó la mano, e hizo el signo de la cruz invertida, antes de leer el juramento.

-Después de oír esta autorización, ¿juráis ahora solemnemente todos y cada uno de vosotros acatada voluntaria, inequívoca e inmediatamente, sin reservas ni reparos?

-¡Lo juramos!

-¿Juráis ahora solemnemente todos y cada uno de vosotros que en el desempeño de vuestras funciones procuraréis satisfacer los objetivos de la Iglesia universal del hombre?

-Lo juramos solemnemente.

-¿Estáis todos y cada uno de vosotros dispuestos a derramar vuestra propia sangre, por la gloria de Lucifer, si traicionáis este juramento?

-Dispuestos y preparados.

-En virtud de este juramento, ¿otorgáis todos y cada uno de vosotros vuestro consentimiento para la transferencia de la propiedad y posesión de vuestras almas, del antiguo enemigo, el débil supremo, a las manos todopoderosas de nuestro señor Lucifer?

-Consentimos.

Había llegado el momento del último rito: las pruebas. Después de colocar ambos documentos sobre el altar, el delegado le tendió la mano izquierda al guardián. El romano de expresión pétrea pinchó la yema del pulgar del delegado con una aguja de oro y apretó el pulgar sangriento junto a su nombre en la carta de autorización.

Los demás participantes del Vaticano lo emularon rápidamente. Cuando los miembros de la

falange hubieron cumplido con aquel último requisito, sonó una pequeña campana de plata en la capilla de San Pablo.

En la capilla estadounidense, sonó tres veces el lejano tañido musical de la campana de la infinidad que asentía. Un detalle particularmente bonito, pensó Leo, cuando ambas congregaciones iniciaban el cántico que concluía la ceremonia.

-*¡Ding! ¡Dong! ¡Dang!* ¡Así la antigua puerta prevalecerá! ¡Así la roca y la cruz caerán! ¡Eternamente! *¡Ding! ¡Dong! ¡Dang!*

Los clérigos formaron por orden jerárquico. Los acólitos en primer lugar. Luego el fray médico, con Agnes en brazos, lacia y temiblemente pálida. Seguidos del arcipreste y del obispo Leo, que no dejaron de cantar mientras se retiraban a la sacristía.

Los miembros de la falange romana salieron al patio de San Dámaso, en la madrugada del día de San Pedro y San Pablo. Algunos de los cardenales y unos pocos obispos respondieron distraídamente a los respetuosos saludos de los guardias de seguridad con una bendición cuando subían a sus limusinas. A los pocos momentos, en las paredes de la capilla de San Pablo lucían como siempre los cuadros y frescos de Jesucristo y del apóstol Pablo, cuyo nombre había tomado el último papa.

1978

Para el papa que había tomado el nombre del apóstol, el verano de 1978 sería el último en este mundo. Tan agotado por sus quince años de turbulento reinado como por el dolor y la degradación física de una prolongada enfermedad, el 6 de agosto su Dios se lo llevó del trono supremo de la Iglesia católica y romana.

Sede vacante. Cuando el trono de San Pedro está vacío, los asuntos de la Iglesia universal se dejan en manos de un cardenal camarlengo. En este caso, al desgraciado secretario de Estado del Vaticano, su eminencia el cardenal Jean Claude de Vincennes, que según las malas lenguas del Vaticano ya prácticamente dirigía la Iglesia incluso cuando todavía vivía el papa.

El cardenal De Vincennes era un hombre inusualmente alto, esbelto y robusto, con una dosis sobrenatural de perspicacia gala. Su humor, que oscilaba entre acerbo y paternalista, regulaba el ambiente tanto para superiores como para subordinados. Las severas líneas de su rostro eran la marca incuestionable de su suprema autoridad en la burocracia vaticana.

Comprensiblemente, las responsabilidades del camarlengo son abundantes durante el período de *sede vacante* y dispone de poco tiempo para desempeñadas. Una de ellas consiste en ordenar, seleccionar y clasificar los documentos personales del difunto papa, con el propósito oficial de descubrir asuntos inacabados. Sin embargo, uno de los resultados extraoficiales de dicha búsqueda consiste en averiguar las ideas más íntimas del último papa, respecto a asuntos delicados de la Iglesia.

Normalmente, su eminencia habría examinado los documentos del papa antes de la reunión del cónclave para la elección de su sucesor. Pero la preparación del mismo, que debía celebrarse en agosto, había absorbido toda su energía y atención. Del resultado de dicho cónclave, y más concretamente de la clase de hombre que emergiera como nuevo papa del mismo, dependía el futuro de complejos planes elaborados a lo largo de los últimos veinte años por el cardenal De Vincennes y sus colegas de ideas afines, tanto en el Vaticano como alrededor del mundo.

Promulgaban una nueva idea del papado y de la Iglesia católica. Para ellos, el papa y la Iglesia dejarían de mantenerse apartados y así aspirar a que la humanidad se acercara e ingresara en el rebaño del catolicismo. Había llegado el momento de que el papa y la Iglesia colaboraran plenamente como institución, con los esfuerzos de la humanidad para construir un mundo mejor para todos; el momento de que el papa abandonara su dogmatismo autoritario, así como su insistencia en la posesión absoluta y exclusiva de la verdad definitiva.

Evidentemente, dichos planes no se habían elaborado en el vacío aislado de la política interior del Vaticano. Pero tampoco los había divulgado el cardenal indiscriminadamente. Se había formado un pacto entre los funcionarios vaticanos de ideas afines y sus promotores seglares, en virtud del cual se habían comprometido todos a colaborar por fin en la transformación deseable y fundamental de la

Iglesia y del papado.

Ahora, con la muerte del papa, convinieron que aquel cónclave se celebraría en el momento oportuno para la elección de un sucesor complaciente. Con la organización en manos del cardenal De Vincennes, nadie dudaba de que el vencedor del cónclave en agosto de 1978, el nuevo papa, sería el hombre adecuado.

Dada la importancia de dicha responsabilidad, no era sorprendente que su eminencia se hubiera despreocupado de los demás asuntos, incluidos los documentos personales del papa anterior. Un grueso sobre con el sello del papa permanecía cerrado sobre el escritorio del cardenal.

Pero el cardenal había cometido un grave error. Encerrados con llave, como es habitual en los cónclaves, los cardenales electores habían elegido a un hombre inadecuado, un hombre que no simpatizaba en absoluto con los planes elaborados por el camarlengo y sus colaboradores. Pocos en el Vaticano olvidarían el día en que se había elegido al nuevo papa. De Vincennes abandonó inmediatamente el cónclave en el momento en que se abrieron sus robustas puertas. Sin prestar atención a la bendición acostumbrada, se dirigió furioso a sus aposentos.

La gravedad del fracaso de dicho cónclave se puso de relieve durante las primeras semanas del nuevo reinado, en la reserva oficial del cardenal De Vincennes. Para él fueron semanas de auténtica frustración. Semanas de pugna constante con el nuevo papa y de apasionadas discusiones con sus nuevos colegas. Dada la sensación de peligro característica de aquellos días, el examen de los documentos del papa anterior había quedado casi olvidado. El cardenal no se atrevía a pronosticar la conducta del nuevo ocupante del trono de San Pedro. Su eminencia había perdido el control.

Estallaron el miedo y la incertidumbre, cuando aconteció lo totalmente inesperado. A los treinta y tres días de su elección, falleció el nuevo papa, y tanto en Roma como en el extranjero circularon feos rumores.

Cuando los documentos del recién fallecido papa se reunieron en un segundo sobre sellado, el cardenal no tuvo más remedio que colocarlo junto al anterior, sobre su escritorio. En la organización del segundo cónclave que se celebraría en octubre, encaminó todos sus esfuerzos a corregir los errores cometidos en agosto. A su eminencia se le había concedido una prórroga. No le cabía la menor duda de que su destino estaba ahora en sus manos. En esta ocasión, debería asegurarse de que se eligiera a un papa debidamente complaciente.

Sin embargo, lo impensable le acosaba. A pesar de sus descomunales esfuerzos, el cónclave de octubre fue tan desastroso para él como el de agosto. Obstinadamente, los electores optaron una vez más por un hombre que no se caracterizaba en absoluto por su complacencia. De haberlo permitido las circunstancias, su eminencia se habría dedicado a desentrañar el misterio de lo que había fracasado en ambas elecciones. Pero tiempo era algo de lo que no disponía.

Con el tercer papa en el trono de San Pedro en el transcurso de tres meses, el examen de los documentos de los sobres sellados adquirió su propia urgencia. A pesar de sentirse acosado, su eminencia no estaba dispuesto a permitir que dichos documentos se le escaparan de las manos sin inspeccionarlos meticulosamente.

La selección se efectuó un día de octubre, sobre una mesa ovalada del espacioso despacho del cardenal De Vincennes, secretario de Estado del Vaticano, situado a pocos metros del estudio del papa en el tercer piso del palacio apostólico. Sus palaciegos ventanales que contemplaban permanentemente la plaza de San Pedro y el ancho mundo más allá de la misma, como ojos sin parpadear, no eran más que uno de los muchos distintivos externos del poder universal del cardenal.

Como lo exigía la tradición, el cardenal había llamado a dos hombres para que actuaran como testigos y ayudantes. El primero, el arzobispo Silvio Aureatini, un hombre relativamente joven de cierto talento y con una enorme ambición, era un italiano del norte, observador e ingenioso, que contemplaba el mundo desde un rostro que parecía culminar en la punta de su protuberante nariz, como un lápiz en el extremo del grafito.

El segundo, el padre Aldo Carnesecca, era un simple e insignificante cura que había vivido durante el reinado de cuatro papas y asistido en dos ocasiones a la selección de documentos de un papa difunto. Sus superiores consideraban al padre Carnesecca un «hombre de confianza». Delgado, canoso, discreto y con una edad difícil de determinar, el padre Carnesecca era exactamente lo que indicaban su

expresión facial, su sencilla sotana negra y su actitud impersonal: un subordinado profesional.

Algunos hombres como Aldo Carnesecca llegaban al Vaticano repletos de ambiciones. Pero sin entrañas para celos y odios partisanos, demasiado conscientes de su propia mortalidad para pisar cadáveres en su ascenso por la escala jerárquica y excesivamente agradecidos para morder la mano de quien desde el primer momento los había alimentado, se mantenían fieles a su ambición básica y perenne de ser romanos.

En lugar de comprometer sus principios por una parte, o cruzar el umbral de la desilusión y la amargura por otra, los «carneseccas» del Vaticano aprovechaban plenamente su humilde categoría. Permanecían en sus cargos a lo largo de sucesivas administraciones pontificias. Sin alimentar ningún interés privado ni ejercer influencia personal alguna, adquirían un conocimiento detallado de hechos significativos, amistades, incidentes y decisiones. Se convertían en expertos del ascenso y la caída de los poderosos. Adquirían un instinto especial para diferenciar la madera de los árboles. Por consiguiente, no es una asombrosa ironía que el hombre más apto para la selección de los documentos papales aquel día de octubre no fuera el cardenal De Vincennes ni el arzobispo Aureatini, sino el padre Carnesecca.

Al principio, la selección progresó con toda normalidad. Después de quince años de pontificado, era de esperar que el primer sobre con los documentos del viejo papa fuera más grueso que el segundo. Sin embargo, la mayoría de los documentos eran copias de comunicaciones entre el sumo pontífice y su eminencia, con los que el cardenal estaba ya familiarizado. De Vincennes no se reservó lo que pensaba mientras entregaba página tras página a sus dos compañeros, sino que hacía comentarios sobre los hombres cuyos nombres aparecían inevitablemente en las mismas: el arzobispo suizo que creía poder intimidar al Vaticano, el obispo brasileño que se negaba a aceptar los cambios en la ceremonia de la misa, aquellos cardenales del Vaticano cuyo poder él había destruido, los teólogos tradicionalistas europeos, a los que él había sumido en la oscuridad.

Por fin quedaban sólo cinco documentos del viejo papa para concluir la inspección, antes de concentrarse en el segundo sobre. Cada uno de ellos estaba sellado y lacrado en su propio sobre, y todos contenían la inscripción «*Personalissimo* e *Confidenzialissimo».* Cuatro de aquellos sobres, dirigidos a parientes de sangre del viejo papa, no tenían ningún interés especial, a excepción de que al cardenal le molestaba no poder leer su contenido. En el quinto sobre había una inscripción adicional: «Para nuestro sucesor en el trono de San Pedro.» Aquellas palabras, inconfundible mente de puño y letra del viejo papa, colocaban el contenido de aquel sobre en la categoría de algo destinado en exclusiva al recién elegido joven papa eslavo. La fecha de la inscripción papal, 3 de julio de 1975, estaba grabada en la mente del cardenal como una época particularmente volátil, en sus siempre difíciles relaciones con su santidad.

Sin embargo, lo que de pronto dejó a su eminencia estupefacto fue el hecho, inimaginable aunque evidente, de que el sello original del sumo pontífice había sido violado. Increíblemente, el sobre había sido cortado por la parte superior y abierto. Era evidente, por consiguiente, que alguien había leído su contenido. También era evidente la gruesa cinta con que se había cerrado de nuevo el sobre, así como el sello pontificio y la rúbrica de su sucesor, que de forma tan súbita había fallecido y cuyos documentos no habían sido todavía examinados.

Pero había algo más. Una segunda inscripción con la letra menos familiar del segundo papa: «Concerniente al estado de la Santa Madre Iglesia, después del 29 de junio de 1963.»

Durante un instante de laxitud, el cardenal De Vincennes olvidó la presencia de sus compañeros junto a la mesa ovalada. De pronto todo su mundo se resumió a las diminutas dimensiones del sobre que tenía en la mano. Ante el horror y la confusión que paralizaron su mente al ver aquella fecha en un sobre sellado por el papa, tardó unos momentos en asimilar la fecha de la inscripción papal: 28 de setiembre de 1978. Un día antes de la muerte del segundo papa.

Perplejo, el cardenal palpó el sobre como si su tacto pudiera revelarle su contenido, o aclararle en un susurro cómo había abandonado su escritorio y había luego regresado. Haciendo caso omiso del padre Carnesecca, para lo cual no era preciso esforzarse, le pasó el sobre a Aureatini.

Cuando el arzobispo levantó de nuevo su puntiagudo rostro, en sus ojos se reflejaba el mismo horror y confusión que en los del cardenal. Parecía que aquellos dos hombres no se miraran el uno al otro, sino a un recuerdo común que tenían la seguridad de que era secreto. El recuerdo del momento de

la apertura victoriosa. El recuerdo de la capilla de San Pablo. El momento de la reunión con tantos otros miembros de la falange, para cantar antiguas invocaciones. El recuerdo del delegado prusiano que leía la carta de instrucciones, de pinchazos en el pulgar con una aguja de oro, de huellas de sangre en la carta de autorización.

-Pero eminencia... -dijo Aureatini, que fue el primero en encontrar su voz, pero el segundo en recuperarse del susto-. ¿Cómo diablos pudo...?

-Ni siquiera el diablo lo sabe -respondió el cardenal, que gracias a su enorme fuerza de voluntad empezaba a recuperar cierta compostura mental.

Levantó con decisión el sobre y lo arrojó a la mesa. No le importaban en absoluto las ideas de sus compañeros. Ante tantas incógnitas, necesitaba hallar respuesta a las preguntas que atormentaban su mente.

¿Cómo había logrado el papa de treinta y tres días que llegaran a sus manos los documentos de su predecesor? ¿Gracias a la traición de alguno de los propios subordinados de su eminencia? La idea le obligó a lanzar una mirada fugaz al padre Carnesecca. En su mente, aquel subordinado profesional de sotana negra representaba a todos los bajos funcionarios de la burocracia vaticana.

Era evidente que el papa, técnicamente, tenía derecho a todos los documentos del secretariado, pero a De Vincennes no le había manifestado curiosidad alguna por los mismos. Además, ¿qué era exactamente lo que el segundo papa había visto? ¿Había obtenido el archivo completo del papa anterior y se lo había leído todo? ¿O sólo aquel sobre con la fecha fundamental del 29 de junio de 1963, escrita ahora de su puño y letra? En cuyo caso, ¿cómo había vuelto a reunirse dicho sobre con los documentos del viejo papa? Y en cualquiera de los casos, ¿quién lo había dejado todo de nuevo, como si no se hubiera movido del escritorio del cardenal? ¿Cuándo podía alguien haber hecho tal cosa sin llamar la atención?

De Vincennes se concentró de nuevo en la segunda fecha, 28 de setiembre, escrita de puño y letra del segundo papa. De pronto se levantó de su silla, se acercó decididamente a su escritorio, levantó su agenda y la hojeó en busca de dicha fecha. En efecto, por la mañana había mantenido su audiencia habitual con el Santo Padre, pero sus notas no le revelaron nada significativo. Por la tarde había celebrado una reunión con el cardenal supervisor del Banco Vaticano, sin que tampoco emergiera nada de interés. Sin embargo, otra nota le llamó la atención. Había asistido a un almuerzo en la embajada cubana, en honor a su amigo y colega que abandonaba el cargo de embajador. Después del almuerzo, habían mantenido una conversación privada.

El cardenal pulsó el botón de su intercomunicador y le pidió a su secretario que comprobara quién había estado de servicio aquel día en la recepción de la secretaría. Tardó unos instantes en recibir la respuesta, y cuando ésta llegó, dirigió una lúgubre mirada a la mesa ovalada. En aquel momento, el padre Aldo Carnesecca se convirtió para su eminencia en mucho más que un simple símbolo de los subordinados del Vaticano.

Durante el tiempo que tardó en colgar el teléfono y regresar a la mesa, cierta frialdad penetró en la mente del cardenal. Frialdad acerca de su pasado, y de su futuro. Logró incluso relajar ligeramente su voluminoso cuerpo, mientras encajaba las piezas del rompecabezas: los dos sobres pontificios de su escritorio, a la espera de ser examinados; su larga ausencia de su despacho el 28 de setiembre; Carnesecca de servicio solo, durante la hora de la siesta. De Vincennes lo comprendió todo. Había sido víctima de una traición, la insidia disfrazada de inocencia había superado su astucia. Su gran apuesta personal había fracasado. Lo mejor que podía hacer ahora, era asegurarse de que el sobre con dos sellos pontificios no llegara a manos del papa eslavo.

-¡Terminemos nuestro trabajo!

Cuando el cardenal miró fugazmente a Aureatini, todavía pálido como la cera, y al imperturbable Carnesecca, tenía la mente clara y estaba muy concentrado. En el tono que utilizaba habitualmente con sus subordinados, enumeró una serie de decisiones que concluyeron la inspección de los documentos. Carnesecca se ocuparía de hacer llegar a su destino los cuatro sobres dirigidos a parientes del papa. Aureatini entregaría el resto de los documentos al archivador del Vaticano, que se aseguraría de que se cubrieran de polvo en algún recoveco insólito. El cardenal se ocuparía en persona del sobre sellado por duplicado.

Entonces su eminencia empezó a examinar con rapidez los escasos documentos que había dejado

el segundo papa después de su breve reinado. Convencido de que el documento más significativo era el que ya tenía delante, hojeó fugazmente los demás. En menos de un cuarto de hora, se los había entregado a Aureatini para que los llevara al archivo.

De Vincennes se quedó solo junto a uno de los ventanales de su despacho, hasta ver al padre Carnesecca que salía del edificio al patio de San Dámaso. Siguió con la mirada al delgado cura cuando cruzaba la plaza de San Pedro hacia la residencia del Santo Padre, donde pasaba la mayor parte de su tiempo laboral. Durante unos buenos diez minutos, contempló el paso sosegado, aunque decidido y seguro, del padre Camesecca. Si alguien merecía llegar prematuramente a la fosa, decidió, era Aldo Carnesecca. Y no sería necesario tomar nota en su agenda para recordarlo.

Por fin, el cardenal regresó a su escritorio. Todavía debía ocuparse del infame sobre sellado por duplicado.

No era inaudito en la historia pontificia que, antes de haber finalizado el escrutinio de los documentos de un papa difunto, alguien con acceso a los mismos hubiera examinado incluso alguno con la inscripción *«Personalissimo e Confidenzialissimo»*. Pero en este caso, con las inscripciones no de uno sino de dos papas, única y exclusivamente, el sumo pontífice podía leerlo. Había ciertas barreras aplicables incluso a De Vincennes. De todos modos, estaba seguro de conocer la esencia de su contenido.

No obstante, reflexionó su eminencia, la amonestación bíblica «Dejad que los muertos entierren a los muertos» estaba abierta a más de una interpretación. Sin humor ni autocompasión, pero con su propio destino claro en su mente, levantó el teléfono con una mano y el sobre con la otra. Cuando respondió el arzobispo Aureatini, le dio brevemente las últimas órdenes relacionadas con el escrutinio de los documentos.

-Excelencia, ha olvidado usted un documento para el archivo. Venga a recogerlo. Hablaré personalmente con el director del archivo. Él sabrá lo que hay que hacer.

La inoportuna muerte de su eminencia el cardenal Jean Claude de Vincennes, secretario de Estado, tuvo lugar en un lamentable accidente de tráfico cerca de Mablon, su ciudad natal en el sur de Francia, el 19 de marzo de 1979. Entre las noticias que informaron al mundo del trágico suceso, indudablemente la más escueta fue la del *Anuario Pontificio* de 1980. En dicho grueso libro, que contiene una útil guía del personal religioso del Vaticano y otros datos de interés, apareció única y exclusivamente el nombre del cardenal en una lista alfabética de príncipes de la Iglesia recientemente fallecidos.

PRIMERA PARTE

Atardecer Papal
Planes impecables…

UNO

En el Vaticano, a principios de mayo, a nadie le sorprendía que su santidad se dispusiera a emprender todavía otra visita pastoral al extranjero. Sería, después de todo, una más de las muchísimas visitas que habría hecho hasta ahora a unos noventa y cinco países de los cinco continentes, desde su elección en 1978.

A decir verdad, desde hacía ahora más de diez años, aquel papa eslavo parecía haber transformado su pontificado en un largo peregrinaje por el mundo entero. Lo habían visto u oído, en directo o por medios electrónicos, más de tres mil millones de personas. Se había reunido, literalmente, con docenas de dirigentes gubernamentales, sobre cuyos países e idiomas poseía unos conocimientos inigualables. Había impresionado a todo el mundo por su carencia de grandes prejuicios. Dichos gobernantes, así como los hombres y las mujeres por doquier, lo aceptaban también como dirigente, como hombre preocupado por los indefensos, los indigentes, los que no tenían trabajo y los devastados por las guerras. Un hombre preocupado por todos aquellos a quienes se les negaba el derecho a la vida: los niños abortados y los nacidos sólo para morir de hambre y enfermedad. Un hombre preocupado por los millones de seres humanos que sólo vivían para morir del hambre provocada por los propios gobiernos en países como Somalia, Etiopía y Sudán. Un hombre preocupado por las poblaciones de Afganistán, Camboya y Kuwayt, en cuyos territorios se habían sembrado indiscriminadamente ochenta millones de minas.

En definitiva, aquel papa eslavo se había erguido como un espejo cristalino ante el mundo real, donde se reflejaba el auténtico sufrimiento de todas sus gentes.

Comparado con dichos esfuerzos sobrehumanos, el viaje que el papa se disponía a emprender aquel sábado por la mañana sería breve: una visita pastoral al santuario de Sainte-Baume, en los Alpes marítimos franceses. Allí el sumo pontífice dirigiría las plegarias tradicionales en honor de santa María Magdalena, en cuya cueva, según la leyenda, dicha santa había pasado treinta años de su vida como penitente.

Por los pasillos de la Secretaría de Estado del Vaticano circulaban rumores irónicos sobre «la nueva excursión piadosa de su santidad». Pero eso, en aquella época, era comprensible dado el trabajo adicional -ya que así se interpretaba- que exigía el constante deambular del papa por el mundo.

El sábado en que el papa debía emprender su viaje a Sainte-Baume amaneció fresco y claro. Cuando el cardenal Cosimo Maestroianni, secretario de Estado del Vaticano, salió con el papa eslavo y su pequeño cortejo por uno de los portales traseros del palacio apostólico, para cruzar los jardines en dirección al helipuerto, no manifestaba indicio alguno de burla ni ironía. El cardenal no se distinguía por su sentido del humor. Sin embargo, se sentía aliviado, ya que después de asegurarse de que el Santo Padre había emprendido su viaje a Sainte-Baume, como sus obligaciones y el protocolo lo exigían, dispondría de unos valiosos días de descanso.

Maestroianni no se enfrentaba realmente a ninguna crisis. Sin embargo, en aquel preciso momento el tiempo era importante para él. Aunque todavía no se había hecho pública la noticia, por acuerdo previo con el papa eslavo, el cardenal estaba a punto de abandonar su cargo como secretario de Estado. Pero aun después de su jubilación, no se alejaría de la cúpula de poder del Vaticano; él y sus colaboradores se habían asegurado de ello. El sucesor de Maestroianni, ya elegido, era un hombre de conducta pronosticable; no era la persona ideal, pero sí la más manejable. No obstante, era preferible resolver ciertos asuntos cuando todavía ocupaba su alto cargo. Antes de abandonar la Secretaría de Estado, su eminencia debía ocuparse de tres tareas en particular, cada una de ellas delicada por diferentes razones. Las tres habían llegado a un punto decisivo. Le bastaría con avanzar un poco por

aquí y dar unos toques por allá para estar seguro de que su programa sería imparable.

Lo esencial ahora era ajustarse al programa. Y avanzaba inexorablemente el tiempo.

Aquel sábado por la mañana, rodeado por los omnipresentes guardias de seguridad uniformados, seguidos de los acompañantes del sumo pontífice en aquel viaje y de su secretario personal, monseñor Daniel Sadowski, que cerraba la comitiva, el papa eslavo y el secretario de Estado del Vaticano avanzaban por el camino arbolado como dos hombres unidos por lazos inquebrantables. Su eminencia, que con sus cortas piernas tenía que dar dos pasos apresurados por cada uno del Santo Padre, enumeró rápidamente los compromisos del sumo pontífice en Sainte-Baume, antes de retirarse con las siguientes palabras:

-Pídale a la santa que nos colme de gracia, santidad.

De regreso a solas hacia el palacio apostólico, el cardenal Maestroianni se concedió unos momentos de reflexión en aquellos hermosos jardines. La reflexión era algo natural para alguien acostumbrado al Vaticano y al poder global, especialmente en la víspera de su dimisión. Tampoco era una pérdida de tiempo. Sus reflexiones eran útiles, en torno al cambio y a la unidad.

De un modo u otro, su eminencia consideraba que todo en su vida, todo en el mundo, había estado siempre relacionado con el proceso y el propósito del cambio, y con las facetas y usos de la unidad. A decir verdad, con la sagacidad propia de la visión retrospectiva, su eminencia consideraba que incluso en los años cincuenta, cuando había ingresado como un clérigo joven y ambicioso en el servicio diplomático del Vaticano, el cambio había entrado ya en el mundo como constante única.

Maestroianni dejó flotar la mente hasta su última y prolongada conversación con el cardenal Jean Claude de Vincennes, su mentor durante mucho tiempo. Había tenido lugar en aquellos mismos jardines, un buen día a principios del invierno de 1979. De Vincennes estaba entonces sumergido en los planes para la primera salida del Vaticano del recién elegido papa eslavo, que conduciría al inesperadamente nombrado sumo pontífice a su Polonia natal.

Para la mayoría del mundo, tanto antes como después de dicho viaje, se trataba del regreso nostálgico de un hijo victorioso a su país de origen, a fin de despedirse de forma digna y definitiva. Pero no para De Vincennes. A Maestroianni le había parecido curioso el estado de ánimo de De Vincennes durante aquella remota conversación. Como solía hacerlo cuando tenía algo particularmente importante que comunicarle a su protegido, De Vincennes había iniciado lo que parecía casi una conversación entretenida.

-El día uno -dijo De Vincennes para referirse a su época al servicio del Vaticano durante el largo y agobiante período de la guerra fría.

Lo curioso era que su tono parecía deliberadamente profético, como si en más de un sentido pronosticara el fin de «aquel día».

-A decir verdad -prosiguió De Vincennes confidencialmente con Maestroianni-, el papel de Europa durante este día uno ha sido el de un peón supremo, aunque indefenso, en el mortífero juego de las naciones: el juego de la guerra fría. Siempre ha existido el miedo a que, en cualquier momento, empezaran a arder las llamas nucleares.

Incluso sin la retórica, Maestroianni lo había comprendido muy bien. Siempre le había apasionado la historia. Además, desde principios de 1979, había adquirido experiencia de primera mano en su trato con los gobiernos de la guerra fría y las cúpulas mundiales de poder. Sabía que el temor de la guerra fría afectaba a todo el mundo, dentro y fuera de los gobiernos. Incluso las seis naciones de Europa occidental cuyos ministros habían firmado el tratado de Roma en 1957, configurando con gran valentía la comunidad europea, así como sus planes y sus actos, estaban sometidas permanentemente al presagio de la guerra fría.

A juzgar por lo que Maestroianni había visto en aquellos primeros días de 1979, aquella realidad geopolítica que De Vincennes denominaba «un día» no había cambiado en absoluto. Lo primero que le desconcertó, por consiguiente, fue la convicción de De Vincennes de que «aquel día» estaba a punto de terminar. Más desconcertante todavía para Maestroianni fue la expectativa de De Vincennes de que aquel intruso eslavo en el trono de San Pedro se convirtiera en lo que denominó «ángel del cambio».

-No se confunda -insistió categóricamente De Vincennes-, puede que muchos lo tomen por un torpe poeta filosófico convertido en papa por error. Pero mientras come, duerme o sueña, no deja de

pensar en la geopolítica. He visto los borradores de algunos de los discursos que piensa pronunciar en Varsovia y Cracovia. Me he preocupado de leer algunos de sus discursos anteriores. Desde 1976 no ha dejado de hablar de la inevitabilidad del cambio, la emergencia inminente de las naciones en un nuevo orden mundial.

Tal fue el asombro de Maestroianni, que se quedó parado junto a De Vincennes.

-Sí -declaró De Vincennes desde las alturas, con la mirada fija en su diminuto compañero-, me ha oído usted perfectamente. Él también anticipa la llegada de un nuevo orden mundial. Y si no me equivoco en la interpretación de sus intenciones durante esta visita a su país de origen, puede que sea el precursor del fin del «día uno». Si estoy en lo cierto, el «día dos» amanecerá con mucha rapidez. Y cuando eso suceda, si mi intuición no me engaña, ese nuevo papa eslavo se habrá situado en cabeza de la manada. Pero usted, amigo mío, debe correr con mayor rapidez que él. Debe colocarse a este Santo Padre en la palma de la mano.

Su doble confusión dejó atónito a Maestroianni. Confusión, en primer lugar, en cuanto a que De Vincennes parecía excluirse a sí mismo del «día dos», parecía hablarle a Maestroianni como si diera instrucciones a su sucesor. Y confusión, en segundo lugar, en cuanto a que De Vincennes considerara que ese eslavo, que tan inadecuado parecía para el papado, pudiera jugar un papel clave en la política de poder mundial.

Había cambiado mucho hasta el día de hoy Maestroianni, cuando esperó un poco más antes de entrar por el portal posterior del palacio apostólico. La voz de De Vincennes había permanecido acallada durante los últimos doce años. Pero esos jardines, que seguían siendo los mismos, eran testigos de la precisión de su profecía.

El «segundo día» había empezado con tanta sutileza, que tanto los líderes orientales como los occidentales descubrieron sólo lentamente lo que De Vincennes había vislumbrado en los primeros discursos de aquel eslavo, que ocupaba ahora el trono de San Pedro. De forma paulatina, los más lúcidos entre los hijos del dios de la avaricia empezaron a atisbar lo que aquel sumo pontífice les repetía en su estilo, aunque persistente, desprovisto de recriminaciones.

Con su viaje a su país de origen y su reto victorioso a los líderes orientales en su propio terreno, aquel papa había desencadenado la energía de uno de los cambios geopolíticos más fundamentales de la historia. No obstante, a los gobernantes occidentales les resultaba difícil discernir hacia dónde señalaba el papa eslavo. Hasta entonces habían estado convencidos de que el centro mundial del cambio radicaría en su propio y artificial diminuto delta europeo. Parecía increíble que el epicentro del cambio se encontrara en los territorios ocupados, entre el río Oder de Polonia y la frontera oriental de Ucrania.

Pero si las palabras del sumo pontífice no habían bastado para convencerlos, lo lograron por fin los acontecimientos. Y cuando estuvieron convencidos, no hubo quien detuviera el alud para unirse al nuevo flujo de la historia. En 1988, la antes diminuta comunidad europea abarcaba ya doce Estados, con una población total de trescientos veinticuatro millones, que se extendía desde Dinamarca, al norte, hasta Portugal, al sur, y desde las islas Shetland, al oeste, hasta Creta, al este. Era razonable esperar que en 1994 hubieran ingresado otros cinco Estados en la comunidad, con otros ciento treinta millones de habitantes.

Pero incluso entonces Europa occidental seguía siendo un testarudo pequeño delta sitiado y acechado por el temor de que «la madre de todas las guerras» aniquilara su antigua civilización. El enemigo ocupaba todavía sus horizontes y frustraba sus ambiciones.

Pero por fin, con la caída del muro de Berlín a principios del invierno de 1989, desaparecieron las cortapisas. Los europeos occidentales experimentaron la sensación visceral del gran cambio. A principios de los años noventa, dicha sensación se había transformado en una profunda convicción sobre sí mismos como europeos. La Europa occidental en la que habían nacido había dejado irremediablemente de existir. Su larga noche de miedo había concluido. El «segundo día» había amanecido.

Inesperadamente, la fuerza de la nueva dinámica en Europa central arrastró a todo el mundo a su órbita, con la consiguiente preocupación por parte de su competidor oriental: Japón. Afectó también a ambas superpotencias. Al igual que el mensajero en las tragedias clásicas griegas, que aparece en el escenario para anunciar la acción inminente ante un público incrédulo, Mijaíl Gorbachov emergió en la escena política como presidente soviético para comunicarle al mundo que su Unión Soviética «siempre

había sido una parte integral de Europa». A medio mundo de distancia, el presidente estadounidense Bush afirmaba que su país era «una potencia europea».

Entretanto, en la Roma pontificia, el «segundo día» también había amanecido, aunque su albor pasaba inadvertido en el bullicio del cambio, que fluía como un torrente candente en la sociedad de las naciones. No obstante, otra corriente de cambio todavía más diligente y fundamental, de la mano hábil de Maestroianni y sus muchos colaboradores, afectaba el estado y el destino terrenal de la Iglesia católica, y de la propia Roma pontificia.

La Roma del viejo papa que había soportado la segunda guerra mundial había desaparecido. Ya no existía aquella organización rígidamente jerárquica. Aquellos cardenales, obispos y sacerdotes, las órdenes e instituciones religiosas distribuidas por diócesis y parroquias en el mundo entero, unidas entre sí por su obediencia y fidelidad a la persona del sumo pontífice, formaban ahora parte del pasado. También había dejado de existir la Roma eufórica del «buen papa», que había abierto las puertas y ventanas de su antigua institución para que por sus salas y pasillos circulara el viento del cambio. Su Roma pontificia había desaparecido, víctima de los propios vientos que él había invocado. Nada quedaba de su sueño, a excepción de algunos recuerdos distorsionados, imágenes confusas, y la inspiración que había generado en hombres como Maestroianni.

Incluso la turbulenta Roma pontificia del lamentable papa que había tomado el nombre del apóstol había desaparecido. Ni siquiera quedaba rastro alguno de emoción, de las ineficaces protestas de aquel Santo Padre ante la descatolización gradual de los que en otra época habían sido considerados como los misterios más sagrados de la Roma pontificia. Gracias a De Vincennes, y a ciertos capacitados y dedicados protegidos como el propio Maestroianni, entre otros, cuando el sumo pontífice recibió la llamada de Dios después de quince años en el trono de San Pedro, emergía ya una nueva Roma. Un nuevo cuerpo católico se estaba elaborando.

Aquella fresca mañana, cuando el cardenal Maestroianni levantó decididamente la mirada para contemplar los jardines y el firmamento, pensó en lo apropiado que era, y en que suponía incluso un buen augurio, que no quedara rastro ni ruido del helicóptero en el que se había marchado el papa. La nueva Roma no era sólo contraria al papa eslavo, sino decididamente antipontificia. Y no meramente antipontificia, sino consagrada al desarrollo de una Iglesia antipapal.

Una nueva Iglesia, en un nuevo orden mundial. Ése era el objetivo de la nueva Roma, la Roma de Maestroianni.

No dejaba de ser una curiosa casualidad para Maestroianni que el único impedimento importante para la consecución de dicho objetivo hubiera resultado ser aquel papa, a quienes muchos consideraban «una mera reliquia del pasado». Es lamentable, reflexionó Maestroianni, porque en los primeros días de su pontificado el papa había alentado al cardenal con su conducta. Se había proclamado a sí mismo defensor del «espíritu del Concilio Vaticano II» o, en otras palabras, promotor de los amplios cambios introducidos en la Iglesia en nombre de dicho concilio. Por ejemplo, había dado personalmente su visto bueno al nombramiento de Maestroianni como secretario de Estado. Y había dejado al cardenal Noah Palombo en su poderoso cargo. Había consentido también al ascenso de otros que aborrecían aquella religiosidad de su santidad. Tampoco había molestado a los buenos masones que trabajaban en la cancillería vaticana. Todo parecía un conjunto de indicios esperanzadores como mínimo del consentimiento papal, si no de su complicidad. Y el panorama global era prometedor. No sólo en Roma, sino en todas las diócesis católicas, una voluntariosa falange de clérigos había tomado la dirección. Y florecía ya un nuevo catolicismo.

Evidentemente, para propagarlo se evocaba a la autoridad romana, y aquél era el valor de la función de Maestroianni en dicha faceta de la ilusión. Además, para inculcar sus preceptos, se recurría al Derecho Canónico debidamente revisado. Ahí jugaba Maestroianni un papel fundamental, en lo concerniente al personal del Vaticano. Pero en todo momento el propósito era fomentar un catolicismo que no reconociera ningún verdadero vínculo con el catolicismo anterior.

Sin lugar a dudas, el cardenal De Vincennes había conducido ya un buen tramo de dicho proceso de cambio. Lo que quedaba por hacer ahora era convertir al propio papado en un complaciente servidor, incluso coadyuvante, de la nueva creación. Un nuevo hábitat en la Tierra. Un nuevo orden mundial auténticamente flamante. Cuando se completara dicha transformación, el «tercer día» amanecería en un paraíso terrenal.

Por consiguiente, como toda persona razonable esperaría, aquel papa que de un modo tan deliberado había activado las fuerzas geopolíticas escondidas que habían precipitado a las naciones a un nuevo orden mundial sería la persona más indicada para completar la transformación de la Iglesia católica, convertirla en un fiel servidor del nuevo orden mundial y alinear perfectamente la institución religiosa con la globalización de toda la cultura humana. Sin embargo, tanto el cardenal como sus colegas dentro y fuera de la Iglesia habían descubierto que aquel papa eslavo mantenía una actitud intransigente en cuanto al debido progreso.

El papa se mantenía inamovible en cuanto a ciertos aspectos básicos referentes a la moral y a la doctrina. Se negaba rotundamente a considerar la ordenación de mujeres como sacerdotes y a relajar las normas del celibato sacerdotal. Se oponía a toda experimentación en el campo genético en la que intervinieran embriones humanos. No aceptaba forma alguna de anticoncepción, ni mucho menos el aborto en ninguna circunstancia. Defendía el derecho de su Iglesia a educar a la juventud. Pero por encima de todo se reservaba el derecho de su Iglesia a oponerse a cualquier legislación civil que él y sus colaboradores consideraran contraria a su moral y a su doctrina. En resumen, el papa eslavo no estaba dispuesto a renunciar a algunas de las aspiraciones tradicionales más importantes de la Iglesia católica.

Por consiguiente, mientras permaneciera en el trono de San Pedro, no podría efectuarse ningún verdadero progreso hacia los magníficos objetivos del nuevo orden mundial. O, por lo menos, el progreso sería tan lento que al ritmo actual no se alcanzaría el objetivo previsto en la fecha deseada. Dicha fecha había sido planteada al cardenal por sus colaboradores estadistas, financieros y macroeconomistas, como momento importante a nivel mundial en el que la conversión total de la organización institucional católica debía ser un hecho consumado.

Por tanto, el papa eslavo se había convertido inevitablemente en un objetivo prioritario del cambio. A decir verdad, el objetivo supremo.

Maestroianni dejó por fin de reflexionar en los jardines. Tenía trabajo que hacer. Antes de terminar el día, si no había interrupciones, esperaba haber progresado bastante en cada una de las tres tareas clave, hacia la fase final de la transformación. Había desempeñado con sumo esmero el legado de De Vincennes. E independientemente de la jubilación, todavía no había concluido su misión, ni pensaba dejar de hacerlo.

En todos los aspectos significativos, el pequeño Cosimo Maestroianni se consideraba ahora un gigante.

DOS

El papa eslavo se relajó cuando subió al helicóptero y, de momento, se encontró a solas con su secretario personal, monseñor Daniel Sadowski, que era consciente de su casi imposible situación como sumo pontífice. Ahora no estaba sometido a la vigilancia de su astuto secretario de Estado. Cuando se elevó el helicóptero, ni el papa ni su secretario volvieron la cabeza para mirar al cardenal Maestroianni, evidentemente ansioso por regresar a su despacho y desempeñar sus tareas en el palacio apostólico. Fueren cuales fuesen dichas tareas, ambos estaban convencidos de que no auguraban nada agradable para el Santo Padre.

En menos de media hora, el helicóptero llegó a Fiumicino, donde tuvo lugar la ceremonia habitual: dignatarios religiosos y laicos, un coro infantil que cantó un himno papal, un breve discurso del papa y una declaración formal por parte del gobernador provincial. A continuación el papa y su cortejo se trasladaron a su acostumbrado DC-10 blanco de Alitalia y se instalaron en la cabina pontificia. Un pequeño grupo preseleccionado de periodistas y fotógrafos se encontraba ya a bordo en la cabina principal. El avión no tardó en despegar y a los pocos minutos volaba sobre el mar Tirreno, en dirección noroeste hacia Marsella.

Entonces el papa se dirigió a Sadowski.

-Cuando el cardenal y yo llegamos a Roma en 1978 para asistir al cónclave, ambos creíamos saber en qué consistía este trabajo.

Para el papa eslavo, «el cardenal» era y siempre sería el ya fallecido Stefan Wyszynski, apodado «el zorro europeo», en aquella época prelado de la Iglesia polaca.

Incluso antes de entrar en el segundo cónclave que se celebraba en el espacio de dos meses, estaba

muy claro para ambos cardenales eslavos que el liderazgo pontificio había sido comprometido, de un modo fundamental e incluso quizá fatal, por lo que había dado en denominarse «espíritu del Concilio Vaticano II». Al llegar a las últimas horas de dicho cónclave, cuando el joven clérigo polaco se enfrentaba a la probabilidad de que lo invitaran a ocupar el trono de San Pedro, los dos cardenales celebraron una reunión privada.

-Si acepta el nombramiento -dijo entonces el decano-, será el último papa de esta era del catolicismo. Al igual que el propio Simón Pedro, se situará en la línea divisoria entre una era que termina y otra que comienza. Presidirá una suprema culminación del papado. Y lo hará en el momento en que las facciones antipapales dentro de la propia Iglesia se han apoderado prácticamente de sus instituciones, en nombre del mismo Concilio Vaticano Segundo.

Por consiguiente, ambos cardenales comprendían que al joven prelado eslavo se le pedía que, como papa, defendiera fielmente el vanagloriado espíritu del Concilio Vaticano II. Pero acceder al nombramiento en tales condiciones equivalía a aceptar la dirección de una Iglesia ya comprometida de un modo firme, irrevocable y administrativo a un programa sociopolítico global que la mayoría de sus predecesores pontificios habrían considerado ajeno a la misión de inspiración divina de la Iglesia.

Pero eso no era todo. Los dos cardenales se enfrentaban a la realidad adicional de que en el año 1978 la organización eclesiástica y la vida pública de la Iglesia católica que había persistido hasta el siglo XX habían sido irremediablemente aniquiladas. Ambos comprendían la imposibilidad de su restauración. Incluso antes de regresar al cónclave para aceptar el nombramiento, el nuevo papa había aceptado que el cambio ya efectuado en la organización de su Iglesia era irreversible. La estructura tradicional de la Iglesia universal como institución visible y organización práctica se había transformado. Su hermano decano, «el zorro europeo», coincidía plenamente. Pero luego descubrieron que discrepaban en cuanto al mejor programa a seguir, en caso de que el joven cardenal recibiera la aprobación del cónclave.

-Sé, eminencia -afirmó el decano-, que el único otro papa posible que puede emerger de este cónclave es nuestro hermano el cardenal de Génova. Y ambos sabemos cuál sería su solución para el actual desorden en el que está sumida nuestra institución eclesiástica, ¿no es cierto?

El joven cardenal sonrió.

-Cerrar compuertas. Llamar a los recalcitrantes. Expulsar a los obstinados. Purificar el escalafón...

-Y sobre todo, eminencia -interrumpió el decano-, examinar los documentos importantes del Concilio Vaticano Segundo, e interpretados a la luz del Concilio Vaticano Primero y del Concilio de Trento. Un poderoso y decisivo retorno a los fundamentos, apoyado en los dogmas tradicionales de la Santa Madre Iglesia católica, apostólica y romana...

El decano dejó de hablar al comprobar que el joven cardenal hacía una mueca.

-Estoy de acuerdo -respondió el joven después de una pausa-. Pero la pérdida y el sufrimiento de almas, así como el de nuestras instituciones, serían incalculables. ¿Cómo puede cualquier papa cargar con esa responsabilidad, eminencia?

-¿Cómo puede dejar de hacerla? -replicó inmediatamente el decano.

-Pero eminencia -insistió el joven-, ambos estamos de acuerdo en que la Iglesia antigua y tradicional está... cómo diría yo... aniquilada, irremediablemente destruida. Con dicha política pontificia, nuestra querida Iglesia se tambalearía hacia el siglo veintiuno como un mendigo marginado. Entraríamos en el próximo milenio como restos esqueléticos de lo que en otra época fue un vibrante coloso religioso, en discordancia con el conjunto de la comunidad de naciones.

-Tenía entendido -dijo «el zorro europeo» con una pícara sonrisa en la mirada- que en todo caso nuestra obligación profesional era la de estar en desacuerdo con el mundo, a decir verdad crucificados al mismo, según dijo san Pablo. Pero, en serio, dígame cuál será el núcleo de su política pontificia si mañana nuestros hermanos cardenales lo eligen.

-El núcleo político que usted inició y yo me limité a seguir, cuando nos enfrentábamos a los estalinistas polacos...

-A saber.

-No rendirse. No enajenarse. No negarse a hablar ni a negociar. Llamar a todos y a cualquiera al diálogo, sea o no ésa su intención. Yo participé en la redacción de los documentos importantes del Concilio Vaticano Segundo. Tanto yo como los demás, los elaboramos con la intención de incluir a todo

el mundo. Todo el mundo, eminencia -insistió-. Jesucristo murió para todos. En efecto, todos hemos sido salvados en un sentido u otro. Si pudiera viajaría alrededor del planeta, visitaría una nación tras otra, procuraría que se me viera y oyera en todas partes y en todas las lenguas posibles -prosiguió con un destello en la mirada-. Ésa fue nuestra solución eslava en las terribles condiciones de Polonia bajo los soviéticos. Hablar y dialogar. Nunca desaparecer.

-La solución eslava... -repitió el decano con la mirada en la lejanía, sumido en un mundo de reflexiones-. La solución eslava...

-Tengo la certeza -dijo el joven cardenal en un tono sumiso pero firme, sin dejar de mirar a su superior- de que el papado y la Iglesia deben prepararse ahora para una enorme cosecha de almas en las últimas décadas de este milenio. Es el viejo sueño del buen papa Juan.

El cardenal decano se reía discretamente cuando se puso de pie.

-Dios le oiga, eminencia. –Y consultó su reloj-. La campanilla está a punto de sonar para la próxima sesión. Vámonos. Hemos tenido una buena charla. Y no temamos, Jesucristo está con su Iglesia.

Durante el primer año de su pontificado y en consonancia con dicho principio como núcleo de su política papal, el papa eslavo declaró:

-Seguiré los pasos de mis tres predecesores. Incluiré en mis obligaciones pontificias la implantación del espíritu y la letra del Concilio Vaticano Segundo. Trabajaré con mis obispos, como cualquier obispo lo hace con sus colegas, ellos en sus respectivas diócesis y yo como obispo de Roma, gobernando todos juntos colegiadamente la Iglesia universal.

Había mantenido fielmente su promesa. Durante más de doce años como papa, y por muy indolente, herética o profana que hubiera sido la forma de gobernar sus diócesis los obispos, no se había inmiscuido.

Cuando millares de obispos introdujeron enseñanzas innovadoras en sus seminarios, para permitir que proliferara entre sus clérigos la plaga de la homosexualidad, o para adaptar las ceremonias católicas a diversas «inculturaciones» como los ritos de la nueva era, la «hinduización» o la «americanización», el papa eslavo no persiguió a los perpetradores de las supuestas o conocidas herejías e inmoralidades, sino todo lo contrario. Las toleró.

¿No se esforzaban los obispos en contribuir a la construcción de las nuevas estructuras seglares que gobernarían cada una de sus naciones y la emergente sociedad de naciones? Pues también lo hacía el papa, con todo el peso preponderante del papado. ¿No se asociaban sus obispos con cristianos no católicos, en igualdad de condiciones, para la evangelización del mundo? Pues también lo hacía el papa, con toda la ostentación y ceremonia del Vaticano. Conforme la organización institucional de la Iglesia se sumía progresivamente en el desbarajuste de su propia explosión interna, y el sumo pontífice se presentaba ante el mundo como otro «hijo de la humanidad» y ante sus obispos como un simple hermano obispo en Roma, el papa eslavo permanecía fiel a la solución eslava.

Insistía en gobernar la Iglesia con sus obispos y sólo como uno más de ellos. Incluso cuando se le llamaba a ejercer su conocida y establecida autoridad pontificia en asuntos de doctrina, confundía a sus amigos, enfurecía a los tradicionalistas y alegraba el corazón de los enemigos del papado al declarar llanamente:

-Por la autoridad concedida a Pedro y a sus sucesores y en comunión con los obispos de la Iglesia católica, confirmo que...

Visitaba toda clase de templos, santuarios, grutas santas y cuevas sagradas. Tomaba bebidas mágicas y comidas místicas, aceptaba los símbolos de divinidades paganas en su frente y hablaba en igualdad de condiciones con patriarcas herejes, obispos disidentes y teólogos apóstatas, a quienes incluso admitía a la basílica de San Pedro y compartía la liturgia de sus celebraciones.

Pero por escandalosa que fuera su conducta como papa, nunca daba explicaciones, ni se disculpaba por no hacerlo. Raramente mencionaba el nombre de Jesucristo cuando hablaba a un público multitudinario, y no tenía inconveniente en retirar el crucifijo e incluso la sagrada forma cuando dichos símbolos podían resultar ofensivos para los huéspedes que no profesaran el catolicismo o el cristianismo. En realidad, nunca se refería a sí mismo como católico, ni a su Iglesia como católica, apostólica y romana.

Una de las principales consecuencias de la permisividad y «democratización» de la Iglesia del

papa eslavo fue la disminución de su autoridad pontificia sobre los obispos. En un informe confidencial, por ejemplo, varios obispos, aunque no en público, protestaban claramente de que «si ese papa dejara de hablar del aborto, de hacer hincapié sobre la maldad de la anticoncepción y de condenar la homosexualidad, la Iglesia podría unirse con éxito y alegría a la emergente sociedad de naciones». En Estados Unidos, el elegante obispo de Michigan, Bruce Longbottham, declaraba:

-Si ese actor aficionado que tenemos como papa reconociera la igualdad de derechos de las mujeres a ser sacerdotes, obispos e incluso papa, la Iglesia entraría en su última y gloriosa etapa de evangelización.

»Efectivamente -afirmaba el cardenal decano en Estados Unidos-. Si ese papa se dejara de devotas monsergas sobre apariciones de la Virgen María y concediera auténtico poder a las mujeres en la Iglesia real, todo el mundo se cristianizaría.

De un modo u otro, tanto si procedían de las humildes plegarias de hombres y mujeres de buena voluntad como de quienes sabía que deseaban el fracaso de su pontificado, todas las objeciones y críticas llegaban a oídos del papa, y éste las encomendaba siempre en sus oraciones al Espíritu Santo.

-Dígame, Daniel -dijo después de unos treinta minutos de vuelo, dirigiéndose a su secretario-, ¿por qué cree que voy de peregrinación al santuario de María Magdalena en Sainte-Baume precisamente en este momento? -preguntó mientras miraba interrogativamente a Sadowski con la cabeza ladeada-. Me refiero a la verdadera razón.

-Santidad, sólo puedo imaginar que obedece primordialmente a su devoción personal más que a razones eclesiásticas.

-¡Exactamente! -exclamó el papa antes de mirar por la ventana-. Quiero hablar un momento con una santa que eligió el exilio, debido a la gloria que había visto en el rostro de Jesucristo el día de la resurrección. Deseo honrarla de un modo especial, con la esperanza de que interceda ante Jesucristo y me otorgue la fuerza para soportar mi propio exilio, que en conciencia ahora apenas comienza.

TRES

En calidad de secretario del poderoso cardenal Maestroianni, el mohíno monseñor Taco Manuguerra, sentado en su despacho, custodiaba el sanctasanctórum de su eminencia. Sumido en el silencio propio del fin de semana que imperaba en el piso de la secretaría del palacio apostólico, el monseñor hojeaba el periódico matutino mientras refunfuñaba para sí por el hecho de que el cardenal lo hubiera llamado una vez más a trabajar un sábado. Hoy sería un *dies non,* le había dicho Maestroianni un día durante el cual el cardenal no recibiría a nadie en su despacho, ni aceptaría ninguna llamada telefónica.

Cuando de pronto llegó el cardenal a la puerta, el monseñor tuvo la sensatez de dejar de farfullar, soltó el periódico y se puso de pie. Con un simple gesto parenético de la mano como único saludo, su eminencia se detuvo sólo el tiempo necesario para formular una brevísima pregunta:

-¿Chin?

El padre Chin Byon Bang era de gran interés para el cardenal. Chin, un coreano especialmente hábil y taquígrafo particular de su eminencia, también había recibido la orden de presentarse a trabajar aquella mañana. Manuguerra se limitó a asentir; Chin esperaba a que se le llamara en un despacho cercano. Satisfecho, Maestroianni entró en su despacho particular.

En su recinto privado, el cardenal se frotó con vigor las manos, pensando en la importancia y complejidad del trabajo previsto para aquel sábado por la mañana. Desde aquel venerable despacho de la Secretaría de Estado, había dirigido los crecientes temblores de una organización católica planetaria que se alejaba de un orden universal caduco para acercarse a un nuevo orden mundial. En realidad, bajo su dirección todo progresaba siempre de una posición calculada a otra prevista. Nadie podría acusar a Cosimo Maestroianni de no estar comprometido con la supervivencia de la Iglesia católica y romana como institución. Por el contrario, era consciente de que al carácter universal de aquella organización, así como a la estabilidad cultural que aportaba, se atribuiría un valor incalculable para el nuevo hábitat terrenal del hombre.

Sin embargo, la organización estaba ahora presidida por un papa que, a pesar de su inutilidad y de

sus actitudes públicas, se negaba a apoyar la más importante de las reformas: la del despacho papal que ocupaba. Era preciso eliminar de aquel despacho toda autoridad personal, y su ocupante, el papa, debía incorporarse a la asamblea de obispos con una autoridad semejante al conjunto de los demás, pero sin exceder la de ninguno de ellos.

En teoría, la solución era fácil: la desaparición del actual ocupante del despacho pontificio. Pero no es fácil separar de su cargo a un papa en vida. Al igual que para desactivar explosivos, se necesita paciencia, confianza, tacto. Dada la sólida plataforma que aquel papa en particular había construido para sí mismo como líder mundial, era indispensable procurar que su eliminación no alterara el equilibrio aceptado y esencial entre las naciones.

Entretanto, dentro de la propia estructura jerárquica de la Iglesia, estaba la cuestión fundamental de la unidad. Puesto que la unidad entre el papa y los obispos era indispensable para la estabilidad de la Iglesia como organización institucional, era preciso procurar que dicha unidad no se desmoronara con la desintegración del papa eslavo. La jornada laboral de aquella mañana se dedicaría a la preocupación del cardenal por la unidad. Con Taco Manuguerra para evitar las interrupciones y Chin Byon Bang como taquígrafo, su eminencia esperaba terminar alrededor del mediodía.

A los pocos momentos de su llegada, el cardenal había reunido el material necesario sobre el escritorio. Casi simultáneamente, como si obedeciera la señal del apuntador, Chin llamó con suavidad a la puerta y, sin perder el tiempo en cumplidos, ocupó su silla acostumbrada frente al cardenal, preparó su máquina de taquigrafía y esperó.

-Maestroianni repasó cuidadosamente sus notas preliminares. Lo que se proponía redactar era una carta delicada, cuyo objeto era el de llevar a cabo un sondeo entre los representantes diplomáticos de la Santa Sede en ochenta y dos países alrededor del mundo, y averiguar hasta qué punto se sentían unidos al Santo Padre actual los cuatro mil obispos de la Iglesia universal. Según la teología del cardenal, las respuestas que recibiría serían de suma importancia, ya que de acuerdo con dicha teología la unidad era un poder bidireccional. El papa debía unir a los obispos y éstos debían aceptarlo como «papa de la unidad».

Evidentemente, el cardenal sólo pretendía efectuar una exploración informal de opiniones, como primer paso, por así decirlo, de un diálogo más realista entre la Santa Sede y los obispos. Le parecía importante, por ejemplo, explorar qué clase de unidad era deseable, averiguar hasta qué punto el papa eslavo gozaba de la unidad deseable y necesaria de los obispos o, en caso de que peligrara dicha unidad, determinar lo que había que hacer para conseguirla. El cardenal nunca utilizaría una expresión tan parlamentaria como «voto de confianza» para describir el propósito de su pequeña encuesta. Sin embargo, si por alguna razón se llegaba a dar el caso de que para la mayoría de los obispos su santidad no era un papa unificador, se tomarían las medidas necesarias encaminadas a formar un consenso relacionado con la necesidad de que abandonara su alto cargo como papa.

La clave ahora consistía en asegurarse de que la situación fuera ventajosa para la nueva Iglesia, sin insinuar siquiera remotamente que el papa actual no fuera un sumo pontífice unitario. Desde un punto de vista oficial, no cabía la menor ambigüedad a dicho respecto. El papa y los obispos nunca habían estado tan unidos. Al mismo tiempo, era posible, e incluso probable, que a una cantidad considerable de obispos con sentimientos ambivalentes nunca se les había brindado la oportunidad de expresarse con franqueza sobre la cuestión de la unidad. El cardenal se proponía que lo hicieran ahora.

Puesto que ningún secretario de Estado en sus cabales abordaría directamente dicho asunto con los obispos, Maestroianni había ideado una especie de programa piramidal. Dirigiría la carta de esta mañana a su personal diplomático, cuya política era determinada por la secretaría: nuncios, delegados, emisarios apostólicos, vicarios *ad hoc* y emisarios especiales. De acuerdo con las instrucciones que incluiría en la carta, dichos diplomáticos investigarían a su vez las diversas conferencias episcopales nacionales en todo el mundo, ya que los obispos, acostumbrados desde el Concilio Vaticano II a estar rodeados de expertos asesores, habían llegado a depender de los mismos.

Por consiguiente, la carta que el cardenal escribiría esta mañana a sus colegas del cuerpo diplomático no sería más que un paso en el camino, pero un paso fundamental y delicado. Era preciso el uso hábil de un lenguaje decoroso para formular lo que en el fondo eran preguntas brutales.

La taciturnidad pétrea del padre Chin contrarrestaba a la perfección la intensidad candente de Maestroianni. Sus oraciones parecían perfectas, ambivalentes sin ser ambiguas, cuando el cardenal

sugería, sin que lo pareciera, que cabía definir de nuevo la unidad a fin de renovarla. Pero sin dejar lugar a dudas en ningún momento, en cuanto a que el objetivo de su eminencia era siempre el de conservar y fomentar dicha valiosa unidad.

En aquel preciso momento de concentración, cuando nada en el mundo existía a excepción de las palabras ante sus ojos, un golpe en la puerta estalló como un trueno en los oídos del cardenal. Todavía inclinado sobre las notas que tenía en la mano, sulfurado, Maestroianni miró con ceño entre las cejas y las gafas. Taco Manuguerra, demasiado asustado para pisar el umbral de la puerta, asomó torpemente la cabeza y balbuceó las palabras que le habían prohibido utilizar aquella mañana.

-Teléfono, eminencia.

-Creí haberle aclarado que no quería que me interrumpieran...

-Es su santidad, eminencia -farfulló Taco.

Un calambre eléctrico no habría enderezado con tanta rapidez la espalda del cardenal.

-¡Su santidad! -exclamó el cardenal en un tono agudo provocado por la ira y la exasperación, al tiempo que dejaba caer los papeles de sus manos-. ¡Se supone que está en las montañas francesas, rezando!

Siempre consciente de su lugar y del valor de la discreción, Chin se había levantado ya de su silla y estaba a medio camino de la puerta, cuando el cardenal chasqueó los dedos y le ordenó al taquígrafo que regresara a su asiento. ¡La carta proseguiría! Chin obedeció y, por costumbre, dirigió la mirada a la boca del cardenal.

Maestroianni hizo una pausa momentánea para recuperar su compostura, antes de levantar el teléfono.

-¡Santidad! ¡A su servicio!... No, santidad, en absoluto. Sólo resolviendo algunos asuntos pendientes... Sí, santidad. ¿De qué se trata?

Chin vio cómo el cardenal abría atónito los ojos.

-Comprendo, santidad, comprendo -respondió Maestroianni, al tiempo que cogía una pluma y un cuaderno-. ¿Bernini? Permítame que lo anote. *Noli me tangere...* Comprendo... No, santidad, no puedo decir que la haya visto. Creía que Bernini ejecutaba grandes y primorosas obras. Columnas, altares y cosas por el estilo... ¿Dónde, santidad?... Ah, sí. El Angelicum... ¿Allí la vio su santidad? ¿Podría decirme cuándo, santidad?... Sí. En 1948... Sí. Por supuesto. Un triunfo del poder artístico...

El cardenal levantó la mirada al cielo, como para decir: « ¿Has visto, Dios mío, lo que tengo que aguantar?»

-...Permítame que me ocupe de ello inmediatamente... He dicho inmediatamente, santidad. Parece que tenemos una línea defectuosa... ¿Podría repetirlo, santidad?... Sí, por supuesto, debe seguir ahí... Con toda seguridad, santidad, santa Baume sigue también en su lugar. Me refería a la estatua de Bernini... Desde luego, santidad. Las estatuas no andan solas... ¿Cómo dice, santidad? ¿Ha dicho dos horas?... -preguntó Maestroianni mientras consultaba su reloj-. Usted perdone, santidad. ¿Ayuda de quién?... ¿Ha dicho de los canes, santidad?... Ah, comprendo. Los canes del Señor. *Domini canes.* Los dominicos encargados del Angelicum. El aire fresco de la montaña agudiza el sentido del humor de su santidad...

Su eminencia logró lanzar una carcajada poco convincente junto al teléfono, pero a juzgar por los surcos forzados que se formaban junto a su boca, Chin comprendió el esfuerzo que la risa le suponía.

-Sí, santidad, tenemos el número de fax... dos horas... Desde luego, santidad... Esperamos el regreso de su santidad... Gracias, santidad... Buen viaje.

Cuando el cardenal colgó el teléfono, con una profunda expresión de ira y frustración en la cara, permaneció inmóvil unos instantes mientras calculaba la forma más rápida y práctica de obedecer las instrucciones del sumo pontífice, para regresar al asunto verdaderamente importante de la carta sobre la unidad. De pronto, y quizá un poco a regañadientes, Maestroianni decidió que el papa tenía razón. Si esa estatua, pensó antes de consultar lo que había anotado en el cuaderno, ese *Noli me tangere* de Bernini estaba en el Angelicum y el Angelicum pertenecía a los dominicos como lugar de residencia, ¿por qué no dejar aquel absurdo asunto en sus manos?

Su eminencia pulsó el botón de su intercomunicador. -Monseñor, localice al maestro general de los dominicos. Llámelo inmediatamente por teléfono.

Con su ira algo atenuada por su decisión, Maestroianni levantó el borrador de su carta sobre la

unidad, e hizo un esfuerzo para volver a concentrarse. Pero en el momento en que las palabras perfectas afloraban en su mente, emergió de nuevo la voz de Manuguerra por el intercomunicador.

-El maestro general ha salido, eminencia.

-¿Dónde está?

-No lo saben con seguridad, eminencia. Es sábado...

-Sí, monseñor -dijo el cardenal en un tono que no se distinguía por paciente-. Sé qué día es.

Maestroianni estaba seguro de que la persona con la que Manuguerra había hablado en el Angelicum sabía muy bien dónde se encontraba el maestro general. En realidad, con el humor que le caracterizaba en aquel momento, estaba dispuesto a creer que todos los miembros de la orden dominicana sabían dónde encontrar al maestro general Damien Slattery. Que todo el mundo, a excepción del secretario de Estado del Vaticano, sabía dónde encontrar a Slattery.

El cardenal se tranquilizó. La cuestión ahora era cómo localizar a aquel astuto gigante irlandés, sin perder tiempo con bedeles y telefonistas. Cuando canalizaba la mente a la lógica de algún problema, la respuesta evidente a cualquier situación como aquélla surgía como el amanecer.

-Llame al padre Aldo Carnesecca. Dígale que venga. Probablemente está ahí delante, en la oficina del Santo Padre, aunque sea sábado por la mañana. Luego reserve un coche y un conductor a su nombre, y dígale que se presente en la puerta principal dentro de diez minutos. ¡Ahora mismo, monseñor! ¡No se entretenga!

-Sí, sí, eminenza! Subito! Subito!

Chin dudaba de que el cardenal intentara volver a concentrarse en la carta, antes de resolver el motivo de la interrupción. Se acomodó en su silla y esperó. Desde su situación privilegiada como taquígrafo particular del secretario de Estado, el cura coreano era consciente de que su eminencia y su santidad habían desenvainado hacía tiempo las espadas. Al comprobar la agitación que todavía embargaba a su eminencia, le otorgó un pequeño punto a su santidad.

CUATRO

Las tentaciones del padre Aldo Carnesecca probablemente no eran como las de otros mortales.

A pesar de los doce años transcurridos desde la llamada del secretario de Estado, Jean Claude de Vincennes en aquella época, para participar en la inspección de los documentos papales, Carnesecca había comprendido que con toda probabilidad De Vincennes había resuelto el enigma del sobre marcado por dos papas como «estrictamente personal y confidencial». Además, conocedor como era el padre Carnesecca del Vaticano, comprendía que para hombres como De Vincennes y su sucesor la venganza era un plato que sabía mejor frío, pero que a la postre se serviría.

No obstante, Carnesecca también sabía que los conocimientos y la experiencia particulares, que había cultivado a lo largo de tantas décadas como subordinado profesional, eran tan útiles para hombres como De Vincennes y su sucesor, como lo eran ellos para la Santa Sede. No abundaban los subordinados con formación y experiencia. De modo que la utilidad y las compensaciones podían fluir en paralelo durante muchos años, hasta la llegada repentina e inesperada del momento decisivo. Hasta entonces, podría circular con cierta impunidad cautelosa.

Pero no por ello dejaba el padre Carnesecca de ser precavido. A su avanzada edad, más de los setenta aunque fuerte y razonablemente ágil, se conservaba como siempre. Su integridad seguía intacta, las personas importantes para él le apreciaban como «hombre de confianza» y seguía siendo un fiel sacerdote de la Roma eterna. Sus precauciones no eran las de un agente terrenal, sino las de un cura. No era el daño corporal lo que procuraba evitar, sino los peligros de su alma inmortal.

En todo caso, Carnesecca había respondido inmediatamente a la repentina llamada del cardenal Maestroianni aquel sábado por la mañana, como siempre lo hacía, sin sorpresa ni alarma. Las instrucciones del cardenal habían sido sucintas y perentorias: Carnesecca debía encontrar al maestro general dominico Damien Slattery dondequiera que estuviera y decirle que llamara inmediatamente a la Secretaría de Estado. Dada la ausencia de instrucciones adicionales explícitas, Carnesecca tuvo la tentación de aprovechar las órdenes urgentes del cardenal aquella mañana para justificar una agradable excursión: instalarse con una comodidad inhabitual en el coche que le había mandado el secretario de Estado y mandarle al conductor que se dirigiera al cuartel general, o casa central como se conoce en

Roma, de aquel y todos los maestros generales dominicos en el monasterio de Santa Sabina, en la ladera de la colina Aventina, al suroeste de la ciudad.

El único problema con aquella tentadora idea era que Carnesecca sabía que no encontraría allí al padre Damien Slattery. En realidad, el cardenal Maestroianni estaba en lo cierto al suponer que los miembros de la orden sabían dónde encontrar a su superior. Y también lo sabía Carnesecca. Por consiguiente, dada la urgencia que Maestroianni le había transmitido y con un pequeño suspiro de pesadumbre, el padre Carnesecca le ordenó al conductor dirigirse a un restaurante situado en un sótano cerca del Panteón, llamado Springy's.

Springy's no era un lugar que el propio Carnesecca frecuentara. Pero cualquiera que conociera a Damien Slattery como le conocía él, no podía desconocer Springy's. Y cualquiera que estuviera tan familiarizado con Roma como lo estaba él, debía de conocer a Harry Springy. Al igual que el propio maestro general Damien Slattery, a nivel local Harry Springy se había convertido en un personaje legendario. Era un australiano llegado a Roma en los años setenta con una misión: «Un hombre debe comer un buen desayuno», era su lema. Guiado e inspirado por dicha divisa, Harry preparaba unos suculentos desayunos de huevos fritos, tocino crujiente, salchichas de cerdo, morcillas blancas y negras, riñones e hígados de pollo, montones de tostadas con mantequilla y mermelada, y toneladas de té solo muy cargado para engullirlo todo.

Naturalmente, entre los que a lo largo de los años se habían convertido en clientes habituales de Springy's, se encontraba toda la población romana de estudiantes y clérigos de habla inglesa. Y entre los habituales, el cliente predilecto de Harry era el padre Damien Slattery. Si existían dos hombres más idóneos que Harry Springy y Damien Slattery para mantener una amistad duradera y gratificante, el padre Carnesecca no los conocía.

El padre Damien era un hombre de un apetito extraordinario y una corpulencia proporcional. Con una altura superior a los dos metros y más de ciento treinta kilos de peso, el maestro general era uno de esos asombrosos ejemplares humanos al que a cualquier sastre o camisero de su Irlanda natal le habría encantado confeccionarle prendas de mezclilla de Donegal. Sin embargo, afortunadamente, por lo menos desde el punto de vista de Carnesecca, Damien Slattery había optado por los hábitos color crema de la orden dominicana. Envuelto en innumerables pliegues, con brazos como trabes, manos como espátulas y una enorme expansión estomacal y torácica, coronada por una rubicunda testa que cubría una rebelde cabellera blanca, Slattery parecía un gigantesco arcángel perdido entre los mortales.

Pero a lo largo de los años, Carnesecca había comprobado que Slattery era el más apacible de los hombres. A su edad, que Carnesecca calculaba en unos cincuenta y cinco años, Slattery andaba, hablaba y ejercía su cargo como maestro general dominico con portentosa dignidad. Su mero porte físico inspiraba aprobación y aceptación. No precisaba usar la fuerza. Era la fuerza. Parecía la autoridad personificada, como una montaña en movimiento.

Las habilidades del padre Slattery como delantero de rugby en su época escolar, por las que sus benévolos hermanos lo habían apodado «quebrantahuesos», le habían agregado unas extraordinarias dimensiones tanto a su popularidad como a su fama. Además, había tenido el mismo éxito con los estudios. Cuando su orden le mandó proseguir sus estudios en Oxford, obtuvo todos los galardones existentes. Adquirió también otra experiencia: la de tratar por primera vez con la posesión demoníaca. Como se lo había contado en una ocasión a Carnesecca, se había «iniciado» como exorcista en los primeros días de su sacerdocio. En realidad, en aquella época fue responsable de la limpieza de toda una casa en la zona residencial de Woostock.

-Como puede comprobar, padre Aldo -había dicho Slattery con su profunda voz de barítono, al hablarle de su pasado, antes de soltar una carcajada-, no sólo soy guapo.

Después de Oxford y de otros quince años aproximadamente en Irlanda como catedrático de teología y superior local de su orden, Slattery había recibido el nombramiento de rector de la Universidad dominica de Angelicum. Al principio de su estancia en Roma, eran los italianos quienes solían reírse al verlo porque, como latinos, su imaginación se desbocaba al pensar en sus dimensiones. Pero no tardó en ganarse su afecto y su apodo cariñoso de *«il nostro colosso»*. De modo que, aunque no a gusto de todo el mundo, a nadie le sorprendió que en 1987 los hermanos de la orden eligieran por unanimidad a Damien Slattery como maestro general. Lo sorprendente para muchos de ellos fue la

extraña condición del padre Slattery antes de aceptar el nombramiento. Si bien trabajaría durante el día en las dependencias del maestro general en el monasterio de Santa Sabina, en la colina Aventina, no residiría allí como lo determinaba la costumbre. Seguiría viviendo en la rectoría del Angelicum.

En 1987, Aldo Carnesecca había tenido ya algún breve contacto con el padre Slattery. En realidad, incluso el propio papa eslavo había conocido al irlandés y le había confiado ciertas tareas onerosas y delicadas. El padre Carnesecca no conocía todos los detalles, pero sabía que Slattery se había convertido en el confesor y teólogo particular del sumo pontífice; no era ningún secreto. También sabía que el dominico viajaba uno o dos meses todos los años en misiones privadas del papa, y que la tarea más desagradable y peligrosa que le había encomendado el Santo Padre estaba relacionada con su temprano éxito como exorcista. También era consciente de que los cardenales arzobispos de Turín y Milán, las dos ciudades europeas donde más arraigados estaban los ritos satánicos y las posesiones demoníacas, habían acudido al padre Slattery como asesor exorcista.

A lo largo de los años, después de trabajar en varias ocasiones por una razón u otra con Damien Slattery, Carnesecca estaba convencido de que había en él ciertos aspectos inamovibles. En primer lugar, y para el padre Carnesecca de mayor importancia, Damien Slattery conservaba una fe inquebrantable en Dios como católico y en el poder del Espíritu Santo. Esto era fundamental en sus repetidas confrontaciones con el mundo demoníaco. Sin embargo, pocos sabían, ni lo descubrirían por boca de Carnesecca, que la razón del maestro general Slattery para conservar su residencia en la rectoría del Angelicum era la de utilizarse a sí mismo como antídoto contra una antigua infección demoníaca de dichas dependencias.

La segunda constante inquebrantable de Damien Slattery era el hecho de seguir siendo irlandés hasta la médula. Raramente dejaba de hablar con acento de Oxford, pero cuando lo hacía, solía soltar alguna parrafada gaélica con un marcado deje de Donegal. Lo tercero que nunca cambiaba era su devoción a Harry Springy y a su restaurante. Allí se lo podía encontrar todos los sábados por la mañana, siempre en la misma mesa separado de los demás clientes y rodeado de fuentes de comida, preparada afectuosamente por el propio Harry Springy para su amigo predilecto.

-¡Caramba, el padre Aldo! -exclamó Slattery después de levantar la cabeza, al tiempo que dejaba majestuosamente los cubiertos en el plato con un espectacular revuelo de mangas, y le indicaba al cura que se sentara frente a su soberbia envergadura-. ¿Ha venido a desayunar conmigo?

Consciente de que pasaba el tiempo, Carnesecca rechazó la invitación y le transmitió al maestro general el mensaje urgente del cardenal, para que llamara a su eminencia a la secretaría.

-Inmediatamente, padre general. Un asunto urgente relacionado con el Santo Padre. Pero eso es todo lo que me ha dicho su eminencia.

Eso le bastó al dominico, y ordenó que le guardaran en el horno el resto del desayuno para que no se le enfriara. Entonces se dirigió al único teléfono de Springy's, situado junto a la ajetreada y ruidosa cocina. Al padre Damien nunca le apetecía hablar con Cosimo Maestroianni. Se veían a menudo en reuniones oficiales y ambos sabían que estaban en extremos opuestos del columpio de la política romana. Pero incluso en aquella jungla de facciones, algo mucho más profundo y personal que las lealtades políticas separaba a aquellos dos hombres. Damien lo sabía. Y el cardenal también lo sabía.

El padre Slattery llamó al despacho del cardenal, y Taco Manuguerra le pasó inmediatamente la comunicación a su eminencia. Ni el cardenal ni el dominico se extendieron más allá de los cumplidos indispensables. Sin embargo, como de costumbre, ambos se mantuvieron fieles a sus obligaciones en la organización.

-Su santidad está en Sainte-Baume, padre general. En el santuario de Santa María Magdalena, para oficiar en las celebraciones. Acaba de llamarme para decirme que necesita que le mandemos por fax una fotografía de cierta estatua de Bernini de María Magdalena. Se llama *Noli me tangere.*

-Comprendo, eminencia. ¿En qué podemos ayudar a su santidad? Su eminencia sabe que estamos siempre dispuestos... -Obteniendo una fotografía de dicha estatua y mandándosela por fax al Santo Padre a Sainte-Baume, padre general. En una hora a lo sumo, por favor.

Para Slattery, la exasperación que detectó en la voz del cardenal casi compensó la interrupción de su desayuno. Sin embargo, no tenía la menor idea de la razón por la que su eminencia le dirigía dicha solicitud.

-Por supuesto, estamos dispuestos a actuar inmediatamente, eminencia. No obstante, una fotografía de...

Su eminencia no parecía comprender el problema del maestro general.

-Nuestro fotógrafo oficial estará a su disposición. Mi secretario se ha puesto ya en contacto con él. Pero insisto, padre general. Su santidad insiste. Hágalo ahora.

-Por supuesto, eminencia. Por supuesto. La única dificultad...

-¿Qué dificultad, padre general? Para esto no necesita la aprobación del claustro general.

Slattery encajó el golpe con la nariz fruncida. Como órgano supremo de la orden dominicana, el claustro general tenía fama de moverse con la velocidad de una anciana tortuga.

-¡Encantado! -exclamó el padre Damien después de levantar su profunda voz por encima del ruido inesperado de unos platos-. ¡Inmediatamente! Por cierto, nunca he visto esa... ¿cómo se llama? *Noli...*

-*Noli me tangere,* de Bernini, padre general. ¿Recuerda la escena del evangelio? ¿Jesucristo y María Magdalena en el jardín? ¿Después de la resurrección? *Noli me tangere.* «No me toques»... las palabras de Jesucristo. ¿Se acuerda! La estatua está en el claustro de la casa religiosa de la que usted es superior, padre general. ¿O no frecuenta usted el claustro?

No cabía duda de que el cardenal progresivamente se enojaba. Ahora, Slattery estaba muy perplejo. Al igual que muchos edificios religiosos de Roma, el Angelicum disponía de un hermoso patio interior, con un apacible jardín y una bonita fuente en el centro del mismo, donde en realidad el padre Damien a menudo recitaba su breviario. Pero nunca, en sus muchos años en el Angelicum, había visto allí una estatua de Bernini. Y así se lo dijo a Maestroianni.

-Imposible, padre general -insistió el secretario-. El Santo Padre la vio allí en persona.

En su confusión general, uno de los pocos sentimientos que podían llegar a compartir, Slattery y Maestroianni abandonaron el formalismo de su lenguaje.

-¿La vio el Santo Padre? ¿Cuándo?

-Según él, a finales de los cuarenta.

-A finales de los cuarenta.

-Ha oído bien. Pero las estatuas no caminan. Una escultura de Bernini no desaparece sola.

-Lo reconozco, aunque ahora no está allí.

Después de una pausa momentánea, la voz del cardenal se suavizó ligeramente.

-Escúcheme, padre general. Entre usted, yo y Santa María Magdalena, no puede imaginarse usted cómo ha trastornado esta absurda petición los asuntos oficiales de esta mañana. La estatua debe de estar en algún lugar. Estoy seguro de que logrará encontrarla.

-¿Ha dicho su santidad por qué quería esa foto con tanta urgencia?

-Inspiración, por lo que parece -respondió el cardenal con un deje de sarcasmo-. El Santo Padre valora la expresión de devoción piadosa que Bernini esculpió en el rostro de María Magdalena. Su santidad desea inspirar su velada en Sainte-Baume.

-Comprendo -dijo Damien, que realmente lo comprendía, antes de hacer una pausa para reflexionar sobre la forma de atacar el problema.

-Alguien debe saber dónde está la estatua -insistió el cardenal-. ¿No podría preguntárselo a alguno de los viejos monjes que viven en el Angelicum?

-No durante el fin de semana. El personal está ausente. Los residentes habituales van a visitar a sus parientes en el campo. Sólo estamos yo, un monje ciego y anciano que no se mueve de la cama, un visitante de nuestra misión en Tahití cuya especialidad parecen ser los regímenes de bananas, un grupo de monjas chinas que ensayan una obra de teatro en mandarín en el claustro y un joven estadounidense...

» ¡Un momento, eminencia! Ya está. Creo que he encontrado a nuestro hombre. El joven sacerdote estadounidense. Todos los años pasa el segundo semestre con nosotros. Es profesor de teología dogmática. Un individuo discreto. Desempeña las funciones de archivero. Nunca sale durante los fines de semana y ayer mismo me pidió los registros desde 1945.

-Es el hombre clave -exclamó Maestroianni-. Deje la línea abierta y llámelo. Esperaré.

Slattery le hizo una mueca a Harry Springy, que en aquel momento pasaba junto a él procedente de la cocina.

-La verdad es que no llamo desde el Angelicum.

-Ah -dijo el cardenal, que se dejó llevar por la curiosidad-. Me preguntaba por el ruido y el ajetreo

que oía de fondo.

-Una invasión inesperada de feligreses, eminencia -respondió Slattery antes de recuperar el tono formal de la conversación-. ¿Supongo que el padre Carnesecca dispone de toda la información? ¿El número de teléfono del fotógrafo y el número de fax de Sainte-Baume?

-Lo tiene todo, padre general -respondió el cardenal, aliviado y dando por sentado el éxito de la misión, como solía hacerlo, antes de darle a Slattery una serie de órdenes-. Cuando su hombre haya localizado la estatua, dígale que me llame. Tal como van las cosas esta mañana, seguramente seguiré aquí. Le diré a monseñor Manuguerra que me pase la llamada. Por cierto, cuando haya mandado la fotografía por fax al Santo Padre, dígale que me traiga aquí el original. ¿Cómo se llama su hombre?

-Gladstone, eminencia. Padre Christian Thomas Gladstone.

En el momento en que su coche llegó al Angelicum, Carnesecca subió por los desgastados peldaños de mármol de la abadía. Junto a la centralita, un recepcionista charlaba aparentemente con su novia por teléfono. Después de perder unos valiosos minutos esperando y de varios intentos para resolver de forma educada la situación, el habitualmente sumiso y humilde padre Carnesecca adoptó una actitud más directa. Extendió el brazo y desconectó con decisión la llamada del joven recepcionista.

-Estoy aquí por un asunto pontificio. Me han mandado el maestro general Slattery y el secretario de Estado del Vaticano, el reverendo cardenal Cosimo Maestroianni. Aquí tiene mi identificación. Llame a este número y compruébelo. Pero tenga la seguridad de que antes de terminar el día se habrá quedado sin empleo.

El recepcionista estaba demasiado estupefacto para enojarse por la interrupción de la llamada.

-Sí, reverendo. ¿En qué puedo servirle?

-He venido para ver al padre Christian Gladstone. ¿Dónde puedo encontrarlo?

-Lo siento, padre -respondió el pobre individuo, pálido ahora como la cera-. No puedo llamar al profesor por teléfono. Está rezando en el tejado. Allí no hay ningún teléfono. Lo siento, reverendo...

-¿Dónde está el ascensor?

El joven empezaba a recuperarse del susto cuando se levantó de un brinco y, sin dejar de repetir cumplidos, acompañó a Carnesecca al ascensor. Al llegar al tejado, Carnesecca vio inmediatamente a un individuo alto y delgado con sotana negra cuya silueta se dibujaba con el perfil de la ciudad como telón de fondo. Paseaba despacio mientras movía silenciosamente los labios, con la cabeza agachada sobre su breviario. Ver a un joven cura recitando sus oraciones era algo inusual hoy en día y Carnesecca lamentó la intromisión.

El clérigo, que había intuido la presencia de Carnesecca, se detuvo y volvió la cabeza. Unos ojos azules examinaron atentamente al padre Aldo. Su rostro era todavía juvenil, aunque varias líneas surcaban ya los alrededores de su boca. Pero el estadounidense debió de encontrar la respuesta satisfactoria a alguna pregunta en su propia mente, porque cerró el breviario y se acercó decididamente con la mano extendida.

-Soy Christian Gladstone, reverendo -dijo en un aceptable italiano, con una ligera sonrisa en los labios.

-Carnesecca -respondió el padre Aldo, mientras se estrechaban sinceramente la mano-. Aldo Carnesecca, de la Secretaría de Estado. Acabo de ver al maestro general en...

-¡Springy's! -exclamó Gladstone con una radiante sonrisa-. Bien venido, padre. ¡Todo el que tenga suficiente amistad y valentía para interrumpir al maestro general un sábado por la mañana en Springy's merece ser recibido con los brazos abiertos!

Aunque poco acostumbrado a un trato tan familiar, Carnesecca correspondió a su contertulio con una breve explicación de la misión que le habían encomendado. Sin embargo, una vez más, el joven estadounidense se le había anticipado. Le respondió que el padre general ya se lo había contado por teléfono.

Mientras se dirigían a la puerta del tejado y descendían luego en el ascensor, Gladstone le repitió a Carnesecca lo que el padre Slattery le había comunicado sobre el Bernini extraviado y la extraña solicitud del sumo pontífice al cardenal para que le mandara por fax una fotografía de la estatua a Sainte-Baume. Gladstone también confesó que le parecía interesante que el Santo Padre contemplara una estatua de Bernini, o cualquier obra de arte, para inspirarse.

-Le suponía de tendencias más místicas -declaró-. Aunque debí de haberme percatado, por algunos de sus escritos, de su profunda percepción humanista.

Carnesecca recibió aquella opinión sobre el papa eslavo con cierto interés, pero no interrumpió el relato de Christian.

-El caso es -prosiguió el estadounidense- que, después de que el maestro general Slattery me explicara el problema, he examinado algunos registros de la orden que le pedí sólo ayer. Creo que podremos complacer la petición del Santo Padre de una fotografía de *Noli me tangere* con bastante facilidad. Si llama al fotógrafo del cardenal, nos pondremos en camino. Después de mandar la foto por fax a su santidad, al parecer debo llevarle el original a su eminencia. Pero en mi opinión, padre Carnesecca, eso es lo más extraño del caso. ¿No sería usted, sobre todo teniendo en cuenta que trabaja en la secretaría, la persona más indicada?

A Carnesecca no le sorprendía el interés del cardenal por alguien relacionado aunque sólo remotamente con Damien Slattery. Pero aquél no era el momento indicado, ni las circunstancias apropiadas, para sumergirse en temas políticos con alguien a quien acababa de conocer. Todo tenía su momento. Después de resolver el asunto del Bernini, tal vez se las apañaría para organizar una charla con aquel joven tan interesante.

Al llegar a la planta baja, y sin dejar de pensar en que pasaba el tiempo ni en la petición del Santo Padre, Carnesecca se dirigió al teléfono.

-¿Dónde le digo al fotógrafo que se reúna con nosotros? -preguntó, después de volver la cabeza para mirar a Gladstone-. ¿Dónde ha encontrado el *Noli me tangere?*

-Si los archivos son correctos, la estatua está escondida en una capilla del sótano de la casa central, en el monasterio de Santa Sabina, en la colina Aventina. ¿Se imagina un Bernini escondido, padre?

CINCO

-GLADSTONE, Christian Thomas -leyó el cardenal Maestroianni sobre la carpeta que tenía delante.

Gracias a su celo profesional y su fuerza de concentración, su eminencia había logrado cumplir, después de todo, con lo previsto en su abigarrada agenda para aquel sábado por la mañana.

Le desagradaba hablar con el maestro general Damien Slattery. El uso de «nosotros» por parte del dominico en sus conversaciones, le resultaba particularmente molesto. No obstante, el sacrificio de una conversación con el prior dominico había permitido por lo menos realizar el trabajo. Su joven valido, ese tal padre Gladstone, había cumplido al pie de la letra la palabra del maestro general. Había llamado con bastante presteza para informar de que se había localizado la estatua de Bernini, antes de conseguir con Carnesecca una fotografía de la misma y mandarla por fax a Sainte-Baume. Si no surgía ningún contratiempo, el cardenal esperaba que le trajera el original a la secretaría en menos de una hora.

Asegurado el éxito en dicha empresa, Maestroianni decidió concentrarse de nuevo en la importantísima carta referente a la unidad de la Iglesia. Tenía en las manos el último borrador de la misma, para un repaso definitivo. Después de su entrevista con el joven clérigo estadounidense, que no tenía por qué durar más que unos pocos minutos, debía efectuar una llamada telefónica relacionada con la cuestión de la unidad. Luego podría regresar por fin a su residencia.

El interés de Maestroianni por Christian Gladstone era en gran parte un formalismo, pero no caprichoso. El cardenal sentía cierto interés por los jóvenes aspirantes en la estructura eclesiástica. Después de todo, ellos eran quienes realizaban la mayor parte del trabajo, e inevitablemente sus nombres aparecían ante posibles ascensos. Como miembro a su vez de la burocracia vaticana durante los últimos cincuenta años, el cardenal conocía la forma de mantenerse informado sobre el contingente ascendente, al igual que la de escrutar tanto a los de su mismo rango como a sus superiores dentro de la organización. Por consiguiente, mientras concluía su trabajo con Chin, el cardenal le había ordenado a Taco Manuguerra que buscara la ficha del cura estadounidense en el departamento de personal.

-Gladstone, Christian Thomas -repitió el cardenal para sus adentros cuando abría la carpeta.

Por sus pecados, le tocaba tratar con otro anglosajón. Con ojo experto y veloz, su eminencia repasó los documentos que configuraban un perfil de la carrera del estadounidense como sacerdote.

Tenía treinta y nueve años. Incluida su época de estudiante, hacía doce que era clérigo. Primeros

estudios universitarios en Europa. Carrera eclesiástica en el seminario de Navarra, en España. Licenciado con matrícula de honor en teología y filosofía. Ordenado el 24 de marzo 1984. Desde el punto de vista eclesiástico, el padre Gladstone residía en la diócesis de Nueva Orleans, bajo la jurisdicción del cardenal arzobispo John Jay O'Cleary. Durante la segunda mitad del curso académico, ejercía principalmente como profesor numerario de teología en el seminario superior de Nueva Orleans.

Tal como se lo había dicho Slattery aquella misma mañana, en la actualidad pasaba el resto del curso en Roma como profesor en el Angelicum, mientras preparaba su doctorado en teología. A pesar de no ser dominico, el padre general Slattery parecía dirigir en persona la tesis doctoral de Gladstone. Curioso, pensó acerbadamente Maestroianni al leer que la cátedra de Gladstone en el Angelicum recibía dinero de su propia familia. Slattery no se dejaba perder ninguna oportunidad.

En general, la información de la ficha de Gladstone, incluida una elogiosa carta de recomendación del propio cardenal O'Cleary, constituía un historial impecable como sacerdote y como teólogo. Sin embargo, un rescripto especial del actual sumo pontífice obligó al cardenal a fruncir el entrecejo. A pesar de la reciente fecha de ordenación de Christian Gladstone, 24 de marzo 1984, le autorizaba a celebrar la antigua misa tridentina. Una nota del cardenal prefecto del Banco Vaticano aclaraba que la madre de Gladstone había insistido en dicho privilegio, como condición previa a la inversión de unos cinco millones de dólares para rescatar una empresa francesa en peligro de quiebra, cuyo accionista principal era el Banco Vaticano.

El convenio no tenía nada de inusual. El propio Maestroianni conocía numerosos pactos similares, o que llegaban incluso más lejos, efectuados por el Vaticano. No obstante, a su eminencia lo preocupaba la preferencia de un sacerdote por la liturgia tradicional y anticuada de la misa católica. En el mejor de los casos, e incluso suponiendo ingenuidad política, era indicio de cierto antievolucionismo, de no haber captado el carácter negativo y discriminatorio de la antigua Iglesia católica y de sus actitudes elitistas. Dada la inocuidad que manifestaban los documentos de su ficha, el cardenal concluyó que la preferencia de Gladstone por la antigua misa no era más que una secuela personal de su estancia en el seminario navarro.

-*Semplice* -observó para sí el cardenal-. Es inocente. No interviene en política, ni se complica la vida para mejorar su carrera. No apoya ninguna de las facciones en Roma ni en Estados Unidos. Un operario. Un zángano.

Pero no estaría de más dedicar un par de minutos a examinar sus datos familiares. A menudo los contactos de una persona son más indicativos de su utilidad que su propio historial. Al parecer, su residencia familiar estaba en un lugar de Galveston, en Texas, llamado «La casa azotada por el viento». Romántico nombre, que parecía proceder de uno de esos romances ingleses que tanto gustaban a los estadounidenses. Padre: fallecido. Madre: señora Francesca Gladstone. Los demás datos eran escasos. Sin embargo, lo poco que había, unido a los cinco millones de dólares para rescatar la empresa francesa y al generoso financiamiento de la buena señora de una cátedra en el Angelicum, olía ineludiblemente a gran fortuna. Antigua riqueza al servicio todavía del bien. Una hermana: Patricia Gladstone. Nada importante. Soltera. Al parecer artista de cierto renombre. Vivía en la residencia familiar de Galveston.

Un hermano, Paul Thomas Gladstone, le resultó más interesante a Maestroianni. Había estudiado también algún tiempo en un seminario, pero al parecer había proseguido sus estudios en Harvard. Domiciliado ahora en Londres. Se le consideraba un experto en relaciones internacionales y trabajaba en la actualidad en el prestigioso bufete de abogados transnacional Crowther, Benthoek, Gish, Jen & Ekeus.

Curiosa coincidencia. El bufete de Cyrus Benthoek.

Desde hacía muchos años, Maestroianni había considerado a Cyrus Benthoek un valioso colaborador en sus esfuerzos por situar su Iglesia en la cabecera del nuevo orden mundial. En realidad, puesto que su agenda aquella misma tarde incluía una llamada a Benthoek, tomaría nota en su cuaderno para no olvidar preguntarle por Paul Thomas Gladstone. Era un mero detalle, pero no estaría de más ser concienzudo. Con frecuencia había repetido el cardenal De Vincennes que los detalles contaban.

Maestroianni volvió a concentrarse en la ficha, para examinar los pocos documentos restantes, y su meticulosidad se vio recompensada con la noticia más interesante. Los Gladstone, al parecer, estaban considerados en el Vaticano como *«privilegiati di Stato»*. Había, en otras palabras, una «ficha Gladstone» permanente en el registro de la propia secretaría de personas importantes del Vaticano, con una carpeta completa dedicada a la familia Gladstone en los archivos oficiales.

Era comprensible que se reseñaran pocos detalles en la ficha personal de Christian Gladstone. Pero el significado real de *«privilegiati di Stato»* estaba perfectamente claro para alguien con tanta experiencia como el cardenal secretario de Estado. En términos generales, la participación de la familia Gladstone en las finanzas de la Santa Sede significaba que ésta, a su vez, prestaba todos los servicios financieros que podía a dicha familia. Por consiguiente, el titular de la familia Gladstone se encontraba entre los pocos elegidos, con toda probabilidad cincuenta o sesenta a lo sumo, autorizados a utilizar los servicios bancarios del banco interior del Vaticano, fundado por la Santa Sede a principios de los años cuarenta. Y estaban también entre los pocos que, por razones especiales, podían obtener un pasaporte vaticano.

Maestroianni cerró la carpeta, se levantó de su silla y, con la mirada puesta en la plaza de San Pedro pero sin contemplar nada en particular, empezó a especular sobre Christian Gladstone con un interés que no había anticipado. Por una parte tenía un hermano que estaba relacionado, le quedaba por averiguar hasta qué punto, con el profético e incluso visionario Cyrus Benthoek. Por otra parte, parecía tratarse de una antigua y estable familia católica, con unas credenciales impecables en la Santa Sede.

El propio Christian Gladstone no parecía impresionante. Probablemente heredaría millones de dólares. Como cura, era sencillo. A lo mejor, beato hasta el punto de ser retrógrado. Celebraba todavía la antigua misa romana, pero sin la menor ostentación. A la fin y a la postre, pudiera ser que resultara interesante. Para el cardenal Maestroianni, «interesante» equivalía a decir «útil». Otros zánganos piadosos pero con poderosas relaciones como él, a pesar de ser bastos, maleables e «inocentes», en más de una ocasión habían logrado constituir el material idóneo para reforzar los puentes entre el antiguo orden caduco y el nuevo camino progresista.

No, decidió que aquel joven y sencillo cura no lo sorprendería. A lo sumo sería uno de esos anglosajones que le miran a uno directamente a los ojos. Sus gestos ceremoniales serían torpes imitaciones de la conducta romana ajena a los estadounidenses y a la que nunca acaban de acostumbrarse. Afortunadamente, no haría ningún discurso, ni adornaría sus comentarios con devotas referencias a Dios, a la Iglesia o a los santos.

La suave llamada de Taco Manuguerra a la puerta puso fin a las especulaciones del cardenal.

-El padre Christian Gladstone, eminencia.

Maestroianni observó con atención a su visitante. A excepción de la calidad de la tela de su sotana, era tan circunspecto como el cardenal lo suponía. Pero al estadounidense la sotana le caía como a cualquier clérigo romano. Con un gesto tan automático como autoritario, inconfundible aunque no exagerado, su eminencia extendió la mano con su anillo de obispo.

-Eminencia -exclamó Gladstone, al tiempo que hacía una genuflexión y le besaba el anillo, antes de incorporarse de nuevo-. Perdone el retraso. Nos hemos apresurado tanto como hemos podido, para conseguir estas fotos.

Con una radiante sonrisa reservada para los visitantes, Maestroianni cogió el sobre que el estadounidense le ofrecía. El italiano del joven era aceptable. No había nada torpe en sus gestos ceremoniales. Ninguna confusión ni titubeo en su uso de títulos eclesiásticos. Gladstone ascendió un par de peldaños en la apreciación del cardenal.

-No hay forma adecuada de darle las gracias, reverendo -dijo el cardenal mientras estrechaba lenta y deliberadamente la mano de su visitante, con una mano fuerte y seca, sin nerviosismo, antes de brindarle otra sonrisa y ofrecerle una silla-. Siéntese, padre. Se lo ruego, quédese unos momentos.

Su eminencia se instaló en su propia silla, tras el escritorio. Sacó las fotos del sobre que el padre Gladstone le había entregado y las examinó fugazmente. Había tres fotografías distintas del *Noli me tangere.* Excelente trabajo. Era un buen zángano que inspiraba confianza. Hacía lo que se le ordenaba y un poco más.

-Supongo, padre, que ya las han mandado a Sainte-Baume.

-Hace media hora, eminencia.

-Comprendo. Todo es maravilloso cuando tiene un final feliz, ¿no le parece? -dijo el cardenal después de dejar las fotos sobre la mesa-. Descubrí hace algún tiempo, padre Gladstone, que usted tiene un hermano que trabaja para un viejo amigo mío, Cyrus Benthoek.

-Sí, eminencia -respondió Gladstone, que miró fijamente a los ojos del cardenal, al estilo

anglosajón-. A Paul le encanta su trabajo. Ha prometido visitar Roma antes de que me marche.

-¿Antes de marcharse, padre? ¿Piensa abandonarnos?

-Nada definitivo, eminencia. Es decir, no inmediatamente. Todavía tengo que trabajar para completar mi tesis. Pero he comprobado que mi naturaleza no es la de un romano.

-Sí, claro.

Otra esperada faceta confirmada. Sin embargo, había algo diferente en aquel anglosajón. Algo que no acababa de encajar. No era lo que Gladstone decía o hacía, sino lo que era. Carecía del ardor mediterráneo. Eso habría sido esperar demasiado. Pero el cardenal casi envidiaba la discreción silenciosa y la seguridad en sí mismo de aquel joven. No era servicial, no en el fondo. Su actitud iba más allá de la «adaptación superficial» de la mayoría de los anglosajones. Era sorprendentemente refinado.

-Dígame, padre -preguntó Maestroianni mientras señalaba las fotografías, pero sin dejar de mirarle a los ojos-, ¿dónde ha encontrado el *Noli me tangere?*

-En una capilla de los sótanos, eminencia. En la casa central de los dominicos.

-Le estamos muy agradecidos -dijo el cardenal, que se puso en pie-. Cuando su hermano esté en Roma, padre, me encantaría conocerlo.

Siguiendo el ejemplo del secretario de Estado, Gladstone también se levantó.

-Muchas gracias, eminencia.

-Interesante -susurró el cardenal para sus adentros, después de que Christian Gladstone cerrara la puerta a su espalda-. Un espécimen interesante.

Carecía de las pasiones del corazón. Su instinto político no era lo suficientemente poderoso para tratar con Roma. Escuchaba con bastante bondad, y de su conversación era difícil deducir si carecía de imaginación o sólo evitaba comprometerse. Era más elegante que la mayoría de sus congéneres, incluso cabría decir con un toque de distinción. Pero con o sin elegancia, al igual que la mayoría de los anglosajones, era manipulable.

Sin embargo, el hecho de que Maestroianni siguiera interesándose por Gladstone obedecía casi exclusivamente a la contradicción evidente de las poderosas e indudables relaciones de aquel sacerdote. Procedía de un ambiente todavía contaminado por el antiguo catolicismo papal. Lo que se hereda en los huesos se manifiesta en la carne, según dicen los británicos. No obstante, el hermano de Gladstone se había sentido atraído por la operación de Cyrus Benthoek, en la que no había cabida para la Santa Sede visible desde el exterior. ¿Quién sabía? Pudiera ser que, después de todo, el sumo pontífice le hubiera hecho a Maestroianni un pequeño favor sin proponérselo, al pedirle las fotografías de la estatua de Bernini. El cardenal pulsó el botón de su intercomunicador sobre el escritorio, para hablar con el sufrido Taco Manuguerra.

-Monseñor, llame por teléfono a la diócesis de Nueva Orleans. Quiero hablar con el cardenal arzobispo.

Resultó que no se logró localizar a su eminencia, el cardenal O'Cleary.

-Está de vacaciones en el oeste de Irlanda, eminencia -declaró Manuguerra.

No tenía importancia. El secretario de Estado había dedicado ya un tiempo demasiado valioso a aquel asunto, por ahora. En todo caso, si había algo interesante que mereciera un seguimiento, obtendría indudablemente más información de Cyrus Benthoek que del cardenal O'Cleary. Lo preferible ahora era terminar el borrador de su carta sobre la unidad de la Iglesia.

Su eminencia levantó su teléfono codificado y marcó un número en Bélgica. Al oír la voz familiar del cardenal Piet Svensen por la línea, el secretario de Estado se alegró. Ahora, por lo menos, trataba con alguien conocido, de juicio imperturbable. El cardenal Svensen era un viejo amigo de toda confianza. Aunque jubilado de su cargo oficial, al igual que pronto lo estaría Maestroianni, Svensen seguía siendo un líder, así como un experto en los movimientos ecuménico y carismático. Además, como residente en Bruselas, mantenía ciertos extraordinarios vínculos con altos dignatarios de la Comunidad Económica Europea.

Enemigo acérrimo del papa eslavo, Svensen se había opuesto rotundamente a su elección. En las reuniones privadas del cónclave, había advertido a los demás cardenales electores que aquel eslavo sería incapaz de resolver los arduos problemas de la Iglesia. Por consiguiente, desde el punto de vista de Maestroianni, nadie comprendería mejor que el cardenal belga la urgente necesidad de dirigir a los

obispos, de un modo delicado pero firme, hacia una comprensión más provechosa de su unidad episcopal con el Santo Padre.

-¡Ha dado en el blanco, eminencia! -exclamó Svensen complacido después de que Maestroianni le leyera el borrador de su carta-. ¡En el blanco! Una verdadera obra maestra. Y su sensibilidad para sondear a los obispos indirectamente sobre la cuestión de la unidad, a través de su personal diplomático, nuncios y demás, es una genialidad. ¡Garantiza el concienciamiento de los obispos sobre su propio poder investido por el Espíritu Santo!

-*Grazie, eminenza* -respondió Maestroianni antes de dejar la carta sobre la mesa-. Pero sólo nuestro misericordioso Señor sabe lo que he tenido que soportar esta mañana para redactarla.

Bastó el menor indicio de curiosidad por parte del belga, para que el cardenal Maestroianni le brindara un pintoresco relato de la urgente llamada del sumo pontífice, pidiéndole que localizara la estatua de Bernini.

-*Gottverdummelte!* -exclamó el belga, resumiendo su impresión global de aquel asunto.

En su opinión, no sólo era típico de aquel papa haber causado tantas molestias, sino incluso el mero hecho de haberse ido de excursión a Sainte-Baume.

-Ese santuario no es más que un engaño para los beatos, eminencia. Me gustaría presentarle al Santo Padre a algunos íntimos colaboradores míos, eminentes intelectuales dicho sea de paso, en cuya respetable opinión María Magdalena no salió nunca de Palestina. Y para nosotros, eminencia, ¡habría sido preferible que nuestro sumo pontífice no hubiera salido nunca de Cracovia! Las piadosas meditaciones, aun por parte del papa, no resolverán los problemas de la Iglesia.

El secretario de Estado estaba de acuerdo.

-En realidad -declaró confidencialmente Maestroianni-, el incidente de esta mañana con el sumo pontífice sólo ha reforzado mi convicción personal de que tenemos sólo dos alternativas. O bien el papa cambia de opinión y de política respecto a la primacía sacrosanta de la función papal, o.... -suspiró profunda y teatralmente el cardenal-. O pondremos en práctica la idea de la que hemos hablado en conversaciones anteriores. La idea de cambiar de sumo pontífice.

El dramatismo era superfluo en lo que concernía a Svensen.

-Desde luego, eminencia. En especial teniendo en cuenta que nuestros amigos de Estrasburgo y de aquí de Bruselas empiezan a ponerse nerviosos. Están convencidos de que los frecuentes comentarios del papa, su insistencia en que no puede existir Europa sin una fe que la sustente, contradicen su profunda preocupación por la primacía de una fuerza económica y financiera como base esencial de la nueva Europa. En realidad, puesto que he reflexionado muy en serio sobre esta cuestión desde nuestra última conversación, me pregunto si me permite una pequeña sugerencia.

-Adelante, eminencia.

-La carta que ha tenido la amabilidad de compartir conmigo hace un momento da en el blanco. Dada su destreza con el lenguaje, tengo la plena esperanza de que el resultado sea gratificante para nosotros. Pero incluso entonces, ¿cómo sacarle provecho a la situación? Supongamos que los obispos estén descontentos de su actual relación con la Santa Sede, y no me cabe la menor duda de que la carta de su eminencia aclara dicho descontento. Por consiguiente, todavía será preciso aprovechar la información para forjar un plan concreto de acción. Lo que se me ha ocurrido es muy sencillo. Los propios obispos se convertirán en el instrumento que necesitamos para impulsar el asunto con el actual sumo pontífice.

»Como estoy seguro de que su eminencia bien sabe, los obispos europeos quieren desesperadamente formar parte de la Comunidad Europea. Entienden que ésta sólo puede crecer en tamaño e importancia respecto a las políticas nacionales, año tras año. Y para utilizar una frase popular hoy en día, deben ser políticamente correctos y socialmente aceptables, o por lo menos eso creen, que para el caso es lo mismo. Más importante todavía es el hecho de que los obispos quieren su parte del pastel. Necesitan hipotecas, como la mayoría de las corporaciones. Necesitan préstamos a largo plazo y bajo interés. Necesitan variantes territoriales para sus proyectos urbanísticos. Sus escuelas y universidades necesitan fondos públicos. Necesitan asesoramiento sobre sus bienes. Necesitan que las autoridades hagan la vista gorda cuando los clérigos cometen sus pequeños errores.

-¿Entonces, eminencia? -interrumpió Maestroianni, que consultó su reloj.

A lo largo de su prolongada carrera, el belga se había caracterizado por cierto pródigo triunfalismo

al exponer sus propias ideas.

-Tenga un momento de paciencia, eminencia -prosiguió Svensen-. Considere los elementos a nuestro favor. Por una parte, con un poco de orientación, cabe esperar que los obispos vean los beneficios para la Iglesia de su cooperación con la Comunidad Europea, en su forma actual, como fuerza europea del futuro. Todos los pequeños favores y consideraciones que los obispos necesitan dependen, después de todo, de la bondad política de los países de la Comunidad Europea. Por otra parte, está el sumo pontífice, que insiste y persiste en tres cuestiones.

»En primer lugar, también insiste en sus rígidas alegaciones antidemocráticas respecto a la supremacía de la autoridad papal. En segundo lugar, también insiste en la importancia del «vínculo unificador», como él lo denomina, entre él mismo y los obispos. Irá muy lejos antes de permitir o reconocer una ruptura entre ellos. Y en tercer lugar, la nueva Europa es tan valiosa para este papa, que actualmente apenas es capaz de no mencionarla en cada párrafo.

»Ahora bien, si llevamos un paso más allá la idea central de su eminencia de consultar a los obispos, si logramos forjar una mentalidad común semejante a nuestra visión europea y agudizar su comprensión de los beneficios que les reportará una unión más estrecha con la Comunidad Europea y sus objetivos, creo que entonces serán los propios obispos quienes obliguen a la Santa Sede a cambiar de actitud. Hasta el punto, eminencia, y esto es lo importante, de que si la Santa Sede se obstina en no cambiar de actitud, preveo que sean los propios obispos quienes fuercen... el cambio que estimemos aconsejable.

Maestroianni se mostró algo escéptico.

-Sí, comprendo a lo que se refiere. Pero «forjar una mente común entre los obispos», como usted dice, sería como conseguir que gatos y ratones cohabitaran pacíficamente. Además, eminencia, sería una operación muy compleja. Exigiría una evaluación cuidadosa de las necesidades de cada obispo y de su posición respecto a cuestiones mucho más difíciles de abordar que la unidad.

-Estoy de acuerdo -respondió Svensen, consciente de las dificultades-. En realidad, no bastaría con evaluar la posición de cada obispo. Significaría encontrar la forma de penetrar en la Comunidad Europea a un nivel que, por así decirlo, lograra satisfacer los principales intereses prácticos de los obispos. Sería preciso un vínculo entre los obispos y la Comunidad Europea que garantizara cierta reciprocidad civilizada.

Maestroianni no pudo evitar una sonrisa, ante la inesperada delicadeza del belga.

-Intereses patriarcales como las hipotecas y los préstamos a bajo interés, que su eminencia ha mencionado anteriormente.

-Exacto. Aunque reconozco que su eminencia tiene razón. Sería una operación compleja. Y puede que no lo logremos. Pero, en tal caso, opino que nuestra posición no sería peor que ahora. Sin embargo, si pudiéramos alcanzar el extraordinario milagro de forjar una «mente común» deseable entre los obispos, dispondríamos del instrumento que necesitamos. En realidad, eminencia, si su carta evoca una expresión de inquietud entre los obispos sobre la cuestión general de su unión con el papa actual, la formación de una «mente común» entre los obispos agudizará el asunto de una forma inmediata e incisiva. De una vez por todas, dispondremos de una sólida plataforma para forzar la cuestión con el sumo pontífice.

-Sí, comprendo -respondió Maestroianni, que empezaba a compartir el punto de vista de Svensen-. Puede que funcione. A condición, naturalmente, de que los europeos cuenten con el beneplácito de Estados Unidos. Con sus ciento ochenta obispos residentes, sin contar los auxiliares y los demás, los estadounidenses tienen un peso considerable. Además, representan una parte importante del dinero que se recibe en el Vaticano. Sin ellos, las perspectivas serían dudosas.

-Estoy de acuerdo. Todo aquello de lo que nuestros hermanos estadounidenses carecen en el ámbito teológico, cultural y tradicional, queda sobradamente compensado por su enorme capacidad financiera y, cómo no, la categoría de su país como superpotencia. Desde un punto de vista diplomático y geopolítico, forman parte de la ecuación general.

-Podría funcionar -admitió por fin el secretario de Estado, aunque todavía con cierta reticencia-. Permítame explorar la idea más a fondo con algunos de mis colegas. Tal vez podamos seguir hablando el mes próximo en Estrasburgo, durante las celebraciones de la conmemoración anual de Robert Schuman. ¿Piensa asistir, eminencia?

-Lo espero con ilusión, amigo mío.

El cardenal Maestroianni colgó el teléfono, sin que nada parecido a «incitar a los obispos a la rebelión» cruzara por su mente. Aquél era ya el camino que seguían los obispos, aunque a su estilo polémico y desunido. Por el contrario, parecía indicado que dicha idea revolucionaria, un plan concreto destinado a convertir a los obispos en un instrumento que contribuyera a la unidad homogénea del mundo, se tratara durante las celebraciones conmemorativas del recuerdo y logros del gran Robert Schuman.

Schuman había sido uno de los primeros europeos que había concebido la idea de una Europa occidental unida. En realidad, ya en los años cuarenta, como ministro francés de Asuntos Exteriores, había empezado a construir los primeros puentes entre Francia y Alemania, como punto de partida de cualquier unidad futura. Comprensiblemente, muchos veneraban su recuerdo. En la mente de Maestroianni, y como rezaba en Roma, Robert Schuman era, ni más ni menos, «uno de los padres fundadores».

Absorto ahora en la poderosa idea de Svensen de fomentar una «mente común» entre los obispos, el cardenal empezó a reunir sus papeles para disfrutar del sosiego de su residencia en la Vía Aurelia. Allí podría reflexionar y trabajar en paz. Sin llamadas telefónicas, ni visitas inesperadas. No tendría que perder el tiempo con asuntos irrelevantes como la beatitud papal y las estatuas perdidas. Por última vez aquel día, Maestroianni llamó a monseñor Manuguerra y ultimó los detalles para la distribución de la carta sobre la unidad por correo diplomático. Luego, cuando se levantó para retirarse, vio la ficha personal de Christian Gladstone. Casi la había olvidado.

-Monseñor, devuelva esto al departamento de personal -dijo el cardenal, al tiempo que le entregaba la ficha a Manuguerra-. Otra cosa. Obtenga la ficha familiar de Gladstone de los archivos de la secretaría. Procure que esté sobre mi mesa el lunes por la mañana.

SEIS

Tras su curiosa entrevista con el cardenal Maestroianni, Christian Gladstone estaba a la vez divertido y perplejo, y movió la cabeza con fingida incredulidad al salir de la secretaría al radiante sol romano del mediodía, que bañaba el patio de San Dámaso. El padre Carnesecca esperaba con el chófer junto al coche.

-¡Esos romanos! -exclamó Gladstone cuando se instalaba en el asiento posterior junto a Carnesecca-. Sé que usted trabaja en la secretaría, reverendo -agregó mientras miraba a su compañero con una sonrisa, como para pedirle disculpas-, pero espero que no se ofenda si le digo que, después de estrecharle la mano a su eminencia, uno tiene la tentación de contarse los dedos para comprobar que siguen en su lugar.

-No me siento ofendido -respondió con serenidad Carnesecca.

Mientras su coche sorteaba cautelosamente la multitud de visitantes aquel sábado por la mañana en la plaza de San Pedro, un Mercedes-Benz avanzaba a poca velocidad en dirección opuesta hacia la secretaría.

-Parece, reverendo, que usted era el último compromiso en la agenda del secretario esta mañana. Ése es su coche, indudablemente para llevarlo a su casa. A partir de ahora será imposible localizar a su eminencia, excepto para el servicio de seguridad, hasta el lunes a las siete de la mañana.

Christian contempló la limusina.

-Supongo que debería sentirme halagado de que un personaje tan importante del Vaticano haya retrasado su agenda por mí. Pero si quiere que le confiese la verdad, la entrevista con el cardenal secretario me ha despertado el apetito. En lugar de regresar al Angelicum, ¿le apetece almorzar conmigo?

Carnesecca, sorprendido por la sonrisa casi infantil en el rostro de Gladstone, estaba encantado. Y conocía el lugar apropiado.

-Casa Maggi -sugirió-. Cocina milanesa. Le brindará un pequeño respiro de la opresión romana. Además, está a sólo un paseo del Angelicum.

Cuando los dos clérigos se instalaron en la gratificante frescura de Casa Maggi, habían dejado a su

espalda las formalidades oficiales de Roma y charlaban de la aventura que los había unido para ayudar al Santo Padre. No tardaron en abandonar el pomposo tratamiento de reverendo, para utilizar el más familiar de padre, y los nombres de pila reemplazaron a los apellidos. Ahora uno era Aldo y otro Christian.

-A pesar de mi humilde condición -dijo Carnesecca, mofándose ligeramente de sí mismo-, confío en que no le importe que pida yo la comida para ambos. Conozco bien los platos.

Carnesecca pecaba de modesto. Los *gnocchi milanesi* y los *céleri rémoulade* que le pidió al camarero estaban entre los mejores que Christian había probado, tanto en Roma como en Milán. Ambos coincidieron en que aquello nada tenía que ver con las morcillas de Springy's. También coincidieron ambos en que ello no alteraba la excelente opinión que los dos tenían de Damien Slattery, como cura y como hombre.

A Christian le fascinaba haber conocido a una enciclopedia andante de las tradiciones del Vaticano como el padre Aldo, y su interés se vio recompensado. Carnesecca resultó ser un maestro para contar la historia de los últimos papas y su política. Sus descripciones de los personajes más ilustres que habían visitado el palacio apostólico evocaron para Christian nombres familiares. Y algunas de sus anécdotas sobre enormes meteduras de pata por parte de los clérigos de la secretaría, obligaron al joven cura a troncharse de risa.

Por su parte, el padre Aldo estaba fascinado con los antecedentes de aquel joven sacerdote tan simpático. Al contrario de la mayoría de los estadounidenses que había conocido, Christian era un gran conocedor de la historia de su familia. Parecía que ésta, al igual que el propio Carnesecca, siempre había estado implicada en los entresijos de la Iglesia. O, en todo caso, aquélla era la parte de la historia de su familia que más le había interesado.

Christian le contó a su compañero que sus antepasados eran ingleses o, para ser más exactos, normandosajones convertidos en cornualleses en el siglo XIV. A lo largo de los siglos, habían contraído matrimonio con los Trevelyan, los Pencaniber y los Pollock, pero sin olvidar nunca su sangre normandosajona. Y, por encima de todo, sin olvidar jamás que eran católicos. La hacienda de los Gladstone había estado en Launceston, en Cornualles. Eran propietarios hereditarios de grandes campos, industrias pesqueras y minas de estaño en Camborne. Eran católicos prerreformistas, cuya religión estaba enormemente impregnada de tradiciones celtas irlandesas.

Al llegar al siglo XVI, los Gladstone se negaron previsiblemente a aceptar al rey Enrique VIII como cabeza espiritual de la Iglesia. Fieles a su catolicismo romano y a su lema familiar «sin cuartel», los Gladstone se aferraron a su hacienda y sus campos de Launceston y a sus minas de estaño en Camborne. Gracias a la gran distancia entre Londres y Cornualles, así como a la incuestionable lealtad de sus capataces, obreros e inquilinos, todos creyentes en la muy católica región de Cornualles, conservaron bastante intactas sus propiedades hasta avanzada la segunda mitad del siglo XVII. Dada la ferocidad de las persecuciones isabelinas de los católicos, no carecía de mérito la supervivencia. Por fin empezaron a ser lúgubres sus perspectivas. Podían encerrarse en su finca como tantos otros viejos católicos lo hacían, inmersos en la triste nostalgia del pasado, a la espera de ser trasladados en carretas al árbol de Tyburn en Londres, donde serían ahorcados, o de huir.

«Sin cuartel» significaba que no cabía el compromiso. Sin embargo, se proponían sobrevivir y seguir luchando. Por consiguiente, cogieron su dinero y sus armas, subieron a bordo de uno de sus propios buques mercantes y zarparon hacia el nuevo mundo. Desembarcaron en San Agustín, en Florida, en 1668. A principios del siglo XIX, los miembros de la familia se habían dispersado. Un pequeño núcleo, encabezado por cierto Paul Thomas Gladstone, se aposentó con la primera oleada de colonos estadounidenses en la isla de Galveston.

En aquella época, la isla de Galveston era poco más que un banco de arena paralelo a la costa. Con unos cuarenta y tres kilómetros escasos de longitud y una anchura que oscilaba entre los dos y los cinco kilómetros, protegía la bahía y la costa continental de las aguas y los vientos del golfo de México. Pero lo realmente atractivo era la propia bahía. Los estadounidenses, sin olvidar por supuesto a Paul Thomas Gladstone, vieron allí vastas posibilidades para la navegación comercial. Con sus veintisiete kilómetros de anchura y sus cuarenta y ocho de longitud, así como numerosos riachuelos y dos ríos importantes que desembocaban en la misma, la bahía ofrecía excelentes perspectivas para la navegación oceánica. La protegían la isla de Galveston y la península de Bolívar. Además, al igual que Nueva Orleans y Veracruz

en México, brindaba fácil acceso a la provechosa navegación comercial de Centroamérica y Suramérica.

Paul Thomas Gladstone había comprometido ya una parte importante, aunque no desmesurada, de su herencia familiar, mediante la compra de rentables viñedos en el sur de Francia. Después de instalarse en Galveston, año tras año aumentó su fortuna con su nueva aventura de importación de vino. Pero el antepasado predilecto de Christian era su abuelo, también llamado Paul Thomas.

-El viejo Glad, como todo el mundo le llamaba -dijo Christian, a un padre Aldo evidentemente fascinado-. A decir verdad, todavía lo hacen. Sigue siendo un personaje legendario en Galveston. Escribía un diario, para lo que tenía gran aptitud. Los días de tormenta, de niños en «La casa azotada por el viento», pasé muchas horas en la biblioteca con mi hermana y mi hermano, que también se llama Paul Thomas, y uno de nosotros leía el diario en voz alta para los demás.

-¿«La casa azotada por el viento»? -preguntó Carnesecca, que disfrutaba enormemente de aquel pequeño relato relajado sobre la historia angloestadounidense.

Christian soltó una carcajada.

-Ése es el nombre de la casa que el viejo Glad construyó. Supongo que, más que una casa, es un castillo. Está en el mismo corazón de la isla de Galveston. Una estructura impresionante. Tiene seis pisos de altura; retratos familiares por todas partes. Existe incluso una réplica del gran salón original de la mansión de Launceston y un comedor de vigas vistas. También hay una torre circular sobre todo lo demás, con una hermosa capilla donde se guarda el santo sacramento. Podría decirse que es la nueva mansión Gladstone. Todo el mundo dice que «La casa azotada por el viento» es un nombre romántico, pero ésa no era la intención. Tiene un significado muy diferente, que procede de una época que nada tuvo de romántica en la Roma papal.

El diario de su antepasado predilecto, que siempre le había fascinado a Christian más que los demás, cubría desde 1870 en adelante. Aquel año, el viejo Glad tenía treinta y siete años, era soltero y se había convertido en multimillonario. También aquel mismo año, el hombre al que el viejo Glad denominaba en su diario el vicario de Jesucristo en la Tierra, el papa Pío IX, se vio privado de todas sus propiedades en Italia y encerrado literalmente en el palacio apostólico del Vaticano por los nacionalistas italianos encabezados por Garibaldi y el conde Cavour.

La alarmante noticia, así como una llamada internacional de apoyo financiero al papado inesperadamente aislado y empobrecido, llegaron a Galveston en 1871. Paul Gladstone obtuvo inmediatamente cartas de crédito por un valor total de un millón de dólares, consiguió una carta personal de presentación del arzobispo de Nueva Orleans y emprendió viaje a Roma, donde llegó el domingo de Pascua de 1872.

-Ojalá pudiera leer el relato del viejo Glad de aquella época -dijo Christian, probablemente con el mismo brillo de emoción en la mirada que cuando él, de niño, leyó por primera vez el diario de su abuelo-. Es maravilloso. Está repleto de detalles e impregnado de euforia.

Afirmar que el viejo Glad fue bien recibido en el Vaticano de Pío IX, sería quedarse muy corto. El papa nombró a su salvador estadounidense caballero del Santo Sepulcro, otorgó a él y a su familia el derecho perpetuo de tener en su casa una capilla privada con el santo sacramento y le hizo donación de una excelsa reliquia de la auténtica cruz para el altar de su capilla. Pío estableció también un enlace perpetuo entre la Santa Sede y el cabeza de la familia Gladstone, fuere quien fuese en años venideros. A partir de entonces, existiría permanentemente una «ficha Gladstone» en los archivos de personas importantes del Vaticano de la secretaría. Se describiría brevemente a los Gladstone y a perpetuidad como *privilegiati di Stato,* que otorgarían a la Santa Sede la ayuda financiera que pudieran permitirse y recibirían a cambio los servicios que el Vaticano pudiera brindarles.

El papa le concedió a Paul Thomas dos prolongadas audiencias privadas y le mostró en persona sus dependencias, incluida una de las salas más privadas y más curiosas del Vaticano. Se llamaba la Torre de los Vientos, o la Sala del Meridiano. Había sido construida por uno de los papas del siglo XVI en el centro de los jardines del Vaticano, como observatorio astronómico. En la segunda mitad del siglo XIX, el observatorio se había trasladado a otras dependencias. Durante los disturbios de Roma a finales del siglo XIX, el sumo pontífice había decidido guardar allí el santo sacramento por razones de seguridad.

Las páginas en las que el viejo Glad habla de dicho lugar están entre las más vivaces de su diario. Describen los frescos de las paredes, el reloj de sol en el suelo, la veleta, la cúpula cónica y el constante

susurro de los ocho vientos. Le pareció un símbolo del tiempo y de la eternidad, ya que Dios estaba presente en el sacramento. Pero también le llamó la atención como recuerdo de la fugacidad del tiempo. Ya que así como los vientos azotaban la torre con su constante susurro, los duros vientos de la persecución y la hostilidad azotaban en aquella época la Iglesia.

En aquel mismo instante, junto al Santo Padre, el viejo Glad decidió construir una réplica exacta de aquella torre que albergaría su capilla, donde se guardaría a perpetuidad el santo sacramento. Además, construiría una buena casa sobre la que se elevaría la capilla, para que todo Galveston pudiera verla y supiera que Dios estaba con ellos. Su capilla sería la Torre de los Vientos de Galveston. Y la casa se llamaría «La casa azotada por el viento».

-De modo que «La casa azotada por el viento» siempre ha sido un vínculo para usted -dijo Carnesecca, que seguía la historia con creciente interés-. Un vínculo con Roma. Con el Vaticano. Con la Santa Sede.

-Efectivamente -asintió Christian-. Y también con el viejo Glad. Cuando voy a casa, siempre digo misa en esa réplica que construyó de la Torre de los Vientos.

En su testamento, Paul Thomas había ordenado que día y noche permaneciera una lámpara roja encendida en la ventana de la capilla que daba al noroeste hacia el interior de Texas. Actualmente, la lámpara ardía desde hacía más de cien años y los tejanos que vivían tan lejos hacia el oeste como Victoria, o tan lejos hacia el norte como Orange, siempre habían jurado que podían verla parpadear durante las noches claras.

-La denominaron el «ojo de Glad» -dijo Christian mientras levantaba el vaso de agua mineral cristalina, en un gesto de afecto y reconocimiento-. Y así se sigue llamando.

Tampoco era aquélla la única tradición que había florecido en torno a la capilla elevada de «La casa azotada por el viento». El viejo Glad había mandado instalar una vidriera importada de Italia en el muro que daba al mar. Medía tres metros de altura y representaba a Jesucristo pacificando las aguas tormentosas del mar de Galilea, apaciguando milagrosamente sus olas tempestuosas conforme se acercaba a una embarcación cargada de discípulos aterrados. Desde el día en que murió el viejo Glad, los pescadores de Galveston aseguraron que de vez en cuando veían el fantasma del viejo tras dicha ventana, a pesar de los cristales de colores, que les servía de guía certera en noches tempestuosas.

-E imagino que servía también de guía a su familia, padre Christian -adivinó lógica y certeramente el padre Carnesecca.

Criado y educado en la Iglesia católica, apostólica y romana que se había desintegrado por completo durante el Concilio Vaticano II del «buen papa», Christian consideraba que su ventaja para sobrevivir como católico se debía primordialmente a dos condiciones, que tanto él como su familia tenían que agradecer a la providencia del viejo Glad: la fortuna de los Gladstone y el catolicismo papal de la familia.

El poder financiero de la familia, conseguido por el viejo Paul Thomas, era de tal fuerza y dimensión que no eran muchos, dentro o fuera de la Iglesia, quienes osaban no tener en cuenta a los Gladstone. La fortuna de la familia había seguido creciendo como lo hace el viejo capital: incesantemente.

No obstante, también había intervenido de un modo decisivo en el catolicismo de Christian la determinación de su madre, Cessi. Su verdadero nombre era Francesca, en honor a la esposa del viejo Glad. Pero al igual que la hacienda familiar, la personalidad de Cessi era herencia directa del propio Paul Thomas. En realidad, hasta tal punto se sentía una Gladstone, que después de enviudar prematuramente, había adoptado de nuevo para sí misma y para sus hijos el apellido de su propia familia.

-Es católica de pies a cabeza -declaró Christian, con evidente afecto por Cessi en el cálido tono de su voz-. A ella le debo que en la actualidad crea en las mismas verdades y practique la misma religión que ella me enseñó.

Conforme crecían los tres hijos de Cessi, en todas las diócesis de Estados Unidos lo que ella denominaba «adaptaciones innovadoras» inundaban la Iglesia. Los grandes cambios florecían por doquier como un cultivo intensivo en manos de los denominados «expertos en liturgia» y «catequistas». Dadas las circunstancias, y hasta que las exigencias educativas de la alta tecnología la obligaron a cambiar de actitud más adelante, Cessi educó a sus hijos en su propia casa. Cuando dicha opción dejó de

ser práctica, se aseguró de que tanto los hermanos a quienes mandó a sus dos hijos como las hermanas a las que envió a su hija, Tricia, comprendieran que oponerse a los deseos de Francesca Gladstone, o criticada abiertamente, pondría en peligro las generosas subvenciones que de ella recibían.

Lo mismo sucedió en cuanto a la formación y práctica religiosa. Clases particulares reemplazaron al catecismo adulterado de las parroquias. En la medida de lo posible, evitaban las iglesias locales, que Cessi consideraba contaminadas por ritos anticatólicos, y en su lugar, asistían a misas privadas en la Torre de los Vientos del viejo Glad.

Pero alrededor de 1970, los curas tradicionales, aquellos en los que Cessi decía con frecuencia que todavía se podía confiar para celebrar «una auténtica y verdadera misa romana», empezaban a escasear y eran difíciles de encontrar. Por consiguiente, tuvo una gran alegría cuando un grupo de unas sesenta familias católicas de Galveston y de tierra firme le propusieron formar una nueva congregación. Con el apoyo financiero de Cessi, sus propias aportaciones y los privilegios perpetuos de los Gladstone en Roma, proponían establecerse como económica y canónicamente independientes de su diócesis local. La decisión se tomó de improviso. Encontraron una vieja capilla en Danbury y se la compraron a los propietarios metodistas originales. La denominaron Capilla del Arcángel San Miguel. Y puesto que no podían confiar en los sacerdotes ni en el obispo de su diócesis para celebrar una misa verdadera, se pusieron en contacto con el arzobispo Marcel Lefebvre en Suiza y organizaron la adopción de su capilla por parte de la sociedad de Pío X de dicho arzobispo. Pero ni siquiera la organización de Lefebvre pudo facilitarles de forma regular un sacerdote para la capilla.

Sin embargo, la nueva congregación de Danbury resolvió su problema al encontrar al padre Angelo Gutmacher.

-El padre Angelo -dijo cariñosamente Christian, con el amor de un placentero recuerdo-, hombre extraño y maravilloso, fue para nosotros como un regalo del cielo. Desde un punto de vista humano, está solo en el mundo. De niño en Leipzig, fue el único miembro de su familia que sobrevivió al incendio que se declaró una noche en su casa. Tiene todavía la cara y el cuerpo cubiertos de cicatrices. Huyó de los comunistas en Alemania oriental y se refugió con unos parientes en Alemania occidental. Ingresó en uno de los seminarios consagrados todavía al bien y acabó como algo sumamente inusual hoy en día: un sacerdote ortodoxo pero no exaltado.

»Cuando llegó a la capilla de San Miguel en Danbury, había despertado el interés de la organización de Lefebvre. Suele sucederle. Sin proponérselo, llama la atención de la gente.

Gutmacher no pareció tardar mucho en ganarse el respeto de su pequeña congregación en Danbury, así como su aprecio. Sin comprometer en momento alguno su ortodoxia, resultó ser muy sensato para mantenerse al margen de las polémicas existentes en la Iglesia. Además, parecía lo suficientemente tranquilo para sosegar incluso a los más extremistas de la congregación de Danbury. También se ganó el respeto y el cariño de los Gladstone. Era cura, confesor y amigo de todos ellos. A menudo celebraba misa en la capilla de la torre de «La casa azotada por el viento». Contribuyó con mano segura y suave a la formación de los tres hijos de Cessi. Para la propia Cessi, se convirtió en un valioso y gran amigo personal y consejero. Y para Christian, en mentor y guía especial.

Evidentemente, con la política desarrollada por la Iglesia a raíz del Concilio Vaticano II, una organización tan descaradamente ortodoxa como la Capilla del Arcángel San Miguel no pudo eludir numerosos problemas. Para la cancillería local era un «escándalo diocesano» que una familia católica tan destacada del suroeste de Texas, representada por Francesca Gladstone, apoyara abiertamente San Miguel y demostrara de ese modo su desconfianza por los ritos aprobados oficialmente por la Iglesia. En realidad, la diócesis local apeló al cardenal arzobispo de Nueva Orleans en busca de ayuda, ya que los Gladstone habían mantenido siempre un fuerte vínculo a dicho nivel.

Pero cuando el conflicto entre el ama de «La casa azotada por el viento» y el cardenal arzobispo de Nueva Orleans llegó a convertirse en guerra, su eminencia decidió que lo más sensato era dejar el asunto en manos de su vicario general. Entonces, el vicario general, ante la brillante y bien fundada defensa de Cessi Gladstone del valor y la legitimidad de la misa tradicional romana, el apoyo financiero que los Gladstone brindaban todavía a su eminencia y el reconocimiento perpetuo de éstos en el Vaticano, decidió que lo más sensato era retirarse con la mayor elegancia posible de aquella batalla. Francesca Gladstone emergió victoriosa de la contienda y sin haberse dejado intimidar en lo más mínimo.

-En consecuencia, padre Aldo -prosiguió Christian mientras hacía una seña para pedir la cuenta-, reconozco que al acercarme a alguien como su eminencia el cardenal Maestroianni lo hago con suma cautela.

Con aquella misma naturalidad que había surgido entre ambos, la conversación entre Christian Gladstone y Aldo Carnesecca se centró en la Roma de los años noventa, una Roma como mínimo tan anticatólica y antipapal como la Roma de la que el viejo Glad hablaba en su diario.

-Francamente -confesó Christian después de tomarse el último *cappuccino,* y cuando empezaban a dar un paseo en dirección al Angelicum-, no acabo de decidirme en cuanto a sacerdotes como su eminencia. Y para serle sincero, creo que tampoco deseo intentado. No he detectado en él la más mínima santidad, ni siquiera sinceridad. Tiene una forma de hablar sin comunicar nada.

A pesar de la seriedad y precisión de las observaciones del estadounidense sobre un personaje tan importante de la Iglesia, Carnesecca no pudo evitar sonreírse.

-Para alguien que no acaba de decidirse, padre, me parece que tiene usted las ideas muy claras.

-Supongo que tiene razón -asintió el estadounidense-. ¿A quién cree que engaño con mi ausencia aparente de principios? Reconozco que mi visita al cardenal ha sido breve. Pero la parte más sincera de su eminencia ha sido su examen minucioso de todos y cada uno de mis pasos.

Christian describió la mayor parte de su conversación con Maestroianni. Le había llamado la atención el escaso interés con que había mirado brevemente las fotos del Bernini, así como, por otro lado, su evidente interés por el vínculo de Christian con Cyrus Benthoek, a través de su hermano Paul. A decir verdad, Christian estaba casi seguro de que la invitación de su eminencia estaba más relacionada con Paul que consigo mismo.

-Me sentía como una muestra bajo el microscopio. Su eminencia parecía tan interesado por el estilo de mi sotana, que he estado a punto de darle el nombre de mi sastre. ¡O tal vez debí de haberle preguntado por el nombre del suyo!

Al padre Aldo también le interesó descubrir que el hermano de Christian trabajara para Cyrus Benthoek. Toda persona próxima a la Santa Sede debía de conocer a Benthoek, aunque sólo fuera por reputación. Y todo el que tuviera una relación próxima con la Secretaría de Estado, sabía que Cyrus Benthoek visitaba con frecuencia el despacho del cardenal Maestroianni.

Estadounidense de nacimiento, Benthoek se había convertido en un hombre transnacional. No sorprendían sus poderosos vínculos con las instancias superiores de la masonería internacional, ni su extensa participación personal en la organización de la Comunidad Europea, así como su absoluta dedicación a la globalización exclusivamente seglar de la misma.

A juicio de Aldo Carnesecca, el interés que Maestroianni había manifestado por Paul Gladstone era casi tan obvio como una ecuación matemática a la espera de ser resuelta. El cardenal nunca dejaba de ampliar su red, siempre dispuesto a atrapar pequeños peces y cultivarlos para su causa. Si el hermano de Christian gozaba de algún prestigio respecto a Cyrus Benthoek, probablemente el propio Christian adquiriría un interés especial para Cosimo Maestroianni. No obstante, el vínculo Gladstone/Benthoek y el interés del cardenal por él eran pura especulación. Además, en todo caso, Carnesecca no podía hablar todavía con Christian de aquel asunto, sin revelar información muy confidencial.

Si Christian detectó la reserva del padre Aldo, fue sólo de un modo pasajero. El joven parecía más interesado en su creciente convicción de que, al igual que el viejo Glad en su época, había llegado el momento de retirarse por fin a su casa, y lo expresó con una ligera sonrisa torcida en los labios, como alguien dispuesto a abandonar una inversión arriesgada.

-Supongo, padre, que el cardenal me ha tomado exactamente por lo que soy. Un «nórdico» más. Un «extranjero». Un intruso en el palacio de las excelsitudes romanas. Reconozco que en Estados Unidos la Iglesia no está mejor que aquí, pero por lo menos comprendo lo que sucede allá.

El padre Aldo Carnesecca, impulsado por la tristeza que acababa de percibir en la voz del joven sacerdote, así como por su propia convicción de que el padre Christian era el tipo de hombre que se necesitaba en la Roma de los años noventa, replicó inmediatamente:

-Es cierto que le queda toda una vida por delante, pero ha llegado a una etapa de su carrera en la que las decisiones que tome como sacerdote fijarán la pauta para el resto de su vida. Usted habla de seguir los pasos del viejo Glad en Estados Unidos, pero a entender de este anciano cura, cuando el viejo Glad regresó a su casa, lo hizo comprometido a luchar en un bando de la guerra espiritual. Ahora, a no

ser que esté equivocado, usted está igualmente comprometido en esa misma guerra. Además, a no ser que vuelva a equivocarme por completo, ambos sabemos que el espíritu es donde tendrá lugar la verdadera victoria, o la auténtica derrota.

»No creo traicionar la confianza de nadie al afirmar que, durante su breve encuentro con su eminencia esta mañana, ha conocido a uno de los líderes de lo que yo denominaría el lado más oscuro de la contienda. Y ha sacado la conclusión adecuada. El cardenal Maestroianni es un experto en la jungla burocrática romana. Y esa jungla tiene tanto que ver con la salvación de las almas, como el cuerno de la abundancia con la Santísima Trinidad.

»Usted asegura que los problemas de la Iglesia son los mismos en Estados Unidos. Pero la verdad es que lo son en todas y cada una de las parroquias, las diócesis, los monasterios y las cancillerías episcopales del mundo entero. En todas partes se libra la misma batalla. Y la jungla burocrática con la que ha entrado usted en contacto esta mañana, define el conjunto de la estrategia y las tácticas en esta contienda espiritual a nivel global. No obstante, mi joven amigo, no se engañe, la batalla se libra esencialmente en Roma.

Carnesecca llegó hasta el límite que marcaba la prudencia. Explicó que el papa eslavo no había elegido a Cosimo Maestroianni como secretario de Estado por sus afinidades, ni porque compartieran los mismos objetivos políticos. Por el contrario, el nombramiento de Maestroianni obedecía a la exigencia de los cardenales veteranos del Vaticano en 1978, y su santidad no se había prestado a nuevos enfrentamientos. En aquel crítico momento, sus fuerzas estaban ya comprometidas en un frente más amplio y urgente.

Desde una perspectiva realista, incluso con la inminente jubilación de Maestroianni, la situación no mejoraría para al Santo Padre. El hombre ya elegido para reemplazar a Maestroianni, su eminencia el cardenal Giacomo Graziani, estaba más comprometido con el progreso de su propia carrera que con el apoyo a uno u otro bando de la contienda. Su propósito era el de unirse al vencedor, fuere quien fuese. Su elección como secretario de Estado no suponía una victoria para el sumo pontífice. Era, más bien, un compromiso temporal.

Gladstone asintió para indicar que lo comprendía, pero al mismo tiempo levantó las manos en un gesto de frustración. -Confirma usted mi punto de vista, padre Aldo. Es la propia debilidad que siente su santidad por dichas estrategias, lo que ha generado el desconcierto reinante en la Iglesia.

»Dígame, padre, si es usted capaz de explicármelo -exclamó de pronto Christian-, ¡por qué se involucra el papa eslavo en esas estrategias! Puede que su santidad se imagine a sí mismo pescando en aguas más profundas. Pero a mi entender, no hay aguas más profundas que la vida o la muerte espiritual de millones de personas. Ni siquiera que la vida o la muerte espiritual de un solo país, una sola ciudad, o un solo individuo. Explíqueme por qué este Santo Padre no se limita a expulsar de nuestros seminarios a todos los teólogos que predican abiertamente herejías y errores morales. Por qué permanece impasible ante misas blasfemas, reverendas madres que practican la brujería, monjas que abandonan cualquier semblante de vida religiosa, obispos que viven con mujeres, sacerdotes homosexuales activos con congregaciones de hombres y mujeres que practican la homosexualidad, cardenales que celebran ritos satánicos, las denominadas anulaciones de matrimonio que en realidad son divorcios disfrazados, o las también denominadas universidades católicas con catedráticos y profesores ateos y anticatólicos. No me negará, padre, que esto es cierto, ni es posible que le sorprenda mi malestar.

-Claro que es cierto -respondió Carnesecca, pálido ante el reto de Christian-. Y no me sorprende su malestar. Pero dada la situación que usted mismo ve en la Iglesia que estamos aquí para servir, el malestar es un pequeño precio. No es exactamente un martirio. Hace unos instantes, usted mismo se ha definido como un intruso en el palacio de las excelsitudes romanas. Yo podría decir otro tanto de mí mismo, padre Christian. Al igual que el maestro general Damien Slattery, así como todo aquel en el Vaticano, o en cualquier otro lugar, que conserve su fidelidad a san Pedro.

»Pero hay algo más amplio que no debemos olvidar. Dada la oposición abierta a la que se enfrenta, el propio Santo Padre no es un mero intruso, como usted se considera. Los hombres como el cardenal Maestroianni y sus cómplices han convertido literalmente a su santidad en un prisionero del Vaticano, al igual que lo fue Pío IX durante la época en que su querido viejo Glad visitó Roma. Sólo que, en esta ocasión, los muros del palacio apostólico no le protegen, porque ahora el asedio se produce desde el interior de la propia estructura del Vaticano.

Carnesecca dejó de hablar a fin de no excederse. Sin embargo, lo dicho había bastado para turbar a Christian. Le producía estupor la idea de que, a pesar de su constante deambular por el mundo, el papa eslavo estaba, de algún modo, preso en su propio Vaticano.

No obstante, aunque Carnesecca estuviera en lo cierto, tal vez había puesto el dedo en la llaga que trastornaba profundamente a Christian.

-La conducta del Santo Padre, la clase de decisión política de la que usted me ha hablado, que le indujo en primer lugar a aceptar al cardenal Maestroianni como secretario de Estado, no contribuye a mejorar la situación. Si está preso como usted asegura, tal vez sea simplemente porque siempre ha cedido. Puede que se deba a que permite los abusos de poder y las desviaciones de los deberes apostólicos, tanto en Roma como en las provincias de la Iglesia.

Con las sombras alargadas del atardecer, Christian se detuvo y volvió la cabeza para contemplar la colina del Vaticano. Carnesecca vio las lágrimas que brillaban en los ojos de Gladstone y comprendió que debían de haber estado allí desde hacía algún tiempo.

-No me interprete equivocadamente, padre Aldo. Soy tan fiel a san Pedro y a sus sucesores como usted. Como el padre Damien o cualquiera. Pero en todo esto hay un desequilibrio tan radical... -declaró Christian, al tiempo que abría de forma inesperada los brazos para abarcar la totalidad de Roma-. Aquí no parezco ser capaz de orientarme. No sé quién es quién. Esos seudomodales, los tonos aterciopelados y la etiqueta romana lo impregnan todo como una miel perniciosa. En la mitad de los casos no distingo a los amigos de los enemigos. Pero incluso yo percibo que Roma está tan alterada, tan desequilibrada, que ya no existen palabras para describirlo.

En aquel momento, Carnesecca habría dado cualquier cosa para disponer de la libertad de ofrecerle a Christian Gladstone la orientación que tanto necesitaba. Estaba convencido de que, a su manera, eso era lo que le pedía. Quería una razón sólida para quedarse en aquella ciudad. O, al igual que los Gladstone de Cornualles, una buena razón para marcharse y luchar como pudiera desde otro lugar por su fe y su Iglesia.

Si se hubiera considerado libre para hacerlo, Carnesecca le habría ofrecido gustoso abundantes razones para que no se marchara. Le habría mostrado a Christian algunos de los pucheros vaticanos donde se fraguaban conspiraciones antipontificias, y compartido con él por lo menos parte de lo que sabía sobre las tramas que se urdían persistentemente contra el papa eslavo. Pero como hombre de confianza que era, el padre Carnesecca sabía que no podía seguir hablando con él de aquel asunto. Y así, sumidos en el silencio de su compañerismo y de sus propios pensamientos, ambos curas echaron a andar de nuevo lentamente hacia el Angelicum.

Imbuido ahora de su propia tristeza, el padre Carnesecca recordó que en una ocasión Damien Slattery le había dicho que «el distintivo del mal es el vacío». Y pensó en lo inaceptable que era que Roma se vaciara de curas como Christian Gladstone. Por lo menos en términos generales, no sólo comprendía la batalla que se libraba, sino que se había criado y educado en la misma por su propia herencia y su formación personal. En dicho sentido, el padre Christian era ya más romano que la mayoría de los clérigos que se vanagloriaban de serlo. No cabía la menor duda de que, para los Gladstone, el quid de la batalla era la fe. Como tampoco cabía la menor duda de que hoy había visto lo suficiente aquel joven sacerdote, para saber que, desde el punto de vista de personajes como Cosimo Maestroianni, el quid de la batalla era el poder.

Si algo había aprendido Carnesecca a lo largo de su carrera romana, era a ser paciente. Y en el caso de Christian Gladstone, no estaba seguro del tiempo del que disponía antes de que la Santa Sede perdiera a otro papista incondicional. Con toda probabilidad el suficiente, suspiró para sí el padre Carnesecca, para que el cardenal Maestroianni decidiera si la relación entre Paul Gladstone y Cyrus Benthoek merecía que su eminencia se interesara también por el padre Christian. En cuyo caso, Carnesecca supuso que Christian acabaría en Roma, fuera o no de su agrado.

SIETE

La llave que abría la impresionante doble puerta de la vasta residencia del cardenal Cosimo Maestroianni lejos del palacio apostólico, abría también la puerta de la amplia visión globalista que el cardenal y sus íntimos denominaban el «proceso», y que había inspirado su vida y su trabajo durante

más de cincuenta años al servicio del Vaticano.

Al igual que los más listos entre los demás cardenales al servicio directo del papa, Maestroianni tenía su domicilio a una distancia prudencial del centro de Roma y de la colina del Vaticano, pero de fácil acceso a las vías de comunicación con la Ciudad del Vaticano. En el caso de su eminencia, la residencia era un ático en la Vía Aurelia, sobre el Collegio di Mindanao. En las seis primeras de las doce plantas del edificio, los estudiantes clericales que residían y estudiaban en el *collegio* desempeñaban sus labores cotidianas, y las restantes estaban destinadas a los miembros del claustro. Casi todas las salas de la residencia del cardenal secretario ofrecían vistas panorámicas de la Ciudad Santa y los montes Albanos, y en los días claros se vislumbraba el brillo y el resplandor de las aguas del mar Tirreno, alrededor de Ostia. El vestíbulo semicircular de acceso a la residencia de su eminencia estaba debidamente adornado con retratos al óleo de antiguos papas. Pero, en realidad, tanto el vestíbulo como los cuadros no eran más que un pequeño punto de transición desde el mundo oficial de la Roma pontificia.

El mundo que alentaba de verdad el espíritu del cardenal, el amplio mundo, el mundo real, estaba vivamente representado por una asombrosa serie de fotografías, que cubrían casi por completo las altas paredes de un largo pasillo, que a partir del vestíbulo recorría toda la anchura del piso. La pequeña envergadura de su eminencia parecía diminuta al lado de las más prodigiosas de dichas fotos, con paisajes urbanos de la ciudad de Helsinki desde el techo hasta el suelo. Sin embargo, expandían también su mente. Hábilmente iluminadas desde arriba, convertían los edificios de granito blanco de Helsinki en una especie de aura, un manto inmaculado que envolvía la ciudad. No le sorprendía al cardenal Maestroianni que los escandinavos la denominaran «la magnífica ciudad blanca del Norte». En realidad, cuando pasaba por dicho pasillo, o cuando visitaba Helsinki, acudía a su mente un himno medieval al Jerusalén celestial: «Ciudad celestial de Jerusalén, bendita visión de paz... »

La ocasión que había inspirado una reverencia tan perenne en el alma de su eminencia había sido la firma, el 1 de agosto de 1975, por parte de treinta y cinco naciones, del Tratado de Helsinki. Aquél fue el nacimiento de lo que pasó a ser conocido como Proceso de Helsinki o CSCE: Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa. Dicho suceso, del que Maestroianni había dejado constancia detallada y que Cyrus Benthoek había descrito acertadamente en una ocasión como su «corredor de Helsinki», supuso un logro definitivo en la vida del cardenal. Entre las enormes fotografías había otras de proporciones más moderadas, que documentaban de manera inconfundible el gran acaecimiento histórico y que el cardenal valoraba entre los recuerdos más significativos de su productiva carrera.

El Tratado de Helsinki, denominado oficialmente Último Acto, fue el resultado de una búsqueda prolongada y laboriosa en pos de una nueva estructura europea, iniciada en la mitad de la década de los cincuenta. Se trataba, según el cardenal, de encontrar una nueva alma que abarcara todas las naciones y las culturas de la masa terráquea que se extiende desde la bahía irlandesa de Galway, en el Atlántico, hasta Vladivostok, en el mar del Japón. Los griegos le habían dado nombre: Europa. Los romanos se habían creído dueños de la misma. Los caucásicos, en gran parte, la habían poblado y gobernado. Varios imperios y naciones habían intentado dominarla. Pero en el siglo XX se había convertido en un mosaico de Estados en discordia.

En aquella gran ciudad blanca del Norte, con la firma del Último Acto, todas las grandes naciones de aquella enorme masa terráquea habían resucitado el antiguo sueño europeo. El propio Cosimo Maestroianni había participado en dicho nacimiento. De ahí que hasta hoy en día fuera para el cardenal motivo de consuelo e inspiración, tal vez como la visita a un santuario, circular por aquel pasillo en dirección a su estudio al fondo del piso.

En 1975 era arzobispo, director de la segunda sección de la secretaría, a las órdenes del cardenal secretario Jean Claude de Vincennes, cuando tuvo el sumo placer de encabezar la delegación de la Santa Sede en dicha conferencia histórica. En el Último Acto estaba estampada su propia firma, en nombre del Estado del Vaticano. ¿Quién podía, por tanto, reprocharle a Maestroianni que incluso en sus días más atareados hiciera una pausa en aquel pasillo, se detuviera unos momentos para saborear el recuerdo de un sueño convertido en realidad? Aquellas fotografías eran la dulce confirmación de que todas las naciones se unirían, o mejor dicho se reunificarían, para recuperar la unión original del género humano.

¿Cómo podía evitar que aquel testimonio fotográfico de momentos especiales durante los ajetreados días de la conferencia de Helsinki deleitara su mirada? Maestroianni, junto al presidente

italiano Giovanni Leone y el ministro de Exteriores Mariano Rumor, dando de comer a las palomas en la explanada de Helsinki. Maestroianni durante su audiencia especial con el presidente de Finlandia, Urho Kaleva Kekkonen, en el palacio presidencial. Maestroianni acompañado del primer ministro Keijo Liinemaa en el Eduskunta, el Parlamento finlandés. Una foto colectiva en particular, simbolizaba vivamente la unidad. Ahí estaba el cardenal con el canciller Helmut Schmidt y el ministro de Exteriores alemán Hans Dietrich Genscher a un lado, y el presidente francés Valéry Giscard d'Estaing al otro lado. Los cuatro estaban situados apropiadamente en el puente de unión entre tierra firme y la isla rocosa de Katajanokka.

Había una instantánea particularmente atractiva de Cyrus Benthoek paseando por el bulevar Mannerheimintie junto a Maestroianni. Y si mal no recordaba, el propio Benthoek había tomado la foto del arzobispo rezando a solas en la gran iglesia de la plaza del Senado. Tantos recuerdos importantes. Maestroianni sonriente, junto a Henry Kissinger y el presidente portugués F. da Costa Gomes. Su entrevista con el presidente estadounidense Gerald R. Ford. El arzobispo brindando en un banquete con el soviético Andrei Gromyko y el jefe del partido comunista polaco Edward Gierek, y dialogando con el primer ministro belga Leo Tindemans y el primer ministro neerlandés Joop M. den Uyle.

En la foto que el cardenal había colocado al fondo del pasillo, junto a la puerta de su estudio privado, comparecían él y Cyrus Benthoek frente a la famosa estatua de bronce de Väinö Aaltonen del campeón finlandés Paavo Nurmi, en la zona del estadio olímpico. En un momento de buen humor, ambos habían adoptado la pose de corredores, imitando la posición avanzada de los brazos, las piernas dobladas y el torso inclinado del bronce de Nurmi. En la parte inferior de la fotografía, había una incisiva inscripción de puño y letra de Benthoek: «Para que conste en la posterioridad que participamos en la misma carrera y con el mismo objetivo. ¡Debemos ganar!»

Habitualmente, por breve que fuera la pausa del cardenal Maestroianni en dicho pasillo, bastaba para refrescar su mente. Pero no hoy. Estaba persistentemente preocupado por el papa eslavo y su piadosa excursión a Sainte-Baume. Menudo contraste el que suponía pensar por una parte en el Tratado de Helsinki y por otra en el trastorno causado aquella mañana por el sumo pontífice en la secretaría, a fin de obtener fotografías inspiradoras de una estatua de Bernini para su homilía.

Los sucesos de aquella mañana, desencadenados por la llamada telefónica del papa eslavo desde Baume, habían centrado de nuevo la mente del cardenal en la ineptitud del actual sumo pontífice para conducir la Iglesia al nuevo orden mundial. En realidad, lo cierto era que el cardenal secretario valoraba el recuerdo de otro papa. El buen papa. Lo que la Iglesia necesitaba era otro sumo pontífice que poseyera, al igual que el buen papa, no sólo madurez mental y talento diplomático, sino una sabiduría mundana inusual. Sabiduría. He ahí el quid de la cuestión.

Fuera o no de su agrado, el papa eslavo era con quien Maestroianni debía tratar. Por lo menos de momento. Comprendía perfectamente su forma de pensar. Por lo menos había logrado anticiparse a las estrategias del sumo pontífice y mitigar su efecto en la jerarquía eclesiástica, como pocos habrían podido hacerla. Maestroianni comprendía, sobre todo, que aquel sumo pontífice acarreaba todavía el peso de todas las antiguas imágenes católicas sobre la divinidad de Jesucristo, de la Virgen María y del triángulo Infierno, Tierra, Cielo, como destino del hombre. Aquel papa creía todavía en la mano rectora de Jesucristo, tras las fuerzas históricas, como rey de la humanidad además de salvador del pecado, y en el infierno como castigo.

El cardenal secretario Maestroianni no creía haber abandonado ni traicionado su catolicismo romano. Por el contrario, consideraba que su propia fe original, adquirida en los bastiones de la Iglesia que ahora se derrumbaban, había sido objeto de purificación e iluminación gracias a haberse humanizado. Se había convertido en una realidad, dentro de las circunstancias concretas del siglo XX.

Mucho de lo que antes daba simplemente por sentado, estaba saturado de elementos procedentes de diversos períodos culturales en la historia de la Iglesia, que nada tenían que ver con la realidad actual. Nada que ver con el «proceso». Ahora, sin embargo, había llegado a comprender la historia y la salvación de la humanidad, de una forma que sabía que el papa eslavo nunca lograría entender. Ahora comprendía que conceptos como aquellos por los que todavía se guiaba el papa eslavo no ejercerían siquiera la menor influencia en el funcionamiento y la administración de la Iglesia.

Supongamos, por ejemplo, que cuando Maestroianni acudió a la conferencia de Helsinki en 1975 se hubiera dedicado a predicar ante presidentes y ministros de Exteriores sobre la adoración de santa

María Magdalena del Cristo resucitado, como lo haría aquella noche el papa eslavo en Sainte-Baume. ¡Lo habrían recluido en un manicomio!

Maestroianni ahora comprendía que el auténtico papel de la Iglesia consistía en contribuir a una evolución mucho más extensa, un proceso mucho más amplio, que el papa eslavo parecía incapaz de entender. Un vasto proceso, por cierto muy natural, que reconocía el hecho de que todos los males de la especie humana no eran consecuencia de un concepto primitivo del pecado original, sino de la pobreza, la necesidad y la ignorancia. Un proceso que libraría por fin a la humanidad de dichos males, y acabaría por armonizar el espíritu humano, Dios y el cosmos. Cuando culminara dicho proceso en el nuevo orden político de la humanidad, la Iglesia formaría una unidad inseparable con el mundo. Sólo entonces la Iglesia ocuparía con orgullo su lugar merecido como parte de la herencia humana. Como factor estabilizador en el nuevo orden mundial. Como espejo verdadero y claro de la imperturbable mente de Dios.

El cardenal todavía lamentaba el paso prematuro de aquel buen papa, a lo que ahora consideraba como «el frío silencio de la eternidad». Pero para su eminencia era todavía más lamentable, en esta última década del siglo XX, verse obligado a tratar con un papa retrógrado, incapaz de comprender las verdaderas fuerzas que impulsaban la historia.

Por otra parte, desde que Maestroianni había alcanzado el súmmum de su poder como secretario de Estado del Vaticano, había utilizado todos los recursos administrativos de la Iglesia para forjar una mayor alineación con el «proceso». Nada salía del despacho del papa sin pasar por las manos del cardenal secretario. Todos los demás ministerios del Vaticano percibían el peso de su autoridad. Todas las conferencias episcopales, tanto nacionales como regionales en el mundo entero, reconocían su voluntad. A decir verdad, muchos de sus colegas clericales habían efectuado la misma transición fundamental en su forma de pensar que el propio Maestroianni.

Fue precisamente dicha idea la que ahuyentó sus lúgubres pensamientos. Sería mucho más provechoso centrarse en la segunda tarea que se había asignado para aquel sábado: la revisión de una ponencia que Cyrus Benthoek había elaborado, para que el cardenal la presentara en la próxima reunión del colegio de abogados estadounidenses.

Al igual que la carta que el cardenal había redactado por la mañana, el tema de la ponencia, a la espera de revisión y refinamiento, era tan delicado como importante: la necesidad ética de la abdicación de la soberanía nacional.

Como lo había señalado Benthoek, sólo alguien realmente espiritual como Maestroianni podía tratar de un modo sensible e incisivo un tema tan delicado. El cardenal empezó a revisar el documento. A los pocos instantes estaba de nuevo en su elemento y sólo hacía una pausa de vez en cuando para obtener algún dato útil de la reserva de información a su alrededor.

Trabajaba con una monografía en particular, titulada *La regla de la ley y el nuevo orden mundial,* en la que había señalado hacía unos días cierta cita fundamental. La cita en cuestión, tomada de una declaración hecha aquel mismo año por David Rockefeller, era tan apropiada que Maestroianni no pudo evitar una sonrisa de apreciación al volver a leerla: «Ahora que esta amenaza [la agresión soviética] ha sido eliminada, han surgido otros problemas... Existe un enorme incentivo para trabajar cooperativamente. Pero las fuerzas del nacionalismo, el proteccionismo y los conflictos religiosos avanzan en dirección contraria. El nuevo orden mundial debe desarrollar un mundo cooperativo y encontrar nuevos medios para reprimir dichas fuerzas divisorias.»

Mientras entrelazaba la cita de Rockefeller en su propio texto, su eminencia subrayó ciertas palabras y frases para ponerlas de relieve: «*... nacionalismo... conflictos religiosos... espíritu de cooperación... reprimir dichas fuerzas divisorias.»* Aquellas palabras contenían la propia esencia de «la necesidad ética de la abdicación de la soberanía nacional». Si la religión organizada y el espíritu nacional pudieran despojarse de su tendencia divisoria, sin duda surgiría en su lugar un nuevo y fructífero espíritu de cooperación. Como bien sabía, existe sólo un limitado número de personas en cualquier momento dado de la historia capaz de comprender plenamente la naturaleza del «proceso». Y muchas menos, tal vez escasamente una docena en la opinión del cardenal, que tuvieran el privilegio de actuar como maestros del mismo. Ni siquiera él había alcanzado dicha categoría, aunque todavía aspiraba a hacerla. A su propio juicio, se había convertido nada menos que en apóstol del «proceso».

La devoción de Cosimo Maestroianni por el «proceso» había empezado cuando era un joven diplomático. De forma aparentemente casual, llamó la atención de dos individuos. Uno de ellos, el arzobispo Roncalli, era diplomático decano del Vaticano. El segundo era Cyrus Benthoek. A ambos los impresionó el talento de Maestroianni y se esforzaron en ayudarle tanto en su carrera como en su cultivo del «proceso». Los dos compartieron con él su poder y su sabiduría.

Roncalli creó oportunidades para la mejora y progreso de la carrera eclesiástica de Maestroianni. Primero desde París, luego como honorable cardenal patriarca de Venecia y por último como papa, logró facilitarle ventajas a Maestroianni en un sinfín de pequeñas aunque eficaces formas operativas. Se otorgaba al joven el primer lugar y la mejor recomendación en toda lista de funcionarios de la secretaría propuestos para alguna promoción. Se le concedía acceso a información secreta, participaba en conversaciones muy confidenciales y recibía aviso de sucesos previstos en un futuro próximo. Pero sobre todo se le ofreció orientación discreta en el preciado atributo vaticano denominado *romanita.*

Cyrus Benthoek, por otra parte, ofreció a Maestroianni instrucción práctica sobre formulación y exploración del «proceso». En su calidad de amigo íntimo y de plena confianza, encontró innumerables oportunidades para satisfacer la persistente curiosidad del diplomático sobre el mismo.

Conforme monseñor Maestroianni ascendía por los escalafones de la Secretaría del Vaticano, Benthoek organizaba de forma continua contactos y visitas que ofrecían a su ávido protegido un acceso progresivamente creciente y fructífero a la filosofía de asociaciones privadas. Mediante invitaciones a convenciones e introducciones en círculos gubernamentales ajenos al alcance del joven diplomático, facilitaba a Maestroianni fácil acceso a personas de espíritu parejo, algunas de ellas verdaderos maestros de la organización, colaboradoras activas del «proceso». En resumen, Benthoek le facilitó a Maestroianni una visión de un mundo inaccesible a un diplomático del Vaticano.

Profesionalmente cómodo en el Vaticano, Maestroianni tenía al alcance de su mano la cumbre de su carrera como secretario de Estado. Se convirtió en una persona de gran influencia en la cancillería vaticana. En el campo litúrgico, por ejemplo, el arzobispo dirigió la reforma del antiguo Código Canónico, acercando así más que nunca la estructura jurídica de la Iglesia a su nueva forma de pensar, sobre la necesidad de reformar la Iglesia católica desde el interior, ante el nuevo orden inminente en la vida de las naciones.

Entretanto, en el campo político, el arzobispo Maestroianni se manifestaba como consumado diplomático de orden global. Inspeccionaba con meticulosidad las negociaciones del Vaticano con la Unión Soviética y sus satélites en el este de Europa. Su último objetivo, mediante dichas delicadas negociaciones, era la firma de una serie de acuerdos protocolares entre la Santa Sede y las «democracias soberanas» de la «fraternidad socialista», como aquellas entidades políticas se autodenominaban. Tanto en Moscú como en Sofía, o en Bucarest como en Belgrado, el arzobispo Cosimo Maestroianni llegó a ser conocido como reconciliador de gobiernos, constructor de puentes entre administraciones gubernamentales.

Cyrus Benthoek nunca dejaba de cultivar la penetración progresivamente profunda de Maestroianni en el proceso. Durante dicha elevada etapa de formación del arzobispo, Benthoek invocaba de forma constante el recuerdo de Elihu Root como santo patrón del proceso. Elihu Root había dejado su mella pública a principios del siglo XX como destacado abogado de Wall Street que desempeñó el cargo de secretario de Guerra durante las presidencias de William McKinley y Theodore Roosevelt, y más adelante el de secretario de Estado con el presidente Roosevelt. Se le concedió el Premio Nobel de la Paz en 1912 y se convirtió en el primer presidente honorario del prestigioso Consejo de Relaciones Exteriores.

Elihu Root y otros abogados del mismo parecer, que trabajaban en el campo de las finanzas y las relaciones internacionales, estaban convencidos de que la lógica intrínseca de la historia, como Cyrus Benthoek frecuentemente repetía, otorgaba a Estados Unidos un papel global. En realidad, Root y los demás iniciaron mentalmente un organismo, transmitido intacto por personajes tan reverenciados como Henry Stimson, Robert A. Lovett, John J. McCloy y Henry Kissinger, a los que Benthoek denominaba «sabios». Fue durante una de sus visitas a Benthoek en su despacho de Nueva York, cuando Maestroianni por fin recibió una iluminación definitiva acerca del «proceso», al mencionar el nombre de Root como fundador del globalismo del siglo XX y creador del concepto original de dicho proceso.

-No, amigo mío. Root no fue el fundador. Sin embargo, fue único en su valoración del proceso, ya que gracias a la misma llegó a la conclusión de que el último objetivo de la fuerza de la historia, el objetivo de la fuerza que impulsa todas las demás fuerzas, era el objetivo de un único sistema gubernamental económico y financiero a nivel mundial. Root comprendió que no había otras bases sobre las que pudieran unirse las naciones. La repartición organizada de la tierra y de sus riquezas, he ahí la base de todo lo bueno en el mundo.

»El proceso es el medio por el que actúa la fuerza. Por consiguiente, el proceso es un concepto sacrosanto, un lema si lo prefiere, para los que somos realmente globalistas. Ésa es la idea que hemos heredado de Elihu Root, la persistente bendición, el legado y la responsabilidad que dejó a los «sabios», que desde entonces han seguido sus pasos. A todos los consagrados al mismo ideal.

En aquel preciso momento, Maestroianni cruzó el último umbral al que Benthoek le había conducido con tanta dedicación y paciencia. Una sonrisa se dibujó en el rostro del arzobispo, como los primeros rayos del sol al comienzo de un nuevo día. De pronto vio lo evidente, comprendió que el proceso no era algo lejano e impersonal. Descubrió, como Benthoek se lo proponía, que si la fuerza impulsaba el proceso, tras la misma había también maestros arquitectos. Y de pronto comprendió que Elihu Root no era un inventor, sino un arquitecto. A decir verdad, un maestro arquitecto. Uno de los hombres que, en cada etapa del proceso, adoptan el papel especial de inventores, perfeccionadores, guías y facilitadores, en la pauta progresiva de la fuerza.

Maestroianni por fin comprendió que ésa era la razón por la que Benthoek hablaba siempre de esos «sabios». Eran los maestros arquitectos.

Fue un estupendo descubrimiento para Cosimo Maestroianni. Convirtió el proceso en algo maravillosamente humano y accesible para él. En realidad, le confesó a Benthoek conmovido, incluso le evocaba algo doctrinal. Y el objetivo de cada uno de aquellos maestros arquitectos del proceso era siempre el mismo: ¡alcanzar el destino intrínseco de la sociedad de naciones como *familia*! ¡Una *familia* humana! Una nueva familia sagrada global. ¿No era eso la propia caridad, la *caritas,* el *agapé,* que predicaba el apóstol Pablo?

-¡Sí, amigo mío! -exclamó entonces Benthoek, perfectamente consciente del botón que debía pulsar-. *Es* doctrinal. Incluso evangélico. ¡*Somos* una familia! Todas las naciones forman una familia. Es nuestro sino. ¡Estamos destinados a unirnos de nuevo! ¿Quién sabe, amigo mío? -agregó, al tiempo que levantaba y mostraba las palmas de las manos-. ¿Quién sabe si usted, en su ciudadela del Vaticano, está destinado a convertirse en uno de dichos maestros?

Maestroianni interpretó el gesto como símbolo de súplica, incluso como reflejo de un orador clásico en la iconografía cristiana, como un gesto litúrgico por excelencia.

Maestroianni no se había convertido en un maestro arquitecto, pero no por falta de anhelo. Como clérigo, sacerdote, arzobispo, funcionario eclesiástico y diplomático, Maestroianni abandonó progresivamente todas las imágenes y todos los conceptos de su fe original, que tanto le irritaban en el papa eslavo: imágenes de Cristo rey, la devoción mariana y la Iglesia como cuerpo místico de Jesucristo.

Para el arzobispo Maestroianni, «la fuerza tras las fuerzas» de la historia había dejado de ser la mano de Jesucristo como Señor de la historia humana. Tanto para él como para Benthoek, «la fuerza tras las fuerzas» se había sumido como imagen en el misterio de lo desconocido. Se había convertido en algo tan incoherente como el importantísimo aunque inidentificable factor *x* en los asuntos humanos. Toda la actividad del arzobispo se inspiraba en su creciente comprensión del «proceso», y en su progresiva reverencia por el misterioso factor *x:* «la fuerza tras las fuerzas». Para él todo encajaba a la perfección. La única forma lógica de servir a la «fuerza» primigenia era mediante el «proceso». La idea consistía en contribuir a impulsar el proceso hasta el último objetivo de la fuerza: la homogeneidad cultural, política, social y económica de las naciones de la Tierra.

Dado dicho objetivo, era razonable que una de las primeras metas «culturales» del proceso consistiera en apoderarse de la Iglesia católica. O, dicho con mayor precisión, el objetivo del proceso debía ser la organización sistemática de la Iglesia católica. Lo inaceptable, que debía ser eliminado de la organización estructural de la Iglesia católica, era su aspiración tradicional a mantener una autoridad absoluta sobre los asuntos humanos, puesto que, en términos generales, dicha aspiración era incompatible con las exigencias del proceso.

Otra cuestión era la de que, a fin de despojar a la Iglesia católica de su pretendida autoridad moral absoluta, el proceso debía eliminar la autoridad tradicional del propio papa, puesto que la Iglesia sólo se otorga dicho derecho y dicta sus mandatos absolutistas única y exclusivamente en virtud de la autoridad tradicional del papa. El proceso exigía *despapizar* la Iglesia católica.

Conseguido esto, para personajes tan realistas como Maestroianni sería fácil eliminar de la Iglesia, de sus estructuras organizativas globales, de su personal y de sus casi mil millones de adeptos, la visión y la conducta que actualmente sólo servían para levantar barreras e impedimentos para la armonía de pensamiento y la política exigidas por la nueva sociedad de naciones.

El cardenal Maestroianni era una de esas personas afortunadas aparentemente dotadas de un temporizador en la mente, que mide el tiempo necesario para completar una tarea antes de emprender la siguiente.

Cuando su eminencia acabó de perfeccionar la última revisión de la persuasiva oración final de su discurso sobre la necesidad ética de la abdicación de la soberanía nacional, levantó por fin la cabeza por encima del montón de libros utilizados para su tarea. Faltaban todavía quince minutos para la hora prevista a la que debía llamar a Cyrus Benthoek a Londres. Dicha llamada sería la última y la más agradable de las tres importantes tareas que el cardenal se había asignado para aquel sábado. El temporizador mental de su eminencia le indicó que la charla con Benthoek duraría hasta el control de seguridad del Vaticano de las seis de la tarde.

Maestroianni aprovechó los minutos restantes hasta la hora acordada de su llamada a Londres para desarmar la torre de materiales de referencia que cubría por completo su escritorio, incluido su teléfono codificado. Mientras distribuía los volúmenes por su estudio, según un método que sólo él era capaz de dilucidar, repasó los temas principales de los que deseaba hablar con Benthoek. Estaba el discurso para el Colegio de Abogados que acababa de revisar. Puesto que Benthoek era quien lo había sugerido en primer lugar, sería también el primer oyente idóneo, como lo había sido el cardenal Svensen respecto a la carta de unidad entre el papa y los obispos.

Benthoek podría también opinar sobre la sugerencia del cardenal belga de establecer un fuerte vínculo entre los obispos europeos y la Comunidad Europea, así como el uso de dicho vínculo, si podía establecerse, para forjar una «mente común» entre los obispos que favoreciera la primacía de los principios de la Comunidad Europea sobre los de la autoridad papal.

Por último, mientras llamaba por teléfono a Londres, Maestroianni se recordó a sí mismo la reunión confidencial que Benthoek y él se proponían celebrar al mes siguiente en Estrasburgo, como contribución personal al legado de Robert Schuman, durante la conmemoración anual en su memoria.

-¡Eminencia! -exclamó Cyrus Benthoek con una voz tan fuerte y clara que parecía encontrarse en el estudio del cardenal-. Dígame, ¿qué me cuenta de nuevo?

Maestroianni no pudo resistir la tentación de obsequiar a su viejo amigo con la narración de la aventura del papa eslavo y la estatua de Bernini. A decir verdad, con un poco de colorido agregado cada vez que lo contaba, el incidente adquiría rápidamente proporciones legendarias.

Cuando su interlocutor dejó de reírse, su eminencia mencionó los cambios principales que había efectuado en su discurso para el Colegio de Abogados. Al igual que al propio cardenal, al estadounidense le encantó la forma en que la cita de David Rockefeller subrayaba la necesidad de reprimir las fuerzas divisorias propias del nacionalismo y de la religión.

-¡Estupendo! Un discurso auténticamente espiritual. Sabía que lo sería.

-Me alegra que le complazca -respondió Maestroianni, repleto de satisfacción.

Incluso después de tantos años de colaboración, un halago tan explícito de su mentor era inusual.

-Hablando de fuerzas divisorias en la religión -siguió diciendo Maestroianni, cuyo temporizador mental le impulsaba a proseguir con su agenda-, esta mañana he mantenido una interesante conversación con un viejo amigo mío, el cardenal Svensen, de Bélgica.

Mientras consultaba sus notas, su eminencia le describió a Benthoek con bastantes detalles el argumento del cardenal belga, para establecer un vínculo debidamente protegido entre los obispos europeos y la CE.

Benthoek se interesó por dicha posibilidad. Imaginó al momento el establecimiento de un acuerdo sistemático que facilitara el flujo de lo que él denominaba «favores temporales» a los obispos,

consistentes en préstamos a bajo interés, exenciones de impuestos, etc. No le cabía duda de que algo parecido atraería a los obispos como moscas a la miel. Era incluso probable que contribuyera a alejar a los obispos de la insistencia del papa eslavo en la fe, como base de la nueva Europa.

Pero como lo había dicho el cardenal Svensen por la mañana, Benthoek también se percató de que faltaba un elemento esencial en la propuesta.

-Necesitaríamos el vínculo perfecto, eminencia. Sería preciso disponer de la organización apropiada en el Vaticano. Un hombre, o un grupo de hombres, que contaran con la confianza de los obispos, averiguaran sus necesidades y descubrieran sus debilidades. Algo por el estilo. Y entonces persuadirlos de que su futuro estaba en la Comunidad Europea.

-¡Eso es sólo la mitad de lo que necesitamos! Precisamos también a un hombre de su bando. Alguien que inspirara una confianza semejante entre los ministros de los doce países de la Comunidad Europea. Alguien con suficiente credibilidad para convencerlos de que concedieran dichos «favores temporales» a los obispos de forma fiable, con un simple apretón de manos como garantía de devolución de su inversión. Ya le he advertido a Svensen de que tal vez fuera demasiado complicado para llevarlo a la práctica.

-Es complicado -afirmó Benthoek-, pero interesante. Demasiado interesante para rechazarlo sin intentarlo seriamente.

-Svensen acudirá a la conmemoración en memoria de Schuman en Estrasburgo el mes próximo. Sugiero que lo incluyamos en nuestra pequeña reunión privada.

-¿Hasta tal punto confía usted en él, eminencia? -preguntó con reticencia el estadounidense.

Maestroianni tenía tanta confianza como Benthoek reticencia. -Confío en su discreción, así como en su espíritu de oposición al papado en su estado actual y en particular al papa eslavo.

» Reconozco que Svensen no sabe nada o casi nada acerca del proceso, pero lo mismo ocurre con los demás invitados a la reunión. A decir verdad, en mi opinión, la reunión se basa en uno de los primeros principios que aprendí de usted: no todo el mundo tiene que comprender el proceso para servir sus fines.

Aquélla era una buena recomendación a favor de Svensen. Benthoek estaba casi convencido.

-Hablemos de nuevo antes de decidir si incluimos a su colega belga en la reunión, ¿no le parece? Pero por lo menos quiero conocerlo cuando estemos en Estrasburgo. ¿Está usted de acuerdo?

-Naturalmente, amigo mío.

El cardenal lo comprendió. Benthoek deseaba examinar a Svensen.

Entonces el estadounidense abordó otro tema prioritario en su mente. Quería cierta confirmación relacionada con la inminente jubilación de Maestroianni.

-Eminencia, sé que estas cosas ocurren. Pero espero no equivocarme al creer que el hecho de que abandone su cargo como secretario de Estado no afectará nuestros compromisos. Confío en que su eminencia esté seguro en dicho sentido.

-No habrá un ápice de diferencia. La información no se ha hecho todavía pública. Como ya le he dicho, puede que Giacomo Graziani no sea nuestro secretario de Estado ideal, pero le aseguro que su elección no ha sido una victoria para el sumo pontífice. Estará dispuesto a obedecer nuestros designios. Y le recuerdo, mi viejo amigo, que no pienso retirarme a pastar en el campo.

Maestroianni hizo una pausa. De hecho, no era fácil para él abandonar el prestigioso cargo de secretario de Estado. Sin embargo, la conversación que mantenía con Cyrus demostraba que todavía no estaba acabado. La carta sobre la unidad, que había mandado por la mañana, no era más que uno de los pucheros que bullían bajo el trono de san Pedro.

-En cierto modo -prosiguió el cardenal-, espero incluso con ilusión mi entrevista de despedida con el sumo pontífice. He decidido la última nota con la que pienso ausentarme.

-¡Pobre papa! ¿Cuándo tendrá lugar el cese oficial?

-Antes de la conmemoración en memoria de Schuman en Estrasburgo. -Y consultó, como de costumbre, su agenda, aunque conocía la fecha exacta, para ver las notas que había tomado por la mañana después de su entrevista con el sacerdote estadounidense-. Por cierto, Cyrus, casi lo había olvidado. El incidente de esta mañana sobre la estatua de Bernini me ha puesto en contacto con un joven clérigo, aquí en Roma, cuyo hermano trabaja en su empresa. ¿Le dice algo el nombre de Paul Thomas Gladstone?

-¡Algo muy prometedor! Consideramos que Paul Gladstone es un joven con un gran potencial -respondió, antes de hacer una pausa-. Me pregunto si el hermano de Paul... ¿Cómo se llama?

-Christian -dijo Maestroianni después de consultar su agenda para asegurarse-. Christian Thomas Gladstone.

-Eso es. Christian. Me pregunto si es del mismo calibre que su hermano aquí en Londres. Si lo es, tal vez estos hermanos constituyan el material necesario para forjar el vínculo sobre el que especulábamos antes. Creo que podremos encontrarle el cargo adecuado en la administración de la Comunidad Europea a alguien con el talento de Paul Gladstone. Un cargo de confianza con acceso a los doce ministros de Exteriores.

» ¿Y qué me dice de su hombre? ¿Está capacitado el padre Gladstone para servirnos de enlace con los obispos? ¿Podría ganarse su confianza en la medida que esta operación lo requiere?

Al principio a Maestroianni le sorprendió la idea. Pero en boca de Benthoek parecía tan plausible, tan indicado, que el cardenal casi se sintió avergonzado de que no se le hubiera ocurrido antes a él. A decir verdad, la idea de relacionar a uno de los subordinados de mayor talento de Benthoek con un hombre del Vaticano, como vínculo entre la Comunidad Europea y los obispos, era muy atractiva. Si además resultaban ser hermanos, la simbiosis sería perfecta.

El asunto le pareció a Benthoek enormemente prometedor. La propuesta de Svensen empezaba a convertirse ya en realidad en su mente.

-Manténgame informado, eminencia, sobre su evaluación del padre Christian Gladstone. Concedamos prioridad a este asunto. Entretanto, empezaré a examinar un poco la administración de la Comunidad Europea, en busca de un cargo adecuado para el talento de Paul Gladstone. En realidad, el cargo de secretario general de los ministros de la Comunidad Europea quedará vacante este verano. Sería ideal. ¿Podría usted resolverlo con tanta rapidez en el Vaticano?

Maestroianni se había contagiado del entusiasmo de Benthoek como una fiebre.

-Ya estoy comprobando los antecedentes del padre Gladstone; parecen impecables. Ahora está destinado en Roma por un período de sólo seis meses. Pero si resulta indicado para nosotros, estoy seguro de que podremos convencer a su obispo en Estados Unidos para que le autorice a, digamos, servir plenamente en la Santa Sede.

-Muy acertado, eminencia. Estoy convencido de que nos podemos poner manos a la obra.

OCHO

En las claras mañanas de primavera, la luz romana penetra por las ventanas del estudio del papa en el tercer piso del palacio apostólico, toma la alfombra en un reluciente mosaico de colores, se refleja en el suelo encerado, e imprime con pródiga generosidad un tono dorado en las paredes y en los elevados techos.

El viernes 10 de mayo era uno de esos días. La pluma del sumo pontífice, que trabajaba en su escritorio, proyectaba alegres sombrecillas bañada por los tempranos rayos del sol, que calentaban el rostro del Santo Padre y ponían de relieve los signos de envejecimiento prematuro, que muchos en su entorno habían detectado en los últimos meses. La dureza muscular y cutánea había abandonado la compacta complexión del papa eslavo. Todo el mundo coincidía en que estaba desmejorado, aunque ello no afectaba su talante. Sin embargo, para quienes le apreciaban, aquello manifestaba la fragilidad del Santo Padre, como síntoma visible de un dolor espiritual.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la concentración de su santidad. Su pluma flotó sobre una oración inconclusa. Dirigió la mirada al reloj de la repisa de la chimenea y se puso ligeramente tenso. ¡Eran ya las ocho menos cuarto! Por consiguiente, debía de tratarse de Cosimo Maestroianni. Con la puntualidad que le había caracterizado durante los últimos doce años, acudía a su entrevista ritual matutina con él.

-*¡Avanti!*

El papa dejó la pluma sobre la mesa, apoyó la espalda en el respaldo de su silla como para coger fuerzas y observó a Maestroianni que entraba ajetreadamente en el estudio, con su habitual montón de papeles en las manos, para su despedida oficial como secretario de Estado.

No había formalidades entre ellos. El papa no se levantaba de su silla. Su eminencia no hacía

reverencia ni genuflexión alguna, ni besaba el anillo de san Pedro en la mano derecha del papa. Gracias a la influencia del predecesor de Maestroianni, desde 1978 habían prescindido ya de una conducta tan antidemocrática en las reuniones de trabajo como aquélla.

Aunque unos cinco años mayor que el papa, el cardenal parecía el más joven de los dos cuando se instaló en su silla habitual, a un extremo del escritorio. El sol trataba a su eminencia con mayor consideración y parecía poner de relieve cierta solidez.

Su santidad escuchó el monólogo vago y sucinto de Maestroianni con su habitual serenidad. A decir verdad, al cardenal siempre le resultaba algo enervante aquella constante paciencia que manifestaba el sumo pontífice. El secretario tenía la sensación de que si el papa formulaba tan pocas preguntas durante sus entrevistas no era porque estuviera dispuesto a dejar las cosas en sus manos. Por el contrario, Maestroianni sospechaba que el papa creía conocer ya las respuestas.

En gran parte, Maestroianni estaba en lo cierto. El sumo pontífice había comprendido desde el primer momento que su secretario de Estado no era un colega, sino un peligrosísimo adversario. Obtendría más información sobre sucesos vigentes e inminentes alrededor del mundo mediante una llamada telefónica a ciertas personas en docenas de ciudades de numerosos países en los cinco continentes, que por los discursos de Maestroianni. Además, un solo informe del comandante Giustino Lucadamo, jefe de seguridad pontificia y hombre de unos recursos y una lealtad inagotables, a menudo le facilitaba a su santidad más información de la que deseaba conocer.

Lucadamo había sido contratado en 1981 para proteger la integridad física de su santidad a raíz del atentado contra la vida del papa, y había prestado juramento sobre el sagrado sacramento. Se le había concedido excedencia permanente del servicio secreto de las fuerzas especiales italianas, y se le conocía por su agilidad mental y por sus nervios templados como el acero. Contaba con el apoyo de los servicios nacionales de seguridad italianos y los de otros tres gobiernos extranjeros. Además, se había rodeado de ayudantes cuidadosamente elegidos y tan comprometidos como él. En cualquier momento, Lucadamo sabía qué chaleco antibalas llevaba puesto su santidad, quiénes eran los catadores de servicio a una hora determinada y todo lo que fuera necesario saber respecto a cualquiera que tuviera el mínimo contacto con la residencia del sumo pontífice. En resumen, Giustino Lucadamo era uno de esos hombres elegidos por Dios en las difíciles circunstancias del papa eslavo en la Roma de los años noventa.

Aquella misma mañana, Lucadamo y Damien Slattery se habían reunido con el Santo Padre, después de decir misa en su capilla privada, para desayunar en sus aposentos del cuarto piso del palacio apostólico. La conversación había girado en torno a dos asuntos de evidente interés, desde el punto de vista de la seguridad.

En primer lugar, era preciso repasar los preparativos para la protección del Santo Padre durante las ceremonias que dirigiría en Fátima dentro de tres días. Dicha celebración, de la que formaría parte una concentración juvenil que se transmitiría al mundo entero, tendría lugar el lunes día 13. Lucadamo tenía todo el tiempo cubierto, de principio a fin. El Santo Padre estaría de regreso sano y salvo en su despacho del Vaticano el día 14.

El segundo asunto estaba relacionado con ciertos detalles de una extraña reunión privada que el cardenal secretario Maestroianni había organizado en Estrasburgo para aquel mismo día, 13 de mayo, inmediatamente después de la clausura del homenaje a Robert Schuman. Casualmente, la noticia había llegado también a oídos de Damien Slattery.

-Una concentración de lobos y chacales -fue como definió aquella reunión privada-. Emergen de todos los lugares.

El papa escuchó los nombres de la lista que Slattery y Lucadamo recitaron, como probables asistentes a la reunión de Maestroianni: el arzobispo Giacomo Graziani, que pronto se convertiría en el cardenal Graziani cuando ocupara el cargo de secretario de Estado; el cardenal Silvio Aureatini, uno de los colaboradores más entusiastas de Maestroianni en el Vaticano; el cardenal Noah Palombo, reconocido todavía como gran experto en liturgia católica a pesar de su avanzada edad; el padre general de los jesuitas, y el padre general de los franciscanos.

-Más confabulaciones -exclamó el sumo pontífice, harto de oír siempre los mismos nombres como personajes destacados en todo contexto antipapal-. Más tramas. Más charla. ¿Nunca se cansan?

-«El fuego nunca se da por satisfecho», santidad -respondió Damien con una cita de las escrituras,

aunque tanto él como Lucadama expresaron su preocupación por una notable diferencia en dicha concentración, por lo menos desde el punto de vista del Vaticano-. La voluntad de cada uno de esos hombres por separado -agregó para subrayar su inquietud- es tan fuerte como la muerte. Trabajan en lo suyo veinticuatro horas diarias. Sin embargo, esos idiosincrásicos servidores de Dios no suelen encontrarse en un mismo lugar y a una misma hora.

-Nosotros también trabajamos en lo nuestro veinticuatro horas diarias, padre. Los mantendremos bajo estricta vigilancia.

A pesar de que el comentario de Lucadamo se dirigía a Slattery, era evidente por la expresión de su rostro que le preocupaba el cansancio del papa.

El sumo pontífice se aseguró de no manifestar ahora su agotamiento, mientras escuchaba el metódico repaso de los documentos de Maestroianni. Expresaba sólo serenidad y paciencia, elementos esenciales de su decrépito arsenal en defensa de su papado. El papa eslavo apoyó la cabeza en el respaldo de su sillón mientras examinaba el rostro de Maestroianni, escuchaba con interés todas y cada una de sus palabras y observaba sus gestos. Pero estaba preparado para lo inevitable. Maestroianni no permitiría que concluyera su última entrevista oficial, sin desenvainar una vez más su espada como secretario.

En realidad, teniendo en cuenta la cantidad de papeles con que el cardenal secretario había llegado al estudio del papa, su informe fue breve. ¿Podía su santidad haberse equivocado? Tal vez, después de todo, el cardenal no desenfundaría de nuevo su espada durante su despedida oficial.

-Como bien sabe, Santo Padre, encabezaré la delegación oficial vaticana en la conmemoración anual en honor de Schuman, que se celebra en Estrasburgo.

-Sí, eminencia. Lo recuerdo -respondió el papa con expresión impertérrita mientras se inclinaba hacia la mesa para consultar su calendario-. Hoy se trasladará a Estrasburgo, ¿no es cierto?

-Efectivamente, santidad -dijo el cardenal antes de sacar una hoja de papel de una de sus carpetas-. Tengo una lista de los componentes de nuestra delegación.

El protocolo exigía que se informara al sumo pontífice sobre los miembros de la delegación. E incluso en la guerra, reinaba el protocolo del Vaticano.

Sin alterar su expresión, el papa eslavo cogió la lista del secretario y miró fugazmente la columna de nombres. Era un duplicado perfecto de la lista que Damien Slattery y Giustino Lucadamo habían adivinado durante el desayuno.

-Todos cuentan con mi bendición para esta tarea, eminencia. Será una introducción práctica para el arzobispo Graziani, antes de asumir sus responsabilidades como secretario de Estado.

-Eso era lo que me proponía, santidad.

No por primera vez en su prolongada lucha, Maestroianni se vio obligado a admirar la maestría del sumo pontífice en el arte de la *romaníta.* No había resentimiento alguno ni indicio de ironía en el tono del papa. Sin embargo, ambos sabían que Graziani, como hombre de Maestroianni por no decir uno de sus más íntimos colaboradores, había recibido la formación adecuada para considerar el papado eslavo como algo lamentable y transitorio. Concedida la aprobación de su delegación, el cardenal secretario esperaba que el papa eslavo le devolviera la lista. Pero, en su lugar, su santidad la dejó de forma distraída sobre la mesa y colocó una mano encima de la misma.

Maestroianni observó el gesto del sumo pontífice algo desconcertado.

-Deseo transmitir verbalmente la bendición de su santidad a mis anfitriones en la casa de Robert Schuman.

-Hágalo, eminencia -accedió el papa-. Salúdelos a todos en nombre de la Santa Sede. Tienen entre manos una monumental tarea. La Europa que están construyendo constituye la esperanza futura de muchos millones.

Por fin el papa eslavo devolvió al cardenal su hoja de papel y aprovechó el gesto para coger una carpeta de su escritorio. Con cuidado para no traspapelar la nota confidencial de recomendación de cierto padre Christian Thomas Gladstone, el sumo pontífice sacó una de las familiares fotografías del *Noli me tangere* de Bernini.

-Casi lo había olvidado, eminencia. En Sainte-Baume, el sábado pasado, dediqué a Dios el peregrinaje a fin de implorar su gracia para todos mis obispos. Las fotografías que usted se ocupó de que me mandaran por fax fueron para mí una gran inspiración. Sin duda verá a algunos de los obispos

franceses en Estrasburgo; transmítales también mi bendición.

El cardenal soportó lo mejor que pudo la mirada fija e inocente del papa. La foto de la estatua de Bernini fue para él como un farolillo rojo, pero las circunstancias no le permitían suspirar ni reírse. En realidad, comprobó que se había puesto nervioso cuando el papa mencionó a los obispos franceses. Sin duda se reuniría con algunos de ellos en Estrasburgo, unos a los que ya consideraba íntimos aliados y otros que parecían merecer un acercamiento. Su confusión surgía de lo difícil que era siempre adivinar cuánto sabía aquel papa.

-Por supuesto, santidad -logró responder con sobriedad su eminencia-. Yo también rezo para que efectúen la elección apropiada, es decir, la que más beneficie a la Iglesia universal.

El papa eslavo decidió aprovechar la oportunidad para hacer otra sugerencia.

-Asegúrese, eminencia, de que los obispos franceses se unan también a mis plegarias. Como bien sabe, cuando usted esté en Estrasburgo, yo iré de peregrinaje a Fátima para la celebración del día de la Virgen el 13 de mayo.

Si su propósito era el de provocar al cardenal, surtió su efecto. No era sólo el hecho de que el sumo pontífice hiciera de nuevo hincapié en su lamentable debilidad por los viajes piadosos. Bastaba mencionar someramente a Fátima para despertar la más honda antipatía profesional por parte de Maestroianni. A menudo había discutido con aquel papa sobre la cuestión de Fátima, e impedido numerosas iniciativas pontificias en honor a Fátima, así como a otras supuestas apariciones de la Virgen que surgían como setas a lo largo y ancho de la Iglesia.

Lucía dos Santos, la única de los tres videntes juveniles de Fátima que había sobrevivido hasta la vida adulta, tenía ahora más de 80 años. La hermana Lucía, actualmente monja de clausura en un convento carmelita, aseguraba que se le seguía apareciendo la Virgen María, y se había mantenido en contacto con el papa mediante cartas y emisarios desde que, a raíz del atentado contra su vida en 1981, el sumo pontífice había decidido interesarse en persona por los sucesos de Fátima.

El cardenal secretario sabía poco o nada sobre la correspondencia entre el papa y la religiosa. Y desechaba lo poco que sabía como insignificante, inverosímil y peligroso. Desde el punto de vista de Maestroianni, ningún sumo pontífice respetable podía permitirse el lujo hoy en día de dejarse llevar por informes de visiones procedentes de monjas excesivamente apasionadas, imaginativas y ancianas.

-Santidad -respondió el cardenal, ahora con un ligero deje de irritación en el tono de su voz-, no me parece sensato pedirles a los obispos franceses que colaboren tan íntimamente con la visita de su santidad a Fátima. Nadie, o por lo menos los obispos en cuestión, pondrá reparo alguno en cuanto a la devoción privada de su santidad. Sin embargo, puesto que su santidad es primordialmente el papa de los cristianos, todo lo que haga, incluso como individuo, repercutirá en su personalidad pontificia. Por consiguiente, su santidad comprenderá que no sería prudente molestar a los obispos franceses con este asunto.

Al papa eslavo le pareció menos sorprendente el sentimiento manifestado por Maestroianni, que el hecho de que lo hubiera expresado de un modo tan directo. Tuvo casi la tentación de no insistir, pero el tema afectaba el quid de la hostilidad existente entre ellos, y por lo menos valía la pena señalarlo.

-¿Serían tan graves las consecuencias como su eminencia sugiere, si les transmitiera a los obispos mi petición de que rezaran?

No había aspereza ni consternación en la pregunta del Santo Padre. Por el tono de su voz, podía haber estado pidiéndole consejo a cualquiera de sus subordinados.

Maestroianni no tardó un instante en responder con mordacidad:

-Francamente, santidad, dicha petición, agregada a todos los demás factores, podría empujar a ciertas mentes más allá del límite de la tolerancia.

El papa eslavo se irguió en su silla, con las fotografías de la estatua de Bernini todavía en la mano, y miró al cardenal fijamente a los ojos.

-Por favor, eminencia, prosiga.

-Santidad, por considerarlo mi deber y desde hace por lo menos cinco años, he insistido en que el elemento más preciado de la Iglesia de Jesucristo en la actualidad, el elemento unitario entre el papa y los obispos, está en peligro. Como mínimo dos tercios de los obispos consideran que este pontificado no les brinda el calibre necesario de dirección papal. A mi parecer, santidad, esto es tan grave que tal vez debamos plantearnos en un próximo futuro si, para conservar dicha preciada unidad, este pontificado...

De pronto el cardenal secretario se percató de que estaba empapado de sudor y ello le desconcertó. Sabía que jugaba con ventaja. ¿Qué había entonces en aquel papa tan irreductiblemente ajeno o tan inaccesible que provocaba el sudor nervioso del cardenal? Para infundirse seguridad a sí mismo, más que para transmitirle algo al sumo pontífice, Maestroianni intentó sonreír.

-¿Cómo cabría expresarlo, santidad? En honor a la unidad, este pontificado deberá ser revaluado por su santidad y por los obispos, puesto que no me cabe la menor duda de que su santidad desea conservar intacta dicha preciada unidad.

-Eminencia -dijo el Santo Padre, al tiempo que se levantaba de su silla.

Estaba pálido. En las entrañas de Maestroianni sonaron alarmas silenciosas. El protocolo obligaba al cardenal a ponerse también de pie. ¿Se había precipitado al hablar demasiado?

-Eminencia -repitió el Santo Padre-. Debemos hablar de esta cuestión de la unidad, que con tanta lealtad me ha señalado. Confío en el buen juicio de su eminencia en lo que concierne a los obispos franceses. Que la paz le acompañe.

-Santidad.

Listo o no, la entrevista de despedida del cardenal había concluido. Mientras ordenaba los papeles de las carpetas que llevaba en las manos, cruzó el estudio en dirección a la puerta.

En parte, Maestroianni se sentía indefenso y decepcionado. Había dado el toque final en su entrevista de despedida con el papa, como estaba previsto. ¿Pero de qué le había servido? En definitiva, ¡sencillamente no había forma de comunicarse con aquel eslavo!

Pero cuando el cardenal pasó de manera apresurada frente a Taco Manuguerra y entró en su propio despacho, aquellas emociones, si es que así cabía denominarlas, habían desaparecido. Era un superviviente gracias a ser inmune a toda agonía profunda del alma, al igual que era incapaz de alcanzar un elevado estado de éxtasis. Nunca se alejaba de los hechos controlables. En los tormentosos altibajos de su profesión, siempre había aterrizado sano y salvo sin perder de vista sus horizontes familiares. Sólo en el caso de que se desbocaran por sí mismos los acontecimientos, el destino le habría hecho una jugarreta a su eminencia.

Aquel día no había sucedido tal cosa.

El sumo pontífice se frotó la frente, como para ahuyentar el pálido velo de tristeza que empañaba su mente, y empezó a caminar por su estudio mientras se esforzaba por dilucidar la esencia de la entrevista de despedida del cardenal secretario.

Esencialmente, no había surgido nada nuevo durante su espinoso intercambio de palabras con Maestroianni. Incluso la lista del cardenal de los delegados del Vaticano que asistirían a la conmemoración en memoria de Schuman formaba parte de la pauta general de la contienda entre el sumo pontífice y el secretario de Estado.

El Santo Padre dejó de dar pasos y regresó insatisfecho a su escritorio. Al igual que varias veces en las últimas semanas, empezó a susurrar una idea en la periferia de su mente. La presión era inacabable, decía el susurro. Mucho era lo que no funcionaba debidamente, y parecía incapaz de remediarlo. Tal vez Maestroianni tuviera razón. Pudiera ser que hubiera llegado el momento de considerar una alternativa a su pontificado.

El papa posó una vez más la mirada en la fotografía de la estatua de Bernini. Estudió la expresión del rostro de santa María Magdalena, una expresión de trascendencia. «Si no existe la trascendencia -el sumo pontífice recordó las palabras de Friedrich Nietzsche- debemos abolir la razón, olvidar la cordura.»

Eso, pensó, era, en resumen y esencia, el quid de su conflicto con el cardenal Maestroianni. O bien la vida estaba impregnada por la providencia divina, para ser percibida por la fe en Dios, aceptada por la razón humana y elegida por la voluntad, o no lo estaba. Si lo último era cierto, se debía a una suerte ciega. La vida era una fea humillación, una degradante broma cósmica para todo aquel lo suficientemente bobo como para poseer esperanza. El papa había decidido hacía mucho tiempo creer en la providencia divina. En más de una ocasión, estaba convencido de que dicha providencia le había salvado del desastre. Como en cierta ocasión en Cracovia, durante la segunda guerra mundial, cuando de regreso a su casa después del trabajo, se detuvo para retirar las hojas otoñales que casi habían sepultado la imagen de la Virgen en una hornacina. Unos amigos que allí le encontraron le advirtieron de que la

policía nazi esperaba frente a su casa. Logró ocultarse y permanecer a salvo.

O aquel día en la plaza de San Pedro, cuando una estampa de la Virgen de Fátima sujeta a la blusa de una niña, la hija de un carpintero, le indujo a agacharse para bendecirla y las balas de la Browning automática de Ali Agca pasaron por encima de su cabeza.

Si no viera la mano de Dios en aquellos sucesos fortuitos, tendría que dejar de creer. El Santo Padre dio un hondo suspiro sólo de pensar en ello, como cualquiera ante un dolor inesperado.

De pronto el papa se sentó erguido en su silla. ¿No había sido eso todo lo que Maestroianni había transmitido durante su entrevista aquella mañana? En las numerosas reuniones celebradas entre ambos enemigos que tanto se conocían, conforme la espada del cardenal se acercaba progresivamente, su propósito era el de tentar al papa para que soltara las riendas de su pontificado. Pero en esta ocasión había habido algo nuevo. Algo impreciso que turbaba al sumo pontífice. Pulsó el botón de su intercomunicador y llamó a su secretario, que estaba en la sala adjunta.

-Monseñor Daniel, ¿supongo que ha grabado mi conversación con el cardenal secretario?

Lo que el papa deseaba, era escuchar los dos o tres últimos minutos de la entrevista.

-Por supuesto, santidad -respondió monseñor Daniel, que rebobinó la cinta.

El sumo pontífice recordaba las gotas de sudor en el rostro de Maestroianni, como si hubiera sufrido un repentino ataque de fiebre, y volvió a escuchar con atención la voz del cardenal:

-¿Cómo cabría expresarlo, santidad? En honor a la unidad, este pontificado deberá ser revaluado por su santidad y por los obispos...

Monseñor Daniel había entrado en el estudio del papa mientras sonaba todavía la grabación. Se acercó y observó respetuosamente al papa concentrado en las palabras del cardenal. Se detuvo la cinta.

-Monseñor -dijo el papa, que levantó la cabeza para mirar a Sadowski, quien se aguantó la respiración al contemplar el rostro pálido de cansancio del sumo pontífice-. Monseñor, acabamos de recibir un aviso anticipado de la sentencia de muerte de este pontificado. Incluso se me ha pedido que la firmara.

NUEVE

La base personal que el cardenal eligió para esta etapa de su creciente campaña contra el papa eslavo fue el hotel más viejo y selecto de Estrasburgo. El Palais d'Alsace, que había abierto sus puertas el día de año nuevo de 1900 para personajes como el káiser de Alemania y la reina Victoria, era un magnífico anacronismo en 1991. En su vestíbulo brillaban unas vastas y elegantes arañas de cristal, que iluminaban como satélites lunares el firmamento privado de aquel mundo todavía privilegiado, con sus elevados techos estucados, sus cornisas italianas y sus grandiosos arquitrabes.

-¡No sabía que su eminencia tuviera gustos tan añejos! -bromeó Cyrus Benthoek cuando se reunió para cenar con el cardenal el viernes por la noche.

-¡Lo único añejo que encontrará en mí es mi mentalidad milenaria! -replicó inmediatamente Maestroianni.

Aunque dichas sin mala intención, las palabras del cardenal eran claras y muy aceptables para Benthoek. Su eminencia iba al grano. Su atención, su mentalidad milenaria, se centraba en la reunión privada que él y aquel corredor estadounidense de poder transnacional habían organizado para dentro de tres días, inmediatamente después de la clausura de las celebraciones oficiales conmemorativas en honor de Robert Schuman.

Dada la mezcla voluble de las personalidades involucradas, el quid de aquella pequeña asamblea consistiría en persuadir tanto a los miembros de la delegación de Maestroianni como a los de la de Benthoek de que abandonaran sus ambiciones personales y sus mutuas rivalidades para forjar una mente común y un pleno consenso operativo, con poderosos personajes ajenos al rebaño del catolicismo y del propio cristianismo. El cardenal secretario repasó una vez más el panorama con Benthoek, así como las características y el valor de cada uno de los siete sabios del Vaticano que configurarían su lado de la nueva alianza. Maestroianni empezó con una breve reseña del cardenal Silvio Aureatini.

Como protegido de Maestroianni en la secretaría, Aureatini tenía garantizada su influencia global. Mediante la supervisión del innovador programa vaticano conocido como Rito Renovador Cristiano para Adultos (el RRCA), el cardenal Aureatini ejercía su influencia desde hacía mucho tiempo en todas las

diócesis y parroquias del mundo entero. En realidad, Maestroianni le aseguró a Benthoek que, bajo la dirección de Aureatini, el Rito Renovador Cristiano para Adultos había cambiado el enfoque de la liturgia católica, de modo que fuera ahora más aceptable que antes para la población cristiana no católica en general.

-Y éste no ha sido su único éxito. Aureatini está también involucrado en la delicada y progresiva reforma del Código Canónico, así como en menoscabar el privilegio papal e incrementar las funciones de los obispos, con la aplicación de dicha ley a todos los niveles de la Iglesia.

El tema del Código Canónico condujo al cardenal Maestroianni al segundo miembro de su delegación. El cardenal Noah Palombo, de expresión siempre hosca y desabrida, seguía siendo desde hacía décadas el experto romano en liturgia por antonomasia. Palombo estaba encargado oficialmente de la dirección global del Consejo Internacional de Liturgia Cristiana. Como su propio nombre indica, el CILC actúa a nivel de oración y devoción católica aprobada. Al igual que el RRCA de Aureatini entre los laicos, Palombo fomentaba entre los sacerdotes y los religiosos la nivelación de distinciones entre eclesiásticos y seglares, católicos y no católicos.

El tercer hombre en la lista de Maestroianni, su eminencia el cardenal Leo Pensabene, gozaba de un gran poder personal. Durante más de veinte años, había desempeñado cargos diplomáticos en América del Norte y del Sur. A su regreso a Roma, ascendido al rango de cardenal, se había convertido rápidamente en cabecilla del grupo más poderoso del Sacro Colegio Cardenalicio, cuyo voto sería decisivo para elegir al sucesor del papa eslavo en el próximo cónclave.

Además, como experto en todas las comisiones de justicia y paz, tanto en Roma como a lo largo y ancho de la Iglesia universal, el cardenal Pensabene ejercía innumerables actividades sociopolíticas relacionadas con la Iglesia y el Estado. A través de los obispos del mundo entero, Leo Pensabene había redirigido y remodelado progresivamente el programa social y político de la Iglesia, para reflejar una visión de este mundo terrenal de unidad selectiva, paz y abundancia, bien controlada.

-¿Y su sucesor como cardenal secretario, eminencia? -preguntó Benthoek, refiriéndose naturalmente al arzobispo Giacomo Graziani-. ¿Cómo anticipa su papel en la reunión?

-Tranquilo y sosegado, Cyrus. Como con mucho acierto me ha dicho el propio papa eslavo, esta reunión servirá de introducción práctica al arzobispo Graziani en su preparación para enfrentarse a sus responsabilidades como secretario de Estado.

Quedaban sólo otros tres hombres en la lista de delegados de Maestroianni: Michael Coutinho, padre general de los jesuitas; el padre general Victor Venable de los franciscanos, y, por último, el viejo y veterano cardenal Svensen de Bélgica, iniciador de la maravillosa idea de acercar a los obispos europeos al rebaño lucrativo y al núcleo político de la Comunidad Europea.

Como padre general de los jesuitas, por ejemplo, en el Vaticano se consideraba a Michael Coutinho decano tradicional de los superiores de las principales órdenes religiosas. Ejercía una enorme influencia en todas las demás órdenes y congregaciones religiosas. Además, para disipar cualquier duda respecto a la influencia de los jesuitas entre la gente común del mundo entero, bastaba examinar los países del tercer mundo. Particularmente mediante su participación en la teología de la liberación, los jesuitas habían contribuido de manera decisiva al alejamiento del catolicismo suramericano y filipino de su aceptación sumisa de la autoridad tradicional, para fomentar movimientos guerrilleros armados y actividades políticas militantes. El antipapismo era ahora una característica jesuítica.

Victor Venable, padre general de los franciscanos, también era impresionante. Si los jesuitas habían alejado a millones de católicos de una teología de fe trascendente, en favor de una teología humanista en Occidente y una teología sociopolítica terrenal y revolucionaria en el tercer mundo, los franciscanos habían alejado a un número, como mínimo, semejante de millones de la devoción personal, antes característica de los católicos en el mundo entero.

Mediante el fomento del movimiento carismático, los franciscanos abrazaban ahora los conceptos revisados y desprovistos de un «nuevo Cielo» y una «nueva Tierra», así como la meta alcanzable de la paz entre los hombres. La influencia de los franciscanos en los movimientos de la «nueva era», así como su simpatía adicional entre los protestantes, habían permitido la construcción de puentes ecuménicos anteriormente inimaginables.

Convencidos de que tanto el jesuita Coutinho como el franciscano Venable eran los constructores de puentes que debían ser introducidos en la alianza, Maestroianni y Benthoek dirigieron su atención al

cardenal belga jubilado pero todavía repleto de energía, Piet Svensen.

Como Maestroianni supuso que lo haría, Benthoek había investigado concienzudamente a Svensen y, al parecer, merecía su beneplácito. Además, con buenas razones. De joven, el cardenal belga había sido el principal arquitecto y maestro ingeniero de las despiadadas tácticas parlamentarias, mediante las cuales se había desviado el Concilio Vaticano del buen papa de su propósito original. Astuto, intrépido, siempre seguro de sí mismo, profundamente antirromano en su espíritu, deficiente en su teología básica pero casi profético en el concepto de su papel histórico, Svensen gozaba de buenos contactos y simpatías en la cúpula de la Comunidad Europea.

-Es un poco pentecostista en sus devociones. -Y Benthoek rió-. Dicen que acostumbra a emitir prolongados aullidos indescifrables en la Iglesia, que según él significan que posee el «don de lenguas». Pero acertó de lleno en su evaluación del belga, eminencia. Tiene fama de ser tan brutalmente franco y racional como todo buen Fleming. Sin duda debemos contar con él en nuestra alianza. Y antes de abandonar Estrasburgo, hemos de concretar nuestros planes para la construcción del puente de Svensen entre los obispos europeos y la Comunidad Europea.

El domingo 12 de mayo, veinticuatro horas antes de que las ceremonias oficiales del homenaje a Schuman reclamaran su tiempo, salieron ambos de la región de Sangdau en un coche alquilado con conductor para celebrar otra reunión de trabajo. Mientras viajaban por la «ruta de la carpa frita» e hincaban el diente en el suculento pescado al que debía su fama, su conversación giraba en tomo a los invitados de Cyrus Benthoek a la reunión que se celebraría después de las veladas oficiales. De los cinco personajes que Benthoek había reunido para la ocasión, cuatro eran laicos.

Nicholas Clatterbuck era un hombre con quien el cardenal secretario había hablado varias veces. Desempeñaba el cargo de gerente en el cuartel general londinense del bufete transnacional de Crowther, Benthoek, Gish, Jen & Ekeus. Como mano derecha de Benthoek en el negocio, se le incluiría en una empresa tan importante.

Estaban también incluidos dos miembros de la junta internacional de asesores de Benthoek: Serozha Gafin, moscovita, y Otto Sekuler, alemán. Los comentarios de Cyrus al respecto fueron breves:

-Entre ambos conocen a todo el mundo que hay que conocer, en el nuevo marco de la URSS que está a punto de formarse, y que no tardará en dispersarse por los países de Europa oriental.

El cuarto seglar había sido agregado en el último momento.

-Se llama Gibson Appleyard, eminencia. Sus credenciales son interesantes. Pertenece al servicio secreto de la Armada estadounidense, destinado al Departamento de Estado estadounidense. Siempre está de pesca en lugares curiosos. Evidentemente, no dispondrá de voto en el grupo. Me refiero a que no representará a ningún sector de su gobierno. El caso es que me llamó desde Washington y me pareció apropiado que participara de manera extraoficial, si comprende a lo que me refiero.

Maestroianni comprendió lo que le decía su amigo, y coincidió con la evidente esperanza de Cyrus Benthoek en que, incluso como representante extraoficial del gobierno estadounidense, Appleyard obtendría por lo menos ciertas impresiones útiles en la reunión privada de Estrasburgo. Por una parte, tendría la oportunidad de comprender que la actitud del papa actual era contraria al nuevo orden mundial. Además, también podría comprobar que lo que Benthoek y el propio Maestroianni proponían coincidía con la política actual de Estados Unidos.

El único clérigo entre los invitados de Benthoek a Estrasburgo era un hombre cuya relación el cardenal Maestroianni anhelaba cultivar. El reverendo Herbert Tartley era miembro de la Iglesia anglicana, actualmente consejero especial de la Corona y asesor del arzobispo de Canterbury. Era indudable que, con el transcurso del tiempo, Tartley ocuparía la sede de Canterbury.

Maestroianni sabía que siempre habría especulación respecto a los bienes de la Corona británica. Pero el cardenal secretario estaba seguro de reconocer en el trono británico indicios de un poder corporativo, dotado de la inteligencia más refinada en cuanto a los asuntos humanos vigentes. Un poder apoyado en unos cimientos tan hondos de la civilización occidental, que sería tan duradero como la misma. Maestroianni también sabía que el poder corporativo en el que estaba sumida la Corona británica no tenía nada que ver con la trascendencia de Dios, ni con ninguna supuesta alianza con Jesús de Nazaret y del calvario como personaje central de la historia, que el reverendo Herbert Tartley era un astro ascendiente en la Iglesia anglicana, que la Iglesia anglicana era un apéndice histórico de la Corona

y que los tres constituían un pasaporte colectivo al futuro humano exclusivo en el nuevo orden incipiente de la historia humana.

Cuando regresó a sus aposentos en el Palais d'Alsace el domingo por la noche, el cardenal Maestroianni se sentía muy satisfecho de su trabajo durante el fin de semana. Su eminencia siempre dormía bien, cuando se consideraba preparado para el día siguiente.

No existe una «ruta de la carpa frita» en el Vaticano. Ni había ninguna placentera excursión incluida en el programa del papa eslavo aquel domingo, 12 de mayo. Era el día en que el sumo pontífice se desplazaba a Fátima para participar en las celebraciones que tanto habían disgustado al cardenal secretario.

A las tres y media de la tarde, el papa, acompañado de su secretario, monseñor Daniel Sadowski, y de otros pocos ayudantes personales, se dirigió a paso ligero al helicóptero de Alitalia que los esperaba. Despegaron a la hora prevista en dirección a Fiumicino y de allí a Portugal. A las ocho y media, su santidad ya estaba instalado en sus aposentos provisionales en Fátima.

Después de una cena tardía, el papa y Sadowski se reunieron con el obispo de Fátima, Leiria, y el equipo de organizadores locales para repasar el programa de acontecimientos previstos para la celebración al día siguiente del septuagesimocuarto aniversario de la primera aparición de la Virgen María en Fátima ante los tres pastorcillos. La misa solemne pontificia se celebraría por la mañana. Las audiencias privadas que tendrían lugar a continuación eran tan numerosas que durarían hasta primeras horas de la tarde. La concentración juvenil, a la que aquel papa daba siempre gran importancia, se celebraría al atardecer. Por último, después del crepúsculo, lo más sobresaliente del aspecto público de la visita pontificia sería la procesión a la luz de las velas.

-En total, santidad -señaló el obispo con evidente satisfacción-, puede que mañana se reúna aquí un millón y medio de personas. Sólo en la concentración juvenil, esperamos un millón de asistentes. A la procesión de las velas, asistirán entre doscientas cincuenta y trescientas mil personas. Y todo se transmitirá por cadenas europeas y extranjeras de radio y de televisión.

-Algo importante, excelencia -dijo entonces el papa, dirigiéndose al obispo-. No he oído que se mencionara mi encuentro con la hermana Lucía. Se les debe de haber pasado por alto. ¿Para cuándo está previsto?

-Suponía que su santidad era consciente de que... -al obispo se le trabó la lengua.

Ante tal alarde de confusión, el sumo pontífice se llenó de preocupación. Lucía estaba presente en cientos de millares de mentes alrededor del mundo, como única superviviente de los tres niños que habían presenciado la aparición de la Virgen en Fátima. Pero ahora era una anciana de más de ochenta años. Comprensiblemente, su santidad pensó por tanto en el estado de salud de la religiosa.

-¿Consciente? -repitió su santidad-. ¿Consciente de qué, excelencia? ¿Dónde está la hermana? ¿Sigue enferma?

-La hermana Lucía está bien, santidad. No se trata de eso. -El obispo parpadeó-. Está en un convento de Coimbra, a pocos kilómetros al norte de aquí.

-¿Qué sucede entonces, excelencia? O mejor dicho, ¿cuándo llegará a Fátima la hermana Lucía?

El obispo, después de casi perder su compostura, hurgó en su maletín.

-Suponía a su santidad enterado del telegrama... Aquí lo tengo... entre estos papeles... Aquí está. El telegrama del cardenal secretario de Estado reiterando la prohibición...

El resto de la explicación fue innecesario. Cuando el papa leyó el telegrama, lo comprendió todo. Cuatro años antes, su eminencia el cardenal Maestroianni había decidido por cuenta propia prohibirle a la hermana Lucía el acceso al mundo exterior. Bajo pena de excomunión, Lucía no podía recibir visita alguna. No se le permitía hacer ninguna declaración pública ni privada sobre el mensaje de Fátima, ni nada relacionado con el mismo. Se le prohibía particularmente salir del convento o visitar Fátima, sin permiso específico del cardenal. El sumo pontífice, compungido, le entregó el telegrama a monseñor Daniel.

Monseñor Daniel llamó al maestro general Damien Slattery al Angelicum, en Roma, y le pasó el teléfono al papa. A los pocos segundos, Slattery había comprendido la situación, y le pidió a su santidad que le leyera la fecha y el código de referencia del telegrama del Departamento de Estado.

-Llamaré a su santidad en menos de una hora. Por el canal privado, evidentemente.

Slattery ordenó que le trajeran el coche. A continuación llamó al secretario de Maestroianni, monseñor Taco Manuguerra, para localizar al sustituto del cardenal secretario durante su ausencia.

-Su eminencia no regresará hasta el martes, maestro general... -farfulló Manuguerra.

-Sí, monseñor, eso ya lo sé -respondió Slattery, sin disimular su enojo-. El arzobispo Buttafuoco actúa como secretario en funciones. Encuéntrelo y dígale que se reúna conmigo en su despacho de la secretaría dentro de veinte minutos.

-¿A esta hora tan tardía, maestro general? ¿Cómo puedo explicarle...?

-¡Veinte minutos, monseñor!

Cuando el gigantesco dominico vestido de blanco entró cual espectro iracundo en el despacho de Canizio Buttafuoco, en el tercer piso del desolado palacio apostólico, el arzobispo caminaba de un lado para otro a fin de tranquilizarse. Al igual que Taco Manuguerra y el resto del personal del Vaticano, era consciente de la posición privilegiada de Damien Slattery en la cúpula pontificia.

-Le ruego que me lea el telegrama doscientos siete-SL -dijo Slattery sin rodeos.

Buttafuoco obedeció.

-¿Quién ordenó que se mandara este telegrama?

-El cardenal secretario, padre.

-Muy bien, excelencia. Como secretario en funciones, tenga la amabilidad de acompañarme a la sala de codificación, desde donde mandaremos otro telegrama para contrarrestar éste.

El arzobispo Buttafuoco empezó a sudar.

-No puedo hacer esto sin consultárselo antes a su eminencia.

Slattery estaba ya en la puerta.

-Permítame que se lo aclare, excelencia. Ésta es una orden del Santo Padre. Si se niega a obedecer, pasará el resto de su vida bautizando a niños en Bangla Desh. Y si hay que culpar a alguien, asumo toda la responsabilidad. A decir verdad, si no anda con cuidado, puede que se convierta en un héroe sin proponérselo.

Transcurridos cuarenta y cinco minutos de la llamada del Santo Padre, el maestro general tuvo la satisfacción de comunicarle por teléfono a su santidad que se había mandado un telegrama a la madre superiora del convento de la hermana Lucía en Coimbra. Para asegurarse, la madre superiora había llamado por teléfono al secretario en funciones, a fin de comprobar la veracidad y oficialidad del mismo.

-¿Entonces, maestro general, la hermana Lucía estará mañana en Fátima para asistir a la misa solemne? -preguntó el sumo pontífice en un tono más alegre.

-Así es, Santo Padre. Llegará para asistir a la misa por la mañana. Y se quedará para celebrar una audiencia privada con su santidad.

A altas horas de la madrugada en el Palais d'Alsace de Estrasburgo, una llamada de la recepción despertó al cardenal secretario Maestroianni de un sueño sin ilusiones.

-Discúlpeme, eminencia -dijo el director del servicio nocturno-, pero ha llegado un telegrama urgente de Roma para usted. -Mándemelo inmediatamente -respondió el cardenal mientras cogía su bata.

Era un mensaje del arzobispo Canizio Buttafuoco, cuyo contenido principal era el texto del telegrama mandado a la hermana Lucía en su convento de Coimbra, ordenándole que se presentara en Fátima al día siguiente, 13 de mayo, por la mañana, y al que Buttafuoco sólo había agregado «maestro general».

-Otra vez Slattery -murmuró para sí Maestroianni mientras movía la cabeza y dejaba el telegrama sobre la mesa.

Con el realismo que le caracterizaba, se metió de nuevo en la cama y cerró los ojos. Una pequeña escaramuza no decidiría el resultado de la gran batalla. En cuanto a Slattery, se ocuparía de él a su debido tiempo. Ni siquiera él era invulnerable.

DIEZ

El cardenal Maestroianni tuvo la impresión de que el espíritu de Robert Schuman impregnaba todos y cada uno de los momentos conmemorativos de aquel 13 de mayo. Desde algún lugar de la eternidad divina, con toda seguridad miraba sonriente aquel hombre discreto y paciente, a través de sus gafas de montura de asta.

La primera de las celebraciones oficiales, un congreso de delegados, tuvo lugar en el gigantesco Palais de l'Europe, a orillas del río Ill a su paso por Estrasburgo. Tan extraordinario era el ambiente de cordialidad, incluso de bienquerencia, que ni siquiera se detectaba la habitual y permisible patriotería. Los franceses hablaban con moderación. Los alemanes se expresaban con benevolencia y tolerancia. Los italianos alababan a Robert Schuman, sin ninguna referencia a las contribuciones italianas a su cultura. Los británicos se declaraban tan europeos como los demás y consideraban a Schuman tan valioso como Winston Churchill.

En su breve discurso, el secretario de Estado, cardenal Maestroianni, transmitió casi literalmente la bendición del Santo Padre.

-Cada uno de los participantes en este congreso -sonrió el cardenal, mirando al público en general-, está involucrado en una tarea monumental. La Europa que estamos construyendo constituye la esperanza futura de muchos millones.

Los buenos sentimientos del congreso fueron trasladados, como las semillas de una nueva primavera, al almuerzo que tuvo lugar a continuación. Se ocuparon las primeras horas de la tarde con tranquilas visitas de Estrasburgo meticulosamente organizadas, después de lo cual dispusieron de tiempo sobrante para descansar y vestirse de etiqueta para la cena de las seis en punto en la Maison Robert Schuman.

Como todos los demás acontecimientos de aquella festiva velada, la cena ofrecida y presidida por los comisionarios europeos colmó de sobra las expectativas del cardenal. Se sirvieron los platos más exquisitos de la cocina alsaciana, acompañados de abundante foie-gras y los mejores vinos de la región. Sólo un excelente género de *Nachtmusik* amenizó la charla de los selectos comensales. Ningún discurso estaba previsto, ni era necesario. Todo el mundo parecía imbuido del placer mental que les había permitido ver convertidos en realidad los sueños de aquel gran diplomático francés.

A las siete y cuarto, concluyó el homenaje oficial con un brindis a Robert Schuman, que se distinguió por su brevedad. A las siete y media en punto, en un alarde inusual de unanimidad, los comisionarios europeos se levantaron de sus sillas en la presidencia, invitaron a los presentes a aplaudir en honor a aquel homenaje anual y les desearon un feliz viaje de regreso.

El cardenal Maestroianni encontró con facilidad a Cyrus Benthoek cuando los comensales abandonaban la sala y dieron juntos un relajado paseo por el jardín, con la afinidad sólo propia de unos viejos amigos y emocionados ante la perspectiva de su reunión privada, por fin a punto de comenzar.

-Escuche, eminencia -dijo Benthoek, al tiempo que levantaba las manos con el gesto característico de un orante, como si evocara presencias invisibles a su alrededor-. ¡Escuche el silencio!

Cuando se acercaban al lugar elegido para su propio encuentro secreto, su eminencia respondió al estado de ánimo de su interlocutor, más que a sus palabras.

-Creo que en estos días gozamos de una bendición especial. El lugar previsto para la reunión no era difícil de encontrar. Situado en los confines del parque de la ciudadela, cerca de la casa de Robert Schuman, era una réplica del Trianón original construido en Versalles para la condesa Du Barry, a instancias de su amante Luis XV. Al abrigo de plantas de hoja perenne y bañado por el primoroso silencio que a menudo envuelve las verdaderas joyas de la arquitectura, el pequeño Trianón era una espléndida isla luminosa en la creciente oscuridad. La iluminación del tejado balaustrado y de la columnata frontal de aquel monumento neoclásico parecía abrir sus brazos entre la vegetación con su parpadeo.

Tras el umbral de la puerta principal, el avezado director de la oficina de Benthoek, Nicholas Clatterbuck, dio la bienvenida a los recién llegados. Ataviado como de costumbre con un impecable traje de mezclilla, se le había ordenado ocuparse de la seguridad, rigurosa aunque discreta, recibir a los invitados y a sus diversos asesores y ayudantes, y conducirlos luego al salón principal donde se abriría la sesión a las ocho en punto. Benthoek lo había preparado con meticulosidad. Sin consultar notas ni lista alguna, conocía los rostros y títulos de los principales asistentes, y la perfección con que hablaba el alemán, el italiano y el ruso hacía que todos se sintieran muy cómodos, como por regla general suelen

hacerlo los abuelos.

-Ha llegado ya la mayoría de los invitados -dijo Clatterbuck mientras daba unos pasos por el vestíbulo junto a Cyrus y Maestroianni-. Sólo faltan el reverendo Tartley y unos pocos.

-Bien -respondió Benthoek, que consultó su reloj-. Reúnase con nosotros cuando hayan llegado todos.

En el salón principal, Nicholas Clatterbuck se había asegurado de que todo estuviera bien dispuesto. Frente a cada silla, sobre una gran mesa de conferencias, había colocado carpetas que contenían un resumen biográfico de los principales participantes. Además, aunque la gente conocía la razón de su presencia, había incluido en las carpetas el programa de la reunión. Los ayudantes de algunos delegados examinaban ya dicha información, a forma de últimos preparativos previos al gran acontecimiento. Pronto ocuparían las sillas separadas, junto a la pared, reservadas al personal de apoyo. Junto a la pared del fondo había unas largas mesas, con un generoso surtido de exquisitos manjares alsacianos, vinos y aguas.

-¿Más paté, Cyrus? -exclamó Maestroianni, indeciso entre la risa y el enojo, harto después de la cena.

Entre los asistentes que se encontraban ya en el salón, Maestroianni vio a sus tres cardenales romanos y al arzobispo Graziani, que miraban sonrientes al cardenal belga Piet Svensen. Con su descomunal cabeza, su corpulencia y sus enormes ojos en la sobriedad de su rostro, Svensen estaba en su elemento relatando pintorescos recuerdos al grupo vaticano. El cardenal Silvio Aureatini, con su impecable atuendo eclesiástico propio de su rango como recién nombrado cardenal del Vaticano, escuchaba con evidente satisfacción. A Aureatini se le habían empezado a hinchar los mofletes.

Incluso el acerbo cardenal Noah Palombo, experto en liturgia y Derecho Canónico, había relajado sus facciones en un simulacro de sonrisa, mientras escuchaba las anécdotas de Svensen, junto al demacrado y cadavérico Pensabene. Otro componente del grupo, el arzobispo Giacomo Graziani, a punto de ascender a cardenal secretario de Estado, permanecía serio y amable. Impresionantemente alto, apuesto y formal, se comportaba ya con la gravedad de su próximo cargo, como primer subordinado del papa eslavo.

Maestroianni y Benthoek se disponían a unirse al grupo, cuando Cyrus oyó que alguien le llamaba. Al volver ambos la cabeza, vieron a un individuo de escasa estatura, de marcadas facciones y ancho de hombros, que se les acercaba con un vaso de vino en la mano.

-Le presento a Serozha Gafin, eminencia -dijo Benthoek, al tiempo que le daba una amigable palmada en la espalda al asesor ruso de su junta internacional-. Puede ser tan conmovedor como un concertista de piano. También es capaz de embrujarle la mente con detalles pertinentes a su querida Rusia y a cualquier cosa eslava.

Gafin era demasiado corpulento para ser tan joven. Separó sus abultados labios para sonreír alegremente y observó a Maestroianni con sus grandes ojos azules y almendrados.

Se les acercó un segundo asesor internacional de Benthoek y, sin esperar a que Cyrus le presentara, inclinó la cabeza. -Reverendísima eminencia, me llamo Otto Sekuler.

La voz del alemán era inolvidablemente incisiva y retadora. Su erguida espalda y sus hombros cuadrados, su grueso cuello, sus gafas de montura de acero y la calvicie de su testa, que parecía reflejar la luz como un espejo, evocaron en su eminencia la imagen de los oficiales nazis de los que había oído hablar a lo largo de su prolongada carrera. Sin dejar de sonreír, el cardenal miró interrogativamente a Cyrus. Siempre atento a las reacciones del cardenal. Benthoek se limitó a inclinar con benevolencia la cabeza, como para indicarle que tuviera paciencia.

Con la llegada de otro invitado de Benthoek, creció el grupo formado alrededor del cardenal romano y del transnacionalista estadounidense. Incluso antes de hacer las presentaciones, Maestroianni reconoció los rasgos *anglosajones* clásicos del recién llegado. Gibson Appleyard era un prototipo quintaesencial estadounidense: musculoso, de piel pálida, cabello castaño claro con algunas canas y que miraba directamente a los ojos.

-Encantado de conocerle, eminencia -respondió Appleyard después de la presentación, con un decidido apretón de manos.

Tenía unos cincuenta y cinco años, y al cardenal le pareció un agente ideal del servicio secreto. A excepción de su inusual estatura, nada en él llamaba la atención. Al igual que la mayoría de los

anglosajones, entre los que se exceptuaba a Cyrus Benthoek, Appleyard pasaba inadvertido.

-Caballeros, éste es un momento histórico -declaró Benthoek, mientras bendecía con un gesto casi litúrgico al curioso grupo de extranjeros y clérigos del seno católico-. Será satisfactorio. Muy satisfactorio.

Como si estuviera programado, en aquel momento entró en el salón Nicholas Clatterbuck, acompañado del reverendo Herbert Tartley, de la Iglesia anglicana, que se disculpó por su tardanza, sonriente y gallardo con su collarín, su traje negro y sus polainas. En el exterior del salón y alrededor del perímetro del pequeño Trianón, los componentes del pequeño ejército de Clatterbuck, que hasta ahora habían pasado inadvertidas, ocuparon los puestos de vigilancia que se les había asignado.

El orden en la mesa era sencillo. El cardenal Maestroianni se sentó en el centro, a un lado, en el sitio de honor. Los siete miembros de su delegación, sentados a ambos lados, formaban una pintoresca falange con sus ornamentadas cruces pectorales, sus sotanas de botones rojos, sus fajines y sus casquetes. En silencio, junto a la pared, tras el contingente vaticano, los dos o tres ayudantes y asesores que cada representante habían traído consigo parecían una hilera de plantas humanoides en macetas.

Exactamente frente a Maestroianni se sentó Cyrus Benthoek, con el reverendo Tartley a su derecha como invitado de honor. En calidad de observador más que de delegado, Gibson Appleyard hizo caso omiso del orden en la mesa y se sentó aparte.

Dado el carácter antipapal de la reunión, ambos organizadores coincidieron en que Cyrus Benthoek debía actuar como presidente. Se puso de pie para abrir la sesión y miró sucesivamente a cada uno de los delegados reunidos. Lo que en realidad tenía delante era a un grupo de personas tan enemistadas entre sí como con el papa. El ambiente de reserva, de desconfianza cordial, era palpable. No obstante, los presentes percibieron la autoridad en la mirada fija de los ojos azules del estadounidense.

-Cuando oigan su nombre, mis queridos amigos -dijo Benthoek para romper el hielo, con su voz fuerte y clara-, tengan la bondad de ponerse de pie para que todos podamos verlos. Los que han venido acompañados de ayudantes y asesores, tengan la amabilidad de identificarlos.

En diez minutos, los invitados habían sido identificados y saludados. Benthoek señaló las habilidades de cada uno de ellos y la importancia de sus asociaciones. Todos se sintieron reconocidos y su talento plenamente apreciado. Concluidas las presentaciones, el ambiente había mejorado. Entonces Benthoek abordó sin precipitarse el tema de su interés, en el tono de una visita monumental para dignatarios forasteros.

-Amigos míos, nos hemos reunido de este modo informal, con el propósito de conocemos, de descubrir los recursos y la fuerza que podemos aportar a una causa merecedora. Nuestro segundo objetivo es el de comprobar si, tal vez sin ser conscientes de ello, hemos tomado una decisión, como individuos y como grupo, respecto a una importante empresa en particular. Amigos -prosiguió Benthoek en un tono ahora confidencial, pero no por ello menos autoritario-, esta noche podemos permitirnos hablar con toda franqueza. Sin excepción alguna, los presentes estamos interesados en el bienestar de la Iglesia católica.

Se oyó un pequeño ruido, cuando el cardenal Palombo cambió de posición en su silla.

-Todos valoramos la Iglesia católica -siguió diciendo Benthoek, que le brindó a Noah Palombo una fratemal sonrisa-, no sólo como institución venerable y milenaria. Para la mayoría de nuestros distinguidos invitados esta noche, la Iglesia de Roma es la de su elección -declaró, al tiempo que sus ojos azules contemplaban los botones y los fajines alrededor de Maestroianni, antes de abarcar a los demás con su mirada-. Pero, sobre todo, la Iglesia católica tiene un valor inestimable para nosotros, un importantísimo valor como factor estabilizador social, político y ético. La Iglesia católica -continuó después de una melodramática pausa- es indispensable para el advenimiento de un nuevo orden mundial en los asuntos humanos.

La voz del estadounidense era firme y decidida cuando llegó a la primera conclusión fundamental.

-Efectivamente, amigos míos. Aunque yo no soy católico, me atrevo a afirmar que, si por alguna terrible desgracia esta Iglesia dejara de existir, dejaría un enorme vacío en la sociedad de naciones. Nuestras instituciones humanas serían absorbidas por dicho vacío, como por un agujero negro de la nada. Y nada sobreviviría, ni siquiera un paisaje humano. Yo lo acepto como hecho duro e innegable de la vida, sea o no de mi agrado. Por consiguiente, amigos míos, celebremos con satisfacción la presencia

entre nosotros de los personajes clave de esta valiosa y venerable institución.

El cardenal Maestroianni empezó a tomar nota mental de las conclusiones de Benthoek. Primera: por las razones prácticas de aquella alianza, la Iglesia católica seguía siendo esencial como organización institucional. Como institución, la Iglesia no era un objetivo. Comprobado. Segunda: el cardenal y su delegación asistían como colaboradores potenciales, para desplazar el enfoque de dicha organización hacia los objetivos de lo que Benthoek había denominado «un nuevo orden mundial en los asuntos humanos». Comprobado. Tercera: lo primero era dejar a un lado las divisiones históricas, que separaban a los sentados junto a Benthoek de los instalados frente a ellos. Comprobado.

Su eminencia abandonó su recuento mental, cuando de pronto la atención de la sala se dirigió a Michael Coutinho, maestro general jesuita, que había levantado la mano para indicar que tenía algo que decir, antes de que prosiguiera la reunión.

-Diga, padre general.

Michael Coutinho tenía un aspecto sobrio. Como cualquier otro jesuita, no llevaba ningún adorno ni distintivo de rango en su atuendo clerical negro. Sin embargo, al contrario de cualquier otro jesuita, al padre general de la Compañía de Jesús, incluido particularmente Coutinho, se le conocía en el Vaticano y en el resto del mundo con el apelativo de «papa negro». A lo largo de los siglos, dicho calificativo había sido siempre un tributo verídico al enorme poder global y al prestigio de la orden jesuita, en su inequívoco compromiso por la defensa tanto del papado como de los papas. No obstante, últimamente se había convertido en una descripción verídica de la oposición corporativa jesuítica a la Santa Sede. Así como el negro es opuesto del blanco, el papa negro se oponía ahora al papa blanco.

El jesuita no disimuló su impaciencia.

-Disponemos de muy poco tiempo, señor Benthoek. Creo que deberíamos ir directamente al grano. Seamos sinceros. Entre los diversos grupos aquí representados -dijo Coutinho, que miró a los presentes-, no creo que existan siquiera dos que compartan la misma idea, respecto a cómo debería proceder la política de la Santa Sede y la administración de la Iglesia. A decir verdad, supongo que todos optaríamos por una forma diferente de organizar la Iglesia.

Al parecer el consenso no era fácil ni siquiera en el desacuerdo, ya que mientras algunos asentían alrededor de la mesa, otros permanecían impasibles e inexpresivos. Benthoek y Maestroianni tomaron nota mental de las reacciones de cada uno.

-No obstante -prosiguió Coutinho con su acento angloindio-, nuestro valioso señor Benthoek ha comprendido que, a pesar de nuestras diferencias, estamos de acuerdo en algo esencial: todos coincidimos en que es necesario un cambio radical. Un cambio radical al nivel más alto. -Una vez más, asintieron las mismas cabezas-. Lo que debemos hacer ahora es fácil de definir. Debemos estar de acuerdo en un punto esencial, en la necesidad de un cambio radical en la dirección de la Iglesia. Si lo logramos esta noche, podremos formular las consiguientes directrices sobre medidas específicas para conseguir dicho cambio y sobre el alcance de las mismas.

¡Estupendo! Maestroianni pensó que ni el propio Cyrus habría expuesto los objetivos de aquella reunión con mayor claridad. Ponerse de acuerdo esta noche respecto a la misión, y elaborar un mecanismo para perfeccionar y llevar a cabo la acción necesaria. ¿Pero por qué no se sentaba el jesuita?

-Dicho esto -prosiguió el papa negro-, existe una consideración fundamental, que estoy en mejores condiciones de explicarles que cualquiera de los que me escuchan. Si damos un paso en falso, en nuestras decisiones básicas de esta noche o en cualquiera de las medidas que esperamos tomar en días venideros, podemos estar seguros de que se invocará el poder supremo y se nos aniquilará sin la menor compasión. ¡Créanme! En la Compañía de Jesús conocemos muy bien dicha aniquilación, así como la ausencia de compasión.

Los ojos de Coutinho brillaban tras sus gafas, como obsidiana negra bajo un cristal. El cardenal Maestroianni se agarró con fuerza a los brazos de su butaca. El jesuita iba ahora demasiado lejos, se acercaba a los límites de la delicadeza. El cardenal sabía a qué se refería el jesuita en aquel momento. En realidad, él mismo se había visto obligado a actuar como despiadado instrumento aniquilador, en el terrible incidente al que se refería Coutinho. Había tenido lugar en 1981. Pero puesto que la emoción da vida al recuerdo, el suceso central de aquel día seguía siendo un compañero molesto para Maestroianni, como lo era también para el padre general.

En la escalada creciente de conflictos entre la Compañía de Jesús y la Santa Sede, la política de la

orden había llegado a diferir de forma tan abierta de la del papado que en 1981 el papa eslavo tomó la extrema decisión de destituir a Pedro Arrupe, entonces padre general de la Compañía de Jesús. Al escuchar ahora a Coutinho, el cardenal secretario recordó el día en que, siguiendo las órdenes categóricas y recalcitrantes del sumo pontífice, había comparecido en la casa central de los jesuitas en Roma. Michael Coutinho le había acompañado por la escalera, hasta la habitación donde yacía enfermo el padre general. Había sido todo tan innecesario. El mundo entero sabía que había sufrido un grave infarto y se había desplomado en la pista del aeropuerto, a su regreso de un viaje al extranjero. Pero el sumo pontífice se había mostrado inflexible. Infarto o no, el edicto papal debía ser entregado en el tiempo prescrito para dichas gestiones.

Maestroianni sintió náuseas junto a la cama del antaño vibrante dirigente de los jesuitas. Náuseas ante aquel belicoso artífice del lenguaje, incapaz ahora de emitir sonido alguno. Náuseas al ver aquellos brazos y aquellas manos, que tanto poder habían ostentado, inertes y marchitos sobre la colcha. Desde el interior de su propia cárcel, el padre general de los jesuitas había mirado a Maestroianni con unos grandes e inexpresivos ojos, incapaz de responder ni de defenderse, ni siquiera de poder confirmar que había oído las palabras del documento pontificio que Maestroianni le había leído, palabras mediante las cuales se le expulsaba irrevocablemente de su cargo como padre general de su gloriosa y prestigiosa orden.

Después de leer las últimas palabras y dejar de contemplar el cuerpo inerte de la cama, la mirada de Maestroianni se cruzó con aquellos ojos azabachados del joven padre Michael Coutinho en los que se leía: « ¡No olvidaremos esta humillación innecesaria!» Pero Coutinho no dirigía al cardenal su ira silenciosa, sino enteramente al Santo Padre.

Maestroianni dejó de revivir aquella dolorosa experiencia. Todos los presentes estaban sometidos a la apasionada mirada de Michael Coutinho, mientras éste aclaraba la posición global adoptada por su orden.

-En nuestra orden estamos en paz con nuestra conciencia. Nuestro voto nos une a Jesucristo. Y hemos jurado servir al vicario de Pedro, al obispo de Roma. Siempre y cuando veamos que se ajusta a la voluntad manifiesta de Jesucristo, que dicha voluntad esté patente en los sucesos humanos de nuestros días, estamos comprometidos a servirle. Eso es todo lo que tengo que decir.

Para Cyrus Benthoek era más que suficiente. Al igual que Maestroianni, el jesuita había cambiado su lealtad. Ahora servía al papa no como vicario de Cristo, el Creador, sino como vicario de Pedro, el ser humano. No era una meta trascendental formulada en el siglo XVI por san Ignacio de Loyola lo que inspiraba su política, sino una clara alineación con la evolución social y política de finales del siglo XX.

Con la serenidad que le caracterizaba, Benthoek estaba a punto de levantarse para tomar de nuevo las riendas de la sesión, cuando se puso de pie el ceñudo Noah Palombo. El cardenal Palombo estaba acostumbrado a los procedimientos expeditivos. No era partidario de prolongadas discusiones sobre los pros y los contras. Ni estaba dispuesto a dejarse desalentar por los peligros señalados por el padre general de los jesuitas.

El cardenal sólo pretendía ofrecer una simple recomendación.

-Uno de nosotros -sugirió-, debería formular el punto esencial que el padre general Coutinho ha recomendado al principio de su comentario: la necesidad de un cambio radical en la cima de la estructura jerárquica de la Iglesia. Si nadie es capaz de poner dicho punto sobre la mesa de forma clara y aceptable, además de práctica y factible, estamos perdiendo el tiempo. Pero si alguno de nosotros está a la altura de las circunstancias y podemos alcanzar el consenso en dicho punto, deberé hacer entonces una recomendación.

Incluso antes de que Palombo acabara de sentarse y casi como si estuviera ensayado, o por lo menos eso le pareció a Maestroianni, el cardenal Leo Pensabene levantó su alta y huesuda estructura, con la confianza de alguien convencido de que todo el mundo estará de acuerdo con lo que diga. A Maestroianni le alegró comprobar que la actitud de Leo Pensabene era más paternalista que combativa.

-Modestia aparte -empezó diciendo-, creo que mi situación es excelente para arriesgarme a formular ese punto, como lo han propuesto el padre general y mi venerable hermano cardenal -agregó, con una ligera reverencia a Coutinho y otra a Palombo-. He hablado ya con mis colegas del Sacro Colegio Cardenalicio y también opinan que soy el más indicado para definir nuestra posición.

Dada la categoría del cardenal Pensabene como líder de la facción mayoritaria del Sacro Colegio

Cardenalicio, su último comentario aparentemente fortuito suponía un alentador indicio de apoyo desde ciertos sectores del Vaticano, sede de poder y grandeza.

-Para que sea factible y práctico -prosiguió-, nuestro consenso debe basarse en realidades. Las realidades de la situación concreta. De lo contrario, ¿sobre qué bases podríamos construir?

»La realidad primordial es la siguiente: debido a la aplicación de los principios del Concilio Vaticano Segundo, desde 1965 la vida y el desarrollo del pueblo de Dios, de todos los católicos, han sido determinados en gran parte por tres nuevas estructuras que operan en la organización institucional de la Iglesia. En primer lugar -dijo Pensabene, al tiempo que levantaba el escuálido índice de su mano derecha-, tenemos el Consejo Internacional de Liturgia Cristiana -declaró con otra pequeña reverencia a Palombo, como jefe de dicha estructura-. Este consejo se ocupa ahora de legislar para todos los católicos, en materia de culto y liturgia. De modo que cuando hablamos del Consejo Internacional de Liturgia Cristiana, tocamos el corazón de la moralidad individual de los católicos.

»En segundo lugar -prosiguió, después de levantar un segundo dedo de su enclenque mano derecha-, tenemos el Rito Renovador Cristiano para Adultos, supervisado por el más novel de nuestros cardenales. La función del mismo consiste en introducir las nuevas formulaciones en nuestra fe y asegurarnos de que se usen no sólo en la administración de los sacramentos, sino en todas las enseñanzas de la fe tanto a niños como a adultos. De modo que cuando hablamos del Rito Renovador Cristiano para Adultos, tocamos lo más hondo de la moralidad social dentro de la textura de la vida católica.

»Y, en tercer lugar -siguió diciendo Pensabene, ahora con tres dedos levantados-, debemos tener en cuenta las Comisiones de Justicia y Paz a lo largo y ancho del mundo, Roma incluida.

»Debido a mi estrecha relación personal con dichas comisiones, puedo asegurarles que su función y su propósito específicos han tenido mucho éxito. Garantizan la comprensión de los nuevos principios democráticos, comprendidos en la actual filosofía y actividad política de la Iglesia. Además, aseguran la divulgación de dichos principios por toda la Iglesia universal. Particularmente en los países pobres del tercer mundo, el progreso ha sido extraordinario. Es evidente, por consiguiente, que al hablar de dichas comisiones lo hacemos de la moralidad política de los fieles católicos alrededor del mundo.

Pensabene movió la cabeza, para mirar a los presentes.

-Disponemos por tanto de tres estructuras fundamentales en pleno funcionamiento alrededor del mundo: el Consejo Internacional de Liturgia Cristiana, el Rito Renovado Cristiano para Adultos y las Comisiones de Justicia y Paz. Y, a través de las mismas, acceso a tres esferas morales de importancia fundamental: personal, social y política. Disponemos también de tres consecuencias fundamentales, directamente relacionadas con nuestro propósito aquí esta noche. Cada una de estas tres estructuras innovadoras está basada en la Santa Sede. Asimismo, tanto dichas estructuras como sus actividades cuentan con el beneplácito de la inmensa mayoría de nuestros obispos a lo largo y ancho de la Iglesia. Y a través de las mismas, ¡la inmensa mayoría de los obispos se expresan crecientemente en nombre de la Santa Sede! A decir verdad, tanto desde un punto de vista legislativo como de asesoramiento, ¡dichos obispos hablan ahora *en lugar de* la Santa Sede!

Pocas personas habían visto a Pensabene tan entusiasmado.

-Por consiguiente, estos obispos toman ya decisiones básicas sobre la moralidad de los católicos. Del pueblo de Dios. Decisiones sobre las cuestiones más básicas de la moralidad individual, social y política han pasado ya en efecto a ser responsabilidad de los obispos. O, dicho de otro modo, a todos los efectos prácticos, los obispos se han apoderado de la sublime autoridad didáctica de la Iglesia, conocida en otra época como *magisterium.* Los obispos son la voz normalmente aceptada de Dios.

»Lo que les estoy describiendo, como estoy seguro de que ya han comprendido, es una situación evolutiva simplemente a la espera de ser institucionalizada. Puesto que si algo nos indican los obispos y el pueblo de Dios, es que ya no son necesarias las antiguas bases para la autoridad y el desarrollo de la Iglesia; el día de las antiguas bases ha pasado a la historia. Debemos disponer cuanto antes de un papado que se ajuste a la nueva realidad. Un papado que se corresponda con la nueva situación real y concreta. Un papado que se adapte a la jurisdicción vigente.

Después de terminar como había empezado, con ambos pies afianzados en la situación concreta, y convencido de haberse expresado de forma práctica, persuasiva y elocuente, el cardenal Pensabene se sentó lenta e incluso majestuosamente. Si se aprobaba la resolución de Pensabene y la alianza de Estrasburgo tenía éxito, el papa eslavo se ajustaría a las condiciones reales descritas por el cardenal, o

dejaría de ser papa.

Con la propuesta de Pensabene sobre la mesa, la lógica dictaba que se efectuara una primera votación. Sin embargo, puesto que los acontecimientos habían evolucionado con mayor rapidez de la prevista por Benthoek, no había habido tiempo de practicar un sondeo significativo entre los asistentes. Era cierto que algunos habían asentido de vez en cuando, pero ni siquiera eso había sido unánime.

Consciente de que un voto desfavorable conduciría a un prolongado debate, y con toda probabilidad a un fin prematuro y desordenado de la anhelada alianza de Estrasburgo, Benthoek miró al cardenal Maestroianni. Un mero movimiento de la cabeza de Maestroianni indicó precaución y fue suficiente para Benthoek. Por supuesto, era necesaria una concienzuda campaña de concienciación antes de recurrir al voto.

-Amigos míos -dijo Cyrus, al tiempo que retiraba su silla de la mesa e invitaba a los demás a que le emularan-, sugiero que nos tomemos un pequeño descanso. Estoy seguro de que a algunos de ustedes les gustaría comparar notas y conclusiones con los demás y con sus asesores. Creo que bastará con unos quince o veinte minutos.

ONCE

-Puede que veinte minutos no sean suficientes, Santo Padre.

Junto al sumo pontífice, en su coche oficial, monseñor Daniel Sadowski ya no pensaba en la multitudinaria concentración juvenil de Fátima, donde hacía escasos minutos su santidad había pronunciado su homilía. Ahora le preocupaba aquel breve descanso, hasta el inicio de la procesión de las velas de aquella noche. A pesar de su brevedad, habían logrado introducir aquellos veinte minutos en el abigarrado programa de su santidad, para celebrar la ahora restablecida audiencia privada con la hermana Lucía.

El papa ya se había emocionado visiblemente, ante la presencia de Lucía en la misa solemne de la mañana. Luego, la hermana se había retirado a la Casa Regina Pacis en la rua do Anjo, a la espera de su audiencia con el Santo Padre, donde ella y su vigilante, la madre superiora, pasarían la noche.

-Cierto, monseñor -respondió el papa, después de dejar de mirar sólo brevemente a la multitud a lo largo de la calle, para infundirle confianza a su secretario-. Veinte minutos no son mucho, pero puede que basten. Pronto lo veremos. No se preocupe, Daniel -agregó con un destello en la mirada y una intimidad propia de sus viejos tiempos en Cracovia-. Las cosas no están todavía tan mal como para que empiecen la procesión de las velas sin nosotros.

Sadowski respondió con una pequeña carcajada. Le encantaba comprobar que el pontífice recuperaba parte de su antigua euforia y buen humor. Pero la verdad era que el tiempo no bastaba para la reunión del sumo pontífice con Lucía, de cuya suma importancia el monseñor era consciente. Ningún otro miembro del personal conocía tan bien como él dicha importancia, ni le preocupaba tanto el parecer del papa eslavo. Al mismo tiempo era todo muy sencillo y frustradoramente complicado.

Para el papa eslavo, la organización eclesiástica había caído bajo un mandato de muerte y decadencia. Pero otro tanto ocurría con la sociedad de naciones, tomadas individualmente o en su conjunto. Tanto la organización eclesiástica como la sociedad de naciones se encaminaban a un período de riguroso castigo por parte de la naturaleza y, finalmente, por parte de Dios, cuyo incuestionable amor por su creación se veía equilibrado por su justicia, puesto que no existe amor posible sin justicia. Tanto los prelados de la Iglesia como las propias naciones habían sido infieles a las exigencias del amor divino. Por consiguiente, la justicia de Dios intervendría de manera inevitable en los asuntos humanos y corregiría dicha infidelidad.

Plenamente convencido de que dicha terrible intervención divina en los asuntos humanos tendría lugar durante la década de los noventa, el papa eslavo disponía de escasos indicios en cuanto a su momento preciso. Gracias a la tercera carta de Fátima, sabía que Rusia estaría en el centro de dicho castigo. También sabía que parte del programa divino incluía su propia visita a Rusia. Además, sabía que la fecha de su viaje a Rusia estaba relacionada con la suerte de Mijaíl Gorbachov y, a tal fin, había cultivado la correspondencia con el ruso. Pero más allá de dichos puntos básicos, había sólo vaguedad y ambigüedades. El papa eslavo necesitaba iluminación. Pudiera ser que la hermana Lucía lograra aclarar algo dichas ambigüedades y disipar aquella vaguedad fatal que sumía al sumo pontífice en la

incertidumbre respecto al futuro y le impedía tomar decisiones importantes.

Dadas las circunstancias, a monseñor Daniel no le sorprendía que el cardenal secretario Maestroianni hubiera hecho todo lo posible para anular la audiencia privada de aquella noche entre el papa y la única superviviente de los videntes de Fátima. Maestroianni sabía, como muchos otros, que durante los setenta y cuatro años transcurridos desde las apariciones iniciales de Fátima habían continuado las visitas y los mensajes de la Virgen María a la hermana Lucía. También sabía que todas y cada una de dichas visitas estaban inconfundiblemente vinculadas a Fátima.

Monseñor Daniel se percató de que, en la mente del papa eslavo, estaba en juego la esencia de su propia política. A finales de los ochenta, había echado de ver que, sin proponérselo, había permitido la intromisión de ciertas tinieblas en la mente de personas consideradas habitualmente como prelados, sacerdotes y laicos ortodoxos. Había permitido que los ambiguos principios del Concilio Vaticano II se interpretaran de un modo no católico. Había permitido que muchísimos obispos en diversos lugares se sumergieran en la burocracia clerical y descuidaran las bases de la vida católica.

En realidad, su gobierno de la institución eclesiástica sólo había aumentado la absoluta necesidad del único elemento capaz de salvar dicha institución de la disolución total y de su desaparición de la sociedad humana como fuerza viva: la intervención de la Virgen María anunciada en Fátima, acompañada de severos escarmientos. De ahí su deseo de obtener de la hermana Lucía una idea más precisa del calendario divino. Cuando se acercaban a la Casa Regina Pacis, donde esperaba Lucía, monseñor Daniel se estremeció involuntariamente.

-No hace frío, monseñor Daniel -bromeó el sumo pontífice cuando se acercaban a su destino-, ¿por qué tiembla? ¿No tendrá miedo de conocer a una santa viviente, nuestra hermana Lucía?

-No, Santo Padre. Alguien ha pisado mi tumba.

Daniel se sirvió de aquel antiguo proverbio para salir del paso, pero a decir verdad no sabía por qué se había estremecido.

Su santidad fue recibido en la Casa Regina Pacis por la madre superiora, que tenía un rostro tan alegre y angelical como el de un querubín. Cuando le presentó a las monjas, el sumo pontífice brindó unas palabras de aliento a cada una de ellas. Poco después, la madre superiora acompañaba al papa y a su secretario por un pasillo de alto techo que cruzaba el convento, en dirección a la sacristía, junto a la capilla, que según explicó a su santidad y a monseñor Daniel era el lugar elegido para la audiencia. Por tratarse de una gran sala, la madre superiora estaba convencida de que el fotógrafo podría efectuar su trabajo desde el pasillo, sin interrumpir la entrevista.

-El fotógrafo ya ha llegado, monseñor -dijo la madre superiora, que miró a Daniel con su rostro angelical-, y está a la espera de sus instrucciones.

Daniel le dio las gracias y, mientras la madre superiora entraba con el papa en la sacristía, se quedó en la puerta junto al fotógrafo para indicarle las fotos que necesitaban para su distribución a los medios de información del mundo entero.

La sacristía estaba desprovista de ornamentos. No había candelabros, pero producía una sensación de ligereza contagiosa e incitadora. Los adornos de aquella sala, como los del propio convento, consistían primordialmente en las almas que albergaba. Lejos de la puerta, cerca de un ventanal que daba a los jardines del convento, se habían colocado tres sillas para la audiencia pontificia. La mayor, en el centro, estaba reservada al papa. Las de los lados estaban destinadas a la hermana Lucía y a su madre superiora y cuidadora de Coimbra, que la había acompañado a Fátima.

-Reverenda madre -dijo el sumo pontífice, dirigiéndose a la alegre religiosa-, bastará con dos sillas. Hablaré a solas con la hermana Lucía.

-Desde luego, santidad.

Con una sonrisa en la mirada, la madre superiora retiró la silla de la izquierda y se disculpó cuando fue a comprobar la causa del retraso de sus invitadas. El Santo Padre se sentó a esperar, inusualmente relajado. Oía a monseñor Daniel, que hablaba con el fotógrafo en el pasillo.

Por fin apareció la hermana Lucía, acompañada de su sombría superiora de Coimbra. El sumo pontífice se levantó de su silla y abrió los brazos, en un caluroso gesto de bienvenida.

-Hermana Lucía -dijo el Santo Padre a la vidente de Fátima en su portugués materno-, la saludo en nombre de Nuestro Señor y de su Santa Madre.

La anciana religiosa de pequeña estatura no parecía sentirse en absoluto oprimida por los rigurosos constreñimientos de la secretaría romana. En realidad, poco había cambiado desde su encuentro anterior con el sumo pontífice. Pudiera ser que estuviera un poco más delgada, pero su rostro seguía vivo, su expresión vibrante y su paso rápido y decidido para una mujer de edad tan avanzada. Con sus brillantes ojos oscuros rebosantes de gozo tras sus gafas, Lucía se acercó en respuesta a la bienvenida del Santo Padre. Hizo una genuflexión y besó el anillo del sumo pontífice.

De habérselo permitido, Lucía habría permanecido de rodillas durante toda la audiencia, a la vieja usanza de las carmelitas. Pero obediente a los deseos del papa y en respuesta a la indicación de su mano, se puso de pie y accedió a instalarse junto a la silla pontificia. Lucía no había perdido la sencillez de expresión, ni el aspecto de inocencia, que adornaban su rostro juvenil a principios de siglo. La edad había debilitado su cuerpo y se movía con mayor lentitud, pero en el momento en que levantó la cabeza para mirar a los ojos del papa eslavo, un esplendor impregnó su cuerpo entero. El propio papa se sintió humilde ante la casi palpable santidad de la religiosa.

Al comprobar que no había una tercera silla para ella y que, a excepción de su acostumbrada cordialidad, el papa no le daba la bienvenida, la madre superiora de Coimbra se limitó a acercar fugazmente los labios al anillo del sumo pontífice y, con la mayor dignidad posible, se retiró al pasillo.

Lucía se sentó erguida en su silla, con el rosario que llevaba entre las manos descansando sobre la falda. Cuando no hablaba, su santidad se inclinaba hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza agachada sobre las manos, para concentrarse plenamente en las palabras de la vidente de Fátima. Durante el tiempo transcurrido, a pesar de ser consciente de la hora y de la benigna presencia de su secretario, el sumo pontífice miró en una sola ocasión a Daniel. Con dicha mirada, el secretario comprendió que la procesión de las velas empezaría tarde.

Había pasado casi una hora, cuando su santidad y la hermana Lucía se levantaron de sus sillas junto a la ventana. Cuando la monja se arrodilló para besar el anillo del papa, el fotógrafo tomó su última fotografía y monseñor Daniel se acercó para acompañar a Lucía a la puerta de la sacristía, y dejarla de nuevo en manos de la mal humorada madre superiora de Coimbra. Para Daniel, la transformación en el rostro del Santo Padre era electrizante. Sus ojos desprendían aquel brillo de vitalidad y entusiasmo, tan habitual en él en otra época. El sumo pontífice había adquirido un nuevo vigor, una nueva vitalidad. La sonrisa que le llenaba el rostro, más que de sus labios, procedía de su alma. El papa le indicó a su secretario que se sentara un momento junto a él.

-Tenía usted razón, monseñor. -Rió el papa-. Veinte minutos pueden ser muy cortos -agregó, sin disponer de tiempo en aquel momento para resumirle lo hablado con Lucía, cosa que haría más adelante, pero satisfecho de haber cubierto todos los puntos de sus dudas principales y recibido la confirmación que necesitaba, aunque todavía debía proseguir con fe y confianza-. Pero hay algo urgente. ¿Cuándo llegó la última carta del señor Gorbachov?

-La semana pasada, santidad.

-Es importante que la conteste en el momento de mi regreso a Roma. Ese pobre hombrecillo ha sido un instrumento involuntario de la Virgen, pero no debemos permitir que su impaciencia y su desesperación lo estropeen. No hemos cometido ningún error grave, monseñor -agregó el papa, a modo de aclaración-. Pero se nos ha acortado el tiempo. Tenemos mucho menos de lo que suponía. La hermana verá el principio del fin. Nosotros veremos el proceso entero, Dios mediante.

-Dios mediante, Santo Padre -respondió inmediatamente Daniel-. Dios mediante.

DOCE

Puesto que el arte de persuadir es la forma de ganarse la vida para las personas en la cúpula del poder, veinte minutos les bastaron a Cyrus Benthoek y a Cosimo Maestroianni para llevar a cabo su sondeo estratégico. Circularon por separado y con facilidad de grupo en grupo, formulando preguntas por aquí y solicitando reacciones por allá. Todo iba encaminado a tomar el pulso de la situación; siempre atentos, siempre dispuestos a ayudar. Benthoek pasó un poco más de tiempo con su invitado de honor, el reverendo Herbert Tartley, de la Iglesia anglicana. Luego se reunió con su colaborador ruso, Serozha Gafin, que estaba enfrascado en una conversación con el estadounidense Gibson Appleyard. Puesto que Otto Sekuler había guardado silencio durante la conversación, convenía también intercambiar con él

unas palabras.

Maestroianni cubrió con eficacia su contingente, prestando particular atención a quienes hasta ahora no se habían expresado. Evidentemente, no tenía por qué preocuparse del cardenal Aureatini, ni por supuesto del belga Svensen. Pero tal vez el políticamente cauteloso arzobispo Giacomo Graziani necesitara cierto estímulo. Y habría sido poco sensato olvidar al a veces quijotesco Victor Venable, padre general franciscano.

Por fin Benthoek y Maestroianni se acercaron juntos a la mesa del refrigerio, para intercambiar unas palabras con el cardenal Noah Palombo. Después de todo había sido la primera recomendación de Palombo, lo que había inducido al cardenal Pensabene a facilitar el resumen informativo de la situación real en la Iglesia. Sin embargo, todavía no habían oído su segunda recomendación.

Cyrus Benthoek y el cardenal secretario llegaron a la conclusión de que el consenso de opinión estaba ahora al alcance de la mano. Independientemente de las enormes discrepancias entre los delegados sobre un sinfín de asuntos diversos, una alianza encaminada a este objetivo en concreto, a cambiar la forma y la función del papado, era como un huevo a la espera de ser incubado. Por consiguiente, los dos organizadores, como un par de cluecas, reunieron a sus invitados alrededor de la mesa de conferencias. Entonces Benthoek se dirigió al honorable delegado de la Iglesia anglicana, sentado a su derecha, y con una amable sonrisa a los presentes dijo que unas palabras del reverendo Tartley, como «asesor del trono y asesor especial de Canterbury», serían particularmente significativas.

Tartley, cuyo porte era el menos impresionante de los presentes, se levantó cortésmente de su silla. Corpulento, narigudo, de rostro rubicundo, con gafas bifocales y escaso cabello, parecía una mezcla entre la figura tradicional de John Bull y una vieja caricatura de un cura británico de opereta. El «humilde pastor de Islip on Thames» saludó a los concurrentes con su acento nasal londinense y se disculpó por la ausencia de su «media naranja», la señora Tartley. Pero no tardó en desprenderse de su modestia, con un comentario casual sobre el poder que ejercía. Hacía menos de un mes, recordó a los presentes, que su majestad le había señalado la necesidad de «un maestro universal» en nuestro mundo actual. Alguien a quien todos aceptaran por su sabiduría «para atender las necesidades de todo el mundo, sin actuar con exclusividad».

Luego, después de aclarar que era una especie de portavoz plenipotenciario no sólo de la Iglesia anglicana sino también de la Corona, pasó rápidamente al quid de la cuestión. Explicó como ejemplo que no podría existir una auténtica colaboración entre la Santa Sede y la inmensa mayoría de los cristianos, hasta que Roma abandonara su obstinada actitud sobre cuestiones tan básicas como el divorcio, el aborto, los anticonceptivos, la homosexualidad, la ordenación de las mujeres, el derecho de los sacerdotes a contraer matrimonio y la ingeniería genética.

Sólo podría darse dicho paso mediante un cambio en la administración pontificia. Sin embargo, el ecuánime reverendo procuraría también por su parte introducir un cambio de opinión en la cúpula del poder. Con una fraternal mirada a los invitados seglares de Benthoek -Gafin, Sekuler, Nicholas Clatterbuck y Gibson Appleyard-, Tartley reconoció que su Iglesia anglicana podía considerarse pequeña, si uno se limitaba a contar su número de componentes. Pero declaró que dichos datos estadísticos eran insignificantes si se tenía en cuenta que, empezando por su majestad, su Iglesia estaba vinculada a lo que denominó «la hermandad humana», tanto oriental como occidental, capitalista como socialista.

-Tampoco deseo ocultarles que, con anterioridad a esta reunión y durante el descanso hace unos momentos, esos buenos caballeros y yo hemos efectuado nuestras consultas -dijo, mientras miraba de nuevo a los laicos a través de sus gafas bifocales-. Estamos de acuerdo en cuanto al objetivo específico que nos ha reunido en esta histórica velada. Y estamos dispuestos a colaborar en los planes que se elaboren para la consecución del mismo. ¡Esforcémonos todos! Que Dios los bendiga.

De algún modo, su discurso era reminiscente de la propia pretensión milenaria de la Santa Sede de perpetuidad e inmunidad de destrucción, garantizada por la divinidad. Sus palabras anticipaban las perspectivas de éxito de la nueva alianza.

Cyrus Benthoek percibió el estado de ánimo de los cardenales, cuando Tartley volvió a sentarse. La aprobación era evidente en la mirada de los presentes. Benthoek miró al cardenal Maestroianni y, en esta ocasión, no recibió advertencia alguna. Eminentemente satisfecho de su propia estrategia, Cyrus se puso de pie y poco le faltó para bendecir al clérigo británico con su característico gesto oratorio.

-Amigos míos, intuyo de todos los presentes que nuestro consenso se ha vertido como un vino recién madurado en una nueva vasija. Por consiguiente, antes de proseguir, ¿podemos celebrar una votación sobre el «punto esencial», nuestro benemérito objetivo de cambiar la cúpula de la Iglesia católica, en beneficio de la humanidad como actualmente evoluciona?

La mano de Maestroianni fue la primera en levantarse en su lado de la mesa. Sus cuatro hermanos cardenales emularon su ejemplo. Palombo fue el más expeditivo. Pensabene alzó su huesuda mano. Siguieron las de Aureatini y Svensen. En un extremo de la falange romana, el silencioso padre general franciscano Victor Venable emitió un voto positivo. En el otro extremo de la mesa, el papa negro, el padre general Michael Coutinho, se incluyó a sí mismo y a sus jesuitas. En el lado opuesto al del cardenal Maestroianni, se habían levantado todas las manos, incluida la de Benthoek, a excepción de la de Gibson Appleyard. Como observador extraoficial, no se esperaba la participación del estadounidense. El último en manifestar su aprobación fue el arzobispo Giacomo Graziani, próximo sucesor de Maestroianni como secretario de Estado, que después de parpadear, pensativo, se unió al resto del grupo.

-Entonces es unánime -afirmó innecesariamente Benthoek, sólo para dejar constancia de ello, antes de dirigir con satisfacción los faros azules de sus ojos al cardenal Noah Palombo-. Su eminencia tenía una segunda recomendación. ¿Tendría ahora la bondad de obsequiarnos con su asesoramiento?

El cardenal Palombo se puso lentamente de pie, con su habitual severidad impresa en el rostro como granito.

-La situación está clara -dijo el cardenal-, y mi segunda recomendación es también muy sencilla. La razón básica del consenso que acaba de demostrarse entre nosotros es la presión, la fuerza de los acontecimientos humanos. Sucesos ajenos al alcance de los clérigos presentes aquí esta noche. Hablo de la efervescencia de hombres y mujeres en el mundo entero, hacia una nueva unidad. Hacia un nuevo acuerdo entre las naciones y entre los pueblos de nuestra sociedad moderna.

»Estamos obligados a no separarnos de dichos acontecimientos, de una fuerza tan positiva. Estamos obligados a identificarnos con la misma, abrazada sin reservas. Dicha fuerza ha afectado ya vitalmente, o mejor dicho mortalmente, la antigua fórmula de la Iglesia. Aunque no han hablado esta noche, dos de los presentes, el reverendo padre general de los franciscanos, Victor Venable, y su eminencia, el cardenal Svensen, saben que dicha fuerza, como se manifiesta en el movimiento carismático, ha alejado a muchos millones de católicos de la fórmula de devoción seudopersonal al Jesucristo histórico, de la cháchara de devociones orientadas a los ángeles, los santos y las vírgenes. Esos millones de católicos están ahora en contacto directo con el espíritu.

Conforme él mismo encarnaba el espíritu, Palombo estableció contacto visual con el franciscano y el cardenal belga, que le respondieron con una benevolente sonrisa de afirmación.

-También el padre general de la Compañía de Jesús puede hablarnos del éxito de su orden en Suramérica con la teología de la liberación -prosiguió el cardenal Palombo, dirigiéndose ahora a Michael Coutinho-. Una vez más, hablamos de muchos millones, masas de católicos, que se niegan a seguir siendo castrados por la imagen de un Cristo edulcorado o una Virgen llorosa y pietista.

»En dichos países del tercer mundo, generaciones sucesivas de clérigos con mentalidad imperialista predicaron en otra época una devocional teología pacífica y empalagosa. Pero ahora, esos millones de hombres y mujeres han rechazado dicha impotencia, para adoptar su propia y sobradamente merecida liberación financiera, económica y política. Esos millones de personas luchan ahora no con sus rosarios y sus novenas, sino con la fuerza de sus propias armas. Y con la fuerza de sus votos. En realidad, y por encima de todo, luchan con la fuerza del espíritu encarnado en ellos.

El papa negro asintió con la mirada.

Con expresión acre y aspecto intenso, Palombo miró a cada uno de sus colegas cardenales.

-Esta noche, mi venerable hermano el cardenal Pensabene nos ha dicho, por ejemplo, que la mente católica se ha liberado de su reciente esclavitud al movimiento papal. Dicha mente se ha liberado también de la confusa *mescolanza* de hábitos mentales, que en otra época obligaba a los católicos a ajustarse a un modelo de conducta humana, hoy negado y rechazado por la inmensa mayoría de los seres humanos. Gracias a las avanzadas técnicas sicológicas utilizadas por Prohibición Matrimonial, Orígenes y RENEW, para mencionar sólo algunos de los procesos formulados para promocionar nuestra agenda, incluso la vasta mayoría de los católicos rechazan hoy en día dichos modelos de conducta.

»Pero lo más importante es que dichos procesos han inducido a los propios católicos, y una vez

más hablo de muchos millones de hombres y mujeres, a aceptar todo lo que los presentes en esta sala prevemos para el nuevo orden mundial. Los católicos han dejado de sufrir, bajo la convicción de que pertenecen a un grupo especial, o de que están en posesión exclusiva de ciertos valores morales y religiosos, a los que hombres y mujeres deben ajustarse a fin de... a fin de, como solía decirse, alcanzar la salvación.

Sólo en esta ocasión a Noah Palombo se le trabaron las palabras, pero en una fracción de segundo recuperó la compostura y prosiguió:

-Actualmente, por todos los centros romanos, todas las diócesis y parroquias, todos los seminarios, las universidades y los colegios denominados católicos, circula una corriente nueva y diferente. En la Iglesia ha nacido una nueva forma de ser católico. Ahora los católicos están listos y maduros para asimilarse a la nueva forma general de los seres humanos. Ahora los deseos de los católicos son los mismos que los nuestros. Ahora los católicos están dispuestos a habitar y dar vida al nuevo orden mundial, que los presentes aquí esta noche intentamos convertir en realidad.

Los presentes estaban embelesados por las palabras de Palombo y listos para sus conclusiones.

-Por consiguiente, mi segunda recomendación es tan urgente como práctica. Como clérigos católicos, mis colegas y yo hemos recorrido un largo camino por cuenta propia. Lo único que nos falta ahora es el último puente al ancho mundo. El puente a través del cual muchos millones de católicos podrán apresurarse para reunirse con el resto de la humanidad, para unirse al nuevo orden de las naciones como fuerza activa y cooperativa en nuestro mundo nuevo y moderno -declaró Noah Palombo, antes de mirar ahora con fijeza a Cyrus Benthoek y luego, uno a uno, a los demás miembros de su delegación, incluido el retraído Gibson Appleyard-. Lo que no podemos hacer solos, es construir dicho puente. Usted, señor Benthoek, y usted, señor Clatterbuck, y usted, señor Gafin, y usted, señor Sekuler -agregó, antes de mirar de nuevo a Gibson Appleyard, pero sin incluir su nombre en la lista-, todos ustedes disponen de los medios para ayudarnos a construir dicho puente. Ayúdennos a eliminar el atolladero que se interpone a la unión. Ayúdennos a construir el puente al mundo. Ayúdennos a cruzarlo.

A lo largo de su prolongada y deslumbrante carrera, raramente le había salido a Cyrus Benthoek algo tan a pedir de boca. A solas ahora con el cardenal Maestroianni en el pequeño Trianón, se acomodó en su silla y estiró sus largas piernas. Les quedaba un último asunto por resolver. Ninguno de ellos había olvidado la propuesta de Svensen, mencionada a Maestroianni en Roma hacía unos diez días, para crear un fuerte vínculo entre los obispos europeos y los poderosos representantes de la Comunidad Europea.

El estadounidense le contó a Maestroianni el progreso realizado por su parte respecto al vínculo entre el Vaticano y la CE. Como le había prometido, su bufete había estudiado la forma de colocar al joven y hábil internacionalista Paul Thomas Gladstone en el cargo de secretario general del Consejo de Ministros, que era el organismo de gobierno central de la Comunidad Europea. Dicho cargo quedaría vacante en junio.

-Habrá que organizar algunas cosas -dijo confidencialmente Cyrus-, pero está dentro de nuestro alcance asegurarle el cargo. Pero ¿qué me dice usted, eminencia, de Christian Gladstone? No hay nada como un poco de nepotismo para afianzar un plan como éste.

Maestroianni había hecho también sus tareas. Sus investigaciones habían confirmado su evaluación inicial del padre Gladstone, como inocente manejable y apolítico. Su juventud se había visto compensada por su formación personal y los contactos de su familia. Dichas cualidades impresionarían con seguridad a los obispos y ganarían su confianza, especialmente con el apoyo de la poderosa secretaría del Vaticano. Entretanto, más allá de lo superficial, Christian Gladstone había demostrado ser el hombre perfecto para el cargo. Su historial indicaba que era un clérigo inteligente pero obediente, que encontraría la forma de hacer lo que se le ordenara si se le planteaba de la forma adecuada.

-Es cuestión de su disponibilidad. Técnicamente, está todavía bajo la jurisdicción del obispo de Nueva Orleans, un cardenal arzobispo llamado John Jay O'Cleary. Pero repitiendo sus palabras, Cyrus, la labor está a nuestro alcance.

Por fin ambos amigos abandonaron el Trianón. El cardenal echó una última ojeada a la casa de Robert Schuman, ahora desierta, abandonada al silencio y a la luz de la luna.

-Tendrá éxito -declaró su eminencia, repitiendo la anterior profecía de Benthoek-. Tendrá mucho éxito.

En contraste con la árida y silenciosa oscuridad que envolvía la casa de Schuman, en Fátima había caído una hermosa noche aterciopelada, por la que se deslizaba una serpenteante hilera de millares de peregrinos con las diminutas llamas de sus velas, al son fluctuante del avemaría, en dirección a la basílica. Era un contraste entre recuerdos polvorientos de hombres muertos desde hacía tiempo, silenciados para siempre en Estrasburgo, y el alma viva y palpitante de una comunidad de creyentes que renovaba su esperanza y avivaba su fe en la inmortalidad, garantizada sólo por el todopoderoso hijo del Dios viviente y ofrecida a la humanidad por mediación de una doncella del campo, convertida ahora en Reina de los Cielos y Madre de todos los seres humanos.

Algo especial se encarnaba en aquella procesión, reflexionó monseñor Daniel conforme andaba lentamente tras el papa eslavo, algo simbólico de la condición humana. A los cristianos nunca se les prometía una victoria mundial. Por definición bíblica, nunca serían más que un resto, el tocón de lo que había sido un gran árbol, podado y talado por la mano de Dios que premiaba el amor, sin dejar de imponer la justicia de su ley.

Allí, aquella noche, los que seguían al Santo Padre caminaban por el único camino que conducía con seguridad a la salvación. A entender de monseñor Daniel, de todos los que seguían al Santo Padre, e incluso del propio papa, aquellos minutos de veneración musical a la Virgen de Fátima les suponía un dulce alivio: las almas cansadas, las almas asustadas, las almas dudosas, las almas angustiadas. La luz a su alrededor en la oscuridad bastaba para su consuelo, y la luz a su alrededor era suficientemente oscura para permitir que el acero de su fe perforara el firmamento humano y alcanzara el trono del Padre en el Cielo.

Los amigos de los amigos

TRECE

Nicholas Clatterbuck nunca cambiaba. Tanto si conducía a los invitados del Vaticano y otros personajes a una reunión única en la historia en Estrasburgo como si desempeñaba sus labores cotidianas como gerente del cuartel general londinense de Benthoek, era siempre el mismo. Siempre paternalista, aunque con una peculiar presunción de autoridad.

Ni siquiera el intenso tráfico vespertino de la zona noroeste de Nueva York parecía alterarlo. Indudablemente el doctor Ralph Channing y los demás lo estarían esperando en la Cliffview House de Channing. Pero ni Clatterbuck, ni el diablo en persona, podían hacer nada respecto al camión de la limpieza que avanzaba penosamente por Riverside Drive, ni al volumen de tráfico acumulado tras el mismo, bocinas al vuelo, al norte de la calle Noventa y Seis.

-Hemos llegado -dijo Clatterbuck con su habitual cordialidad, mientras le indicaba al conductor una hilera de limusinas, estacionadas ya en doble fila-. Pare ahí.

Cliffview. El nombre estaba grabado en una placa de bronce, pero el británico apenas le prestó atención cuando entraba en la mansión de trece plantas. Conocía aquel monumento de principios de siglo, con la misma intimidad que a su propietario. A decir verdad, casi cualquiera que estuviera familiarizado con el noroeste de Nueva York, conocía Cliffview, si no por el nombre, por lo menos por su distintivo socarrén, coronado por una vistosa cúpula de cristal junto al río Hudson.

-Ah, Clatterbuck. Mi querido amigo.

La voz ronca que recibió a Nicholas cuando se reunió con los demás ya congregados en el ático era tan inconfundible como el resto de su persona: la cabeza calva, una frente alta y lisa, unos penetrantes ojos azules, una perilla, y la fuerza de una autoridad y una seguridad que ni Clatterbuck ni ninguno de los presentes habían puesto jamás en duda. Todo ello pertenecía al doctor Ralph S. Channing.

-Lamento el retraso, profesor. El tráfico.

-Ha llegado en el momento justo. En realidad, estábamos hablando de usted. Les estaba contando a todos su victoria con Benthoek, en la reunión de la semana pasada en Estrasburgo. Pero me parece que he despertado algunas inquietudes. Nuestro colega francés, aquí presente, considera la propuesta romana

de un mal gusto extraordinario.

Channing dejó decididamente su copa de vino sobre la mesilla de mármol junto a su silla y miró con detenimiento a cada uno de sus once colegas, hasta detenerse en Jacques Deneuve, objeto de su paternalista indulgencia.

-Deneuve considera que Roma es una pocilga, Clatterbuck. ¿Qué le respondería usted?

Clatterbuck no se apresuró en responder. Una mirada general a los diez individuos sentados cómodamente en el estudio del doctor Channing bastó como saludo. Luego se sirvió una copa de vino, de una de las vasijas del aparador.

-Por supuesto que es una pocilga -dijo entonces, dirigiendo una amable mirada a Deneuve-. A ninguno de nosotros le gusta Roma, Jacques. El conjunto de la organización papal es la peor pocilga de maquinaciones, conspiraciones e intrigas inhumanas jamás elaboradas por personajillos repugnantes de ideas repelentes. Todos lo sabemos. Pero ésa no es la cuestión en la que debemos centrarnos. La oportunidad no sólo ha llamado a nuestra puerta, sino que nos ha facilitado un pasaporte vaticano.

De acuerdo por lo menos en esencia, Deneuve se dio por satisfecho. Su honor seguía intacto. Channing siempre podía depender de Clatterbuck, para reparar susceptibilidades heridas. Copa en mano, el británico se acercó al círculo con su traje de mezclilla y se acomodó en un sillón. Entre él y Channing, una decimotercera butaca permanecía vacía, a excepción de una cartera de cuero rojo sobre la misma. Dicho lugar estaba siempre vacante, como si estuviera reservado para una presencia invisible que agregaba fuerza al grupo, una presencia que convertía al grupo en algo más que la suma de sus doce animados cuerpos y mentes vivaces. Clatterbuck siempre se sentía allí muy cómodo. Un refugio de gusto exquisito, «con sabor a pipa, a libros y varonil», como en cierta ocasión describió Virginia Woolf el estudio privado de uno de sus admiradores. Desde su asiento, podía disfrutar de la oscuridad del atardecer y de millares de luces a través del Hudson.

Rápidamente inmerso en la discusión sobre asuntos de interés mundial, que siempre precedía a la cuestión por la que aquellos doce colegas se reunían de vez en cuando en Cliffview, Clatterbuck no necesitaba ningún informe de Cyrus Benthoek, como lo había hecho en Estrasburgo, para conocer a los componentes del grupo. En realidad, a pesar de que Benthoek había conocido a Channing y a algunos de los demás en aquel mismo lugar durante el curso habitual de sus negocios, pudiera ser que le hubiera sorprendido descubrir cuánto sabía Clatterbuck acerca de ellos.

A nivel superficial, los invitados de Ralph Channing en Cliffview constituían una élite del poder y el éxito. Jacques Deneuve, por ejemplo, que se había indignado por la propuesta romana de Estrasburgo, era el banquero más importante de Europa. Gynneth Blashford era el magnate de la prensa más poderoso de Gran Bretaña. Brad Gernstein Snell dominaba el campo de las comunicaciones internacionales. Sir Jimmie Blackburn era el único mandatario sudafricano del mercado de los diamantes. Kyun Kia Moi controlaba la navegación comercial en el Extremo Oriente.

Sólo esos cinco eran los artífices del nuevo orden mundial, que todos los días manipulaban docenas de billones que circulaban por los mercados monetarios de Tokyo, Londres, Nueva York, Singapur, París y Hong Kong, los personajes dominantes que regulaban el flujo de capital y mercancías. En definitiva, por consiguiente, eran los árbitros de la vida o muerte de gobiernos individuales y del bienestar de las naciones.

En semejante grupo, podría haberse considerado al doctor Ralph Channing como a un personaje en discordia. No obstante, por el contrario, era claramente un miembro más que fundamental. Channing, descendiente de una antigua familia hugonota aposentada en Maine, había realizado estudios de religiones comparadas y teología en Yale. Era célebre por sus conocimientos enciclopédicos de los caballeros templarios, de la tradición del Santo Grial y de la masonería, en particular del Ordo Templi Orientis, o Templo Oriental, y se había convertido en notable archivador para diversos grupos de intelectuales humanistas. Como catedrático vitalicio de una de las principales universidades estadounidenses, su influencia se extendía al mundo entero mediante una reconocida retahíla de libros, panfletos, artículos, conferencias y seminarios.

Crecientemente respetado en ciertos círculos por su acertada información histórica y su capacidad para valorar la religión organizada como factor político y sociocultural en el mundo, la administración de Washington había solicitado sus servicios y logrado organizar con éxito el Departamento de

Educación. De algún modo, disponía también de tiempo para pasar un par de meses al año en el extranjero, como asesor para varias organizaciones humanistas en Europa y Extremo Oriente.

Por consiguiente, a pesar de no ser banquero ni dueño de intereses navieros, ningún componente de aquel distinguido grupo podía, ni osaba, cuestionar sus credenciales como líder.

En realidad, lo que unía a aquellos doce individuos no era sólo una cuestión de banca, navegación o diamantes. Después de saciarse del néctar del éxito, cada uno de los presentes había perseguido otro objetivo. Y todos habían descubierto que la única meta satisfactoria era la de servir al príncipe de este mundo. Todos se habían sometido a las pruebas del fuego, el dolor y la muerte. Todos habían recibido el sello de la «última palabra» en su alma. Todos estaban comprometidos. Ésa era la fuerza unificadora en Cliffview House.

No obstante, aunque la devoción al príncipe fuera la característica distintiva del pequeño grupo de Ralph Channing en Cliffview, dicha devoción no tenía nada que ver con un personaje de aspecto cabrío, orejas puntiagudas, pezuñas con garras y hediondo como una mofeta en un cubo de basura. Todos habían descubierto hacía mucho tiempo que la realidad era otra. Lo que habían descubierto -y a lo que se habían comprometido- era una inteligencia suprema entre los seres humanos. Su creciente implicación en el proceso había adoptado un rumbo especial, había permitido a aquellos hombres, contra todo pronóstico y entre los habitantes del planeta, reconocer los vínculos de aquella inteligencia suprema con el «proceso», someterse en los aspectos prácticos a la misma y seguir de ese modo las huellas de la historia.

A ninguno de los presentes en Cliffview se le consideraría malvado, según la interpretación actual de dicho término. Un apretón de manos de cualquiera de los presentes era tan válido como un contrato. En cuestiones políticas, eran personas correctas, lo que equivale a decir que no eran extremistas. En cuestiones sociales eran aceptables, es decir, habían demostrado sus preocupaciones humanitarias y su generosidad filantrópica. Y en cuestiones de fidelidad matrimonial, se ajustaban a las normas vigentes de respetabilidad.

Tampoco podía nadie tildarlos ofensivamente de conspiradores. Eran sencillamente un grupo de individuos con sentimientos comunes respecto a los asuntos humanos. En este sentido, como cualquiera de ellos podía atestiguar, puesto que todos presidían diversas juntas de empresas alrededor del mundo, poco se diferenciaban de, por ejemplo, los administradores de la Universidad de Harvard, o los directivos de *The Times* londinense. Ni, para el caso, de los comisarios de la Comunidad Europea.

Al igual que dichos grupos y muchos otros, aquellos doce hombres actuaban dentro del marco reconocido de la libertad democrática, para llevar a la práctica sus preciados ideales. Era ineludible reconocer que aquel grupo gozaba de ciertas ventajas que pocos podían igualar. El extraordinario éxito de cada uno de sus componentes permitía que el conjunto del grupo emprendiera una labor de ingeniería social y modelación política a gran escala. Pero el poder y el éxito no eran la principal clave de su influencia.

Su verdadera ventaja, como cualquiera de ellos podía atestiguar, surgía de una sola cosa: la dedicación de cada uno de ellos al espíritu como tal, al personaje que todos describían como «príncipe». Las ventajas que ello les proporcionaba les parecían infinitas. El simple hecho de que su interés no coincidía con el de las principales religiones, les permitía pensar de una forma más universal que si hubieran sido judíos, cristianos o musulmanes. Eran, por consiguiente, más tolerantes, más humanos.

La segunda ventaja radicaba en su capacidad de comprensión del «proceso». Su extraordinaria formación los convertía en maestros ingenieros. Eran conscientes de encontrarse entre los poquísimos privilegiados capaces de comprender la calidad sobrehumana y el funcionamiento progresivo del proceso. Su ventajosa situación les permitía entender que el proceso no es cuestión de una generación, ni de un siglo. Y a pesar de que estaban por encima de su funcionamiento cotidiano, o anual, para reconocer el rostro de la inteligencia que lo impulsaba, aceptaban la realidad de que, para la mayoría de la población -incluidos muchos adeptos y promotores a niveles inferiores-, el proceso sólo se conocía por sus obras.

Para ellos, como maestros ingenieros, lo importante era que dichas obras cambiaran de manera permanente. El proceso no debía dejar de crecer en ningún momento hacia su último objetivo. En teoría, era una especie de reacción en cadena, con la sociedad como reactor.

Era fundamental para el proceso que el cambio se hubiera convertido ahora en la pauta dominante

de la sociedad humana. Cambiaban las mentalidades. Incluso el lenguaje viviente se adaptaba a los cambios de mentalidad. El vocabulario de la política y la geopolítica era el léxico del cambio. «Internacionalismo», por ejemplo, había dado lugar a «multinacionalismo», para convertirse luego en «transnacionalismo». Pronto se convertiría en «globalismo». A todos los niveles de la vida, las mentes y la propia sociedad se modelaban y remodelaban en una reacción en cadena de cambio permanente. La sociedad estaba a punto de reconstruir su estructura básica, destruir sus moldes separatistas. El universalismo no tardaría en agrupar a los hombres y a las mujeres en una gran familia, un gran abrazo.

Cuando el cambio se convierte en lema y consigna de la sociedad en general, la evolución en la que consiste el proceso pasa a ser todavía más aceptable, más respetable, incluso más inevitable.

-Bien, caballeros -dijo Ralph Channing con una voz ligeramente ronca, para llamar la atención de los presentes-. Entremos en el quid de la cuestión.

Como todos sabían, el quid de la cuestión consistía en leer el «informe categórico». Pero como todos sabían también, por experiencia, Channing haría antes unos comentarios.

-Como algunos de ustedes habrán deducido, las directrices finales contenidas en el propio informe categórico están basadas en la reunión extraordinaria, celebrada a principios de este mes en Estrasburgo. En realidad, nuestro propio Nicholas Clatterbuck elaboró el sumario de dicha reunión para Cyrus Benthoek. Confío, caballeros, en que la comprensión del significado de la alianza propuesta en Estrasburgo predisponga sus mentes a una mayor receptividad respecto a nuestras propuestas.

»Puede que algunos de los miembros del Vaticano presentes en Estrasburgo, no hayan llegado a comprender el alcance de los puentes propuestos. ¿Quién hubiera soñado conque el proceso de implantación del dominio del príncipe exigiría lo que el informe categórico denomina "fase religiosa" en la organización evolutiva de la sociedad de las naciones? No podemos limitarnos a condenar y a olvidar las religiones organizadas en nombre del ocultismo. Evidentemente, todo forma parte del proceso. Ahora comprendemos que la religión es una manifestación del espíritu.

Sus palabras provocaron cierto descontento, pero como experto mundial en religiones, Channing no se dejó amedrentar.

-Admito que es una manifestación deforme y desencaminada. No obstante, insisto en que es realmente una manifestación. El espíritu progresivo en el hombre significa progreso en la religión, y el progreso, como lo conocemos, conduce siempre de lo particular y local a lo universal. Como es lógico, en otras palabras, y simplemente porque las religiones existen, debe haber una fase religiosa en el proceso evolutivo de la humanidad.

»Lo que debemos comprender es que hoy nos enfrentamos a una nueva etapa de dicho proceso evolutivo. ¡La última etapa! La creación de una religión para un mundo único, ausente de todo nacionalismo, todo particularismo y todo culturalismo del pasado. Ahora, en sus últimas etapas, este proceso evolutivo exige un mecanismo que permita remodelar la fase religiosa para adaptarla al globalismo, a la universalidad, de dicho nuevo orden.

»A fin de contribuir a la evolución del proceso, nuestra labor consiste en ayudar a todas las religiones principales, de forma que puedan unirse en un gran abrazo universal, en una gran religión universal, donde una no se distinga de otra. ¡El servidor perfecto del nuevo orden de la época! ¿No están ustedes de acuerdo, caballeros? -Channing sonrió, con la mirada puesta en los complacidos rostros de los presentes-. Dicho esto, y compartiendo incluso la convicción de Jacques Deneuve de que Roma es una pocilga, hay algo más que debemos aclarar. Si nos proponemos conducir la fase religiosa del hombre hasta su cima evolutiva, hasta su pleno abrazo con el proceso, debemos considerar el papel del catolicismo romano. No, mejor dicho -rectificó, después de mirar fugazmente la carpeta roja que estaba sobre la decimotercera silla-, debemos considerar el papel del catolicismo papal en general y el de la oficina del papa en particular.

»Y me complace anunciarles que esto nos conduce directamente a la lectura del informe categórico -agregó, antes de levantar la cartera de piel de la silla que estaba junto a la suya y entregársela a Nicholas Clatterbuck.

-Éste es el informe categórico elaborado por Capstone -leyó Clatterbuck en un tono suave y amable- sobre las medidas indispensables que debe tomar el concilio decimotercero, ante el ascenso inminente del príncipe de este mundo.

Como si se acabara de pulsar un interruptor con la lectura de aquellas palabras introductoras, el ambiente en el estudio del doctor Channing se transformó de afable en surrealista. Incluso en boca de Clatterbuck, las palabras de Capstone eran de un terciopelo oscuro, un manto urdido de logros del pasado y esperanzas del presente. En los labios de los allí reunidos se dibujaron inquietantes sonrisas, sonrisas de muerte impuesta y disfrutada, y de esperanza de que se repitiera.

-Gracias al entronamiento ritual del príncipe, efectuado por la falange interior de servidores en la propia ciudadela del enemigo, siempre han sabido que gozan del privilegio de servir en el tiempo propicio, para facilitar el triunfo definitivo del príncipe de este mundo. Ha llegado el momento de reconocer nuestra obligación, de enfrentamos a las fuerzas del enemigo en su propio enclave.

»Al decir que se trata de una oportunidad, les recordamos que disponemos de un período de entre cinco y siete años antes de que desaparezcan las ventajas que nos ha facilitado el entronamiento. Ésta es nuestra persuasión categórica.

Ante tal advertencia, incluso los miembros del concilio, incluido el propio Clatterbuck, miraron fugazmente al doctor Channing. Tanta era la autoridad del profesor, que bastó un gesto de su mano para apaciguar la alarma, y prosiguió la lectura:

-Después de ilustrar la urgencia de nuestra obligación, conviene aclarar que el tiempo concedido, de cinco a siete años, bastará en un doble sentido. En primer lugar, debemos ser realistas en nuestra valoración del principal obstáculo restante en nuestro camino a la victoria. Y en segundo lugar, debemos ser igualmente realistas en cuanto a los medios que adoptemos para eliminar dicho obstáculo.

»Así pues, empezando por el principio, el obstáculo más antiguo y recalcitrante que se opone al ascenso, en realidad el único obstáculo que inspira un profundo respeto y del que debemos protegernos, ha sido y sigue siendo el papado católico -prosiguió Clatterbuck ahora de nuevo en terreno familiar, después de recuperar su tono suave, afable y relajado-. Recordemos también que no gozamos propiamente de autoridad para poner reparos. Por el contrario, la autoridad debe existir. Pero no nos confundamos tampoco respecto a una autoridad tan completa como la infalibilidad personal y la representación personal del innombrable. Dicha autoridad personalizada es ajena a nosotros, y en última instancia perjudicial para nuestros intereses, porque es perniciosa para el ascenso. Seguimos consagrados al ascenso.

»Ciertos pertrechos de la oficina papal pueden ser adaptados, como instrumento facilitador del ascenso. Sin embargo, el papado propiamente dicho supone un obstáculo que debemos considerar temible. Es mortalmente temible porque en este papado tratamos con una peligrosa realidad. Una realidad espiritual. Un fragmento de lo ajeno que es único e irreconciliable con el progreso del nuevo orden mundial al que aspiramos, y en definitiva irreconciliable con el ascenso que nosotros mismos anticipamos.

»Vale la pena recordar lo adaptable que ha sido dicha oficina papal a lo largo de la historia. En su propio seno se ha dado toda clase de corrupción. Sus titulares pueden ser separados y aislados del resto de la humanidad. Aniquilados con suavidad o violencia, en secreto o ante millones de miradas. Pero nadie ha logrado aniquilar la oficina. Nadie ni nada.

»Para que un fragmento de lo ajeno sea tan eficaz y perdurable, su fuerza, su poder y su capacidad de recuperación deben surgir de algo ajeno a nosotros, de algo ajeno a Capstone y al ascenso. Deben surgir del innombrable. En este momento crítico de nuestra lucha, nosotros que pertenecemos al espíritu debemos hacer hincapié en el hecho de que nos enfrentamos a una realidad del espíritu. El espíritu contrario, pero espíritu a fin de cuentas.

»En esta última etapa gloriosa del ascenso, nuestra acción más concentrada debe dirigirse al foco principal de resistencia a nuestros objetivos. Por consiguiente, el propio informe categórico se centra en dicha cuestión: ¿qué se debe hacer respecto al papado personalizado, con su obstinada adaptabilidad?

»Nuestra respuesta dicta un cambio de estrategia o, mejor aún, una escalada de nuestras estrategias hasta un nivel que ni siquiera ustedes, los miembros del concilio, hayan podido considerar posible. Hemos dicho que debemos respetar, temer y protegernos de la oficina papal. Sin embargo, ahora hemos decidido que no podemos seguir a la defensiva. En lugar de protegemos del poder de dicha oficina, nos apoderaremos del mismo.

»Nuestra decisión categórica, y el objetivo de nuestro programa durante los cinco a siete ventajosos años que nos quedan, deben ser los siguientes: apoderarnos de la oficina papal, con toda su

adaptabilidad, para nuestros fines. Para ello, debemos aseguramos de que el titular de dicha oficina sea un hombre en cuya adaptabilidad a nuestras necesidades podamos confiar. Ahora repasaremos las limitadas opciones, mediante las cuales podremos alcanzar dicho objetivo. Básicamente son tres: persuasión, aniquilación y dimisión.

"Consideremos primero la persuasión. La posibilidad de inducir o persuadir al actual ocupante de la oficina papal de que acepte y acceda a lo que nuestro voto exige. Lamentablemente, debemos comunicarles que según la conclusión definitiva de nuestros expertos conocedores, incluidos los miembros internos de la falange con residencia muy próxima a dicha oficina, el actual titular nunca reconocerá la sabiduría de nuestro programa.

»Tampoco podemos permitirnos el lujo de esperar a que desaparezca. En base a los datos estadísticos y sobre su salud personal de los que disponemos, al actual titular podrían quedarle de cuatro a siete años de existencia física activa. Dada nuestra persuasión categórica que nos limita a un plazo ya vigente no superior a siete años, debemos examinar las otras dos alternativas: la aniquilación o la dimisión del actual titular de la oficina pontificia.

»En términos prácticos, cualquiera de estas opciones producirá los resultados deseados y nos permitirá nombrar a un nuevo titular complaciente. Como suele suceder en asuntos importantes, el paso que puede parecer más difícil, la instalación de un ocupante condescendiente, es la parte más fácil de nuestra tarea. No es necesario recordar a ninguno de los miembros del concilio de que ahora gozamos de la maravillosa ventaja que nos brinda el número creciente de nuestra falange regular de defensores en el Vaticano. Además, varios de los miembros que asistieron a la ceremonia del entronamiento en 1963, siguen todavía en sus puestos y han ascendido dentro de la ciudadela, hasta ocupar cargos que garantizan nuestro éxito. Pero no tendría ningún sentido obligar a un espíritu contrario a abandonar su benevolente lugar de residencia sólo para entrar en otro igualmente benevolente. Para nosotros esto no tendría ningún sentido.

»El candidato que reemplace al actual titular deberá ser alguien familiarizado con nuestros objetivos, que por lo menos los consienta y esté incluso dispuesto a colaborar en la consecución de los mismos.

»La tarea de la deposición deberá convertirse, por consiguiente, en el centro de nuestra atención urgente y persistente. La primera de las dos alternativas a dicho fin sería la más satisfactoria. Puede que superficialmente parezca incluso la más fácil y por ello la más tentadora. Hablamos de la aniquilación personal.

»Si el concilio decimotercero decidiera adoptar dicho procedimiento, éste sería planeado con toda meticulosidad y ejecutado de manera impecable. En sus manos, no se parecería siquiera remotamente a la estúpida iniciativa de 1981. Sin embargo, aunque nuestra operación contra el actual ocupante del cargo tuviera éxito, los resultados podrían ser desastrosos para nosotros. No podríamos ocultarnos tras tapaderas como la de "unos malvados ladrones", "la nefasta tecnología del KGB", "informes secretos", ni "manipulaciones de la CIA". Ninguna de las extravaganzas populares que sirvieron de camuflaje para la iniciativa de 1981 es ya válida hoy en día.

»No obstante, aunque una aniquilación abierta y expeditiva pueda ser contraproductiva por su propia naturaleza, cabe preguntarse por alguna forma de aniquilación modificada, aunque no por ello menos eficaz. Conocemos propuestas concretas encaminadas a una aniquilación gradual y modificada. Sin embargo, las medidas de seguridad adoptadas por la oficina papal desde 1981, tan extensas y detalladas que abarcan incluso todo lo que se ingiere, complican la situación.

»Además, el mero hecho de que seamos conocedores de dichas propuestas subraya otra razón importante por la que no deberíamos sucumbir a ninguna tentación parecida. No existen los secretos. En el análisis final todo se traiciona, todo se revela, todo se conoce. No olvidemos que tratamos con el espíritu, que es volátil, imprevisible, indómito, que vuela y arrasa a su antojo.

»Según nuestro juicio categórico, los que nos ofrecen alguna propuesta de dicha índole nos entregan en realidad una granada, de la que nos invitan a retirar el seguro y consumar nuestra propia aniquilación.

»Queda, por consiguiente, la alternativa elegida. La elección categórica mediante la cual alcanzaremos nuestro objetivo es la dimisión. En resumen, se inducirá al actual titular a dimitir de su cargo y, además, sin perjuicio.

»La dimisión voluntaria del papa, en esta encrucijada de divisionismo y desunión entre los católicos laicos y entre los propios clérigos, sería una poderosa señal, equivaldría a una admisión de derrota por parte de importantes elementos opuestos a nosotros. Sería una declaración a los defensores restantes del antiguo orden, de que el pasado es irrecuperable. Tal es el ambiente, que nuestra alternativa elegida goza ya de ciertas simpatías entre el antiguo orden. Simpatías expresadas abiertamente, dicho sea de paso, en sectores estratégicos de nuestro propio objetivo.

»Cuando hablamos de inducir al titular a dimitir, la inducción debe entenderse en la forma más sutil. Hablamos de activar todos los medios a nuestra disposición en el mundo entero. El estímulo más poderoso lo constituirán la presión de sucesos irreversibles y la aparición de fuentes de suministro irresistibles. Deberán organizarse los sucesos y las fuentes de suministro de forma que limiten los actos del titular, hasta que su única alternativa consista en dimitir.

»En el informe de la reciente reunión de Estrasburgo organizada por el señor Cyrus Benthoek, Nicholas Clatterbuck indica claramente que disponemos de aliados potenciales, antes no identificados como seguros. Individuos de gran influencia dentro de la ciudadela y que, en efecto, han unido sus manos con los miembros internos de la falange presentes también en Estrasburgo. Han declarado que aspiran a un cambio radical en la cumbre de la administración. Y en su anhelo, nos han abierto sus poderosas vías de persuasión global.

»Además, se ha puesto en funcionamiento una iniciativa auxiliar, y todavía de mayor importancia, en la que se nos ha invitado a cooperar, obra también de Cyrus Benthoek. Dicha iniciativa supone la formación de una alianza firme y sistemática entre los clérigos de alto rango en el corazón de Europa y la Comunidad Europea. Es preciso brindar las facilidades necesarias.

»En general, se nos ha abierto el camino, en absoluta conformidad con el Derecho Canónico de la ciudadela, para la retirada pacífica del actual titular de la oficina papal. Su labor consiste en aprovechar estas dos significativas ventajas que nos han brindado, ocuparse de la propuesta de Estrasburgo y de la alianza decidida entre la ciudadela y la CE, servirse de dichas ventajas para crear sucesos irreversibles y evocar las irresistibles vías de suministro, que inutilizaran la oficina papal respecto al «otro innombrable» para ponerla en manos de los servidores del príncipe.

Sólo le quedaba a Clatterbuck comunicarles a sus coadjutores los planes elaborados para vincular con los obispos europeos con los intereses de la Comunidad Europea. Luego les explicó que uno de los jóvenes de gran talento de su bufete, Paul Thomas Gladstone, ocuparía el poderoso cargo de secretario general de los comisarios de la Comunidad Europea. Su hermano, el padre Christian Thomas Gladstone, actuaría como vínculo del Vaticano. Meticulosamente dirigido desde Roma y con el estrecho vínculo de su hermano con los comisarios europeos, el padre Gladstone dirigiría la cooperación profesional de los obispos con la política y los objetivos de la Comunidad Europea.

Para concluir su informe, Nicholas Clatterbuck subrayó un último punto. Tanto la iniciativa de la Comunidad Europea como la alianza de Estrasburgo dependían de momento de la fiabilidad de su eminencia el cardenal Cosimo Maestroianni. El padre Christian Gladstone sería su secuaz. Y si bien era cierto que el secretario de Estado en las puertas de la jubilación había sido cultivado por Cyrus Benthoek como amigo especial, también lo era que éste no pertenecía al concilio. Puesto que Benthoek no compartía la información secreta a tan alto nivel, su juicio en cuanto a la integridad y la fiabilidad del cardenal no podía aceptarse como definitivo. Por consiguiente, incluso las normas más elementales de prudencia exigían que uno de ellos investigara personalmente al cardenal.

Acordada por todos dicha resolución, el doctor Ralph Channing se eligió a sí mismo para reunirse con Maestroianni.

-Con el propósito de solidificar esta relación -declaró-, y acelerar el proceso.

Si el cardenal recibía el visto bueno, si su consentimiento era incuestionable y el pacto con el mismo como aliado profesional podía considerarse firme y fiable, el asunto proseguiría sin contratiempos. Gynneth Blashford sugirió que Clatterbuck podría tomar fácilmente las medidas necesarias para que Cyrus Benthoek acompañara al profesor, en su visita a su nuevo amigo romano.

-Los amigos de los amigos siempre facilitan las cosas, ¿no le parece?

Estuvieron todos de acuerdo. Si aquello funcionaba satisfactoriamente, los romanos que habían pedido ayuda para asegurar un cambio radical en la cúpula del poder obtendrían más de lo que la

mayoría de ellos habían imaginado.

CATORCE

A ese nivel de poder supremo, en el que los luchadores se proponen conquistar la mente de los demás y elaborar sus estrategias en la lucha global, el doctor Ralph S. Channing se consideraba superior al cardenal Cosimo Maestroianni.

La preocupación principal de Channing para «asegurar la estabilidad de Roma» no era tanto la capacidad del cardenal ni su control del poder en la ciudadela como la posibilidad de que su eminencia no fuera más que un pérfido de alto rango, tan capaz de traicionar a su nuevo amo como lo había hecho con el anterior. Por consiguiente, antes de salir de Nueva York, el profesor se había preocupado de estudiar el historial profesional del cardenal secretario. De camino a Roma vía Londres, obtuvo de Cyrus Benthoek un esbozo personal basado en su prolongada asociación con el clérigo romano, que resultó ser animada, convincente e incluso afectuosa. Por fin, con Benthoek como tarjeta de presentación, la llegada de Channing al ático de Maestroianni culminaba la promesa de su futura colaboración.

El mayordomo que abrió la puerta del dominio privado del cardenal Maestroianni era un hombre muy bajito, a quien Benthoek llamó con sumo respeto señor Mario. La dignidad era su sello personal. Nada en él era espontáneo. Cada uno de sus pasos parecía calculado. Sus sonrisas, formales.

El señor Mario se declaró contento de ver de nuevo al señor Benthoek, después de tanto tiempo. Saludó al doctor Channing con una respetuosa reverencia.

Mientras seguían al diminuto mayordomo con obediencia incuestionable por el espacioso pasillo que conducía al estudio privado de Maestroianni, los enormes paisajes urbanos de las paredes envolvieron a los visitantes con su aura casi mística, como siempre envolvían al cardenal. En realidad, bastó aquel pasillo para facilitarle a Channing un indicio acertado de la profunda dedicación del clérigo a la unicidad original humana, ya que nadie podía dudar de que dicha unicidad había sido el objetivo de la conferencia sobre la seguridad y cooperación europeas.

Como si fuera perfectamente consciente del tiempo necesario para que el pasillo dedicado a Helsinki surtiera su efecto, el señor Mario midió sus pasos hasta la última puerta, de acceso al estudio privado de su eminencia.

-Pónganse cómodos. Su eminencia los recibirá en breve.

Las palabras del mayordomo parecían una orden, más que una invitación.

De momento a solas con Benthoek, Channing observó el entorno sin disimular su interés. Como intelectual que también era de primera magnitud, reconocía, al verla, una excelente biblioteca. Una biblioteca utilizada que capturaba la misma esencia de la pasión con la que su eminencia seguía la evolución de la historia.

-Soberbia colección -susurró satisfecho, después de detectar varias de sus propias monografías sobre la mesa central.

El propio cardenal Maestroianni irrumpió teatralmente en la sala por una puerta lateral.

-Como puede comprobar, doctor Channing, usted no es un desconocido para nosotros. Acabo de leer su monografía sobre la geopolítica de la demografía. Una obra maravillosa. Estoy en deuda con Cyrus por facilitar nuestro encuentro.

En los sensuales labios de Channing se esbozó una sonrisa tras su perilla, conforme estrechaba la mano extendida del cardenal. No le suponía tan pequeño. Los hombres de poca estatura que ejercían un gran poder le ponían nervioso.

-¡El gusto es mío, eminencia!

El cardenal Maestroianni condujo a sus invitados a un cómodo tresillo, alrededor de una mesilla con hielo y agua mineral. Una agradable brisa penetraba por las ventanas abiertas. Guiado por su instinto romano, Maestroianni se contentó con unos instantes de charla superficial, aunque sabía que para Channing lo importante, a fin de cuentas, eran las impresiones y valoraciones personales.

Cyrus Benthoek fue el primero en hartarse de frivolidades. -He decidido acudir a usted, eminencia -declaró-, porque tenemos un objetivo común. El doctor Channing me ha asegurado categóricamente que no sólo comparte el objetivo decidido en Estrasburgo, sino que puede construir los puentes necesarios.

Maestroianni asintió, pero permaneció imperturbable. No estaba dispuesto a precipitarse.

Cyrus, por su parte, estaba decidido a cebar el anzuelo.

-Me he tomado la libertad de contarle al doctor Channing los detalles esenciales de nuestra reunión de Estrasburgo. Y debo confesarle, eminencia, que me ha llenado de satisfacción. Ha sido como si el buen doctor ya conociera con antelación la obra de los ritos de renovación para cristianos adultos del cardenal Aureatini, así como la del consejo internacional de liturgia cristiana del cardenal Palombo. Muy reconfortante, eminencia. Muy prometedor.

-Comprendo -respondió Maestroianni, que lo daba ya por sentado, antes de concentrarse en Channing, a la espera de oír directamente sus palabras.

Channing lo comprendió.

-Su eminencia sabe hasta dónde ha llegado a conducir el proceso a las naciones occidentales, por el camino de la homogeneización económica, financiera y cultural -dijo en un tono tan categórico como sus palabras-. Hablamos ya de más de cuarenta naciones y de una población cercana a los mil millones.

»Si todo sigue según nuestros planes, en un plazo de dos a cuatro años, los países miembros de la Comunidad Europea experimentarán una transformación. Todos los países perderán el control de la mayoría de los sectores de su vida y de la política económica. Las necesidades y presiones supranacionales determinan ya, por lo menos en parte, las políticas exteriores y de defensa. Los Estados soberanos no tardarán en ser una reminiscencia del pasado.

Maestroianni asintió pacientemente. No necesitaba ninguna conferencia sobre los logros y virtudes del proceso.

Channing se percató de que era preferible centrarse en los logros más personales del cardenal secretario.

-Desde que su eminencia ocupa el cargo de secretario de Estado, la política exterior de la Santa Sede ha sido fiel a dicha tendencia del proceso. Para usar una de sus consagradas frases católicas, durante los últimos veinticinco años su Iglesia ha procurado con tenacidad «unirse a la humanidad en la construcción de la morada terrenal de los seres humanos». Incluso su acto de adoración más básico, la propia misa, lleva ahora el sello de nuestro objetivo más preciado: ¡el nuevo orden! O *novus ordo,* como lo llaman ustedes.

Channing dio en el clavo con tanta elegancia, que incluso Maestroianni se sintió obligado a bajar la guardia.

-No pretendo llevar arena al desierto, eminencia, al señalar que dicha política surgida de su secretaría ha creado una profunda fisura en su jerarquía católica. Por lo que mis colegas y yo alcanzamos a dilucidar, a una inmensa mayoría de sus obispos, particularmente en Occidente, los entusiasma esta nueva orientación de la Iglesia. Después de todo, son personas prácticas. Y no gozan del privilegio de vivir en este Estado soberano del Vaticano -dijo el doctor Channing, antes de hacer una pausa para admirar la vista desde el ático del cardenal-. Están sujetos ya a las presiones de la CE y de la asociación de países de Europa oriental, así como de los pactos comerciales europeos, estadounidenses y asiáticos.

»Como todos los demás, sus obispos han comprendido que, si no se convierten en participantes activos de la construcción de este nuevo orden global, serán absorbidos por la vida cotidiana de sus compatriotas. ¿Qué clase de Iglesia sería ésa, eminencia? ¡La Iglesia de las nuevas catacumbas! ¡Su influencia sería comparable a la de los astrólogos tibetanos en la NASA!

Maestroianni no pudo evitar una carcajada. Estaba un poco harto de la insistencia del doctor Channing en lo que él denominaba «sus obispos», pero el profesor tenía sentido del humor.

-Sin embargo -prosiguió Channing, después de inclinarse hacia adelante-, ahí está el problema. El actual ocupante del trono pontificio encamina sus esfuerzos en una dirección diferente. Mis colegas y yo lo interpretamos como heredero de la persuasión inaceptable de que su Iglesia incorpora una autoridad absoluta, que se convierte en mandatos doctrinales que impiden a los católicos adaptarse al ritmo de los demás ciudadanos del mundo.

»Lo urgente ahora para muchos es lo siguiente: el actual ocupante de la oficina pontificia parece disponer todavía de bastantes años de vida activa, cuando el tiempo útil para que su Iglesia se incorpore a la base de la nueva estructura mundial no está a diez ni a cinco años vista.

Después de aclarar en pocas palabras el motivo de su visita, cuyo propósito era el de destituir al papa actual de su cargo, el doctor Channing se recostó en su sillón con aire pensativo.

Según Clatterbuck, Maestroianni y sus propios colegas en Estrasburgo ya habían decidido que un cambio en la estructura papal de su Iglesia era esencial, y habían solicitado exactamente la clase de ayuda exterior que Channing podía ofrecer. Sin embargo, aparte de asentir de vez en cuando y reírse apreciativamente un par de veces, el cardenal secretario no parecía querer comprometerse. ¿Cuánto habría que insistir todavía para que aquel pequeño prelado presuntuoso reaccionara? ¿Hasta dónde tendría que llegar el propio Channing para activar la situación?

Pudiera ser que faltara un solo paso. El profesor Channing se inclinó de nuevo hacia adelante.

-La sincronización, eminencia. Eso es lo que nos ha impulsado a los tres a reunirnos. Soy consciente de dónde me encuentro ahora y confío en no exceder los límites de la prudencia. Pero confío en que ha llegado el momento de hablar francamente entre hermanos -dijo Channing, incluyendo a Benthoek en su simbólico abrazo-. Sin entrar en detalles reservados, comprenderá que por nuestra parte existen limitaciones temporales. Esperamos que se produzca un gran acontecimiento en este mundo de las naciones. Calculamos que disponemos apenas de cinco años. Siete a lo sumo. Por supuesto, dicho acontecimiento está estrechamente relacionado con la emergencia del nuevo orden entre las naciones. Pero hablando con propiedad, no se trata sólo de un suceso económico, social o político. Permítame que le diga que su naturaleza es de una percepción humanista eminentemente espiritual.

El doctor Channing dejó a sus compañeros pendientes de aquel tenue hilo de información.

Maestroianni miró intrigado a Benthoek, pero éste no respondió. Al parecer Cyrus era tan desconocedor como el propio cardenal del «gran acontecimiento» al que se refería Channing.

-En tal caso, doctor -dijo el cardenal, después de un gran suspiro-, comparemos su urgencia con la nuestra.

Channing sonrió satisfecho, y Maestroianni reconoció al momento lo que su invitado había dicho. Admitió que la soberanía, tanto nacional como religiosa, no sólo era inútil como necesidad estratégica para la supervivencia, sino que se había convertido positivamente en una amenaza para la misma y en un enemigo del progreso hacia la nueva y armoniosa morada de la humanidad.

-Comprenda, doctor Channing, que una cosa es afirmar que a muchos de nuestros obispos parecen entusiasmarlos las innovaciones que hemos introducido en la Iglesia. Sin embargo, todavía hoy en día, la autoridad papal conserva su vigencia para muchos millones de católicos y ejerce una profunda influencia más allá del catolicismo. La oficina papal sigue siendo el centro exclusivo de poder autoritario, para las mentes y las voluntades de los creyentes. Poder autoritario para decidir las creencias de los fieles, y para decretar las normas precisas de su conducta, tanto en su vida pública como privada.

Channing frunció el entrecejo. Su eminencia parecía pintar muy negra la situación. Pero con toda seguridad debía de tener una solución.

La sonrisa de Maestroianni parecía casi recatada.

-Nuestra idea es bastante sencilla. Una solución burocrática, como diría posiblemente Cyrus, para un complejo problema burocrático. Está claro que si eliminamos la soberanía tanto religiosa como política, como fuerza perniciosa para los asuntos de la humanidad, debemos elaborar una maquinaria persuasiva y legalmente aceptable que satisfaga un doble objetivo: debe ocuparse de la doctrina y de la tradición centenarias de esta Iglesia, según las cuales el poder y la autoridad radican en la oficina pontificia, y además, debe evitar la ruptura de la unión entre los obispos y el papa. Sin dicha unión, no existiría la Iglesia universal. Su utilidad como socio global desaparecería.

»Por consiguiente, nuestra propuesta consiste en llevar a cabo un programa encaminado a despojar la oficina papal de su poder autoritario. Un programa que además transforme la propia unidad en un factor operativo primordial que favorezca nuestro progreso.

»Para los obispos quedó bien claro en el Concilio Vaticano Segundo que, como sucesores de los doce apóstoles, comparten la autoridad de gobierno de la Iglesia universal con el obispo de Roma. Después de dicho concilio, los obispos fundaron sus propias conferencias nacionales -prosiguió Maestroianni, para explicar el desplazamiento del poder-. Y en ciertas regiones del mundo, dichas conferencias nacionales de obispos se transformaron en conferencias regionales. Transcurridos veinticinco años, el resultado es una nueva estructura en la Iglesia. En lugar de una línea de poder única, exclusivista y unidireccional que desde el papa se extienda a toda la Iglesia universal, disponemos ahora de múltiples niveles de líneas de poder entrelazadas. Tantas líneas de poder como conferencias nacionales y regionales.

»En una palabra, la Iglesia universal es ahora una urdimbre, una red formada por dichas conferencias episcopales que, por su propia naturaleza y su mandato, están dispuestas a una constante acción y reacción con la cancillería vaticana y con el propio papado. Y aunque cada conferencia está presidida por un obispo local, todos los obispos han pasado a depender de lo que ellos denominan *periti,* o asesores expertos. ¿Supongo que es usted consciente de la influencia de dichos *periti* en los obispos del Concilio Vaticano Segundo?

Channing asintió.

-El resultado es que muchos de nuestros obispos discrepan ahora de la política del actual pontificado, y empiezan a limitar el alcance y la influencia de lo que antes era la única línea de poder del papado. Consideramos que ha llegado el momento de centrar el enfoque de su insatisfacción con Roma.

Channing creía comprender el argumento de Maestroianni.

-Y su objetivo es el de destituir al actual titular de la oficina papal.

-No, profesor. Consideramos, evidentemente, que la dimisión voluntaria del actual pontífice es esencial. Pero nuestro objetivo final es mucho más ambicioso. Educiremos de los propios obispos, y hablamos de una abrumadora mayoría de los cuatro mil obispos alrededor del mundo, un instrumento de validez canónica, que hemos denominado apropiadamente «criterio común de los obispos».

»Si lo logramos, dejará de ser el papa quien dirija la unión. En su lugar, los propios obispos exigirán un papa unificador. Un papa con el que se puedan sentir cómodamente unidos en un cuerpo episcopal. Es decir, el criterio común de los obispos debe considerar lógicamente al papa no como vicario de Cristo, sino como vicario de Pedro, primer obispo de Roma. Asimismo, el criterio común de los obispos debe considerar lógicamente a todos los obispos, unidos y por un igual, como vicarios colectivos de Jesucristo.

Ralph Channing estaba impresionado. Si se adoptara el criterio de su eminencia como doctrina oficial de la Iglesia, la estructura gubernamental de la misma experimentaría un profundo cambio. Desaparecería el centralismo del Vaticano. En asuntos religiosos, el papa dejaría de ser el pastor supremo. En asuntos políticos, perdería su soberanía. Los cambios no tendrían que ser confirmados por el sumo pontífice para adquirir validez.

-Bien, eminencia, ahora que ha aclarado usted su objetivo, ¿podemos hablar de los pasos previstos para alcanzarlo? Porque, supongo, ahí es donde precisa usted nuestra ayuda.

Llegados a este punto, le resultó fácil a Maestroianni definir las tres etapas por las que se debía proceder.

-Exactamente. El primer paso será el más difícil. Mediante el vehículo de sus propias conferencias, introduciremos a los obispos en las numerosas ventajas prácticas y en los beneficios del nuevo orden mundial. Nuestra estrategia consistirá en centrarnos en primer lugar en las conferencias presididas por los obispos más influyentes.

A juicio de Maestroianni, las conferencias fundamentales eran las de Europa occidental.

-¿Por qué? -preguntó retóricamente el cardenal-. Pues porque los obispos, en dichos países, poseen las tradiciones más antiguas y más ricas, y porque en la actualidad la población de las zonas donde viven esos obispos se homogeniza y unifica para formar la gran Europa futura. Además, porque dichos obispos comprenderán que su inclusión en el nuevo consenso público será esencial para todos los aspectos de viabilidad de su organización.

»Es evidente que debemos poder ofrecerles ventajas indispensables para sus necesidades. Facilidades bancarias, por ejemplo. Facilidades sociales para sus esfuerzos evangélicos. Una legislación favorable a sus derechos civiles, a su situación en el campo de la enseñanza, a su privilegiada situación tributaria, y al sobreseimiento de pleitos contra clérigos que hayan cometido alguna diablura.

»Con el progreso de dicho consenso, los obispos discreparán crecientemente de la política papal. Gracias a los múltiples niveles de las conferencias episcopales, se educirá otro nivel de consenso, un consenso sólido, votado formalmente y expresado de manera abierta: el criterio común de los obispos. Dicho instrumento se hará evidente en términos tan categóricos como los siguientes: el Santo Padre actual no es un papa unificador. El criterio de los obispos aspira a un papa unificador. El criterio de los obispos exige que dimita de su cargo, como se le obliga en la actualidad a cualquier otro obispo a los setenta y cinco años.

»No cabe duda de que este papa es un testarudo -agregó Maestroianni, mientras le brindaba a

Channing una sonrisa conspiradora-. No obstante, es imposible imaginar que incluso él sea capaz de soportar la extraordinaria presión ejercida por dicho instrumento formal de su propia Iglesia: el criterio común de los obispos, expresado de forma oficial a través de las conferencias episcopales, mediante el cual el conjunto de los obispos exija su dimisión. Resumiendo, no me cabe la menor duda de que en un período de dos a tres años el actual Santo Padre presentará su dimisión.

Channing estaba casi embelesado.

-Estoy con usted, eminencia.

-Segundo paso -prosiguió sin demora el cardenal Maestroianni-. Cuando cualquier otro obispo dimite, el sumo pontífice recibe su dimisión, que acepta o rechaza. Sin embargo, puesto que no podemos esperar que sea él mismo quien reciba y acepte su propia dimisión, debemos disponer de otros medios, de un grupo de obispos igualmente aceptable desde un punto de vista constitucional, que reciba y acepte la dimisión papal. Sólo en raras ocasiones ejercen los obispos conjuntamente su jurisdicción episcopal y actúan como un solo cuerpo. Pero disponemos de dicho cuerpo, el sínodo episcopal internacional, que se reúne de vez en cuando en Roma. Puesto que actúa de modo jerárquico en nombre de todo el episcopado y a petición de la Iglesia universal, el sínodo es el órgano evidente para recibir y aceptar la dimisión papal.

»Y eso, caballeros, nos conduce al tercer paso, que es el más fácil. Se organizará un cónclave papal como lo establece la antigua tradición para la elección de un nuevo papa.

Cyrus Benthoek se percató por primera vez de lo realmente completo y detallado que era el plan elaborado. Estaba muy impresionado.

-Bien, eminencia, creo que estamos en el primer paso del proceso y que debemos concentrarnos en los obispos europeos.

-Y me parece -agregó Channing con igual entusiasmo- que ahí es donde entramos mis colegas y yo.

-En efecto -dijo Maestroianni, para responder a ambas preguntas-. El propuesto criterio común de los obispos será inútil, a no ser que logremos incorporar pronto a los obispos de forma activa y rentable a la estructura unificada de la gran Europa. A dicho fin, doctor Channing, las circunstancias nos han brindado dos ruedas para nuestra maquinaria de persuasión. Dos hermanos, por si faltara poco.

»Uno de ellos, el padre Christian Gladstone, está, o pronto estará, al servicio del Vaticano. Entretanto, Paul Gladstone se ha ganado sus propios galones como internacionalista de habilidad considerable en la organización de Cyrus. Nosotros nos ocuparemos de ascender a nuestro hermano clérigo a un cargo de responsabilidad directiva en el sínodo episcopal. Dirigido cuidadosamente por nosotros, será una especie de embajador errante del Vaticano, que evaluará de cerca las necesidades de cada obispo elegido, para ofrecerle las facilidades antes mencionadas.

»Ahora bien, a fin de poder cumplir las promesas dadas a los obispos que el padre Christian Gladstone, bajo nuestra dirección, estime necesarias y dado que el cargo de secretario general del Consejo de Ministros de la Comunidad Europea está a punto de quedar afortunadamente vacante, proponemos el nombramiento de Paul Gladstone en lugar de cualquiera de los demás candidatos a dicho cargo.

»Hemos llegado, doctor Channing, a los aspectos prácticos de nuestro plan. Por el momento, podemos reducir nuestra conversación a dos cuestiones básicas: ¿pueden ustedes garantizar el nombramiento del señor Paul Gladstone para el cargo de secretario general del Consejo de Ministros de la Comunidad Europea? Y si está en sus manos, ¿lo harán?

Se hizo un silencio en el estudio del cardenal Maestroianni. Era como si cada uno de los presentes hubiera concedido permiso a los demás para retirarse a reflexionar bajo el manto de sus propios pensamientos.

Maestroianni no miró a Cyrus Benthoek, en busca de apoyo o aprobación como solía hacerlo. Benthoek era quien se sentía inusualmente incómodo. El prolongado silencio le resultaba muy irritante. No pretendía comprender las cosas al nivel del profesor, ni aspirar a leer la mente de semejante maestro. Pero tampoco alcanzaba a comprender qué le impedía a alguien tan inteligente como Channing aceptar inmediatamente la propuesta.

A decir verdad, poco era lo que pudiera retener a Channing. Cualquier duda que hubiera podido

tener respecto al cardenal Maestroianni, parecía disipada. Además, el programa propuesto por el propio cardenal parecía una estrategia adecuada, para alcanzar la alternativa elegida por el decimotercer concilio en su informe categórico.

Sin embargo, ¿no era la evaluación de los obispos por parte de Maestroianni excesivamente conveniente? ¿Estaban en realidad los obispos en dicha situación de abandono? ¿Hasta tal punto había mermado la conciencia de su fidelidad al papa, para permitir que una mayoría optara por la protección de sus propios intereses individuales?

Por fin a Benthoek el silencio le resultó insoportable. Con la esperanza de que el ruido fuera semejante al de las cataratas del Niágara, agitó los cubos de hielo y se sirvió agua mineral hasta el borde del vaso.

Channing se sobresaltó y captó la indirecta.

-Muy bien -dijo el profesor, como si la pausa no hubiera existido-. Eminencia, lo ha resumido usted de manera convincente en dos preguntas, y mi respuesta es inequívocamente afirmativa a ambas. Podemos garantizar el cargo en la Comunidad Europea para Paul Gladstone y lo haremos. Es cierto que quedan algunos detalles por ultimar, pero nada importante -aseguró.

-Por ejemplo -preguntó Maestroianni, que todavía no se sentía del todo a gusto con aquel forastero en su mundo.

-Por ejemplo el historial completo de los hermanos Gladstone -respondió Channing, para empezar por lo más evidente.

Maestroianni no pudo evitar sonreírse.

-¿Algo más, doctor Channing?

Estaba seguro de que el cardenal sería el primero en comprender que apelaba a los vastos recursos de la hermandad, y durante un prolongado período. Sería útil disponer de alguna prueba tangible de la petición de colaboración por parte de su eminencia.

-Ya que lo pregunta, eminencia, hay algo más. Algo tangible que contribuya a abrir los contactos necesarios a nivel del decimotercero.

El cardenal Maestroianni se levantó tan abruptamente de su sillón, que Benthoek temió que la petición de Channing le hubiera ofendido. Vio que Maestroianni se dirigía a su escritorio, abría un cajón y parecía manipular algún tipo de interruptores. A los pocos instantes, se oyó por unos altavoces la voz de Channing, que repetía las últimas palabras. El cardenal rebobinó la cinta, la retiró del magnetófono y la levantó con dos dedos.

-¿Bastará esta grabación para satisfacer sus requisitos?

La respuesta era innecesaria. Maestroianni introdujo la cinta en un sobre en blanco y lo sujetó como una zanahoria para tentar a un asno.

-Tengo una última recomendación antes de concluir -dijo entonces el cardenal secretario, sin acercarse de nuevo a sus compañeros-. Ya les he advertido de que nuestro actual sumo pontífice es un testarudo. Testarudo y decidido a defender la oficina papal. También he mencionado que cuenta con cierta medida de apoyo. Además, en otra época, ha tenido la energía y la determinación necesarias para derrocar algunos gobiernos.

Channing le miró con fijeza.

-¿Empieza ya a arrepentirse, eminencia?

Maestroianni se sintió menos intimidado que molesto por aquella flagrante amenaza.

-En absoluto -respondió amablemente-. No me cabe la menor duda de que en un futuro próximo podremos felicitarnos por el apoyo de una vasta mayoría de los obispos. Pero dada la terquedad de nuestro Santo Padre, y para curarse en salud, debemos anticipar la necesidad de aplicar cierta presión adicional. Una ingeniosa vuelta a la manivela, para convertir el proceso de dimisión del papa en definitivo e irrevocable.

»Usted ha dicho, doctor Channing, que aquí hablamos como miembros de una hermandad embarcada en grandes proyectos. En ese mismo sentido, le ruego ahora que comprenda que en una situación terminal como la prevista, que supone la parte más delicada y sensible de nuestra operación, es muy probable que necesitemos cierta cooperación fraternal adicional, imposible de definir en este momento y que no constará en esta grabación.

Channing se sintió aliviado. Si se trataba de «situaciones terminales» y de «una ingeniosa vuelta a la manivela», el cardenal secretario hablaba con el hombre adecuado.

-No le defraudaremos, eminencia.

Maestroianni miró a su viejo colega. Benthoek estaría también plenamente involucrado en la operación.

-¿De acuerdo, Cyrus?

-De acuerdo, amigo mío.

QUINCE

Desde aquel extraño sábado por la mañana a principios de mayo, cuando la urgente petición del Santo Padre de unas fotografías de la estatua *Noli me tangere* de Bernini le había situado cara a cara con el cardenal secretario Cosimo Maestroianni, y a pesar de los reiterados intentos del padre Aldo Carnesecca para convencerle de lo contrario, la sensación de extrañeza que Christian Gladstone experimentaba en la Roma de los papas sólo había adquirido mayor intensidad.

Cuando empezaba a apremiar el calor veraniego, el padre Aldo y Christian decidieron pasear juntos los sábados por la tarde, generalmente por la Vía Appia. Allí los dos amigos encontraban calma y soledad, entre lápidas, capillas y olivares. Puesto que había descubierto en Carnesecca a un hombre honorable, Gladstone podía desahogarse con él y desafiaba permanentemente las interpretaciones del padre Aldo de la política del papa actual.

Gladstone no comprendía por qué el papa no se limitaba a expulsar a todos los curas cismáticos y lujuriosos. ¿Por qué el reciente nombramiento de un obispo evidentemente hereje, como prior de una de las principales congregaciones papales? ¿Por qué en lugar de perseguir a los herejes había decidido el papa ensañarse con el arzobispo Lefebvre, cuando lo único que éste pretendía era defender la Iglesia? ¿Por qué censuraba el papa con tanto ahínco la operación estadounidense «tormenta del desierto»?

Carnesecca recalcaba una y otra vez el problema principal en el gobierno de la Santa Sede durante la década de los noventa: el papa estaba prácticamente maniatado tanto por parte de los obispos como de los propios funcionarios del Vaticano.

-El papa lleva una camisa de fuerza, Chris. Tiene muy poco control real.

-No me lo trago, Aldo. Es el papa.

De poco sirvieron aquellos paseos y aquellas charlas con Carnesecca para modificar la actitud de Christian respecto a la posibilidad de proseguir su carrera en Roma. En realidad, durante los ajetreados meses de mayo y junio su impaciencia por abandonar Roma llegó a ser difícil de disimular. Como había sucedido desde 1984, cuando empezó a pasar el segundo semestre de cada curso en el Angelicum, a finales de junio Gladstone se trasladaría a la ciudad de Colmar, en el nordeste de Francia. Allí había descubierto el gran tesoro del Museo Unterlinden Kloster, la obra sin par del pintor Matthias Grünewald, del siglo XVI: un enorme retablo donde se representa la pasión y muerte de Jesucristo.

Grünewald había tardado casi diez años en completar aquel gran retablo y, dado su doble compromiso docente en Roma y Nueva Orleans, Christian estaba tardando lo mismo para escribir su tesis, inspirada en la obra maestra de Grünewald. Cada año disfrutaba plenamente de las pocas semanas durante las cuales lograba sumergirse en esa labor, esa tarea de amor. Al llegar a la tercera semana de agosto, por muy apasionado que estuviera con su trabajo, regresaba a su casa de Galveston, para reunirse con su madre y con su hermana menor, Tricia. Con un poco de suerte, incluso su hermano Paul estaría en casa en esta ocasión, acompañado de su esposa, Yusai, y de su pequeño hijo, Declan.

También sería el momento de prepararse para aquella parte del curso que pasaba como profesor de teología dogmática en el seminario mayor de su diócesis en Nueva Orleans. No olvidaría pasar de nuevo unas horas con el padre Angelo Gutmacher, amigo íntimo y confesor de sus años mozos, que Christian esperaba le ayudara a disipar, por lo menos en parte, su confusión sobre Roma. En forma de anticipo, Christian le había escrito ya a Gutmacher para compartir sus debates con el padre Aldo y le había comentado la curiosa idea de Carnesecca, de que el Santo Padre podía sentirse tan desplazado en Roma como el propio Christian.

Pero antes de desplazarse a Colmar o de regresar a su casa, Christian debía enfrentarse al típico frenesí de fin de curso, que afectaba a todo el mundo en Roma. Durante las primeras semanas de junio,

sus habituales e intensas obligaciones docentes daban paso a la presión de preparar, administrar y luego evaluar los resultados de los exámenes orales y escritos de unos sesenta estudiantes, de formación muy diversa y a menudo con una preparación deficiente para cursar estudios superiores. Además, debería asistir a prolongadas reuniones con los demás miembros del claustro del Angelicum, para hacer un repaso completo del curso académico. Por consiguiente, era comprensible que toda actividad docente hubiera cesado y que la población estudiantil hubiera abandonado las diversas universidades, cuando el padre Christian podía empezar a pensar seriamente en su propia entrevista obligatoria de fin de curso con el superior del Angelicum, el maestro general Damien Slattery.

-¡Ah, hola, muchacho!

A pesar de lo avanzado de la hora, el padre Damien abrió la puerta de su estudio y, con un exuberante gesto de sus enormes brazos, le invitó a sentarse en un gran sillón junto a su vasto escritorio. El padre Damien se instaló en su propia silla, con su rebelde cabellera blanca parecida a un halo a la luz de la lámpara.

A pesar de la amabilidad con que el maestro general le había recibido, Gladstone no tardó en tener la sensación de que algo le preocupaba. Al joven estadounidense le faltaba sutileza para deducir el posible problema, pero no era propio de un cura de bajo rango interrogar a su superior. Las normas implícitas del protocolo dejaban dicha iniciativa en manos del decano.

Durante más o menos un cuarto de hora, Slattery escuchó casi con excesiva atención el resumen de Gladstone del curso en el Angelicum. Sólo le interrumpió de vez en cuando para formular alguna pregunta sobre los curas más prometedores que regresarían para seguir sus estudios. Hablaron de los problemas de los sacerdotes que no habían dado la talla. Puesto que el semestre siguiente, de setiembre a enero, Christian estaría en Nueva Orleans, el estadounidense decidió entonces concentrarse en los archivos del Angelicum.

-Está todo al día, padre general. Es decir, a excepción del inventario que inicié a principios de mayo. Falta todavía un poco de trabajo para terminarlo.

El dominico cogió con una enorme mano los papeles que Gladstone le entregó y de momento los dejó sobre el escritorio. -Procuraremos mantenerlo todo en orden durante su ausencia, padre.

Christian volvió a tener aquella extraña sensación en sus entrañas de que algo le preocupaba a Slattery.

-¿Entonces ahora se traslada a Colmar, padre Christian?

La pregunta centró la conversación en el trabajo del joven sobre el retablo de Issenheim. Christian sabía que no era necesario repasar la parte de su tesis que ya había completado, pero deseaba preguntarle al maestro general por ciertos aspectos de su opinión y elaborar un plan de trabajo para las próximas semanas en Colmar.

Una vez más, Slattery formuló un par de incisivas preguntas en forma de amable orientación. Ésa era la manera del padre Damien de dirigir la tesis.

-Cuando termine en Colmar, ¿piensa regresar sin demora a Estados Unidos, padre Christian?

-Sí, maestro general. Si no regresara a finales de agosto, ¡mi madre me decapitaría!

Habitualmente, el humor en el tono de Christian producía en Slattery alguna reacción. Pero en este caso, en lugar de responderle, el rector dominico se centró en algo que no parecía tener ninguna relación.

-Dígame, padre, durante todo el tiempo que ha pasado usted en Roma, ¿ha estado alguna vez a solas con el Santo Padre?

La confusión de Christian fue tan evidente como breve su respuesta:

-No, padre general. Todavía no... -agregó con reticencia, después de una pausa, al contemplar la invitación implícita en la pregunta.

Slattery lo comprendió por el tono de la respuesta. Gladstone cumpliría sin rechistar lo que como sacerdote se le ordenara. Pero entrevistarse con su santidad, o un trabajo íntimamente relacionado con la Santa Sede, no era lo que le apetecía. El padre Damien titubeó unos instantes, antes de tomar una decisión.

-Bien, padre -dijo, al tiempo que se levantaba de su silla-. Tal vez pensaremos en ello y lo comentaremos en otra ocasión.

Christian se puso de pie como lo exigía el protocolo y se dirigió a la puerta.

-¡Que los dulces vientos del cielo le traigan de nuevo junto a nosotros, padre Christian! -se

despidió a la irlandesa el padre Damien, con su cordial voz de barítono.

Damien Slattery se sentía incómodo consigo mismo, por su reticencia para advertirle a Christian Gladstone de los cambios probablemente previstos para él en un futuro próximo. Después de que el cardenal Maestroianni se fijara en él, a raíz del asunto de la estatua de Bernini, se había despertado un interés inusual por el estadounidense en la Secretaría de Estado. Maestroianni no solía perder tiempo con personas que carecieran de utilidad práctica. Damien desconocía los planes de su eminencia, pero sospechaba que el estadounidense, sin comérselo ni bebérselo, aterrizaría de lleno en plena confusión. Más temprano que tarde llegaría el momento en que, de algún modo, sería preciso preparar la mente y el espíritu de Gladstone para lo que le esperaba. ¿Había cometido Slattery un error, al no iniciar aquella noche dicha preparación?

Examinó algunos de los documentos que Christian le había entregado. La amplitud perceptiva y la generosa meticulosidad evidentes en todos sus informes reflejaban la formación sacerdotal de su alumno. Incluso los aspectos más tediosos de sus obligaciones como archivador habían recibido una atención inusualmente elegante.

Slattery cerró de pronto los cuadernos. Con toda probabilidad, volvería a entregárselos a Gladstone mucho antes de enero. Dios mediante, habría entonces tiempo suficiente para preocuparse por la educación del padre Christian Thomas Gladstone en el mundo real.

Por muchas veces que entrara Gladstone en el Unterlinden Kloster de Colmar para contemplar el retablo de Issenheim, siempre experimentaba la misma sensación de asombro y sobrecogimiento. Cuando lo vio por primera vez, quedó aturdido y paralizado. Su corazón, su mente y su alma se saturaron sin previo aviso. Lo que Christian vio aquel día fue una representación de la pasión y muerte de Jesucristo tan terrible, tan arrebatadora en su belleza y tan cruel en su realismo, que tardó unos momentos en recuperar la respiración.

El retablo, tallado en madera policromada, estaba formado por dos tablas fijas y cuatro móviles. El mismo Grünewald había representado cada uno de los pasos, desde Getsemaní hasta el Gólgota, con un color que parecía surgir de la propia luz. Y ésta, a su vez, parecía transfigurar el horror y trascender la hermosura. Era como si el retablo de Issenheim no fuera de madera policromada, sino un velo transparente, a través del cual el ojo de la divinidad, el éxtasis sobrenatural, lograra vislumbrar la fealdad más sobrecogedora y la degradación del mal en el mundo.

Todo tomaba forma a partir de la luz. Crecía de la luz. Iluminaba el alma de Christian. Tan sobrecogedora era la visión, que no había forma de asimilarla. Pero lo había intentado. Aquella misma tarde debía volver a intentarlo. Poco a poco, se había sentido bañado por la luz. Por el color. Por la propia esencia del sufrimiento representado. Hasta que, por fin, el propio sufrimiento se transformó en la faz del Cristo crucificado.

Christian Gladstone había encontrado su milagro.

Aquel junio, después de una reposada noche, Gladstone estaba frente al altar a primera hora de la mañana, con unas fotografías de la obra maestra de Grünewald en la mano. Su primera intención era comparar con el original las fotografías, que incluiría en su tesis doctoral, para comprobar su precisión. Pero de pronto asomó a su mente una idea, cual invitado inesperado e inseguro de ser bien recibido. Se abrió ante él una escena nueva.

Estaban otra vez a principios de mayo y se encontraba junto al padre Aldo Carnesecca, en la capilla subterránea de la casa central dominicana. Ahí estaba también el fotógrafo del Vaticano, que intentaba obtener las mejores fotos posibles del *Noli me tangere* de Bernini. Luego mandaba por fax las mejores instantáneas al Santo Padre, en Sainte-Baume.

-¡Claro! -susurró en voz alta, al recordar la expresión que Bernini había captado en el rostro de Magdalena.

Claro. Debía suceder. El Santo Padre buscaba también inspiración. Incluso un milagro. Tal vez el mismo género de milagro con el que Christian se había tropezado tan inesperadamente, hacía ya tantos años, en la cueva del Museo Unterlinden Kloster. Aunque había una diferencia. Christian trabajaba en pos de un milagro, incluso sin ser consciente de ello. Sin embargo, si su inesperada idea era acertada, el papa eslavo debía saber que buscaba un milagro.

Su asombroso descubrimiento hizo que Christian se sintiera humilde. De pronto le pareció de una

gran soberbia el riguroso juicio que le había expresado a Carnesecca sobre la política de la Santa Sede y la aparente aprobación del papa de la escabrosa conducta dentro de la Iglesia. Pudiera ser que, después de todo, Carnesecca estuviera en lo cierto. Tal vez había mucho más por ver en todo lo que sucedía, de lo que Gladstone hasta ahora había estado dispuesto a reconocer. Recordó que su hermano Paul solía decir que la soberbia era una característica de los Gladstone, y supuso que tenía razón. La soberbia era casi de esperar, en una familia cuyo lema era «sin cuartel». Y sin duda era de esperar en cualquier hijo de Cessi Gladstone. Sin embargo, ningún Gladstone había sido soberbio hasta la injusticia flagrante. No estaba dispuesto todavía a reconocer que su juicio fuera erróneo, pero por lo menos admitía que podía haberse excedido, y precipitado, en lo concerniente al papa.

-Me pregunto -se decía Christian hablando consigo mismo, durante el resto de su estancia en Colmar- si el Santo Padre encontró su milagro. Me pregunto qué descubrió en el rostro de María Magdalena.

DIECISÉIS

No cabía la menor duda de que, a finales de verano, Paul Gladstone ocuparía el cargo de secretario general del Consejo de Ministros de la CE. Por consiguiente, Maestroianni y sus más íntimos colaboradores dirigieron su atención más inmediata al delicado asunto de resolver la parte romana de la ecuación Gladstone.

Las investigaciones del cardenal secretario habían confirmado sus primeras impresiones respecto al reverendo Christian Gladstone: era un ingenuo político y un cero a la izquierda en el escalafón de poder. No obstante, las normas exigían que incluso para absorber a un pigmeo como Gladstone y otorgarle un cargo permanente en Roma, debían cumplirse todos los requisitos legales. Era preciso recurrir al propio código canónico para organizar el traslado del padre Gladstone a Roma, y éste especificaba que no se podía separar permanentemente a un sacerdote de su diócesis sin el consentimiento de su obispo.

En este caso, el obispo en cuestión era el venerable John Jay O'Cleary, cardenal arzobispo de Nueva Orleans. Los prelados vaticanos que mejor le conocían consideraban que O'Cleary podía disponer de muchísimo dinero y, por consiguiente, su precio para liberar a alguien tan valioso como Christian Gladstone de su jurisdicción no se mediría en términos monetarios. En el caso de O'Cleary, parecía que la ambición y el prestigio serían más importantes que las finanzas.

Al parecer, el cardenal de Nueva Orleans tenía aspiraciones como diplomático romano. Hasta tal punto que, por iniciativa propia, había efectuado algunas incursiones en el espinoso bosque de las relaciones entre Israel y el Vaticano. A pesar de que sus esfuerzos no habían hecho más que complicar una situación ya en sí compleja, aspiraba todavía a «beber agua romana», como solía decirse, y aquél sería probablemente el trato que anhelaba.

Sin embargo, dejando incluso aparte su ineptitud diplomática, había otros aspectos que convertían al cardenal O'Cleary en inaceptable para la secretaría vaticana: aspectos como su ortodoxia doctrinal y su apoyo al Santo Padre. Por consiguiente, el precio del cardenal estadounidense para ceder permanentemente al padre Gladstone al servicio romano, que suponía trasladar también a su eminencia a Roma, era demasiado alto. Sería preciso ajustarlo.

Dados los elementos básicos del problema, era inevitable que el cardenal Maestroianni recurriera a su recién nombrada eminencia, el cardenal Silvio Aureatini. Tanto por temperamento como por experiencia, además de la feliz coincidencia de que Aureatini y O'Cleary veraneaban en la misma ciudad de Stresa, en el norte de Italia, nadie parecía más indicado para señalarle al cardenal O'Cleary el servicio que prestaría a la Santa Sede, autorizando el traslado de Christian Gladstone a Roma.

Entretanto, y debido a los elementos más rudimentarios de la política romana, era igualmente inevitable que varios colaboradores de Maestroianni consideraran la necesidad de estar presentes en la reunión en la que se encomendaría a su venerable hermano Silvio su tarea veraniega.

La llamada telefónica de Cosimo Maestroianni a su eminencia el cardenal Aureatini en plena noche, sobre una reunión secreta de cardenales que se celebraría a primera hora de la mañana en la propia casa de Aureatini, sorprendió al cardenal en un mal momento. Esperaba ilusionado trasladarse

por la mañana a la tierra de las flores y la llovizna donde se había criado. Por norma general, los nombres que el cardenal secretario mencionó por teléfono habrían impresionado a Aureatini. En otras circunstancias, le habría encantado reunirse a la vez con cardenales de tan alto rango como Pensabene, Maradian, Karmel, Boff, Aviola, Sturz y Leonardine. Pero en aquel momento, por impresionante que fuera, no le atraía la idea de recibir a Maestroianni y a sus venerables hermanos.

Los hombres cuya llegada esperaba con cierta irritación el cardenal Aureatini aquella mañana formaban parte de la antigua tradición centrada en la Roma de los papas. A criterio de Aureatini, era una tradición de poder. Pero al propio Aureatini, íntimo colaborador de Maestroianni, se le había considerado desde el primer momento hombre de no pocos recursos. Estaba metido en todo. Era conocido como persona benigna con sus aliados y despiadada con sus enemigos, ya que no tenía verdaderos amigos, ni deseaba tenerlos. Su mente era una especie de fichero, del que podía extraer hechos, cifras, nombres y fechas con asombrosa precisión. Nunca olvidaba una cara, ni una voz. Llegó a considerársele peligroso, cualidad envidiable en su mundo.

Con el transcurso del tiempo, Maestroianni le había confiado los asuntos más importantes de política exterior y relaciones con otros Estados soberanos. Con una habilidad aparentemente inagotable, al servicio de la política de la secretaría encaminada a compaginar tanto la Iglesia como el papado con el nuevo mundo, Aureatini se había convertido en el principal colaborador de la importante elaboración del nuevo código canónico de la Iglesia universal, lo cual implicaba la extraordinaria labor de revisar las normas mediante las cuales la Iglesia se definía a sí misma, teológica e ideológicamente.

Habían logrado infiltrar la insinuación de que Roma no era más que una diócesis como cualquier otra y describir a Pedro como simple «cabeza del colegio episcopal». Pero por más que Aureatini y sus colaboradores se lo propusieran, no habían logrado eliminar el elemento más reprobable de la jurisdicción papal. El papa conservaba todavía su «poder supremo, pleno, inmediato y universal en la Iglesia, que podía ejercer en todo momento».

Por otra parte, su rango en el Rito Renovador Cristiano para Adultos en el Vaticano le facilitaba a Aureatini los medios para conseguir en realidad mucho de lo que no había logrado con el código canónico. Para empezar, le aportaba cierta útil intimidad con muchos obispos. En general, Aureatini era consciente de haberse establecido sobradamente como brillante estratega entre la nueva generación de directivos vaticanos. Pudiera ser que convertirse en cardenal no le abriera todas las puertas y ventanas, pero se había ganado un merecido lugar en el proceso de poder. Silvio Aureatini pertenecía a la cúpula.

-¡*Shalom* en esta santa casa, mi venerable hermano! -retumbó la voz del cardenal francés de Lille, Joseph Karmel, en respuesta al saludo de Silvio Aureatini, antes de entrar con decisión en la sala ayudado de su bastón y dejarse caer en el sillón más cercano, con un suspiro de satisfacción.

-¡Dios bendiga al inventor del aire acondicionado! -exclamó Cosimo Maestroianni, repitiendo el sentimiento de Karmel, aunque de forma menos poética.

Otros cuatro cardenales entraron en la sala, sin prestar la menor atención al retrato recientemente firmado del papa, que adornaba ahora el vestíbulo de Aureatini.

-¿Tiene un vaso de vino para un cardenal sediento? -fue el saludo más práctico del último en cruzar el umbral de la puerta.

El cadavérico y desgarbado Leo Pensabene era, entre otras cosas, uno de los líderes del colegio de cardenales y uno de los amigos más valiosos de Aureatini desde la época de su juventud, cuando acudieron juntos a la capilla de San Pablo en 1963. Atento a la sugerencia de Pensabene, cosa siempre sensata, Aureatini ofreció vino a los presentes. Luego, pensando en los nombres que Maestroianni había mencionado por teléfono la noche anterior, se interesó por los cardenales Leonardine, de Estados Unidos, y Sturz, de Alemania.

-No han podido venir, después de todo -respondió Maestroianni, con una mueca-. Han sido convocados para una audiencia temprana en el palacio. Ya sabe cómo le encanta hablar a nuestro sumo pontífice. ¿Estamos solos, Silvio? -agregó, como medida de seguridad.

Aureatini asintió. Debido a la premura con la que se había convocado aquella reunión, incluso su mayordomo había abandonado ya la ciudad. Mientras sus invitados se ponían cómodos, a Aureatini le pareció prudente no manifestar indicio alguno de impaciencia. Sabía que aquellos seis hombres gozaban de un reconocimiento muy superior al suyo en el mundo de los grandes al que aspiraba.

En ese mundo, donde había dos clases principales de personas, superiores e inferiores, era tan fácil captar el olor a poder e independencia de aquellos hombres, como para los sabuesos olfatear a los zorros. Su instinto para dichas cualidades, perfeccionado por la tradición romana, surgía de la dura experiencia. Los nombres y las caras de todos y cada uno de los visitantes autoinvitados de Aureatini eran conocidos a niveles inalcanzables por seres de categoría profesional inferior. Hablaban de los asuntos más sensibles sin la menor falta de delicadeza y transmitían habitualmente los conceptos más desagradables en términos cotidianos. En casos extremos, eran capaces de expresar las más repugnantes inmoralidades, así como sus horribles alternativas, en palabras que sólo otros iniciados en su mundo lograban comprender. Se encontraban entre quienes nunca carecían de fondos ni de amigos. En virtud de sus cargos, les bastaba levantar el teléfono para acceder a quien se les antojara. Tenían acreedores y deudores en lugares altos e inesperados. Podían obtener asesoramiento, capital o intervención para sí mismos o para sus intereses. Aureatini también sabía que aquellos prelados compartían muchas debilidades con el resto de la humanidad. En realidad, se había aprovechado de forma repetida de sus limitaciones y defectos para sus propios fines. Pero nunca cometería el error de un novato, ni de alguien que pretendiera alcanzar las estrellas. Nunca subestimaría el poder de aquellos hombres.

El joven cardenal procuró no manifestar su impaciencia cuando durante algún tiempo la conversación giró en torno al escándalo del Banco Internacional de Crédito y Comercio. Al parecer, todos tenían alguna noticia sabrosa acerca de los vínculos del Banco Vaticano con el BICC, su relación con Saddam Hussein y los intermediarios que habían transferido algunos billones de Saddam. Para congoja de Aureatini, el tema dio pie a una discusión sobre la próxima conferencia en Oriente Medio. Maestroianni anunció algunos nuevos nombramientos en perspectiva. Por fin, y como si de pronto recordara que el joven cardenal estaba presente en su propia casa, Maestroianni se dirigió a Aureatini.

-Venerable hermano, ¿me equivoco al suponer que está a punto de trasladarse a Stresa?

-Eso espero, eminencia, en menos de una hora.

Apenas acababan de salir las palabras de su boca, Aureatini comprendió que había cometido un error.

-No se preocupe -respondió con frígidos modales Maestroianni-. Pronto habremos terminado y su eminencia podrá viajar en paz.

Luego, dirigiéndose a los presentes, abordó el quid de la cuestión. En términos básicos, todos se habían comprometido desde hacía mucho tiempo a una campaña para impedir la continuidad a largo plazo del actual papado. Todos conocían la decisión tomada el mes anterior en Estrasburgo. Y Maestroianni se había esforzado en informar a sus íntimos colegas sobre la importante cooperación a la que se había comprometido hacía unos días el doctor Channing.

No obstante, los datos puntuales mencionados por Maestroianni sirvieron para afilar la espada del compromiso. Ahora pisaban todos un terreno inexplorado, sin ningún mapa para orientarse. Cuanto más avanzaban, más virgen era el territorio. En cierto sentido, tanteaban su propio camino. En tal situación y entre hombres que no confiaban en nadie, las decisiones compartidas los obligaban a erguir la espalda y a confirmar su compromiso como testigos y participantes.

Todos prestaban gran atención a las palabras de Maestroianni, conforme avanzaba punto tras punto. A fin de ahorrar tiempo y definir el contenido, había preparado una carpeta con documentos aclaratorios de la posición de cada uno de sus colegas. Además, había introducido en su léxico conspiratorio los nuevos términos de «alternativa elegida», que al oírlos en boca del doctor Channing le habían parecido una descripción tan precisa de lo previsto para el papa eslavo, que el cardenal había decidido apropiárselos.

-Nuestra alternativa elegida depende de la implantación de dos jóvenes estadounidenses, como pilares de nuestro puente al ancho mundo. Como ya les he explicado a cada uno de ustedes, el doctor Channing asegurará el nombramiento del joven y capacitado protegido de Cyrus Benthoek, Paul Gladstone, como base europea de dicho puente. Encontrarán su currículum en los documentos de sus carpetas. En lo que a nosotros concierne, nuestro joven socio aquí presente -dijo Maestroianni, después de dirigir su atención a Aureatini- se ocupará de embarcar a nuestro hombre en el ámbito de la alternativa elegida.

En aquel momento, la pregunta más acuciante en el alma de Aureatini era: ¿por qué yo? Pero puesto que nadie en aquel refinado mundo sería tan grosero como para formular tal pregunta y, además,

no se le había informado todavía acerca de su misión, la pregunta que brotó de sus labios fue:

-Semplice o no?

A forma de respuesta, Maestroianni introdujo la mano en su maletín, sacó otro conjunto de carpetas y las distribuyó entre sus socios.

-Gladstone, Christian Thomas -leyó el cardenal Pensabene en voz alta, antes de digerir la información con su habitual agudeza-. Sorprendente -musitó, sin dirigirse a nadie en particular-. Pero trabajarán para nosotros.

Otros se mostraron más escépticos. Los cardenales decanos ya habían decidido que Christian Gladstone no suponía ningún problema. Pero la madre de aquel joven todavía los inquietaba. Con tanto dinero, y unos vínculos familiares tan antiguos e influyentes con la Santa Sede, la señora Francesca Gladstone gozaba de demasiado poder.

Maestroianni no discrepaba, pero su opinión era la misma que el primer día. Al igual que habían resuelto muchos otros problemas a lo largo de los años, también solucionarían éste sobre la marcha.

-En todo caso -agregó con optimismo-, este joven clérigo es en sí mismo nuestra llave de acceso a la viuda Gladstone. Es la clave de todo.

Aceptado lo dicho, el vínculo particular de Aureatini con la iniciativa pasó por fin a primer plano.

Maestroianni se puso las gafas para leer y llamó la atención de los presentes en el documento relativo al superior del padre Gladstone, su eminencia el cardenal O'Cleary de Nueva Orleans.

-Parece que nuestro venerable hermano estadounidense ha descubierto los placeres del encantador lago Maggiore como lugar de veraneo.

-Sí, eminencia -respondió Aureatini, sin necesidad de consultar el documento-. Ha estado en Stresa los tres últimos veranos. Se aloja en el hotel Excelsior la última semana de julio y las dos primeras de agosto.

-¿Entonces debo suponer que le conoce?

-Sí, eminencia. Siempre quiere que le cuente las últimas noticias...

-¿Tiene suficiente amistad con él para convencerle de que autorice al padre Gladstone a trasladarse el año entero a Roma?

Aureatini permaneció impasible. Durante un breve instante, especuló fríamente que el plan de los nuevos puentes y de la alternativa elegida dependía de su respuesta. Tan satisfactoria era la idea, que decidió prolongar unos momentos la evidente tensión que había descendido de pronto sobre sus poderosos invitados.

-Habrá dificultades, eminencia.

El cardenal Maestroianni le lanzó una glacial mirada de incredulidad por encima de las gafas. No era propio de Silvio Aureatini cometer dos errores en una década, ni mucho menos en una hora.

-¿A saber?

A pesar de que Maestroianni apenas lanzó su pregunta en un susurro, bastó para que Aureatini recuperara el sentido común. -Esencialmente, su eminencia el cardenal O'Cleary es quien quiere trasladarse a Roma -respondió de manera sumisa el joven cardenal.

-¿Y bien? -replicó escuetamente Maestroianni, para indicar con toda claridad que resolviera dichos detalles a su discreción-. Organice lo que crea conveniente, venerable hermano Silvio, a condición de que el cardenal O'Cleary no acabe en la puerta de nuestra casa. Estoy seguro de que encontrará una forma adecuada de recompensar a su eminencia de Nueva Orleans por cooperar con nosotros y satisfacer las necesidades del padre Gladstone. Contará con el pleno apoyo del los presentes. Yo mismo seré la guinda del pastel, en el supuesto de que lo haya. ¿Está claro?

-Sí, eminencia.

Después de someter a Aureatini y de obligarle a obedecer, su eminencia el cardenal Maestroianni pinchó la burbuja de la tensión. Se levantó de su sillón y se golpeó satisfecho el pecho con la palma de las manos.

-¡Esto es vigorizante, venerables hermanos! ¿Qué les parece si dejamos que el hermano Silvio prosiga con sus preparativos? Está impaciente por trasladarse a su querida Stresa.

Aureatini movió la cabeza, pero en aquella ocasión tuvo la sensatez de guardar silencio. Había cometido más de un error esa misma mañana. Debería transcurrir mucho tiempo antes de poder cometer otro.

DIECISIETE

Los rayos oblicuos del sol del atardecer penetraban con tal ángulo en la terraza del lujoso hotel Excelsior de Stresa que inducían al cardenal John Jay O'Cleary a cerrar los ojos, apoyar la cabeza en el respaldo de su sillón y cobijarse al calor de un placentero estado de somnolencia. El sueño estaba a punto de arrebatarlo por completo, cuando una sombra oscureció el resplandor rojizo tras sus párpados e incrementó la fresca brisa procedente del lago Maggiore. O'Cleary se estremeció ligeramente y abrió los ojos.

-¿Le he molestado, eminencia?

El cardenal estadounidense levantó la cabeza con los párpados entornados y tuvo la sensación de que debía reconocer al hombre de ropa informal que tenía delante. Sus ojos azules como el hielo y sus facciones aguileñas formaban una imagen casi reconocible en su mente, pero no lograba enfocar su memoria. Miró a lo largo de la terraza, con la esperanza de que el arzobispo Sturz o alguno de los demás clérigos presentes acudieran en su auxilio, pero todos parecían sumidos en su charla o en su juego de naipes.

Era propio de la discreción de Silvio Aureatini, y sobre todo de su sentido específico del deber, no manifestar el enojo que le embargaba por no haber sido reconocido al momento. En su lugar, se presentó de nuevo con toda amabilidad, aclarando su nombre, su rango de cardenal y su estrecha relación con su eminencia el cardenal Maestroianni, de la secretaría del Vaticano. Luego, cuando las facciones de su objetivo reflejaron haber asimilado dicha información, acercó una silla y se instaló cómodamente junto a O'Cleary. Le recordó a su compañero las dos o tres ocasiones en que se habían hablado en veranos anteriores, al tiempo que lamentaba haber tenido tan poco contacto con el prelado estadounidense. A pesar de la brevedad de sus conversaciones, confesó Aureatini, las observaciones de su eminencia habían sido tan interesantes y su altruista interés por Roma tan reconfortante, que todos sus encuentros habían sido muy placenteros.

Las facciones aguileñas de Aureatini configuraron una sonrisa. No había otra alternativa, declaró, aquel verano tendría que ser diferente. Su eminencia el cardenal O'Cleary debería dedicarle un poco de tiempo a un pobre romano.

Un encuentro tan ostensiblemente casual con alguien como Silvio Aureatini, le pareció a John O'Cleary normal. Todo el mundo sabía que la mayoría de los clérigos que veraneaban en la región solían encontrarse en Stresa, y todos los que ostentaban cierto rango en el escalafón clerical acudían al hotel Excelsior. Por consiguiente, el estadounidense reaccionó como siempre lo hacía ante una amable propuesta. Le suponía a su interlocutor la misma buena disposición que espontáneamente le caracterizaba. Pero además, O'Cleary poseía el alma de un párroco y el corazón de alguien que desea ser amado.

O'Cleary pidió un par de copas, un Jack Daniel's para él y un Campari para el italiano, y procuró disimular sus esfuerzos por recordar qué observaciones había hecho en años anteriores, que tan interesantes le habían parecido a un colaborador del gran cardenal Maestroianni. Sin embargo, le alegró comprobar que Aureatini parecía contentarse con una charla superficial. Debidamente informado, el italiano elogió las posibilidades de pesca de la zona, y pareció sorprenderse y alegrarse de forma sincera cuando O'Cleary le habló de sus modestos éxitos como pescador de lanzado.

-Eso fue hace muchos años, evidentemente -dijo el estadounidense, para que Aureatini no creyera que tenía tan poco que hacer en Nueva Orleans, que pasaba los días pescando en el lago Pontchartrain-. Dispongo de muy poco tiempo hoy en día para esos placeres -agregó mientras se pasaba la mano por su todavía frondosa cabellera canosa, e intentaba aplastar un rebelde remolino.

-Por supuesto -asintió, solidario, el italiano-. Hoy día todo se ha puesto tan difícil que hemos de sacrificarnos si deseamos el éxito de la Santa Sede en la nueva evangelización del mundo.

La observación de Aureatini le pareció a O'Cleary tan directa y singular que agudizó lo que esperaba fueran instintos romanos. Si alguien estaba dispuesto a sacrificarse por la Santa Sede, y culminar su carrera con un cargo en el corazón de la misma, éste era él. Sin embargo, se percató al momento de que debía de haber creído ver demasiado en dicho comentario, porque Aureatini empezó a contar una serie de anécdotas sobre la pesca en los ríos de la región cerca de su casa paterna en Ticino.

-¿Entonces usted es de esta zona, eminencia? -preguntó O'Cleary, procurando no parecer decepcionado.

-Nacido y criado aquí. ¡A veces pienso que el Todopoderoso ha plantado estas magnolias y los cipreses y las clemátides y las wistarias sólo para mí! -respondió Aureatini, antes de preguntarse, como bajo el influjo de una inesperada inspiración, si a O'Cleary le gustaría saborear los placeres de aquella encantadora región con un simple lugareño como él-. Si quiere que le sea sincero -prosiguió en un susurro, como si le confiara un gran secreto, con la mirada anhelante puesta en el lago-, lo que mayor placer me proporciona durante las vacaciones es salir en barco a primera hora de la mañana por el lado oeste del lago. Si le apetece salir de excursión antes del amanecer, eminencia, tal vez podría acompañarme algún día ahora que ambos estamos aquí -agregó, después de mirar de nuevo a su interlocutor.

-¡Tanta amabilidad me abruma, eminencia!

No fue precisamente anhelo lo que sintió el cardenal yanqui cuando entornó los ojos para contemplar a su vez el lago. El colmo del placer veraniego para *John* Jay O'Cleary, o Jay Jay -como le llamaban sus amigos-, consistía en quedarse en cama y dormir hasta el mediodía. No obstante, el comentario sobre los sacrificios necesarios para el éxito de los esfuerzos evangélicos de la Santa Sede estimulaban la apreciación de cualquiera por el amanecer. En particular, si la persona en cuestión aspiraba desde hacía tiempo, como O'Cleary, a seguir su carrera en Roma.

Cada verano, Silvio Aureatini contaba con sus vacaciones en aquel privilegiado paraje veraniego, para relajarse de la tensión de la vida romana. Todavía pescaba en los tres ríos de Maggiore. Pasaba días tranquilos con la gente común de su ciudad natal de Ticino y sus alrededores, y hablaba el dialecto local con los agricultores, los comerciantes y los pescadores. Dedicaba muchas horas de relajación a sus ancianos padres. Y todo le sentaba de maravilla. Poco importaba que no recordara las viejas lecciones pastorales con las que todavía vivía la gente de aquella región. Lo importante era poder bajar la guardia durante algún tiempo. Para manifestar el amor por sus padres, evitaba cualquier trastorno de la simple y tradicional aceptación que él había rechazado.

Otro tanto hacía con los habitantes de los antiguos pueblos dispersos por el oeste del lago Maggiore que frecuentaba, aunque nunca recitaba con ellos el rosario ni oía sus confesiones. A los lugareños les parecía curioso que no lo hiciera, pero no dejaban de respetarle, y sentían aprecio por él. No había más que preguntarle al zapatero del pequeño pueblo de Cannobio, que todos los años fabricaba los zapatos de hebilla que su eminencia necesitaba. Los habitantes de Baveno se sentían orgullosos de que el maravilloso vino tinto de su pueblo fuera el predilecto de su eminencia. Podía incluso vérsele pasear por el modesto pueblo de Arona -donde lo único moderadamente interesante era una capilla románica- con un arrugado sombrero de paja para protegerse del sol.

Para Aureatini, el lugar era un puerto seguro durante el verano. Allí se aislaba una breve temporada de la vida romana y del género de persona en la que se había convertido. Sin embargo aquel año sería diferente. Una misión oficial y cínica respecto a su eminencia John Jay O'Cleary de Nueva Orleans le obligaba a introducir en su buen puerto las tensiones de la vida vaticana. Pero, a fin de cuentas, a Aureatini le molestaba dicha intrusión.

Con el siempre alegre y aparentemente incansable Silvio Aureatini como guía y compañero, el cardenal O'Cleary no tardó en convertirse en un experto en las amenidades de aquel privilegiado rincón de la Italia septentrional. No le importaba sacrificar el sueño para salir a navegar con Aureatini y contemplar la salida del sol sobre una retahíla de islas, a lo largo de la orilla oeste del lago Maggiore. Oyó cómo Aureatini le contaba que, en el siglo XVI, la familia Borromeo había enriquecido aquel rincón del lago con la construcción de soberbios palacios. Descubrió que Isola Bella se llamaba así en honor a la condesa Isabella Borromeo, por decisión de su marido, Carlo, después de que ambos visitaran el elegante castillo construido en aquella isla por otro Borromeo, el conde Vitaliano. O'Cleary se mostró sorprendido y divertido al ver el castillo.

-No cabe duda de que su conde Vitaliano tenía una gran imaginación.

-Digamos, eminencia -sonrió Aureatini-, que los Borromeo han dejado una marca más profunda en la geografía de esta tierra que en su política. Confiamos en hacerlo mejor en Roma.

Eso era lo curioso del cardenal Aureatini. Siempre salía con algún comentario parecido. Dondequiera que fueran durante las tres semanas de vacaciones de Jay Jay, Aureatini hacía siempre algún sugerente comentario respecto a su trabajo, a su acceso a importantes niveles del gobierno de la Iglesia o a la crisis vigente en la misma. Con cada comentario, O'Cleary levantaba de nuevo la antena de sus ambiciones personales. Pero, en cada ocasión, Aureatini cambiaba al instante de tema apenas haberlo iniciado.

El segundo domingo de agosto, en la víspera de su regreso a Estados Unidos, la tensión era casi inaguantable. Por consiguiente, O'Cleary rechazó la invitación de su eminencia a una excursión de despedida y prefirió agradecer su extraordinaria amabilidad con un almuerzo, disfrutando de la tranquilidad sedentaria del comedor del Excelsior.

El cardenal O'Cleary, que se había tomado la libertad de encargar con antelación la comida para ambos, esperaba a Aureatini en la terraza del hotel.

-Espero que le guste el pez raya, eminencia. Según el cocinero, la captura de esta mañana ha sido excepcional.

El cardenal Aureatini declaró que le encantaba. Luego, cuando entraban juntos en el comedor, le preguntó inocentemente a su eminencia si se alegraba de regresar a su casa.

-Debe de haber empezado a echar de menos Nueva Orleans.

-Por supuesto -respondió O'Cleary con todo el entusiasmo del que fue capaz-. Y usted, eminencia, ¿cuánto tiempo se quedará todavía por aquí?

Aureatini suspiró cuando se sentaban ambos a la mesa.

-Una semana o dos, eminencia. A no ser que Roma... Bueno, ya sabe a lo que me refiero.

O'Cleary sólo podía imaginar la gravedad de los asuntos que pudieran interrumpir las vacaciones de aquel respetable caballero.

-Esperemos que pueda disfrutar el mayor tiempo posible de este paraíso -respondió con generosidad antes de decidirse a encaminar la conversación, puesto que era ahora o nunca, a lo que le interesaba-. Luego, eminencia, supongo que regresará a la Santa Sede.

-En efecto, eminencia -respondió Aureatini con otro suspiro. Cuando se retiró discretamente el camarero, el cardenal se consoló con un buen bocado de pescado y un generoso trago del excelente vino que O'Cleary había elegido. En ciertos sentidos, aquel estadounidense no era un mal individuo.

La naturaleza no había dotado a John O'Cleary para la esgrima dialéctica. Su mejor forma de resolver lo que le preocupaba consistía en abordarlo directamente. Y así lo hizo.

-He pensado en lo que me ha dicho, eminencia, desde que empezó a hablarme con toda confianza. Está usted en lo cierto cuando dice que debemos estar dispuestos a sacrificarnos por la Santa Sede, en su estado de constricción actual. Siento una gran compasión por el Santo Padre. ¡Su trabajo es muy penoso!

Aunque O'Cleary era algunos años mayor que él, Aureatini asintió con paternalismo.

-Supongo -sonrió con humildad O'Cleary-, que un pobre cardenal provinciano como yo no puede hacer gran cosa, a excepción de cumplir con sus obligaciones habituales. No obstante, confío en que su eminencia sea consciente de que, personalmente, estoy por completo a la disposición de la Santa Sede.

Aureatini permitió que se dibujara en sus labios una sonrisa de agradecimiento. Conocedor a su vez de las sutilezas de la pesca de lanzado, sabía que su presa había mordido el anzuelo.

-Lo que necesitamos en el Vaticano, eminencia, son personas, simplemente personas.

-Incluso yo -dijo O'Cleary, con la esperanza de que su tono fuera lo suficientemente desapasionado como para transmitir una indiferencia plena y desinteresada-, con el perdón de su eminencia por la referencia personal, he contribuido con mi granito de arena en este sentido.

Aureatini supuso que se refería a su absurda intervención en Oriente Medio.

-Lo sabemos, eminencia, lo sabemos. Y, créame, sus esfuerzos son muy apreciados. Somos conscientes de que Nueva Orleans ha sido y seguirá siendo un baluarte de apoyo y lealtad respecto a la Santa Sede.

Aureatini se irguió en su silla y miró a su alrededor, como si le preocupara ser oído por otros clérigos de vacaciones que se hallaban en mesas cercanas.

-Tal vez hay algo que su eminencia podría hacer para estos pobres administrativos romanos. Lo que voy a revelarle ahora, eminencia, es estrictamente confidencial. Afecta a muchos gobiernos en Europa y, a fin de cuentas, como es obvio, a su propio gobierno de Estados Unidos -dijo, al tiempo que

bajaba el volumen de su voz, de forma que O'Cleary tuvo que acercarse para oír sus palabras-. He sabido por boca de su eminencia el cardenal Maestroianni...

La mención de dicho nombre surtió el efecto que Aureatini había anticipado.

-¿El cardenal Maestroianni está aquí? -preguntó O'Cleary casi atónito.

El italiano se llevó un dedo a los labios para indicar una vez más la naturaleza confidencial de la conversación. En realidad, no hubiera sido necesario interrumpir las vacaciones de Maestroianni para pedirle que se trasladara a Stresa, pero tampoco estaba de más cierta seguridad adicional, para consolidar la cooperación de O'Cleary. Además, a Aureatini le había producido cierta satisfacción particular reservarle una habitación al cardenal decano en una simple pensión de Isola dei Pescatori.

-Sí -susurró Aureatini-. Su eminencia llegó ayer... para hablar de este asunto. Evidentemente, viaja de incógnito. Se hospeda en Isola dei Pescatori. ¡Le encantan los lugares sencillos! Le gusta pasear con unos vaqueros y una camisa, y tomar un vaso de vino en los bares con las personas que nunca se relaciona en Roma.

-¡Esto, eminencia, es maravilloso! -exclamó O'Cleary conmovido.

-Realmente maravilloso, eminencia. Lo que ha impulsado al cardenal a venir con tanta urgencia ha sido nuestra absoluta necesidad de un hombre de nivel medio en el escalafón. Y su eminencia es la única persona que puede ayudarnos a conseguirlo.

O'Cleary se sentía dividido entre su deseo de manifestar su propia disposición y la enorme decepción de comprobar que él no parecía ser el objeto de tan urgente interés por parte del Vaticano. Por consiguiente, no le quedaba más alternativa que seguir escuchando a Aureatini.

-El nombre de la persona en la que ha pensado su eminencia es el reverendo Christian Thomas Gladstone. ¿Lo recuerda su eminencia?

Con sus conflictivas emociones ahora mejor controladas, el cardenal O'Cleary asintió.

-Por supuesto, eminencia. Un joven sacerdote extraordinario.

Conozco a su familia desde hace mucho tiempo. Pero el padre Christian ya pasa la mitad de todos los años en Roma.

-Sí, sí, ya lo sabemos, eminencia. Pero el cardenal me ha asegurado que lo necesitamos de forma permanente. Además, a partir del próximo setiembre.

Cuando a O'Cleary se le nubló momentáneamente la mirada, como acosado por un avasallador pensamiento, Aureatini movió la cabeza para fingir que lo entendía.

-Comprendo que en realidad es imposible, además de injusto. Roma no debe vaciar las diócesis de sus mejores...

-No, no, eminencia -exclamó O'Cleary, aparentemente alarmado-. Lo que pretendo decir, eminencia, es que si Roma necesita a Gladstone, lo tendrá. En realidad, como su inmediato superior, se lo garantizo.

Ahora era Aureatini quien parecía conmovido.

-*Dio mio!* ¡Al cardenal le encantará su sacrificio! Estoy seguro de que querrá agradecérselo en persona. Esta noche he organizado una cena con él. En Mammaletto, de la Vía Ugo Ara. Al cardenal le encanta la langosta. Pero su eminencia a lo mejor preferirá su excelente lubina.

O'Cleary apenas daba crédito a sus oídos.

-¿Quiere decir que...?

-Quiero decir, eminencia, que el cardenal Maestroianni se sentiría muy decepcionado si no pudiera usted cenar con nosotros. No puedo aceptar un no como respuesta.

Nunca se le habría ocurrido a O'Cleary rehusar una invitación a una velada íntima con el mítico Cosimo Maestroianni. Pero al cerrar durante un brevísimo instante los ojos, el doloroso pensamiento que le había acechado antes casi tomó posesión de su cuerpo. Vio en su mente el orgulloso rostro de la denodada Francesca Gladstone, que le advertía que se había precipitado. Sería preciso un milagro para superar la fuerza de sus objeciones a la propia Roma, para no hablar de la perspectiva de su hijo Christian permanentemente en dicha ciudad.

-¿Le parece bien que pase a recogerlo? -sugirió Aureatini-. ¿A eso de las ocho?

-¿Lubina, ha dicho?

El cardenal O'Cleary abrió los ojos y, por lo menos en aquel instante, alejó de su mente el poderoso rostro de Francesca Gladstone.

A solas en sus habitaciones del hotel Excelsior, a Jay Jay O'Cleary le sorprendió la rapidez con que se desvaneció toda sensación de júbilo. No tenía la menor sospecha de que Aureatini lo utilizara, con o sin cinismo. Sin embargo, en algún recoveco de su corazón sabía que aquellos romanos eran demasiado sutiles para él.

John Jay O'Cleary no guardaba ningún parecido evidente con Silvio Aureatini. Su amable boca era un sincero reflejo de su corazón. Sus ojos, situados demasiado cerca de su nariz, expresaban las estrechas dimensiones de su visión del poder potencial, que sólo no poseía por el hecho de no ejercerlo. Su porte grave y patoso parecía emular su esforzado proceso de pensamiento y argumentación.

No obstante, el concepto expuesto por el cardenal Aureatini no era desconocido para el benigno O'Cleary. En realidad, era la misma idea que circulaba por casi todos los episcopados del mundo entero, y que el propio cardenal Maestroianni intentaba manipular, a fin de generar un criterio común entre los obispos contra el papa eslavo. Por consiguiente, aquel domingo por la tarde lo que motivaba los pensamientos del cardenal O'Cleary tenía mucho menos que ver con un mandato apostólico que con la ambición personal y unos intereses puramente egoístas.

Su eminencia se dejó caer agobiado en un sillón. Por fin la vida parecía surtir un efecto deprimente. Era demasiado irónico que Christian Gladstone, que no ocultaba su desprecio por la vida clerical en Roma, fuera requerido con urgencia y sin explicaciones, cuando el propio O'Cleary permanecería en el remanso clerical de Nueva Orleans.

O'Cleary no se engañaba respecto a Roma. Sin embargo, su personalidad le inducía a pensar en Roma como la había conocido en los viejos tiempos, cuando frecuentaba la cancillería. En la época en que Roma no suponía un peligro para la fe, ni minaba la convicción de que todavía predominaba el amor a Dios y a Jesucristo. En general, la Roma de O'Cleary estaba desprovista de cinismo y penetrante inhumanidad. En su mejor época, predominaba todavía la solidaridad del amor cristiano.

O'Cleary todavía prefería tratar con su mundo en dichos términos. No porque no fuera consciente de que las cosas habían cambiado, sino porque había elegido enfrentarse al cambio de un modo diferente al de la mayoría de sus colegas episcopales. E incluso ahora, después de casi una década como cardenal arzobispo de Nueva Orleans, seguía convencido de que con justicia y amor como motivo, y apoyado por el peso de su autoridad, su mensaje sería oído y aceptado.

A lo largo de los años, desde que ejercía el cargo de cardenal arzobispo de Nueva Orleans, había tenido frecuentes problemas con los Gladstone de «La casa azotada por el viento». Pero gracias a su sabiduría innata había sabido evitar enfrentamientos directos con ellos. Por consiguiente, nunca cometió los errores de su predecesor, el poderoso, exuberante y supuestamente megalómano cardenal Jean de Bourgogne.

Bourgogne, en un alarde de soberbia, le escribió una carta a Francesca Gladstone, ama de «La casa azotada por el viento», con la afirmación completamente falsa de que «el Santo Padre y el Consejo vaticano habían abolido la vieja misa romana y prohibido a todos los católicos cualquier relación con la misma».

Francesca mandó al cardenal una respuesta que éste no había siquiera anticipado: «Como ama de "La casa azotada por el viento" -le contestó a su eminencia- no permitiré la destrucción de la misa romana en mi capilla. Me amparo en nuestro privilegio perpetuo número setenta y siete del Código Canónico, según el cual los Gladstone gozamos de un derecho papal que no puede ser abolido, subrogado ni anulado por un decreto eclesiástico de ningún estamento de la Iglesia, sino sólo por acción directa y personal del propio papa. Además, propongo iniciar un proceso legal, por vía civil y canónica, si es necesario.»

Bourgogne, a través de su representante en Roma, intentó anular el privilegio de los Gladstone, pero, por buenas razones, se le ordenó que desistiera.

Desde que en 1982 había sucedido a Bourgogne como cardenal arzobispo de Nueva Orleans, su conducta respecto a los Gladstone había sido más sensata y prudente. A pesar de que su deseo natural era el de convencer a la dueña de «La casa azotada por el viento» de su punto de vista, para congoja del cardenal, Cessi Gladstone se había declarado persistentemente decidida a evitar «los mejores y los peores esfuerzos de los clérigos para privar a la Iglesia de su valor sobrenatural, como Iglesia única y verdadera de Jesucristo». Como de costumbre, el deseo natural de O'Cleary había cedido el paso a su

precaución innata. Por regla general, se mantenía a una distancia prudencial de «La casa azotada por el viento».

Aquel domingo por la tarde en Stresa, mientras sopesaba el hecho irritante de que su relación con los Gladstone, de «La casa azotada por el viento», se había convertido de pronto tanto en la clave como en el escollo de sus ambiciones romanas, John O'Cleary tenía la creciente sensación de encontrarse en un laberinto. No cabía la menor duda de que Francesca Gladstone arrojaría toda su influencia para impedir el traslado permanente de su hijo a Roma. «Los que van a Roma pierden la fe», había dicho en más de una ocasión. Peor todavía y basándose en su propia experiencia en Roma, nadie podía reprocharle a Christian Gladstone que compartiera dicho criterio. No obstante, si no colocaba a Christian en manos del cardenal Maestroianni como lo había prometido, O'Cleary podía despedirse de toda esperanza de culminar su carrera a orillas del Tíber.

La ambición de O'Cleary se impuso por fin a su aversión por los Gladstone. Pudiera ser que no se le hubiera abierto todavía la puerta de Roma, razonaba Jay Jay, pero tampoco se le había cerrado. ¿No se había mostrado Aureatini ya más que generoso, al reconocer el valor de Nueva Orleans? ¿No había llegado incluso a calificar a Nueva Orleans de baluarte de lealtad a la Santa Sede? Qué duda cabía de que si entregaba a Christian Gladstone al cardenal Maestroianni, como lo había prometido, llegaría el momento de recibir su justa recompensa.

Entonces O'Cleary se centró en su próximo problema: encontrar a Christian Gladstone y obtener su consentimiento para ser trasladado permanentemente a Roma. Consultó su reloj. Eran ya las cuatro. Eso significaba las nueve de la mañana en Nueva Orleans. Decidió utilizar el curioso servicio telefónico de Stresa y hablar con su vicario general en la diócesis de Nueva Orleans, monseñor Pat Sheehan. Después de una hora de espera, súplica y adulación de numerosas telefonistas, en una mezcla de inglés e italiano, a su eminencia casi le brotaron lágrimas de alegría cuando oyó la voz tranquila y familiar de Pat Sheehan.

-¿Pat? -exclamó O'Cleary, con el crujido de fondo de las oxidadas líneas telefónicas de Stresa.

-Sí. ¿Con quién hablo?

-Soy yo, Pat. Jay Jay.

-En nombre de todo lo sagrado, ¿dónde está usted? ¡Parece que hable por una lata sujeta a un cordel!

O'Cleary se rió con tanto placer que se preguntó si en el fondo Aureatini no tendría razón. Pudiera ser que echara de menos Nueva Orleans.

-Estoy todavía en Stresa. Esto está lleno de palacios y excelentes caladeros para pescar. Pero creo que todavía no han descubierto la fibra óptica.

Una de las muchas ventajas de Pat Sheehan como vicario general era su agilidad mental. En un santiamén, el monseñor había comprendido la situación y, como era de esperar, sabía exactamente dónde encontrar al padre Gladstone.

-Está en la residencia dominica de Colmar, Jay Jay. Trabajando en su tesis. Según el programa que me comunicó por teléfono, emprenderá el viaje de regreso a Galveston en un día o dos.

O'Cleary refunfuñó. Si el padre Christian regresaba a Galveston, iría indudablemente a «La casa azotada por el viento». Y aquello significaba que se imbuiría una vez más de los valores tradicionales que todavía imperaban en aquel lugar. De pronto le resultó atractiva la idea de postergar el asunto del traslado de Gladstone a Roma hasta setiembre, después de su estancia veraniega con su familia. En todo caso, entonces, debería presentarse en Nueva Orleans para dar clases en el seminario. Pudiera ser que aquél fuera el momento oportuno para plantearle el cambio propuesto en su carrera.

Sheehan expresó su desacuerdo con firmeza y serenidad.

-Si tratara con cualquier otro cura de la diócesis, no importaría cómo lo planteara. Pero los Gladstone no carecen de influencia.

-Dígame algo que yo no sepa -refunfuñó O'Cleary.

-En mi opinión, Jay Jay, lo peor que podría hacer sería plantearle la propuesta de improviso al padre Christian, cuando ni usted ni él dispongan de tiempo alguno antes de su supuesta llegada a Roma. Si espera y él se muestra reticente, no dispondrá de tiempo para maniobrar. Además, Jay Jay -dijo Sheehan, procurando alentar a su superior-, creo que subestima al muchacho. Necesitará tiempo para reflexionar. Debe resignarse. Y cuando haya oído la propuesta, es muy probable que desee hablar de ello

con su madre. Pero Gladstone tiene un parecer tan independiente como pueda haberlo sido el de su madre. Tomará su propia decisión.

Una ojeada al reloj le bastó a O'Cleary para tomar su decisión. Sólo disponía de tiempo para tomar una ducha, antes de que llegara Aureatini para acompañarlo a cenar con el cardenal Maestroianni.

-Dígame, Pat, ¿tiene usted el número de teléfono de Gladstone en Colmar?

-Un momento -respondió, antes de hacer una pausa para remover unos papeles-. Sí. El número es tres, dos, ocho, cuatro...

-No, Pat -dijo Jay Jay, alegando que no tenía tiempo-. Ocúpese usted. Pídale al joven Gladstone que sacrifique unos momentos de sus vacaciones para visitar a su pobre arzobispo, de camino a Galveston. Abandonaré Stresa, de regreso a Nueva Orleans, mañana. Resérvele hora en mi agenda a su discreción.

DIECIOCHO

Poco antes de las siete del lunes por la tarde, la hora convenida con monseñor Pat Sheehan durante la inesperada llamada del vicario general a Colmar, Christian Gladstone se apeó de un taxi y llamó a la puerta de la residencia episcopal del cardenal Jay Jay O'Cleary en Nueva Orleans.

La hermana Claudia Tuite, vestida a la moda y con una curiosa toca, abrió la puerta y permitió que Christian se resguardara del chaparrón veraniego. Con una tolerancia que reservaba para todo clérigo de rango inferior al de cardenal, respondió al saludo de Gladstone con una leve inclinación de la cabeza, cogió escrupulosamente su impermeable con dos dedos, como si se dispusiera a soltarlo cuanto antes en una solución antiséptica, y se retiró de manera silenciosa para comunicarle su llegada a su eminencia.

Mientras se dirigía a solas hacia la familiar sala de estar, Christian empezó a reflexionar sobre la entrevista en perspectiva con el cardenal. Como la mayoría de los sacerdotes en la diócesis de Jay Jay, sabía que podía evaluar el tono de lo que le esperaba por el tiempo de espera. Por consiguiente, comprendió lo evidente cuando a los pocos segundos apareció en la puerta el segundo secretario del cardenal.

Debido a su anhelo por ascender en el escalafón eclesiástico, el padre Eddie McPherson trataba a la mayoría de los clérigos visitantes como rivales que aspiraban al favor del cardenal. Había pisoteado a más de un cura de la diócesis y en general se le consideraba como a uno de esos clérigos oportunistas, consagrados en cuerpo y alma al sol naciente. Alguien como Gladstone, que no sólo pertenecía a una familia adinerada, sino que visitaba Roma con mucha frecuencia, le ponía los pelos de punta.

-Su eminencia le recibirá ahora, padre -declaró formalmente McPherson en un tono inexpresivo, al tiempo que gesticulaba en dirección al pasillo que conducía al estudio de su eminencia.

-Lo suponía, Eddie, puesto que ha sido él quien me ha llamado.

También en guardia por la frialdad de McPherson, Christian avanzó por el pasillo, entró en el estudio del cardenal y dejó que el segundo secretario cerrara la puerta a su espalda.

De nuevo a solas, Gladstone se familiarizó una vez más con la sala: el escritorio tras el que se sentaría seguramente su eminencia, la baja silla frente a la mesa que garantizaba la altura superior del cardenal respecto a la mayoría de los visitantes, dos sillones junto a las ventanas del jardín para conversar con otros prelados o dignatarios, el retrato del papa eslavo dedicado a «nuestro venerable hermano» colgado de la pared tras el escritorio, un retrato al óleo del cardenal en la misma pared, y junto al mismo el complejo escudo de armas de su eminencia.

-¡Padre Christian! ¡No sabe cuánto me alegro de verle! -exclamó el cardenal arzobispo O'Cleary cuando irrumpía en el estudio.

-Eminencia.

A O'Cleary le sorprendió que aquel larguirucho sacerdote hiciera una genuflexión y le besara el anillo episcopal. ¡Esos Gladstone!

-Venga, padre. Tome asiento.

Su eminencia gesticuló en dirección a la silla más baja, antes de instalarse en la de respaldo erguido que, en su opinión, le brindaba una perspectiva más ventajosa.

-Dígame, padre, ¿cómo está esa maravillosa dama que es su querida madre?

-Mi madre está bien, eminencia -respondió Gladstone, mientras intentaba acomodar con dificultad

sus largas piernas-. Dispuesta a sacrificar la vaca cebada para celebrar mi regreso.

Por lo que Jay Jay sabía de Cessi Gladstone, preparaba un festín celestial.

-Espero, muchacho, que esta pequeña parada inesperada en Nueva Orleans no haya trastornado sus planes.

-Estoy seguro de que lo comprende, eminencia. Siempre lo hace.

Christian logró acomodar sus piernas y se preparó para otro de los rituales del cardenal. La charla superficial por parte de O'Cleary significaba que su eminencia conduciría la entrevista al estilo de las gaviotas, que tantas veces había observado Gladstone desde las ventanas que daban al mar de «La casa azotada por el viento». El cardenal revolotearía un rato por el aire, hasta el momento exacto en que sus giros y piruetas le permitieran lanzarse sobre su propuesto objetivo.

-Padre Christian -dijo su eminencia, con la radiante sonrisa que se había convertido en su tarjeta de presentación para los medios de comunicación de Nueva Orleans-, no sabe usted lo mucho que aprecio a su familia. Lo mucho que los Gladstone han significado desde hace más de un siglo para la Santa Sede y para el Santo Padre, y lo mucho que todos ustedes han contribuido al mantenimiento de la Iglesia de Dios.

-Su eminencia es muy amable.

-Nueva Orleans debe de parecerle muy provinciana, después de tanto tiempo en Roma.

El comentario le pareció curioso a Christian, hasta que recordó que O'Cleary había puesto la mirada perpetuamente en Roma.

-En ciertos sentidos -respondió Gladstone-, las dos ciudades no son tan diferentes, eminencia. Nueva Orleans también es santa y pecadora, limpia y sucia, rebosante de felicidad y al mismo tiempo de tristeza. Al igual que Roma, uno sólo puede imaginar lo maravillosa que fue durante su gran apogeo católico.

La sonrisa con la que Jay Jay empezó a escuchar las palabras de Christian se convirtió en perplejidad. Parecía un benigno catedrático al que uno de sus mejores alumnos hubiera decepcionado.
-Después de tanto tiempo, ¿todavía le parece Roma un lugar tan lúgubre?

La pregunta de O'Cleary era tan emotiva y a la vez tan paternalista que Gladstone se percató de que el motivo de la entrevista era hablar de Roma. La idea era tan inaudita, que comprendió que debía de ser cierta. Repleto de hastío y temor, sólo pudo responder con el silencio.

-Como usted sabe -prosiguió el cardenal en un tono ahora casi de reproche-, acabo de pasar una larga temporada en Europa. Como usted debe de suponer, nosotros, los príncipes de la Iglesia, debemos mantenernos en contacto sobre los problemas universales. Empecé por una audiencia con el Santo Padre. Me infundió un enorme consuelo, padre Christian. ¡Qué hombre tan maravilloso ha dado Jesucristo a su Iglesia en esta hora de necesidad! Y durante mi estancia en la Ciudad Eterna, mantuve una larga conversación con el rector del Angelicum. No sabe usted, padre, cuánto aprecia el maestro general Slattery sus servicios durante el semestre que pasa allí todos los años.

O'Cleary miró a Gladstone con amorosa satisfacción.

-Puede que no le sorprenda, particularmente dado el prestigio de su familia en los anales de la Santa Sede, que en la Secretaría de Estado su nombre goce de mucha estima. ¡Una gran estima! Adivine, padre Christian, lo que me han pedido.

Decidido a no facilitarle a su eminencia aquella conversación, Gladstone se limitó a mirar en silencio al cardenal.

-Mi querido padre, me han pedido lo más doloroso que se le puede pedir a un obispo: sacrificar a un buen hombre -dijo el cardenal antes de cambiar de expresión, para adoptar un aire preocupado, dispuesto ahora a lanzarse sobre su objetivo-. A partir de este setiembre quieren que autorice su traslado a Roma, como profesor numerario de teología en el Angelicum y como teólogo en la casa papal.

Confirmadas sus peores expectativas, en el interior de Gladstone surgieron tantas preguntas que no sabía por dónde empezar. Que él supiera, en el Angelicum no se le necesitaba el año entero. Y dado que en la «casa papal», término sumamente indefinido en aquel contexto, había ya centenares de teólogos, no podían necesitar con urgencia a otro. Además, a pesar de lo que había dicho O'Cleary respecto a su prestigio en la secretaría, ningún representante oficial en Roma le había dado siquiera los buenos días. A excepción, claro está, de su inconsecuente entrevista con el cardenal Maestroianni. Y aunque era conocida la intimidad del maestro general Slattery con el papa, parecía improbable que el dominico

estuviera detrás de aquel curioso asunto.

¿Quién, en Roma, podía siquiera pensar en solicitar sus servicios? ¿Y con tanta urgencia? No tenía ningún sentido. De pronto Gladstone comprendió que Jay Jay estaba en un aprieto y que él era la única esperanza del cardenal para salir del mismo. Hasta tal punto, que su eminencia estaba dispuesto a desencadenar la ira de la madre de Christian para resolver su propio problema. En realidad, tanta era la tensión y el nerviosismo que la propuesta le provocaba a O'Cleary, que el joven sacerdote estaba convencido de que sólo el temor del cardenal a la voluntad férrea de Cessi Gladstone le impedía ordenarle que se trasladara de inmediato a Roma.

Después de decidir que bastarían unas pocas preguntas para poner a prueba la determinación de O'Cleary de mandarle a Roma y averiguar lo difícil que sería eludir dicha decisión, Christian optó por romper el silencio.

-Eminencia, tenga la bondad de brindarme un poco de asesoramiento. No soy más que un pequeño pez en el estanque. Me ocupo de asignaturas de poca importancia en el Angelicum. Presto mis servicios a las monjas polacas de la Vía Sixtina. Dirijo algunos ejercicios espirituales con las monjas irlandesas de la Vía di Sebastianello. En realidad, no conozco Roma, ni la casa papal. Hablo un pésimo italiano. Soy estadounidense. ¿Qué misión puede ser tan urgente para un clérigo con tales referencias?

Jay Jay adoptó la actitud más pontificia de la que fue capaz.

-A pesar de su ejemplar modestia, padre Christian, creo que debería considerar este asunto con la mayor seriedad. A riesgo de traicionar su confianza, creo que debe saber que se ha interesado por usted un personaje tan importante de nuestra Iglesia como su eminencia Cosimo Maestroianni en persona.

O'Cleary interpretó la incredulidad con que Gladstone recibió la noticia como indicio de la misma admiración que sentía él por el gran cardenal Maestroianni.

-Bien, padre, pongamos las cartas sobre la mesa, ¿no le parece? Tanto en la secretaría como en otros lugares -prosiguió el cardenal con una perspicaz mirada, para indicar que «otros lugares» en el contexto romano podía significar el propio Santo Padre-, intuyo acontecimientos inminentes; la perspectiva de nuevas iniciativas. Y he comprobado que mis hermanos cardenales comparten la misma euforia. Entre usted y yo, ésta podría ser la mejor oportunidad de su carrera clerical.

Convencido de que era la carrera clerical del cardenal y no la suya la que estaba en juego, y de que él no era más que el cebo, Christian reflexionó unos momentos sobre la sensación de Jay Jay de acontecimientos inminentes. Desde el punto de vista de Gladstone, la mayor crisis global estaba dentro de la Iglesia universal. No. Lo mejor que podía hacer, se dijo Christian a sí mismo, sería terminar sus estudios y regresar a Estados Unidos, donde su aportación podía ser significativa. Por lo menos, allí podría ayudar a los fieles que tan desesperadamente necesitaban buenos sacerdotes. Allí podría volver la espalda a las ambiciones romanas.

-Por consiguiente -prosiguió el cardenal O'Cleary-, insisto en que otorgue a este asunto la mayor consideración. Evidentemente, el tiempo es un factor en su decisión. Sin embargo -dijo Jay Jay con una valiente sonrisa-, debe sentirse usted completamente libre.

-Lo haré, eminencia. No le quepa la menor duda.

Jay Jay consultó por primera vez la hoja de notas mecanografiadas que tenía sobre la mesa.

-Les gustaría que pasara a hablar con ellos en algún momento, antes del fin de setiembre, para organizar el horario, el alojamiento y cosas por el estilo. En realidad, muchacho, puede disponer de una habitación en «La colina» a partir de este mismo momento si lo desea. Lo he organizado yo mismo con el rector.

«La colina» era el apodo familiar romano del Colegio Estadounidense, y Christian interpretó la sugerencia como un supuesto aliciente.

Consciente de que de la decisión de Christian dependía toda la propuesta romana, Jay Jay aceptó con resignación que aquel día no obtendría una respuesta definitiva. Su mejor esperanza consistía ahora en sepultar la reticencia de Gladstone, así como la influencia que su madre ejercería probablemente en él durante los próximos días, bajo un alud de comentarios piadosos y lisonjeros.

-No sabe usted cuánto aprecio a su familia -repitió el cardenal-. Cuando Pedro llama... -sugirió-, uno no puede siquiera empezar a sospechar lo valiosos que serán sus servicios en la Ciudad Santa. Sus antecedentes y sus referencias pueden ser inmensamente provechosos en Roma. A decir verdad, en el ambiente reinante hoy en día, los hombres como usted son necesarios, padre Christian.

El arzobispo consultó de nuevo sus notas, como si esperara descubrir un milagro. Luego, algo desanimado, se levantó de su silla.

-¿Va a trasladarse ahora a Galveston, hijo mío?

-Por la mañana, eminencia. Pasaré la noche en el seminario -respondió Christian, después de ponerse también de pie-. A mi madre le encantaría recibir una vez más a su eminencia en «La casa azotada por el viento» -agregó con una traviesa sonrisa, incapaz de resistir el impulso inesperado-. Tal vez podría incluso visitarnos durante mi estancia.

Aquélla no era la nota con que Jay Jay esperaba concluir la entrevista. No había olvidado su última visita a «La casa azotada por el viento». Durante varios días después de la misma, no había dejado de oír el eco de Cessi Gladstone, que en aquella ocasión se negaba en redondo a presidir una junta diocesana de relaciones ecuménicas con los anabaptistas.

-Dios mediante, hijo mío -respondió O'Cleary, mientras le devolvía una cortés sonrisa-. Uno de estos días lograremos visitar su querida morada.

Su eminencia pulsó un botón en su escritorio y cuando el padre Eddie se asomó a la puerta le ordenó que pidiera un coche para llevar a Christian al seminario.

Gladstone se agachó de nuevo para besar su anillo, antes de dirigirse a la puerta.

-¿Nos comunicará cuanto antes su decisión, padre?

-Lo haré, eminencia -respondió Christian, después de volver momentáneamente la cabeza.

Luego pasó rozando al padre Eddie McPherson, que seguía en la puerta, y se retiró.

Unos mil seiscientos kilómetros al nordeste de Nueva Orleans, en el agradable campo veraniego de Virginia, no muy lejos de la ciudad de Washington, Gibson Appleyard entró en el camino privado de su casa en el preciso momento en que su esposa, Genie, salía con su coche.

-Reunión de la Estrella de Oriente, querido Gib -dijo al tiempo que le soplaba un beso-. Nos veremos a la hora de la cena.

Appleyard saludó con la mano y le sopló también un beso. Se dirigió hacia el jardín y, después de resistirse a la tentación de admirar su espléndida colección de rosas, entró en su iluminado estudio por las puertas de cristal, dejó el maletín sobre su escritorio, arrojó la corbata y la chaqueta a una silla, seleccionó *La flauta mágica* para su aparato de música e inició lo que esperaba serían varias horas de trabajo sin interrupción.

Aquel individuo excepcionalmente alto, de cabello castaño claro canoso, prototipo anglosajón que tan olvidable le había parecido al cardenal Maestroianni cuando Cyrus Benthoek se lo había presentado en la reunión clandestina del día de la celebración del homenaje a Schuman en Estrasburgo, agente del contraespionaje naval de profesión, desde enero de 1990 estaba destinado por decisión presidencial a misiones especiales.

A finales de diciembre de 1989, diez colosos entre las mayores, más importantes y más prósperas corporaciones transnacionales del país habían acudido al presidente. Eran hombres que controlaban comunicaciones, electrónica, petróleo, agricultura, banca, seguros y reaseguros.

Dichos caballeros habían acudido a la Casa Blanca para ofrecer un claro análisis de la situación de Estados Unidos en un mundo repentinamente cambiante. La desintegración de la Unión Soviética en diversos Estados, según ellos, era tan certera como la salida del sol. El camino más natural para dichos Estados consistiría en integrarse en las naciones del Mercado Común Europeo. El señor Gorbachov, para no mencionar otros dirigentes europeos, pronosticaban ya dicho acontecimiento.

-Señor presidente -dijeron, en efecto, aquellos diez hombres-, si eso no tardara en suceder, si la gran Europa se constituyera como está previsto en enero de 1993, Estados Unidos no podría, en forma alguna, competir. Quedaríamos arrinconados.

Naturalmente, tenían una recomendación:

-Autorícenos a constituir una comisión provisional para supervisar los intereses comerciales estadounidenses en general, a lo largo de esta nueva situación, y en particular para embaír de forma sincronizada a ese invencible competidor comercial.

El presidente comprendió su razonamiento. Ningún presidente dejaría de escuchar a hombres semejantes, ni de rechazar sus consejos.

No había transcurrido todavía un mes cuando se fundó la comisión presidencial de los diez, que

rendía cuentas sólo al jefe del ejecutivo. Al igual que tantas otras comisiones de Washington, pronto adquirió tal permanencia que convirtió el término de «provisional» en obsoleto. Aquel mismo mes, Gibson Appleyard fue liberado de su cargo en el contraespionaje naval. Él y su comandante, el almirante Edward «Bud» Vance, fueron nombrados oficiales ejecutivos de la comisión, encargados de establecer lo que el presidente describió vagamente como «agarraderos de pies y manos» dentro de la Comunidad Europea.

-Un pequeño seguro -explicó el presidente durante su primera reunión con los dos agentes secretos-, para disponer de cierta medida de control y presión con nuestros aliados, si algún día llegaba a ser necesario.

Appleyard era un experto en agarraderos. Y a pesar de que el clima en Europa infundía urgencia a su tarea, no había encontrado ninguna dificultad que no fuera capaz de resolver. Con el pragmatismo y los recursos que le caracterizaban, había descubierto desde hacía mucho tiempo que poco cambiaba el funcionamiento de la política y los políticos, por el mero hecho de desenvolverse a nivel transnacional.

Era cierto que la Comunidad Europea representaba a trescientos veinte millones de habitantes en doce naciones. Si a éstas se unían las siete naciones de la Asociación Europea de Libre Comercio, se hablaba de una economía de mercado de unos trescientos setenta millones de personas, que ya habían alcanzado un alto nivel de cultura social y complejidad tecnológica. Durante la década de los ochenta, los europeos hablaban de la próxima unión económica y política de Europa, que podría materializarse en los noventa. Esa gran Europa era su objetivo.

Sin embargo, aquel verano, y a pesar de las optimistas proyecciones de la CE, Appleyard consideraba dudosas las probabilidades de que la gran Europa unida y armoniosa se convirtiera en un hecho consumado, en la fecha prevista a media década de los noventa. Los Estados miembros de la Comunidad Europea no habían sometido su identidad nacional a la CE. Alemania empezaba a exhibir su fuerza política y, aunque de forma muy remota, también su potencial militar. Los franceses se aferraban a su idea de Francia como núcleo y alma de la democracia europea. Y, santo cielo, Gran Bretaña era Gran Bretaña.

Además, el gran rival de la CE, la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, estaba lejos de haber desaparecido. Desde la firma de los acuerdos finales de 1975 en Helsinki, muchos consideraban a la CSCE como el principal organismo de la gran Europa. Después de todo, Estados Unidos, que la CE prefería excluir como participante europeo, no sólo era miembro de pleno derecho de la CSCE, sino el soporte principal del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo.

Este agosto, después de un año y medio de actuaciones discretas pero eficaces, Gibson Appleyard había encontrado numerosos agarraderos dentro de la red general de competencia europea. Gozaba del justo aprecio de sus superiores como hombre a quien nada escapaba a su ojo experto y capaz de defender la posición estadounidense, mientras la comisión de los diez procuraba asegurar la paz global y la supremacía estadounidense, en el nuevo orden emergente en Europa.

Aquella tarde soleada, cuando el lento ritmo siciliano del aria de Pamina en la menor por la pérdida de Tamino alcanzó sus oídos, Gib Appleyard se había puesto al corriente respecto a la situación vigente en cada uno de los países de la CE. Un repaso final a las carpetas dedicadas a la selección definitiva del nuevo secretario general del Consejo de Ministros de la Comunidad Europea, era lo único que le quedaba por hacer.

El cargo de secretario general estaba vacante desde junio, y la junta de selección de la CE se había reunido dos veces. En ambas ocasiones, Appleyard había asistido a la reunión como representante estadounidense y oficial de enlace. Y en cada ocasión se había reducido el número de candidatos, todos ellos evidentemente europeos y recomendados por diversos miembros del Consejo de Ministros o del Consejo de Comisarios. La tercera y última reunión de la junta de selección se celebraría en setiembre en Bruselas. Por consiguiente, a mediados de agosto era el momento ideal para dar un último repaso a las fichas de los pocos seleccionados, capaces de manipular el «juego europeo» en beneficio propio, sin trastornar ningún delicado equilibrio.

No descubrió nada inesperado. Estaba a punto de leer la página final de la última carpeta, cuando sonó el teléfono privado de su escritorio.

-Sé que no quiere que se le interrumpa, comandante... Gibson sonrió al oír la voz familiar y eficiente de Mary Ellen. Su secretaria tenía el buen sentido de discernir lo que era importante y Gib el de

no cuestionar su criterio.

-¿Qué ocurre, Mary Ellen?

-El asistente del almirante Vance acaba de traer una gruesa carpeta, señor. Parece ser que hay otro nombre en el bombo para secretario general de la Comunidad Europea.

Gibson dio un silbido de sorpresa.

-¿Es alguien a quien ya conocemos, o partimos de cero?

-Nunca había oído hablar de él, señor. Pero trabaja para Cyrus Benthoek. Y el propio presidente ha firmado la recomendación.

Gib miró con anhelo los ventanales. Al parecer, hoy se vería obligado a olvidar los rosales.

-Será mejor que me lo mande por fax, Mary Ellen.

«Gladstone, Paul Thomas», leyó Appleyard en la portada del documento, con curiosidad profesional. Las páginas que Mary Ellen le había mandado por fax contenían un informe tan concienzudo y detallado, que no podía en modo alguno haber sido elaborado de forma apresurada. Tarde o no, aquel paso era producto de una meticulosa planificación.

La sorpresa más agradable para Appleyard fue que un estadounidense fuera candidato para un cargo de tanta responsabilidad en la CE. La menos agradable fue que los Gladstone fueran católicos de pura cepa.

No era una cuestión de prejuicios. Gib estaba por encima de esas cosas, aunque la religión y la ética de la masonería constituyeran la base de su vida personal. En el fondo, aquel concienzudo analista y duro luchador era un místico. Era un hombre al que se podía lanzar en paracaídas a un lugar conflictivo, metafórica o literalmente, con la garantía de que emergería indemne después de retirar todos los atizadores del fuego, pero también alguien cuya filantropía y atractivo humanismo eran centrales en su vida.

Dedicado a los principios de la educación liberal y al uso de la razón ilustrada para la solución de todos los problemas, humanos y sociales, nunca se desviaba del camino sagrado de la «pirámide espiritual» masónica, del templo espiritual de Dios. Las ceremonias de la logia en torno al santo altar y a los días festivos, como la celebración a principios de primavera del cordero pascual, reforzaban su convicción de que los ideales de la masonería superaban a los de la Iglesia católica. En realidad, se sentía orgulloso de que hubiera sido su organización la que había puesto en cuestión la autoridad y la supremacía de la Iglesia católica, con medios como la traducción de la Biblia, la «palabra», y a través de una era histórica denominada «la reforma».

Pero a la vez, los que le conocían a fondo, por ejemplo su esposa, Genie, de origen católico, sabían que Appleyard no se interesaba particularmente por el gobierno de la organización masónica, a pesar de su pasado como gran mayordomo de la gran logia del Estado de Virginia, ilustre maestro del cabildo de Rosa Cruz, actual comandante supremo de la comandancia de Lake Newcombe en el rito masónico de York y ayudante del gran sumo sacerdote de la vigesimoséptima capital de distrito en el rito de York.

A decir verdad, poco le preocupaba el conflicto entre la luz y la oscuridad. En su lugar, se sumergía en niveles rosicrucianos a fin de presenciar el nacimiento del nuevo hombre y la nueva mujer. Ésa, en realidad, era la razón de su devoción por la música de Amadeus Mozart.

Appleyard frunció el entrecejo, al leer la parte obligatoria del historial de Paul Gladstone dedicada a su familia biológica. La madre de Gladstone, Francesca, era más católica que el papa. Y su hermano mayor, Christian, había optado por el sacerdocio. Sin embargo, en el lado positivo, ningún miembro de la familia, a excepción de Paul, parecía ser político.

Al igual que su hermano Christian, Paul parecía haber tenido un encuentro temprano con el sacerdocio, pero su buen sentido le había inducido a abandonar el seminario. Después de optar por licenciaturas en Derecho y Finanzas en Harvard, aquel Gladstone se había situado en la vía rápida. Poco tardó en capturarlo el bufete de Cyrus Benthoek. Hizo un impresionante aprendizaje en Bruselas y Estrasburgo. Ahora, después de haber cumplido apenas los treinta y seis, era ya uno de los jóvenes socios del bufete. Hablaba perfectamente francés, alemán, italiano, ruso y chino mandarín. En realidad, estaba casado con una china. Un hijo, varón. Domiciliado esencialmente en Londres. Propietario de una finca en Irlanda. Piso en París. Ningún riesgo para la seguridad.

Todo era interesante. En parte incluso intrigante. Pero no contenía nada que pudiera inducir a la

junta de selección de la CE a considerar de manera favorable una candidatura tan tardía, ni a preferir un estadounidense a los candidatos europeos. Sin embargo, a Appleyard le llamaron la atención las palabras del propio Gladstone, en las páginas correspondientes a su «declaración personal». En la página seis, por ejemplo, Paul Gladstone había citado con asombrosa comprensión «la apertura de unas bases nuevas para la colaboración y asociación transnacional». Había dedicado varios párrafos elocuentes a «la necesidad actual de una mentalidad nueva... desprovista de todo nacionalismo y sectarismo».

Además, el punto de vista de Gladstone estaba hermosamente equilibrado. Había concluido su declaración personal con las palabras «...recordando siempre que la organización angloestadounidense deberá mantener la supremacía de su poder, hasta que el equilibrio transnacional supere los demás factores». Sólo aquella oración situó a Paul Gladstone en una posición muy ventajosa al parecer de Appleyard. Pudiera ser que aquellas palabras procedieran de su propia pluma, o directamente de la comisión de los diez.

Sólo quedaban por verificar las referencias de Gladstone. Como era de esperar, había una recomendación de Cyrus Benthoek. ¿Pero a qué venía la de la Casa Blanca? O, mejor dicho, la que el propio presidente había firmado. Por regla general, el viejo no se preocupaba hasta tal punto de los detalles. ¿Cuál sería la historia tras la firma presidencial?

Tan absorto estaba Appleyard en la biografía de Paul Gladstone, que no oyó los últimos compases de *La flauta mágica.* Inmerso todavía en sus pensamientos, estaba a punto de alimentar de nuevo su aparato de música, en esta ocasión con la sinfonía número treinta y nueve del maestro, en la clave masónica ritual de mi bemol mayor, cuando sonó de nuevo su teléfono privado.

-¿Ha leído algún informe interesante últimamente, Gib? -preguntó el almirante Vance en un tono relajado pero oficial.

-Hola, Bud. Tenía la sensación de que no tardaría en llamarme. Acabo de leer la vida y milagros de Paul Thomas Gladstone.

-¿Y...?

Appleyard le ofreció a su jefe la interpretación que deseaba. Profesionalmente, dijo, como oficial ejecutivo de la comisión de los diez, no encontraba ningún inconveniente con la idea de aquella candidatura tardía para el cargo de secretario general de la CE. E incluso a nivel personal, no pudo reprimir cierto entusiasmo por el inusual candidato. Un católico no practicante. Un yanqui que parecía más europeo que estadounidense, y que se sentía muy cómodo en el mundo de los asuntos internacionales. Muy dedicado a su familia. Ningún indicio de que fuera un mujeriego, ni de problema alguno con el alcohol o las drogas. Dada su fortuna familiar, pudiera ser que incluso fuera bastante incorruptible.

-¿Le preocupa, Gib, que sea católico?

Vance, a quien siempre inquietaban las personas en cargos importantes que pertenecían a lo que frecuentemente denominaba «esa piara del papa», al parecer no estaba convencido por la negativa de Gladstone.

-No importa que me preocupara -respondió Appleyard-. El presidente lo quiere y no hay más que decir. Por cierto, ahora que hablamos del tema, ¿qué tiene de particular este asunto para que haya llegado hasta el viejo? ¿Por qué lo ha firmado?

-No tengo la menor idea -respondió Vance de modo poco convincente-. Ruedas que mueven ruedas, supongo. El presidente dispone de sus propios recursos. Lo importante ahora es ¿cómo evalúa las probabilidades de Gladstone con la junta de selección de la Comunidad Europea?

Al parecer de Appleyard, oscilaban entre escasas y ninguna.

-Usted conoce ese organismo tan bien como yo. A excepción de un británico, la junta es europea de pura cepa, al igual que la Comunidad Europea. No es probable que se inclinen por un estadounidense como secretario general. El cargo es demasiado influyente. Demasiado acceso a demasiadas personas. A doce jefes de gobierno y a diecisiete comisarios de la Comunidad Europea, para empezar.

-Ése es precisamente el quid de la cuestión, comandante -dijo Vance en un tono ahora oficial-. No podemos perder la oportunidad de disponer de influencia estadounidense en la cumbre de la Comunidad Europea. Usted asistirá a la reunión de setiembre. Evidentemente no tenemos voto. Pero si las cosas empiezan a ponerse feas para Gladstone, consiga que se aplace la votación. Invente algo. Bríndenos tiempo para cambiar algunos vientos. Necesitamos...

-Lo sé, Bud. -Appleyard rió, antes de hacer su mejor imitación presidencial-. Necesitamos agarraderos.

«La casa azotada por el viento»

DIECINUEVE

Durante los setenta años de vida de Francesca Gladstone, su hogar de «La casa azotada por el viento» había sido la morada de Dios y la puerta del cielo al que esperaba llegar. De modo intangible pero real para ella, Dios había instalado en aquel lugar la escalera de Jacob, y ella circulaba entre ángeles que ascendían y descendían entre su paraíso privado en la Tierra y el Cielo de la gloria de Dios.

Eso no significaba que la vida de Cessi Gladstone en «La casa azotada por el viento» se hubiera desenvuelto entre querubines propios de Robbia, ni que hubiera sido ajena a la tragedia, sino todo lo contrario. Su madre había fallecido cuando Cessi tenía apenas cinco años. Su propio matrimonio, no exactamente feliz, había terminado con la muerte prematura de su marido en un accidente estúpido y sangriento. Y aunque la fortuna de los Gladstone y el prestigio de la familia en el Vaticano como *privilegiati di Stato* le habían proporcionado unos sólidos baluartes, criar a sus tres hijos durante las décadas de los sesenta y los setenta, había supuesto resistirse, con un resultado mixto como ella era la primera en reconocer, al acoso desencadenado contra su fe. Un acoso contra el conjunto de su estilo de vida.

A pesar de las tragedias y los contratiempos, cierta felicidad interior constituía una bóveda sólida e incluso brillante que había cubierto la totalidad de la vida de Cessi en «La casa azotada por el viento». Había conocido el descontento, la decepción, la pesadumbre y la ira. Pero nunca había dejado de poseer lo que sólo cabe denominar como felicidad del alma.

Cessi Gladstone estaba dotada de una opaca intuición de los acontecimientos futuros. No era nada tan preciso como las visiones o un detallado conocimiento de los sucesos que tendrían lugar. Era más bien de la naturaleza de un presagio, un pronóstico del efecto de los cambios inminentes. En realidad era en su estado de ánimo, más que en su mente, donde de pronto empezaban a reflejarse los futuros acaecimientos. Y con más aciertos que errores, demasiados para su comodidad especialmente cuando estaba en juego la vida de sus hijos, los instintos de Cessi eran correctos.

Durante la primavera del año de cambio en la carrera romana de Christian, fueron el hijo menor de Cessi y su única hija, Patricia, los primeros en percatarse de dicho estado de ánimo. No había nada específico que Tricia pudiera definir. Su madre no había cambiado de aspecto. A sus setenta años, Cessi Gladstone caminaba erguida y medía metro setenta y tres. Con sus largas piernas, su esbelta cintura y sin grasa innecesaria, parecía una mujer de cincuenta años, que se movía con la gracia de la primera bailarina que en otra época había sido. Nunca se limitaba a dar pequeños pasos, sino zancadas. Todos sus movimientos parecían proceder de un centro interior de equilibrio, invisible e invencible.

Pero aquella mañana, en la galería soleada donde las dos Gladstone desayunaban todos los días, Tricia se percató de que el barómetro interno de su madre había empezado a registrar cambios. Pudiera ser que el rostro gótico de su madre, de piel blanca, tuviera aquel día un tono muy rosado. Tal vez la vigorosa boca de Cessi y su nariz ligeramente aguileña, característica de todos los Gladstone, estuvieran demasiado contraídas. Quizá el suave azul habitual de sus anchos ojos se había convertido en el verde fulgurante de su peor temperamento. O tal vez era la severidad con que Cessi había peinado hacia atrás su cabello castaño salpicado de gris. Fuere lo que fuese, Tricia no pudo evitar percatarse con su propia intuición de que algo perturbaba a su madre.

-Bobadas, querida -respondió Cessi para disipar la preocupación de Patricia-. Nada podría ir mejor.

Pero podía haberse ahorrado aquellas palabras. En realidad, Tricia quedó tan poco convencida como la propia Cessi.

-No son bobadas, señorita Cessi -exclamó con el entrecejo fruncido Beulah Thompson, que acababa de llegar de la cocina con una cafetera recién preparada en la mano-. No hay que ser un lince para darse cuenta de que algo anda mal.

Beulah era una mujer atractiva y esbelta con cuatro hijos y tres nietos, que trabajaba desde hacía casi veinte años como ama de llaves y confidente de los Gladstone. Se consideraba fiel creyente de la Iglesia anabaptista. Pero por encima de todo se consideraba un auténtico miembro de la familia Gladstone, con derecho a participar en toda conversación que tuviera lugar en su presencia.

Ante esas dos mujeres que tan íntimamente la conocían, Cessi se vio obligada a reconocer la verdad. Una vez más se había apoderado de ella una sensación de profundos cambios inminentes que era incapaz de concretar. Hasta que los sucesos dieran forma a su presentimiento, sólo podía esperar.

Pero apenas acababa de confesar Cessi lo indefensa que se sentía, cuando se rebeló contra sus propias palabras. Tanto en Cornualles -Gran Bretaña-, como en Galveston -Texas-, los Gladstone nunca se habían limitado a esperar sentados la llegada de los acontecimientos, declaró, y ella no sería la primera en hacerla. La reunión familiar de aquel año prometía ser excepcional y ningún presagio, ni estado de ánimo, ni cambio, lo impedirían. Christian llegaría de Italia a finales de agosto, para pasar dos semanas en casa. Y aquel año llegaría también Paul, con su pequeño hijo, Declan, que era uno de los grandes gozos en la vida de Cessi. Paul iría acompañado de su esposa, Yusai, pero Cessi creía que sería capaz de soportarlo.

-En tal caso, ¡enfrentémonos cara a cara a los presagios!

El rostro de Cessi se iluminó de pronto con un enorme entusiasmo de determinación, que envolvió a Tricia y a Beulah Thompson antes de que se percataran de ello.

-Limpiaremos este caserón de pies a cabeza. ¡Éste será un verano que Galveston nunca olvidará!

Apenas había decidido recuperar la vida de «La casa azotada por el viento», cuando puso manos a la obra. Cessi elaboró una lista de todo lo necesario. Con la llegada de sus dos hijos a finales de agosto como aliciente, lo único aceptable sería una remodelación de las habitaciones.

Para Cessi Gladstone, la propia preparación de la casa se convirtió en una bendición, una celebración inesperada.

Antes de finales de mayo, entraba y salía de la gran mansión una retahíla de carpinteros, fontaneros, pintores, electricistas, albañiles, tapiceros y jardineros que, siempre bajo el ojo avizor de Cessi, realizaban los trabajos que ella había programado. Sujetos siempre a su vigilancia, lavaron la cara de la mansión. Limpiaron los ladrillos rojos de las fachadas, desde el suelo hasta la torre de la capilla, y el afiligranado semicírculo de hierro forjado que envolvía el zaguán, y la galería adquirió el mismo aspecto que en 1870, cuando el viejo Glad ordenó que lo instalaran.

En el interior, entretanto, no se salvó una sola astilla ni una partícula de polvo. Se levantaron y limpiaron las docenas de alfombras orientales que Paul Gladstone había importado, y el suelo de arce italiano volvió a brillar con sus tonos castaño y ambarino originales.

En el vestíbulo, que rodeaba la gran escalera en forma de ele que conducía al primer piso, el enorme reloj de caja grande de roble que el viejo Glad había traído consigo de Zurich recibió un trato muy especial y cariñoso. «Roblizo Paul» lo habían denominado siempre los hijos de Cessi. Desde cualquier lugar de «La casa azotada por el viento», incluso desde la capilla de la torre, se oían sus campanadas que señalaban las horas, las medias y los cuartos.

Bajo la dirección de Cessi, fue Beulah quien se encargó de la biblioteca. Retiró los libros y los archivos familiares de las estanterías, para poderlos limpiar debidamente. En el gran salón a la izquierda del vestíbulo, construido a imagen y semejanza del gran salón de la mansión de Launceston, antigua residencia ancestral de los Gladstone en Cornualles, fue Cessi quien dirigió en persona la operación, empezando por la gran chimenea con su repisa de cuatro metros de altura y acabando por las vigas de roble del techo. Cuando terminó, la espléndida mesa isabelina con capacidad para sesenta invitados y los bancos también isabelinos que la rodeaban parecían más majestuosos que nunca.

Tricia insistió en supervisar la limpieza de los muchos cuadros y retratos al óleo que colgaban de las paredes de la mansión. Estaban, por ejemplo, el de José de Evia, primer armador de Galveston en el siglo XVIII, el del virrey español Bernardo de Gálvez, que era quien había mandado a Evia a Galveston y nombrado la isla, aunque nunca llegó a visitarla, el de Cabeza de Vaca, primer español que puso pie en Galveston, y el de Jean Lafitte, con su famoso parche sobre un ojo, frente a su casa de dos plantas roja como la sangre en Campeachy.

Desde el punto de vista del valor monetario, la mejor colección de cuadros se encontraba en el

salón formal del primer piso de la mansión. Allí, entre media docena de obras de los grandes maestros, adquiridas por Glad durante sus últimos viajes a Europa, dos cuadros del Greco ocupaban el lugar de honor: el de san Simeón y un gran retrato del papa Pío IX, que tan calurosamente había recibido al viejo Glad en el Vaticano del resurgimiento y cuya bula había convertido «La casa azotada por el viento», hasta la actualidad, en un auténtico baluarte del catolicismo romano. Pero desde una perspectiva sentimental, nada era igualable a los retratos familiares que adornaban las paredes del rellano del primer piso. Empezando por el viejo Glad en persona y su esposa, Francesca, las caras de los Gladstone que habían vivido en «La casa azotada por el viento» miraban desde sus marcos dorados, para dar la bienvenida a los que ascendían por la escalinata de tres metros de anchura desde la planta baja.

A lo largo del verano, conforme examinaba cada rincón de la mansión del viejo Glad, Cessi revivió su vida entera. Mientras deambulaba por la casa, subía por las escaleras, examinaba las fotografías y observaba los retratos, experimentó la verdad de la que san Pablo hablaba en una de sus epístolas: todos vivimos nuestra existencia terrenal acompañados de «una nube de testigos», de nuestros antepasados, que han contribuido al bien y al mal, a lo santo y a lo sacrílego que hay en nosotros. Sin nostalgia ni satisfacción personal, sino sólo con la confianza y el espíritu de serenidad que nunca la habían abandonado, circuló ante aquellos personajes cuyos rostros y voces formaban ahora parte de la herencia de «La casa azotada por el viento».

Y así llegó julio sin que nadie estuviera listo. Faltaba ultimar los planes para los desayunos, los almuerzos y las cenas que se ofrecerían durante agosto y setiembre, y mandar las invitaciones.

Todo el mundo en Galveston estaba atrapado en el juego de adivinar quiénes serían los invitados a las celebraciones en «La casa azotada por el viento». Puesto que los Gladstone siempre habían estado más vinculados a la diócesis de Nueva Orleans que a la suya propia, calculaban que el cardenal O'Cleary pasaría por lo menos uno o dos días en la casa. Con toda seguridad el alcalde estaría invitado a cenar varias veces. Destacados galvestonianos y viejos amigos de los Gladstone que vivían todavía en la zona figurarían entre los invitados, y se hacían esfuerzos de memoria para recordar a los miembros de la familia que residían en otros lugares del país.

Con tanto ajetreo y emoción, Cessi nunca se retiraba por la noche sin antes subir por la escalera de caracol hasta la capilla de la torre. Allí, durante más o menos una hora de silencio, repetía lo que había hecho desde su tierna infancia: exponer sus problemas y sus preocupaciones, y especialmente los compulsivos presagios que se habían apoderado de ella, ante Jesucristo en el tabernáculo, la Virgen María, los santos y los ángeles reunidos al pie de la escalera de Jacob.

Todo el mundo sabía que la capilla de la torre era el lugar especial de Cessi. No era sólo el hecho de que allí hubieran sido bautizados tanto ella como sus hijos, ni de que allí hubiese contraído matrimonio, ni de que allí se hubieran celebrado los funerales de los Gladstone desde el viejo Glad en persona, incluidos la madre de Cessi, Elizabeth, y su padre, Declan, sino que todas las experiencias de su curioso don de presagiar estaban vinculadas de un modo u otro con la capilla.

La primera experiencia consciente de dicho don había ocurrido a una edad tan temprana que Cessi no tenía palabras para expresarla. Era el recuerdo de su madre, cuyo retrato correspondía exactamente a la imagen que Cessi guardaba en su mente, el de una joven frágil con el cabello negro como el azabache, elevados pómulos, simpatía en los labios y alegría en sus ojos azules. Era el recuerdo de un sombrío presentimiento que se había apoderado de su corazón, meses antes de que su madre cayera enferma. Era el recuerdo del rostro de su padre, repleto de amor y de fe a pesar de estar empañado por las lágrimas, cuando en aquella misma capilla le reveló lo que ya sabía.

-Nuestro ángel sonriente -dijo Declan a su pequeña Cessi- se ha ido con Nuestro Señor para ser feliz en el Cielo.

Su segundo acontecimiento infantil había sido de una naturaleza más sublime. Cessi tenía entonces ocho años. Casi había terminado la Semana Santa y en todos los sentidos el invierno estaba listo para dar paso al inicio de la primavera. Cessi había ido con su padre y su tía Dotsie a la catedral de Santa María para conmemorar el Viernes Santo. A fin de cuidar de los niños, Dotsie se había instalado en «La casa azotada por el viento».

Arrodillada entre su padre y Dotsie en el banco de la familia, Cessi escuchaba. En cada estación de la cruz se cantaba una estrofa de *Stabat Mater,* seguida de una breve meditación y una plegaria.

-*...concédeme tu gracia y tu amor, Señor Jesucristo* -recitaba al unísono la congregación-, *y dispón de mí según tu voluntad.*

Evidentemente oía la oración, pero en algunos momentos oía también otra voz. Silenciosa. Clara. Tierna. Suave. Íntima. La voz de alguien que siempre había estado con ella, cerca de ella, incluso más cerca que su propio padre. Una voz que le prometía su gracia y su amor. Una voz que le prometía disponer de ella según su voluntad. Fue un preciado momento muy fugaz, una anunciación que llenó la mente y el alma de Cessi a rebosar.

Después de regresar con su familia a «La casa azotada por el viento», cuando ayudaba a su padre a preparar la capilla de la torre para la vigilia pascual, comprobó que un extraño y confortante resplandor parecía seguirla desde el tabernáculo. La seguía por la capilla del mismo modo en que lo hacía el brillo plateado de la luna llena en el golfo, cuando corría con sus amigas por la playa.

-Papá -dijo Cessi, con la esperanza, en esta ocasión, de encontrar las palabras-. Papá. Me sigue -agregó con una voz tenue pero clara y los ojos llenos de lágrimas-. Me sigue.

Agraciado a su vez con cierto don, Declan lo comprendió. Sabía que se le había otorgado una experiencia más allá de la percepción de nuestra mente y de todos nuestros sentidos.

Para Cessi aquella experiencia nunca dejó de ser mucho más que un presagio. La interpretó ni más ni menos como preparación providencial para una vida que se abriría casi de inmediato al mundo externo a «La casa azotada por el viento».

Tía Dotsie fue la improbable catalizadora de la primera etapa de la nueva vida de Cessi. Dotsie decidió que Cessi se había convertido en una moza demasiado retozona. Había llegado el momento de que la futura ama de aquella casa «aprendiera a comportarse como una dama». Había llegado el momento, por consiguiente, de asistir a clases de baile.

Para asombro de todos, Cessi se adaptó a la danza como si cada día de sus ocho años de vida se hubiera preparado para ello, como si el baile fuera exactamente la expresión corporal de la prometida gracia sobrenatural, que se había convertido ya en su centro de equilibrio espiritual.

Cuando Cessi cumplió los doce años, comprendió que su habilidad para la danza era más que un don natural. Era una responsabilidad, le dijo a su padre, una llamada que la obligaba a crear belleza visible aunque transitoria a partir del movimiento humano. A partir de aquel momento, una mezcla muy particular tuvo lugar. Un singular enlace entre el centro de equilibrio que necesitaba como bailarina y el centro que ya había encontrado en su religión, se convirtió en el centro de equilibrio y control de su vida, en una condición permanente de su ser. Con una sola excepción en su vida, Cessi nunca abandonó aquellos centros gemelos de equilibrio dentro de su ser, y de ellos parecía florecer toda su felicidad y surgir toda su libertad.

En su adolescencia, Cessi fundó una pequeña compañía de danza, y empezó a ofrecer espectáculos y exhibiciones. A los dieciséis años hizo una gira con el Ballet Ruso. Estudió durante algún tiempo con el famoso Alberto Galo de Nueva York. A los veintiún años, Cecchetti, ampliamente reconocido como profesor de Pavlova y uno de los mejores instructores de danza de todos los tiempos, la invitó a someterse al examen de ingreso a la Sociedad Imperial de Maestros y Bailarines. Sólo cinco estadounidenses habían logrado aprobar dicho examen. Cessi se convirtió en el sexto.

Si bien Declan se sentía muy orgulloso de su hija, nunca acabó de sentirse realmente cómodo con sus largas ausencias de «La casa azotada por el viento». Por consiguiente, quedó tan contento como sorprendido cuando Cessi decidió, de manera inesperada, volver la espalda a la aclamación pública que empezaba a recibir.

-Dios no quiere que actúe en los escenarios -declaró a su regreso de una gira-. Quiere que me dedique a la enseñanza.

Declan se tomó en serio la palabra de Cessi. Si decía que Dios quería que se dedicara a la enseñanza, eso haría. No sólo participó personalmente con su hija en la organización de su propia escuela de baile, sino que siguió como socio en la dirección de los aspectos comerciales de la academia. Entretanto, ahora que Cessi había decidido quedarse definitivamente en casa, Declan inició una sutil campaña para persuadirla de que eligiera a uno de los muchos hombres que la encontraban atractiva. Había llegado el momento de que contrajera matrimonio.

Resultó que la presión ejercida por su padre para que se casara generó la matriz de otro gran presentimiento en el alma de Cessi. Por alguna razón que era incapaz de dilucidar, la mera idea del matrimonio era como una amenaza para ella. Una amenaza al equilibrio central del que había surgido toda su fuerza, desde aquel día providencial cuando tenía ocho años. En numerosas ocasiones, le había repetido claramente a su padre que no le interesaba el matrimonio. Lo que por fin impulsó a Cessi a casarse fue sencillo. A los treinta y un años, por fin tuvo que aceptar que, si iba a tener hijos, se debía poner manos a la obra cuanto antes. Pero lo que la impulsó a aceptar a Evan Wilson como marido fue algo que nadie llegó jamás a comprender.

Evan, hijo de una familia de ganaderos cuya finca tejana se comparaba a veces con la fabulosa «finca real», aunque no gran ganadero personalmente, se sentía atraído a Galveston por la mezcla de placeres contradictorios que le ofrecía. Le encantaba el distrito vicioso de la región, pero también la sociedad de vida moderada característica de familias como los Gladstone. Evan no se enamoró exactamente de Cessi. Lo que le fascinaba era su inasequibilidad. Las mujeres independientes eran para él lo que las montañas son para los escaladores. Cuando encontraba una, se convertía en su esclavo hasta conquistarla. Con su atractivo como bandera, encontró un sinfín de medios imaginativos y razones divertidas para ver a Cessi. Pero cortejada como preludio del matrimonio no era lo que se proponía. Para él el reto consistía simplemente en poseer a aquella obstinada criatura. Y a su estilo, era tan testarudo como ella.

Fue durante una cena en «La casa azotada por el viento», cuando la debilidad de Evan por el alcohol y su frustración por la resistencia permanente de Cessi a sus lances amorosos le impulsaron por fin a dar el paso. En un estado excesivamente jovial después de varios vasos de vino, Evan se puso de pie, golpeó su copa de cristal como si se dispusiera a brindar y, cuando todos estaban pendientes de él, oyó con estupor sus propias palabras que nunca se había propuesto pronunciar. Palabras por las que le prometía a Cessi la luna y las estrellas si accedía a casarse con él.

Si hubiera estado sobrio, probablemente nadie se habría sorprendido más que él, con la posible excepción de Declan, cuando Cessi, con su aire peculiar de reto y rebeldía, accedió. La luna y las estrellas, declaró con el vaso en alto para responder a las palabras de Evan, no tenían interés para ella. Le bastaría sencillamente con pasar el resto de su vida en «La casa azotada por el viento», criar una familia con Evan y seguir enseñando a los jóvenes a bailar en su academia.

El sentimiento amoroso que pudiera existir entre Cessi y Evan no pasó nunca de templado. Tuvieron tres hijos de corrido: Christian el primero en 1954, Paul al año siguiente y Patricia en 1956. Pero con el nacimiento de cada hijo, Evan se tornó progresivamente quisquilloso y malhumorado. Después del nacimiento de Patricia, por fin se soltaron las últimas amarras del matrimonio. Estaba resentido por la atención que Cessi prestaba a sus hijos, a sus alumnos de la academia, a su padre y a sus muchos amigos. A todos menos a él. Sus borracheras se convirtieron en un escándalo. Pero sólo después de una serie de episodios violentos, Cessi llegó a temer por la seguridad de los niños.

La situación llegó incluso a tal punto que, después de haber sufrido malos tratos una noche cuando intentaba impedir que Evan molestara a sus hijos que estaban dormidos en sus habitaciones, Cessi le juró a su marido que, con la misma certeza que Dios estaba en el cielo, debería mancharse las manos con su sangre antes de permitirle estar a solas con Christian, Paul o Tricia.

Desolado por los resultados de sus buenas intenciones para con su hija y convencido de que la situación acabaría en tragedia, Declan esperó una noche a que Evan regresara de una de sus pervertidas juergas. Todavía robusto a pesar de sus sesenta y tantos años, arrastró literalmente a su yerno a la biblioteca, le obligó a engullir café hasta que estuvo sobrio y, cuando tuvo la seguridad de que oiría y comprendería cada una de sus palabras, le aclaró las condiciones para seguir siendo bien recibido en «La casa azotada por el viento».

Pero el alma de Evan albergaba algún demonio, una ira volcánica cuyas llamas nadie podía sofocar. Regresó, más o menos, a la finca de sus padres. Por fin, fue un primo quien llevó la noticia del accidente a «La casa azotada por el viento». Cessi no llegó a comprender los detalles. Algo relacionado con una feria de primavera y una borrachera con un par de peones, algo sobre marcar ganado, una absurda apuesta y una cuerda que se había enredado en el brazo de Evan, antes de poderla sujetar a la silla. Lo único claro para ella era que la muerte de Evan había sido un asunto alcohólico y sangriento.

Christian tenía sólo cinco años cuando falleció su padre. Paul cuatro. Tricia apenas había cumplido

los tres. No obstante, al pensar que ella no era mayor que Christian cuando murió su propia madre, le entristecía a Cessi pensar que sus hijos no pudieran tener la misma certeza de que Evan estuviera en la gloria, que ella había tenido respecto a su madre. La preocupación era razonable, ya que Cessi estaba segura de que por lo menos Christian, y también probablemente Paul y Tricia, habían padecido los efectos de la conducta de su padre en mayor grado del que eran capaces de expresar. Y así fue como, con plegarias de agradecimiento, vio que hallaban en sus corazones un lugar pacífico para su padre. Nunca evocaron recuerdos falsos ni infantiles respecto a su padre. Pero nunca dejaron tampoco de rezar por su alma inmortal.

Cessi buscó conscientemente y encontró de nuevo el centro de equilibrio que había abandonado. Durante sus años de matrimonio, Cessi llegó a comprender que había sido dicho centro lo que había salvado su cordura. Durante los turbulentos años venideros, nunca volvería a separarse de su centro equilibrador, ni éste la abandonaría. Sin embargo, eso no significaba que volviera a encontrar la armonía sencilla y singular que había caracterizado la primera parte de su vida. Los peores trastornos estaban todavía en el futuro. El mundo entero que había conocido, el mundo de Galveston y de Estados Unidos, el mundo de su querida Iglesia y, hasta cierto punto, incluso el mundo de «La casa azotada por el viento», estaba a punto de ser arrasado.

VEINTE

-Estamos casi a finales de agosto, mamá, y a pesar de tus presagios seguimos de una pieza -dijo Patricia Gladstone, sentada al borde del sofá de su dormitorio, mientras contemplaba la luz del alba con la cabeza doblada hacia atrás-. Antes de que nos demos cuenta habrá llegado Chris, y luego Paul con su familia.

-¡No te muevas, Tricia, si quieres que estas gotas acaben en tus ojos y no en tu cabello!

Tricia ladeó la cabeza, y obediente, a pesar del dolor que le provocaba, mantuvo los ojos abiertos para que Cessi le administrara la última solución de lágrimas artificiales que le habían recetado, en su perseverante batalla por conservar la vista. Desde hacía ahora más de una década, Tricia padecía una agonizante dolencia que los médicos denominaban queratoconjuntivitis sicca, para la cual no se conocía ningún antídoto ni tratamiento específico.

En términos básicos, dicha afección provocaba una sequedad progresiva de los ojos que afectaba la vista y, si se descuidaba, podía ser el preludio de una enfermedad que pusiera en peligro su vida. En lo concerniente a la vida cotidiana, para Patricia Gladstone suponía una batalla constante contra el dolor y un esfuerzo permanente para evitar una calamidad definitiva. Lo admirable era la fortaleza de Tricia para dedicarse a su carrera elegida como artista y, a pesar de la agonía, no perder nunca su ingenio tan parecido al de Cessi.

-Un ojo listo -dijo Cessi, después de aplicar las lágrimas artificiales con la pericia sólo propia de la experiencia-. Y ahí va el segundo.

-Ya falta poco -insistió Tricia, que no quería distraerse de lo que estaba diciendo-. Debes admitir, mamá, que todo funciona a pedir de boca. Chris llegará este fin de semana. Al cabo de un par de días, lo harán Paul y su familia. Con lo atractiva que está la casa, lo peor que puede ocurrir es que crean haberse confundido y no se detengan.

A Cessi le habría gustado estar de acuerdo. Sin embargo, a pesar de lo mucho que se había esforzado, durante los últimos días estaba tan nerviosa que se sobresaltaba cada vez que sonaba el teléfono, convencida de que recibiría alguna noticia que daría forma a sus difusos presagios.

-Reconócelo, mamá -dijo Tricia, que se levantó del sofá y cambió su vestido por una bata para pintar-. Puede que en esta ocasión tus auspicios sean sólo consecuencia de una indigestión. -¡No dejes que Beulah te oiga! -exclamó Cessi, sin poder evitar una carcajada.

Risas y bromas afectuosas sobre Beulah Thompson aparte, Tricia comprendió por cierto matiz en el tono de Cessi que no era el momento de olvidado todo con un par de palabras de consuelo. Instigada por su hija, Cessi empezó por fin a compartir sus presagios.

Por una parte, dijo Cessi, su sensación no parecía tener nada que ver con la que le había advertido de lo que serían las consecuencias más lúgubres de su matrimonio con Evan Wilson. Pero no le cabía la

menor duda de que lo que se avecinaba estaba relacionado con su propia familia. Además, tenía la persistente sensación que su presagio no sólo se confirmaría después del acontecimiento mediante sucesos externos, sino que éstos serían los propios indicios del mismo.

En general, le confesó a Tricia que ahora, después de más de treinta años, sentía casi exactamente lo mismo que al principio de aquellos terribles acontecimientos de 1960.

Hasta el año siguiente al de la muerte de Evan, cuando Cessi percibía un cambio en el aire, era siempre cuestión de unas vagas sensaciones interiores. Pero el primer presagio de cambio en los años sesenta fue diferente. Fue específico, y suficientemente inquietante y significativo como para que no sólo ella lo reconociera como un primer temblor que pronosticaba terremotos venideros.

Puesto que los famosos mandatos de Fátima ordenaban al «papa de 1960» revelar al mundo el tercer secreto de Fátima, y dirigir a los obispos de la Iglesia universal en la consagración de Rusia a Santa María, bajo su título de Inmaculada Concepción, todo el mundo esperaba que eso hiciera el papa Juan. Pero éste se negó a obedecer dicho mandato. No se llevó a cabo la consagración de Rusia. No se reveló el famoso tercer secreto a millones de católicos expectantes.

Cessi estaba acosada de presentimientos.

-Puede que lo llamen el buen papa. Pero ni siquiera el papa puede negarse a obedecer el mandato de la reina de los cielos y esperar salirse con la suya -advirtió.

Cessi y Declan se percataron de la lamentable e inaceptable realidad de la decisión del buen papa cuando, en calidad de *privilegiati di Stato,* asistieron a la inauguración oficial del Concilio Vaticano II el 11 de octubre de 1962, y ocuparon sus butacas en la tribuna de la basílica de San Pedro.

Los dos Gladstone oyeron cómo el sumo pontífice declaraba ante los obispos reunidos de todas las diócesis, la Iglesia universal y el mundo en general, los objetivos que su concilio se proponía alcanzar. Habló de modernizar y actualizar su organización eclesiástica, de abrir la Iglesia a los que no compartían la fe católica y la fe cristiana, y de la necesidad de relajar las rigurosas normas que castigaban a quienes quebrantaban la ley de la Iglesia o rechazaban su sagrada doctrina.

Para Cessi y Declan, con ello la Iglesia no sólo renunciaba a la fuerte posición que siempre había mantenido, sino que el buen papa parecía disculparse, en lugar de sentirse orgulloso, por lo que la Iglesia había hecho y sido hasta aquel momento. Pero lo peor era que el buen papa parecía estar convencido de que la Iglesia actual debía recurrir al mundo, para aprender a ser una verdadera Iglesia.

No había habido forma de apaciguar la ira de Cessi, ni de mitigar su desprecio. Se puso furiosa incluso antes de que ella y su padre abandonaran la basílica, sin preocuparse siquiera de no levantar la voz.

-No sé lo que tú opinas, papá, pero a mi parecer se nos han concedido asientos de primera fila para presenciar la declaración pública de la ejecución de la Iglesia. ¡Ese viejo papa gordo ha abofeteado en la cara a todos los católicos, obispos, curas y feligreses incluidos!

Lo mejor que podían hacer, dijo, era marcharse de Roma y regresar cuanto antes a «La casa azotada por el viento».

Cessi había observado las innovaciones introducidas por los obispos del concilio con una desconfianza que calaba hasta su médula. Como Gladstone que era, poseía un profundo instinto arraigado en su familia desde sus primeros tiempos en Cornualles, cuando sus antepasados reconocieron al enemigo que acechaba su fe, sus valores más queridos y a ellos como personas. Sin embargo, en 1962, nadie anticipó con precisión hasta qué punto Roma, sus obispos y sus papas, abrazarían a quienes más adelante serían caracterizados como lobos con piel de clérigo, cuyos objetivos eran nefastos para la doctrina y la moral católicas.

Al principio el concilio introdujo innovaciones aisladas. Sin embargo, no tardaron en convertirse en un pequeño flujo sistemático y luego en una inundación. Sin el consentimiento ni la aprobación siquiera del papa ni de los obispos del concilio, empezaron a trabajar nuevos ejércitos de autodeterminados «expertos litúrgicos», «maestros catequistas» y «especialistas arquitectónicos» de la Iglesia. Todas las diócesis de Estados Unidos, incluida Galveston, se vieron impregnadas de lo que Cessi y Declan interpretaban como moral liberal, liturgia anticatólica, Iglesias adulteradas y creencias aguadas. Incluso las misas celebradas en la catedral de Santa María, ahora en inglés, se convertían, con

bastante frecuencia, en manifestaciones folclóricas de costumbres locales y causas políticas, en lugar de la profesión y celebración de la ceremonia central de la fe católica. En Galveston, como en otros lugares, se ordenaba a los feligreses sentarse, levantarse y darse la mano. Ya sólo se arrodillaban raramente en presencia de Dios.

Cessi comprendió que los cambios procedentes de Roma transformarían de tal modo la sociedad en general que, a pesar de las medidas que tomaran sus hijos, se verían muy afectados.

Por consiguiente, de forma ingeniosa y devota, cambió el ritmo de la vida cotidiana en «La casa azotada por el viento». Ella y Declan participaban de modo mucho menos frecuente en la vida social de Galveston. Cessi dedicaba ahora la vida entera a la educación de sus hijos, la defensa de la fe católica en su vida como fieles papistas que eran, y a cultivar su propia vocación como profesora de danza.

Cuando empezaron a multiplicarse los efectos del Concilio Vaticano II, los Gladstone sólo asistían a misa en la capilla de la torre de «La casa azotada por el viento». Los tres hijos recibieron instrucción religiosa privada, en lugar de las nuevas «clases de catecismo». Cuando dejó de ser práctico educar a los niños en casa, Cessi se aseguró de que tanto la madre superiora de la escuela a la que asistía Tricia como los hermanos de la escuela que había elegido para Christian y Paul comprendieran que sus generosas aportaciones financieras sólo continuarían mientras conservaran un alto nivel académico y una sólida doctrina católica.

A finales de los años sesenta, los profundos cambios en la vida seglar que Cessi había anticipado empezaron a convertirse en realidad. La vida privada y pública de la sociedad se desprendía de sus principios morales, y no había forma de aislar a sus hijos de dichos cambios. Lo mejor que podía hacer, según le dijo a Declan, era advertir a Christian, Paul y Tricia de los peligros de la nueva conformidad seglar, que emergía como lo que Cessi consideraba una nueva religión estatal, seguir facilitándoles una amplia comprensión de su fe católica, apostólica y romana, y alentar la independencia intelectual que constituiría una característica permanente de la vida y personalidad de cada uno de ellos.

Tan completa, autocontenida y autosuficiente era la vida que Cessi y Declan habían organizado en «La casa azotada por el viento», que en 1969 casi parecía que nada lograría transformarla. Sin embargo, entonces tuvo lugar algo rutinario que adquirió dimensiones críticas y reforzó aún más la actitud de Cessi respecto a las difundidas consecuencias del Concilio Vaticano II del buen papa.

Se había solicitado la presencia de Cessi y Declan en Washington para celebrar una reunión con funcionarios de la tesorería sobre ciertas propiedades de los Gladstone, en zonas entonces delicadas de Suramérica. A pesar de haber reservado sus habitaciones con mucha antelación en el hotel Hay Adams, descubrieron a su llegada que todavía no estaban listas. El problema, al parecer, se debía a una populosa asamblea de sacerdotes a favor de un clérigo casado.

Un clérigo casado era una contradicción tan absurda y disparatada para Cessi y Declan como un neurocirujano parapléjico o Satanás libre de pecado. Sin embargo, mientras esperaban en el vestíbulo del hotel, estaban rodeados de sacerdotes de todas las edades y descripciones. Unos pocos de barba canosa vestían ropa clerical, pero la mayoría llevaba pantalón y camisa deportivos. En las manos de los presentes se veían algunos breviarios, pero eran mucho más numerosas las mujeres que asistían en calidad de ayudantes o, como comentó un recepcionista después de guiñar el ojo, de «amas de llaves». Varios centenares de delegados treintones y cuarentones no mostraban indicio externo alguno de su condición sacerdotal, y nada parecía gustarles tanto como alternar en el bar, mientras otros aún más jóvenes, probablemente recién salidos del seminario, deambulaban por el vestíbulo del hotel como estudiantes después de un campeonato universitario de baloncesto. Ataviados con gran diversidad de ropa deportiva, parecía que les gustaba formar grupos que desafinaban cantando *El sueño imposible,* acompañados de guitarras.

Presas de una mezcla de curiosidad y horror, Cessi y Declan consultaron el tablón de anuncios en el vestíbulo, donde se exhibía el programa de actividades para aquella asamblea de sacerdotes. Una de las conferencias trataría de «la antropología del sacerdocio», otra exploraría «el papel de las mujeres en la vida de la redención», el resto examinaría temas como «la sexualidad al servicio de Dios» y «la androginia del amor humano como se describe en la Biblia» que enfurecieron a Declan.

La furia le impidió dormir aquella noche. Por la mañana, Cessi encontró a su padre, temblando y pálido como la cera, sentado todavía junto al escritorio. Las exploraciones médicas de urgencia llevadas a cabo en Washington no permitieron llegar a ninguna conclusión. Pero los especialistas a los que Cessi

llamó para que acudieran a Galveston después de su regreso descubrieron que Declan había sufrido un pequeño infarto.

Aunque de pronto privado de la robusta salud de la que había disfrutado toda su vida, e incapaz de ocuparse como solía hacerlo de los negocios, o de corretear por el campo con los hijos de Cessi, Declan se contentaba con pasar la mayor parte del tiempo sin salir de la casa. A su edad, decía con un humor un tanto amargo, era de esperar que las ruedas y poleas de su maquinaria precisaran cierto ajuste.

Declan nunca se recuperó. Sobrevivió unos ocho meses, pero el alud de las denominadas «reformas» que manaban de la burocracia posconciliar fue excesivo para él. Falleció pacíficamente y rodeado de su familia. Francesca Gladstone se convirtió entonces en ama de «La casa azotada por el viento». Y al igual que había defendido a sus hijos de los abusos de su marido, se defendería ahora a sí misma, a sus hijos y a todas las personas vinculadas con «La casa azotada por el viento» de los desafueros perpetrados en la misa católica inmemorial. El *novus ordo* nunca se celebraría en la capilla de la torre. Ahora más que nunca, Cessi se convirtió en la personificación del lema de su familia: lucharía «sin cuartel» a lo largo de su vida para permanecer fiel al catolicismo romano de sus antepasados papistas.

Cuanto más intentaba Cessi aclarar las cosas aquella mañana, rememorando el pasado familiar, con mayor frecuencia interrumpía Tricia el monólogo, cuyos recuerdos de las semanas siguientes a la muerte de su abuelo Declan eran agridulces.

-¿Recuerdas, mamá, cómo incluso entonces Christian se hizo cargo de la situación? -preguntó con todo el cariño que sentía por su hermano mayor.

Christian Thomas Gladstone tenía trece años cuando falleció su abuelo. La vida de Declan había demostrado bien a las claras que los hombres Gladstone eran portadores del honor de la familia, y que en lugar de usar a las mujeres, las protegían. Con dichas lecciones en el pensamiento, además de toda la compasión, la autoridad y la independencia que ya había aprendido de Cessi, Chris se presentó un sábado por la mañana en la sala de estar de Cessi, un mes después de la muerte de Declan.

Ahora era él el padre de familia, le comunicó a su madre. Paul y Tricia, con el pelo revuelto y todavía en pijama, estaban junto a él con toda la seriedad de la que eran capaces. Acordaron que, a excepción de la escuela, los tres se convertirían en socios de Cessi, como lo había sido su abuelo, para dirigir los asuntos de «La casa azotada por el viento», y también los de la academia de baile.

Cessi quedó aturdida ante aquella repentina e inesperada inversión de los papeles. Nada había borrado de su mente un solo detalle del orgulloso recuerdo de sus tres «perfectos retoños», que habían decidido por cuenta propia responsabilizarse del futuro de la familia.

Ahí estaba Christian, con sus inconfundibles rasgos de los Gladstone. Ya más alto que Cessi, incluso entonces, con su nariz algo aguileña, boca firme y el brillo azul de sus anchos ojos, podía haber sido una versión juvenil del viejo Glad en persona. A pesar de que Paul maduraba a un ritmo más lento que el de su hermano y con cierta diferencia en su temperamento, así como en los rasgos de su mandíbula que delataban una obstinación más allá de la independencia, casi podía haber sido gemelo de Christian. Tricia, entretanto, tenía su propia personalidad. Aunque larguirucha como los chicos, estaba dotada ya de una elegancia que a menudo recordaba a la propia Cessi. Los reflejos castaños de su cabello parecían los de su madre o los de sus hermanos, aunque más claros. Sin embargo, su piel era algo más oscura y, por consiguiente, no debía preocuparse del caluroso verano de Galveston como sí lo hacía su madre.

A pesar de sus similitudes y diferencias, desde aquel día hasta que al cabo de unos pocos años Christian y Paul abandonaran la casa casi al mismo tiempo, los tres hijos de Cessi permanecieron unidos en su determinación. Se identificaron más que nunca con su madre y participaron de manera íntima en las incesantes actividades de la familia. Cada día, después de la escuela, iban a trabajar en la academia de baile. Y tal era su madurez, su talento y su actitud de mando, que el personal no tardó en acostumbrarse a trabajar tan fácilmente con ellos, como lo habían hecho con Declan.

No sólo involucró Cessi a sus hijos en los asuntos de la casa, sino que empezó a familiarizarlos con las complejidades de dirigir la fortuna familiar. Los tres demostraron ser buenos estudiantes, pero incluso en la adolescencia Paul se interesó de forma particular por los aspectos financieros de los Gladstone.

Era innegable el vacío que la ausencia de Declan había dejado en sus vidas. No obstante y comprensiblemente, era tía Dotsie la más afectada por la pérdida de su hermano. Dotsie casi nunca había salido de «La casa azotada por el viento». Como miembro más discreto de aquella exuberante familia, siempre se sacrificaba por los demás. Su permanente ternura formaba parte del ambiente, algo en lo que todos confiaban sin pensar siquiera en ello. Cuando todavía no había transcurrido un año desde la muerte de Declan, Dotsie falleció como había vivido; sin provocar ningún susto ni episodio doloroso, una noche mientras dormía se sumió discretamente en el sueño eterno.

Con los ciclones del cambio que arrasaban el mundo a su alrededor, en cualquier otra casa y cualquier otra familia la pérdida sucesiva de dos personajes tan importantes como Declan y Dorothy Gladstone, los dos últimos vínculos con la estabilidad de generaciones anteriores, habría provocado el desastre y el quebrantamiento.

En el resto de Galveston, esa sociedad peculiarmente autoconsciente para la que los Gladstone seguían siendo una fuente de inspiración intentaba conservar su equilibrio a pesar del torbellino de trastornos culturales. Sin embargo, al contrario de Cessi, muchos de sus habitantes estaban seguros de que era sólo cuestión de establecer un compromiso sensato. Una pequeña modernización. No importaría demasiado sacrificar algún pequeño aspecto de sus principios morales, o revisar ligeramente sus creencias religiosas. Si eran juiciosos, la parte más dura de la nueva revolución cultural les pasaría inadvertida. Después de todo, su Iglesia católica había sido la primera religión organizada que había llegado a Texas, por mediación de los españoles y los franceses. En 1838, la primera ceremonia cristiana en Galveston había sido una misa católica. En la época de Cessi, había un gran seminario diocesano, cuatro academias para niñas y cinco escuelas para niños. Además, había sólidas congregaciones anabaptistas, metodistas, presbiterianas, episcopalianas, luteranas, judías y de científicos cristianos. Todos ellos luchaban para conservar su mayor o menor dominio, ante el torbellino de cambios que arrasaba el mundo.

Sin embargo, transcurridos apenas dos años desde la muerte de Declan, ya no era cuestión de pequeños compromisos ni de revisiones rituales de escasa importancia. Por el contrario, una profunda inestabilidad religiosa era tan vigente en Galveston como en el resto de Estados Unidos y del mundo en general. Además, como lo suponía Cessi, creció a su vez la inestabilidad social.

El acierto no le producía a Cessi Gladstone ninguna sensación de triunfo. Era demasiado comprensiva para ello. Aunque dichas tempestades eran una dolorosa vindicación de sus diez años de esfuerzos para mantener los valores tradicionales, eran también un poderoso estímulo para seguir luchando «sin cuartel» ni pedírselo a nadie.

VEINTIUNO

-¡Señorita Cessi! -exclamó Beulah Thompson desde la puerta de la sala de estar de Tricia con una voz tan sonora como las campanadas del reloj de madera de roble que daba las ocho desde el vestíbulo de la planta baja, preocupada por mantener el equilibrio con su sentido común, ante la creciente sensación de Cessi de la llegada de malos vientos, que ella denominaba «los humores de la señorita Cessi»-. ¡Señorita Cessi! ¿Van á pasar todo el día charlando ahí como un par de cluecas? ¡Hace más de una hora que está listo el desayuno!

-¡No sea gruñona, Beulah! -replicó Cessi-. Sólo hablábamos de las crisis que hemos tenido que soportar a lo largo de los años. -Nada les impediría hacerla mientras comen fruta fresca y pan casero -insistió Beulah.

Alentadas por la idea del pan incomparable que preparaba Beulah, Cessi y Tricia se dirigieron al soleado comedor del segundo piso. Pero estaban tan inmersas en el examen de la precisión de los presagios de Cessi, que se sumieron de nuevo en la conversación casi como si no hubiera habido interrupción alguna.

Al final de la década de los sesenta, Cessi había reducido su participación en la vida social de la isla todavía en mayor grado que cuando Declan estaba vivo. Las habitaciones de los invitados del tercer piso bastaban para los pocos amigos y parientes que pudieran invitar a «La casa azotada por el viento». Las habitaciones del cuarto piso estaban cerradas. Con la notable excepción de Beulah Thompson,

raramente se reemplazaba a los miembros del personal que se marchaban o se jubilaban. Lo peor para Cessi al organizarse a solas fue que alrededor de 1970 le resultó casi imposible encontrar a un sacerdote del que pudiera depender con regularidad para celebrar una auténtica misa católica y romana en la capilla de la torre de «La casa azotada por el viento».

-Tan difíciles llegaron a ponerse las cosas -dijo Cessi, como si le confiara a Tricia un pícaro secreto-, que empecé a revelarle a Nuestro Señor algunas duras realidades cuando rezaba en la capilla. De qué nos servía, le dije, disponer de la bula papal para celebrar el santo sacrificio de su cuerpo y su sangre en «La casa azotada por el viento», si permitía que esos payasos de Roma nos arrebataran nuestros fieles sacerdotes y los reemplazaran por una banda de lascivos bufones con collarines.

-¡Espero que no se lo dijeras de ese modo! -exclamó Tricia que, al igual que el resto de la familia, siempre había estado acostumbrada a esa familiaridad con que Cessi trataba a los entes divinos.

-Por supuesto que lo hice, querida -respondió Cessi con una inocente sonrisa, por encima de la taza de café que tenía junto a sus labios-. Y, además, valió la pena. ¿Por qué, si no, crees que de pronto apareció en nuestra vida nuestro exuberante amigo Traxler Le Voisin?

Tricia no tenía respuesta. Pero sin duda recordaba el día en que Traxler Le Voisin, a quien la gente llamaba Traxi, había llegado a «La casa azotada por el viento». Exuberante era sólo una forma de describir a aquel escultor local, padre de siete hijos. Provocador era otra. Convencido de que ni el buen papa ni su sucesor eran lo que él y los suyos denominaban «verdaderos papas», Traxi Le Voisin pertenecía a la generación de católicos conocidos como *sede vacantis.* Es decir, consideraban que en términos jurídicos el trono de san Pedro seguía vacío desde finales de los años cincuenta.

Con lo papista que era Cessi, nunca coincidió con Traxi en dicho punto. Cuando éste se presentó por primera vez en «La casa azotada por el viento», al frente de una delegación que representaba a unas sesenta familias de fieles católicos de la región, Cessi estuvo a punto de desentenderse por completo de sus planes, debido a su insistencia en que el auténtico papa, Pío XIII, debía estar oculto en algún lugar de la Tierra. Pero Traxi salvó la situación con otra observación ingenua de poca delicadeza. Él y los demás habían solicitado aquella reunión, dijo, porque «todos sabían que el ama de «La casa azotada por el viento» estaba harta de la novel liturgia que esos impostores de la colina vaticana imponían a la gente común».

En una decisión que sería de tanto alcance para ella y sus hijos como cualquiera de las que había tomado, Cessi accedió en aquel mismo momento a cooperar en la formación de una nueva congregación, y a prestar toda la protección que el prestigio de los Gladstone permitiera, a fin de poder celebrar con regularidad verdaderas misas romanas con un auténtico sacerdote católico y romano, en beneficio de los fieles.

Después de conseguir lo que él y su pequeño grupo se proponían, Traxi abandonó aquel día «La casa azotada por el viento», decidido a convertir la nueva congregación en una realidad práctica. El primer paso, encontrar un edificio adecuado y asequible como iglesia, fue bastante sencillo. Adquirieron una pequeña capilla en Danbury que sus dueños metodistas habían dejado de utilizar, la restauraron y la bautizaron. Pasó a llamarse Capilla del Arcángel San Miguel.

Entretanto y con el mismo fervor que le había impulsado a acudir a Cessi Gladstone, Traxi no perdió tiempo alguno en establecer contacto con el arzobispo suizo Marcel Lefebvre. Famoso o notorio según la política eclesiástica de cada uno, como uno de los cuatro únicos obispos de la Iglesia que en aquella época se habían negado a aceptar la nueva forma de la misa, Lefebvre se había mantenido firme contra las innovaciones litúrgicas y doctrinales de la Iglesia, y había fundado la Sociedad de Pío X como criterio y meta para los católicos de ideas tradicionales. Tanto Lefebvre como su sociedad no habían tardado en convertirse en puntos de referencia en la polémica de la Iglesia profundamente dividida.

Consciente de que ni siquiera el prestigio de los Gladstone en Roma bastaría para conseguir la validez canónica indispensable para la nueva capilla, ni para concederles inmunidad de las autoridades diocesanas locales que con toda seguridad se opondrían a una congregación tan tradicionalista como aquélla, Traxi acudió al arzobispo Lefebvre con dos peticiones: aspiraba a que la Capilla del Arcángel San Miguel estuviera bajo la protección de la Sociedad de Pío X, y que la sociedad les facilitara un sacerdote debidamente ordenado de creencias ortodoxas, al servicio de dicha capilla.

Lefebvre le facilitó a Traxi por lo menos la mitad de lo que deseaba: adoptó gustoso la capilla en nombre de la sociedad. Y aunque no pudo satisfacer la segunda petición de Traxi, le recomendó un

clérigo muy singular para el cargo.

A pesar del susto que se llevaron al ver por primera vez su rostro cubierto de grandes cicatrices, lo más sobresaliente del padre Angelo Gutmacher era la seguridad con que combinaba su ortodoxia eclesiástica con su ternura y su sabiduría sacerdotal.

Gutmacher, refugiado de la Alemania Oriental, era el único miembro de su familia al que habían sacado vivo de un incendio provocado en su casa de Leipzig a altas horas de la madrugada. Su catolicismo recalcitrante y su intransigente resistencia al régimen comunista habían convertido a los Gutmacher en objetivos de la Stasi, la policía secreta de Alemania Oriental. Gracias a los cuidados de unos pocos amigos de gran valentía, el niño logró recuperarse de sus terribles quemaduras en la cara y el resto del cuerpo, y más adelante huyó a Alemania Occidental. Después de unos años en casa de unos parientes ancianos alcanzó la mayoría de edad, e ingresó en un seminario que todavía se resistía a la invasión de programas extraños y heterodoxos que se introducían en muchos seminarios del mundo entero.

Después de su ordenación, Gutmacher mandó una instancia a Roma para solicitar un destino bajo los auspicios de la Congregación para el Clero, convencido de que probablemente le mandarían a algún lugar de Suramérica o Indonesia. Se trasladó a Roma para suplicar por su causa.

Cuando Gutmacher llegó a Roma, su historial había sido presentado al papa, acompañado de la sugerencia de que un sacerdote tan ortodoxo y leal al papa podría ser útil en un destino semipermanente en Estados Unidos. Como mínimo se podría depender de él para que mantuviera informados tanto al sumo pontífice como a la Congregación para el Clero de los acontecimientos en aquella región.

Cuando el padre Gutmacher empezó su curiosa misión en Estados Unidos, su fuerte vínculo con la Santa Sede le proporcionó cierta inmunidad de los no pocos funcionarios diocesanos desfavorables a su presencia. Logró cruzar el territorio, sustituyendo a sacerdotes ausentes por vacaciones en las muchas parroquias escasas de personal. Cuando en 1970 llegó por fin a Houston, en Texas, el padre Angelo había visto lo mejor y lo peor del catolicismo posconciliar que se practicaba en Estados Unidos. Puesto que por el camino, y sin proponérselo, había llamado la atención de la Sociedad de Pío X y se había ganado su beneplácito, era comprensible que el arzobispo Lefebvre lo recomendara a Traxi Le Voisin.

Apenas acababan de persuadir al padre Angelo para que se incorporara a San Miguel, cuando las autoridades diocesanas locales empezaron a levantar objeciones. Puesto que no podían atacar directamente a Gutmacher, apelaron al cardenal arzobispo de Nueva Orleans para que los ayudara a presionar a la poderosa Francesca Gladstone, a fin de que ésta retirara «su apoyo financiero y moral escandaloso a la congregación cismática de la Capilla del Arcángel San Miguel».

El apoyo de Cessi permaneció constante e inquebrantable. Cuando no cupo la menor duda de que el apoyo de los Gladstone antes se retiraría de Nueva Orleans que de la capilla de Danbury, se resolvió el asunto a favor de la «congregación independentista». Y cuando los enemigos de Lefebvre dentro de la cancillería romana lograron al cabo de unos años que se expulsara al arzobispo de la organización de la Iglesia y se prohibiera a los católicos tener relación alguna con él o con su instituto religioso, Cessi reaccionó inmediatamente para proteger a San Miguel de la evidente amenaza, citando las conocidas declaraciones de dos destacados cardenales en defensa del arzobispo Lefebvre y sus seguidores.

En consecuencia, ahora, el padre Angelo había prestado sus servicios a San Miguel como pastor y sacerdote desde hacía casi veintidós años. Durante todo aquel tiempo, había actuado con tanta amabilidad, sensatez, habilidad sacerdotal y ortodoxia, que no sólo había moderado los excesos de Traxi Le Voisin, sino que había logrado mantener San Miguel al margen de las peores polémicas que se dispersaban por la Iglesia como plagas litúrgicas. Además, con muchos y variados métodos, el padre Angelo había llenado parcialmente el innegable vacío provocado por la muerte de Declan Gladstone en la vida de su hija y sus tres nietos.

-Es curioso, señorita Cessi -dijo Beulah para intervenir, como solía hacerlo, con algún comentario en la conversación familiar-, es curioso cómo el padre Angelo nunca cambia, pero parece tratar siempre a las personas más diversas en la forma adecuada.

Cessi estaba de acuerdo. Desde el momento en que el padre Angelo empezó a frecuentar «La casa azotada por el viento» y a celebrar la misa para la familia en la capilla de la torre, no le cupo a Cessi la

menor duda de que el cielo había respuesto a sus quejas sobre los «payasos lascivos con collarines», que eran respecto al sacerdocio lo que el dinero falso es respecto al verdadero. ¿Cómo, si no, explicar la repentina aparición de aquel sacerdote, que habría merecido incluso la aprobación del viejo Glad? Pero lo más asombroso para Cessi era que Gutmacher, después de haber padecido lo que a sus ojos era un martirio por su fe en Alemania Oriental -y en el seno del caos en el que se había convertido la Iglesia antes vibrante-, practicara un catolicismo caracterizado por la misma actitud «sin cuartel» que había inspirado al viejo Glad a construir «La casa azotada por el viento».

Aunque era austero, incluso severo al parecer de Cessi, en cuanto a sus hábitos personales, el padre Gutmacher era amable con todos los demás, y a pesar de la constancia que le caracterizaba, tenía una insondable capacidad para penetrar en los corazones de personas radicalmente diferentes entre sí.

Tomemos como ejemplo a los tres niños de la familia Gladstone. Los dos niños se habían turnado como monaguillos en las misas del padre Angelo, tanto en Danbury como en «La casa azotada por el viento». Sin embargo, Cessi y Tricia coincidían en su recuerdo de que había sido Christian el inmediatamente cautivado por el padre Angelo. Para Christian, Gutmacher llegó a ocupar un lugar especial. Procedía del mundo totalmente diferente del «malvado imperio soviético». Era amable pero indudablemente valiente, y la devoción personal de Gutmacher cuando celebraba la misa admiraba y emocionaba a Christian.

El sentimiento era correspondido por parte de Gutmacher, que detectó en el joven Christian cierta cualidad moral. Nadie tomaba al chico por un «santo», ya que cometía tantas travesuras como cualquiera de su edad, pero en todos sus actos había un matiz ético, a partir del cual Gutmacher estaba convencido de que podía construirse el admirable compromiso del sacerdocio. Y con el transcurso del tiempo, Christian declaró públicamente que deseaba estudiar para cura.

En cualquier otro momento de la historia reciente de la Iglesia, a Cessi le habría encantado que uno de sus hijos optara por el sacerdocio. Ahora, sin embargo, según le expresó al padre Angelo, le preocupaba que la formación sacerdotal pondría a su hijo mayor en peligroso e íntimo contacto con «esas cucarachas negras que vagan como estercoleros por nuestros seminarios». Pero la respuesta del padre Angelo era siempre la misma. La auténtica solución a la preocupación de Cessi, insistía, no era la de impedir que hombres buenos como Christian sirvieran a Jesucristo, sino la de buscar, como el propio Gutmacher lo había hecho, el seminario adecuado.

A Cessi le sorprendió que ya entonces Gutmacher le sugiriera que tenía más razones para preocuparse por Paul que por Christian. Aquel inusual sacerdote no había tardado en descubrir el indomable filo de terquedad en el temperamento de Paul, o en comprender que dicha cualidad podía hacer que su fe fuera más frágil que la de Christian. Pero de momento era la decisión de Christian de estudiar para sacerdote de lo que debían ocuparse.

Cuando la decisión de su hijo fue definitiva, no fue necesario que el padre Gutmacher le indicara a Cessi el camino a seguir. Pidió toda la ayuda que tenía a su alcance para verificar los seminarios que parecían conservar su fidelidad a la verdad, ante la creciente oleada de innovaciones litúrgicas y doctrinales. Por fin Chris reconoció que el Seminario de Navarra en el norte de España parecía ser el mejor entre los pocos seleccionados, y se alegró de que su madre lograra abreviar la burocracia habitual para que le aceptaran como alumno.

Pero cuando llegó el momento de su ordenación, a principios de los años ochenta, incluso los obispos españoles se habían convertido en sospechosos para Cessi, que quería asegurarse de que la ordenación de Christian fuera válida. Entonces decidió hacer un viaje relámpago a Ecóne, en Suiza, donde el arzobispo Lefebvre le recomendó al obispo de Santa Fe, en Argentina. Cessi comprobó en persona la información recibida, se aseguró de que era cierta y organizó la ordenación de Christian con el obispo de Santa Fe.

Cessi había tenido dudas sobre el deseo de Christian de completar su tesis doctoral en Roma. Su preocupación, entonces y ahora, era que la burocracia clerical embruteciera y adulterara a Christian. Por otra parte, en el fondo no podía discrepar del deseo de Chris de conseguir al *rector magnificus* de la Universidad Dominica del Angelicum como director académico y asesor de tesis. En el desierto eclesiástico de principios de los años ochenta, la reputación del padre Damien Slattery como teólogo de primera magnitud era conocida más allá del Vaticano, y gracias a su lealtad a la Santa Sede se había ganado en aquella época más enemigos que amigos.

Pero fue durante los primeros días de Christian en Navarra cuando empezaron a materializarse las advertencias del padre Angelo respecto a la salud espiritual de Paul.

Por desgracia para Paul, los acontecimientos se desarrollaron casi exactamente como el padre Gutmacher se lo temía. Su caso, muy doloroso para Cessi, era más típico que el de su hermano. En apenas dieciocho meses, el tiempo que pasó en el Seminario Menor de Nueva Orleans, Paul siguió los mismos pasos de muchos católicos de buena intención, pero carentes de orientación, en los años setenta: se convirtió en víctima de unas circunstancias ajenas a su control.

En gran parte, se le había protegido de los cambios abruptos y trastornadores de la Iglesia. Aunque poderosa, la tormenta del cambio no había llegado simultáneamente a todas partes. Era un proceso que se introdujo por las articulaciones de la estructura católica, a nivel parroquial, diocesano, nacional y regional, y finalmente romano. Y culminó con el éxito.

Paul ingresó en el Seminario Menor de la diócesis de Nueva Orleans en 1972. Durante el primer semestre, él y sus condiscípulos recibieron la orden oficial de abandonar la sotana y vestir ropa normal de calle. En su programa de estudios, el dominio del latín ya no era obligatorio. La mayoría de sus profesores los invitaban a pensar libremente, sobre lo que antes eran doctrinas sacrosantas y enseñanzas fundamentales acerca de la existencia de Dios, la divinidad de Jesucristo, la verdadera presencia de Jesucristo en el santo sacramento, la autoridad del papa o la gama completa de creencias y leyes católicas.

Además, durante las horas de ocio, se alentaba a los seminaristas a que alternaran con mujeres para incrementar su experiencia. Al mismo tiempo, a muchos les resultaba fácil establecer relaciones homosexuales en su propio círculo, ya que se los aconsejaba que una actitud positiva hacia la homosexualidad los convertiría en «pastoralmente sensibles».

En la transformación de la vieja iglesia en «casa de vientos ecuménicos», Paul comprobó que en el seminario todos sus valores familiares se perdían en el olvido. Ya no se les exigía a los seminaristas asistir a las plegarias matutinas ni a la misa cotidiana. Pero incluso los que como Paul habían decidido seguir haciéndolo, se encontraron con un cambio: el altar de la capilla del seminario había sido sustituido por una mesa común. Las imágenes de los santos, las estaciones de la cruz, los bancos reclinatorios, los mosaicos, e incluso el tabernáculo, la barandilla eucarística y los crucifijos, brillaban por su ausencia. En los confesonarios que no habían sido retirados, era más probable encontrar artículos de limpieza que a un sacerdote. Era evidente que se deploraban constantemente los pecados de la sociedad y la humanidad, pero nunca se mencionaban los pecados personales.

Un cura de vaqueros y camiseta, a lo sumo con una estola o un velo sobre los hombros, daba la bienvenida a los seminaristas y al público en general a las nuevas ceremonias con un alegre: «¡Buenos días a todos!» Se enseñaba a los seminaristas a dar ejemplo como hombres libres e hijos de Dios. Podían sentarse o levantarse a su antojo, pero no arrodillarse. Actuaban bailarinas «litúrgicas» con leotardos, y había acompañamiento de guitarras, banjos, guitarras hawaianas, panderetas y castañuelas.

A lo largo de los meses, Paul vio cómo las reuniones litúrgicas se convertían en algo parecido a «fiestas tribuales», o celebraciones del gran Potlatch de los indios kwakiutl en el Pacífico noroccidental, donde el jefe ofrecía una parte tan grande de su riqueza para atraer e impresionar a un número creciente de invitados, que al final sólo le quedaba su prestigio «altruista». En dichas reuniones litúrgicas se admitía cualquier cosa de otras religiones en igualdad de condiciones. Paul fue sometido a una mescolanza de meditaciones budistas, dualismo taoísta, plegarias sufíes, ruedas oratorias tibetanas, mitología de los indios estadounidenses, antiguos dioses y diosas griegos, música de rock duro y *heavy metal,* el culto hindú a Siva y Kali, y a la adoración de la madre tierra Gaia y Sofía.

Paul Gladstone interpretó todo aquello como contradictorio, hipócrita y, a fin de cuentas, destructivo para la verdadera fe católica. A su parecer, la mayoría de los católicos lo aceptaban en un intento de democratización global de la religión católica tradicional. Dondequiera que fuere, descubría que el centro de atención de las Iglesias católicas lo constituía ahora la «mesa del cenáculo», alrededor de la cual se reunía el «pueblo de Dios» para celebrar su propia libertad en un banquete conmemorativo.

Por fin, aquella breve intimidad con la «Iglesia conciliar» surtió efectos nefastos en Paul Gladstone. Incapaz de seguir soportando el ambiente caótico y chabacano de lo que antes había sido un seminario disciplinado, un buen día por la mañana le comunicó al rector que se despedía, con una

ingenuidad tan brutal que incluso a Cessi le habría resultado difícil igualarla.

-No estoy recibiendo nada parecido a una formación sacerdotal para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados -dijo Paul, que tenía fuego en la mirada-. Si permanezco aquí, acabaré como un espeluznante distribuidor de artilugios inútiles en el gran Potlatch católico estadounidense.

Atónito y casi sin habla ante tal rebelión sin precedentes, el rector logró pronunciar algunas palabras convencionales en defensa de los mandatos del Concilio Vaticano II y hacer una apelación, para Paul irrisoria, a la obediencia.

-No sé cómo ser sacerdote -replicó Paul con una frialdad que congeló el ambiente en la sala-, ni siquiera sé lo que significa ser sacerdote en una iglesia donde el centro de atención no es más que una simple «mesa de cenáculo». Sí, ya lo sé, he oído un montón de veces que esa «Iglesia conciliar» de ustedes presentará una cara más humana al mundo. Pero permítame que le diga que no estoy dispuesto a predicar al «pueblo de Dios» que, cuando se reúne, no sólo «se convierte en Iglesia» sino además en «forma de Jesucristo». No llego siquiera a comprender esa jerga carente de significado.

Estupefacto ante una violación tan flagrante de la disciplina, el rector intentó darle a Gladstone una dosis de su propia medicina.

Con su descabellado e inoportuno arrebato, le advirtió el rector, Paul ponía en peligro su carrera sacerdotal.

-¿No me he explicado con claridad, padre rector? -dijo Paul, de camino ya hacia la puerta-. Prefiero ser un católico seglar que coopera con la Iglesia, a una marioneta en esta pocilga irreligiosa de mal gusto.

La primera noticia que Cessi tuvo de la dimisión de su hijo menor del seminario fue cuando éste llegó con el equipaje a «La casa azotada por el viento». Sólo entonces comprendió, claramente y sin tapujos -como a ella le gustaba-, el antro de inmoralidad e incredulidad en el que su hijo había estado inmerso durante un año y medio. A su regreso de Nueva Orleans, fue el propio Paul quien decidió matricularse en la Universidad de Austin para el resto del semestre y solicitar su ingreso en Harvard para el semestre siguiente, todo lo cual consiguió con éxito. No cabe la menor duda de que, en Harvard, Paul se convirtió en un buen estudiante, ni de que en dicha universidad se libró de sus vínculos restantes con la vieja Iglesia católica, así como de muchos de sus vínculos con su familia, sin dejar de sentir un gran amor por ella. Estaba listo para el principio básico de un intelectual de Harvard: el cartesianismo nominal. Sólo las ideas claras eran verdaderas.

La idea más clara en el horizonte de Paul era la de un mundo, la de una convergencia internacional de naciones en un superestado. Por consiguiente, eligió una carrera en el campo de las relaciones internacionales, y una especialidad difícil y obsesiva encaminada a situarse en primera línea.

Después de una licenciatura brillante y acelerada en la Facultad de Derecho de Harvard, Paul se doctoró en estudios internacionales y, simultáneamente, hizo un máster en administración comercial. Aprovechó las vacaciones veraniegas para aprender idiomas, que en su opinión le serían útiles en la carrera elegida. Mostró una habilidad asombrosa para el rápido aprendizaje de las lenguas. Cuando la adaptación plástica de su oído y su paladar decreció, y disminuyó su admirable facilidad para convertirse en normal, había logrado aprender ya el ruso en Moscú y el chino mandarín en Taiwan y Beijing. En Europa había perfeccionado el alemán, el francés y el italiano. Y había aprendido el árabe en El Cairo.

A la edad relativamente temprana de veintiséis años, más o menos la misma en que Christian sería ordenado e iniciaría su período de estancia en el Angelicum de Roma, no sólo había terminado Paul sus estudios, sino que había sido captado como futura estrella por el gabinete transnacional de Cyrus Benthoek. Destinado al cuartel general del bufete en Londres, regresaba de vez en cuando de vacaciones pagadas a su casa de Galveston. Pero había demasiadas discusiones complejas y a veces violentas entre madre e hijo, y ambos se expresaban con una franqueza brutal.

A pesar de su privilegiado intelecto, Paul nunca pudo compararse con su madre en las discusiones sobre las posiciones doctrinales claras y detalladas del catolicismo.

-Te repito desde hace muchos años -decía Cessi, apenas capaz de contener su frustración- que, desde el momento en que te dejaste llevar por esas nuevas ideas de un gobierno mundial, tú fe empezó a correr un grave peligro. El día menos pensado, dejarás de ir a misa los domingos y fiestas de guardar. Omitirás la confesión regular. Olvidarás tus oraciones matutinas y vespertinas. Que yo sepa, puede que

ya lo hayas hecho.

Pero la intransigencia había llegado al límite por ambas partes, cuando Paul se desplazó desde Londres para comunicarle a Cessi que se proponía casarse con una china confucionista llamada Yusai Kiang. Había solicitado y obtenido una dispensa eclesiástica especial del Vaticano para celebrar un matrimonio católico con su querida Yusai. Y Yusai había aceptado con alegría y sinceridad vivir con Paul según las leyes matrimoniales del catolicismo.

No obstante, Cessi se opuso a la perspectiva de que su hijo contrajera matrimonio con «una china confucionista de tendencias budistas». No pretendía que sus palabras fueran más que una opinión ilustrada, a la sazón acertada, de los antecedentes religiosos de Yusai. Pero Paul se lo tomó más a pecho. Anhelaba contarle a su madre cuánto Yusai y él se querían, lo perfectos que eran el uno para el otro, con qué pasión amaba a Yusai y lo terriblemente dolorosa que era la mera idea de que tal vez no pudiera casarse con él. Pero lo que dijo fue algo tan diferente que sólo podía proceder del abismo de su decepción por la reacción de Cessi.

-¡Pongo a Dios por testigo, mamá, de que aunque el propio papa bendijera mi matrimonio y celebrara la ceremonia, seguirías negándote a otorgarnos tu bendición!

-¡Tienes toda la razón, jovencito! -exclamó Cessi, que le dirigió una mirada dura e impenetrable de sus ojos verdes, que reflejaban su ira y su propia decepción como esmeraldas sobre una hoguera-. ¡Aunque eso sucediera, seguiría sin aprobar ese matrimonio!

Era la actitud «sin cuartel» de manifiesto entre madre e hijo. Paul no renunció a Yusai. Y Cessi no asistió a la boda celebrada en París.

-No me importa lo que digas, mamá -respondió Tricia antes de vaciar su vaso de zumo-. Reconozco que tus presagios han sido buenos indicadores de sucesos terribles para nuestra familia en el pasado. Pero de eso hace mucho tiempo. Ahora creo que tu barómetro trabaja demasiado. Sigo pensando que...

-Lo sé -dijo Cessi mientras tocaba la campanilla para comunicarle a Beulah que habían acabado de desayunar-. Lo sé. Todo funciona según lo previsto.

Mientras las dos mujeres Gladstone subían por la escalera -Tricia para un comienzo tardío de su labor en su estudio del quinto piso y Cessi hacia la capilla de la torre para mandar al cielo otro pequeño recuerdo de la realidad-, Tricia percibía todavía la tensión en su madre. Se percató de que, después de todo, su conversación no había contribuido en gran medida a apaciguar el barómetro de Cessi.

Si en verdad existía una versión moderna de la escalera de Jacob en «La casa azotada por el viento», se apoyaba sin duda en el sólido suelo de la capilla de la torre. Desde el día en que el viejo Glad acabó de construirla, hacía un siglo y cuarto, casi nada había cambiado. La vidriera de colores donde Jesucristo apaciguaba las iracundas olas del mar de Galilea miraba todavía hacia el sur. La lámpara de vigilia conocida como «el ojo de Glad» seguía brillando hacia tierra firme para recordar la presencia del verdadero sacramento de Dios entre los mortales. Las estatuas e iconos predilectos del viejo Glad permanecían en sus lugares alrededor de las paredes: el crucifijo, el gran arcángel Miguel que destruía al dragón endemoniado, san Ignacio de Loyola, santa Teresa de Lisieux y santa Catalina de Siena.

Después de una breve plegaria de adoración frente al tabernáculo, donde se guardaba el santo sacramento, Cessi besó el ara del altar. A continuación cogió una pequeña corona de plata de una mesilla lateral, la colocó sobre la cabeza de la estatua que representaba la Virgen de Fátima e inició una progresiva plegaria alrededor de la capilla. Con el rosario en la mano, dedicó unas francas palabras a algunos de los personajes predilectos de Dios. Puesto que en aquella ocasión sus presagios se centraban en su familia, encomendó también sus oraciones a sus tres hijos. Durante la próxima hora, el único ruido a excepción del de las plegarias de Cessi, era el murmullo del viento procedente del golfo.

No era necesario recordarle a Jesucristo, ni a la Virgen, ni a los ángeles, ni a los santos, lo que la preocupaba. Cessi, a su propio parecer, no deseaba controlar la vida de sus hijos ni de su hija. La dificultad estribaba en que, ahora que la tradición se había desmoronado en todas las demás facetas de su mundo, el único lugar donde aquellas sólidas raíces podían alimentarse era el seno de la familia. Y dada su forma de querer a los suyos, aquélla era la razón por la que Cessi deseaba que sus hijos regresaran de vez en cuando a «La casa azotada por el viento». Sin embargo, aquel mismo deseo era ahora objeto de

su actual inquietud, ya que, junto a sus presagios, aunque indefinidos, experimentaba la sensación de que los trastornos en perspectiva estaban de algún modo entrelazados con sus planes para la reunión familiar.

Con su opaca intuición como guía y para orientarse, Cessi debatió el problema con otra madre, la Virgen María. No por ello era menos profunda su preocupación por Christian, como le recordó una vez más a la Reina de los Cielos. Su mayor preocupación era que la burocracia clerical romana asfixiara el alma de Chris. Sin duda sería preferible que su hijo mayor desempeñara labores pastorales cerca de su casa, donde podría luchar en igualdad de condiciones en la batalla eclesiástica. Ése era el método de los Gladstone. La queja que elevó a los cielos respecto a sus oraciones por Christian fue que no parecían hallar resonancia alguna. La preparación de su tesis parecía durar eternamente y retenerle en Roma.

-A veces, Madre de Dios, creo que nunca regresará a casa -refunfuñó Cessi, que se mordió la lengua.

Las preocupaciones que expresó respecto a Paul eran más concretas y las circunstancias de su vida las convertían en más urgentes. A pesar del terrible altercado con Paul acerca de su boda con Yusai, aquél no era el mayor de los problemas. El peor temor de Cessi se centraba en el éxito que le deparaba la carrera de su elección. Era como un jugador en una ruleta, cuya suerte acabaría por serle adversa.

Como muchos ciudadanos bien informados, Cessi sabía algo sobre el bufete transnacional en el que su hijo menor había decidido trabajar. Al igual que numerosas personas de su categoría, de vez en cuando había tenido algún trato con hombres como los que tenían ahora la vida de Paul en sus manos. Con escasas excepciones, había descubierto que se trataba de individuos que conocían la mecánica de todo y el significado de nada. Aunque todavía no había cumplido los cuarenta años, Paul había sido nombrado ya socio juvenil del bufete. Por consiguiente, la situación era clara. Era sensato deducir que Paul recibía una megadosis de una visión que acabaría con su fe.

-Santa María -dijo Cessi en voz alta, arrastrada por su agitación-. Después de todo lo sucedido entre Paul y yo, ¿es ingenuo por mi parte depender tanto de su próxima visita a «La casa azotada por el viento»? Puede que no -agregó después de ladear la cabeza, como si discutiera el asunto-. ¿No es cierto que el tiempo ha empezado a sanar el terrible abismo que nos separaba?

»El tiempo -añadió con la mirada en el sonriente rostro de la imagen, aunque dirigía sus palabras a la propia Reina de los Cielos- y el gozoso nacimiento de su hijo Declan. ¡Qué orgulloso debe de sentirse mi padre del pequeño que lleva su nombre! No me interpretes mal, madre bendita. Sabes lo agradecida que os estoy a ti y a tu hijo por todo ello. ¿Pero cómo puedo llegar a la cuestión de la fe de Paul sin desencadenar entre nosotros otra violenta tormenta?

Entonces Cessi guardó silencio. Se recordó a sí misma que también se esperaba la llegada de Christian. Paul siempre había escuchado a su hermano mayor. Si ya no podía influir en su hijo menor, tal vez pudiera depender de Chris. Sí. He ahí la respuesta. Además, Chris sería el primero en llegar. Mantendría una buena charla con él al respecto.

Había algo más que Cessi deseaba plantearle a la madre de Jesucristo. A pesar de la intimidad que existía entre ella y su hija, había toda una dimensión de Tricia ajena a su comprensión. A veces creía que la misteriosa aparición, hacía diez años, de aquella terrible y peligrosa enfermedad en los ojos de su hija tenía algo que ver con dicha faceta oculta de su personalidad.

-Apenas sé qué pedir -confesó Cessi.

Evidentemente que se curara. Sin embargo, tenía la sensación de que Tricia había alcanzado su propio entendimiento con el cielo respecto a su dolencia.

Como era habitual, después de haberse desahogado con María, retiró la corona de la Virgen y la guardó de nuevo en el cajón. Luego, como siempre, se arrodilló delante del tabernáculo para despedirse del santo sacramento.

-Mi único y amado Señor -dijo Cessi, con la cabeza apoyada ligeramente en el borde del altar-. Sé que quieres que las almas te sirvan, a costa de lo que puedan parecerles sus propios intereses. Y sé que si no te negamos nada, obtendremos más de lo que podamos pedir o imaginar. Pero -prosiguió después de levantar la mirada, para expresarse con mayor claridad- no comprendo cuál de tus objetivos puede cumplir, Señor, que los dos hijos que me has dado se pierdan para ambos. Sin embargo, así parecen ir encaminadas las cosas.

Normalmente, la visita de Cessi a la capilla de la torre, con los vientos oceánicos como suave

susurro de fondo a sus plegarias, le proporcionaba un nuevo impulso de paz y seguridad en sí misma. Aquel día no recibió dicho consuelo.

Con una precisión tan asombrosa que podía haber sido el propio cielo que llamaba para proseguir la conversación, Paul llamó por teléfono desde Londres, en el momento en que Cessi acababa de descender por la escalera de caracol de la capilla. Pero las noticias que recibió no eran celestiales.

-Estoy desolado, mamá -dijo Paul, que no parecía estarlo-. Yusai y yo estábamos muy ilusionados por llevar a Declan de nuevo a «La casa azotada por el viento». Y por reunirnos contigo, con Chris y con Tricia. Pero el jefe en persona me ha pedido que no me aleje de la base...

-¿El jefe? -preguntó Cessi para ganar tiempo, aunque sabía muy bien a quién se refería.

Necesitaba tiempo para asimilar que no iría a su casa. Tiempo para reconocer la situación como corolario de los acontecimientos de 1960, como el esperado suceso que no tendría lugar, como el catalizador de todo lo demás, fuese lo que fuere.

-Cyrus Benthoek, mamá. Al parecer soy uno de los últimos candidatos seleccionados para el cargo de secretario general de la Comunidad Europea. ¿No te parece increíble?

Cessi deseaba haber podido compartir la emoción de Paul, sobre su última victoria en la ruleta. Le habría encantado alegrarse de su felicidad.

-No me parece increíble.

-Te recompensaré, mamá -dijo Paul, que detectó la decepción en el tono de Cessi.

-Por supuesto, cariño -respondió Cessi mientras levantaba la mirada, en el momento en que Tricia se asomaba a la puerta de su estudio-. Dime, amor, ¿cómo está el pequeño Declan?

-¡Es una maravilla de cinco años! Estoy impaciente porque vuelvas a verle. Él y Yusai me esperan en nuestra casa de Irlanda. Me reuniré con ellos dentro de un par de horas. Les daré un fuerte abrazo de tu parte.

A Cessi se le habían llenado los ojos de lágrimas, pero conservó la voz clara y segura.

-Sí, cariño. Dales a ambos un fuerte abrazo de mi parte. Y otro para ti.

-Te recompensaré, mamá -repitió Paul.

-Sé que lo harás, cariño -respondió de nuevo Cessi.

Apenas acababa de colgar el teléfono, cuando sonó de nuevo.

-¿Eres tú, mamá? ¡Tienes la voz rara!

-¡Chris! -exclamó Cessi al tiempo que le flaqueaban las rodillas y se dejaba caer en una silla, junto a la mesilla del teléfono-. Deja que lo adivine. Después de todo no vendrás a casa.

-Claro que voy. Pero en otro vuelo. El cardenal O'Cleary me ha invitado a pasar por Nueva Orleans de camino a casa y he tenido que cambiar los planes del viaje. Ésta ha sido la primera oportunidad que he tenido para llamarte y comunicártelo.

Escribir el nuevo horario que Chris le leyó por teléfono le brindó a Cessi la oportunidad de recuperar su compostura y su curiosidad habituales.

-¿Qué era eso tan urgente que le impidió al cardenal esperar unas semanas? De todos modos debes ir a Nueva Orleans en setiembre. ¿O lo había olvidado?

Cessi desconfiaba profundamente de Jay Jay O'Cleary. No era tan bruto como Bourgogne, pero su deseo de ser amado por todo el mundo le hacía parecer chabacano. Sí, a menudo había pensado Cessi que aquél era el término apropiado: chabacano. Ademas, nunca había conocido a nadie con tanto poder potencial y tan pocas ideas de cómo utilizarlo.

-No, mamá. No lo había olvidado. Algo le ha picado acerca de mi carrera en Roma.

-*¡Roma!* –exclamó Cessi, exitada de nuevo con el bonbazo de la noticia, a pesar de la debilidad de sus rodillas.

-Tranquilízata, mamá. No se ha tomado ninguna decisión. Te lo contaré todo cuando nos veamos.

VEINTIDÓS

Christian Gladstone surcaba la noche más oscura de su memoria, en dirección a la basílica de San Pedro. Junto a él, el padre Aldo Carnesecca señalaba la gigantesca silueta del palacio apostólico. El cuarto piso. La última ventana de la derecha. La vidriera de colores que representaba dos pilares blancos

en lo que parecían las oscuras aguas del golfo y, entre ambos, la proa de una pequeña embarcación que intentaba seguir su rumbo. Oyó voces. El susurro del viento. Entonces, como por arte de magia, apareció un taxi romano que tocaba la bocina, y en el que Cessi y el padre Damien Slattery se desplazaban por la Vía della Conciliazione. Chris corrió hacia el coche, dejando a su espalda la plaza de San Pedro y a Carnesecca. Pero Carnesecca echó también a correr, sin quedarse rezagado, ni dejar de señalar la vidriera, donde de pronto emergió como una vela la *cappa magna* de Damien Slattery. Entonces empezó de nuevo... Christian avanzando por la oscuridad hacia San Pedro... el gesto silencioso de Carnesecca... la vidriera de colores... el taxi que corría alocadamente... Cessi, Slattery y el son de la bocina...

Sin aliento como de la carrera, empapado de sudor, Christian se incorporó de sopetón en la cama. Momentáneamente, tuvo la sensación de que la bocina le había perseguido de manera alocada hasta expulsarlo del sueño. Pero no eran más que las roncas campanadas del reloj de roble, que retumbaban por las silenciosas habitaciones de «La casa azotada por el viento».

Christian no estaba acostumbrado a prestar demasiada atención a sus sueños.

Pero en este caso, ni los detalles del mismo, ni la sensación de angustia que había experimentado al despertar, desaparecieron a pesar del torbellino de actividades y celebraciones que Cessi había organizado.

Creía que lo primero que sucedería a su regreso sería una charla a fondo con su madre, sobre la propuesta romana que el cardenal O'Cleary le había hecho en Nueva Orleans. Incluso lo deseaba. En aquel momento, una buena dosis de lenguaje sin tapujos y su fe inquebrantable eran lo que necesitaba para aclarar sus ideas. No era como si Jay Jay le hubiera dado una orden, que le obligara en virtud de su sacra obediencia a trasladarse permanentemente a Roma. Fuera cual fuese el lío en el que Jay Jay se había metido, ningún decreto del Derecho Canónico obligaba a un sacerdote a sacarle a su cardenal las castañas del fuego.

Además, Christian se sentía en deuda con su madre. Ella había ofrecido a sus tres hijos su estupenda energía y talento. Con toda seguridad se habían invertido ahora los papeles. De hecho, algo le debían. ¿Qué clase de recompensa sería que Christian permitiera que le obligara a seguir su carrera en el Vaticano?

Pero en contraposición a dichos argumentos, había serias razones para que Chris considerara la propuesta del cardenal O'Cleary. Una de las más importantes era el persistente argumento de Aldo Carnesecca de que Roma no debía quedar desprovista de buenos sacerdotes. Era reconfortante pensar que se le había llamado a la ciudad de los papas. Pudiera ser que la llamada hubiera llegado a través del displicente John O'Cleary, pero después de todo Jay Jay era cardenal y Dios se había servido en numerosas ocasiones de medios insólitos para manifestar su voluntad. Además, Chris debía de cuestionar incluso sus propios motivos aparentemente nobles para querer regresar a su casa. A decir verdad, ¿sería satisfactorio establecerse de nuevo en Estados Unidos?

Pero lo curioso era que, si bien Cessi había estallado ante la mera mención de Roma cuando la había llamado desde Nueva Orleans, desde su llegada a Galveston no había insistido en el tema. Al principio, Christian atribuyó el inusual silencio de su madre respecto a un asunto de tanta importancia, a las incesantes actividades de reunión familiar que había organizado. Pero con el transcurso de los días, Christian se percató de que las circunstancias se expresaban con mayor elocuencia que cualquier argumento de la propia Cessi. A pesar de la meticulosidad con que lo había organizado todo, ni siquiera la propia Cessi Gladstone podía haber reflejado de una forma tan perfecta e incisiva las innumerables razones para que Chris abandonara Roma de forma permanente y se dedicara a la labor apostólica realmente útil donde pertenecía.

Además del placer de las reuniones familiares, Chris no tardó en descubrir que lo que sus tías y sus tíos, sus primos y sus amigos, esperaban de él, lo que habían querido encontrar de nuevo en «La casa azotada por el viento» era la confianza y la alegría básica de las verdades católicas objetivas. En cena tras cena, conforme un contingente de invitados sustituía a otro cada dos o tres días, tanto amigos como parientes describían casos de irregularidades teológicas y apostasía flagrante, que Chris empezó a tener la sensación de que contaban batallitas.

Uno de sus primos predilectos, por ejemplo, un espléndido muchacho que aspiraba a ser sacerdote, acababa de ser expulsado del colegio católico de su barrio por llevar un crucifijo. ¿Qué podía hacer un

chico como él? ¿A quién podía apelar? ¿Qué ocurriría con su vocación en semejante páramo eclesiástico? ¿Y qué cabía decir del sacerdote de edad madura, que había sido ya sorprendido acosando sexualmente a los monaguillos, pero no hacían más que trasladarlo de parroquia en parroquia en su misma diócesis, donde encontraba nuevas víctimas para su lujuria? Christian había oído de todo: relatos de monjas que habían abandonado la enseñanza de niños para dedicarse a estudiar economía, arquitectura, medicina o sicología, a fin de forjarse una carrera personal, o relatos de sacerdotes que permitían el uso de anticonceptivos, toleraban los abortos, les parecía gracioso que las jóvenes parejas vivieran juntas sin haber contraído matrimonio, e ignoraban la ausencia de toda enseñanza católica sobre la eucaristía, el fuego del infierno o la naturaleza del pecado.

Desde que se divulgó la noticia, a principios de mayo, de que Francesca Gladstone hacía preparativos especiales para la llegada de sus dos hijos, empezó a circular por Galveston una corriente curiosa, una corriente que giraba en torno al regreso del padre Christian Gladstone a «La casa azotada por el viento». Una corriente que pareció surgir de pronto en la superficie, como empujada por una poderosa marea invisible. Desde el día de la llegada de Chris hasta el de su partida, Beulah Thompson contestó el teléfono y acudió a la puerta con tanta frecuencia que era sorprendente que le quedara tiempo para sus demás obligaciones.

Chris recibió a tantas visitas como pudo. Dedicó la mayor parte de las mañanas a confesiones y consultas sacerdotales. Tuvieron que habilitarse varias habitaciones de la planta baja, a fin de acomodar a docenas de personas que llamaban con antelación o aparecían sin previo aviso para confesiones ortodoxas o un buen asesoramiento teológico. Pero incluso con la ayuda de Angelo Gutmacher, ya que el padre Angelo fue un visitante frecuente y apreciado de «La casa azotada por el viento» durante la estancia de Chris en Galveston, le resultó imposible a Christian recibir a todos los que deseaba.

Chris no experimentó el menor indicio de vanagloria, a pesar de su inesperada popularidad. Por el contrario, le provocó tristeza, ya que en todos los casos, tanto si se trataba de hombres como de mujeres, ricos o pobres, obreros, abogados, taxistas, madres, padres, o uno de esos pescadores que a veces se orientaban por las luces de la capilla de la torre para no perder el rumbo durante alguna tormenta, era siempre lo mismo. Todos carecían de dirección, claridad, fe y esperanza.

El empeño de aquellas personas le provocó de pronto a Christian una nueva comprensión. Comprendió, como nunca lo había hecho hasta entonces, que el vacío que ellos experimentaban en su vida cotidiana se veía multiplicado millones de veces en el mundo entero. A las iglesias a las que asistían, si es que todavía lo hacían, se les dispensaba una dosis regular de Freud para sus conflictos personales, de Piaget para los problemas con sus hijos, de Marx para sus inquietudes sociales y la insidiosamente subjetiva y crecientemente popular terapia de grupo a guisa de nueva religión, que los pondría en contacto con su «yo profundo».

A mitad de su segunda semana en casa, Cessi ofreció una festiva cena para celebrar el fin de la estancia de Chris. Su eminencia el cardenal O'Cleary brillaba por su ausencia. Lo que más le impresionó a Chris fue la agilidad mental de los clérigos que su madre había invitado para que se conocieran. Sentían todos una enorme curiosidad por «la forma en que Roma trataría los asuntos importantes», como lo expresó un joven ayudante episcopal. Y puesto que Chris frecuentaba Roma, y en este sentido estaba cerca del papa, se convirtió en el centro de atención.

Pero al percatarse del humor de las preguntas, decidió extraer el desagrado latente que detectó hacia el sumo pontífice.

-Ustedes son pastores -declaró, mientras miraba a su alrededor-. Luchan en las trincheras. Yo trabajo en la torre de marfil. Díganmelo ustedes. ¿Qué debería hacer el Santo Padre en pro de la Iglesia?

Por deferencia a la presencia de Cessi, embadurnaron el alud de sugerencias con una tristeza piadosa. Pero estaba muy claro lo que decían. La labor del sumo pontífice era una gran porquería. Lo que se necesitaba ahora era un papa capaz de pensar de forma inteligente, un papa más positivo en su actitud respecto a cuestiones como el celibato sacerdotal, la exclusividad masculina del sacerdocio, la anticoncepción y el aborto, un papa que pudiera seguir la corriente. Pudiera ser que hubiera llegado incluso el momento de que el papa actual dimitiera y cediera el puesto a un sucesor más capacitado.

Cuando se apaciguaron los ánimos, Christian hizo su propia sugerencia con toda sobriedad.

-No dispongo de acceso directo al Santo Padre, ni de ocasión de comunicarle sus sugerencias. Pero puesto que tienen problemas, ¿por qué no presentan su propio caso? ¿Por qué no le escriben?

Individualmente o en grupo...

-Entre usted y yo y el Espíritu Santo, padre Chris -interrumpió el joven ayudante episcopal-, allí hay algunos clérigos astutos e inteligentes que gozan de la atención del Santo Padre. Ellos lograrán que haga lo que hay que hacer. A nosotros sólo nos queda esperar y comprobar los resultados.

Christian miró a los ojos de Cessi, verdes de ira. Pero seguía sin decir nada. Para gran desconcierto de Chris, Cessi guardaba silencio.

A las cuatro de la madrugada de su último día en casa, Christian se levantó de la cama. Al cabo de un cuarto de hora se duchó, afeitó, vistió, avanzó en silencio por el pasillo del segundo piso y subió por la escalera de la capilla de la torre del viejo Glad. A eso de las cinco y media, el padre Gutmacher se reuniría con él como lo había hecho todas las mañanas durante sus vacaciones para ayudar en la misa. Cessi y Tricia estarían también presentes. Pero del mismo modo en que su madre acudía de manera habitual a la capilla durante lo que se conocía como «la hora de Cessi», aquel período silencioso de la madrugada se había convertido en «la hora de Christian». Período durante el que podía rezar el rosario y recitar sus plegarias matutinas, meditar una vez más sobre todos los argumentos para abandonar Roma y los argumentos para quedarse allí permanentemente.

Fue también durante aquellas madrugadas en la capilla, cuando el cariño que Christian había sentido siempre por su antepasado predilecto cobró una nueva fuerza. Habría sido imposible no sentir de nuevo amor, admiración y gratitud por el hombre que había construido aquella casa con el propósito de convertirla en el refugio que había llegado a ser. Y como en una bendición silenciosa, aquel viejo patriarca parecía tejer los dulces momentos que Chris pasaba a solas en la capilla, para convertirlos aquella mañana en un manto de recuerdos; «La casa azotada por el viento» estaba casi como la recordaba desde su infancia.

Pudiera ser que aquél fuera ahora un lugar desierto. Tal vez todas las celebraciones que habían llenado la casa de invitados, charla, risa y llanto durante las dos últimas semanas no fueran más que reminiscencias de otra época. Quizá el mismo viento tormentoso que arrasaba el paisaje humano a su alrededor, acechaba aquel viejo baluarte. Podía ser que incluso lo invadieran las víctimas de dicha tormenta, aquellos penitentes tristes y anhelantes que en número tan elevado habían acudido en busca del socorro sacerdotal que no encontraban en ningún otro lugar, y aquellos clérigos aparentemente tan despreocupados de su santa misión sacerdotal, que se habían reunido alrededor de la mesa de los Gladstone.

Sin embargo aquel lugar, aquel pequeño rincón de Texas que Cessi Gladstone defendía ferozmente de todo avasallamiento, aquella magnífica y antigua casa, aquella capilla de la torre donde el «ojo de Glad» declaraba fielmente al mundo la presencia de Jesucristo en el tabernáculo, era todavía un refugio contra la tormenta. Aquel lugar era un paraíso al que todavía podían acudir los penitentes. Era una roca. Era el lugar que Christian consideraría siempre su casa.

-Discúlpeme, viejo amigo.

Sobresaltado por aquellas palabras con su suave acento, Christian levantó la mirada del breviario y la dirigió a las terribles cicatrices del rostro de Angelo Gutmacher.

-Discúlpeme. Sé que llego temprano. Pero he pensado que tal vez dispondríamos de unos momentos a solas antes de la misa. Antes de regresar a Roma...

Confuso ahora además de sobresaltado, Chris interrumpió al anciano cura y se puso de pie.

-Usted siempre es bienvenido, padre.

Las palabras de Christian, que consideraba literalmente a aquel sacerdote como a un mensajero divino, no eran sólo un cumplido. Era un extraño y maravilloso amigo a quien el propio Dios parecía proteger y guiar sus pasos en su labor sacerdotal. Christian gesticuló en dirección a un pequeño grupo de reclinatorios cerca de la puerta y, con una sonrisa tan amable como su voz, Gutmacher se sentó junto a su joven protegido de largas piernas.

-Supongo que mi madre le ha mencionado mi llamada de Nueva Orleans. Pero también debe de haberle dicho que nada está decidido. Me refiero a mi traslado a Roma -dijo Chris, como si defendiera su independencia-. He procurado que quedara claro. Mi propósito es el de hablarlo a fondo con ella. ¿Se lo ha dicho?

-No de ese modo -respondió Gutmacher, que parecía medir con sumo cuidado sus palabras-. Lo que tenía era una sincera pregunta. Quería saber cómo puede ser la voluntad de Dios que usted viva rodeado de personas que han olvidado lo más básico.

A Christian le sorprendió que Cessi hubiera llegado a mostrarse tan abierta, respecto a la posibilidad de su traslado permanente a Roma. No obstante, había todavía un abismo entre aquella pregunta y el hecho de que Chris accediera a los planes del cardenal O'Cleary. Aunque si no se equivocaba, aquello era lo que el padre Angelo pensaba.

-Dígame, padre Angelo. ¿Cómo ha respondido a la pregunta de mi madre?

-Como usted lo habría hecho, amigo mío -dijo Gutmacher con una desconcertante sonrisa-. Con toda la sinceridad de la que he sido capaz. Le he sugerido que este momento había tardado mucho en llegar, y puesto que su quid está en el futuro, y no sólo el suyo, era un momento de decisiones importantes para nosotros.

¿Tardado mucho en llegar? A Chris le pareció raro que dijera eso. A decir verdad, en general, la actitud de su amigo parecía extraña.

-¿Algo más?

-Le he dicho que compartía sus temores por lo que le pueda suceder a cualquier buen sacerdote a quien llamen a Roma en estos tiempos. Pero también le he dicho que ella no podía saber, ni yo tampoco, lo que puede alcanzar la gracia de Dios.

En todos los años que hacía que se conocían, nunca había sido propio del padre Angelo mostrarse evasivo. Sin embargo, Chris estaba seguro de que todavía no lo había oído todo.

Como si hubiera leído su pensamiento, Gutmacher se sacó una carta del bolsillo interior y extendió la mano. Chris reconoció en el sobre los sellos del Vaticano, pero no le sorprendió. Los vínculos del padre Angelo con la Congregación para el Clero y con la residencia papal no eran precisamente un secreto. Pero la dirección del remitente era otra cuestión.

-Monasterio de Santa Sabina -leyó Gladstone en voz alta-. Roma, cero, cero, nueve, dos, uno, Italia.

Era la dirección del cuartel general dominico.

-Léala.

Chris reconoció la letra en el momento de sacar la única hoja de papel del sobre. No obstante, examinó la exuberante rúbrica que rodeaba las iniciales tan familiares para él: DDS, OP.

-¿Damien Slattery? -dijo como exclamación más que como pregunta.

Puesto que Gutmacher no respondió, Christian volvió a concentrarse en la carta. Había un único párrafo. A decir verdad, sólo dos oraciones: «Una nueva iniciativa de su santidad exige su presencia aquí a medio otoño. Si no recibo noticias suyas personalmente, en el plazo de diez días desde la fecha de esta carta, deduciré que no considera oportuno acceder a la propuesta.»

A Christian no le sorprendió ni molestó el tono aparentemente perentorio de la nota del padre Slattery, ya que así era como se hacían las cosas en Roma. La llamada era siempre clara, breve y sin adornos de explicaciones o exhortaciones. La respuesta del destinatario debía ser voluntaria. Lo que Christian sintió fue una generosa y desacostumbrada dosis de reproche personal. Había llegado el momento de pedir disculpas. ¿Cómo podía haberse imbuido hasta tal punto en sí mismo? ¿Cómo podía haber supuesto que sólo su situación importaba? ¿Que Gutmacher había venido sólo para hablar de él? ¿Que su traslado a Roma dependía sólo de él?

El padre Angelo recibió las elocuentes disculpas de Chris, con un gesto de indiferencia también elocuente.

-¿Entonces se va, padre? -preguntó Chris en un susurro.

-El día en que Cessi vino a verme -asintió Gutmacher-, acababa de recibir esta carta. Y de mandar mi respuesta. Me voy.

La mañana estaba llena de giros inesperados.

-¿Lo sabe mi madre? ¿Se lo ha contado?

-Lo sabe.

-¿De modo que los sinceros consejos que le dio sobre este momento, lo mucho que había tardado, la gran importancia de la ocasión y lo que la gracia de Dios puede alcanzar, estaban en realidad relacionados con usted?

-Y con usted -respondió Gutmacher, que no se proponía soltar a Chris tan fácilmente del anzuelo.

Chris le devolvió la carta, como para desentenderse de ella.

-Para usted las cosas son diferentes. Hasta ahora, y a pesar de lo mucho que me repugna la idea, consideraba la posibilidad de aceptar la propuesta del cardenal O'Cleary.

-¿Y ahora?

Chris procuró responder sin parecer inhumano. Angelo era casi como de la familia, pero no tenía los mismos lazos de sangre que Christian, ni las mismas obligaciones hacia Cessi y Tricia. Era normal que se marchara, si eso era lo que consideraba que debía hacer. Pero Christian no podía evitarles un gran disgusto a su madre y a Tricia, si accedía a la petición de O'Cleary.

-Además -dijo Christian, con la esperanza de reforzar lo que consideraba razones insuficientes-, a usted ha sido un buen hombre quien le ha llamado a Roma. No hay un papista más sólido en el Vaticano, puede que en el mundo entero, que Damien Slattery. Pero si debo dar crédito a las insinuaciones del cardenal O'Cleary en Nueva Orleans, su eminencia el cardenal Cosimo Maestroianni tiene algo que ver con el repentino interés de Roma por mi existencia. Y eso es muy diferente.

-¿Ah, sí?

La voz del padre Angelo surtió el efecto de un hierro candente. -¡Usted sabe que sí, Gutmacher! No habrá olvidado la carta que le escribí, después de que el cardenal Maestroianni me llamara a la secretaría el mayo pasado. Era suave como el terciopelo. Pero nada parecido a Damien Slattery. Ni amigo del papa. Un hombre como él, probablemente devora una docena de personas como yo para desayunar.

El padre Angelo se puso de pie, con una sonrisa pero sin dejar de mirar con atención a Christian.

-No dudo de lo que me cuenta.

-Entonces estamos de acuerdo -comentó Christian, un poco más relajado-. La voz de Damien Slattery es la voz de Roma.

-¡Exactamente! -exclamó de inmediato el padre Angelo-. El maestro general Slattery es la voz de Roma. La voz de Roma que pide ayuda. ¿Cómo puede usted titubear...?

-¡No es lo mismo! -replicó Chris-. No me dirá que, el hecho de que le llame a Roma un hombre tan respetable como el padre Slattery, es en modo alguno comparable a...

-Sí, padre Christian. Es lo mismo. Independientemente de cómo llegue, o de quién proceda, la llamada es la misma. La cuestión no es si Damien Slattery o el cardenal Maestroianni son o no buenos papistas. La cuestión es si lo es usted. Puedo asegurarle que se necesita fe, fe sacerdotal, Chris, para reconocer la llamada por lo que es.

En un gesto que nada tenía de sacramental, pero que exigía la mayor franqueza, Gutmacher dio un paso al frente y colocó las manos sobre los hombros de Chris.

-Contésteme con toda sinceridad, padre Christian. ¿Puede usted dudar en responder a esa misma llamada?

De pronto Christian recordó la profecía del padre Aldo Carnesecca, de que había llegado a una etapa de su carrera en la que sus elecciones fijarían la pauta de su sacerdocio durante el resto de su vida. «La selva burocrática con la que ha topado... -le había dicho- define toda la estrategia y todas las tácticas en esta batalla global del espíritu. No obstante... no se confunda, el centro de la batalla está en Roma.»

El padre Angelo estrujó los hombros del joven sacerdote, obligándole a regresar al presente. Obligándole a tomar la decisión que definiría de un modo u otro su sacerdocio.

-Dígame -preguntó lenta y deliberadamente Gutmacher-, ¿puede usted dudar en responder a esa llamada?

- ...se necesita fe, fe sacerdotal, Chris, para reconocer la llamada por lo que es.

Cessi se detuvo tan de repente en la puerta de la capilla de la torre, que Tricia, que la seguía, estuvo a punto de derribarla. Cerró los ojos para no ver el rostro de Gutmacher ni oír sus palabras, para contener las lágrimas, y sintió las manos cálidas de Tricia en la frialdad repentina de las suyas.

-Contésteme. ¿Puede usted dudar en responder a esa llamada? El reto del padre Angelo le cayó a Cessi como una ducha helada.

Hasta ahora, Cessi creía que estaba preparada para aquel momento. El día en que Chris la había llamado desde Nueva Orleans, había acudido al padre Gutmacher en busca de consuelo y asesoramiento,

sólo para descubrir que él también había recibido la orden de sumergirse en el lamentable clero romano. Aquél fue el día en que oyó sus razones para abandonar la Capilla del Arcángel San Miguel. Desde entonces, supo que Christian oiría también las mismas razones y reaccionaría como ella lo había hecho.

Más de una noche desde entonces, Cessi se había preguntado despierta en la cama hasta dónde tendría que ahondar para encontrar la fuerza necesaria para soltarlo. Se preguntó si había sido una buena madre. Incluso ahora se preguntó si no era más que una loca alfarera que no sabía cuándo parar de moldear y dejar de dar forma a sus hijos.

-*¡Mamá!*

Cuando Cessi abrió los ojos, vio a Christian que se le acercaba, con tanto dolor y sufrimiento en el rostro como el que ella sentía.

-Chris.

Retiró con suavidad la mano de Tricia y entró en la capilla con tanta gracia y seguridad que su propio movimiento parecía una simple exclamación. Gutmacher había formulado la única pregunta que importaba. Sólo Christian podía responderla. Cessi sabía que dentro de unos momentos recibiría el cuerpo y la sangre de Jesucristo de las manos consagradas de su hijo sacerdote, en el santo sacrificio de la misa. Luego, no sabía cuánto decidiría alejarse de aquel antiguo y todavía gran baluarte llamado «La casa azotada por el viento».

Tricia pensaba también en Christian. Pero por un igual en el padre Angelo. Entre todos los expertos que había conocido, sólo aquel cura le había enseñado a convertir en útil su sufrimiento. Con su extraordinario don de la introspección e incisiva ternura, le había transmitido las normas del ascetismo tradicional. ¿No seguiría ahora ofreciendo su sufrimiento a Dios padre, junto al sufrimiento de su hijo Jesucristo? ¿No seguiría luchando contra Satán y ganando el perdón de muchos pecados? ¿No permanecería entre aquellas almas privilegiadas, presentadas a lo largo de los tiempos como víctimas, dispuestas a cooperar con la víctima suprema ejecutada dolorosa mente en la cruz por los errores y los pecados de la humanidad?

Y ahí estaba Christian, atrapado de nuevo en la esencia de aquel oscuro sueño del que había despertado, empapado de sudor, durante su primera noche en casa. Pero ahora no era sólo el padre Aldo Carnesecca quien corría junto a él y le señalaba el palacio apostólico. Angelo Gutmacher le impulsaba hacia el sacrificio sacerdotal y la confianza que dicho sacrificio exigía. Chris pensó que su espiritualidad debía de estar en crisis, si Gutmacher debía recordarle todo aquello. Ahí estaba su madre, serenamente a la espera de su respuesta, y todas las lecciones que de ella había aprendido sobre la profundidad, la extensión, la majestad y la libertad de su fe. Y ahí estaba también el vivo recuerdo de la gente que había acudido a «La casa azotada por el viento», frustrada por los abusos cometidos en Roma.

Y la herencia del viejo Paul Thomas Gladstone, viva en aquel lugar. Sin duda dicha herencia era algo más fructífero que una repisa repleta de viejos recuerdos. ¿No lo había dicho incluso el propio Carnesecca? Era curioso, pensó Chris, cómo el padre Aldo aparecía repetidamente en sus pensamientos. Pero imaginaba que así debían de ser los profetas. Sin haber puesto pie en dicho lugar, Carnesecca comprendía que el viejo Glad y «La casa azotada por el viento» siempre habían sido los vínculos de Christian con Roma. Con el Vaticano. Con el papado.

Por consiguiente, iría a Roma.

Cessi fue la primera en leer la decisión en la mirada de Christian y expresarla en palabras.

-Ya era hora que otro Gladstone acudiera a rescatar el papado -dijo con la mirada fija en el rostro de su hijo, y sus propios ojos no eran verdes-. Pero recuerda, jovencito, que no estamos en el siglo diecinueve, y que tú no eres el viejo Glad. Un millón de dólares estadounidenses al contado no resolverán ahora la situación. Lo que Roma necesita es una buena sacudida.

De no haberse encontrado de pronto entre los dulces brazos de su hijo, Cessi estaba segura de que habría perdido la compostura.

-El único exilio verdadero -susurró Christian en palabras de Joseph Conrad para expresar su gratitud a la bendición «sin cuartel» de su madre- es el del hombre que no puede regresar a su casa, sea una choza o un palacio.

Con la cabeza apoyada en el hombro de Chris, Francesca Gladstone levantó la mirada al tabernáculo, que estaba a su espalda. Sólo el cielo conocía el susurro de su corazón. El cielo y todos aquellos ángeles reunidos en la capilla de la torre del viejo Glad, al pie de la escalera de Jacob, a lo largo de setenta años.

-¿Lo ves, Señor? ¡Ya te lo había dicho!

… Sobre ratones y hombres

VEINTITRÉS

El segundo viernes de setiembre de 1991, mientras Mijaíl Gorbachov luchaba ante el Soviet Supremo en Moscú por lo único que siempre se había propuesto alcanzar, Gibson Appleyard entró sin apresurarse en el Edificio Berlaymont de cuarenta plantas, sede de la Comisión Europea, situado entre el boulevard Charlemagne y la rue Archimede, en el sector este de Bruselas. Consultó su reloj, más por costumbre que por necesidad, cuando entraba en el ascensor para subir al decimotercer piso. Disponía de mucho tiempo antes de la reunión de la junta de selección, convocada aquella mañana para elegir al nuevo secretario general.

Cuando la vida era más sencilla, mucho antes de que se fundara la «junta presidencial de los diez» y de haber oído hablar de Paul Thomas Gladstone, Gib había prestado su primer servicio europeo en Bruselas.

-Si has de vivir en una ciudad -le habían aconsejado sus colegas-, elige Bruselas.

El lujo era algo reciente en la vida de Appleyard, aunque siempre le había encantado aquella urbe. Sus colecciones de arte eran magníficas y la comida excelente, incluso a nivel europeo. Predominaba una auténtica amabilidad entre los que se consideraban allí en su casa, sin olvidar el papel de Bélgica como sede europea. Los romanos, los asiáticos, los germanos, los franceses seguidores de Napoleón, los españoles del sur, los británicos y finalmente los estadounidenses, habían configurado entre todos la historia de aquel territorio a lo largo de los tiempos, con sus correspondientes guerras y matanzas.

Sin embargo, hoy en día, los belgas se proponían convertir Bruselas en la capital de una nueva Europa, incluso mayor y más gloriosa que la vieja Europa creada por Carlomagno el día de Navidad del año 800 d. J.C., cuando fue coronado emperador por el papa León III**.**

Pobre Bélgica, pensó Appleyard. Pudiera ser que la Comunidad Europea original resultara cómoda en su momento de auge. Como uno de los elementos de un mundo trilateral aquella Europa estrechamente vinculada a Estados Unidos y Japón había formado parte de un sistema expeditivo de cooperación y competencia. Cada rama de dicho sistema trilateral tenía sus sustitutos y sus dependientes. Todas cooperaban con las demás en pro de la paz, y todas habían competido entre sí por la hegemonía financiera y económica.

Ahora, por una especie de presunción ideológica, se decía que la Comunidad Europea se atribuía una nueva dignidad, un nuevo destino de gloria y poder. A decir verdad, se consideraba ya un Estado supranacional en pleno funcionamiento en la escena mundial.

Podía ser que durante algún tiempo hubiera todavía sangrientas guerras, como la de Yugoslavia. Pero las verdaderas batallas, las que darían forma al nuevo orden mundial, se libraban ahora en edificios como éste. En salas de juntas como la del piso decimotercero del Edificio Berlaymont, donde se reunía en aquel momento la junta de selección de la CE.

Tan seguro del terreno que pisaba como de que el sol saldría al amanecer, Gibson Appleyard tenía su propia posición partidista en aquella batalla.

-Pobre Bélgica -repitió para sus adentros-. Pobre Europa.

-¡La idea es absurda e inaceptable! -exclamó Nicole Cresson, uno de los primeros en llegar entre los doce seleccionadores, en un tono agudo que penetró como un cuchillo en el oído de Gib Appleyard cuando entraba en la sala de reuniones-. Pensar en poner a ese estadounidense, ese tal... como se llame... -agregó, mientras agitaba la ficha de Gladstone ante sus compañeros seleccionadores de Países Bajos y España, como un fiscal ante un jurado en un juicio penal.

-Paul Thomas Gladstone -respondió pacientemente el neerlandés Robert Allaeys para facilitarle a su colega francesa el nombre que buscaba.

-*N'est-ce pas!* -refunfuñó Cresson-. ¡Esos americanos con su preciado segundo nombre de pila! ¡Es descabellado!

Appleyard decidió eludir a la selectora francesa. Probablemente Cresson sabía tan bien como él que nada se ganaría, ni perdería, si mantenían una conversación. Sería más beneficioso y menos angustioso situarse entre bastidores, y observar los grupos que se formaban y reformaban.

Después de las numerosas reuniones de la junta de selección, a las que Appleyard había asistido durante los últimos meses, había llegado a conocer a los doce seleccionadores tan bien como ellos se conocían entre sí. Conocía evidentemente sus nombres, pero también sus apodos, que utilizaban para charlar entre ellos, y que describían elocuentemente sus cualidades e idiosincrasias.

Por razones aquella mañana evidentes, el merecido mote de Nicole Cresson era Vinaigre. Como diplomática profesional y secretaria del actual ministro francés de Asuntos Exteriores, Cresson nunca había aceptado la declaración del presidente Bush en 1990 de que «Estados Unidos era ahora una potencia europea». En lo que a ella concernía, ningún verdadero europeo, mejor dicho «europeo europeo», aceptaría jamás aquel punto de vista. Y más concretamente, aquella mañana ningún europeo europeo respetable querría que Paul Thomas Gladstone instalara su trasero americano en la silla presidencial de la secretaría europea.

-Mi querido Appleyard. ¿Ha venido a saborear la victoria? -preguntó el seleccionador belga Jan Borliuth, apodado Stropelaars, para saludar a Gib según su estilo peculiar-. No se ofenda por el temperamento de Vinaigre. Ha estado de vacaciones y sólo esta mañana ha descubierto que los candidatos seleccionados en reuniones anteriores han retirado sus nombres de la lista. Dudo de que jamás haya sucedido algo parecido. Además, los propios comisarios han hecho una propuesta nueva para el cargo de secretario general. No existe precedente alguno.

Gib levantó las cejas, con la esperanza de que su expresión le pareciera a Borliuth de sorpresa lacónica de un estadounidense. Pero antes de que ninguno de ellos dijera palabra, apareció el italiano Corrado Dello Iudice, cuyo donaire justificaba plenamente su sobrenombre de il Bello.

-Creo que Cresson tiene razón -dijo il Bello, que no consideró que estuviera obligado a disculparse como Borliuth por el ex abrupto de la seleccionadora francesa-. Este nombramiento de secretario general se produce en un momento muy delicado. Sólo con lo sucedido este año se abre ya una puerta a un terreno nuevo. Dada la complejidad y la sutileza de los acontecimientos, debo preguntarme si un estadounidense estará a la altura de las circunstancias.

-¡Y eso no es lo peor! -exclamó el portugués Francisco Dos Santos, posiblemente el único católico practicante del grupo, que ostentaba con verdadera resignación cristiana el apodo de Capellán-. Cuando el nuevo secretario se haya iniciado y su administración empiece a funcionar como es debido, los comisarios de la Comunidad Europea y el consejo se enfrentarán a nuevas decisiones difíciles. Entonces, el trabajo del secretario general se multiplicará mil veces.

»Díganos, Appleyard -prosiguió Dos Santos, dirigiéndose al alto americano-. ¿Puede usted facilitarnos algún detalle sobre ese Paul Gladstone? Evidentemente hemos leído su historial. Pero esto ha sucedido tan de repente, que no hemos tenido oportunidad de investigar.

Gib reflexionó unos instantes. Dos Santos había formulado una torpe pregunta, para un diplomático de tanta experiencia. Una pregunta destinada a involucrar a Appleyard, como alguien que había entorpecido el buen funcionamiento de la junta.

-Sé lo que he leído en su ficha -respondió con toda sinceridad Appleyard-. Nunca he hablado personalmente con él, pero por lo que he podido ver, Gladstone no es un idiota en el campo geopolítico. Se ha ganado sus galones.

-¿Entonces no tenemos por qué preocuparnos? -insistió Jan Borliuth cuando el representante alemán se unía al pequeño grupo.

Emil Schenker, a quien sus colegas denominaban Pfennig por deferencia al tamaño de la tesorería de su país, tenía un temperamento opuesto al de Nicole Cresson. Discrepaba también por completo de su opinión exclusivista de Europa para los europeos.

-¡Discúlpenme, amigos míos! Ha sido inevitable oír su animada discusión y, a mi parecer, se preocupan demasiado. Irremediablemente el mundo cambia. Debemos aceptar las nuevas realidades.

Los colegas de Pfennig no pudieron evitar una mueca, puesto que sus palabras eran evidentes. El poder financiero y el centro industrial de Europa se encontraba en Alemania Occidental, y la reunificación de las dos Alemanias, lamentable matrimonio de conveniencias según reconocía Schenker en privado, supondría en un futuro próximo una sangría financiera y sociológica para Alemania Occidental. Sin embargo, la nueva y gran realidad para Pfennig era una vieja realidad resucitada.

-Nosotros, los alemanes, llevamos incorporado un *Drang nach Osten* -había empezado a decir en cada oportunidad-. Estamos orientados al este. Las personas no pueden desprenderse de su piel, ni las naciones de su historia. El papel histórico del pueblo alemán como potencia europea ha estado siempre vinculado a nuestros poderosos vecinos orientales.

En realidad, la actitud de Schenker respecto al impulso innato de los alemanes hacia el este era compatible con la política oficial de la mayoría de los otros once países, cuyos representantes actuarían en la reunión de hoy como seleccionadores. No obstante, Appleyard creía comprender lo suficiente a Pfennig y la política de su gobierno en dicho sentido. A la menor oportunidad, el propio Schenker explicaba lo que significaba ser alemán frente a Rusia. Pero para Gib, la junta presidencial de los diez había acertado al evaluar el peligro para Estados Unidos. Lo único bueno del preciado *Drang nach Osten* de Pfennig era que lo situaba en el campo de la CE favorable a una política de continuación y profundización de vínculos entre Europa y los países no europeos, incluida Norteamérica. Según la jerga geopolítica de la CE, Schenker era un «euroatlanticista».

Entretanto, en el contexto más limitado de la agenda del día, significaba también la seguridad de un voto favorable a Paul Thomas Gladstone.

-... en realidad, amigos míos -proseguía Schenker, para concluir su previsible discurso a sus compañeros de la junta de selección-, se preocupan ustedes demasiado. En el peor de los casos, ¿qué perjuicio puede causar ese tal Gladstone? Después de todo, hay quienes consideran que el secretario general no es más que una figura simbólica, en representación de los omnipotentes comisarios europeos...

-¡Bah! -exclamó el italiano Dello Iudice, que había oído bastante, mientras se estremecía de pensar en los perjuicios que Gladstone podía causar-. Los diecisiete comisarios gozan de auténtico poder. Un poder enorme. Y el secretario general comparte dicho poder, además de toda su influencia.

No ocurría con frecuencia que Emil Schenker se encontrara en minoría. Pero al unirse a aquel grupo se había situado momentáneamente en dicha posición de desventaja.

-Debo apoyar el punto de vista de il Bello, mi querido Pfennig -declaró el belga Jan Borliuth-. La CE ya no es el buque compacto de Europa occidental. Ha dejado de ser la Europa de los siete. ¡Ahora todo el mundo quiere ser europeo! Muy pronto, en la CE, nos enfrentaremos a la perspectiva de admitir a las siete naciones de la EFTA, estrechamente relacionadas con nuestra organización. Noruega, Suecia, Finlandia, Suiza, Islandia, Austria y Liechtenstein constituyen un importante mercado que no podemos ignorar. Aunque también suponen una complicación política monumental para la Comunidad Europea.

»Y puesto que también ha mencionado Oriente, Emil -prosiguió el belga, que dirigió una fugaz mirada a Pfennig-, Gorbachov está derribando las puertas de esta nueva Europa que construimos. En realidad, ¡funda su reclamación en el propio nombre de Europa!

-Sí, Stropelaars, pero... -interrumpió Schenker para defender su posición.

No obstante, Borliuth insistió.

-Ahora no hay peros que valgan, amigo mío. Todos los presentes tenemos buenas razones para recordar las palabras del propio Gorbachov: «Su nueva Europa será imposible», tuvo la desfachatez de decir, «sin estrechos vínculos con la Unión Soviética». Y todos tenemos razones para comprender que, en la práctica, Gorbachov se refería a estrechos vínculos no sólo con su nueva Federación Soviética, sino también con los Estados asociados de la Europa oriental, que no pueden sobrevivir sin mantener sus propias estrechas relaciones con los soviéticos. En la práctica, poco importa que el propio Gorbachov esté actualmente contra las cuerdas en Moscú, porque, en realidad, nos ha estado hablando de un gigantesco mercado nuevo de más de doscientos millones de personas.

»Por consiguiente, independientemente de lo que le ocurra a Gorbachov, su declaración de que no puede existir Europa sin la URSS, o la CEI, o como acaben por llamarla, es al mismo tiempo una realidad y una amenaza. Nos guste o no, ha cambiado el molde de Europa.

La conversación surgida alrededor de Gibson Appleyard era ahora tan intensa y su esencia tan

fundamental para el futuro de la CE, que los demás miembros de la junta de selección se acercaron al corro. Después de todo, sus carreras estaban muy vinculadas a dicha institución.

-Stropelaars tiene razón, Pfennig -dijo Fernan de Marais de Luxemburgo, conocido entre sus compañeros como el Conde, por la simple razón de que lo era-. Todos recordamos los viejos tiempos. Las cosas fueron relativamente sencillas durante bastante tiempo, después del nacimiento de la CE. Entonces eran sólo siete naciones del corazón europeo. Pero ahora la CE tiene que convivir con la CSCE, las naciones de la EFTA, la UEO, el G-7, el Grupo de Brujas y una retahíla de organizaciones cuyos nombres y siglas podríamos recitar de memoria...

Al oír al conde referirse al peliagudo asunto de la competencia geopolítica, Gibson Appleyard recordó que el aspecto más delicado lo constituían las graves rivalidades existentes entre la Comunidad Europea, por una parte, y la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa por otra. Según el criterio de los «europeos europeos» como el italiano Dello Iudice, el belga Borliuth, el portugués Dos Santos, la francesa Cresson y la española Dolores Urrutia apodada Viva, la CSCE no se le acercaba ni a la suela de los zapatos de los antecedentes de la CE. Desde su punto de vista, la CSCE era el aborto de una unión de intereses entre Estados Unidos y la URSS en Europa occidental. Por consiguiente, el impulso geopolítico de la CSCE era previsiblemente euroatlanticista, consagrado lógicamente a una política de conservación y cultivo de los vínculos con EE. UU. Y eso significaba que la CE y la CSCE no pertenecían al mismo grupo sanguíneo.

La simple realidad era que la CE se había desfasado ante el alud de sucesos geopolíticos y los presentes lo sabían. En el impulso por crear una nueva Europa, nadie podía pronosticar si sería la CE o la CSCE el elemento predominante, que formaría realmente el gobierno de dicha nueva Europa.

-No sé lo que opinan ustedes, amigos míos -dijo Marais después de mirar a los presentes, excepto a Appleyard, antes de expresar lo que estaba en la mente de todos-, pero esta curiosa situación que supone la inesperada candidatura única del estadounidense Paul Gladstone me da la impresión de que los ilustres comisarios de nuestra Comunidad Europea han dejado de limitar su mirada a los doce Estados que componen la comunidad.

-Querido conde... -declaró la griega Eugenia Louvredo, situada entre los seleccionadores de España e Irlanda-, yo tengo mi propia impresión, aunque no acerca de nuestros estimados comisarios, sino de la propia Europa.

»No puedo evitar que acuda a mi memoria aquel pasaje del *Simposio* de Platón, en el que la vieja sabia Diotima le cuenta a Sócrates que la humanidad fue originalmente un cuerpo esférico, hasta que una maligna divinidad menor la dividió en dos partes. Desde entonces, la humanidad ha intentado a lo largo de la historia unirlas de nuevo. Ahora, con el impulso y la presión procedentes de todas partes de Europa, así como la inaudita imposición de Paul Gladstone como candidato único a la Secretaría General, ¿no les parece que alguien se ha tomado en serio a Diotima, e intenta unirlo todo de nuevo? ¿O que, por lo menos, ambas mitades tienden a su unidad original?

-Una idea muy poética, Genie -respondió el irlandés Pierce Wall, que al contrario de Louvredo era partidario de una Europa abierta-. Un poco quimérico para mi pobre gusto irlandés, pero indudablemente poético.

»Lo importante -prosiguió- es que la Europa que todos conocemos, la Europa en la que vivimos ahora, es ya una reliquia. Debemos adaptarnos a lo que Europa será en breve, a aquello en lo que Europa se está convirtiendo.

Casi todos los presentes asintieron, de acuerdo con el irlandés. Sin embargo, Gibson Appleyard detectó ligeros indicios de pesadumbre en los rostros.

Faltaban escasamente diez minutos para que se abriera la sesión. No obstante, el seleccionador que debía presidirla, el británico Herbert Featherstone Haugh, era el único que no había llegado.

Curioso, musitó Gib para sus adentros. A Featherstone Haugh, cuyo nombre a la vieja usanza británica se pronunciaba «Fancho» y, por consiguiente, la gente le llamaba Fanny, le gustaba preparar la sala antes de una reunión importante. Dicha actividad un tanto quisquillosa de aquel experto aristócrata y parlamentario había salvado del desastre varias iniciativas de la CE. Era difícil de imaginar la importancia de lo que le impedía haber llegado ya aquella mañana.

Como llamado por la curiosidad de Appleyard, Featherstone Haugh irrumpió en aquel momento

en la sala de reuniones con una cartera de cuero llena de papeles pegada al pecho e indicios evidentes de tensión en la cara. Saludó a varios seleccionadores de camino a la larga mesa de reuniones y se detuvo para intercambiar unas palabras con el danés Henrik Borcht, conocido como Ost por los exquisitos quesos que traía cuando visitaba su país. Luego se detuvo de nuevo para mantener una charla un poco más extensa con la temperamental Nicole Cresson.

Cuando los seleccionadores que habían formado un corro alrededor de Appleyard empezaron a trasladarse a sus asientos, el británico dirigió una fugaz mirada a los ojos del estadounidense. Gib le devolvió la mirada sin parpadear y asintió como para confirmar un pacto silencioso.

-¡Comandante Appleyard! -exclamó el primero de los dos rezagados que habían entrado en la sala tras Fanny, con la mano extendida-. Serozha Gafin -agregó el ruso con una radiante sonrisa para presentarse de nuevo.

-Sí -respondió Appleyard mientras estrechaba vigorosamente la mano del joven Gafin-. Recuerdo nuestra interesante charla durante el descanso de la sesión de Estrasburgo.

-La conversación siempre es más sabrosa cuando va acompañada de un excelente vino y foie-gras, ¿no le parece? -respondió Gafin, con un destello en la mirada.

El compañero de Gafin inclinó la cabeza y dio un taconazo estilo prusiano.

-Otto Sekuler, Herr Appleyard -dijo el segundo hombre para presentarse de nuevo, a pesar de su inconfundible calvicie y su torso erguido como una estaca-. Delegado especial de enlace de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa.

Con la mirada fija en sus ojos negros tras unas gafas de montura metálica, Gib tuvo la tentación de burlarse de Sekuler dando también un taconazo, pero se reprimió y respondió simplemente: -Herr Sekuler.

Featherstone Haugh llamaba ya a los participantes para iniciar la reunión, y Appleyard, Gafin y Sekuler se dirigieron a las sillas reservadas para ellos. Debido a que no tenían voto en la junta, o tal vez a que algunos seleccionadores deseaban evitar la contaminación de la posición euroatlanticista que representaban, los tres observadores se sentaron cerca de la pared, alejados de la mesa de reuniones. Antes de que Fanny tuviera oportunidad de enunciar la orden del día, el italiano Corrado Dello Iudice presentó una protesta. ¿A qué se debía un cambio tan extremo y repentino del mandado de la junta? ¿Por qué un solo candidato? Y, finalmente, ¿quién apoyaba a ese Paul Gladstone?

-Todo llegará a su debido tiempo, querido amigo -respondió Fanny, obligando a Dello Iudice a guardar silencio contra su voluntad-. Pero no debemos olvidar nuestros modales.

-N'est-ce pas? -susurró Nicole Cresson, a quien el presidente miró con el entrecejo fruncido.

-De acuerdo con las provisiones de nuestro reglamento, hoy nos visitan de nuevo unos delegados especiales de enlace. Están aquí en representación de sus respectivas organizaciones. Y, debo agregar, también a petición de nuestros estimados comisarios. Estoy seguro de que a todos nos complace dar la bienvenida al comandante Gibson Appleyard de Washington...

-N'est-ce pas? -repitió Vinaigre, al tiempo que el presidente, decidido a proseguir con la reunión, le lanzaba otra mala mirada.

-Saludemos también y demos la bienvenida a los otros dos observadores. ¿Tendrán la bondad de presentarse, caballeros?

El ruso fue el primero en ponerse de pie, en respuesta a la invitación de Fanny.

-Serozha Gafin, agregado especial de relaciones socioculturales en la Comunidad Europea. Los saludo en nombre del presidente Mijaíl Gorbachov. La Unión Soviética y sus Estados hermanos siempre han pertenecido a Europa. Ahora que construimos una nueva federación democrática de todas las Rusias, consideramos que ha llegado el momento de activar de nuevo nuestro hondo e instintivo europeísmo.

-N'est-ce pas? -exclamó ahora con deleite el belga Jan Borliuth cuando Gafin volvió a sentarse, antes de dirigirle a Appleyard una mirada como para indicar que Gafin era la prueba viviente del peligro que suponía Gorbachov.

Después de llamar de nuevo la atención de la sala, Fanny miró a Sekuler.

-¡Otto Sekuler! -dijo el observador alemán, que se puso en pie y dio otro taconazo-. ¡Delegado especial de la CSCE a su servicio!

A Appleyard le dio la impresión de que los seleccionadores estaban atrapados en un cómico limbo,

ligeramente divertidos por la presencia en su seno de la vieja Prusia viva y coleando, y consternados por el vínculo de Sekuler con la rival CSCE.

-Bien -dijo Fanny después de erguirse en su silla-. Ahora, antes de proseguir con nuestra honorable tarea, desde nuestra última reunión se han recibido recomendaciones extraterritoriales, de la República China y del secretario de la Liga Árabe. ¿Algún comentario?

Silencio.

-Bien -exclamó Featherstone Haugh, que se puso a buscar entre los papeles de su cartera de cuero-. Pero hemos recibido otras dos cartas interesantes. En realidad, eso ha sido lo que me ha retrasado esta mañana... ¡Ah! ¡Aquí están!

El presidente levantó dos sobres y los mostró a los presentes.

A pesar de la distancia, reconocieron el sello papal carmesí con la tiara y las llaves, en la parte superior izquierda de ambos sobres, y también, a pesar de la distancia, se percataron de las sutiles diferencias entre ambos. Habían visto el primero centenares de veces en invitaciones oficiales, sobres y documentos, y lo reconocieron como perteneciente a la Santa Sede. Sin embargo, el segundo era la versión personal de dicho sello, que adornaba sólo la correspondencia privada del Santo Padre.

Gibson Appleyard estaba tan fascinado como los demás de que el Vaticano hubiera mandado no una sino dos cartas de recomendación. Pero de momento, por lo menos hasta que descubriera el contenido de las mismas, estaba igualmente interesado en las reacciones que se producían a su alrededor. Oyó varios suspiros de asombro. Otto Sekuler se puso tenso y cerró los puños. No obstante, Serozha Gafin permaneció inexpresivo.

Featherstone Haugh empezó por extraer una sola hoja del sobre con el sello personal del papa, que inicialmente se limitó a parafrasear.

-Es evidente que el Santo Padre, cuyo valor humanitario y religioso todos admiramos y reverenciamos, recomienda que elijamos al candidato mejor capacitado para ayudar a los ministros y a los comisarios en su hercúlea tarea de la reunificación de Europa como nuestra patria común... -dijo mientras pasaba la mirada por la página, antes de leer literalmente-: «Sin olvidar jamás la antigua historia cristiana de Europa, e inspirado por la seguridad de la prosperidad y la salvación que sólo el redentor de la humanidad puede garantizar...» -A Featherstone Haugh empezaron a oscilarle las cejas, pero prosiguió con entereza-: El Santo Padre afirma que le sangra el corazón por la enajenación progresiva de la pobre, pobre Europa de su destino ancestral, al tiempo que su noble tradición experimenta una transformación prodigiosa... Nos advierte a nosotros, al nuevo secretario general, al Consejo de Ministros y a los comisarios, de los terribles peligros del materialismo y del hedonismo. Luego concluye diciendo: «Europa debe buscar un futuro de unidad en beneficio de toda la familia humana, regresando a sus raíces cristianas.» Y evidentemente -prosiguió Fanny mientras guardaba el documento-, el Santo Padre imparte con júbilo y voluntad su bendición apostólica, etcétera, etcétera.

El neerlandés Robert Allaeys rompió el silencio momentáneo de los seleccionadores. Hombre habitualmente paciente, refunfuñó, pero no veía razón alguna para que los seleccionadores toleraran que el papa se entremetiera en las gestiones de la CE.

Appleyard tomó nota de la objeción de Allaeys y de los seleccionadores que manifestaron su aprobación por sus palabras con unos golpecitos en la mesa o un ritual «eso, eso». Sin embargo, a Gib le llamó la atención un solo párrafo de la carta del sumo pontífice, en todos los demás sentidos previsible. Era el párrafo que se refería a la «pobre, pobre Europa». ¿No había el propio Appleyard pronunciado aquellas mismas palabras, hacía muy poco? Se veía claro que aquel papa estaba tan poco impresionado por la euforia general respecto a la nueva Europa como el propio Gib. Eso demostraba que el sumo pontífice era un pensador independiente, un hombre que formaba sus propias opiniones.

¿Pero hasta dónde llegaban dichos sentimientos papales? ¿Compartía el Santo Padre la opinión de Appleyard de que Europa era un rehilete? En realidad, ¿tenían las ideas del sumo pontífice un fundamento geopolítico? ¿O exageraba Gib el significado de un breve pasaje? ¿Cuál era la otra frase que Fanny había leído? Algo relacionado con el retorno de Europa a sus raíces cristianas. ¿Era lo único por lo que sangraba el corazón del papa, la nostalgia de la gloria del pasado? A Appleyard le habría encantado formularle aquellas preguntas al Santo Padre, si algún día se le brindaba la oportunidad. Pero por lo menos ahora tenía una nueva razón para incrementar su interés por el papa eslavo.

La voz de Featherstone Haugh, que informaba a los seleccionadores de que ambos documentos

vaticanos eran idénticos en todos los detalles, interrumpió las reflexiones de Appleyard.

-Excepto... -prosiguió Fanny, al tiempo que extraía el segundo documento de su sobre- en cuanto a que esta segunda carta procede claramente de la Secretaría de Estado y está firmada por el propio secretario de Estado, su eminencia el cardenal Cosimo Maestroianni. Además, contiene un párrafo adicional que leeré en su totalidad: «El Consejo de Ministros y los comisarios de la gran Comunidad Europea deben estar en situación de permitir que sus Estados miembros entren en los amplios caminos de la historia, no sólo en Europa sino en todos los continentes del globo. Por consiguiente, después de examinar debidamente las credenciales y evaluar las perspectivas del nuevo candidato al cargo de secretario general, documentación informativa amablemente facilitada por el consejo a la Santa Sede, ésta considera que Paul Thomas Gladstone cumple admirablemente los requisitos necesarios para ocupar el cargo vacante, en este momento crítico de la vida de la Comunidad Europea. La Santa Sede recomienda sin reserva alguna su candidatura, supeditada siempre al buen juicio de los seleccionadores.»

El silencio con el que se recibió dicho párrafo estaba cargado de la electricidad especial del interés geopolítico. Los seleccionadores estaban familiarizados con los rumores de una división en la jerarquía vaticana, pero nunca habían sido testigos de una manifestación tan abierta y oficial de oposición al Santo Padre, en la cúpula de su administración.

Indudablemente, el desprecio y la falta de respeto que el neerlandés Robert Allaeys acababa de manifestar respecto al Vaticano surgían de discrepancias sobre principios fundamentales. Pero no aludían al amplio y decisivo poder terrenal del que la sede romana todavía gozaba, aunque raramente lo ejerciera. En dicho sentido, la oficina papal era digna de suma atención. Para los componentes de la junta, la carta de Maestroianni ilustraba las condiciones internas en la cúpula administrativa del Vaticano. A dicho nivel, e independientemente de que recomendara a Gladstone para el cargo de secretario general, el hecho de que el cardenal hubiera mandado una carta que menospreciaba la intención del mensaje del papa era prueba suficientemente elocuente de la división existente. De hecho, era muy revelador y alentador.

Aunque Appleyard se reservó su propia opinión al respecto, la carta del cardenal Maestroianni no le sorprendió ni descubrió nada nuevo. Al igual que, a su parecer, a Serozha Gafin y Otto Sekuler. La reunión de Estrasburgo a la que habían asistido en mayo había constituido una viva demostración de la lucha existente en el Vaticano. En la misma, Appleyard no sólo había comprobado hasta qué extremo su eminencia había organizado ya operaciones específicas contra el papa en nombre de la unidad, sino que se había percatado de los estrechos lazos que unían a Maestroianni con Cyrus Benthoek. Tampoco había olvidado que una efusiva recomendación de Benthoek formaba parte de la solicitud oficial de Paul Gladstone. ¿Qué cabía decir sobre resortes y más resortes?

-¡Señor presidente! -exclamó el alemán Emil Schenker, dispuesto a defender el punto de vista vaticano.

Por una parte Pfennig señaló, desde una perspectiva un poco técnica, que la Santa Sede, como Estado soberano europeo, tenía perfecto derecho a mandar sus recomendaciones a la junta, e incluso sus propios delegados si lo deseara. Pero desde el punto de vista de Schenker, lo más importante era lo que ambas cartas recordaban.

-A pesar de las diferencias que pueda haber entre ellos, el papa nos recuerda la antigua historia europea, y el secretario de Estado nos recuerda, nos guste o no, que la CE debe poder negociar de manera eficaz con todos los países y en todos los continentes del globo...

-Con la venia de mi estimado colega alemán.

Pfennig inclinó la cabeza y cedió la palabra a il Bello de Italia. -Me parece muy bien hablar de una idea más amplia de la nueva Europa -declaró Dello Iudice evidentemente agitado-, pero todavía me preocupan las preguntas que he formulado al principio de esta reunión. Todos los candidatos que de forma tan minuciosa seleccionamos han retirado de forma misteriosa su candidatura. De pronto nos encontramos con ese Paul Gladstone como único aspirante a secretario general. Si quieren saber mi opinión, esta elección ha sido manipulada.

-No, no, mi querido Corrado, en absoluto -replicó Featherstone Haugh, casi al límite de lo que para él sería una confrontación abierta-. Los comisarios se han limitado a hacer una sugerencia unánime para nuestra consideración. La elección la efectuamos nosotros, amigo mío.

-En tal caso -respondió el italiano, que decidió insistir inútilmente-, ¿podemos por lo menos postergar nuestra decisión?

Por segunda vez aquella mañana, se oyó un suspiro entre varios seleccionadores. Pero fue Fanny quien, armado de paciencia, expresó su reacción en palabras.

-Mi querido Dello Iudice, he ahí la dificultad a la que nos enfrentamos ahora. Si no logramos aceptar la recomendación de los comisarios respecto a Paul Gladstone, ni aducir ninguna razón válida para dicho rechazo basada en las características morales o profesionales de Gladstone, y demoramos nuestra decisión más allá de la fecha límite de esta semana -dijo Fanny con una prolongada mirada de advertencia a todos en general y a Dello Iudice en particular-, entonces, de acuerdo con la legislación de la CE, los comisarios podrán efectuar la elección en lugar de nosotros.

Featherstone Haugh había dicho lo importante. Después de todo, la seguridad que cada miembro de la junta sentía respecto a los demás estaba basada en su categoría compartida y establecida como arquitectos, funcionarios y colegas profesionales entre bastidores, dentro de la creciente burocracia de su nueva Europa. No sólo conocían las complejas interacciones y rivalidades entre diversas unidades de la organización comunitaria, entre el Consejo de Ministros, el Consejo de Comisarios y el Parlamento Europeo, sino que formaban parte de las mismas.

Dadas dichas rivalidades, así como el hecho de que formarían parte de otras juntas en el futuro, era improbable que hoy los seleccionadores sentaran el peligroso precedente de dejar la elección en manos de los comisarios. A decir verdad, comparada con todas las demás calamidades posibles, incluso la de nombrar secretario general a un estadounidense, nada era remotamente equiparable a perder el poder dentro de la CE.

Por consiguiente, Featherstone Haugh estaba seguro del terreno que pisaba. Tanto él como los demás seleccionadores habían aprendido a confiar uno en otro, incluso cuando tenían opiniones discrepantes. Gracias a que todos eran por lo menos trilingües, podían comunicarse con facilidad cualquier sutileza. Por consiguiente, llegaban siempre a un acuerdo, o incluso a un desacuerdo amigable. Las decisiones se tomaban en un espíritu que Vinaigre denominaba *«bonhomie professionelle»* y al que Fanny se refería con cierto aprecio como «nuestra queridísima hermandad». Dicho espíritu significaba que aquella mañana se tomaría una decisión respecto a la candidatura de Paul Thomas Gladstone.

Fanny miró con una sonrisa a Corrado Dello Iudice y luego al resto de sus colegas, antes de consultar su reloj.

-¿Hacemos una votación simbólica, sólo para comprobar cómo están las cosas? Veo que ya se nos hace tarde. Propongo que olvidemos las papeletas y nos limitemos a levantar la mano.

Cualquiera podía prever la alineación de los seleccionadores en una primera votación de prueba extraoficial. Hubo cinco votos a favor de Gladstone, todos ellos de los miembros euroatlanticistas de la junta: Países Bajos, Alemania, Dinamarca, Luxemburgo e Irlanda, que unidos al voto de Fanny en nombre de Gran Bretaña sumaban seis.

Por consiguiente, como era de esperar, los eurocentristas votaron en contra: la francesa Vinaigre, el belga Stropelaars, el italiano il Bello, la española Viva, el portugués Capellán y, a pesar de su debilidad por Platón, la griega Louvredo.

Fanny suspiró. A pequeña escala, la división del voto simbólico reproducía la separación en la propia CE. El norte y el sur. Los euroatlanticistas y los eurocentristas. El evidente atasco no daba lugar a comentario alguno, a excepción de un delicado encogimiento de hombros por parte de Featherstone Haugh.

-¿Algún buen eurocentrista tendría la amabilidad de proponer la candidatura del señor Gladstone?

-¿Otro voto simbólico, Fanny? -preguntó con realismo el irlandés Pierce Wall.

-No, Paddy. Necesito una decisión.

-Propongo al señor Paul Thomas Gladstone.

Todos quedaron estupefactos al comprobar que la propuesta procedía de Nicole Cresson, cuya sonora ira ante la mera perspectiva de un estadounidense como secretario general había llenado la sala de reuniones hacía sólo unos minutos.

-Secundo la propuesta -exclamó el danés Borcht que, a pesar de ser un convencido euroatlanticista, hizo una mueca como si acabara de morder un queso podrido.

Si Gibson Appleyard hubiera llevado sombrero, se lo habría quitado como prueba de su

admiración por la actuación parlamentaria de Fanny aquella mañana.

-Espléndido -farfulló el británico-. Tengan la bondad de levantar de nuevo las manos. Ahora para que conste en acta.

Cuando todas las manos estaban levantadas, y antes de que alguien pudiera cambiar de opinión o presentar alguna objeción jurídica, o incluso de que a alguien se le ocurriera decir *n'est-ce pas,* Fanny se apresuró a cerrar la votación.

-Ahora declaro que el nombramiento del señor Gladstone ha sido aprobado por unanimidad.

Después de unos golpes de mallete, Featherstone Haugh dio por finalizada la sesión de la junta de selección.

Desde el punto de vista de Fanny, la reunión había sido bastante satisfactoria. La CE había demostrado una vez más su fluido funcionamiento como parte de un amplio proceso ya establecido, que moldeaba pacientemente las mentes y disponía los corazones, así como los bolsillos, de millones de europeos a pensar y por consiguiente a actuar como ciudadanos de una unidad mayor de la que nunca habían concebido. Como el británico de sangre azul que era, Featherstone Haugh tenía ciertas reservas comprensibles acerca de dicho proceso. Pero según su criterio de euroatlanticista comunitario, era esencial que todas las facetas de aquel progresivo proceso sutil y pacifista funcionaran a varios niveles y desde distintos ángulos.

A veces dichas facetas parecían contradictorias. Sin embargo, Fanny tenía la fe de un buen creyente. La CE, junto con las naciones de la EFTA, la CSCE, la UEO, la OTAN, el Consejo de Europa, e incluso el contencioso Grupo de Brujas, se ajustaban lentamente al proceso. Es decir, todos a excepción del gobernante soberano de un dominio menor que un campo de golf, a orillas del Tíber en Roma. Tenía gracia, pensó despreciativamente Fanny, que dicho personaje hubiera advertido a la CE que Europa se «transformaba prodigiosamente» y se «enajenaba».

Poco importaba. La era romana se eclipsaba rápidamente en el flujo de la historia contemporánea. Dejando aparte los malos chistes sobre el Vaticano, la reunión había sido un éxito dadas las circunstancias. Era cierto que la imposición de la candidatura de Paul Gladstone desde las alturas había creado ciertas dificultades, pero...

Por última vez aquel día, miró en silencio al comandante Appleyard y le brindó una amarga sonrisa. Luego se apresuró para alcanzar a Nicole Cresson, antes de que se alejara por el pasillo. Prevaleció su *«bonhomie professionelle»,* su «queridísima hermandad». Para ellos Europa había sido siempre bondadosa. Se asegurarían de que dicha bondad continuara.

Gib Appleyard había encontrado sus agarraderos, como se lo había prometido al almirante Vance, y había hecho buen uso de los mismos. Después de cumplir satisfactoriamente su misión, esperó unos momentos para saludar a algunos de los seleccionadores, conforme formaban grupos informales antes de retirarse. Al igual que Featherstone Haugh, Appleyard tenía también una doble personalidad. Y la descripción del papa eslavo de la «pobre, pobre Europa» había acentuado dicho conflicto.

Gib recordaba la historia. Y porque la recordaba, aquellas tres palabras, «pobre, pobre Europa», pululaban todavía por su mente como un rompecabezas sin respuesta. O tal vez como un canto fúnebre de procedencia inesperada. Como místico rosacruciano que era en el fondo de su corazón, Gib Appleyard no sentía amor alguno por el papado imperial, ni deseaba en lo más remoto de su ser su retorno. Pero como ejecutivo racional de la junta presidencial de los diez, quería respuestas a las preguntas que aquellas palabras planteaban respecto a la mente del papa eslavo. Además, no era una cuestión de mera curiosidad. La Santa Sede tenía acceso a información secreta, que cualquier nación daría un tercio de su tesoro por poseer. Y por dividida que pudiera estar su administración, aquel papa había demostrado su capacidad para utilizar dicha información en maniobras geopolíticas de la mayor magnitud.

Aquellos hechos, más la famosa advertencia de Thomas Jefferson de que quien sueñe en ser ignorante y libre sueña en algo que nunca ha sido ni será, significaban que transcurriría mucho tiempo antes de que Appleyard dejara de preguntarse por la información secreta en la que se apoyaba el lamento papal sobre la «pobre, pobre Europa».

-¡Deckel!... ¡Deckel!... ¡Deckel!

Paul Thomas Gladstone volvió la cabeza con los ojos semicerrados hacia el perentorio grito y sonrió de puro gozo. Su hijo saltaba emocionado de alegría y daba voces como sólo podía hacerlo un niño de cinco años, conforme su nombre retumbaba con el eco entre los ruinosos baluartes del castillo de O'Connor, a unos treinta metros de la orilla del río Shannon.

Tumbado a la orilla del río, aquel tercer lunes de setiembre, en un lugar remoto y privado del condado de Kerry, en el sudoeste de Irlanda, el extremo más occidental de Europa, junto al océano Atlántico, Paul estaba seguro de que la vida, la vida que le gustaba, apenas empezaba para él. Envuelto por los alegres gritos de Declan y el cálido abrazo del sol del mediodía, y consciente de que su esposa, Yusai, esperaba con anhelo en la mansión el fax que confirmaría su futuro, Paul Gladstone tenía la sensación de que el cáliz de la felicidad rebosaba en su vida.

-¡Deckel!... ¡Deckel!

Declan hacía asombrosas piruetas, al tiempo que los muros del castillo repetían la palabra de forma mágica y fidedigna. Conocía su nombre correcto, sabía que le habían bautizado con el de su abuelo Declan. Pero de pequeño le había resultado mucho más fácil pronunciar Deckel y se había convertido en su apodo.

-¡Deckel! ¡Deckel! ¡Deckel!

Cuanto mayor era la rapidez con que repetía el grito, mayor era también la rapidez con que llegaba el eco, hasta oírlos ambos simultáneamente. Luego paraba hasta que cesaba el sonido, para empezar de nuevo.

-¡Deckel!... ¡Deckel!... ¡Deckel!

Aislado con las dos personas que más amaba en el mundo, Paul sabía que la pureza y exultación de la voz de su hijo y su eco pertenecían a aquel lugar libre de estridencias. En días perezosos como aquél, el piar ocasional de algún zarapito y el persistente rasgueo de los saltamontes en los frondosos matorrales a su alrededor, así como, por encima de todo, el sonido de la voz de Deckel, todo parecía pertenecer satisfactoriamente a la naturaleza en su profusión estival. Allí todo era armónico, fresco, tranquilizante. Allí todo pertenecía a un ahora eterno que impregnaba los sicómoros y las hayas cobrizas a lo largo de Carraig Road, y que envolvía la tierra, el agua y los cielos con la satisfacción de la permanencia.

En su primera visita, a Christian le asombró tanto la similitud entre la mansión «Liselton» y «La casa azotada por el viento», que bromeó con su hermano menor y le preguntó si su elección obedecía a un deseo secreto de reproducir su hogar sin regresar al mismo.

Algo de verdad había en las palabras de Chris. Pero para Paul, «Liselton» era mucho más que un simple espejo de «La casa azotada por el viento». No había nada en Galveston, ni en ningún lugar del planeta, comparable a la magnífica vista general del estuario del Shannon, el rugiente y siempre penetrante océano Atlántico, el condado de Clare, al norte, con su costa rocosa, sus playas y su meseta de granito. Su encanto había sido siempre una faceta de la vida en aquel lugar. Para Paul era el viento del Atlántico que barría el estuario y «Liselton», particularmente desde finales de otoño hasta principios de primavera, lo que definía el carácter especial de aquel lugar. Nada podía satisfacerle tanto como pertenecer al mismo, disponer allí de su refugio. Y la vocación que le impulsaba a ello, ya que para él no era sino algún tipo de vocación misteriosa, era mucho más fuerte que su percepción mental de su origen.

Tal vez en el futuro, la vida con todos sus avatares agudizaría su percepción. Pero, por ahora, estaba Yusai. Estaba Declan. Estaba «Liselton». Y estaba la deslumbrante promesa de un futuro inmediato.

-¡Declan! -exclamó Paul, arrancado de su ensueño por un silencio excesivamente prolongado, mientras levantaba la cabeza para ver a su hijo demasiado inclinado sobre la orilla-. ¡Declan! -repitió, al tiempo que se le acercaba a grandes zancadas-. ¿Qué ocurre, hijo? ¿No te he dicho que no te acerques tanto a la orilla? -agregó después de cogerlo en brazos-. Es hora de regresar a la casa, muchacho.

-Ahí había un pez, papá -protestó Deckel-. Un pez verde. ¡Me miraba!

-No te miraba, hijo.

Paul fue incapaz de evitar un escalofrío al recordar la tradición local del *pishogue,* según la cual cuando un pez te mira significa que pronto te reunirás con él.

-Los peces duermen al sol con los ojos abiertos.

-¡Pero papá! -protestó por segunda vez Declan, con un toque de la terquedad de su padre-. Cuando yo me movía, el pez movía la cola.

Paul acarició el cabello negro del niño y lo cogió en brazos.

-Los pececitos hacen eso para no moverse de donde están. De lo contrario, la corriente que fluye hacia el mar los arrastraría cuando duermen. ¿Comprendes? -dijo antes de darse la vuelta, para que Declan pudiera contemplar el Shannon desde la seguridad de sus brazos-. Esas piedras planas se calientan al sol y los pececitos buscan un lugar caliente para dormir.

Al parecer lo mismo hacían los niños. Paul se percató de que Deckel ya se relajaba, con la cabeza hundida en sus hombros, cuando empezó a dirigirse a la casa. Al llegar a Carraig Road vio que Yusai descendía corriendo por el empinado camino de la casa, con un puñado de papeles en una mano. La expresión de su cara era tan feliz como la de Declan, cuando su nombre retumbaba de los muros del castillo del Shannon.

-¡Paul! ¡Querido! -exclamó Yusai en su pintoresco inglés-. ¡Reclaman ya tu presencia! ¡Los bonzos de Bruselas! ¡Quieren que estés allí la cuarta semana de este mes!

Al acercarse, la extraña expresión en el rostro de Paul asustó de pronto a Yusai. ¿Qué sucedía? ¿Le había ocurrido algo al pequeño Deckel?

-No es nada, cariño -dijo Paul, que miraba de reojo a su hijo-. Supongo que está sencillamente relajado, después de tanto sol y emoción. ¡Agotado de llamar al señor eco!

-Entonces toma esto -respondió Yusai claramente aliviada, al tiempo que le entregaba el fax a su marido y extendía los brazos hacia su hijo-. Dame ese niño cansado.

Deckel abrió perezosamente los ojos.

-He visto un pez, mamá... --dijo el niño mientras dirigía inconscientemente la mirada al río.

Parte del miedo de Paul estremeció el corazón de Yusai.

-¿Qué ha sucedido, Paul?

-No tiene la menor importancia -respondió Paul, seguro otra vez de sí mismo, mientras examinaba el fax y contagiaba su emoción a su esposa-. ¡De modo que vamos a ser los Gladstone de Bruselas! ¿Y te has fijado en eso? El mensaje está firmado por Cyrus Benthoek en persona -agregó alborozado-. ¡El bonzo de todos los bonzos! ¡Imposible subir más alto!

-¿Van los pececitos al cielo, mamá? ¿Los quiere el santo Dios?

-Por supuesto, cariño -respondió Yusai, mientras extendía la manta sobre el niño somnoliento-. Claro que los quiere.

-¿El mismo cielo donde están los ángeles y el pequeño *Linnet?*

El canario de Deckel, el pequeño *Linnet,* había muerto el invierno anterior.

-Sí, cariño. El mismo -dijo Yusai en un tono lento y tranquilizador, aunque con escasa convicción, como si cantara una nana-. Todos los ángeles de Dios cuidan de los pececitos y de los pajarillos...

Las palabras de Yusai se perdieron en la lejanía. Agotado por las aventuras del día, Declan estaba ya profundamente dormido. Su madre acarició de manera amorosa la mejilla de aquel niño que tanto se parecía a su padre.

En el rellano, Yusai se detuvo junto al mirador desde donde se vislumbraba Carraig Road y el estuario. Faltaban todavía algunas horas para que se pusiera el sol, pensó, y empezara el sosegado declive del atardecer. Arrobada por la vista y el silencio, se sentó un rato en el sillón de los enamorados, al abrigo de los cristales. Le encantaba «Liselton». Le encantaba porque lo compartía con Paul y Declan. Allí se sentía en su casa. ¿Por qué, entonces, suponía aquel lugar un misterio para ella? ¿Cuál era el elemento o el ambiente que no alcanzaba a penetrar ni olvidar con facilidad? ¿Por qué estaba turbada? ¿Qué provocaba sus momentos de inquietud? ¿Y por qué aquella extraña mirada en el rostro de Paul había despertado de nuevo sus inquietudes y alterado el orden y la tranquilidad de su mente confucionista?

Yusai no pudo evitar una sonrisa. El amor que sentía por su marido le había inducido a aceptar su decisión de que su hijo se educara de acuerdo con las creencias y devociones católicas. Ésa era la razón

por la que conocía por lo menos los rudimentos del catecismo católico, que le habían permitido responder a las preguntas de Deckel sobre Dios y los pececitos. Pero ella seguía siendo producto de cierta cultura y mentalidad confucionistas, desprovistas de esas fuerzas supuestamente pintorescas e invisibles que impregnaban todavía la mente de los chinos poco cultos.

Incluso en lo concerniente a su propio marido, o por lo menos a la inquietud e intranquilidad casi religiosa que a veces detectaba en él, Yusai no podía evitar aquella desagradable sensación de misterio. O tal vez de desconcierto. Después de haber visto aquella mirada en el rostro de Paul, ¿cómo podía no sentirse turbada? Él estaba siempre tan seguro de sí mismo. Tan divinamente seguro. Nunca violentamente desalentado por los acontecimientos. Sin embargo hoy había visto... ¿qué? ¿Sorpresa? ¿Miedo? ¿Confusión? No, decidió. Al igual que el propio «Liselton», la expresión de Paul aquella tarde no había sido nada tan sencillo.

Yusai Kiang había visto por primera vez a Paul Thomas Gladstone a mitad de los años ochenta. A la edad de veinticinco años, cuando preparaba su doctorado en la Sorbona de París, el gobierno belga la invitó a participar en una conferencia internacional sobre relaciones eurochinas en Bruselas. Paul, con sus treinta años apenas cumplidos, era el conferenciante principal. Se enamoró casi inmediatamente de él. Parecía una especie de dios con forma humana. O, como le dijo más adelante en un momento privado de mayor ternura, le había parecido uno de esos «mensajeros celestiales» que se conmemoran en la mitología china tradicional, de quienes se decía que descendían entre los mortales para compartir sus penas e infundir felicidad.

Una de las cosas que Yusai valoraba de su confucionismo era poder deleitarse con dichas imágenes y metáforas, sin ningún compromiso de que estuvieran fundadas en la realidad. Su función consistía en otorgar una elegancia romántica a las maravillas de la vida. A lo largo de siglos de evolución, el confucionismo había abandonado sensatamente sus fundamentos teológicos del antiguo animismo chino. Pero también de forma sensata, parte de su imaginativo lenguaje había sido absorbido por el humanismo convencional, para mejor realzar el tosco materialismo de la vida. La familia Kiang no tenía ningún inconveniente en aceptar la divinidad de los dioses y las diosas, así como los demás atavíos de la religión, de un modo práctico y ecléctico: úsalo si te apetece; de lo contrario, olvídalo.

En todo caso, el tiempo no había siquiera reducido la primera impresión romántica que Paul le había causado. El chino mandarín que había aprendido en Beijing era tan suave, eficaz e impecable como su francés. Le pareció gracioso el deje tejano que coloreaba su perfecto inglés. Tenía una visión global de la sociedad de las naciones y detectó en él una dimensión que correspondía exactamente a su entera tradición familiar. Una dimensión propia de las personas que a lo largo de las generaciones han equilibrado el sufrimiento intrínseco de la existencia humana, con un éxito y una prosperidad continuados.

Yusai era incapaz de alejarse de la ventana que había junto a la habitación de Declan. Era como si estuviera traspuesta por la vulnerabilidad que Paul había manifestado hoy fugazmente. Además, parecía que dicha vulnerabilidad tuviera algo que ver con el misterio de aquel refugio solitario. Era absurdo permanecer ahí sentada, se dijo a sí misma, como si de pronto pudiera poner esas cosas en una perspectiva para ella comprensible y manejable. Con otra mirada a Carraig Road y al estuario del río, Yusai se resignó a vivir aquel período de intranquilidad. No era el primero, ni suponía que fuera el último.

Paul se dirigió a su estudio, situado al fondo de la casa. Cyrus Benthoek quería confirmación de que Gladstone se pondría en contacto directamente con él en Londres, antes de dirigirse a su nuevo cargo y su nueva vida como secretario general de la CE en Bruselas.

Mientras redactaba la respuesta, le fue fácil relegar el encuentro de Deckel con el «pez verde» a un recoveco de la mente. En su lugar pensaba, con justificable satisfacción, en lo mucho que había avanzado en poco tiempo en la carrera de su elección. Y al pensar en su próximo encuentro con el indestructible Cyrus Benthoek, pensó también en lo meticuloso que había sido el viejo desde el primer momento, para dirigirle por un camino de la vida políticamente correcto e ideológicamente puro en un mundo transnacional. Claro que a Paul no le había importado dicha dirección en su momento. Ni, para el caso, ahora.

Después de mandar su respuesta por fax a la oficina de Cyrus Benthoek en Londres, Paul estaba más que listo para su ducha y tomar luego una copa con Yusai antes de la cena. El primer chorro de agua caliente sobre el cuerpo le recordó de nuevo a Deckel, inclinado de manera precaria sobre aquella roca llana a la orilla del Shannon para observar su «pez verde». Bobadas, pensó, mientras se enjabonaba, como si pudiera lavar el incidente y expulsarlo por el sumidero. Las ideas de Yusai eran correctas respecto a esas cosas, se dijo a sí mismo. Su visión confucionista, su idea del orden y la tranquilidad, su mentalidad que no admitía confusión ni supersticiones, era lo que admiraba en ella.

De hecho también admiraba muchas otras cosas. Siempre le había fascinado. Yusai suponía un reto para cualquier estereotipo que pudiera haber sobrevivido en la mente de Paul respecto a las mujeres chinas. Era más elegante y galana que cualquiera de las jóvenes con las que había salido antes de conocerla. Era muy culta; hablaba a la perfección tres idiomas occidentales además del japonés, el ruso y, naturalmente, su mandarín materno. No parecía tener prejuicios y, sin embargo, sentirse y ser superior a la mayoría de sus contemporáneas. Además, al igual que Cessi y Tricia, Yusai sentía repugnancia por cualquier cosa tosca o chabacana.

Había sido su historia y su cultura familiar, tanto como la propia Yusai, lo que en primer lugar había convertido a Paul en un fascinado cautivo de aquella joven inusual. Nunca había conocido una familia como la de los Kiang. Ni siquiera había oído hablar de ninguna familia en la China continental que hubiera sobrevivido a la caída del imperio chino en 1911, que floreciera todavía en el período de Sun Yat-sen y el Goumindang de Chang Kai-shek y que no hubiera sucumbido a la destrucción japonesa de los años treinta, la devastación de la segunda guerra mundial y los subsiguientes exterminios maoístas en los años cuarenta, cincuenta y sesenta. Sin embargo, la propia Yusai demostraba que la familia Kiang había emergido de aquellos ochenta años de turbulencia «bajo los cielos» con sus propiedades intactas, sus negocios banqueros en Hong Kong y Macao tan solventes como siempre y una aparente aceptación de la élite posmaoísta en Beijing, así como acceso a la misma.

Paul le había preguntado a Yusai cómo había logrado su familia tal milagro. Aquellos regímenes políticos, respondió, necesitaban familias como la de los Kiang. Todos necesitaban dinero y acceso a los mercados financieros extranjeros.

-Además -agregó Yusai, que guiñó un ojo de forma maravillosamente provocativa-, mi familia nunca compró una casa que no tuviera varias puertas traseras.

No obstante, Paul dedujo inmediata y correctamente que el secreto del éxito de los Kiang debía menos a las puertas traseras que a su pertenencia perenne a una vagamente conocida hermandad capitalista internacional, compuesta de individuos y grupos cuyos intereses alcanzaban y abarcaban todos los nacionalismos y todas las soberanías particulares. De ese modo la familia Kiang conservaba una liquidez perpetua en el extranjero, basada en bienes concretos en su país y alrededor del mundo, que fue de gran utilidad como intermediario del régimen maoísta, frente al mundo capitalista y antimarxista fuera de China. Era evidente que los Kiang ejercieron la moderación en todas sus afiliaciones políticas. Pero a pesar de que esto redujo a un mínimo el número de auténticos enemigos, no eliminó del todo el problema. Eso era a lo que Yusai se refería al mencionar las puertas traseras.

Paul se había percatado luego de que, a pesar de que los Kiang no eran los únicos chinos de aquella especie, había algo de especial en ellos. Sin dejar de ser en esencia chinos, tanto la mentalidad como la política de la familia de Yusai Kiang parecían haber sido auténticamente transnacionales, mucho antes de que se les ocurriera a los europeos occidentales y a los estadounidenses que dicha mentalidad y dicha política constituían la clave del éxito global. Para la mayoría de la gente, dicho descubrimiento no habría sido particularmente romántico. Sin embargo, cuando Paul conoció a Yusai, la idea transnacional y su forma de vida se convirtieron para él en un ideal supremo. Por consiguiente, para Paul, Yusai no era sólo elegancia y donaire. Ni sólo hermosa, alegre y maravillosamente provocativa. En el sentido más literal de la palabra, era un sueño hecho realidad. Era su ideal.

Pero Yusai no había sido el ideal de todo el mundo. Por ejemplo, no lo había sido de Cessi, como puso dolorosamente de relieve la terrible escena en «La casa azotada por el viento», cuando Paul se trasladó a su casa para comunicarle a su madre su propósito de contraer matrimonio. Además, sorprendentemente, algunos de los colegas y colaboradores de Paul manifestaron también sus reservas en cuanto a Yusai Kiang como futura señora Gladstone. Uno de los decanos del bufete en particular llegó a declarar abiertamente que los Kiang eran con toda probabilidad unos «embaucadores

internacionales». ¿Cómo explicar, de otro modo, que el viejo Kiang tuviera buenas relaciones con Mao Zedong, con Zou Enlai, y con Deng Xiaoping?

Cyrus Benthoek se mantuvo al margen de la polémica sobre los planes de Paul de casarse con Yusai. Pero el gerente ejecutivo del bufete, Nicholas Clatterbuck, le brindó su apoyo a Gladstone, lo cual era casi equivalente a contar con el beneplácito del gran jefe. Como todos los demás en el bufete, Paul siempre había visto a Clatterbuck como a una especie de abuelo bonachón. Pero nadie dudaba tampoco del aprecio que Cyrus Benthoek le dispensaba. Tampoco cuestionaban su autoridad, ni su habilidad para dirigir cualquier negocio, grande o pequeño. Fue por consiguiente la inspirada sugerencia de Clatterbuck, así como su reconocido ascenso, lo que indujeron a Paul a invitar a los socios del bufete a una cena prenupcial. Y fue la propia Yusai quien aquella noche logró encantar y ganarse a todos y cada uno de ellos.

Se casaron en París, para trasladarse a continuación al lugar de origen de Yusai, en Meiling, de luna de miel. Allí, Yusai selló para siempre las medallas del recuerdo que colgaban todavía del cuello de Paul. A pesar del carácter religioso de dichas medallas, eran importantes para Paul porque representaban diferentes etapas de su vida desde su infancia, empezando por la que le había regalado Cessi el día de su primera comunión.

Era una pequeña medalla redonda de oro, en la que había grabada una imagen de la Virgen María sobre el globo terráqueo, con una inscripción a su alrededor que decía: «Oh, María, sin pecado concebida, ruega por nosotros, que apelamos a ti.» Cessi también le había ofrecido, en aquella remota ocasión, una medalla tradicional de Jesucristo crucificado que pretendía evocar la penitencia, el arrepentimiento y la contrición por los pecados cometidos. Pero Paul la había reemplazado por un simple crucifijo de oro. Lo consideró un compromiso aceptable.

Yusai comprendía a la perfección lo de la cruz de oro de Paul. Para su mente confucionista no suponía ningún problema aquel símbolo cristiano universalmente aceptado. Pero cuando estaban ambos perezosamente acostados, empezó a acariciar la imagen de la mujer.

-¿Quién es?

-¿Quién es quién?

-Esa mujer -respondió Yusai, al tiempo que levantaba la medalla milagrosa y la cadena-. ¿Ocupa un lugar en tu corazón?

Hacía tanto tiempo que la llevaba, que apenas pensaba en ella. Incluso en aquel momento, no fue la medalla en lo que se centró su mente, sino en su primera experiencia de Yusai en estado de incertidumbre.

-Me gustaría saber -insistió Yusai- por qué llevas esa mujer tan cerca de tu corazón. Es importante para mí, Paul.

-Mi querida Yusai -respondió Paul, después de coger la mano con que sostenía la medalla y besársela-. Estoy casado contigo, no con ella -agregó, al tiempo que levantaba a su vez la medalla-. Es una medalla religiosa católica. La llevo desde que era niño. Es la imagen de María, que fue la madre de Jesús. ¿No te acuerdas? Se habló en una ocasión de ella durante las clases a las que asistimos antes de nuestra boda.

-¡Ah! -exclamó de pronto Yusai, con una sonrisa que expresaba el júbilo de su comprensión-. Es ella. La madre.

Con los gérmenes de incertidumbre alejados de su mente, Yusai se relajó en los brazos de su marido.

A pesar de la brevedad de aquel instante, surtió un efecto notable y duradero en Paul. Con su anhelo confucionista por dominar las dudas y la incertidumbre, Yusai le convenció de que su matrimonio seguía un camino que los conduciría a un emocionante destino, lejos del Meiling natal de Yusai y del Galveston de Cessi Gladstone. Un camino irresistible. Aquella noche, Paul no sólo había degustado la dulzura y el amor de Yusai. Disipados algunos de sus propios fantasmas, comprendió que el devaneo de su liberación era viejo y desgastado.

-¡Enhorabuena, Gladstone! ¡O debería llamarle señor secretario general!

Apenas acababa de llegar Paul a su despacho, en la esquina del piso treinta y cuatro del cuartel general de su bufete en Londres, cuando Nicholas Clatterbuck acudió a felicitarle.

-Gracias, Nicholas -respondió Paul con una radiante sonrisa-. ¿Ha llegado ya Benthoek?

Eran apenas las ocho.

-Desde luego. Me ha pedido que le acompañara personalmente cuando usted llegara -respondió, mientras se dirigían ambos al ascensor privado, que los conduciría al despacho de Cyrus Benthoek, en el ático del edificio-. Después de resolver sus asuntos con CB, necesitaremos que se quede en Londres un par de días. Son muchas las cosas que suceden. Luego, su principal vínculo con nosotros será el propio Benthoek. Él tendrá la exclusiva mientras trabaje usted con los europeos.

Las puertas del ascensor se abrieron silenciosamente en el ático y, al oír sus voces, la secretaria privada de Cyrus Benthoek asomó la cabeza al pasillo y se declaró dispuesta a conducirlos al sanctasanctórum.

Nada había cambiado en el despacho de Benthoek durante los diez años transcurridos desde la primera entrevista de Paul. Seguía allí aquel enorme escritorio, con su curioso grabado incrustado del escudo de Estados Unidos. Como de costumbre, había varios montones de documentos ordenados con meticulosidad sobre su vasta superficie. Y, evidentemente, aquel retrato de Elihu Root presidía todavía la escena cual vigilante atemporal. Sobre todo, Cyrus Benthoek no había cambiado. Era todavía alto y erguido, con unos ojos azules tan fijos como sus habilidosas manos.

-No me importa confesarle, joven... -empezó a decir CB, de quien al parecer no cabía esperar que le felicitara-, no me importa confesarle que debido a una serie de inesperadas causalidades, sobre las que ninguno de sus superiores ha tenido control directo, se le ha colocado a usted en un cargo de extraordinaria importancia.

Curiosa forma de empezar la reunión, pensó Gladstone, que era suficientemente sensato para no formular preguntas. No cabía la improvisación en las conversaciones con Benthoek. ¿Iban a hablar en clave? ¿Tendría que adivinar Paul el significado secreto de lo que CB le decía? Conocía suficientemente bien al viejo para comprender que «inesperadas causalidades» se refería a voces ajenas al bufete. Y era evidente que el «cargo de extraordinaria importancia» era la nueva carrera de Paul en la CE. Sin embargo, sólo podía suponer que por falta de «control directo» se entendía que el bufete y su presidente habían apoyado a Paul para el cargo de secretario general, debido a algún vínculo útil entre aquellas voces ajenas y los intereses del propio bufete.

-La presencia hoy aquí del señor Clatterbuck es tan indispensable como la suya, señor Gladstone. Él será nuestro intermediario entre usted y yo. Por consiguiente es esencial que esté al corriente de lo que hacemos.

Paul asintió.

-La primera fecha importante en su agenda será el diez de diciembre -dijo CB, con la mirada fija en Paul como la de un búho en un ratón-. Sabe lo de la reunión de Maastricht, ¿no es cierto?

-Sólo lo esencial, señor.

Como toda persona interesada en asuntos transnacionales, Paul sabía que el Consejo de Ministros de la CE se disponía a reunirse en Maastricht, en los Países Bajos, el diez de diciembre, con el propósito de ultimar sus planes para establecer de manera definitiva la unión política y financiera de los Estados miembros de la Comunidad Europea.

-¡Bien! -exclamó Benthoek, con una sonrisa magisterial dirigida a su joven protegido-. Usted sabe lo que no sabe. Y eso, a mi parecer, es el principio de la sabiduría. En este decisivo momento, evidentemente después de familiarizarse con sus responsabilidades oficiales en Bruselas y seleccionar a sus ayudantes personales, su misión inmediata hasta el diez de diciembre consistirá en adquirir un conocimiento profundo de cada uno de los doce ministros del consejo. Y también un conocimiento amplio de los diecisiete comisarios de la CE.

Benthoek se levantó de su silla y se situó bajo el retrato de Elihu Root.

-Toda insistencia sería poca, señor Gladstone. Debe llegar a conocer a cada uno de esos veintinueve individuos. Detalladamente. Personalmente. Políticamente. Financieramente. Conózcalos a ellos, a sus asociados, a sus ayudantes, a sus amigos, a sus enemigos, lo que les gusta y lo que detestan, sus virtudes y sus debilidades. Y en el caso de los ministros en particular, sus relaciones profesionales cotidianas con sus gobiernos. ¿Comprendido?

-Sí, señor.

Convencido de que había quedado clara aquella advertencia eminentemente básica, CB se relajó y

regresó a su escritorio, para puntualizar algunos aspectos que le interesaban personalmente. Señaló la división más elemental de la CE: el hecho de que la mitad de sus miembros eran partidarios de fuertes vínculos transatlánticos y la otra mitad se oponía a los mismos.

-Es evidente -prosiguió ahora en un tono conspirador- que existe también la organización rival de la CE. En nuestra opinión, señor Gladstone, la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa es la unidad que funciona en la actualidad, con mayores probabilidades de convertirse en el organismo principal de la gran Europa. No debemos olvidar por completo el país de nuestro nacimiento, ¿no le parece? Estados Unidos es un miembro de pleno derecho de la CSCE. Y el mayor proveedor del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo.

»Lo que pretendo aclarar, señor Gladstone, es que en este bufete somos euroatlanticistas convencidos. Estamos comprometidos con la creación de una economía global desarrollada, organizada de acuerdo con un sistema bancario globalizado. Usted debe servir a los comisarios de la CE y al Consejo de Ministros. Pero debe recordar la posición de nuestro bufete. Confiamos en que mantendrá estrechos vínculos con nosotros, *exclusivamente* a través de mi oficina. Por supuesto -sonrió Benthoek, como un catedrático satisfecho con su competente discípulo-, no cabe duda de dónde reposan sus lealtades técnicas.

-¿Lealtades técnicas, señor?

-Sí, lealtades técnicas, señor Gladstone. Cuando abandone el valle y suba a la cima de la montaña, tendrá una visión de los habitantes del valle diferente a la de ellos mismos. Desde la cima, señor Gladstone, contemplará la imagen completa -respondió el anciano, mientras le dirigía a Paul una mirada a la vez acechante y tímida-. Estoy seguro de que comprende a lo que me refiero.

Gladstone no tenía la experiencia necesaria para comprender todo lo que CB pretendía transmitirle con aquellas palabras. Por lo menos no con su mente racional. Sin embargo, era una peculiaridad del carácter y del temperamento de Cyrus Benthoek, con tan simples palabras y en un breve instante, haber logrado penetrar en la intimidad sentimental de Paul. Con aquella mirada, había logrado introducirse en el corazón de Paul, en aquella parte de sí mismo que todos debemos procurar mantener intacta e inmune a las inevitables agresiones de las relaciones humanas habituales.

En aquel instante y con aquellas palabras, Paul tuvo la impresión de experimentar de pronto una transformación interna que era incapaz de detener. Era como si el terreno firme que pisaba, su conocido y querido entorno familiar, su Yusai, su Declan, su «Liselton», «La casa azotada por el viento» y su familia se hubieran desvanecido y ocultado de su visión.

La reacción inesperada e involuntaria de Paul fue en parte de pánico y en parte de regocijo. Sin ningún equipaje personal, puedes volar más y más alto, decía su sentido de alborozo. No pertenecerás a nadie, a nadie le importará lo que te suceda, le advertía su sensación de pánico. Y una triste vocecita le susurraba: este demonio de vuelo sin amor ha estado siempre contigo, ha formado siempre parte de ti.

Cyrus Benthoek detectó evidentemente la confusión en el rostro del joven.

-Se necesita tiempo, señor Gladstone -dijo ahora en un tono casi paternal, repleto de ternura y comprensión-. Se necesita tiempo para adaptarse. Tómeselo con calma -agregó, mientras ordenaba los documentos ya ordenados de su escritorio-. Permítame que se lo diga de otro modo. A estas alturas se habrá percatado de que las cosas no son nunca como aparentan a primera vista, ¿no es cierto? Por lo menos no en esta vida. ¿No está usted de acuerdo?

Aunque oía sus palabras y veía los ojos fríos con que Benthoek le miraba, desde el punto de vista de Paul aquello no era ya una conversación con el presidente de aquel prestigioso y poderoso bufete transnacional. En aquel momento, Cyrus Benthoek parecía ser el anciano portador humaniforme de la verdad imponderable sobre la naturaleza humana. Alguien que vivía en un lugar donde no se condenaba cerrar los ojos a dicha condición, ni se compadecían sus insignificantes características. Gladstone intentó aclararse la garganta, intentó hablar. Pero su boca estaba seca.

-Usted y yo y el señor Clatterbuck aquí presente, todos los que nos movemos a este nivel, ya no somos sólo colegas hábiles y ambiciosos en un importante bufete transnacional. Ni nos limitamos meramente a reaccionar como mejor sabemos ante los sucesos azarosos en la vida competitiva de los negocios internacionales. Si ése fuera el caso, señor Gladstone, usted no estaría sentado donde está ahora. Ni yo donde estoy. Instintivamente, usted lo sabe. ¿No es verdad, señor Gladstone?

Más que una pregunta era una orden y, en todo caso, Paul la tomó como retórica.

Había llegado inevitablemente el momento de que Cyrus Benthoek levantara las manos, con su gesto típico de orante.

-Esto nos lleva de nuevo al principio. Estoy seguro de que recuerda que he empezado esta pequeña entrevista con una mención a la importancia extraordinaria de su nuevo nombramiento. También estoy seguro de que comprenderá que no le han elegido como secretario general de la CE por su cara bonita, como suele decirse. Ni siquiera por su talento, aunque admito que es extraordinario.

»Pero el simple hecho es que sus circunstancias, el hombre en el que se ha convertido por antecedentes familiares, educación, formación y matrimonio, le convierten en idóneo para un cargo de suma importancia en el amplio plan vigente de asuntos humanos. Como *él* diría, señor Gladstone -prosiguió Benthoek, que se levantó lentamente y sonrió, primero al retrato de Elihu Root, a su espalda, y luego a Paul-, lo único que debe hacer es ser fiel y seguir las huellas de la «madre historia» en la arena del tiempo humano. Si sigue haciéndolo, no tengo la menor duda de que el pleno significado de lo que he dicho aquí esta mañana quedará claro para usted.

»Buena suerte, señor Gladstone. Vaya con Dios.

-Concédame un par de minutos, Nicholas.

De regreso a la tierra firme del piso treinta y cuatro, Paul movió la mano para despedirse de Clatterbuck, se dirigió a su propio despacho y cerró la puerta a su espalda. Cuando recibió aviso de su llamada a «Liselton», fue Yusai quien contestó.

-¡Paul! ¿Dónde estás? ¿Alguna novedad?

-Todo correcto, cariño. Espléndido. ¿Dónde está Declan?

Desde la primera sílaba, Yusai detectó el peso muerto en lo más hondo de su voz.

-En la escuela. Volverá a las tres y media. ¿Pero estás seguro de que todo anda bien, Paul? Hay algo raro en tu voz.

-No podría estar mejor -mintió-. Acabo de hablar con el viejo CB y he recibido mis órdenes. Sólo quería oír tu voz, saludar a Deckel, y deciros a ambos que os quiero y os echo de menos...

-Paul, cariño, sabemos que nos quieres. Pero...

-¿Qué has estado haciendo desde que me marché?

Yusai reconoció su necesidad. Paul llamaba desde un plano extraño y desprovisto de humor lejos de ella. A pesar de sentir un vestigio de miedo no identificable, le describió una visión jovial de los acontecimientos matutinos. Se habían levantado muy temprano.

-Ya sabes que Declan despierta como las gallinas. Pero hoy ha insistido en salir en busca de unas setas frescas. Ojalá hubieras estado aquí, cariño. Declan hablaba con las golondrinas y les decía que no comieran demasiadas moscas matutinas.

»Por cierto, Paul, hemos visto una alondra solitaria que describía círculos cada vez más altos en el cielo azul, sin dejar de cantar un instante en aquel hermoso silencio. Era como una señal del cielo para indicar que todo nos sería favorable. A los tres. Ha sido una mañana encantadora. Deckel le ha chillado a la alondra que les dijera a los ángeles que te devolvieran cuanto antes. Los rayos del sol eran como una lluvia dorada. La enredadera de Virginia era como un manto luminoso amarillo. «Liselton» era una gloria dorada...

Se oyó un ruido extraño en la línea y Yusai temió que se hubiera perdido la comunicación.

-¿Paul? ¿Estás ahí? Cariño, ¿nos han desconectado...?

Paul absorbió con todos sus sentidos la gloriosa mañana que Yusai le describía. Y también con todos sus sentidos experimentaba un dolor nuevo para él. Oía una voz interna, una campanilla de advertencia. Sí. Eso era. Una voz, una campanilla, que decía: «Ya nunca será lo mismo para ti. Nunca volverás a ver con ojos inocentes o sin ambivalencia en la mente, como antes de este momento. Una parte de ti está ahora consagrada a todo lo que excluye ese simple gozo y exultación. Bienaventurado has sido de poseerlo durante un breve período...»

-¿...Paul? ¿Estás ahí? Cariño, ¿nos han desconectado?

-Claro, cariño. Estoy todavía aquí.

Agradecido de que Yusai no pudiera ver sus lágrimas, Paul procuró dominar la ronquera de su voz.

Yusai aceptó su mentira y prosiguió con la descripción de las aventuras matutinas. Repitió el

rumor de Hannah Dow que circulaba por la ciudad. Le contó la cantidad de setas que entre ella y Declan habían encontrado, cómo las habían asado a la parrilla y cuántas tostadas con setas Deckel se había comido...

-¿Qué estás haciendo ahora, cariño? -preguntó Paul, que quería ver también el presente.

-Estoy haciendo las maletas y preparándolo todo para nuestro traslado a Bélgica. Y te echo de menos, Paul. No es lo mismo sin ti.

-Para mí tampoco. Te llamaré esta noche.

Paul miró fijamente el auricular, después de colgar el teléfono. Luego levantó la mirada, como si pudiera ver a través del techo de su despacho e incluso de los pisos que le separaban del escudo de Estados Unidos y del retrato de Elihu Root.

-¡Malditos sean sus ojos, señor Cyrus Benthoek!

VEINTICINCO

El primer lunes de octubre, cómodamente instalado en su despacho de la esquina del tercer piso del palacio apostólico, su eminencia el cardenal Cosimo Maestroianni se disponía a lanzar la primera de las tres etapas del programa que les había esbozado hacía escasamente cinco meses a Cyrus Benthoek y al doctor Ralph Channing. Cualquier nostalgia que el pequeño cardenal pudiera haber sentido por su cargo anterior, había sido sobradamente disipada por la intensidad de su trabajo encaminado a introducir una nueva forma de unidad en su organización eclesiástica y conducir dicha organización a una nueva forma de unidad con la sociedad de las naciones.

En realidad, era justo afirmar que la jubilación de todas sus agobiantes obligaciones, para dirigir los asuntos internos y externos de la Santa Sede -como secretario de Estado del Vaticano-, no podía haber llegado en momento más oportuno. Su transición a lo que él consideraba un plano superior, tampoco podía haberse producido con menor esfuerzo ni de forma más prometedora. Paul Gladstone estaba en Bruselas y desempeñaba ya sus funciones como nuevo secretario general de la CE. El cardenal John Jay O'Cleary le había comunicado que el padre Christian Gladstone había aceptado la invitación para trabajar permanentemente en Roma. Y lo que más le complacía era haber recibido las respuestas que deseaba, a su última carta como secretario de Estado a los representantes diplomáticos de la Santa Sede, en ochenta y dos países alrededor del mundo.

Aquella carta meticulosamente redactada había resultado ser una de las obras más hábiles en la vida de su eminencia. En efecto, no podía haber surtido mayor éxito como instrumento para poner a prueba la cuestión clave de todo su programa: ¿hasta qué punto se sentían unidos al papa eslavo los cuatro mil obispos de la Iglesia universal?

Como Maestroianni lo anticipaba, el sondeo extraoficial llevado a cabo por los representantes diplomáticos a instancias del cardenal subrayaba la falta de unidad entre aquel papa y sus obispos. También le facilitaron al cardenal Maestroianni una lista de los obispos, cuyas ideas sobre aquella cuestión exigían todavía una revisión juiciosa. Igualmente clara era la falta de consenso entre los obispos, respecto a la clase de unidad más deseable entre ellos y la Santa Sede.

Un conjunto de respuestas con tal ausencia de cohesión podía haber sido simplemente indicativo del caos reinante. Sin embargo, para el pequeño cardenal, facilitaban un mapa útil sobre el que trazar el rumbo acordado en Estrasburgo. En realidad, a principios de octubre, el cardenal Maestroianni había elaborado ya los dos enfoques que se proponía llevar a cabo.

La primera iniciativa, y también la más fácil, sólo exigía un poco de trabajo tradicional de campo. Con el padre Christian Gladstone en Roma y su hermano Paul instalado como secretario general de la Comunidad Europea, Maestroianni disponía ahora de los medios necesarios para evaluar tanto las necesidades como las debilidades de cada obispo importante. Y mediante toda clase de favores políticos, disponía también de los medios necesarios para convertir dichas necesidades y debilidades en ventajas para él.

En otras palabras, exactamente como se lo había propuesto a Channing y Benthoek, el cardenal tenía ahora en la palma de la mano un proceso mediante el cual guiar incluso a los obispos más conservadores, a una apreciación íntima de la forma concreta en que las consideraciones y favores que necesitaran de las autoridades seglares dependían de un nuevo tipo de puente hacia el ancho mundo y,

por consiguiente, hacia una nueva forma de gobierno en la Iglesia.

La segunda de las iniciativas del cardenal Maestroianni era más compleja. Se trataba del programa burocrático que con tanta franqueza había expuesto a Channing y Benthoek. El programa encaminado a utilizar los plurifacéticos sínodos episcopales alrededor del mundo, para formar y fomentar una expresión abierta de la nueva «mentalidad común» de los obispos. Aunque los detalles del proceso precisaban todavía de mucha atención, su eminencia tenía un instinto finamente sintonizado para la maquinaria burocrática perfecta.

La última etapa, el uso del «criterio común de los obispos» a fin de forjar un instrumento canónicamente válido para poner fin al presente pontificado y, simultáneamente, al papado conocido hasta entonces, se reduciría a cierta ingeniería burocrática adicional, cuando el proceso estuviera activado. La operación que Maestroianni había planeado sería agotadora. Alcanzar su objetivo en el espacio relativamente corto de tiempo, en el que el doctor Channing había insistido, pondría incluso a prueba el talento y la experiencia de Cosimo Maestroianni. El cardenal debería controlar en persona las cosas de cerca. Debía realizarse todo con rapidez, pero de forma metódica y con una gran atención profesional.

Dadas las circunstancias, la agenda del cardenal estaba ya repleta de imprescindibles reuniones, sesiones de planificación y citas privadas. Evidentemente, tendría que darle sus órdenes al señorial y políticamente ingenuo Christian Gladstone. Pero Maestroianni no anticipaba ninguna complicación en dicho sentido. En primer lugar, le mandaría a sondear las necesidades de los principales obispos europeos y luego de los norteamericanos. Y con un poco de ayuda entre bastidores de Cyrus Benthoek, comprometería la cooperación de su hermano para satisfacer dichas necesidades, a través de los poderosos contactos en la CE propios del cargo de secretario general.

Entretanto, la labor revolucionaria que se debía llevar a cabo dentro de las propias conferencias episcopales, y en particular la selección y dirección del primer grupo de persuasivos comandantes de campo, exigía un juicio delicado. La estrategia debía consistir en construir siempre desde la fuerza. Eso significaba concentrarse inicialmente en los sínodos encabezados por obispos, cuya influencia se extendiera más allá de sus propios territorios. Obispos, por ejemplo, como el extraordinariamente poderoso cardenal de Centurycity en Estados Unidos. Era lamentable que no existieran otros como él en los viñedos de la Iglesia.

Algo que agregaba complejidad al programa de Maestroianni, era el hecho de que debían tenerse en cuenta y equilibrados los aspectos legos de la situación. Cyrus Benthoek era tan responsable de aquella brillante estratagema como el propio Maestroianni, sin olvidar la nueva alianza potencialmente poderosa con el doctor Ralph Channing.

Sin embargo, por importante que todo eso fuera, nadie sabía mejor que el cardenal Maestroianni que sería un suicidio trabajar en los viñedos de la Iglesia a lo largo y ancho del mundo, sin mantener al cardenal secretario de Estado razonablemente bien informado. Eso no significaba que pretendiera involucrar a su eminencia Graziani en las operaciones íntimas del plan, que equivaldría a esperar demasiado de un hombre tan políticamente tímido como el nuevo secretario. No obstante, Graziani era ahora el segundo individuo de mayor poder en el Vaticano, por lo menos nominalmente, y la realidad política exigía por consiguiente que se le mantuviera informado. Las necesidades prácticas requerían su cooperación en ciertos detalles periféricos y la conveniencia recomendaba una reunión cara a cara con el secretario como prioridad inmediata.

-¡Unas noticias muy significativas, su eminencia!

Temprano por la mañana de aquel primer lunes de octubre, el cardenal Maestroianni acababa de entrar en su antiguo despacho como Pedro por su casa.

El nuevo e inexperto secretario de Estado asimiló el entusiasmo de aquella temprana visita sin inmutarse. Incluso antes de su nombramiento, Giacomo Graziani había empezado a actuar con la gravedad propia del nuevo cargo. Ahora, con el bonete rojo de cardenal afianzado en su cabeza y después de haber tomado posesión del cargo de secretario, se había convertido en una especie de Buda. Con las manos unidas sobre su generosa barriga, respondió a la euforia de Maestroianni con una cordial sonrisa, un lento e imparcial parpadeo y un gesto con la cabeza para ofrecerle la silla al otro lado del escritorio, que ahora le pertenecía.

Actitud personal aparte, el cardenal Maestroianni no tenía la menor duda en cuanto a Giacomo Graziani. A fin de evitar un enfrentamiento con el papa eslavo, había apoyado la candidatura de Graziani a la secretaría, aunque éste no era uno de sus secuaces. A decir verdad, Graziani no era secuaz de nadie. Era un hombre tranquilo y conservador. Diplomático de diplomáticos. No dado a los excesos laborales ni intelectuales. Sirviente de nadie, aunque accesible y dispuesto a aprender. Su mayor virtud consistía en carecer de ideología, a excepción de formar parte de los vencedores.

-Unas noticias muy significativas -repitió Maestroianni, al tiempo que sacaba un resumen de la carpeta que llevaba-. Estoy seguro de que su eminencia recuerda la carta que mandé en mayo a nuestros representantes diplomáticos alrededor del mundo.

Un simple parpadeo sirvió de confirmación por parte de Graziani. Recordaba a la perfección el dominio de Maestroianni de un decoroso lenguaje, para disfrazar unas preguntas brutales.

Maestroianni depositó las hojas mecanografiadas sobre el escritorio florentino del siglo XVIII, con el toque de un jugador de póquer que muestra una escalera real.

Sin apenas moverse, Graziani extendió una mano y hojeó el documento.

-Las respuestas son muy interesantes, eminencia. Caóticas, pero interesantes, estoy seguro. Usted las ha calificado de significativas, si mal no recuerdo. ¿Con qué fin se propone utilizar estos datos?

-El propósito, eminencia -respondió el viejo cardenal-, es el de proceder a evaluar con precisión lo que el conjunto de los obispos considera necesario para la unidad de la Iglesia.

Buda parpadeó. Hasta aquí lo había asimilado.

-¿Y las líneas generales sobre las que dicha evaluación se llevará a cabo, eminencia?

Maestroianni lo había previsto todo y quería que el secretario lo supiera.

-Si su eminencia pregunta por la meta hacia la que nos encaminamos, la respuesta es que pretendemos darles facilidades a los obispos. Allanarles el camino. Ayudarlos a superar las dudas que puedan tener, a fin de que logren aclarar sus propias ideas y pensamientos respecto a este importantísimo asunto.

»Pero tal vez a su eminencia le interese saber cómo nos proponemos llevar a cabo dicha evaluación. Nuestro instrumento principal será la vasta red global de conferencias episcopales regionales y nacionales, que tanto han madurado desde el Concilio Vaticano Segundo. Me inclino a pensar en cada conferencia episcopal como una unidad independiente. Trabajaremos a dicho nivel de compartimientos. Dentro de cada conferencia, el asunto se tratará como un tema normal de asuntos internos. Como de costumbre, fundaremos juntas: juntas de asuntos internos. Nuestro objetivo es el fundar una de dichas juntas en cada conferencia.

Graziani hojeó de nuevo los datos recopilados por ochenta y dos diplomáticos vaticanos.

-Por consiguiente -dijo el secretario, con una ceja levantada-, ¿nos planteamos la perspectiva de una serie de juntas de asuntos internos? ¿Una red global de juntas?

Maestroianni expresó su satisfacción porque el cardenal Graziani reconociera las inmensas complejidades de dicha operación. Le estaba agradecido. Al mismo tiempo, y con una ligerísima pincelada acerba en su tono, le aseguró a Graziani que los más de doce años como jefe del Departamento de Estado habían demostrado su capacidad y le habían facilitado un conocimiento íntimo del personal.

-Afortunadamente -sonrió Maestroianni para suavizar la situación-, disponemos ya de cierto número de hombres capacitados en los lugares apropiados, que sin duda querrán ayudar a sus hermanos obispos a reflexionar sobre la cuestión de la unidad. Hombres capacitados en lugares clave de Europa, como es natural. Y, en Estados Unidos, estoy seguro de que podemos contar con su eminencia de Centurycity. Ojalá tuviéramos otros como él.

-Ah, sí. Su eminencia.

Una nube de reflexión estilo Buda cruzó la frente de Graziani. El cardenal secretario parecía sentirse satisfecho con el conocimiento adquirido sobre el mecanismo que Maestroianni se proponía utilizar para unificar el criterio de los obispos, en lo concerniente al problema de la unidad episcopal con el papa eslavo. Pero había otra área que le preocupaba. Un área que iba más allá de la ocupación del trono por parte del papa eslavo, y que afectaba la competencia y la jurisdicción de cualquier papa como vicario de Jesucristo en la Tierra. Que afectaba la autoridad papal como fuerza religiosa y social.

-Varios de los corresponsales de su eminencia, no todos en países anglosajones, hablan del papa

como vicario de san Pedro -dijo Graziani, mientras hojeaba el informe de Maestroianni-. Recuerdo que en la reunión de Estrasburgo, a la que su eminencia tuvo la generosidad de invitarme en mayo, el padre general de los jesuitas, Michael Coutinho, mencionó de manera fugaz dicho tema en sus comentarios. Pero que surja entre tantos de nuestros obispos es desconcertante, ¿no le parece?

«Ah, Giacomo -pensó Maestroianni-, tienes vista de lince.»

-¿Desconcertante, eminencia? En absoluto. Tentador y estimulante, sí. Pero no desconcertante. Ése es el quid de la cuestión.

No era necesario explicar que si el papa de Roma era sólo el vicario del apóstol san Pedro como primer obispo de Roma, la lógica dictaba que cada uno de los demás obispos no era ni más ni menos que él. Después de todo, todos y cada uno de los obispos eran sucesores de los apóstoles, cada uno era el vicario de un predecesor apostólico. Si se adoptaba dicho punto de vista como enseñanza oficial, constituiría los cimientos de una nueva estructura gubernamental en la Iglesia. Desaparecería la función centralizadora del papa, incluida la de árbitro oficial, definitivo e infalible sobre cuestiones de fe y moral. El poder se desplazaría de Roma al conjunto de los obispos.

Los cardenales intercambiaron ahora una mirada calculadora. Ambos comprendían lo que estaba en juego. Como de costumbre, Graziani hacía un cálculo de probabilidades. Y, también como de costumbre, Maestroianni se sentía seguro de sí mismo.

-Eminencia -dijo el cardenal Graziani, convertido ahora en diplomático vaticano-. La Iglesia, la voz de la Iglesia, debe expresarse claramente sobre esa cuestión.

Maestroianni estaba tranquilo, pero atento. De momento le bastaba conque el secretario adoptara una actitud neutral respecto a dicha cuestión central.

-Eso, eminencia, es precisamente lo que esta operación se propone conseguir. ¡La Iglesia decidirá! Por cierto -agregó el cardenal Maestroianni a guisa de coda-, el nuevo misal cuyo uso se implanta actualmente en la Iglesia habla del obispo de Roma como vicario de san Pedro.

-Me he percatado de ello. Pero todos sabemos que el nuevo misal no ha recibido todavía la aprobación romana. Si mal no recuerdo, fue elegido por la comisión internacional de inglés en la liturgia. O por lo menos por su prolongación: los asesores litúrgicos en lengua inglesa. Pero la categoría de dicha comisión como agencia papal no ha sido todavía evaluada.

-He ahí el quid de la cuestión -reconoció Maestroianni-. Los datos que acabo de mostrarle a su eminencia esta mañana indican que muchos obispos creen que el obispo de Roma no es el único vicario de Jesucristo en la Tierra, sino sólo el vicario de san Pedro. El nuevo misal refleja también dicha creencia. Ahora bien, si el obispo de Roma pretende decidir esta cuestión porque él se considera el único vicario de Jesucristo, ¿no nos enfrentamos a la antigua falacia lógica del pez que se muerde la cola? ¿No sería éste el *petitio principii* de santo Tomás y de Aristóteles?

-Tal vez -respondió Graziani, asombrado de que su interlocutor citara a santo Tomás de Aquino sin apenas ruborizarse-. No obstante, eminencia, para tomar una decisión es preciso oír la voz de la Iglesia.

-¡Por supuesto, eminencia! -exclamó Maestroianni, que decidió que había llegado el momento de volver al punto de partida-. ¿Y quién mejor para expresar dicha voz que los obispos de la Iglesia, los sucesores de los apóstoles?

En los ojos de Graziani se insinuó un amago de sonrisa.

-¿Y ése es el propósito de la actual operación de su eminencia?

-¡Eso y sólo eso, eminencia! Sobre la marcha estaremos en condiciones de evaluar y mejorar el lamentable estado actual de la unidad de la Iglesia.

Una vez más, Graziani se refugió tras un momento de silencio. -Dígame, eminencia, ¿qué nivel de clasificación es el de este documento que me ha mostrado?

-Digamos que, de momento, «celestial». La clasificación es una prioridad absoluta.

Los documentos clasificados como «celestiales» eran sólo accesibles a nivel cardenalicio, cuando su examen era indispensable, y siempre a discreción del papa y del secretario de Estado. La clasificación de documentos, por otra parte, aunque no exclusiva del Vaticano, había alcanzado su máximo desarrollo en aquella cancillería que era la más antigua del mundo.

-¿De modo que la acción que se desempeñe a continuación será estrictamente «celestial» y limitada a secciones compartimentadas? -preguntó Graziani, que quería una confirmación verbal

inequívoca.

-Sí. Estrictamente -respondió Maestroianni, al tiempo que retiraba el informe base de la discusión, como para confirmar su respuesta-. Las razones son evidentes. Hablamos del papado y, en última instancia, de la candidatura papal. Según el Derecho Canónico, eso es competencia única y exclusiva del Sacro Colegio Cardenalicio.

-¿En qué momento estima su eminencia que esto supondrá una intrusión a nivel papal?

La pregunta formulada en lenguaje de la *romanita,* como Maestroianni comprendió perfectamente, significaba: «¿Cuándo le planteará abiertamente este terrible embrollo al sumo pontífice?»

-Cuando dispongamos de un sondeo preciso, sobre lo que el conjunto de los obispos considera necesario para la unidad de la Iglesia.

La respuesta, expresada también en lenguaje de la *romanita,* Graziani comprendió que significaba: «Cuando el viejo esté acorralado sin posibilidad de escapatoria, y no le quede más remedio que abandonar su política o dimitir del cargo.»

El cardenal secretario Graziani conservó la serenidad.

-Supongo -susurró casi como si hablara consigo mismo que su eminencia trabajará como de costumbre con el cardenal Aureatini.

Maestroianni se llenó los pulmones de aire. Graziani no había dejado la menor duda de que comprendía lo que sucedía. Su repentina pregunta acerca del personal equivalía a un acuerdo tácito de mantenerse finalmente al margen hasta que las perspectivas estuvieran claras.

-Aureatini está disponible y sabe cómo trabajo. Pero también cuento con la amplia colaboración del cardenal Pensabene. En realidad, espero reunirme con ellos en menos de una hora en mi despacho.

Como experto por naturaleza y experiencia en el arte de las probabilidades, Maestroianni mencionó deliberadamente el nombre de Pensabene. Todo el mundo sabía, Graziani incluido, que aquel cardenal de rostro cadavérico y cuerpo esquelético había escalado hasta la cumbre. A estas alturas de su vida, poco podía suceder en la cancillería vaticana sin su aprobación. Además, en cualquier debate y elección de un nuevo papa, la suya sería la voz cantante.

Con esto aclarado y después de conseguir lo que consideraba necesario, Maestroianni estaba ahora impaciente por seguir con su trabajo.

Sin embargo, el novel secretario de Estado no parecía estar satisfecho todavía.

-Una última cuestión, eminencia. Ayer recibí una solicitud de pasaporte del despacho de su eminencia, para un joven estadounidense: el padre Christian Thomas Gladstone.

-Si, si. Infatti.

La expresión en boca de Maestroianni significaba que edulcoraba la píldora y que no esperaba ningún problema en dicho sentido. Nadie mejor que él sabía que el privilegio de un pasaporte vaticano se otorgaba a muy pocos individuos, profesionalmente ajenos al Departamento de Estado. Sin embargo, consideraba innecesario entrar en detalles.

-Sólo siento cierta curiosidad -aventuró con cautela Graziani-, en cuanto a por qué ese joven necesita sin demora un pasaporte vaticano...

-El padre Gladstone será nuestro enlace con muchos obispos de la Comunidad Europea y con ciertos sectores gubernamentales. Necesitará el distintivo de un pasaporte oficial. También puede que existan buenas razones para que obtenga un pasaporte de la Comunidad Europea. Debemos anticiparnos al rumbo posible de la situación. Con un pasaporte vaticano en el bolsillo, le será fácil conseguir uno de la CE.

-Bene! Bene!

De momento Graziani debería contentarse con las afirmaciones del cardenal. Tal vez era preferible no conocer demasiados detalles de aquel asunto escabroso. No obstante, el hecho de que ese Gladstone fuera lo suficientemente importante para recibir el mecenazgo de Maestroianni, le convertía en una persona interesante.

Por fin el secretario de Estado se levantó de su silla.

-Dígale al padre Gladstone que pase a recoger sus papeles. Me gustaría conocer a esa nueva adición al personal de su eminencia. En cuanto a lo demás, su eminencia me mantendrá al corriente.

-Por supuesto -respondió Maestroianni después de ponerse de pie, apenas capaz de controlar su impaciencia por retirarse-. Su eminencia ha sido muy generoso con su tiempo.

Graziani rebobinó la cinta de su conversación con Maestroianni. Mientras escuchaba la grabación, hojeó de nuevo la ficha del archivo de la familia Gladstone y el currículum del padre Christian Gladstone.

¿Era una mera coincidencia, se preguntó, que el papa eslavo le hubiera mandado los documentos de los Gladstone aquella misma mañana? No había indicio alguno de que esperara una respuesta en la nota del sumo pontífice, que decía sólo: «Para su información.»

Eso era siempre lo desconcertante de trabajar con aquel papa. No podía caber la menor duda de que el Santo Padre estaba al corriente de los asuntos mundiales y del Vaticano. Sin embargo, había puesto la mirada en un nuevo hombre por el que parecía tener un interés extraordinario, pero sin molestarse en dar explicación alguna.

Se había producido la misma situación, cuando Graziani le mostró al sumo pontífice la carta que Maestroianni había mandado a los diplomáticos vaticanos, repartidos por unos ochenta países alrededor del mundo. No era necesario, por lo menos de momento, que el cardenal Maestroianni supiera que el papa había visto dicha carta. Pero en el Vaticano, ese mundo donde a fin de cuentas no había secretos, el secretario debía cubrirse las espaldas.

En todo caso, cuando el sumo pontífice leyó la carta se limitó a soltar una pequeña carcajada, como si se riera para sus adentros. Pero, como en tantas otras situaciones, no dijo palabra. A decir verdad, la silenciosa reacción del papa no sorprendió a Graziani. A pesar de lo poco que hacía que ocupaba el cargo, parecía existir ya un acuerdo tácito entre él y el sumo pontífice, en virtud del cual el secretario de Estado sería leal al papa mientras éste conservara su posición en la cima.

No obstante, a pesar de desconocer las intenciones profundas del papa eslavo, Graziani tenía sus propias teorías. A su entender, la orden del día del sumo pontífice para el gobierno de su Iglesia seguía siendo la misma que desde el primer momento. A pesar de no estar abiertamente declarada, a Graziani dicha política le parecía simple, clara y franca. Con su actuación, o a menudo con su ausencia en tantos frentes vitales, el Santo Padre declaraba: dejad que la maquinaria burocrática avance a su antojo, ya que nadie puede detenerla. Le daba a Graziani la sensación de que el papa era un jugador. Y su apuesta parecía consistir en derrotar a sus adversarios superándolos en paciencia.

Al escuchar la voz de Maestroianni en la cinta, para Graziani era casi automático hacer un cálculo de probabilidades. Hasta donde alcanzaba a comprender, la introducción de un joven y desconocido profesor como el padre Christian Gladstone en la ecuación no haría ninguna diferencia apreciable. Por otra parte, un hombre tan poderoso como el cardenal Leo Pensabene podía ser decisivo.

Al considerar su propia posición en la explosiva situación que se fraguaba, Graziani permanecía entre dos aguas. Una cosa, juiciosa por cierto dadas las circunstancias, había sido manifestar su acuerdo en la reunión de personajes romanos y no romanos en Estrasburgo, pero no era preciso ser un lince para percatarse de que era prematuro afiliarse definitivamente a uno u otro bando.

Pero tampoco era prematuro preguntarse hasta qué punto se proponía su santidad llegar a arriesgarse.

Maestroianni bendijo la buena suerte que le permitía disponer del cardenal Silvio Aureatini, con su inagotable capacidad de trabajo, y del conocimiento del organismo y de los personajes eclesiásticos del cardenal Leo Pensabene. Ambos compartían además su entusiasmo y sus intereses. Pero Pensabene era quien disponía de mayores recursos. Y para la compleja organización de las juntas de asuntos internos en las diversas conferencias episcopales nacionales y regionales, fue Pensabene quien encontró el factor clave.

-¡Agentes de cambio! -exclamó el cardenal Pensabene, que señaló con su esquelético índice a Maestroianni y Aureatini durante su primera sesión de trabajo-. Si logramos introducir «agentes de cambio» y «facilitadores de alto nivel» en las juntas internas de cada conferencia episcopal, podremos ajustarnos al calendario previsto. De lo contrario, no existe la menor posibilidad.

Pensabene era consciente de que debía dar muchas explicaciones, para elevar a sus colegas a su nivel de comprensión. En el terreno histórico, les contó que tanto el concepto como la puesta en vigor de «agentes de cambio» y «facilitadores de alto nivel» habían aparecido por primera vez como factores primordiales, durante el crecimiento de las dictaduras europeas en los años veinte y treinta.

-Notablemente -observó sin amago de disculpa-, en el imperio soviético de Iósiv Stalin, en el régimen nacional socialista de Adolfo Hitler y en el régimen fascista de Benito Mussolini.

»Para ser exactos, la primera página de esta metodología la escribieron los soviéticos. Hitler se la copió. Y Mussolini, como lacayo de Hitler, intentó reproducir la versión del Führer. El eminente pedagogo estadounidense John Dewey estudió los mismos métodos y elaboró su propia versión, una versión adaptada a dos áreas de nuestro interés.

Al igual que en la reunión de Estrasburgo, y como siempre lo hacía para enojo de Silvio Aureatini, Pensabene levantó uno de sus esqueléticos dedos como para llevar la cuenta.

-En primer lugar, Dewey adaptó sus métodos al campo educativo. Y en segundo lugar, los adaptó para ser utilizados en el marco de la sociedad democrática occidental. Lo que ahora conocemos como «ingeniería social» adquirió un aire respetable.

Sólo de ver aquellos dedos que se levantaban como exclamaciones esqueléticas, al cardenal Aureatini le rechinaron los dientes y guardó silencio.

-Ahora bien, a mi entender -prosiguió Pensabene-, el problema al que nos enfrentamos, la tarea de hacer coincidir el criterio de nuestros obispos con nuestro propio punto de vista respecto a la unidad con el papa, es exactamente el mismo problema al que se enfrentaron aquellos primeros teóricos y practicantes de la ingeniería social. Y el problema es simple: cómo persuadir a millones de personas para que cambien su punto de vista, a fin de encajar ideológicamente en el molde elaborado por los ingenieros sociales. Porque, a fin de cuentas, no son sólo nuestros cuatro mil obispos a quienes debemos persuadir.

Pensabene observó que se habían buscado las raíces de la solución en las diversas formas de la filosofía abstracta denominada fenomenología.

-Como ferviente estudiante de la historia, su eminencia recordará que la fenomenología gozó de una enorme popularidad entre los intelectuales de Europa central y oriental en los años veinte y treinta.

-En efecto, eminencia -respondió Maestroianni, con la satisfacción de pensar que la solución a su problema burocrático podría emerger del propio proceso histórico-. Prosiga.

-En realidad es bastante sencillo. Su solución consistió en crear esos «agentes de cambio» y «facilitadores» a los que he aludido antes. Un «agente de cambio» puede ser varias cosas: una institución, una organización, un solo individuo. Puede tener su origen en el sector público, en el privado, o a veces en ambos. Puede incluso ser nuestra propia red de juntas de asuntos internos, establecidas en las conferencias episcopales -dijo Pensabene, sin poder evitar una inusual sonrisa-. La función de un «agente de cambio» consiste en reemplazar los «viejos» valores y conductas por otros «nuevos». Y para ello se utilizan técnicas de inspiración sicológica, desarrolladas específicamente para desgastar la resistencia costumbrista.

»En algún momento, dichas técnicas pasaron a ser conocidas como «facilitación». Pero el objeto es siempre el de cambiar un criterio anterior por otro diferente, que incluso al principio pudiera parecer inaceptable y repelente -agregó, con una mirada fija dirigida al cardenal Maestroianni-. El proceso es fascinante. En ese caso, se trata de una situación piramidal. Y el «agente de cambio» es el vértice de la pirámide.

»La misión del «agente de cambio» consiste en reclutar grupos de individuos u organizaciones que parezcan susceptibles a la nueva mentalidad deseada y siempre presentada de forma atractiva. Siempre y cuando el «agente de cambio» sea ingenioso, serán pocos los que consideren la nueva mentalidad como una perversión del pensamiento. Dichos disidentes son arrojados por la borda. Entretanto, los que se gradúan con éxito, después de emerger de la tutela del «agente de cambio» armados con una aceptación total del nuevo pensamiento (o en otras palabras después de haber sido «facilitados»), son ahora considerados como «facilitadores». En su función de «facilitador de alto nivel», el «agente de cambio» encarga a los recién convertidos la repetición del proceso, para lanzarse al mundo y divulgar sus nuevas creencias, convenciendo a tantas personas como pueda para que acepten lo «nuevo» y rechacen lo «viejo». Conforme aumentan las capas en la pirámide del cambio, se forman también los valores, las creencias, las actitudes y la conducta del «nuevo» pensamiento deseado.

En aquel momento, Maestroianni consideró indispensable plantear una cuestión práctica.

-Nuestra operación actual es delicada y peligrosa. El tiempo es un lujo del que no disponemos. No podemos permitirnos suponer un éxito tan sencillo, como su teoría de la «facilitación» sugiere.

La respuesta de Pensabene fue tan práctica como la pregunta. En primer lugar, señaló, no había otro modelo a seguir.

-Y en segundo lugar, eminencia, el proceso que he esbozado se realiza con relativa facilidad. Lo básico es comprender la explicación del propio John Dewey respecto a las técnicas utilizadas, y creo que la cita es literal, como «control de la mente y de las emociones por medios experimentales, no racionales». El objetivo consiste en despertar las emociones, en lugar de estimular el pensamiento o la percepción intelectual. Si el «agente de cambio» elige con ingenio a sus iniciados, instituye un proceso en el que el público al que se dirige participa de manera activa. A veces se denomina proceso de «congelación y descongelación» y es un programa sencillo en cuatro etapas.

Aureatini estuvo a punto de refunfuñar en voz alta, cuando Pensabene levantó el primero de cuatro dedos esqueléticos.

-Después de reunir un público cautivo y complaciente, el «agente de cambio» empieza por «congelar» la atención y la experiencia del grupo en su propio aislamiento y vulnerabilidad. La segunda etapa es la disgregación o «descongelación». En este contexto, eso significa distanciarse de los «viejos» valores de los que antes dependían los miembros del grupo. En resumen, significa que los valores anteriores ya no parecen adecuados ni deseables. La tercera etapa, o etapa de reagregación, supone la aceptación de la nueva estructura ideológica propuesta por el «facilitador». La última etapa es la de rutinización. Las nuevas estructuras ideológicas quedan incorporadas al flujo habitual de la vida cotidiana.

»Este procedimiento básico puede repetirse tan a menudo como sea necesario, y mediante tantos «facilitadores» convertidos como sea posible, perpetuar y divulgar la «nueva» ideología. Igual de importante para nuestro propósito actual con los obispos es la posibilidad de elevar a los participantes en la siempre creciente pirámide al nivel todavía superior de persuasión ideológica al que aspiran los «facilitadores de nivel superior».

Después de padecer con una paciencia ejemplar la aparición de dedos erguidos, pudiera ser que Silvio Aureatini estuviera simplemente nervioso. Fuera cual fuese la razón, se mostró rebelde. Después de recordar la importancia de lo que estaba en juego, el joven cardenal observó que no estaban en 1920, ni trataban con una población que acabara de padecer una guerra mundial y una profunda depresión económica mundial, sino todo lo contrario. Al intentar convencer a los obispos sobre la cuestión de la unidad, o incluso a los clérigos y seglares que deberían ser incluidos a cierto nivel, trataban con gente que se consideraba en la vía central de la vida. No parecía probable que se sintieran «aislados y vulnerables», como lo presuponía el plan del cardenal Pensabene.

De no haberlo conocido mejor, Pensabene habría tomado al cardenal de facciones aguileñas por uno de los insípidos colegas con los que se había visto obligado a trabajar.

-Mi querido y joven amigo -dijo, después de dirigir la mirada de sus ojos hundidos a Aureatini-. En mi feliz experiencia, una de las maravillas de la condición humana es que, con cierto cuidado y atención, podemos lograr que casi todo el mundo llegue a sentirse aislado y vulnerable. No fue en 1920 cuando planeamos el gigantesco cambio de la costumbre de la misa cotidiana para cuarenta y cinco millones de católicos estadounidenses, sino en los años setenta. Y cuando nos propusimos transformar la vida parroquial y la importancia de la devoción, no estábamos en los años treinta sino en los ochenta. Y en ambos casos, no habríamos llegado a ningún lugar sin «agentes de cambio» y «facilitadores». ¡Reflexione, eminencia, reflexione! -agregó, mientras tocaba su huesuda frente con un dedo cadavérico-. Pregúntese qué sucedió en Estados Unidos para que en el breve espacio de dos décadas lográramos eliminar casi todo vestigio, de una liturgia y una vida parroquial inculcadas, institucionalmente inculcadas, a lo largo de casi dos siglos.

-Bueno, supongo que como lo expresa su eminencia...

-¿Y no hemos admirado todos el trabajo de nuestro venerable hermano el cardenal Noah Palombo? ¡Claro que lo hemos hecho! -respondió Pensabene a su propia pregunta con un vigor inusual-. ¡Y con razón! Ya que bajo su dirección como «agente de cambio» por excelencia y «facilitador de alto nivel» sin par el Consejo Internacional de Liturgia Cristiana ha reestructurado la propia esencia del pensamiento sacerdotal en cuestiones aprobadas de oración y devoción. Podría citar otros ejemplos...

Tal era la autoridad del cardenal Maestroianni, incluso respecto a personajes tan poderosos como Leo Pensabene, que le bastó levantar la mano para dar por concluida la discusión. Había hecho hincapié

en la importancia del factor tiempo, y era cierto que no disponían de otro modelo a seguir, a excepción del de Pensabene. Pero lo que en realidad le impulsaba a cerrar el debate y centrarse en los aspectos prácticos de la planificación y aplicación era la perfección con que encajaba la información obtenida recientemente de los obispos con el conjunto de la estructura y del proceso de «facilitación».

-Ambos han examinado el sondeo extraoficial llevado a cabo por representantes de la Santa Sede -dijo Maestroianni, que colocó sobre la mesa las páginas mecanografiadas-. Corríjame si me equivoco, eminencia. Pero parece que la primera etapa de este proceso de «facilitación», la tarea de definir nuestras metas ideológicas, ya está conseguida.

Pensabene asintió con satisfacción.

-El objetivo es que el papa eslavo dimita de manera voluntaria, a fin de permitir que la Iglesia disponga de un papa que potencie, en lugar de poner en peligro, la preciada unidad de los obispos con el papado.

-En efecto -exclamó con decisión Maestroianni, decidido ahora a proseguir con rapidez-. Existe una pequeña diferencia de terminología, puesto que lo que su eminencia define como «nueva mentalidad» es lo que yo hasta ahora he llamado «conformidad deseable» entre los obispos. Gracias a los datos de este sondeo informal, podemos clasificar ya los diversos niveles de convicción a los que han llegado nuestros obispos respecto a la cuestión de la unidad. Sin excepción alguna, todos afirman que la unidad entre ellos como obispos y el papado es de vital importancia. Éste es el nivel inferior de convicción, el nivel inferior de conformidad. Pero los datos indican que podemos aprovecharnos ya de cuatro niveles superiores de convicción en ciertos sectores.

»Al segundo nivel de convicción, existe la percepción por parte de muchos obispos de que la unidad deseada no existe en la actualidad y que algo debería hacerse para recuperarla.

»Al nivel siguiente, un número menor pero todavía apreciable de obispos considera que la unidad deseada no debe verse como la relación entre el papa y los obispos individualmente, sino entre el papa y las conferencias episcopales regionales y nacionales. Esto es fundamental para nosotros, puesto que, en dicho grupo, todo fallo en la relación puede reducirse a obstrucción burocrática.

»Igualmente prometedor es el menor grupo de obispos que atribuye la falta de unidad a una incompatibilidad personal. En palabras llanas, dichos obispos consideran que la personalidad del papa eslavo impide que fructifere la unidad deseada.

»Y eso nos lleva al nivel superior de percepción, sólo compartido de momento por un reducido número de obispos. Un escaso nivel de convicción según el cual, en pro de la unidad y de una buena conciencia papal, el papa eslavo debería dimitir y permitir que el Espíritu Santo eligiera otro papa capaz de promulgar y mejorar dicha unidad.

El cardenal Pensabene dejó de examinar el cuadro de datos. -¡Enhorabuena, eminencia! Ha introducido usted orden en lo que a nivel superficial parece una situación caótica entre los obispos. Además, ha señalado de manera acertada que, para una cantidad considerable de obispos, la deficiente unidad episcopal con el papado se debe a obstrucciones burocráticas. Su plan original de las juntas internas es claramente factible. Sabemos por dónde empezar para establecer nuestras juntas de asuntos internos dentro del organismo burocrático de las conferencias episcopales.

-Estoy de acuerdo, eminencia. -Y Maestroianni sonrió-. Tampoco tenemos por qué limitarnos a aquellos obispos que ya consideran el problema de la unidad en términos burocráticos, dado que actualmente las juntas de gobierno en cada una de las conferencias regionales y nacionales, además de la junta central, pueden amargarle la vida a cualquier obispo que no siga la corriente. En otras palabras, hoy en día los obispos gozan de mucha menos libertad para actuar de forma individual, autónoma.

Maestroianni estaba satisfecho de sí mismo y propuso como labor prioritaria de su equipo la fundación de las primeras y más influyentes juntas de asuntos internos. Pero también se felicitó por su visión de futuro al disponer de Paul y Christian Gladstone, a quienes denominaba «saetas gemelas estadounidenses», en el arco de la persuasión episcopal. Con el padre Gladstone dedicado a averiguar las necesidades y debilidades de los obispos, y su hermano Paul en condiciones de aprovechar dicha información de forma concreta mediante el mecenazgo de la CE, cualquier obispo que pudiera ser reticente se decidiría a cooperar.

Durante las dos semanas siguientes, el cardenal Maestroianni inspiró a su pequeño equipo de

colaboradores centrales a trabajar incesantemente.

Con la «compartimentación» como norma, el íntimo conocimiento de Pensabene de las conferencias episcopales y su prolongada experiencia como secretario de Estado, la primera tarea de Maestroianni consistió en elaborar una lista de «agentes de cambio» potenciales. Lo que necesitaban eran prelados, clérigos de un rango no inferior al de obispo, que pudieran ser «facilitados» sin gran dificultad y luego convertidos de modo fiable en «facilitadores» y secretarios de las primeras juntas de asuntos internos en áreas clave.

Conforme se elaboraba dicha lista, se confeccionaba un programa para ponerse en contacto con cada uno de los elegidos, inicialmente unos quince obispos, arzobispos y cardenales, a quienes se invitaría a Roma para lo que denominarían una «consulta teológica». Decidieron que la reunión se celebraría a finales de octubre o principios de noviembre. Después de una semana de «facilitación» intensiva, no era descabellado suponer que los componentes de aquel cuadro nuclear regresarían a sus diócesis respectivas, dispuestos a fundar la primera red de juntas de asuntos internos y a utilizadas para ampliar la pirámide de la nueva mentalidad.

Inevitablemente, se desencadenaron violentas polémicas sobre varios de los nombres sugeridos para aquella primera etapa. Sin embargo, el acuerdo fue entusiasta e inmediato respecto a uno de los nombres. Los cardenales Maestroianni, Pensabene y Aureatini sabían sin el menor lugar a dudas que el «agente de cambio» más excelente sería su eminencia el cardenal de Centurycity.

Pocos personajes eclesiásticos estadounidenses habían logrado alcanzar el poder que el cardenal de Centurycity se había «facilitado» a sí mismo, a lo largo de menos de treinta años. En realidad, muchos de sus contemporáneos comentaban la facilidad con que su eminencia había ascendido. Eso era notable, considerando que no procedía de una familia adinerada ni era una persona que se distinguiera por su santidad. No contaba con el apoyo de ningún pariente ni entidad financiera. Tampoco se había distinguido intelectualmente como teólogo. Ni disponía al principio de ningún contacto especial en Roma. En palabras de uno de sus colegas en la jerarquía estadounidense, su eminencia de Centurycity era un «fenómeno eclesiástico comparable a un flamenco nacido en un vulgar gallinero».

Maestroianni, Pensabene y Aureatini conocían a su candidato ejemplar estadounidense. Había iniciado su espectacular carrera como honrado canciller de una pequeña diócesis sureña. Después de su traslado a la costa nordeste, su eminencia cayó en gracia como cardenal arzobispo de Centurycity, un arzobispado antaño famoso por su solidez financiera, su fidelidad al papa y su profundo aunque a veces rimbombante catolicismo. Poco tardó en eclipsar a los demás cardenales estadounidenses y, en aquel crítico momento, ocupó la presidencia de la más extraña de las creaciones eclesiásticas: la Conferencia Nacional de Obispos Católicos, con su rama izquierdista, la Conferencia Católica de Estados Unidos. A pesar de que algún comentarista afirmara que entre aquellas dos ramas del episcopado estadounidense no siempre supiera la mano derecha lo que hacía la izquierda, el cardenal sabía en todo momento lo que hacían ambas manos. Su eminencia de Centurycity tenía toda la maquinaria a su disposición. Su eminencia era la maquinaria.

Aunque la personalidad de aquel individuo parecía vulgar e incluso superficial, a quienes no lo conocían a fondo, descollaban tres características como excepcionales. Su eminencia siempre les había parecido aceptable a sus dirigentes eclesiásticos, un escalafón inmediatamente superior al suyo. Sin duda debía de tener amigos que tenían amigos. No obstante, las bases de su singular aceptación no estaban siquiera remotamente claras a primera vista. La segunda era su autoridad dentro del organismo episcopal estadounidense. Una autoridad incuestionada y aparentemente incuestionable. Se sabía que el cardenal O'Cleary de Nueva Orleans admiraba sus tácticas, pero era incapaz de emularlas. Los cardenales de la Costa Este temían sus contactos en la Iglesia y en el Estado. A los cardenales de la Costa Oeste les resultaba cómodo seguirle la corriente. Dentro o fuera de Centurycity, con todas las normas y sanciones en la punta de sus dedos aterciopelados, su eminencia era capaz de aislar a cualquier clérigo recalcitrante y arrebatarle todo el poder real dentro de la organización.

La tercera característica del cardenal estadounidense era el reverso de la segunda. Por destructivo que pudiera ser respecto a las carreras de otros clérigos, él gozaba de una inmunidad férrea ante cualquier intento de mancillar su propia reputación entre las autoridades vaticanas y sus colegas eclesiásticos estadounidenses. Por muchas quejas que se recibieran en Roma de la Iglesia católica estadounidense, tanto si procedían de algún cardenal como de un párroco o un lego, de algún modo

acababan bajo un montón de correspondencia desatendida, o en una de los millares de fichas «inactivas» del Vaticano. Al parecer, la cadena de amigos de los amigos del cardenal se extendía a través de todos los niveles hasta el trono papal.

Comprensiblemente, el cardenal estadounidense se convirtió por tanto en la horma por la que Maestroianni medía a los componentes de su importante lista.

A las ocho de una fría mañana de principios de octubre, Kitty Monaghan, ama de llaves del padre Sebastian Scalabrini, entró en el piso del edificio Royal Munroe en el barrio de Hillsvale de Centurycity y descubrió el cuerpo del sacerdote tendido sobre la alfombra de la sala de estar, frente al televisor. El cura estaba desnudo, con sangre en el cuello, en la parte superior del torso, en la barriga y en la entrepierna.

Como ex policía y viuda de un sargento del cuerpo, Kitty había visto bastantes cadáveres maltratados. Pero como católica y abuela, temblaba y sollozaba cuando llamó a la policía. A los pocos minutos de su llamada apareció el inspector Sylvester Wodgila, acompañado de tres detectives, una legión de técnicos de laboratorio y media docena de agentes uniformados. Poco después llegó el forense.

Wodgila cercó el edificio. Nadie podía entrar ni salir, sin ser interrogado por él o uno de sus hombres. La afligida Kitty Monaghan se vio obligada a esperar en la cocina; no podría retirarse hasta que finalizaran las etapas iniciales de la investigación. En todo crimen que involucrara al clero, la norma categórica del alcalde de Centurycity y del gobernador del Estado era clara: el comisario en jefe de la policía era automáticamente responsable de la investigación. No se facilitaba información sobre el caso, en especial a los medios de comunicación. Al mediodía, después de reunir todos los datos necesarios, Wodgila encendió su pipa, se sentó junto al teléfono y llamó. Como de costumbre, su informe fue claro y ordenado. El comisario lo escuchó sin interrumpirle.

-Tenemos un varón caucásico, señor. Un cura de esta archidiócesis llamado Sebastian Scalabrini. Vicario de la cercana parroquia de Holy Angels. De cuarenta y siete años. La muerte ocurrió alrededor de la medianoche. Cadáver encontrado por su ama de llaves aproximadamente a las ocho de esta mañana. Incisiones múltiples con un instrumento muy afilado. Índice y pulgar de ambas manos amputados, pero de momento no encontrados en la casa. Castrado. Genitales embutidos en la boca. Ningún indicio de lucha. Sus documentos personales parecen estar como los dejó el sacerdote. Nada de interés en los mismos. Reputación de hombre discreto. Poco contacto con los vecinos. Le visitaban con frecuencia otros clérigos. Nadie vio ni oyó nada inusual ayer por la tarde, ni por la noche. El portero que estaba de servicio dice que el padre recibió una visita, que se marchó poco después de la medianoche. No le preguntó su nombre. Dice que parecía un cura. Bastante joven. En la comisaría hay una ficha de Scalabrini. Ahora la tengo aquí conmigo.

El comisario formuló sólo unas pocas preguntas. -¿Qué edad me ha dicho que tenía Scalabrini?

-Cuarenta y siete años, señor.

-¿Y cuántas puñaladas en total?

-Cuarenta y siete.

-¿Están el ama de llaves y el portero bajo custodia?

-Sí, señor.

-De acuerdo. Procedimiento habitual. Llamaré a la brigada de investigaciones especiales y a la cancillería. Usted espere a que lleguen y ocúpese de atar los cabos sueltos.

-Sí, señor.

Cuando el inspector Wodgila colgó el teléfono, sabía que su participación en el caso Scalabrini ya casi había terminado. El procedimiento habitual significaba que la brigada de investigaciones especiales se ocuparía del caso y que el forense calificaría el asesinato del padre Scalabrini de «muerte accidental». También significaba que el cuerpo sería incinerado, y que tanto el propio informe de Wodgila como los resultados de la autopsia permanecerían sellados en los archivos de la brigada de investigaciones especiales, junto a los de casos similares durante los once últimos años.

Mientras esperaba la llegada de los muchachos de la brigada de investigaciones especiales, Wodgila echó una última ojeada al piso, puesto que no tendría otra oportunidad. Repasó también una vez más la ficha policial del sacerdote: miembro del grupo Saturno Siete desde hacía veintisiete años. Actividades pedófilas limitadas a grupos rituales. Durante dos años y medio informador de la policía.

Advertido hacía una semana por su contacto en la brigada de investigaciones especiales de que podía haberse descubierto su tapadera.

-¡Maldita sea, alguien ha metido la pata! -exclamó enojado Wodgila, mientras cerraba la cremallera de la bolsa de plástico negro que contenía los restos mutilados del padre Scalabrini.

Siempre sucedía lo mismo en esos casos. El número de puñaladas correspondía invariablemente a la edad de la víctima. Siempre las mismas mutilaciones, hasta el último escabroso detalle.

El inspector Wodgila no se dejó engañar por el sencillo atuendo eclesiástico del clérigo que acompañaba a los chicos de la brigada de investigaciones especiales. Como todos sus colegas profesionales, Wodgila cobraba para reconocer a primera vista a las celebridades. No obstante, en este caso era sencillo. También formaba parte de su trabajo habitual. Evidentemente, el clérigo no actuaba como si mandara. Sin embargo, eran inconfundibles su estrecha cabeza casi calva, sus redondeados mofletes en un rostro por otra parte demacrado, la torpeza de sus ademanes y la imperiosa gesticulación de sus manos cubiertas por unos guantes negros. Todo ello pertenecía a su eminencia el cardenal de Centurycity.

La bendición fue lúgubre y breve. Su eminencia no pidió que se abriera la bolsa, ni ungió el cuerpo con aceite, ni lo roció con agua bendita. A los cinco minutos de su llegada y sin decir palabra, ni siquiera a Wodgila, el clérigo se había marchado. Retiraron el cadáver de Scalabrini. Después de sellar la declaración oficial de Kitty Monaghan le comunicaron que podía marcharse, con la advertencia de que podría poner su propia vida en peligro y entorpecer la investigación si divulgaba el menor susurro de lo que había visto. Wodgila reunió a sus propios hombres, les recordó los peligros relacionados con la investigación de aquel crimen en particular y les ordenó mantenerse al margen. La brigada de investigaciones especiales se ocuparía del caso.

Antes de abandonar con los demás aquel lúgubre lugar, Wodgila observó prolongadamente por última vez la alfombra donde se había encontrado al sacerdote. Cuando desapareciera la sangre que se había vertido, su propio recuerdo sería el único testimonio accesible de aquellas manos mutiladas, de aquella horrible mancha negra y carmesí de la castración, y del asco y suprema agonía grabados alrededor de la boca embutida de la víctima.

Wodgila sabía por experiencia que transcurriría mucho tiempo antes de que las imágenes de aquella muerte ritual dejaran de perturbar sus sueños. Durante varias semanas, cuando su propio párroco levantara la hostia en la misa cotidiana, el inspector sabía que vería los lamentables muñones del padre Scalabrini. Wodgila contempló largo rato la sangre de Scalabrini y ofreció lo que con toda seguridad era la única oración sincera por el alma inmortal de aquel desgraciado sacerdote.

-Pobre diablo. Quiera Dios tener en cuenta tu último dolor y terror cuando te juzgue...

El inspector Wodgila mandó una copia de su informe preliminar y toda la documentación del caso Scalabrini al comisario, al alcalde de Centurycity y al gobernador. Puesto que nada podía hacer sin una autorización explícita, indicó las líneas de investigación que sugería. A los pocos días, Wodgila recibió una notificación oficial, donde se le comunicaba que el ministerio fiscal había decidido archivar el caso y se le prohibía al inspector proseguir con la investigación que había propuesto. Desde una perspectiva profesional, Wodgila se sintió obligado a protestar. El caso seguía abierto, insistió en su respuesta, y a juzgar por el pasado, podían esperarse otros casos de semejante naturaleza si no se tomaban las medidas oportunas.

El último capítulo de la participación oficial del inspector Wodgila en el asesinato ritual de Scalabrini se escribió cuando no había transcurrido todavía un mes. El alcalde lo llamó en persona para expresar su profundo dolor, por el hecho de que el nombre del inspector figurara entre los elegidos para una jubilación anticipada. Wodgila recibiría la pensión completa y, en reconocimiento a sus muchos años de servicio superior, se le premiaría además con otro empleo. Al mismo tiempo, su señoría le aclaraba que no se había revocado la decisión anterior y que el silencio, incluido el de Wodgila, seguiría siendo obligatorio en todos los casos semejantes al del «pobre padre Scalabrini».

La guinda de la repentina jubilación de Wodgila llegó en forma de una carta, por la que se le otorgaba la medalla anual de «héroe católico». La carta, que citaba «la lealtad instintiva del inspector Sylvester Wodgila a la Santa Madre Iglesia en el desempeño de sus obligaciones cívicas», estaba firmada por su eminencia el cardenal de Centurycity.

VEINTISÉIS

Christian Gladstone se sentía como un intruso en Roma. Tenía la sensación de haberse convertido en una pelota arrojada a un río turbulento, que flotaba de manera precaria en un intento inseguro de no sumergir la cabeza. Había llegado con la esperanza de recibir algún primer consejo del padre Damien Slattery, pero el portero de la centralilla del Angelicum había frustrado dicha perspectiva.

-El padre general no regresará hasta esta noche, reverendo. No había forma de evitarlo. La citación imperiosa, sobre el pequeño montón de mensajes y correspondencia que le esperaba a su llegada, significaba que su primera cita era con su eminencia el cardenal Maestroianni.

Si la perspectiva de un encuentro tan inmediato con Maestroianni no era placentera para Christian, tampoco era sorprendente.

-Ha llamado usted la atención nada menos que de un personaje como su eminencia Cosimo Maestroianni en persona -había dicho O'Cleary.

No obstante, aquella cita a principios de la tarde con el cardenal Maestroianni no lo ayudaba a encontrar sus puntos de referencia.

Por el contrario, en el momento en que se apeó del ascensor en el tercer piso del palacio apostólico y le dirigieron hacia las nuevas oficinas de su eminencia, el ambiente general del lugar parecía curiosamente cambiado. Incluso el pequeño cardenal parecía diferente. Al igual que en su primer encuentro en mayo, su eminencia demostró ser un maestro de la sociabilidad condescendiente y la suposición soberbia. Pero había algo nuevo. Chris esperaba que, ahora que ya no ocupaba el cargo de secretario de Estado, Maestroianni no estuviera rodeado como antes de una aureola de poder. Pero descubrió que sucedía todo lo contrario. No exactamente que hubiera aumentado su poder, sino que ahora no había nada que lo coartara.

Después de soportar que el estadounidense le besara el anillo, el saludo de Maestroianni se proponía ser caluroso, pero le cayó a Gladstone como una ducha de agua fría.

-No sabe cuánto me alegro de verlo de regreso tan pronto en Roma, padre.

Luego, mientras se sentaba tras su escritorio y le indicaba a su protegido que tomara la silla más próxima, el cardenal felicitó a Gladstone por la gran lealtad de su madre a la Iglesia.

-Nos sentimos muy gratificados por la reciente cooperación de esa ilustre dama en el triste asunto de la BNL.

Completamente perdido, Chris sólo supo responder con una sonrisa y darle las gracias al cardenal por el supuesto cumplido. No sabía más que lo que había leído en los periódicos, sobre el escándalo relacionado con la Banca Nazionale di Lavoro. Pero parecía inimaginable que su madre pudiera estar involucrada en dichas operaciones.

-Bien, caro reverendo -prosiguió Maestroianni, que claramente había terminado con las cortesías-, usted también ha sido llamado a desempeñar una gran labor por el bien de la Iglesia.

De forma concisa, pero con una paciencia que no habría mostrado en otras circunstancias, su eminencia le ofreció a Gladstone un resumen de la labor que había previsto para él. Christian iniciaría su servicio permanente en Roma como una especie de emisario itinerante vaticano, a una serie de obispos seleccionados. Maestroianni colocó un maletín sobre la mesa, pero no retiró la mano del mismo.

-Aquí encontrará la primera lista de obispos. Claro que no tiene por qué perder tiempo ahora para examinar estos papeles. Estoy seguro de que dispondrá de mucho tiempo para ello. Sólo permítame anticiparle que empezará su trabajo para nosotros en Francia, Bélgica, Países Bajos y Alemania. Le hemos facilitado el historial de cada obispo: personal y profesional. Y también un análisis de cada una de sus diócesis. Encontrará todos los detalles habituales: finanzas, demografía, medios de comunicación y centros educativos, desde jardines de infancia hasta universidades y seminarios. Como ya le he dicho, todo lo habitual.

»Antes de salir de Roma -prosiguió Maestroianni, después de levantar la mano del maletín-, estudiará este material hasta asimilarlo. Debe llegar a conocer cada diócesis que le ha sido asignada y cada obispo, a quien conocerá como su propio nombre. En cada visita, actualizará los datos demográficos básicos. Siempre estamos interesados en cuestiones como el número de familias católicas residentes todavía en la zona; el número de conversiones y bautismos; el uso y frecuencia de

confesiones, comuniones, anulaciones de matrimonios; el número de nacimientos y el de niños que asisten a escuelas diocesanas; vocaciones sacerdotales; libros utilizados para la formación religiosa. Aquí lo tiene todo detallado. Y sin lugar a dudas, dicha información le será facilitada en bloque por los funcionarios de cada cancillería diocesana.

»Pero hay otros datos, que sólo puede obtener confidencialmente un emisario fiable del Vaticano, en una conversación cara a cara con cada obispo. Datos que nos ayudarán a superar problemas a los que algunos de nuestros obispos parecen enfrentarse. ¿Me explico claramente, reverendo?

En absoluto, pensó Chris para sus adentros.

-Hasta cierto punto, eminencia. Ha de reconocer que no sé de qué datos confidenciales estamos hablando. Pero no está claro para mí qué podría impulsar a cualquier obispo a facilitar información confidencial a un forastero.

-¡Mi querido padre! -exclamó su eminencia, aparentemente asombrado por unos reparos tan básicos-. Usted no es un forastero. Ya ha dejado de serlo. Ahora es uno de los nuestros. Su visita a cada obispo será anunciada con antelación por esta cancillería. En realidad, por mis propios subordinados. Y le aseguro que, el hecho de desplazarse en calidad de emisario del Vaticano, hará maravillas para allanarle el camino. Dicha categoría garantizará su acceso a áreas de la información vedadas a los demás.

Cuanto más escuchaba a Maestroianni, más perdido se sentía Gladstone. La idea era tan ajena a todo sentido que tenía de sí mismo, que Christian bajó la guardia y formuló una pregunta directa. Fue su único error.

-Con su permiso, eminencia, ¿cuál es el propósito principal de mi asignación permanente a Roma? El trabajo que su eminencia ha mencionado parece muy temporal; después de todo, hay sólo un número limitado de obispos. Además, el cardenal O'Cleary me habló de una labor docente a largo plazo en el Angelicum.

Bajo el fuego de una pregunta tan directa, Maestroianni contraatacó con una fulminante mirada, un chasquido de desaprobación con la lengua y un reproche aterciopelado en tono severo.

-¡Querido padre! Por supuesto que valoramos sus logros intelectuales. En dicho campo, se ha ganado usted ya la más alta aprobación de las autoridades romanas. Pero ahora unos nuevos proyectos lo llevarán a campos donde *su* aprobación será valorada. En cuanto al futuro... -dijo su eminencia, antes de mirar fijamente a Gladstone unos instantes y suavizar luego su expresión-. En cuanto al futuro, ¿quién sabe? Cada día debemos encontrar de nuevo el camino del Señor. ¿No está usted de acuerdo?

La apelación del cardenal a la voluntad de Dios le pareció a Christian repulsiva. Pero el resto del mensaje era claro e inconfundible. En su fuero interno el cardenal lo había catalogado como a un simple y estudioso sacerdote, propenso a basar su conducta en la fe, con una confianza infantil en la autoridad de sus superiores. Lo único que le impidió a Gladstone rechazar por completo en aquel mismo momento la idea de una «carrera romana» fue recordar de pronto al padre Aldo Carnesecca. Recordó en particular la actitud pasiva y antirreaccionaria del padre Aldo, así como su sumisa obediencia en su trato con individuos como Maestroianni. Sin embargo, Christian sabía que la mente de Carnesecca era tan independiente como la de cualquiera, y que probablemente su labor había sido más provechosa durante su prolongado servicio a la Iglesia que la de un ejército de agitadores.

-Bien, padre Gladstone -prosiguió Maestroianni, que tomó el silencio del joven sacerdote por obediente consentimiento-. Durante el futuro próximo, usted viajará mucho. Para facilitarle el paso de muchas fronteras, se le extenderá... un pasaporte vaticano. ¡En efecto! ¡Un privilegio inusual! -exclamó el cardenal, para responder al asombro en la mirada de Gladstone-. Pero he hablado en persona con el nuevo secretario de Estado. El cardenal Graziani ha sido debidamente informado de su visita y será un placer para él entregarle personalmente tan valioso documento esta misma tarde.

Ahí estaba otra vez, pensó Chris. Aquella sensación de autoridad, incluso por encima del secretario de Estado. No quedaba mucho tiempo para la reflexión, puesto que la entrevista estaba a punto de concluir. Maestroianni le comunicó que se le llamaría durante la semana en curso, para recibir sus últimas instrucciones. Entretanto, absorbería la información que habían preparado para él. Entonces, maletín en mano, el nuevo y obediente subordinado de su eminencia recibió la orden de dirigirse a su segunda cita de alto nivel en un solo día. Otra entrevista de «lo toma o lo deja», ahora con el nuevo secretario de Estado.

Christian tuvo que admitir que el cardenal Graziani parecía una persona bastante decente, incluso a nivel personal. El secretario tenía una forma curiosa de parpadear, pero estrechaba la mano con firmeza y sinceridad.

Como si también fuera consciente del poder que Maestroianni se había llevado consigo al abandonar su cargo, el cardenal secretario parecía más interesado en establecer su propio vínculo con el recién llegado.

-Compartimos un hito, padre -dijo el secretario, mientras le acercaba a Gladstone por encima del escritorio el flamante pasaporte vaticano-. Éste es uno de los primeros que he expedido. -Y sonrió-. He tenido la oportunidad de leer la ficha de la familia Gladstone. Muy impresionante. Dados los estrechos vínculos existentes con la Santa Sede, no es sorprendente que su estimada madre acudiera una vez más a socorrer a la Iglesia en ese triste asunto de la BNL.

Ahora fue Gladstone quien parpadeó y no con la sabiduría de Buda. Era la segunda vez en una hora que se mencionaba el nombre de Cessi, con relación al escándalo internacional sobre la Banca Nazionale di Lavoro. Igualmente inquietante para Christian fue percatarse de que el historial de su familia circulaba entre los altos dirigentes de la Santa Sede. Pudiera ser que eso formara parte de su asociación, por modesta que fuera, con el poderoso cardenal Maestroianni. Pero echaba de menos la protección que el anonimato le brindaba como profesor temporal en el Angelicum.

-Antes de retirarse, padre -dijo entonces Graziani con absoluta sinceridad-, si algún día tiene alguna necesidad particular, le ruego no dude en pedir ayuda. Lo que trate en este despacho será confidencial, independientemente de qué o quién esté involucrado.

El cardenal no podía decir abiertamente que cualquier secuaz potencial en el juego de poder de Maestroianni debía saber dónde encontrar la salida, o que Maestroianni podía estar excediéndose en sus atributos, pero podía señalar que ahora ya no era el patrocinio de Maestroianni el que contaba, sino el suyo propio como secretario de Estado. Y para realzado, repitió su oferta:

-Cualquier cosa que se le ofrezca, padre Gladstone. No tiene más que pedir.

A continuación se levantó de su silla, acompañó amigablemente a Christian a la puerta y le dijo:

-Rezará, como es evidente, por todos nosotros. Especialmente por el Santo Padre, para que reciba la orientación necesaria en sus graves decisiones.

Después de todo, Gladstone no tuvo que esperar hasta la noche para reunirse con Damien Slattery. Se encontró con el maestro general en el pasillo del primer piso, cuando se dirigía a su habitación en el Angelicum. Como de costumbre, Slattery fue el primero en hablar.

-Precisamente la persona a la que andaba buscando. Vamos a charlar en sus aposentos, padre.

Mejor tarde que nunca, pensó Christian cuando el padre Damien se sentaba en una silla no construida para su volumen.

-Apenas acaba de regresar y ya está ocupado en los viñedos, ¿no es cierto? -dijo Slattery, que observó a Chris mientras éste depositaba el maletín sobre el escritorio y tomaba asiento al otro lado de la sala-. El mensaje que tengo para usted es sencillo, padre Gladstone. Hace unos días, el Santo Padre expresó su deseo de compartir unos minutos con usted. Hoy acaba de regresar y debe de estar agotado. No obstante, ¿está libre esta noche? ¿A eso de las ocho y cuarto? -preguntó, pero al no recibir respuesta del joven, el dominico desplegó por fin su antena-. Retrocedamos uno o dos pasos, padre. Hay algo que lo preocupa.

La carcajada de Christian no fue agradable. Una cosa era que Maestroianni y Graziani lo trataran como una veleta, pero lo incomodaba que el padre Damien utilizara las mismas tácticas. Sin embargo ahí estaba el dominico, dándole órdenes e instrucciones sin explicación alguna. A decir verdad, Slattery le parecía todavía más temible. Por lo menos Maestroianni le había brindado unas palabras de bienvenida, por poco sinceras que fueran. Y Graziani le había ofrecido su ayuda, aunque pudiera tener motivos alternativos.

-Lo único que me preocupa, padre general -respondió con franqueza Chris-, es una larga lista de preguntas sin respuesta.

Slattery colocó una pierna como un tronco sobre su otra pierna, entre un gran revoloteo de tela.

-Entonces oigamos algunas de esas preguntas.

Christian, que se sentía incómodo y empezó a caminar de un lado para otro, intentó expresar por

primera vez en palabras su sensación de haber sido arrojado a un río sin tierra firme en muchos kilómetros a la redonda.

-Lo que en el fondo me pregunto es si en realidad debería estar aquí. A largo plazo, me refiero. Puede que esté en aguas demasiado profundas para mí. Cuanto más insisten en que formo parte de la situación, mayor es mi sensación de haber aterrizado entre marcianos.

-¡Virgen santísima, Gladstone! -exclamó el gigantesco dominico con su acento irlandés, en lo que parecía una mezcla de enojo e impaciencia-. ¿Dónde cree que está? ¿En un jardín eclesiástico de la infancia? ¡Lo que necesita es una buena dosis de maduración! Y, por cierto, tiene usted razón, le conviene saber que no hay tierra firme. ¡No en Roma! ¡No ahora! ¡Y también le conviene saber que en el río turbulento del que habla no flota entre marcianos! ¡Nada rodeado de un banco de barracudas!

Aturdido por la vehemencia de Slattery y afectado por sus reconocibles verdades, Christian se sentía por lo menos aliviado de que el padre Damien no le hablara como un robot vaticano, experto en el arte de la *romanita.* Dejó de caminar y se sentó.

-Supongo que estoy tan dispuesto y soy tan capaz de aprender como cualquiera. Pero no me parecía descabellado esperar que por lo menos parte de lo que me contó el cardenal O'Cleary en Nueva Orleans fuera cierto. Cuando me dijo que enseñaría en el Angelicum, fui tan ingenuo como para creer que eso era todo. Pero el mundo académico tiene formas de ordenar la vida de un hombre. Incluso en Roma.

-Escúcheme, padre -dijo Slattery ahora más controlado, sin hablar ya con acento irlandés-. No sucede nada que su genio no sea capaz de abarcar. No sé lo que le dijeron a O'Cleary respecto a sus clases en el Angelicum. Pero lo cierto es que se le ha asignado una misión especial. En jerga vaticana, se le ha concedido «excedencia para tareas especiales, a instancias de la Secretaría de Estado». Por consiguiente, lo que usted necesita no es un programa de exámenes de ingreso, clases y conferencias. Lo que usted necesita es un análisis de las barracudas.

»Centrémonos de momento en las dos que ha mencionado. Tengo entendido que hoy ha pasado un rato con el cardenal Graziani. Como diplomático, tendrá éxito. Pero como reza el refrán, en el fondo es superficial. Es amigo de todos y aliado de nadie. No como el cardenal Maestroianni, que es pragmático y astuto. Carece de ética, pero juega según las reglas, aunque tenga que crearlas. No me sorprende que vaya a trabajar con él. A decir verdad, casi me lo esperaba. Y el mejor consejo que puedo darle es que rece sus oraciones, escuche todas y cada una de sus palabras y no formule ninguna pregunta, por evidente que parezca.

A pesar de la gravedad de lo que Slattery decía, Chris no pudo evitar una carcajada.

-Ya lo he descubierto.

-¿Ha formulado una pregunta de más?

-He hecho una sola pregunta, eso es todo. Y casi me manda al paredón. Pero tengo una para usted. ¿Sabe ese asunto de la BNL del que ha hablado la prensa? Hoy, en dos ocasiones, se ha mencionado el nombre de mi madre con relación a ese escándalo. No lo comprendo. ¿Sabe usted algo al respecto?

-Es complicado, padre -respondió Slattery, sin ánimo de desalentar a Christian, cuya sinceridad se reflejaba en su mirada, pero sólo capaz de adivinar la respuesta a la preocupación del joven sacerdote por su madre-. Se lo voy a contar en un lenguaje asequible a financieros pedestres como nosotros. El Banco Vaticano trabaja con la BNL. La BNL trabajaba con Saddam Hussein, para facilitarle la extensión de hasta cinco billones de dólares en préstamos y créditos ilegales, destinados a la financiación de su proyecto de misiles Cóndor Dos. Además, Saddam blanqueó dinero con la connivencia de la BNL, para la compra ilegal de material estratégico. Es evidente que la BNL no actuaba a solas. Otros varios bancos de Europa occidental estaban involucrados en el proyecto de misiles entre Irak, Argentina y Egipto. También participaban algunos de sus propios bancos estadounidenses, así como ciertos altos funcionarios de la administración estadounidense. La pandilla de Bush. Grandes ilegalidades por todas partes.

»Cuando los medios de información empezaron a descifrar la noticia, fue necesaria una operación de salvamento a fin de evitar cualquier conexión directa por parte del Banco Vaticano. Sólo puedo adivinar el papel preciso de su madre en este asunto. Pero ustedes, los Gladstone, no son lo que se dice pobres. Además, son *privilegiati di Stato.* Por consiguiente, deduzco que acudieron a ella para pedirle ayuda financiera en dicho esfuerzo de salvamento.

Gladstone movió la cabeza. ¿Cuándo llegaba alguien a conocer realmente a su madre? Cessi aborrecía la posición actual de Roma en su aspecto religioso. Pero si Slattery estaba en lo cierto, se había solidarizado con el banco del papa. Sin embargo, de pronto se le ocurrió a Chris otra idea. Una idea demasiado cínica, demasiado acorde con la visión interna de Roma que se forjaba en su mente. Una idea según la cual el deseo del Santo Padre de entrevistarse con él estaba relacionado con el Banco Vaticano y la utilidad financiera de su familia.

Apenas acababa Christian de compartir dicha idea con Slattery, cuando el maestro general se levantó airado de su silla, se le acercó y se inclinó sobre él hasta tocarle casi el rostro con la cabeza.

-¿Es usted *realmente* capaz de pensar eso, padre? ¡Estamos en guerra contra el propio Satanás! Puede que alguien haya ganado ya esa guerra por nosotros. ¡Pero en este momento hemos perdido, perdemos y seguiremos perdiendo batalla tras batalla! ¿Y usted cree que el Santo Padre no tiene nada mejor que hacer que charlar con usted de dinero, como un político de tercer orden que aspira a convertirse en cazador de perros? ¡Piénseselo de nuevo! Puede que sea demasiado joven para comprender lo que sucede, pero no es demasiado joven para comprender que lo que sucede es más complejo de lo que supone. ¡Mucho más infernal, mucho más divino, mucho más peligroso de lo que usted es siquiera capaz de imaginar!

Slattery se irguió y le lanzó a Chris una fulminante mirada con sus ojos azules.

-Si deja de buscar seguridades adolescentes durante el tiempo necesario, tal vez pueda participar en esta guerra. Pero se lo advierto, aprenderá de batalla en batalla. Sin embargo, si sólo aspira a introducir cierto orden en su insignificante vida y cree que un pequeño rincón en el mundo intelectual es donde puede lograrlo, permítame que le diga que no será más que un montón de basura ocupando espacio. En Roma hay centenares de intelectuales de ese orden. ¿Y sabe usted hacia dónde se encaminan? Se lo diré en una palabra: a la muerte. Usted podría seguir el mismo camino. Y al igual que ellos, estaría condenado...

El rostro de Slattery estaba contorsionado por la fealdad y la repugnancia de la idea que había empezado a expresar, por sus conocimientos como exorcista y por su experiencia directa de los condenados, cuando se quedó con la palabra en la boca. Se separó de Gladstone y se acercó a la ventana. Cuando volvió a hablar lo hizo en un tono más suave y por ello más cautivador.

-En la guerra que se libra, somos unos cuantos en el lado de los ángeles. Pero somos pocos comparados con la masa de borregos que siguen alegremente a quienes pretenden destruir lo que intentamos salvaguardar.

»No sé qué alternativas le ofreció el cardenal O'Cleary, padre. Pero yo voy a darle dónde elegir y se lo pondré muy fácil. ¿Es usted uno de los nuestros, o no lo es? Si la respuesta es afirmativa, empiece a andar de batalla en batalla como el resto de nosotros. Pero si su respuesta es negativa, aléjese y déjenos tranquilos.

Chris mantuvo la mirada fija en los ojos de Slattery durante un largo minuto. El dominico no sólo le había planteado las alternativas con suma claridad, sino en unos términos extrañamente familiares.

-Dígame, padre general, ¿es el padre Carnesecca uno de... nosotros?

-¿Por qué me lo pregunta?

-He recordado algo. Lo que decía usted sobre la guerra y Satanás, me ha hecho pensar en algo que él mencionó hace mucho tiempo, acerca de que estábamos en medio de una guerra global del espíritu. Y que era a nivel espiritual donde se alcanzaría la verdadera victoria o derrota. Dijo que el centro de la batalla era Roma, pero que el sumo pontífice estaba sitiado dentro de la propia estructura del Vaticano.

-¡En nombre de Dios, Gladstone! -exclamó Slattery, y se desplomó sobre la silla, que emitió un crujido debido al peso inesperado-. Si logra entender eso, ¿qué le impide comprender todo lo demás?

-¿Carnesecca es uno de nosotros? -insistió Christian.

-En el sentido que lo pregunta, la respuesta es sí. En un sentido más amplio, el padre Aldo es un caso especial. Pertenece ya por entero a Dios. Pero la cuestión que nos ocupa no es sobre el padre Carnesecca -prosiguió Slattery, decidido a resolver el asunto de un modo o de otro-. ¡La cuestión, padre, es si usted es uno de nosotros!

-¡Sí! -respondió como si disparara un arma de fuego-. ¡Lo soy!

-¡En tal caso, se entrevistará esta noche con su santidad!

-¡Sí! ¡Lo haré!

-Bien, muchacho, ¿por qué no me lo ha dicho desde el primer momento? -dijo el maestro general antes de levantarse de su silla, acercarse a la puerta y dejarla entreabierta-. Habrá un coche en la puerta a las ocho y cuarto -exclamó desde el pasillo.

Cuando aquella noche monseñor Daniel acompañó a Christian al estudio privado del papa en el cuarto piso del palacio apostólico, todo vestigio de cinismo que pudiera haber sobrevivido a la arremetida de Damien Slattery se esfumó como el humo.

Sentado en un charco de luz junto a su escritorio, el sumo pontífice levantó casi imperceptiblemente la cabeza al oír los suaves pasos. Con la pluma todavía en la mano, le dirigió a Christian una mirada a los ojos que se transformó al momento de interrogativa en apreciativa. Era como si con su simple presencia en la sala, Christian hubiera capturado la atención del Santo Padre y relegado a la periferia de su mente su anterior pensamiento. Con simples movimientos, rápidos pero desprovistos de toda prisa, su santidad dejó la pluma sobre la mesa y se dirigió al otro lado del escritorio, con las manos extendidas y una sonrisa en la mirada que suavizaba sus facciones.

Desde el momento en que se arrodilló para besar el anillo del papa, Gladstone tuvo la seguridad de que aunque nunca volviera a verle de nuevo, conservaría aquella mirada sonriente y la calidad majestuosa que envolvía a la persona del sumo pontífice. Ésa era la expresión personal de su santidad, del vínculo básico que une a todo papa a los sacerdotes de buena fe. Por insustancial que pareciera, aquel vínculo sería más duradero para Christian que un cable de acero templado. Era algo tan primigenio como el sentimiento que en una ocasión había impulsado al apóstol Pablo a exclamar:

-*Abba!* (¡Padre!)

O tan refinado como el suspiro casi infantil del cardenal Newman al ser recibido en la Iglesia:

-¡Increíble, por fin en casa!

Aparentemente, aquel individuo de atuendo blanco que agarró la mano de Chris entre las suyas y le condujo a uno de los dos sillones en un rincón de su estudio, no era diferente de muchos otros hombres a los que había conocido. Era evidente que el Santo Padre envejecía prematuramente. Habían desaparecido las mejillas de su rostro demacrado. Su aspecto era frágil en lugar de bullicioso. De actitud iluminada en lugar de intensa. Su voz profunda, su italiano con acento extranjero y el ritmo eslavo de su pronunciación, podían haber pertenecido a millares de personas. Sin embargo, algo lo diferenciaba de los demás. Al igual que una luz lejana indica la existencia de una lámpara, el son de una palabra la de alguien que la ha pronunciado y una suave ola en la orilla la de un mar profundo más allá, todo lo relacionado con el papa eslavo, su forma de hablar, mirar y gesticular, indicaba la existencia de una mayor presencia invisible.

Lo primero que quiso hacer el Santo Padre fue darle las gracias a su joven visitante estadounidense por su ayuda con las fotos de *Noli me tangere* de Bernini.

-Es una bendición que siempre compartiremos, padre Gladstone.

-No supuso ningún gran esfuerzo, santidad.

-Tal vez -respondió el papa, antes de apretar los labios-. No obstante, como sacerdote se le supone siempre al servicio de nuestro Padre, de una forma u otra. Eso significa que la gracia de Dios está con usted. Sin embargo, el padre Slattery me ha contado que se siente desorientado en nuestra Roma actual.

Sin mencionar el nombre del cardenal Maestroianni, Christian respondió a la pregunta implícita del Santo Padre con una pequeña queja sobre las demandas imperiosas a las que se veía sometido. La presión, admitió, no era fácil de manejar.

-Por supuesto -dijo el Santo Padre mientras cambiaba de posición, como si la idea le hubiera producido un dolor físico-. Le comprendo, créame. Pero es importante recordar, padre Gladstone, que Dios le menea la cola al perro y que el perro, por sí solo, ¡no sería siquiera capaz de hacer eso tan sencillo!

Chris no pudo reprimir una sonrisa al imaginar al poderoso cardenal Maestroianni con su faja roja, como un perro meneando la cola.

-Dígame, padre, ¿le impedirá su incomodidad ayudarnos sinceramente a construir el nuevo Jerusalén, el nuevo cuerpo de Nuestro Salvador? Somos pocos. Pero Jesucristo es el constructor maestro. Y -prosiguió el sumo pontífice con una ligera sonrisa- su madre dirige la obra.

Chris nunca podía recordar las palabras exactas con las que le había asegurado al Santo Padre que

sólo la muerte le impediría prestar todo servicio del que fuera capaz. Tampoco había comprendido con absoluta claridad las palabras de su santidad. Lo que sí recordaba, que le había imbuido una confianza más allá de la comprensión y se había convertido en un punto de referencia imborrable en su mente, eran las palabras exactas con las que el papa eslavo le había dado la bienvenida a la guerra.

-¡Entonces venga, padre Gladstone! ¡Venga! ¡Sufra un poco con nosotros y soporte la angustia presente en pro de una gran, gran esperanza!

-¡Jerusalén! -exclamó el secretario general Paul Thomas Gladstone, antes de alejar el teléfono de su oído y mirarlo con incredulidad.

-¡Jerusalén, señor Gladstone! -exclamó Cyrus Benthoek, con una exasperación tan densa como la niebla londinense-. ¿Tenemos una mala línea? He dicho Jerusalén. Le esperará un avión privado en el aeropuerto de Bruselas el viernes por la noche. Le hemos reservado habitaciones en el hotel King David. Regresará a su casa con tiempo suficiente para sus compromisos del lunes.

-¿Habla usted en plural, señor Benthoek? -consideró Paul que era justo preguntar dadas las circunstancias, aunque era consciente de que no debía poner reparos.

-Sí -respondió Benthoek, de nuevo en su habitual tono imperioso-. Uno de mis importantes contactos se reunirá con nosotros. El doctor Ralph Channing. Puede que haya leído algunas de sus monografías. Si no lo ha hecho, debería hacerlo. En todo caso, comprobará que esta pequeña peregrinación valdrá la pena. Le será provechosa profesionalmente.

Benthoek colgó el teléfono y dejó a Gladstone disgustado por aquella interrupción de su abigarrada agenda en la CE.

Paul no había experimentado ninguna de las dificultades de su hermano, para aprender los rudimentos de su nuevo trabajo. Pasaba quince horas diarias en su despacho del Edificio Berlaymont. Además, a pesar de estar sólo a principios de octubre, había participado ya en la primera sesión plenaria del Consejo de Ministros de la CE. Todavía no había acabado de leer las actas anteriores y, por consiguiente, algunos de los asuntos que debatieron los ministros le eran desconocidos. Pero le había sonreído la suerte y el debate se había centrado en el acuerdo general sobre tarifas y comercio.

En dicha reunión quedó claro que el bloqueo de la denominada etapa uruguaya de las negociaciones GATT ejercía una influencia muy inferior sobre el precio de los productos agrícolas, que el contencioso entre los euroatlanticistas y los eurocentristas. Paul no consideraba que la tan aspirada meta de la unidad política y monetaria europea pudiera alcanzarse el uno de enero de 1993.

Pero tuvo la sensatez de no mencionarlo durante la reunión y conservó la misma precaución durante la pequeña recepción que los ministros le ofrecieron a continuación, para celebrar formalmente la incorporación del nuevo secretario general. Se adaptó con facilidad a la compañía de aquellos diplomáticos de alto rango y les habló a cada uno en sus respectivos idiomas.

Aquella recepción le brindó también la oportunidad de conocer a los miembros comunitarios de la junta de selección que lo habían elegido. Como secretarios parlamentarios, acompañaban a sus ministros de Exteriores a todas las sesiones plenarias, y parecían tan ansiosos, o por lo menos tan curiosos, por conocer al intruso estadounidense, como él por conocerlos a ellos.

Paul se había formado una idea bastante acertada de aquellos doce hombres y mujeres que habían accedido a facilitarle el camino. Estrechó la mano de cada uno de ellos. Habló de los intereses continentales de Gran Bretaña con Featherstone Haugh. Lamentó con Corrado Dello Iudice los problemas italianos de la inflación y la mafia. Compartió un par de opiniones con Francisco Dos Santos sobre los problemas actuales de Portugal. Con el comprometido euroatlanticista alemán Emil Schenker especuló sobre el futuro de Rusia. En realidad, intercambió cumplidos con todos ellos y acordaron volver a verse en los próximos días. Incluso la francesa Nicole Cresson le dispensó una calurosa acogida, y aceptó una invitación a cenar con él y su buen amigo Schenker dentro de unos días. Pero fue el belga Jan Borliuth con quien entabló inmediatamente una sincera amistad.

La única dificultad inicial para Paul Gladstone consistía en encontrar un lugar fijo donde vivir. El piso que había alquilado para él y su familia era suficientemente grande, y estaba a pocos minutos andando del Edificio Berlaymont. Pero a la larga no era el lugar indicado. Tanto él como Yusai detestaban vivir en un piso. Y recién llegado de «Liselton», Declan se sentía como un cachorro de león enjaulado. Incluso su habitualmente contenta ama de llaves y cocinera, Hannah Dowd, estaba abatida. Y

su criada Maggie Mulvahill, que se había trasladado con ellos a Bruselas, se volvía progresivamente temperamental. Dadas las circunstancias, Paul había solicitado los servicios de un agente inmobiliario para buscar una casa adecuada durante el fin de semana. Ésa era en realidad la verdadera causa de su disgusto, ante la imperiosa citación de Benthoek. Era preferible, refunfuñó para sus adentros, examinar las fincas disponibles en la zona, a ir de peregrinación a Jerusalén.

Fue una suerte que Paul almorzara aquel día con Jan Borliuth. Éste, que tenía ya cinco nietos, parecía dotado de un interés paternal por las necesidades de sus conocidos. Había ayudado ya a Paul con consejos prácticos sobre servicios bancarios, permisos de trabajo para su personal doméstico, documentos de identidad, la escolarización de Declan y otras cosas por el estilo. También se había reservado el próximo fin de semana para ayudar a Paul en la busca de una casa.

Sentados bajo la marquesina del restaurante de la terraza superior del Edificio Berlaymont, el belga se sintió desilusionado al saber que Gladstone no estaría disponible durante el fin de semana, e insistió en su oferta de ayuda.

-Si su esposa está dispuesta y cuento con su confianza durante su ausencia, ella y yo podríamos proseguir con la búsqueda durante el fin de semana, como estaba previsto.

A Paul le encantó la idea y llamó inmediatamente a Yusai para comunicarle la oferta de Jan. A su estilo confucionista, Yusai aceptó el plan con una mezcla de delicada esperanza y pura funcionalidad.

-Creo que el cielo nos sonríe, Paul. De lo contrario, simplemente no podrán salirnos bien las cosas.

-¡Decidido, entonces! -exclamó Borliuth con la copa en alto, cuando Paul regresó a la mesa-. ¡Con un poco de suerte, cuando regrese a Bruselas el domingo por la noche su problema estará resuelto!

Cuando Paul Gladstone llegó al hotel King David de Jerusalén poco después de las nueve de la noche del viernes, se encontró con una breve nota de Benthoek en la recepción: «Si no está demasiado cansado del vuelo, reúnase con el doctor Channing y conmigo en el comedor para una cena ligera.» No era una invitación, sino una orden. Dobló la nota, mandó su equipaje a sus habitaciones y se dirigió al comedor.

-¡Cuánto me alegro de verlo en Jerusalén, Paul! -exclamó Benthoek, cuya imagen era la personificación de sabiduría y salud octogenaria, al recibirle en su mesa-. El doctor Channing, aquí presente, esperaba esta oportunidad desde hace algún tiempo.

-En efecto, señor Gladstone. -Y Ralph Channing sonrió con su espléndida perilla, mientras alzaba una copa de vino israelí-. Bien venido a la reina de las ciudades.

Paul apenas fue capaz de disimular su asombro ante el brindis de Channing. No sabía qué esperar de aquella llamada peregrinación, pero no imaginaba que empezara con las palabras de una oración, que ya era antigua en la época de David.

Channing le pareció simpático. Evidentemente al profesor le gustaba el giro intelectual de la frase. Pero también se manifestó como alguien acostumbrado a pensar en términos de amplios horizontes, por encima de vulgares prejuicios o toscos partidismos. Al hablar del trabajo de Gladstone en Bruselas, por ejemplo, el profesor Channing se refirió a la CE como «esa organización continental», a su objetivo como «gran Europa» y a la sociedad de las naciones como «nuestra familia humana». A Paul le resultó todo muy atractivo.

Del mismo modo en que trató el trabajo del joven estadounidense, se refirió también a su religión.

-Su propia tradición, señor Gladstone -declaró Channing-, ha sido desde hace mucho epítome de globalismo. A pesar de algunas secuelas de antiguas idiosincrasias, la tradición católica es, con toda seguridad, nuestro mejor aliado en la última fase de globalización de nuestra civilización. ¿No está usted de acuerdo?

A pesar de que Benthoek inclinó lenta y tranquilizadoramente la cabeza, a Paul le pareció preferible ser reservado. No era difícil responder con sinceridad y al mismo tiempo vagamente.

-Todo lapso por mi parte como católico practicante, profesor, se debe a ciertas idiosincrasias. En especial, en lo concerniente a la moralidad personal.

Channing no estaba dispuesto a contentarse con una vaguedad tan cautelosa.

-Debo serle sincero. El tiempo se nos echa encima. Y existe mucha colaboración fructífera posible para mejorar nuestro mundo. Muchos de nuestros amigos en Roma creen que ha llegado el momento del cambio. Y tienen la esperanza de que se encuentre una solución -dijo el profesor Channing, antes de

admitir que la situación era un poco complicada-. Cuando interviene el Vaticano, la situación no es nunca sencilla. Pero en lo concerniente a su limitada participación, la cosa es muy sencilla.

La segunda sorpresa de Paul consistió en descubrir que debía participar, aunque de forma limitada, en asuntos vaticanos.

Eso era comprensible, reconoció el doctor Channing. Pero tal vez Gladstone estuviera familiarizado con la carrera del conocido cardenal Cosimo Maestroianni, recientemente jubilado como secretario de Estado del Vaticano... ¿No? Bueno, no tenía importancia. Lo importante era que su eminencia no sólo era uno de los más apreciados amigos de Cyrus Benthoek, sino también de Channing. Además, en lo concerniente a la Europa del futuro, la idea de su eminencia coincidía con la de los tres individuos que estaban alrededor de la mesa. Su eminencia dedicaría los años de su jubilación al bienestar y a la ampliación de la formación de los obispos católicos, en los asuntos de la gran comunidad europea.

-No tengo reparos en reconocer que dicha formación es necesaria -agregó Benthoek-. Los obispos católicos se caracterizan, lamentablemente, por una falta real de espíritu de cooperación, con el gran ideal de una Europa mejor que nunca. Le complacerá saber que su hermano trabajará en íntima colaboración con el cardenal Maestroianni.

-*¿Christian?* -exclamó Paul, sin intentar siquiera disimular su estupor.

Por lo que él sabía, Chris estaba tan ansioso como siempre por terminar su tesis doctoral sobre el retablo de Issenheim y abandonar permanentemente Roma. En realidad, aquélla era la época del año en que estaría dando clases en el Seminario Menor de Nueva Orleans.

-Veo que lo hemos sorprendido, señor Gladstone -dijo el profesor Channing con evidente satisfacción-. Pero le aseguro que ahora su hermano está basado en Roma. Creo que, a partir de ahora, usted y el padre Gladstone tendrán muchas oportunidades de verse.

La tercera sorpresa sumió a Gladstone en una confusión total. Sin embargo, Paul no comprendía qué relación podía tener con él la asociación de su hermano mayor con los proyectos educativos del cardenal Maestroianni. Se sentía feliz de que Chris hubiera aterrizado en algún lugar cercano a la cúpula vaticana, pero...

Channing se disponía a seguir aprovechándose de la sorpresa de Gladstone, cuando Cyrus Benthoek frunció el entrecejo para indicarle que no lo hiciera. A pesar de su brillante inteligencia, al buen doctor le faltaba astucia en lo concerniente a la sincronización y a la delicadeza. Por consiguiente, como conocedor de los seres humanos y maestro en el arte de conducirlos a sus propios planes, Benthoek le sonrió con expresión benigna a su joven y turbado protegido.

-No olvidemos -dijo después de mirar con ceño a Channing y con una sonrisa a Gladstone- que tenemos dos días enteros por delante. Mañana entraremos en más detalles, cuando hayamos descansado un poco. Contentémonos de momento con decir que, en esta peregrinación que hemos emprendido, avanzamos por las huellas de la historia.

Paul pasó una noche inquieta, asediado por los mismos demonios que después de su entrevista de bienvenida en Londres con Benthoek. Sin embargo, el sábado por la mañana despertó descansado y con deseo de continuar la conversación pendiente desde la noche anterior. No obstante, le frustró comprobar que Benthoek y el doctor Channing tenían otras ideas.

-Hemos alquilado una limusina, señor Gladstone -comentó Channing, mientras comían unos huevos y tomaban café.

-¡En efecto! -exclamó Benthoek entusiasmado, para corroborar el plan-. Le he prometido una peregrinación y empezará hoy. Hemos planeado una visita a los monumentos arqueológicos de la Ciudad Santa.

Y así empezó una excursión, a todas luces meticulosamente organizada. Aunque Paul ya lo había visto todo en sus viajes anteriores alrededor del mundo, gracias a los constantes comentarios profesionales de Channing y a las permanentes matizaciones de Benthoek, gradualmente empezó a ver aquellas antigüedades con una comprensión más refinada.

Acompañado de los dos singulares individuos, casi revivió la visita de Abraham al monte Moriah, donde Dios le entregó la Alianza al patriarca el 2000 a. J.C., y examinó los restos de la ciudad del rey David con una liberadora frescura mental. Permaneció entre ambos junto al muro del antiguo Templo,

observó con ellos el famoso acueducto subterráneo del rey Ezequías excavado en la roca del monte Ophel, examinaron juntos los papiros del mar Muerto en su santuario, pasearon junto a la sellada y misteriosa puerta dorada de la ciudad antigua, por la que, según señaló Channing, muchos creían que entraría en Jerusalén el Mesías al final de los tiempos.

-Como podrá comprobar, señor Gladstone -dijo el doctor Channing, mientras se dirigían los tres hacia la limusina que los esperaba-, a fin de cuentas, puede que todos miremos hacia el nacimiento de un nuevo cielo y un nuevo mundo.

-Una época -agregó Benthoek- en la que las naciones convertirán sus espadas en arados.

A pesar de la abundancia de semejantes observaciones y de que todas parecían muy bien indicadas para proseguir la charla de la noche anterior, Paul se sentía confuso y decepcionado de no poder centrar la conversación en asuntos de interés actual. Incluso cuando se sentaron en el hotel para un almuerzo tardío, Benthoek y Channing se negaron a distraerse de su peregrinación.

-Lo único que lamento -confesó Channing- es que el tiempo del que disponemos para estar juntos no nos permita visitar otros lugares de gran interés que hay a nuestro alrededor.

Para compensar la falta de tiempo, el profesor los obsequió con una excursión verbal. Conforme Paul lo escuchaba, empezó a disiparse su decepción. En su lugar, se dejó llevar por una nueva reverencia, un sentido de asombro y respeto distinto de la antigua devoción de su época en «La casa azotada por el viento». Sintió que aquella tierra era santa, no sólo por su sagrada historia, sino por algo que Benthoek y Channing intentaban mostrarle.

Tampoco se contentaba Channing sólo con hablar. Quería que Paul expresara sus comentarios, preguntas, observaciones, reflexiones y recuerdos. Quería la mente de Paul Gladstone.

-Aunque no soy creyente, señor Gladstone -dijo el profesor Channing, al tiempo que dejaba el tenedor sobre su plato vacío-, debo reconocer que el Jesús histórico fue el mejor maestro que jamás ha pisado la faz de la Tierra. Se dedicó literalmente a hacer el bien a todo el mundo sin distinción, como lo relata su Biblia. Con toda seguridad lo mandó una divina providencia. Cualquier hombre de espíritu debe percatarse de ello. Con esa idea, a Cyrus y a mí nos gustaría que nos acompañara a otra visita, durante este primer día de nuestra pequeña peregrinación. Se trata de un lugar que cada uno de nosotros ha visto antes, pero que deberíamos verlo juntos.

A Paul no le asombró que, a continuación, él y sus compañeros se encontraran en el templo del Santo Sepulcro. Allí, en el lugar donde Jesucristo había sido colocado sobre su tumba después de la crucifixión, a Paul le conmovió la tristeza en la voz del doctor Channing, cuando comentaba el encono partisano tan evidente entre las distintas denominaciones cristianas, encargadas de cuidar del Santo Sepulcro.

-¿No le parece a usted un espectáculo lamentable, señor Gladstone? Incluso aquí, los franciscanos católicos, los ortodoxos orientales, los coptos y todos los demás compiten por ser los guardianes más importantes.

-Deplorable -afirmó lastimosamente Benthoek-. Ya es hora de que nos unamos.

De regreso al hotel, cuando Channing reflexionaba sobre la fuerza de la tradición y la necesidad que sentían las personas de espíritu religioso de revivir lo que denominó «los hechos fundamentales de su tradición», Gladstone experimentó una profunda sensación de hermandad. Una sensación de privilegio. Una sensación de camaradería, y de ideales y sentimientos compartidos. Una agradable y reflexiva paz había reemplazado la sorpresa y consternación de la noche anterior.

Sólo cuando se reunieron de nuevo los tres para la cena, se centraron en el propósito de aquellos dos extraordinarios hombres respecto a Paul Gladstone.

-Teníamos la esperanza -empezó a decir el profesor con compasiva comprensión, después de levantar imperiosamente la cabeza para mirar a Paul- de que ese papa extendiera el universalismo de su Iglesia a un plano global. Díganos, señor Gladstone, ¿cómo evalúa usted al actual sumo pontífice?

-Lo veo de forma contradictoria. En ciertos sentidos, parece el último de los papas a la antigua usanza. Pero tiene algunas características de lo que podemos esperar en los papas del futuro. En general, supongo que lo veo como un personaje interino.

-Un punto de vista muy interesante -respondió Channing, que acariciaba su reluciente testa-. Semejante al nuestro. Pero dígame, joven, ¿cuál es su propia actitud al respecto? ¿Tiene usted todavía un pie en el pasado?

-¿A qué se refiere? -preguntó Paul, consciente de que lo llevaban de la mano en aquella conversación, como lo habían hecho durante la visita de Jerusalén.

Ahora eso no le importaba demasiado, pero quería unas directrices más concretas.

-Permítame que se lo aclare -respondió atentamente Channing-. Por lo que Cyrus y yo hemos deducido, usted ha dominado al momento los aspectos esenciales de su cargo como secretario general. En general, los ministros de Asuntos Exteriores y los comisarios de la CE sienten un gran respeto por usted. Ahora la cuestión es la siguiente: ¿está usted dispuesto a trasladarse a otro nivel de comprensión? ¿Cree usted estar listo para enfrentarse a los verdaderos asuntos en juego, en nuestros esfuerzos por avanzar hacia la meta de una civilización globalizada? Evidentemente, puede desempeñar sus funciones en Bruselas a la perfección, sin efectuar dicha transición. Muchos de sus predecesores lo han hecho y han pasado a situaciones más cómodas. Comunes, pero más cómodas.

En realidad, dicha situación era lo que Paul se proponía, pero era demasiado sensato para admitirlo.

-O -prosiguió Channing- puede entrar en una zona de cooperación y conocimiento privilegiados con los responsables del conjunto del movimiento globalizador. Eso exigiría cierta desvinculación por su parte. Cierta independencia de criterio. Cyrus y yo no queremos influir en usted de forma indebida -mintió con habilidad el profesor-. Pero a juzgar por lo que he visto, está usted sobradamente capacitado para ello.

-¡Así es! -exclamó Benthoek, con una radiante sonrisa-. ¡Así es! ¿Pero no ha llegado el momento de explicarle las cosas a nuestro joven compañero de forma un poco más clara? -agregó, mientras miraba a Gladstone como un director de orquesta-. Del mismo modo en que se valora su capacidad en la CE, se aprecia enormemente la de su hermano como intelectual y clérigo por parte de sus superiores en el Vaticano. El destino ha querido que mi buen amigo el cardenal Maestroianni le encargara una delicada e importante misión al padre Gladstone. Una misión en la que muchos hombres poderosos están muy interesados.

No cabía la menor duda de que Benthoek se incluía a sí mismo y al profesor entre dichos hombres poderosos. Pero lo asombroso para Paul era que también parecían incluirle a él, así como a su hermano.

Consciente de su ventaja, después de trasladarse hasta Jerusalén para conseguirla, Cyrus se inclinó sobre la mesa y, en un tono confidencial, explicó que, durante el curso de su trabajo en Europa, el padre Christian Gladstone debería pedirle ayuda a Paul para ciertos obispos.

-Para facilitarles préstamos bancarios e hipotecas, asesoramiento sobre propiedades inmobiliarias, reducción de impuestos y cosas por el estilo. Ahora permítame que le plantee la situación. Una situación en la que sus propios contactos íntimos con el Consejo de Ministros europeos le permitirán al padre Gladstone resolver esos asuntos para los obispos. Una situación en la cual, recibidos dichos favores, los propios obispos se inclinarán con toda seguridad hacia los ministros. Estarán más predispuestos a un verdadero espíritu de cooperación, con nuestro supremo ideal de la gran comunidad europea, y a conducir a la propia Iglesia a través de ese período que usted ha calificado de manera acertada de fase interina, presidida por el actual sumo pontífice.

Gladstone escuchaba con atención. Aunque detectó varias lagunas y omisiones en el relato de Benthoek, se sintió satisfecho de que al parecer Christian estuviera más identificado de lo que imaginaba, con las tendencias globalizadoras en asuntos internacionales. No obstante, Paul tenía todavía sus dudas. Aunque gozara de muy buena reputación como secretario general entre los ministros de Asuntos Exteriores de las naciones de la CE, no parecía probable que aquellos hombres tan poderosos concedieran con facilidad los favores que Benthoek había mencionado a un recién llegado. Por lo menos no de una forma tan regular como quedaba implícito en aquella conversación ni, por encima de todo, con el propósito de beneficiar a Roma. No bastaba con proponérselo, para abrir con tanta facilidad esas puertas.

Al expresar claramente dichas objeciones, Paul dejó abierta de par en par la última puerta de su propia seducción. Desapareció todo obstáculo para cultivar en él un espíritu adaptado a las exigencias de su activa vida como secretario general de la Comunidad Europea.

Cyrus Benthoek puso la pelota en juego con un nuevo tema, tan sorprendente para Gladstone como oír que lo llamaran ahora familiarmente por su nombre de pila.

-El doctor Channing y yo le hemos pedido que se reuniera con nosotros, Paul, precisamente para

abrirle muchas puertas. Puertas de cooperación, confianza, incumbencia e intereses compartidos. Y se lo hemos pedido en este momento y lugar del mundo en particular, porque aquí y ahora se reúne una logia de gran prestigio. ¿Es usted consciente, Paul, de que muchos prelados de alto rango del Vaticano pertenecen a la logia?

Paul tardó un momento en responder.

-Sí. Pero todavía existe cierta desaprobación oficial respecto a la francmasonería.

El doctor Channing se apresuró en rectificar.

-La única fuente importante de desaprobación que todavía existe es el actual Santo Padre. Pero como usted ha observado sensatamente, en ciertos sentidos es el último de los papas a la antigua usanza.

-El profesor Channing y yo hemos decidido convertirlo en parte de nuestro pequeño enclave -prosiguió Benthoek, con una sonrisa paternal-, ya que usted, hijo, pertenece a la familia. En eso nos hemos convertido hoy, en miembros de una misma familia, ¿no es cierto?

Dicho esto y con una serie de frases rimbombantes, Benthoek felicitó a Paul por su buena suerte de haber sido invitado a comparecer ante la gran logia de Israel. Cyrus se ocuparía de que Gladstone siguiera aprendiendo durante las semanas venideras. Pero de momento le bastaba saber que aunque dicha logia era joven, puesto que se había fundado en 1953, había florecido no obstante como gran logia de Oriente y practicaba el rito de York bajo el cabildo supremo del arco real, con todos sus títulos asociados. Además, tenía el consejo supremo de las logias de perfección de rito escocés antiguo y aceptado, cabildos, areópagos y consistorios.

Aquel aluvión de términos era nuevo para Gladstone. No obstante, comprendió entre líneas lo que Benthoek le decía. Lo que se iluminó en el lugar más recóndito del alma fácilmente cautivada de Paul, fue la comprensión de no haber sido llamado a aquella antigua ciudad para contemplar su polvoriento pasado, sino para entrar de lleno en un nuevo estilo de vida. Para compartir la compañía privilegiada de hombres ocupados en la construcción del nuevo Jerusalén. Para unirse a un número selecto de individuos que siempre podían y se abrían puertas unos a otros, para aquel noble propósito. Para penetrar en el corazón de su propio éxito.

Todo lo que dijo Benthoek confirmó la comprensión de Gladstone.

-En esta ciudad, Paul, hemos recordado la importancia del amor fraternal entre todos los hombres de buena voluntad. Éste es el mensaje de Belén, el mensaje del Calvario. Pero al pie de la propia cruz, en el templo del Santo Sepulcro, también hemos recordado lo voluble que es dicho mensaje para los habitantes de este mundo cotidiano.

»Lo que me enorgullece de relacionarme con usted, y sé que el doctor Channing comparte mi opinión, es la visión universalista que nos ha manifestado. Ya que ésa es la esencia de nuestra visión, la esencia de nuestro trabajo en la vida. Ha llegado usted muy lejos, mi joven amigo. Hace sólo un mes que hablábamos en Londres del significado de abandonar el valle para escalar la cima de la montaña. Sin embargo, usted ha recibido ya la llamada de la cumbre, donde no existe ningún conflicto entre creencias rivales. Ninguna pretensión mezquina de prioridad, de privilegios especiales, ni de exclusivismo religioso. Mañana, el doctor Channing y yo lo conduciremos al acontecimiento culminante de esta peregrinación. Lo llevaremos a la cima de la montaña donde todos reconocen el mismo poder divino y la misma autoridad entre los hombres. Lo introduciremos en el mundo del espíritu ecuménico perfecto -dijo Cyrus, antes de hacer una pausa e inclinarse hacia adelante, como si la única esperanza del mundo que acababa de describir dependiera de la respuesta de Paul-. ¿Nos acompañará a la cima de la montaña?

Ahora Paul no sintió que lo atormentaran los demonios, ni el menor indicio de pánico o de remordimiento como en Londres. Sentía más bien el deseo de pregonar su asenso a los cuatro vientos. Sin embargo, se limitó a responder que consentía en unirse a su hermano en una cooperación inconsciente aunque esencial, para obtener de los obispos de su Iglesia un criterio común contra el papa eslavo.

-Iré con ustedes, señor Benthoek. Con mucho gusto.

Resultó que la invitación a la cima de la montaña no era sólo una forma de hablar.

-Aminabad -explicó Ralph Channing, cuando los tres estadounidenses salían del hotel por la mañana del día siguiente- es uno de los lugares más elevados en los alrededores de Jerusalén.

-Es una pena que se estropee el tiempo -agregó Benthoek, mientras escudriñaba el firmamento-.

No podremos contemplar el Sinaí, ni el Jordán, ni el Mediterráneo. Pero disponemos de un conductor experto que nos llevará sanos y salvos a nuestro destino y de regreso a casa.

El conductor experto, un israelí que hablaba inglés con acento de Oxford y dijo llamarse Hal, dio la bienvenida a sus pasajeros a su Jeep de tracción en las cuatro ruedas con un consejo: -Abróchense los cinturones, caballeros. Durante la mayor parte del trayecto ascenderemos por un camino muy empinado.

Después de una suave cuesta inicial, los peregrinos entraron en una pronunciada pendiente sin asfaltar. Dadas las condiciones del terreno y el clima que deterioraba, era imposible circular a gran velocidad. Conforme ascendían y penetraban en bancos de densa niebla que ocultaban el camino, Paul tuvo la impresión de que las piedras y las rocas a su alrededor habían sido esculpidas en forma de antiguos templos en ruinas, mastodontes y monstruos petrificados. Sólo de vez en cuando, en los momentos en que se disipaba la bruma, alcanzaba a vislumbrar el valle que se alejaba a sus pies.

Al acercarse al último tramo de acceso a Aminabad, estalló la tormenta con toda su fuerza a su alrededor. El tupido velo de la niebla, el ruido ensordecedor de los truenos y los destellos momentáneos de los rayos que iluminaban el rostro gris oscuro del paisaje daban la impresión de un antiguo dios enojado por su presencia, y enemigo de todo lo humano, agradable y complaciente. Luego, de pronto, cuando el camino empezó a discurrir por un plano casi horizontal, apareció el sol que esparcía sus estandartes rojos y gualdos por el firmamento.

-¡Fíjese! -exclamó Cyrus con una eufórica carcajada-. ¡Los cielos nos sonríen en Aminabad! ¡Todo saldrá a pedir de boca!

En aquel momento mágico, Hal condujo su Jeep alrededor de unas rocas, ascendió otros trescientos metros aproximadamente y acercó a sus pasajeros sanos y salvos al pequeño poblado de Aminabad, suspendido en la tranquilidad de la cima de la montaña.

Paul miró a su alrededor algo decepcionado. Después de las maravillas de Jerusalén, aquél no era un lugar particularmente inspirador. Había media docena de casas de ladrillo gris alrededor de unos edificios mejor construidos. A excepción de unos treinta o cuarenta coches aparcados junto al mayor de los edificios, el lugar parecía desierto.

Hal paró el vehículo frente a dicho edificio. Gladstone se apeó y siguió a Channing y a Benthoek hacia la puerta, donde el profesor le señaló la placa que había sobre el umbral.

-Como puede comprobar, la estrella de David, la cruz cristiana y la media luna están enmarcadas por la escuadra y el compás de la francmasonería. Ahora venga con Cyrus y conmigo para ver este milagro humano en la vida real.

Channing subió en cabeza por una escalera, hasta una vasta sala escasamente amueblada de un extremo al otro del edificio. En el centro de la misma habían colocado algo parecido a un arca en miniatura de construcción sólida. Medía unos sesenta centímetros de altura, cuarenta de anchura y tal vez un metro de longitud. Reposaba sobre una almohada de color azul marino y estaba rodeada de candeleros con cirios encendidos. Una enorme Biblia abierta sobre el arca cubría su superficie.

Las paredes de ambos extremos de la sala estaban cubiertas casi por completo por unas cortinas de terciopelo negro, una de ellas con los emblemas del judaísmo, el cristianismo y el islamismo bordados en plata, y la otra con la escuadra y el compás de la obra. Alineadas a lo largo de las otras dos largas paredes había hileras de bancos, desde los que hombres silenciosos volvieron la cabeza para examinar a los recién llegados, cuando Paul avanzaba junto a Channing y Benthoek. Un hombre de rostro sereno y una frondosa cabellera blanca se les acercó con las manos extendidas.

-Bien venidos, hermanos -dijo primero a Channing y luego a Benthoek.

-Den por favor la bienvenida a Paul Thomas Gladstone -contestó el doctor Channing, al tiempo que le dirigía a Paul una solemne mirada-. Señor Gladstone, tengo el honor de presentarle a Shlomo Goshen Gottstein, soberano gran comandante.

-Nos alegramos de su presencia aquí, señor Gladstone -respondió con generosidad el gran maestro-. Acérquense todos y siéntense con nosotros.

Desde aquel lugar en el centro de la sala junto al arca en miniatura, el gran comandante pronunció un pequeño discurso dirigido a Paul.

-Como puede que usted sepa, nuestra logia fue fundada en 1953, sólo cinco años después de la fundación del propio Estado de Israel. En la actualidad tenemos setenta y cinco respetables logias que trabajan en tres rituales diferentes y en ocho idiomas distintos: hebreo, árabe, inglés, francés, alemán,

rumano, español y turco. Estos hombres que ve usted aquí sentados están unidos en su esfuerzo por divulgar el mensaje de la francmasonería. El mensaje de amor fraternal, ayuda y verdad. Para ello construyen puentes de comprensión entre ellos mismos y sus pueblos.

Sin precipitarse, media docena de hombres en representación cada uno de una tradición diferente se levantaron sucesivamente sin moverse de su lugar y le extendieron a Paul una solemne invitación para convertirse en un hermano debidamente iniciado.

-Me llamo Lev Natanyahu -declaró el primero-. El Dios de Israel es un solo Dios. Acepte nuestro fraternal abrazo, Paul Thomas Gladstone.

-Me llamo Hassan El Obeidi -dijo el segundo después de levantarse-. Hay un solo Dios y Mahoma es su Profeta. Acepte nuestro fraternal abrazo, Paul Thomas Gladstone.

-Soy el padre Michael Lannaux, sacerdote y fraile de la orden de San Benedicto -declaró el tercero, después de ponerse de pie y mirar al neófito-. Tanto ama Dios el mundo, que mandó a su hijo para fundar su Iglesia entre los hombres. Acepte nuestro fraternal abrazo, Paul Thomas Gladstone.

Cayó el velo que cubría el ojo interno de su mente y Paul Gladstone tuvo casi la sensación de estar flotando. En aquel momento tranquilo y tranquilizador, llegó a comprender la unicidad de todas las religiones. Comprendió sus razones para la diversidad. E incluso su tradicional rivalidad. En aquel último momento de su seducción, Paul no disponía de palabras ni de imágenes mentales para dar forma a su nueva comprensión. Pero de momento había sido elevado por encima de todos los particularismos católicos, protestantes, judíos y musulmanes, como Aminabad se elevaba por encima de la Ciudad Santa de Jerusalén. Nunca se había sentido tan aceptable ante Dios y los demás seres humanos. Nunca había conocido un refugio tan seguro para su mente y su ser.

Después de que se pronunciara la última fórmula de invitación solemne, Paul respondió con firmeza y júbilo:

-¡Sí! ¡Acepto su abrazo fraternal!

El pacto ofrecido y aceptado quedó sellado con un breve rito final. El gran maestro formuló una sola pregunta a los miembros de la congregación:

-¿Existe alguna razón por la que Paul Thomas Gladstone no deba ser admitido como uno de los nuestros?

-No -respondió al unísono la congregación-. No hay nada contra él.

-Señor Gladstone -dijo el gran maestro, mientras le indicaba a Paul que se acercara-, mediante un rito apropiado y en el momento adecuado se llevará a cabo una iniciación más formal. Pero ahora, acérquese. Arrodíllese, coloque las manos sobre el Libro Sagrado y repita nuestro simple juramento.

Paul se percató de que en un lado de la estructura parecida a un arca estaba grabado el emblema de la gran logia de Israel. La Biblia estaba abierta de forma que la página de la izquierda mostraba escritura y la de la derecha la letra ge, con la escuadra y el compás masónicos a su alrededor. Con una mano en cada una de dichas páginas, Paul repitió las palabras del juramento pronunciadas por el gran maestro.

-Yo, Paul Thomas Gladstone, recordando siempre mantener afinidad con los hijos de la luz, juro solemnemente que acepto esta invitación. Por la gracia de Dios, padre de todos los hombres.

-¡Y sabiduría es su nombre! -dijo el gran maestro con una inclinación de la cabeza.

-¡Así sea! -respondió a coro la congregación.

Sólo le quedaba al gran maestro confirmar al joven secretario general en el papel que él mismo había adoptado en Jerusalén, y confirmar también que aquellas difíciles puertas de las que había hablado hacía menos de veinticuatro horas no serían un obstáculo.

-En el día de hoy, hermano Gladstone, cuando los corazones de los hombres parecen cubrirse de polvo, caminará en paz. Ha entrado en el edificio del templo de la comprensión entre los hombres.

Solo en sus habitaciones del hotel King David, con sus maletas ya preparadas y esperando en el vestíbulo, Cyrus Benthoek se tomó unos momentos para llamar por teléfono al número privado del cardenal Maestroianni, en el Collegio di Mindanao, en Roma.

A su eminencia le encantó enterarse del espléndido fin de semana que su amigo había pasado en Jerusalén y de que su segunda saeta estadounidense estuviera en su lugar.

A solas en su habitación del hotel King David, con sus maletas listas y esperando en el vestíbulo, Paul Gladstone se tomó unos minutos para llamar a su esposa en Bruselas.

-Paul, cariño. ¡Espléndidas noticias! -exclamó eufórica Yusai-. ¡Jan se ha convertido en nuestro propio ángel de la guarda!

-¿Jan? -preguntó Paul con una carcajada, al pensar en el robusto belga con alas de querubín.

-¡Lo verás con tus propios ojos! -respondió Yusai también riéndose-. ¡Nos morimos de impaciencia por mostrarte la casa que ha encontrado para nosotros! Oh, Paul, es un lugar maravilloso. Se llama «Guidohuis», en honor a un antepasado de Jan de principios del siglo diecinueve. Dice que fue el mejor poeta lírico de Flandes de todos los tiempos. El caso es que «Guidohuis» está en Gante. Bueno, en realidad, en un pequeño poblado llamado Deurle. Llegamos allí en un momento por la autopista, de modo que no debes preocuparte por los desplazamientos.

Yusai lo describía como un lugar irresistible. Era una mansión rural de ciento cincuenta años de antigüedad, con una cantidad interminable de habitaciones, alegres tejados y casi tantos recovecos como en «Liselton». «Guidohuis» disponía de una hectárea de terreno, rodeado de hermosos abedules. Más allá había una gran extensión de frutales, y dos hectáreas y media de campos. Casi lloraba de alegría.

-¡Debías haber visto a Declan! Corría como una gacela, encaramándose a los árboles y cogiendo manzanas. ¡Hannah Dowd está impaciente por empezar a preparar tartas, budines y buñuelos de manzana!

-¿Me estás diciendo que además de nuestro propio ángel de la guarda tenemos un manzanar?

-¿No te parece emocionante? También hay una escuela elemental internacional. Enseñan todas las asignaturas en inglés, francés y alemán. Y está prácticamente junto a nuestro jardín...

Gladstone echó una ojeada a su reloj y se percató de que debía interrumpir la llamada, si no quería llegar tarde al aeropuerto de Tel-Aviv.

-Pero Paul -protestó Yusai-, ¡tengo tanto que contarte! ¿Adónde vas ahora con tanta prisa?

-¡A casa para reunirme contigo, cariño! Regreso desde la cima de la montaña.

Solo en su habitación del Angelicum, con su maleta ya preparada, Christian Gladstone leyó una vez más la nota recibida en el último momento del padre Angelo Gutmacher.

Chris se consideraba listo para emprender el viaje inaugural de su trabajo para el cardenal Cosimo Maestroianni. Había memorizado todos los datos y recibido instrucciones del cardenal Aureatini sobre los aspectos más sutiles de la interrogación de los obispos, a fin de ganarse su confianza y estimular sus esperanzas. Le quedaba el recuerdo de su entrevista con el papa eslavo, que lo ayudaba a controlar el nerviosismo romano. Ahora Chris sabía que Roma era el lugar al que pertenecía.

Sin embargo, en otro sentido, estaba tan perplejo como siempre. En el fondo sabía que algo se fraguaba ante sus propias narices, pero no tenía la menor idea en qué se había metido. Había logrado encontrar tiempo para charlar con Aldo Carnesecca. Pero puesto que él también estaba a punto de trasladarse dos semanas a España en una misión para su santidad, no tuvieron apenas tiempo de explorar enigmas como el significado de las palabras del papa, cuando le habló de construir el nuevo Jerusalén y de nuevo el cuerpo de nuestro salvador.

Pero al margen de esas cuestiones, Christian tenía la esperanza de pasar algún tiempo con su viejo amigo y confesor, el padre Angelo, antes de que se sumiera de lleno en su misión. También recién llegado de Galveston, las operaciones internas romanas eran tan nuevas para Gutmacher como para Chris. No obstante, nadie mejor que él podía encontrar el camino en territorio inexplorado. Ni nadie en la vida de Christian, en cuyo juicio confiara tan plenamente. Pero por mucho que lo intentara, Chris no había logrado localizar al padre Angelo en Roma. Le había dejado varios mensajes en el Collegium Teutonicum, donde sabía que Gutmacher residía, pero en vano.

Sin embargo, por fin recibió una breve nota por correo. A pesar de su brevedad y la rapidez con que había sido escrita, dicha nota le facilitó a Christian la mejor dirección que podía haber deseado. Rebosaba intencionalidad sacerdotal y contenía la brújula que necesitaba para su alma.

«Discúlpeme -decía la nota del padre Angelo, que Chris leyó para sí en voz alta por última vez, antes de emprender su viaje a Francia-. Esperaba verlo a su regreso a la Ciudad Eterna. Pero a petición del Santo Padre y sin previo aviso, me encuentro en el país de mi nacimiento. Empezando por Konigsberg y continuando por otras ciudades, mi misión consiste en fundar capillas dedicadas a Nuestra Señora de Fátima. Cuénteselo a su madre, porque no tendré tiempo de escribirle. Tal vez contribuya a aliviar su angustia por la Iglesia y por usted como hijo suyo, saber la importancia que tiene para el sumo

pontífice dicha labor. Rece por mí, como yo lo hago por usted. Sirva a san Pedro, Christian. En todo lo que haga, sírvale con fidelidad. Sirva a Pedro en Jesucristo y a Jesucristo en Pedro. Ya que ésta es la razón de su regreso a Roma.»

VEINTISIETE

A pesar de la fama de Cessi Gladstone de haber intimidado a cardenales, obispos, sacerdotes y políticos equivocados, nunca se había considerado a sí misma, por ejemplo, como una especie de Hildegard, que en el siglo XII había increpado a papas y emperadores, ni como una nueva versión del siglo XX tardío de Catalina de Siena, que con tanto ahínco se había involucrado en asuntos del gobierno pontificio durante el gran cisma del siglo XIV. En otras palabras, a pesar de sus quejas sobre el estado actual de la Iglesia católica, a Cessi nunca se le había ocurrido enfrentarse seriamente al papa.

Pero poco después de que Christian se trasladara a Roma, una serie de sucesos aparentemente no relacionados entre sí, durante una ajetreada semana a principios de octubre, dirigieron su atención a los asuntos del Vaticano de un modo inesperado.

La visita de Traxi Le Voisin a «La casa azotada por el viento» marcó el principio de dicho cambio. De la misma forma en que había promulgado la fundación de la Capilla del Arcángel San Miguel en Danbury hacía veinte años y luego conseguido los servicios del padre Angelo Gutmacher como rector de la misma, Traxi había emprendido ahora la frustrante labor de encontrar a un nuevo sacerdote para dicha capilla, después de que el Vaticano reclamara inesperadamente los servicios del padre Angelo.

La dificultad de Traxi no consistía en encontrar candidatos. A raíz de un simple anuncio en una publicación católica tradicionalista, había recibido más respuestas de las que podía procesar. La dificultad consistía en que, a pesar del sorprendente número de sacerdotes apegados a los sacramentos y valores romanos tradicionales, y que muchos de ellos habían sido apartados de sus parroquias por obispos que no estaban dispuestos a tolerar sus tendencias tradicionalistas, hasta ahora Traxi no había logrado encontrar a un solo hombre semejante a Gutmacher en sacerdocio práctico, sólida teología, experiencia pastoral y celo.

-Créame, Cessi -decía Traxi, mientras caminaba de un lado para otro en el estudio de «La casa azotada por el viento»-, si ese eslavo que se finge papa permite que las cosas vayan mucho más lejos, ¡dentro de poco no quedará ningún sacerdote!

Traxi seguía siendo un *sede vacantiste,* tan convencido como siempre de que la Iglesia no había tenido un verdadero papa desde 1958.

Cessi optó por creer que, como de costumbre, se apasionaba y dramatizaba excesivamente.

Pero cuando examinó la documentación de algunos de los solicitantes que Traxi había traído consigo, empezó a descubrir otra dimensión en la tragedia eclesiástica contra la que luchaba desde hacía mucho tiempo desde «La casa azotada por el viento». Empezó a formarse una idea sobre la cantidad de sacerdotes buenos y voluntariosos que habían sido despedidos por sus propios obispos. Catalogados como clérigos problemáticos y por consiguiente incapaces de encontrar a un obispo dispuesto a aceptados, se habían quedado sin forma de ejercer su vocación sacerdotal. Cessi tuvo que admitir, con tristeza, que no tenía ninguna solución para dicho problema.

Ni siquiera la noticia de que el sumo pontífice había mandado al padre Angelo a fundar capillas dedicadas a Nuestra Señora de Fátima logró apaciguar la angustia que Gutmacher sabía que sentía por la Iglesia. No tenía ningún sentido para Cessi que un papa que profesaba una vocación tan ferviente por Fátima permitiera que sacerdotes evidentemente fieles recibieran en primer lugar una formación inadecuada y que fueran luego expulsados por sus propios obispos, sin protesta ni protección alguna por parte de Roma.

A pesar de lo trastornada que estaba por aquellos sucesos, una crisis inesperada en la salud de Tricia la obligó a dejar de lado todo lo demás durante unos días. Le recomendaron a un especialista de Toronto que había tenido cierto éxito en el tratamiento por lo menos de los síntomas de la queratoconjuntivitis sicca. Puesto que en dicho tratamiento se utilizaban ciertos medicamentos no homologados por la American Food and Drug Administration, Cessi y Tricia se trasladaron a Canadá.

Pero a su regreso, Cessi se centró con venganza en el Vaticano, a raíz de una llamada de su asesor financiero, Glenn Roche V, desde Nueva York. Glenn Roche V había demostrado sobradamente su

capacidad. Bajo su dirección, la fortuna de los Gladstone, de unos ciento cuarenta y tres millones de dólares, que el viejo Declan había dejado a su muerte en 1968, se había multiplicado enormemente. Eso, más el hecho de que los Roche fueran una de las principales familias católicas de Nueva York, hacía que le inspirara a Cessi una confianza casi inquebrantable.

-Me alegro de haberla encontrado en casa.

-Parece grave -respondió Cessi, a juzgar por el tono de Roche más que por sus palabras.

-Me temo que se trata de otra crisis en el IAR.

-¡Dios mío, Glenn! -exclamó Cessi, sin dar casi crédito a sus oídos, al oír las siglas del Instituto de Agencias Religiosas-. ¿De nuevo el Banco Vaticano? Apenas se ha secado la tinta de mi firma, autorizando el préstamo que les permitió salir del estúpido lío en el que la BNL nos metió a todos sobre el Cóndor Dos, o como se llame, de Saddam Hussein. ¡No pueden haberse metido en otro embrollo con tanta rapidez!

-Eso parece, Cessi.

-¿Qué ocurre con el IAR? Ya hace casi veinte años que duran esas crisis. En 1974, acudieron a nosotros para pedirnos ayuda con relación al billón de dólares que Marco Santanni había logrado sustraer de sus cuentas. Luego, en 1982, para cubrir otro billón aproximadamente desaparecido con relación a aquel otro financiero italiano... ¿Cómo se llamaba?

-Rodolfo Salvi -respondió Roche-. En realidad, podría decirse que nos enfrentamos al retorno de Salvi.

Aunque hubiera olvidado su nombre, no era preciso recordarle a Cessi la conmoción que había creado. Rodolfo Salvi, eminente financiero internacional, dirigía el Banco Finanziario de Turín. Al igual que la BNL, el Finanziario era una institución en la que el Banco Vaticano poseía la mayor parte del capital. Y al parecer Salvi había utilizado cartas de crédito del IAR, para prestar más de un billón de dólares del dinero de los inversores a personas e instituciones desconocidas.

De pronto Salvi huyó de Turín, con un maletín que contenía cuatrocientos mil dólares. Pero el maletín también contenía documentación sobre el destino de estos fondos, o eso se suponía, así como posibles pruebas que explicaran la razón de su trágico fin. El escándalo del desfalco que se desencadenó cuando Salvi apareció muerto, ahorcado desde un puente sobre el río Támesis, fue una gran calamidad para la banca vaticana. Después de un virulento pleito, el IAR accedió a indemnizar a los inversores originales con la suma simbólica de doscientos cincuenta mil dólares, no como admisión tácita de culpabilidad, sino como gesto de buena voluntad. Ahí fue donde intervino Cessi.

-Permítame que lo adivine, Glenn -dijo Cessi, con la cabeza apoyada en el respaldo de su silla-. Por fin ha aparecido alguien con el maletín de Salvi y ahora hay que pagar una fortuna.

-Tiene razón sólo a medias -respondió Roche-. Han surgido noticias respecto al maletín, pero no al maletín propiamente dicho. Al parecer tuvo lugar una conversación, en la que participó cierto obispo, un joven miembro del IAR y un experto en finanzas de la Europa oriental llamado Karol Novacy, el cual no ha revelado los nombres de los demás participantes. Pero tanto era su anhelo por conseguir el maletín de Salvi que, después de una apresurada llamada telefónica a Roma, les extendió a sus interlocutores un cheque al portador. En círculos financieros se husmeó la noticia. Cuando eso sucedió, se cobró el cheque y todo el mundo desapareció. Descendió un manto de absoluto silencio sobre Novacy y el maletín.

La historia era intrigante. No obstante, dada su preocupación por Tricia, su interés por el bienestar de Chris y las incesantes llamadas de Traxi Le Voisin, Cessi no vio ninguna razón para involucrarse.

-Creo que ya habrá adivinado la razón, Cessi -insistió Roche-. El propio Novacy está sano y salvo en el santuario soberano del Vaticano. El mundo entero espera conseguir todavía el maletín de Salvi. Y también les encantaría echarle el guante a Novacy. Pero la crisis del Banco Vaticano obedece a que el cheque de Novacy ha puesto en peligro la liquidez del IAR.

Roche tenía razón. Cessi lo había adivinado. Una vez más, se trataba de socorrer al IAR.

Incluso en circunstancias normales, Cessi no tenía ningún inconveniente en aprobar los movimientos financieros que Glenn proponía. Pero las circunstancias concretas en las que se producía la apelación del Vaticano para una nueva intervención de los Gladstone, agregó de pronto una nueva fascinación a la situación. Se le ocurrió que si los millones de los Gladstone habían sido útiles al IAR a lo largo de los años, podía pensar en expresar su opinión a cambio. Después de todo, razonó, ahora tenía un hijo destinado permanentemente en la Roma de los papas. Y las cosas habían empeorado de tal modo

en su país que, a pesar de su fervor de *sede vacantiste,* a lo mejor Traxi Le Voisin tenía razón. No tardarían los fieles en quedarse sin ningún sacerdote.

-Le diré lo que voy a hacer, Glenn -respondió Cessi, en un tono decididamente pícaro-. Firmaré los nuevos documentos. Pero en esta ocasión, quiero hacerlo en Roma. Y en esta ocasión quiero sentarme cara a cara con el doctor Giorgio Maldonado y con el cardenal Amedeo Sanstefano.

Maldonado era un banquero seglar que dirigía el IAR. Y como director de la prefectura vaticana de asuntos económicos, la mítica PECA, el cardenal Sanstefano administraba todos los títulos económicos y financieros de la Santa Sede y ejercía gran influencia tanto dentro como fuera de Roma.

-¿Cree que me recibirán, Glenn? -preguntó Cessi, para tener las cosas claras.

-¡Recibirla! -exclamó Roche, que emitió una carcajada, sorprendido por la pregunta-. Con el lío en el que están ahora metidos, si se presentara en la puerta de su casa a las tres de la madrugada, saltarían de la cama para atenderla.

-Entonces ya está decidido. Claro que tendrá que darme algunas instrucciones para poder hablar de forma inteligente con los funcionarios del IAR. Pasaré por Nueva York de camino al Vaticano, si es necesario.

A Roche lo preocupó dicha propuesta.

-No deje que el virus romano la contamine -advirtió-. Muchos se han estrellado al intervenir en las maniobras secretas del IAR. Pero allí hay algo más. No sólo banqueros inteligentes.

-Si tuvieran banqueros inteligentes, Glenn -protestó Cessi-, no mantendríamos esta conversación después de tan poco tiempo del fracaso de la BNL. Pero estamos de acuerdo en una cosa. Allí hay algo más. O debería haberlo. Tal vez ha llegado el momento de que alguien se lo recuerde. ¿Se ocupará de hacer los preparativos necesarios con la IAR?

Roche no tenía la menor idea del plan que Cessi fraguaba, pero sabía que no le quedaba otra alternativa. Haría los preparativos necesarios. Incluso la acompañaría. Pero con una condición.

-He hecho docenas de visitas como ésta a nuestros asociados extranjeros, Cessi. Me refiero a visitas altamente confidenciales, para tratar de asuntos con graves implicaciones internacionales. Y el asunto del maletín de Salvi está entre las más delicadas. Tanto por lo que concierne a usted como al Vaticano, nuestra visita tendrá que ser breve y secreta. En principio, nadie debe saber lo que sucede. Eso significa que no deberá ver a Christian cuando esté allí, ni siquiera llamarlo por teléfono. Llegaremos. Haremos lo necesario para el IAR. Y saldremos. Todo en una hora romana. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -susurró Cessi-. Haremos lo necesario para el IAR. Y tal vez un poco para la Iglesia.

Cessi Gladstone no era la única persona impulsada por la urgencia de las circunstancias a centrar su vivo interés en los asuntos del Vaticano. Ni tampoco la más poderosa. En el drama de la carrera mundial hacia un nuevo orden político y económico, todos los protagonistas principales comprendían que los próximos dos a cuatro años serían fundamentales para los planes de competencia de Estados Unidos, Europa y la sociedad de las naciones. En otoño de aquel año, uno de dichos protagonistas, el entonces presidente de la junta de los diez en Washington, consideró necesaria la aclaración de la política de la Santa Sede, con especial y particular referencia a la política a corto plazo del sumo pontífice respecto a la Unión Soviética y a su nuevo papel en el mundo. Para llevar a cabo dicha misión, la junta nombró a su director ejecutivo, el almirante Bud Vance. Y el hombre nombrado para efectuar la labor, para tratar el asunto sin rodeos con el papa eslavo, fue el subdirector ejecutivo, el comandante Gibson Appleyard.

En la administración de Washington, donde la comprensión de la política vaticana es casi inexistente, dicho procedimiento tenía sentido. Después de todo, no sólo tenía Appleyard una amplia experiencia soviética como ex oficial de los servicios secretos de la Armada, sino que además había sido elegido por Cyrus Benthoek para participar en la extraña reunión antipapal de Estrasburgo. Y después de oír la carta del papa sobre la «pobre, pobre Europa», leída en la reunión de la CE en Bruselas, Gib fue el primero en plantearse graves dudas sobre la política pontificia en Europa. Eso bastaba para que se le considerara un experto.

La reunión en la que el almirante Vance le dio sus órdenes a Appleyard fue específica en su propósito principal y bastante amplia en su alcance.

-Ambos conocemos la situación en la Unión Soviética, Gib -dijo Bud Vance tras su escritorio de

su despacho de Washington, antes de tomar un trago de café solo-. Pero se me ha ordenado que se lo explique y se lo voy a resumir.

»Conocemos la inestabilidad de Mijaíl Gorbachov a raíz del golpe fallido de agosto. Conocemos las ambiciones de Boris Yeltsin. Conocemos la fuerza persistente de lo que la prensa occidental denomina «la derecha» o «partido conservador» y sabemos que eso son eufemismos para los elementos restantes del Partido Comunista, incluido el aparato civil armado del Estado leninista que todavía sobrevive. Conocemos el caos económico de la URSS. Sabemos lo ambiciosos, volubles y poco fiables que son los miembros de la Iglesia ortodoxa rusa en la mescolanza política. Y sabemos que la población en general, casi ciento cincuenta millones de personas, no tiene ni la menor idea de lo que significa en Occidente «libertad democrática». Tampoco saben lo que quieren, ni mucho menos cómo conseguido.

»Dadas las circunstancias, la junta de los diez considera que sólo es cuestión de tiempo antes de que la antipatía personal y la rivalidad política entre Gorbachov y Yeltsin se ponga de manifiesto. En otras palabras, son conscientes de que deberán tomar una decisión política respecto a su liderazgo.

Appleyard miró a su jefe con una sonrisa. Como madrugador que era, estaba más despierto que su jefe.

-Disculpe que se lo recuerde, Bud, pero no se necesita el genio de la junta de los diez para percatarse de que Yeltsin no olvidará que fue Gorbachov quien lo expulsó como jefe del partido en Moscú y como miembro del Politburó.

-Sea como sea -reconoció Vance-, desde el fracaso de aquel golpe de Estado, la relación entre esos dos hombres se ha deteriorado visiblemente. Mientras Gorbachov siga en el poder, Yeltsin no podrá sentirse seguro. Y si Yeltsin sigue amasando popularidad y poder, Gorbachov será derrotado. Por una parte, hemos apoyado a Gorbachov. Como líder entre los dirigentes europeos, el alemán Helmut Kohl ha seguido fielmente nuestro ejemplo. Al mismo tiempo, también le hemos hecho la corte a Yeltsin. Con mucha discreción, por supuesto. Por ejemplo, ciertos miembros de los círculos de poder lo han agasajado generosamente, bajo los auspicios del Instituto Esalen, en el sur de California.

Gib Appleyard estaba tan familiarizado como Vance con las divagaciones de la política estadounidense. Tanto, que al oír los detalles aquella mañana se sentía impaciente.

-Seamos sinceros. La verdad es que nuestra gente no acaba de ponerse de acuerdo en cuanto al tipo de mundo que realmente quiere después de la guerra fría, ni en el papel que Estados Unidos debe jugar en el mismo.

»En otras palabras, Bud, nuestra gente está dividida. Unos apoyan a Gorbachov y otros a Yeltsin. Pero lo que hagamos respecto a esos dos personajes importa en un aspecto más amplio. Importa para la CE, por ejemplo. Pero ni siquiera allí parece que nuestra política sea clara. Dentro de la administración, y para el caso también en el Departamento de Estado, existe casi una guerra entre quienes aman la CE, los que la odian y aquellos a quienes les parece irrisoria.

-De acuerdo, Gib -suspiró Bud Vance-. Aquí estamos hechos un lío. Pero ahora que lo ha sacado a relucir, establezcamos el vínculo entre la Unión Soviética y la CE. Hablemos particularmente de la decisión de la junta de apoyar a Paul Gladstone.

»A pesar de la influencia de Gladstone, o tal vez gracias a la misma, ésa es una cuestión que debemos resolver. El nuevo espíritu de conquista y expansión de la CE que antes nos amenazaba, ahora lo hace doblemente. Cuando en la actualidad hablan de una gran Europa, no cabe la menor duda de que no sólo incluyen a los Estados originales de la CE sino a todos los Estados europeos que todavía no pertenecen a la misma, además de los recientemente liberados satélites soviéticos y por último algunos o la mayoría de los Estados soviéticos.

»En otras palabras, nos enfrentamos todavía a la posibilidad de un competidor demasiado grande para nosotros en este momento, una CE que aspira aún a convertirse en una gran Europa, que incluirá la totalidad del bloque oriental.

Appleyard sólo podía estar de acuerdo.

-Estamos en la misma situación que en primavera. Queremos la CE, pero no todavía.

-No todavía -reconoció Vance-. No hasta que Gorbachov esté listo para ocupar su nuevo cargo. Nuestra única forma de controlar esta nueva Europa de la CE es mediante la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa. Es decir, la CSCE presidida por Gorbachov.

A Appleyard lo sorprendió que Vance mencionara, casi sin darle importancia, que tanto Estados

Unidos como Gorbachov habían decidido jugarse todas sus cartas geopolíticas a la baza de la CSCE. Pero al mismo tiempo se sintió aliviado de que los peces gordos hubieran optado por fin por una política soviética determinada.

-De modo que si a largo plazo el futuro de Gorbachov está en Europa, el de Yeltsin debe estar en Rusia. Por lo menos de momento. Pero lo que no comprendo es que una reunión cara a cara con el papa eslavo forme parte de los planes de la junta de los diez. Creen que el sumo pontífice es un imbécil. Además, simplemente no les gusta.

-Tampoco aprecian a Yeltsin -respondió Vance, con el entrecejo fruncido-. Pero eso no es lo que importa. El papa eslavo, y subrayo el término eslavo, ha demostrado ser un jugador geopolítico de primer orden. Y tanto en Europa oriental como en Rusia su experiencia personal es tan profunda, tan amplia y tan detallada, que con toda probabilidad puede describir círculos alrededor de nuestros mejores especialistas. Por consiguiente, en nuestra estrategia para apoyar a Yeltsin dentro de Rusia, no podemos permitirnos dejar de contar con el papa. Le guste a uno o no, interviene en el juego. Por tanto necesitamos dos cosas.

»Necesitamos saber qué partido tomará el sumo pontífice, en qué dirección utilizará su influencia, cuando se produzcan los cambios inminentes en la Unión Soviética. Y necesitamos hacerle saber que Estados Unidos no tolerará ninguna injerencia real por parte de la Santa Sede respecto a Gorbachov.

-Indudablemente, todo ello debe hacerse de forma clara pero diplomática -refunfuñó Appleyard.

-Indudablemente. Pero la misión incluye otra cosita.

«No me sorprende», pensó Gib. No parecía lógico mandar a un oficial del servicio secreto para una misión diplomática.

Vance hizo girar su silla y sacó una carpeta del fichero que tenía a su espalda.

-En estos últimos meses nuestro personal ha interceptado una serie de mensajes que sugieren que la Santa Sede interviene activamente en muchos asuntos. Tome a nuestro amigo Paul Gladstone, por ejemplo. ¿Recuerda la información que incluimos en su historial, relacionada con ese hermano que tiene?

-Un sacerdote con el apropiado nombre de Christian -recordó Gib-. Que trabaja parte del año como profesor en Roma.

El almirante Vance hojeó la ficha, hasta encontrar las páginas que buscaba.

-Al parecer ha dejado de ser profesor. De pronto se ha convertido en funcionario, destinado a la Secretaría de Estado del Vaticano. Ha empezado a viajar sin tregua por Europa. Y se entrevista con bastante frecuencia con su hermano, por algún tipo de asuntos oficiales del Vaticano.

"Nos gustaría saber un poco mejor lo que ocurre. Por otra parte, ha emergido otro nombre en los mensajes interceptados. Un sacerdote llamado Angelo Gutmacher que, al parecer, es amigo íntimo de los Gladstone. Además, al igual que Christian Gladstone, ha sido destinado hace poco al servicio permanente de la Santa Sede.

«No creo en las coincidencias. Su vínculo con el papa eslavo por una parte y con los Gladstone por otra es demasiado curioso para pasarlo por alto. No sabemos exactamente cómo clasificarlo. Al igual que ese padre Christian, viaja mucho. Funda capillas consagradas a Fátima. Pero no creemos que eso sea todo. Gutmacher se desplaza entre Alemania, Lituania, Rusia y Ucrania. Permanece poco tiempo en cada lugar. Predica. Bendice estatuas. Cosas por el estilo. Luego cambia de lugar y hace lo mismo.

Appleyard seguía sin ninguna dificultad la lógica de Vance. -¿Entonces cree que esos dos individuos son algún tipo de mensajeros papales? O puede que se dediquen a influir mentalmente en ciertas personas, actuar como espías y organizar redes.

-Tal vez un poco de ambas cosas -asintió Vance-. Pero sabemos por la información interceptada que el papa está en comunicación con Gorbachov. Y en estos momentos eso es fundamental para nosotros. Sabemos que se intercambian cartas, pero no utilizan la valija diplomática ni ningún medio habitual. ¿Entonces cómo lo hacen? Si la respuesta es Angelo Gutmacher, entonces no se trata de un sacerdote itinerante sin importancia -dijo, mientras hojeaba de nuevo la ficha con inesperada impaciencia-. Si quiere que le diga la verdad, Gib, esta idea de acercarse al papa me pone nervioso. No sabemos bastante respecto a él, o a la gente que lo rodea. No puedo olvidar aquella reunión de Estrasburgo a la que usted asistió en primavera. Si aquel grupo se propone seriamente llevar a cabo una insurrección interna contra el papa, quedarán muchas cosas abiertas al mejor postor. Pero no logramos

seguir ninguna pista. No parecen conducir a ningún lugar. Hemos investigado a los sabuesos del Vaticano que estaban allí: el cardenal Pensabene, el cardenal Aureatini, el padre general jesuita y los demás. Pero todos parecen ocuparse sólo de sus asuntos. El cardenal Maestroianni se ha jubilado de su cargo como secretario de Estado, de modo que puede no pertenecer en absoluto a dicho círculo. Y el propio papa ha nombrado cardenal a ese individuo llamado Graziani y lo ha ascendido a secretario de Estado.

»En cuanto al amigo de Maestroianni, Cyrus Benthoek, tiene más contactos entre los poderosos que pelos en la cabeza. Y todos responden sin titubeos por él. En otras palabras, todos parecen incorruptos. El único personaje misterioso de la reunión de Estrasburgo es Otto Sekuler. Todavía lo investigamos, pero de momento no hemos logrado sacar nada en limpio. Vérá lo que hemos descubierto cuando examine en persona la información.

Appleyard escuchaba compasivamente las preocupaciones de Vance. Sentía tanta aversión como el propio almirante por las situaciones inexplicables que colgaran sobre su cabeza. No cabía la menor duda de que se le había invitado a Estrasburgo para recibir un mensaje extraoficial. No obstante, si Bud estaba en lo cierto y nada había surgido de la confabulación de Estrasburgo en los varios meses transcurridos desde mayo, eso significaba que las dagas se habían desenvainado en el interior de la administración vaticana. Eso era interesante, pero también aplicable en la actualidad a cualquier administración del mundo.

-Escúcheme, Bud -intervino finalmente Gib, para interrumpir las especulaciones de su colega-. El hecho de que sepamos que se puedan estar fraguando problemas alrededor del papa, nos coloca en una situación algo más ventajosa que antes. Sabemos lo suficiente para mantener los ojos abiertos. Pero este sumo pontífice es quien de momento lleva la batuta. De modo que la junta tiene razón. Él es la persona con quien debemos tratar. Dejemos que nuestro hombre en Roma se ocupe de organizar una reunión con el papa. Yo me trasladaré a Roma unos días antes y procuraré averiguar algo respecto a esos dos curas deambulantes: Gladstone y Gutmacher. ¿Quién sabe? Si seguimos investigando, puede que una cosa conduzca a otra.

-Esperemos que así sea -respondió Vance, que empujó la ficha con su escasa información por encima de la mesa en dirección a su colega-. Bien, comandante -agregó con una pícara mirada que rompió la tensión-. Esto nos deja con sólo una pregunta esta mañana. ¿Está usted preparado para celebrar una reunión cara a cara sobre política soviética con el hombre que ha provocado la caída del muro de Berlín?

-¡Preparado! -y Gib sonrió-. ¡Me muero de impaciencia!

A Appleyard le costaba creer en su suerte. No había sido sólo la reunión de Estrasburgo lo que había despertado su interés por el papa eslavo. Desde aquel día en Bruselas cuando el meticuloso británico Herbert Featherstone Haugh había leído la enigmática carta del sumo pontífice ante la junta de selección de la CE, desde que había oído aquellas palabras del papa que reflejaban su propia idea respecto a la «pobre, pobre Europa», Gib anhelaba la oportunidad de explorar la mente pontificia. Averiguar si era realmente un pensador geopolítico independiente. Descubrir si a él tampoco le convencía el actual fervor europeo, para convertirse en la fuerza que construiría el nuevo orden mundial.

De hecho, Appleyard no se esperaba una oportunidad semejante. Por consiguiente, había decidido penetrar en la mente del papa mediante un estudio de sus principales discursos y artículos publicados. Y cuanto más leía, más intrigado estaba.

Dadas sus propias tendencias intelectuales, matizadas como estaban por los elementos místicos de su masonería rosacruciana, Appleyard no pudo evitar sentirse alentado por algunas de las cosas que descubría. Tampoco tuvo la sensación de que su enfoque no fuera en modo alguno profesional. Cualquiera se habría percatado de que cierta coordinación entre la política del papa y la estadounidense sería beneficiosa para ambos, a condición de que, por lo menos a corto plazo, la Santa Sede y la logia compartieran los mismos objetivos. Las declaraciones públicas de cualquier estadista de nivel mundial facilitaban sólo cierta información. No obstante, Appleyard había logrado formar una idea bastante específica en su mente del papa eslavo. No cabía la menor duda de que el sumo pontífice era un hombre muy educado, con un nivel intelectual de un calibre inusual. Era un dirigente moderno y con tanta

experiencia como cualquier jefe de Estado seglar. Había incluso indicios de que hubiera dado un paso secreto en el vacío, para alejarse del vínculo irracional a creencias primitivas y acercarse al terreno de la razón humana.

El problema estribaba en que había también contradicciones respecto a aquel papa que desconcertaban a Gib. Encontró pruebas documentales, por ejemplo, de que el papa eslavo veía todas las religiones como auténticos caminos de salvación espiritual. Aceptaba incluso el vudú africano, el animismo papuano y el milenarismo de los testigos de Jehová. Pero lo importante en la práctica para el estadounidense era que el sumo pontífice no manifestara en absoluto la insistencia habitual, en que todos los hombres y mujeres se convirtieran al catolicismo.

En el aspecto seglar, el papa eslavo había demostrado estar muy por encima de los «unimundistas», los «ciudadanistas» y los impulsores de la «nueva era». Ello indicaba, por consiguiente, que llevaba una enorme ventaja respecto al concepto de «global dos mil» de Jimmy Carter y al del Club de Roma.

No obstante, Appleyard descubrió innumerables pruebas en los escritos publicados del papa, de las diferencias categóricas radicales que habían enfrentado la Iglesia a la logia en tiempos modernos. Así como contradicciones con la política estadounidense. Al igual que la logia, y la propia Iglesia a lo largo de toda su historia, el papa eslavo se negaba a reconocer fronteras entre territorios, pueblos o culturas. Como universalista intrínseco, el sumo pontífice incluía todos los países, todas las naciones y todas las personas en sus ambiciones. Conservaba el carácter trascendente que proclamaba su Iglesia, para nutrir y desarrollar la naturaleza espiritual y moral de la humanidad, brindar al hombre las mejores enseñanzas sobre la vida en común, el desarrollo espiritual y los valores éticos y, de ese modo, establecer la paz mundial y prosperar. Todo aquello era algo que el papa compartía con la logia. Pero al examinar con detenimiento los escritos y discursos del papa, Appleyard descubrió una gran diferencia junto a la cual empalidecían todas las similitudes.

El sumo pontífice insistía una y otra vez en el objetivo católico de ayudar a los hombres y mujeres a alcanzar una meta, distinta y superior a la naturaleza humana y a las habilidades naturales. Insistía en la vida sobrenatural del alma, que se alcanza sólo cuando acaece la muerte física y el individuo se traslada a otra dimensión merced a un acto gratuito de Dios. Era dicha dimensión sobrenatural a la que aspiraban los católicos y al parecer aquel papa, lo que no encajaba con el ideal masónico moderno de perfeccionar la naturaleza humana dentro de los límites observables y alcanzables del cosmos.

Una de las muchas razones por las que Appleyard valoraba la masonería y la forma de vida masónica era la belleza humanista de su pensamiento y su lenguaje. La masonería no era un sistema metafísico. No era un dogma. No era la revelación mística definitiva de una verdad única e inmutable. Era una forma de vida mediante la cual el individuo adquiría los instrumentos simbólicos indispensables para alcanzar de manera permanente una mayor perfección en la localización e identificación de la inteligencia suprema, presente tras la fachada del cosmos.

Por el contrario, y a pesar de toda la belleza y del maravilloso humanismo de su tradición, el catolicismo romano conservaba e incluso dependía de ciertos elementos discordantes, ausentes de la masonería. Había un niño tembloroso en un establo, hijo de padres indigentes. Existía la figura contorsionada de un hombre crucificado, que moría ahogado por su propia sangre. Estaba el Cristo resucitado, que desaparecía tras una aureola en el firmamento. Y el dogma absoluto sobre lo que algunos de los amigos más vulgares de Appleyard denominaban «paraíso en las nubes después de la muerte».

El propio Appleyard nunca pensaba ni se expresaba en términos tan caricaturescos; se lo impedía su empatía. Pero sabía que el camino masónico tenía más sentido. Era la confianza clara, racional y sosegada en la creación humana de una sociedad pacífica, justa y fraternal, lo que dotaba a la masonería de su belleza y encanto humanista. Incluso cuando trataba de las necesidades y exigencias más acuciantes de la política estadounidense, Gib siempre se había inspirado en el ideal del Templo. Y siempre se había mantenido fiel al solemne juramento que había marcado su propio ingreso en el grado trigésimo de la masonería escocesa, los caballeros de Kadosh, hacía unos veinte años. El compromiso a «obedecer rigurosamente los estatutos y las orientaciones de este temible tribunal... que por el presente reconozco como mi juez supremo».

Era de suma importancia para Appleyard, como hombre y como masón, encontrar lo que parecía ser una actitud pareja en los escritos del papa eslavo. Aquel hombre estaba dotado de una dimensión que

se ajustaba como un calcetín a la mente de Appleyard. Una pureza en su visión y una dedicación a sus propósitos, que no había encontrado en ningún otro dirigente mundial.

Lo que era sorprendente e incluso atractivo para alguien tan idealista como Appleyard, era la dedicación constante del papa no sólo a la estrategia geopolítica, sino a las necesidades estratégicas de la propia vida. El sumo pontífice se preocupaba por todo. Las deficiencias de la política agraria. Las responsabilidades y los valores de la sociedad democrática. La irresponsabilidad científica, el derecho al agua, los sindicatos, las viviendas, la atención médica, la genética, la astrofísica, el atletismo y la ópera. El mero impacto con que ajustaba sus palabras a las culturas de más de ochenta naciones era algo admirable.

Tan impresionado estaba Appleyard conforme se acercaba el día de su viaje a Roma, que tuvo que recordarse a sí mismo que, durante su conversación con el Santo Padre, sería inconcebible mencionar la reunión antipapal de Estrasburgo sin buenas y suficientes razones de Estado para ello. Sin embargo, no podía evitar preguntarse cómo a los prelados que había conocido en dicha reunión había podido pasarles inadvertido el calibre gigantesco del papa eslavo como dirigente. Esperaba la reunión con mucho optimismo.

Al contrario de los principales protagonistas del impulso global hacia un nuevo orden mundial, el cardenal de Centurycity no miraba en ningún sentido a Roma. En realidad, a excepción de cierto grado de protección mutua, lo único que su excelencia quería del Vaticano era que no se entrometiera en el funcionamiento de su bien engrasada maquinaria.

Como era natural, de vez en cuando era preciso hacer alguna excepción. Por ejemplo, para asistir a la consulta teológica especial a la que se le había llamado desde Roma. Sus buenos amigos los cardenales Maestroianni y Pensabene le habían presentado un convincente argumento para que cooperara íntimamente con ellos en la fundación de una nueva junta de asuntos internos, dentro de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos.

Al cardenal de Centurycity le atraía la idea de dicho proyecto. En el propio seno de la CNOC, la nueva JAI de su eminencia sería fundamental para la formulación de un criterio común entre los obispos estadounidenses y los obispos de la Iglesia en general, sobre el importantísimo asunto de la unión apostólica entre ellos mismos y el papa eslavo.

Su primera labor a su regreso a Centurycity había consistido en crear los elementos básicos de su nueva JAI. Es decir, elegir a los obispos que se convertirían en principales «facilitadores de alto nivel» para el cardenal. Cada uno de los cinco obispos residentes seleccionados sabía por qué su eminencia lo había elegido. La primera consideración en todos los casos era su talante moral. Su eminencia conocía las debilidades de cada obispo y utilizaba dicha información sin reparos. La segunda consideración era la visión que cada uno de ellos tenía de los asuntos de la Iglesia.

El mejor ejemplo de idoneidad lo constituía el obispo de Connecticut, Kevin Rahilly. Su franqueza celta, alentada por su persistente intrepidez, le había convertido desde el primer momento en un líder del proceso de desromanización y americanización de las iglesias de su diócesis. Era, por consiguiente, un personaje fundamental. Igualmente idóneo era el obispo Manley Motherhubbe del Estado de Nueva York, cuyos esfuerzos por librar a la Iglesia de lo que él denominaba «sus deplorables y desfasados romanismo y supersticiones» eran perfectamente conocidos.

El segundo hombre del Estado de Nueva York, Primas Rochefort, fue elegido por su excelente disposición. La cualidad principal que le convertía en recomendable era su apetencia por la vida alegre en el aspecto carnal.

El obispo Bruce Longbottham de Michigan parecía un personaje más sustancial. Disponía de una retahíla permanente de disculpas públicas para «los pecados patriarcales y de discriminación sexual» de su Iglesia, y solía vestir con pantalones de diseño y jerséis azul celeste de cuello cerrado. Se ocupó de reunir dicho grupo el más vistoso de los «agentes de cambio de alto nivel» del cardenal: el arzobispo Cuthbert Delish de Lackland City, en Wisconsin, que parecía un mero anuncio viviente de la justicia y la integridad.

Fue asombrosa la rapidez con que su eminencia de Centurycity instruyó a dichos cinco miembros fundadores de su nueva junta de asuntos internos. Indudablemente, el cardenal estaba en su mejor forma cuando presidía una reunión de subordinados, con mano férrea bajo guante de terciopelo. Apenas había

mojado la lluvia el tejado, cuando el cardenal se trasladó a la parroquia de San Olaf en la diócesis de Rosedale, en Minnesota, para una última ronda de instrucciones con sus «facilitadores» episcopales meticulosamente seleccionados. Después de facilitarles información preliminar, celebraría con sus colaboradores la primera reunión plena de su nueva junta de asuntos internos, en el sótano de la iglesia de San Olaf.

Aunque era inusual haber elegido un lugar tan remoto para dicha reunión, también era sensato. Era evidente que no podía celebrarse en el cuartel general de la CNOC en Washington, donde habría llamado la atención de los medios de información. En realidad, a lo largo de toda su existencia, los procesos de la JAI serían estrictamente confidenciales.

El cardenal insistía en que sus colaboradores centrales comprendieran con claridad los métodos operativos que se debían utilizar, para afectar la actitud mental de todos y cada uno de los obispos estadounidenses. La claridad era indispensable para tener éxito. Por consiguiente, el primer punto que debían repasar era la necesidad de una rigurosa compartimentación. Maestroianni y Pensabene habían sido categóricos al respecto, y también lo era el cardenal de Centurycity.

-Esta JAI operará a nivel episcopal -declaró su eminencia, mientras miraba sucesivamente a cada uno de los cinco obispos-. A pesar de que deberán mantener informados a sus superiores, nadie con un rango superior al de obispo estará significativamente involucrado, a excepción de los aquí presentes. Será preciso enseñar, o mejor dicho acostumbrar a los obispos, a pensar como Kevin Rahilly. Deben aprender a pensar al estilo estadounidense. En principio, todas las operaciones de nuestra JAI estarán encaminadas a dicho fin. Además, siempre intervendrán asuntos fundamentales de orden eclesiástico y doctrinal. Por ejemplo, uno de sus obispos auxiliares escribirá un artículo en un buen estilo igualitario estadounidense, donde declarará que ya ha llegado sobradamente la hora de extender la ordenación sacerdotal a las mujeres.

Su propuesta deberá ser apoyada de forma inmediata por un alud de declaraciones en la prensa diocesana, las conferencias públicas y los medios de comunicación en general. El autor del primer artículo se verá obligado a retractarse, sólo de forma temporal, debido a la presión inevitable de la oficina papal. Eso no nos importa. No tiene mucho valor.

»Lo importante será el efecto que surtirá en la CNOC. Debido a que la propuesta inicial procederá de un obispo y al aluvión de muestras de apoyo de base popular, la junta de asuntos internos se verá obligada a aducir las importantes consideraciones divulgadas. Como junta oficial de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos, no podríamos hacer otra cosa.

»Ahora bien, algunos de nuestros obispos tienen todavía cierta tendencia a dejarse influir por las instrucciones de la oficina papal. Y quiero recordarles que cabe esperar una retahíla de intromisiones a lo largo del próximo año, conforme desarrollemos nuestras operaciones. Por consiguiente, quiero hacer hincapié en que la prioridad de esta junta de asuntos internos es precisamente lo que su propio nombre indica: *asuntos internos.* En el territorio delimitado por las fronteras de Estados Unidos, somos la Iglesia. Roma no está dentro de nuestras fronteras, ni tiene cabida entre nosotros. Los miembros de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos dependerá de nuestra JAI, para determinar la actitud oficial de acuerdo o en desacuerdo con la Santa Sede.

Todos volvieron la cabeza cuando el secretario personal de su eminencia, el apuesto padre Oswald Avonodor, se asomó a la puerta de la sala y anunció que los invitados a la reunión general de la JAI habían llegado y esperaban. La llamada llegó en el momento oportuno. Su eminencia sabía que había dicho lo necesario.

Los obispos siguieron alegremente al cardenal a la sala del sótano, donde el calor de las treinta y pico de personas que los recibieron contrarrestaba con más eficacia el frío reinante que la precaria calefacción de la iglesia. Todos y cada uno de ellos se sentían alentados por el fervor de unos cruzados, unos pioneros, una élite vanguardista. Compartían el entusiasmo de un grupo selecto que proyectaba grandes acontecimientos. Por lo menos en lo concerniente a la propuesta central de dicha reunión, la de que el papa eslavo debía adaptarse al bien de la Iglesia, todos sus corazones latían al unísono.

Desde un punto de vista técnico, los presentes, incluida su eminencia el cardenal de Centurycity, eran invitados del obispo Raymond A. Luckenbill de Rosedale. Y como era de esperar, el campechano obispo estaba rodeado de media docena de campechanos párrocos de su diócesis y de su campechano canciller. Sin embargo, nadie se confundía en cuanto a quién llevaba la batuta. No obstante, como para

ponerlo de relieve, su eminencia el cardenal de Centurycity iba acompañado no sólo del padre Oswald Avonodor, sino del conocido sicario del cardenal, el obispo auxiliar Ralph E. Goodenough, un individuo corpulento, de doble mentón y medio calvo, con una voz ronca y unos pequeños ojos calculadores, propios de un matón de sala de noche.

La sesión progresó de forma ordenada. Cuando su eminencia pronunció sus nombres, las tres dirigentes más destacadas del movimiento feminista estadounidense entre las religiosas se pusieron de pie sin moverse de su lugar para ser reconocidas por sus notables contribuciones a la Iglesia estadounidense. La hermana Fran Fedora, de la Costa Oeste, lucía un resplandeciente atuendo litúrgico negro y púrpura. El aspecto de la hermana Helen Hammentick de Nueva Orleans, con su sobrio traje chaqueta, empalidecía junto a la primera. La hermana Cherisa Blaine de Kansas City era ya famosa por la introducción de ritos indígenas en la liturgia eclesiástica.

Los siguientes en ser presentados fueron un representante de la mayor asociación estadounidense de los autodenominados «ex sacerdotes» y un destacado miembro de Dignity, la organización católica de clérigos y seglares homosexuales activos. Después de la presentación y saludo de los invitados especiales, se le pidió a la hermana Fran Fedora que abriera la sesión con una plegaria. La hermana invocó la bendición matriarcal de la madre tierra y de Sofía, diosa de la sabiduría.

Concluida la invocación de la hermana y después de un amén rutinario, su eminencia dirigió su atención al conjunto de obispos residentes y auxiliares reunidos, de unas veinte diócesis de todo el país. Cada uno de ellos había sido elegido personalmente por el propio cardenal, o por uno de los cinco miembros de su grupo central con el beneplácito de su eminencia, para formar parte de la JAI.

-Bienvenidos. -Y su eminencia sonrió formalmente-. Doy la bienvenida a los miembros e invitados de la JAI de Estados Unidos.

Aplauso.

-A mi instancia -prosiguió el cardenal, mientras gesticulaba imperiosamente en dirección a su distinguido colega de Lackland City-, el arzobispo Delish ha preparado un informe de gran utilidad para todos ustedes.

El arzobispo Cuthbert Delish se levantó de su silla como la propia personificación de la justicia, dispuesto a separar las ovejas de los corderos.

-Podemos estar seguros de dos cosas -declaró-. En primer lugar, existe una pequeña mayoría de obispos en este país que duda de la posibilidad de una unión eficaz con el papa actual. En segundo lugar, los que están abiertamente en desacuerdo con dicha mayoría son pocos. Ésta es la sólida base sobre la que empezamos a trabajar.

Era correcto, como lo señalaba Delish, que «cierta porción de disidentes era buena señal». No obstante, parecía sensato leer una breve lista de los más perturbadores entre dichos disidentes, y una lista más extensa de los que el arzobispo describía como «indecisos».

-Hasta ahora -prosiguió el arzobispo, para entrar en la segunda parte de su informe-, cada uno de nosotros ha gozado de cierto éxito con el hábil estímulo y desarrollo de nuevas costumbres y actitudes, entre el clero y entre los laicos. Sin embargo, a partir de ahora deben acostumbrarse a oír nuestras discrepancias con las instrucciones de la oficina papal. Debe convertirse en una característica normal de la vida católica el hecho de que nuestras parroquias discrepen de las directrices romanas y opten por seguir tranquilamente su propio camino.

El arzobispo Delish amplió dicho concepto con ejemplos de sermones que se podrían pronunciar, artículos que se podrían publicar, entrevistas, la formación de grupos públicos de encuentro, y medios de comunicación de fácil acceso.

-Lo importante es recordar -concluyó- que cuando las costumbres estén establecidas y las actitudes ya inculcadas, ¿qué podrá hacer Roma al respecto?

La respuesta fue una explosión de risa controlada, pero segura de sí misma. Sólo el obispo Rahilly de Connecticut sintió la necesidad de ampliar los comentarios de Delish.

-Sólo quiero agregar lo siguiente: no tenemos por qué anunciar nada como nuevo o innovador. Basta con hacerlo. Así fue como actué en mi diócesis con la modernización de la misa. No les comunicamos a los feligreses que íbamos a cambiar, simplemente lo hicimos. Y los feligreses se adaptaron como obedientes corderos. Es así de simple.

El arzobispo Delish asintió complacido por la aportación de Rahilly. Luego se dirigió a los

invitados especiales y les recomendó «persistencia discreta en la acción» y les aseguró que contaban con el apoyo de la nueva junta de asuntos internos de la CNOC. Entregó una copia de la lista de los obispos disidentes a los miembros permanentes de la JAI y a los «agentes de cambio».

Su eminencia de Centurycity, que nunca se había andado con remilgos, se puso abruptamente de pie, dio un solo aplauso para sellar el consenso y, con el padre Oswald Avonodor pegado a sus talones, se dirigió a la puerta.

El obispo auxiliar del cardenal, Ralph Goodenough, se quedó sólo el tiempo suficiente para examinar a los presentes con sus pequeños ojos de esbirro. Las tres monjas asistentes intentaron hacerle bajar la mirada. El obispo Luckenbill le brindó una amable sonrisa. Los demás obispos toleraron la amenaza implícita en la mirada, como una salsa innecesaria para completar el plato. El obispo Goodenough tardó sólo un par de minutos en seguir los pasos de su eminencia y reunirse con él en la limusina que los esperaba. Estaba todo bajo control.

-¿No nos había asegurado, eminencia, que estaba todo bajo control?

Furioso pero indefenso ante el descontento evidente en la voz del guardián, el cardenal de Centurycity cerró con fuerza la mano alrededor del auricular de su teléfono rojo, hasta que le quedaron los nudillos blancos como la nieve. De regreso en su residencia, para relajarse de la tensión de su viaje a Rosedale, había cenado tranquilamente y luego se había instalado en su estudio, para actualizar algunos papeles. Lo último que necesitaba era que el timbre del teléfono rojo de seguridad, instalado en una caja especial en su escritorio, quebrantara la paz de su mente. Sin la menor idea sobre lo que pudo haber despertado la ira del guardián y en todo caso no dispuesto a suplicar, su eminencia guardó silencio ante lo que era una acusación y un reproche.

-Usted nos aseguró -aclaró el guardián- que su forma de resolver el caso Scalabrini era segura. Si mal no recuerdo, sus palabras exactas fueron: «Todo está bien cuando tiene un final feliz.» Su eminencia sintió que se le vaciaba el rostro de sangre. -Lamentablemente -prosiguió el guardián-, el asunto no ha quedado en absoluto zanjado. Según nuestra información, el individuo que se ocupó de Scalabrini podría estar a punto de «cambiar de opinión», como lo hizo el propio Scalabrini. Debe resolver este asunto, eminencia. Ahora, de un modo definitivo. De lo contrario, podrían surgir problemas. Problemas para todos nosotros.

Un *clic* y el tono de marcar reemplazaron la voz del guardián. Su eminencia frunció el entrecejo. Luego, cuando las ideas empezaron a ordenarse de nuevo en su mente, pulsó un timbre para llamar al padre Avodonor. Cuando el joven sacerdote se levantó de la cama y apareció en la puerta del estudio, en pijama y albornoz, el cardenal sabía muy bien lo que debía hacer.

-Llame al obispo Ralph Goodenough -ordenó-. Quiero verlo aquí a primera hora de la mañana.

-Muy bien, eminencia.

-Y otra cosa. Dígale a Goodenough que prepare el equipaje para una noche. Quiero que coja un vuelo temprano a Detroit.

SEGUNDA PARTE

Crepúsculo papal

Liturgia romana

VEINTIOCHO

El hecho de que Appleyard hubiera logrado vislumbrar aunque sólo fuera una mínima expresión de una política papal consistente, debería haberle proporcionado una ventaja respecto a los demás estrategas geopolíticos de Washington y del mundo entero, sin olvidar además a los expertos del Vaticano. Sin embargo, pudiera ser que su mayor ventaja consistiera en comprender que había llegado el atardecer para el papado romano, así como lo había hecho con toda seguridad para la alianza de la OTAN, para la Comunidad Europea, para la Institución Angloamericana, para la hegemonía mundial de

Estados Unidos y para los soñadores utópicos del socialismo marxista en las postrimerías del siglo XX. Sobre las cabezas de las naciones se cernía ahora un día largo, tedioso y agonizante. La perspectiva clara y fiable del día cedía el paso al crepúsculo. Empezaba a ser difícil la percepción clara incluso de los objetos más familiares. De las sendas crecientemente tenebrosas de las naciones empezaban a emerger ahora y a manifestarse el temor a la disolución, el concienciamiento de enemigos mortales todavía no identificados, la ignorancia respecto al futuro inmediato y un descontento creciente con las condiciones existentes.

Para Appleyard, la volubilidad de la voluntad de las naciones ante situaciones como las de Bosnia y Ruanda indicaba que se había desvanecido la claridad ética emergente de la segunda guerra mundial. Y calificaba a su vez el intermitente papado del papa eslavo de firmeza intransigente y obstinada sobre la moralidad sexual, que oscilaba entre una aparente relajación de los antiguos preceptos dogmáticos, sobre quién sería merecedor de la gloria del Cielo y quién tenía la última palabra en la Tierra. El papa, envuelto progresivamente en las tinieblas de su crepúsculo, jugaba con la percepción global y, minuto a minuto, convertía el progreso en algo más peligroso. El crepúsculo papal envolvía a todos aquellos, amigos, colaboradores y enemigos, relacionados con su papado. A fin de cuentas, cuando la oscuridad de la noche se cerniera sobre aquel papado, sería difícil decidir quién merecía mayor compasión: ¿las masas de fieles católicos? ¿Los que se sacrificaban personalmente para servir al papa eslavo? ¿O el propio papa?

Era cierto que había quienes en el Vaticano y en el mundo en general se alegraban del crepúsculo, como feliz compañero en su propia trayectoria extremista. Para el cardenal Cosimo Maestroianni y su creciente cuadro de colaboradores, el sol parecía estar a punto de iluminar sus planes. Después de todo, el papa era incapaz de gobernar de forma eficaz la Iglesia universal.

Además, la maquinaria diseñada para presionar al papa y obligarlo a dimitir, por la unidad de la Iglesia y por su propio bien, había adquirido prácticamente una vida propia. Las nuevas juntas de asuntos internos que se creaban dentro de las conferencias nacionales y regionales de obispos alrededor del mundo se convertían en la mayor palanca y la más perfecta de la maquinaria antipapal.

Nadie entendía mejor que Maestroianni que Europa debía ser el resorte clave del mecanismo antipapal. El catolicismo, en este antiguo bastión de cristiandad, gozaba de un prestigio especial más allá de la teología y la devoción, profundamente arraigado en la vida social, cultural y política. En efecto, no había habido época alguna en que las jerarquías europeas no estuvieran íntimamente involucradas en política nacional, europea y universal.

Por consiguiente, en principio parecía fácil alinear las conferencias de obispos europeas, nacionales y regionales, en lo concerniente al voto del criterio común. Bastaría con realzar sus divisiones, al tiempo que se los presionaba hacia una situación de «politiqueo», y los obispos europeos reaccionarían de forma previsible. Conquistada Europa, el consenso en el resto del planeta sería una de las pocas certezas en un mundo de incertidumbre. Su eminencia de Centurycity garantizaría la victoria en Estados Unidos, porque las conferencias de obispos regionales y nacionales estadounidenses le pertenecían. En cuanto a los canadienses, la opinión general del Vaticano era que seguirían los pasos de los estadounidenses al cabo de unos seis meses. En Suramérica, los estragos de la teología de la liberación se habían mezclado con la espiritualidad y las liturgias posconciliares, hasta provocar una honda fisura entre el papa eslavo y las conferencias nacionales y regionales de obispos. En cuanto a los continentes asiático y africano, sus conferencias de obispos seguirían fácilmente la corriente, ya que, al igual que los americanos, la historia de los africanos y de los asiáticos se caracterizaba por una actitud de emular al lídel respecto a Europa.

Si era cierto que los obispos europeos eran la clave del éxito del consenso mundial, también lo era doblemente la idea inspirada por Cyrus Benthoek de utilizar la Comunidad Económica Europea como resorte de persuasión episcopal respecto a los obispos europeos. No muchos obispos, incluso entre los más retrógrados, persistirían en resistirse a las ventajas políticas y prácticas que se les ofrecerían, ni desearían quedarse al margen de la gran Europa que construía la CE. No muchos persistirían en discrepar de los demás obispos. Con el padre Christian Gladstone, que preparaba a los obispos europeos a las órdenes de Maestroianni, y el acceso que facilitaba el secretario general Paul Gladstone a los comisarios de la CE y al Consejo de Ministros europeos de Exteriores, la fiesta estaba servida.

Sensatamente, su eminencia Maestroianni empezó a pensar en la elaboración de una lista de candidatos apropiados para sustituir al papa eslavo. Había llegado sin duda el momento de que Maestroianni hablara con el cardenal secretario Giacomo Graziani, para asegurarle el casquete rojo al padre general Coutinho. Además de algunos otros. Tampoco era demasiado pronto para perder de vista a alguien como el maestro general de la orden dominica, para empezar. El padre Damien Slattery era más que una molestia personal para el cardenal Maestroianni, era uno de los pocos jerarcas que apoyaban al papa eslavo.

Por fortuna, el próximo cabildo general de los dominicos estaba previsto para el mes de marzo del año siguiente. En semejantes circunstancias, se había elegido a Slattery como maestro general de la orden. En el próximo cabildo, si la influencia de Maestroianni contaba para algo, la votación le alejaría permanentemente de Roma. Entonces Slattery se convertiría en presa fácil.

Maestroianni no era el único que tenía ideas sobre el personal del Vaticano. Su eminencia Silvio Aureatini se sentía progresivamente molesto respecto al padre Aldo Carnesecca. Desde aquel día de octubre de 1978, cuando ambos se habían reunido con el cardenal secretario de Estado Jean Claude de Vincennes para examinar los documentos de dos papas difuntos, se percató de que podía haberse descubierto alguna prueba relacionada con la ceremonia de entronamiento del príncipe dentro de la ciudadela y haberla puesto en conocimiento del papa de setiembre. Las sospechas de Aureatini se centraban en Aldo Carnesecca.

Aureatini nunca había pasado de la sospecha a la certeza. La prueba incriminatoria había permanecido sepultada en los archivos vaticanos, sin que emergiera el menor indicio a la superficie. No obstante, consideraba que ya no era prudente esperar a que Carnesecca falleciera de muerte natural. Para zanjar aquel asunto se precisaba un método más expeditivo, que su eminencia inició hábilmente una tarde en su despacho de la secretaría.

El cardenal de nariz aguileña le explicó a Carnesecca que el arzobispo de Palermo y los demás obispos sicilianos habían decidido cooperar con la policía italiana y con los servicios secretos de las fuerzas armadas italianas, para lanzar un ataque general contra la mafia siciliana. El Vaticano actuaría como centro de comunicaciones entre los obispos, la policía y los agentes secretos. Se designaría a una persona en el Vaticano, como coordinador de comunicaciones y operaciones. El eslabón más delicado de la operación, el cardenal estaba seguro de que el padre Aldo lo comprendería, era el concerniente a las comunicaciones. Todo el mundo sabía que los teléfonos y el correo no eran fiables. Por consiguiente, se precisaba un mensajero. Alguien con experiencia previa de trabajo clandestino, capaz de desplazarse cuanto fuera necesario de un lado a otro sin llamar la atención, para asegurar todos los puntos de coordinación entre los organismos colaboradores y los obispos.

El calendario era todavía flexible. Hasta que el sistema de mensajería funcionara como era debido, sería imposible concretar la fecha exacta del asalto, el día en que unidades de las fuerzas especiales italianas detendría de forma coordinada a los mafiosos activos. Pero en la mañana de aquel día, en un futuro próximo, serían los propios obispos quienes darían la señal con una carta pastoral que condenaría y excomulgaría a los mafiosos. Se coordinarían también la radio y la televisión, para convertir la doble operación de condena y detenciones masivas en un golpe devastador para la organización criminal.

Aureatini decidió despertarle el apetito al buen padre, con un relato general detallado de la operación proyectada contra la mafia. Examinaron ambos un montón de documentos: mapas, nombres, fechas, lugares de encuentro, contraseñas, estadísticas, detalles del personal, señales de identificación y números de teléfono. Carnesecca hizo algunas recomendaciones basadas en su experiencia previa y su eminencia las aceptó sin titubear.

-Soy novato en esos menesteres, padre -dijo el cardenal, con una sonrisa autodespreciativa-. Es un caso más del perro adulto al camino y el cachorro al charco.

Carnesecca se rió, aunque sabía que Aureatini era ya un consumado sabueso. Además sabía en sus entrañas que algo no cuadraba. Su instinto le indicaba que oculto en algún lugar había un vacío mortífero, una condición peligrosa, un detalle inocuo que lo dejaría expuesto al azar. Sin embargo, nada parecía inusual en las explicaciones de Aureatini, ni en los detalles de los planes que habían revisado juntos. No encontraba ninguna razón lógica que apoyara su preocupación, ni pretexto razonable para salirse de aquella situación.

-Ahora bien -continuó el cardenal Aureatini, para concluir su arenga-, si acepta la misión, no tendrá por qué preocuparse del aspecto de la operación concerniente al Vaticano. Yo seré aquí el coordinador general. ¿Qué me responde, padre? ¿Acepta?

El padre Carnesecca se estremeció casi visiblemente al oír que Aureatini sería el coordinador del Vaticano. Tampoco le gustaba el escaso margen de tiempo que se le concedía. Guardó silencio en cuanto a su primer reparo, pero no al segundo.

-Si todo está a punto de empezar, eminencia, tendré que prepararme de manera apresurada. Las prisas y la precipitación provocan errores fatales...

Aureatini, que no estaba dispuesto a escuchar semejante idea, lo interrumpió.

-Eso no debe preocuparle, padre. Usted ha visto todos los planes. Los que lo apoyarán son expertos. Lo mejor de lo mejor.

-... Pero -prosiguió Carnesecca, como si el cardenal no hubiera hablado- dada la urgencia del caso, eminencia, aceptaré esta misión de la Santa Sede.

El cardenal golpeó el escritorio con la palma de la mano. Qué lástima, pensó, que el cardenal secretario De Vincennes no viviera para saborear aquel momento.

Durante sus primeros meses en el núcleo de confusión fundamental en la Roma crepuscular del papa eslavo, era difícil para Christian Gladstone diferenciar los distintos sectores del Vaticano que pretendían absorberlo. Cada uno parecía tener un programa para él. A pesar de la antipatía instintiva que el cardenal Maestroianni le inspiraba, la sencillez de las instrucciones de su eminencia fascinaban al joven intelectual. Además, era una bendición para él que las exigencias del proyecto M, como había denominado su misión para Maestroianni, fueran agobiantes.

Desde el primer momento, el cardenal le asignó a Gladstone una serie de obispos europeos que debía visitar sucesivamente en pocas semanas, acompañado siempre de un montón de información para estudiar y digerir con antelación. El propósito de cada visita consistía en permitirle completar a Christian un simple cuestionario. Era evidente que ninguno de los obispos veía dicho formulario, ni conocía siquiera su existencia. Pero las preguntas que Gladstone formulaba a lo largo y ancho del continente correspondían a los artículos del documento en cuestión.

Chris comprobó que la mayoría de los obispos a los que visitaba le hablaban con una ingenuidad desconcertante. Pudiera ser que se debiera al manto de autoridad vaticana del que Maestroianni le había hablado. Fuere cual fuese la razón, a Gladstone le llenaban el oído de charla eclesiástica dondequiera que viajara. Descubrió entre los obispos europeos una sensación universal de gran deficiencia en la Iglesia. Una sensación general de que peligraba la unidad de la propia Iglesia. No obstante, Christian tuvo la impresión de que no eran más que eso, puras sensaciones. No detectó una claridad real en las ideas, ni una visión definida. Incluso el propio deseo de unidad papal era indefinido. Todo se expresaba en términos de «quizá». Pudiera ser que los obispos encontraran de nuevo la solidez de la que habían gozado en otra época. Pudiera ser que el Espíritu Santo inspirara en la mente del papa una nueva comprensión de sus dificultades, en sus relaciones con el nuevo mundo que se definía a sí mismo en términos de finanzas y comercio. Quizá... Quizá...

Al mismo tiempo, y a pesar de sus lamentos acerca de la unidad perdida con el Santo Padre, Gladstone también descubrió la fuerza de las conferencias de obispos nacionales y regionales fundadas a raíz del Concilio Vaticano II. Todos los obispos a los que había conocido parecían conceder mayor peso práctico a dichas conferencias que a la Santa Sede. Roma había dejado de ser el reducto de la autoridad, para convertirse en uno de tantos reductos.

Sin embargo, entre todos sus descubrimientos, Christian no encontró el menor indicio de amor ni de respeto por el papa eslavo.

A pesar de la turbación que suponía para él, la imagen de la Iglesia que se forjó en la mente de Christian fomentó la esperanza de que la misión que le habían encomendado estuviera diseñada para alcanzar precisamente lo que su eminencia le había dicho desde el primer momento: «Ayudar a superar los problemas a los que nuestros obispos parecen enfrentarse.» Con dicho propósito en mente, Chris lograba efectuar tres o cuatro visitas episcopales en cada desplazamiento regional. Después de cada agotadora expedición, regresaba apresuradamente a Roma, donde rellenaba los cuestionarios y se preparaba para presentar un informe detallado al cardenal Maestroianni y a otros altos cargos de la

cúpula vaticana.

La presentación de dichos informes le facilitó la primera visión directa de la estructura de poder en la Santa Sede. Hubo incluso momentos aislados en los que le tentó la tenue esperanza de que estaba penetrando en el corazón romano. Momentos en los que casi llegó a creer que Roma, como Ciudad Eterna, le abriría lo mejor de su belleza, lo más antiguo de su sabiduría y el más paternal de sus sentimientos. Momentos en los que creyó que llegaría a vislumbrar sus elevadas puertas de acceso al universo, la inmortalidad de Dios y la radiante gloria que envolvía las rocas eternas. Sin embargo, poco tardaba la realidad en imponerse a cada instante. Siempre surgía algo que le recordaba a Christian su condición de pigmeo forastero, de resorte impersonal en un mecanismo anónimo, de lacayuelo que nunca cruzaría las puertas del privilegio ni se sumergiría en su gloria.

Poco después de un mes de trabajo intensivo, una de dichas sesiones informativas le facilitaría a Gladstone el paradigma perfecto de los dos extremos que definían su primera etapa en el servicio romano. Después de convocarle sin previo aviso a primera hora de la mañana en la secretaría del Vaticano, su eminencia el cardenal Maestroianni le presentó a no menos de siete cardenales como «nuestros valiosos nuevos colaboradores». Estaban presentes el cardenal Silvio Aureatini y el cardenal secretario Giacomo Graziani. Éste saludó a Gladstone con una sonrisa, parpadeó con frecuencia, habló poco y escuchó atentamente. Dos prelados visitantes, el cardenal Lionel Boff de Gran Bretaña y su eminencia Schuytteneer de Bélgica, apenas intervinieron en la sesión y Chris no logró forjarse una idea respecto a los mismos. Por el contrario, el cardenal africano Azande de Costa de Oro le formuló a Gladstone numerosas preguntas de amplio alcance. El cardenal Noah Palombo, que de tan ceñudo llegaba a ser corrosivo, tenía una mente incisiva y no se perdía detalle. Su eminencia Leo Pensabene tenía la curiosa costumbre de realzar toda pregunta con un huesudo dedo en el aire, idiosincrasia que parecía enojar enormemente al cardenal Aureatini, de facciones angulosas. Sin embargo, como inquisidores, Pensabene y Aureatini eran tan meticulosos e incisivos como Palombo, Azande o el propio Maestroianni.

Sin excepción alguna, los cardenales mostraron un sumo interés en la evaluación de Christian de los obispos que hasta entonces había visitado en Francia, Bélgica, Países Bajos, Austria y Alemania. A todos parecía preocuparlos que algunos obispos no comprendieran al Santo Padre. Tan satisfechos parecían los cardenales con las respuestas de Christian, que cuando llegó el momento de retirarse para que deliberaran en privado, el cardenal Azande se puso de pie y estrechó la mano del estadounidense para mostrarle su aprecio.

-Felicidades, siervo fiel y bondadoso. El pueblo chona en mi África natal dice: «Se ha terminado el azúcar.» Pero usted, padre Gladstone, nos ha endulzado la vida. ¡Gracias!

Sería módico afirmar que Christian se sentía alborozado cuando abandonó el palacio apostólico aquella mañana. Con las palabras de Azande frescas todavía en sus oídos, Chris había cruzado media plaza de San Pedro, cuando oyó la voz inconfundible de barítono irlandés del padre Damien Slattery que lo llamaba.

-¿Ya ha almorzado, muchacho? -preguntó el maestro general con una forzada sonrisa, cuando alcanzó a Christian.

Durante el recorrido en taxi y la mayor parte del almuerzo en Springy's, Chris obsequió a Slattery con un relato de los importantes cardenales que con tanto anhelo habían escuchado sus recomendaciones. Damien estaba alarmado del entusiasmo de Chris por el interés que los cardenales habían mostrado en su trabajo para Maestroianni. Estaba claro que el joven estadounidense empezaba a desilusionarse de nuevo, con lo que a su parecer era la despreocupación del Santo Padre por la situación de deterioro de la Iglesia institucional.

-Escúcheme, padre -interpuso el maestro general, aprovechando la primera pausa significativa en el monólogo de Gladstone-. No pretendo destruir sus ilusiones. Esos personajes con los que usted se ha reunido esta mañana podían haber enmendado muchos entuertos en la Iglesia antes de ahora, si se lo hubieran propuesto.

Gladstone movió la cabeza.

-Ése es el quid de la cuestión, padre Damien. Nadie está más sorprendido que yo. Sacrificaría mi

vida al servicio del papado si fuera necesario. Pero en honor a la justicia y hasta donde yo alcanzo a comprender, Maestroianni y los demás intentan por lo menos dominar la situación. El Santo Padre es quien debería responder de haber permitido que se descontrolara la situación.

Slattery no tenía ninguna respuesta, ya que tampoco comprendía lo que esencialmente era una queja sobre la política pontificia. Lo mejor que podía hacer era expresar sus propias quejas sobre el conjunto de cardenales, que habían desviado la atención de Christian con su civilizada persecución de juegos sucios.

-Vamos a ver si lo he comprendido, Gladstone -dijo Damien, con todo el peso de su autoridad-. Según usted, Maestroianni y sus secuaces pretenden restablecer el equilibrio en la Iglesia. ¿Hasta aquí estoy en lo cierto?

Christian ladeó la cabeza y asintió con reticencia.

-Muy bien. Entonces, supongamos por ejemplo que éste es el cardenal Maestroianni -prosiguió Slattery, mientras colocaba su vaso de agua en el centro de la mesa-, y que éste es el cardenal Palombo -agregó, después de vaciar su vaso de vino y colocarlo también en medio de la mesa-. Puede que su rostro no sea atractivo, pero muchos en el Vaticano lo miran con respeto. Aquí tenemos a Pensabene -el dominico agarró el vaso de agua de Christian, para unirlo al círculo simbólico de poder del Vaticano-. Pensabene es el líder incuestionable de la facción principal de la curia cardenalicia. Y aquí está Aureatini. -Representado por el vaso de vino de Christian-. Puede que todavía no alcance la categoría de los demás. Pero Maestroianni lo ha señalado como estrella ascendente, y su trabajo para CARR en la descatolización de los ritos católicos ha marcado una pauta, que le ha dotado de gran prestigio en las incipientes conferencias de obispos en el mundo entero. A no ser que cometa algún error garrafal, algún día podría convertirse en candidato al trono pontificio.

»Esto nos lleva a nuestro viejo amigo el cardenal Giacomo Graziani -siguió diciendo el maestro general, después de elegir un tapón de corcho para representar al quinto personaje-. Como secretario de Estado, es tan inútil para el Santo Padre como la arena en el desierto. No le importa hacia dónde fluya la marea, a condición de figurar entre los vencedores. -A Slattery se le habían acabado los vasos y los tapones, pero no le importaba; en lo que a él concernía, podían olvidarse de individuos como Boff y Schuytteneer-. Y olvidémonos también de Azande -agregó-. Aunque reconozco que sus principios fueron distintos y que es muy simpático. Pero se ha convertido en un adulador, como tantos otros, dispuesto a tragar lo que Maestroianni le ofrezca.

»Ahora bien -declaró entonces el padre Damien, después de colocar contundentemente el salero en el círculo que había formado-, aquí tenemos al Santo Padre, rodeado por los hombres de los que usted se ha enamorado esta mañana.

Christian intentó protestar, pero el maestro general golpeó con su tenedor cada uno de los vasos, cuyos agudos sonidos produjeron un pequeño concierto desafinado.

-Si esos cinco bastiones de poder del Vaticano desearan la armonía y el equilibrio de la Iglesia, le aseguro que Boff, Azande y Schuytteneer se unirían inmediatamente al coro. A decir verdad, entre todas las personas a las que ha conocido durante sus viajes a lo largo de los dos últimos meses, no habría una sola nota discordante.

-Ahora vamos a ver si yo lo he entendido, Slattery -replicó Chris, en un tono tan desafiante como el del dominico-. Según usted, el Santo Padre está rodeado de una especie de cábala. ¿Me equivoco? El hombre a quien tenemos como papa, que ha recorrido un millón de kilómetros alrededor del mundo, que conoce a todos los líderes políticos y religiosos existentes, y probablemente más conocido que cualquier otro personaje famoso, está tan acorralado e indefenso como ese salero.

El dominico se reclinó en su silla. Para bien o para mal, había expresado su opinión.

-No lo creo, padre Damien. Para empezar, no sé qué beneficio podría aportarles a Maestroianni y a los demás atarle las manos al papa, mientras la Iglesia se sumerge en tan lamentable estado. No pretendo conocer la respuesta al enigma papal. Pero su teoría no es convincente.

El problema de Chris en aquel momento consistía en no poder formular preguntas definitivas acerca de su propia misión para la Secretaría de Estado, sin quebrantar el edicto departamental al que estaba sometido. Para Slattery, en todo caso, el problema consistía en desconocer las respuestas. Maestroianni era un maestro en el arte de esconder sus cartas. Damien no tenía la menor idea sobre el beneficio que pudiera obtener el pequeño y astuto prelado.

Por consiguiente, a fin de cuentas decidió ofrecerle a Gladstone el género de consejo que probablemente recordaría en el momento oportuno.

-Escúcheme, muchacho -suspiró el clérigo vestido de blanco-. Le he contado lo que pienso sobre las personas con las que trabaja actualmente en la secretaría. Ahora permítame que le diga sólo dos cosas acerca de trabajar con el Santo Padre. Lo primero es lo siguiente y no lo olvide: su santidad confía en usted. Lo segundo es que no existe introducción alguna al trabajo papal.

»Usted se queja de la insignificancia de las misiones que se le han encomendado desde su entrevista con el papa y comprendo su impaciencia por entrar en materia. Usted no es el único, créame. Pero el caso es que él lo llamará cuando considere que puede ser útil. Entonces, si sucede, deberá usted decidir lo que le responde. Con toda libertad. Y cuando lo llame, puede que sea la primera de muchas veces, en cuyo caso aprenderá sobre la marcha. O también es posible que lo haga por primera y última vez.

Christian miró aturdido a su compañero, sin decir palabra. No era el consejo de Slattery lo inesperado, ni siquiera que destruyera de pronto su ilusión en cuanto a la perspectiva de una misión papal inminente, sino el hecho de que las palabras de Damien parecieran un sabio consejo de despedida, una especie de legado intelectual. Gladstone no era muy dado al chismorreo, pero ni siquiera a un extraterrestre le habrían pasado inadvertidas los incesantes rumores de que el mandamás de la orden dominicana tenía los días contados. ¿Sería cierto entonces?

El padre Damien no era un hombre que se andara con remilgos, ni siquiera cuando él era el principal afectado.

-Los rumores son ciertos, padre. El cabildo general se reunirá el próximo marzo en la ciudad de México. Cuando concluya, la orden tendrá un nuevo maestro general.

-¿Y entonces? -se sintió obligado a preguntar Christian, aunque ya conocía la respuesta.

-Creo que entonces me destinarán a otro lugar. Dentro de pocos meses, estaré tan lejos de aquí como mis enemigos logren mandarme. Probablemente en algún recoveco infernal, que sólo los hijos corruptos de santo Domingo serían capaces de ingeniar.

-Podría estar equivocado, padre -protestó Chris estupefacto, sin el menor vestigio de esperanza, ni de creencia en la antiquísima sabiduría romana o su sumo sentimiento paternal de antaño.

-No deje de soñar -respondió Slattery con dolor en la mirada, mientras contemplaba el círculo silencioso de vasos de agua y de vino en el centro de la mesa-. ¿Recuerda que el padre Carnesecca siempre dice que el enemigo está dentro de las murallas? Él lo ha visto todo y llama a las cosas por su nombre. Controlan los resortes del poder. Y si siguen saliéndose con la suya mucho tiempo, nos eliminarán a todos. En cualquier caso, nunca hemos tenido aquí mucha influencia. Estoy seguro de que usted lo sabe.

Sin proponérselo, Christian movió indignado la cabeza.

-Pero usted debe tener algún poder de decisión, padre. Debe de haber algo que puede hacer. ¿No podría apelar directamente al Santo Padre...?

A Gladstone casi se le atragantaron las palabras, al contemplar a su vez el cuadro de impotencia pontificia que Slattery había ilustrado sobre la mesa.

El padre Damien vio cómo la incredulidad inicial de Christian se convertía primero en indignación y luego en ira. Cuando empezaba a resultarle insoportable, de pronto llamó a Springy para firmarle la cuenta y le dio una cariñosa palmada en la espalda a Gladstone, mientras se dirigían entre las abigarradas mesas a la calle, donde brillaba tímidamente un sol invernal.

-Vamos, muchacho. No olvide que todavía me queda un poco de tiempo. Roma no me ha perdido aún de vista.

Pero aquel día Christian no lograría concentrarse en su trabajo. Excepcionalmente, lo defraudó la disciplina intelectual de su mente. Una y otra vez divagaba al recordar el dolor que había presenciado en el rostro del maestro general. Una y otra vez intentó imaginar lo que sentía un hombre al saber que iba a verse despojado de todo, de la textura más íntima de su propia vida. Puesto que a eso se reducía. Lo importante para el padre Damien podía reducirse a su vida como sacerdote dominico y a su trabajo para el Santo Padre. Ahora Roma había decidido aniquilarlo, de una forma hasta entonces inimaginable para Christian. Además, Slattery no era la única víctima. En el espacio de pocas horas, Roma había

arrebatado el ingenuo júbilo que Gladstone experimentaba. Uno de los faros de su propia vida estaba a punto de extinguirse. Uno de los pocos anclajes de su estabilidad desaparecería.

Chris arrojó la pluma sobre la mesa y desparramó los papeles cuidadosamente amontonados. Damien tenía razón. A fin de cuentas, nadie significaba mucho en aquel lugar. Si alguien del calibre de Slattery era prescindible, una persona como Christian Gladstone era tan valioso como un peine para un calvo.

Con una docena de cardenales a la espera de sus informes y los obispos de toda Europa dispuestos a recibirlo con los brazos abiertos en sus enclaves privados, había empezado a considerarse importante. Pero ahora tenía amplias razones para reprocharse tanto su orgullo como su insignificancia. ¡En realidad era alguien! Era un mulo discreto y obediente entre millares de mulos tan desconocidos como él, incrustados en oscuros recovecos de la gigantesca maquinaria burocrática del Vaticano. Alguien tan engañado como cualquier turista por la grandiosa arquitectura romana y deslumbrado por sus antigüedades.

El timbre del teléfono, oculto en algún lugar bajo los montones de papeles de su escritorio, despertó a Chris de sus lúgubres pensamientos con un sobresalto. Sólo después de tres llamadas encontró el auricular y oyó la voz amable del padre Carnesecca. Pero el placer de Gladstone sería breve. Según dijo su amigo lo llamaba desde una cabina, para aplazar el paseo que habían proyectado para el sábado siguiente.

-Ahora salgo de Roma, Chris. Intento localizarlo desde esta mañana para comunicárselo.

A pesar de su mal humor, o quizá debido al mismo, Chris detectó cierta tensión en el tono de su interlocutor.

-¿Todo va bien, padre?

-Nada particularmente inusual.

Dadas las circunstancias, el padre Aldo sólo podía revelar que había emprendido ya una misión; las normas de seguridad le exigían mantenerse incomunicado, hasta completar la primera etapa de la misma.

-Comprendo. Soy consciente del divisionismo y de las normas de seguridad.

Entonces fue Carnesecca quien se preguntó si todo andaba bien.

-¿Ocurre algo, padre? Parece un poco raro.

-No me preste atención, Aldo -se disculpó Chris-. Sobreviviré, viejo amigo. Y le ruego que usted también lo haga.

-Haré todo lo posible por complacerlo.

Apenas acababa de colgar Chris el teléfono, cuando llamó el cardenal Maestroianni. En contraste con el estado de ánimo de Christian, su eminencia parecía muy eufórico.

-Si dispone de un poquitín de tiempo, reverendo -dijo Maestroianni, con su mejor simulacro de humildad-, tal vez podría pasar por mi despacho mañana por la mañana. Pero no quiero dejarlo en suspenso. Me he tomado la libertad de pedirle a uno de mis colaboradores que se pusiera en contacto con el secretario general de la Comunidad Europea...

-¿Paul?

La exclamación de sorpresa emergió de los labios de Chris sin proponérselo.

-Sabía que se alegraría -respondió su eminencia, sin que le importara la interrupción-. Es inusual que nuestras arduas labores para la Santa Sede nos permitan abrazar a nuestros seres queridos. Es usted muy afortunado, padre Gladstone. ¿Le parece bien a las ocho de la mañana? Tiene una reserva para un vuelo del mediodía a Bruselas. Eso nos deja bastante tiempo para repasar los detalles.

Christian miraba todavía fijamente el teléfono, un buen rato después de que Maestroianni colgara. Al parecer su eminencia tenía algo que ver con la nueva carrera de Paul, como secretario general de la CE. Pudiera ser que cupiera preocuparse por la vida religiosa de Paul, pero no por la independencia de su mente, suspiró Chris. Para bien o para mal, Paul había logrado incluso distanciarse de Cessi. Ahora que sin el menor lugar a dudas podía valerse por sí mismo, no parecía probable que se convirtiera en el fiel lacayo de nadie. Paul era un hombre que sabía cuidar de sí mismo.

Cessi Gladstone estaba tan familiarizada como Christian con la indignación y con los temores inexplicables. En realidad, el motivo de su fugaz visita a Roma con Glenn Roche era su enojo con el

estado deplorable del sacerdocio, que dejaba sin cura la Capilla del Arcángel San Miguel en Danbury, y su constante temor por el futuro de la Iglesia en general.

Sin embargo, Cessi tenía ciertas ventajas respecto a su hijo. La primera era que entraría y saldría del palacio apostólico en pocas horas, como se lo había prometido a Roche cuando éste la llamó a «La casa azotada por el viento». La segunda era que el Instituto de Agencias Religiosas, el Banco Vaticano, necesitaba que ella le concediera un generoso préstamo, a raíz del caso de la maleta de Salvi. En tercer lugar, para ella estaba muy claro el limitado objetivo que se proponía alcanzar, a cambio de su cooperación. Y, por último, había pasado un día en Manhattan para que Glenn la preparara de antemano sobre el terreno que pisaría.

-Lo único que quiero -le había recordado Cessi a su asesor financiero- es la suficiente preparación para no parecer demasiado estúpida cuando entremos en el Banco Vaticano.

Roche se aseguró de que Cessi comprendiera que el Banco Vaticano era un verdadero banco. Le contó que la cartera del Instituto de Agencias Religiosas se encontraba en el mundo entero entre las principales instituciones financieras. No existía ningún sector de la vida humana en el que el IAR no hubiera invertido fondos del Vaticano.

Claro que, se apresuró a agregar Roche, el hecho de que su banco fuera un verdadero banco no significaba que el sumo pontífice fuera un verdadero banquero, que dirigiera con meticulosidad los asuntos financieros del Vaticano y de la Santa Sede. Acto seguido, le facilitó información sobre el personal del IAR y el impresionante alcance de sus operaciones, con especial interés en los dos hombres que Cessi visitaría, el doctor Pier Giorgio Maldonado y el astuto cardenal Amedeo Sanstefano que, como jefe de la Prefectura de Asuntos Económicos, respondía directamente ante el Santo Padre de todas las operaciones económicas y financieras del Vaticano, incluidas las del IAR.

No obstante, observó Glenn, el sumo pontífice ejercía mayor control sobre el IAR que sobre la mayoría de los demás ministerios vaticanos. Al parecer, el IAR tenía unos estatutos especiales que sólo permitían la intervención del propio papa. Y ésa era precisamente la clave de su independencia, lo que lo libraba tanto de las limitaciones internas como de las presiones externas.

Eso le habría bastado a Cessi, pero Glenn insistió en que viera el aspecto actual de una cartera financiera importante. Para ello tuvieron que desplazarse a un lúgubre edificio en la periferia de Manhattan, donde un trío de guardias los acompañó por un laberinto de salas de seguridad, controladas todas ellas por un circuito cerrado de televisión.

Por fin llegaron a un lugar donde se encontraron rodeados de componentes de un enorme ordenador.

-Esto es el cerebro que organiza y hace posibles las transacciones financieras globalizadas de nuestro nuevo mundo feliz -dijo Roche, con una burlona reverencia.

-¿Este artefacto electrónico?

Glenn le explicó que una cantidad próxima al billón de dólares pasaba a diario por aquel cerebro desprovisto de pensamiento, y que eso suponía una suma superior al líquido disponible en Estados Unidos.

-¿Recuerda sus acciones de la corporación Racol Guardata, Cessi? Pues bien, es la empresa que fabrica este artefacto electrónico. Estas cajas negras que ve aquí y un par de ordenadores Unisys A-15J dirigen las órdenes codificadas, a través de ciento treinta y cuatro líneas telefónicas especializadas, de todos los que tienen algún peso en el mundo financiero, incluidos los Gladstone.

-¿Incluida también la Iglesia de Dios?

-Incluido el banco del papa -afirmó Roche, mientras les indicaba a los guardias que ya estaban listos para retirarse.

El cursillo de Glenn sobre finanzas mundiales no había terminado todavía. De regreso en su despacho de Glenn Roche Securities, extrajo un delgado volumen de un estante situado a su espalda y lo hojeó hasta encontrar un pasaje que quería leerle a Cessi en voz alta.

-Desde que entré en la vida política -leyó Glenn, mientras se acomodaba en su silla-, esencialmente hombres me han confiado en privado sus puntos de vista. Algunos de los hombres más poderosos de Estados Unidos, en el campo del comercio y la industria, temen a alguien, temen algo. Saben que en algún lugar hay un poder tan organizado, tan sutil, tan observador, tan interrelacionado, tan completo y tan penetrante, que no sería prudente condenarlo siquiera en un susurro.

Roche cerró de golpe el pequeño libro. -Eso lo escribió Woodrow Wilson en 1913.

Cessi comprendió el mensaje. Aquellas cajas negras y el Unisys A-15J eran exactamente lo que ella había dicho: artefactos electrónicos. Alguien los construía, los programaba y los manipulaba. -De modo que el diablo -dijo en un susurro como si se hablara a sí misma, o tal vez a su ángel de la guarda- por fin está conectado con el mundo.

Como estaba previsto, Cessi y Glenn Roche llegaron al aeropuerto Fiumicino de Roma por la mañana temprano. Un taciturno guardia del Vaticano los recibió en la puerta y los acompañó a una limusina. Un chófer igualmente taciturno los condujo al palacio apostólico. Allí, un joven sacerdote banquero que esperaba en la puerta de la secretaría les brindó por fin una sonrisa. El funcionario del IAR no sabía cómo disculparse. Por regla general e independientemente del motivo de su presencia, todo *privilegiato di Stato* como Francesca Gladstone solía hacerle una breve visita de cortesía al secretario de Estado. Sin embargo, su eminencia Giacomo Graziani estaba ausente aquel día por razones de trabajo.

-¡Cuánto lo siento! -exclamó Cessi, procurando no exteriorizar su alivio cuando su guía los acompañaba por los pasillos que comunicaban el palacio apostólico con la torre del siglo XVI, que albergaba las oficinas centrales del IAR.

Apenas suspiró cuando pasaron rápidamente frente a numerosos monitores y atareados teclados. A lo mejor, pensó mientras miraba de reojo a Roche, aquellos artefactos electrónicos romanos estaban permanentemente en contacto con los artefactos de Racol Guardata que había visto en Manhattan.

Pero en aquel momento no había tiempo para la reflexión, ya que su acompañante abrió la puerta de un vasto despacho que daba a los jardines del Vaticano, donde se encontraron en presencia de los dos hombres por los que Cessi había recorrido casi ocho mil kilómetros. Tan minucioso había sido Roche en sus descripciones, que Cessi los habría reconocido en cualquier lugar. Nada distinguía a Pier Giorgio Maldonado como director general del IAR. Vestía como los demás banqueros que había conocido y parecía igual de amable cuando lo exigían las circunstancias. Pero su eminencia Amedeo Sanstefano era otra clase de hombre. Cuando volvió la cabeza para observarla al entrar en la sala, Cessi pensó que tenía el aspecto propio de un cardenal. Imponente, fue el primer adjetivo que acudió a su mente.

Apenas había cruzado la estadounidense el umbral de la puerta, el doctor Maldonado se levantó de su silla y avanzó para recibirla.

-Me alegro muchísimo de saludarla, *signora.* Todos agradecemos sumamente su cooperación en este triste asunto del lamentable señor Salvi. Estamos muy agradecidos, ¿no es cierto, eminencia? -dijo Maldonado mientras acompañaba a Cessi junto al cardenal y se lo presentaba.

Su eminencia permaneció sentado y en silencio unos instantes, pero se dibujó una sonrisa en su rostro cuando Cessi se arrodilló para besarle el anillo.

-Estamos verdaderamente muy agradecidos, señora Gladstone -respondió el cardenal en un inglés al principio difícil de comprender, pero con una expresión radiante en su mirada, cuando se tambaleó sobre sus pies artríticos para acompañar a Cessi a una silla, junto al escritorio de Maldonado-. Es muy gratificante en estos tiempos difíciles encontrar a una hija de la Iglesia tan devota y a quien Dios ha dotado de tanta riqueza material. Sabemos que su motivación obedece a una profunda preocupación por la Iglesia y por la salvación de las almas.

»En cuanto a usted, señor Roche -prosiguió su eminencia, al tiempo que miraba al acompañante de Cessi-, siempre es un placer recibirlo.

-Estoy al servicio de su eminencia -respondió Glenn, para corresponder a la sincera acogida.

A Cessi la sorprendió lo cómoda que se sentía en aquel extraño lugar. Pudiera ser que se debiera a la confianza que le había infundido la experta preparación de Glenn. O tal vez después de tantas peleas con prelados decadentes a lo largo de los años en su propio país, le encantaba encontrarse cara a cara con un cardenal que era realmente un príncipe de la Iglesia. Fuere cual fuese la razón, se sintió a gusto durante la charla superficial que precede a toda reunión civilizada. Cuando llegó el momento en que el doctor Maldonado mencionó el documento que había preparado para la firma de la señora, creyó oportuno que tal vez le gustaría tomarse unos momentos para leerlo.

-Estoy segura de que es correcto, profesor -dijo Cessi después de recibir las dos hojas que Maldonado le había entregado y ofrecérselas a Glenn para que las examinara.

-En efecto -agregó Glenn después de leerlas rápidamente y colocarlas frente a Cessi-. Todo está en

orden, doctor Maldonado, como de costumbre.

-En tal caso...

El director general deslizó su pluma por encima de la mesa. Sin embargo, le sorprendió comprobar que Cessi no se disponía a firmar. En su lugar, colocó la pluma sobre los papeles y miró al cardenal con su consumada elegancia.

-Eminencia, debo pedirle un pequeño favor -dijo Cessi. Maldonado miró desesperadamente a Roche. ¿Sería aquello, después de todo, una sesión de negociación? Roche sólo pudo encogerse de hombros y escuchar; conocía los tecnicismos de aquel género de transacciones, pero ahora Cessi actuaba por cuenta propia.

De los tres hombres que había en la sala, el cardenal era el único a quien no perturbaba el inesperado cambio de Cessi. Sanstefano había pasado la mitad de su vida negociando transacciones para la Santa Sede. Tanto él como Cessi eran personas duras que a menudo habían negociado con la vida, y que se habían gustado mutuamente en el momento de verse.

-Estoy a su servicio, señora.

-Se trata de un pequeño favor, eminencia. Me sentiría muy feliz si el Santo Padre me concediera unos minutos para una audiencia privada, en un futuro próximo.

Su eminencia sonrió de buen humor. Sabía reconocer un buen negocio cuando se presentaba.

-Realmente un pequeño favor, señora Gladstone. Y muy apropiado. Estas cosas no ocurren de un día para otro. Su santidad tiene una agenda muy abarrotada, debido sobre todo a sus viajes. En este momento, por ejemplo, el Santo Padre está en África.

Cessi sintió un escalofrío en la columna vertebral. ¿Era aquélla la forma indirecta de Sanstefano de mandarla a freír espárragos?

El cardenal decidió no prolongar la situación. Tenía buenas razones para conocer la ficha de los Gladstone, y si su instinto no le traicionaba, aquella mujer era una Gladstone hasta la médula.

-No obstante -prosiguió su eminencia para romper la tensión-, no me cabe la menor duda de que se puede organizar una audiencia. Es sólo cuestión de tiempo.

No fue Cessi sino el doctor Maldonado quien suspiró por fin de alivio, al ver el nombre de Gladstone en un nuevo documento que ahorraría al Banco Vaticano otro penoso trance. Si sólo algunos de sus subordinados pudieran compararse a aquella mujer en astucia y perspicacia, dijo Maldonado para sus adentros, pudiera ser que el IAR ya no se hubiera metido en el lío de la maleta de Salvi. ¡Qué no habría dado entonces para saber lo que la encantadora señora Gladstone se proponía decirle al Santo Padre!

VEINTINUEVE

-Ha venido el cardenal Reinvernunft de la Congregación para la Defensa de la Fe, santidad. Ha insistido en que su santidad sepa que está aquí -dijo monseñor Daniel Sadowski, mientras miraba al papa sin disimular su preocupación, cuando le recordaba al sumo pontífice su abigarrada agenda del día-. El cardenal secretario Graziani sabe que su entrevista se celebrará un poco más tarde. Llegará a las nueve y media. Dispondrá de una hora hasta el consistorio de cardenales a las diez y media...

-Reinvernunft ha llegado antes de lo previsto -dijo el papa eslavo mientras consultaba su reloj, antes de retirarse de la ventana de su estudio en el tercer piso-. Su cita era a las ocho, si mal no recuerdo. Son apenas las siete y media.

-Sí, santidad...

Monseñor Daniel se aguantó la respiración, al comprobar que de pronto empalidecía el rostro del sumo pontífice. Si de él dependiera, el papa anularía todos sus compromisos y se sometería a una revisión a fondo, pendiente desde hacía tiempo, con su médico, el doctor Giorgio Fanarote. El Santo Padre y muchos de los que habían viajado con él padecían todos los mismos síntomas después de su reciente visita a Costa de Marfil: cansancio profundo, dolores abdominales, problemas respiratorios y escozor en los ojos y la garganta. Los médicos opinaban que habían sido afectados por el pegajoso polvo rojo de la región y que los síntomas desaparecerían. Pero Sadowski no aceptaba dicho diagnóstico. Estaba convencido de que su santidad nunca se había recuperado plenamente del intento de asesinato en 1981. Como mínimo, debía habérsele formado tejido cicatrizado en el interior a raíz de la operación.

Además, estaba el megalovirus que había contraído de sangre contaminada mediante la transfusión. ¿Habían logrado los médicos eliminar dicho virus, o se había activado de nuevo ahora que las defensas del sumo pontífice estaban en un punto álgido?

-Es una simple molestia momentánea -dijo el sumo pontífice, decidido a concentrarse en su trabajo, descartando toda idea de doctores y revisiones.

Como de costumbre, la agenda del papa eslavo estaba abarrotada. Nunca ocultaba los «asuntos que pesaban en su mente y su corazón», como solía decir, y aprovechaba todas las oportunidades para buscar soluciones a los problemas específicos que acuciaban el mundo con creciente urgencia. Asimismo, cuando estaba en Roma, no despreciaba ninguna ocasión en su abigarrada agenda para enfrentarse prácticamente a los problemas con sinceridad, persistencia y la mayor claridad posible.

El papa se desplazó con excesiva lentitud de la ventana a su escritorio y tomó algunas notas.

-Esto nos mantendrá ocupados, monseñor -dijo el papa, después de dejar la pluma sobre la mesa.

-Sí, Santo Padre. Pero en cuanto al doctor Fanarote...

-Pronto, monseñor. Pero de momento no vamos a permitir que el cardenal Reinvernunft aguarde demasiado.

A pesar de haber sufrido un pequeño infarto hacía tres meses, el cardenal Johann Reinvernunft no había perdido en absoluto su lógica aplastante ni la fluidez de su expresión. Como prefecto de la CDF, lo que más preocupaba a su eminencia aquella mañana era una normativa para los obispos concerniente a los derechos civiles de hombres y mujeres homosexuales declarados. Previsiblemente, dijo, el asunto se había puesto primero de manifiesto en Estados Unidos, Canadá y varios países europeos donde existían proyectos de ley al respecto y, en algunos casos, decretos ya aprobados.

-Hasta hace relativamente poco tiempo -observó Reinvernunft-, habría sido innecesario hablar de la reacción de la Iglesia ante dicha legislación gubernamental y mucho menos pensar en una normativa para los obispos concerniente a la conducta homosexual. Pero hoy en día... -agregó el cardenal, con una triste sonrisa.

El papa eslavo dirigió una penetrante mirada a su eminencia al referirse a tiempos pasados. Pero decidió responder a otra frase del cardenal.

-Su eminencia y yo sabemos que, si se los deja a su libre albedrío, una minoría de obispos no hará nada para contrarrestar los efectos de dicha legislación. Otra minoría, aún menor, se opondrá a la misma. Y una gran mayoría la apoyará.

La evaluación era tan justa como la del propio cardenal. Pero el papa eslavo no estaba dispuesto a dejarlo de aquel modo.

-En realidad, eminencia -prosiguió el sumo pontífice, después de colocar una mano sobre una gruesa carpeta que había en su escritorio-, me preocupa en particular la cantidad de informes que he recibido en privado, sobre la propagación de la homosexualidad activa en los seminarios estadounidenses y entre el clero en general. ¿Tenemos alguna idea fiable de la gravedad del problema en dicha región? ¿Disponemos de alguna cifra?

El cardenal movió la cabeza.

-A no ser que mandemos un investigador especial a Estados Unidos, no veo la forma de conseguir datos fidedignos.

El Santo Padre había pensado en más de una ocasión enviar a un investigador en busca precisamente de dicha información. Pero de momento, deseaba que Reinvernunft mandara una normativa papal a los obispos. «No se modificará la insistencia episcopal -dijo-, en que la homosexualidad activa es un mal intrínseco que no debe ser condonado por la Iglesia.»

-Santidad, supongamos que los obispos traten esta normativa como las demás normativas papales. ¿Qué haremos entonces? -preguntó su eminencia.

-Hace bien en formular esta pregunta, eminencia -dijo el sumo pontífice, antes de levantarse de su silla y empezar a dar pasos por su estudio-. Me intriga el repentino crecimiento de la ya enorme falta de cooperación entre los obispos y la Santa Sede. Últimamente, por mucho que nos esforcemos, parece abrirse la brecha entre el papa y los obispos, entre la Roma papal y las provincias de la Iglesia. Pero aquí no acaba el problema. La decadencia del sacerdocio y de la vida religiosa parece no tener fin. El declive de la fe católica parece acelerarse. Y la evangelización es prácticamente inexistente.

»En una palabra, eminencia -prosiguió el papa eslavo, después de dejar de pronto de caminar-, e

independientemente de las medidas que se tomen, son tantos los fracasos de la evangelización en la Iglesia universal, que he llegado a la convicción de que debe de haber una razón específica para ello. Algún nuevo elemento se ha infiltrado entre nosotros, que fomenta la corrupción en el sacerdocio, entre mis cardenales, en los monasterios y entre la población católica.

»Reflexione un instante. Ni siquiera la decadencia que acabo de resumir abarca su enormidad. Apenas hemos hablado de esta nueva moda de la homosexualidad activa que practican tanto laicos como clérigos, pero ni siquiera hemos mencionado la extraordinaria oleada de satanismo ritual.

El cardenal miró sombríamente al sumo pontífice. A lo largo de su ascendente carrera, había oído vagos rumores, informes indemostrables y susurros que en sus entrañas presentía que ocultaban cosas importantes. Cosas, sin embargo, que uno no podía relatarle al papa reinante sin jugarse el todo por el todo.

El sumo pontífice devolvió a Reinvemunft una lúgubre mirada. Aquélla no era la primera vez que le ofrecía al cardenal prefecto lo que en definitiva, era una petición de su decisiva cooperación. En el pasado, cuando se había visto obligado a decidir entre fomentar sus ambiciones eclesiásticas y la necesidad de luchar en las trincheras, su eminencia se había situado siempre decididamente entre dos aguas. Como tantos otros que podían haber influido en el Vaticano, había basado su carrera en el compromiso. Por consiguiente, cuando el cardenal optó por no responder, el papa decidió ampliar su oferta.

-¿Qué nuevo elemento ha intervenido en la ecuación, eminencia? Hace tiempo que me hago esta pregunta. Personalmente, estoy convencido de que algo extraordinario ha ocurrido, que ha concedido una terrible libertad al antiguo enemigo de nuestra naturaleza. No puedo estar seguro de nada, eminencia -reconoció el papa-, pero si estoy en lo cierto, entonces hay algo que se debe deshacer...

El timbre del intercomunicador de su escritorio interrumpió la especulación del sumo pontífice y, para alivio del cardenal Reinvernunft, puso fin a la conversación. El Santo Padre no delató su decepción cuando se acercó al escritorio para levantar el auricular.

-Diga, monseñor Daniel.

-El cardenal secretario está de camino, santidad.

-Bien -respondió el papa, con una mirada a su visitante que subrayaba sus palabras-. Su eminencia y yo ya casi habíamos terminado. ¿Algo más?

-Una cosa digna de destacar, santidad. El embajador estadounidense en la Santa Sede ha llamado para advertir confidencialmente a su santidad que su gobierno manda a un emisario especial para hablar de la cuestión de la política papal respecto a la Unión Soviética. Uno de los hombres del presidente, supongo, llamado Gibson Appleyard. Lo he anotado en la agenda para mitad de diciembre, pendiente de confirmación.

Apenas acababa Sadowski de colgar el teléfono, cuando después de llamar a la puerta para anunciarse a sí mismo, entró en el estudio del papa el secretario de Estado Graziani, cargado de carpetas y sonrisas, y aguantó la puerta abierta para el cardenal Reinvernunft.

Después de tratar de los asuntos de la secretaría, el sumo pontífice no prolongó la conversación con el cardenal secretario Graziani. Le mencionó su deseo y propósito de efectuar una peregrinación papal a la Unión Soviética. Tanto el papa como el secretario sabían que el amigo de su santidad, Mijaíl Gorbachov, habría perdido el poder y probablemente abandonado Rusia, antes de fin de año. Boris Yeltsin sería la figura predominante, y Yeltsin no era amigo de este papa.

-Debemos elegir el momento oportuno para mi peregrinación a Rusia. Entretanto -dijo mientras buscaba entre papeles y documentos sobre su escritorio-, ¿ha visto esto su eminencia?

Graziani, repentinamente tenso, recibió el documento que le mostraba el papa. Aunque no había participado en su elaboración, lo había leído. Todos los cardenales lo habían leído. No estaba firmado, pero la mano de su eminencia el cardenal Silvio Aureatini era inconfundible.

El breve texto empezaba con una pregunta: ¿qué mecanismo de gobierno entraría en vigor, en el supuesto de que el papa estuviera incapacitado durante un período previsiblemente largo? ¿Y si su santidad no estuviera en posesión de sus facultades mentales? El documento no proponía ninguna solución al problema imaginario.

-¿Qué opinión le merece, eminencia?

-Nunca he tenido la impresión de que su santidad contemplara la posibilidad de dimitir -respondió Graziani, mientras agitaba una mano como para ahuyentar una idea tan absurda, y sugirió que su santidad consultara a los cardenales en el consistorio de aquella mañana.

-Muy oportuno, eminencia -dijo el sumo pontífice, que se golpeó el reloj con un dedo-. Los cardenales nos deben de estar esperando.

Para dirigirse ambos a la sala de reuniones en la planta baja, el Santo Padre optó por las escaleras en lugar del ascensor. Al llegar al primer rellano, el papa se detuvo unos instantes y apoyó un hombro contra la pared.

-¿Se siente bien, santidad? -preguntó Graziani, asustado por la palidez del papa y por su necesidad de recuperar el aliento-. ¿Desea aplazar el consistorio?

-¡No, no! -respondió su santidad, al tiempo que hacía un esfuerzo para erguirse-. Los años me han enseñado, eminencia, que bajar escaleras puede ser tan agotador como subirlas. -Intentó sonreír-. Este pobre cuerpo anciano protesta.

Los consistorios secretos, o dicho de otro modo las reuniones entre el papa y los miembros del Sacro Colegio Cardenalicio presentes en Roma, habían sido un instrumento habitual de gobierno papal desde hacía más de mil años. Si bien el papa estaba dotado legalmente de autoridad absoluta y gozaba de poder decisivo independiente, los cardenales siempre habían jugado un papel consultivo.

Hoy, muchos de dichos asesores se habían agrupado alrededor de la mesa en previsibles corrillos.

Los cardenales Pensabene, Aureatini, Palombo y Azande estaban sentados con dos o tres cardenales menores, incluido Onorio Fizzi Monti, cuya birreta encarnada debía más a la riqueza de su familia que a sus habilidades personales o a la naturaleza de su fe. El cardenal Reinvernunft, de la CDF, constituía el centro de otro grupo que incluía al viejo cardenal Ghislani, prefecto de la Congregación para la Divina Liturgia. Éstos, entre otros pocos, apoyaban a su manera al papado. Es decir, a pesar de pertenecer al amplio contingente vaticano nominalmente propapista, pasaban la mayor parte del tiempo con la cabeza oculta bajo la arena.

Como de costumbre, había algunos extraviados presentes. El poderoso cardenal Sanstefano charlaba alegremente con su eminencia Odile Cappucci. Éste, veterano de cinco papados, no se había aliado con ningún grupo político. Como tradicionalista de pura cepa, no coincidía con muchos de aquellos que se habían aislado de la Santa Sede y de la curia. Y como papista, anhelaba la forma de liderazgo decisivo que no ejercía el papa eslavo. Además, como superviviente, se aferraba a la esperanza de que surgiera la oportunidad de contribuir positivamente. Al final de la mesa, se había instalado el cardenal Alphonse Sabongo, alejado de todos los grupos. Como prefecto de la Congregación para las Santas Causas y único negro africano además de Azande, Sabongo era un hombre pertinaz y un ferviente papista, que parecía esperar pacientemente mientras intentaba dilucidar lo que aquel papa se proponía hacer.

El sumo pontífice saludó a cada uno de los prelados al pasar junto a ellos, cuando se dirigía con lentitud a la cabeza de la mesa. Parecía moverse todavía con cierta dificultad, sin su agilidad acostumbrada. Pero en general el Santo Padre había recuperado la compostura. Después de saludar a todos los presentes, su santidad rezó una oración al espíritu santo, se instaló en su silla y no perdió tiempo en introducir el primer asunto que más pesaba aquel día en su mente y su corazón: la ahora urgente cuestión de una visita papal inminente al este, que lo conduciría más allá de Polonia, a Rusia y a otros tres Estados de la CEI.

Varios cardenales expresaron su preocupación por el precario estado físico del sumo pontífice y alegaron que dicha visita pastoral pondría en peligro su salud hasta un nivel inaceptable, pero el cardenal Leo Pensabene habló de la dimensión política del propuesto viaje.

-En el ambiente actual de tensión entre Gorbachov y Yeltsin -dijo su eminencia, mientras levantaba dos esqueléticos dedos para representar a los rivales citados-, la visita de su santidad se interpretará como sello de aprobación a Gorbachov. Luego, si éste es derrocado, como parece probable en la actualidad, ¿en qué situación quedará la Santa Sede?

Al cardenal Ghislani parecía impacientarle la discusión. Puesto que su santidad siempre había proyectado dicha visita, en el marco de lo declarado por los tres niños de Fátima sobre las intenciones de la Virgen María, ¿por qué se molestaba en consultárselo a los cardenales?

El sumo pontífice contestó la franca pregunta del cardenal Ghislani con una respuesta para muchos enigmática, que levantó numerosas cejas a lo largo de la mesa.

-Se lo consulto, eminencia, porque ese marco no es tan simple como supone su eminencia. Según dichas instrucciones, debo colaborar con las intenciones de la Virgen mediante el consejo de mis cardenales. Actualmente, parecería indicarme que no es el momento. Sin embargo, a la larga, expresará su voluntad a su manera respecto a la visita a Rusia.

Zanjada de momento esa cuestión y con una discreta seña al cardenal Graziani, el Santo Padre abordó el tema del comunicado anónimo que circulaba, concerniente según él a «cierta disposición legal que se debía elaborar, para tratar de una enfermedad papal incapacitadora».

-¡Qué es esto! -exclamó indignado ante tal idea el cardenal Odile Cappucci, después de levantarse junto al cardenal Sanstefano-. ¿Tenemos ante nosotros un descarado intento de forzar una dimisión? ¿Alguno de los presentes cree que estas situaciones no se han presentado en el pasado, cuando el Santo Padre estaba incapacitado? ¡Esto es repugnante!

Si había alguien capaz de enfrentarse a la mirada helada de Cappucci, era el cardenal Palombo.

-En absoluto, eminencia. Es simplemente realista. La vida de los líderes mundiales ha llegado a ser arriesgada, y el hecho de mezclarse con muchedumbres alrededor del planeta aumenta el peligro. Ha llegado el tiempo de tomar alguna disposición legal.

Aureatini se apresuró a secundar la idea.

-En todo caso, si el Santo Padre se decide a efectuar el propuesto viaje a Rusia y a otros países de la CEI, la simple prudencia aconseja que se tomen con antelación ciertas medidas.

Esto no apaciguó al cardenal Cappucci.

-Si aquí se hablara de simple prudencia -replicó-, la cuestión no se habría planteado.

Fue tal vez la simple prudencia lo que indujo a los presentes a guardar silencio. Con Cappucci como única voz discrepante, la cuestión de la posible dimisión del papa quedó pendiente de resolución.

A continuación, el sumo pontífice abordó de nuevo la idea de una posible investigación de las actividades homosexuales en el clero.

En esta ocasión, fue el habitualmente lacónico cardenal Fizzi Monti quien se puso furioso. Empezó con advertencias contra una caza de brujas y posteriores inquisiciones, que eran tópicos que nunca habían dejado de surtir efecto. Luego señaló que por lo menos algunos cardenales residentes habían comenzado a tomar ya sus propias medidas en la práctica.

-Su eminencia de Centurycity es un buen ejemplo. Su eminencia considera la necesidad de una junta especial de revisión diocesana que se ocupe de los casos de clérigos pedófilos.

Fizzi Monti no era el más inteligente de los seres humanos, pero cuando se percató de que el cardenal de Centurycity no entusiasmaba a la mayoría de sus compañeros, insistió de nuevo en la injusticia y el divisionismo de las cazas de brujas.

-El día en que desde Roma se decida investigar a cada obispo en su diócesis, habrá llegado una verdadera crisis.

Sin palabras para expresar su frustración por la parálisis del Vaticano, el cardenal Sabongo se enfrentó abiertamente a Fizzi Monti.

-Por si su eminencia no se ha percatado de ello, dicha crisis ya ha llegado. ¡Y las juntas de revisión diocesana no son la respuesta!

A excepción de aquel acalorado exabrupto, las reacciones acerca de la homosexualidad entre clérigos fueron previsiblemente moderadas.

El sumo pontífice dio por clausurada la sesión.

-Tengan la bondad, venerables hermanos, de rezar por la luz del Espíritu Santo.

Sin mediar otra palabra, su santidad bendijo a los presentes y abandonó la sala.

El cardenal Sanstefano de la PECA se apresuró a alcanzar al papa en la puerta, con la rapidez que la artritis de sus pies le permitía.

-¿Me permite una palabra, santidad?

En todo consistorio, la agenda es patrimonio exclusivo del Santo Padre, y puesto que el sumo pontífice no había hecho referencia alguna a asuntos financieros, Sanstefano esperaba conseguir unos minutos adicionales.

El sumo pontífice volvió la cabeza con una sonrisa.

-¿Había oído usted una discusión tan estéril en un consistorio, eminencia? No sé lo que piensa usted, pero al escuchar a los cardenales esta mañana, no he podido evitar el recuerdo de algo que solía recitar de vez en cuando Margaret Thatcher: «Dadme seis hombres de buen talante y fidelidad, y aplicaremos nuestra política con toda seguridad.» Mi problema parece consistir en que demasiados hombres buenos del Vaticano han dejado de ser fieles, y demasiados entre los fieles temen hacer el bien que les dicta su conciencia. Discúlpeme, eminencia. Supongo que desea comentarme algún asunto de la PECA.

-Unas pocas decisiones por finalizar, santidad. Y un par de problemas para la consideración de su santidad.

Sentados en el despacho de su santidad y después de aprobar unos nombramientos en el IAR propuestos por el cardenal, su eminencia se refirió a la preocupación del papa por la cuestión de la homosexualidad.

-Puesto que esta mañana no se ha hablado de asuntos financieros, no lo he mencionado en el consistorio. Pero me alarma la cantidad de solicitudes de aprobación por parte de la Santa Sede, para zanjar pleitos sin recurrir a juicio. El número y la variedad de las transgresiones carecen de precedentes. La cantidad pagada se acerca a los mil millones de dólares. Debo coincidir con el cardenal Sabongo que nos enfrentamos a una crisis.

-¿Debo suponer entonces que su eminencia es partidario de una investigación?

-Cuanto antes, santidad. Sin embargo -prosiguió su eminencia en un tono más alegre-, hablando de personas fieles y buenas, Santo Padre, una gran defensora de la Iglesia me ha pedido que solicite una audiencia privada con su santidad. La señora Francesca Gladstone visitó el Banco Vaticano hace unas semanas...

-¡Ah! -exclamó sonriente el papa, con buenas razones para recordar su nombre.

El padre Christian Gladstone manifestaba indicios prometedores como clérigo sustancioso. Además, al igual que otros miembros anteriores de su familia, la señora Gladstone había prestado ayuda financiera a la Santa Sede en más de una ocasión.

-Y lo ha hecho de nuevo con suma generosidad -agregó alentadoramente Sanstefano.

-Entonces deduzco, eminencia, que su consejo es positivo.

-Como me ha dicho la señora, Santo Padre, se trata de un pequeño favor. Con el permiso de su santidad, tal vez monseñor Sadowski pueda reservarle un poco de tiempo en la agenda papal a principios del año próximo.

Con el consentimiento del papa, el cardenal Sanstefano se apresuró a intercambiar unas palabras con Sadowski, antes de regresar a su propio despacho y proseguir con sus múltiples obligaciones. Entretanto, e incluso cuando avanzaba el día, el simple pareado de Thatcher que su santidad le había citado hurgaba en su mente como una espina. Cuanto más pensaba en ello, mayor era su consideración por la accesibilidad y franqueza del sumo pontífice, o por su perspicacia geopolítica, y cuanto más comparaba aquellas y otras cualidades con el talento de Margaret Thatcher y otros líderes mundiales, más convencido estaba el cardenal de que el papa había puesto el dedo en el botón adecuado, pero por razones equivocadas.

Aunque fuera cierto que su santidad era incapaz de encontrar seis personas íntegras y fieles para llevar a cabo su política, lo que importaba en realidad era la causa de fondo de dicho problema. Y el quid de dicha causa era que probablemente no existían seis personas en el mundo entero, fieles o no, que hubieran sido capaces de dilucidar en qué consistía la política del papa eslavo.

A pesar de su experiencia personal, Sanstefano tuvo que admitir con un triste suspiro que aquél era un problema, a su entender, sin precedente ni justificación en la historia papal. Y a pesar de su buena voluntad, se trataba de un problema para el que no veía solución posible.

TREINTA

A principios del atardecer del 17 de diciembre, el padre Angelo Gutmacher entró en el estudio privado de su santidad en el tercer piso del palacio apostólico. Estaba agotado después de uno de sus constantes desplazamientos a Oriente como mensajero papal y llevaba consigo su acostumbrado montón

de comunicados escritos para el papa eslavo. También, como de costumbre, se sentó en silencio mientras el sumo pontífice leía todas y cada una de las cartas. Durante la hora de conversación ininterrumpida que tuvieron a continuación, Gutmacher respondió las preguntas que le formuló su santidad y, cuando el papa lo invitó a que lo hiciera, expresó con franqueza su propia opinión. Luego, después de recibir nuevas instrucciones para su próximo viaje, que emprendería a primera hora de la mañana del día siguiente, en esta ocasión a Polonia, se retiró para recuperar unas horas de sueño que tanto necesitaba.

Durante un rato, el papa permaneció en su escritorio. Mientras leía las cartas que Gutmacher le había entregado y en particular las dos escritas por Mijaíl Gorbachov en diferentes fechas, su principal preocupación era el cambio. En la primera, el presidente soviético le confiaba que se vería obligado a dimitir el próximo 25 de diciembre. «He perdido el apoyo de Occidente -decía-. Quieren relegarme a un segundo plano. Boris Yeltsin será mi sucesor. La Unión Soviética será legalmente disuelta, dejará de existir, en pocas semanas. Sólo eso contentará a mis patronos occidentales. La Unión Soviética como tal no figura en su alineación de Estados del nuevo orden mundial. Esta situación interina se mantendrá hasta después del 1 de enero de 1996.»

La segunda carta de Gorbachov consistía en una ampliación de sus ideas sobre la próxima alineación de Estados del nuevo orden mundial, con hincapié en su expectativa de que sus denominados patronos occidentales fomentarían una relación entre las repúblicas soviéticas y Estados Unidos, mucho más íntima de lo que Gorbachov había anticipado.

¿Era ésa, entonces, la explicación? ¿Era ésa la razón por la que, por lo menos de momento, se había relegado a Gorbachov a un segundo plano en la nueva maquinaria?

-Parte de la explicación -dijo el Santo Padre, dialogando consigo mismo-. Sólo parte de la explicación.

La referencia de Gorbachov a Estados Unidos lo indujo a revisar sus propias preocupaciones actuales y específicas en dicha región. Al día siguiente, se reuniría con el emisario especial del presidente estadounidense. El extenso archivo de informes concernientes a actividades homosexuales entre clérigos norteamericanos no se alejaba nunca de su mente. A pesar de que los datos eran anecdóticos y muy incompletos, parecía que la condición moral del clero en Estados Unidos era mucho peor de lo que cualquiera suponía. Mucho peor que en Europa. Y eso suponía mucho respecto al cambio.

Respecto al tono y al ritmo del cambio que tenía lugar, convenía no olvidar el comunicado anónimo que había circulado entre los cardenales del Vaticano. En el mejor de los casos, un paso tan decisivo en pos de una nueva maquinaria legal específica, en previsión de una posible dimisión del papa, indicaba un cambio de actitud entre los contingentes antipapales en el interior del Vaticano. Asimismo, no era inconsecuente que el padre Damien Slattery, uno de los asesores más íntimos del sumo pontífice desde hacía más de una década, pronto dejara de ser maestro general de la orden dominica.

Pudiera ser que una buena sesión con Slattery y sus demás asesores aportara una claridad fundamental a la situación. Una reunión con los mismos sería probablemente mucho más fructífera que una docena de consistorios con los cardenales.

La citación telefónica de monseñor Daniel Sadowski sorprendió al padre Damien Slattery, cuando salía de la capilla del Angelicum después de las vísperas. El Santo Padre deseaba ver al maestro general inmediatamente y quería que lo acompañara el padre Christian Gladstone.

Puesto que no había ninguna razón evidente para que se le incluyera de pronto en una reunión confidencial con el papa, a Gladstone sólo se le ocurrió que, una vez más, los consejos del padre Damien habían sido certeros. El trabajo papal se realizaba sin previo aviso, le había dicho Slattery. El sumo pontífice lo llamaría cuando considerase que podía ser útil y, cuando lo hiciera, su respuesta sería voluntaria.

Cuando entró tras Slattery en el estudio del papa en el tercer piso, cuatro de las seis sillas que formaban un semicírculo frente a su santidad estaban ya ocupadas. Entre los presentes se encontraba, evidentemente, monseñor Sadowski. Y, para sorpresa de Chris, también estaba Aldo Carnesecca. Los que flanqueaban a Carnesecca eran desconocidos para Christian. Conocía a Giustino Lucadamo de nombre y por reputación, como jefe de seguridad del Vaticano. Sin embargo, el cuarto componente del grupo no pertenecía al Vaticano. Por su acento era claramente irlandés y, a juzgar por su atuendo, pertenecía a la orden educativa de los hermanos cristianos. Augustine, como todos lo llamaban, parecía

tener alrededor de cuarenta años.

-Debo tomar varias decisiones, hermanos -dijo el sumo pontífice después de recibir a los recién llegados y repetir los puntos esenciales de las cartas de Gorbachov.

Aclaró que no lo sorprendía ninguna de las noticias que Gorbachov le comunicaba: su próxima dimisión, la inminente disolución de la Unión Soviética, o la participación de lo que Gorbachov denominaba sus «patronos occidentales» en los acontecimientos venideros.

-No creo que sea preciso recordar a ninguno de los presentes que Boris Yeltsin no es amigo del papado ni de la Iglesia. Ni que la mente de Yeltsin está fuertemente coloreada por esa extraña espiritualidad, de la que se impregnó durante su estancia en el Centro Esalen de California. Ni que uno de los más poderosos aliados de Yeltsin es el nuevo patriarca ortodoxo ruso de Moscú, Kiril, que durante todos estos años ha sido un topo del KGB y tan antagónico hacia nosotros como el propio Yeltsin. Dadas las circunstancias, mi visita pastoral a Oriente está en tela de juicio. No la visita propiamente dicha, sólo la fecha de la misma. Si tenemos alguna indicación del cielo, es que la verdadera conversión de Rusia, como la denomina la Virgen María, se iniciará a partir de Ucrania y coincidirá con mi peregrinaje a Oriente.

»Mi pregunta ahora es si conviene forzar la fecha de dicha visita, a pesar de la dimisión del señor Gorbachov a favor de Boris Yeltsin.

Durante los veinte minutos aproximados de «tira y afloja», Gladstone fue el único que guardó silencio. Apenas comprendía los aspectos más profundos de la conversación y sólo reconoció algunos de los nombres que se mencionaron. No obstante, conforme progresaba el análisis y todo el mundo expresaba su opinión, Chris se percató de que cuando los presentes hablaban de los patronos de Gorbachov en el mundo occidental, los personajes políticos no les llegaban a la suela de los zapatos de los líderes industriales y financieros de índole global. Bastaba para que el viejo refrán «quien paga manda» adquiriera pleno sentido.

Cuando se comentó la situación que Gorbachov esperaba ver después de la disolución de la Unión Soviética, que según él duraría hasta el 1 de enero de 1996, el hermano Augustine fue el primero en intervenir.

-Amigos míos, podemos olvidarnos de esa fecha -declaró, con una radiante sonrisa-. ¡Si la Comunidad Europea alcanza la unidad política y monetaria en enero de 1996, estoy dispuesto a comerme el gorro de fieltro del señor Gorbachov!

-¡Gorbachov no usa gorro de fieltro, cateto irlandés! -respondió Slattery con una carcajada-. Pero ha tocado un punto interesante. La visita del Santo Padre a Oriente no tendrá lugar en un cuarto cerrado. Si la situación va a mantenerse pendiente de la unidad de la CE, es preciso considerar realmente los aspectos logísticos de la visita papal. ¿No deberíamos preguntamos qué sucederá con las quince repúblicas de la URSS?

-Limitémonos a las repúblicas incluidas en el peregrinaje papal -respondió Giustino Lucadamo-. Ucrania, Bielorrusia y Kazajstán. Una parte considerable del arsenal nuclear soviético está en dichos Estados. Hasta que se resuelva la forma de asegurar dicho arsenal, no habrá un país en el mundo que deje de estar pendiente de esas repúblicas.

Fue interesante para Chris que el padre Carnesecca fuera el primero en captar la idea de Lucadamo. Creía que Carnesecca nunca tomaba una iniciativa en público.

-Si le he comprendido, Giusti, nos acaba de recordar que el cielo tiene una larga memoria. En cuyo caso, ¿no es providencial que la Virgen señalara Ucrania como epicentro de la conversión de Rusia? Y uso el término «providencial» en nuestro sentido cristiano clásico. En el sentido del plan universal de Dios repleto de sabiduría y de su amorosa realización de dicho plan. Reconozco que los manipuladores del poder mundial están actualmente demasiado preocupados por otras consideraciones, para prestar atención a los pronósticos celestes. Pero pueden estar seguros de que comprenderán que la misión del papa en Oriente no está relacionada con ninguna granja de ovejas remota en la estepa rusa. Puede que incluso se percaten de que hace más de setenta años, el mandato de Fátima indicó como objetivo una zona que se ha convertido en uno de los centros geopolíticos más conflictivos del mundo.

»Por consiguiente -prosiguió Camesecca después de acomodarse en su silla-, confío en que la peregrinación oriental del Santo Padre tenga lugar antes de que el padre Damien obtenga la respuesta a su pregunta. Es decir, antes de que se aclare el nuevo estado de las quince repúblicas soviéticas.

-Eso deja todavía el calendario muy abierto, padre Aldo -dijo el papa, que aspiraba a una mayor precisión-. La evaluación de Gorbachov es realista. Y también lo es la del hermano Augustine. El marco unificador se prolongará durante un período de varios años, después de la disolución de la URSS. De modo que mi pregunta sigue en pie. ¿Es conveniente que presione a Yeltsin para fijar una fecha próxima? ¿O es preferible esperar alguna señal o indicio en los acontecimientos mundiales?

En esta ocasión, Carnesecca no contestó con una respuesta sino con una pregunta:

-¿Qué aconseja Angelo Gutmacher, santidad?

Gladstone suspiró atónito. Sentirse como pez fuera del agua en el terreno geopolítico era una cosa, pero estar *in albis* respecto a un amigo íntimo de toda la vida era algo muy distinto. Que él supiera, el padre Angelo realizaba el trabajo piadoso de un sacerdote itinerante, como lo afirmaba en la nota apresurada que le había mandado al Angelicum en octubre. ¿No era nada en Roma lo que parecía?

Sin dejar de mirar atentamente al joven clérigo estadounidense, el sumo pontífice respondió la pregunta de Carnesecca.

-El padre Angelo considera que de momento deberíamos mantenemos a la expectativa. En su opinión, existen indicios de que Gorbachov es el instrumento elegido del verdadero cambio y que deberíamos esperar a que Yeltsin desaparezca. Y usted, padre -prosiguió con una sonrisa, al comprobar la consternación todavía patente en el rostro de Gladstone, convencido de que alguien sorprendido en momento semejante revelaría con toda probabilidad sus más puros sentimientos-, ¿qué opina?

-No soy geopolítico, santidad -reconoció Chris-. En realidad, aprendo cosas que ni siquiera había imaginado antes. Por consiguiente, sólo puedo opinar según mis lecturas de la historia contemporánea, en base a lo que es de dominio público. En lo concerniente a Boris Yeltsin, dichas lecturas me indican que puede ser el hombre del momento para muchos rusos que viven en pisos como conejeras y obtienen el setenta por ciento de sus calorías diarias de las patatas, azúcar, pan y enormes cantidades de vodka. Para dichos rusos, Yeltsin es un héroe nacional.

»Sin embargo, no me parece que Yeltsin sea otro Mijaíl Gorbachov. A decir verdad, después de lo que acabo de oír sobre el trato que le han dispensado a Gorbachov sus patronos occidentales, no creo que Yeltsin salga mejor parado. Cuando haya cumplido su propósito, sea el que sea, en el mejor de los casos caerá en el olvido. En cuanto a la fecha del viaje de su santidad a Oriente, utilizaría la observación del padre Aldo como base de mi propio criterio. No se trata de coincidencia, sino de providencia. Según toda lógica humana, Gorbachov debió haber perecido en el golpe de agosto que se perpetró contra él...

-Tiene razón, santidad -interrumpió el hermano Augustine-. Uno de los objetivos del golpe era indudablemente acabar con la vida de Gorbachov.

-Cierto. Pero prosiga, padre Gladstone. Según su razonamiento, si no me confundo, no fue la coincidencia sino la providencia lo que salvó a Gorbachov.

-Además, santidad, fue también la providencia lo que hizo que Gorbachov regresara a Moscú el 22 de agosto, día consagrado a la Virgen María Reina de los Cielos. Me parece que la Virgen protege a Gorbachov de un modo particular y por alguna razón especial. Según la lógica de la fe, santidad, cabe argumentar que si para los rusos Yeltsin es actualmente un héroe nacional, la Virgen María utiliza a Gorbachov como una especie de marioneta internacional. Y también me atrevería a asegurar que cuando llegue el momento oportuno, Gorbachov será quien facilite la peregrinación a Oriente de su santidad.

Se oyó un murmullo entre sus compañeros, cuando Chris dejó de hablar.

-Entonces ya está decidido -dijo el papa eslavo, que había oído cuanto necesitaba-. No forzaremos el calendario de mi peregrinación a Oriente. Si Dios en su providencia decide proteger al señor Gorbachov -agregó después de mirar sonriente a Carnesecca y asentir en dirección a Gladstone-, sin duda le mandará algún indicio a su vicario en el momento oportuno.

»En realidad -prosiguió, al tiempo que se levantaba de su silla y daba unos pasos en dirección a su escritorio-, hablando de providencia en nuestro sentido clásico cristiano, tenemos gran necesidad de orientación providencial en otro asunto que deseo comentar esta noche.

El sumo pontífice guardó la carta de Gorbachov en una carpeta y, mientras hojeaba otra mucho más gruesa que contenía los informes de actividades homosexuales del clero estadounidense, ofreció un resumen sombrío y sin tapujos de los mismos. Un auténtico cuadro de homosexualidad y pedofilia clerical al parecer rampante. El retrato de una profunda crisis moral.

-No creo que la mayoría de mis cardenales, especialmente los residentes aquí en Roma, sean

conscientes del alcance de esta situación. En realidad, parte de la tragedia consiste en que viven en su propio mundo, tras puertas cerradas. Eso no los disculpa. Ni ciertamente mitiga la catástrofe para los católicos bombardeados y asediados por las oleadas de homosexualidad y pedofilia de su propio clero.

»Pero aquí no acaba el desastre. En toda la Iglesia, pero una vez más el epicentro parece ser Estados Unidos, prolifera el satanismo ritual, tanto entre los clérigos como entre los laicos. Creo que el hermano Augustine nos puede aclarar lo extremadamente grave que ha llegado a ser esta situación, también en Estados Unidos. La actividad satánica organizada que tiene lugar en Norteamérica parece trasladarnos a una nueva dimensión de maldad desenfrenada.

Después de que asintiera el papa, Augustine les facilitó un resumen del informe detallado que había entregado al Santo Padre.

-Les recuerdo -dijo el prelado con un fuerte acento irlandés, ampliado por la emoción- que me he limitado a recopilar información aislada. Pero el asunto es feo. Tenemos el caso de cierto padre Sebastian Scalabrini, miembro del arzobispado de Centurycity, asesinado en su piso hace unos meses. La policía trató el caso con discreción y se mantuvo todo en secreto. Luego, hace poco, murió asesinado otro cura del mismo arzobispado, con la misma brutalidad que el anterior -declaró, antes de resumir los detalles de ambos homicidios.

-Algo en común en ambos casos es que esos sacerdotes habían hablado con agentes de la brigada de investigaciones especiales de Centurycity. Parece que en ese arzobispado hay una auténtica madriguera de maldad y corrupción, pero envuelta en un manto de silencio.

Damien Slattery estaba atónito de que Augustine hubiera obtenido información sobre dicha actividad y logrado emerger vivo de la experiencia.

-Lo cierto es que lo descubrí por casualidad -confesó Augustine, mientras miraba a Damien con una triste sonrisa-. Uno de mis mensajeros es jefe de bomberos en Centurycity y está casado con la hermana de un inspector de policía, recientemente jubilado. Tiene uno de esos curiosos nombres norteamericanos. Lo tengo por aquí escrito en alguna parte...

-¡Wodgila! -refunfuñó burlonamente el papa-. ¡Inspector Sylvester Wodgila! Un nombre norteamericanos de origen polaco.

Unas pocas carcajadas a expensas de Augustine relajaron algo la tensión, pero el respiro duró unos instantes.

-Está claro que este problema es grave -dijo el Santo Padre para ir al grano-. Pero el caso es que los informes espontáneos no siempre son fiables. No son sistemáticos. El descubrimiento del hermano Augustine indica que no logran ocultar enteramente el problema. Por otra parte, no estoy seguro en todos los casos de la honradez de los informadores.

Todo el mundo comprendía ahora las intenciones del sumo pontífice. Pero fue Giustino Lucadamo quien expuso sin ambages el problema.

-La única forma de subsanar dichas deficiencias, santidad, y evitar una caza de brujas, consiste en mandar a un investigador de confianza para que estudie la situación en Estados Unidos.

-Corrección, Giusti -declaró Damien Slattery como exorcista-. Lo que se necesita son dos investigaciones. Puede que los satanistas practiquen la pedofilia. Pero no todos los pedófilos pertenecen a un culto satánico. Existen numerosas personas capaces de realizar un estudio sistemático de la conducta homosexual en términos generales. Para ello lo único que se necesita es un buen hombre con agallas, que sepa cómo seguir una pista. Pero cuando hablamos de la adoración ritual de Satán, penetramos en un área donde se necesita cierta pericia. El hermano Augustine ha aclarado a la perfección que investigar el culto satánico organizado equivale a jugarse la vida.

Su santidad sabía que Slattery tenía razón.

-¿Debo entender entonces, padre Damien, que usted limitaría la primera investigación a lo que denomina conducta homosexual en términos generales, entre el clero estadounidense?

Slattery casi estalló en su atuendo blanco ante tal sugerencia. -Lo que estoy diciendo, Santo Padre, es que yo soy su hombre para el aspecto satánico de la situación. Sé reconocer un caso de auténtica posesión cuando lo veo. Tengo suficiente experiencia con los cultos para saber que, al tratar de adoración satánica, se sumerge uno de lleno en la posesión demoníaca. Y cuando mis hermanos dominicos celebren su cabildo general el próximo marzo, estaré buscando trabajo.

El razonamiento de Slattery era lógico. Pero planteaba dos cuestiones prácticas. En primer lugar,

la de persuadir a los dominicos para que lo destinaran a Estados Unidos cuando dejara de ser maestro general de la orden. Y, en segundo lugar, dado el peligro mortal de la misión, cómo organizar su estancia en Estados Unidos sin delatar en modo alguno la existencia de una investigación papal.

-Creo poder resolver esos aspectos -dijo Lucadamo-. Como jefe de seguridad del Vaticano, puedo asegurarles que no todos los hermanos dominicos del padre Damien son inocentes. Puede que no logre encontrarle una base de operaciones amigable en Estados Unidos -prosiguió, sin querer expresar con claridad en presencia del papa que la aplicación sensata de cierto chantaje resolvería la papeleta-. Pero lograré mandarlo allí. Y también puedo prometerles que encontraremos una buena tapadera para su trabajo.

Fue el aspecto menos peligroso de la misión papal en Estados Unidos lo que planteó el mayor problema. El trabajo que Augustine realizaba ya para la Santa Sede le impedía emprender dicha misión. Carnesecca habría sido la persona ideal, pero nadie sabía todavía cuándo concluiría su misión actual. Y el jefe de seguridad se oponía rotundamente a Gladstone, en base a que era demasiado novato.

-Además, padre Christian, el cardenal Maestroianni lo mantiene ocupado dando tumbos por Europa. Dudo de que le agrade la idea de mandarlo a Norteamérica.

-No esté tan seguro -respondió Gladstone, decidido a no permitir que lo descartaran con tanta facilidad-. Se ha hablado de que en algún momento viajaré en dicha dirección. Todavía no se han mencionado fechas concretas. A decir verdad, nada definitivo. Pero no está necesariamente descartado. Es incluso posible que yo pueda presionar un poco.

El hermano Augustine salió en defensa de Gladstone.

-Tal vez debiéramos contentamos con un «quizá», Giusti. Si se resolviera de ese modo, no estaría mal que fuera un estadounidense quien indagara la verdad. El trabajo del padre Christian para el cardenal Maestroianni constituiría una tapadera perfecta. Puede que sea novato, pero conoce el terreno y nosotros lo conocemos a él.

-Puede que tenga razón -respondió Lucadamo sin entusiasmo-. De momento, aceptémoslo como un «quizá».

-Es tarde, hermanos -dijo el sumo pontífice, que conocía suficientemente bien a su jefe de seguridad para comprender su inquietud y saber que no estaba dispuesto a aceptar de buen grado al estadounidense, sin investigarlo más a fondo-. Hemos tenido un buen comienzo. Puesto que el padre Damien no estará operativo hasta marzo, propongo que se inicien entonces ambas misiones. Eso nos concede cierto tiempo para últimas decisiones y preparaciones necesarias. ¿De acuerdo?

Después de una sesión como aquélla, era imposible retirarse de inmediato a su casa. Había demasiado de que hablar. Eran demasiadas las cosas que habían quedado en el aire respecto al sumo pontífice y a sus preocupaciones. Respecto a Yeltsin y a la política estadounidense. Respecto a Gorbachov y a Fátima. Respecto a la ciénaga norteamericana. Además, ¿qué mejor momento para politiquear un poco a favor de Christian? Después de charlar un rato al frío invernal de la plaza de San Pedro, los cinco asesores papales decidieron continuar su conversación en la comodidad de un café de la Vía Mazzini. Cuando empezaron a andar, Slattery y el hermano Augustine intercambiaron un par de palabras en privado con Lucadamo. Chris, que los seguía a pocos pasos, aprovechó la oportunidad para invitar al padre Aldo a una reunión navideña a la antigua usanza.

-Voy a visitar a mi hermano y a su familia en Bélgica. Tienen una casa muy amplia en un pequeño barrio de Gante llamado Deurle. Si le apetece, padre, nos encantaría que viniera.

Carnesecca reconoció sinceramente que la oferta era tentadora, pero esperaba pasar las Navidades ocupado como mensajero en Sicilia para el cardenal Aureatini. Por consiguiente, no dispondría de tiempo libre hasta el año siguiente.

-Si todo funciona como es debido, tal vez podamos reunirnos para cenar en enero.

A Christian no le pasó inadvertido el «si todo funciona como es debido», pero no dejó de alegrarle la perspectiva de una buena charla con su viejo amigo.

-Después de mi estancia en Deurle, tengo un poco de trabajo en Bélgica. Luego, me trasladaré a los Países Bajos y a Liechtenstein. Pero calculo que regresaré el cinco o el seis de enero.

-En tal caso -respondió Carnesecca, después de volver la cabeza para contemplar las ventanas del estudio papal todavía iluminadas-, esperemos que la providencia les conceda a un par de curas

itinerantes la oportunidad de celebrar juntos la Epifanía en Roma.

Los dolores abdominales del sumo pontífice habían disminuido en la última semana, pero el cansancio se manifestaba en sus movimientos cuando trabajaba con monseñor Daniel para aclarar los papeles de su escritorio.

-Dígame, monseñor -preguntó el papa eslavo, cuando le entregaba a su ayudante la carpeta con la correspondencia de Gorbachov y luego la de los preocupantes informes estadounidenses-, ¿cree usted que nuestros visitantes de esta noche comprenden mis intenciones?

-Esos cinco hombres poseen toda la buena voluntad que su santidad necesita -respondió Daniel con absoluta franqueza-. Pero si se refiere a una verdadera comprensión de la política papal, sin entrar en las razones que la impulsan, creo, santidad, que la respuesta es no.

-Supongo que tiene razón -dijo el sumo pontífice, antes de acercarse a la ventana y ver a los cinco visitantes que cruzaban juntos la plaza-. Sin embargo, su falta de comprensión no les ha impedido brindar su plena cooperación esta noche. Además, han respondido a todas las cuestiones que he planteado desde el punto de vista de su dimensión moral. Todo tenía esa dimensión más profunda. Y todos tenían razones sólidamente católicas para los consejos que me han ofrecido.

»Es evidente que esos cinco hombres no han seguido la moda de sustituir el voto sagrado de la obediencia por el diálogo. Ni han abandonado su fidelidad a los preceptos morales básicos y obligatorios de la Iglesia, en favor de la conveniencia carnal.

-¡Todo lo contrario! -exclamó Sadowski, completamente de acuerdo-. El padre Damien incluso se ha ofrecido voluntario para arriesgar su vida.

-Y no sólo el padre Damien -respondió el Santo Padre, mientras observaba a Gladstone y a Aldo Carnesecca, que se encaminaban hacia la Vía Mazzini-. Qué diferentes son esos hombres, de mis venerables colegas en el Sacro Colegio Cardenalicio. Estoy seguro de no equivocarme al depositar mis esperanzas, las esperanzas de la Iglesia, en la fidelidad de esos hombres. Y en la fidelidad de otros hombres y mujeres como ellos, dondequiera que se encuentren.

»Quiero que me prometa una cosa, monseñor Daniel -agregó el sumo pontífice, después de soltar las cortinas de la ventana para mirar directamente a su secretario.

-Lo que sea, santidad.

-Muchos sufren un cambio muy profundo cuando consiguen el púrpura. Si algún día siento la tentación de convertir a alguno de esos cinco hombres en cardenal, impídamelo. ¿Me da su palabra?

-Tiene mi palabra, Santo Padre. -y Daniel sonrió-. Cuente con ello.

TREINTA Y UNO

Cuando el papa eslavo se reunió confidencialmente con sus asesores en la noche del 17 de diciembre, hacía varios días que Gibson Appleyard estaba en Roma, instalado en el Raffaele, preparándose para su audiencia con el Santo Padre.

Recogido discretamente en la piazza della Pilotta, en la periferia de la antigua Roma, el Raffaele no podía ser más conveniente, más caro, ni estar mejor situado para las necesidades de su selecta clientela extranjera de diplomáticos y emisarios gubernamentales. Además de su excelente cocina, disponía de servicios tan especiales como teléfonos codificados y una amplia gama de prestaciones electrónicas, servicios de secretariado sumamente confidenciales, mensajeros especiales, guardaespaldas profesionales y limusinas blindadas con conductores preparados a conciencia.

Pero el auténtico colofón del Raffaele era su propietario, Giovanni Battista Lucadamo, tío e ídolo modélico de Giustino Lucadamo, jefe de seguridad del Vaticano, que gracias a la abundante información secreta procedente de sus antiguos camaradas en el ejército, que ahora ocupaban cargos importantes en el gobierno, era una versión superlativa del «mediador» tradicional. Podía resolver la mayoría de las dificultades de sus huéspedes, a condición de que simpatizara con las mismas. Pero de lo contrario, rechazaba perentoriamente cualquier petición de ayuda.

-*Non c'entra* (No viene al caso) -solía decir.

Y no había más que hablar.

Appleyard y el viejo Lucadamo eran amigos desde principios de los años setenta, cuando Gib se

había afilado las uñas con el antiamericanismo rampante en Europa, amenazada por una Unión Soviética bastante desesperada. Por suerte para el alto agente estadounidense, Lucadamo no era propenso a dejarse llevar por las modas ideológicas, y en sus casi veinte años de amistad con Gib nunca le había rechazado con un solo *«Non c'entra».*

Dada la naturaleza polifacética de las preparaciones para la misión actual de Appleyard, el Raffaele era aquel diciembre la base ideal de sus operaciones. Como encargado de resolver los problemas en nombre del presidente de la junta de los diez, no perdía de vista en ningún momento que su objetivo principal, en esta ocasión, consistía en determinar las intenciones políticas del papa eslavo respecto a la URSS y, a ser posible, influir en las mismas. Pero eso no significaba que se contentara con un hueco en la agenda papal y estuviera dispuesto a acudir sin más al palacio apostólico.

Desde hacía mucho Appleyard había aprendido a valorar, y lo había adaptado a su propio oficio, lo que los campesinos franceses denominaban *goût de terre,* un gusto indefinible pero indispensable por la tierra que marcaba la diferencia entre el éxito y el fracaso. Para Appleyard, eso significaba familiaridad con las personas. Y ésa era la razón por la que Bud Vance había acertado al señalarle lo poco que se sabía sobre los colaboradores íntimos del sumo pontífice. Fueren cuales fuesen los detalles de la política soviética del Santo Padre, era razonable suponer que obtendría cierto conocimiento general de la misma, e incluso tal vez la forma de influir en ella, mediante una mejor comprensión de los componentes del entorno papal.

Sin embargo, los nombres que habían surgido durante su reunión con Vance antes de salir de Washington eran prácticamente desconocidos. No sabían si el cardenal Cosimo Maestroianni actuaba por cuenta propia, como Vance lo suponía. No tenían la menor idea sobre qué asuntos del Vaticano podía hablar el, en apariencia, inocente profesor y sacerdote Christian Gladstone, con su hermano en la CE. El padre Angelo Gutmacher, recientemente aparecido en la escena, era para ellos anónimo. Desconocían también casi por completo a Herr Otto Sekuler, así como sus motivos para comparecer en las sesiones antipapales de Estrasburgo y luego en la reunión de seleccionadores de la CE de Bruselas en setiembre.

Si bien las dos embajadas estadounidenses en Roma eran excelentes para cuidar de visitantes especiales, Appleyard no confiaba en absoluto en la precisión de la información que pudieran facilitarle. Incluso en lo concerniente al papa y a los altos funcionarios vaticanos, dependían de fuentes secundarias. Como era de suponer, no disponían de información alguna relacionada con personajes aparentemente de tan poca importancia como Gladstone o Gutmacher.

Por consiguiente, antes de emprender su viaje a Roma y mientras averiguaba todo lo que podía en Washington, Gib había aprovechado los medios confidenciales del Raffaele para mandarle a Giovanni Battista Lucadamo una solicitud anticipada de información sobre los personajes mencionados y otros que pudieran afectar los intereses estadounidenses. Dada la dificultad de dicha solicitud, incluso para Giovanni Lucadamo, Appleyard se disponía a recibir noticias decepcionantes cuando se instalaron ambos en el despacho de alta tecnología de su amigo, en el primer piso del Raffaele.

Inevitablemente, la sesión empezó con una pequeña charla para ponerse al día. A Gib le encantó comprobar lo poco que había envejecido su amigo italiano desde su último encuentro. Al igual que la antigua y maravillosa iglesia cercana de los doce apóstoles, Giovanni parecía un rasgo permanente de Roma. Su nariz aguileña era tan sensible como siempre. Y sus grandes orejas captaban todavía todo indicio de rumor y chismorreo.

Cuando concluyeron su charla personal. Lucadamo sacó dos montones de carpetas de un cajón y empezó a detallar metódicamente la información que Appleyard había solicitado.

-Empecemos por su eminencia el cardenal Maestroianni -dijo Giovanni, mientras le entregaba a Gib la más gruesa de las carpetas-. Muchas cosas en Roma empiezan por él, como podrá comprobarlo cuando lea estos documentos. Puede que esté jubilado como secretario de Estado, pero puede estar seguro de que sigue en la brecha.

»Entre otras cosas, por cierto, es la clave de su joven sacerdote estadounidense -prosiguió Lucadamo, mientras hojeaba la siguiente carpeta-. El padre Christian Gladstone se ha incorporado a la oficina de Maestroianni. Como sabe, viaja mucho. Y es bueno en lo que hace. Pero todo es muy normal, incluso podría calificarse de rutinario. Visita obispos con el propósito de elaborar un perfil del estado de la Iglesia en Europa. Cuando dispone de tiempo libre, le gusta estudiar las pinturas de las iglesias

locales. Aquí encontrará una relación completa de sus actividades.

-¿Hay algo sobre las visitas del padre Gladstone a su hermano en la CE?

-Nada sorprendente. Como secretario general de la CE, Paul Gladstone está en condiciones de resolver pequeños problemas en los que se meten algunos obispos. No es más que una de esas pequeñas conveniencias comunes en la vida del Vaticano, el hecho de que Christian, como hermano de Paul, esté en situación ventajosa para facilitar dicho proceso.

-¿Así de inocente? -preguntó Gib, con una ceja levantada.

-Nadie ha dicho nada de inocencia, mi viejo amigo. -y Lucadamo rió-. No en esta ciudad. No obstante, ambos Gladstone parecen limpios. Nada de mujeres, a excepción claro está de la esposa de Paul. Nada de chicos. Nada de oro. Lo mismo puede decirse del segundo hombre por el que me ha preguntado. Reconozco que es curioso que un amigo tan viejo e íntimo de los Gladstone como el padre Angelo Gutmacher aparezca en la Santa Sede en el mismo momento en que el padre Christian ha optado por seguir su carrera en Roma. Es amigo de los Gladstone, pero no existe ningún vínculo profesional entre ambos. En realidad, no ha habido ningún contacto entre ellos desde que llegaron en otoño.

Appleyard no podía discutir con los hechos. Sentía menos interés por el vínculo de Gutmacher con Gladstone, que por la teoría de Bud Vance de que el refugiado de Alemania Oriental podía ser un importante emisario del Santo Padre.

En esta ocasión, fue Lucadamo quien levantó una ceja. La cuestión tenía la importancia suficiente para utilizarla en el futuro.

-Es posible -reconoció-. Pero no hay indicio alguno de dicha actividad en los datos que poseo. Gutmacher ofrece en realidad una triste figura. Vive con la casa a cuestas. Un sacerdote viajante. Tome por ejemplo su último viaje -dijo el italiano, mientras examinaba las últimas páginas de la tercera carpeta-. Después de una breve escala en la ciudad polaca de Cracovia, se dirigió a Moscú con un montón de breviarios y cincuenta mil rosarios de plástico. Rezó el rosario en la plaza Roja. Recitó plegarias en todas las catedrales del Kremlin. Habló por la radio ortodoxa rusa Sofía y por la radio católica de Blagovest. Comió en el Pizza Hut de Tverskaia... -agregó Lucadamo-. Escala siguiente Lvov, en Ucrania, donde rezó con el prelado católico en la catedral de San Jorge. Luego se trasladó a la isla monasterio de Valdái, a medio camino entre Moscú y San Petersburgo, acompañado de Eparch Lev de Nóvgorod. Ésta es, de momento, la vida de Angelo Gutmacher. Está previsto que regrese a Roma en cualquier momento. Pero saldrá de nuevo incluso antes de que alguien descubra que ha estado aquí. Si le interesa, puedo decirle incluso adónde irá y con quién hablará.

-¿No con Gorbachov, por casualidad?

Lucadamo archivó una segunda cuestión interesante en su nueva ficha mental sobre Gutmacher.

-No. No con Gorbachov. Regresará a Polonia. Luego a San Petersburgo para entrevistarse con el prelado metropolitano Juan, de la Iglesia ortodoxa rusa. A continuación se trasladará de nuevo a Moscú, para otra charla con el patriarca Kiril Alexis. Hablarán un poco más sobre la Virgen, santos, santuarios, rosarios y cosas por el estilo. Como curiosidad, ni siquiera visita al representante del papa en Moscú, monseñor Colasuono. Ni tampoco al obispo católico de Moscú, Tadeusz Kondrusievicz.

Appleyard movió la cabeza. Aunque Gutmacher pasaba mucho tiempo en la URSS, sus actividades no indicaban nada útil. Con toda probabilidad, estaban sólo relacionadas con el interés del Santo Padre por las predicciones de Fátima, y eso no constituía una base política racional para alguien tan inteligente y tan involucrado en asuntos internacionales como este papa.

-Es un misterio, ¿no le parece? -disculpóse sinceramente Lucadamo-. He recopilado información sobre otras personas próximas al Santo Padre, pero para sus propósitos es lo mismo que la anterior.

-Por ejemplo -dijo Appleyard, mientras estiraba sus largas piernas.

-Por ejemplo, puede que haya oído hablar del maestro general de la orden dominica, el padre Damien Slattery. Ha sido, desde hace años, uno de los consejeros más íntimos del sumo pontífice. En realidad, confesor de su santidad. Dirige un equipo de exorcistas de la Santa Sede y goza de muy buena reputación en dicho campo. Tiene muchos amigos y muchos enemigos. Pero se dice que sus enemigos lo han vencido. En todo caso, está a punto de perder el cargo de maestro general.

Appleyard vislumbró un rayo de esperanza.

-Es lamentable para el padre Slattery. Pero si está suficientemente enojado para hablar un poco, puede que me sea útil. ¿Existe alguna posibilidad de reunirme con él?

-Todas las posibilidades del mundo. Es un personaje muy afable. Muy atento. El problema estriba en que le hablará de todo menos de lo que le interesa. Además, no estoy demasiado seguro de su conocimiento de la política papal. Puede que sea un profesional en lo concerniente al exorcismo, pero la geopolítica no es su campo.

Appleyard agitó, frustrado, las manos.

-Dígame, Giovanni. ¿No hay un solo hombre en Roma que pueda aclarar las cosas, que tenga ciertos conocimientos sobre la política vaticana en Oriente?

Lucadamo sonrió.

-Hay una persona que a lo mejor podría responder a sus preguntas. Un sacerdote, en realidad un mensajero, llamado Aldo Carnesecca. Está aquí desde siempre. Trabaja en la secretaría y por todas partes en general. Sabe lo que hay que saber sobre Roma. Pero ahora pasa la mayor parte del tiempo en Sicilia. Y lamento comunicárselo, Gibson, pero no creo que esté ni remotamente dispuesto a hablar con usted.

Appleyard repasaría la información que Lucadamo había recopilado para él, antes de reunirse con el papa. Sin embargo, convencido de que en aquel montón de carpetas no había nada útil respecto a la política rusa del sumo pontífice, se centró en la incógnita que suponía la reunión del día del homenaje a Schuman a la que había asistido en Estrasburgo.

Respecto a la misma, Lucadamo había preparado también varias carpetas para su amigo. Pero, en general, agregaban poco a lo que Gib ya sabía. La única excepción era la información sobre Otto Sekuler, aunque incluso ésta era escasa.

Sekuler, nacido en Kíev de familia alemana, había escapado de la invasión nazi de Ucrania, refugiado entre los guerrilleros hasta el fin de la guerra. Después de estudiar en la Universidad Libre de Berlín occidental, había ingresado en el sector cultural del gobierno de Alemania Oriental hasta asegurarse un cargo en la Unesco. Su carrera en dicha organización parecía común y corriente, pero lo había conducido a su cargo actual en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa. De una forma u otra, había viajado mucho por Europa y Estados Unidos. En particular, como lo señaló Lucadamo, había mantenido ciertas relaciones con las logias del gran oriente en Francia e Italia, y especialmente sus contactos con la gran logia italiana solían incluir a su gran maestro en persona, Bruno Itamar Maselli.

Ni los datos de Sekuler ni la información sobre los componentes de la cábala de Estrasburgo sirvieron para resolver la incógnita principal de Appleyard. Esencialmente, deseaba saber hasta qué punto eran sólidos los planes para derrocar al papa eslavo y cambiar la estructura de gobierno de la Iglesia.

-Si lo son, eso cambia por completo la situación.

-No cabe la menor duda de que lo son -confirmó Lucadamo-. Al nivel que importa, el juego es tan privado que podría considerarse herméticamente sellado. Pero quieren deshacerse de él.

-¿Quiénes?

-¿Quiénes, qué?

-No se haga el listo conmigo, Giovanni. Acaba de decir «al nivel que importa». ¿Debo suponer, entonces, que no acaba con las personas que estaban presentes en la reunión de Estrasburgo?

Lucadamo desvió la mirada a la ventana y a la plaza más allá de la misma.

-Nombres, Giovanni -insistió Appleyard-. Si mi presentimiento es correcto, necesito nombres.

-Necesita más que nombres, Gibson -respondió Lucadamo, después de mirar de nuevo al estadounidense-. Pero ni siquiera eso puedo facilitarle.

-¿No puede, o no quiere?

-Para el caso da lo mismo. Esa lista de Estrasburgo que me mandó contiene suficientes pistas. Le sería más fácil descubrir algo en Londres o en Nueva York que en los círculos próximos al papa aquí en Roma -dijo Lucadamo que, sin decir exactamente *non c'entra,* había decidido no proseguir con la confabulación destinada a forzar la dimisión del papa y se disponía ya a hablar de otro asunto-. Respecto a la reunión que me pidió que le organizara con el gran maestro Bruno Maselli, se me había ocurrido hacerlo en las dependencias del gran oriente en Vía Giustiniani, pero está demasiado cerca del Vaticano. Podrían observarlo. Una reunión en dichas dependencias podría perjudicar su audiencia con su santidad. No es prudente llamar excesivamente la atención.

»El caso es que le he organizado una reunión en la residencia privada de Maselli -agregó el italiano, mientras escribía una dirección del distrito romano de Parioli y le entregaba el papel a su interlocutor.

Gibson Appleyard tomó la decisión de visitar al gran maestro Bruno Itamar Maselli, después de estudiar con detenimiento los discursos y artículos publicados del papa eslavo. Tenía la sensación de que la política práctica y a corto plazo de aquel sumo pontífice intelectual y evidentemente carente de prejuicios, a lo mejor no era muy diferente de la masonería rosacruciana, y confiaba en explorar dicha posibilidad con una autoridad tan prestigiosa como el jefe del consejo supremo del rito escocés y del gran oriente de Italia.

Era consciente de que el esfuerzo podía ser vano. Si la confabulación para forzar la dimisión del papa era lo suficientemente seria como para que ni siquiera Giovanni Lucadamo se atreviera a hablar de ello, pudiera ser que la política pontificia respecto a la Unión Soviética en tela de juicio y la estrategia geopolítica a punto de cambiar por completo. Por otra parte, Appleyard se mantenía fiel a lo que le había dicho a Bud Vance. Independientemente de lo que deparara el futuro, el papa eslavo era con quien debían tratar en la actualidad.

Cuando se instaló en el asiento posterior de una de las limusinas blindadas de Lucadamo, para trasladarse al barrio de Parioli, Appleyard había decidido que todavía merecía la pena poner a prueba su teoría. Además, el anhelo con el que esperaba la reunión con el gran maestro Maselli no era sólo profesional, sino un placer espiritual. Como ex comandante en jefe del antiguo rito escocés aceptado, en el noroeste del estado de Nueva York, Gib estaba encantado de poder comentar aspectos técnicos de la logia con el adalid del consejo supremo del rito escocés y gran oriente, fundado por el propio Giuseppe Garibaldi. A pesar de que la masonería italiana era la más reservada del mundo masónico, el propio Maselli era un personaje conocido. Ya en los años sesenta y seis y sesenta y siete, todavía como joven miembro del gran consejo central, había contribuido a levantar el gran oriente italiano de la alcantarilla, después de que algunas logias estadounidenses retiraran su reconocimiento a raíz de una serie de escándalos políticos. Más adelante, como gran maestro, había hecho otro tanto en 1980 después de que una falsa logia masónica, la ignominiosa P-2, se viera involucrada en un escándalo nacional relacionado con millardos de liras y acontecimientos tan tenebrosos como asesinatos y «suicidios».

Al parecer, la ilusión por dicha reunión era mutua. Cuando su chófer paró frente a la residencia de Maselli, Appleyard vio a su sonriente anfitrión en la puerta, para recibir a un honorable hermano y huésped distinguido. Bruno Itamar Maselli, farmacéutico de profesión, era un hombre bien alimentado cuya inteligencia era evidente en la separación de sus ojos. Cuando el gran maestro conducía a Appleyard por su residencia en una colina, hacia una terraza cubierta desde donde se divisaba el Tíber, a Gib lo sorprendió el contraste entre la radiante sonrisa de Maselli y el tono lúgubre, casi funerario, de su voz.

El italiano ofreció a su huésped un cómodo sillón, sirvió dos copas de excelente brandy y volvió su rollizo rostro hacia el hermano estadounidense, como para preguntarle qué deseaba. Era evidente que Maselli no era partidario de la charla superficial.

Gib no era tímido. Tenía una pregunta principal para su anfitrión y la formuló inmediatamente.

-Al tratar con este papa, ¿lo hago con un enemigo de los masones y de los ideales masónicos? ¿O ha pasado ya a la historia eso de la antimasonería católica?

Maselli levantó la copa para saborear el aroma, antes de tomar su primer sorbo.

-A decir verdad, este papa no es enemigo de nadie.

Eso ya estaba mejor, pensó Gib. No sólo estaba su interlocutor informado acerca del papa eslavo, sino que su evaluación parecía coincidir con la imagen que se había formado en su propia mente.

-No obstante -prosiguió Maselli-, los ideales masónicos son un tema aparte. Debe tener en cuenta el historial de este papa. Y sobre todo, no ha de olvidar la diferencia radical entre los ideales de su Iglesia y los de la logia.

La satisfacción de Gib se desvaneció, porque era consciente de los rencores entre la Iglesia y la logia desde principios del siglo XVIII, a raíz de la fundación de la orden masónica en su forma moderna. Pero sin duda aquello era, desde hacía mucho tiempo, *acqua passata.*

-Sería más apropiado denominado *acqua turbolenta* -rectificó cortésmente Maselli-.

Particularmente en el país de origen del papa eslavo, la fricción y la enemistad han caracterizado en todo momento las relaciones entre los masones y la Iglesia católica. El gran amigo y mentor del sumo pontífice, el difunto cardenal prelado de su país, trató siempre a los masones como artífices de una fuerza anticristiana. Por consiguiente es comprensible que a los clérigos de aquel país no les complazca que, inmediatamente después de la caída del gobierno estalinista, hayan aparecido en su tierra no menos de treinta y ocho nuevas logias. Lo interpretan como un nuevo esfuerzo por parte de la masonería, para socavar la fe religiosa.

Appleyard reflexionó unos instantes. No pretendía desafiar a una autoridad como el gran maestro Maselli. Sin embargo, decidió expresar su visión más optimista sobre las actitudes del papa eslavo.

Maselli le escuchó con paciencia. A decir verdad, tal vez con tolerancia. En todo caso, no estaba impresionado.

-Indudablemente sabe, mi querido Appleyard, cómo han sido nuestras relaciones con este papa. Todos nuestros esfuerzos para establecer una relación de trabajo han fracasado. Lanzamos incluso una oferta pública para la formación de una junta entre la Iglesia y la logia. Pero -dijo mientras agitaba la mano como si ahuyentara una mosca- todo fue en vano.

-¿Qué ocurrió exactamente? ¿Rechazaron la invitación?

-¿Exactamente? -Sonrió Maselli al repetir la palabra, pero sin alterar el tono funerario de su voz-. La exactitud no siempre se alcanza con facilidad en estos asuntos. Permítame que le refresque la memoria.

»Ha habido una convergencia de puntos de vista entre los hermanos y muchos funcionarios de la Iglesia. Recordará, por ejemplo, *La Biblia de la concordia* publicada en 1968 por el entonces gran maestro italiano Giordano Gamberini, con el imprimátur de la propia Iglesia. ¡Sí! ¡Ha habido una gran convergencia!

A continuación, el gran maestro describió la situación en un contexto más amplio.

-Siempre se ha sabido que cierto número de clérigos de los tres rangos principales, sacerdotes, obispos y cardenales, se han convertido en miembros activos de la logia. Por cierto, la venerable gran oriente de Francia que data de 1773, y que cuenta ahora con más de quinientas logias, publicó una lista exhaustiva de clérigos católicos pertenecientes a la logia, incluidos sacerdotes, obispos y miembros de las principales órdenes religiosas como los benedictinos, los dominicos y los jesuitas.

»Por lo menos en una ocasión en la historia de los cónclaves papales, concretamente en el cónclave de 1903, un cardenal masón recibió votos suficientes para convertirse en papa. Es evidente que su elección fue discretamente anulada. El temor oficial romano se expresaba en el decreto canónico dos mil trescientos treinta y cinco: todo católico cuyo nombre se incluya entre los miembros de cualquier logia masónica será inmediata y automáticamente excomulgado, aunque nunca haya asistido a ninguna de sus reuniones. El nuevo código canónico promulgado en 1983 eliminó la pena de excomunión del antiguo código.

»Luego, de pronto e inesperadamente, tuvo lugar otro acontecimiento -prosiguió el gran maestro, bastante decepcionado al acercarse al presente-. Puede que el nombre de Bugnini, Annibale Bugnini, no signifique mucho para usted, señor Appleyard -agregó Maselli, mientras se inclinaba para llenar de nuevo la copa de su huésped.

-Nunca he oído ese nombre -respondió Gib.

-Mejor para usted, mi querido amigo -dijo Maselli, que soltó una pequeña carcajada-. En realidad, monseñor Bugnini era miembro de la logia. E incluso llegó a persuadir al papa para que intentara eliminar la misa católica. Pero cuando el actual sumo pontífice descubrió la identidad masónica de Bugnini, endureció su postura respecto a la logia y volvió la espalda a nuestros enfoques. Ésta es la única respuesta posible a su pregunta sobre la razón por la que el sumo pontífice rechazó nuestra oferta. Después de todo, ha recibido con los brazos abiertos a los demás: ateos, animistas, agnósticos, fanáticos, cismáticos... ¡Pero no a los hermanos!

-¿Entonces lo atribuye usted al miedo? -preguntó Appleyard, a quien no convencía la visión que tenía el gran maestro del papa eslavo.

Estaba dispuesto a aceptar que el sumo pontífice no era enemigo de nadie. Pero parecía improbable que a un hombre con su historial pudiera asustarlo cualquier confrontación con la masonería. Después de todo, aquel papa había sobrevivido a los nazis. Como sacerdote y como prelado, se había

enfrentado durante muchos años a los estalinistas en su propio país. Y durante su primer año como jefe del Vaticano, había arriesgado su posición y su pontificado, hasta vencer en un asombroso enfrentamiento a la Unión Soviética.

-Supongo que sus dudas son comprensibles -respondió Maselli, que dirigió una mirada impaciente a su interlocutor-. En particular, teniendo en cuenta que ha dependido de libros y discursos para formarse una idea de este papa.

-No son exactamente dudas -declaró Appleyard-. El caso es que hemos oído rumores de que algunos hermanos, o ciertas logias, han practicado ritos satánicos. Creemos que eso puede haber provocado el rechazo del papa.

Maselli le miró fijamente con absoluta incredulidad.

-¡Puede examinar a fondo las actas oficiales de todas nuestras logias, Appleyard! No encontrará nada semejante. Estoy seguro de que esos perversos rumores proceden del Vaticano. Este papa está obsesionado con Satán, Lucifer o como llame a ese ser mitológico. ¡Esos rumores son perversos y vituperantes, Appleyard!

Gibson estaba atónito. Pudiera ser que se hubiera expresado con torpeza, pero su comentario no pretendía ser una acusación personal. Era un instante digno de grabar en la memoria, pero de momento era preferible cambiar de tema.

-Por cierto -prosiguió Appleyard en una nueva dirección, con todo el sosiego que la ocasión permitía-, durante mis recientes viajes por Europa, he conocido a un personaje llamado Otto Sekuler. Tengo entendido que pertenece a alguna logia alemana. Parece tener alguna misión internacional, que lo sitúa bajo su jurisdicción. Puede que lo conozca.

-¿Se interesa usted por ese... como se llame?

Sekuler -respondió Gib, que no se esperaba un juego del escondite a raíz de una simple pregunta-. Herr Otto Sekuler.

El gran maestro se puso inesperadamente de pie y se dirigió a su estudio, de donde extrajo un grueso volumen de un estante.

-Veamos si puedo ayudarlo. Sekuler... Sekuler, Otto... ¡Ah! ¡Sí, aquí está! -dijo Maselli cuando levantó la cabeza, después de recuperar su compostura-. Aparece aquí como miembro destacado de la logia de Leipzig. No veo nada inusual. Trabaja en algunas juntas no gubernamentales de la Unesco. Nada excepcional.

«Como tú digas», farfulló Gib para sus adentros.

Al comprobar que Maselli no parecía tener la intención de regresar a la terraza, Gibson captó inmediatamente la indirecta. -Me temo que ya lo he molestado demasiado, hermano.

-¡En absoluto! -respondió el gran maestro, de nuevo sonriente, después de experimentar un cambio de actitud que a Appleyard le resultó escalofriante-. ¡En absoluto! Llámeme o venga a verme con toda libertad. En cualquier momento. Cuando lo desee.

Cuanto más repasaba Appleyard la situación, de regreso a la piazza della Pilotta, más sombríos se tomaban sus pensamientos. Seguía convencido de que no había nada oculto ni maquiavélico respecto al sumo pontífice. Sin embargo, seguía igualmente convencido de que ninguna de las personas con las que había hablado comprendía al Santo Padre o su política. A pesar del trabajo preliminar que Lucadamo había hecho para él, Appleyard había aprendido sólo dos cosas. Ninguna de las personas que pudieran describirse como íntimas del papa, parecía accesible en modo alguno significativo. Y las que eran accesibles, sólo poseían los conocimientos más rutinarios acerca del sumo pontífice.

Luego, para colmo, su reunión con Maselli había sido peor que un callejón sin salida. Gib esperaba establecer una relación amistosa con el gran maestro italiano. A decir verdad, confiaba en que el encuentro de aquella noche hubiera sido racional, sosegado y lúcido, ya que aquélla era la hermosa ventaja humana de la masonería y del estilo de vida masónico. Pero en su lugar, había salido con un amargo sabor en la boca. No le había gustado el contraste entre la radiante sonrisa de Maselli y su lúgubre tono de ultratumba. Se preguntaba por la fibra sensible que había tocado al mencionar el satanismo. Y estaba desconcertado, por la farsa de Maselli respecto a Otto Sekuler.

Según Lucadamo, Maselli y Sekuler se conocían personalmente. Y si se trataba de elegir entre la fiabilidad demostrada de las fuentes de Lucadamo y la supuesta ignorancia de Maselli respecto incluso

al nombre del alemán, Lucadamo llevaba las de ganar. ¿A qué obedecía entonces su reticencia? ¿Por qué negar todo conocimiento personal de Sekuler? Bastaba para poner en tela de juicio toda su conversación con Maselli, incluido su criterio sobre el Santo Padre.

Cuando el chófer dejó a Gib en el Raffaele, tenía más preguntas que a su llegada a Roma y estaba de mal humor. Aquélla no era la mejor forma de terminar la noche anterior a su audiencia con el papa. Consultó su reloj y acudieron a su mente recuerdos de buenos tiempos de antaño, que le hicieron pensar en que probablemente en aquel momento Giovanni descansaría con los pies sobre un taburete, el cuello de la camisa desabrochado, música de Mozart en su magnetófono y una copa del mejor Marsala en la mano.

Ése sería su pasaporte, se dijo a sí mismo mientras se dirigía a la segunda puerta. Si alguien podía suavizar su mal humor, el equilibrado propietario del Raffaele con su inmensa mundología era la persona indicada.

En la fría aunque soleada mañana del 18 de diciembre, el protocolo vaticano recibió a Gibson Appleyard como distinguido emisario del presidente de Estados Unidos. Un joven y pulcro monseñor lo saludó con formal cordialidad en la puerta de la limusina y lo acompañó al despacho del segundo piso del cardenal secretario de Estado Giacomo Graziani. Su eminencia no dejó de parpadear a lo largo de su intercambio protocolario, durante el cual ambos usaron bellas palabras sin expresar nada consecuente. Acto seguido, el cardenal acompañó en persona a Appleyard al estudio del papa, le presentó sonriente al Santo Padre y se retiró.

Cuando el papa eslavo agarró la mano extendida de Appleyard entre las suyas, a Gibson lo impresionó la fuerza latente en el sólido tórax y anchas espaldas del sumo pontífice. Pero lo que mayor impacto le causó, fue la mirada del papa. Nada podía haberle preparado para aquellos ojos. Unos ojos azul claro, sonrientes, desprovistos de hostilidad, angustia o indiferencia, propios de un hombre que desconocía el miedo. Unos ojos portadores de un mensaje que, sin ser desagradable, era demasiado sutil para descifrar a primera vista.

El Santo Padre le brindó a su visitante algunos comentarios de bienvenida, cuando lo conducía a unos sillones situados junto a una de las ventanas del estudio. Appleyard respondió con cumplidos a la generosa acogida del sumo pontífice y le transmitió los mejores deseos de su gobierno. Felicitó a su santidad por los viajes que durante aquel año había realizado a Francia, Polonia, Hungría y Brasil. Comentó también, con absoluta sinceridad, que no conocía otro líder mundial, político ni religioso, capaz de atraer a un millón trescientos mil jóvenes a Fátima, como lo había hecho el sumo pontífice en mayo, y otro millón y medio a Czestochowa, en Polonia.

-Es impresionante, santidad. Sumamente inspirador.

El papa eslavo respondió con una modesta sonrisa y se interesó por algunas personas que conocía del Departamento de Estado. Aunque su conversación era tranquila, en determinado momento y con un gesto indefinible, el papa invitó a Appleyard a que expresara sus preocupaciones.

-Hay ciertos asuntos específicos de los que deseo hablar con su santidad en nombre de mi gobierno -respondió Appleyard, con una sensación de alivio ante la actitud del papa-. Pero, como simple ser humano, debo confesar que son muchas las cosas que pesan en mi mente y en mi corazón, como estoy seguro que le sucede a su santidad. Es tanta la miseria entre los seres humanos. Las sinceras intervenciones de su santidad en las trágicas condiciones de los cristianos sudaneses, la población de Timar Oriental, los somalíes y el horror que se desencadena actualmente en Yugoslavia expresan los sentimientos universales de los hombres y mujeres de buena voluntad.

Momentáneamente, la mirada del papa se perdió en la lejanía, como si pudiera ver lo que había presenciado en aquellas tierras plagadas de muerte.

-Es evidente, señor Appleyard, que tanto usted como yo, así como las organizaciones a las que representamos, tememos lo que dirá nuestro juez supremo y árbitro de nuestro destino sobre la inhumanidad del hombre contra el hombre.

De pronto, un molesto recuerdo invadió la mente de Appleyard. Una fugaz remembranza de su ya lejana inducción masónica y de aquellas palabras ceremoniales «este temible tribunal... mi juez supremo». Pero aquel momento pasó con rapidez en la empatía silenciosa, que había descubierto en su interior por aquel hombre vestido de blanco.

-Además -prosiguió el Santo Padre, que miraba de nuevo a su interlocutor-, nos preocupan los

asuntos pendientes en Europa y en la URSS del señor Gorbachov.

Con esa asombrosa facilidad, el sumo pontífice condujo a Appleyard al motivo de su visita.

Al introducirse el tema de su misión principal en Roma, Appleyard le preguntó al papa si era consciente de los cambios inminentes en la cúpula soviética, en virtud de los cuales Boris Yeltsin sustituiría a Mijaíl Gorbachov. Su santidad se limitó a asentir con la cabeza. Era consciente de ello. No había otra alternativa, dada la dinámica de la situación.

Aquello era demasiado interesante, excesivamente tentador, para que Appleyard no lo explorara.

-Según su santidad, ¿en qué consiste dicha dinámica?

A pesar de que su respuesta fue muy directa y desprovista del menor titubeo, su brutal realismo no mermó la gran afinidad que habría destruido a un hombre de menor calibre.

-Cuando se tomó la decisión de alto nivel de acabar la guerra fría y de que el bloque soviético se integrara activamente en la esfera económica y financiera de las naciones occidentales, el cambio de liderazgo que ambos sabemos tendrá lugar en pocos días pasó a ser inevitable.

Su santidad hizo una breve pausa, ante la ligera sorpresa patente en el rostro del emisario. Había cambiado sólo ligeramente el enfoque de la conversación. Decía, en efecto, que no eran las fuerzas ciegas e irracionales de la naturaleza lo que provocaba los cambios en la URSS. Sin embargo, no estaba seguro de que el estadounidense le hubiera comprendido.

-Ambos sabemos, señor Appleyard, que en 1989 no tuvo lugar una revolución espontánea entre los pueblos de los antiguos satélites soviéticos ni entre el pueblo de la URSS. El sistema soviético no estalló, por así decirlo, para derrumbarse sobre sus propios escombros. No falló de pronto el temple soviético. No se desmoronó sobre nuestras cabezas algo que los hombres no hubieran previsto ni premeditado. Dicho género de análisis es un engaño. En el mejor de los casos es un mito, si no una invención, impuesto a los lectores de periódicos y televidentes del mundo entero.

»Tuvo lugar un hecho histórico mucho más importante. La voluntad del hombre, de los hombres, entró en acción. Hubo un «acuerdo», ¿no es cierto? Olvidemos de momento por parte de quién y con qué motivos, ¿de acuerdo?

Las preguntas del sumo pontífice eran retóricas, ya que prosiguió para declarar lo que otros sólo expresaban en un susurro.

-Lo que sucedió, en términos concretos, fue una serie de llamadas telefónicas desde las oficinas del Kremlin, ordenándoles a los dictadores y dirigentes comunistas de los países satélites que se marcharan, que desaparecieran. Todo se hizo bajo la dirección del presidente Gorbachov. Pero ambos comprendemos, ¿no es cierto, señor Appleyard?, que no actuaba por iniciativa propia, sino por obediente concierto con los verdaderos hombres de poder que deciden asuntos de vida y muerte en la sociedad de las naciones y, al nivel de macrodirección, en el cosmos.

Appleyard respiró hondo. Lo había dejado estupefacto el hecho de que aquel papa, que tan enigmático parecía al mundo entero, se hubiera sincerado con tanta facilidad.

-Confiábamos en que tuviera éxito el intento desesperado del presidente Gorbachov, para mantener unidos los estados de la URSS -declaró Appleyard con cierta reticencia.

-Pero no podía tener éxito -dijo su santidad al tiempo que extendía ambas manos, como para ofrecer un regalo de su larga experiencia en el tema que trataban-. Creo que nuestros planificadores comprendieron desde el primer momento que, si por alguna extraña casualidad hubiera logrado lo que se proponía, habría persistido la URSS con un mero cambio de nombre. El antiguo marco ideológico emergería con un nuevo atuendo.

»No, señor Appleyard. La federación de estados socialistas soviéticos de Gorbachov fue como una erupción de hongos. Nacida a medianoche y muerta al alba. Creo que al señor Gorbachov le llegó su medianoche con el sombrío realismo reinante en la cumbre de los siete grandes el pasado julio en Londres, cuando se reunió con los dirigentes de las siete naciones más industrializadas. Los siete sabios habían captado el mensaje transmitido por la elección en junio por el pueblo soviético, mediante sufragio universal, de Boris Yeltsin como presidente de la federación fundada por Gorbachov. Y la medianoche de Gorbachov pasó durante el golpe fallido del siguiente agosto. Desde aquel momento y hasta ahora, retirarse y dejar que Yeltsin pruebe su fortuna no ha sido más que cuestión de tiempo.

El asombro de Appleyard se había convertido ahora en algo distinto. Ya no tenía que preguntarse por la clase de inteligencia tras la carta sobre la «pobre, pobre Europa», que el sumo pontífice había

mandado a la reunión de los seleccionadores de la CE en Bruselas. En su lugar, con la mirada fija en aquellos juiciosos ojos azules, leyó el sutil mensaje que antes le había pasado inadvertido: no sólo dispongo de las ventajas del agua bendita, los *Agnus Dei* y los hermosos cánticos latinos, sino de los mejores medios de comunicación e información en la palma de la mano, al igual que usted. Y como eslavo, la comunidad eslava desde el Oder hasta el mar de Japón forma parte de mi herencia. Yo soy papa, decía el mensaje. Y como papa, todas las naciones son mi alguacilazgo.

Appleyard aprendía con rapidez.

-Comprendo, santidad -respondió Appleyard, refiriéndose no sólo a lo que el sumo pontífice había expresado, sino a todo lo transmitido sin palabras, y seguro de que podía hablar ahora de las consideraciones políticas de la junta de los diez, que constituían el motivo de su visita-. Lo que preocupa en realidad a mi gobierno, santidad, es el destino de los estados miembros de la URSS, cuando se arríe la bandera del Kremlin a medianoche de esta venidera Navidad.

Una vez más, el papa respondió con el hecho básico de la situación.

-La vieja política oficial del Kremlin de *sliyanie,* consistente en mezclar todos los grupos étnicos en la gloriosa homogeneidad del partido estatal leninista, nunca ha dejado de ser un espejismo. A pesar de las presiones económicas y militares de Moscú, los estados bálticos han expresado ya su intención secesionista. También lo ha hecho Ucrania, al igual que el Adradzenie, el frente popular de Bielorrusia. Para no mencionar los estados musulmanes de Tadzhikistán, Uzbekistán y Kirguizistán, que con toda probabilidad en unos cinco años perderán el valor de su importancia. Y sin olvidar el mismo espíritu secesionista entre los tártaros, los bashkires, los chuvashis y los chechenos en el Cáucaso septentrional.

Appleyard se preguntaba ahora si los expertos del Departamento de Estado especializados en Oriente sabían tanto como aquel papa.

-Indudablemente, los demás estados soviéticos seguirán el mismo camino. Pero no son viables como independientes. No los que su santidad ha mencionado. Como tampoco los son Estonia, Letonia, Lituania, ni ninguno de los demás. Entramos en un período de fragmentación, contención y experimentación. Y durante dicho período, la peligrosa fase de la transición, Boris Yeltsin nos parece la persona más segura a quien apoyar a corto plazo. Se verá acosado por la hiperinflación y por gigantescos descensos en la producción y en los ingresos. Pero es probable que sobreviva un par de años. Tal vez más.

»Somos conscientes de la amistosa relación de su santidad con el presidente Gorbachov -dijo Appleyard, al tiempo que el papa levantaba una ceja para indicarle que exageraba-. Somos conscientes -empezó de nuevo- del intercambio inusual de comunicaciones que ha tenido lugar entre su santidad y el presidente Gorbachov -rectificó mientras el papa se encogía de hombros, para mostrar que aceptaba su comentario modificado-. No obstante, Santo Padre, nos gustaría saber que contamos con el apoyo de su santidad y, llegado el caso, con la colaboración de su santidad, para lograr que el régimen de Yeltsin tenga el mayor éxito posible.

-Por supuesto. He colaborado con la política de Estados Unidos durante el período de Gorbachov. He restablecido el rito jerárquico romano en Bielorrusia. He disgustado al primer ministro Stanislav Suskievic hasta el punto de que manifestara en público su enojo en el parlamento y en la televisión. Pero he actuado de acuerdo con los deseos de Moscú, no con los de los patriotas bielorrusos exacerbados. Lo he hecho en el pasado y seguiré haciéndolo en el futuro. Procuramos cumplir nuestras obligaciones, como cofirmantes de los acuerdos de Helsinki.

»Sí, señor Appleyard, debo recordarle la decepcionante experiencia de la Santa Sede respecto a las potencias occidentales a lo largo de este siglo. Durante la segunda guerra mundial y a lo largo de los difíciles años de la guerra fría, la Santa Sede no se limitó como usted dice a colaborar, para alcanzar el resultado militar y la paz a la que aspiraban las fuerzas basadas en Occidente -declaró el papa eslavo, antes de relatar con asombroso detalle el alcance de la colaboración secreta del papa con los aliados occidentales durante la segunda guerra mundial-. El papa y sus servicios fueron utilizados por los aliados, señor Appleyard. Sin embargo, no se otorgó ningún peso específico a los criterios de la Santa Sede en los acuerdos posbélicos.

Durante la guerra fría, el papa eslavo no tuvo más que recordar cómo las potencias occidentales habían utilizado Solidaridad, organizada con la bendición de la Santa Sede, para crear a lo largo de los años setenta y ochenta el primer puente con lo que algunos llamaban el «imperio malvado» de los

soviéticos.

-Una vez más, hubo una plena colaboración por parte de la Santa Sede. Sin embargo, ahora que el «imperio malvado» ha dejado de existir, la Santa Sede, que actualmente represento como papa, ha sido excluida por los líderes occidentales de la planificación del mundo posbélico. Puede que usted no lo sepa, pero a finales de la primera guerra mundial, Gran Bretaña, Francia, Italia y Estados Unidos firmaron un pacto secreto en Londres, con el propósito explícito de excluir a la Santa Sede de toda negociación de paz.

»En otras palabras, señor Appleyard, existe un principio fijo observado por quienes toman las principales decisiones geopolíticas: excluir a la Santa Sede, por muy cooperativa que se haya mostrado. Éste es un hecho real en nuestra época, señor Appleyard. Comprenderá que como papa no estoy dispuesto a que me utilicen una vez más, mientras siga vigente dicho principio.

Appleyard lo comprendía. A decir verdad, no podía haber aspirado a una mayor franqueza. Pero el papa eslavo había cerrado todas las puertas a la posibilidad de identificar sus objetivos en Europa oriental y, por supuesto, a la de influir en ellos.

Después de destruir los cimientos bajo los pies de su visitante, el sumo pontífice empezó a construir un pequeño puente de esperanza.

-De todos modos -dijo como a guisa de reflexión tardía-, mis declaraciones no significan que no sigamos extendiendo nuestras cortesías diplomáticas habituales. Una emisora de radio de Moscú, propiedad de la Iglesia, fue la única que le permitió a Yeltsin dirigirse al pueblo soviético durante el golpe de agosto. Lo autoricé en persona. E indudablemente conoce también nuestra colaboración en asuntos financieros y diplomáticos durante su invasión de Panamá. Así como antes y durante la guerra del Golfo. La lista podría prolongarse.

Appleyard tuvo que preguntarse si había sido una buena idea, después de todo, que la junta de los diez mandara a un espía en misión diplomática. Hasta ahora, el papa eslavo describía círculos a su alrededor. No obstante, decidió avanzar con cautela por el puente de esperanza del sumo pontífice.

-No dudamos de la cortesía y actitud amistosa de la Santa Sede -empezó a decir de manera especulativa Appleyard-. Por consiguiente, existen algunos aspectos de la situación actual sobre los que agradeceríamos la opinión de su santidad. Su santidad aludía hace unos momentos al restablecimiento de la jerarquía ritual romana en Bielorrusia. Su santidad también ha restablecido la jerarquía episcopal católica en Rusia y Kazajstán. También ha llegado a nuestro conocimiento que su santidad nombrará en breve cinco nuevos obispos para Albania.

»Es evidente que comprendemos que esas medidas son apostólicas. Pero su santidad debe ser consciente de su impopularidad con el patriarcado de Moscú. ¿Me permite su santidad que le pregunte por la política general de la Santa Sede, respecto a la Iglesia ortodoxa rusa?

El esfuerzo de Appleyard para utilizar su pregunta sobre la Iglesia ortodoxa rusa y el patriarca de Moscú como introducción a la política oriental del sumo pontífice evocó una respuesta inequívoca. Nadie comprendía mejor que el papa eslavo, que el patriarca Kiril de Moscú era uno de los aliados de Yeltsin, y que el interés de los gobiernos occidentales por la Iglesia ortodoxa rusa estaba relacionado con su propósito de contribuir a la estabilidad del régimen de Yeltsin.

-Su gobierno conoce el antiguo compromiso del patriarca de Moscú con la vieja causa del partido estatal leninista. Las autoridades ortodoxas rusas están en la misma situación que los miembros de la cúpula de ese movimiento, ahora oficialmente difunto. Tal vez cambien su lealtad, o puede que no lo hagan. Es posible que tanto las autoridades ortodoxas como los líderes leninistas todavía se ablanden. Pero ésa no es la cuestión. ¡La cuestión es camuflaje! Ya que a pesar de su nueva nomenclatura, el mismo grupo sigue en el centro del poder. Y, con toda franqueza, ¿no es ése el quid de la dificultad con la actual desmembración de la URSS? ¿Que por fin emerja dicha verdad? No tiene más que preguntarse: ¿qué ha cambiado en realidad?

»¿Hemos visto algún rendimiento de cuentas por el genocidio? ¿Por el engaño? ¿Por la perpetuación de la gran mentira? ¿Por los incontables millones que viven en la agonía y mueren lenta y dolorosamente? ¿Se supone que debemos creer que el sistema leninista, con sus espías y superespías, sus propagandistas, los comandantes de sus campos de concentración, sus carceleros, sus verdugos y sus torturadores, el conjunto de ese malévolo Estado totalitario y mentiroso, ha dejado de existir?

»Todos hemos estado presenciando un acto de ilusionismo, señor Appleyard. ¡Abracadabra! Ahí

está la URSS dirigida por Mijaíl Gorbachov. ¡Abracadabra! Ahí está la federación de Gorbachov. ¡Abracadabra! Ahí está la Rusia gobernada por Yeltsin. ¿Debería esta Santa Sede colaborar en la conservación de dicho ilusionismo?

Appleyard se incorporó ligeramente en su silla, como muestra de su voluntad diplomática.

-Después de todo lo dicho, santidad, ¿debe mi gobierno considerar que a la Santa Sede le será difícil solidarizarse con los demás firmantes de los acuerdos de Helsinki? ¿Por lo menos en ciertos aspectos?

La respuesta del papa eslavo, grave y sosegada, fue inmediata. Se había encontrado con demasiadas encrucijadas semejantes en negociaciones diplomáticas, para aceptar las alternativas que se le ofrecían.

-Señor Appleyard, dichos acuerdos contienen cláusulas de escape de las que todo firmante puede servirse, cuando afecten su propio interés nacional. Por consiguiente, ya tiene usted mi respuesta. Para esta Santa Sede no será difícil cumplir con sus obligaciones.

En términos absolutos, no había necesidad de decir otra palabra. El propio silencio era una pregunta implícita. Si le apetecía al estadounidense, aquél podía ser el fin de la conversación.

Pero Gibson Appleyard rechazó dicha alternativa. Pudiera ser que la afinidad presente desde el principio de la entrevista, o la imagen que se había forjado en su mente de aquel papa eslavo como hombre ilustrado, lo indujeron a prolongar la conversación.

-Santidad, en última instancia todos nos proponemos convertir nuestro mundo en un lugar tan pacífico y próspero como sea posible. Estoy seguro de que en esto estamos de acuerdo.

El Santo Padre no tuvo dificultad alguna en seguir el cambio de pensamiento. Tenía a hombres como Appleyard en su propio Vaticano. Prelados a los que describía en privado como «buenos masones». Hombres de buena voluntad realmente inocentes. Hombres que, inconscientes o incrédulos de las maquinaciones e intenciones más profundas de ciertos elementos en la masonería, no tenían ninguna dificultad en compaginar el catolicismo con los ideales masónicos.

-Sí, señor Appleyard. Pensando en nuestra morada eterna con Dios, sí. Estoy de acuerdo. Pero no pensando en convertir este mundo en el templo exclusivo y definitivo de la existencia humana.

Le bastó a Appleyard una mirada para comprender que su visión de aquel papa no era enteramente errónea. El Santo Padre lo comprendía y lo aceptaba por lo que era. Por consiguiente, se sintió alentado a explorar otros intereses paralelos entre su gobierno y la Santa Sede.

-Nuestro sistema pluralista, santidad, tiene unos niveles que pueden ser aceptados por todos. Por aquellos cuyo objetivo es la morada eterna de la que habla su santidad, y por aquellos que aspiren al templo terrenal idílico de la humanidad.

Una vez más, el sumo pontífice aprovechó el campo común que se le brindaba, como introducción de su respuesta.

-En un sentido abstracto, dichos principios son buenos. La separación de la Iglesia y el Estado constituye la base de su contrato social estadounidense, para gozar de vida, libertad y felicidad como aspiración máxima. Dicho concepto es utópico. Algo a lo que siempre se aspira pero nunca se alcanza. Es evidente que usted comparte dicho ideal utópico, que tiene fe en el mismo. Sin embargo, hay otros que sitúan el logro de dicho ideal bajo una consigna en este cosmos, que no tolera ni tolerará a aquellos que, como esta Santa Sede, aspiran a la morada eterna.

La expresión en el rostro del estadounidense era más de perplejidad que de sorpresa. Pero bastó para que el papa se percatara de que había ido tan lejos como había podido con aquel hombre de buena voluntad.

Appleyard había llegado a la misma conclusión, ya que pidió un favor personal para interrumpir la conversación. Solicitó acceso a cierto material de los archivos para su propia referencia y mencionó a un colega de la Universidad de Stanford, que necesitaba una introducción para la Academia Pontificia de Ciencias del Vaticano.

-Con mucho gusto, señor Appleyard -respondió el papa eslavo, antes de cruzar el estudio para dirigirse a su escritorio y escribir una nota, concediéndole al estadounidense ambas peticiones.

Luego el Santo Padre formuló su propia petición. Lo preocupaba el creciente número de investigaciones sobre presuntas ilegalidades gubernamentales en Estados Unidos, relacionadas con el Banco Vaticano y la Banca Nazionale di Lavoro.

-Puede que exceda los límites de nuestra conversación -reconoció su santidad-, pero desde la perspectiva vaticana de ese asunto de la BNL, sería útil para la prefectura de asuntos económicos que pudieran aclararse esos temas financieros.

-Ningún inconveniente, santidad. Su PECA prestó un gran servicio a Estados Unidos. Me ocuparé de ello a mi regreso.

El Santo Padre se levantó y cogió un pequeño paquete de una mesilla cercana. Al desenvolverlo cuidadosamente apareció un icono del monasterio de Czestochowa del siglo XVII, sitiado por las tropas suecas.

-Es una obra de principios del siglo dieciocho, señor Appleyard -declaró el papa con inconfundible orgullo-. Un regalo privado y personal, para usted y su familia.

Appleyard aceptó el regalo de manos del papa con verdadero placer.

-Una obra de arte muy hermosa, santidad -respondió Appleyard, perfectamente consciente del valor sentimental de aquel tesoro, basado en el ineludible amor a su patria-. Su santidad ha sido muy generoso...

El papa eslavo levantó una mano, como para impedir que terminara así su entrevista.

-Puede que vuelva a unimos la providencia, señor Appleyard -dijo el sumo pontífice, mientras caminaba lentamente junto a su invitado hacia el ascensor-. Tal vez tengamos otra oportunidad de hablar de estos graves asuntos.

-Por mi parte, santidad -respondió Appleyard con toda sinceridad-, tengo la plena esperanza de que éste no sea nuestro último encuentro.

Gib Appleyard se puso un jersey y un pantalón deportivos, y entró en la sala de estar de sus habitaciones en el Raffaele. Tenía mucho que ordenar, antes de estar en condiciones de ofrecerle a Bud Vance su informe telefónico preliminar. Pero todavía no sabía nada sobre la política de la Santa Sede respecto a Oriente.

Pasó una larga hora analizando su audiencia papal. A nivel objetivo, reconoció haber tratado con un líder mundial distinto a todos los demás que había conocido. En un mundo donde el capitalismo democrático se había convertido en el pasaporte indispensable para acceder a la nueva sociedad de las naciones, el papa reinaba todavía política, diplomática y religiosamente como un monarca absoluto.

No obstante, el sumo pontífice era un hombre de esta época. Dirigía una organización global, única en la profundidad de su contacto con otros líderes y en la profundidad de su influencia entre centenares de millones de personas en el mundo entero. Además, le había aclarado que tenía en la palma de la mano, y sabía cómo utilizar, todas las ventajas de la cancillería política más antigua y con mayor experiencia de la Tierra. El papa eslavo también había demostrado no ser enemigo del capitalismo democrático. Dudaba de la tolerancia del capitalismo de una base religiosa para sus valoraciones morales. A decir verdad, había expresado reservas sobre la propia moralidad capitalista. Pero por lo menos prefería el sistema occidental, a cualquier alternativa marxista o socialista.

Entretanto, a un nivel más subjetivo, Appleyard no necesitaba reflexionar sobre sus primeras impresiones de la entrevista. Estaba todo escrito en la mirada, que le había permitido ver más allá de las diferencias que podían haber constituido una barrera aquella mañana y establecer en su lugar una comunicación profunda. Era la mirada de un hombre que sólo aspiraba a la paz y a una vida mejor para toda la humanidad.

A decir verdad, reflexionó Gib con un vestigio de amargura, el Santo Padre parecía llevarle ventaja en lo concerniente a los factores ocultos, que habían provocado la transformación repentina de la URSS de superpotencia rival durante la guerra fría, en candidata a su inclusión en el sistema económico y financiero de Europa occidental y Estados Unidos. El papa había hablado de la obediente actuación de Gorbachov respecto a los hombres de verdadero poder en la sociedad de las naciones. Gibson sabía que las órdenes y las decisiones descendían de la cúpula. Había pasado su vida profesional en dicho ambiente. Pero no era tan ingenuo como para suponer que el papa eslavo hablaba del arte de gobernar en un sentido ordinario.

Appleyard reflexionó una vez más sobre el problema de la confabulación de Estrasburgo, destinada a provocar la dimisión del papa eslavo. Aquellos hombres habían hablado de un cambio radical en la cúpula de la Iglesia y de la necesidad de un papado compatible con la realidad actual. No

obstante, cuanto más aprendía sobre el papa eslavo, menos sentido le encontraba a dicha propuesta. No podía imaginar un cambio más radical en la dirección pontificia, que el ya efectuado por el actual sumo pontífice. Y después de haber conocido ahora al Santo Padre, era incapaz de dilucidar la razón de dicha intriga.

Sin duda el hombre al que había conocido aquella mañana no podía estar mejor sintonizado con la realidad actual. No se lo podía acusar de opresión, de herejía, ni de ningún otro delito. No obstante, Gibson debía dar crédito al criterio de Giovanni Lucadamo.

-No bromean -había dicho su viejo amigo-. Al nivel que cuenta... quieren deshacerse de él.

«En todo caso -se dijo Appleyard-, sean quienes sean los instigadores de la confabulación, y fueren cuales fuesen sus razones, según Lucadamo no encontraré las respuestas en Roma.»

Dadas las circunstancias y el tiempo transcurrido, levantó el teléfono codificado y marcó el número de Bud Vance en Washington.

-¿Qué tiene para mí, Gib? -preguntó con alegría el almirante, aunque concentrado sin duda en su trabajo-. ¿Cómo le ha ido en palacio?

-Creo haber obtenido lo que me proponía -respondió Appleyard, dispuesto a resumirlo en pocas palabras-. El Santo Padre no ha detallado su política. Pero si alguien está al corriente de lo que sucede, éste es él. Por lo que he podido deducir, tiene una imagen clara de los planes elaborados y de lo que los planificadores estadounidenses esperan que suceda. A decir verdad, da la impresión de fuerza en sus convicciones y seguridad en su visión de futuro. A largo plazo (digamos en unos cuatro o cinco años), puedo pronosticar definitivamente una toma de posición por su parte. Pero evitará comprometer a Estados Unidos.

-¿Entonces apoyará nuestra política pro-Yeltsin?

-No se puede afirmar en público que apoye a Yeltsin. Su actitud es benigna. Incluso salutífera. Pero no lo ha apostado todo a un caballo, como lo hemos hecho nosotros. Sin embargo, eso no significa que no esté dispuesto a cooperar si es necesario, por lo menos de forma temporal.

-Sus palabras empiezan a parecer las de un embajador vaticano, Gib. Hábleme en inglés. ¿Qué significa eso?

Appleyard casi podía ver los ojos del papa eslavo cuando le daba explicaciones a Vance.

-Significa, almirante, que si llegan a estar en juego los intereses de seguridad, «esta Santa Sede no tendrá dificultad en cumplir con sus obligaciones».

-Me parece satisfactorio -respondió Vance contento-. Pero queda otra cuestión. Todavía me preocupa Estrasburgo. ¿Le han facilitado alguna información al respecto sus fuentes en Roma?

-No mucho, Bud. Sin embargo, es lo suficientemente grave para estar preocupado. La institución es útil para nosotros en su estado actual. Si alguien logra cambiar su forma de gobierno, y ése era después de todo el objetivo de Estrasburgo, tenga la seguridad de que alterará nuestra forma de acceso a muchas cosas.

-Coincido con usted. Sigamos investigando.

-Eso me propongo -dijo Appleyard casi a la ligera, pero con toda sinceridad-. Prácticamente le he prometido al Santo Padre que volvería a visitarlo. Quiero pensar que seguirá ahí cuando lo haga.

Realidades impensables y políticas extremas

TREINTA Y DOS

Cuando Christian llegó a casa de su hermano en Deurle, una semana antes de Navidad, Flandes estaba cubierto por un manto de nieve. El sonoro viento del noroeste barría las nubes de un cielo azul intenso y producía una acogedora melodía en el socarrén de la casa. Era un cántico sin palabras de origen angelical, que incrementaba el sosiego de aquella tranquila tierra y brindaba cobijo a Chris del mundanal ajetreo.

Había dormido en «Guidohuis» varias veces durante sus numerosos viajes a diversas diócesis belgas y neerlandesas, pero pasaba la mayor parte del tiempo con Paul en su despacho de la CE en

Bruselas, para ocuparse de lo que el cardenal Maestroianni denominaba «facilidades» para diversos obispos. Por el contrario, éstas serían unas vacaciones familiares para Christian.

-Días de bendición bajo las amplias palmas de las manos celestes -dijo Yusai, mientras le daba un abrazo de bienvenida.

Ésta sería su primera oportunidad de admirar las maravillas que Yusai había hecho con la casa. Al igual que Cessi, tenía un instinto por la tradición de las hermosas casas antiguas. La mayoría de las habitaciones habían recuperado ya su calor hogareño original. Yusai había recorrido todo Gante, en busca de muebles que fueran tan atractivos como idóneos y funcionales. Y los aposentos que le había reservado a su cuñado, un dormitorio y una sala adjunta donde podía decir misa todas las mañanas de su primera auténtica visita a la casa, eran ya conocidos en la familia como «refugio de Christian».

Durante su primera noche en casa, cuando se sentaron frente a una flamante hoguera para comer una sopa de judías negras acompañada de *tartine flamande,* Paul les comunicó que había logrado tomarse unos días de descanso, de su abigarrada agenda en la CE. A continuación, expuso los planes que Yusai y él habían elaborado para su hermano. Las aventuras empezarían al día siguiente e incluirían una visita a la catedral gótica de San Bavón en Gante.

-Te encantará el lugar. -Paul sonrió, mientras miraba a su hermano mayor-. Su construcción duró doscientos años y concluyó a principios del siglo dieciséis. El diácono de la catedral tiene muchas ganas de conocerte. Y mi amigo el canónigo Jadot, monseñor canónigo director como se le conoce oficialmente, tiene una sorpresa para ti. ¡Un obsequio especial!

-Pero eso no es más que el principio -agregó Yusai-. Tenemos varios lugares por visitar, ir de compras, envolver regalos y decorar el árbol como se merece.

-¿Luces también? -preguntó Declan-. ¿Tendrá luces nuestro árbol?

-¡Luces también, Deckel! -respondió Yusai, antes de levantar a su hijo en brazos para llevarlo a la cama.

Paul y Chris se trasladaron a la sala de estar principal, donde se instalaron frente a otra de las muchas chimeneas de «Guidohuis». Hannah Dowd les sirvió unas copas de brandy que acababa de calentar y, antes de apenas darse cuenta de ello, los hermanos se sumieron en reminiscencias de vacaciones del pasado. Hablaron de su infancia en «La casa azotada por el viento» y de su tradición iniciada por el viejo Glad. Recordaron las excursiones con su abuelo Declan y se maravillaron de la paciencia de su vieja y querida tía Dotsie. Evocaron recuerdos de Cessi cuando era más joven y de Tricia en la época en que cayó gravemente enferma.

Tan vivos y alegres eran dichos recuerdos para Chris, que decidió hacer una llamada a «La casa azotada por el viento». Quería oír la voz de Cessi y la de Tricia, y compartir con ellas la felicidad del momento. Pero fue Beulah quien contestó el teléfono en Galveston. Cessi había llevado a Tricia a otra peregrinación médica, con la esperanza de encontrar cierto alivio, si no una curación, para la dolencia de su hija.

Aunque Paul estaba tan triste como Chris por el estado de Tricia, experimentó cierto alivio egoísta al no tener que charlar con Cessi. Los recuerdos eran agradables, pero todavía existía entre ellos una enorme brecha, y las heridas que se habían causado mutuamente seguían abiertas. Yusai se unió a ellos y animó de nuevo la conversación. Acurrucada en un sillón y feliz en su compañía, escuchó sus recuerdos, compartió maravillosos relatos de su propia infancia en Mailing y les habló de las pintorescas celebraciones de fin de año en su tierra natal.

Era casi la medianoche, cuando Chris se acordó de un regalo especial que había traído consigo. Se trataba en realidad de un obsequio para la casa, les dijo, un recuerdo de las raíces católicas intrínsecamente vinculadas a la tradición de los Gladstone en «La casa azotada por el viento». Dicho esto, recogió un paquete que había dejado en el vestíbulo y mostró un retrato bellamente enmarcado del papa eslavo, con la siguiente inscripción del Santo Padre: «A la familia Gladstone, hijos leales de la Iglesia.»

Paul, que no quiso estropear el cálido ambiente que los envolvía, recibió el retrato, bromeó sobre la importancia de los personajes con los que su hermano se codeaba en la actualidad y recordó a los presentes, él mismo incluido, que sería prudente acostarse para levantarse temprano por la mañana.

Los días anteriores a la Navidad fueron exactamente como Paul lo había prometido, y Chris los

disfrutaba de pleno. Cada mañana salían los cuatro, con el pequeño Deckel agarrado a la mano de su tío como un tesoro recién encontrado, que aumentaba su alegría en la vida. Visitaron las calles, plazas y callejuelas de la orgullosa ciudad medieval y renacentista de Gante, repletas de recuerdos de su antigua fe, su fama y sus hazañas, y sus héroes y heroínas del pasado. Exploraron iglesias que se remontaban a la Edad Media y al alto Renacimiento, como las de San Nicolás, San Jaime, San Miguel y San Pedro, con sus magníficas vidrieras de colores. Le mostraron a Declan los vistosos y alegres escaparates de las tiendas. Soportaron el frío de la calle para escuchar recitales de villancicos y se calentaron con tazones de sopa en pequeños restaurantes simpáticos. Dedicaron incluso cierto tiempo a las ruinas desiertas del noviciado de Hoyen, donde Yusai escuchó fascinada cuando Chris le contaba a Declan que en lugares como aquél, en otra época, vivían hermanas dedicadas a la oración y a las obras de caridad, que se ganaban la vida con trabajos de costura y de artesanía, hasta que la corrupción y la revolución napoleónica acabaron con su estilo de vida.

En la catedral de San Bavón, el diácono los esperaba para recibirlos con muchas atenciones. Pero fue el amigo de Paul, el canónigo Jadot, quien se ocupó en persona de los Gladstone. Con su elegante atuendo clerical, Jadot invitó a los cuatro a visitar el lugar, incluido el campanario de cien metros de altura erguido aparte.

-En la noche de Navidad, padre Gladstone -dijo Jadot, encantado de dirigirse a su visitante vinculado con el Vaticano-, nuestro carillón de cincuenta y dos campanas deleitará con su música nuestras almas. Las melodías y variaciones de nuestra alegre celebración llenarán el aire de Gante.

El obsequio especial que Paul había prometido se reservó para el final: una visita privada al retablo policromado de la catedral, *El cordero místico* de Hubert y Jan Van Eyck. Pero cuando Jadot le mostraba los detalles de aquella gran obra de arte, Chris empezó a sentirse incómodo. Se percató de que Jadot no sentía tanta reverencia por lo que aquella obra de arte representaba, como orgullo por el hecho de que su catedral poseyera semejante tesoro.

Retrospectivamente, Christian se preguntó si el cambio que había experimentado al escuchar el erudito e irreverente relato de Jadot no había empezado mucho antes. Tal vez se había iniciado con las preguntas que Declan había formulado durante su visita de los lugares sagrados, y que pusieron de relieve lo poco que el niño sabía de su religión. Aunque, a lo mejor, la auténtica espoleta había sido lo desiertas que estaban aquellas viejas iglesias y capillas que él y su familia habían visitado. Todos aquellos lugares que debían de haber evocado la inolvidable admiración del milagro que se celebraría en Navidad. En su lugar, lo que vio, las iglesias vacías, las capillas desiertas dedicadas a Nuestra Señora de Flandes, los votos de antiguas generaciones cubiertos de polvo y la desolación de los edificios del noviciado, evocaba un acerbo recuerdo.

No hacía mucho tiempo que Gante había sido un lugar fervientemente católico. Sus lugares sagrados estaban repletos de feligreses, y el olor a incienso, los cánticos de las misas y bendiciones y el murmullo de oraciones en los confesionarios impregnaban su ambiente. Sin embargo ahora, en Gante, al igual que en otros lugares, los padres ya no llevaban a sus hijos a las iglesias y a las capillas para admirar los monumentos levantados y maravillarse con ellos ante el misterio del Niño Jesús nacido para su salvación. Ahora acudían a las tiendas y galerías comerciales, para admirar las maravillas de los ordenadores, los juguetes de alta tecnología y los artilugios electrónicos fabricados para ellos.

Para Chris fue un alivio comprobar que Declan no se había dejado llevar enteramente por la moda reinante. Le encantaba la alegría, las luces, los villancicos, y se moría de impaciencia por decorar el árbol de Navidad y abrir los regalos. Pero cuando Paul y Yusai querían hacer algunas compras sin que el niño los acompañara, Deckel se sentía muy feliz de la mano de su tío, hablando de sus nuevos amigos en la escuela internacional cerca de Deurle y de lo emocionante que era la vida en general para un niño de cinco años inteligente y aventurero. Uno de los nuevos amigos de Deckel, que le había maravillado, era un joven profesor llamado De Bleuven.

-No es murrio como algunos de los demás, tío Chris -decía con orgullo el niño-. Nos muestra cuevas y cosas, y nos lo cuenta todo sobre las mismas.

Chris no tardó en comprender que ese tal De Bleuven había organizado una asociación juvenil de espeleólogos y todas las semanas, si el tiempo lo permitía, visitaba con sus pequeños entusiastas el laberinto de cavernas por las que Deurle es famoso. Pensando que Declan pudiera ser demasiado joven para los peligros de la espeleología, Christian decidió hablar con discreción de ello con Paul y Yusai.

El fin de semana anterior a Navidad marcó un cambio de ritmo en la vida de Christian y Paul Gladstone.

El sábado por la tarde se inauguró la Pascua, había llegado el momento de prepararse sinceramente para las celebraciones. Con la ayuda de Maggie Mulvahill, Hannah Dowd empezó a cocinar para las fiestas venideras, y el aroma de galletas y pasteles procedente del horno impregnó el ambiente de la casa. Chris, Yusai y Declan empezaron a decorar el árbol, mientras Paul, que no se distinguía por su habilidad en dichos menesteres, indicaba los lugares que requerían atención.

Los preparativos se interrumpieron temporalmente, cuando llegó Jan Borliuth con regalos para Deckel. Como orgulloso abuelo que era, lo acompañaban tres nietos que no tardaron en salir a jugar con Declan, para construir castillos de nieve y defenderlos con grandes gritos de alegría de invasores imaginarios.

Sus nietos no eran los únicos acompañantes que Borliuth había traído consigo.

-Gibson Appleyard está aquí para saludarlos. Ha pasado unos días en Bruselas después de cierto trabajo en Roma. De aquí iremos al aeropuerto, para que pueda pasar las Navidades en familia. -Los amigos de Jan siempre son bienvenidos en nuestra casa, señor Appleyard.

Las palabras de Paul no eran una mera formalidad. Jan había llegado a convertirse casi en un miembro de la familia. Mientras charlaban tranquila y amigablemente, y tomaban una taza de café muy caliente y deglutían una primera tanda de galletas de chocolate preparadas por Hannah Dowd, incluso Gib Appleyard parecía un viejo amigo. Claro que contaba con una ventaja en la conversación. No mencionó el papel que había jugado entre bastidores en la elección de Paul como secretario general, ni lo que sabía acerca de Christian. Pero tampoco disimuló el gran interés que sentía por ambos hermanos. Le gustó Paul y admiró su agilidad mental. Le encantó Yusai y le asombró su cortesía. Sin embargo, era el sacerdote quien más le impresionaba. Reconocía en Christian una auténtica sinceridad desprovista de complicaciones. Era un hombre del Vaticano con el que creía poder hablar, si lograba organizar la ocasión oportuna. Pero como ahora tenía que coger un avión, debería contentarse con haber establecido el primer contacto.

Los preparativos para las fiestas habían concluido el domingo por la mañana, cuando Chris celebró una misa para los presentes en la casa. Acostumbrado a la misa *novus ordo,* la misa hereje de última moda como Cessi insistía en llamarla, Paul oyó por primera vez en muchos años la misa en latín, que había formado una parte muy importante de su infancia. Lo cierto era que «Guidohuis» no era «La casa azotada por el viento», y el refugio de Christian estaba lejos de parecerse a la capilla del viejo Glad. No obstante, lo embargó un torrente de recuerdos agridulces al ver a Chris con su atuendo romano. Llegó el momento en que Christian levantó la hostia consagrada en su mano izquierda y se golpeó el pecho mientras repetía las palabras de fe y humildad, dirigidas originalmente a Jesús por el centurión pagano: *«Domine, non sum dignus...»* Tres veces oyó Paul la invocación, sobre el cáliz que contenía la sangre bendita del Salvador: «Señor, no soy digno...»

A pesar de que en otro tiempo, no muy lejano, Paul había deseado levantar la hostia como sacerdote y pronunciar aquellas palabras de fe y contrición, le faltaba ahora valor no sólo para recibir la comunión de manos de su hermano, sino incluso para rezar en silencio. Agachar la cabeza y cubrirse el rostro con las manos era cuanto podía hacer para controlar el inexplicable escozor de las lágrimas tras sus ojos. Cuando abrió de nuevo los ojos, Chris estaba arrodillado frente al altar. Después de escuchar unas últimas plegarias de agradecimiento, Paul fue el único que permaneció en su lugar, pensativo y silencioso, viendo cómo su hermano recogía el altar.

-Todo sigue igual para ti, ¿no es cierto, Chris? -preguntó, al tiempo que su hermano no podía más que mirado perplejo-. Me refiero a lo del establo y la cruz -aclaró-. La idea de la humildad, la santa pobreza, el sacrificio y lo demás. Todo sigue siendo lo mismo para ti, ¿no es cierto?

-La Iglesia no cambia en sus aspectos esenciales, Paul -respondió Chris, mientras cerraba las puertas del armario donde había guardado sus vestiduras-. Y al fin y al cabo soy sacerdote.

-Pero la Iglesia cambia. En realidad, ya ha cambiado. Han dejado de existir dos bandos. Mires donde mires, la Iglesia se abre a los demás como nunca lo había hecho. Incluso el papa lo reconoce. Acepta a los judíos y a los musulmanes y a los hindúes...

Chris se sentó sobre uno de los reclinatorios. -¿Qué te preocupa, Paul?

El menor de los Gladstone tuvo que sonreír. Nunca había logrado convencer a Christian con sus pequeños engaños. Aunque suponía que ello conduciría a una confrontación, lo que en realidad deseaba era desahogarse y confesar lo de su reciente inducción en la logia.

-Te advierto que no es una logia cualquiera -defendióse Paul a priori-. Cyrus Benthoek y uno de sus colaboradores, un impresionante personaje llamado doctor Ralph Channing, organizaron mi aceptación nada más ni nada menos que en la gran logia de Israel.

Prosiguió con una entusiasta descripción de su viaje a Jerusalén, su excursión a la cima de la montaña de Aminabad, y de la sensación de proximidad que había experimentado allí con Dios y con los demás seres humanos.

-¿No lo comprendes, Chris? -insistió-. En realidad todos perseguimos lo mismo. Lo importante no es formar parte de la Iglesia católica, sino de la familia humana.

Christian lo escuchó en silencio. Cuando su hermano terminó, le formuló una sola pregunta:

-¿Y la salvación, Paul?

El menor de los Gladstone sólo podía mirar sin pestañear a su hermano. Con toda seguridad nadie, y especialmente su propio hermano, podía ser tan medieval en estos tiempos modernos. Sin duda debía comprender que incluso su propio privilegio especial como sacerdote era ahora diferente, que todo el mundo participaba ahora del sacerdocio. Y seguramente Chris debía de haberse percatado a estas alturas, después del trabajo que habían realizado juntos durante los últimos meses, de que los objetivos de la logia estaban lejos de ser incompatibles con los de la Iglesia.

-Lo importante, lo cristiano, es construir puentes de comprensión. Para ello no es preciso ser sacerdote, ni siquiera católico. Y no soy sólo yo quien lo dice, Chris. Limítate a examinar los documentos principales del Concilio Vaticano Segundo y comprobarás que tengo razón.

»Sí, lo sé... –Paul levantó la mano para eludir las objeciones de su hermano-. Lo sé. Yo abandoné el seminario y no soy teólogo como tú. Pero incluso yo comprendo un documento como el denominado *Gaudium et Spes.* Y sé que no podría tener mejor título. Júbilo y esperanza. Júbilo por el nuevo espíritu de abarcar a los no católicos y a los no cristianos. Esperanza por la eliminación de las antiguas barreras de desconfianza y su sustitución por una nueva unidad. En realidad y puesto que tú lo has mencionado, *Gaudium et Spes* hace un par de referencias a la salvación. Afirma que Jesucristo alcanzó la salvación para todos. Asegura que Dios aspira a la salvación de todos los seres humanos, sin excluir a nadie. ¿No es eso cierto, hermano mayor?

-Sí, pero...

-Sin peros. Sabes que tengo razón. Y también sabes que *Gaudium et Spes* insiste además en el gran valor de las religiones. Se nos dice que debemos respetadas todas, dado que Dios ha permitido su desarrollo.

»Dicho documento hace hincapié exactamente en el compromiso que adquirí en Aminabad. No habla de la Iglesia católica, sino del pueblo de Dios. Como cristianos, todos debemos unirnos en la construcción del hábitat humano, en la construcción de la prosperidad de todos los pueblos. En otras palabras, Chris, ya no debemos actuar por separado. Por fin debemos abandonar los viejos prejuicios, incluidas nuestras diferencias con los judíos. Debemos aceptar por fin la importancia del pueblo judío en la salvación. No fueron los judíos los responsables de la crucifixión de Jesucristo, sino nuestros propios pecados.

»La idea general, el espíritu del Concilio Vaticano Segundo, consiste en unirse a toda la humanidad para un mundo mejor. Y te guste o no, Chris, pertenecer a la logia me ha abierto puertas que me permiten participar con mayor intensidad que nunca a solas.

Christian estudió el rostro de su hermano, iluminado por la emoción de la visión utópica que tan apasionadamente acababa de compartir. Era todo tan tentador, pensó Chris. Lo que él podía ofrecer no era tan atractivo, ni nunca podría serlo sin la gracia de Dios, para los adeptos al credo que Paul acababa de exponer. Pero no le quedaba otra alternativa más que la de abordar la cuestión.

-¡Escúchame, Paul! Ambos sabemos que no existe ninguna exhortación en el cristianismo para la construcción de un paraíso material. Desde un punto de vista humano, es una triste afirmación. Pero es real. Y lo que todavía es peor desde tu punto de vista, es que nunca habrá paz entre el cristianismo y el mundo. Para ello tenemos la palabra de Dios. El mundo es el dominio del príncipe, nos lo dijo Jesús. Nos dijo que nuestra razón para estar en este mundo no es la de construir aquí un paraíso, sino ganarnos

la salvación en el cielo. Nos dijo que la única forma de logrado consiste en cooperar con él. Con los méritos que él alcanzó para nosotros, de los que nos convenció con sus palabras y sus obras, y que nos comunica con sus sacramentos.

»Por consiguiente, el contraste es claro: dedicarse a las cosas atractivas de esta Tierra, o dedicarse a Dios, que ha considerado oportuno darnos sus leyes para vivir. Es una doctrina difícil porque se opone al alud de nuestras pasiones. Según los evangelios, contradice los deseos de nuestra carne, la concupiscencia de nuestros ojos y el orgullo de la vida. Exige sacrifico, dolor y pérdida.

»La belleza del cristianismo consiste en asegurar la vida eterna para los creyentes. Asegura que viviremos en compañía de Dios para toda la eternidad y que compartiremos su belleza, su verdad y su felicidad infinita. Por consiguiente, Paul, tienes razón en lo que a mí se refiere. La cuna y la cruz, así como la idea u objetivo subyacente tras la humildad, la santa pobreza y el sacrificio, permanecen imborrables para mí.

»Además, debo recordarte que sigue vigente la prohibición categórica de pertenencia a la logia. Por muy nobles que sean tus intenciones, no dejas de estar en pecado mortal.

Paul tuvo que dejar de mirar a Christian, para que no flaqueara su voluntad. Hubo de evocar en su mente la nueva sensación de propósito que había descubierto en Jerusalén. La sensación de privilegio, de camaradería y de ideales compartidos. La sensación de que no trabajaba sólo para mejorar su situación, la de Yusai y la de Declan. Pero, sobre todo, reafirmó dentro de sí mismo aquella independencia de criterio que había sentido en compañía de Benthoek y Channing.

De pronto tuvo excelentes razones para recordar ahora las palabras de Benthoek, que repitió casi literalmente:

-¿Eres consciente, Chris, de que muchos altos prelados del Vaticano son miembros de la logia?

A Christian se le heló la mirada, pero guardó silencio. Tenía cierta idea respecto a las transgresiones de algunos clérigos del Vaticano, de las que frecuentemente se había quejado en sus conversaciones con Aldo Carnesecca. Pero aquello no era una cuestión de estadísticas. No era el Vaticano lo que lo preocupaba, sino su hermano.

-Si yo estoy en pecado mortal -prosiguió Paul para llenar el silencio-, sólo puedo decir que estoy en bastante buena compañía. Y me consta de buena tinta que mi pertenencia a la logia no me convierte en proscrito respecto a la Iglesia. A mi regreso de Jerusalén, pasé por la rectoría de la catedral para hablar con el canónigo Jadot. No había olvidado por completo el antiguo dictamen contra la afiliación a la logia y se trataba por consiguiente de una visita confesiona1.

Chris podía casi imaginar la situación. En lugar de conducirlo a un antiguo confesionario católico, el cosmopolita Jadot había invitado probablemente a Paul a una acogedora sala confesional, como denominaban en la actualidad esos lugares, con ornamentos de última moda, iluminación halógena y unos cómodos sillones.

-Deja que lo adivine -interrumpió Chris-. Con toda seguridad tu amigo estaba de acuerdo con tus también amigos de Jerusalén: Benthoek, Channing y quienquiera que estuviera presente. Sin duda te dijo que nuestro criterio católico ha evolucionado en lo concerniente a la pertenencia a la logia. Y si te impuso alguna penitencia, fue, sin temor a equivocarme, que cuidaras de tus hermanos.

Paul soltó una carcajada.

-Hasta aquí, Chris, tu conjetura es perfecta. Si no te conociera mejor, te tomaría por un católico conciliar. Pero hubo algo más. Basándose en sus largos años de experiencia como miembro de la logia, el canónigo Jadot me aconsejó discreción. Y después de este pequeño intercambio contigo, comprendo por qué.

»Pero ya que estamos en ello, fue el canónigo Jadot quien me recordó lo de *Gaudium et Spes.* A decir verdad, me recordó algo que casi había olvidado. Cuando el papa eslavo asistió al Concilio Vaticano Segundo como mero obispo, fue uno de los redactores principales de dicho documento. Y puesto que el objetivo principal de la gran logia de Israel consiste en hacer exactamente lo que dicta dicho documento, puede decirse que ¡mi afiliación a la logia cuenta con el beneplácito del Santo Padre!

-Yo no diría eso jamás -protestó Chris-. Pero ya que ésa es tu forma de verlo, permíteme que te responda punto por punto. En primer lugar, si decides volver a confesarte, evita a Jadot como hombre que ha perdido su fe. Es lamentable, pero no es el primer clérigo a quien le ha sucedido y, dados los tiempos que corren, no será el último. En segundo lugar, parte de lo que dice Jadot es cierto, pero su

criterio es terriblemente erróneo. Es verdad que nuestro actual sumo pontífice fue uno de los redactores del *Gaudium et Spes*. Es un hecho. Sin embargo, muchos hombres han tenido ideas heterodoxas y se han visto obligados a corregirlas al convertirse en papa. San Pedro llegó incluso a negar a Jesucristo, ¿no lo recuerdas?

»Y eso nos lleva al tercer punto. Ahora que nuestro papa es el vicario de Jesucristo en la Tierra, deberá corregir sus errores anteriores que han conducido a tantos problemas de confusión en la Iglesia.

Paul agitó las manos con impaciencia.

-Y supongo que uno de dichos errores sería el *Gaudium et Spes* -exclamó.

-No me vengas con ésas, Paul -replicó Chris, a quien no convencía la aparente exasperación de su hermano, ni estaba dispuesto a abandonar ahora la discusión-. Puede que no hayas leído *Gaudium et Spes* desde hace mucho tiempo, pero sabes tan bien como yo que fue chapuceramente concebido y pésimamente redactado, en el más ambiguo de los lenguajes que uno pueda imaginar. Lo que queda todavía por hacer es compaginar esa confusa mescolanza con las creencias y enseñanzas tradicionales de la Iglesia. Su santidad tendrá que hacerla en un futuro próximo, o pagar por sus errores en el purgatorio.

»Tradicionalmente, le pedimos a Dios que nos ayude a desvincularnos del mundo y a amar las cosas de nuestro verdadero hogar en el cielo. ¿Cómo compaginar eso con el compromiso de unirse al mundo para elaborar una especie de paraíso material? Nosotros creemos que la salvación se alcanza mediante la cooperación con la gracia de Dios, a fin de redimirnos de las consecuencias del pecado. O en otras palabras, de la muerte. Y creemos que Dios nos otorga dicha gracia a través de la Iglesia que fundó con ese propósito específico. ¿Cómo compaginar eso con la idea de que nadie está excluido de la salvación? Todavía queda eso y mucho más por alinear con las creencias católicas tradicionales. Y hacerla es responsabilidad del papa, en particular puesto que él fue el artífice de tan ambiguo documento.

Paul era demasiado sensato para discutir la teología de su hermano. Pero su puesta en práctica era cuestionable.

-A mi parecer, el papa eslavo está mucho más interesado en vagar por el mundo, para mostrarnos cómo cooperar con los brujos. Puede que algún día llegue a armonizar los documentos del Concilio Vaticano Segundo con tu preciada tradición. ¿Pero qué se supone que debemos hacer los demás entretanto? ¿Hacer caso omiso del Concilio Vaticano Segundo y sus documentos como *Gaudium et Spes?*

-Entretanto, Paul, y sólo para empezar, procura no olvidar que el Concilio Vaticano Segundo no fue un concilio dogmático. Como tampoco es dogma el *Gaudium et Spes,* ni ningún otro documento surgido de dicho concilio.

-Entretanto, mi querido cuñado -dijo la enfática voz de Yusai, que sobresaltó a Chris y a Paul como gatos asustados-, ¡Podéis venir ambos a desayunar!

Paul no sabía en qué momento había entrado sigilosamente su esposa en el refugio de Christian, pero la expresión en su mirada indicaba que había estado un buen rato en el umbral de la puerta abierta. En los últimos tiempos había pensado en serio en convertirse al catolicismo, en unirse más íntimamente al mundo en el que vivía en «Liselton» y en «Guidohuis», y por consiguiente hablaban de asuntos que le concernían. No obstante, llegó el momento en que le pareció preferible intervenir antes de que la confrontación alcanzara un punto irreversible.

El resto de su estancia en «Guidohuis» fue tan ajetreada y casi tan feliz como siempre. Pero a cierto nivel se había formado en el interior de Christian una pequeña laguna de tristeza y desamparo. Le parecía indudable la sinceridad de su hermano para reparar la miseria y la pobreza del mundo. ¿Pero cómo había perdido Paul de vista el significado de la encarnación que estaban a punto de celebrar? En realidad, ¿con qué propósito se habían reunido, si no para celebrar el nacimiento de Dios en el tiempo, así como la generación eterna de dicho Dios y la participación de toda la humanidad en aquellos hechos fundamentales?

Christian sólo tuvo el valor de aceptar gradualmente lo evidente. Sólo paso a paso logró admitir en resumen que, al igual que el canónigo Jadot, Paul Gladstone había perdido la fe.

En Roma, el papa eslavo se preparaba para salir de los aposentos pontificios, a fin de celebrar la misa del gallo en la basílica de San Pedro. Cuando salía, se detuvo en una de las habitaciones privadas,

frente a una pequeña mesa situada junto a una ornamentada chimenea. Sobre la misma, cubierta por un velo dorado con una gran eme plateada, había un recipiente del tamaño de una caja de cigarros. En su interior había una sola hoja de papel, un documento cuidadosamente redactado que había mandado a Roma en los años cincuenta la hermana Lucía, única superviviente de los videntes de Fátima en 1917. Era un documento confidencial, confiado a la oficina vaticana responsable de guardar la fe de los católicos, y colocado en aquella caja sobre la que figuraban las palabras latinas *secretum sancti offieii.*

Hasta ahora el sumo pontífice lo había leído sólo dos veces. Pero tanto su contenido como la situación de la anciana hermana Lucía, prácticamente prisionera en su convento, no se alejaban nunca de su mente.

En aquel momento, cuando los acontecimientos abrían una nueva página en Rusia, acarició con suavidad la caja. Antes de reunirse con su séquito y concentrarse plenamente en la misa y los ritos protocolares, quiso seguir con un dedo la eme plateada. Quería rezar, como con mucha frecuencia lo hacía, por la constancia, la fuerza y la luz, y también por la fecundidad de su pontificado en una época de apostasía generalizada.

Algo que Giustino Lucadamo lamentaba era que, como jefe de seguridad de su santidad, sólo podía participar de forma periférica en las ceremonias papales. Siempre que el sumo pontífice salía del palacio apostólico, Lucadamo llevaba a cabo una vigilancia minuciosa y polifacética de cada etapa del recorrido, hasta que el Santo Padre se encontraba de nuevo dentro de la red de seguridad permanente de los aposentos pontificios.

Aquella noche Lucadamo dirigía el proceso desde uno de sus centros de control. Junto con dos de sus mejores hombres, estaba rodeado de aparatos electrónicos, que lo mantenían en pleno contacto con su personal, e hileras de monitores que mostraban imágenes en directo y le permitían examinar detalladamente el progreso del sumo pontífice entre sus aposentos y la basílica.

Funcionaba a pedir de boca. Conforme el papa abandonaba sucesivamente cada una de las zonas, equipos de guardias tomaban sus posiciones y cerraban los accesos de la retaguardia, con tanta seguridad como si se cerraran puertas de acero a espaldas del Santo Padre. Cuando su santidad llegó al interior de la basílica, Giusti se relajó ligeramente. No podía aparecer un gato en la totalidad del complejo sin ser detectado. Todos los grupos y sectores de la congregación estaban sometidos permanentemente a la vigilancia de los monitores y los ojos humanos. En el peor de los casos, si por ejemplo alguien levantara de forma inesperada una pistola para disparar de nuevo contra el papa eslavo, ninguno de los seis francotiradores estratégicamente situados dudaría en disparar.

Cuando empezaron las ceremonias navideñas propiamente dichas, Lucadamo consultó a su principal lugarteniente, Machali Bobbio, de servicio en el segundo complejo de mando. Se concentró en las transmisiones de los aposentos papales y sus accesos. Entonces, cuando parecía que no había más que hacer a excepción de acomodarse en su silla, Lucadamo se incorporó como si acabara de recibir el impacto de un rayo en su columna vertebral. Pulsó el código interno que le comunicaba con Bobbio.

-¿Cuántos hombres hay de servicio en los aposentos?

-Cinco, señor.

-¡Exacto! Ahora fíjese en sus monitores. Ahí están Maschera y Fontanella, ¿de acuerdo? Y allí Silvano y Crescenza. Torrente es el número cinco. ¿Pero quién diablos es *ése?* ¡Se dirige a la sala de la caja, maldita sea! ¡Vaya allí inmediatamente, Bobbio! Me reuniré con usted en seguida. Y silencio absoluto, ¿entendido?

Antes de abandonar su centro de control, Lucadamo tuvo que comunicarles a Maschera y a los demás la presencia del intruso. Dirigió a sus hombres al lugar del conflicto y cerró la transmisión con un expeditivo «código quinientos».

-Código quinientos, cierro -repitió sucesivamente cada uno de los cinco guardias por su transmisor portátil.

No hubo una sexta respuesta.

Quienquiera que fuera el intruso, era demasiado astuto para hablar por el canal codificado, o no tenía acceso al mismo. Lucadamo se quitó los auriculares y salió corriendo de su puesto de mando. Cuando llegó al pasillo del tercer piso, frente a las habitaciones privadas de los aposentos papales, el lugar estaba lleno de agentes en estado de alerta con sus Glock de fabricación austríaca desenfundadas.

Giustino Lucadamo se acercó a la puerta por un lado, mientras Machali Bobbio lo hacía por el otro. Con un rápido movimiento, Lucadamo abrió la puerta y ambos apuntaron a una figura inclinada sobre la mesa, con una diminuta cámara de fotografiar en la mano.

Con sus resplandecientes ropajes blancos y dorados, el papa eslavo estaba frente al altar de la gran nave de la basílica de San Pedro. Bajo un ornado baldequín, y rodeado por las cuatro columnas negras en espiral que contenían los huesos de treinta mil mártires, levantó con ambas manos la encarnación de Jesucristo.

-¡Helo aquí! -exclamó con la hostia levantada a la vista de todos-. He aquí el cordero de Dios...

TREINTA Y TRES

A primera hora de la mañana del día de Navidad, Giustino Lucadamo había averiguado lo esencial tras el allanamiento de los aposentos pontificios y le comunicó al papa eslavo sus descubrimientos.

Por la noche del día 27, después de recibir una alarma roja desde Rusia, el padre Angelo Gutmacher llegó al estudio del papa en el tercer piso, para reunirse con el Santo Padre y ciertos miembros de su círculo confidencial. Además del sumo pontífice y de Lucadamo, estaban presentes monseñor Daniel Sadowski, el padre Damien Slattery y el hermano Augustine, pero no Aldo Carnesecca ni Christian Gladstone.

Después de inclinar la cabeza para saludar a Gutmacher, el papa dirigió una sombría mirada a Lucadamo, que esbozó la situación para los presentes.

El jefe de seguridad empezó por confirmar los rumores que ya circulaban a ciertos niveles del Vaticano. Era cierto, dijo, que había tenido lugar un allanamiento de morada. El intruso, un sardo llamado Kourice, trabajaba parcialmente como soldado para la mafia de Palermo, además de ofrecer sus servicios al mejor postor. El plan había incluido la duplicación de un uniforme de guardia por un sastre local y la excelente falsificación de una tarjeta de identidad. La misión de Kourice consistía en fotografiar el documento de Fátima, guardado en los aposentos pontificios. Era evidente que el propio Kourice tenía una importancia insignificante. No obstante, Lucadamo había obtenido del sardo el nombre de la persona en el Vaticano que había facilitado la intrusión y su razón para ello.

-El hombre del Vaticano involucrado -dijo Giustino, mientras le dirigía a Damien Slattery una mirada confidencial- es el arzobispo Canizio Buttafuoco.

-No me sorprende -refunfuñó Slattery, cuya confrontación con Buttafuoco a raíz de la urgente llamada del sumo pontífice desde Fátima había sido una de tantas entre ellos-. Buttafuoco es lo suficientemente estúpido para involucrarse en algo parecido. Pero la cuestión es ¿quién le ha embarcado en semejante aventura? ¿Y por qué?

Lucadamo disponía ya de las respuestas a dichas preguntas. -Le hemos tendido una trampa a Buttafuoco. Estaba previsto que se reuniera con Kourice pocas horas después de la intrusión para recibir el carrete fotográfico. Como es lógico, hemos permitido que se efectuara el encuentro. Y cuando lo hemos atrapado, el arzobispo se ha mostrado dispuesto a cooperar. Ha resultado que es un eslabón en la cadena de Moscú. Y en esta ocasión, la vía conduce al despacho de Mijaíl Gorbachov.

Gutmacher y el hermano Augustine intercambiaron miradas de asombro.

Con la información esencial sobre la mesa, su santidad se apresuró a facilitar los detalles restantes.

-Creo que los orígenes de este absurdo intento se remontan a mi primer encuentro con el señor Gorbachov. Se interesó vivamente por el tercer secreto de Fátima. En realidad, me pidió una lectura privada del texto, a lo cual me negué. Pero puedo afirmar que estaba claro para mí que había estudiado la transcripción de mis comentarios en Fulda en 1981. Unos comentarios improvisados, en los que aludía a que la razón por la que el papa de 1960 no había publicado el secreto, consistía en que facilitaría a los soviéticos una ventaja estratégica respecto a los aliados occidentales.

»Gorbachov estaba en una situación desesperada. Necesitaba un milagro, y creía poder conseguirlo con el texto del tercer secreto. No importa que esa idea de una nueva federación de estados soviéticos, regida por un consenso político, fuera en realidad un sueño nocivo. Ni importa que la propia Rusia no fuera más que un cadáver en descomposición. Basta comprender que su desesperación lo impulsó a esa forma clandestina de obtener su milagro.

»Hay varias formas evidentes de tratar este asunto, pero no me siento cómodo con ninguna de ellas. Podría tener una confrontación directa con Gorbachov. O podría guardar silencio. Es de suponer que podemos persuadir a nuestro nuevo cooperador, el arzobispo Buttafuoco, para que mantenga la boca cerrada, y dejar a Gorbachov en ascuas durante algún tiempo. O podría ordenar la elaboración de un texto falso y permitir que, a través de Buttafuoco, llegue al despacho de Gorbachov.

Estaba claro que nadie en la sala se sentía más cómodo que el propio Santo Padre, con las alternativas evidentes. El hermano Augustine, experto en la mente soviética si lo había, resumió la situación para el grupo.

-Reprochárselo a Gorbachov, santidad, equivaldría a perderlo. Déjelo en las tinieblas y tenga la seguridad de que acabará por descubrir lo sucedido. A fin de cuentas su santidad obtendrá el mismo resultado. Y si utiliza un texto falso, se rebaja a su nivel.

El sumo pontífice estuvo de acuerdo. -¿Cuál es entonces la alternativa?

-Permítame que hable con Buttafuoco -exclamó con entusiasmo Damien Slattery-. Deje que invierta su lealtad. Permítame ofrecerle amnistía con dos condiciones. La primera, que identifique a su contacto y a todos los demás vínculos que conozca de la cadena entre Moscú y el Vaticano. Y la segunda, que le diga la verdad a su contacto, que Kourice ha fracasado en su intento y que la seguridad ha sido reforzada de tal modo que un nuevo intento sería suicida.

Al papa le pareció satisfactoria la sugerencia de Slattery, pero dejaba abierta la cuestión sobre cómo tratar al propio Gorbachov.

-¿Por qué no decirle también la verdad, santidad? -sugirió ahora Angelo Gutmacher-. ¿Por qué no escribir una carta inocua para que yo se la entregue? Mencionarle el intento de fotografiar la carta, sin acusar a nadie ni facilitar detalles. Asegurarle que el texto sigue a salvo. Y asegurarle también que cuando llegue el momento, si es que llega, de publicar el texto del tercer secreto, él será el primero en recibir una copia de su contenido.

El papa eslavo miró a su jefe de seguridad y éste asintió.

-A condición de que el padre Damien pueda asegurar que Buttafuoco...

Una carcajada de Slattery interrumpió sus palabras.

-¡Cuente con ello, Giusti! Cuando le haya descrito la alternativa, por ejemplo la perspectiva de pasar el resto de sus años de servicio al Vaticano en la pintoresca desolación de la república soviética de Tadzhikistán, o en la romántica reclusión de la isla de Penang en la Federación de Malaysia, Buttafuoco se convertirá en el mejor agente doble que jamás hayamos tenido.

-En tal caso estoy de acuerdo, santidad -afirmó Lucadamo-. Es una buena solución.

La primera persona en Roma que recibió la noticia del accidente casi fatal del padre Aldo Carnesecca en Sicilia fue Christian Gladstone.

Cuando Chris regresó al Angelicum el domingo antes de Epifanía, la primera noticia que recibió no fue sobre el allanamiento de morada en el palacio apostólico, ni sobre el reciente abandono del poder por parte de Gorbachov. Las radios y los periódicos repetían a lo largo del día el relato de la operación de limpieza combinada entre las fuerzas civiles, la policía federal y unidades especiales de las fuerzas armadas contra la Cosa Nostra siciliana. Excepcionalmente, nadie delató las preparaciones del gobierno para dicha operación. La sorpresa fue absoluta. Mas de dos mil mafiosos fueron capturados en una redada antes del amanecer. A lo largo y ancho de Sicilia y de Italia meridional, todos los obispos y la mayoría de los párrocos habían lanzado un ataque desde sus púlpitos, para condenar la Cosa Nostra como «cáncer nacional» y declarar que Sicilia era el tumor central.

Con las últimas noticias de la radio como sonido de fondo, Chris deshizo las maletas y empezó a repasar sus notas para su informe a Maestroianni y Aureatini. Dejó varias veces el trabajo para intentar ponerse en contacto telefónico con Carnesecca, pero no lo logró. Sólo cuando Christian recibió una llamada inesperada, empezó a deducir lo sucedido. Al principio sólo oía ruido por la línea. Luego, cuando por fin oyó la voz lejana de su amigo, la noticia era terrible. El coche de Carnesecca había quedado totalmente destrozado, en un accidente provocado en la carretera principal de la costa del nordeste siciliano. De momento se hallaba a salvo en casa de un cura amigo suyo en una ciudad llamada Caltagirone, pero estaba malherido y había perdido mucha sangre.

-Escriba el nombre, Chris: Caltagirone. Está en el interior, en el suroeste de Catania. -La voz de

Carnesecca se perdía entre las interferencias-. Póngase en contacto cuanto antes con Giustino Lucadamo, pero no le diga ni palabra a ninguna otra persona. Está en juego mi supervivencia. Coméntele a Lucadamo que dispongo de un par de horas a lo sumo, antes de que me encuentren...

Se oyó una fuerte interferencia y se cortó la línea. Sin embargo, Christian había oído lo suficiente para ponerse a buscar frenéticamente a Giusti Lucadamo por teléfono. No le cabía le menor duda de que el jefe de seguridad estaría involucrado en la operación antimafia, pero después de una hora de búsqueda frenética logró localizarlo en el aeropuerto de Nápoles. Después de oír lo que Carnesecca había conseguido comunicarle a Gladstone y de lanzar una retahíla de maldiciones contra el «supervisor romano», Lucadamo se dispuso a hacerse cargo de la situación. Se demoró sólo el tiempo suficiente para facilitarle a Christian un número de seguridad para emergencias, e insistió en que no hablara con nadie.

-Usted no sabe nada, padre -le ordenó Giustino-. No haga ninguna otra llamada. No formule ni conteste pregunta alguna.

A Chris no le quedó más remedio que esperar, sin otra noticia sobre la suerte de Carnesecca. Ya al anochecer, recibió una llamada del cardenal Aureatini.

-Es sobre el padre Carnesecca -dijo su eminencia, sin esperar siquiera a oír la voz de Gladstone-. Esperábamos recibir noticias suyas esta mañana. ¿Ha oído usted algo de él, padre Christian?

Aunque estuvo a punto de responder con sus propias preguntas, Chris logró controlarse.

-Por supuesto, eminencia -masculló, como si acabara de despertar de un profundo sueño-. Pasaré a primera hora de la mañana.

-¡Padre Gladstone! -exclamó el cardenal, pronunciando claramente sus palabras-. ¿Está usted despierto? ¿Tiene alguna noticia del padre Carnesecca?

-Pero eminencia -respondió adormecido-. No he oído nada sobre abstinencia.

-¡Reverendo padre! ¡No le hablo de carne para comer! ¡Le pregunto por el padre Carnesecca! ¿Me oye usted, padre Christian?

Chris roncó ligeramente junto al teléfono y llegó a oír el frustrado comentario de Aureatini, cuando colgaba asqueado el auricular:

-¡Esos anglosajones! ¡Duermen como sus propios bueyes! Unos minutos de reflexión le bastaron a Gladstone para comprender que, si Aureatini esperaba recibir noticias del padre Carnesecca aquella mañana, el cardenal formaba parte de la operación siciliana. Incluso pudiera ser que fuera el «supervisor romano» al que Giusti había maldecido. En todo caso, el cardenal se había delatado y eso era curioso. A pesar de no tratarse exactamente de una emergencia, decidió llamar al número que Lucadamo le había facilitado. En esta ocasión tardó escasos segundos en hablar con el jefe de seguridad y le contó lo de la llamada de Aureatini. A juzgar por el ruido de fondo, Lucadamo estaba en un helicóptero.

-¡Apuesto a que al cardenal le encantaría saber dónde está Carnesecca! -exclamó Lucadamo, por encima del ruido del motor-. Pero lo peor ya ha pasado. Quédese ahí y finja no saber nada.

Era el lunes por la tarde cuando Lucadamo le comunicó a Chris que el padre Carnesecca había regresado a Roma y se le había trasladado al hospital Gemelli, donde un equipo de médicos le dispensaba sus mejores atenciones y un grupo de guardias armados vigilaba día y noche su habitación. Gladstone se asustó visiblemente al ver al padre Aldo el martes, cuando le permitieron recibir visitas.

-¿Qué esperaba, Chris? Mi accidente no fue un accidente. Se suponía que no debía sobrevivir.

El padre Aldo no explicó nada respecto a su trabajo durante los meses precedentes a la redada siciliana del amanecer, excepto que había actuado como mensajero. Sin embargo, parecía inusualmente interesado en contarle a Chris los detalles de su «accidente». Había tenido la suerte de que, cuando lo empujaron fuera de la carretera, su coche se había precipitado por un frondoso barranco de difícil acceso. Cuando descendieron los maleantes, Carnesecca había logrado salir a rastras de los restos del vehículo y había logrado esconderse. Sus perseguidores buscaron un rato entre los matorrales y luego se retiraron para pedir auxilio.

El padre Aldo apenas recordaba cómo se las había arreglado para regresar a la carretera, o quién le había trasladado a la casa del cura en Caltagirone. Pero a partir de aquel momento se había iniciado una carrera contra el tiempo.

-Sabían que estaba todavía vivo y me querían muerto.

El problema de Carnesecca consistía en proteger su propia seguridad, además de ponerse en

contacto con el jefe de seguridad del Vaticano, antes de que fuera demasiado tarde. Su llamada al Angelicum había sido un disparo al azar, pero era la mejor opción de la que disponía.

-Recordé que se proponía regresar antes de Epifanía. Sabía que no había razón alguna para que lo vigilaran. Y supuse que si lograba ponerme en contacto con usted, me mandaría ayuda o moriría en el intento. Le debo la vida, Chris -dijo el cura herido, mientras se movía con dificultad en la cama del hospital-. Pero no creo que éste sea el fin de la historia.

-Sin embargo, la operación siciliana ha sido un éxito, Aldo. A no ser que crea que la mafia lo perseguirá para vengarse, el peligro ha pasado.

Carnesecca le aclaró que tanto él como Lucadamo estaban seguros de que su accidente no había tenido nada que ver con la venganza de la mafia.

-Giustino tiene su propia teoría y, por ahora, he jurado guardar el secreto. Puede que él se lo cuente a su debido tiempo. Tiene pruebas que apoyan su teoría. Pero quiero que comprenda, Chris, que en esta ocasión puede que Lucadamo esté en lo cierto por razones equivocadas.

Gladstone sabía que no debía insistir en que el padre Aldo le revelara nada de lo que se había comprometido a guardar en secreto. Pero si tanto él como Lucadamo estaban convencidos de que la mafia no había tenido nada que ver en aquel sangriento suceso, ¿quién era responsable del mismo?

-Es una historia, una historia del Vaticano, que empezó hace muchos años, Chris. A decir verdad, a principios de los años sesenta. No obstante, no puedo estar seguro de ello. Pero sospecho que mi «accidente» significa que alguien cree que sé demasiado para su tranquilidad en estos momentos.

-¿Están en lo cierto?

-Espero que nunca tenga razón alguna para averiguar la respuesta -dijo el padre Aldo, cuyas fuerzas empezaban a debilitarse-. Pero llegado el caso, si algún día sufro un accidente que tiene éxito, coja mi diario y entrégueselo a Lucadamo.

Aunque la idea le producía náuseas, la mente lógica de Gladstone le impulsó a formular la pregunta evidente:

-¿Dónde encontraré ese diario?

-Lo llevo siempre conmigo, Christian -respondió Carnesecca, que empezaba ahora a quedarse dormido-. Siempre conmigo. Encuéntreme y encontrará mi diario...

Después de una consulta con Giustino Lucadamo, en la tranquilidad relativa de un sábado por la mañana en el palacio apostólico, el papa eslavo dejó sobre la mesa el cuaderno que tenía en las manos, llamó por el intercomunicador a su secretario y le ordenó que se pusiera en contacto inmediatamente con el maestro general Damien Slattery. Monseñor Daniel llamó al restaurante de Springy y a los quince minutos el padre Damien llegó al estudio del sumo pontífice, donde la palidez del Santo Padre le indicó que se trataba de algo muy grave.

-Dicen que los problemas nunca llegan solos, padre. -Las primeras palabras de Lucadamo confirmaron el temor de Slattery-. Tuvimos un intruso en Navidad. Luego Carnesecca casi pierde la vida en Sicilia. Y ahora nos atormenta otro fantasma.

-Oigámoslo -respondió Damien, antes de instalarse en una silla cerca del escritorio, donde se encontraba el Santo Padre silenciosamente agitado.

-¿Recuerda cuando en mayo descubrimos aquella reunión privada que el cardenal Maestroianni había organizado en Estrasburgo? Usted la denominó «una reunión de lobos y chacales».

Slattery lo recordaba. -¿Han vuelto a la carga?

-Nunca han dejado de hacerlo, padre -respondió Lucadamo, antes de levantar el cuaderno del escritorio de su santidad y hojearlo-. Todavía no disponemos de todas las piezas, pero, en resumen, lo que sabemos es esto. Resulta que Estrasburgo fue el punto de partida de una iniciativa sistemática interna, encaminada a forzar la cuestión de la unidad episcopal con la Santa Sede. Al parecer se ha elaborado cierto mecanismo para organizar una serie de votaciones en las conferencias nacionales y regionales de obispos. Hasta ahora, no hemos descubierto en qué consiste dicho mecanismo. Sin embargo, conocemos su objetivo y tenemos cierta idea de su calendario. El objeto de las votaciones consiste en elaborar una petición para la dimisión del Santo Padre, por el bien de la unidad de la Iglesia. Y la fecha prevista parece ser la del septuagésimo quinto aniversario de su santidad.

Paralizado en su silla, con el rostro encendido por la ira, Slattery le formuló una pregunta a

Lucadamo:

-¿Cuántos del grupo de Estrasburgo están involucrados?

-Para empezar, los de la lista de hombres del Vaticano que descubrimos en mayo. Por lo que hemos podido averiguar, en mayor o menor grado, todos los que asistieron a la reunión privada de Maestroianni el día del aniversario de Schuman.

-En otras palabras, padre Damien, la misma cábala de siempre -dijo el papa eslavo, que hablaba por primera vez desde la llegada de Slattery-. Pero si debo dar crédito a este informe, ahora se extiende mucho más allá del Vaticano. Los indicios señalan que el cardenal Maestroianni ha establecido estrechos vínculos con ciertas fuentes no católicas e incluso no cristianas. Cómo cooperan dichos centros, quiénes son exactamente todos ellos o adónde conducen las pistas, en qué consisten sus diversas contribuciones, o qué esperan conseguir a cambio de su cooperación, no está todavía claro. Pero el hecho básico de que dichos centros externos participan en un plan contra mi pontificado es incuestionable.

Cuanto más oía Slattery, más le hervía la sangre. Nunca había penetrado en realidad en la mente del papa eslavo, ni había descubierto la estrategia fundamental tras las misteriosas palabras y confusas acciones del sumo pontífice, que en algunas ocasiones lo habían dejado perplejo. No obstante, la mayor verdad para Slattery era que el papa eslavo era el sucesor de Pedro y el vicario de Jesucristo. Nunca había permitido que nada de lo que el papa dijera o hiciera debilitara la fuerza y la constancia de su propia lealtad. Sin embargo, esta mañana, incluso Slattery se había quedado sin habla. Si la información de Lucadamo era correcta, el asunto había superado en mucho todo criticismo. Había superado incluso la pequeña guerra privada que algunos de los prelados del Vaticano libraban contra el Santo Padre desde hacía muchos años.

-¿Está usted seguro de los hechos principales? -preguntó Damien, después de dirigirse a Lucadamo.

-Sí. Todo ha sido doblemente comprobado. Y explica muchas cosas. Coloca en otra perspectiva la inesperada incidencia de desobediencia abierta al papa por parte de un creciente número de obispos. Nos facilita una explicación racional para el alud de artículos en los medios de información y los numerosos libros que han aparecido de pronto en diversos sectores, que hablan como si la dimisión del papa fuera inminente y estuviera asegurada. También otorga un cariz más siniestro a la carta anónima que circuló hace unas semanas entre los cardenales del Vaticano, como sondeo de opinión ante la dimisión del papa en caso de incapacitación. En realidad, no tenemos más que pensar en el pobre padre Carnesecca, para percatamos de lo siniestro de dicho cariz.

-¡Carnesecca! -exclamó Slattery, que iba de sorpresa en sorpresa-. ¿Es así como interpreta su «accidente»?

-No podemos probar nada. Pero puedo decirle, en primer lugar, que el padre Aldo ha sido la fuente de parte de nuestra información sobre la confabulación antipapal. Oye conversaciones, lee circulares y recibe quejas y protestas. Usted ya lo conoce. Y, en segundo lugar, lo sucedido en Sicilia no tenía las características de un trabajo de la mafia. Además, dudo de que se hubieran percatado siquiera de su presencia. Es un hombre astuto en el campo, que ha pasado prácticamente desapercibido.

-Aldo Carnesecca no es el único que nos preocupa, padre Damien -intervino de nuevo el Santo Padre-. Me temo que pueda haber otra dimensión en nuestro problema. Parece existir la posibilidad de que el padre Christian Gladstone forme parte de la cábala de Maestroianni.

-¡No! -exclamó consternado Slattery y visiblemente dolorido-. ¡Conozco al padre Chris! ¡No me importan las pruebas que existan, santidad! No puedo creer...

-Tranquilícese -intervino Lucadamo para intentar que se sosegara-. No tengo la menor sospecha de que estuviera relacionado con el atentado contra la vida de Carnesecca. Pero el caso es que su politiqueo entre los obispos en nombre de Maestroianni apesta a colusión. Puede que Gladstone sea un simple peón. O tal vez sea más que eso. El caso es que no lo sabemos y, hasta que no lo sepamos, es sospechoso.

»Además, puesto que ese asunto antipapal es una ciénaga tan entrelazada y enmarañada, mis sospechas me obligan señalar otro tema. Puede que el entusiasmo del padre Christian por participar en la investigación papal sobre actividades homosexuales y satánicas entre clérigos estadounidenses sea un poco excesivo. No es preciso que le recuerde, padre Damien, que su papel en dicha investigación es

peligroso. Dos curas han sido ya asesinados con relación a los cultos satánicos. Es decir, dos que sepamos.

»Por consiguiente, supongamos que Gladstone recibe la aprobación de Maestroianni para trasladarse a Estados Unidos, que por cierto ya ha solicitado. Y supongamos que utilizamos su trabajo para el cardenal como tapadera para nuestra investigación. Inocente o no, ¿no debemos preguntarnos quién utilizará a quién? ¡Por Dios, fíjese a lo que nos enfrentamos! No olvide lo que casi le ha ocurrido a Carnesecca. Y lo sucedido al ahora difunto padre Scalabrini en Centurycity. ¡Sin olvidar lo mucho que Maestroianni le quiere! Si el padre Christian forma parte del pacto antipapal, o aunque sólo le facilite a Maestroianni información como cómplice inocente, ¿cuánto tiempo cree que duraría usted en Estados Unidos?

Slattery levantó su corpulencia de la silla y se acercó a la ventana.

-¡Es una locura, Giustino, y eso es todo lo que cabe decir! -exclamó Slattery, mientras revoloteaban sus ropajes al darse la vuelta para regresar a su silla-. Sería fácil convencerme de cualquier cosa respecto a Maestroianni, pero me jugaría la vida por Christian Gladstone.

-¿Arriesgaría por él toda la investigación en Estados Unidos, padre Slattery?

-¡Sin dudarlo un instante!

Dado el empate, sería el papa eslavo quien decidiría la cuestión fundamental respecto a Christian Gladstone.

El silencio que se hizo en la sala era casi insoportable. El Santo Padre se sumió unos instantes en una profunda reflexión privada. Para él era casi un acto reflejo considerar el dilema en un contexto más amplio. La investigación papal en Estados Unidos era esencial. La cuestión que debía decidir no era fundamentalmente diferente a la que siempre se presentaba en la política de extremos del papa eslavo. El quid consistía siempre en decidir dónde radicaba el mayor riesgo.

En el supuesto de que Slattery fuera capaz de cuidar de sí mismo, en este caso la elección era clara. La posibilidad de comprometer la investigación estadounidense supondría un retraso, pero eso era reparable. La injusticia de rechazar a Gladstone sin ofrecerle una oportunidad equitativa sería irreparable.

Por fin el sumo pontífice decidió que su política respecto a Christian Gladstone sería exactamente la misma que había caracterizado toda la política de su pontificado: jugaría con las cartas que tenía en la mano.

-Advertido equivale a prevenido, ¿no es cierto, Giustino? -dijo el papa, para romper por fin el silencio-. Dispondremos por lo menos de esa ventaja; en el supuesto, claro está, de que Maestroianni acceda a mandar al padre Gladstone a Estados Unidos. Sea o no correcto el criterio del padre Slattery respecto a Christian Gladstone, y debo reconocer que comparto su opinión, nuestro joven estadounidense no tardará en mostrar sus verdaderas lealtades según lo que haga con la investigación.

»Si el padre Damien y yo estamos en lo cierto respecto a este joven, habré ganado otro buen sacerdote para la causa de la Iglesia y otro gran defensor para llevar a cabo servicios íntimos en esta Santa Sede.

»Entretanto, defenderé la integridad de la oficina papal como lo he hecho hasta ahora. En realidad, intensificaré mi política. Generaré todas las oportunidades posibles para rodear por la espalda a su eminencia Maestroianni y a los demás. Aprovecharé todas las situaciones que se presenten para destruir el terreno que pisan.

Los problemas no sólo se limitaron al paraíso durante los primeros meses del nuevo año. Afectaron también al doctor Ralph S. Channing cuando, durante una mañana por otra parte tranquila en la Casa Cliffview, recibió una dolorosa llamada de Capstone.

-Entre nosotros, mi querido doctor Channing, debemos reconocer los hechos.

Las palabras de Capstone no eran acaloradas, ni mostraba indicio alguno de estar enojado. Sin embargo, la amenaza era inconfundible tras su esmerada pronunciación y su imperioso tono.

-Pero señor...

-Nadie duda de su devoción al príncipe, ni cuestionamos su dedicación a la alternativa elegida, como medio de asegurar el ascenso del príncipe en la ciudadela del enemigo durante el tiempo indicado.

Por consiguiente, no es necesario que le recuerde la importancia de nuestra sincronización. Ni que usted y los demás miembros del Concilium Trece, como maestros ingenieros del proceso, tienen una gravísima responsabilidad: desposeer de toda utilidad de la oficina papal para el innombrable, y emplazada en nuestras manos como servidores del príncipe.

-Pero señor -protestó de nuevo Channing-. ¿No ha leído usted mis informes? Las cosas avanzan de acuerdo con nuestro plan. El vínculo de intereses que hemos establecido entre los obispos europeos y la Comunidad Europea es ya firme. Lo utilizamos como cuña que separa a los obispos del actual titular de la oficina papal. Las cadenas de periódicos de Gynneth Blashford y las redes de comunicaciones multimedia de Brad Gernstein Snell han sido muy eficaces en la divulgación repetida y convincente de material encaminado a presionar la dimisión del papa. Y el cardenal Maestroianni ha elaborado un ingenioso mecanismo, mediante el cual los obispos del mundo entero lograrán que al actual titular de la oficina papal le sea prácticamente imposible gobernar...

-Doctor Channing -ordenó Capstone sin levantar la voz-. No es preciso que prosiga con su letanía. Sus informes han sido leídos. Pero la satisfacción con su progreso está injustificada. Es precisamente ese ingenioso mecanismo, como usted lo denomina, el objeto de nuestra preocupación. Se supone que esas denominadas juntas de asuntos internos, fundadas en diversas conferencias episcopales regionales y nacionales, conseguirán en el momento oportuno un voto universal para la dimisión del papa. El llamado voto de criterio común episcopal, si no me equivoco.

-Sí, señor -confirmó Channing-. VCCE abreviado.

-Gracias -respondió Capstone, sin el menor indicio de agradecimiento-. Permítame que le llame la atención a dos palabras que acabo de utilizar: sincronización y universal. Esas dos palabras son la clave de nuestra preocupación. Pero una vez más, deje que se lo aclare. Estamos satisfechos de momento con el progreso en Europa. Coincidimos de lleno con usted en que las juntas de asuntos internos son allí progresivamente eficaces.

»Pero las juntas europeas no conseguirán el voto de criterio común a la escala necesaria, a no ser que Estados Unidos marque la pauta. El poder financiero y político de los obispos estadounidenses, así como el hecho de que hablan en nombre de más de sesenta millones de católicos, constituirá un factor decisivo. Por consiguiente, nuestra pregunta es clara: ¿a qué se debe el retraso en nuestro propio campo?

Habitualmente, las respuestas de Ralph Channing eran magistrales. Sin embargo, en esta ocasión, no disponía de ninguna respuesta para Capstone. Sabía, y lo reconoció mientras se secaba el sudor de la frente, que algo impedía el progreso de las juntas de asuntos internos en Estados Unidos, pero no disponía de ninguna explicación para ello.

-No buscamos explicaciones. Permítame que se lo aclare. El momento oportuno del ascenso del príncipe está parcialmente entrelazado con el calendario global de los acontecimientos mundiales, con el desarrollo financiero y económico de la estructura de la sociedad de las naciones. En general, dichos acontecimientos nos favorecen. Las condiciones posoviéticas en los Estados de Europa oriental y en las diversas repúblicas de la ahora difunta URSS, la confianza de las políticas de la CE y del Congreso Europeo, la adaptación de países al Pacto de Asia Oriental y algo semejante en Oriente Medio, entre otras cosas, progresan de manera favorable desde nuestro punto de vista.

»Pero no debemos permitir que nos ofusquen las victorias parciales. La principal amenaza sólida y tangible para el nuevo orden, es la persistente existencia de la oficina papal como fortaleza del enemigo. Hemos aceptado su plan para conquistar dicho objetivo. El bloqueo surgido a nuestro plan en Estados Unidos nos parece inaceptable.

»Confiamos en que se resuelva el problema.

Puesto que el pánico era una cosa contagiosa, en pocos días Channing lo trasladó consigo como un virus a Nueva York, Londres y Roma.

Se desplazó en primer lugar a Gran Bretaña, donde se encerró con Nicholas Clatterbuck en su despacho. Como miembro del Concilium Trece, dicho caballero comprendía la gravedad de la queja de Capstone. Y como jefe ejecutivo de las operaciones londinenses de Benthoek, sabía cómo presentar el asunto ante el jefe en persona.

Channing y Clatterbuck corrieron por el pasillo y se reunieron en privado con Benthoek en su despacho del ático. No se mencionaron términos como momento indicado, ni ascenso del príncipe, ni

ciudadela del enemigo, sino otras palabras que surtirían el mismo efecto como: ritmo acelerado del transcurso de la historia, los dictámenes de la inteligencia en el universo, el imperativo de conservar la fe del destino en el cosmos y su lealtad común como servidores y maestros ingenieros del proceso.

Channing y Benthoek se trasladaron a Roma para regañar al gran apóstol del proceso, el cardenal Cosimo Maestroianni, en su lujoso estudio. Las cosas funcionaban bien en Europa y otros lugares, reconocieron. ¿Pero cómo explicar la peculiar situación de Estados Unidos? ¿Por qué parecía fallar tan estrepitosamente el mecanismo de las juntas de asuntos internos en aquella región, en su progreso hacia un criterio común?

-¿Demoran ustedes deliberadamente el proceso? -preguntó Channing, con un cariz punzante en sus palabras-. ¿O ha surgido algún problema inadvertido por su eminencia?

El pequeño cardenal corrió a su despacho y se ensañó con su eminencia Silvio Aureatini.

-Estamos metidos en un buen lío. Se suponía que usted debía controlar las juntas de asuntos internos en Estados Unidos. ¿Debo hacerla todo yo en persona?

Su eminencia Aureatini se defendió transfiriendo inmediatamente la culpa a otro.

-Las juntas de asuntos internos del Concilio Nacional de Obispos Católicos en Estados Unidos están bajo la responsabilidad de nuestro venerable hermano de Centurycity -le recordó a Maestroianni.

-¿Y?

-El cardenal de Centurycity no ha estado muy bien de salud últimamente, eminencia -respondió con aparente compasión Aureatini, mientras le pasaba el mochuelo al cardenal yanqui-. Y se ha... bueno, distraído. Tiene entre manos una serie de pleitos civiles, relacionados con algunos de sus sacerdotes acusados de abusos sexuales a menores. A decir verdad, considerando que se han pagado unos mil millones de dólares en acuerdos transaccionales durante los últimos once años aproximadamente en Estados Unidos, y considerando además el alud de pleitos sólo en Centurycity, me pregunto si el propio cardenal no estará empezando a adquirir la categoría de problema.

Maestroianni miró en silencio al joven cardenal, mientras ordenaba sus prioridades. El mero hecho de que su eminencia de Centurycity estuviera perturbado, justificaba la morosidad de las juntas en su territorio. Pero sin la dirección del cardenal, con toda probabilidad nada avanzaría al ritmo previsto. En dicho sentido, el cardenal de Centurycity era imprescindible. ¿Quién, si no él, tenía acceso a los trapos sucios clericales y episcopales? ¿Y quién, a excepción de su eminencia, comprendía los trueques necesarios para asegurarse la cooperación de cada obispo?

-Si me permite una sugerencia, eminencia -dijo Silvio Aureatini, que comprendía el problema-. Para ocuparnos de los obispos europeos, ha tenido mucho éxito haber mandado a nuestro emisario personal que estudiara sus necesidades y dificultades, y los ayudara a resolver problemas concretos. Como medida provisional, hasta que su eminencia de Centurycity se haya desembarazado de sus complicaciones legales, ¿por qué no utilizar allí la misma táctica? Tenemos al candidato ideal.

-¿A quién se refiere?

-Al padre Christian Gladstone. Su eminencia recordará que el padre Gladstone ha expresado su propio interés en extender su trabajo para nosotros a Estados Unidos. Ha demostrado su eficacia en el campo. Como simple sacerdote, no supone amenaza alguna en sus interrogaciones episcopales. Pero al mismo tiempo, ha aprendido a esgrimir el prestigio vaticano como un auténtico romano, cuando trata con personajes de rango superior. Además, como anglosajón, no debería de resultarle difícil interpretar para nosotros el parecer de los obispos norteamericanos sobre la cuestión de la unidad de la Iglesia.

»Si Gladstone viajara como emisario personal de su eminencia, si mencionara discretamente su nombre para indicar el interés y preocupación de su eminencia, estoy seguro de que podríamos mejorar su bienestar eclesiástico de un modo que resultara persuasivo. Dudo de que muchos obispos estadounidenses no aprecien las facilidades especiales que se les podrían ofrecer en el Banco Vaticano, por ejemplo. Tampoco les desagradaría que se resolvieran ciertos casos difíciles de Derecho Canónico. O que se les confirmaran ciertos nombramientos en Roma, hasta ahora inalcanzables. Los ejemplos son interminables, eminencia.

-Realmente interminables. -y Maestroianni sonrió por fin-. Dígame, ¿dónde está ahora nuestro ingenioso padre Gladstone?

El cardenal Maestroianni extendió la mano, para facilitar el beso ritual de Christian Gladstone de

su anillo. Era un pequeño precio para conservar la felicidad de su joven y prometedor protegido.

-Ha sido usted muy amable al interrumpir su itinerario sin previo aviso, reverendo.

Después de frotar el anillo con sus labios, Christian ocupó su silla habitual junto al escritorio de Maestroianni.

-No ha supuesto ninguna dificultad, eminencia. Según su secretario parecía urgente.

-Me temo que monseñor Manuguerra tiende a exagerar -respondió el cardenal aparentemente divertido-. Tengo entendido que no ha mejorado la salud de su hermana.

-Me temo que no, eminencia.

Aquello no era una estratagema para que lo mandaran a Estados Unidos. Según las noticias de su casa, el sufrimiento de Tricia era constante y Chris deseaba pasar algún tiempo con ella, a ser posible.

Su eminencia manifestó su aflicción con un chasquido de la lengua. Unas palabras cuidadosamente elegidas expresaron su aprecio por la dedicación del padre Gladstone, hasta el punto de haber sugerido que combinara su trabajo por la unidad de la Iglesia con una breve visita a su familia.

-Es evidente que el tiempo es importante -prosiguió el cardenal a los pocos segundos-. Me temo que hemos sido negligentes con las necesidades de nuestros obispos en Estados Unidos. Pero tampoco podemos permitirnos interrumpir su calendario actual de visitas episcopales. El itinerario que ya hemos programado para usted en Europa deberá completarse, antes de trasladarse a su país. Pero también necesitaremos un poco de tiempo para preparar una lista de los obispos que debe visitar en Estados Unidos.

Maestroianni acababa de ofrecerle a Chris la oportunidad de sugerir su propio calendario, que coincidiría con la fecha en que Damien Slattery abandonaría el Angelicum, y él la aprovechó.

-Por supuesto. En lo que a mí concierne, eminencia, creo que deberé seguir viajando por Europa durante la mayor parte de febrero. Considerando el tiempo necesario para escribir los informes y preparar las reuniones habituales, me parece realista pensar en principios de marzo.

Maestroianni asintió complacido. Gladstone era una persona de ideas muy claras. En general, su progreso era excelente. Magnífico candidato para formar parte del proceso. Aunque ahora no disponían de tiempo para ocuparse de ello. No obstante, una pequeña charla preliminar sería oportuna.

-Dígame, padre -dijo el cardenal Maestroianni, en un tono ahora más confidencial-, ¿ha pensado usted en la importancia de su contribución a nuestra obra, en lo concerniente a los felices logros del Concilio Vaticano Segundo?

Reacio a penetrar en el campo minado al que se le acababa de invitar, Chris interrogó a su eminencia con la mirada.

-Puede que sea usted demasiado joven para conocer este asunto de forma global-sonrió el cardenal-, pero a mi edad, he llegado a percatarme de que el concilio nos brindó una nueva eclesiología. Un nuevo principio. Una nueva estructura constitucional para la Iglesia, en la que todos sus obispos, incluido el venerable obispo de Roma, ejerzan de forma armoniosa y equitativa el poder de Jesucristo como cabeza de la Iglesia. Y usted, padre Gladstone, incluso usted, mediante su colaboración con este despacho, está prestando una enorme ayuda en la implantación de la nueva estructura.

»Ahora el tiempo apremia para ambos. Pero confío en que llegará el momento en que exploraremos este asunto más a fondo. Entretanto, reflexione con cuidado sobre lo que le he dicho. Reflexione sobre el trabajo que ha estado haciendo para este despacho en Europa y el que está a punto de emprender en Estados Unidos. Reflexione sobre la palabra unidad. Sobre los beneficios que la unidad aportará a nuestros obispos y al obispo de Roma, nuestro Santo Padre, cuando guíen juntos la Iglesia hacia el nuevo milenio.

Mientras circulaba por los pasillos del palacio apostólico, Chris evaluaba la situación en su mente. Tuvo que admitir que, incluso después de muchos meses de trabajo para el cardenal, todavía no había penetrado la gruesa capa de *romanita* que tanto dificultaba el acceso a la mente de aquel enigmático administrador vaticano. Pero si hoy había leído como era debido las señales, pudiera ser que hubiera emprendido el camino que le permitiría hallar las respuestas a algunos de los enigmas, que desde hacía mucho lo preocupaban y que tan a menudo había explorado con Aldo Carnesecca. Entretanto, consideraba que había salido airoso de la situación. Se había asegurado el trabajo del cardenal, como tapadera para su labor para la Santa Sede en Norteamérica. Incluso había logrado fijar el mes de marzo

como fecha prevista. El resto debería ser fácil. Si no había sido demasiado novato para desenvolverse con alguien como el cardenal Cosimo Maestroianni, tampoco lo sería para desempeñar su labor en la investigación papal sobre los escándalos clericales que crecían como estercoleros en Estados Unidos.

Su único problema ahora consistía en localizar a Giustino Lucadamo y convencerlo.

TREINTA Y CUATRO

La perspectiva del sufrimiento a corto plazo para muchos en su Iglesia, provocado por la creciente intensidad de su política, llenaba al papa eslavo de angustia y remordimiento. Era consciente de que incluso entre sus más fieles seguidores había quienes ya consideraban que la política papal suponía un abandono de su función como maestro, guía y gobernador de las muchedumbres católicas, y de su función como testigo y ejemplo en este mundo como vicario de Jesucristo. Pero el sumo pontífice basaba su razonamiento en una lógica férrea y en un análisis de su situación concreta.

Al Espíritu Santo le había parecido oportuno nombrarlo vicario de Jesucristo, en un momento histórico en que la población mundial avanzaba precipitadamente hacia formas de pensar irracionales, y en que continentes enteros recuperaban la secularización y el paganismo de acuerdo con una nueva estructura ideológica. Como papa, su objetivo desde el primer momento había consistido en ocupar un lugar destacado en aquel contexto global irracional y crecientemente antirreligioso, minimizar las diferencias de opinión religiosa entre católicos y no católicos y al mismo tiempo conservar las doctrinas reveladas y las prácticas esenciales de su Iglesia. En términos prácticos, dicho empeño lo había conducido a visitar a la gente común a su propio nivel, a frecuentar los círculos de activistas y transformadores en esferas políticas y culturales y a establecer fluidos vínculos con cualquier centro de poder existente o emergente.

Dos descubrimientos recientes que habían reclamado su atención convertían su empeño en más urgente que nunca. Existía una confabulación global, compleja y detallada entre los prelados católicos contra su pontificado. Y algo más siniestro: una conexión estructural entre dicha confabulación y centros no católicos, no cristianos, e incluso anticristianos.

Tampoco podía olvidar el sumo pontífice la cuestión recientemente tratada con el cardenal Reinvemunft, sobre la indudable aparición reciente de un nuevo factor en la ecuación, que parecía acelerar la corrosión de la fe católica básica. Existía la posibilidad de que estuvieran experimentando las secuelas de algún acto o suceso de tal significado, que había provocado una severa pérdida de gracia divina, e incrementado la habilidad desoladora del antiguo enemigo de Dios. Dadas las convincentes pruebas del hermano Augustine de satanismo ritual y asesinatos entre clérigos, no era preciso ser un genio para percatarse de que una fuerza siniestra y maligna había penetrado por lo menos en un importante sector de la jerarquía, para vincularla de la forma más perniciosa con la secularización y paganización rampantes entre las naciones.

De momento al papa no le quedaba otra alternativa más que conducir su política a un nuevo nivel. Santificaría las actividades de la humanidad mediante su presencia entre los hombres. Incrementaría todavía en mayor grado su perfil público. En circunstancias que habrían marginado a otros papas, seguiría participando en los asuntos terrenales de la humanidad. Haría hincapié de todo aquello en los pueblos, católicos y no católicos, ya que todas las religiones se enfrentaban a la amenaza de su aniquilación. Doblaría sus esfuerzos para llevar consigo la gracia de Dios como papa, mientras hablaba el lenguaje del mundo.

El sumo pontífice estaba en lo cierto, en cuanto a los efectos de sus actividades incrementadas. La confusión y el desconcierto que había causado su política, tanto entre sus defensores como entre sus adversarios, parecía un juego infantil comparado con las reacciones provocadas por sus últimas iniciativas con sus sorprendentes peculiaridades.

Uno de sus primeros adversarios que experimentó los efectos directos de su decisión fue su eminencia el cardenal Cosimo Maestroianni. Después de que el sumo pontífice lo llamara una mañana a su estudio, recibió la orden de emprender una misión especial que el Santo Padre había pensado para él.

-Estoy seguro de que su eminencia se ha percatado -empezó a decir el papa, para iniciar aquella inusual entrevista en terreno familiar- de que me he preocupado que le siguieran llegando las noticias

importantes, desde que abandonó su cargo en la secretaría.

-*Sí, santitá* -respondió Maestroianni, todavía azorado por la citación inesperada, procurando no bajar la guardia.

-Y -prosiguió inmutable el Santo Padre- estoy seguro de que hemos llegado a conclusiones similares, sobre las circulares intergubernamentales del cinco de enero y los correspondientes informes secretos relacionados con las mismas.

Independientemente de sus conclusiones, su eminencia reconoció estar familiarizado con dicha información. Dos grandes potencias habían decidido fomentar antiguos odios étnicos en Yugoslavia, para convertirlos en una guerra local. En apariencia, la idea consistía en incrementar la dependencia de la zona afectada de la ayuda de organizaciones internacionales, lo cual equivalía a otorgar a organismos supranacionales la potestad de inmiscuirse en los asuntos de Estados individuales. Según dicha información, estaba también claro que cinco líderes yugoslavos habían aceptado dicha idea, y se habían mostrado dispuestos a planear, organizar y promocionar deliberadamente una guerra civil. Sin embargo, una consecuencia de aquella guerra «prefabricada» consistía en que las potencias occidentales habían estado a punto de intervenir de forma directa en el conflicto bélico, en respuesta al aluvión inesperado de protestas públicas contra las matanzas y la destrucción.

Satisfecho de que el cardenal conociera los detalles esenciales, el sumo pontífice esbozó su idea.

-Es la obligación de la Santa Sede, eminencia, recordar a la sociedad de las naciones que la negociación es una forma mucho más humana de resolver los problemas, que esas sanguinarias guerras producto de antiguos feudos étnicos, alimentadas por armas letales que les suministran los mercaderes habituales de la muerte, carentes de todo escrúpulo.

-Sí, santidad -no tuvo inconveniente en asentir Maestroianni, si aquélla era la conclusión-. Existe el grave peligro de que conflictos «programados» como éste se generalicen a toda una región.

-Además del costo en vidas y sufrimiento humano.

-Por supuesto, santidad -respondió turbado el cardenal, sin comprender todavía el objeto de la conversación.

-Lo que propongo, eminencia, es que hable usted ante una sesión plenaria de las Naciones Unidas en nombre de la Santa Sede y como mi delegado especial. Y propongo que su eminencia redacte un texto para dicha intervención, a fin de que yo pueda revisarlo. Debemos ayudar a la sociedad de las naciones en la construcción de nuestras estructuras de paz global, mediante la entrega de una carta referente a las negociaciones. Por cierto, ése debe ser el título: *Negociaciones.* Y su mensaje, el mensaje de esta Santa Sede, será: negociaciones, no guerra.

El cardenal guardó silencio, a la espera de alguna trampa relacionada con su curiosa misión. Pero al parecer no había ninguna. El sumo pontífice le comunicó que ya se habían iniciado los preparativos en la ONU y que el secretario general había fijado una fecha próxima, para celebrar la sesión plenaria especial.

-Confío en su experta orientación en este asunto, eminencia -dijo el papa, antes de levantarse de su silla para despedir cortésmente al cardenal-. Estaría bien que me entregara el texto provisional de *Negociaciones* dentro de una semana aproximadamente, para mi revisión. Dedíquele todo su esfuerzo, eminencia. La Iglesia lo espera de usted.

Maestroianni se dedicó a ello en cuerpo y alma. Todavía en guardia y consciente de que el discurso sería leído y escuchado en la ONU como procedente de su santidad, el cardenal se preocupó especialmente de «papizar» el texto, sin dejar de introducir su propia idea de las negociaciones en el borrador. Fiel a su palabra, su eminencia completó lo que consideraba una espléndida redacción de *Negociaciones* en el plazo de una semana y la mandó para su revisión al despacho del papa.

Cuando al día siguiente la recibió de nuevo, el cardenal estaba más perplejo que nunca. No sólo había respetado el sumo pontífice todas las facetas del discurso tal y como las había redactado Maestroianni, sino que prácticamente había «despapizado» el texto con los cambios e inserciones de su puño y letra. Perplejo y avisado, el cardenal estudió las revisiones, intentando comprender, por ejemplo, por qué el papa había eliminado la descripción de las Naciones Unidas como «foro central para dirimir controversias humanas» y la había sustituido por una declaración en la que otorgaba a la ONU una «función preciada e insustituible». Intentaba comprender por qué el papa había borrado la referencia a la

voz pontificia como «palabras portadoras de la autoridad moral de Dios y revelación del amor divino por sus hijos» y la había reemplazado por «una voz cuyas palabras pretenden ser un eco de la conciencia moral de la humanidad en un sentido puro».

El texto estaba repleto de cambios y adaptaciones. Donde Maestroianni había descrito los objetivos de la Iglesia como «los frutos del Espíritu Santo y la paz que sólo Jesucristo había podido prometer a la humanidad», el papa los había sustituido por «cooperación, confianza mutua, fraternidad y paz». También donde su eminencia había afirmado «la dedicación de esta Santa Sede a la divulgación del mensaje de Jesucristo de amor templado por la justicia», el papa había escrito en su lugar «confirmo mi confianza en la fuerza de las verdaderas negociaciones para encontrar soluciones justas y equitativas». Incluso el final del discurso había cambiado para convertirse en una invocación a la humanidad, a fin de que «no perdiera le esperanza en su habilidad para controlar su propio futuro» y una exhortación según la cual «dos hombres pueden y deben hacer que la fuerza de la razón prevalezca sobre las razones de la fuerza».

La perplejidad era excesiva para dilucidarla. En todos y cada uno de los casos, el Santo Padre había sustituido la fraseología típicamente católica del cardenal por declaraciones típicamente mundanas. El sumo pontífice había transformado el discurso en un texto no católico ni cristiano, que podía haber pronunciado un componente hindú de la delegación india en la ONU, o un delegado musulmán de Siria, o un delegado animista del Congo, o un ateo francés. Con algunos pequeños cambios, podía incluso haberse convertido en el discurso anual del gran maestro del gran oriente escocés.

Cuando después de leerlo una docena de veces seguía sin comprender semejante anomalía, Maestroianni decidió consultar a sus amigos. Poco después, hablaba por el teléfono codificado con el cardenal belga Piet Svensen. ¿Cuál era la trampa en aquella curiosa misión pontificia?

-¡Se preocupa usted sin motivo, eminencia! -afirmó categóricamente el cardenal Svensen, con su habitual desprecio por el sumo pontífice-. Usted es un diplomático maduro y le han ofrecido una misión a pedir de boca. Puede que el sumo pontífice se proponga alguna estratagema. Pero le ha colocado en situación de atraparlo en sus propias redes. ¡Le aconsejo, eminencia, que siga adelante!

Alentado por las palabras de Svensen, Maestroianni decidió consultar a Cyrus Benthoek, que le pidió le mandara por fax a Londres el texto revisado de *Negociaciones,* y remitiera otra copia al doctor Ralph Channing en Nueva York. La conferencia telefónica tripartita que tuvo lugar al cabo de una hora fue más especulativa que la conversación con Svensen. Al principio, a Channing le pareció inverosímil.

-¿Me está usted diciendo, eminencia, que el sumo pontífice ha introducido esos impresionantes elementos en el mensaje?

-En efecto, no me lo explico. Pero lo ha visto usted con sus propios ojos. Las palabras del mensaje son deliberadas. ¿Pero cuál, es su intención?

-No detendrá el plan en Bosnia-Herzegovina -declaró Cyrus Benthoek.

-No -confirmó Channing-. Sabemos que eso debe seguir adelante, hasta que se resuelva el asunto de la CEI. Sin embargo, debo de suponer que el papa conoce el «plan de los cinco».

-Con toda seguridad -afirmó Maestroianni-. En realidad, lo sacó a relucir específicamente en nuestra conversación, como trampolín de esta iniciativa para la ONU.

-Por consiguiente, sabe que de momento el plan de Bosnia excluye toda negociación -fue la primera conclusión de Channing-. Y por tanto es sensato suponer que el auténtico propósito de su mensaje *Negociaciones* poco tiene que ver con su título.

Molesto de encontrarse todavía en el punto de partida, su eminencia interrumpió a Channing.

-Eso nos conduce de nuevo a mi primera pregunta: el verdadero propósito de este mensaje. Desconozco la respuesta, pero huele a chamusquina.

-Puede que esté al borde de la desesperación, eminencia -dijo Benthoek esperanzado-. Tal vez ha empezado a percatarse de lo desfasado que está respecto al nuevo orden, y pretende alinearse de nuevo.

-¿Desesperación, Cyrus? Puede que confunda los términos, pero está demasiado seguro de sí mismo para sentirse desesperado.

-Parece más bien una cuestión de confusión de identidades -declaró Cyrus-. Se expresa como uno de nosotros. Está invadiendo nuestro territorio.

El doctor Channing escuchaba sólo parcialmente. Como devoto servidor del príncipe, debía

reflexionar en privado. Channing era un hombre consagrado al espíritu. El espíritu guiaba sus pasos; estaba dotado de un instinto inequívoco para el movimiento del espíritu. Además, a diferencia de sus dos compañeros, era conocedor de la ceremonia de entronamiento celebrada hacía varias décadas en la ciudadela del enemigo. Ahora, si el verdadero significado del entronamiento había sido incrementar el poder y acelerar el calendario de la eterna lucha espiritual del príncipe, incorporar la propia ciudadela de la religión en las etapas del proceso, era lógico pensar que el papa eslavo había sido finalmente afectado de una forma primaria.

Eso no significaba que el sumo pontífice se hubiera afiliado. Su fidelidad a los principios básicos de moralidad católica ofrecían un convincente testimonio de ello. Sin embargo, según lo evidenciaba el texto de *Negociaciones,* parecía que se sintiera acorralado, secularizado sin proponérselo.

Le bastaron a Channing unos breves momentos de lúcido análisis, para comprender claramente la situación fundamental. Estaba ahora listo para sumergirse de nuevo en la conversación, a un nivel práctico y persuasivo.

-Puede que su papa no esté desesperado, eminencia -dijo con un deje eufórico, al intervenir de nuevo-. Sin embargo, creo que Cyrus no anda desencaminado. El sumo pontífice apuesta por su inclusión en los asuntos humanos. No comprendo qué le hace suponer que el hecho de expresarse como nosotros en su mensaje *Negociaciones* refuerza su posición. Pero no me cabe la menor duda, eminencia, de que reforzará la nuestra. Cuando presente esa ponencia, contribuirá a mitigar la tensión que todavía existe en ciertos sectores contra el nuevo orden. Después de todo, el lenguaje moldea el pensamiento.

»Por consiguiente, ayudémosle en su noble esfuerzo. Esperemos que siga confundiendo los términos, y también su identidad. Esperemos que confunda a los conservadores y a los tradicionalistas que todavía sobreviven en la periferia de su Iglesia. Si dirigimos bien nuestros planes y seguimos fielmente nuestro calendario, esto facilitará que nos ocupemos de él en su debido momento.

»Por cierto -dijo el profesor Channing, ahora muy seguro de sí mismo, antes de cambiar radicalmente de tema-, a propósito de nuestros planes, eminencia, supongo que su nueva táctica para alinear de nuevo el programa de un criterio común entre los obispos estadounidenses es firme.

-Firme y lista para despegar -respondió Maestroianni, después de recuperar su aplomo habitual-. A pesar de sus limitaciones, el padre Christian Gladstone me inspira plena confianza.

-Bien -empezó a resumir Channing, de momento satisfecho-. A no ser que pretendamos perdernos una oportunidad tan ventajosa para nosotros, me parece que el consejo de su hombre Svensen es espléndido. ¡Démosle al papa eslavo la bienvenida a nuestro terreno!

Al tiempo que el papa eslavo iniciaba su última apuesta redoblando su ya conflictiva política, Giustino Lucadamo preparaba a Damien Slattery y a Christian Gladstone para las investigaciones papales sobre el satanismo y la homosexualidad entre el clero estadounidense.

Lucadamo todavía consideraba que la lealtad de Christian era una incógnita. Pero de momento se sentía satisfecho de que el padre Christian hubiera colocado los elementos básicos de su misión meticulosamente en su lugar. Los preparativos que había hecho para incluir a los obispos estadounidenses en su trabajo para Maestroianni justificaban su traslado a Estados Unidos. Sus imprescindibles desplazamientos le facilitarían una tapadera perfecta para una amplia investigación de las actividades homosexuales entre clérigos y religiosos. Y su preocupación familiar justificaba el uso de «La casa azotada por el viento» como base de operaciones.

El traslado de Slattery salió también a pedir de boca y casi sin proponérselo. Cuando se acercaba la fecha del concilio general de la orden dominica, quedó claro que otro fraile irlandés, Donald McGinty, sería quien desplazaría a Slattery como maestro general de la orden. McGinty, que era muy permisivo y un gran apasionado del golf, parecía encantado con la perspectiva de mandar a su hermano dominico a la lejana abadía que la orden tenía en la ciudad de Centurycity.

Damien se sentía mucho más feliz que McGinty con dicha perspectiva. Según los rumores que circulaban, la Casa de los Santos Ángeles, como se llamaba el monasterio de Centurycity, se había convertido en asilo de varios miembros de la orden de orientación homosexual. Luego estaba la cuestión del padre George Haneberry, que sería el superior de Damien en Centurycity.

-Me detesta profundamente, Giustino -dijo Slattery con toda franqueza, cuando hablaba con el jefe de seguridad-. Desde que le llamé la atención por un escandaloso monograma que publicó, titulado

Homosexualidad y humanismo, que era una defensa abierta de los derechos homosexuales, ha hecho todo lo posible para manchar mi reputación. Dada la oportunidad, Haneberry me mandaría al cadalso.

Lucadamo era comprensivo pero insistente.

-No tendrá la más remota oportunidad, padre. De manera oficial, usted estará en Estados Unidos en representación del Santo Padre. En lo que concierne a Haneberry, su trabajo consistirá en dar conferencias a grupos defensores de la vida y dirigir ejercicios espirituales para sacerdotes y religiosos. Esa parte de su trabajo será real y le brindará tantas oportunidades como al padre Christian para viajar por todo el país. Además, el hecho de trabajar como representante oficial del sumo pontífice, bastará para que Haneberry y cualquier otra persona con dos dedos de frente no se meta con usted.

Resueltos los aspectos básicos para los dos neófitos espías sacerdotales, Lucadamo convocó a Slattery y a Gladstone a varias sesiones informativas.

-A su santidad no le basta con listas de nombres, fechas y lugares -dijo Giustino, para repasar el mandato papal-. Sospecha que la práctica de ritos satánicos puede haberse convertido en una moda entre el clero estadounidense. Necesitamos una visión global. Y lo mismo puede decirse de las actividades homosexuales. Necesitamos saber hasta qué punto se ha adoptado la homosexualidad como forma de vida, o por lo menos cómo se ha aceptado y tolerado, en dicho cuerpo clerical. En otras palabras, ¿existe algo parecido a una red homosexual entre el clero estadounidense?

Puesto que ambos sacerdotes operarían en territorio inexplorado y ambos eran novatos en el campo de las operaciones secretas, el jefe de seguridad actuaba con mayor dureza de lo habitual para recalcar la precaución que necesitarían.

-Nunca pierdan de vista -insistía una y otra vez-, que la sexualidad y el satanismo son la nitroglicerina de las relaciones humanas. En términos prácticos, eso significa que ambos estarán a merced de la mentira y de los impulsos irracionales de las ciegas pasiones.

»Trabajarán con informadores. Al principio tratarán con personas conocidas, personas que hemos podido investigar. Pero eso no será más que el punto de partida. Cuando tengan que reclutar nuevos informadores sobre la marcha, traten exclusivamente con un solo individuo a la vez; siempre de uno en uno. Avancen de individuo en individuo. No traten nunca con grupos, ni siquiera de dos personas.

»En caso de haber depositado su confianza en la persona equivocada, asegúrense de haber tomado con antelación las precauciones necesarias para minimizar los perjuicios. Su reputación puede verse comprometida, así como su eficacia para esta misión, e incluso para toda su carrera. No dejen las puertas abiertas a falsas acusaciones. Siempre que sea posible, cuando vayan a reunirse con alguien de quien tengan razones para dudar, procuren hacerlo en un lugar público. Dondequiera que vayan, aunque lo hagan solos, procuren distinguirse de algún modo, sin llamar la atención. Si cogen un taxi, por ejemplo, pregúntenle al taxista por su familia o charlen sobre el tiempo. Cualquier cosa que ayude al conductor a recordarlos. En los restaurantes, den una generosa propina, o no den propina en absoluto, o derramen un vaso de agua, o quéjense del servicio, o feliciten efusivamente al camarero. Lo importante es que los recuerden, para poder demostrar dónde estaban en caso de falsas acusaciones.

»Comprueben que sus teléfonos son seguros en su base de operaciones. Eso no supondrá ningún problema para el padre Chris en «La casa azotada por el viento». Pero puede serlo para usted, padre Damien, dada la situación que ha descrito con el abad de Centurycity. En la medida de lo posible, infórmense mutuamente con antelación de los lugares donde piensan estar, así como de los horarios de ida y vuelta, por si no regresaran. Y elaboren un código sencillo para no mencionar nombres de personas ni lugares.

»En lo concerniente a esta investigación papal, no solicitarán la ayuda de ninguna autoridad eclesiástica. No les consultarán nada. E independientemente de lo que descubran, no se enfrenten nunca a ellos ni los amenacen en su capacidad oficial. No antagonicen sin necesidad a nadie. No infrinjan su autoridad. Recuerden que ellos se amparan en el Derecho Canónico. Y dados los elementos básicos de esta misión, no olviden nunca, repito, nunca, que todo funcionario eclesiástico tiene dos pesadillas: el fracaso financiero y el escándalo público. Para ellos eso es más temible que el juicio divino o el sufrimiento infernal.

Cuando Lucadamo completó la formación que pudo impartirles a Gladstone y Damien, les entregó un conjunto de documentos para que los memorizaran antes de destruirlos. Luego le dio a cada uno de ellos su contacto inicial.

Slattery empezaría por el inspector de policía jubilado de Centurycity, Sylvester Wodgila, el agente encargado del asesinato de Scalabrini, que había elaborado el plan para una investigación oficial que se proponía llevar a cabo. Entre los papeles de Slattery figuraba un documento que permanecería intacto. Por cortesía del papa eslavo, cierto padre Danitski, monje del monasterio de Czestochowa y primo hermano de Wodgila, había escrito una carta de presentación al inspector prematuramente jubilado tan inocua que Slattery no pudo evitar una carcajada: «Ofrécele al portador de esta carta toda la ayuda que puedas. Quiere admirar el paisaje de vuestra famosa Centurycity.»

El punto de partida de Christian Gladstone era más arriesgado y no daba lugar a risa. El padre Michael O'Reilly había sido ordenado recientemente en la archidiócesis de Nueva Orleans, ni más ni menos que por el antiguo superior de Gladstone, el cardenal John Jay O'Cleary. Pero al final de su primer año como vicario, había descubierto que tres estudiantes de cuarto curso del seminario archidiocesano eran homosexuales activos. Se lo comunicó a John Jay O'Cleary, y le sugirió a su eminencia que los expulsaran del seminario.

Después de una breve investigación, durante la cual los tres seminaristas en cuestión confirmaron la verdad de las alegaciones, Jay Jay aprobó su ordenación como sacerdotes en su diócesis.

Para O'Reilly, aquel asunto se convirtió en un verdadero desastre. Retirado de su parroquia y después de imponerle seis meses de probación, se le ordenó someterse a una evaluación sicosexual. Cuando se negó a hacerlo, lo recluyeron en el seminario para que se sosegara, sin ninguna misión diocesana. Entonces O'Reilly decidió poner el asunto en conocimiento de la congregación vaticana clerical. La idea consistía en escribir una carta detallando el caso y utilizar la valija diplomática del delegado apostólico de la Santa Sede en Washington, para remitirla a Roma.

El error del padre O'Reilly consistió en mandar la carta según las normas del seminario y entregársela a la oficina del rectorado, para que de allí la enviaran a Washington. No es sorprendente que llegara rápidamente a la cancillería archidiocesana, donde fue interceptada por el joven secretario pelirrojo del cardenal, el padre Eddie McPherson, encargado del correo del seminario referido para su atención a su eminencia. El propio Jay Jay descubrió que O'Reilly citaba nombres, fechas y lugares, y se quejaba de que el cardenal O'Cleary hubiera ordenado a tres reconocidos homosexuales, aumentando así el creciente número de curas pedófilos.

O'Reilly recibió una soberana reprimenda por parte del cardenal, que lo calificó de joven perturbado y le ordenó de nuevo que se sometiera a una evaluación sicosexual, en el Raphael Institute de Nueva Orleans. Cuando O'Reilly se negó a obedecer, Jay Jay lo declaró «insubordinado y sicológicamente inestable», y le advirtió que se le degradaría y expulsaría de la archidiócesis. Reducido por todas las circunstancias a una frustración absoluta, O'Reilly optó por maldecir a Jay Jay en su propia cara, derribó al padre Eddie McPherson de un gancho de izquierda en la mandíbula y abandonó la cancillería con cajas destempladas.

Después de aquel altercado, O'Reilly desapareció durante un par de meses. Pero por fin reapareció en una plantación al oeste de Bordeaux de Luisiana, abandonada desde hacía mucho tiempo, donde vivía ahora como un ermitaño con un pequeño estipendio mensual de su familia.

-¿Qué opinión le merece esto, padre Christian? Como antiguo protegido del cardenal O'Cleary, ¿le parece verosímil? ¿Y considera a O'Reilly fiable, como primera pista de su investigación?

Chris empezó por la presunta participación del padre Eddie McPherson en el escándalo de Michael O'Reilly.

-Esa parte de la historia es creíble -afirmó Christian-. McPherson es lo suficientemente celoso como para considerar ventajoso el hecho de acallar cualquier escándalo vinculado con la cancillería. Siempre está dispuesto a ganarse las simpatías de su eminencia. Además, sus obligaciones hacia el cardenal le brindaron la oportunidad, al depositar en sus manos la carta de O'Reilly.

En lo concerniente a la presunta actuación de Jay Jay O'Cleary, el informe no sólo se ajustaba a la percepción de Gladstone del carácter del cardenal, que era un hombre que deseaba ser amado por todo el mundo. En este caso, indudablemente lo sería por parte de tres seminaristas agradecidos, que habían logrado ordenarse como sacerdotes, así como por parte de los miembros homosexuales de la facultad, o incluso aquellos que sólo querían evitar problemas.

-¿Y qué me dice de O'Reilly? -preguntó Lucadamo-. ¿Cree que después de lo sucedido es un punto de partida fiable para su investigación?

Gladstone sonrió con tristeza.

-Lo que me preocupa es si O'Reilly dispone de alguna prueba objetiva, como el material que le mostró al cardenal O'Cleary.

-Es posible -dijo Damien, dispuesto a hacer su aportación-. Pero si yo hubiera sido maltratado por mi superior, como lo ha sido ese joven, desconfiaría de cualquier clérigo católico que se me acercara a menos de una legua. Por consiguiente, en mi opinión, lo primero es plantearse si logrará acercarse a él.

-Creo poder resolverlo. -Ahora, Chris sonrió casi con picardía-. Resulta que la plantación donde se ha instalado O'Reilly pertenece al New Orleans Bank of Southern Credit. Y se da el caso de que algunos de los millones de los Gladstone, sobre los que tanto le gusta atormentarme, nos han convertido en accionistas mayoritarios de dicho banco. Además, Thomas Barr Rollins, su presidente, visita con frecuencia «La casa azotada por el viento».

-Y supongo que Rollins había jugado con usted sentado en su regazo cuando llevaba calzones cortos -comentó ahora Slattery, también con un poco de picardía-, y por tanto hará cualquier cosa por usted sin pedirle explicaciones.

-Nunca he usado calzones cortos -respondió Gladstone con una carcajada-. Pero ésa es la idea. Bauticé a uno de sus nietos no hace mucho.

Con el asunto de O'Reilly esencialmente resuelto, Lucadamo abordó lo que él denominaba provisión de socorro.

-La idea, reverendos caballeros -dijo con una sonrisa lupina-, no es que ustedes sepan cómo salirse de un apuro. La idea es evitarlo. Pero si esa mezcla explosiva de sexualidad y satanismo llegara a estallar en sus manos, y se vieran metidos en un apuro, no intenten salirse del mismo sin ayuda -agregó el jefe de seguridad, al tiempo que les entregaba un último papel-. Memoricen este nombre, las direcciones y los teléfonos que lo acompañan. Luego destruyan el papel con el resto de los documentos.

-Lenn Connell -leyó Slattery en voz alta-. ¿Amigo suyo, Giustino?

-Amigo, colega y católico de fiar -afirmó Lucadamo-. Pero desde mi punto de vista, lo principal es que pertenece al FBI**.** Sabe cómo rescatar de situaciones difíciles a novatos como ustedes.

Por último, lo único que quedaba por resolver era la cuestión de las comunicaciones con el Santo Padre. Slattery y Gladstone regresarían a Roma para entregarle sus informes preliminares al sumo pontífice, a finales de primavera, antes de que su santidad se trasladara a su residencia veraniega de Castel Gandolfo, o si las circunstancias los obligaban a retrasarse, entregarían un informe completo a finales de verano. Si era imprescindible comunicarse antes de entonces, lo harían a través del padre Aldo Carnesecca.

-Residirá en Barcelona durante algún tiempo -dijo Lucadamo-. Podría decirse que alejado de la línea directa de fuego. Se les facilitarán direcciones postales seguras a su debido tiempo.

Al oír el nombre de Carnesecca, de pronto cambió radicalmente la expresión de Chris.

-Ahora, tras esta sesión informativa con usted, Giustino, y después de pensar en la vida de Carnesecca durante tantos años al servicio de la Santa Sede, creo que apenas empiezo a comprender lo fuerte que es en realidad ese hombre.

Aquel comentario agregó puntos positivos a la evaluación permanente de Lucadamo respecto a Gladstone. Ojalá aquel estadounidense de aspecto ingenuo resultara ser la mitad de fuerte que el padre Aldo.

TREINTA Y CINCO

Cessi Gladstone abrió los ojos a la primera luz del alba, miró confusa a su alrededor y sólo al cabo de unos segundos recordó dónde estaba: el hotel Excelsior de Vía Veneto, en Roma.

-¡Serás absurda! -se regañó a sí misma y, sin pensar todavía con claridad, extendió la mano hacia el teléfono de la mesilla de noche, con la confusa idea de llamar a Chris al Angelicum antes de que empezara su jomada laboral-. ¡Serás absurda! -se repitió, mientras se envolvía en una bata para dirigirse al baño-. Piensa con claridad, mujer. Chris es quien está ahora en «La casa azotada por el viento». Tú eres quien está en Roma. Y más te vale que lo aproveches.

El pacto establecido con el cardenal Amedeo Sanstefano durante su fugaz visita al Banco Vaticano había surtido efecto. La ayuda de los Gladstone para resolver el asunto de la maleta de Salvi en otoño

había sido su pasaporte para conseguir una audiencia privada con el papa eslavo. Como Sanstefano se lo había advertido, se había necesitado bastante tiempo para organizarla: desde otoño hasta principios de primavera. Sin embargo, el retraso le había servido a Cessi para descubrir en Sanstefano a un nuevo amigo. Se había convertido en un aliado de un valor potencialmente inconmensurable, para cumplir su misión con el papa.

A pesar de la presencia imponente del cardenal durante su primer encuentro en Roma, Cessi no se había amilanado. Tampoco se había contentado con el simple hecho de pedirle que le organizara una audiencia con el papa. Cuando recibió la carta de invitación del secretario del sumo pontífice, en la que confirmaba los detalles de su audiencia papal, llamó a su eminencia para expresar su insatisfacción.

-No me parece aceptable, eminencia -protestó Cessi-. Los detalles descritos por monseñor Daniel Sadowski son exactamente como yo lo anticipaba y me parecen inaceptables. Su santidad me ha reservado una hora. Me recibirá en una de las salas de recepción del palacio apostólico, tomará un refresco conmigo y escuchará lo que me propongo contarle.

»Soy una católica laica, como se dice hoy en día. Y como tal, puedo asegurarle a su eminencia que no necesito a un papa para que me estreche la mano y me pregunte cómo estoy. No necesito a un papa para que me ofrezca azúcar para el té, mientras descansamos en unos cómodos sillones y comentamos fruslerías. En otras palabras, eminencia, deploro la idea de tomar el té con el vicario de Jesucristo, como si la barca de Pedro fuera un alegre crucero de placer.

»Necesito un papa que me inspire a besar la tierra que pisa porque camina en presencia del Todopoderoso y vive en la reserva de Jesucristo a quien representa. Necesito un papa a quien pueda acercarme con admiración, debido a la sabiduría más allá de toda concepción humana que Dios ha considerado oportuno concederle. Necesito un papa a quien pueda venerar, porque su naturaleza mortal y su insignificante mente humana han sido absorbidas por el poder que Dios le ha otorgado.

-Cierto, señora Cessi -respondió con igual franqueza su eminencia-. Los que vivimos en Roma hemos sido despojados de algo precioso e insustituible. La verdad es que la propia Roma ha sido despojada de su antiguo manto de reverencia religiosa. Esta Ciudad Eterna ha sido invadida por el misterio de la iniquidad, y todo el mundo está afectado en mayor o menor grado por su trivialidad y su indiferencia.

-¿Todo el mundo? -interrumpió Cessi-. ¿Incluido el más extraordinario y enigmático de los papas?

Sanstefano hizo gala de su integridad profesional y, en lugar de caer en la trampa de criticar abiertamente al papa, canalizó la evidente ira y versión de Cessi por el papa, en un sentido más positivo. Reconoció que a él también le gustaría presenciar el retorno a la pompa y fastuosidad de las audiencias papales de antaño, en la ricamente ornamentada y ahora poco utilizada Sala de la Sede Apostolica.

-No obstante, señora, perdonará a este viejo por sugerirle que si se propone aprovechar esta audiencia papal para evocar de nuevo esa reverencia religiosa, le convendría reconocer la realidad y actuar inteligentemente en consecuencia.

Agradecida por la corrección de Sanstefano, Cessi decidió compartir con él su precaria evaluación del papa eslavo, ante la perspectiva de que pudiera colaborar de algún modo significativo en la doble petición que se proponía hacerle al Santo Padre.

-La verdadera base de la solicitud de mi audiencia papal -confesó- se apoya en mi visión de la situación actual de la Iglesia: nos enfrentamos a un eclipse de nuestra vida católica tradicional, como fuerza visible con algún nivel de eficacia. También opino, eminencia, que el papa debe considerar la estructura tradicional de su Iglesia como algo inútil y pasado de moda, puesto que permite su decadencia. Si ésa no es su idea, no hay otra forma de comprenderlo que como totalmente aberrante y negligente de su responsabilidad pontificia como papa.

Por fin Sanstefano le aclaró que deseaba seguir escuchándola y Cessi tenía mucho más que decir.

-La decadencia de la que hablo, eminencia, ha llegado ya muy lejos. Ni los obispos, ni los sacerdotes, ni la estructura parroquial y diocesana de la Iglesia garantizan ya los fundamentos de la vida católica. No voy a detallar los errores de juicio cometidos en mi opinión por el Santo Padre. Simón Pedro también los cometió. Todos lo hacemos. Es humano. No compartimos con el papa la autoridad ni la responsabilidad del trono pontificio. Pero sin duda todos compartimos la responsabilidad de suplir sus deficiencias.

»A no ser que por lo menos en esto estemos de acuerdo, eminencia, toda colaboración futura entre nosotros será imposible.

Se hizo un silencio, mientras Sanstefano digería lo que había oído hasta aquel momento. La comprensión de aquella mujer de la política y motivos del papa eslavo superaba la de muchos hombres que habían pasado su vida cómodamente arropados en el Vaticano. Era evidente que sin manifestar cierto nivel de acuerdo con ella, su eminencia no descubriría sus planes respecto al papa.

-Esas deficiencias de las que usted habla, señora Cessi, ¿no cree que se deben probablemente a la estrecha red de control y restricciones, extendida alrededor del papa por sus enemigos internos, por católicos enemigos del santo pontificado? -Convencido de que estaba claro el sentido de sus palabras, prosiguió el cardenal-: ¿Debo suponer, señora, que tiene usted una propuesta específica para plantearle al Santo Padre durante su audiencia?

El cardenal no sólo se había enfrentado al reto de Cessi. A condición de que sus próximas palabras fueran tan confidenciales como si se hubieran pronunciado en un confesionario, Cessi le reveló a Sanstefano el doble propósito de su reunión con el papa.

La respuesta de su eminencia superó las expectativas de Cessi.

-Me parece que las propuestas que se propone presentarle al Santo Padre reflejan el estado peligrosísimo de la Iglesia. Contribuiré de manera activa al éxito de su proyecto. Prepararé el camino para que el Santo Padre la reciba en la forma adecuada y digna de la ocasión. Pero le advierto que no habrá grandes procesiones. Sin embargo, tampoco será un simple té en un crucero de placer. Y con su consentimiento, asistiré también en persona a la audiencia. Si su santidad accede a sus propuestas, comprenderá por mi presencia que estoy dispuesto a actuar como cardenal protector de su proyecto.

A las tres y media en punto, peinada y ataviada con una elegancia conservadora, Cessi salió del ascensor al ornamentado vestíbulo del hotel Excelsior. Bajo la mirada de los presentes, aquella esbelta mujer se dirigió a la puerta, donde la esperaba una limusina con la inconfundible matrícula del Vaticano.

Durante su desplazamiento al palacio apostólico, Cessi charló amigablemente con el joven conductor del vehículo, aunque su mente estaba en otro lugar. Pensaba en la congestión que los obligaba a avanzar con lentitud, en su reunión con el sumo pontífice, en su preocupación por Tricia, en sus inquietudes por Chris y su rumbo como sacerdote romano y en los consejos y asesoramiento del cardenal Sanstefano.

Por fin cruzaron el puente de Victor Emmanuel. Ante la imagen familiar de Castel Sant'Angelo, coronado por la famosa estatua de San Miguel, espada en mano, Cessi recitó en silencio una familiar oración, para pedir la ayuda y protección del arcángel. Al parecer el santo prestaba atención, puesto que el tráfico empezó a circular con tal agilidad por Vía della Conciliazione, que el conductor entró en la plaza de San Pedro y paró en el patio de San Dámaso a las tres cuarenta y cinco en punto.

Llegar a la hora en Roma, pensó con una discreta sonrisa de agradecimiento al conductor, era en sí un pequeño milagro.

El chambelán que esperaba en la acera, la ayudó a apearse del vehículo. Entraron por las puertas de la secretaría y luego en un crujiente viejo ascensor. Al llegar al segundo piso y a una amplia sala de recepción que daba a la plaza, su acompañante hizo una reverencia y se retiró con un indicio de sonrisa. Cessi miró fugaz y críticamente a su alrededor. Acarició la madera oscura de la mesa de reuniones, frunció el entrecejo al contemplar una serie de sillones junto a la ventana y admiró la delicada cornisa del techo.

Se abrió la puerta. Acompañado del cardenal Sanstefano y de otro hombre, un monseñor que lo seguía, su santidad entró en la sala.

Cessi quedó atónita por la sensación de feliz solemnidad que la invadió, cuando su eminencia hizo las presentaciones. Se arrodilló para besar el anillo del pescador y luego permitió que el Santo Padre cogiera su mano entre las suyas para ayudarla a levantarse.

-Señora Gladstone -dijo el sumo pontífice, que la miraba fijamente con sus ojos azules-. Me alegra tener la oportunidad de hablar con una hija tan fiel de la Iglesia y madre de un sacerdote tan excelente como el padre Christian.

El calor de la bienvenida del papa envolvió a Cessi como un manto, al tiempo que el cardenal Sanstefano se dirigía con pericia y discreción a la mesa de reuniones. Cessi esperó a que se sentara el

papa, antes de ocupar la silla que le ofrecía el hombre a quien le habían presentado como monseñor Daniel Sadowski. Entonces, durante unos pocos minutos, mantuvieron una charla ceremonial: una mención por parte del cardenal Sanstefano del acto de generosidad más reciente de la buena señora para con el Banco Vaticano, unas palabras de su santidad sobre el altruismo del padre Angelo Gutmacher, que tanta intimidad tenía con los Gladstone, y otra referencia al valioso servicio del padre Christian. A Cessi le dio la impresión de que el propio cielo sonreía ante sus inminentes propuestas.

En cierto momento y sólo con un levísimo gesto de sus manos, su santidad invitó a su honorable huésped a ocupar el estrado. Cessi lo hizo con una solemnidad raramente vista en aquellos últimos tiempos en el Vaticano.

-Nuestro Señor Jesucristo bendiga a su santidad por concederme este privilegio. Y con el beneplácito de su santidad, permítame presentar mi doble petición.

El papa eslavo dio su consentimiento.

-Sé que diferimos en nuestras perspectivas. Necesariamente, su santidad debe adoptar una visión universal. Necesariamente, como mujer, como madre y como individuo, yo debo ver las cosas una por una. No obstante, creo que podemos estar de acuerdo en un hecho importante. Cada mes aparecen nuevas pruebas de que la decadencia de la estructura externa de la Iglesia avanza en progresión geométrica. Esto sucede desde hace más de veinticinco años, sin el menor indicio de cambio -dijo Cessi, con una ceja algo levantada.

El papa eslavo asintió sombríamente.

-A semejanza de su santidad, estoy dispuesta a enfrentarme a esta desolación del catolicismo, a esta decadencia e inutilidad, con una condición. A saber, que esos entre nosotros actualmente denominados con frecuencia pueblo de Dios tengamos acceso a los sacramentos. Los sacramentos válidos, santidad.

De pronto tenso como asediado por un dolor inesperado, el papa miró primero al cardenal Sanstefano y luego a Sadowski. Cada uno de ellos interpretó el gesto de una forma diferente y ambos estaban en lo cierto. Sadowski estaba seguro de que el sumo pontífice sentía de nuevo un dolor físico. Sanstefano tenía la seguridad de que el papa no esperaba aquel giro en el argumento de Cessi Gladstone.

-Lamentablemente, Santo Padre, el suministro de sacerdotes ordenados, y por consiguiente la administración de sacramentos válidos, decrece al mismo ritmo de la explosión interna de la estructura de la Iglesia y su desintegración.

Al sumo pontífice lo fascinaba la seguridad en sí misma de la señora Gladstone que, con la cabeza ligeramente inclinada, nunca dejaba de mirarlo a los ojos. Apenas hacía pausas, excepto para formular una pregunta silenciosa. Parecía expresar sus preocupaciones más íntimas sin prisas ni titubeos, pero con un deje de pasión que atribuía profundidad al carácter de su lenguaje. Como hombre de acero que era, el papa reconoció el acero en ella.

-Como ya he dicho, mi perspectiva es diferente a la de su santidad. Y en este sentido, yo tengo ventaja. Ya que a pesar de las muchas peregrinaciones de su santidad, su santidad debe tratar con mares de personas, y con gráficas y cuadros desprovistos de emociones que expresan inadecuadamente el descontento y la confusión moral de la gente. Con cartas de dolor e incomprensión, desprovistas de rostro y de voz. Desde mi ventajosa perspectiva, no tengo más que escuchar para oír el lamento de mis Hermanos católicos. He sentido el sufrimiento del padre James Horan, un sacerdote bueno, ortodoxo y papista en mi propia diócesis. A los cuarenta y cinco años, ha sido degradado y expulsado por nuestro obispo. ¿Por qué? Porque insiste en predicar la moral católica en el matrimonio. Porque se niega a aceptar las numerosas facetas de herejía modernista, adoptadas y promulgadas por la Iglesia conciliar. Porque denuncia la homosexualidad rampante entre muchos de sus compañeros sacerdotes. Porque él es casto y célibe.

»Ahora el padre Horan ha sido abandonado, sin ningún amigo en nuestra cancillería local, y ningún abogado ni defensor en la cancillería de su santidad. Él y otros como él se ven lentamente arrastrados por los vientos de la corrupción, mientras nuestros obispos derraman lágrimas de cocodrilo por la falta de sacerdotes.

»Y desde mi ventajosa perspectiva, santidad, conozco el peligro de quienes se presentan a la primera comunión. A dos de mis propios ahijados se les prohibió confesarse antes de su primera comunión. Les retiraron los rosarios que yo les había regalado, que calificaron de objetos supersticiosos.

El cura les entregó en su lugar un balón rojo, azul y blanco para que lo llevaran en una mano y una galleta cuadrada en la otra. «Comed con Jesús», se les ordenó a ambos. «Comed con Jesús», cantó entre aplausos la congregación.

»Esos niños, Santo Padre, no recibieron el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor y Salvador. En lugar de entrar en un estado de gracia, se los condujo probablemente al pecado mortal. Y a que si algo adoraron aquel día, no fue más que un trozo de pan. Y eso es idolatría.

Con el rostro desprovisto de color, el sumo pontífice levantó las manos con un gesto entre protesta y oración.

-¡Pero señora! Usted debe catequizar a esos pequeños. Usted debe enseñarles...

-Por supuesto, Santo Padre -interrumpió despiadadamente Cessi-. Pero no basta con educarlos. ¿Dónde pueden acudir ahora, dónde podemos acudir ahora todos nosotros, para recibir sacramentos válidos? Estos ejemplos no son excepcionales. No son siquiera la norma, puesto que hay casos mucho peores. Su santidad debe de saber con toda seguridad que existen regiones enteras donde la validez de los sacramentos, empezando por la propia ordenación sacerdotal, es gravemente dudosa, donde el cuerpo y la sangre de Jesucristo han dejado de residir en los tabernáculos. Donde el pan del altar no es más que pan. Donde el vino es sólo vino, a no ser que se sustituya por algo como zumo de pomelo.

»Su santidad debe de saberlo. Pero si no lo sabe, no sé si el mayor pecado reside en quienes le ocultan la verdad a su santidad, o en su santidad por no tomarse la molestia de averiguar la realidad de la Iglesia y su abandono de los fieles.

Cessi levantó interrogativamente una ceja. No quería ni esperaba una respuesta a sus preguntas implícitas. Sin mencionar el término, Cessi había acusado al papa en su propia cara de cometer fechorías. No le había gustado hacerlo, pero constituía los cimientos de las dos peticiones interrelacionadas que ahora estaba dispuesta a presentar al Santo Padre.

-Mis dos peticiones a su santidad no resolverán la profunda aflicción en la que se sume la Iglesia. Pero en unos momentos en que el mundo se encuentra prácticamente desprovisto de gracia, suministrarán por lo menos parte del abundante tesoro de nuestra fe. Tengo en mi posesión una lista de cincuenta y cuatro sacerdotes en la misma situación que el buen padre Horan. Existen centenares. Puede que millares. Pero éstos son hombres a los que he entrevistado e investigado. Mi primera petición, por consiguiente, consiste en trabajar con una persona de confianza de su santidad, para organizar a esos hombres de forma privada y confidencial, sin ninguna estructura jurídica que incluya a los obispos locales.

Para su honra en opinión de Cessi, el Santo Padre respondió con una simple pregunta:

-¿Con qué fin hace esta petición, señora?

-Muy sencillo, santidad. Para facilitar por lo menos en algunos lugares un grupo de sacerdotes válidamente ordenados y apostólicamente autorizados, con plenas facultades para celebrar la misa romana, confesar y ungir a los moribundos. Y cuando el obispo local haya caído en la herejía, o en efecto cisma, administrar el sacramento de la confirmación.

-Señora -protestó el sumo pontífice-, un paso semejante exigiría la cooperación canónica de varias congregaciones romanas. Además hay otros problemas. Problemas graves.

Cessi había hecho sus deberes.

-Con el debido respeto, Santo Padre. Su santidad dispone de jurisdicción inmediata, directa y absoluta sobre todas y cada una de las diócesis y parroquias. La necesidad en las circunstancias actuales es de comisiones individuales de su santidad a cada uno de los sacerdotes bajo solemne juramento.

Intrigado por la capacidad de la solicitante de discutir Derecho Canónico, el papa eslavo indagó con interés profesional: -Dígame, señora, ¿ha considerado usted el control necesario para garantizar que esos sacerdotes no cometieran sus propios abusos?

-Sí, Santo Padre -respondió Cessi, consciente de que el fervor piadoso no garantizaba la integridad sacerdotal-. Debería nombrarse a un sacerdote de confianza que sería responsable de todos los demás, y que informaría de forma directa y con regularidad a su santidad. Y seguirían esenciales dos normas inquebrantables. Primera: no se haría uso alguno de las iglesias, edificios ni otras dependencias diocesanas, ni se solicitaría ayuda alguna de las diócesis. Es decir, esos sacerdotes no establecerían vínculo alguno con los obispos locales en el foro externo de la autoridad episcopal. Segundo: un sistema obligatorio de confesiones e información abierta. Cada sacerdote dispondría de un confesor fijo, al que

debería acudir con regularidad para redimir sus pecados. Cada uno de ellos consentiría que su confesor gozara de la libertad de informar directa y exclusivamente a su santidad, en caso de que se manifestaran ciertos pecados mortales. Por ejemplo actividad sexual. O actividades políticas pecaminosas, por contradecir las directrices pontificias. O motivaciones y beneficios financieros en exceso de sus necesidades.

Cessi reconoció que aquellas medidas no constituirían una garantía infalible de integridad. Pero reducirían a un mínimo los abusos potenciales, y facilitarían el control estable de la actividad sacerdotal válida en delicadas circunstancias.

El papa eslavo no malgastó palabras en objeciones insignificantes.

-¿Y la segunda parte de su petición, señora?

Cessi estaba ahora tan serena como si discutiera una propuesta comercial.

-En las zonas donde actuaran dichos sacerdotes, Santo Padre, no se podrían administrar los sacramentos en las iglesias diocesanas. Además, existen tantos locales donde casi con toda seguridad ha dejado de existir el santo sacramento, que no basta con un puñado de sacerdotes para cubrir sus necesidades. Por consiguiente, la segunda parte de mi petición consiste en permitir que se autorice a personas laicas de reconocida confianza, administrar el santo sacramento en sus propias casas. Una vez más, sujetas a rigurosas normas.

La propuesta cogió al Santo Padre de improviso y expresó sus dudas en cuanto a que fuera factible.

-Ya se hace, santidad -respondió de manera categórica Cessi-. Por consiguiente, es factible.

El sumo pontífice se sumió en un silencio largo y meditabundo. Por segunda vez, dirigió la mirada al solemne rostro del cardenal Sanstefano. Su eminencia parecía estar sobre antecedentes. ¿Estaría el cardenal de acuerdo con las valoraciones de la señora Gladstone? Y si aquella valoración de la Iglesia y de su propia política como papa reflejaba el criterio de Sanstefano, ¿cuántos pensarían como él en Roma y otros lugares? Entre los que no se hubieran aliado con personajes como los cardenales Maestroianni, Pensabene, Aureatini y Palombo. Entre los que pertenecían leales a la Santa Sede y, por consiguiente, a él como papa, a pesar de considerar su política hostil a los intereses de la Iglesia. Hombres no muy distintos a los sacerdotes de los que Francesca Gladstone hablaba. Evidentemente no habían sido degradados ni expulsados, pero tampoco disponían de los medios para expresar su propio parecer de forma cohesiva.

Apenas acababa de formarse la cadena de ideas en su mente, el papa eslavo la desechó como molesta intrusión de propias dudas. Aceptar la validez de la preocupación de la señora Gladstone, considerarla y ocuparse de la misma, era una cuestión de simple justicia. Pero permitirse la tentación de creer que se había equivocado en su estrategia pontificia sería irracional y catastrófico.

-Muy bien, señora -dijo su santidad después de un suspiro, como si se propusiera hacer una gran concesión-. Tomemos una medida preliminar. Monseñor Sadowski le facilitará el número de un apartado de correos especial, para que pueda mandarme confidencialmente esa lista de sacerdotes, candidatos para su proyecto. Sólo sus nombres. No facilite otra información por escrito.

»En cuanto al segundo elemento de su petición, mándeme también los nombres de los laicos que considera dignos de guardar el santo sacramento en sus casas. Pero en este caso, tenga la bondad de facilitar también los datos que considere pertinentes: biografía completa, incluida la fe de bautismo y el certificado de confirmación, certificado de matrimonio cuando sea aplicable, y referencias. Todo lo necesario para justificar tan grave responsabilidad. Y ahora, señora, ¿desea algo más?

En aquel momento el papa no era enigmático, sino opaco. Como cualquier hombre a quien hubieran obligado a enfrentarse a la verdad y a sus propios errores, se había retraído sensitivamente de su interlocutora.

Con los ojos encendidos de verde ira, Cessi apretó los dientes para no chillar: ¡no basta! ¡Mandarle una lista, dice usted! ¡Lo que quiere decir es que espere diez años la respuesta! ¡Le mandaré todas las listas del mundo, Santo Padre! Pero deme una respuesta. Una indicación. No espere a que ya no se celebren bautismos. Hasta que nuestros hijos, abortados o nacidos, sean concebidos sin la menor consideración por su alma inmortal. No espere hasta que ya no se celebren confesiones, ni misas válidas. No espere hasta que ya no quede nadie para ungir a los moribundos. ¡No espere a que el pobre padre James Horan, así como los demás como él y nosotros incluidos, sean absorbidos y sepultados en los

escombros de su Iglesia!

-¿Señora Gladstone? -dijo el cardenal Sanstefano, para rescatar a Cessi de su repentino ataque de ira.

Su eminencia respondió al fuego verde de sus ojos con una mirada de advertencia. Una mirada en la que le comunicaba que había llegado ya al límite. Había logrado que sus peticiones recibieran una seria consideración.

Cuando Cessi oyó que su eminencia mencionaba suavemente su nombre, recuperó el sentido y respondió al papa:

-Sí, santidad. Hay algo más -dijo, sin que su inesperado lampo de ira hubiera afectado su sensación de poder divino, investido en su santidad como vicario de Jesucristo-. Mis hijos, santidad.

Imploro una bendición especial para cada uno de ellos, por distintas razones.

-Con mucho gusto, señora -respondió el sumo pontífice al tiempo que se levantaba de su silla y Cessi se arrodillaba para recibir la bendición-. El padre Christian ha mencionado a su hija y ha pedido oraciones para su salud. Recordaré a su hijo Paul en las intenciones de la misa. En cuanto al propio padre Christian, tanto él como su importante trabajo para la Santa Sede están presentes en mis oraciones. Esté usted segura, señora -agregó el papa eslavo en un mero susurro, sobre su cabeza agachada.

Chris Gladstone habría sido feliz con la promesa del sumo pontífice de oraciones especiales.

Aquélla era la mañana en que había acordado con Tom Rollins reunirse con Michael O'Reilly. En el supuesto de que todo funcionara debidamente, a las diez esperaba saber si O'Reilly podía presentar pruebas irrefutables de que las autoridades eclesiásticas ocultaban las actividades homosexuales entre miembros del clero local.

En términos generales, la actitud de Christian era muy positiva respecto a sus dos misiones en Estados Unidos. A pesar del gran respeto que Damien Slattery le inspiraba, todavía se negaba a aceptar que el propósito de su trabajo para Maestroianni en Estados Unidos fuera el de causarle problemas al papa eslavo. Después de todo, se decía a sí mismo, podía comprobar cómo la información recogida de obispos europeos había contribuido ya a superar ciertas dificultades eclesiásticas, en parte gracias a la ayuda de Paul en la CE. Además, no había sido Maestroianni, sino el propio Christian, quien había sugerido ampliar su trabajo a Estados Unidos.

Asimismo, ahora que el sumo pontífice parecía decidido a abordar ciertos problemas graves, Christian se sentía justificado en su expectativa de que su trabajo y el de Slattery facilitarían por fin el esperado despertar de la Santa Sede. Si él y Slattery aportaban como era de esperar las pruebas necesarias, con toda seguridad el propio Santo Padre tomaría medidas firmes y correctivas contra los abusos que carcomían a la Iglesia. Indudablemente promulgaría un decreto para los seminarios, por ejemplo, obligaría a los obispos renegados a recuperar el sentido y a los sacerdotes a respetar sus votos.

Mientras se organizaba durante los primeros días de su estancia en «La casa azotada por el viento», lo único que enturbió el tono esperanzador de Chris fue su primer encuentro con su hermana. Cessi lo había mantenido más o menos al corriente de la situación médica, pero no le había preparado para el cambio físico experimentado por Tricia, para quien el dolor se había convertido ahora en compañero permanente. En realidad, Tricia nunca se quejaba, pero ya no era capaz de pintar. Insistía en levantarse y circular, pero la contaminación del aire incluso en los días más claros bastaba para agudizar su sufrimiento. Sin embargo, un día ya tarde por la noche, cuando estaban solos, Tricia le pidió algo:

-Prométeme una cosa, Chris. Antes de que regreses a Roma, quiero pasar un rato contigo. No ahora. Necesito pensar en cómo explicártelo para que lo comprendas. Me refiero como sacerdote. Para que lo entiendas como sacerdote.

-Tienes mi palabra, Tricia. Antes de que regrese a Roma.

El padre Michael O'Reilly era un hombre corpulento, atlético, de cabeza grande, cabello oscuro y unos ojos castaños que apenas parpadeaban. Según Tom Rollins, el joven sacerdote era de ascendencia alemana e irlandesa; su corazón irlandés podía estallar de ira, mientras su cerebro alemán se obsesionaba con una idea y la convertía en conflagración.

Efectivamente, cuando se quedaron solos, O'Reilly daba la impresión de que iba a estallar en cualquier momento y salir por la puerta. Chris, por consiguiente, procuraba no asustar al joven

sacerdote.

Sin embargo, cuando O'Reilly se percató del motivo de su visita y del lado del que estaba, todo cambió. Seguía enojado y resentido por el trato injusto recibido de su cardenal, pero en ningún momento utilizó un lenguaje abusivo para referirse a su eminencia, al padre McPherson, ni a la archidiócesis.

Sí, dijo O'Reilly, en respuesta a la más importante de las preguntas de Chris. Disponía de copias de todas las fotografías y documentos que le había entregado al cardenal O'Cleary. Pero había algo más, explicó, y ésa era la razón por la que no había intentado ponerse de nuevo en contacto con Roma.

-Todo el mundo está convencido de que me he refugiado como una especie de ermitaño en esa vieja plantación. Y eso es lo que pretendo que crean. Pero no me he limitado a deambular por las marismas y recovecos de Luisiana. Las víboras y los caimanes abundan también en otros lugares, y he estado de ellos hasta la coronilla.

Lo que O'Reilly le contó a Christian a continuación era nauseabundo, pero también una suerte inesperada para su investigación. La información de O'Reilly sobre aquellos tres seminaristas, había sido la puerta de entrada para obtener otras pistas sobre otros clérigos. Había compaginado una lista de nombres principalmente de informadores, pero también de lo que él denominaba «simpatizantes y flores de invernadero de la repugnante causa de la homosexualidad clerical activa». Y a juzgar por lo que contaba, sus miembros se extendían por todos los rangos clericales, desde simples sacerdotes hasta arzobispos, y desde Estados Unidos hasta Roma.

-De lo contrario, ¿cómo cree que habrían logrado librarse tan fácilmente de mí, padre? ¿Y por qué también cree que cedió Jay Jay y traicionó sus sagradas obligaciones? Es un organismo, padre Gladstone. Un organismo de protección mutua que se extiende desde la cancillería de O'Cleary hasta el Sacro Colegio Cardenalicio. Y muchos individuos que querrían salirse del mismo, no tienen las agallas para hacerlo.

O'Reilly no quería sugerir que Jay Jay fuera uno de los que él denominaba flores de invernadero.

-Pero la verdad, o lo que yo entiendo por verdad, no es mucho mejor. Su eminencia aspira a un puesto en Roma. Por consiguiente, en lugar de enfrentarse a un escándalo de primera magnitud, está dispuesto a arrojar por la borda los principios morales de su Iglesia y a abandonar a sus sacerdotes y su rebaño a los lobos. Incluido su seguro servidor.

Tan exasperado por la degradación de O'Reilly como sacerdote como por la situación de abuso descrita, Chris sugirió que intentaría resolver el caso del joven sacerdote intercediendo por él ante el Santo Padre.

-¡No! -exclamó el padre Michael, en un arrebato de ira típicamente irlandés-. No soy más que uno de tantos fieles abandonados por el hombre que supuestamente debe «alimentar mis corderos, alimentar mis ovejas». Cuando el Santo Padre cumpla con sus obligaciones en su diócesis, cosa que no hace, entonces podrá resolver mi situación. Hasta que llegue dicho día, ¡gracias, pero no gracias!

Después de desahogarse expresando su decepción personal y la ira que le inspiraba el Santo Padre, O'Reilly se tranquilizó.

-Hay algo que puede hacer usted por mí, padre Gladstone. Si tiene bastantes agallas para excavar en el estiércol y presentárselo a su santidad sin embellecimientos, me gustaría ayudarlo.

Puesto que Chris era un hombre serio, ambos sacerdotes se estrecharon la mano.

O'Reilly accedió a facilitarle la información que poseía. Pensando en una de las normas de Lucadamo, según la cual los medios más sencillos suelen ser los más seguros, Gladstone le dijo a su nuevo recluta que utilizara el correo.

-Aquí tiene mi dirección y mi número de teléfono. Si cuando llama yo no estoy en casa, deje sólo su nombre. Viajaré bastante, pero llamaré para recibir mis mensajes. Si lo necesito, le dejaré el recado a Tom Rollins, de modo que manténgase en contacto con él. Y algo más, O'Reilly -dijo Chris con la mirada puesta en aquellos ojos iracundos que no parpadeaban, sin que le costara imaginar el altercado en la cancillería cuando Michael había derribado al padre McPherson-. Ambos sabemos que queda mucho lodo por remover.

-¿Y bien? -preguntó O'Reilly de nuevo en guardia.

-Si trabaja conmigo -ordenó Gladstone-, su misión consiste en identificar a esas víboras y a esos caimanes de los que hablaba. Identifique a los que pueda. Pero guárdese sus consejos y no pierda los estribos. Ahora ya no está solo, padre. No vuelva a dejarse llevar por la ira. Ni intente secar las

marismas.

-¡Su santidad no puede seguir olvidándolo, monseñor! -exclamó el doctor Fanarote, que descargaba su enorme frustración y preocupación en el secretario del papa, sin haber logrado que el Santo Padre se sometiera al necesario reconocimiento, a pesar de la urgencia con que se le había llamado-. El dolor de su costado es demasiado frecuente. Le he recetado un analgésico más fuerte. Pero padece brotes de náusea y reconoce que ha disminuido su vitalidad. Me preocupa el megalovirus que descubrimos en el 81. ¡No me gusta, monseñor Daniel!

Sadowski soportó la diatriba de Fanarote con resignación y honda preocupación. Había dejado de intentar justificar la conducta del papa. ¿Qué impresión le causaría a Fanarote, después de todo, si le dijera que el sumo pontífice, que dirigía su Iglesia en la punta de lanza del nuevo orden mundial, seguía todavía las enseñanzas de los escritores espirituales medievales? ¿O que pensaba en su cuerpo como *frater* Asinus, como hermano Asno? No tranquilizaría a Fanarote saber que así vivía el papa desde su época de seminarista. Su idea era la de conducir su cuerpo. Utilizarlo como vehículo. Alimentarlo debidamente. Darle un descanso cuando dolía, pero sin tolerar sus caprichos.

-¡Al primer indicio de cambio en el estado del Santo Padre -exclamó Fanarote de camino a la puerta-, quiero que me lo comuniquen de inmediato! ¡Su santidad no puede seguir olvidándolo mucho tiempo!

Aunque ya se hacía tarde, el sumo pontífice no dejaba de reflexionar sobre la reunión mantenida aquella tarde con la señora Francesca Gladstone. Sus categóricas evaluaciones lo habían afectado, sin ningún lugar a dudas. Pero tampoco había dudas respecto a la justicia de todo lo que había expuesto. Él recibía informes. Y cartas. Interminables retahílas de cartas. Pero eso no era lo mismo que estar en las fauces de la lucha cotidiana de las parroquias. Conocía casos de sacerdotes como el padre James Horan; a decir verdad, demasiados casos. Pero estaba aislado de su agonía, como lo estaba de millares de situaciones como la primera comunión blasfema de los dos ahijados de la señora Gladstone.

El problema estribaba en que no podía hacer nada práctico para corregir dichos abusos. No podía entremeterse con sus obispos en sus diócesis. Según sus principios, eran todos iguales en poder y jurisdicción. Y aunque no podía revelárselo a su visitante, el problema era que lo peor estaba todavía por llegar. Dentro de pocos días, el cardenal Maestroianni presentaría el mensaje de su santidad *Negociaciones* en las Naciones Unidas. En pocos meses, quedaría claro para todo el mundo que era incapaz de mantener la promesa pública que había hecho muchas veces, de no permitir el servicio femenino en el santuario. Luego se plantearía la cuestión de mujeres diáconos y su ordenación. Y habría más. Mucho más.

¿Cómo se cogería todo aquello la señora Gladstone? Pensando en la impresión que le había causado, conocía la respuesta. Aquella mujer conservaría su espíritu de lucha hasta su último suspiro. Con su gran talento natural y sus extraordinarios medios económicos, le había mostrado una fe desinteresada, práctica y razonable, albergada en una mente clara y contenida por una voluntad de acero. Además, se había enfrentado directamente al hecho de que la vieja estructura organizativa de la Iglesia carecía de fuerza. Evidentemente sabía que no podía recomponerse, que no volvería a funcionar.

A excepción de muy pocos hombres como el padre Aldo Carnesecca, no había muchos siquiera en el propio Vaticano que se hubieran enfrentado a dicha realidad. Numerosos grupos e individuos acudían regularmente a él, con la idea de formar cuadros de fanáticos para proteger los baluartes de su Iglesia y restablecer el orden.

Siempre se había negado a vincularse a dichas propuestas. Desde su perspectiva, ello equivaldría a entremeterse con el Espíritu Santo en las conferencias episcopales, los senados sacerdotales y las organizaciones nacionales e internacionales de prelados y clérigos. Toda exclusividad por parte de los católicos sería trágica.

Sin embargo estudió sus dos peticiones con gran interés: su idea de fundar lo que en definitiva sería una Iglesia secreta, a fin de conservar las creencias, la práctica y la devoción católicas tradicionales, y su idea de asignar a dicha Iglesia secreta los buenos sacerdotes injustamente rechazados por sus superiores. Las dos propuestas tenían un mérito común para el papa eslavo: ambas facilitarían los medios para desactivar el creciente malestar entre los tradicionalistas y los progresistas en la

población católica. Sería una forma de establecer cierta paz. Además, el papa estaba convencido de que los grupos tradicionalistas no tardarían en desaparecer y, de ese modo, sus necesidades inmediatas quedarían satisfechas. A la larga, la situación se resolvería por sí sola.

El timbre que sonó sobre su escritorio sobresaltó al sumo pontífice.

-Diga, monseñor Daniel.

-Santo padre, el cardenal Sanstefano desea verlo. Quiere comentar la audiencia de esta tarde con la señora Gladstone. Y la delegación de católicos ucranianos llegará en menos de una hora, para ver a su santidad.

-Dígame, monseñor. Antes de que la señora Gladstone se marchara, ¿ha tomado las medidas necesarias para recibir esas listas de las que hablaba?

-Sí, santidad. Me he ocupado de todo.

-Bien. Dígale al cardenal Sanstefano que venga inmediatamente. Pero no olvide avisarme cuando lleguen los ucranianos. No quiero tenerlos esperando.

-Al momento, Santo Padre.

El sumo pontífice se puso de pie y estiró el cuerpo, como para probar su fuerza y su energía.

-Bien, monseñor Daniel -sonrió como si Sadowski estuviera presente y viera la preocupación en el rostro de su viejo amigo y confidente-. ¡Saquémosle otro viaje al viejo hermano Asno!

No hubo sorpresas para el padre Damien Slattery a su llegada a Centurycity, ni mano amiga de bienvenida en el priorato dominico. Según le contó más adelante a Christian, en una de sus primeras conversaciones telefónicas, la Casa de los Santos Ángeles recibió al ex maestro general de la orden «como a un rústico patán». Con anterioridad había amargado la vida de quienes eran ahora sus superiores estadounidenses, que estaban encantados de devolverle la pelota.

La pequeña y lúgubre mazmorra que le habían asignado fue el primer indicio de que la comunidad lo había catalogado como paria. Se trataba de una sola habitación en el sótano, donde apenas cabía un antiguo lavabo, un pequeño escritorio, dos estantes para libros y un catre metálico diseñado para un enano. El suelo desnudo era igual al del baño a lo largo del vestíbulo y al del cubículo de la ducha al fondo del pasillo. La única luz en el cuarto, a excepción de una lámpara de escritorio y otra junto a la cama, procedía de una ventana enrejada que daba a un lúgubre callejón.

El primero en aclararle en pocas palabras su nueva categoría fue el provincial dominico de Estados Unidos, el mismo padre George Haneberry de quien Slattery se había quejado a Giustino Lucadamo que odiaba cordialmente sus entrañas. Dada su obligación de presentarse a Haneberry, Damien preparó su alma como mejor supo antes de llamar a la puerta del rector.

Aunque en aquel momento fuera Haneberry quien gozaba de todas las ventajas, le resultó difícil adoptar una actitud paternalista hacia alguien que junto a él parecía un gigantesco profeta del Antiguo Testamento. De espaldas a la ventana, invitó al descomunal irlandés a tomar una silla. Aquello ya estaba mejor.

-Tenemos entendido, padre Damien, que algunos pequeños proyectos para el papa lo mantendrán ocupado -dijo el padre provincial, que a excepción de su costumbre de succionar saliva entre sus dientes frontales, tenía unos modales suaves como la seda-. Hemos recibido instrucciones de nuestro nuevo maestro general desde Roma, a fin de que goce usted de libertad para dedicarse a dichos proyectos según los deseos del Santo Padre. Sin embargo, debo señalar que no pueden quebrantarse las normas archidiocesanas dictadas por el cardenal. Como arzobispo de esta diócesis, el cardenal es el sucesor del apóstol. Nuestra orden mantiene buenas relaciones con su eminencia. Nos alegra colaborar con el Santo Padre, pero siempre dentro de las directrices de su eminencia.

Haneberry trataba a aquel personaje forastero como a un toro que había irrumpido en un ambiente frágil y delicado. Dadas las necesidades de Slattery de viajar para su misión papal, le declaró exento de obligaciones ordinarias en la comunidad. No obstante, debería comparecer mensualmente en las reuniones del cabildo. Además, siempre que lo permitiera su trabajo para el Santo Padre, estaría de guardia veinticuatro horas diarias como capellán de Santa Ana, un hospital cercano al monasterio que se había ganado una curiosa reputación.

Después de resolver estas y otras cuantas cosas básicas, Haneberry succionó saliva a través de una pequeña contienda de voluntades respecto al trabajo de Damien para la Santa Sede. -¿Supongo, padre,

que dará conferencias en defensa de la vida?

El desdén presente en los comentarios de Haneberry sobre «la caída del coloso» era tolerable para Slattery. Pero el intento de control implícito en la pregunta del padre provincial era otra cosa.

-Conferencias, padre -replicó Damien-. Y ejercicios espirituales para sacerdotes y religiosos. Pero no se preocupe. Los fondos para mi trabajo proceden de Roma -agregó, convencido de aclarar de ese modo su independencia financiera y en todos los demás sentidos.

-Por supuesto, padre -respondió Haneberry, consciente de que le ordenaba no inmiscuirse en su trabajo.

En realidad, se sintió tan ofendido, que estuvo a punto de irse de la lengua. Poco le faltó para sacar del cajón de su escritorio los documentos de expulsión ya extendidos a nombre del poderoso padre Damien Slattery. Estuvo a punto de revelarle que la idea del cabildo general de la orden en marzo no era sólo relevarle del cargo de maestro general, sino expulsarlo de la orden.

Lamentablemente, aquellos documentos precisaban la firma de Slattery. La misión de Haneberry como provincial consistía en amargarle la vida en todo lo posible, hasta que el propio padre Damien solicitara su exoneración de la orden. Haneberry suspiró hondo. Llegaría el momento. El tiempo jugaba a su favor. El tiempo y su eminencia de Centurycity.

Dada la naturaleza de los informes que debería guardar cuando empezara su investigación sobre actividades satánicas, Slattery instaló el candado más duro que logró encontrar en la puerta de su mazmorra subterránea. Y dada su necesidad de comunicaciones seguras, ordenó la instalación de un teléfono y un sistema de mensajes, y adquirió un pequeño teléfono móvil para llevarlo consigo. Entretanto, considerando lo precario de su situación, en aquella primera etapa de la preparación de la tapadera para sus investigaciones, era comprensible que sus conversaciones con Gladstone se limitaran a relatos de sus actividades cotidianas.

Lo que más le había dolido, según le contó a Christian, no habían sido sus aposentos ni el desdén de George Haneberry, sino la malicia de un dominico para con otro dominico. En un sentido perturbador, sus hermanos religiosos de la Casa de los Santos Ángeles constituían un grupo que había elegido mantenerse unido y excluir a todo espíritu forastero.

-Incluido yo -protestó Slattery cuando hablaba con Chris-. Todos me vigilan como linces.

Christian hizo una mueca, al pensar en la situación de su amigo. Pero poco tardaron los informes de Centurycity en empezar a ser más esperanzadores. Propio de su carácter, Slattery inició en seguida sus conferencias provida y dirigió algunos ejercicios espirituales, como tapadera de sus investigaciones. Al principio permanecía cerca de su base, pero se percató de que el plan era bueno.

-No es sólo el hecho de que Haneberry detesta la idea -decía un día por teléfono y se reía cuando hablaba con Chris-, o de que me permite salir de esa madriguera que pasa por el monasterio. ¿Sabe que en realidad estoy adquiriendo cierta reputación como conferenciante? Creo que así podría ganarme la vida si fuera necesario.

-No tan de prisa, Slattery. -Y ambos se rieron-. ¡No olvide a qué ha venido a Centurycity!

-¡No tema, muchacho! -respondió de buen humor el dominico-. Me he fijado ya un calendario. Por aquí empezarán a suceder cosas antes de lo que imagina.

Solo en casa, mientras su esposa visitaba a unos primos en Nueva York, el inspector de policía jubilado Sylvester Wodgila encendió la cafetera, sacó del frigorífico los ingredientes para un espléndido desayuno y empezó a preparar los cazos y las sartenes en la cocina de su casa de madera de dos plantas, en el barrio de Holland de Centurycity, cuando sonó el timbre de la puerta.

-¡Qué imbécil se atreve a molestar a un amante de la paz -reflexionó Wodgila-, a primera hora del amanecer!

-¡Buenos días, inspector Wodgila! Soy el padre Damien Slattery, recién llegado de Roma. Estoy aquí para husmear los rastros de los satanistas clericales.

Acariciado por el acento irlandés como los primeros rayos del sol, Wodgila, que estaba lejos de ser un pigmeo, levantó la cabeza y parpadeó ante aquel gigantesco sacerdote con su extraordinaria cabellera blanca y la más radiante de las sonrisas. Con una de sus descomunales manos el gigante le ofreció un sobre, que resultó ser una carta mandada desde el lejano monasterio de Czestochowa por el primo

consagrado del inspector de la rama Danitski.

-¡Por qué ha tardado tanto en venir, padre! -exclamó Wodgila, después de abrir la puerta de par en par-. ¡A esos cabrones no hay quien les pare los pies!

La compatibilidad entre aquellos dos hombres era perfecta. Si Damien Slattery era un emisario divino para Sylvester Wodgila, el inspector era una mina de oro para el dominico. Y no sólo por el excelente desayuno cristiano que preparó, sino porque dejó bien claro que disponía de bastante información para compartir.

-¿Nata o azúcar? -preguntó Wodgila, después de servir unos huevos y salchichas polacas.

-Ambos, si no le importa -respondió Slattery, que se lamió los labios.

Empezó por un relato detallado del asesinato de Scalabrini. El inspector no se había desalentado por su jubilación prematura del cuerpo, ni por la advertencia del fiscal general de no inmiscuirse en aquel asunto sangriento.

-¿Entonces siguió investigando? -preguntó Slattery, que terminó su tercera rebanada de pan tostado.

-La jubilación tiene sus ventajas, padre. Le deja a uno mucho tiempo libre. Sin eliminar ninguno de los contactos profesionales, locales o en otros lugares, cultivados a lo largo de una vida en el cuerpo.

El inspector retiró su plato vacío, encendió una atractiva pipa curtida por los años y, cafetera en mano, se dirigió a la sala de estar, donde abrió una caja fuerte, discretamente escondida, llena de carpetas a rebosar.

-El fruto de mis labores, padre -dijo el inspector, que amontonó las carpetas como una torre sobre una mesa junto a la silla de Slattery-. Aquí está la ficha del caso Scalabrini, si desea examinarla. Pero hay otra que quiero que vea. Le presento al padre George Connolly -agregó, después de abrir una carpeta-. No era un chico local. Prestaba sus servicios en la Iglesia de la Medalla Milagrosa, camino de Careysville. Como muestran estas fotografías, acabó igual que Scalabrini. Todas las señales idénticas. Mutilado y asesinado. Alguna forma de muerte ritual.

Damien hizo una mueca. No había olvidado la reunión en el estudio del papa, ni la descripción del hermano Augustine aquella noche, de un segundo cura asesinado en Centurycity. Pero nada podía haberle preparado para las fotografías policiales del padre Connolly sangriento y mutilado, en el suelo de su comedor.

En la forma policial a la que Wodgila estaba acostumbrado, describió lo que se sabía acerca de ambos asesinatos.

-Habíamos convencido a Scalabrini. Trabajaba con nosotros como informador. No sabemos quién ordenó ninguno de los dos homicidios. Pero sí que sabemos que ambos asesinatos pretendían mandar un mensaje. Y también sabemos que fue Connolly quien mató a Scalabrini.

Slattery dejó de mirar las pavorosas fotografías y levantó la cabeza.

-¿Entonces lograron seguirle la pista?

-Hasta cierto punto. Sabíamos que Scalabrini había recibido una sola visita la noche en que fue asesinado. Cuando por fin descubrí a Connolly, estaba asustado y dispuesto a desahogarse. Dijo que quería apartarse de aquella porquería. Quería divulgarlo públicamente. Todo. Pero se me ocurrió una idea mejor. Lo convencí para que ocupara el lugar de Scalabrini y se convirtiera en nuestro informador. Le dije que quería más nombres. Más que su palabra sin corroboración. Quería la clase de información de la que uno no puede escabullirse con pretextos y mentiras. Hay algo interesante respecto a los satanistas, padre Damien. Guardan documentación fotográfica de sus reuniones más importantes, si así cabe denominadas. Yo quería que Connolly consiguiera ese tipo de pruebas.

-¿Y?

-Y estuve a punto de conseguidas, padre. Connolly convocó una reunión. Pero nunca se celebró. Antes lo asesinaron. Al igual que Scalabrini, murió en la putrefacción de sus asquerosos pecados. Y fue culpa mía.

-Escúcheme -replicó con intensidad Slattery, después de inclinarse hacia adelante-. ¡Como hombres y como clérigos, Scalabrini y Connolly eran porquería! Vivieron sus vidas en un cubo de estiércol. Ésa fue su elección. Cuando intentaron salirse del mismo, los asesinaron. Eso lo decidieron otros. Como buen católico y buen agente de la ley, usted intentó lo único decente que se podía hacer. Ésa fue su elección. Y ahora usted es quien se consume en la autorrecriminación. Entretanto, ¡el viejo

diablo es el último en reírse!

-Es posible -dijo Wodgila, que se frotó vigorosamente la frente-. Supongo que así actúa el viejo diablo. Todo patas arriba y a la inversa. Dicen que ésa es una de sus características.

-Lo es. Y como viejo exorcista, ¡puedo asegurarle que es una trampa mortal!

-¿Es usted exorcista, padre Damien? -preguntó Wodgila, con la boca abierta-. ¡Podía habérmelo dicho! -exclamó el inspector, atónito por la noticia y en parte por su propia intuición de Slattery como sacerdote que amaba a Dios, la verdad y la comida, en ese orden-. Tenemos un montón de cosas que hacer. Manos a la obra -agregó, dispuesto a luchar.

Durante la hora siguiente, café en mano y rizos de humo que emergían de su pipa, Wodgila le resumió a Slattery lo que había descubierto hasta entonces. Tenía nombres, fechas, lugares y circunstancias. Pero todo era anecdótico. Sin sus dos sacerdotes informadores, carecía de testigos.

-Pero existe un vínculo, padre. Un sacerdote llamado Oswald Avonodor. Trabaja para su eminencia en la cancillería de Centurycity. En realidad es su secretario particular. Por consiguiente, está al corriente de casi todo lo que sucede en la archidiócesis -dijo el inspector, mientras cogía otra carpeta-. Tenemos mucha información sobre Avonodor. Sus antecedentes como pedófilo se remontan a su primera época y siguen hasta el presente. Se crió jugando a soldados. A los diecinueve se alistó y pasó como un rayo por la academia de oficiales. A los veintiséis ingresó en las fuerzas especiales y se sometió a un entrenamiento secreto de condicionamiento sicológico profundo en Carolina del Norte. Participó en varias misiones confidenciales en el extranjero. Luego, en 1979, fue destituido y expulsado sin razón aparente.

»A los treinta y uno, hace doce años, ingresó en el Seminario Mayor de Centurycity. Fue ordenado sacerdote por su eminencia en el 86, y captado inmediatamente por el cardenal para formar parte de su personal en la cancillería. Allí sigue desde entonces y el cargo ha sido bueno para él.

-Demasiado bueno, por lo que yo entiendo -dijo Slattery con el entrecejo fruncido.

-Cierto. Pero mi idea no era la de exponer a Avonodor. Lo que me proponía era atraparlo. Todos los nombres en estas fichas no son más que eso: nombres. Sin embargo, no bromeaba cuando he dicho que olía los indicios de una compleja red, y...

-Y cree que Avonodor es la clave.

-Creo que es el vínculo más débil de una larga cadena. -La rectificación era importante para la mente de Wodgila-. Creo que se le puede utilizar para acceder a otros vínculos, hasta llegar al ancla.

-¿Tiene ya alguna idea, Sylvester, de adónde puede conducir esa cadena?

-Vancouver es una buena sospecha -respondió Wodgila, que examinó el montón de carpetas-. La mayoría de los clérigos de estas fichas parecen pasar mucho tiempo allí.

-¿Supongo que incluido Avonodor?

-Es curioso que lo pregunte. -Sonrió Wodgila, antes de encender su pipa-. El secretario del cardenal saldrá unos días de vacaciones este fin de semana. Y adivine adónde se dirige.

Feliz de dejar todos los teléfonos y emergencias diocesanos a su espalda, el padre Oswald Avonodor se dirigía hacia el norte por la autopista noventa y tres en dirección a la frontera estatal, hasta llegar a un agradable motel suspendido sobre un boscoso barranco, a unos kilómetros del centro de Centurycity. Después de una suculenta cena, un baño caliente y un buen descanso, estaría en condiciones de emprender el largo viaje a Vancouver por la mañana. Acababa de llenar la bañera y circulaba en calzoncillos, cuando alguien llamó vigorosamente a la puerta. ¿Quién diablos...? Cuando abrió, quedó fascinado por la presencia de un espectro gigantesco, un fantasma blanco despeinado que le miraba con fijeza.

-Cuánto me alegro de encontrarlo en casa, padre Avonodor. El estupor le impidió a Avonodor percatarse de la presencia de su segundo visitante, que le mostraba una placa. Empezaron a sonar sirenas de alarma en su cabeza e intentó cerrar la puerta. Demasiado tarde. El fantasma y la placa ya habían entrado.

-Puede que me recuerde, padre -dijo Wodgila, después de guardar su identificación en el bolsillo-. Fue el caso del pobre padre Scalabrini, si mal no recuerdo. Usted me llamó por teléfono desde la cancillería, con mensajes de su eminencia. Permítame que le presente al padre Damien Slattery, emisario de su santidad.

-¿No sería preferible que se vistiera, padre? -preguntó Slattery, mientras contemplaba a aquel enclenque clérigo en calzoncillos y su cabello rubio mantequilla de aspecto artificial-. No querrá resfriarse.

Avonodor se puso de forma apresurada unos pantalones y una camiseta sobre un símbolo fálico dorado que le colgaba del cuello. Slattery cerró el grifo del baño. Wodgila le indicó al cura atrapado que se sentara entre él y el gigantesco fantasma, que había resultado ser demasiado real.

-Bien, padre Oswald. ¿Le importa que le llame padre Oswald? -preguntó Wodgila, que parecía la personificación de la paciencia y la tranquilidad-. No tenemos siquiera por qué hablar de citaciones judiciales. Sólo queremos que vea unas fotografías. Y también queremos que preste atención, porque luego habrá unas preguntas.

Una por una, el inspector Wodgila colocó una serie de fotografías a todo color ante la reticente mirada de Avonodor. Fotografías de muerte. Fotografías del padre Scalabrini. El cuerpo desnudo de Scalabrini que yacía torcido sobre la alfombra de su sala de estar. El pecho de Scalabrini cubierto de finos navajazos, cada uno con su correspondiente reguero de sangre seca y oscura. Los dedos amputados de Scalabrini. La horcajadura mutilada de Scalabrini, con sus correspondientes manchas de sangre. El rostro de Scalabrini, con sus propios genitales en la boca, y el horror de su terrible muerte paralizado en sus ojos.

Con gotas de sudor en la cabeza, el padre Avonodor mantenía la mirada fija en las manos de Wodgila. Vio cómo le mostraba otra serie de fotografías. Horrorizado, contempló su propio rostro sonriente que lo miraba. En una boda, recordó. Sí. Ahí estaba con otros dos sacerdotes, sentado en un banco de la Iglesia junto a su eminencia, todos muy amigos. Y ahí también estaba la feliz pareja, dos chicos jóvenes con túnicas color espliego y coronas de flores en la cabeza. El sacerdote oficiante, ataviado también de color espliego, daba solemnidad a la ceremonia con campanas, libro y candelabros. Luego, el intercambio de anillos. El beso nupcial.

-La iglesia del Amado Discípulo San Juan, si no me equivoco -dijo Wodgila, cuya suave voz era lo único que se oía en la habitación-. Conocemos todos los rostros, evidentemente. Conocemos el suyo. Conocemos el de su eminencia. Y conocemos al hombre que estaba sentado junto a usted: el padre George Connolly. ¿Lo recuerda? Pues bien, ¿sabe usted lo que le ocurrió a Connolly, padre Oswald?

Con la boca seca, Avonodor contempló una tercera serie de fotografías. El cuerpo desnudo de Connolly que yacía desnudo sobre la alfombra de su sala de estar. El pecho de Connolly. Los finos navajazos. Los oscuros regueros de sangre. Los dedos amputados. La horcajadura mutilada. Los genitales en su boca. Los ojos. ¡Dios! Los ojos de Connolly... ¡Malditos cabrones! ¿Qué querían de él después de todo? A Avonodor le dio un vuelco el estómago. Adquirió un tono amarillento. Vomitó; la cena, el pánico, la derrota y la asquerosidad roja de su ira brotaron de su boca.

Cuando acabó de arrojar, el sacerdote sintió algo húmedo que le golpeaba la cara.

-Límpiese, padre. No hemos terminado todavía.

Cuando Avonodor levantó la cabeza, vio a Slattery que arrojaba un montón de toallas sobre la porquería y oyó de nuevo la voz de Wodgila, tranquila y precisa como si nada hubiera ocurrido.

-Ha llegado el momento de las preguntas que antes le he mencionado, padre Oswald. Sabemos mucho sobre Scalabrini y Connolly. Sabemos que el conciliábulo de Scalabrini colaboró en su muerte. Sabemos que fue Connolly quien lo asesinó. Lo sabemos todo acerca del número ritual de navajazos. Sabemos que su eminencia es culpable de complicidad, como mínimo, por impedir las investigaciones en ambos asesinatos. Lo que queremos de usted es información. Si trabaja con nosotros, podremos ayudarlo. Si no coopera, pero nosotros fingimos que nos ha facilitado información como lo hicieron Scalabrini y Connolly, ¿cuánto tiempo cree que transcurrirá, antes de que alguien lo encuentre en el mismo estado que ellos?

Avonodor miró con frustración y odio al inspector, y luego a las fotos.

-Estoy muerto pase lo que pase. Ellos lo sabrán. Vendrán. Cuando regrese a la ciudad...

-No regresará. Tenemos una ambulancia cerca de aquí, que lo trasladará a un hospital militar para servicios y casos especiales. Lo dirige alguien que sabe lo que se hace: el doctor Joseph Paly. Créame, es un lugar muy privado. Ni siquiera el presidente tiene acceso al mismo. De modo que empecemos a trabajar. Lo primero que queremos que haga es mantener una pequeña charla con su contacto en Vancouver. ¿Ahí era adonde se dirigía? -preguntó Wodgila, sin que Avonodor respondiera-. Dígale que

se ha puesto tan enfermo después de comer algo en mal estado, que ha tenido que pedir ayuda. Dígale exactamente eso y nada más. Si agrega u omite algo, nuestro trato quedará cancelado. ¿Comprendido?

Cuando el padre Avonodor se tambaleó momentáneamente en su silla, Slattery creyó que iba a desmayarse. Pero Wodgila agarró el teléfono y lo colocó entre él y Avonodor.

-Ni siquiera tiene que marcar, nosotros lo haremos por usted.

Limítese a escribir el número de teléfono, junto al nombre y la dirección del interesado.

-Querrá saber mi paradero -dijo Avonodor con la voz ronca-. Tendré que darle este número de teléfono. Es su seguro.

Con mano temblorosa cogió la pluma que Wodgila le ofrecía y escribió un nombre, un número y una dirección de las afueras de Vancouver, como Wodgila lo suponía.

Todo funcionó a pedir de boca. El inspector llamó a una centralita especial de la policía de Centurycity, desde donde se estableció la conexión con Vancouver y se transfirió la llamada a la habitación de Avonodor. Cuando oyó la voz suave de un hombre por la línea, le entregó el auricular a su presa de ojos empañados. Avonodor dio su paradero y número de teléfono. Dijo que estaba indispuesto porque había comido algo en mal estado, y necesitaba tratamiento. Había llamado a una ambulancia. Luego colgó. Transcurrieron varios segundos. Sonó el teléfono.

-Habla el padre Avonodor.

-Era sólo una comprobación -respondió la misma voz-. Tenga cuidado.

Se cortó de nuevo la línea. El inspector marcó el número de la centralita especial. Después de comprobar que la llamada había sido grabada, pasó el asunto a manos de Damien Slattery.

-Ha empezado usted muy bien, padre -dijo Slattery antes de levantarse y ver la dura expresión del rostro de Avonodor-. Ahora tal vez pueda decirnos cuántos conciliábulos de clérigos existen en esta zona, que usted sepa, además del suyo.

Una vez más, el padre Oswald guardó silencio.

-No tiene otra alternativa, amigo mío -continuó el dominico, mientras daba un ligero puntapié a las fotografías que había junto a la silla de Wodgila.

-Tres -susurró Avonodor, con un deje artificial-. Tres, que yo sepa. Pero no conozco los nombres de todos los miembros. Se lo juro.

-Pero conoce al organizador en cada caso. Y conoce los lugares donde se reúnen. ¡Vamos, Avonodor! Y quiero los nombres reales, no los códigos del conciliábulo.

Con la voz todavía como un susurro torturado, el padre Oswald obedeció. Willowship, Harding y Rantree eran los lugares. En cada caso, el pastor era el organizador.

-Lotzinger, Keraly y Tonkins -farfulló.

-¿Los tres pedófilos?

Había habido sólo un ligero cambio en su actitud, pero ahora era Slattery el exorcista quien interrogaba al joven sacerdote.

Una grotesca sonrisa deformó la boca de Avonodor.

-Los niños son siempre los huéspedes de honor, padre Slattery. Imaginaba que lo sabría.

-¿Alguno de estos conciliábulos es la capilla madre?

-No.

-¿Ha estado usted en la capilla madre?

-Sí.

-¿Dónde está la capilla madre, padre Oswald?

-Norte. Sur. Este. Oeste -canturreó Avonodor con una voz aterciopelada, mientras su mueca se convertía en una radiante sonrisa.

Slattery se agachó sobre él. Conocía los signos y no quería perder a Avonodor.

-Te lo ordeno en nombre de Jesucristo. Dime dónde está la capilla madre.

¡Demasiado tarde! Los ojos de Avonodor estaban empañados y abultados. Sus labios retraídos. Levantó la cabeza y abrió la boca de par en par.

-Una virgen vive en los caminos de la virginidad. Una virgen «virginiza» en los atajos de la virginidad...

A su primer grito de risa escandalosa, Wodgila se le echó encima y le introdujo una toalla en la boca. Luego, con la misma rapidez, su cuerpo se tornó fláccido. Ahora parecía un espectador silencioso.

Sintió que le retiraban la toalla de la boca. Lacio, observó como desde la lejanía a aquellos desconocidos que se habían entrometido en su vida.

Slattery guardó las pertenencias de Avonodor en sus maletas y recuperó las fotografías. Wodgila hizo una última llamada, en esta ocasión a la ambulancia, y luego se dirigió a la recepción para explicar la inesperada indisposición del pobre padre Avonodor.

-Comida en mal estado -dijo el inspector con un chasquido de la lengua, a la vez que mostraba su placa y pagaba la cuenta-. De hecho, no deseamos mezclarlos a ustedes en nada que pudiera costarles el permiso de apertura. Pero en su lugar tendría cuidado si alguien formula preguntas. Mantenga las distancias, si comprende a lo que me refiero.

El director, con el rostro pálido como la cera, selló la cuenta y le entregó una copia a Wodgila. No tenía la menor idea de lo que sucedía, pero sabía reconocer una seria advertencia cuando la oía.

A los pocos minutos, el padre Avonodor fue trasladado a la ambulancia sin ofrecer resistencia alguna y el vehículo se perdió en la oscuridad de la noche. Una noche sumamente oscura.

TREINTA Y SIETE

Cuando Chris Gladstone inició su investigación papal, sus mejores informadores eran hombres como el padre Mike O'Reilly, jóvenes curas idealistas que detestaban vivir junto a clérigos que practicaban la homosexualidad, pero que se sentían indefensos en su desesperación, conforme los obispos trasladaban a sus jóvenes amantes de parroquia en parroquia, y se veían obligados a vender una iglesia tras otra para pagar indemnizaciones y evitar pleitos.

Con el transcurso del tiempo, cada pista que O'Reilly le facilitó condujo inevitablemente a otras dos o tres, hasta formar un cuadro de curas informadores homosexuales que le facilitaban información de votos quebrantados, vocaciones fracasadas y graves abusos de la confianza de sus congregaciones.

En ciudad tras ciudad, algún cura le contaba a Gladstone que, dos, tres, siete o diez años antes, había caído en la trampa de una fácil pasión con otro clérigo. Le hablaba de su introducción en un círculo más amplio, donde todos sabían lo peor de los demás. La forma en que se había sentido todavía más atrapado por su posición en el escalafón jerárquico de la Iglesia, por la economía de la vida, por los amigos y por la sociedad. Y cómo había sido incapaz de reunir el necesario valor social, moral o físico para separarse de ello.

Gladstone empezaba a comprender el funcionamiento de lo que O'Reilly denominaba «sistema de protección mutua, que se extiende desde la cancillería de O'Cleary hasta el Sacro Colegio Cardenalicio». Aunque, según decidió Chris, sistema no era el término apropiado. No. Era más bien un entendimiento compartido. Un sucio secreto musitado sólo lo suficientemente alto para atraer al círculo a otros con intereses similares. Sólo lo suficientemente amenazante para garantizar la seguridad del secreto. Pero, en cierto modo, independientemente de su denominación, en conjunto funcionaba como un contubernio de protección clerical. Inocente o no, cualquiera que se fuera de la lengua acababa casi con toda seguridad como Michael O'Reilly, aislado y sepultado por un alud de contraataques acusatorios.

Por otra parte, los que obedecían sus propias reglas se protegían y promocionaban mutuamente por el escalafón jerárquico, sin limitarse a cátedras en seminarios y cosas por el estilo. En realidad, lo que le sentó a Gladstone como una puñalada en el vientre fueron las verosímiles pruebas que acumuló contra clérigos de alto rango, incluidos obispos auxiliares y residentes, que pertenecían a ese club eclesiástico de actividades homosexuales y pedófilas.

Si su creciente comprensión de la bellaquería clerical sirvió para abrirle los ojos, las entrevistas que Gladstone llevaba a cabo para Maestroianni con los obispos estadounidenses se convirtieron en una fuente de información para él. Chris, que había llegado a convertirse en un experto en la interrogación de obispos, encontró una respuesta por lo menos parcial a su dilema con la elaboración de algunas preguntas, de naturaleza aparentemente estadística, demográfica y financiera, para investigar el ejercicio clerical de la homosexualidad, en lo que denominó «posible sangría de recursos diocesanos».

La estrategia fue casi demasiado eficaz, y le reveló a Christian más de lo que deseaba saber. Los obispos le respondían sin la menor timidez ni titubeo. Pero tampoco abundaba la moralidad católica tradicional. Los titulares sensacionalistas, la rabiosa polémica y la agenda política radical de grupos como Dignity, Lambda, Act Up y Queer Nation tenían mayor peso entre los obispos estadounidenses

que cualquier declaración de san Jaime o san Pablo de dos mil años de antigüedad, para no mencionar cosas escritas ayer por el papa eslavo o por el cardenal Reinvernunft, de la Congregación para la Defensa de la Fe.

-No es una cuestión de fuga de nuestros recursos diocesanos -decía con paciencia un prelado de la Costa Oeste-. El problema es delicado. Exige una atención particular. Como obispos, después de todo, debemos ser pastoralmente sensibles a las necesidades de todo el mundo.

De una forma u otra, dicho argumento, que Chris llegó a catalogar de argumento sicosexual, parecía tener cierto peso entre bastantes de los obispos entrevistados, que solían decirle:

-¿Qué podemos hacer si algunos de nuestros sacerdotes son diferentes por naturaleza? ¿Debemos negamos a reconocerlo? ¿No somos los pastores de todos nuestros sacerdotes?

Algunos obispos recurrían al evangelio para intentar justificar la actividad homosexual entre algunos de los clérigos bajo su orientación y atención pastorales.

Jesucristo, afirmaban, hablaba de visitar a los presos y cuidar de los enfermos, y de ayudar a las viudas y a los huérfanos. Los curas homosexuales lo hacían y eran unos clérigos caritativos. Y Cristo nunca había mencionado la homosexualidad. Era raro el obispo a quien le preocupara todavía que los curas homosexuales activos de su rebaño estuvieran en estado de pecado mortal, que el acto de sodomizar a hombres y niños les impidiera ejercer el sacerdocio, o que día tras día agregaran el pecado del sacrilegio a sus vidas y a las de los demás.

Cuando unos pocos obispos intentaron tomar medidas correctivas, se encontraron aislados en su trato con las conferencias episcopales regionales y nacionales, fueron excluidos de las juntas más importantes, y nadie atendió sus peticiones urgentes a Roma.

Dadas las circunstancias, Chris casi se esperaba esta pauta general que emergía de sus entrevistas con los obispos estadounidenses. Pero no imaginaba que el magisterio, el marco ordinario de las enseñanzas de la Iglesia en unión con el papa, pudiera haber llegado a tal punto de desintegración. Por lo menos dos terceras partes de los obispos visitados mantenían una oposición activa al papa eslavo. Se quejaban de que su santidad estaba «desfasado». Su santidad era «medieval». Su santidad era «un líder atroz». Su santidad era «el hombre equivocado para dirigir la Iglesia». Era «débil». «No sabía cómo controlar la jerarquía eclesiástica.» Era «incapaz de gobernar como papa».

Christian descubrió otro punto de unión entre los obispos estadounidenses: sentían una profunda aversión por Roma. Les desagradaba que un forastero les dijera lo que debían hacer.

-El catolicismo debe ser diferente a este lado del Atlántico -insistían algunos.

-Estamos desarrollando un nuevo catolicismo vibrante para América -afirmaban otros.

-Dejémonos de visitas papales -expresaban la mayoría.

-No es Roma ni el papa quienes marcan la pauta para el siglo veintiuno, sino nuestra Iglesia estadounidense.

El mensaje que tenían para Christian se resumía a la disolución de la estructura administrativa de la Iglesia, como la habían conocido anteriores generaciones. Era una rebelión contra la autoridad centralizada. La fragmentación era la nueva orden del día. Cada diócesis operaba ahora como región más o menos independiente. Y todas las regiones rechazaban eclesiásticamente a Roma.

-Dígales en Roma que nos dejen tranquilos -era la idea general que los obispos estadounidenses pretendían que Gladstone transmitiera al Vaticano.

Cuanto más veía, mayor era el número de incógnitas que se le planteaban: ¿qué había ocurrido con el magisterio? ¿Qué había hecho posible que tanto error, ambigüedad y confusión reemplazaran la sabiduría del Espíritu Santo en tantos pastores? ¿Qué había ofuscado la capacidad del clero para distinguir entre lo verdadero y lo falso? Puesto que aquellas incógnitas eran vitales y urgentes para él, y puesto que empezaba a compartir gradualmente la perplejidad del papa eslavo respecto al fracaso del sistema jerárquico, Chris escudriñó su lista de obispos en busca de uno que pudiera facilitarle alguna explicación, de lo que en resumen era una debilitación masiva de la fe entre los altos cargos de la jerarquía estadounidense. Dicho hombre resultó ser el obispo James McGregor de Hardcastle, en Kansas. La franqueza de aquel hombre fuerte, bajo, rubicundo y con una sonrisa en la mirada lo había convertido en uno de los huéspedes predilectos de Cessi en «La casa azotada por el viento» durante su mejor época de actividad social. Pero tras su apariencia externa, se ocultaba la profunda piedad de un gran teólogo.

El día en que Chris llegó a la cancillería de McGregor y el obispo empezó a percatarse del género de información que su joven amigo buscaba, lo acompañó a un espacioso jardín. Era preferible hablar de aquel asunto, le dijo, donde nadie los molestara. En el aislamiento soleado de aquel lugar, Chris contó todo lo que pudo sobre lo que tantos obispos consideraban ahora «la Iglesia estadounidense». Habló francamente sobre el creciente número de clérigos homosexuales, la complicidad de algunos obispos y la connivencia de quienes no estaban directamente implicados. Sobre todo, esbozó un amplio perfil de la Iglesia estadounidense, un perfil de fe diluida y mentes alteradas entre una jerarquía católica antes robusta.

-Escúcheme, Christian -respondió McGregor, que hurgaba aquí y allá en el suelo mientras paseaban hacia el fondo del jardín-. Si es la corrupción de la fe lo que intenta comprender, la primera lección que debe aprender es sobre el efecto corrosivo de la autoprotección. La mayoría de los obispos son buenos en el sentido ordinario de la palabra. Como la mayoría de las demás personas respetables, lo único que pretenden es conservar su empleo y progresar. Su corrupción consiste en no levantar la voz contra la corrupción a su alrededor. Son corruptos en el sentido que toleran la decadencia de la Iglesia, mientras sus feligreses sangran como corderos conducidos por perros al matadero.

-Pero ¿por qué? ¿Qué les ha ocurrido a nuestros obispos? Usted no se ha rendido, excelencia, y ellos tampoco tenían por qué hacerlo.

-¿No me he rendido? -exclamó McGregor con las manos en los bolsillos-. Sí, claro, todavía celebro la misa romana discretamente en mi capilla privada. Logro consagrar con toda validez suficientes hostias para ofrecer a mis feligreses el cuerpo de Jesucristo. Juego a menudo al golf con mis sacerdotes y les inculco dieciocho agujeros de teología para mantenerlos en el buen camino. En otras palabras, hago lo que puedo para emular a san Pablo y transmitir la fe como yo la he recibido de los apóstoles.

»Pero eso es todo. En todos los demás sentidos, me he inclinado ante los preceptos de la Iglesia conciliar. Sus compañeros de Roma se han asegurado de que lo hiciera. Sus compañeros del RRCA han cambiado la carne y los huesos de los ritos católicos. Y sus compañeros del CILC nos han obligado a tragar una liturgia nueva. Entre unos y otros, han cambiado mi Iglesia para mí y no hay gran cosa que yo pueda hacer al respecto aquí en las praderas.

No obstante, razonó Chris, McGregor había encontrado cierta solución. Era cierto que se había visto obligado a elaborar una serie de subterfugios, para conservar cierta sensatez. Por lo menos se aseguraba de que sus feligreses recibieran sacramentos válidos, y de que los sacerdotes y los laicos bajo su responsabilidad oyeran las verdades de su fe católica. ¿Entonces por qué, se preguntaba Christian, no podían otros obispos hacer otro tanto?

-Yo le mostraré por qué -respondió McGregor, mientras regresaban a su despacho-. Usted ya ha descubierto que la mayoría de los obispos viven y trabajan ahora, como si existiera algo denominado «Iglesia estadounidense». Pero hay más tras esa idea que la independencia de Roma.

»La simple realidad es que un credo diferente se impone en dicha Iglesia. Es una dialéctica desprovista de su lógica. No es el credo del evangelio de san Juan, la palabra que era Dios y con Dios. No es el credo del Verbo hecho hombre. En este credo expurgado de la denominada «Iglesia estadounidense», el hombre se ha convertido en verbo. Y el verbo es «digital».

McGregor abrió la puerta de su estudio y se dirigió a una hilera de ficheros.

-Aquí lo tiene, padre Chris. Vea el nuevo evangelio con el que vivimos ahora los obispos. Eche una ojeada al aspecto de la nueva atención pastoral. -Con cada palabra, McGregor amontonaba papeles, documentos impresos electrónicamente e ilustraciones-. Vivimos dominados por encuestas, cuadros, diagramas, informes estadísticos y evaluaciones financieras. Se elaboran perfiles sicosexuales y curvas de abuso de las drogas y del alcohol. Cuadros analíticos y diagramas de todos los males sociales que pueda imaginar. Recibimos esta información todos los días de las juntas litúrgicas. De las juntas sacramentales. De las juntas de mujeres, juntas de niños, juntas medioambientales, juntas demográficas y juntas de política económica. La recibimos de juntas a nivel parroquial, nivel diocesano y nivel archidiocesano, así como de las conferencias episcopales regionales y de la nacional. En realidad, recibimos tanta porquería y nuestras mentes están tan saturadas de la misma, que acaba por cambiar la forma en que uno piensa.

»Usted ha venido aquí en busca de la verdad, Chris -dijo McGregor, después de separarse por fin

de los ficheros-. Y en mi opinión la verdad es que la vida, el pensamiento y la propia fe se están digitalizando. Seguimos todos la misma infovía, del mismo modo en que los buscadores de oro se precipitaron sobre Sutter's Mill. Pero ahora no es el oro la gran atracción. Incluso los mejores obispos que conozco avanzan por la autopista estimulados por una palabra que brilla y resplandece en todas su facetas. Digital. La información de la que dependemos para el funcionamiento de nuestras diócesis y parroquias, procede de una red informática que lo mezcla todo en un solo modo. La religión, así como la moral basada en la misma, se están reduciendo a una retahíla interminable de ceros y unos. Y algo en dicho proceso, o tal vez en la forma de utilizarlo, despoja los hechos de su significado sobrenatural, del mismo modo en que el maíz de Kansas se separa de los zuros.

»Esa sola palabra, digital, es como uno de esos virus informáticos que se desplazan por el mundo a la velocidad de la luz, borrando almacenes enteros de información. Sólo que ese virus elimina todo el vocabulario de la fe. Transforma el catolicismo, de religión que debe adherirse a la verdad o morir, en una cultura que debe cambiar con el mundo o quedarse marginada.

Amigo de confianza o no de la familia, Chris tuvo la impresión de que McGregor iba demasiado lejos. Una cosa era decir que el criterio profesional de los obispos había cambiado, cosa que podía ver por sí mismo, pero parecía una exageración atribuirle la culpa al lenguaje informático.

-Puede que tenga razón -dijo McGregor, que cogió unos documentos de un montón que tenía delante-. Pero los mismos términos aparecen en todas las conversaciones que mantengo actualmente con mis hermanos obispos. Y todos proceden de este nuevo credo.

-¿Por ejemplo?

McGregor recitó una lista de vocabulario, que dejó a Christian pasmado.

-Resurgimiento ecuménico. Renovación social. Igualdad genérica. Informatización bíblica. Facilitadores sociales. Facilitadores catequísticos. Facilitadores litúrgicos. Desarrollo pastoral programático. Fuerzas de asalto. Equipos ministeriales. Solución de problemas. Curación comunitaria. Inculturación. Oración horizontal. Educación de base productiva. Realidad virtual. Ministerio colaborador. Concepto de habilidad. Planificación estratégica. He aquí el vocabulario actual de la fe en Estados Unidos, mi joven amigo -dijo McGregor, sin prestar atención al intercomunicador que sonaba a su espalda-. Parece complejo, pero en realidad es un vocabulario increíblemente primitivo. Es un vocabulario que trata sólo de imágenes materiales. Y no existen imágenes materiales para expresar la dimensión inmaterial de la vida. Cuanto más piensa uno en dichos términos, menos capaz es de pensar en términos sobrenaturales como bases fundamentales de todo lo demás. A decir verdad, llega a ser imposible pensar en términos de realidad sobrenatural. Si las palabras quedan reducidas sólo a imágenes y todo se convierte en material, ¿cómo es posible pensar en términos del amor de Dios a quien nadie ha visto? ¿Cómo es posible pensar en la encarnación, el sacrificio, la resurrección y la ascensión del hijo de Dios?

»No, Chris. En este nuevo vocabulario de la fe, todo empieza a escabullirse y a flotar en el ciberespacio.

»Es imposible tratar de las revelaciones de Jesucristo sobre la Trinidad. Imposible pensar en términos del don sobrenatural llamado gracia. En términos de humildad y pureza. En términos de obediencia, castidad, caridad y santidad. En términos del sufrimiento y abnegación de Jesucristo en la cruz, como modelo divino de confianza en Dios. En términos de caridad como rostro humano del amor divino y por consiguiente perfecto. Al final resulta imposible hablar en términos del bien y del mal, en términos de pecado y arrepentimiento. Todo eso procede del antiguo diccionario de nuestra fe.

»Y eso, padre Chris, nos coloca cara a cara ante las respuestas a por las que ha venido. Cara a cara ante la corrupción. Cuando todo está dicho y hecho, Cuando todas las interminables capas de dureza, riqueza y sutileza comprendidas en las revelaciones divinas han sido eliminadas y sustituidas por los ceros y los unos de la nueva mentalidad digital, los obispos nos enfrentamos a un problema sobre las enseñanzas constantes y las actitudes morales de la Iglesia, que siempre se han basado en dichas revelaciones.

»Usted sabe muy bien que incluso la presencia real de Jesucristo en la eucaristía está desapareciendo rápidamente del credo cotidiano. La concepción inmaculada de la Virgen es un problema. Los ángeles y los santos producen vergüenza ajena. La autoridad infalible del papa es intolerable. El propio cielo, la idea de poder participar en la vida de un Dios al que nadie ha visto, se

trata como mito cultural. Pueden estudiarse el infierno y el purgatorio en cursos de cultura comparativa. Pero no es práctico vivir, incluso a nivel sexual, como si importaran, como si el pecado fuera tan real como, por ejemplo, la realidad virtual.

Christian guardó un largo rato de silencio. Tal vez para limpiar su mente de toda aquella jerga de alta tecnología, empezó a pensar en términos del antiguo diccionario de la fe. Empezó a musitar en voz alta el relato de Lucas, sobre los dos discípulos que lo habían seguido hasta Emaús precisamente el día de la resurrección de Jesucristo. De la forma en que, sumergidos en su propia visión precipitada de los acontecimientos, no alcanzaron a reconocer al Señor resucitado, incluso cuando se puso a caminar junto a ellos.

-Puede que los obispos de hoy sean un poco como ellos -sugirió-. Tal vez estén cegados por su propia idea de que debería haber alguna manifestación gloriosa y palpable de su fe. Tal vez...

-No lo creo -interrumpió de pronto McGregor-. Los obispos no están preocupados ni decepcionados. Si la única función de Dios es la de ser paciente y perdonar, si no existen el cielo ni el infierno, si el único pecado consiste por ejemplo en destruir la capa de ozono, o en contribuir a la sobrepoblación del planeta, entonces todo avanza en la dirección correcta. El problema es que si uno piensa de ese modo, ha dejado de ser católico. Si uno piensa de ese modo, ha sido afectado ya por un oscurecimiento del intelecto. Y puesto que ésta es la obra más ingeniosa de Satán, porque el oscurecimiento del intelecto es siempre demoníaco, es la más oscura de las oscuridades.

»Si piensa de ese modo, está dispuesto a abandonar las enseñanzas de todos los grandes teólogos: Pedro, Pablo, Juan, Agustín, Tomás de Aquino y todos los demás. De Jerusalén al Concilio Vaticano Primero, ninguno de los grandes concilios de la Iglesia tiene el menor significado. Pasa a ser perfectamente aceptable sustituir el conocimiento de la fe por teorías de mecánica social. La vida se convierte en horizontal. Todo lo que importa está aquí y ahora. Y el resultado final es que uno abandona las esperanzas que antes albergaba. Estoy convencido de que cualquier día una junta u otra nos mandará una sustitución de la *Suma teológica* de santo Tomás de Aquino. Probablemente la titularán *Guía esencial del pastor sensible a una teología políticamente aceptable.* Y también probablemente llegará acompañada de un manual para indicarnos cómo buscar en Internet la información específica que necesitemos.

»Y permítame recordarle, Chris, que no hablamos del lapso momentáneo de un par de discípulos que buscan cobijo en Emaús. Hablamos de la deserción de naciones enteras, lanzadas a la velocidad de la luz por las autopistas de la información. Y puede que hablemos del propio papa eslavo. Del vicario de Jesucristo.

-¡Usted también no, excelencia! -exclamó Gladstone, con las manos en alto.

-No se precipite, amigo mío -dijo McGregor, mientras cogía un documento del escritorio que aún no había archivado-. Sé que está ocupado con sus investigaciones. Pero tómese el tiempo para leer esto. Es la copia de un mensaje del papa presentado en marzo en las Naciones Unidas por el cardenal Maestroianni. El texto es seglar hasta la médula. *Negociaciones,* lo titula su santidad. Y no podía haber elegido mejor título, ni mejor lugar donde presentado. Es como si declarara que la Iglesia carece de gracia, de sabiduría o de principios para ofrecer al mundo. Es como si no tuviera nada realmente católico que decir.

El timbre del intercomunicador, más insistente en esta ocasión, obligó a McGregor a consultar su reloj. La hora que se había reservado para aquella entrevista se estaba convirtiendo en dos. Sin embargo, cuando cruzaban juntos la cancillería, ninguno de ellos parecía dispuesto a concluir la conversación.

-Le he ofrecido las mejores respuestas que he podido sobre la corrupción, padre Chris. Ahora, me pregunto si puedo invertir los términos y plantearle a usted una incógnita.

-Pregunte lo que desee, excelencia.

-Puede que esta investigación que lleva a cabo sea algo bueno. ¿Pero por qué ha permitido el papa que el fraude llegara tan lejos? ¿Por qué ha dejado que durara tanto? ¿Por qué no lo cortó en su momento por la raíz? Y en el seno de tanta confusión, ¿por qué se sale de su camino para ofrecer a las naciones del mundo ese mensaje titulado *Negociaciones,* y muchos otros parecidos?

»En lo que a mí concierne, y a muchos otros como yo que estamos ahí aguantando el temporal, ésas son preguntas fundamentales. Y no encontrará las respuestas aquí en Hardcastle, en Kansas.

-¡Formula demasiadas preguntas, Silvio! -exclamó su eminencia de Centurycity, enojado por la interferencia de la línea-. Cuando accedí a admitir a Damien Slattery en esta archidiócesis hasta que pudiéramos librarnos de él, usted y Maestroianni me aseguraron que ya estaba acabado. Pero a mí me parece un peligroso entrometido.

El cardenal Aureatini controló su ira. No le gustaba que se dirigieran a él con tanta intimidad por el nombre de pila. Ni le gustaba que le buscara y molestara un cardenal a quien nada debía, cuando estaba junto al lecho de su madre enferma. No obstante, él y Centurycity tenían ciertos objetivos en común, y le había llegado la noticia de la repentina desaparición del padre Avonodor, poco después de la llegada de Slattery a Estados Unidos. Si otras cosas habían empezado a fallar, tal vez sería sensato oír lo peor. -¿Recuerda usted a Lotzinger, el pastor de Willowship?

Lo que Aureatini recordaba de Lotzinger era las muchas veces que su eminencia de Centurycity se había visto obligado a trasladarlo de parroquia para salvarle el pellejo, y los rumores públicos de abusos sexuales a menores que siempre le seguían. Recordaba también a una ex monja, una tal hermana Angela, que siempre aparecía como directora de las escuelas parroquiales de Lotzinger. Los abogados del cardenal siempre habían logrado proteger a Lotzinger. ¿Cuál era el problema?

-El problema, Silvio, es que el padre Keraly de Harding ha acudido a mí con las mismas quejas. Y también lo ha hecho el padre Tonkins de Roantree. Slattery ha estado husmeando por esas tres parroquias.

-Es curioso -dijo Aureatini, que empezaba a considerar la gravedad de la situación.

-Exactamente lo mismo que pienso yo, eminencia. Pero hay más. Parece que Slattery ha estado en contacto con un inspector de policía jubilado, llamado Sylvester Wodgila, que participó en la investigación del caso Scalabrini.

-Comprendo -suspiró el cardenal Aureatini-. ¿Alguna otra coincidencia?

-Tal vez. Por lo que he podido averiguar, de vez en cuando Slattery se sale de su camino para reunirse con otro hombre del Vaticano, que viaja sin cesar a lo largo y ancho de este país. ¿Ha oído hablar de un tal padre Christian Gladstone?

El cardenal italiano se encogió de hombros.

-No se preocupe. Gladstone es un perro de compañía y Maestroianni lo tiene sujeto. Está trabajando para nosotros en la cuestión del voto de criterio común.

-En tal caso -insistió el cardenal de Centurycity-, ¿qué vínculo existe entre Gladstone y Slattery?

-Se conocen del Angelicum, y Slattery probablemente necesita un amigo con quien tomar una copa -sugirió Aureatini-. Según mi experiencia, los estadounidenses de una clase financiera y social como la de Gladstone son siempre personas amables, incluso con idiotas como Slattery.

Maldito esnob, susurró para sus adentros el cardenal de Centurycity aprovechando la interferencia.

-Lo que usted diga, Silvio. Pero queda el problema del irlandés. Esas conferencias provida lo llevan a todas partes. Mi personal no puede dar un paso sin tropezarse con él. Nos simplificaría la vida si lográramos que firmara esos documentos de exclaustración. O, mejor aún, ¿no se le puede otorgar al padre Haneberry poder para expulsarlo de la orden?

Patán yanqui de mente obtusa, pensó Aureatini.

-Ojalá fuera tan simple, venerable hermano. Pero en este asunto está usted tratando con Roma. Como ex maestro general, Slattery tiene sus privilegios. Todavía debemos ser cautelosos con el sumo pontífice. Sería preferible que usted acelerara los acontecimientos en su país. Le facilitaría el trabajo a Haneberry, si hiciera buen uso de su posición como arzobispo. Llame a Slattery para ponerlo en su lugar. Amenácelo. Logre que se enfurezca. Oblíguelo a sacar su temperamento irlandés, como dicen ustedes.

Aureatini se rió de su propio chiste, pero al estadounidense no le hizo ninguna gracia. En efecto trataba con Roma y, como de costumbre, Roma no le prestaría ninguna ayuda. Al igual que con todo lo demás, él debería ocuparse de Damien Slattery y acabar con él como sacerdote.

-Doy las gracias a su eminencia por su sugerencia.

-No hay de qué, eminencia. ¿Para qué son los amigos?

En apariencia, nada impedía que Damien Slattery y Sylvester Wodgila aprovechasen las pistas que habían logrado sonsacarle al padre Oswald Avonodor. Era casi una cuestión de vigilancia, paciencia,

desplazamientos y cooperación voluntaria, en la interminable red de contactos que Wodgila había elaborado a lo largo de su vida en la policía de Centurycity.

Mientras el inspector se disponía a descubrir todo lo posible acerca del amigo de Avonodor en Vancouver, Slattery se concentraba en los tres conciliábulos de Willowship, Harding y Roantree. Al poco tiempo, con el marco de sus conferencias como tapadera y sus credenciales como amigo del inspector Wodgila, para ganarse la confianza de funcionarios del cuerpo mucho más allá de Centurycity, infinidad de pruebas anecdóticas empezaron a caer en manos de Damien como una tormenta de lluvia ácida.

Se le permitió acceder a las «cajas silenciadoras»; enormes ficheros en la mayoría de las comisarías, con información sobre hechos insidiosos que no habían progresado judicialmente por no haber vulnerado ningún derecho personal, ni haber descubierto ningún hecho propiamente delictivo. Llamado en más de una ocasión por autoridades frustradas de que los curas pedófilos detenidos no comparecieran ante los tribunales, oyó testimonios de primera mano de abuso de menores y sacrificio ritual satánico. Descubrió que ciertos abortistas hacían un buen negocio paralelo con el suministro de bebés todavía vivos pero legalmente inexistentes, para ser utilizados en los conciliábulos locales. Escuchó testimonios de tortura y desesperación, de cuerpos mutilados en los altares y huesos destruidos en incineradores portátiles, de gritos de almas que sufrían en su propio remordimiento.

Paralelo al crecimiento de su archivo, a Damien le llamó la atención un nombre que se repetía de manera sistemática. «Señor Efe» parecía ser un nombre tan común entre los curas pedófilos como seudónimo de Satán, que surgía repetidamente a lo largo y ancho del país.

Durante aquella terrible noche en Iowa, por ejemplo, y la confesión de un párroco herido de muerte en una colisión frontal contra un camión, cuando conducía en plena tormenta.

-Por todos los menores que hemos lastimado. Se lo ruego, padre... por todos los menores que hemos lastimado... perdóneme... se lo ruego, padre... los menores que hemos lastimado...

Los indicios eran claros, pero el tiempo breve. Slattery necesitaba sonsacarle algo más preciso.

-¿Ha servido a Satán?

-Como esclavo, padre… como esclavo... Al señor Efe... como esclavo... perdóneme, padre...

Arrodillado en la lluvia, iluminado por los faros de un coche de policía, Slattery absolvió al cura de sus pecados, le brindó consuelo y le mandó a la eternidad de Dios con contrición en sus labios y esperanza en su corazón.

A pesar del vasto y dramático testimonio que tenía en las manos, a mediados de junio Slattery no había encontrado todavía la forma de encajar las piezas.

Todo indicaba claramente que había montada una red de clérigos satanistas. A partir del momento en que Avonodor había confirmado la existencia de por lo menos tres conciliábulos en las inmediaciones de Centurycity, la lógica y su experiencia como exorcista sugerían que debía de existir una red más amplia de conciliábulos. Ésa, en realidad, era la razón por la que había interrogado a Avonodor sobre la capilla madre. Debía de haber una capilla, a partir de la cual se ramificaban todos los conciliábulos continentales. ¿Pero dónde estaba? Para encajar las piezas del rompecabezas y resolver el caso de la participación sistemática de clérigos en actividades rituales satanistas en Estados Unidos, necesitaba encontrar la capilla.

Sin embargo, por mucho que viajara, por muchas cajas silenciadoras que estudiara, o por muchas confesiones angustiadas que oyera, la única pista concerniente a la existencia de una capilla madre seguía siendo el canturreo delirante del padre Avonodor aquella noche en el motel.

-Una virgen vive en los caminos de la virginidad. Una virgen «virginiza» en los atajos de la virginidad...

Slattery se había encontrado antes con aquella forma de reacción programada. Mostraba todas las características de un mecanismo mediante el cual un poseído podía eludir la respuesta concreta a una pregunta del exorcista. Pero en algún lugar de aquel mecanismo había una pista, algún indicio de la respuesta a la pregunta formulada. En este caso, Slattery estaba convencido de que la clave radicaba en el uso repetitivo por parte de Avonodor de la palabra «virgen». No obstante, su significado esencial permanecía oculto.

A pesar de sentirse tan frustrado como Slattery, el consejo del inspector fue consecuente con su

mentalidad de policía. -Esperemos y trabajemos con las pistas claras que tenemos -instó Wodgila-. Si seguimos meticulosamente las pistas que descubrimos, daremos con la respuesta.

Sin embargo, Slattery empezaba a sentirse incómodo con el poco tiempo que le quedaba. En otras seis semanas a lo sumo, debería concentrar toda su energía para elaborar un informe detallado e irrevocable, suficientemente convincente para instar al papa eslavo a tomar medidas rápidas y decisivas.

Puesto que el padre Avonodor no había emergido de su crisis, no existía la posibilidad de someterlo a un nuevo interrogatorio. Pero podía recurrir al doctor Joseph Paly. Tal vez él fuera capaz de comunicarse con Avonodor, como ni Slattery ni Wodgila podían hacerlo.

-No puedo acompañarlo, padre Damien -se disculpó Sylvester, cuando Slattery le propuso la idea por teléfono-. Por fin he encontrado algunas pistas aquí en Vancouver y no me gustaría perderlas. Pero llamaré a Paly al hospital y le pediré que le reciba con orden prioritario.

El problema con el plan de Slattery era que el doctor Paly no estaba muy seguro de lo que tenía entre manos, en el caso de Avonodor. Quedó absorto por el enigma de «la virgen en los atajos». Coincidió en que Avonodor había sido programado de forma que ciertas palabras, en este caso «capilla madre», actuaran como detonante del delirio que se había apoderado repentinamente de él. Pero Paly dijo que el problema radicaba en la naturaleza de la programación. Hasta que la comprendiera mejor, no podía hacer nada al respecto.

Eso era interesante, pensó Slattery.

-Puede que esté pensando en la formación de Avonodor en las fuerzas especiales, doctor. Pero yo he visto la misma reacción en personas poseídas, y en este caso hablamos de un hombre que ha estado profundamente vinculado a actividades satanistas organizadas. En ambos casos interviene el control mental. Y en ambos casos el padre Avonodor podría ser desprogramado. Análisis profundo es el término utilizado, según tengo entendido.

Paly se mostró reticente a extenderse sobre la programación sicológica que se llevaba a cabo de forma voluntaria en el ejército, pero reconoció que aquél era el quid de la cuestión.

-Es algo repugnante. Se guarda un silencio sepulcral sobre ese tema. Acabaremos por conseguir el historial de Avonodor. Pero incluso cuando conozcamos los detalles, puede que tengamos problemas para aplicarle un análisis profundo. Cualquier intento de superar la programación militar podría desencadenar una reacción mucho peor al delirio que ha presenciado. Podríamos perderlo.

-No soy médico, doctor Paly, pero sé bastante acerca de la posesión y del exorcismo. Sé que cualquier forma de programación sicológica, incluso aquella a la que uno se halla sometido voluntariamente, puede constituir los medios involuntarios de abrirse a la posesión demoníaca. Dada la posibilidad de que el servicio de Avonodor en las fuerzas especiales incluyera dicha programación, y dada la certeza de su actividad satanista, es lógico suponer que nos enfrentamos simultáneamente a ambos problemas.

-Podría estar usted en lo cierto -asintió Paly-. Pero en todo caso, no le sirve de gran ayuda. Es decir, no creo que en un futuro próximo el padre Avonodor nos facilite la clave del enigma «la virgen en los atajos».

-Supongo que lo retendrá aquí. De lo contrario, la vida de Avonodor podría correr peligro.

-Eso me ha dicho Sylvester -respondió, compasivo, el doctor Paly, cuando acompañaba a Slattery al ascensor del hospital-. En un caso tan complejo como éste, creo que puede transcurrir bastante tiempo antes de encontrar alguna solución. Incluso puede que necesitemos a un exorcista para resolverlo -agregó, sin bromear-. Avíseme si busca trabajo, padre Damien.

A finales de aquella semana, Slattery regresó a su mazmorra en Centurycity y escuchó los mensajes grabados en su contestador automático. Había una llamada de cortesía de Gladstone, a la que respondió. Varias solicitudes de conferencias, de las que debería ocuparse. La voz contundente del padre provincial George Haneberry le ordenaba presentarse en la cancillería, para reunirse con su eminencia de Centurycity a las cuatro en punto de la tarde del día siguiente. Y la voz emocionada de Sylvester Wodgila, de regreso antes de lo previsto, le sugería que cenara con él cuanto antes.

Aunque a Martha Wodgila le encantó el descomunal apetito de Slattery, había sido esposa de un

policía el tiempo suficiente para saber que aquélla no sería una velada de charla superficial.

-¿Qué le ha impulsado a regresar con tanta prisa? -preguntó Slattery después de cenar, cuando se dirigían ambos a la sala de estar-. ¿Qué ha descubierto?

-¡Todo! ¡Me ha tocado el gordo!

-¿En Vancouver? ¿La capilla madre está en Vancouver?

-No -respondió Wodgila, mientras elegía una pipa de su colección-. Vancouver está en otra liga. La seguridad allí es la más impenetrable con la que me he encontrado, pero mis fuentes lo califican de centro organizador del satanismo internacional. Sin embargo, la pista que logramos descubrir allí conduce a un grupo hermético de Carolina del Sur. Al igual que en Vancouver, su seguridad es muy rígida, pero es indudablemente la capilla madre que hemos estado buscando, y le parecerán increíbles los nombres que figuran en sus archivos.

-¿Ha penetrado en sus ficheros, Sylvester?

-No exactamente -respondió Wodgila, que disfrutaba del momento-. Pero he descubierto la respuesta a nuestro enigma de la «virgen en los atajos». Y tenía usted razón, padre. Es la clave que necesitábamos.

Cuando sus esfuerzos para acceder al actual encargado de la capilla de Carolina del Sur no fructificaron, Wodgila empezó a buscar clérigos jubilados o trasladados a otra zona, con la esperanza de encontrar a alguno dispuesto a hablar.

-La persona más lógica parecía el arzobispo James Russeton. Obispo Leo, como todos lo llamaban. Había ejercido en Carolina del Sur durante varias décadas, antes de jubilarse en el hermoso estado de Virginia -dijo Wodgila, antes de hacer una pausa a la espera de que Damien asimilara la información que acababa de recibir.

-¡Claro está! -exclamó Slattery, asombrado de pronto por la claridad del enigma-. Avonodor no podía revelar la ubicación de la capilla madre en Carolina del Sur, pero tampoco pudo evitar facilitar cierta pista. «Una virgen en los atajos de la virginidad.» Si me está diciendo que el obispo Leo formaba parte de la capilla madre y Avonodor lo sabía, la solución del enigma es evidente. Basta sustituir «virginidad» por «Virginia» y encaja perfectamente.

Con la emoción del momento, a Slattery casi le pasó inadvertido el uso del pasado en los comentarios de Wodgila. ¿Había fallecido Russeton?

-Hablando de sincronización -asintió el inspector-, introducían su cadáver en el coche funerario cuando llegué en mi coche. Pero logré echarle una ojeada.

-¿Causas naturales?

-Mis amigos de Virginia mandarán por fax el informe del forense cuando esté listo -asintió Wodgila-, pero eso parecía. Vivía en una espléndida casa de una urbanización llamada «Fantasía Foundation». ¿No le parece insuperable?

»En todo caso, su apodo le caía como anillo al dedo. Tenía una melena leonina de cabello canoso. Me recordó aquel pasaje de las cartas de san Pedro, en las que compara a Satán con un león al acecho de su presa. Altura superior a la media. Apuesto, a excepción de la expresión paralizada en su rostro. Una mezcla de enojo y confusión, como si en el último momento hubiera visto inesperadamente a alguien odioso.

»Cuando llamé a uno de mis contactos en aquella zona y le expliqué lo que buscaba, me invitaron a formar parte de un equipo especial destinado a registrar la casa del obispo. Y resultó que Leo era un hombre ordenado. Uno de esos que dejan constancia de lo que se sienten más orgullosos.

La palabra meticulosidad no bastaba para describir el contenido de las cajas que Wodgila había encontrado en un armario cerrado con llave. Los documentos cuyas copias había traído de Virginia lo revelaban todo, incluida la estructura de la capilla madre y su frecuente relación con sus capillas correspondientes a lo largo y ancho del país.

A pesar de ser ambos hombres endurecidos, fue difícil y desalentador comprobar hasta qué nivel los elementos más superficiales, aterradores y exigentes del mal habían penetrado en la Iglesia católica estadounidense. Examinaron juntos documentos de inducción y listas de miembros meticulosamente detallados, así como fichas que se remontaban a varias décadas, donde figuraban los nombres reales junto a los adoptados por los pertenecientes a la capilla madre. Russeton se había preocupado en especial de emular a la inversa la vida religiosa. Del mismo modo en que la Iglesia conservaba

constancia oficial de los muchos sacerdotes, frailes y monjas que adoptaban nombres de santos o ángeles, el obispo Leo había conservado su propio fichero de los miembros destacados de su capilla.

A pesar de lo importante de dicha lista, Wodgila disponía aún de más información para Damien. Le mostró innumerables datos fechados de misas negras, acompañados de fotografías de sacrificios humanos y animales, suficientemente desmoralizantes para traumatizar la mente y trastornar la razón.

Pero todavía no había visto lo peor, declaró Wodgila, mientras le mostraba una por una las fotografías.

-Al principio creí haber perdido el juicio al ver estas fotografías. Pero cuando examiné los ficheros oficiales, comprendí que no había ningún error. Al inicio de su carrera, cuando era monseñor, su eminencia de Centurycity ocupó el cargo de canciller del obispo Leo...

-No... -exclamó Slattery, con acidez en la voz y una profunda melancolía en el alma-. No hay ningún error.

El rostro era más joven, pero aquella cara con gafas era inconfundiblemente la del cardenal. Ahí estaba, ataviado sólo con una túnica abierta. En algunas instantáneas precedía al obispo Leo en una solemne burla de las procesiones eclesiásticas, con una vela negra en la mano. En otras extendía la mano hacia el pentagrama situado sobre el altar, o estaba de pie frente al atril entre las columnas negra y roja. En el resto estaba sumido en elementos de la ceremonia tan repugnantes, bestiales y sacrílegos, que Damien tuvo que hacer un esfuerzo para mirarlas.

Pero ni siquiera eso era todo. Wodgila le mostró a Slattery montones de cartas y circulares que había encontrado en una caja fuerte subterránea en el sótano de la casa de Russeton. Esa colección de documentos, declaró el inspector, constituía la prueba irrefutable de que la actividad satanista clerical en Estados Unidos era algo muy organizado, como lo aseguraba persistentemente Slattery. La mayoría de aquellos documentos, más que comunicaciones normales, parecían mensajes crípticos o taquigráficos. No obstante, a pesar de las dificultades para descifrarlos, no cabía duda de que aquéllas eran las fichas del obispo Leo, de las numerosas ceremonias celebradas en su capilla madre, con sus capillas correspondientes. Con la ayuda de algunos amigos criptólogos, Wodgila confiaba en descubrir los nombres y ubicación de dichas capillas.

Mientras Slattery examinaba aquel grotesco tesoro informativo, encontró una serie de circulares mucho más crípticas que todos los demás documentos. Por lo que Damien era capaz de deducir, estaban fechadas en 1963. Pero eran particularmente importantes, en cuanto a que parecían incluir un vínculo directo con Roma.

-¿Qué opina de esto, Sylvester? -preguntó Damien al mostrarle los documentos en cuestión.

-Hay algo curioso respecto a estos papeles -respondió Wodgila, que los reconoció inmediatamente-. Los encontramos en una caja ornamentada, separados de los demás documentos, como si fueran particularmente importantes para Russeton. Pero no he podido descubrir qué sentido tienen.

-Ya somos dos -dijo Slattery mientras miraba los documentos con los párpados entornados y leía en voz alta las pocas palabras que era capaz de descifrar, con la esperanza de encontrarles algún sentido-. Llamada a Pol. Diez en punto hora romana... llamada a Sek -aparecía en un mismo papel-. S Pablo... línea abierta... -leyó en la página siguiente-. Sincronismo de comienzos... Ascenso -se repetía en numerosas anotaciones, generalmente subrayado, al igual que-: Ajuste seguro.

Cuando ambos estaban demasiado agotados para proseguir con el examen de los documentos, empezaron a guardarlos en sus cajas. Con el realismo que le caracterizaba, Wodgila empezó a hablar de su nueva comprensión de lo que le había sucedido.

-Dadas estas pruebas -musitó-, no es sorprendente que me retiraran del caso Scalabrini, o que su eminencia concediera su beneplácito a mi jubilación prematura.

-Considerando lo que le sucedió a Scalabrini -agregó Slattery, a guisa de dudoso consuelo-, tuvo usted suerte de que su eminencia se contentara con su jubilación.

Sylvester guardó la última caja en el armario y sirvió dos copas de brandy.

-Desde mi regreso de Virginia, he pensado mucho en aquella fotografía que le mostramos al padre Avonodor, en la que aparecen su eminencia y los demás en aquella boda homosexual.

-¿Qué tiene de particular?

-Tiene de particular el vínculo -respondió el inspector-. Su eminencia parece ser un vínculo. Un funcionario en una red más amplia de lo que nosotros esperábamos encontrar.

A las cuatro en punto de la tarde, mientras seguía a un joven y silencioso sacerdote por los pasillos de la cancillería de Centurycity y se sentaba en una pequeña antesala junto al estudio del cardenal, Damien Slattery penetraba en las primeras etapas de una inimaginable pesadilla.

Slattery se puso de pie cuando su eminencia apareció con un compañero. El visitante, alemán a juzgar por su acento, seguía inmerso en su conversación con el cardenal cuando volvió la cabeza para observar momentáneamente a Slattery a través de sus gafas de montura de acero. El cardenal pareció no percatarse siquiera de la presencia de Slattery. Después de cruzar la antesala en compañía de su visitante, regresó a su estudio sin el menor indicio de haberlo visto.

Eran más de las cuatro y media cuando apareció un portero y gesticuló en dirección a Slattery. Su eminencia lo recibiría en aquel momento. Pero incluso en el interior del estudio se prolongó aquel silencio parecido a un sueño, mientras el cardenal, sin manifestar en modo alguno que fuera consciente de su presencia, examinaba un montón de documentos. Sólo cuando se unió a ellos un tercer hombre, su eminencia levantó por fin la cabeza.

-Padre Slattery, el obispo Goodenough aquí presente me comunica que se ha dedicado usted a visitar parroquias en esta archidiócesis...

Las palabras del cardenal llegaban a Damien como desde la lejanía. Miraba a su eminencia a los ojos, pero lo que veía al recordar aquellas horribles fotografías era al joven monseñor con una vela negra en la procesión, al joven monseñor que acariciaba el pentagrama, al joven monseñor frente al atril entre las infernales columnas negra y roja, al joven monseñor cometiendo un sacrilegio indescriptible en el altar...

-¿Con qué autoridad se toma usted esas libertades, padre Slattery...?

Todos los nervios y los músculos del robusto cuerpo de Damien estaban en tensión, con el esfuerzo que realizaba para no perder el control. Se repetía en silencio las instrucciones de Giustino Lucadamo, como un mantra: «Independientemente de lo que descubra, no se enfrente nunca a las autoridades eclesiásticas...»

-¿No tiene nada que decir? -preguntó su eminencia, mientras le dirigía al obispo Goodenough una mirada de frustración.

El consejo de Aureatini no funcionaba. No era tan fácil desatar el furor irlandés de aquel hombre después de todo.

-No se enfrente nunca a las autoridades eclesiásticas... -repetía para sí Damien entre dientes-. No amenace nunca su capacidad oficial... Están amparados por el Derecho Canónico...

-¡Le habla su eminencia, Slattery!

Ante el reto del obispo Goodenough, Damien volvió la cabeza para mirar a aquel voluminoso individuo con su papada. Pudiera ser que el rango de cardenal lo convirtiera en inaccesible. ¡Pero Goodenough era la tentación personificada! Obispo o no, no era más que un esbirro, un provocador. Y casi tan corpulento como el propio Slattery. Suficientemente corpulento para propinarle un par de puñetazos en aquellos pequeños ojos calculadores y sobrevivir...

-¡Padre Slattery! -exclamó su eminencia casi al borde de su paciencia, trastornado ahora por el silencio de aquel fraile dominico-. No tengo tiempo para estos juegos. No debe hacer más visitas a ninguna dependencia ni propiedad de esta archidiócesis sin mi permiso explícito. ¿Me explico con claridad?

De pronto la confusión del cardenal dio paso a un pánico inexplicable. ¿Había algún misterio relacionado con aquel irlandés? ¿O estaba a punto de agredirlos físicamente? Al parecer Goodenough tuvo la misma sensación, porque miró nervioso hacia la puerta como para salir corriendo.

-¡No! -exclamó a su vez Slattery con una mano en alto-. ¡No se marche, excelencia!

Después de su prolongado silencio, ambos parecían alarmados por la voz de Damien, que los amedrentó como si hubiera chasqueado un látigo sobre sus cabezas. Slattery miró desde su enorme altura al cardenal atrapado en su silla.

-Eminencia -dijo cual ángel vengador que entregara una promesa personal de justicia-, dispone sólo de un tiempo breve para arrepentirse.

-¡Ese individuo es un peligro! -dijo el cardenal por teléfono cuando hablaba con el padre

provincial George Haneberry, presa de un miedo que nunca había sentido hasta entonces, miedo de una amenaza indescriptible encarnada en Damien Slattery-. Pregúnteselo al obispo Goodenough. Está aquí conmigo. ¡Le jurará que Slattery nos ha amenazado a ambos!

-Pero eminencia, las órdenes de Aureatini eran claras. Debemos esperar...

-¡Al diablo con Aureatini! Ese payaso casi nos asesina. Se lo confirmaré en menos de una hora con una declaración jurada. Debemos deshacemos de él. No la próxima semana ni el próximo año, sino ¡ahora!

En menos de una hora, el cardenal le mandaba una declaración jurada a Haneberry para confirmar la agresión física de Slattery contra el obispo Goodenough, que calificaba de violación técnica del Derecho Canónico, intolerable en la jurisdicción archidiocesana de Centurycity.

Damien Slattery se sentía cualquier cosa menos un ángel vengador.

Caminaba desde hacía horas por las calles de Centurycity, sumido en un aislamiento tan triste que su alma parecía sepultada en la oscuridad, en busca de cierto equilibrio entre las cosas normales de esta vida. Sin embargo, en su lugar, implacables signos de crueldad diabólica le acechaban por doquier. Veía miedo en las caras de los hombres y de las mujeres que se apresuraban para llegar a sus casas antes de que oscureciera, veía desesperación en los rostros de los mendigos, condenados a pasar la noche en los portales de bancos y casas de inversión, veía ausencia de amor en las caras de las prostitutas que estaban en las esquinas y lujuria en la mirada de los hombres que las acechaban, veía adictos en busca de una dosis, dispuestos a matar por un dólar o diez centavos para conseguirla. En su estado de ánimo, el conjunto de Centurycity le parecía un río torrencial que se precipitaba hacia los abismos de la maldición y lo arrastraba todo consigo.

El aullido de una sirena desencadenó en su mente un torbellino de recuerdos demasiado vivos. Poderosas imágenes de las cosas más oscuras que había descubierto allí acosaban sus sentidos. Oyó a aquel sacerdote aterrado, aquel moribundo esclavo del señor Efe, que suplicaba por su alma en la calzada empapada de agua de una autopista de Iowa. Oyó todos los relatos que había escuchado de conciliábulos organizados por sacerdotes y monjas. Vio las indescriptibles fotografías que Wodgila había traído de Virginia. Todo pasó por su mente como proyectado por un calidoscopio demoníaco, y expuesto ante él como una alfombra de locura y violencia que dirigía sus pasos directamente al infierno.

Pasaba de la medianoche cuando, presa todavía del ataque diabólico y agotado, Slattery llegó al monasterio de la Casa de los Santos Ángeles. Se dirigía a la escalera que conducía a su antro en el sótano, con la esperanza de dedicar un par de horas al reposo que tanto necesitaba, cuando oyó carcajadas procedentes de una pequeña cocina al fondo del edificio. Aturdidos y silenciosos ante aquel enorme personaje con atuendo clerical negro, que los miraba desde el umbral de la puerta, a cuatro individuos con túnicas de terciopelo casi se les atragantaron los molletes y la leche. Dos de ellos, de menos de veinte años, eran desconocidos, pero Slattery reconoció a los otros dos como miembros de la comunidad.

-Maldita sea, muchachos... -exclamó uno de los visitantes y se puso inmediatamente de pie.

Todos sabían que la situación era inequívoca.

Damien los miró uno por uno en silencio. Su estupor era indescriptible. Cada rostro esculpido en su mente aumentó la intensidad de la pesadilla demoníaca que estaba viviendo. Con susurros y risitas a su espalda, se retiró del umbral y casi se tambaleó por la escalera que llevaba hacia el sótano. El hedor habitual de las duchas le revolvió el estómago, pero logró llegar a su habitación y cerró la puerta al mundo.

Permaneció inmóvil como una estatua al borde de la cama durante mucho rato, hasta percatarse de la presencia de un sobre introducido por debajo de la puerta durante su ausencia. Por fin distinguió el conocido escudo del maestro general en Roma. Se agachó como en sueños, levantó el sobre y leyó su contenido. Los documentos de su interior impulsaron su mente al borde del abismo.

El primero de dichos documentos, firmado el mes de marzo en Roma por el maestro general de la orden, y refrendado aquel mismo día en Centurycity por el padre provincial George Haneberry, convertía en una burla la vida dominica. «Por la armonía de la orden y el bien de su propia alma -había escrito el maestro general McGinty-, consideramos aconsejable que pase cierto período de tiempo

excluido del claustro religioso. Después de un período probatorio no inferior a los seis meses, ni superior al año, consideraremos de nuevo las circunstancias de su vida. Nos unimos a usted con nuestras plegarias al Espíritu Santo, para encontrar juntos la voluntad de Dios respecto a usted.»

Puesto que dicha carta de exclaustración no podía presentarse sin causa, se había agregado un segundo documento como justificante. Éste, firmado por su eminencia de Centurycity y refrendado por el obispo Ralph Goodenough, era una burla del Derecho Canónico. Redactado evidentemente después de su reunión con el cardenal, acusaba a Slattery de una conducta más propia de una taberna que de una cancillería.

Damien examinó de nuevo las fechas de ambos documentos y los dejó sobre la mesa. Hasta el menor detalle del futuro proyectado para él por sus «hermanos en Cristo» desfiló ante el ojo de su mente. No era sólo extranjero en Estados Unidos, sino extranjero en la orden dominica. Pretendían abandonarlo a la deriva fuera de cualquier muro acogedor. Podría buscar a algún obispo benigno, dispuesto a aceptarlo como sacerdote en su diócesis. Podría intentar justificar cartas inexplicables como la adjunta a su orden de exclaustración, cartas difamatorias que advertían a todo el mundo que se cuidaran de aquel hombre problemático, de aquel bicho temperamental. Por el bien de la Iglesia, sería rechazado punta en blanco hasta que, sin lograr que ningún obispo lo aceptara, se promulgara inevitablemente el decreto de expulsión. Sería desposeído de sus hábitos, despojado de la textura más elemental de su vida, y se le ordenaría defenderse como mejor pudiera en calidad de laico.

En un sentido muy real, sólo la convicción de que, independientemente del mal que descubriera, estaba seguro en su base de operaciones le había permitido a Damien proseguir de un horrible descubrimiento a otro. Se sentía seguro en su dedicación al servicio papal. Seguro sobre todo en su vocación sacerdotal como dominico. Pero ahora, su eminencia de Centurycity había convertido el terreno sólido que pisaba en un sumidero.

De manera simultánea, Damien se quejó en voz alta de su desgracia y, con un enorme esfuerzo de voluntad, se dejó caer de rodillas frente al crucifijo que colgaba sobre su cama. Con el rostro escondido entre sus manos, rezó al Señor crucificado de quien era sacerdote. Pidió fuerzas, luz, ayuda. Pidió que el amor que había presenciado su debilidad le otorgara valor. Vació la violencia de su sufrimiento en la sagrada pasión que Dios había padecido en el calvario, y padecía todavía en el altar, por la salvación de todos los que acudían a Él.

Todavía inmóvil bajo la figura sangrienta de su Salvador, Damien recibió en cierto momento la primera respuesta a sus peticiones. Bastó una pequeña charla con Dios. Experimentar la sensación de vergüenza y angustia amarga al paladar pero esencial para el alma. Después de tanta desgracia como había presenciado en aquellas tierras, ¿había olvidado que existía un dolor como el que ahora experimentaba? ¿O que las lágrimas podían afligir como lo hacían ahora? ¿Cómo había esperado siquiera un momento para unir su insignificante sufrimiento, así como todo el sufrimiento que había encontrado, a la pasión sagrada que Jesucristo había padecido por su salvación?

Poco a poco, conforme despojaba cada uno de sus sentidos de aquel manto demoníaco de ira, conforme crecían en su alma la contrición y la confianza, las plegarias de Damien parecían elevarse con mayor facilidad al cielo. Ajeno al transcurso de las horas, impasible ante su fatiga, por fin supo lo que debía pedir.

-Querido Jesús... -dijo ahora con otra pasión-, crucifica mi autocompasión y la búsqueda de mí mismo... Dame fuerza para las dificultades que se avecinan... En la ola de violencia, crueldad y abandono de Cristo que asola esta tierra, en esta tierra plagada de víctimas donde el sufrimiento es sin embargo tan estéril, convierte mi sufrimiento en un crisol de purificación...

Slattery reaccionó al oír el son de campanas lejanas. ¿Era ya de mañana...? No era propio del rector del Angelicum en Roma llegar tarde a misa, o mantener esperando a su santidad... Todavía de rodillas y completamente vestido, Damien abrió los ojos. No estaba en el Angelicum de Roma. El papa no lo esperaba. No eran unas dulces campanas lo que doblaba. Estaba en la Casa de los Santos Ángeles de Centurycity y era el timbre del teléfono lo que sonaba en sus oídos.

-¡Damien! ¡Damien! ¿Está ahí? Despierte, hombre. Son más de las seis. Hay almas para salvar y gracias para obtener.

Slattery nunca se había sentido tan feliz de oír la voz de Christian Gladstone.

-Sólo hay una cosa peor que un charlatán irlandés a las seis de la mañana, Gladstone, ¡un teólogo charlatán romano!

-Es culpa suya. -y Chris rió-. Recibí su mensaje cuando llegué tarde anoche. En realidad, me ha hecho pensar. ¿Qué le parecería venir a pasar unos días a «La casa azotada por el viento»? Mi madre y mi hermana van de viaje a Irlanda, y Beulah Thompson cocinará sólo para nosotros. Además, hay mucho que contar para ponernos al día.

-¡No sabe ni la mitad, muchacho! -dijo Slattery, mientras hacía una mueca por el dolor de sus piernas entumecidas al ponerse de pie y al ver de nuevo el documento de exclaustración, a la espera inevitable de su firma-. Quedan por atar algunos cabos sueltos, pero creo que podré marcharme de aquí en uno o dos días.

Chris decidió que su noticia más urgente no podía esperar tanto.

-Una cosa, Damien. Hace pocos minutos ha llamado el padre Aldo desde Barcelona. El comunicado público tardará todavía un poco. Pero el doctor Fanarote ha decidido someter a su santidad a una operación quirúrgica.

-¿Es grave? -preguntó Damien sobresaltado.

-No lo sabrán con seguridad hasta que esté en el quirófano. Pero el mensaje para nosotros, según Camesecca, es que el Santo Padre espera de nosotros nuestras mejores plegarias y el mejor trabajo de nuestras vidas, y que confía en vernos en octubre.

-Amén a todo, Christian -respondió Slattery, cuya única ambición ahora era la de conservar su integridad el tiempo suficiente para terminar el trabajo que le había encargado el vicario de Jesucristo y regresar a Roma-. ¡Amén a todo!

TREINTA Y OCHO

Mucho antes de que se anunciara públicamente que el Santo Padre ingresaría en el hospital Gemelli para ser sometido a una intervención quirúrgica, empezaron a circular un sinfín de rumores y especulaciones por la cancillería vaticana como una plaga de gripe veraniega que infectaron a todos los protagonistas principales del pontificado del papa eslavo.

Cosimo Maestroianni fue uno de los primeros en conocer la noticia, y lo primero que se le ocurrió fue llamar a Cyrus Benthoek.

-¡Puede que no necesitemos el voto de criterio común después de todo, Cyrus! Se rumorea que el Santo Padre está carcomido por un cáncer y el único propósito de la intervención es descubrir cuánto le queda de vida.

-No se ilusione con las posibilidades -respondió con mayor serenidad Benthoek-. No podemos permitirnos el lujo de basarnos en suposiciones. Debemos recordar en todo momento que nuestra agenda está sincronizada con el proceso. No hemos de permitir que nos distraigan los rumores. Trabajemos en base a una realidad más amplia.

La realidad en este caso centraba la mente de Benthoek con mayor urgencia que nunca, en la necesidad de conseguir el espectáculo público del voto de criterio común. Incluso en el supuesto de que la salud del papa decidiera la cuestión de su dimisión, dijo Cyrus, el voto común aclararía la clase de papa que los obispos consideraban necesario para la unidad, la clase de papa que los obispos aceptarían como líder. Actuaría como poderoso persuasivo en el próximo cónclave papal.

-A decir verdad, eminencia, recibiría esta noticia con mucha más alegría, si supiera que en este momento estaba ya listo para el voto de criterio común. Con ello, más la creación de un instrumento legal para la dimisión del papa, habríamos cubierto todas las eventualidades.

Semejante dosis de fría *realpolitik* procedente de cualquier otra persona habría provocado el desdén del veterano Cosimo Maestroianni.

Pero por tratarse de su amigo íntimo, su colega y consejero de máxima confianza, y formar parte del proceso, el pequeño cardenal la aceptó como corrección oportuna. En menos de una hora, su eminencia había mandado una carta por mensajero a Christian Gladstone en Galveston: «Sus informes preliminares son excelentes. Su trabajo en Estados Unidos es comparable a la contribución que usted y su querido hermano han efectuado para el bienestar de la Iglesia en Europa. Por consiguiente, agradezco doblemente su cooperación en el pasado y en el futuro. Dios mediante, todo acabará bien.»

En una reunión convocada de forma apresurada con los cardenales Aureatini, Palombo y Pensabene, el objetivo de Maestroianni era la elaboración definitiva de un documento práctico de dimisión papal, sin sentirse obligado en modo alguno a ser circunspecto con sus tres colegas.

-La enfermedad del papa es un trampolín natural -declaró-. Nuestra obligación es plantear de nuevo la cuestión de la posible incapacidad del sumo pontífice.

-La enfermedad del papa pone el látigo en nuestras manos -declaró sin tapujos el malhumorado cardenal Palombo-. Y su eminencia sugiere que lo chasqueemos sobre su cabeza, antes de que ingrese en el hospital.

-Por el bien de la Iglesia, eminencia -respondió Maestroianni, que no veía la necesidad de semejante lenguaje, aunque lo importante era hacer el trabajo-. Siempre por el bien de la Iglesia.

También por el bien de la Iglesia, Maestroianni se preocupó de situar a su propio hombre entre los candidatos predilectos para sustituir al actual sumo pontífice. Su eminencia felicitó al cardenal Graziani por la pericia con que había orientado la elección por parte del Santo Padre del padre general de los jesuitas, Michael Coutinho, como arzobispo de Génova, y mencionó el hecho de que el cargo genovés llevaba siempre consigo el birrete rojo de cardenal.

-Debe admitir, eminencia, que el historial del padre general Coutinho es impecable. Un recorrido inmaculado como religioso. Títulos de alto nivel en teología. Reconocida experiencia de la sagrada escritura. Buen conocedor de asuntos sociales. A pesar de tener sólo sesenta y tres años, atesora una amplia experiencia de gobierno clerical. Su presencia física le confiere elegancia y dignidad como celebrante en ceremonias litúrgicas públicas.

En efecto, parpadeó Graziani, era impresionante. ¿Pero por qué tanta prisa? Tanto Génova como Coutinho seguirían ahí después de la intervención y recuperación del Santo Padre.

Sin el menor indicio de fricción, Maestroianni aumentó el coeficiente de entusiasmo del secretario con la mención del apoyo ya manifestado respecto a la promoción de Coutinho. Indudablemente no era necesario citar todos los nombres.

Por supuesto; parpadeó de nuevo Graziani. Pero no por ello dejó de tomar nota mental. Su eminencia el cardenal Palombo estaría sin duda agradecido. Al igual que su eminencia el cardenal Pensabene, quien a su vez contaba con el apoyo de la facción dominante del Sacro Colegio Cardenalicio. Y sin olvidar el prestigio del propio Maestroianni. En caso de estancamiento en el cónclave, tal vez los sentimientos, o por lo menos los intereses de aquellos poderosos, los indujeran a apoyar al propio Graziani como sucesor al trono de San Pedro.

Después de avivar el fuego de la cooperación del secretario, en la rápida promoción del padre general Coutinho al Sacro Colegio Cardenalicio, Maestroianni organizó una discreta cena con uno de los muchos periodistas a los que su eminencia siempre podía hacer que se interesasen con un poco de información reservada. Durante el transcurso de la afable velada, el cardenal mencionó al general jesuita Michael Coutinho como hombre a quien convenía observar. Un hombre dispuesto a contemplar cambios y adaptaciones del código disciplinario de la Iglesia, en áreas como por ejemplo los anticonceptivos, el aborto y la investigación genética. También se conocía su predisposición a ciertos cambios en la actitud de la Iglesia respecto a la homosexualidad, el matrimonio de los sacerdotes y la ordenación de mujeres. En resumen, era un hombre del futuro.

Aunque consciente de que se le ofrecía una gran noticia, el periodista necesitaba un contexto más amplio para que tuviera sentido. Pero cuando insistió, su eminencia se limitó a aconsejarle que fuera paciente. Todo caería por su propio peso, dijo. En Roma, las cosas ocuparían por fin el lugar que les correspondía.

Después de una llamada de Cyrus Benthoek, el doctor Ralph S. Channing transmitió con la mayor urgencia la noticia a sus superiores.

-Estoy de acuerdo con el criterio de Benthoek, profesor -dijo suavemente Capstone-. Nada tan trivial como un carcinoma se convertirá en nuestro aliado. La nuestra es una guerra de titanes, amigo mío. Y el príncipe no libra una batalla tan fundamental por el control de la fortaleza enemiga, con algo tan insustancial como una intervención quirúrgica, ni una aniquilación chapucera en manos de algún contratado. Por tanto, dígame, ¿sabemos lo cerca que está Maestroianni de conseguir el voto de criterio común entre los obispos?

-Ya casi lo ha logrado -respondió Channing, que no pretendía enojar de nuevo a Capstone-. El cardenal me asegura que los obispos estadounidenses se están alineando como era de esperar.

-¿Y el instrumento de la dimisión papal?

-Nuestros propios colaboradores trabajan intensamente en ello.

Capstone concluyó de pronto la conversación con un breve mensaje dirigido a los miembros del concilio decimotercero. Como servidores del príncipe e ingenieros del proceso, su responsabilidad suprema consistía en asegurarse de que todo estuviera listo cuanto antes para una acción decisiva.

-Después de todo -le recordó al profesor-, el tiempo disponible no durará siempre.

El cardenal Silvio Aureatini era quien lógicamente debía preparar un documento legal para que lo firmara el propio papa, como garantía de dimisión del papado en determinadas circunstancias específicas. De acuerdo con las instrucciones generales de Maestroianni y guiado por su propio sentido de la *romanita,* el joven cardenal redactó un documento tan correcto que incluso Maestroianni reconoció que cumplía los requisitos necesarios.

Además de la importancia del propio documento de dimisión, Aureatini tenía otras consideraciones. Él era el responsable de mantener un contacto regular con los obispos europeos, a fin de llevar a buen término el trabajo encaminado al voto común realizado por Christian Gladstone, antes de trasladarse a Estados Unidos. Además, formaba parte de la junta a la que el papa había encargado la importante labor de redactar otro documento, una nueva *Profesión universal de fe.*

Dicha *Profesión,* que alcanzaba unas setecientas páginas y de la que se hacían ya pruebas de imprenta para su revisión completa por parte del sumo pontífice y sus consejeros, era una obra delicada. Debía incluir todos los dogmas de fe. Sin embargo, al igual que con los documentos del Concilio Vaticano II y el nuevo Código de Derecho Canónico de 1983, el truco consistía en satisfacer el criterio global de la fe católica, pero en términos suficientemente generales para permitir una máxima tolerancia en su interpretación.

Era sorprendente que el cardenal Aureatini dispusiera de tiempo para pensar siquiera en el padre Aldo Carnesecca. No obstante, existía todavía una incertidumbre fundamental respecto a Carnesecca, un germen de duda surgido de la selección de los documentos papales en 1978, la posibilidad de que el aparentemente inocente padre Aldo supiera algo relacionado con el entronamiento del príncipe. Y el cardenal se veía obligado todavía a soportar un vendaval de críticas de sus colaboradores, por el fracaso de su trabajo en Sicilia.

Por consiguiente, con la misma dedicación que prestaba a todo su trabajo, Aureatini emprendió un estudio meticuloso de la última misión de Carnesecca para el Santo Padre. Organizó la vigilancia de sus movimientos. Y aprovechando el hecho de que la oficina del cardenal sufragaba sus gastos y recibía sus informes por lo menos oficiosos, examinó con detenimiento su ficha. El viejo era astuto, de ello no cabía la menor duda. Sus informes relacionados con su trabajo para el Santo Padre en España no le revelaron nada significativo. Pero Aureatini persistió. Incluso hasta el punto de leer línea por línea y examinar recibo tras recibo de los gastos mensuales de Carnesecca, en busca de pistas relacionadas con sus necesidades y costumbres, de algún indicio de vulnerabilidad que pudiera serle útil.

Dada la rapidez con la que avanzaba todo lo demás, había llegado el momento de echarle a Carnesecca la soga al cuello.

Gibson Appleyard, en su casa de Estados Unidos, se sentía traicionado. Sabía que su reacción no era racional, pero cuando recibió una llamada de Giovanni Lucadamo desde su puesto de observación en el Raffaele de Roma para comunicarle la noticia de la crisis médica del papa eslavo, Gib se lo tomó como algo más personal que un simple contratiempo en sus propios planes inmediatos.

Cuando intentaba ordenar sus ideas, acudieron a su mente fragmentos de oraciones. Palabras proféticas escritas hacía más de un siglo para hombres como él por el excelso fray Joachim Blumenhagen: *«Cuando el templo masónico brille sobre todo el universo, cuando su techo sea el azul del cielo, los polos sus paredes, el trono de san Pedro y la Iglesia de Roma sus pilares, entonces los poderes de la Tierra... brindarán esa libertad a las personas que hemos reservado para ellas... Quiera el Maestro de este mundo concedernos otros cien años y alcanzaremos dicho fin... Grado a grado, progresando desde aprendiz iniciado a través del sagrado arco real, a través del velo dorado, más allá*

del altar del incienso y de la rosacruz, por el orden del templo, a la luz de la continencia reconciliada, todo el camino hasta el divino corazón de la razón soberana del centro... y hasta el non plus ultra, *el templo espiritual, el nuevo Jerusalén...»*

Debe de ser eso, se dijo Appleyard. El templo espiritual. El nuevo Jerusalén. Ésa era la razón por la que tanto le importaba lo que le sucediera a aquel papa.

-Dados los esfuerzos que estamos realizando para conseguirle otra entrevista con el sumo pontífice -la voz de Lucadamo a través del Atlántico obligó a Gib a regresar al presente-, me ha parecido oportuno comunicarle cuanto antes este asunto de la intervención quirúrgica.

Convencido de que Giovanni estaba al corriente de todos los rumores, Appleyard decidió presionar a su viejo amigo sobre el asunto de los pilares, sobre lo del «trono de san Pedro y la Iglesia romana». Acto seguido llamó a Bud Vance para decirle que consideraba esencial convocar una reunión urgente, a fin de hablar de la idea de la junta presidencial, ya que el asunto en cuestión era un elemento tan fundamental de la política estadounidense para la seguridad de las naciones y de tal importancia intrínseca, que no sólo trascendía las líneas partidistas estadounidenses, sino que era esencial para la prosperidad y el progreso de las naciones de los siete grandes.

El documento de 1974, titulado oficialmente *National Security Study Memorandum 200: Implications of Worldwide Population Growth for U.S. Security and Overseas Interests,* pero conocido simplemente como NSSM 200, había determinado la política estadounidense para los treinta años siguientes.

Como documento básico, el NSSM 200 señalaba trece países cuyo papel sería estratégico como fuentes de materias primas para la seguridad estadounidense y como mercados importantes para mercancías y servicios occidentales. Las naciones en cuestión eran India, Paquistán, Bangla Desh, Nigeria, México, Indonesia, Brasil, Filipinas, Tailandia, Egipto, Turquía, Etiopía y Colombia. La preocupación que se expresaba en dicho documento era que la tasa de crecimiento demográfico de dichos países se consideraba demasiado alta para su estabilidad.

Las recomendaciones del NSSM 200 eran simples y claras: ayuda financiera del gobierno de Estados Unidos a dichos países entre otros, a fin de aumentar el uso de anticonceptivos, abortos y esterilización de ambos sexos, y promover la investigación genética. En otras palabras, la premisa básica del NSSM 200 era que el control de la población en el extranjero era tan necesario para Estados Unidos, como la integridad de su propio territorio, o como su derecho a sus libertades fundamentales y a su viabilidad como nación soberana.

El NSSM 200 se entremezcló rápidamente con la textura de la política exterior estadounidense. El 26 de noviembre de 1976, mediante otro documento titulado *National Security Decision Memorandum* 314, conocido como NSDM 314, el presidente Ford convirtió el NSSM 200 en una guía obligatoria para todos los departamentos gubernamentales estadounidenses, incluido lo relacionado con el Departamento de Estado, la Tesorería, los ministerios de Defensa, Agricultura, Salud y Servicios Sociales, el Departamento de Desarrollo Internacional y el Consejo Presidencial de Economía. En consecuencia, Estados Unidos gastó más que todos los demás países unidos durante los años siguientes, para poner en práctica dicha política de control demográfico. Pero otros países comprendieron también la sensatez de cooperar en cierta medida. Junto a Estados Unidos, canalizaban aportaciones mediante el Fondo de Población de las Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Federación de Paternidad Planeada y un sinfín de organizaciones privadas.

Pero en los años noventa, a pesar de su innegable progreso, había llegado el momento de lanzar una política de control demográfico a gran escala. El próximo presidente, fuere quien fuese, debería asegurar la disponibilidad regular de materias primas de los países todavía no industrializados y la viabilidad de dichas naciones como mercados para los siete grandes gigantes industriales. Pero a fin de que dicho impulso venidero fuera viable, los estrategas estadounidenses debían superar las reticencias políticas de algunos de sus socios en el grupo de los siete grandes, para quienes el control demográfico era todavía un tabú político. Sencillamente, y a pesar del desdén oficial por la Roma papal, la política local convertía el consentimiento del sumo pontífice en indispensable para que los socios de Estados Unidos en el G-7 apoyaran la política de control demográfico, a la escala que los estrategas estadounidenses consideraban esencial.

Dada dicha política convertida en sacrosanta, que vinculaba la seguridad nacional estadounidense

al control sistemático de la población, y dado el calendario de las próximas elecciones presidenciales, debían celebrarse nuevas e importantes conversaciones entre el gobierno estadounidense y el papa eslavo. La elección de Gibson Appleyard como delegado para las mismas, que intentara cambiar oficialmente la mentalidad del papa eslavo, fue tema de bastante debate.

El factor principal en sentido negativo fue la filosofía personal de Appleyard. Para persuadir al papa que mitigara la oposición tradicional de su Iglesia a los métodos de control demográfico que proponía oficialmente la política gubernamental estadounidense, pudiera que no fuera lo más sensato depender de un hombre cuyos principios rosacrucianos eran contrarios a dichos métodos.

Sin embargo, Vance insistió. Appleyard era tan estadounidense como el himno nacional, y comprendía tan bien como cualquier estratega estadounidense que no podían contar con un apoyo más poderoso que el del papa eslavo, para limitar los nacimientos de seres humanos. Además, comprendía que ninguna otra organización era tan universal como la Iglesia católica, ni, incluida la logia, se oponía con tanto ahínco a la política oficial estadounidense de control de natalidad.

Por otra parte, les recordó Vance a sus colegas, en lo concerniente al papa eslavo, Gib Appleyard había leído y examinado todas y cada una de las palabras pronunciadas o escritas por aquel sumo pontífice desde que se había convertido en un personaje destacado. Si en la ocasión anterior no había obtenido el apoyo completo del Santo Padre para la política estadounidense respecto a la antigua Unión Soviética, por lo menos había conseguido el compromiso del papa de no entorpecerla.

Vance ganó el debate. Estuvieron de acuerdo en que si el gobierno tenía alguna esperanza de conseguir por lo menos algo parecido en lo referente al control demográfico, el comandante Appleyard era el hombre idóneo para dicha empresa.

Por consiguiente, desde hacía casi tres meses, Gibson preparaba los detalles de su nueva expedición a la Roma papal. Había llegado incluso a mandar instrucciones a la embajada, para que organizaran su nueva visita en el calendario del papa. Ahora se enfrentaba a la posibilidad de que la urgente agenda propuesta por Vance se viera gravemente trastornada. A decir verdad, si Lucadamo estaba en lo cierto y la cirugía inminente del papa eslavo estaba relacionada con un cáncer, tal vez se vería obligado a abandonar por completo sus preparativos.

-No puede acabar así, Bud -dijo Appleyard, palpablemente afligido-. No puedo creer que todo acabe para él con el horrible pitido de un monitor cardíaco, o sumido en un estado de coma producto de una enfermedad.

Aunque compasivo, Vance no disponía de tiempo para especulaciones personales. Lo que aquel papa pensaba y la dirección en que orientaba su Iglesia se habían convertido en cuestiones primordiales a los niveles superiores de la planificación política. El almirante se vio obligado entonces a centrarse en otro nivel de la política vaticana: ¿qué sabía Appleyard respecto a posibles sucesores del papa eslavo?

Gib confesó con toda franqueza su ignorancia.

-Casi nada. Según mi contacto romano, esto ha sido tan inesperado para todos, que nadie estaba preparado para ello.

-¿Qué me dice de especulaciones privadas dentro del propio Vaticano? ¿Ha oído su hombre en Roma algún nombre en ese nivel?

-Ha citado un par de nombres. Ha oído que se mencionaba al cardenal Noah Palombo y al cardenal Leo Pensabene. Pero no atribuye mucho crédito a dichos rumores. Ha citado un antiguo proverbio vaticano, según el cual todo aquel que entra en el cónclave como papa sale como cardenal. No obstante, podría ser interesante para nosotros en un sentido más amplio. ¿Ha vigilado nuestro personal a los jugadores de Estrasburgo?

-De poco nos ha servido -respondió Vance, al tiempo que colocaba sobre la mesa las fichas de vigilancia de Estrasburgo-. Mantenemos a un equipo selecto en dicha misión, pero todo el mundo parece ocuparse de sus propios asuntos.

-Tal vez -dijo Appleyard, mientras hojeaba brevemente las carpetas-. ¿Pero a qué cree que se dedica Herr Otto Sekuler? El año pasado en Bruselas se identificó como delegado especial de la CSCE en la Comunidad Europea. Algunas personas con las que hablé en Roma lo relacionaron con la Unesco y con la logia de Leipzig. También es presidente de la WOSET, que es una sección menor no gubernamental de la ONU, algo relacionado con la ética mundial. Pero a juzgar por sus movimientos,

parece algo más extraño.

-Esencialmente, yo diría que es profesor universitario -dijo Vance-. En todo caso, no supone una amenaza para la seguridad nacional.

-Tal vez.

Appleyard examinó de todos modos su ficha. Sekuler pasaba bastante tiempo en Estados Unidos y retiraba abundantes fondos de dos cuentas extranjeras en los principales bancos de cinco ciudades estadounidenses. Acostumbraba a vivir en hoteles privados y se relacionaba íntimamente con personalidades públicas tan eminentes como el cardenal de Centurycity y el célebre doctor Ralph S. Channing, entre otros. A decir verdad, Herr Sekuler gozaba también de cierta celebridad y se le invitaba con frecuencia a dar conferencias en varias docenas de organizaciones filantrópicas y culturales, a las que pertenecían arquitectos, médicos, ingenieros, catedráticos y prelados tanto católicos como protestantes. Algunas de dichas organizaciones habían sido investigadas por las autoridades públicas por actividades cultistas, pero eso era todo lo documentado fiablemente sobre las actividades de Sekuler en Estados Unidos.

Por otra parte, entre los datos anecdóticos de la ficha, aparecía una dimensión más oscura. No tenía nada de extraordinario que Sekuler celebrara reuniones privadas con los dirigentes de las principales organizaciones que defendían el derecho a elegir, ni que los testigos de dichas reuniones lo calificaran de partidario de dicho derecho. Pero Gib se aguantó la respiración ante el informe de una reunión en particular donde, en presencia de veinticinco abortistas profesionales reunidos en el quirófano de una clínica privada, el alemán demostró el último método para disponer de los restos de los fetos abortados. «Como breve preámbulo a su demostración -leyó Appleyard en voz alta-, el sujeto vigilado aseguró a su público que ya no era necesario preocuparse por desagües atascados, descubrimientos desagradables en contenedores públicos de basura, ni por las molestas manifestaciones de extremistas. Luego el sujeto dejó de hablar. Llevaba consigo un maletín y varias cajas metálicas del tamaño de ficheros dobles. Del maletín extrajo y compuso las piezas de lo que resultó ser un triturador de nuevo diseño y técnicamente avanzado. De las cajas metálicas sacó fetos en diversos estados de desarrollo, que utilizó para demostrar la forma más eficaz y sanitaria para reducir dicho material a un estado semilíquido, que podía arrojarse al sumidero y circular por el desagüe de una forma tan segura e inofensiva como la pasta de dientes.

»El sujeto aseguró entonces a su público que no propugnaba ningún cambio radical en la práctica habitual de los abortos. No era cuestión de privarse de los ingresos de investigadores que necesitaban fetos vivos para estudiar la tolerancia al dolor, o aflicciones como el mal de Parkinson, el de Alzheimer y la diabetes. Tampoco se trataba de privar a las empresas de cosméticos de materia prima para sus lociones cutáneas, ni de olvidar el mercado litúrgico interesado en tejido graso para velas. El nuevo sistema no era ni más ni menos que un método mejorado para librarse de los restos problemáticos. »

Gibson cerró la ficha de Sekuler y la arrojó sobre el escritorio de Vance.

-Parece que he estado en buena compañía.

-No es el único. No sé si se ha percatado de las referencias adjuntas, incluida una de Cyrus Benthoek en la que certifica la respectabilidad de Sekuler como servidor internacional y humanitarista.

No sirvió de consuelo a Appleyard. Con o sin referencias, la información sustancial era escasa. Nada realmente tangible sobre la fuente de los fondos de Sekuler. Nada sobre sus superiores, ni siquiera si los tenía.

-Estamos observando un fantasma, Bud. No existe ninguna pista sobre la identidad de ese individuo. Pero hablando de Benthoek, volvamos a la reunión de Estrasburgo. Dado lo que sabemos acerca de Sekuler, es preocupante que se le invitara para hablar del futuro del papado. Y me hace reflexionar sobre el hecho de que se mencione a Palombo y a Pensabene como candidatos pontificios.

-¡Alto ahí, Gib! -exclamó Vance, a quien no le gustaba que Appleyard especulara más allá de las pruebas existentes-. Me parece que el propósito en Estrasburgo era conducir a la Iglesia hacia los objetivos que todos compartimos. El objetivo de construir una sociedad de naciones humana, basada en un principio racional de la regulación del crecimiento y desarrollo económico.

»Si Palombo y Pensabene creen realmente en la necesidad de unirse al mundo real, tal vez no sería tan malo verse obligado a tratar con uno de ellos como papa.

-O -replicó especulativamente Appleyard- tal vez trataríamos con un bellaco eclesiástico con una

mitra. La reunión de Estrasburgo fue un ejemplo malvado de sedición. Además, con el papa eslavo por lo menos sabemos con quién tratamos. Reconozco que en ciertos sentidos parece ultraconservador. Pero junto a ello, hay que tomar otras cosas en consideración.

»Tomemos el discurso *Negociaciones,* que el cardenal Maestroianni pronunció recientemente en su nombre ante la ONU. Puede que lo haya leído, Bud. Se declaraba partidario de unirse a la sociedad de las naciones en el mundo real. O piense en ese nuevo catecismo que está elaborando. Mi contacto romano me ha mandado un borrador del mismo y reúne las características de todos los documentos importantes salidos de Roma desde el Concilio Vaticano Segundo, incluido el nuevo Código de Derecho Canónico promulgado en 1983. Mucho margen para nuevas interpretaciones doctrinales de todos los antiguos dogmas.

»A decir verdad, en cierto modo es muy permisivo. Un auténtico macrodirector. Se niega a entremeterse en los niveles inferiores del gobierno, independientemente de lo que suceda. Se niega a entremeterse con los obispos. Se niega a aplicar leyes que prohíben la pertenencia de clérigos a la logia, o la utilización de niñas como monaguillos. Se niega a expulsar a los teólogos heréticos. Se niega a impedir las anulaciones de matrimonio contrahechas decretadas por la Iglesia, aunque pasen de las cincuenta mil anuales. Conserva en sus filas a millares de clérigos homosexuales, a pesar de que exhorta a sus fieles a obedecer las enseñanzas de la Iglesia sobre moralidad sexual.

»Y se niega a insistir en su pretensión exclusiva a la infalibilidad, o aprovecharse de los poderes monárquicos absolutos de los que goza como papa. Es evidente que sólo se considera como un obispo muy importante, entre otros cuatro mil obispos importantes.

Vance lo comprendió. Appleyard decía que más valía tratar con un loco conocido, que con un sabio por conocer.

-Yo no diría eso -protestó, serio, Gib-. Este papa está mucho más allá de toda la propaganda, sobre la necesidad de que las religiones participen en la construcción de un mundo nuevo. En realidad, lo considera como una misión encomendada por Dios para la Iglesia que dirige. Además, asegura que incluye todas las religiones en su ministerio, pero sin la habitual insistencia de antaño en que todo el mundo se convirtiera al catolicismo.

-Acepto su palabra, Gib. Rectifico lo dicho. Este papa no promulga el sacrificio en esta vida para alcanzar el paraíso después de la muerte. Pero lo fundamental para la política estadounidense no es el ministerio religioso del sumo pontífice. La cuestión es la posición pública de la Iglesia respecto al control demográfico.

-Deme una oportunidad -respondió Gibson, ligeramente más alegre-. A eso iba. Existe constancia de que el papa eslavo es partidario del control de natalidad, y no bromeo, ante un posible desastre medioambiental provocado por el exceso de población.

-Bueno, que me parta...

Pero Appleyard reconoció que había un impedimento.

-Dudo que apoye una campaña gubernamental abierta para facilitar el aborto con fondos públicos, o mediante el uso de medicamentos como el RU-486, o la evidentemente repugnante investigación fetal. En otras palabras, no tratamos con alguien como Herr Otto Sekuler. Debe cuidarse *la forma* de limitar los nacimientos, si pretendemos que este papa colabore con nosotros.

-Olvida algo -dijo el almirante, con una sombría mirada dirigida a Appleyard-. ¡Gracias a Dios que no tratamos con Otto Sekuler! Pero tampoco estamos seguros de que tratemos con el papa eslavo. No sabemos si sobrevivirá.

Gib agachó la cabeza.

-No lo había olvidado. Pero insisto en que no puede acabar así. Este papa y su Roma están adoptando la posición de las columnas del templo.

-¿Cómo dice?

-Olvídelo. -y Gibson sonrió.

El almirante no era el hombre indicado para hablar de Joachim Blumenhagen y sus profecías, de la masonería, de la Iglesia y del nuevo Jerusalén. Sin embargo, por otra parte, no había mejor hombre que Vance por quien apostar.

-Le apuesto cinco contra uno, Bud, a que el papa eslavo superará esta intervención quirúrgica con la fortaleza de un roble. En realidad, diez contra uno a que me entrevistaré con él con tiempo sobrado,

para sacar del fuego su valiosa política demográfica de los siete grandes.

-¡Acepto! -respondió Vance, que miraba las fichas de Sekuler y sus amigos en la cúpula vaticana-. ¡Y no me importa confesar que me encantaría perder esta apuesta!

Era cierto que los aposentos del padre Aldo Carnesecca en el sombrío y casi desierto monasterio de San Juan de la Cruz, en las afueras de Barcelona, se encontraba a más de ochocientos kilómetros de Roma. Pero no era cierto que Carnesecca estuviera tan apartado de la actividad papal, o que fuera un participante tan insignificante, como el cardenal Aureatini lo suponía. Junto a otros confidentes del papa como el jefe de seguridad del Vaticano, Giustino Lucadamo, y el secretario de su santidad, Daniel Sadowski, Aldo era uno de los pocos que recibía instrucciones directamente del sumo pontífice.

La llamada llegó en el momento en que Carnesecca se disponía a descansar, después de su última visita al nuncio vaticano en Madrid, para aprovechar la valija diplomática reservada para despachos especiales dirigidos al Santo Padre. La preocupación principal del papa había sido transmitir con la mayor rapidez posible la noticia de su intervención al padre Damien, a Christian Gladstone y a otros cuantos hombres de confianza alrededor del mundo.

Pero en aquel momento crítico también ocupaba la mente de su santidad el nuevo catecismo que tanto revuelo había provocado. El borrador de *Profesión universal de fe* estaba listo para su revisión y corrección, dijo el Santo Padre. Monseñor Daniel había mandado ya copias del mismo al padre Aldo. Debía quedarse una para su propia lectura y crítica durante la ausencia del papa del palacio apostólico, y mandar las otras a Gladstone y Slattery con el mismo propósito.

Camesecca había informado al sumo pontífice sobre su trabajo en España, sobre su discreto sondeo para preparar un consistorio papal con los obispos españoles, sobre uno o dos candidatos potenciales al Sacro Colegio Cardenalicio y sobre el lúgubre estado de la Iglesia en aquella tierra tiempo atrás vibrantemente católica.

Una cosa que Carnesecca no le había mencionado al Santo Padre era su segura sensación de estar vigilado. Después de todo, aquello no era nada nuevo en su vida y hacía lo suficiente que ejercía labores clandestinas para saber cómo tomar precauciones. Pero empezaba a estar un poco cansado. Cansado del exilio. Cansado de estar siempre en guardia. Cansado de estar tan completamente solo.

La lectura de *Profesión universal de fe* sólo sirvió para aumentar el cansancio anímico de Carnesecca. Al igual que los documentos del Concilio Vaticano II y el importantísimo nuevo Código de Derecho Canónico promulgado en 1983, *Profesión* reflejaba el cambio de mentalidad de la curia romana. Como dichos documentos, el nuevo catecismo incluía todo lo básico de la fe dogmática. Pero, también al igual que sus predecesores, estaba repleto de trampas y engañosas ambigüedades. Era, en otras palabras, otro documento primordial que potenciaría aún más la inventiva espiritual, litúrgica y doctrinal en la Iglesia.

¿Cómo hablar de semejante documento con Christian Gladstone?, se preguntaba Carnesecca. Todavía recordaba su enojo ante la propensión del papa eslavo hacia ciertas estrategias que habían sumido a su Iglesia en el caos, y lo dispuesto que se había mostrado a disculpar al Santo Padre al aceptar que sus enemigos habían cercado el Vaticano y el propio papado.

-Si el papa está preso en su palacio como usted asegura, padre Aldo -protestó Christian-, tal vez es porque ha condescendido en todo momento. Tal vez se debe a que permite los abusos de poder y las desviaciones de la obligación apostólica en la Iglesia.

Con dichos recuerdos como telón de fondo, Carnesecca tenía amplias razones para que le preocupara que Chris interpretara el nuevo catecismo como la última gota en la aquiescencia del papa, y volviera a su idea de dejar Roma a las maquinaciones de los chambelanes. Pero puesto que a Carnesecca le resultaba tan inaceptable ahora como siempre que Roma perdiera a un buen sacerdote como Gladstone, y porque estaba convencido de que *Profesión* no era más que otra campaña en la prolongada guerra por el control del papado y de la Iglesia, olvidó sus reservas y se concentró en un análisis del propio papa eslavo.

Carnesecca sabía que aquel sumo pontífice no era un payaso que se hiciera pasar por papa. En cuestión de asuntos terrenales, era tan brillante como el más experto de sus consejeros. Por consiguiente, en algún momento después de que lo nombraran papa, o incluso quizá antes de entonces, un hombre tan cualificado como él debió de haber tomado una grave decisión respecto al papado y a la Iglesia. Desde

hacía ahora una semana, mientras Carnesecca se desplazaba a Granada, a Sevilla o a Zaragoza, cuando paseaba por Barcelona, trabajaba en sus aposentos del monasterio de San Juan de la Cruz o incluso cuando comía lo que preparaban el quisquilloso bedel del monasterio, Jorge Corrano, y su esposa, María, no dejaba de analizar el liderazgo del papa que a tantos les parecía fatalmente comprometido.

Para el padre Aldo, existían sólo tres consideraciones serias como posibles explicaciones de la conducta del papa.

En primer lugar, e independientemente de sus cualidades como sacerdote, prelado e intelectual, existía la posibilidad de que su santidad fuera simplemente incompetente para el gobierno de su Iglesia. La segunda posibilidad era que el Santo Padre hubiera decidido unirse a la corriente denominada progresista de su Iglesia y a los centros de poder ajenos a ella, con la esperanza de invertir la situación en algún momento. En otras palabras, seguir la corriente para no quedarse desplazado. La única posibilidad restante era que el papa eslavo hubiera llegado al poder con sus propias ideas ya formadas, respecto al mundo venidero del tercer milenio. Que considerara la estructura actual de la Iglesia como perfectamente prescindible y esperara reemplazarla por otra estructura todavía desconocida.

Ninguna de dichas explicaciones era atractiva. Pero la tercera era la que más sentido había tenido siempre para Carnesecca. Por tanto era razonable pensar que su santidad, desde el primer momento, había actuado bajo el principio de que lo que le ocurría a la Iglesia era para un buen fin. No lamentaba nada. No pretendía instaurar de nuevo la antigua estructura. Dicho esto, se deducía que su idea básica consistía en insistir en los aspectos básicos de la moralidad, a la espera de nuevos acontecimientos.

Y si ésa era la política del papa eslavo, Carnesecca consideraba que su santidad cometía un grave error; permitía que la Iglesia se consumiera en las llamas, en lugar de luchar por ella como lo habían hecho otros papas. Aldo Carnesecca era demasiado santo para ser inflexible. Pero después de una semana de reflexión, su estado mental era muy sobrio.

-Trabaja demasiado, padre Aldo -decía con frecuencia Jorge Corrano, que era una de las pocas personas que lo veía regularmente y estaba preocupado por el cambio que Carnesecca había experimentado-. Entra y sale del monasterio como el codo de un violinista. Relájese, padrecito. Acostúmbrese a hacer una siesta de vez en cuando.

La esposa del bedel tenía su propio remedio.

-Le prepararé una buena paella, como solíamos hacerla en Málaga -dijo María una tarde, cuando le entregaba al padre Aldo un frasco de colirio que le había traído de la farmacia-. Debe rellenar un poco esos huesos.

Carnesecca no era partidario de las siestas. Pero disfrutó de la paella de la señora Corrano, y la conversación en la cocina con aquella simpática pareja española le brindó una hora de relajación. Tan relajado se sentía en realidad el padre Aldo, que decidió dejar el trabajo y acostarse temprano.

El viejo y triste monasterio de San Juan de la Cruz, abandonado por las hermanas carmelitas desde 1975, lo abrazaba con el fresco silencio de sus muros de mármol catalán, como un amigo solitario; parecía de algún modo acompañarlo en sus plegarias vespertinas. Ya no se oían pasos en la escalera principal, que pasaba por el rellano frente a su puerta y descendía hasta las puertas de bronce de la capilla. Incluso los pocos peregrinos hospedados en el monasterio, que acudían a venerar aquel santuario consagrado al gran santo español, parecían más silenciosos que de costumbre. ¿No era éste un lugar idóneo para las plegarias, como las de Aldo Carnesecca? Plegarias para hombres fieles como Christian Gladstone, Damien Slattery, Angelo Gutmacher y el hermano Augustine o Plegarias para sí mismo. Sucediera lo que sucediese y hasta que recibiera la llamada del Todopoderoso, sería un sirviente fiel y voluntarioso de Jesucristo y de su vicario en la Tierra.

Cuando Carnesecca se puso de pie y empezó a prepararse para acostarse, charló todavía un rato sobre el último punto con su ángel de la guarda. No sabía cuándo le ordenarían regresar, le contó al ángel. Pero eso no era lo que preguntaba. Empezaba a estar cansado. No física ni mentalmente. Era algo más que nostalgia. Sentía el deseo de ver el hogar de su infancia, la Roma de su juventud, y a los amigos especiales de su madurez como Christian Gladstone. Tenía la sensación de haber vaciado casi por completo el cáliz de los sufrimientos de su vida.

Sin alterar la intimidad de las plegarias, el padre Aldo cogió el pequeño recipiente de plástico, con el colirio que María Corrano le había traído de la farmacia. Aquello también se había convertido en parte de su rutina, después de consultar al doctor José Palacio y Vaca sobre unos resplandores esporádicos en

la periferia de su campo visual. El buen doctor le había ofrecido una larga explicación técnica, pero en resumen el padre Aldo padecía un glaucoma angular. Si empeoraba, debería someterse a una intervención quirúrgica, pero de momento bastaría que se aplicara unas gotas del 0,5 % de Isopto Carpine dos veces al día y se sometiera a reconocimientos regulares.

Carnesecca se aplicaba obedientemente las gotas y pensaba en mandar el recibo de la farmacia, junto con el del médico, al despacho del cardenal Aureatini en Roma para incluirlos en sus gastos, cuando el timbre del teléfono rompió el silencio del monasterio como un despertador, y la voz de Chris Gladstone, tan alarmado como Carnesecca anticipaba, destruyó por completo la idea de acostarse temprano.

-Padre Aldo, sobre esa llamada *Profesión universal de fe* que el Santo Padre le ha pedido que me mandara...

TREINTA Y NUEVE

Al igual que el comunicado oficial del portavoz del Vaticano, Miguel Lázaro Falla, los telegramas que el secretario de Estado Graziani mandó a los representantes del papa alrededor del mundo eran claros y concisos: aconsejado por sus médicos, el Santo Padre ingresaría en la policlínica Gemelli el 29 de junio por la noche para ser sometido a una intervención quirúrgica exploratoria.

Al día siguiente por la mañana, la crisis de salud del papa se había convertido en una noticia internacional. Sin embargo, de un modo no sólo curioso sino carente de precedentes, todo el mundo le restaba importancia a la situación. El Vaticano, la jerarquía católica alrededor del mundo, las misiones diplomáticas en Roma y otros lugares, los periódicos y los servicios de prensa católicos y los medios de información internacionales, cada uno por sus propias razones, trataban el asunto como si no fuera particularmente significativo. No llegó un alud de corresponsales a Roma, ni emergieron resoluciones o declaraciones de simpatía de las conferencias episcopales. Tres obispos, sólo tres, organizaron plegarias públicas en sus diócesis por el éxito de la intervención. Por consiguiente, no se generó un ambiente general de aprensión ni de especulación entre los católicos. No hubo manifestaciones perceptibles de aflicción, ni llegaron a la Santa Sede grandes cantidades de telegramas y cartas con promesas de plegarias para el Santo Padre.

-Supongo que los obispos se consideran demasiado importantes -refunfuñó Sadowski cuando hablaba en privado con el cardenal Sanstefano.

Pero aquel terrible silencio no sólo le parecía peculiar, sino una muestra de despreocupación.

-¿Despreocupación? -exclamó Sanstefano, demasiado ocupado para extenderse pero dispuesto a manifestar su opinión-. No, monseñor Daniel. Creo que demasiados obispos se preocupan de las cosas equivocadas. Están atrapados en su propia ambición. Lo que estamos presenciando, a mi parecer, es una expresión de esperanza de que esto suponga el fin de un papado, para la mayoría de ellos insatisfactorio.

Era asombroso para todos, y una incógnita para muchos, que el propio papa eslavo permaneciera aparentemente impasible ante la extraña ausencia de reacción a raíz del comunicado oficial. Parecía mucho más preocupado por la presión a la que estaba sometido, para que le otorgara el birrete rojo al cosmopolita padre general Michael Coutinho, después de su nombramiento como arzobispo de Génova. Como muchos antes que él en la larga lista de pontífices, el último servicio que el papa eslavo prestaría a la Iglesia sería la composición del Sacro Colegio Cardenalicio de los electores de su propio sucesor. Sin embargo, aquello parecía otra batalla perdida en una prolongada guerra. Con el apoyo de Leo Pensabene y el del considerable prestigio de Cosimo Maestroianni, habría sido sorprendente que la facción dominada por Pensabene en el Sacro Colegio Cardenalicio no hubiera manifestado su apoyo por el jesuita, y más sorprendente todavía que personajes como Aureatini, Graziani y Palombo no hubieran apoyado la candidatura de Coutinho.

-La gente cree que el papa puede hacer lo que se le antoje -protestaba su santidad cuando hablaba con monseñor Daniel-. ¡Si lo supieran! El papa debe escuchar a sus obispos y a sus feligreses.

Fue también durante aquellos días de preocupación, cuando de pronto salió a relucir la suerte del padre Damien Slattery. Según el jefe de seguridad del Vaticano, Giustino Lucadamo, el padre Damien se había refugiado temporalmente en la casa familiar de Christian Gladstone. Desde el punto de vista de la seguridad, dicha medida era adecuada hasta que concluyera su misión actual. Pero una seguridad

temporal no bastaba para Slattery. La perspectiva de abandonar a un defensor tan acérrimo del papado a la dudosa merced de los obispos, la idea de que el padre Damien suplicara en vano para que le concedieran un pequeño lugar donde ejercer su sacerdocio, mientras hombres como Coutinho progresaban con tanta facilidad, era inaceptable.

No era cuestión de escandalizarse por la injusticia perpetrada contra el dominico. No había justicia actualmente en el sistema, sólo poder. Y en dicho sistema, el cardenal de Centurycity tenía demasiados aliados importantes en la caótica cancillería vaticana, para permitir una intervención papal directa en un asunto como el de la exclaustración. En su lugar, el papa activó otro plan. Inició la formación canónica acelerada de la nueva red secreta de sacerdotes, propuesta en primer lugar por la señora Francesca Gladstone y defendida luego por el cardenal Amedeo Sanstefano. El Santo Padre colocó la nueva orden bajo patrocinio del cardenal. En el juego de poder del Vaticano, pocos podrían u osarían desafiar al director de la prefectura de asuntos económicos. A Sanstefano le llenó de felicidad promulgar una sencilla regla, en cuyos términos aquel nuevo organismo se regiría y sometería a la aprobación del cardenal Reinvernunft de la Congregación para la Defensa de la Fe. Debería llevarse todo en el más absoluto secreto, le dijo Sanstefano a su venerable hermano. Ni siquiera Damien Slattery debería conocer dichos planes hasta su regreso a Roma en otoño, cuando se le pudiera informar cara a cara en la seguridad del estudio del papa. Pero todo debía estar listo antes del ingreso del sumo pontífice en la policlínica Gemelli.

El papa no consideraba que aquélla fuera la solución ideal para Slattery. Sin habérselo buscado, al padre Damien siempre se le consideraría sospechoso en ciertos sectores. Sin embargo, el sumo pontífice no podía haber encontrado en ningún sitio a un mejor director para su nueva red secreta de sacerdotes. ¿Y qué más podía desear dadas las circunstancias?

Junto a sus enormes esfuerzos para ayudar a Damien Slattery, su santidad recibió una anticipación de la crítica que sabía le brindarían Carnesecca y el padre Christian Gladstone, sin olvidar a Slattery, respecto al lenguaje vago y permisivo que emergía una vez más en *Profesión universal de fe.* El propio cardenal Reinvernunft acudió al sumo pontífice, con un desafío sobre la integridad doctrinal del catecismo. Como prefecto de la Congregación para la Defensa de la Fe, su eminencia estaba particularmente preocupado por la sección de la *Profesión* que emulaba el lenguaje de *Lumen Gentium* en su descripción de la estructura jerárquica del papa y los obispos, y su relación en el gobierno de la Iglesia universal. El Santo Padre se dedicaba a defender las enseñanzas del Concilio Vaticano II. Además, su eminencia sabía que el propio pontífice había tenido bastante que ver con *Lumen Gentium,* tiempo atrás durante las sesiones del concilio. Pero como encargado de la CDF, como único funcionario de la Iglesia cuya responsabilidad consistía en mantener la pureza de la fe, le preocupaban enormemente ciertas declaraciones del Concilio Vaticano II, que no debían ser introducidas en el nuevo catecismo hasta que hubieran sido revisadas por la Santa Sede, a la luz de la larga tradición de la Iglesia. Además, se consideraba obligado a insistir, con discreción pero con firmeza.

-Llegará el momento, santidad -declaró sin tapujos el cardenal prefecto-, en que deberán esclarecerse ciertas cuestiones capitales. Por ejemplo, la cuestión de si los obispos, en su capacidad oficial gozan del mismo poder universal y autoridad en la Iglesia, que el papa en el ejercicio de sus funciones.

Aunque el tono de la respuesta de su santidad era comedido, el rigor de su sustancia fue inconfundible. Tarde o temprano, sería tal vez necesario modificar los documentos que al cardenal prefecto le parecían demasiado confusos.

-Pero de momento, eminencia, mi pontificado y la unidad de la Iglesia dependen de nuestra adhesión a la voluntad del Concilio Vaticano Segundo. Todos los que desean servir a este papado deben recordarlo.

El sumo pontífice no creía que el cardenal Reinvernunft tuviera razón. Pero éste representaba sólo una de las facciones entre los teólogos de la Iglesia. Dado el desorden reinante entre sus súbditos, la mayoría de los cuales eran incapaces de comprender la transformación del catolicismo impulsada por el Espíritu Santo, el sumo pontífice había llegado a la conclusión que debía seguir conduciéndolos a todos hacia una franja media y amplia de principios, distintos de los defendidos por progresistas acérrimos que pretendían cambiarlo todo y de los de obstinados tradicionalistas que aspiraban a una restauración global. Con el transcurso del tiempo, la voluntad de Jesucristo se manifestaría en su Iglesia y en los

acontecimientos mundiales.

En dicho contexto, la *Profesión universal* no parecía peor que otros compromisos y mejor que algunos. A pesar de sus ambigüedades declaraba, después de todo, los dogmas básicos de la fe católica. Era incluso razonable pensar que su promulgación podría ser beneficiosa. ¿Y qué otra cosa podía hacerse dadas las circunstancias?

Puesto que la voluntad de Jesucristo en la que confiaba estaba plenamente relacionada con lo que sucedía en el mundo, su santidad seguía interesándose por los objetivos del nuevo orden global. Y se mantenía al corriente de los informes que llegaban por valija diplomática, de sus observadores en la CE y la CSCE.

En dichos sectores, por lo menos, había pocas sorpresas. A excepción de sus nombres y sus objetivos declarados, no había mucho en la CE ni en la CSCE que fuera europeo en ningún sentido futurista. Ambos organismos mantenían una visión materialista. Ambos habían logrado desprenderse de su herencia cristiana. Ambos habían adoptado una nueva vestimenta parlamentaria de talla única, pero ninguno de ellos progresaba de forma notoria. La CSCE avanzaba lentamente hacia la unión de las naciones y el papa esperaba que Rusia no tardara en unirse al grupo. Pero cuando había que tomar decisiones difíciles, la CSCE no se distinguía por su espíritu de cooperación. Cada Estado se preocupaba todavía de sus propios intereses.

Entretanto la CE, cual amánte desdeñado, persistía en su doble objetivo de una pronta y amplia unión política y monetaria entre sus Estados miembros, y la abolición de aduanas y tarifas entre los mismos.

-Las cosas en este lado del mundo todavía no están listas para tales progresos -reconoció el cardenal secretario Graziani durante una de sus sesiones matinales con el sumo pontífice, cuando surgió el tema de la CE.

-Las cosas tampoco están listas todavía en Estados Unidos -respondió su santidad-. De momento, la política estadounidense no contempla una unión de tal envergadura. Hasta entonces, la CE deberá equilibrar todos los asuntos en su bandeja geopolítica como mejor pueda.

Por lo menos a nivel geopolítico, los acontecimientos objetivos confirmaban la estrategia y las expectativas del papa. ¿Qué más se podía pedir dadas las circunstancias?

Faltaban todavía unos pocos días sumamente atareados para la fecha prevista del ingreso del papa en el hospital Gemelli, cuando su eminencia Noah Palombo, con la exquisita sincronización de un maestro torturador, solicitó ser recibido por el Santo Padre con una delegación de cardenales decanos. Ante la perspectiva de la ausencia de su santidad del palacio apostólico, era preciso hablar de una serie de cuestiones administrativas, sin olvidar la delicada posibilidad de la incapacidad del papa.

El impertérrito Palombo se esforzó en imitar la *romanita* legendaria del cardenal Maestroianni, mientras chasqueaba el látigo de la dimisión papal sobre la cabeza del sumo pontífice.

-Por el bien de la Iglesia, santidad, y dado el estado crítico de la salud de su santidad en un momento tan difícil para la Iglesia en diversos lugares del mundo, la mayoría de los cardenales de su santidad consideran necesaria alguna disposición extraordinaria para garantizar la continuidad del gobierno. Algo que impida un quebrantamiento. Un instrumento legal que entre en vigor, en caso necesario.

El papa eslavo tuvo entonces la oportunidad de ver por primera vez la ingeniosa elaboración del cardenal Aureatini. Sin el menor indicio aparente de desaliento, leyó palabra por palabra el instrumento legal en virtud del cual, si accedía a firmarlo, dimitiría del papado en el caso de que se dieran ciertas condiciones determinadas.

Si hubo alguna consternación en la reunión, no fue por parte del sumo pontífice. Como si hubiera anticipado aquella conversación, el papa eslavo contrarrestó el intento de forzar su relevo con varios documentos que tenía preparados. Para la ocasión, disponía de informes certificados de sus oncólogos.

-Como pueden comprobar, eminencias -dijo su santidad, al tiempo que les mostraba las declaraciones juradas-, esta operación significará unas semanas de descanso para mí, que coincidirán felizmente con las vacaciones veraniegas. En realidad, puesto que me recuperaré en Castel Gandolfo, a lo mejor estaré más accesible, y por consiguiente mejor dispuesto para ocuparme de cualquier emergencia, que la mayoría de los prelados de vacaciones, incluidos ustedes.

El primer impulso de Palombo fue el de señalar que el propósito de la carta de dimisión no era

ocuparse de la recuperación del papa, sino de otras posibilidades de mayor gravedad. Pero ante la imposibilidad de discrepar del pronóstico de los oncólogos, decidió no forzar la situación. Bastaría disponer de la sentencia de muerte del papa firmada en el momento del voto de criterio común de los obispos. Por consiguiente, sería suficiente tenerla la próxima primavera, por lo menos según los cálculos de Maestroianni. En otoño, sería sólo necesario provocar otras oportunidades para apretar los tornillos.

Con el consuelo de dicha idea, su eminencia no tardó en recuperar la compostura. Dada la acumulación de problemas que asediaba actualmente a su santidad, el mero hecho de que una delegación de sus cardenales decanos le presentara una carta de dimisión debió de crearle cierto impacto. Un impacto desmoralizador. No había razón alguna para preocuparse por la pequeña victoria del sumo pontífice.

Palombo tenía razón.

De hecho, el papa no estaba desmoralizado, pero el gusanillo de la duda empezó a atormentarlo de nuevo. Se sintió de nuevo afligido por no haber logrado avivar la conciencia de sus cardenales, no haber logrado que actuaran con fidelidad a Jesucristo, a Pedro y a la fe transmitida por los apóstoles. Lo preocupaba enormemente que al haber conservado en su lugar a tantos malos obispos, malos teólogos y malos sacerdotes, había abandonado a los que permanecían fieles a la Santa Sede y a la fe. Lo preocupaba haber permitido que la situación se deteriorara, hasta el punto de que Palombo se considerara capaz de arrebatarle de las manos las riendas del gobierno.

Todavía convencido mentalmente de su política papal, el papa eslavo logró imponer su voluntad sobre aquellos pensamientos depresivos. Aquél no era el único período difícil en la historia del papado, se dijo a sí mismo. Si lograba aguantar el tiempo suficiente, si lograba conservar aquellos sólidos principios de la fe y la moralidad, si lograba mantener la mirada fija en Jesucristo y en la Virgen María a la espera de los signos prometidos en Fátima, todo se resolvería en la sufrida Iglesia a la que servía y en el sufrido al que tanto quería. Si lograba...

E1 29 de junio, día previsto para el ingreso de su santidad en la policlínica Gemelli, era también la fecha en que debía presidir la ceremonia de admisión de Michael Coutinho al Sacro Colegio Cardenalicio, en la basílica de San Pedro. Puesto que aquél era el día consagrado a los grandes apóstoles Pedro y Pablo, y puesto que los rumores romanos siempre estaban dispuestos a sazonar todos los sucesos papales con una pizca de superstición, algunos vieron cierta premonición en aquella sucesión de acontecimientos. Algunos recordaron otro 29 de junio, una ceremonia de promesa en la capilla de San Pablo, el entronamiento del príncipe en la ciudadela.

Cuando por fin dejó su trabajo y se dispuso a reunirse con el doctor Fanarote y su equipo de especialistas en la policlínica Gemelli, su santidad sufría un dolor intenso. Sus únicos acompañantes eran su secretario, el monseñor Sadowski, y su jefe de seguridad, Giustino Lucadamo. A partir de la mañana siguiente, del momento en que el papa entraría en el quirófano y durante los primeros días de su recuperación, Sadowski y Lucadamo formarían parte del equipo de cinco personas dedicado exclusivamente a dirigir los asuntos papales. Las otras tres personas, «mis cuidadores» como los denominaba el Santo Padre, eran el cardenal Sanstefano de la PECA, el portavoz pontificio Miguel Lázaro Falla y, evidentemente, el doctor Fanarote. El cardenal secretario y los demás cardenales ejecutivos no estaban autorizados a intervenir hasta que el Santo Padre volviera a la normalidad.

Lucadamo había ejecutado ya planes a corto plazo, con instrucciones concisas y concretas al personal del hospital, incluido el cirujano y sus ayudantes. Durante la estancia del papa, se llevaría a cabo una vigilancia electrónica completa de las dependencias del hospital y de las personas que entraran y salieran del mismo. Toda persona que interviniera en los cuidados del papa, por insignificante que fuera su tarea, debería rendir cuenta de cualquier detalle de su trabajo.

Los agentes de servicio en el hospital, elegidos personalmente por Lucadamo, habían recibido órdenes de mantener un control absoluto. Estaban directa y exclusivamente a sus órdenes. Y en aquella situación, la justicia empezaba y acababa en el cañón de sus armas reglamentarias.

-Si tienen una buena razón para sospechar de algún peligro, no esperen a formular preguntas. Procuren no provocar muertes, pero debemos evitar a toda costa que fallezca el papa.

Entre los líderes mundiales y personalidades públicas que mantenían contactos regulares con el Santo Padre, sólo uno rompió el extraño silencio generado últimamente. Cuando aquellos días aterradores y turbulentos tocaban a su fin y el papa eslavo descansaba solo en su cama después de la

intervención, le entregaron una breve nota: «No puedo creer -había escrito Mijaíl Gorbachov- que la providencia del Todopoderoso ponga fin a los servicios de su santidad precisamente en este momento decisivo de la historia humana.»

«La casa azotada por el viento» resultó ser más que un refugio seguro para Damien Slattery. Desde el vestíbulo de la casa, donde tocaba las horas el reloj de roble (un Paul), hasta la capilla de la torre, donde celebraba misa todas las mañanas, había algo en el lugar que consumió cualquier instinto de autocompasión que hubiera brotado en su corazón y disipó el encogimiento de espíritu que oprimía su mente. Cierta característica hereditaria parecía impregnar aquella gran mansión. Una marca indeleble de tiempos remotos, cuando los antepasados de Christian habían decidido dejar de aferrarse a sus antiguas raíces en Cornualles, no para amargarse en su resentimiento, ni para ser desterrados al olvido por la malicia de los enemigos de su fe, sino para enfrentarse en su lugar al mar abierto y encontrar unas nuevas raíces en un mundo desconocido para ellos hasta entonces.

Aunque no por ello lograba Slattery alejar la mente de Centurycity. Sabía, al igual que el sumo pontífice, que las acusaciones del cardenal destrozarían su reputación para mucha gente. Y puesto que no quería que aquello se interpusiera entre él y Gladstone, se lo contó a su amigo con toda suerte de detalles.

Fue muy significativo en cuanto a los resultados de sus esfuerzos por abrirle los ojos a Chris el hecho de que lo que le contó Damien no lo sorprendiera. Por el contrario, casi todo le resultaba ahora familiar. Desde el principio hasta el fin, el desdén con el que Slattery había sido tratado en la Casa de los Santos Ángeles, su enfrentamiento final con el cardenal, e incluso los audaces sacerdotes homosexuales con sus amantes del exterior en la pequeña cocina del monasterio, la situación que Damien le describía era semejante a los casos de muchos sacerdotes con los que Christian se había entrevistado y cuyas historias había comprobado.

No obstante, dijo Chris, parecía extraño que ni siquiera el padre provincial dominico hubiera manifestado algún sentimiento religioso, por poco sincero que fuera.

-¿No mencionó que los hijos de santo Domingo debían mantenerse unidos y ayudarse mutuamente?

-¿Haneberry? -exclamó Damien con una carcajada-. Parecía una gallina sobre una parrilla caliente. Le faltaba tiempo para librarse de mí. Eso era lo que se propusieron y lo lograron como auténticos profesionales. Se las han arreglado para obligarme a vivir excluido de la orden, hasta que finalicen su decisión respecto a mí. Entretanto, estoy seguro de que tanto Haneberry como el cardenal presentarán denuncias más graves contra mí. Afirmarán que he perdido el control, que estoy sicológicamente desequilibrado. Lograrán que ningún obispo me incardine. Y si no encuentro a ningún obispo, me quedaré solo. Convertido en laico. Liberado de mis votos religiosos y eclesiásticos. Canónicamente, dejaré de existir para ellos.

-Es igual al caso de Mike O'Reilly.

El asco se dibujó en el rostro de Christian. Recordó el caso del padre Michael, abandonado por el hombre que se suponía debía alimentar sus corderos y sus ovejas. Eso era lo que O'Reilly le había dicho. Y, en esencia, eso fue lo que Chris repitió al ensañarse con el papa.

-La clave es este Santo Padre -exclamó acalorado Gladstone-. Puede que el padre Aldo tenga razón. Tal vez este papa es el obediente esclavo de Nuestra Señora. Tal vez acatará la voluntad de Jesucristo, como la Virgen nos la ofreció en Fátima. Puede que contemple el conjunto de la situación geopolítica y sepa que no se implantará el nuevo orden mundial, que cambiaría la familia humana de tal forma que la religión ya no tendría lugar, que el mensaje de Fátima esté relacionado con todo esto. Pero también cabe la posibilidad de que el papa esté simplemente magnetizado con el cambio geopolítico. Y, entretanto, provoca más problemas de los que ninguno de nosotros es capaz de resolver.

-¡Un momento, Chris! -exclamó Slattery, que a pesar de haber visto antes a Gladstone enojado, nunca había presenciado semejante estallido, ni comprendía por qué había mencionado de pronto a Aldo Carnesecca.

-¡Le diré por qué, Damien! -respondió Christian, al tiempo que sacaba el borrador del nuevo catecismo que el padre Aldo le había mandado y se lo arrojaba a su amigo-. He mantenido una larga conversación con el padre Aldo sobre esta arenga que el Santo Padre pretende hacer pasar por una

profesión universal de nuestra fe. He estado a punto de aceptar el punto de vista de Aldo. Sin embargo, ahora creo que no cuela. Llámelo catecismo si quiere. Pero es una perfecta reproducción de todo lo que apesta en la organización posconciliar de la Iglesia. Todos los dogmas fundamentales están ahí en blanco y negro. ¡Siempre están! Pero está también lleno de esa basura conciliatoria que conduce a la crucifixión de buenos sacerdotes como Mike O'Reilly, o usted mismo, o un par de centenares de los que podría hablarle.

»De pronto, el infierno deja de ser factible para nosotros porque no encaja con la merced edulcorada de Dios. Lo único que uno debe hacer para salvarse, y a saber lo que eso significa ahora, es ser miembro conformista de esta inestable sociedad de naciones. ¡Si semejante marco es católico, estoy dispuesto a comerme las setecientas páginas de este denominado catecismo para cenar!

»Entonces, dígame padre Damien, ¿ha sido todo un plan preconcebido desde el corazón del Concilio Vaticano Segundo? ¿Está este sumo pontífice implicado en todo ello, en esa transformación miserable del catolicismo? ¿O es una mera coincidencia que ciertos documentos conciliares como *Gaudium et Spes* y *Lumen Gentium* sean exactamente iguales al Derecho Canónico de 1983? ¿Y que todos sean iguales a este catecismo? Respóndame si puede, Damien. ¿Cuál es la clave de la incógnita? El papa eslavo estuvo en el concilio. Redactó dichos documentos. Es quien los defiende. ¿Entonces de qué lado está? Desde que se convirtió en papa, ¿por qué ha permitido que la Iglesia llegara a este nivel de corrupción? Respóndame si puede, padre. ¿Están los obispos de aquí en lo cierto? ¿Han dejado realmente de importar el papa y el papado? ¿No es eso lo que creen? ¿No es así como él actúa?

Slattery se quedó mudo. Ni siquiera aquella tarde en el Angelicum, cuando había mantenido otra discusión con Chris sobre los motivos del papa, había oído semejante sentimiento por parte del joven sacerdote. De pronto a Damien no pareció importarle su propia crisis.

-Existe otra posibilidad, Christian -dijo Damien en lo que a pesar de su profunda voz parecía un susurro, después de la diatriba de Gladstone-. Cabe la posibilidad de que, desde el principio de este pontificado, ya todo hubiera terminado. Es posible que las semillas de la apostasía hubieran sido sembradas y florecieran. Es posible que Jesucristo hubiera dado por obsoleta esta versión de la organización de la Iglesia. Es posible que el Espíritu Santo eligiera a este papa, al igual que a Pedro, por sus debilidades más que por su fuerza. Más por su falta de comprensión que por su sabiduría. Más por su amor a Jesús, que por su comprensión de la clase de reino que Jesucristo desea que sus criaturas construyan. En otras palabras, puede que el Todopoderoso esté harto de tanta corrupción. Harto de esta generación. Puede que todos estemos destinados a ser reemplazados por una nueva generación. Otra raza de católicos. Una raza mejor, más sincera, más limpia. Es posible que el papa eslavo sea el último papa de esta era del catolicismo. Y es incluso posible que él lo sepa. Que lo haya sabido en todo momento.

En pocos segundos, Slattery había desarmado las teorías sobre el papa eslavo, las había agrupado en una posibilidad tan terrible, que la mente era casi incapaz de asimilada e incluso de aceptada. Convertido de pronto en un extraño en un entorno tan familiar, Chris buscaba asideros a los que agarrarse.

-Supongamos que es cierto, Damien -empezó a decir lentamente Gladstone, avanzando a tientas en un nuevo territorio-. ¿Le otorgaría eso el derecho a su santidad de permitir que tantos hombres buenos como usted se hundieran en la desgracia? ¿Interpreta eso el papa como la voluntad de Jesucristo? ¿O se trata sólo de una gran apuesta con las vidas de los demás?

Aquel género de preguntas no era nuevo para Slattery. Para él, las respuestas eran tan antiguas como el propio cristianismo.

-Supongo que piensa lo mismo que yo respecto a la voluntad de Jesucristo. Si buenos hombres padecen, debe de ser porque Dios lo permite. En realidad, porque ésa es su voluntad, como lo fue la crucifixión. Y por la misma razón. Existe siempre una gran discrepancia entre las prioridades de Dios y las prioridades del mundo. Es precisamente a partir de dicho sufrimiento que Dios obtiene mayores beneficios de los que usted, o yo, o el papa, o cualquier otro pueda siquiera imaginar.

»Supongo que puede decirse que el papa está haciendo una gran apuesta. Y siempre es difícil tomar decisiones en un mundo tan lleno de truenos, rayos, gemidos humanos y niños que lloran. La realidad humana no está ordenada.

-¿Eso es todo? -preguntó Christian, que no estaba dispuesto a darse todavía por vencido-. ¿La elección del papa consiste en esperar los resultados de una apuesta, mientras el mundo se desorganiza lo

suficiente para ser gobernado?

-No, Chris. No es eso. Desconozco la totalidad de la política de este papa. Extiende la mano de una forma nueva a todos los seres humanos sin excepción. A eso se refiere en parte cuando habla del «nuevo Jerusalén». Si su política es dolorosa para nosotros como individuos, si no encajamos en la Iglesia conciliar que este papa está elaborando, si nos sentimos marginados por su creación, reaccionamos como lo hicieron sus antepasados. Actuamos como siempre lo han hecho los católicos. Seguimos adelante. No tenemos las respuestas. Que yo sepa, la única vía de acceso a las respuestas en esta Tierra es el Santo Padre. Por consiguiente, nos aferramos a este hecho básico de nuestra fe: el papa es Pedro. Mientras siga vivo, el papa eslavo es el vicario de Jesucristo. Ése es su trabajo. Jesucristo cuidará de él y de nosotros.

»Y mientras nosotros sigamos vivos, usted y yo somos sacerdotes. Ése es nuestro trabajo. Podemos andar unos pasos detrás del Espíritu Santo, confiando siempre en la fe revelada mediante los apóstoles y manifestada por las enseñanzas de la Iglesia a lo largo de los tiempos. Incluso en las peores circunstancias, podemos agachar la espalda para aportar nuestra diminuta colaboración a la obra que Jesucristo, con sabiduría y amor, confía siempre a manos indignas.

-En otras palabras -dijo Christian, con el esbozo de una amarga sonrisa en sus labios-, me está diciendo que vuelva al trabajo.

-En otras palabras -respondió Slattery, al tiempo que le devolvía a Gladstone el catecismo-, le estoy diciendo que deje de juzgar al papa. Recemos ambos para que su santidad supere la intervención quirúrgica. Y ofrezcámosle como regalo un trabajo bien hecho.

Mientras esperaban noticias de la policlínica Gemelli, y Chris, todavía no convencido por la apasionada defensa de Damien del papa eslavo, seguía luchando con sus sospechas, ambos sacerdotes examinaron los montones de información que habían reunido.

Día tras día se reunían en la biblioteca, para comprobar sus datos sobre nombres, fechas y lugares, analizar las actividades documentadas que cada uno había recogido y verificadas independientemente uno de otro. Y día tras día, Damien estaba más convencido de que tenía razón. No era sólo el hecho de que las pruebas mostraban que tanto la actividad homosexual como el satanismo ritual habían alcanzado un nivel organizado entre el clero estadounidense, sino que los mismos nombres y los mismos lugares aparecían en ambos grupos de información.

Chris, por ejemplo, había catalogado centenares de casos de curas pedófilos, cuyos obispos los trasladaban de parroquia en parroquia. La documentación de Slattery mostraba que algunos de dichos obispos estaban involucrados en conciliábulos establecidos. En realidad, algunos de ellos figuraban incluso en los misteriosos archivos de actividad satánica que el obispo Russeton había elaborado cuando dirigía la capilla madre. Como lo había prometido, Sylvester Wodgila no tardó en encontrar la ayuda necesaria para descifrar los nombres y los lugares de capillas afiliadas, a lo largo y ancho del país. De modo que ahí estaba todo, tan claro como el agua.

En realidad, tan convincente era la pauta que emergió, que Chris logró establecer literalmente las coincidencias entre la actividad pedófila clerical y los conciliábulos satanistas conocidos. Logró identificar la ubicación de las diócesis, demasiadas repartidas por el país, donde los nombres de curas pedófilos eran idénticos a los nombres de curas que Damien había relacionado con conciliábulos satanistas.

-¿Curioso mapa, no le parece? -preguntó Slattery, que examinaba con asco la información recopilada por Christian.

-Es la imagen de una tapadera. Pero no comprendo cómo es posible. Dado el número total de obispos y sacerdotes en el país, estamos hablando relativamente de un puñado. Pero aquí tenemos una gran burbuja de basura en el centro de la Iglesia. Sin embargo, nadie protesta. ¿Están todos los malos al mando? ¿Y los buenos están ciegos? ¿O son marionetas del cardenal O'Cleary? ¿Temen que si estalla la burbuja cubrirá sus propios rostros de porquería?

» ¡Adelante, Damien! -exclamó Christian, que empezaba a descifrar con mucha eficacia el pensamiento de Slattery en su mirada.

Damien no ofreció ninguna respuesta a las preguntas de Gladstone, sino que agregó una serie de preguntas propias.

-¿No le parece que todo encaja, Chris, si reúne la información? Está la decisión del cardenal O'Cleary de ordenar a tres sacerdotes, que habían demostrado ser homosexuales activos. Está la cuestión de esos curas pedófilos trasladados de un lado para otro por sus obispos, y la negativa constante a expulsar de la Iglesia a los culpables conocidos. Está el fondo especial que los obispos se han visto obligados a fundar, para pagar cientos de millones de dólares en arbitrajes. Están las pruebas que Wodgila ha encontrado, que vinculan Centurycity con el obispo Russeton, y la capilla madre de Russeton con otras diócesis a lo largo y ancho del país. Y ahora este mapa indica la existencia de un vínculo entre la homosexualidad pedófila y el satanismo ritual entre el clero.

»Es bastante lamentable que los fieles paguen para mantener estos malévolos juegos y que los obispos enfrenten la Iglesia a las familias católicas ante los tribunales. Pero si seguimos investigando, tal vez descubramos que no se trata sólo de una tapadera. En este momento, reconozco que no es más que un presentimiento por mi parte. No tengo pruebas. Pero creo que la pregunta que debemos formularnos de ahora en adelante es si existe un esfuerzo para transformar la Iglesia en un santuario seguro para pedófilos conocidos. Y, al mismo tiempo, crear un campo de cultivo perfecto para cultos satanistas.

»Si llegamos a encontrar pruebas para contestar a esta pregunta, tal vez descubramos que estamos ante un esfuerzo encaminado a destruir la Iglesia, tanto moral como monetariamente. Un intento deliberado y expertamente organizado, para destruir la Iglesia desde el interior.

En lo más profundo de su alma, Christian lamentaba haberle preguntado a Slattery por su interpretación. Intentó discutir que Damien lo veía todo a través de los ojos de un exorcista. Que veía a Satán en todos los rincones oscuros. Que su «presentimiento» era demasiado grotesco para ser factible. Sin embargo, ¿no había llegado el padre O'Reilly a conclusiones semejantes? No en el sentido de que hubiera visto al diablo tras los acontecimientos, salvo en un sentido muy general. Pero estaba convencido de que trataban con una red de protección que se extendía hasta la misma Roma.

Por fin, Gladstone tuvo que formular las preguntas que convertirían su propia situación en insostenible. Si existía tal esfuerzo contra la Iglesia, ¿hasta qué nivel de la jerarquía creía Slattery que llegaba?

-¿Alcanza a Maestroianni y a otros cardenales con los que he trabajado? ¿Cree que llega a dicho nivel?

Una vez más, Slattery guardó silencio. Y de nuevo Christian insistió. Después de llegar tan lejos, prefería saberlo todo.

De la forma más desapasionada posible, Damien recordó las sospechas de Giustino Lucadamo, a raíz de una reunión celebrada hacía algún tiempo en Estrasburgo. Sospechas que involucraban a Maestroianni, Aureatini, Palombo y Pensabene en un proyecto destinado a obtener una serie de votaciones en las diversas conferencias episcopales, regionales y nacionales, alrededor del mundo. Según Lucadamo, dicho proyecto sería la espoleta de cierto mecanismo que garantizaría la dimisión del papa eslavo.

-¡Si Lucadamo sospecha de ese grupo, debe de sospechar también de mí! -exclamó Gladstone con una mueca.

La respuesta de Slattery fue el silencio. Un silencio elocuente.

Chris hundió la cabeza en sus manos. No sabía si reír o llorar. El mundo se había vuelto loco. Él sospechaba del papa. Lucadamo sospechaba de él. Slattery sospechaba de toda la jerarquía. Tal vez deberían recluirse todos en un manicomio, él inclusive. De lo contrario... De lo contrario, ¿qué? Su mente era incapaz de proseguir. Todavía.

Recién salido de su propia y profunda aflicción, Damien intentó consolar a su amigo retrocediendo tanto como pudo.

-No se preocupe por Lucadamo, Chris. Cobra para sospechar. Pero es un hombre justo, y devoto de la Santa Sede. Descubrirá la verdad respecto a usted. En realidad, creo que lo mejor que podemos hacer es seguir el ejemplo de Lucadamo. Sigamos con la labor para la que hemos venido. Formulemos todas las preguntas necesarias. Pero seamos justos y mantengámonos libres de prejuicios.

»En lo concerniente a Maestroianni, puede que no sea amigo de este papa. Y con toda seguridad tampoco es amigo mío. Forma parte de un grupo que cree que la sabiduría radica en la historia. Pero sería un gran salto colocar a Maestroianni en la misma categoría que el obispo Russeton. Existe una diferencia discutible entre lo que Maestroianni denominaría a lo mejor una actitud cosmopolita y de

sentido común respecto a la situación concreta de la Iglesia, de las duras realidades financieras y políticas, por ejemplo, y la idea de un reino consagrado explícitamente a principios luciferianos.

»Los que profesan el luciferianismo actúan como si existiera una sabiduría tras el cambio constante de decorado de la vida cotidiana. Hoy en día, mucha gente ve esa clase de sabiduría, sabiduría luciferiana si uno quiere, como impulsora de la historia mediante accidentes aparentes de los asuntos humanos. No obstante, ¿basta que un clérigo identifique sus ideas y ambiciones profesionales, para sí mismo y para la Iglesia, con las que encajan en el molde luciferiano, para considerado satanista? O, para ceñirnos a lo concreto, sólo porque Maestroianni se haya codeado en Estrasburgo con un grupo heterodoxo de globalistas, no me atrevería a discutir que se ponga de rodillas al pensar en el ángel caído.

Gladstone miraba con fijeza a Slattery. En otro momento, podía ser interesante discutir aquel razonamiento teológico con su amigo. Ahora, sin embargo, su preocupación era estrictamente práctica.

Chris siempre había sabido que en Roma su papel era bastante insignificante. Pero el nombre de Gladstone ya era otra cosa, y ésa era la razón por la que un personaje como Maestroianni lo preparaba para un papel futuro. Hasta el día de hoy, no se le había ocurrido otra razón para que el pequeño cardenal lo eligiera de la nada y le encargara una misión que enardecía su categoría entre obispos de dos continentes.

Pero ahora Slattery acababa de darle otra razón. Si Lucadamo estaba en lo cierto en cuanto a la naturaleza de la reunión de Estrasburgo, a Gladstone no se le preparaba para nada. En la actualidad se le utilizaba. Como a un simple peón. Como ingenuo participante en un asqueroso juego de política antipapal. El trabajo que había realizado para Maestroianni, las delicadas preguntas que había formulado a los obispos concernientes a su percepción del papa, los informes exhaustivos en el despacho de Maestroianni, y los favores que les había hecho a los obispos a petición de Maestroianni, todo ello se utilizaba para ¡consolidar una confabulación contra el papa!

-¡No tiene idea de lo que ha estado ocurriendo! -exclamó Christian, furioso consigo mismo y con Maestroianni-. ¡No conoce el alcance de mi trabajo como mozo para esos cabrones! ¡Se supone que es muy confidencial, y ahora comprendo por qué!

Slattery no sabía de qué le hablaba Gladstone.

-¡Permítame que se lo cuente, Damien! -respondió Chris, incapaz de quedarse quieto o de permanecer sentado, mientras caminaba de un lado para otro-. He estado consiguiendo favores y facilidades para unos treinta o cuarenta obispos en Europa. Cosas como la relajación de los decretos de compartimentación en Amberes, para que el obispo o algún amigo suyo pudiera construirse un chalet en cierto lugar determinado. Cosas como la desaparición de un informe sobre la indiscreción de algún cura con una mujer. Cosas como el trato preferente otorgado al sobrino o hermana de algún arzobispo, para un cargo gubernamental.

-¿Pero cómo, Chris? -preguntó Slattery confuso-. ¿Cómo conseguía esos favores?

-¡Mi hermano! -exclamó Gladstone, con la mirada fija en su amigo-. Mi hermano, Paul. Es el secretario general del Consejo de Ministros de la CE. Gracias a mí, a ambos se nos han cagado encima. A mí, por estar en Roma a merced de Maestroianni. Y a mi hermano, porque está en situación de hacer favores. ¡Y lo peor del caso es que Lucadamo está en lo cierto respecto a mí! ¡Yo he sido quien lo ha hecho todo posible! Alejé las dudas de mi mente. Me dejé convencer por el argumento de que mi misión primordial consistía en ayudar a Maestroianni, a mejorar la unidad y la solidez de la Iglesia. Me dije a mí mismo que lo hacía todo por «la exaltación de la Santa Madre Iglesia y el bien de la Santa Sede», como reza la vieja oración. Todas las visitas a los obispos. Todas las comprobaciones estadísticas. Y, sí, también todos los favores.

»Pero en todo momento, les he estado ofreciendo a Maestroianni y a los demás un modelo práctico del desbarajuste episcopal. Puedo contarle, y se lo he contado ya a Maestroianni, cuál es la posición de los obispos respecto a los asuntos importantes y qué problemas locales tienen. Y por si no fuera suficiente, los favores que les he hecho han puesto a muchos obispos de parte de Maestroianni.

Gladstone movió la cabeza y se dejó caer en su silla. No podía creer su propia y obstinada estupidez.

-Usted intentó avisarme, Damien. ¿Recuerda aquel almuerzo en Springy's? Me dijo que Maestroianni, Palombo y los demás podían haber hecho ya mucho para reparar los problemas de la Iglesia, si eso era lo que se proponían. -Tan enojado estaba Chris consigo mismo, que casi envidiaba a

Slattery-. Por lo menos sus enemigos le han encontrado tan indigesto, que se han visto obligados a expulsarlo de sus bocas. Pero yo soy un perfecto cabeza de turco. ¡Pero ya no! ¡Maestroianni no volverá a ver a esta marioneta!

A Slattery se le endureció el rostro al absorber el alcance de la situación de Gladstone. Pero se recuperó al momento. Tal vez, sugirió, podrían darle un giro al juego de Maestroianni y volverlo contra él.

-Con usted como mensajero del cardenal y sus secuaces, quizá podamos sacarle provecho al asunto.

-¡Alto ahí, Slattery! -exclamó Gladstone, que se levantó de nuevo-. No estará sugiriendo... Quiero decir, no hablará en serio...

-¡No, no! Espere un momento. Hasta hace unos instantes, no tenía la menor idea de lo que sucedía. Pero ahora que la tiene, está en mejor situación que Lucadamo o cualquier otra persona que yo conozca, para dominar esa situación de Estrasburgo.

Chris apenas había iniciado una retahíla de objeciones a la propuesta de Slattery -« ¿Y si Lucadamo no está de acuerdo? ¿Qué haré cuando regrese a Roma y deba enfrentarme a Maestroianni?»- cuando Beulah Thompson llamó a la puerta de la biblioteca.

Entre Damien y Beulah había existido amor a primera vista. En lo que concernía a Beulah, el padre Damien Slattery pertenecía de una forma natural a una gran mansión como «La casa azotada por el viento». Y en lo concerniente a Damien, el nuevo mundo nunca había visto, ni vería, mejor cocinera que Beulah Thompson.

-¡Tanto rato ahí encerrados, parece que estén organizando un atraco a Fort Knox! -exclamó Beulah con su peor ceño-. Si me despisto un poco, se quedarán sólo con la piel y los huesos. ¡La señorita Cessi me despellejará, y también la señorita Tricia, si a su regreso de Irlanda se encuentran con dos viejos y pálidos espantapájaros!

-¡No tema, Beulah! -exclamó Slattery, convencido de que les vendría bien un respiro, mientras se golpeaba la barriga con ambas manos-. ¡Pero si la cena está lista, yo soy su hombre!

-¡Usted también, señorito Chris! -dijo victoriosamente Beulah, que ya se disponía a servirles un verdadero festín.

Damien se puso de pie, pero Chris todavía quería alguna respuesta a su dilema de cómo tratar a Maestroianni y a los demás, que lo había utilizado como un chulo utiliza a una prostituta.

-Pues se lo diré, mi querido muchacho -respondió Damien con un fuerte acento irlandés y una radiante sonrisa, pero hablando con seriedad-. Es la fórmula más antigua del mundo para los que mandan como corderos entre los lobos. Cuando regresemos a Roma, será listo como una serpiente. Será simple como una paloma. En resumen, será un sacerdote.

Temprano por la mañana del 30 de junio, monseñor Daniel ungió al papa eslavo con los aceites sagrados de la extremaunción. A continuación lo trasladaron por los pasillos custodiados hasta el quirófano, donde bajo la estrecha vigilancia de Giustino Lucadamo se le administró la anestesia.

Su pensamiento retrocedió entre tinieblas a una ocasión anterior en aquel mismo hospital. A un día de agosto de 1981, cuando Ali Agca le había disparado en la plaza de San Pedro. Aquel día se le apareció la Virgen María, le advirtió acerca de los errores en Rusia, y le mostró el milagro del sol, como lo habían visto Lucía, Jacinta y Francisco el 13 de octubre de 1917. Pero hoy no era un día de milagros. Hoy había silencio. Oscuridad.

Pero un momento... ¿Qué era ese ruido? ¿Qué hacía ahí, al borde de ese precipicio? Sentía la presión de una enorme muchedumbre a su espalda. Intentó volverse... algo le sujetaba... pero oía el murmullo. Hombres. Mujeres. Niños. Murmullos de protesta. Murmullos enojados. Una algarabía de lenguajes. Preguntas confusas. ¿Por qué no alcanzaba a comprenderlas? Había hablado tantos idiomas, a tanta gente, en tantos países. ¿Por qué no llegaba a comprenderlas?

De pronto, alguien le arrojó del precipicio al interior de la basílica de San Pedro. Era el Día de la Asunción. 8 de diciembre de 1965. Fin del Concilio Vaticano II. El viejo papa estaba en el altar mayor... hablando... con la mirada fija en millares de obispos sentados en bancos apretujados en la nave de la Iglesia. ¿Pero por qué nadie parecía escucharlo? ¿Por qué corría la hermana Lucía de un lado para otro? ¿Por qué no oía nada? ¿Por qué no escuchaban los obispos? ¿De dónde habían sacado esos pequeños

birretes blancos que llevaban, como tantos papas? ¿Dónde estaban sus mitras?

¿Y quiénes eran esos calvos? ¿Esas docenas de individuos altos, vestidos de negro, con glóbulos desprovistos de ojos que circulaban entre los obispos? ¿Por qué les chillaban de aquel modo a los obispos? ¿Como un coro mecánico? «¡Hombre! ¡Hombre! ¡Hombre!» Muy afligido, el papa eslavo se tapó las orejas. Corrió al altar mayor. Tal vez lograría retirar aquel extraño paño negro, envuelto alrededor de los pilares serpentinos de bronce bajo el baldequín. Si lograra retirar esos paños, los obispos podrían oír al viejo papa.

Arrancó el velo oscuro y comprobó horrorizado que los cuatro pilares habían sido demolidos por la base. Los huesos y las cenizas de treinta mil antiguos mártires romanos brotaban como cascadas de unas horrendas bocas y envolvían a los presentes en la basílica. Alguien empezó a castañetear con los huesos. Volvió la cabeza. ¿Quién hacía repiquetear los huesos? Pero lo único que lograba ver era el velo oscuro que envolvía al viejo papa y le ocultaba el rostro. Lo único que veía eran nubes de globos que se elevaban hacia la soberbia cúpula de la basílica.

Quería ver la cara del viejo papa. Luchó contra la marea de huesos. Arrancó de nuevo el velo. Pero seguía sin poder ver con claridad el rostro. ¡Por qué no! La basílica entera estaba iluminada. Pero no con lámparas. No había lámparas. Era una luz deslumbrante y aterradora. Una conflagración. ¡Sí! ¡Eso era! Una conflagración junto a la basílica, que envolvía sus muros venerables, acariciaba su cúpula...

¿Por qué no podía nadie oír su advertencia? Él sí que oía sus palabras en el interior de su cráneo. ¿Pero por qué no podían oírle? ¿Por qué no lograba que Slattery y Gladstone le oyeran? ¿Por qué no le oía Angelo Gutmacher? ¿Por qué no podía Maestroianni oír las palabras de bendición del exorcista? ¿Por qué no lograba que Jesucristo oyera lo mucho que le quería? Las palabras salían de su boca en una mezcla de latín, italiano y polaco:

-*Credo in unum Deum... Maryjo, Krá1owo Olski... lntroibo ad a1tare Dei... Prosze Cie... Io, fig1io dell'umanita e Vescovo di Roma... B1ogas1aw dzieci Twe... Ubi Petrus, ibi Ecclesia... Io, fig1io dell'umanita*...

Los rostros se le acercaban. ¿Por qué no podían oírle? ¿Por qué nadie, en ningún lugar, oía aquellas palabras? Rostros blancos y rostros negros. Rostros amarillos, rojos y castaños. Rostros ensangrentados. Rostros sonrientes. Rostros enojados y con ceño. Rostros que reconocía y otros a los que no podía atribuir un nombre. Rostros que acallaban todos y cada uno de sus esfuerzos.

Esas divisiones armadas que le rodeaban en el santuario de Czestochowa en su querida Polonia... ¿por qué no podían oírle? Esa muchedumbre abucheadora en Amsterdam, que arrojaba excrementos a su vehículo y le quemaba en efigie... ¿por qué no podía oírle? Esa muchedumbre que amenazaba con arrojar litros de sangre contaminada del sida por las calles de Denver... ¿por qué no podía oírle? ¿Cómo podía no oírle Ali Agca sentado junto a él en la celda de su cárcel?

-¡Miguel!

Sin duda el gran arcángel le oiría. Una y otra vez pidió socorro.

Llamó rezando.

-Miguel... Miguel... Miguel...

-¡Recibimos respuesta a las oraciones, padre Damien!

La noticia del doctor Fanarote era precisa, y si bien no resolvía los problemas de Christian, servía para aliviar una de sus mayores preocupaciones. El tejido extirpado por el cirujano estaba peligrosamente cerca de ser canceroso, y persistía cierta preocupación por el obstinado y misterioso megalovirus que portaba todavía el sumo pontífice. Pero el pronóstico era bueno. Su santidad estaba fuera de peligro y descansaba.

-¡El Santo Padre ha superado victoriosamente la intervención! -exclamó Chris tan eufórico que casi olvidó colgar el teléfono.

-¡Hemos recibido respuesta a las oraciones! -repitió Slattery, con un gran suspiro de alivio.

El informe de Fanarote le facilitó cuanto necesitaba saber acerca del papa. Y la emoción que embargaba el rostro de Christian le indicaba lo que cabía esperar sobre la voluntad de aquel sacerdote, bueno aunque trastornado, para seguir en el buen camino.

Había llegado el momento de volver al trabajo.

CUARENTA

Eran casi las diez de la noche cuando el padre Aldo Carnesecca regresó al monasterio de San Juan de la Cruz, en las afueras de Barcelona. Era lo suficientemente tarde para verse obligado a tocar el timbre, a fin de que el vigilante, Jorge Corrano, le abriera la puerta cerrada y atrancada. Al oír a Carnesecca y a su marido que charlaban, María Corrano se asomó desde sus aposentos en la planta baja para saludar. Todo el mundo hablaba de lo corto que parecía haber sido el verano. Ahora que había llegado setiembre y los peregrinos se habían marchado, se respiraría mucha tranquilidad en el monasterio.

-Demasiada tranquilidad -lamentóse Jorge-. No como en los viejos tiempos.

Después de desearse las buenas noches, Carnesecca decidió pasar un rato en la capilla antes de acostarse. Estaba más cansado de lo habitual, pero quería dar las gracias ante el altar por las labores del día. Cuando por fin subía por la escalera de mármol hacia su habitación, tomó nota mental de que le comentaría a Gladstone la amabilidad de Jorge y María. Cuando se preparaba para meterse en la cama, estaba tan cansado que casi olvidó aplicarse las gotas de Isopto Carpine que el doctor Palacio y Vaca le había recetado. Agotado, extendió la mano para coger el frasco, echó la cabeza hacia atrás y con un rápido movimiento en el que tenía ya mucha práctica se aplicó una gota de la solución en cada ojo.

Apenas acababa de penetrar el líquido cuando sintió un dolor, como incisivas agujas que le pinchaban los ojos y penetraban hasta el cerebro. Un dolor tan horrible que gritó de agonía, se puso de pie y, sin dejar de gemir, se llevó las manos a la cara.

-¡Corrano! ¡Corrano! -chilló mientras se tambaleaba hacia la puerta e intentaba acercarse a la escalera, consciente de que necesitaba ayuda-. ¡Corrano!

Una y otra vez repetía el nombre del vigilante. La dolorosa agonía era paralizante, le apagaba el cerebro, adormecía sus músculos, le impedía moverse.

-¡Corrano!

Se tambaleó por el rellano hacia la escalera de mármol, pero el dolor era excesivo. Le impedía moverse. Perdía el conocimiento, perdía el control. Era imposible seguir por sus propios medios.

-¡Corrano!

El vigilante salió corriendo de sus aposentos, en el momento de presenciar lo peor. La inercia de Carnesecca impulsó su cuerpo por una docena de peldaños de mármol, en una aterradora y espectacular caída de brazos y piernas agitándose en el aire y la cabeza golpeándose en cada peldaño.

-¡Ay! -exclamó Corrano con los brazos abiertos y gritos que retumbaban entre los muros de mármol del edificio vacío-. ¡Ay! ¡Qué calamidad! ¡Padre! ¡Padre!

Pero no emergía respuesta alguna de la boca abierta del sacerdote. Ninguna pulsación en su cuello torcido. Ningún indicio de vida.

Y entonces los vio. ¡Los ojos! ¡Ay, Dios mío! ¿Qué le había sucedido a aquel santo sacerdote? ¿Qué le había ocurrido en los ojos?

Cuando terminaba el verano y los veraneantes se despedían de las playas y las adelfas de la isla de Galveston, cobraba vida «La casa azotada por el viento». Sin embargo, su espíritu no era de alegría y celebración. No como en los viejos tiempos.

Christian dio por finalizado su trabajo de campo y, con el padre O'Reilly como invitado en la casa y colaborador, se dispuso a escribir su informe definitivo para el papa eslavo. Pero aquella precisa labor inundó de nuevo su cerebro con un sentimiento de amargura, desconocido en su vida hasta aquella curiosa temporada en su casa.

Le mostró a O'Reilly el diagrama que había elaborado y compartió con él la idea de Damien, de que alguna versión invertida del sacrificio religioso podía ser la esencia de todo ello. Quizá Slattery tuviera razón, dijo. Tal vez existía una diferencia teórica entre el pensamiento luciferiano y la plena dedicación al príncipe de este mundo. Pero parecía indudable que la inquebrantable uniformidad de conducta entre centenares de clérigos pedófilos, muchos de los cuales ni siquiera se conocían entre sí, aquella terrible unidad de actos de violación individuales y por separado, demostraba algún tipo de obediencia a la voluntad de una inteligencia superior.

También durante aquellos días de finales de verano, y con su propio informe por escribir, el padre

Damien abandonó por fin su esfuerzo de buena voluntad por encontrar un obispo dispuesto a acogerlo.

-El cardenal de Centurycity controla la conferencia nacional de obispos estadounidenses -refunfuñó Slattery cuando hablaba con Chris, a su regreso a «La casa azotada por el viento»-. Y puesto que ése es el organismo que regula a todos los obispos, no es sorprendente que haya regresado con las manos vacías.

Bueno, no completamente vacías. Damien había pasado un tiempo provechoso con Sylvester Wodgila. El inspector había encontrado todavía más pruebas para el informe de Slattery sobre satanistas clericales y, cual perro que se niega a soltar su presa, estaba decidido a seguir investigando.

En plena actividad, Cessi y Tricia regresaron de Irlanda, para hacerse cargo de nuevo de «La casa azotada por el viento». Aunque tenía mucho que contar, la primera preocupación de Cessi consistió en restaurar el orden de la casa. El trabajo estaba muy bien, dijo, pero de ahora en adelante nadie dejaría de acudir a la mesa para comer. Y por la noche, todos se sentarían juntos como correspondía.

-¡Eso le incluye a usted, padre Damien! ¡Y también a usted, padre Michael!

Su segunda prioridad consistía en ocuparse de las halagüeñas noticias recibidas en una carta del cardenal Sanstefano. El Santo Padre no sólo había aprobado su plan para la formación de una red secreta de sacerdotes, decía su eminencia, sino que deseaba que entrara en acción cuanto antes. Como cardenal protector del proyecto, a Sanstefano le complacería que la señora Cessi organizara la necesaria financiación independiente de la orden, empezara a estudiar el problema de un alojamiento adecuado para sus miembros y sugiriera candidatos adicionales.

La noticia supuso casi un alivio, después de los decepcionantes resultados de su estancia con Tricia en Irlanda. Había depositado grandes esperanzas en que los especialistas de Dublín a los que habían recurrido encontraran una solución a su dolencia ocular deteriorante.

-Al principio todo parecía tan prometedor -dijo cuando hablaba con Chris y los demás, durante una de sus primeras cenas en «La casa azotada por el viento»-. El alivio que Tricia experimentó parecía casi un milagro. Dormía bien. Dibujaba y pintaba de nuevo. ¡Era maravilloso, Chris! ¡Ojalá hubieras podido verla! -agregó Cessi, mientras agarraba la mano consoladora de Chris como en otra época-. Pero supongo que fue sólo el aire de Kerry. Pero, como puedes comprobar por su ausencia esta noche, fue sólo temporal...

-No se preocupe, señorita Cessi -dijo Beulah, atenta como siempre a las conversaciones familiares, con una buena dosis de optimismo-. Acabo de estar en su habitación, y está muy animada. La señorita Tricia es una mujer muy especial, de modo que no se desanime.

Como de costumbre, todos aceptaron el consejo de Beulah. Mientras Chris, Damien y el padre Michael dedicaban los días inmersos a sus misteriosos proyectos, Cessi pasaba las horas haciendo planes y llamadas telefónicas. Localizó al cardenal Sanstefano en su refugio veraniego, para estudiar con él los detalles. Se puso en contacto con Glenn Roche en Nueva York. En su calidad de principal asesor financiero, confiaría en él para establecer un fondo independiente y autoperpetuador, a fin de financiar su red de sacerdotes.

Sin embargo, Cessi nunca había sido partidaria de hacer las cosas a solas. A pesar de lo ocupados que estaban, compartió su proyecto con los tres hombres. Era la mejor forma que se le ocurría para ampliar la lista de candidatos, con la rapidez que Sanstefano le pedía, y le aportó también ciertas recompensas.

Cuando se enteró del trato que Jay Jay O'Cleary le había dispensado a Michael O'Reilly, estaba más que escandalizada. Estaba decidida a que el propio O'Reilly encabezara su lista de candidatos.

-¡Déjese de bobadas, padre Michael! -exclamó Cessi para contrarrestar sus objeciones-. ¿Cómo se atreve a exigir que el papa lo ponga todo en orden, antes de permitir que resuelva su propia situación? ¡En caso de que no lo supiera, ésta es la época más problemática de la Iglesia y el pontificado menos armónico desde el siglo dieciséis! Y a usted se le ofrece la oportunidad de ser el sacerdote que estaba destinado a ser. El sacerdote que todos necesitamos. Incluido el Santo Padre. De modo que siga enojado si le apetece. ¡Pero listo! ¡Enojado de forma inteligente!

Michael se sintió suficientemente regañado para aceptar la propuesta de Cessi. Chris también se hizo eco en su corazón de la llamada de Cessi. Su propia ira y resentimiento por el cinismo con que le habían utilizado estaban tan justificados como en el caso de O'Reilly. Pero Slattery tenía razón. A condición de que Lucadamo estuviera de acuerdo, lo mejor que Christian podía hacer para ayudar al

papa era espiar en el entorno de Maestroianni y averiguar lo que pudiera sobre Estrasburgo. Por mucho que le desagradara, lo mejor que podía hacer era engañar mientras fingía ser engañado.

Por consiguiente, en términos generales, las cosas estaban ahora mejor equilibradas. Además de Tricia, que participaba tanto como podía, Chris, Damien y Michael estaban tan involucrados en el proyecto de Cessi como en su propio trabajo, durante los últimos días de su estancia en «La casa azotada por el viento». Y noche tras noche, reunidos en la sala de estar de Cessi después de cenar en familia, escuchaban y se reían de los numerosos cuentos que el padre Damien les contaba sobre la Irlanda que él había conocido, tierra de santos y sabios donde se había criado.

Chris se reía tan a gusto como los demás. Pero sabía lo que su amigo debía de estar pasando y, a solas con su madre, compartió con ella sus preocupaciones. Ningún hombre de la edad de Slattery, le dijo a Cessi, y en particular con su historial como miembro de una orden religiosa y personaje destacado en la vida clerical, podía ser separado abrupta e injustamente de todo ello como le había sucedido a Damien, sin sufrir demasiado. Con frecuencia semejantes altercados habían trastomado la mente, si no la moralidad, de otros personajes de gran fortaleza. Gladstone esperaba y agradecía que aquella estancia de Slattery en «La casa azotada por el viento», contribuyera a su recuperación. Aquellas noches alegres de cuentos y recuerdos formaban parte de un proceso de reorganización para Slattery, en preparación para enfrentarse al futuro.

Pero una noche, a principios de setiembre, la alegría general de los cuentos de Damien dio lugar a recuerdos más recientes de Cessi en Irlanda.

-Ah, padre Damien -exclamó Cessi con lágrimas de alegría aún en las mejillas, mientras en su mente se evocaba el recuerdo del último verano-, ojalá Irlanda fuera todavía como usted la recuerda.

No todo en Irlanda había cambiado, reconoció Cessi. Nunca había estado en un lugar tan tranquilo, con el aire tan puro, la luz del sol tan benigna, tanto frescor en el follaje y en los prados. «Liselton», la casa veraniega de Paul, la sobrecogió por su distintiva elegancia. Al igual que en «La casa azotada por el viento», en «Liselton» experimentó una sensación sobrenatural, una seguridad casi intangible de que aquellas aguas del Shannon, y del océano más allá, abrían el mundo entero a la humanidad y a todas las costas invisibles de la creación divina.

-El cielo -dijo Cessi-, a pesar de que nunca está desprovisto de nubes, siempre es azul. Los chaparrones estivales nacidos del viento de poniente riegan la tierra, sin convertirla nunca en ciénaga. Los campos son casi dorados cuando maduran el trigo, la cebada y el centeno. Los frutales de «Liselton» y el huerto de Yusaij estaban repletos este año de peras y manzanas, destinadas todas ellas a las ollas de Hannah Dowd.

Al oírlas, las descripciones de Cessi les parecían idílicas a Chris, a Damien y al padre Michael. Pero Tricia conocía otro aspecto de la realidad. Ella también había estado allí y le había cautivado la belleza agreste de Irlanda, así como el nostálgico testimonio de sus monasterios, castillos y capillas en ruinas. Con Yusai y el pequeño Declan como guías y acompañantes, los lugares que visitaron, con nombres de santos cuya existencia desconocía, llenaron su imaginación. Sin embargo, las notas en su cuaderno hablaban de la melancolía inescapable que caracterizaba el campo irlandés. Era casi demasiado fácil entrar en comunión con el espíritu de los famosos santos y sabios irlandeses, que habían vivido «sin cuartel» en su momento y muerto a menudo por la espada de opresores extranjeros. Pero era casi imposible encontrar indicio alguno en vida de la fe de aquellos irlandeses, que descansaban bajo mares de césped, con cruces celtas que se elevaban como manos de piedra en actitud de rezar, para señalar su lugar de reposo.

-Tal vez eso no sea más que un homenaje de inspiración divina, a la gloria de antaño -musitó Cessi, de pronto en un tono que rompió el encanto que ella misma había creado-. Y puede que los irlandeses modernos nunca lo olviden ni lo destruyan. ¡Pero tampoco les importan un rábano el cielo, el purgatorio y el infierno! La asistencia a misa es escasa y las iglesias han sido modernizadas de forma irreconocible. En muchos lugares, ni siquiera llega a percibirse el tabernáculo. Raramente se ven confesionarios, crucifijos, las estaciones de la cruz o imágenes de la Virgen o de los santos. En la magnífica catedral de Killarney, el antiguo altar y tabernáculo de mármol ha sido dividido en varias secciones, repartidas por diversos rincones y recovecos. Los sólidos objetos que nos vinculan a la revelación han sido sustituidos por falsificaciones. Es como si la gente esperara que la vida se convirtiera en la fábula de Blancanieves y los obispos fueran los siete enanitos que silban alegremente la

melodía de la independencia.

»!Y en cuanto al clero! -exclamó Cessi, mientras agitaba las manos en el aire-. Debo decirle, padre Damien, que los curas son ancianos cansados, confusos y perdidos, o jóvenes con una gran ignorancia teológica y ostentosamente modernistas en sus ideas sobre las creencias religiosas y la conducta clerical. La nueva generación ya no siente ningún interés por la Iglesia. No tienen la menor idea de la eucaristía como sacrificio y sacramento, de que no sólo concede la gracia sino que contiene al propio autor de la misma. Son anticlericales y antipapales, y sienten un desprecio particular por el papa eslavo. Ni siquiera quieren ya que se los reconozca como católicos.

»Sólo creen en el todopoderoso dólar estadounidense y, en términos prácticos, son tan moralmente permisivos como los denominados católicos de este país. A lo que aspiran es a la comodidad material. El compromiso ha conducido a la aceptación de cosas antes inaceptables. Y la aceptación del compromiso ha sustituido a la verdad universal de su catolicismo. Ha transcurrido mucho tiempo, pero el fantasma cruel de Oliver Cromwell ha encontrado un amigo en el fantasma de Walt Disney. Y de momento parecen ganar la batalla en Irlanda.

Con el café frío y olvidado sobre la mesa, Chris miró al padre Damien. En todas partes, la vida de la gente se transformaba como lo había dicho en cierta ocasión el obispo McGregor en Hardcastle, en Kansas. Se estaba convirtiendo en un mundo sin fronteras. Una nueva comunidad humana, independiente de fronteras nacionales, culturas locales, sistemas locales de enseñanza y tradiciones locales. Independiente de lazos familiares, independiente de los vínculos sociales como los implícitos en el sacramento del matrimonio. Una comunidad sin ubicación geopolítica. Una comunidad desprovista de propincuidad, cuyos únicos atributos compartidos consistían en sus propias experiencias concretas y sus indisciplinadas intuiciones. Una comunidad aislada de sus fuentes originales del saber y sin ninguna referencia abstracta más allá de lo visible y audible. Una comunidad global de fenomenólogos.

Todo ello era muy lamentable. Pero la peor desilusión de Cessi estaba relacionada con Paul y su familia. Al parecer, Yusai se había planteado seriamente su ingreso en la Iglesia católica. Entonces Paul organizó su formación con su amigo en la catedral de Gante, el canónigo Jadot, que le enseñó a Yusai oraciones sobre «la madre tierra» y la instruyó sobre «comidas sagradas» y «danzas ecuménicas» organizadas con grupos de budistas e hindúes.

-Después de este proceso, no está más cerca del catolicismo que antes -exclamó Cessi furiosa-. Jadot le ha dicho incluso que ser un buen confucionista es lo mismo que ser un buen católico.

»Y en cuanto al pequeño Declan, es víctima de una gran negligencia por parte de su padre. Habla inglés, francés y flamenco a la perfección. Es capaz de recitar toda clase de versos sobre los dinosaurios y los cachorros de ballena, aprendidos por cierto en las clases de religión en Bélgica. Pero es incapaz de recitar una sola oración católica en ningún idioma. Tiene una vaga idea de Jesucristo como alguien que vivió hace mucho tiempo, pero no tiene la menor idea de los sacramentos.

Al tiempo que lamentaba la belleza perdida para el alma brillante de Yusai y el joven ser de Declan, Chris preguntó cómo justificaba Paul la ignorancia del pequeño respecto a su fe.

¿Fue un indicio de lágrimas lo que brilló en los ojos de Cessi tras aquella pequeña sonrisa? Nadie estaba seguro. Paul, respondió, se interesaba mucho más por cualquier crisis en la CE, que por la ignorancia de Declan o la conversión de Yusai.

-¡Basta ya! -exclamó Tricia, que ante la seriedad y la tristeza de Chris y de Cessi decidió alegrar la conversación-. ¡La última vez que mamá empezó a hablar de ese modo, casi acabamos emprendiendo una peregrinación de treinta días andando a Roma!

Cessi reaccionó con tanta rapidez como los demás. Tanta era la afinidad que había nacido entre ellos durante aquellos días de convivencia, que empezaron a competir entre sí para contar historias que ayudaran a pasar el tiempo y de esta manera ahogar las penas en una nueva oleada de risas.

Era ya bastante tarde y el padre Damien llegaba a la mejor parte de sus mejores historias, cuando el timbre del teléfono impuso el silencio en la sala.

-Un momento... -dijo Chris, que se acercó al escritorio de Cessi-. A estas horas, probablemente alguien se ha equivocado de número.

Pero al cabo de unos instantes, todo el mundo comprendió que la llamada no era equivocada. Chris escuchó durante mucho rato. Cuando por fin habló, su voz era ronca y sus palabras escasas. Sí, dijo, se lo comunicaría a Slattery. Y saldría en el próximo avión. Parecía haber cierta discrepancia en dicho

sentido, pero Gladstone insistió.

-Debo ir -afirmó-. ¡Fletaré un avión si es necesario, Giusti, pero debo ir! ¡Espéreme!

Al oír el nombre de Giustino Lucadamo y dado lo avanzado de la hora, Damien comprendió que las noticias eran malas. Pero no pudo imaginar hasta qué punto eran graves, hasta que Christian volvió la cabeza, con el rostro pálido como la cera y lágrimas en las mejillas.

-Es el padre Aldo...

Después de unas pocas horas sin poder dormir, Chris se levantó a las cuatro de la madrugada. Celebró una misa solo en la capilla de la torre por el alma eterna de Aldo Carnesecca y luego se dirigió a sus aposentos para preparar una bolsa de viaje. Le sorprendió encontrarse a su hermana en una silla de su sala de estar, que lo esperaba envuelta en una bata de verano.

Tal vez le parecería extraño el momento que había elegido, dijo Tricia. Pero como todavía faltaba una hora antes de que Chris saliera para el aeropuerto, había venido para cobrar una promesa. -¿Recuerdas que en primavera te dije que quería charlar contigo antes de que regresaras a Roma? -preguntó, mientras se ocupaba de preparar la bolsa de su hermano.

Aturdido todavía por la aflicción, Chris asintió. Lo recordaba. -Pues lo que quería explicarte, lo que deseo que comprendas como sacerdote, es sobre mis ojos. Casi había decidido abandonarlo todo. Pero la muerte de tu amigo en Barcelona, me refiero a tu reacción, me ha hecho cambiar de opinión.

»¿Recuerdas al padre Franz Willearts? -dijo Tricia, que se sentó de nuevo en su silla, antes de que Chris se le acercara, más perplejo que nunca.

El padre Willearts había sido una persona muy especial para mucha gente de Galveston, durante la época en que Tricia iba a la escuela. Como maestro, confesor y amigo, parecía el sacerdote ideal. Luego, un buen día desapareció. Había huido con una mujer, se casó con ella y dejó de vivir como sacerdote.

-Entonces hacía ya tiempo que yo había dejado la escuela -recordó Tricia-. Pero había sido mi confesor y mi amigo durante mucho tiempo. Me sentía tan desolada por aquello, que hice un pacto con Jesucristo al respecto. Le dije que estaba dispuesta a recibir el castigo que el padre Franz merecía. En otras palabras, le pedí que me aceptara como víctima y uniera mi sacrificio al suyo. Le dije que me arrebatara lo que quisiera. Mi vida, o cualquier parte de mi ser. Pero a cambio, le pedí que le otorgara al padre Franz la gracia de arrepentirse y de regresar a sus obligaciones sacerdotales.

»Y eso fue exactamente lo que sucedió. Poco después, empecé a percibir los primeros síntomas de lo que no tardó en diagnosticarse como queratoconjuntivitis sicca. No mucho después, el padre Franz regresó a Galveston. Como muchas otras personas que tenían problemas, acudió a la Capilla de San Miguel, donde le pidió a nuestro querido santo Angelo Gutmacher que lo ayudara. No fue fácil, ¡pero ya conoces al padre Angelo! Primero logró regularizar la situación sacerdotal del padre Franz y luego lo ayudó a convertir en realidad su decisión, de consagrar su vida como misionero entre los más pobres en África. Todavía recibimos alguna noticia del padre Franz de vez en cuando, por tanto me consta que Jesucristo ha cumplido su parte del pacto. Y como puedes comprobar, yo cumplo mi parte del mío.

-Pero... -dijo Christian, sin encontrar las palabras-. Nunca imaginé...

-Lo sé. -Tricia sonrió-. A excepción del padre Angelo, nunca se lo he contado a nadie. Ni siquiera a mamá, aunque creo que sería la primera en comprenderlo. En todo caso, el padre Franz no fue el único que acudió a la Capilla de San Miguel en busca de ayuda. Cuando empecé a experimentar la verdadera agonía de esta dolencia ocular y comprendí lo que podría costarme, la vista y posiblemente la vida, comprendí que no sólo necesitaba ayuda médica. De modo que acudí al padre Angelo y le pedí consejo.

»Le mostré los informes médicos. Después de comprobarlos personalmente con los doctores, llegó a la conclusión de que no padecía ninguna afección subyacente, como suele ocurrir en estos casos. Por tanto lo comprendió. Entre todos los expertos que he consultado, sólo él podía comprender que Jesucristo había aceptado mi ofrenda, para compensar la traición del padre Franz de sus votos sagrados. A partir de entonces, el padre Angelo fue mucho más que mi confesor. Hasta que se marchó a Roma, fue mi director espiritual. Sin él, creo que habría traicionado mi voto como el padre Franz traicionó el suyo. Me formó en el ascetismo tradicional de la Iglesia. Me mostró cómo convertir toda mi vida, mi persona incluida, en un acto continuo de adoración y expiación a la divina majestad en esta época de apostasía generalizada.

»El propósito de Dios en permitir el mal, me dijo en una ocasión el padre Angelo, es el de

provocar un bien mayor. Dijo que, en la victoria de Jesucristo, cada santa víctima es victoriosa. Y que en la victoria de cada víctima, Cristo es de nuevo victorioso.

Tricia se inclinó hacia adelante y cogió las manos de su hermano entre las suyas.

-Por lo que tú y el padre Damien nos contasteis anoche después de aquella llamada telefónica, estoy segura de que Aldo Carnesecca conocía las lecciones que el padre me enseñó. La vida del padre Aldo parecía ser un acto de adoración permanente. Aunque su muerte haya sido accidental, me refiero a que no haya caído como una víctima en el sentido estricto de la palabra, estoy segura de que ofreció cada día de su vida a Jesucristo como sacerdote. Y también estoy segura de que cada día de su vida como sacerdote fue una nueva victoria para Cristo.

»Eso es todo lo que quería contarte, Chris. Todo lo que quería que comprendieras.

-¿De modo que eso es todo? -dijo Chris, al tiempo que se levantaba de su silla y le daba un abrazo de gratitud y amor a aquella alma sin quejas ni complicaciones de «La casa azotada por el viento», con lágrimas en los ojos que no eran ya de tristeza-. Haces que nos sintamos avergonzados, Trish. Una fe y una perseverancia como la tuya, entre tanta traición, hacen que nos sintamos avergonzados.

El calor en Barcelona era sofocante. Acompañado de Giustino Lucadamo, Chris entró en la habitación austeramente amueblada que había servido de hogar a Aldo Carnesecca durante los últimos meses de su vida y abrió las dos grandes ventanas que daban al jardín del monasterio. Sobre el escritorio había un par de cartas sin abrir, junto a la cartera del padre Aldo y a unas páginas de apuntes. También estaban allí su breviario y su rosario. En unos estantes encima del escritorio, había un par de docenas de libros. Sus papeles personales estaban cuidadosamente guardados en los cajones. Su sotana estaba colgada en el armario. Su ropa interior doblada en una cómoda. La cama estaba abierta. Era la habitación de alguien que había recibido la llamada a la hora de acostarse. Parecía increíble...

Mientras Gladstone se movía lentamente por la habitación, Giustino Lucadamo le facilitó la información que había obtenido de primera mano.

-El vigilante estaba muy trastornado. Pero cuando logró serenarse, su primera llamada no fue a las autoridades locales sino a un número que el padre Aldo le había dado para casos de emergencia.

-¿Su número en Roma?

-Sí. Sin embargo, la historia que me contó era tan extraña, tan impropia de la personalidad de Carnesecca, que me puse en contacto con el delegado apostólico en Madrid y le dije que avisara a las autoridades locales, pero que les advirtiera de que, si bien necesitaría su ayuda, este asunto estaba estrictamente bajo jurisdicción de la Santa Sede. Cuando llegué a las pocas horas, un guardia civil esperaba en la puerta, pero no se había tocado nada. Todo estaba como lo ve ahora, con la única excepción de que el vigilante, Jorge Corrano, estaba arrodillado junto al cadáver del padre Aldo al pie de la escalera de mármol.

Por lo que Chris podía ver, se trataba de un trágico accidente que podía haberle ocurrido a cualquiera.

-¡Accidente y un rábano! -exclamó Lucadamo, mientras sacaba un pequeño recipiente de plástico de uno de sus bolsillos y lo colocaba sobre el escritorio, junto a los papeles personales de Carnesecca-. La causa inmediata de su muerte fue la rotura de su espina dorsal. Dicho en otras palabras, se rompió el cuello en la caída. Pero cuando el padre Aldo salió precipitadamente de su habitación, eso fue lo primero que me contó Corrano, pedía auxilio a gritos; un poderoso ácido le estaba destruyendo los ojos. ¡Padecía una extrema agonía y estaba ciego! Para mí esto es un asesinato.

Gladstone levantó el frasco de aspecto inofensivo. «Doctor José Palacio y Vaca -decía la receta-. Isopto Carpine 0,5 %. Una gota en cada ojo mañana y noche.» Desenroscó el tapón.

-No se moleste -dijo Lucadamo, que se había sentado en la cama-. Es inodoro e incoloro. Pero no es Isopto Carpine. Es una solución de ácido clorhídrico. Suficientemente concentrado para hacer arder hasta el cerebro en pocos segundos. No tuvo la menor oportunidad.

Era demasiado para que Gladstone lo aceptara. Casi increíble. ¿Quién querría asesinar al padre Aldo? ¿Por qué? ¿Y cómo podía alguien haber sustituido el Isopto Carpine por ácido?

El jefe de seguridad tenía algunas de las respuestas. No habría sido tan difícil sustituir un frasco por otro en aquel lugar tan desierto. Habría bastado la vigilancia rutinaria de un «visitante peregrino». Y la idea de la sustitución podía habérsele ocurrido a cualquiera que tuviera acceso a los bonos de gastos

de Carnesecca y un poco de imaginación; pero eso incluía a muchas personas en el Vaticano. Por consiguiente, la segunda pregunta de Christian era la clave. Si lograba averiguar por qué, probablemente sabría quién.

-¡No, Giusti! ¡Retiro lo dicho! -exclamó Chris, que examinaba azoradamente los papeles de Carnesecca-. No es increíble. El diario...

-¿De qué está hablando? Lo hemos examinado todo. No había ningún diario.

Gladstone sacó la ropa del armario. Vació los cajones. Retiró los libros del estante. Deshizo la cama. Examinó incluso los zapatos de Carnesecca. Entretanto, procuraba hacérselo comprender a Lucadamo.

-¡Después de su supuesto accidente en Sicilia, el padre Aldo me dijo que allí no acababa la historia! Si algún día era víctima de un accidente mortal, me dijo, y ésas fueron literalmente sus palabras, Giusti, no sé cómo podía haberlo olvidado, si algún día era víctima de un accidente mortal, debía encontrar su diario y dárselo a usted. Dijo que usted averiguaría la verdad. Y también dijo que siempre llevaba el diario consigo. «Encuéntreme y encontrará mi diario.» Eso fue lo que dijo.

-¿Mencionó lo que había en su diario? ¿Lo que lo convertía en algo tan importante?

-Carnesecca dijo que el accidente de Sicilia no tenía nada que ver con la mafia. Dijo que usted tenía una teoría al respecto. No quiso decirme de qué se trataba, pero me comentó que usted podía estar en lo cierto por razones equivocadas.

-¿Y? ¡Piense! ¿Mencionó algo concreto?

Gladstone movió frustrado la cabeza.

-Dijo algo relacionado con una historia que se remontaba al pasado.

-¡Esto no nos sirve de gran ayuda! -exclamó Lucadamo, también bastante frustrado.

-Puede que no, Giustino, pero...

-Con permiso -dijo tímidamente la esposa del vigilante desde el umbral de la puerta-. Hoy hace tanto calor, que he preparado este jarrón de limonada...

Mientras María Corrano contemplaba alarmada el desorden provocado por los dos visitantes, Lucadamo cogió la bandeja con una sonrisa y la colocó sobre el escritorio.

-¡Pobre padre Aldo! -exclamó la señora Corrano dirigiéndose a Christian, evidentemente preocupada por algo más que la limonada, mientras miraba de reojo a Lucadamo como si prefiriera no hablar en su presencia.

-Venga, señora Corrano -dijo Chris mientras la conducía a una silla junto al escritorio y procuraba ganarse su confianza.

Con cierta reticencia, empezó a balbucear disculpas y explicaciones incoherentes.

-Tal vez debí habérselo contado al señor Lucadamo... También es una persona amable… Pero iba dirigido a usted, padre... Me lo dio hace sólo unos días… El padre Aldo... Me dijo que debía mandarlo por correo en caso de… Pero está dirigido a usted, padre Gladstone. Por tanto he pensado… Jorge y yo hemos pensado...

La buena mujer sacó un pequeño paquete de entre los pliegues de su delantal. Lo sostuvo unos segundos en la mano, con la misma ternura que si de las reliquias de un santo se tratara, y luego lo depositó en las manos de Christian.

Incluso antes de abrirlo lo sabía. Era el diario de Carnesecca.

Durante el resto de la tarde y hasta avanzada la noche, Gladstone se obligó a examinar las notas de la prolongada carrera del padre Aldo como hombre de confianza del Vaticano. El diario, un cuaderno gastado encuadernado en piel del tamaño normal de un libro, era literalmente lo que su nombre indicaba. En una letra tan menuda que le obligaba a Christian a forzar la vista, las sucintas anotaciones se extendían a lo largo de cuatro pontificados. Era línea tras línea de hueso puro, hechos concretos. A veces un día quedaba comprimido a una sola frase y una página cubría a menudo varias semanas. Pero en ninguna parte descubrió Chris indicio alguno de miedo, horror o expectativa de violencia.

-Es inútil -comentó Chris, cuando le entregó el diario a Lucadamo por la mañana del día siguiente, mientras comían un ligero desayuno que María Corrano les había preparado-. Ni siquiera sé por dónde empezar.

-El padre Aldo dijo que la historia se remontaba al pasado -respondió Lucadamo, que estaba

hojeando el volumen-. Por tanto sugiero que empecemos por el principio. Por derecho, padre Chris, este diario le pertenece. ¿Pero por qué no me lo presta y me permite que lo fotocopie? Usted estará en Roma en un par de semanas. Puedo devolverle entonces el original. Tal vez juntos encontremos lo que Carnesecca quería que descubriéramos.

-Él lo sabía, Giusti -dijo Christian en un tono tan suave que cogió a Lucadamo desprevenido-. Nunca se habría separado de su diario, ni le habría dicho lo que le dijo a la señora Corrano, a no ser que lo hubiera sabido. Era tan bueno, tan amable. Y sin embargo sabía que alguien estaba tan decidido a acabar con él, que ya no podía confiar en su propia seguridad.

Gladstone se sumió en el silencio de los recuerdos recientes. No podía caber la menor duda de que cada día de la vida del padre Aldo como sacerdote había sido una victoria para Jesucristo, como lo había dicho Tricia. Pero ahora Christian sabía algo más. Sabía la verdad respecto a la muerte de su amigo. Sabía que Aldo había muerto como víctima en el sentido literal de la palabra.

El jefe de seguridad agradeció el breve silencio, aunque su pensamiento iba en otra dirección. Carecía de respuestas para su fracaso. Las horribles imágenes de la agonía del padre Aldo, su pánico, sus gritos y su terrible caída por la escalera de aquel monasterio, lo atormentarían en sus pesadillas. Imágenes semejantes podían evocar demonios incontrolables en un hombre. Podían convocar el furioso espíritu de venganza contra los asesinos de Carnesecca.

-Lo sabía, padre Chris.

Lucadamo repitió las palabras de Gladstone. Pero ninguno de ellos expresó el resto de lo que pensaba.

TERCERA PARTE

Noche papal

El protocolo de dimisión

CUARENTA Y UNO

En cierto modo, la geopolítica era lo único que existía para el papa eslavo. A no ser que uno estuviera sintonizado con él a nivel geopolítico, no podía adquirir una verdadera comprensión de su conducta eclesiástica, sus juicios morales, su política de relaciones públicas, su devoción y su religiosidad, o sus interpretaciones de la historia contemporánea.

Más concretamente, a no ser que uno percibiera la compleja interrelación entre el crepúsculo de aquel papado y el crepúsculo del sistema internacional conocido como guerra fría, tampoco podía apreciar la visión del papa de la presteza con que el viejo sistema se había transformado en noche y la destreza con que otro lo reemplazaba, cuyo paisaje discernía con la claridad de un faro que iluminara todos y cada uno de sus detalles.

Durante las semanas de su recuperación en Castel Gandolfo, a unos treinta kilómetros del centro de Roma, su santidad obedeció inusualmente al doctor Fanarote y descansó de la habitual intensidad de su trabajo. En su soledad y tranquilidad relativas, tuvo tiempo y motivación para revisar el cambio, la aparente evolución iniciada en 1989, encaminado a fijar un rumbo nuevo y definitivo para el mundo.

Nunca en la historia de la humanidad dos enemigos tan acérrimos como las ex superpotencias rivales de la guerra fría se habían reconciliado y ganado su mutua confianza en tan poco tiempo, y con tan escasa ceremonia, como el Oeste capitalista y el Este recientemente desarticulado. El sumo pontífice era demasiado consciente de sus obligaciones como pastor, para que le pasara desapercibido el significado religioso evidente de dicha transformación geopolítica. Y era también demasiado experto como geopolítico, para dudar de que los años transcurridos desde 1989 habían sido un período de gestación, para lo que ahora estaba a punto de envolverse alrededor de la sociedad de las naciones y de la Iglesia católica como institución universal.

De no haber sido por su trágica muerte, el padre Aldo Carnesecca habría sido el confidente de muchos de aquellos pensamientos del Santo Padre, en las últimas semanas de verano. Sólo Carnesecca parecía poseer una especie de visión sobrenatural de la Iglesia y de la vicaría de Cristo. Su pérdida en aquel momento crítico del pontificado de su santidad no era sólo profundamente lamentable. Era irreparable.

Monseñor Daniel Sadowski sabía que no era Aldo Carnesecca. Pero con su fidelidad, su amor y su preocupación por el papa eslavo, él era quien compartía los pensamientos del sumo pontífice en el estudio papal, y quien llegó a comprender íntimamente la creciente urgencia con que el sumo pontífice consideraba las consecuencias futuras del acuerdo definitivo entre Oriente y Occidente, producto de dos importantes sucesos del pasado reciente.

El primero de dichos sucesos había sido la firma en París, el 19 de noviembre de 1990, de la *Declaración conjunta de veintidós estados.* Dicha *Declaración* anunciaba a la URSS de Mijaíl Gorbachov que el Este y el Oeste habían dejado de ser adversarios. El principal estratega del propio Gorbachov, Georgy Arbatov, lo expresó en términos más contundentes y más útiles en la opinión del papa, cuando declaró solemnemente que «el comunismo ha muerto». La guerra fría había terminado. El segundo suceso, mucho más espectacular, había sido el golpe de Estado en Moscú durante agosto del año siguiente, cuando el régimen soviético de Mijaíl Gorbachov estaba prácticamente acabado. Acto seguido había dimitido Gorbachov el día de Navidad y había llegado al poder el nuevo régimen de Boris Yeltsin.

Era un elemento significativo del nuevo acercamiento entre Este y Oeste, el hecho de que tanto Gorbachov como Yeltsin insistieran en que había tenido lugar una ruptura total con el pasado soviético, que no había continuidad alguna entre el régimen actual y el antiguo régimen soviético.

-Claro está -subrayó el papa, cuando hablaba con monseñor Daniel-, que era preciso convencer a Occidente de que era cierto.

Era imprescindible como base de la ayuda económica y financiera que esperaban de Occidente. Y también imprescindible para la inclusión de Rusia como miembro de las instituciones que se crearían para el nuevo orden mundial. Pero imprescindible sobre todo para la unidad y estabilidad de lo que Gorbachov había denominado «el espacio europeo del Atlántico a los Urales y hasta la costa del Pacífico», y lo que Eduard Shevardnadze, dictador de Georgia, describía como «la gran Europa, Europa unida, del Atlántico a Vladivostok, el espacio euroasiático...».

Con bastante antelación al golpe de agosto, y como cualquier otro líder mundial bien informado, el papa eslavo sabía que se había preparado el terreno tanto para Yeltsin como para Gorbachov en sus nuevos papeles. En 1991, Yeltsin había abandonado ya públicamente el partido comunista y retado abiertamente a Mijaíl Gorbachov. Era un espectáculo de primera magnitud y, como tal, lo presenciaron los soviéticos y los occidentales en sus pantallas de televisión. Fue entonces cuando Yeltsin disfrutó del primero de una serie de viajes privados por Estados Unidos, en los que se incluyó su estancia en el Instituto Esalen, donde se le imbuyeron los principios básicos del método Esalen de programación, consistentes en «desmenuzarlo todo y reconstruir de nuevo». Durante dichos viajes, conoció también a numerosos legisladores, banqueros, gerentes industriales y presidentes de fundaciones estadounidenses.

Se allanó asimismo el futuro camino de Gorbachov. Incluso antes del golpe de agosto, conocía ya su próximo cargo y ubicación. El suyo sería un papel global con base transatlántica. Acabaría en el centro de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa. Pero de forma más inmediata su base de operaciones sería la Fundación Gorbachov. Y el lema de la FG, elegido por el propio Gorbachov, «avanzando hacia una nueva civilización».

Ya en abril de 1991, sus amigos y patrocinadores estadounidenses habían fundado un núcleo sin beneficios económicos para dicha fundación, denominado Instituto Tamalpais de San Francisco. ¡No podían llamarlo Fundación Gorbachov, cuando Gorbachov era todavía el presidente de la gran Rusia! Pero sí podían, y en mayo de aquel año lo hicieron, celebrar una cena para recaudar fondos en el Waldorf Astoria de Nueva York. Allí, en presencia de Henry Kissinger, ejecutivos del Fondo Rockefeller Brothers, el Carnegie Endowment para la Paz Internacional, la Fundación Ford, y los fondos Pew y Mellon, todos se comprometieron a hacer sus aportaciones a fin de garantizar un capital inicial de tres coma cero cinco millones de dólares para la Fundación Gorbachov.

Así pues, bastante antes de que Gorbachov abandonara ostensiblemente la política rusa a finales de aquel año, los planes para su futuro estaban bien encaminados. Y no sólo para la FG en Estados Unidos. Se fundaría una rama de la FG en Rusia, que Yeltsin albergaría en la ya añeja Escuela Internacional Lenin, una de cuyas ventajas era su ubicación en el centro de Moscú y otra la de disponer de un centenar de académicos especialmente formados y pagados por el gobierno.

A los dos años del «derrocamiento» de Gorbachov, la FG estadounidense se trasladó a las ex dependencias militares de Presidio, en San Francisco. Allí, con una fantástica vista de la bahía para alegrarle el ánimo, Gorbachov emprendió con entusiasmo su nueva tarea. Fundó la FG neerlandesa y la FG Rajiv Gandhi, en India. También formuló planes para la Cruz Verde Internacional, su propia versión de la actividad ecuménica para la «alianza espiritual de los verdaderos creyentes en el hábitat terrenal del hombre». Como siempre lo había hecho, Raisa Gorbachov penetró en el espíritu de los últimos proyectos de su marido, incluido su nuevo ecumenismo. A pesar de ser una atea convencida, había llegado a exhibir una cruz colgada del cuello durante una visita reciente al Reino Unido.

Por consiguiente, cuando el sumo pontífice ingresó en la policlínica Gemelli, Gorbachov estaba perfectamente preparado y orientado hacia sus dos tareas principales: promocionar la unidad política, monetaria y cultural del «espacio europeo desde el Atlántico hasta el mar del Japón», y promocionar su propio papel dentro de la CSCE.

Lo que hizo vibrar las antenas geopolíticas del papa eslavo durante su período de descanso y recuperación en Castel Gandolfo, fueron los resultados que esperaba de dicha gestación.

-¿No es asombroso? -preguntó el Santo Padre con una torcida sonrisa, cuando hablaba con monseñor Daniel-. ¿No es maravillosa la nueva configuración de la URSS, antes de una solidez monolítica? ¿Y no son todavía más maravillosos los vínculos que se están forjando entre Estados Unidos y la «nueva» Rusia, bajo el título de «sociedad por la paz»? Antes existía la Unión Soviética. Ahora, en

un abrir y cerrar de ojos, ahí está Rusia, y las partes que la componían, los denominados nuevos Estados independientes. Rusia y dichos Estados reciben ahora el nombre de CEI en Occidente: ¡Comunidad de Estados Independientes!

Tanto el papa eslavo como su secretario sabían que «confederación» era una mala traducción del difícil término ruso *«sodruzhetvo»*, con su significado de «amistad compartida» o «sociedad». Al sumo pontífice se le ocurrió que aquella palabra pertenecía al léxico soviético de términos benignos con grave intención. Como la descripción de Nikita Jruschov de una explosión atómica como «un cubo de sol», cuya mera singularidad parecía siniestra. Y de pronto esta aparente realineación política de Estados soberanos prometía ser igualmente siniestra.

La amnesia fue uno de los primeros componentes de dicha realineación. Amnesia sobre la guerra fría se había implantado en la mente de los políticos occidentales. Amnesia sobre los campos de concentración (gulags). Amnesia sobre los centenares de millares de operaciones de la KGB: los comandantes de sus campos, vigilantes, carceleros, torturadores, espías, asesinos profesionales, mensajeros, criptógrafos y sus milicias especiales. Amnesia sobre sus aeródromos, divisiones armadas, buques de guerra, misiles balísticos y armamento logístico controlado por la KGB. Amnesia sobre unos supuestos setenta y cinco mil topos y agentes dobles de la KGB, diseminados por todo el mundo y particularmente por América. Amnesia sobre unos treinta y cinco mil soldados estadounidenses capturados por los soviéticos, interrogados por la KGB y que nunca regresaron a Estados Unidos. En el acuerdo «entre caballeros» de Rusia y Estados Unidos, el simple cambio de nombre de la KGB borró la memoria de todos.

Para el papa eslavo, las mentes capaces de sentirse satisfechas con dicha situación eran profundamente corruptas. Sin embargo, esas mentes eran la luz orientadora de la nueva sociedad de naciones. Y con la complicidad de las mismas, se había elaborado un pacto todavía más especial. Los aliados occidentales habían concedido discretamente su beneplácito, para permitir que Rusia dominara los nuevos Estados independientes, de forma que para las democracias occidentales había sido inaceptable en términos del Derecho Internacional para otros miembros de la sociedad de las naciones. Y así ocurrió que el primer presidente libremente elegido del Estado independiente de Georgia, Zviad Gamsajurdia, cuando intentó actuar independientemente de Moscú, su cadáver envenenado y acribillado a balazos fue encontrado en una fosa poco profunda. Y ahora Eduard Shevardnadze, aliado de Gorbachov, se había convertido en dictador de Georgia.

En lugar de condenar dicha conducta, Estados Unidos, las Naciones Unidas y todas las potencias importantes reconocían ahora a Rusia como miembro del juego político global. Bastaba un ejemplo para dejarlo claro. Los rusos, con sus aliados occidentales en Londres, Washington y París, insistieron en que la actitud rusa pro-Serbia era primordial en su trato de la guerra civil yugoslava. Evidentemente, Occidente podía haber mantenido Rusia al margen como defensora de la causa serbia, y pudiera ser que ello hubiera aportado ciertas ventajas. Pero también era evidente que reforzar la mano de Rusia aportaba una ventaja aún mayor.

La amnesia colectiva y la connivencia en sangrientos conflictos armados no carecían de precedentes en la historia. Lo esencialmente más preocupante era que, en realidad, la URSS conservaba su extensión geográfica y su influencia sociopolítica. A excepción de los Estados bálticos y Ucrania, o por lo menos así lo esperaba el sumo pontífice, la misma infraestructura de seguridad nacional de la URSS seguía vigente a lo largo y ancho de los nuevos Estados independientes, con el mismo personal, el mismo cuartel general, los mismos privilegios y los mismos métodos.

Exteriormente, desde 1991, Rusia había establecido una compleja red de tratados bilaterales y declaraciones. En el segundo trimestre de 1994, dicha red incluía dieciséis países europeos. Con Yeltsin ocupándose del lado político, y Gorbachov del social y filantrópico, Rusia avanzaba decididamente hacia un nuevo pacto de estabilidad entre la CEI y todos los miembros de la Unión Europea, como se denominaba ahora frecuentemente la CE en rápida expansión. Al contrario de la Comunidad Europea de carácter más elitista, y felizmente para la nueva Rusia, la UE contemplaba la integración de todos los Estados europeos en un futuro no lejano.

En dichas circunstancias, esos vínculos macroejecutivos que se forjaban entre Estados Unidos y Rusia, promocionados de manera agresiva por la administración estadounidense de los años noventa con el título de «sociedad para la paz», eran unos augurios significativos de suma gravedad. Cuando su

santidad oyó la primera mención a dicha sociedad para la paz, sintió un escalofrío como si alguien acabara de pisar su tumba. No le pasó inadvertido el paralelismo entre la «sociedad» que unía a Rusia con los nuevos Estados independientes y la «sociedad para la paz», que servía ahora supuestamente de unión entre Estados Unidos y Rusia.

En varias ocasiones a lo largo del verano, durante su estudio de la realidad actual y los peligros inminentes, el sumo pontífice le comentó a monseñor Daniel que no podía dejar de admirar la pericia de los arquitectos, o «maestros ingenieros y facilitadores» como los denominaba el cardenal Maestroianni, que habían elaborado aquella situación.

Diversos elementos y numerosos nombres familiares acudían a la mente de su santidad. Estaba, por ejemplo, la Asociación de Política Exterior Internacional. La APEI, basada en Presidio, en San Francisco, había sido fundada conjuntamente por Eduard Shevardnadze y el doctor James Garrison, un burócrata con experiencia ejecutiva en el Instituto Esalen. Entre los que trabajaban con Garrison figuraban el senador Alan Cranston de California y el ex secretario de Estado norteamericano George Shultz.

Luego estaba la junta estadounidense para el apoyo de la democracia en Georgia, la ex república soviética. George Shultz era copresidente de dicha organización, honor que compartía con el ex presidente Jimmy Carter, el ex secretario de Estado norteamericano James A. Baker III y el antiguo asesor de seguridad nacional de Carter, Zbigniew Brzezinski. Y ahora existía además la sociedad por la paz, el gran paraguas bajo la actual administración estadounidense que orientaba tanto a Estados Unidos como a la CEI.

No era sorprendente que se hubiera admitido ahora a Rusia a las deliberaciones y decisiones del grupo de los siete grandes, las siete potencias más industrializadas de la Tierra. Tampoco era asombrosa la intención evidente de integrar ahora los programas espaciales estadounidense y ruso, sus sistemas públicos de enseñanza y las estructuras logísticas generales de sus fuerzas armadas.

Dadas las implicaciones del análisis del Santo Padre de las nuevas realidades globales, no le sorprendió a monseñor Daniel que a finales de verano el papa mandara un mensaje urgente al padre Augustin Kordecki, abad de los Ermitaños de San Pablo, al monasterio de Jasna Gora en Czestochowa, en Polonia.

La emisora clandestina del padre Kordecki había sido un factor clave en las peligrosas maniobras entre la resistencia polaca y el gobierno estalinista de los años sesenta y setenta. Conservaba todavía la red radiofónica y de mensajeros fundada durante la guerra fría, y en la actualidad él y su comunidad de Czestochowa eran todavía la fuente más fiable de información sobre el Este. Los Ermitaños de San Pablo mandaban constantemente un aluvión de oraciones desde Czestochowa al cielo, pero también recibían información respecto a la dura realidad en la época «pos-URSS».

Si alguien deseaba saber cuántos de los dos mil ochocientos campos de presos soviéticos (gulags) funcionaban todavía en los años noventa, Kordecki podía decírselo. Si uno se interesaba por la ocupación actual de ex oficiales de la KGB, Kordecki disponía de los detalles. Si alguien deseaba ponerse en contacto con un agente papal secreto como el padre Angelo Gutmacher sin llamar la atención, Kordecki era el hombre adecuado.

Poco antes de la fecha prevista para el regreso del Santo Padre al palacio apostólico, el padre Angelo Gutmacher llegó a Castel Gandolfo para un par de días de discretas consultas. Durante sus últimos viajes había estado en Rusia, Kazajstán, Georgia, Ucrania y Armenia. Era portador de información y documentos de fuentes tan diversas como los prelados ortodoxos rusos, el Ministerio del Interior ruso en Moscú, conocido como MVD, grupos clandestinos, e importantes organismos políticos como las alcaldías de Moscú y San Petersburgo. Llevaba abundante correspondencia de Gorbachov y otros amigos y conocidos de su santidad. Además de un sinfín de observaciones de primera mano, como los informes de una nueva iniciativa que sólo ahora empezaba a ser evidente entre los antiguos miembros de la URSS y sus satélites europeos.

En su primera y breve sesión con el papa, Gutmacher confirmó el análisis del sumo pontífice.

-Allí está empezando algo nuevo, santidad. De forma casi silenciosa, pero real. Uno puede percibirlo. La gente lo percibe. Sin embargo, dudo de que siquiera un tercio de la población se percate todavía de lo ocurrido con sus territorios, sus naciones, e incluso con ellos mismos como seres humanos.

-Pero siempre hay excepciones, padre Angelo -dijo el sumo pontífice, mientras se acercaba a la ventana para contemplar el paisaje azul del lago Gandolfo-. En esa parte del mundo, siempre existen los que saben. Estoy seguro de que usted ha hablado con muchos de ellos.

-Santo padre, lo que se dice allí ahora es que algo ha sido grabado en piedra. Se ha establecido un nuevo sistema. A la mayoría de la gente con la que he hablado no les gusta lo sucedido, pero están convencidos de que el Este y el Oeste han establecido un pacto definitivo. Utilizan constantemente la palabra «definitivo», santidad.

Cuando ambos clérigos se sentaron para una charla más prolongada, el sumo pontífice había examinado la mayoría de los documentos que el padre Angelo había traído consigo. Y, desde el primer momento, el elemento más importante de su conversación se resumía en un nombre: Rusia.

-Usted es consciente, padre, de que debo realizar una peregrinación a Rusia. Quería ir en la víspera de la llegada de Yeltsin al poder. Pero no pude conseguir la colaboración de mis cardenales. A estas alturas se habrá percatado de que tengo una regla inquebrantable: debo contar con el acuerdo y la colaboración de mis cardenales para mis proyectos. Incluso cuando es una cuestión de la Virgen María.

-¿Y ahora, santidad? -preguntó Gutmacher, que empezaba a comprender por qué se le había llamado con tanta urgencia.

-Ahora, padre Angelo, debo revisar la idea de mi peregrinación, considerando el nuevo papel internacional de Rusia. Por consiguiente, mi primera pregunta es la siguiente: ¿considera usted que Rusia evolucionará pronto hasta el punto de impedir una peregrinación del papa de Roma a sus territorios «casi extranjeros», para utilizar una expresión de Yeltsin?

Gutmacher respondió con franqueza.

-Como sugiere su santidad, es cuestión de elegir el momento oportuno. Yeltsin nunca ha sido amigo. Y los aliados rusos de la CEI son hostiles a la Santa Sede, debido primordialmente al patriarca de Moscú y al patriarca de Constantinopla. No obstante, Santo Padre, creo que existe la posibilidad de que lo inviten a visitar Rusia y Ucrania. La ventana temporal es estrecha. Y Yeltsin se resistirá. Pero si se logra aplicar suficiente presión moral a través de terceros...

-Teniendo en cuenta lo que está en juego, padre Angelo, estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para emprender mi peregrinación al Este, mi «viaje a Rusia» como lo denomina con cierto desdén el cardenal Maestroianni.

Gutmacher estaba de acuerdo. Pero dada la dependencia del papa de sus cardenales, no era fácil ver cómo se las arreglaría para ir a Rusia.

-Supongo que habrá que pagar cierto precio -reconoció el papa-. Pero todos los indicios me convencen de que ha llegado el momento de poner a prueba la voluntad divina hasta el límite en este asunto. Además, padre Angelo -agregó el sumo pontífice, con una pícara sonrisa en la mirada-, a la hora de negociar, ¡dudo de que el cardenal Maestroianni esté a la altura de la Virgen María!

Los días eran todavía perezosos y prácticamente todos los personajes destacados estaban aún ausentes de Roma, cuando el cardenal Maestroianni recibió a un grupo selecto de colegas en su ático.

Molesto por haberse visto obligado a abandonar la belleza de Stresa, el cardenal Aureatini fue el último en llegar de aquel distinguido grupo. Como un Gulliver contra su voluntad, siguió al diminuto mayordomo frente a las fotografías de Helsinki hasta el estudio de su eminencia, repleto siempre de libros, y observó al grupo ya reunido. Saludó con una sonrisa al propio Maestroianni y al cardenal secretario de Estado Giacomo Graziani. Acto seguido, presentó sus respetos a los tres supuestos -aunque todavía extraoficiales- candidatos al papado. En primer lugar, al cardenal Karmel de París, luego al más nuevo de los cardenales, el apuesto Michael Coutinho de Génova, y por fin a su acerbo colega del Vaticano, Noah Palombo. Las rivalidades entre ellos deberían resolverse amigablemente y tras puertas cerradas. Con dicha idea presente en su mente, Aureatini asintió después de mirar al cardenal Leo Pensabene, el reconocido creador de papa en el próximo cónclave.

En el ambiente de alta presión que previsiblemente oprimiría Roma durante los meses siguientes, habían acordado que no se dejaría nada al capricho de políticas partisanas, ni al antojo de ambiciones personales, de orden papal o de cualquier otro género. Por consiguiente, el cardenal secretario de Estado Graziani había considerado necesaria la fundación de aquella pequeña junta de selección, «para ayudar a su eminencia Maestroianni a procesar los primeros datos del voto de criterio común». Era evidente que

aquéllos no eran los datos definitivos. Aún no. Pero cuando el cardenal Maestroianni lograra convencer a Graziani y a los demás, de que contaban con la seguridad moral de un voto de criterio común casi unánime por parte de los obispos de la Iglesia universal, podrían iniciarse las fases de su plan.

La primera fase, la presión pública y ampliamente divulgada del voto de criterio común, se utilizaría como espoleta para la segunda. La segunda, consistente en obtener el consentimiento del papa mediante su firma de una carta de dimisión, abarcaría la tercera, ya que había sido redactada de modo que la firma del sumo pontífice la convertiría en *De Successione Papali:* la constitución pontificia que regulaba la dimisión de aquel papa, voluntaria o involuntaria.

Gracias en gran parte a los excelentes informes de Christian Gladstone, era ya posible construir un modelo práctico del voto de criterio común y evaluado como mecanismo generador de la dimisión del papa eslavo. Si los primeros indicios eran correctos, no tardaría en llegar el voto de las docenas de juntas de asuntos internos en las conferencias episcopales regionales y nacionales alrededor del mundo.

Por consiguiente, desde todos los puntos de vista, había llegado el momento de analizar con seriedad la realidad. Desde el punto de vista del cardenal Graziani en particular, había llegado el momento de organizar ciertas pequeñas garantías personales. No tenía reparos en aplicar presiones y utilizar intercambios para asegurar el voto. Pero esta junta serviría para guardar las apariencias de legitimidad. Además, permitiría involucrar otros nombres en caso de escándalo. El cardenal secretario de Estado no sería la marioneta de nadie.

El cardenal Palombo tenía razones más concretas para verificar el estado preliminar del voto de criterio común. Si aquellos primeros resultados se ajustaban a las expectativas de Maestroianni, para Palombo sería la señal de aplicar las medidas de presión previstas para el papa eslavo.

En cuanto al cardenal Maestroianni, se consideraba suficientemente recompensado de que sus esfuerzos por obtener un voto casi unánime entre los obispos estuvieran a punto de fructificar. No le cabía la menor duda de que aquel recuento preliminar correspondería al voto definitivo. La votación propiamente dicha sería una simple cuestión de dirigir su red de colegas, amigos, subordinados, discípulos, disidentes y conocidos en las numerosas provincias de la Iglesia, y las tierras y naciones que durante mucho tiempo habían estado bajo la jurisdicción de su eminencia.

A las pocas horas de la llegada de Aureatini, se había cumplido el deseo de los presentes.

-Lo único que nos falta ahora -dijo Maestroianni, satisfecho con los resultados obtenidos-, son los informes definitivos que el padre Gladstone traerá consigo de Estados Unidos.

-¿Y cuándo sucederá eso, eminencia? -preguntó Palombo, decidido a concretar las fechas.

-Durante el transcurso de esta semana, eminencia. Salvo imprevistos, podemos esperar el espectáculo público del voto común en primavera, como está previsto.

El segundo día de la visita del padre Gutmacher a Castel Gandolfo, el control de la población fue el tema central del análisis general del papa de las condiciones en el Este. Poco después de su regreso a Roma, como le contó a Gutmacher para su información general, el sumo pontífice tenía prevista una importante reunión con Bischara Francis, director del Fondo para la Administración de la Población de las Naciones Unidas. Y poco después, un enviado estadounidense llamado Gibson Appleyard efectuaría una segunda visita al Vaticano.

-En nuestro primer encuentro, el señor Appleyard y yo mantuvimos una interesante charla sobre la política de la Santa Sede respecto a Rusia. En esta ocasión, al igual que la señora Francis, se interesa por la política de la Santa Sede respecto a la población global.

-La política de su santidad no es ningún secreto -comentó Gutmacher.

-En efecto, padre. Por consiguiente parece que me veré sometido a fuertes presiones internacionales -respondió el sumo pontífice, para quien las presiones eran la menor de sus preocupaciones-. Permítame que le hable claro sobre este asunto, padre Angelo -agregó su santidad, después de levantarse para estirar las piernas-. La administración estadounidense insiste en un control universal de la población mediante el aborto, la anticoncepción y todos los demás métodos a su disposición. Y por si faltara poco, los experimentos chinos y tailandeses de control forzoso de la población, por medios draconianos, han demostrado que el crecimiento de la población puede reducirse a cero sin elevar el nivel de vida. En otras palabras, los que poseen el dinero y el poder han descubierto la técnica para mantener grandes áreas de nuestro mundo en un estado de retraso económico, como

fuentes de materias primas, lo que se traduce en esclavitud laboral.

»No era mi propósito generar este conflicto con la administración estadounidense -dijo el Santo Padre con expresión sombría-. Pero se lo he aclarado a todos los departamentos de la Santa Sede y a todos sus representantes, que no autorizaré ni permitiré que nadie apoye la limitación artificial de nacimientos, ni siquiera promulgar la idea de limitar las familias a uno o dos hijos. Así se lo diré a Bischara Francis de las Naciones Unidas. Se lo repetiré a Gibson Appleyard y a su presidente. Eso es algo por lo que debemos luchar.

»Conozco los enemigos a los que me enfrento en Occidente.

El sumo pontífice concluyó su breve exposición de la situación. Poderosas organizaciones como el Banco Mundial, la Fundación Draper y el Fondo Mundial pro Naturaleza, entre otras, eran abiertamente genocidas en sus propósitos. Lo que su santidad quería saber era si Gutmacher había detectado algún indicio de cambio, o mejor dicho de deterioro, en la política rusa de control de la población.

-El cambio es más de nivel que de contenido, santidad. Pero hablando de medios draconianos... -dijo Gutmacher, mientras se sacaba del bolsillo una cinta de vídeo que había traído consigo-. Supongo que podría denominarse presentación de venta. Ha sido elaborada por el Instituto Internacional de Moscú de Medicina Biológica, con la colaboración del Centro Ruso de Perinatología y Tocología. Y lo que venden es su nueva proeza como abortistas a gran escala. Entre ambas organizaciones, atraen grandes sumas de capital extranjero necesario para Rusia y para producir grandes beneficios para sus inversores estadounidenses.

El sumo pontífice observó con expresión sombría cómo introducía el padre Angelo la cinta en el magnetoscopio y escuchó una voz que explicaba que aquellos centros médicos instalados en Moscú actuaban ahora conjuntamente como «el mayor banco de materias primas médicas en el mundo...».

El discurso comercial prosiguió, al tiempo que la cámara mostraba nada menos que una cadena de bebés bien formados, abortados en vida, que eran descuartizados, seleccionados y empaquetados, pieza por pieza, en nítidas bolsas de plástico, congeladas luego por categorías: cerebros, corazones, pulmones, hígados, riñones, glándulas... La última escena mostraba recipientes preparados para su transporte urgente a mercados extranjeros, como si de caviar de Beluga se tratara.

Una de las primeras escenas alarmó de tal modo al papa, que lloró como uno de aquellos bebés al ver a una mujer, «la comadrona» según la voz del narrador, que levantaba a un bebé recién nacido, sujeto todavía al cordón umbilical. Vio cómo el bebé reaccionaba con llanto al frío del quirófano, cómo sus diminutas manos se dirigían a sus ojos todavía ciegos, mientras se le cortaba su cordón umbilical. Y vio cómo entregaban el bebé a «un cirujano», según el narrador, para ser descuartizado, vivo y llorando, y convertido en «partes útiles».

El papa estaba demasiado horrorizado para hablar, durante un rato después de ver la cinta. Demasiado horrorizado y demasiado aturdido por el paralelismo entre las terribles atrocidades organizadas con fines mercantiles que acababa de presenciar y lo que sabía que se había pronosticado en el mensaje de Fátima de 1917. Sin duda acababa de ver la mano del propio Satanás. Por consiguiente, si algo significaba Fátima, si la Virgen María cumplía su promesa de 1917, Y si su pontificado debía jugar un papel importante en la conversión de Rusia y el establecimiento de un nuevo reino de paz en el mundo, como se lo había indicado la Virgen en 1981, nada podía impedirle ahora que efectuara su viaje a Rusia. Ni el gobierno estadounidense, ni la ONU, ni la UE, ni la CEI, ni sus cardenales. Ningún poder terrenal.

CUARENTA Y DOS

Tan cambiada parecía Roma cuando Christian Gladstone regresó acompañado de Damien Slattery a mediados de setiembre, que tuvo la sensación de tambalearse como un marino después de mucho tiempo en alta mar.

Al principio lo atribuía a causas naturales. Allí le afectó aún más la muerte de Carnesecca; Roma sería un lugar duro y más basto sin su presencia. Mucho más cruda le pareció la situación cuando lo

recibieron en el Angelicum como miembro de la familia, mientras Slattery, considerado ahora un indeseable por sus hermanos dominicos, tuvo que aceptar la hospitalidad del Santo Padre y alojarse en una residencia del Vaticano, la Casa del Clero, junto a la piazza Navona. El colmo de la ofensa fue cuando el padre Bartello, nuevo rector del Angelicum, le asignó a Gladstone los antiguos aposentos de Slattery.

-Por cortesía de su eminencia Maestroianni -dijo el rector. Pero a las pocas horas de su llegada, Christian empezó a percatarse de que el cambio que percibía poco tenía que ver con su aflicción personal y que se debía al peculiar ambiente eclesiástico y político aposentado como la niebla en la Ciudad Eterna.

-No soy un romano consumado -exclamó Chris cuando se reunió con Slattery antes del alba, al segundo día de su llegada, para dirigirse ambos, informes en mano, a su primera reunión con el Santo Padre-. Sé que soy incapaz de alcanzar ciertas percepciones, que eran instintivas para el padre Aldo. Pero no tienen nada de sutil los rumores que circulan por el Angelicum.

Le contó a Damien que tanto estudiantes como profesores se referían a su santidad como a un viejo caduco. Era doloroso oírlos hablar de él como «el decrépito papa». Pero era indignante ver que en los periódicos y las revistas se especulaba sobre la dimisión del Santo Padre, sobre dónde viviría y cuánto costaría mantenerlo, qué clase de apostolado tendría, de qué nivel de autoridad gozaría, y qué cambios introduciría su sucesor.

La publicación de dichas especulaciones no era algo nuevo para Gladstone, ni para Slattery. Incluso en Estados Unidos, semejantes comentarios editoriales habían pasado de las publicaciones católicas a la prensa seglar. Pero aquí, al parecer, dicha cobertura había escalado hasta convertirse en ataques furibundos. No era preciso ser un romano consumado para comprender el significado de semejantes y persistentes comentarios. Para Chris Gladstone, aquello significaba que, para determinado sector del clero romano y de la burocracia vaticana, el papa eslavo ya no contaba como factor formidable. Significaba que quienes anhelaban un cambio, fomentaban activamente y alimentaban la idea de que la muerte o la dimisión y la jubilación no tardarían en separar al papa eslavo de su trono.

-Significa -interrumpió Slattery, cuando entraban en la secretaría del Vaticano todavía desierta que los que anhelan el cambio manipulan la red por la que se transmite el poder en la Roma papal.

Cuando monseñor Daniel Sadowski los recibió en el tercer piso del palacio apostólico y los acompañó al estudio privado del sumo pontífice, tanto Gladstone como Slattery se alegraron de ver a su santidad recuperado de su operación. Fue como un bálsamo para su espíritu, arrodillarse y besar el anillo papal. Al percibir el sincero calor de su recibimiento, su vigor mental y su fuerza de voluntad, se sintieron agradecidos de que siguiera vivo, y de que fuera todavía su pontífice y su fuente visible de esperanza.

El pequeño grupo se instaló en un círculo de sillas cerca de una ventana, a través de la cual se veía la primera luz del alba que acariciaba los tejados romanos. Charlaron unos minutos sobre el estado general de los recién llegados, la salud, la familia, los conocidos, y sus impresiones de Roma después de tan larga ausencia. Se habló también de Carnesecca, pero a Chris no le pareció oportuno mencionar la incógnita del diario del padre Aldo. Y, al igual que un elefante invisible en la sala, no se mencionaron tampoco los rumores que circulaban sobre el papa.

Cuando la conversación tocó inevitablemente los desarrollos políticos en general, Slattery se interesó por la situación en Europa oriental.

-Prometedora para los arquitectos del nuevo orden mundial -respondió el papa-. Pero lúgubre para la cristiandad. Se proponen construir una nueva Europa desde el Atlántico hasta el mar del Japón, pero sin la fe de la vieja Europa. Mi correspondencia reciente con Mijaíl Gorbachov ha sido iluminadora. Todo está preparado.

-¿Para qué, santidad? -preguntó Christian, que ni ahora ni nunca disimulaba su ignorancia geopolítica-. ¿Preparado para qué?

El papa adivinó la intención de la pregunta.

-Para una Europa diferente de la que su hermano contribuye a administrar, padre Christian. Para unos Estados Unidos diferentes del país en el que nació. Para un mundo diferente del redimido por Jesucristo -respondió el papa, sin extenderse, convencido de que Gladstone y Slattery serían incapaces

de imaginar el nuevo panorama, hasta que se lo encontraran frente a frente-. Dejemos esto para otro día. Debemos concentrarnos en el asunto urgente de la situación del padre Damien. Mientras yo siga aquí, padre -agregó mientras extendía el brazo para agarrar una carpeta de la mesa junto a él-, no le faltará casa ni trabajo...

Tal vez el peculiar ambiente de Roma se le había subido a Christian a la cabeza, pero cuando se percató de que el sumo pontífice no iba a mencionar el hecho de que Slattery no hubiera podido encontrar a ningún obispo dispuesto a incardinarlo, de pronto se sintió víctima de un ataque de impaciencia. «Esa promesa no es lo que Damien se merece, santidad -dijo Gladstone para sus adentros-. Ha soportado lo inimaginable por usted, santidad. Supongamos que los rumores son ciertos, santidad. Supongamos que fallece de forma inesperada, santidad. ¿Qué ocurrirá entonces? Padece un terrible aislamiento, en realidad lo han arrojado a los lobos, por serle fiel a usted, santidad. ¿Cómo puede permitir eso, santidad?»

Pero a los pocos instantes, la vehemencia de Christian se tornó en desasosiego. Damien, al parecer, debía hacerse cargo de la supervisión de la nueva red secreta de sacerdotes, que tan ocupada mantenía a Cessi últimamente en «La casa azotada por el viento». El nuevo cargo no era en absoluto comparable al de dirigir la gran orden dominica. Pero por lo menos Chris consideró que Damien gozaría de cierta protección, por el hecho de que un personaje tan importante como el cardenal Sanstefano de la PECA hubiera firmado como protector. Tampoco estaba de más que el cardenal Reinvernunft de la CDF hubiera aprobado el reglamento de la orden.

-Un reglamento muy claro y sencillo, como comprobará -dijo el sumo pontífice, que le entregó la carpeta a Slattery-. Evidentemente, se trasladará a Estados Unidos con bastante frecuencia. Puede que una semana por mes.

-Sí, santidad -respondió Slattery, cuya misión era agua para su molino-. Pero también significa que estaré en Roma y a disposición de su santidad, otras tres semanas todos los meses.

Después de comprobar el entusiasmo evidente de Damien, el Santo Padre recibió por fin los informes elaborados por los dos sacerdotes.

-Puede que éste sea un nuevo punto de partida -comentó el papa, mientras hojeaba los informes, y Sadowski le recordaba con una simple mirada al reloj que tenían un horario que cumplir-. Tal vez se produzcan grandes cambios... Me temo que hoy no tendré tiempo de empezar a leerlos. El cardenal Palombo vendrá esta mañana con representantes de la comunidad ecuménica judía de Dijon. Luego llegarán diez obispos estadounidenses...

Christian sintió un escalofrío cuando el sumo pontífice mencionó los nombres de los prelados, a quienes correspondía informar al papa sobre sus respectivas diócesis durante los últimos cinco años. Los diez procedían de la Costa Este y estaban en el informe de Christian. Lo ideal habría sido que el papa conociera de antemano la lamentable información documentada sobre los mismos. Pero dada la evidente escasez de tiempo -¿o no hacía más que ocultar su propia debilidad?- Gladstone dejó pasar la oportunidad de mencionarlo.

-... y luego, antes de reunirme de nuevo con mis obispos para comer, debo mantener una importante conversación con Bischara Francis, que ha venido a defender la causa del Fondo para la Administración de la Población de las Naciones Unidas.

Slattery empezaba a preguntarse si habría otro momento de alegría en el calendario papal, cuando el sumo pontífice les habló de los planes de una breve peregrinación a la santa casa de Loreto en Italia central.

Según la tradición, aquélla era la casa donde Jesús había vivido con María y José en Nazaret y que, también según la tradición, los ángeles habían transportado a Loreto en el siglo XIII. Su santidad confesó que desde hacía tiempo quería agregar su nombre a la larga lista de papas que habían visitado aquel santo lugar. Pero más que sus palabras era la ilusión en su mirada lo que delataba la profunda devoción del papa por la sagrada familia.

-Antes de ir a Loreto -prosiguió el sumo pontífice, con los informes todavía en las manos-, estudiaré con atención este material. Concédanme unos días. Luego nos reuniremos de nuevo para comentarlo detenidamente.

Gladstone y Slattery abandonaron el estudio del papa, con euforia en sus corazones. Su santidad se había referido a sus informes como «un nuevo punto de partida» y su expectativa de que «ahora tuvieran

lugar grandes cambios». Eso sólo podía indicar su intención de disciplinar a sus cardenales y a los obispos desobedientes y recalcitrantes, y de exigir mayor colaboración de sus funcionarios vaticanos. ¡Realmente un nuevo punto de partida!

Las ideas de monseñor Daniel eran otras, cuando observaba a los dos sacerdotes que se dirigían al ascensor. Después de su prolongada ausencia, sabía que no podían relacionar los diversos fragmentos aparentemente inconexos de la conversación de aquella mañana, en un todo coherente. No obstante, aquello significaba que el mandato de Fátima era ahora lo primordial en la mente del sumo pontífice. Según Fátima, la suerte del mundo dependería de Rusia. Si iban a producirse grandes cambios, sin duda el Santo Padre esperaba que su peregrinación al Este fuera un nuevo punto de partida.

Con toda probabilidad al papa le habría gustado compartir algunas de sus ideas al respecto, y le decepcionaba que el tiempo hoy no se lo hubiera permitido. No obstante, reflexionaba Daniel al cerrar la puerta del vestíbulo, ello tenía sus compensaciones. Pudiera ser que Gladstone y Slattery no tuvieran una visión más amplia de la escena geopolítica, ni un conocimiento más profundo del asunto de mayor peso en el corazón del sumo pontífice y que más presente estaba en su mente. Pero compartían una característica que permitía que el servicio leal fuera posible: creían en su santo oficio, en el papado.

El cardenal Noah Palombo, taciturno como de costumbre, condujo a siete delegados de la comunidad ecuménica judía de Dijon a una de las salas de recepción del palacio apostólico, para su reunión con el papa eslavo y monseñor Sadowski. Después de las presentaciones de rigor, su eminencia no tenía nada que decir. Por lo menos no directamente. El hermano Jeremiah era el portavoz. Al igual que los otros seis delegados, llevaba barba y una túnica blanca hasta los tobillos. Le explicó al Santo Padre que su deseo era el de que su santidad celebrara un oficio ecuménico en la basílica de San Pedro, como acto reparador por la responsabilidad y culpabilidad cristianas en el holocausto hitleriano.

El sumo pontífice miraba con fijeza a Palombo, mientras escuchaba al hermano Jeremiah. Por mucho que lo intentara, no lograba que el cardenal lo mirara a los ojos, pero sabía que la propuesta del hermano Jeremiah era idea de su eminencia, otra travesura de Palombo, otro giro de la tuerca, otra forma de decirle al sumo pontífice: «Nosotros también dirigimos la Iglesia, Pedro no es supremo.»

Por fin, su santidad dejó de concentrarse en el cardenal y empezó a responder una por una las propuestas del hermano Jeremiah. Su santidad dijo que no creía que dicho oficio ecuménico debiera celebrarse en San Pedro. El propio hermano Jeremiah había incluido entre sus propuestas la de que se retiraran durante la ceremonia todas las cruces y crucifijos, símbolos según él que evocaban dolorosas memorias para los judíos. Pero eran tantas las cruces y los crucifijos en San Pedro, que dicha idea no se podía llevar a la práctica.

-Además -agregó el papa, con otra mirada no correspondida al cardenal Palombo-, tampoco es permisible.

En su lugar, sugirió el sumo pontífice, un concierto conmemorativo sería más apropiado. En los servicios ecuménicos estaba implícito el deseo y el fervor de los participantes por formar una unión, y su santidad no creía que ése fuera el deseo o la intención de la comunidad judía. En cuanto al lugar donde dicho concierto podría celebrarse, su santidad consideraba que el salón de recepciones construido por su predecesor sería el sitio indicado. Estaba junto a San Pedro y en el mismo había una sola cruz, que podría retirarse temporalmente.

Después de aclarar dichos puntos, los delegados aceptaron la sugerencia de su santidad sobre el concierto conmemorativo. -Concierto conmemorativo Shoh -declaró inmediatamente el hermano Jeremiah.

Era un nombre que abarcaba imágenes de destrucción y devastación, de ruinas y horrores terribles.

Su santidad se puso de pie y estrechó la mano de cada uno de los sonrientes miembros de la delegación de Dijon.

-Mi secretario personal, monseñor Sadowski, estará a su disposición. Pero su eminencia será responsable del acontecimiento.

Como es natural, trabajará con el gobernador de la Ciudad del Vaticano y con el cardenal vicario de Roma.

Aquél fue el único momento en el que, durante un fugaz instante, Palombo levantó la cabeza para mirar a los ojos del sumo pontífice. Lo que aquella mirada pretendía transmitir dependía de la

imaginación de cada uno. Pero lo que vio el sumo pontífice le produjo una sensación de alarma, mayor que la provocada jamás por el maligno desdén del cardenal. De haber sido un hombre temeroso, la habría considerado funesta. En su caso, le recordó la descripción de Damien Slattery de las miradas de aquellos que estaban poseídos por el diablo.

-Eso ha sido lo que he visto en la mirada de su eminencia, monseñor -confesó el papa cuando hablaba con Sadowski, después de que se retiraran los visitantes-. Una mirada ajena. Como si estuviera ante un hombre vacío, un desconocido con quien nunca hubiera intercambiado una sola palabra.

El programa de Chris Gladstone aquel día no era más agradable que el del Santo Padre. Había llegado el momento de iniciar su doble juego, como topo e impostor.

Apenas acababa de poner pie en el despacho del cardenal Maestroianni, su eminencia le dispensó un cordial recibimiento y le ofreció una silla junto a su escritorio. El preámbulo fue breve; Maestroianni esperaba que Gladstone no estuviera demasiado cansado después de su viaje y que sus nuevos aposentos en el Angelicum fueran de su agrado. Pero aparte de la brevedad y del desdén implícito por Damien Slattery, todas sus palabras iban encaminadas a que el joven se sintiera como un hijo pródigo. Como un íntimo predilecto. Como un Sancho Panza. Acto seguido entró en materia.

Pronto empezaron unas oleadas de satisfacción a impregnar el ambiente, conforme Maestroianni examinaba los sobres que Christian había traído consigo de Estados Unidos.

-¡Excelente...! ¡Excelente, mi querido padre Gladstone...! ¡Exactamente lo que necesitamos!

Cuando el anciano cardenal concluyó su examen preliminar, guardó de nuevo los documentos, apoyó los codos en los brazos de su silla y cruzó las manos bajo la barbilla. Era para él un momento solemne. Con toda probabilidad, aquel joven sacerdote, tan sorprendentemente capacitado para ser anglosajón, sería el último discípulo que prepararía para servir en el proceso.

-Ha llegado el momento, mi querido padre -empezó a decir con suavidad Maestroianni-, de contarle lo que hemos emprendido. Pero antes permítame que le pregunte si ha visto al Santo Padre desde su regreso.

-Sí, eminencia. Brevemente.

-¿Su impresión?

-Es difícil saberlo, eminencia...

-Sí. Siempre lo es.

El cardenal parecía satisfecho pero pensativo, cuando ladeó la cabeza para observar a Gladstone como un viejo búho dispuesto a incubar un huevo. Dicha impresión resultó bastante acertada. Durante casi media hora, Maestroianni obsequió a Christian con una pasmosa revelación de su alma. Con absoluta franqueza, su eminencia expresó los extravagantes conceptos que habían animado su mente durante tantos años y por los que había pagado el grave y lamentable precio de su fe. Al cardenal le brillaban los ojos cuando compartía el sueño de su creencia en el proceso, como verdadero impulso de las fuerzas de la historia. Parecía impregnado de energía cuando hablaba de la necesidad de reprimir el divisionismo y de desarrollar el mecanismo para un espíritu de cooperación con el mundo espiritual.

-Dígame, padre Gladstone, a lo largo de su carrera intelectual, ¿ha leído algo sobre el gran estadista francés Robert Schuman?

Christian no se había recuperado todavía de la forma en que el cardenal Maestroianni había sido desposeído por completo no sólo de todo romanismo, sino de todo indicio de catolicismo. Durante su exposición de las fuerzas de la historia, no había mencionado una sola vez a Jesucristo, ni mucho menos a la Virgen María, a los apóstoles o a los Padres de la Iglesia. No comprendía por qué su eminencia se interesaba por un católico tan destacado como Robert Schuman, pero reconoció que sabía tanto como la mayoría.

-En tal caso, mi querido padre -prosiguió el cardenal, para pasar al campo de lo concreto-, debe conocer la gran dedicación de Schuman a un nuevo ideal europeo. Y sabe lo suficiente para apreciar el significado de una reunión ecuménica, que tuvo lugar con ocasión de la conmemoración oficial de Schuman en Estrasburgo el año pasado...

A Chris le dio un vuelco el corazón. ¿Tan fácil iba a ponérselo? ¿Iba el cardenal a hablarle abiertamente de la reunión de Estrasburgo, que Slattery le había mencionado en «La casa azotada por el viento»? ¿Iba Maestroianni a revelarle los planes para convertirlo a él, y también a su hermano, en

simples peones de la estrategia antipapal?

-¿Está usted bien, padre Gladstone? -preguntó su eminencia, al tiempo que le ofrecía a su visitante un vaso de agua-. Parece pálido.

-Estoy bien, eminencia. Es sólo la emoción del momento...

-Es comprensible -dijo el cardenal, conocedor de dichas emociones, antes de relajarse de nuevo-. Veo que comprende rápidamente los asuntos importantes. Permítame que vaya al grano. Como hombre de experiencia, no le sorprenderá saber que hemos entrado en un período de transición entre dos pontificados. El presente, que se aferra a ideas caducas, y otro nuevo, mejor sintonizado con el futuro ilustrado que nos espera. Como hijos leales de la Iglesia, todos debemos hacer un máximo esfuerzo para facilitar dicha transición. Al decir «todos» me refiero naturalmente a la Iglesia de Jesucristo representada por sus obispos, los sucesores de los apóstoles, Pedro y sus hermanos, para utilizar la expresión tradicional.

El cardenal ladeó la cabeza, como a la espera de una respuesta. Inseguro de poder confiar en su lengua, Chris se limitó a mirar fijamente a Maestroianni, con la esperanza de que no le delataran la expresión de su mirada ni el color que la ira reflejaba en sus mejillas. Por fin logró asentir.

Al parecer eso bastaba. De forma paciente y metódica, Maestroianni explicó el concepto básico del voto de criterio común, el protocolo de dimisión, el vínculo entre ambos, y la urgencia de los planes elaborados. Habló de la excelente contribución del trabajo de Gladstone al voto del criterio común. Expresó su deuda de gratitud a Paul Gladstone, por sus oportunas intervenciones en la CE en nombre de ciertos obispos.

-Trabajo de equipo, padre -exclamó el cardenal con una carcajada gutural-. No hay como ser de la misma sangre.

Aquello no era el fin, sino sólo el principio. Tan seguro estaba su eminencia de Gladstone como joven perceptivo y prometedor, que lo había nominado como prelado del Vaticano.

-Ese toque violeta en la ropa hace maravillas en la ciudad y otros lugares.

-Su eminencia es demasiado amable conmigo.

Christian casi se atragantó. Lo último que deseaba eran los distintivos violetas de un monseñor.

-En absoluto, padrecito -respondió el cardenal, sin que a Gladstone le pasara inadvertida la cálida familiaridad del diminutivo-. Supongo que seguirá trabajando con nosotros. Todavía nos quedan importantes cabos sueltos por atar...

Maestroianni se disponía a entrar en detalle respecto a dichos cabos sueltos, cuando monseñor Taco Manuguerra llamó a la puerta.

-Sé que no quiere que se le interrumpa, eminencia -declaró aturdido Manuguerra-. Pero el profesor Channing...

Enojado con lo que consideraba como un mal inevitable, el cardenal levantó el teléfono y le indicó a Christian que permaneciera donde estaba.

-Es un placer oírle, doctor Channing… Sí, en este momento hablaba con un joven colega de este asunto… Sí, sí, lo ha comprendido usted correctamente. El voto del criterio común avanza según lo previsto... ¿Cómo ha dicho, profesor...? Iniciativas suplementarias... Comprendo... Sí, doctor Channing. ¿Por qué no lo dejamos como está? Cuando estemos listos para entrar en acción, usted será el primero en saberlo... Por supuesto, si le parece necesario desplazarse a Roma...

Momentáneamente, Maestroianni pareció olvidar que Gladstone estaba presente. Fue algo fugaz y casi inaudito en alguien tan apto en el arte de la *romanita,* pero por primera vez desde que había empezado su asociación con el pequeño cardenal, Chris creyó detectar un indicio de enemistad abierta.

-Disculpe la interrupción, padre -prosiguió su eminencia, que recuperó su compostura al colgar el teléfono-. Bien, ¿por dónde íbamos? Ah, sí. Los cabos sueltos que debemos atar.

De momento, dichos cabos sueltos consistían en ciertos obispos en España y Portugal a los que debía visitar. El padre Gladstone encontraría sus nombres y su acostumbrado historial, en la primera de las carpetas que le entregó el cardenal. En la segunda, los resultados preliminares del voto de criterio común y el protocolo de dimisión.

-Estúdieselos, padre, y adquirirá una mejor comprensión de las tácticas que utilizamos. Manténgame informado de su trabajo en todos los frentes. Mi puerta está abierta para usted día y noche.

Chris supuso que el cardenal daba por concluida la entrevista, guardó las dos carpetas en su

maletín y se puso de pie.

-Un momento -dijo Maestroianni, que consultó su reloj-. Espero a dos personas que deben llegar de un momento a otro. Al igual que usted, padrecito, comprenden la necesidad de un cambio radical. Quiero que las conozca. Después de saludarlas puede retirarse.

El primero, con los ropajes blancos de dominico, le fue presentado a Christian como padre George Hotelet, miembro honorario de la Academia Pontificia de Ciencias y secretario general de la Comisión Teológica Internacional.

-El padre también ejerce como teólogo en la casa papal -agregó Maestroianni, para ampliar las referencias de Hotelet.

El segundo, un lego, tenía el aspecto y el nombre de un distinguido aristócrata italiano.

-Doctor Carlo Fiesole Marraci a su servicio, reverendo.

-El doctor Carlo es el actual presidente de la Academia Pontificia de Ciencias y un demógrafo extraordinario, además de gran amigo -agregó una vez más Maestroianni.

Siempre propenso a reunir los esfuerzos de colegas de confianza, su eminencia explicó que el padre George y el doctor Carlo, junto con otros seis expertos de la Academia Pontificia, acababan de completar un estudio sobre control de la población y tendencias demográficas.

-Pronto podrá leerlo, padre, y con gran satisfacción.

Igualmente propenso a prescindir de sus colegas en el momento oportuno, Maestroianni le indicó con claridad a Gladstone que ahora debía retirarse.

Había un buen trecho desde el palacio apostólico al despacho de Lucadamo en Porta Sant'Anna. Precisamente lo que necesitaba, decidió Chris. Después de su reunión con Maestroianni, le apetecía estar un rato solo.

Hasta hoy, no le había sido difícil limitarse a sentir desagrado por su eminencia. Pero ahora ya no era tan sencillo. El discurso del cardenal sobre esa cosa inhumana, lúgubre e impersonal denominada proceso lo obligaba a reflexionar. Era lamentable ver a un hombre tan capaz, con tanta autoridad y tan extraviado. Pero cuando empezó a pensar en qué había sucedido con la fe de Maestroianni, no pudo evitar preguntarse si lo mismo podría ocurrirle a él. ¿Cómo podía cualquiera que trabajara en la Roma actual conservar la gracia de Dios?

Con un estado de ánimo entre tristeza y exasperación, y sin respuestas a sus preguntas, Chris llegó a Porta Sant'Anna, cruzó el complejo administrativo vaticano hasta el despacho de Lucadamo y encontró a Slattery ya enfrascado en un profundo debate con el jefe de seguridad.

-No alcanzo a definirlo, Giustino... -decía Damien, al tiempo que saludaba a Chris con la cabeza-. El Santo Padre parece lleno de vida y, al mismo tiempo, agobiado por la vida. Parece dispuesto a combatir, pero tímido y retraído. Estaba lleno de vitalidad cuando nos habló de su reunión con Bischara Francis, pero cuando mencionó al cardenal Palombo y a la comunidad ecuménica judía de Dijon, había algo en su mirada...

-No puede reprochárselo -respondió Lucadamo-. Esa comunidad ecuménica está llena de serpientes antipapales. Pero no se preocupe por la salud de su santidad. Los doctores aseguran que resistirá otros diez años.

-No si el cardenal Maestroianni puede impedirlo -dijo Chris, que se sentó junto a Slattery, antes de contarles los detalles del voto de criterio común entre los obispos, exactamente como el cardenal se lo había explicado.

Lucadamo absorbió los detalles. Sabía que Estrasburgo había servido de lanzamiento para algún tipo de voto organizado, en las conferencias episcopales nacionales y regionales. Sabía que las relaciones entre el papa y sus enemigos clericales habían alcanzado un punto álgido, con ambos bandos endurecidos en sus actitudes respectivas. Había presenciado la desintegración progresiva de los resortes de poder del Santo Padre, respecto a la burocracia vaticana. Al igual que Slattery y Gladstone, había leído los comentarios que eliminaban todo elemento de sorpresa o alarma ante la idea de la dimisión papal. Y tenía también conocimiento de la carta de dimisión propiamente dicha, redactada y corregida varias veces.

Pero hasta ahora no había comprendido la mecánica del voto de criterio común. No había descubierto cómo debía funcionar, en el centro del asalto al trono papal, cómo el espectáculo público de

un voto de desconfianza por parte de sus obispos, junto a las demás presiones y humillaciones que Maestroianni y sus colegas acumulaban contra él, se utilizarían para convencer al papa eslavo de que no podía seguir gobernando la Iglesia.

-Y todo ello culminará -concluyó Lucadamo, después de quitarle las palabras de la boca a Gladstone- con la firma, por parte del sumo pontífice, del protocolo de dimisión. ¿Es así como lo han previsto?

-Sí.

-¿Conoce ya el calendario, padre?

-Está previsto que suceda en primavera. Y, gracias a mí, el voto de criterio común está asegurado -dijo Gladstone mientras abría su maletín y le entregaba a Lucadamo los resultados preliminares del voto-. Necesitaré que me devuelva este material. Debo habérmelo aprendido antes de ver de nuevo al cardenal.

Lucadamo entregó los papeles a un secretario para que los copiara. Luego se dirigió de nuevo a Slattery y Gladstone, y reconoció que Maestroianni siempre parecía tener el tiempo del diablo a su favor.

-Si los planes actuales del Santo Padre fructifican, podría estar en Rusia en el momento aproximado en que se supone debe celebrarse la votación.

-¡Maldita Rusia! -exclamó Slattery-. ¡El Santo Padre tendrá que desarmar de inmediato esa confabulación del voto!

-Veremos, padre Damien. Está decidido a viajar a Rusia, pero usted tendrá la oportunidad de convencerlo. Me ha dicho que tiene sus informes. Yo también tendré copias de los mismos, cuando me los mande monseñor Daniel. Se propone celebrar una reunión con nosotros, cuando los haya leído detenidamente. Entretanto, no deben mencionar a nadie su viaje a Rusia. ¡Ninguno de ustedes!

A pesar del estallido de Slattery y de la sorprendente noticia de Lucadamo de que el sumo pontífice había activado los planes de su peregrinación a Rusia, Chris estaba sumergido en sus propios pensamientos.

-Hay un individuo llamado Channing. Es doctor o profesor de algo. Es lo único que sé de él, salvo que está de algún modo vinculado al voto de criterio común y que tiene en la manga alguna iniciativa suplementaria.

-¿Algo más?

-Tal vez -respondió Chris, antes de preguntarle a Slattery por un dominico llamado George Hotelet-. Se ha presentado en el despacho de Maestroianni acompañado del presidente actual de la Academia Pontificia de Ciencias, poco antes de que yo me retirara. Su eminencia está muy emocionado por un estudio que realizan acerca del control de la población.

-¿El padre George? -preguntó Damien con el entrecejo fruncido-. Sí. Lo conozco. La mantequilla no se derretiría en su boca, pero está implicado en la cábala antipapal. Cuando George está metido en algo, por ejemplo ese estudio para la Academia Pontificia de Ciencias, es un mal augurio para el papa y para la Iglesia.

Me lo figuraba, dijo Chris para sus adentros. Pero no pudo evitar preguntarse lo que pensaría de él ahora el padre Aldo Carnesecca.

-¿No le parecería una locura que, por el bien del papa y por la gloria de Dios, me esté convirtiendo en un farsante de primera magnitud? ¿Y no lo consideraría como una cobardía moral que, durante un futuro previsible, me dedique a husmear para individuos como Hotelet?

-¡Debe de haber perdido el juicio! -exclamó Slattery-. ¿Cómo diablos cree que se las arregló el padre Aldo para no tener ningún tropiezo, durante sus cincuenta años de servicio al Vaticano? ¡Hizo todo lo que tuvo que hacer para sobrevivir y hacer todo el bien que pudo al sistema!

El estallido de Slattery le cayó a Chris como una ducha de agua helada. Lo obligó a enfrentarse al hecho de que a su sabio y amable amigo se le habían acabado por fin los medios de supervivencia. Y lo obligó a plantearse de nuevo las cuestiones relacionadas con el asesinato del padre Aldo.

Lucadamo no necesitaba mucho estímulo. El demonio de la venganza estaba muy presente en su corazón.

-Hemos hecho copias de su diario -dijo Giustino, al tiempo que sacaba el desgastado diario encuadernado en piel de un cajón cerrado con llave y se lo devolvía a Gladstone-. Yo mismo he

repasado las anotaciones de varios años y tengo a un par de mis mejores hombres que también lo estudian. Pero hasta ahora no hemos descubierto nada que pudiera constituir motivo de asesinato.

-Debe de estar ahí, Giustino. Lo que Aldo quería que encontráramos tiene que estar ahí.

Lucadamo se sentía todavía perseguido por las lúgubres imágenes de la agonía de Carnesecca. Pero confesó que no era sólo el asesinato lo que lo impulsaba ahora a descubrir la clave. Sobre todo, dijo, era el método.

-Lo que quería que encontráramos, lo que había visto, era tan importante que no bastaba con matarlo. Es como si un demente hubiera querido abrasarle antes los ojos por haberlo visto. Como si alguien pretendiera eliminar todo vestigio de memoria de su cerebro.

Después de la cena y concluidas por fin las agotadoras entrevistas personales con los obispos estadounidenses, el papa eslavo aprovechó los primeros momentos de tranquilidad de aquel agobiante día para redactar a mano una respuesta a la última carta de Mijaíl Gorbachov. Apenas acababa de emprender dicha tarea cuando, pluma en mano, se dejó tentar por los dos informes que monseñor Daniel había dejado sobre su escritorio.

-Me pregunto... -dijo en voz alta, hablando consigo mismo. Según aquellos diez obispos de la Costa Este, en sus diócesis respectivas vibraba la buena fe hacia el Santo Padre, y rebosaban de regocijadores ejemplos de la renovación religiosa que su santidad alentaba y recomendaba. A decir verdad, a juzgar por sus palabras, sus diócesis eran financieramente sólidas, interiormente coherentes, fieles a las directrices de sus obispos y pastores y auténticamente ejemplares en su celo y religiosidad. Era evidente que el sumo pontífice los escuchaba con ciertas reservas. Pero lo que no sabía era si aquellos obispos se engañaban a sí mismos, o habían adoptado de forma consciente una fachada de devoción al papado.

-Me pregunto...

Decidió inspeccionar el más grueso de los dos informes. Resultó ser el de Gladstone, que presentaba su información con la meticulosidad de un verdadero intelectual. Y, en efecto, el nombre de cada uno de los obispos estadounidenses con los que había hablado figuraba en el índice onomástico.

-Nos concentramos en la calidad y no en la cantidad de nuestros sacerdotes, Santo Padre... -había dicho el obispo de Albany.

Sin embargo, según el informe de Gladstone, aquel mismo obispo declaraba constantemente que el antiguo concepto de sacerdote era «obsoleto», que los sacerdotes ya no necesitaban el «celibato medieval», y que la homosexualidad era una forma de vida «perfectamente aceptable». El sumo pontífice movió la cabeza como un perro cuando sale del agua, para ahuyentar los recuerdos de aquellas voces aparentemente piadosas de los demás obispos, cuyas características personales y enseñanzas morales se describían en el informe de Gladstone. Sintió un escalofrío al pensar en la ingenuidad que aquellos individuos le suponían. Pero su dolor interior no representaba siquiera la mitad de su sufrimiento. Su propia culpa le produjo un horror frío y repelente.

¿No era él responsable ante el Todopoderoso? ¿Qué derecho tenía entonces de preguntar si aquellos obispos lo engañaban? ¿No exigía la justicia que formulara otra pregunta? En lugar de haber sido sólo engañado durante tanto tiempo, ¿no había cerrado convenientemente los ojos? ¿Se había dicho convenientemente a sí mismo, y a todo aquel que se interesara, que aquella corrupción de la fe y de la moral en la jerarquía era inextirpable en aquel momento? ¿Que el propio resplandor de la verdad disiparía todos los errores?

-¿Santidad...?

Aunque monseñor Daniel habló apenas en un susurro, el sumo pontífice se sobresaltó al oír su voz. ¿Eran ya las cinco de la madrugada?

-¿Cuántas personas vienen hoy, monseñor?

Sadowski comprendió la pregunta. Una de las primeras innovaciones del papa eslavo en el Vaticano había consistido en admitir invitados a su misa matutina a las seis y media, y luego a desayunar con él. Pero el aspecto del sumo pontífice alarmó al secretario papal hasta dejarlo sin habla. El papa era un hombre que nunca solicitaba piedad ni compasión para sus propios dolores. Daniel vio las manchas de las lágrimas, vio los informes abiertos entre un montón de notas, y reconoció los indicios profundos de agitación en aquel eclesiástico, a quien servía desde hacía treinta y cinco años.

-¿Monseñor Daniel?

-Doce en total, santidad -respondió Sadowski, todavía turbado-. Los diez obispos estadounidenses a los que recibió ayer y esos hermanos franceses de la comunidad ecuménica de Dijon.

El papa eslavo se frotó los ojos, como si pudiera ahuyentar el cansancio de su alma.

-Pídales disculpas, monseñor. Hoy permítame celebrar la misa y desayunar solo -dijo el sumo pontífice, que se puso de pie y se desperezaba, con el propósito de asearse y afeitarse para la misa, cuando de pronto volvió la cabeza-. En realidad, monseñor, anule todos mis compromisos esta semana, salvo las entrevistas y los actos públicos de mayor importancia. Será preferible. Necesitaré varios días para dedicarme a esos informes.

-Por supuesto, santidad.

Daniel permaneció unos minutos en el estudio. Había empezado a leer sus propias copias de aquellos informes y, como tantas otras cosas en el Vaticano, habría deseado poder hacerlos desaparecer mentalmente. Pero sólo podía repetirse la pregunta que se había formulado ya un millar de veces. ¿En qué hombro podía apoyar la cabeza el papa para derramar sus lágrimas?

CUARENTA Y TRES

A instancias del papa, Sadowski aligeró todo lo posible el calendario papal. Como pretexto y con la complicidad del doctor Fanarote, se insinuó que el Santo Padre estaba muy fatigado, cosa que dio pie a otra oleada de rumores sobre la dimisión del papa o, alternativamente, sobre la inminente perspectiva de su fallecimiento. Pero los rumores eran la menor de las preocupaciones de monseñor Daniel. Era el sufrimiento del papa eslavo lo que afligía a aquel fiel sirviente y devoto colaborador.

Sadowski lo conocía a fondo. A lo largo de su carrera como obispo, cardenal y papa, le habían planteado despiadados dilemas y feas elecciones, pero siempre había elaborado alternativas aceptables. Siempre había andado por el camino de la gracia: nunca con dudas y siempre con esperanza, nunca sin recursos y siempre eufórico, nunca impaciente y siempre seguro de su destino.

Pero ahora era difícil mantenerse al margen y ver cómo el sumo pontífice se marchitaba ante sus propios ojos. Dedicaba la mayoría de las horas del día a la lectura y análisis de los informes, y a tomar notas. Una vez al día, por orden del doctor Fanarote, daba un rápido paseo por el jardín del Vaticano, aunque luego volvía a la lectura, el análisis y la escritura. Tampoco aprovechaba la noche para descansar. Paseaba a solas por los pasillos del palacio apostólico. En una ocasión pasó varias horas en las tumbas de los apóstoles, bajo el altar mayor de san Pedro. Y tres mañanas, cuando Daniel entró en la capilla privada del papa alrededor de las cinco de la madrugada para preparar la misa, se encontró la figura blanca del papa postrado en el suelo ante el tabernáculo, donde evidentemente había pasado la noche.

En aquella ocasión, Sadowski se sentía impotente. Leía el mismo material que el papa, sabía que él mismo había nombrado a muchos de los obispos y cardenales que figuraban en los informes, y comprendía cómo debía afligir al papa ver los detalles de sodomía y satanismo en el clero, ver los nombres, las fechas y los lugares.

Pero también sabía que ése no era el límite del sumo pontífice. Su santidad se había obsesionado con la respuesta a una cuestión torturadora, padecía una crisis personal que superaba las increíbles realidades reflejadas como reales en los informes.

En su impotencia, Sadowski habló con el doctor Fanarote sobre la tensión a la que estaba sometido el papa y sus fuerzas vitales. No obstante, tampoco allí encontró mucha esperanza.

-Si la tensión pudiera matar a ese hombre, estaría ya muerto. Además, monseñor, eso no le importa. Soy su médico y lo sé. Le cueste lo que le cueste, incluida su propia vida, hará lo que cree que debe hacer.

En sí mismos, los lúgubres hechos documentados en los informes de Gladstone y Slattery no sorprendieron al papa eslavo. La homosexualidad y el satanismo se encontraban entre los virus más antiguos que infectaban el cuerpo político de la Iglesia. La diferencia ahora consistía en que la homosexualidad y el satanismo habían adquirido una nueva categoría en dicho cuerpo político. En ciertos sectores de la Iglesia, sus miembros habían salido de la clandestinidad y exigían el derecho a ser

representados en el foro público de la vida eclesiástica. Su aparente aceptación por parte de sus colegas y asociados indicaba que los involucrados habían dejado de creer en las enseñanzas católicas. Las creencias de algunos eran tan diferentes, que en realidad no se los podía considerar ya católicos. Sin embargo, ninguno de ellos quería abandonar la Iglesia, como lo había hecho Martín Lutero. Ni estaban dispuestos a adaptarse de algún modo a las leyes y doctrinas de la Iglesia, como lo había hecho Erasmo.

De pronto pasó a ser incontestable el hecho de que ahora, en este papado, existía dentro de la Iglesia católica la presencia permanente de clérigos que adoraban a Satán y les gustaba hacerlo, de obispos y sacerdotes que sodomizaban niños y se sodomizaban entre sí, de monjas que celebraban «ritos negros» de Wicca y mantenían relaciones lesbianas dentro y fuera de sus conventos. De pronto quedó claro que durante este papado la Iglesia católica se había convertido en un lugar donde todos los días, incluidos domingos y fiestas de guardar, hombres llamados a ser sacerdotes cometían actos de herejía, blasfemia, sacrilegio e indiferencia ante los sagrados altares. No sólo se cometían actos sacrílegos ante los altares, sino que contaban con la complicidad o por lo menos el beneplácito de ciertos cardenales, arzobispos y obispos. Era alarmante la lista de prelados y sacerdotes involucrados. En total eran una minoría, oscilaban entre el uno y el diez por ciento del personal de la Iglesia. No obstante, muchos de ellos ocupaban cargos asombrosamente de alto rango y autoridad en las cancillerías, los seminarios y las universidades.

Sin embargo, a pesar de lo lamentable de dicha situación, no constituía la causa global de la crisis de su santidad. Los hechos que provocaban el nuevo sufrimiento del papa eran esencialmente dos: los vínculos sistemáticos y organizados, o, en otras palabras, la red establecida entre ciertos grupos clericales homosexuales y conciliábulos satanistas, y el asombroso poder e influencia de dicha red.

De los dos, el poder de la red, tan desproporcionado respecto a la minoría que lo ejercía, era el más devastador para el papa eslavo. Tanto Gladstone como Slattery habían reunido pruebas que indicaban que el poder desproporcionado y la preponderante influencia de dicha red se debían a sus alianzas con grupos seglares ajenos a la Iglesia católica y a la enorme cantidad de profesores en seminarios, universidades y escuelas católicas, que disentían de forma abierta y con toda naturalidad de los dogmas y enseñanzas morales del catolicismo.

Pero había un tercer hecho: este sumo pontífice, llamado por Jesucristo como responsable más directo de su Iglesia, había posibilitado dicha influencia. Había visto la corrupción. Había incluso hablado de sus sospechas, de que alguna fuente malvada había penetrado y se había implantado en la estructura de la Iglesia, e infectaba ahora la mayoría de sus partes. Y la decisión era no excomulgar a los herejes. No degradar a los sacerdotes descarriados. No expulsar a los profesores apóstatas de las universidades pontificias. Había decidido hablar con ellos. Hablar con todos y en cualquier lugar.

¿No había sido, al igual que Pedro, demasiado testarudo? ¿No había traicionado, al igual que Pedro, a Jesucristo?

Tres veces traicionado, Jesucristo le había preguntado tres veces a Pedro:

-¿Simón, hijo de Juan, tú me quieres...?

Tres veces traicionado por Pedro, Jesucristo le había ordenado tres veces alimentar a sus corderos, orientar, proteger y gobernar su Iglesia. ¿Acaso no tenía el papa eslavo muchas más de tres traiciones de las que debía responder? ¿No tenía buenas razones, no sólo para dudar de su propio juicio, sino para preguntarse si la totalidad de su pontificado había sido una traición? ¿Una broma de mal gusto que provocaba una mueca de desdén en el rostro del antiguo adversario?

Muchas más de tres veces durante aquellos días y sus noches sumamente oscuras, se postró el papa eslavo ante Jesucristo y, más angustiado que Pedro, ofreció su respuesta a la pregunta que sabía que debía contestar.

-Sí, Señor, vi la corrupción... Pero hice la misma suposición que mis dos predecesores. Supuse que el espíritu del Concilio Vaticano Segundo era Tu espíritu.

»Sí, Señor. Vi la corrupción que había impregnado la organización de la Iglesia durante dichos pontificados. Y decidí que la organización tradicional de la Iglesia había sido desmantelada, que nunca se volvería a restaurar, que nunca volvería a ser lo que era.

»Sí, Señor. Vi la corrupción. Pero supuse que el espíritu del Concilio Vaticano Segundo creaba una nueva comunidad de cristianos, el nuevo Jerusalén. Como papa de todos los pueblos, supuse que mi obligación consistía en dar testimonio de dicho espíritu entre las naciones de la Tierra. Reunir a todos

los pueblos de Dios para la aparición de la Reina de los Cielos en el horizonte humano, anunciando una nueva era de paz y resurgimiento religioso entre las naciones del mundo.

»Sí, Señor. Vi la corrupción...

-Sí, monseñor Daniel, he visto los informes. En realidad acabé de leerlos anoche. Gracias por entregármelos -dijo con suavidad el cardenal Sanstefano por su teléfono privado del Banco Vaticano, mientras se inclinaba para aliviar el dolor de su pierna artrítica, sin comprender por qué siempre le molestaba cuando se vislumbran problemas en el horizonte, pero convencido tras años de experiencia de su precisión como barómetro-. ¿Confesión dice usted, monseñor? Sí, por supuesto. ¿Cuando le conviene a su santidad?

A Sanstefano le sorprendió algo la citación del sumo pontífice a la capilla papal para confesarle. Todos los viernes, cierto padre Jan Kowalski se desplazaba desde la iglesia de San Stanislas Kostka, en el distrito romano de Trastevere, hasta el palacio apostólico, se introducía sigilosamente en la capilla de los papas y allí oía la confesión del Santo Padre. El padre Jan estaba ahora semijubilado, pero se había convertido en una parte tan asidua de aquel papado, que el personal de seguridad sólo se preocupaba cuando no aparecía en el momento previsto.

Por otra parte, tampoco era la primera vez que su santidad le pedía al director de la PECA que le confesara. Había ocurrido en dos ocasiones anteriores. Y puesto que siempre había sido en momentos de crisis y decisiones graves, Sanstefano se preparó ahora recordando aquellas dos ocasiones anteriores.

Recordaba que la primera había tenido lugar a finales de diciembre, apenas dos meses después de la elección del papa eslavo. El recién elegido sumo pontífice, rebosante de euforia y sangre fría, había empezado con la fórmula habitual que declaraba su intención de confesar sus pecados. Pero en lugar de desahogar las faltas personales de su alma, y consciente de que el voto de la confesión protegía su secreto, su santidad centró su atención en el Banco Vaticano. Entonces como ahora, lo que más interesaba al papa eslavo era la independencia de la ARI, cuyo reglamento no permitía que nadie en el Vaticano, salvo el Santo Padre, interviniera en la misma.

Sus preguntas eran directas y concretas: ¿cuánto había perdido la Santa Sede en lo que los informes populares describían como escándalos internacionales? ¿Quién estaba implicado en dichas pérdidas? ¿Había sido el fracaso premeditado? ¿Por quién? ¿Cuáles eran las deudas principales de la Santa Sede?

Como segundo de a bordo en aquella época, Sanstefano llamó blanco a lo blanco y negro a lo negro. Durante los treinta primeros años de la existencia de la ARI, se tuvo la firme esperanza de que las finanzas del Vaticano, incluida la administración financiera de las provincias católicas en el mundo entero, mantuvieran su propia independencia como sistema bancario, junto a otros sistemas bancarios y compitiendo con los mismos en el mercado mundial.

Pero la ARI se había convertido en centro de atención de problemas financieros iniciados en los años sesenta, que se extendieron a los setenta. Aquella serie de escándalos que el papa había mencionado provocaron un deterioro del reconocimiento profesional y una grave pérdida de liquidez, que Sanstefano tasó en «más de un billón de dólares como mínimo». En consecuencia, se había reducido la autonomía de la ARI y su libertad de acción en los mercados monetarios internacionales. La antigua esperanza de convertirse en uno de los participantes del gran juego mundial se había disipado. Los movimientos de la ARI debían adaptarse a los de los «verdaderos gigantes», como los denominó entonces el arzobispo. Todo se decidió de acuerdo con la hegemonía de poderes ajenos a la Iglesia católica. Sanstefano quiso ponerle al mal tiempo buena cara, pero no fue fácil.

-Nos enfrentamos a una fuerza hegemónica muy superior a la nuestra, superior a cualquier otra de la Tierra. Es una situación que puede modificar gravemente la política exterior de su santidad.

El sumo pontífice recibió la noticia con el espíritu de un luchador. Como sacerdote, obispo y cardenal, se había enfrentado ya a dos regímenes que aspiraban a la hegemonía mundial. Sin haber cumplido todavía los sesenta años y convertido ahora en papa, no esperaba hacer menos en Roma de lo que había conseguido ya en su patria.

-Déjeme reflexionar -respondió aquel día a Sanstefano-. La fuerza del papado, su autonomía en la perseverancia de la propagación de la fe, era el único objetivo del papa que fundó la ARI. Pero mi pobre cerebro tiene la impresión de que alguien ha intentado reducirnos a la categoría de borregos. Sin

embargo, tenemos muchos amigos en el extranjero que comparten nuestro desagrado de dicho control hegemónico. Con su ayuda y mediación, tal vez logremos encaminarnos de nuevo. Debemos alcanzar la autonomía.

La segunda ocasión en que el sumo pontífice llamó a Sanstefano como confesor fue un par de años después de que Ali Agca intentara asesinar al papa eslavo en la plaza de San Pedro.

El Santo Padre ascendió a Sanstefano a cardenal y lo nombró director de la Prefectura de Asuntos Económicos, con pleno control de la ARI. Y durante aquellos primeros años de su pontificado, el papa eslavo cumplió exactamente su palabra en lo concerniente al Banco Vaticano. Una de sus principales tareas consistió en reparar las pérdidas de liquidez y de prestigio, sufridas en los años setenta. Durante dichos años, y los de su recuperación del atentado, la euforia y la sangre fría del papa eslavo experimentaron una transformación. Fue la época durante la cual una de las dos superpotencias se preparaba para desaparecer en el olvido, y la otra a su vez se enfrentaba a una perspectiva en la que ninguno de sus primeros líderes, los padres de la revolución americana, habían soñado. Época en que el papa adquirió una percepción clara del mecanismo que administra la macrodirección de la compleja estructura de este mundo: su materia, su energía, su fisiología, su vitalidad. Durante aquellos años, el Santo Padre extendió y profundizó sus contactos con muchos de los grandes personajes mundiales, cuyas decisiones afectan la vida de centenares de millones de personas. Cultivó también sus contactos con ciertos personajes de la Unión Soviética. Con eclesiásticos rusos, fundó una red secreta de sacerdotes. Con miembros del partido estableció un vínculo común, basado en su mutua comprensión de que un nuevo orden amanecía en el mundo. Fue uno de dichos miembros del partido quien escribió al papa eslavo con tanta franqueza y contundencia sobre dicho orden mundial, en palabras reminiscentes de aquella primera conversación confesional entre el sumo pontífice y Sanstefano, que el Santo Padre le había mostrado dicha comunicación al banquero vaticano.

«Por lo menos -escribió dicho personaje- nos hemos librado de la ilusión de la categoría de superpotencia, y su santidad, de cualquier ilusión de que dirige una super-Iglesia. En nuestro mundo existe sólo una superpotencia, no la URSS ni los EE. UU. Y ahora que la Iglesia de Satán está establecida, su autoridad papal ya no es absoluta.»

Personalmente, Sanstefano siempre había estado convencido de que algo relacionado con aquellos amplios contactos de principios de los ochenta había inducido al papa eslavo a insistir en una conversación privada con su asesino frustrado, Ali Agca. En una cárcel romana llamada Regina Coeli, en honor a la Reina de los Cielos, entablaron ambos una conversación en un susurro tan íntimo que ningún otro ser humano, ni agencia secreta de Washington ni de Moscú, sabría jamás lo que había mediado entre ellos. Al día siguiente de dicha reunión, el papa eslavo llamó a Sanstefano para su segunda confesión.

-Le he pedido que oiga mi confesión, eminencia -dijo el sumo pontífice-, porque tengo una crisis de conciencia.

Puesto que su conversación con Ali Agca estaba amparada por el secreto de la confesión, el papa sólo podía revelar aquellos hechos sobre los que el turco arrepentido había dado su permiso explícito. El más importante de dichos hechos le provocó a Sanstefano un escalofrío en aquel momento.

-No es necesario temer por un final no natural de mi vida -dijo su santidad con absoluta frialdad-, a condición de que la Santa Sede no aspire a una posición hegemónica en el gran tablero del mercado mundial y en el nuevo orden internacional emergente ahora entre las naciones. En esas condiciones podemos sobrevivir.

Para contribuir a la causa de la armonía humana, debería servirse del prestigio universalmente aceptado de la Santa Sede y de su Iglesia católica para fomentar cierta unidad y comunidad entre todas las religiones. La fricción entre el judaísmo y el papado se consideró un caso aparte porque, según algunos, la Santa Sede nunca había reparado en realidad en el papel de algunos de sus miembros en el holocausto y porque, según otros, el holocausto había sido concebido por cristianos y constituía el resultado final del antisemitismo cristiano tradicional.

Alguna acción papal era necesaria, que indicara con claridad que la Iglesia católica aceptaba la sinagoga como paz entre las grandes religiones mundiales y honraba al pueblo judío como portador de una misión histórica especial.

Después de expresar su preocupación en términos generales, el papa prosiguió con los detalles.

-Ningún papa ha visitado la comunidad judía en esta ciudad de Roma. Yo debo hacerlo. Ningún papa ha visitado Auschwitz. Yo debo hacerlo. Ningún papa ha establecido relaciones diplomáticas con Israel. Yo debo hacerlo. No importa cuánto tarde, ni el efecto que cause en los demás, debo hacerlo y todo estará bien en la Iglesia, en lo que concierne a aspectos materiales. Debemos buscar la paz, si la paz es lo que deseamos.

Sanstefano tuvo la sensación de que el sumo pontífice repetía literalmente recomendaciones que le habían hecho. Como director de la PECA, también sabía a la perfección que, en el mercado monetario y de poder temporal, la Santa Sede ya no podía plantearse actuar de forma autónoma. El intento de asesinato había frustrado todos los esfuerzos en dicha dirección.

El Santo Padre había especificado cuestiones de conciencia. ¿Significaría el reconocimiento diplomático de Israel un abandono de la tradición católica? ¿Se había equivocado la Iglesia, teológica o moralmente, al abandonar la enseñanza anterior de que el rechazo de Jesús por parte de los judíos había provocado la ira de Dios? ¿Deberían los católicos intentar convertir a los judíos?

-Siga los dictámenes de una conciencia bien formada -repetía Sanstefano, fiel al antiguo principio católico-. Debe educar, no distorsionar, la conciencia.

-¿Cree, eminencia, que puedo distorsionar, o ya haya distorsionado, mi conciencia?

-Se lo diré de este modo, santidad. Muchos fieles, aquellos más fieles a las enseñanzas tradicionales, así lo creen.

-¿Qué me aconseja entonces?

En aquel momento se hizo una prolongada pausa. El cardenal debía tomar una decisión: decirle al papa que rezara en busca de iluminación, o abrir el campo de la confesión a un plano más amplio. Se impuso la franqueza de Sanstefano.

-Santo Padre -dijo con sosegada autoridad-, permítame que traslade estas cuestiones al contexto más amplio del pontificado de su santidad.

»Ambos somos conscientes de que su teología no es ortodoxa y tradicional, que su filosofía no es tomasiana, que es un fenomenólogo. También somos conscientes de que ha decidido prescindir de la actual organización clerical de la Iglesia, y de que gran parte de dicha organización clerical ha decidido prescindir de usted. Quieren librarse de usted definitivamente y cuanto antes.

»No obstante, santidad, ambos sabemos que usted es el papa de todos los católicos y el único representante de Cristo entre los hombres. Mi precepto encarecido es que esté moralmente seguro de lo que hace *como papa.* Y puesto que nosotros los mortales no sólo pecamos por acción sino por omisión, esté también moralmente seguro de lo que de forma deliberada *no* hace. Ya que en su caso, Santo Padre, es lo que no hace, lo que no ha hecho, lo que aflige a muchos fieles.

Ése fue el alcance del consejo de Sanstefano en la segunda confesión.

A pesar de su ataque de artritis, el cardenal Sanstefano sólo llegó con uno o dos minutos de retraso. Se asomó a la puerta del despacho de monseñor Sadowski y luego se dirigió a la capilla privada, mientras Sadowski le comunicaba al Santo Padre que su confesor lo esperaba.

Aquella confesión fue la más breve, pero no se medía por su duración.

-Eminencia -dijo el sumo pontífice, que hablaba en frases cortas, casi entrecortadas-. Debe responder mi primera pregunta como jefe de la ARI. Imagine que acepto el consejo de mis cardenales. Que dimito del trono de Pedro. ¿Cómo afectaría eso nuestra posición en el mercado?

El cardenal llevaba el catolicismo en sus huesos. Pero ante el frío realismo del papa eslavo, la sujeción interna de su catolicismo se convirtió en lúgubre y carente de júbilo.

-¿Cuándo tendría lugar dicha dimisión?

-En cualquier momento entre el presente y mi septuagésimo quinto aniversario.

-A condición de que su sucesor tuviera amigos que ni usted ni yo hemos cultivado, Santo Padre, una dimisión en dicho período incrementaría probablemente nuestra valoración. Ambos sabemos que los que nos excluyen ahora de ciertos sectores de inversión, probablemente abrirían las puertas en el momento de la dimisión de su santidad. *Amici di amici..*

-Debe contestar mi segunda pregunta como uno de mis cardenales y como mi confesor. Pero antes, una declaración. Monseñor Daniel me ha dicho que ha leído los dos informes que le mandé. Ahora tengo más de una razón para pensar en la dimisión. Sin embargo, mi razón primordial, la que más me

concierne en este momento, es el lamentable estado al que he permitido que descendieran los eclesiásticos durante mi papado. Mi razón primordial, por consiguiente, es que ya no soy eficaz como papa. Ahora bien, eminencia, ésta es mi pregunta: ¿cuál ha sido mi error principal?

Sanstefano se inclinó hacia adelante y apoyó la frente en una mano.

-No cabe ninguna duda, Santo Padre: el hecho de no haber interpretado la doctrina del Concilio Vaticano Segundo con autoridad y, insisto, de acuerdo con la tradición. Sin la menor duda, los documentos de dicho concilio, en su estado actual, son incompatibles con el catolicismo tradicional. De ese modo ha permitido que proliferara el error sin corrección. Eso equivale a negligencia, incluso posiblemente a fechoría, a nivel papal.

-Dados mis motivos, ¿hablamos de culpa mortal o venial?

-Dado el daño causado, mortal.

-¿Opina usted entonces que debo dimitir?

-*Pontifex maximus a nemini judicatur* -respondió Sanstefano, en palabras del antiguo Código Canónico-. Nadie tiene derecho a juzgar al papa. Usted es quien debe juzgar. Sólo y exclusivamente usted.

-Pero sólo pido su opinión, eminencia. Como confesor.

Sanstefano sentía que se le comprimían los pulmones.

-No puedo responderle como confesor, santidad. Carezco de opinión. Nadie es competente para opinar en este asunto. Ningún creyente sensible aventuraría una opinión. Nadie que conozca su posición osaría responder. Yo sólo dispongo de mi fe en el trono de Pedro. Usted es el ungido por Dios. Quien levante la mano al ungido morirá. Así lo dicen las Escrituras.

Quedaba poco que decir. Con grave culpa en juego, ambos conocían la obligación de reparar el daño cometido y corregir el error. Pero ambos sabían también que reparación y corrección no eran cosa fácil, cuando en ello intervenía la política del Estado y de la Iglesia. Pero al igual que el doctor Fanarote, el cardenal Sanstefano estaba convencido de que, por mucho que le costara -incluida su propia vida-, el papa eslavo haría lo que debía hacer. Con dicha certeza moral, impuso su penitencia y otorgó su absolución al Santo Padre.

Cuando asomó la cabeza a la puerta del despacho de monseñor Sadowski para despedirse y abandonó luego las dependencias papales, no era sólo la culpa sobre lo que Sanstefano debía reflexionar. Con las manos temblorosas y su pecho todavía oprimido, cuando el cardenal volvía sobre sus pasos por el palacio apostólico, pensó en que mucho había quedado por decir en la confesión. Razones no expresadas, algo más allá de su propia responsabilidad por los pecados sistemáticos de sus eclesiásticos contemporáneos, más allá de su propia valoración de sí mismo como inútil, habían conducido a su santidad al borde de lo impensable. Sanstefano sólo podía imaginar cuáles podían ser dichas razones.

Cinco papas habían ido y venido en su presencia, a los que había conocido en persona antes de ser elegidos. Cada uno de ellos, después de aceptar el papado, había cruzado una línea invisible a un lugar solitario. A pesar de la magnitud de su compasión humana, el papa eslavo no era una excepción.

-Por mucho que lo queramos, o él a nosotros -dijo Sanstefano para sus adentros-, en nuestros términos y nuestro mundo, nunca alcanzaremos a comprender su pena y su dolor. Sólo podemos ofrecerle la verdad. Con demasiada frecuencia, la verdad duele. Pero también cura.

CUARENTA Y CUATRO

Chris Gladstone y los demás se percataron inmediatamente de que aquella reunión privada antes del amanecer con el papa eslavo, a la que monseñor Sadowski los había llamado, sería especial. Para empezar, en lugar de sentarse en cómodos sillones en el estudio del sumo pontífice, se instalaron alrededor de una mesa de reuniones en una pequeña sala de recepción de los aposentos papales, en el tercer piso del palacio apostólico. En segundo lugar, el papa se presentó, informes en mano, con un programa concreto. Pero por encima de todo, lo que asombró a Chris fue el repentino cambio de aspecto que había experimentado el Santo Padre. Su sonrisa era todavía cálida, pero la palidez de su rostro, las arrugas de sufrimiento alrededor de sus ojos y su boca, la profunda resonancia de su voz y la evidente curvatura de su espalda eran indicios de algo más profundo que los simples estragos del paso del tiempo.

No obstante, aquélla era una reunión de amigos queridos, unidos por su devoción común al papa

eslavo. Ninguno de ellos, ni Christian Gladstone, ni Damien Slattery, ni Angelo Gutmacher, ni Giustino Lucadamo, ni siquiera Daniel Sadowski, comprendía bien al sumo pontífice o su política papal. A pesar de que más de uno tenía de vez en cuando graves dudas respecto a su sensatez, el mero hecho de estar juntos y en presencia del Santo Padre los llenaba a todos de felicidad.

Para Christian y el padre Angelo fue una alegría adicional verse de nuevo, por primera vez desde aquella mañana en la capilla de la torre de «La casa azotada por el viento», cuando ambos respondieron a una llamada muy diferente para acudir a Roma. Pero en aquel momento no disponían de mucho tiempo para ponerse al día.

Su santidad señaló dos asuntos de especial interés. Después de mirar fugazmente a Giustino Lucadamo, aclaró que estaba al corriente del informe secreto de Gladstone, concerniente a los planes y motivos antipapales del voto público de criterio común entre los obispos. Y también le comunicó a Gladstone que había firmado los documentos de su ascenso en el escalafón clerical. A partir de aquel momento el padre Christian tenía derecho al título de monseñor y al distintivo violeta en su atuendo.

Aquella introducción fue ya demasiado para Christian. Su nuevo rango como prelado del Vaticano, exclamó con cierta vehemencia, era consecuencia directa de su absorción como aliado por unos eclesiásticos, que proyectaban la terminación en un futuro próximo del pontificado de su santidad.

-En realidad, desde la entrada en vigor de mi destino en Roma, he sido inconscientemente su aliado. He deambulado por Europa y Estados Unidos como secuaz político de los enemigos de su santidad, y he abusado de forma desmesurada de mis vínculos familiares, para fomentar unos planes formulados, estoy convencido, en la mente de Satán. No obstante aquí estoy, aceptado por su santidad y por sus íntimos colaboradores.

Durante unos segundos, nadie reaccionó, hasta que Lucadamo rompió el silencio.

-No se flagele demasiado por el hecho de que lo hayan utilizado. Nosotros también lo hemos hecho. Su información sobre el voto propuesto ha llenado ya ciertas lagunas fundamentales en nuestro conocimiento. Pero ahora empieza a comprender a lo que se ha comprometido. En el embrollo en el que estamos metidos, nuestra labor consiste ahora en arrebatarle la iniciativa al otro bando. Y ésa es la razón de nuestra presencia aquí esta mañana.

Después de que Lucadamo lo obligara a olvidar su ira egoísta, para concentrarse de nuevo en la agenda papal, Gladstone volvió a mirar al sumo pontífice con la intención de disculparse. El papa lo miró a los ojos con una sonrisa en los labios, que reflejaba aprobación y confianza. Todo comprendido, decía la sonrisa. Había que pasar a lo esencial.

Lo primero de lo esencial hacía referencia a los informes que Chris y Slattery le habían entregado hacía aproximadamente una semana. Pero las conclusiones que el papa eslavo había sacado de los mismos resultaron ser muy diferentes de las conclusiones prácticas que Chris anticipaba.

-El impacto global de estos informes, junto a la información que monseñor Christian nos ha facilitado respecto al voto de criterio común de mis obispos, aclara una cuestión. La oposición ha aprovechado el momento oportuno para la entrada en vigor de sus planes. Ven lo que yo ahora también veo con toda claridad, aunque desde una perspectiva diferente. La perspectiva del adversario.

»Ven el cisma inminente entre el papado y los obispos de la Iglesia. No sólo ven sino que contribuyen al desmoronamiento progresivo del catolicismo. En realidad, es justo afirmar que la mayoría de los católicos están ahora enajenados en mayor o menor grado de la verdad católica. Roma y el papado ya no son objeto de obediente devoción, sino a lo sumo de una veneración vaga y romántica. Gran cantidad de las misas y de las confesiones carecen de validez. Un número indeterminado de sacerdotes no han sido ordenados como es preceptivo. Y ni siquiera he intentado calcular todavía la cantidad de obispos que no han sido debidamente consagrados o que han dejado de creer.

»Ya no se honra a Jesucristo en nuestros tabernáculos, y en consecuencia ha abandonado nuestras iglesias, nuestros conventos, nuestras órdenes religiosas, nuestros seminarios y nuestras diócesis. A decir verdad, ¿por qué debería Nuestro Señor permanecer donde es objeto de negligencia, insulto y negación? Después de todo, no es Él quien nos necesita. Ahora bien -prosiguió su santidad, después de mirar a los presentes-, si me queda algún recurso, es el de la protección de la Reina de los Cielos. Como acto de veneración especial y a condición de que lo permitan las circunstancias, debo realizar mi peregrinación a Rusia y Ucrania.

Todos los que escuchaban al papa eslavo en aquel momento, eran conscientes de las

consecuencias de lo que decía. Incluso Chris Gladstone sabía que podían ser ciertos los rumores que circulaban por Roma. Que el Santo Padre contemplaba la posibilidad de retirarse de la escena papal. Que el fin de su pontificado estaba a la vista y, con el mismo, la culminación de la estrategia geopolítica con las naciones.

Como para confirmar el pensamiento colectivo, el papa eslavo agregó otra justificación, de carácter geopolítico, para su viaje a Rusia. Citó las grandes diferencias y potencialmente graves sobre el control de la población que se planteaban entre la Santa Sede y la actual administración estadounidense, las diferencias igualmente graves sobre éste y otros temas fundamentales entre la Santa Sede y las Naciones Unidas, y entre la Santa Sede y la Unión Europea, y la creciente enemistad entre Rusia y sus aliados de la CEI y la Santa Sede.

-¿Consagrará su santidad Rusia a la Virgen María durante su viaje a Moscú?

Damien Slattery era todavía partidario de que el Santo Padre permaneciera en Roma para luchar contra la confabulación del voto común, pero en aquel momento pensó en la promesa de la Virgen de Fátima, según la cual si el papa de 1960 consagraba Rusia a la Madre de Dios, la Iglesia se libraría de terribles persecuciones, cesarían las guerras y la humanidad gozaría de paz y prosperidad.

-No -respondió de manera categórica el sumo pontífice-. Yo no soy el papa de 1960. No fue a mí a quien dijo que lo hiciera. No tengo ningún mandato en dicho sentido. Lo que quiero devolverle al pueblo ruso es su querido icono de Nuestra Señora de Kazan, en la actualidad en posesión de la Santa Sede. Y quiero ir a Kíev, porque allí fue donde el príncipe Vladimir bautizó a los rusos en masa hace mil años, en las aguas del Dniéper.

»Pero tiene usted razón, padre Damien. Mi viaje a Rusia está relacionado con las promesas y las revelaciones de la Virgen. Y estos informes han reforzado mi decisión de efectuar esta peregrinación. Le mencioné recientemente al padre Angelo que he sospechado desde hace mucho tiempo que mi predecesor estaba en lo cierto cuando habló de que el humo de Satán había penetrado en la Iglesia. Hoy estoy convencido de ello. Nadie que haya leído estos informes y digerido los detalles de la confabulación del voto de criterio común puede dudar de que necesitamos ayuda especial. En particular... -Sólo en esta ocasión se le quebró la voz a su santidad, pero se recuperó en seguida-. En particular, necesitamos ayuda para esta Santa Sede de Pedro, si queremos evitar que se derrumbe y se apodere de ella el demonio.

Gladstone miró fugazmente a Slattery. Cuando describió unos momentos antes la confabulación del voto común como una estrategia fraguada en la mente de Satán, no era más que una figura retórica. Pero al parecer el papa eslavo se lo tomaba en serio.

-Por consiguiente -prosiguió el sumo pontífice-, estoy decidido a efectuar mi peregrinación papal a Moscú y Kíev. Mi propósito es el de obtener la ayuda que necesitamos de la Virgen María. Debe hablar con su hijo. Debe hablarle de todas las almas que se marchitan. Debe recordarle una vez más, como lo hizo cuando estuvieron juntos en la Tierra, que el vino de la fe es escaso o ninguno.

El silencio que se hizo fue tan profundo como lo había sido la voz del Santo Padre. Y de nuevo fue Lucadamo quien lo rompió con una cuestión práctica.

-Santidad, las noticias que el padre, o mejor dicho monseñor Christian, nos ha traído significan que su santidad puede esperar nuevas presiones para que firme el protocolo de dimisión. Si pretendemos evitar que se nos arrastre por la oreja al cadalso, por así decirlo, debemos tomar la iniciativa.

-Estoy de acuerdo, Giustino -asintió el sumo pontífice, sin perder de vista su enfoque principal-. El padre Angelo traerá el icono de Portugal a Roma. Luego visitará de nuevo al señor Gorbachov, para hablar de lo que se puede hacer a fin de recibir una invitación para visitar su país cuanto antes. Pero puesto que no sería sensato apostarlo todo a un solo caballo, elegiré el momento oportuno para...

Gladstone no oyó el resto de la oración. Poco antes, se proponía disculparse por haberse dejado engañar por los adversarios del papa. Durante gran parte de su estancia en Estados Unidos y particularmente desde su regreso, había desempeñado el papel de un agente doble, que trataba con medias verdades y dobles significados. El único fruto positivo de todo ello había sido el informe que había entregado al Santo Padre, con todas las pruebas documentales necesarias -nombres, fechas, lugares, declaraciones juradas, transcripciones de grabaciones, fotografías- para eliminar el conjunto de clérigos corruptos y falsos religiosos.

-¿Por qué tengo la impresión, santidad -interrumpió Christian al Santo Padre, con otro estallido

emocional-, de que se van a archivar los informes en un cuarto oscuro?

Todos miraron a Gladstone, pero sólo el padre Gutmacher parecía dispuesto a responder a su joven amigo.

-¿Cuánto cree, Chris, que durarían usted y el padre Slattery aquí en Roma o en cualquier otro lugar, si se supiera quién ha elaborado esos informes? Además, esos informes pondrán sobre aviso a los rivales del Santo Padre, en cuanto a lo que en realidad sabemos sobre sus maldades. Quien recibe aviso previo se arma con antelación. Poner los informes en manos de los cardenales, sólo serviría para crear más dificultades que antes para su santidad. Se prepararían para cualquier iniciativa, cualquier medida que el Santo Padre decidiera aplicar contra ellos.

El argumento del padre Angelo no bastó para convencer a Christian.

-Uno no puede limitarse a ocultarlo todo -replicó Chris-. Su santidad no tiene por qué mostrar los informes a todo el mundo. Pero puede utilizar los datos de los mismos. Actuar. Puede expulsar a los obispos que llevan una vida homosexual activa, a los obispos que tienen queridas, a los obispos que aceptan monjas Wicca en sus diócesis, a las monjas que practican el lesbianismo activo. Puede tomar medidas apropiadas contra los sacerdotes, las monjas, los obispos y los cardenales irrefutablemente identificados como no católicos.

»Con el debido respeto, santidad, cabría empezar por el hecho de que existen ya numerosas mujeres norteamericanas a las que el obispo de cierta diócesis estadounidense ha administrado una especie de orden sagrado. También he aportado pruebas de que lo mismo ha sucedido en una diócesis canadiense. Canónicamente, dichos obispos están ya excomulgados. Pero recomiendo que se los expulse de sus cargos por decreto papal directo. El pueblo ya está escandalizado, saben que algo anda mal.

El papa eslavo escuchaba a Gladstone con expresión lúgubre. El norteamericano tenía todavía una forma tosca de abordar las situaciones, pero al igual que el insustituible padre Aldo Carnesecca, no lo amedrentaban los problemas dolorosos. Por consiguiente, el sumo pontífice le respondió con la franqueza que merecía.

-Lo que usted propone, monseñor Christian, sólo sería factible si estuviera en mi poder crear y destruir obispos en la Iglesia, expulsar a sacerdotes y monjas de sus conventos.

-¿No goza su santidad de dicho poder? ¿Como pastor supremo?

-Oficialmente, sí. En la práctica, no.

El papa eslavo miró a Gladstone a los ojos, a la espera de que reconociera la realidad. Por fin, después de una eternidad que duró varios segundos, Chris asintió y bajó la cabeza.

Angelo Gutmacher intervino en aquel momento de amarga comprensión, con una nueva sugerencia para una reacción papal a los datos de los informes. Su santidad debería escribir una encíclica a la Iglesia universal una carta ex cáthedra, declarando claramente la condena de la homosexualidad activa y de todas las formas de ritos y organizaciones satánicos. Según las declaraciones de dicha epístola, todo aquel que violara dichos mandatos sería automáticamente excomulgado.

Al sumo pontífice le gustó la idea. En realidad, empezó a ampliarla inmediatamente. Mientras el padre Slattery se ocupaba de supervisar el grupo secreto de sacerdotes de la señora Gladstone en Estados Unidos, redactaría el primer borrador de una encíclica dirigida contra la homosexualidad activa y la práctica ritual satánica. Pero, especialmente después de la reciente reunión del papa con Bischara Francis, del Fondo para la Administración de la Población de las Naciones Unidas, y teniendo en cuenta su información de que las Naciones Unidas estaban a punto de emprender una campaña, destinada a formular un consenso para acelerar y realzar la política de control de la natalidad, Slattery incluiría también en la encíclica cuestiones tan básicas de moralidad sexual como la anticoncepción y los métodos actuales de control de la población.

La labor se realizaría con la mayor discreción posible, advirtió su santidad, aunque reconoció que una encíclica ex cáthedra no podría mantenerse mucho tiempo en secreto.

-No se le puede ocultar al secretario de Estado -dijo a modo de ejemplo.

El viaje a Rusia era otra cuestión, que exigía un delicado equilibrio logístico.

-Debo hacerlo público pronto -afirmó el sumo pontífice-. A no ser que dependa enteramente del señor Gorbachov, y eso no sería sensato, debo añadir una declaración pública de mis intenciones a mis esfuerzos para obtener una invitación en el tiempo deseado. Pero mis cardenales en Roma tienen tan mal concepto de esta peregrinación, y son tan contrarios a la devoción mariana en general y a la de Fátima en

particular, que debo elegir el momento oportuno. En la medida en que logre cogerlos por sorpresa, les arrebataré la iniciativa.

»Entretanto, monseñor Christian, he oído sus declaraciones respecto a los informes. Cuando ordené dichos informes, mi primera intención era la de utilizarlos para persuadir a mis cardenales a que cooperaran de nuevo con la Santa Sede. Pero como ha señalado el padre Gutmacher, eso no es práctico. Hay ciertos obispos concretos a quienes debería mostrar los informes de modo confidencial. Pero se me ocurre que podemos hacer algo más que eso. En los últimos días he pensado en la posibilidad de convocar un congreso extraordinario de mis cardenales alrededor del mundo, y utilizar los informes para advertirles que la Iglesia está en crisis y que no podemos seguir por ese camino. Ahora, con tantas cosas sobre la mesa, los informes, la encíclica ex cáthedra y mi peregrinación al Este, considero el congreso imperativo.

El padre Damien tenía graves dudas respecto a un congreso secreto como parte de los planes del papa. Dada la política de los cardenales en la actualidad, dijo, para que se dispusieran a cooperar de pronto con la Santa Sede debería producirse por lo menos una conversión milagrosa.

Gutmacher no estaba de acuerdo.

-Los cardenales son importantes en las conferencias episcopales regionales y nacionales -razonó-. Dichas conferencias serán los vehículos del voto de criterio común. Y son los cardenales, no los obispos, quienes eligen a los papas. Si existe alguna posibilidad de arrebatarle definitivamente la iniciativa a la cábala vaticana, un congreso secreto de cardenales sería la mejor forma de lograrlo. Para mí la cuestión primordial no es si dicho congreso debería celebrarse, sino cuándo.

El sumo pontífice tomó de nuevo la palabra. Coincidió con Gutmacher en que la fecha era fundamental. Pero puesto que el congreso estaba vinculado en su mente al viaje a Rusia, o más concretamente a su expectativa de recibir alguna señal de la Virgen María durante dicha peregrinación, la fecha de la reunión de cardenales debería mantenerse abierta hasta que se hubiera concretado la peregrinación.

En lo concerniente a su santidad, todo estaba decidido. Interrogó a cada uno de sus colaboradores con la mirada y éstos asintieron, a excepción de Giustino Lucadamo.

-Francamente, Santo Padre, todavía me preocupa la presión que anticipo le aplicarán para firmar el protocolo de dimisión.

Ésa era la forma más discreta que se le ocurría a Lucadamo para referirse a lo que en realidad lo preocupaba. Aunque no conocía tan íntimamente al papa como monseñor Daniel, Giusti había observado atentamente a su santidad durante la semana en que se consumía con la lectura de los informes. Según sus cálculos, parecía existir la posibilidad de que, enfrentado a elecciones tan extremas, el papa considerara que no estaba capacitado para dirigir el papado y decidiera abandonarlo. Si el programa elaborado aquel día no lograba ordenar de algún modo la jerarquía, cabía la posibilidad de que firmara el protocolo.

El Santo Padre respondió a las preocupaciones de Lucadamo desde otra perspectiva. El cardenal Sanstefano le había recordado la necesidad moral de reparar el daño infligido a su Iglesia y de corregir su propia y grave falta. Los planes elaborados aquella mañana se justificaban dentro de dicho contexto.

-Giusti, yo también estoy preocupado. Pero si mi retiro es lo que tiene previsto la Virgen María, si ése es el precio que hay que pagar para conseguir una verdadera reforma en la estructura de la Iglesia y restaurar la paz...

El resto, lo inconcebible, no se mencionó.

Arrebatarle la iniciativa a la oposición era ahora la misión. Y durante su reunión rutinaria con el cardenal secretario de Estado en la mañana de su peregrinación a Loreto, el sumo pontífice tenía buenas razones para sentirse satisfecho con el inicio de su campaña.

-¿Una encíclica, santidad? -Su eminencia parpadeó más que de costumbre-. *Ebbene.* El buen juicio es fundamental en estos asuntos.

-¿Pero no cree usted, eminencia, que el buen juicio exige que el papado se pronuncie en forma de una declaración ex cáthedra, sobre plagas como las actividades homosexuales y los cultos satánicos? ¿Sobre la anticoncepción y la agresión contra los inocentes en nombre del control de la población? ¿No ha llegado el momento de pronunciarse al respecto?

-Siempre he considerado, Santo Padre, que la verdad cala más hondo cuando no abunda la protesta

y la discordia. Hoy en día, una forma tan categórica como una declaración ex cáthedra suele provocar mucha discordia y protestas.

-Ya he pensado en ello, eminencia -insistió de forma sosegada el sumo pontífice-. Me propongo que su tono sea suave. Pero debemos marcar la línea de la definición, en especial ante las políticas gubernamentales crecientemente opuestas a las enseñanzas de la Iglesia.

-Supongo que sí, santidad -respondió Graziani, incómodo por lo difícil que le resultaba mantener su neutralidad ante la insistencia del papa-. No cabe la menor duda; ahora estamos en una situación de guerra fría con la Comunidad Europea y la ONU, para no mencionar Estados Unidos y la mayoría de los gobiernos hoy en día. Pero lo que me pregunto es si nos conviene provocar una escalada y convertirla en guerra abierta. Después de todo, los estadounidenses consideran el control de la natalidad como una necesidad estratégica para su país.

El cardenal volvió a parpadear, satisfecho de haber trasladado el peso de la discusión a los estadounidenses.

-¿No tienen una expresión en Estados Unidos, eminencia, sobre el hecho de que el serrín debe caer donde le corresponda?

-¿El serrín? Ah, sí. En efecto, santidad.

El cardenal sonrió ligeramente y se levantó de su silla. Lo mejor que podía hacer ante tal advertencia era repetir sus mejores deseos para el viaje del papa a Loreto y retirarse con elegancia.

-Un momento, eminencia -dijo el Santo Padre, mientras Graziani seguía de pie-. Estoy seguro de que su eminencia está de acuerdo en que no debemos divulgar que preparo esa epístola. La sorpresa puede ser el elemento principal de nuestro éxito.

-Estoy de acuerdo, Santo Padre. La sorpresa ha sido la salvación de Roma en numerosas ocasiones en el pasado. Será un secreto oficial hasta la fecha de su publicación.

Mientras el papa eslavo observaba al cardenal que se retiraba, se preguntaba cuánto tardarían en recibir la noticia los interesados en frustrar su encíclica. ¿El tiempo necesario para desplazarse del estudio papal al despacho del secretario? ¿El tiempo de hacer una llamada telefónica?

Según la información de Lucadamo, por lo menos ciertas personas en Europa y Estados Unidos estaban al corriente de la encíclica, antes de que el papa llegara a Loreto aquella tarde.

El portavoz papal, Miguel Lázaro Falla, cogió por sorpresa a los enemigos del papa eslavo, y también a la mayoría de sus amigos, cuando el mediodía del 13 de octubre convocó una conferencia de prensa inesperada. La fecha, elegida por su santidad, era el aniversario del celebrado milagro del sol ocurrido en Fátima en 1917. De ese modo tan formal, declaró que el Santo Padre llamaría en breve a todos sus cardenales alrededor del mundo, para la celebración de un congreso especial. La fecha todavía no se había decidido, dijo Lázaro Falla, pero tendría lugar en un año a lo sumo a partir de aquel día. Entretanto, su santidad permanecía a la espera de una invitación oficial de los gobiernos ruso y ucraniano para visitar dichos países de una manera puramente espiritual. El Santo Padre viajaría como peregrino, no como jefe de un Estado soberano.

La algarabía de preguntas de los periodistas dejó a Lázaro Falla desconcertado. Se negó a ser más específico, dirigió todas las preguntas a la Secretaría de Estado y a los dos gobiernos interesados, y abandonó con rapidez el estrado.

Nervioso en el mejor de los casos, monseñor Taco Manuguerra parecía agobiado cuando contestaba dos teléfonos al mismo tiempo y le indicaba a Gladstone con la cabeza que entrara en el despacho del cardenal Maestroianni.

-... unos pasos tan imprevisibles y maquiavélicos por parte de ese eslavo místico y anticuado de papa...

El cardenal Silvio Aureatini dejó las palabras colgadas en el aire, cuando el estadounidense entró en el despacho.

-Ah, monseñor Christian -exclamó Maestroianni, excepcionalmente también desconcertado.

-Si prefiere que nos veamos en otro momento, eminencia... -dijo Chris, encantado de comprobar cómo se habían vuelto las tornas para aquellos dos individuos acostumbrados a actuar entre bastidores-. Puedo volver cuando sea más oportuno.

-Nuestra cita... Claro... -respondió Maestroianni, afligido-. Estoy siempre encantado de recibirlo, monseñor. Pero... Sí... ¿Le importaría concertar otra cita con monseñor Taco...?

La voz alterada de Manuguerra por el intercomunicador interrumpió al cardenal, para comunicarle que el secretario de Estado Graziani estaba al teléfono. No hay descanso para los perversos, susurró Chris para sus adentros, mientras oía las primeras palabras de Maestroianni.

-Pero yo no sabía nada al respecto, eminencia... Sí, sí, ayer estuve charlando con su santidad... ¿Cómo...? *No,* ni una palabra. Me contó toda la historia de la santa casa de Loreto... No cambio de tema, eminencia... No sé quién ha organizado esto. Sugiero que hable con el hombre de Moscú... ¿Lo ha hecho...? ¿No sabía nada...?

Chris cerró la puerta a su espalda. El papa había hablado de la ventaja táctica de elegir el momento adecuado para sus declaraciones, y Lucadamo había hecho hincapié en la necesidad de tomar la iniciativa. A juzgar por lo que acababa de presenciar, se había iniciado con un buen golpe.

-¿Afligido, eminencia? -preguntó el doctor Ralph Channing, al tiempo que se acomodaba en el despacho del cardenal Maestroianni como si le perteneciera-. ¿Por qué debería estarlo? Es una noticia maravillosa que el Santo Padre quiera visitar Moscú y Kíev. ¿Ha recibido invitaciones oficiales de ambos gobiernos?

-No lo sabemos -respondió Maestroianni, disgustado por ambos, y muy enojado por la actitud desdeñosa del profesor-. La comunicación con ambos gobiernos es difícil y problemática. Lo sabremos en un par de días.

-Pero no vamos a esperar un par de días, eminencia. Puede que uno u otro gobierno pongan inconvenientes, pero queremos que expidan las invitaciones, porque nos interesa que el Santo Padre haga ese viaje.

Channing explicó lo difícil que había sido para sus colegas comprender la forma en que se habían elaborado los planes en Roma. Sin mencionar el «tiempo disponible», aclaró la necesidad que dichos colegas sentían de elaborar iniciativas suplementarias para acelerar la fase final de su empresa. Y también explicó lo perfecto que podía ser el viaje a Rusia del sumo pontífice, en el marco de dichas iniciativas.

-Usted asegura que puede evocar el voto de criterio común de un día para otro, eminencia. Pues bien, ¿por qué no lo hace? A condición de que obtenga la firma de su santidad en el protocolo de dimisión, el viaje al Este del sumo pontífice nos brindará una excelente oportunidad para nuestra iniciativa suplementaria, y nos acercará al fin de nuestra prolongada lucha.

Maestroianni se tranquilizó, aunque todavía lo preocupaba algo importante.

-¿No puede usted asegurarse de que se expidan esas invitaciones?

-Sin ningún problema, eminencia, a condición de que pueda utilizar su servicio telefónico de seguridad.

-¿Quiere decir ahora mismo?

-Sí, eminencia. Ahora mismo.

-Por favor, sígame.

El cardenal acompañó al profesor a una sala de comunicaciones privada, donde no tuvo más remedio que dejarlo para que hablara en privado.

Al cabo de unos diez minutos aproximadamente, Channing regresó al despacho de Maestroianni para comunicarle que todo estaba resuelto.

-Mañana a esta misma hora -sonrió-, se habrá logrado lo que necesitamos.

Sólo después de almorzar en Massimo y de una conversación más detallada sobre las iniciativas suplementarias de Channing, su eminencia logró regresar de manera apresurada a su despacho para averiguar lo que pudiera sobre la llamada del profesor. Puesto que cuando llegó monseñor Manuguerra se había retirado para la siesta, Maestroianni se instaló en su silla y conectó el magnetófono, para escuchar las llamadas telefónicas de la mañana. Por fin encontró lo que buscaba. Channing había marcado directamente. El cardenal escuchó la llamada lejana y se irguió en su silla al oír una voz masculina familiar que respondía:

-*Hallo! Hallo! Sekuler.*

-Hola, señor Sekuler.

-*Jawohl!*

-Channing, de Nueva York. Le llamo desde Roma. Debo pedirle algo.

-Muy bien -respondió en inglés-. Un momento, por favor, doctor Channing. Estamos en un canal abierto.

Su eminencia echó una maldición cuando de pronto se apagó la voz y en su lugar se oyó un pitido grave. Esperó aproximadamente un minuto. Luego, con un suspiro, desconectó el magnetófono. El resto de la conversación era inaudible. No obstante, Maestroianni había aprendido una cosa. Al parecer Herr Otto Sekuler ocupaba un lugar más elevado en la jerarquía de lo que había sido evidente en la reunión de la celebración del día de Schuman en Estrasburgo. En general, decidió su eminencia, no había sido una mala jornada laboral.

Nadie en el gobierno estadounidense se sorprendió en lo más mínimo, ni manifestó la menor curiosidad, ante la noticia de la prensa de que el papa eslavo celebraría un congreso de cardenales en Roma, o de que se proponía viajar a Rusia y Ucrania. En el Departamento de Estado y en las dos embajadas estadounidenses en Roma, la noticia apenas mereció que se encogieran de hombros. ¿Otro viaje papal? ¿Otra reunión de cardenales? ¿Qué importaba eso? Gibson Appleyard prestó atención a la noticia. Pero ya había recibido bastantes garantías del papa eslavo respecto a su política rusa. Y la noticia llegó en el momento en que Gib estaba preocupado por lo que parecía un asunto mucho más importante para los intereses de Estados Unidos: la decadencia de su liderazgo en Europa desde la toma de poder de la nueva administración, y la nueva beligerancia que adoptaba Rusia.

De modo que ningún subordinado llamó la atención del almirante Bud Vance sobre aquella noticia, ni la remitieron al secretario en funciones del Consejo de Seguridad Nacional, hasta que el embajador estadounidense en Moscú comunicó a Washington que el gobierno ruso, juntamente con el gobierno ucraniano, había invitado al papa eslavo a hacer una peregrinación a sus países durante el próximo año. Varios detalles relacionados con dicha invitación habían despertado la curiosidad del embajador y los enumeraba.

En primer lugar, decía el embajador, quien había hablado con ambos gobiernos en nombre del papa eslavo era el presidente de una organización asombrosamente insignificante que pertenecía a las Naciones Unidas y se denominaba Solidaridad Mundial de Pensamiento Ético. En segundo lugar, el nombre del susodicho era Otto Sekuler y el embajador recordaba haber visto ese nombre en un cuestionario ministerial hacía algún tiempo. En tercer lugar, el Vaticano acostumbraba a presentar sus propias peticiones a los gobiernos, o a solicitar la intervención de Estados Unidos, Alemania o Francia. En este caso, al parecer el Vaticano había prescindido de los canales habituales, y al embajador le pareció indicado señalar el hecho a sus superiores. ¿No significaba eso una mayor independencia de las potencias occidentales y también una mayor influencia de aquel papa en otras áreas que el departamento no había considerado?

En cuarto lugar, la invitación estaba sólidamente avalada por una fuente muy inusual: el patriarca ortodoxo ruso Kiril de Moscú. Puesto que Kiril era un conocido ex agente de la KGB y reconocido enemigo del papa eslavo y de su Iglesia, ¿a qué se debía su inesperado cambio de actitud?

No contribuyó a mejorar el malhumor del almirante Vance una mañana, el hecho de encontrar sobre la mesa de su despacho una copia de la nota del embajador, junto a un conciso mensaje del secretario de Estado: «¿Cómo ha podido suceder esto, sin que alguien me lo advirtiera?»

Casi instintivamente, Vance marcó el número de Gib Appleyard y formuló casi la misma pregunta:

-¿Qué se propone ese maldito papa suyo?

-No es mi papa, Bud...

-Sí, lo sé. Es el papa de todos los católicos. Pero gracias a él, dentro de un par de minutos debo enfrentarme a la junta de los diez y luego reunirme con el Consejo de Seguridad Nacional. Reunámonos aquí a eso de las once y media. En realidad, venga antes e infórmese. Dejaré el material con mi ayudante.

-Por supuesto, Bud. ¿Pero puede indicarme qué sucede?

-¿Recuerda a Otto Sekuler?

-Sí.

-Ha vuelto para atormentarnos.

Gib Appleyard se instaló en el despacho de Vance, para estudiar el material que el almirante le había dejado. Encontró la nota del embajador de Moscú interesante. Pero dedicó mucho más tiempo a la documentación relacionada con Otto Sekuler. La información todavía era escasa, como si estuviera rodeado por un muro blindado. Appleyard recordó lo evasivo que había sido el gran maestro Maselli del gran oriente italiano, respecto a Sekuler. No obstante, la información disponible indicaba bien a las claras que el alemán había adquirido una gran importancia durante el último año. Y eso coincidía con numerosas otras cosas que habían preocupado particularmente a Appleyard.

Una de esas cosas era la crisis de un año atrás en la logia, que había sacudido la organización a ambos lados del Atlántico y que había perjudicado, por lo menos temporalmente, el sentimiento fraternal entre Londres y Washington. Dicha crisis, a veces denominada «separación» o «debacle» o «rayos sobre Londres», había afectado tanto a Appleyard como a Vance. Además, puesto que dicha crisis parecía sólo el preámbulo de un cambio profundo en la política exterior estadounidense respecto a Europa y las Naciones Unidas, les afectó a ambos tanto a nivel profesional como masónico.

A raíz de la instalación de la nueva administración estadounidense, la incertidumbre y los cambios repentinos habían alterado el equilibrio de la sección europea, la mayor del Departamento de Estado, responsable de treinta y ocho países y todas sus relaciones internacionales. Vance era su secretario ejecutivo, segundo en autoridad después del secretario de Estado, y Appleyard seguía en autoridad a Vance.

Gib no sabía qué había ocurrido primero, si la «separación» entre Londres y Washington -seguida de los cambios en el ministerio- o los cambios en el ministerio, seguidos de la «separación». Lo que sí sabía era que la «separación» se había iniciado con la división de la masonería italiana. Una gran logia regular de reciente fundación en Italia se separó de la antigua gran logia italiana. Luego, el gran maestro de la recién nacida gran logia regular anunció la fundación de una «gran logia europea», que sería una confederación de todas las grandes logias europeas, orientales y occidentales. Los masones de la logia unida de Gran Bretaña, encabezados por su gran secretario, se opusieron a la idea de «una gran logia europea». La masonería era universal, declararon los británicos.

La logia unida de Gran Bretaña había convocado una conferencia mundial de grandes maestros de sesenta y siete grandes logias. Se reunieron en Crystal City cerca de Washington, y derrotaron a la logia unida de Gran Bretaña. En realidad, fue una derrota para la masonería «espiritualista» y «teísta», en contraste con la versión «relativista» y «atea».

Para Appleyard y para Vance, así como para todos sus hermanos del mismo criterio, fue una derrota. En especial para su actitud ecuménica hacia cuerpos religiosos corporativos como la Iglesia católica. Siempre habían pensado en dichas organizaciones como aliados potenciales. «Cuando el templo masónico brille sobre todo el universo -había escrito el *frater* Blumenhagen-, cuando su techo sea el azul del cielo, los polos sus paredes, el trono de Pedro y la Iglesia de Roma sus pilares, entonces los poderes de la Tierra... otorgarán esa libertad a la gente que hemos guardado para ellos.» Sin embargo la nueva actitud consistía en ver dichos cuerpos no sólo como prescindibles, sino como objetivos para ser eliminados.

Las consecuencias prácticas de todo ello empezaban a manifestarse. Habían desaparecido los estrechos vínculos transatlánticos entre la OTAN y la alianza angloestadounidense/europea. EE. UU. se desvinculaba de ligámenes europeos y aspiraba a alianzas globales. El nuevo convenio se aplicaba a decisiones globales. La nueva perspectiva había hallado su expresión en la declaración de Bruselas de 1994, se proclamó la Unión Europea con objetivos más amplios y de mayor alcance que la Comunidad Europea, una nueva fuerza de seguridad europea sustituía a la OTAN, se invitaba a los estados de Europa oriental, ex satélites de la URSS, a convertirse en «socios para la paz».

La última expresión de la nueva perspectiva se reflejaba en la mayor presión para la práctica global de las políticas de control de la población, contenidas en el estatuto de seguridad nacional doscientos de EEUU, convertido ahora en política global de la ONU.

Appleyard se percató de que había sido en el contexto general de aquel «debacle» cuando Herr Otto Sekuler había adquirido protagonismo. Por consiguiente, era razonable deducir que Sekuler pertenecía al bando que había salido victorioso en la «separación». Pero eso no explicaba la influencia

de Sekuler en los restos decrépitos de la URSS, ni la razón que podía impulsarlo a ayudar al papa. Y sobre todo no explicaba por qué, entre todos los poderosos que se le ocurrían a Gib, había sido precisamente Sekuler quien había aparecido en el momento oportuno para conseguirle la invitación al papa.

-¿Un mal día en el Consejo de Seguridad, Bud? -preguntó Appleyard, a quien le bastó con una mirada a la cara de su jefe para comprender la situación.

El almirante se dejó caer con un gruñido en la silla tras su escritorio.

-No sólo me duelen los huesos de la paliza que me han pegado en la reunión, sino que además ya no entiendo nada. Qué tiene de particular ese papa que altere de tal modo toda una sesión del Consejo de Seguridad por su actitud respecto a los preservativos, o esa inútil monjita en India, cuyo nombre no quiero recordar...

-¿Madre Teresa? -Appleyard rió-. ¿El Consejo de Seguridad Nacional ha celebrado una reunión sobre la madre Teresa?

-Parte de la reunión, pero ha sido suficiente. ¡Sin duda tiene un montón de enemigos en la Casa Blanca!

-¿Y el resto de la reunión? ¿Qué ocurre con los diez? -preguntó Gibson, con el comunicado del embajador de Moscú en la mano-. ¿Por qué están de pronto tan trastornados por los viajes del papa?

-Eso ha sido sólo el punto de partida -respondió Vance, mientras cruzaba el despacho para servirse una taza de café-. Se dice que el papa prepara una carta sobre el control de natalidad. Un auténtico ataque. Nuestra gente quiere que se haga algo al respecto. De lo contrario...

El almirante se dejó caer cansado en su silla.

-De lo contrario, ¿qué, Bud?

-De lo contrario, se desencadenará una guerra abierta entre esta administración y el papa actual.

-Comprendo -dijo Gib, a quien se le formaba un nudo en el estómago-. ¿Y sus órdenes?

-Muy simples. Vaya a verlo y logre que se apee de su pedestal sobre el control de la población. En las condiciones habituales.

Appleyard se movió en su silla.

-No pueden referirse a *todas* las condiciones. Es imposible...

-Por supuesto que pueden, Gib. Y lo hacen. ¿Olvida que es una cuestión estratégica? Órdenes ejecutivas. Así ha sido desde la época de Nixon. Las dos últimas administraciones han sido bastante flexibles. Pero ahora se han acabado los juegos. Debería haber oído cómo han atacado la encíclica en el consejo de esta mañana. Ha sido duro. Y muy en serio.

-¿Alguna concesión a cambio?

-Eso es lo que debe averiguar. Cuanto antes. Pero si le interesa mi opinión respecto a la posibilidad de un pacto, la respuesta es no. No lo creo.

Tampoco veía Appleyard la forma de hacer algún tipo de pacto con el papa eslavo.

Se enfrentaban a dos absolutos irreconciliables: la insistencia estadounidense en el control de la natalidad y la prohibición del papa del control de la natalidad. Medio temeroso de que Vance le leyera el pensamiento en la mirada y adivinara el tercer absoluto que se fraguaba en su mente, Gib volvió la cabeza. Si alguien esperaba que le transmitiera una amenaza de extinción física a aquel papa de Roma, o esperaba que fuera su informe lo que activara el macabro mecanismo, estaban locos. No podía hacer eso. No por el asunto del control de natalidad. Por ningún asunto. No a aquel hombre.

CUARENTA Y CINCO

A mediados de noviembre, la perspectiva del nuevo viaje del papa a Rusia generó un nuevo impulso en la red de poder religioso, político, económico y cultural, en la que siempre se había basado la Roma papal. El pueblo estaba razonablemente emocionado ante la triple posibilidad futura que de manera periódica infunde una nueva vitalidad a Roma: el fin de un papado, el cónclave para la elección de un nuevo papa y el comienzo de un nuevo papado.

Ningún personaje importante de Roma necesitaba preguntarse por qué el simple comunicado de un nuevo viaje papal, el nonagésimo cuarto del papa eslavo, generaba tanta emoción y expectativa. Todo

personaje importante de Roma veía en aquel viaje en particular el último paso importante del sumo pontífice en la última etapa de su papado, su única posibilidad de enderezar las circunstancias. Era una apuesta de la que podía obtener grandes beneficios, desarraigar y desposeer a sus enemigos, y ocupar el lugar supremo en la red de poder. O completar el fracaso de su pontificado.

Por consiguiente, para un consumado romano como el cardenal Maestroianni, era esencial activar la situación. Ahora que el fin estaba a la vista, no era cuestión de dejar la iniciativa en manos del papa eslavo. Había llegado el momento de hacer balance, reagrupar a sus colegas y proseguir con el mandato histórico.

Maestroianni reunió a tres de sus principales colaboradores en su despacho, para una sesión estratégica de planificación. Junto a sus eminencias Palombo y Aureatini, el pequeño cardenal escuchó al secretario de Estado del Vaticano, Graziani, que refunfuñaba sobre la reciente visita de los embajadores de Rusia y Ucrania en un mismo día, a primera hora de las audiencias públicas, para presentar una solicitud oficial de sus respectivos gobiernos, en la que se solicitaba al Santo Padre que visitara sus países durante el año en curso.

-Notas de invitación -señaló Graziani-, no sólo idénticas en sus términos sino en su fraseología. En ambos casos se alega el mismo motivo para la invitación: el deseo ya explícito del Santo Padre de hacer dicho viaje. ¿Qué está ocurriendo? -exclamó, todavía enojado y avergonzado de que el papa le hubiera ganado la mano, mientras agitaba las dos invitaciones-. ¡Solicitan la presencia del papa! ¿Debemos permanecer impasibles y aceptar el hecho aparente de que los funcionarios ex soviéticos de ambos gobiernos, junto al clero ortodoxo ruso cuyo odio por el papa es sobradamente conocido, han sentido de pronto la necesidad de que los bendiga el Santo Padre?

Con el recuerdo de la reciente visita del profesor Channing fresco en su mente, Maestroianni soltó una carcajada. Pero lo que en realidad quería de Graziani era la última información sobre el viaje del sumo pontífice a Rusia.

-Es un itinerario agobiante -respondió Graziani, que sacó el programa del Santo Padre de una de las carpetas que llevaba consigo-. De hecho, todavía no es definitivo. Pero en su versión actual, el sumo pontífice se propone llegar a Kíev el ocho de mayo y dirigirse en coche a la capilla de la Trinidad en Hrushiv. El diez de mayo tiene previsto visitar Kíev propiamente dicho. El once de mayo se traslada a San Petersburgo. El día doce llega al monasterio de Troitse-Serguéieva Lavra, en las afueras de Moscú, donde tendrá lugar una recepción semioficial, seguida de un oficio ecuménico oficiado por su santidad y por el patriarca ortodoxo ruso Kiril. El cortejo papal emprenderá el viaje de regreso a Roma por la tarde del día doce.

-¿No se ha dejado algo? -preguntó Maestroianni, que extendió la mano para coger el documento-. Ah, sí. Aquí está. Los antecedentes inmediatos del viaje del Santo Padre. Veo que el concierto conmemorativo Shoah complicará la vida de su santidad poco antes de su partida. Y también veo que el congreso general de cardenales está convocado para sólo dos días antes de que abandone Roma. Sus eminencias llegarán el día seis para instalarse. El congreso empieza el día siete.

-Hay algo curioso al respecto, eminencia -dijo Graziani, que a pesar de haberle arrebatado el papel de las manos, se limitó a parpadear amablemente-. Su santidad no lo ha expresado de forma explícita, pero tengo la impresión que espera que los cardenales permanezcan en Roma hasta su regreso de Rusia.

-¿Habla en serio? -preguntó el cardenal Maestroianni, atónito ante tal posibilidad.

Le costaba creer que el papa eslavo les facilitara tanto las cosas a sus adversarios.

-Como ya le he dicho, eminencia, es sólo mi impresión. Pero aseguraría que existe dicha posibilidad.

-En tal caso, preparemos el escenario para este gran acontecimiento. He hablado de nuestra empresa con uno de nuestros colegas seglares, y hemos elaborado una serie de lo que podríamos denominar iniciativas suplementarias. Pequeñas manifestaciones para demostrar dónde reside en realidad la futura autoridad de la Iglesia.

Lo que Maestroianni se proponía era el tipo de operación que demostrara la habilidad de la nueva fuerza, como centro organizador de la Iglesia, para introducir cambios independientemente de su prohibición por parte del papa.

La primera de las iniciativas en las que pensaba el cardenal Maestroianni estaba relacionada con la cuestión de las niñas como monaguillos, campo ya muy polémico si lo había habido. El Santo Padre no

era partidario de las niñas como monaguillos. Lo había afirmado recientemente, en público y en privado. Había prometido que nunca concedería permiso papal para que las niñas ayudaran en los altares. Siempre habían sido niños quienes habían prestado ayuda en el santuario, al igual que siempre habían sido hombres los únicos sacerdotes. Ésa era la práctica inmemorial de la Iglesia, desde hacía casi dos mil años.

No obstante, en los últimos veinte años aproximadamente, algunos obispos habían permitido, a lo largo y ancho de la Iglesia, que actuaran niñas como ayudantes en la misa. Al principio los obispos y la administración romana no reaccionaron. Luego toleraron el empleo de niñas como monaguillos. Después, lo permitieron. Por fin, lo fomentaron. Durante aquel tiempo, nadie pretendía que fuera legal, pero había llegado el momento en que en ciertos lugares de Estados Unidos había más niñas que niños como monaguillos. En algunas diócesis estadounidenses se celebraban incluso concursos anuales para elegir a las mejores «monaguillas» del año, muy parecidos en todos los sentidos a los concursos de belleza, salvo que era el obispo de la diócesis quien entregaba los premios y que las candidatas no se exhibían en bañador.

El papa eslavo lo sabía. Los guardianes oficiales de la pureza de la doctrina católica lo sabían. Era del dominio público. Pero la prohibición papal persistía. Por consiguiente, la primera iniciativa suplementaria de Maestroianni consistiría en quitarle de las manos al papa eslavo el asunto de las niñas en el altar, de una vez por todas. Algunos obispos necesitaban todavía un poco de persuasión, pero nada que el capacitado monseñor Gladstone no pudiera resolver, después de recibir las instrucciones adecuadas.

La segunda iniciativa suplementaria se dirigiría a los temas centrales en los que el sumo pontífice nunca había cedido en lo más mínimo: el control de la población y las enseñanzas morales tradicionales de la Iglesia. Ante el consenso completamente inaceptable, formulado por la sección de Bischara Francis en las Naciones Unidas, partidario de una política global acelerada del control de la natalidad, el papa eslavo había comenzado ya a contraatacar. Últimamente había aprovechado todas las oportunidades de manifestar su oposición al control de la población y condenar el uso del aborto y de los anticonceptivos, sin olvidar la encíclica ex cáthedra en perspectiva.

¿Qué mejor momento para divulgar el estudio sobre el control de la población, elaborado por el padre dominico George Hotelet y el doctor Carlo Fiesole Marraci, bajo los auspicios de la Academia Pontificia de Ciencias?

-Creo que estas dos iniciativas estarán listas para su lanzamiento bastante antes de que los cardenales se reúnan en Roma para el congreso -dijo Maestroianni, casi con un chasquido de los labios-. Unidas a otras medidas que podemos aplicar, agregarán presión a su santidad para que firme el protocolo de dimisión; evidentemente antes de que emprenda su viaje a Kíev.

Por lo demás, Maestroianni dijo que improvisarían sobre la marcha. Cuanto más se acercaran a la culminación, mayores esperaban que fueran los cambios en el campo de batalla.

-Pero tengan confianza, amigos míos. Con el voto de criterio común prácticamente en el bolsillo, y con la visita a Roma de todos los cardenales del mundo, la iniciativa sigue en nuestras manos. A pesar de las pequeñas sorpresas del sumo pontífice, tenemos todavía la iniciativa.

-Aquí Gladstone -respondió con reticencia Chris desde su estudio en el Angelicum.

Había logrado reservarse casi todo el día para dedicarse seriamente a descifrar las abigarradas anotaciones del diario de Aldo Carnesecca, antes de emprender otra expedición de trapacería entre los obispos para el cardenal Maestroianni. Detestaba las interrupciones innecesarias.

-Habla Gibson Appleyard, padre. Disculpe la intromisión. Puede que me recuerde. Jan Borliuth de la Comunidad Europea tuvo la amabilidad de llevarme de visita a la casa de su hermano en Deurle, durante la Navidad.

-Sí, señor Appleyard. Claro que lo recuerdo.

-Sé que esto puede ser inoportuno, padre. ¿Pero existe alguna posibilidad de que charlemos un poco? -El silencio en la línea le indicaba a Gib que existía cierta resistencia-. Es importante, padre. Debo entrevistarme con su santidad el lunes por la mañana, en nombre de mi gobierno. Nuestro gobierno. Sería provechoso para ambos que nos reuniéramos.

-¿Qué le parece mañana por la tarde aquí en el Angelicum, señor Appleyard?

Gladstone llamó a Giustino Lucadamo, para averiguar lo que el jefe de seguridad pudiera saber respecto a un funcionario del gobierno estadounidense llamado Gibson Appleyard.

Giustino reconoció el nombre inmediatamente. Y estaba al corriente de su reunión del lunes con el papa, sobre algo relacionado con la situación entre la Santa Sede y el gobierno estadounidense respecto al control de población.

-Si ha sido él quien se lo ha pedido, recíbalo -respondió Lucadamo, como si le diera una orden-. Esencialmente, está repleto de buena voluntad. Pero es un personaje importante. Le mandaré su historial confidencial, para que comprenda con quién tendrá que vérselas. Y también le mandaré un resumen de las recientes negociaciones del sumo pontífice con la administración estadounidense, para ponerlo sobre antecedentes.

En menos de una hora, Gladstone había recibido el material prometido y empezó a preparar la reunión, que en realidad no deseaba. En el historial personal de Appleyard había ciertos aspectos destacados que le llamaron la atención a Christian. Aquel diplomático era un miembro destacado y concienzudo de la orden masónica en Estados Unidos. Su historial en la orden, así como su formación intelectual y su carrera gubernamental, lo caracterizaban como a uno de esos personajes perpetuamente entre bastidores que nunca adquieren una gran proyección pública, pero que siempre están en la vanguardia de los asuntos nacionales. Tanto Appleyard como su esposa, católica de nacimiento, procedían de antiguas familias adineradas. Ésa era una parte del perfil que Gladstone reconocía. En general, el señor Gibson Appleyard parecía un estadounidense íntegro, que gozaba de enorme credibilidad en los niveles superiores del gobierno.

Christian examinó el resto del material que Lucadamo le había mandado. Al parecer, el papa eslavo y la administración estadounidense habían llegado a un callejón sin salida. Estados Unidos había tomado partido junto al Fondo para la Administración de la Población de las Naciones Unidas, en su campaña universal para el control de la población y el uso generalizado del aborto a dicho fin. Hasta hacía poco, las Naciones Unidas defendían el principio de que no se debía fomentar activamente el aborto como medio de planificación familiar. Pero ahora su criterio había cambiado. La señora Francis y sus colegas elaboraban una declaración, que fomentaría el aborto como derecho fundamental y como método legítimo de planificación familiar en el mundo entero. Si todo progresaba como estaba previsto, dicha declaración sería ratificada por un documento oficial en una importante conferencia internacional sobre el control de la población, que se celebraría en El Cairo.

Incluso en la situación actual, cierto número de naciones representadas en dicha sección de la ONU habían firmado ya un acuerdo que recomendaba el aborto y una amplia gama de anticonceptivos, como medios oficiales de control de la natalidad. Aquello era ya un hecho consumado. Nada se podía hacer al respecto. Sólo un puñado de naciones apoyaban al papa eslavo en su oposición al aborto y a la anticoncepción. Ante tal dilema, el Santo Padre había llamado por teléfono al presidente estadounidense para pedirle ayuda. Pero ni el presidente ni su esposa manifestaron la menor cooperación. Ambos eran decididamente partidarios del aborto y de la anticoncepción. El presidente había prometido mandar a un enviado para explicarle a su santidad la posición de Estados Unidos. Dicho enviado era Gibson Appleyard.

Desde el momento en que los dos estadounidenses se sentaron en el estudio de Gladstone, hubo entre ambos una sensación de respeto mutuo y de alegría.

Gibson, convencido de que Gladstone había comprobado sus antecedentes y de que el sacerdote era un hombre sin prejuicios, abordó de inmediato el tema con absoluta franqueza.

-Sobre el asunto del control de la población, existe una ruptura total entre la visión de su santidad y la del presidente. Sin cierta orientación, me temo que no sé cómo generar cierta afinidad entre ellos. ¿Puede usted ayudarme en este sentido, padre Gladstone? Mi único propósito es el de crear cierta comprensión entre ellos.

Christian no detectó ninguna actitud partidista en la pregunta. No estaba a la defensiva. Ninguna ofensiva soterrada.

-¿Es usted de la opinión, señor Appleyard, de que ninguno de ellos puede elegir libremente su posición?

-Correcto, padre -respondió con toda franqueza Gib-. Su santidad se ajusta estrictamente a su obligación como papa y a las expectativas de sus promotores, tanto en la Tierra como en el Cielo. Asimismo, el presidente también se ajusta estrictamente a su obligación y a las expectativas de sus promotores.

Gladstone se levantó de su silla y abrió una ventana que daba a la plaza. Necesitaba un par de segundos para reflexionar sobre la pregunta que su visitante le había formulado.

-Dígame, caballero. A principios de este año, antes de que las conferencias fomentadas por la ONU brindaran tanto ímpetu a la causa del control de la población, el Santo Padre recibía muchos informes optimistas respecto a su punto de vista. Informes, permítame aclararle, que procedían de la propia misión de su santidad en las Naciones Unidas. ¿Qué ha ocurrido desde entonces?

Appleyard no manifestó ningún cambio de expresión.

-Ha habido un cambio de énfasis, padre Gladstone. Ha estado claro desde el principio de esta administración que la orden ejecutiva conocida actualmente como NSM 200 se aplicaría de forma estricta y categórica. No obstante, el Grupo de Enlace Católico que trabaja con la Casa Blanca le aseguró al presidente que la jerarquía estadounidense no juzgaría la cuestión de la población, desde un punto de vista exclusivamente romano. Es justo constatar que dicha garantía consolidó la política presidencial.

Después de lo mucho que había aprendido sobre la jerarquía estadounidense, a Chris no lo sorprendió la declaración de Appleyard. Pero le intrigaban otros aspectos.

-Refrésqueme la memoria, caballero. No recuerdo quiénes pertenecen a dicho grupo de enlace.

-Pues están los católicos pro libre elección -respondió Gib, mientras contaba con los dedos-, los de Dignity, Llamada a la Acción, el cardenal de Centurycity, el secretario de la Junta Episcopal norteamericana para asuntos democráticos...

Gladstone comprendió la situación.

-De modo que aquellos primeros informes optimistas que llegaban a Roma crearon el ambiente perfecto en que la sección de la ONU pudo avanzar hacia un consenso, sin que sonara la menor nota de alarma en los oídos del Santo Padre -dijo Chris, que interrogó a su interlocutor con la mirada mientras éste asentía-. Comprendo. En tal caso, señor Appleyard, no me sorprende que exista una crisis.

Todavía no, pensó Gib. Todavía no lo comprende. Una cosa era comprender los objetivos de aquellas organizaciones que habían mandado sus delegados al Grupo de Enlace Católico a la Casa Blanca. Por razones diversas, todos se oponían a la posición del sumo pontífice frente a la homosexualidad, el aborto... Pero eso no era todo.

-Debemos recordar, padre, que dicho grupo de enlace reforzó la posición del presidente en la arena pública estadounidense. Pero la posición en sí procede de niveles más altos -dijo Appleyard, antes de hacer una pausa de unos instantes para que asimilara sus palabras-, que, evidentemente, ningún presidente sensato puede permitirse el lujo de ignorar.

Después de reflexionar unos segundos, Gladstone dio un profundo suspiro. De un modo casi ausente, se percató de que oscurecía. Las farolas de la calle estaban ya encendidas.

-Permítame que le hable con franqueza, padre -prosiguió Appleyard, con la esperanza de que Gladstone apreciara su sinceridad-. Personalmente, no comparto el temor demográfico de nuestros contemporáneos. En primer lugar, la irresponsabilidad humana siempre acude en ayuda de la naturaleza para corregir cualquier desequilibrio demográfico excesivo. Pero, además, creo que las pruebas relacionadas con el exceso de población han sido exageradas, y que las alegaciones de un peligro inmediato para el planeta son fruto de la ideología, más que del conocimiento científico. Por consiguiente, considero que organizaciones como Paternidad Planificada Internacional están a la par del ya desacreditado Club de Roma, cuyas falsas declaraciones científicas en los años ochenta sobre un invierno global desacreditaron su reputación profesional.

»Además, el panorama económico global ha cambiado desde la época de Nixon, cuando se promulgó dicha orden ejecutiva. No veo ningún dato científico que indique que la imposición del control de la natalidad y del aborto en países del tercer mundo constituya una necesidad estratégica legítima para Estados Unidos.

»Lo que le estoy diciendo -prosiguió Appleyard, después de inclinarse hacia adelante- es que me alegro de que alguien tan destacado como su santidad levante la voz. Ése es mi sentimiento personal. No

obstante, estoy aquí en representación del punto de vista de mi gobierno. Nadie espera que su santidad no proteste ante la perspectiva de un control global de la población. Pero enfrentarse directamente a Estados Unidos sobre este asunto es otro tema. Es la guerra. Y en las guerras, aunque no sean militares, muere gente. Generalmente inocente.

»He venido a pedirle su ayuda para evitar la muerte de personas inocentes.

El silencio que se hizo entre ambos era un silencio de comprensión mutua. Incluso, quizá, el silencio de la confianza. Pero Chris no estaba seguro de que pudiera llegar a acostumbrarse a recibir aquel género de sustos. Apenas había empezado a asimilar la posibilidad de una dimisión papal, cuando ahora se enfrentaba a otra posibilidad aún menos imaginable.

-Le doy las gracias, señor Appleyard -dijo Gladstone, al tiempo que se ponía de pie-. Puede estar usted seguro de mi cooperación. Tengo la certeza de que el Santo Padre comprenderá ahora con mayor profundidad la posición del presidente.

El comunicado público de las invitaciones oficiales de Moscú y Kíev relegó a un segundo plano las actividades cotidianas de Roma y muchas otras capitales. Cuando Appleyard entró en el estudio del papa a media mañana, su santidad había recibido ya un sinfín de comunicaciones, que oscilaban previsiblemente entre quejas y felicitaciones.

-Sabemos que visitar esas tierras ha sido desde hace mucho tiempo el deseo de su santidad -dijo Gib, para desearle buena suerte-. Espero que el viaje satisfaga los deseos de su santidad.

El sumo pontífice reconoció la sinceridad personal del enviado, le dio las gracias y pasó al momento al quid de la cuestión.

-Monseñor Gladstone ha hecho posible que comprendiera y apreciara la posición de su presidente, señor Appleyard. Y eso es muy importante -comentó el santo padre, mientras se acercaba a una silla junto a la ventana y le indicaba a su visitante que se instalara en otra-. También importante para mí es aclarar los niveles de dirección gubernamental en Estados Unidos. Lo que yo denomino el nivel de macrodirección, a diferencia del nivel de microdirección. Soy consciente de que ambos niveles se funden en el plano de la administración práctica. Pero *son* distintos niveles.

Appleyard sonrió. De hecho, Gladstone había comprendido todo lo que le había contado y su informe al Santo Padre había sido meticuloso. Esto les facilitaba a ambos poder tratar ahora de las difíciles realidades diplomáticas.

-Sí, santidad. Estoy de acuerdo. Y, en última instancia, la política de control de la población es estrictamente un producto del nivel de macrodirección.

-¿Y la próxima conferencia internacional, que debe celebrarse en El Cairo, corresponde también a la jurisdicción del nivel de macrodirección?

-Por supuesto, santidad.

La conversación giró momentáneamente en torno a los más evidentes participantes a dicho nivel y a los principios generales que los impulsaban. Pero el sumo pontífice abordó con rapidez el quid de la cuestión, que expresó con una franqueza y una claridad que Gib raramente encontraba en otras personas y que tanto apreciaba en su interlocutor.

-Señor Appleyard, quiero que usted y el presidente comprendan nuestra política y nuestra opinión en este lado de la verja. En su último mensaje, su presidente me propuso que accediéramos ambos a hacer una declaración común a favor de una regla universal, para católicos y no católicos. Una regla o norma de dos hijos por pareja como máximo. Evidentemente me negué.

-Santidad, en aquel momento el presidente hablaba desde el punto de vista de la macrodirección.

-Y yo hablo desde el punto de vista de Jesucristo, el verdadero gobernador y director de este cosmos. Desde dicha perspectiva, parece evidente que la política de control de la natalidad de Estados Unidos, definida ahora en NSM 200, es el resultado del imperialismo cultural norteamericano impuesto en las naciones del tercer mundo, con recursos naturales codiciados por EE. UU. para su supervivencia como superpotencia. Además, el apoyo brindado por Estados Unidos al último documento elaborado por la sección de control de la población de las Naciones Unidas es motivo de vergüenza para los cristianos y supone un grave retroceso para la humanidad. Legitimaría el aborto a petición del interesado, la promiscuidad sexual y distorsionaría el concepto de familia. En resumen, propone la imposición de estilos de vida libertinos e individualistas, como base y norma de la sociedad de las naciones.

Appleyard se sulfuró ligeramente. Sin duda el Santo Padre hablaba con franqueza. Tanta franqueza que había colocado al norteamericano entre la espada y la pared. Le había dicho a Gladstone que a su parecer no eran los hechos sino los ideólogos quienes dirigían la política de su gobierno en dicha área. Pero, al igual que el papa, también la consideraba perniciosa para la familia y para el orden social. Sin embargo ahora se presentaba el otro lado de la situación. No creía en la eficacia de un ultimátum en aquella negociación, y ésa era la razón por la que había querido hablar con Gladstone. Pero si pretendía evitar una crisis, necesitaba una respuesta a una pregunta. Por consiguiente, decidió hablarle al sumo pontífice con su misma franqueza.

-Santo Padre, dejando aparte la posición oficial de mi gobierno, personalmente comparto la valoración de su santidad de esta situación. Mi dificultad, y la suya, santidad, es que a nivel de macrodirección el punto de vista reinante es el opuesto. Y a dicho nivel, existe suficiente poder para imponer ese punto de vista.

-¿Y? -preguntó el papa, consciente de que Appleyard no había venido sólo para declarar lo evidente.

-Circulan rumores, Santo Padre. La pregunta urgente es si su santidad desafiará directamente la política estadounidense de control de la población, con la publicación de una declaración ex cáthedra condenando el aborto y la anticoncepción.

Algo más que rumores, pensó el papa, con una fugaz mirada hacia el despacho del cardenal Graziani. Luego, concentrándose de nuevo en el diplomático estadounidense, expuso la situación con la mayor claridad de la que fue capaz. No era necesario entrar en las consecuencias del reto papal, se dijo. Las había estudiado todas y a su parecer eran insignificantes.

-Lo que importa, señor Appleyard, es el momento de dicho reto. Ahora, esta doble invitación de Europa oriental modifica el calendario de esta Santa Sede. Por consiguiente, la respuesta a su pregunta principal es que el presidente ya no debe preocuparse por la perspectiva de una declaración papal en el futuro próximo que condene su política de control de la población como irreconciliable con el dogma católico.

Gib se sintió aliviado, pero confuso.

-Usted se pregunta, señor Appleyard --dijo el sumo pontífice, que adivinó la incógnita en el rostro del enviado-, qué tiene que ver mi viaje a Moscú y a Kíev con las dificultades entre el papado y la presidencia. La explicación es simple. El hecho de que se me permita realizar esta peregrinación es un favor directo de alguien que los católicos llamamos la Reina de los Cielos. Ella ha sido escogida por Dios en todas y cada una de las épocas para una función especial entre nosotros. Ella está al mando de todo esto. De todos nosotros. Ella ha querido que se realice este viaje papal, o mejor dicho peregrinación. Por consiguiente, tengo buenas razones para creer que, a su manera, ella aprovechará la oportunidad de mi denominado viaje a Rusia para resolver el problema entre mi papado y su presidencia norteamericana.

Appleyard asintió benignamente, con la esperanza de disimular su estupor ante la facilidad con que el papa pasaba de un plano práctico, con decisiones de vida o muerte, a un nivel que parecía abstracto y ajeno a la realidad concreta. Tanto era el júbilo y la seguridad en sí mismo que se reflejaba en el rostro del papa eslavo y sus ojos brillaban con tanta felicidad, que Gibson tuvo que bajar la mirada. «Si algún día me sintiera como este hombre se siente ahora -Gib oyó que se decía a sí mismo en su propia mente-, no me quedaría más remedio que caerme de rodillas, suplicar su perdón por mis pecados y su bendición, y derramar las lágrimas que nunca he derramado...»

-Sin embargo, entretanto -prosiguió el papa, volviendo a lo que Gibson consideraba terreno práctico-, ya he escrito a todos los jefes de Estado, incluidos su presidente y el secretario general de las Naciones Unidas, para decirles que no pueden esperar que los que estamos a este lado de la verja aceptemos semejante ataque contra los valores de la naturaleza, la moralidad y la religión sin protestar. Pero si lo desea, señor Appleyard -concluyó el Santo Padre, con una radiante sonrisa que destruyó por completo la tensión del momento-, con bastante antelación le mandaré una copia de la carta que propongo publicar sobre este asunto. Y le doy mi palabra de que no se publicará antes de mi viaje a Rusia y Ucrania el año próximo.

El alivio del estadounidense en esta ocasión era claro y completo. Semejante promesa por parte de aquel hombre era tan buena como el oro. Pudiera ser que la guerra no hubiera acabado, pero por lo

menos podría comunicarle a Vance que no había una crisis inmediata. Dadas las circunstancias, Appleyard no podía pedir más.

Con el precepto de Maestroianni de aplicar una presión constante al Santo Padre para firmar el protocolo de dimisión como acicate, el cardenal secretario Graziani ingenió múltiples razones para ver al sumo pontífice con mayor frecuencia de la habitual. Entre las razones más legítimas se encontraba la necesidad de concretar cuanto antes, y en la medida de lo posible, los actos principales de la visita del papa a Rusia y los planes para el congreso general de cardenales.

-Ésta será una peregrinación cruel, Santo Padre. Todas sus eminencias de aquí y del extranjero han expresado su temor por la salud de su santidad y por el gobierno de la Iglesia. En este peligroso momento de la vida de la Iglesia, necesitamos la plena atención de su santidad.

Con la intención de Graziani clara para él, el papa eslavo respondía con la mayor tranquilidad posible.

-Obedeceré el criterio de mis médicos, eminencia.

-Por supuesto, Santo Padre. Pero la sabiduría médica sólo llega hasta cierto punto, y no más allá. El margen de error es amplio. Como asesores principales de su santidad y cogerentes del bienestar de la Iglesia, sus eminencias están convencidos de que su palabra debería ser el factor definitivo en el criterio de su santidad.

El cardenal secretario le había recordado a su santidad un simple hecho de la vida papal y la administración vaticana. El papa no iría de visita a Rusia sin la aprobación de sus cardenales, como colegio de asesores de la Iglesia. Así era como aquel papa había actuado desde el primer día de su pontificado. Y así era como actuaría ahora. Además, según el propio sumo pontífice, nada menos que la Virgen María precisaba la cooperación de los cardenales para esta peregrinación en particular.

Con el comodín sobre el tapete, Graziani buscó entre sus carpetas hasta encontrar una titulada «Protocolo de dimisión» y la colocó sobre la mesa del sumo pontífice.

-Compadézcase de nuestras preocupaciones, Santo Padre. Permítame que le deje la última versión del texto del protocolo, que sus eminencias tienen la esperanza de que su santidad apruebe, como constitución pontificia que rija la sucesión papal. Nos preocupamos, sabe usted, cuando su santidad emprende esos agobiantes viajes. Nosotros también llevamos la carga de la Iglesia universal.

Un parpadeo. Una sonrisa. Y el cardenal secretario había desaparecido.

-Acabo de recibir mi lección del día -dijo el sumo pontífice, mientras examinaba ya el protocolo, cuando monseñor Daniel llegó de su despacho contiguo.

-¿Qué lección, Santo Padre?

El papa le brindó a su viejo amigo una sardónica sonrisa. -Los papas también deben portarse bien. ¡De lo contrario sus cardenales no serán amables con ellos!

CUARENTA Y SEIS

Casi todo lo relacionado con las últimas semanas de aquel año y las primeras del siguiente, dejó a Gladstone un mal sabor de boca. Como faraute general en la operación del cardenal Maestroianni, se le había ordenado visitar a ciertos obispos clave en diversas capitales europeas, para regresar luego a Estados Unidos, donde debía entrevistarse con una docena de altos dignatarios norteamericanos, incluido el cardenal de Centurycity. Como Maestroianni se lo explicó a Chris, y éste a Giustino Lucadamo, su función principal consistía en avivar el fuego de los obispos en la cuestión del voto de criterio común.

-Parece que van a prescindir la fase pública del voto -dijo Gladstone al jefe de seguridad del Vaticano-. La idea de Maestroianni parece consistir en acelerar el programa. Quiere tener en su mano los resultados de todas las juntas de asuntos internos en abril.

Lucadamo respondió que ya se esperaba algo parecido. Si el cardenal y sus secuaces lograban presentar un voto casi unánime ante el pleno del Sacro Colegio Cardenalicio a principios de mayo, tal vez con ello lograran librarse de manera definitiva del papa eslavo.

-¿Algo más en su agenda de viaje, monseñor? -preguntó Giusti, al parecer dispuesto a recibir otras malas noticias.

-Más persuasión y politiqueo -respondió Chris, que se encogió de hombros-. Su eminencia parece interesado en remover el asunto de las niñas como monaguillos, pero no me ha contado lo que se propone.

Chris tenía algo que preguntar, antes de ir a preparar sus maletas. Nunca se alejaba de su mente el asesinato de Aldo Carnesecca. Pero no, Lucadamo y su equipo no habían descubierto nada. -Pero mírelo de este modo, monseñor -respondió Lucadamo-. Con todo el tiempo que pasará en aviones y trenes, dispondrá de muchas oportunidades para estudiar el diario.

Gladstone empezó su viaje por Europa con un par de días en «Guidohuis». Paul estaba en Londres, pero Yusai lo recibió con los brazos abiertos en el aeropuerto y Declan parecía realmente emocionado de verlo. Al parecer, la llegada de Christian coincidía con uno de los acontecimientos más excitantes en la joven vida de su sobrino. Deckel, todavía lleno de entusiasmo por la exploración de cuevas subterráneas, iba a ser iniciado al día siguiente como miembro juvenil de pleno derecho de la Real Sociedad Belga de Espeleólogos. Su intención era pedirle a su tío Chris que fuera como invitado especial a una visita que dirigiría a la famosa cueva conocida como Danielle Menor.

-Ven, por favor -suplicaba Deckel, cuando Yusai conducía desde el aeropuerto a su casa de Deurle-. Papá ha tenido que marcharse para asistir a una reunión especial, y me sentiría muy orgulloso, tío Chris. Te lo ruego, di que vendrás...

Chris respondió que iría y lo lamentó.

Por la tarde del día siguiente, Declan Gladstone condujo lleno de orgullo a su tío y a un pequeño grupo de miembros de la sociedad e invitados a la Danielle Menor. Circularon por un complejo de cuevas, pasajes tortuosos, descensos inesperados y empinadas cuestas subterráneas, pero cuando por fin llegaron a su destino, la cámara abovedada conocida como «Santa Capilla», la excursión se había cobrado su precio en la mente de Christian. Escuchó a su sobrino que hablaba de «tapices» y «cortinas», pero el eco de la voz del niño en la quietud absoluta de la caverna adquirió un tono macabro para Christian. La imagen de la inocencia infantil absorbida por la oscuridad no abandonaba su mente.

Chris intentó atribuir la experiencia a su estado de ánimo. Pero con toda ingenuidad, Yusai se lo impidió. Ella tenía sus propias preocupaciones y agradeció podérselas confiar a su cuñado aquella noche antes de la cena en «Guidohuis».

-Se trata de Paul -dijo con una avergonzada sonrisa-. A veces temo perderlo. En más de una ocasión durante el último año, ha tenido que pasar varios días fuera de casa...

¿Infidelidad? ¿Paul? ¡Imposible!

-No es la primera vez, Yusai. Después de todo, es el secretario general de la Unión Europea...

Yusai movió la cabeza. No se trataba de otra mujer, ni nada por el estilo. Algo relacionado con la asociación de Paul con la logia. Alguna alteración, algún tipo de ruptura había tenido lugar, algo que periódicamente le dejaba mal humorado y distraído durante varios días.

-Estoy tan desesperada, que incluso he empezado a rezar el rosario.

Christian prometió que hablaría con Paul. Estaría ocupado al día siguiente con los obispos de Gante y Brujas, y luego con el cardenal arzobispo de Malinas en Bruselas. Pero vería a su hermano en Berlaymont al otro por la tarde, antes de trasladarse a París.

Chris se encontró efectivamente con Paul. Tuvo incluso la oportunidad de catar aquel nuevo elemento extraño en el temperamento de su hermano, que Yusai había descrito. Pero fuere lo que fuese, no disponía de tiempo para averiguarlo durante aquella visita. En su lugar, aquella noche tuvo lugar una recepción en Berlaymont, para una densa muchedumbre de lumbreras de todas las instituciones europeas y los organismos globales de la ONU. La presencia de Paul como secretario general de la UE era obligatoria, y se preocupó de presentar a su distinguido hermano del Vaticano a los comisarios y a varios colegas importantes.

Pero después de sus aventuras con Declan en la Danielle Menor, su conversación con Yusai y su propio trabajo con los obispos belgas, Christian no estaba de humor para relacionarse. Vio a Gibson Appleyard y, cuando cruzaba la sala para saludarlo, se le acercó Jan Borliuth, insistió en que lo acompañara y le presentó a un pequeño grupo, cuyo personaje central no precisaba presentación.

-Mijaíl Gorbachov, fundador y presidente de la Cruz Verde Internacional...

Chris oyó el nombre y las últimas credenciales de boca de Borliuth, pero lo único en lo que

lograba pensar después de un vigoroso apretón de manos era en el papa eslavo. En algún lugar profundo de su alma, se rebelaba contra la idea de que aquel hombre mantuviera una correspondencia íntima con el Santo Padre.

-Y -proseguía Borliuth con las presentaciones- éste es Herr Otto Sekuler. Él y el señor Serozha Gafin son miembros de la junta de la Cruz Verde del señor Gorbachov.

Sekuler, delgado, calvo, con gafas y propenso a dar taconazos, era un personaje extraño a quien Chris hubiera preferido no conocer. Sin embargo Gafin, con sus ojos rasgados y su voz rasposa, le dio la sensación de haberlo visto antes...

-Puede que conozca al señor Gafin del escenario -dijo Borliuth, para facilitarle la pista que necesitaba-. Y Herr Sekuler es presidente de Solidaridad Mundial de Pensamiento Ético.

Christian sonrió durante unos minutos de charla superficial, y le dio las gracias al señor Gorbachov por su invitación a Presidio, en San Francisco, o, mejor todavía, a la plaza Roja de Moscú.

-Mi pensamiento y el del Santo Padre coinciden -dijo Gorbachov, con una extraordinaria elegancia política-. La crisis medioambiental del mundo constituye la base real de nuestro nuevo ecumenismo.

-*Ach, ja* -afirmó Sekuler.

-Lamento interrumpir esta agradable conversación... -intervino Paul, que se acercó por la espalda-. Pero si mi hermano debe coger el tren...

Chris agradeció el rescate. Aunque le habría gustado que hubieran podido pasar unas horas a solas. Sí, le habría gustado explicar sus temores por Deckel y los de Yusai por Paul.

Todas las entrevistas de Christian en esta ocasión se caracterizaron por su monotonía. Se celebraban en un tono estrictamente impersonal. Los escasos comentarios personales que intercambió con cardenales y obispos eran indefinidos. Ninguno de ellos le ofreció algo de comer o de beber. Y aunque conocía el contenido de los documentos que llevaba consigo, sólo se aludía directamente a los que él transmitía.

-Un cartero de lujo, eso es lo que soy -se dijo a sí mismo cuando concluyó sus semanas de visitas europeas y se disponía a desplazarse a Estados Unidos-. ¡Y tampoco de mucho lujo!

Sus visitas a los cardenales estadounidenses fueron parecidas.

Ni siquiera su entrevista con Jay Jay O'Cleary de Nueva Orleans rompió la pauta. A partir del momento en que su eminencia vio el calendario acelerado de Maestroianni para conseguir el voto unánime y leyó el párrafo en el que Maestroianni declaraba responsable a cada cardenal de los resultados, lo que dominó la reacción de O'Cleary fue el temor por sus ambiciones romanas, más que su conocida consideración por su relación con los poderosos Gladstone.

Hubo una excepción. Desde el punto de vista de Christian, su eminencia de Centurycity no sólo no tenía dignidad social, sino que tampoco poseía un solo gramo de civismo común. Con una mirada desprovista de todo sentimiento, trató al mensajero del Vaticano como a cualquier subalterno. Lo único que le impulsó a tratar con Gladstone, o para el caso a Gladstone con él, fue su relación común con el cardenal Maestroianni. Al contrario de O'Cleary, el cardenal de Centurycity no se alteró ante el nuevo calendario acelerado de Maestroianni. ¿La fecha prevista era abril? Perfecto. ¿Ahora todo debía hacerse mediante las juntas de asuntos internos, sin una fase pública anterior al congreso general? Perfecto. ¿El cardenal Maestroianni consideraría Centurycity doblemente responsable del éxito en Estados Unidos? ¡Ni soñarlo!

-Usted llevará un mensaje para su eminencia, monseñor -dijo el cardenal norteamericano, mientras doblaba los últimos documentos de Maestroianni-. Dígale que ahora es el momento oportuno para publicar el acuerdo ya existente entre la Santa Sede y la jerarquía norteamericana, concerniente al uso de niñas como monaguillos y al nombramiento de diaconisas como párrocos. -El cardenal sonrió mecánicamente-. Confío, monseñor, en que transmitirá con fidelidad el mensaje.

Gladstone logró mostrarse impasible ante el cardenal. No conocía ningún acuerdo entre la Santa Sede y la jerarquía norteamericana respecto al uso de niñas como monaguillos, pero evidentemente había infravalorado la importancia de aquella cuestión en los planes de Maestroianni. Pero lo que más le dolía, era que aquel traidor eclesiástico conservara su poder en la jerarquía norteamericana, y que fomentara de forma tan abierta el nombramiento ilegal de diaconisas como administradoras de parroquias.

El informe de Gladstone al jubiloso cardenal Maestroianni y los datos que le facilitó al apesadumbrado Giustino Lucadamo aportaron urgencia al ambiente de tensión que rodeaba el proyectado viaje del sumo pontífice.

-No me sorprende que su eminencia no quisiera entregarle este mensaje por escrito -refunfuñó Lucadamo cuando Chris le contó aquella parte de la historia-. Es notorio que no existe ningún acuerdo papal para la utilización de niñas como monaguillos, ni por supuesto para permitir que diaconisas que no han sido ordenadas actúen como párrocos. Eso no son más que sus mentiras y sus tácticas. Lo que se proponen es tener mujeres como sacerdotes.

-Éste no es su único objetivo -respondió Gladstone, que empezaba a pensar ya como Maestroianni-. Lo que se proponen es representar falsamente como carente de significado toda declaración legislativa de este papa. Y el verdadero mensaje que pretenden divulgar es que este papa no importa, que ya no cuenta para nada. Son los obispos quienes cuentan. Los laicos. Las congregaciones romanas. Y a fin de cuentas, el mensaje es que la Iglesia ha superado ese medievalismo llamado papado.

No obstante, Chris no comprendía cómo lograrían divulgar aquel mensaje.

-Es evidente que no pueden limitarse a publicar tranquilamente un documento falso como éste. Tiene que llevar la firma de alguien, y Maestroianni es demasiado astuto para exponerse de ese modo.

El silencio de Lucadamo provocó una explosión en la mente de Gladstone. Aldo Carnesecca siempre había dicho que detrás de todo aquello había un plan, y pudiera ser que tuviera razón. Pero Carnesecca estaba muerto y todo parecía convertirse en un torbellino descontrolado. ¿Qué clase de plan fomentaba tanto desdén hacia el papa? En el silencio momentáneo de la explosión, Chris comprendió que Lucadamo carecía de respuestas a sus preguntas. Era como una repetición de la escena en el estudio del papa, cuando comprendió que el sumo pontífice relegaría su informe al limbo. Pero en aquel momento tuvo que preguntarse si cualquier cosa que hiciera surtiría algún efecto. Por muchas pruebas que descubriera, o lo evidentes que fueran, ¿serviría para algo?

Cuando Lucadamo le comunicó al Santo Padre el contenido del informe de Gladstone, el sumo pontífice coincidió con su evaluación de las metas de sus adversarios. Pero el problema que enfurecía a Gladstone casi hasta el límite de lo soportable, no bastó para desviar al papa eslavo de la amplia ofensiva que llevaba a cabo.

Parte de dicha ofensiva estaba relacionada con el consenso que germinaba en la sección de Bischara Francis de las Naciones Unidas. Era imprescindible que su santidad organizara su propio contraataque, en el campo de batalla del control de la población y las enseñanzas morales tradicionales de la Iglesia. Aprovechaba todas las oportunidades para manifestar su oposición al aborto y a los anticonceptivos. En sus declaraciones semanales, sus discursos a grupos de peregrinos y en las audiencias con personajes públicos que deseaban agregar a su currículum una visita al Santo Padre, proseguía vigorosamente con su ataque. Por fin trasladó la acción al frente en el que sabía que obtendría mayores éxitos: las embajadas.

Roma era la residencia oficial de la mayoría de los embajadores y representantes consulares en el Estado italiano o Quirinal, como solía decirse en lenguaje diplomático. Además, estaban los representantes diplomáticos de por lo menos ciento diecisiete naciones acreditadas ante la Santa Sede. Ese doble conjunto de representantes era lo que dotaba al cuerpo diplomático de la Ciudad Eterna de su brillo especial. Su valor único como fuente de información y galería internacional de rumores se veía realzado por el hecho de que Roma se consideraba un lugar excelente de reunión global, la capital donde Este y Oeste se mezclaban necesariamente a diario.

El papa eslavo se aseguró de que su mensaje contrario al consenso de las Naciones Unidas circulara por aquel centro nervioso internacional y densamente poblado. Unas veces era una súplica, otras una protesta; una plegaria, o un requiebro; una sugerencia, o una acusación; un aliento, o una molestia. Pero el mensaje era siempre el mismo: «En la actualidad se lleva a cabo un ataque organizado contra la unidad vital de la nación, de cada nación. A saber: la familia. En definitiva, éste es un ataque contra cada una de las naciones, contra la familia de las naciones y contra la raza humana.»

Puesto que el contraataque del papa era abierto, puesto que mencionaba nombres y puesto que la participación norteamericana en la financiación del control de la población en el tercer mundo ascendía

a miles de millones, Estados Unidos se convirtió de manera inevitable en objetivo de críticas y comentarios. Portavoces del Vaticano meticulosamente preparados repetían el mismo mensaje, cuando acudían a almuerzos, cenas y recepciones diversas. Aparecieron copias de la orden ejecutiva estadounidense para una política obligatoria de control de natalidad como por arte de magia y circularon por todas partes.

La campaña del papa eslavo tenía un solo objetivo. Le había prometido a Gibson Appleyard que no publicaría su encíclica ex cáthedra sin previo aviso. Pero se había reservado el derecho de utilizar todos los medios a su disposición para obligar al gobierno de Estados Unidos a abrir negociaciones con la Santa Sede sobre aquel grave asunto.

Tal vez tardó un poco más de lo previsto. Bernard Pizzolato no era el embajador más inteligente que los norteamericanos habían mandado al Quirinal, pero por fin incluso él recibió el mensaje.

-A no ser que esta campaña de rumores papales cese cuanto antes -dijo un iracundo Bernie Pizzolato al confuso almirante Bud Vance-, Estados Unidos se verá obligado a acudir a la mesa de negociaciones del papa, y eso supondrá en la práctica la eliminación de la orden ejecutiva.

Bud se dirigió a Appleyard.

-¿Qué me dice, Gib? Eso hay que aclararlo. ¿Qué hace ese papa con tantos rumores sobre Estados Unidos? ¿Es eso sólo el preludio? ¿Está preparando una carta después de todo? ¿Se dispone a condenar la política norteamericana de control de la población?

-No exagere, Bernie -dijo Gibson, con la mirada fija en los ojos de Pizzolato-. Olvidemos las ampulosidades. Si dedicara menos tiempo a intimar con los enemigos del papa y un poco más a cultivar la amistad del sumo pontífice, tal vez comprendería mejor lo que sucede.

-¿Y qué es lo que sucede, Appleyard?

-Le diré lo que no sucede, señor embajador -replicó Gib-. No habrá ninguna carta del Santo Padre por ahora. Si decide hacerla en un futuro próximo, lo sabremos con antelación. Y, además, inspeccionaremos el borrador de cualquier carta o documento que se proponga publicar.

-Supongo que puede decirse que no confío en el papa respecto a este asunto -respondió Pizzolato, al tiempo que exhibía su dentadura-. ¡Ni en ningún otro! -exclamó, antes de dar media vuelta y abandonar el despacho.

Cuando se quedaron solos y pudieron deliberar, Vance y Appleyard entraron en el meollo de la cuestión.

-Escúcheme, Bud -dijo Appleyard, que se acomodó en su silla y se cruzó de piernas-. Todos sabemos que estamos en un campo minado. Un paso en falso y volaremos por los aires. No necesitamos esa clase de información de segunda mano que Bernie recibe.

Gib le recordó a Vance que no era católico, pero había aprendido a no confiar en los renegados. No iba a permanecer impasible y permitir que un mequetrefe mercenario como Pizzolato enturbiara la situación sin una buena razón, salvo el odio que sentía por la religión de sus padres. En realidad, consideraba que el hombre capaz de traicionar su religión, también lo era de traicionar a cualquiera.

-¿Entonces está usted seguro del papa eslavo?

-Tan seguro como de cualquier cosa. Camina sobre la cuerda floja y está a gran altura. Me refiero a que sería una descomunal caída hasta donde algunos de sus propios subalternos desean empujarlo. Pero nos ha dado su palabra y...

La expresión en el rostro de Vance hizo que Appleyard dejara las palabras colgadas en el aire. La había visto antes y significaba: ¡sé más de lo que piensa, Gib!

-¡Vamos, almirante, suéltelo! ¿De qué se trata?

-¿Recuerda a su viejo amigo Cyrus Benthoek?

-Por supuesto.

-¿Y al profesor Ralph Channing?

-Nunca he hablado con él, pero lo conozco. Todo el mundo lo conoce. Y si mal no recuerdo, apareció en la ficha de Otto Sekuler.

-Pues ambos pasaron fugazmente por aquí hace unos días. El Consejo Nacional de Seguridad anunció su llegada. Ésa es la razón por la que la interpretación de Pizzolato me deja tan confuso. Benthoek y Channing confirmaron lo que usted nos ha estado diciendo respecto al papa eslavo. No sobre

lo de ser fiel a su palabra, sino referente a la presión para deshacerse de él.

-¿Qué exactamente?

-Dicen que tendremos un nuevo papa en Roma a finales de mayo.

A Appleyard se le paralizó la respiración. -¿Se lo tomó en serio?

-Calcúlelo usted mismo. La presión que ejerce sobre el papa su propia gente para que dimita, la presión de la Casa Blanca para que se calle, la presión sobre su política central por parte de las Naciones Unidas, las voces que han asegurado su invitación a Rusia y Ucrania, la aniquilación del papado organizada por individuos como Benthoek y Channing en el propio Consejo Nacional de Seguridad, y ahora este ataque directo y personal por parte del embajador Pizzolato.

»Sí, me lo tomo en serio. A decir verdad, no comprendo cómo su papa ha resistido tanta presión durante tanto tiempo.

De pronto e incomprensiblemente, Gib se sintió tan triste como si Vance acabara de anunciarle la muerte de un estimado amigo, una personalidad valiosa, un modelo admirable, una hermosa mente. En toda su vida profesional, se preguntó a sí mismo, ¿cuándo había lamentado el fallecimiento de un personaje público en cualquier país? ¿Incluso en Estados Unidos? ¿Cuándo se había sentido tan triste como ahora, tan solo, por la desaparición de cualquiera de los grandes personajes que había conocido? Nunca, era la respuesta. Nunca. ¿Y por qué ahora? ¿Por qué era tan conmovedora aquella noticia sobre el papa eslavo?

-¿Está usted bien, Gib?

-Sólo un poco aturdido. Supongo que me ha afectado su pronóstico...

-Sé que le gusta ese anciano -dijo el almirante, compasivo.

-No, Bud -respondió Appleyard, después de recuperar la compostura-. No creo que a uno puedan gustarle esos líderes públicos. Me refiero a los importantes. Su personalidad como figuras públicas los excluye de esa categoría. Sin embargo...

Se quedó de nuevo silencioso. Creyó comprender por qué le afligiría que el papa eslavo desapareciera tan pronto de su vida. El problema era que no tenía palabras para explicarlo.

-Y bien... -dijo Vance, que con o sin compasión debía resolver ciertas contradicciones y necesitaba la ayuda de Gibson-. Channing y su amigo Benthoek probablemente están relacionados de algún modo con esas invitaciones del papa para su viaje al Este. Como mínimo saben que Sekuler y ese pianista llamado Gafin han hecho los preparativos. Ellos mismos lo dicen. Hemos sabido desde Estrasburgo que Benthoek está vinculado al mundo de la Iglesia en Estados Unidos y en el Vaticano. Y Channing está ahí, en la misma liga. Ambos tenían mucho interés en que se efectuara la visita del papa.

-¿Me he perdido algo, Bud? -preguntó Appleyard, mientras se rascaba la cabeza-. Creía que el problema de la administración con el papa eslavo estaba relacionado con su actitud respecto al control de la población, no con su viaje a Rusia.

-El problema de la administración está relacionado con un exceso de señales conflictivas procedentes de Roma. Pero volvamos de momento al control de la población.

»Todo el mundo conoce la actitud del papa en este sentido y respecto a las enseñanzas morales tradicionales de su Iglesia. Incluso Bernie Pizzolato sabe que el papa eslavo no llegará a un compromiso con el gobierno de Estados Unidos. Y usted mismo nos ha dicho más de una vez que este papa luchará con dientes y uñas contra todo intento de la Asamblea General de la ONU para imponer un límite universal del número de hijos permitido por familia.

-Por supuesto que lo he hecho, Bud. Él me lo dejó bien claro. Y se lo dejó también claro a Bischara Francis, directora del Fondo para la Administración de la Población de las Naciones Unidas. Hablé con ella personalmente y puedo asegurarle que estaba bastante alterada después de su audiencia con el Santo Padre.

-Muy bien. Pero ahora hemos oído rumores de que un respetable organismo intelectual del Vaticano, creo que se llama Academia Pontificia de Ciencias, está a punto de publicar un documento que contradice todo lo que según usted afirma este papa, respecto al control de la población y a sus recursos. Ahora bien, si eso resulta ser oficial, si un respetable organismo pontificio con sede en la propia Ciudad del Vaticano contradice la política papal, ¿le sorprende que estemos confusos? O, dicho de otro modo, ¿puede reprochamos que pensemos que este papa no juega limpio después de todo?

Appleyard estaba dispuesto a discutírselo, pero el almirante todavía no había terminado. Al

parecer, ciertos analistas en el Departamento de Estado les habían dicho a los superiores de Vance, incluida la junta de los diez, que podría ser insensato creer a pie juntillas la afirmación del papa de que su viaje a Rusia es únicamente una peregrinación religiosa. Consideran que el papa puede tener otros propósitos que podrían afectar la seguridad de Estados Unidos. Al igual que Pizzolato, tampoco confían en el papa. Las señales conflictivas procedentes del Vaticano sobre la cuestión de la población no hacen más que agregar leña al fuego de su argumento.

-Eso es basura.

-Tal vez, Gib. Pero escuche sus razones.

En primer lugar, Vance señaló la relación personal entre el sumo pontífice y Mijaíl Gorbachov. Habían cultivado estrechos vínculos cuando Gorbachov era el hombre fuerte de la URSS y seguían ahora. Pero su relación no había empezado de pronto cuando Gorbachov se convirtió en el primer mandatario ruso.

Durante su crecimiento en la Polonia estalinista de los años setenta y ochenta, el movimiento de solidaridad estaba manipulado a distancia por el centro de la KGB en Moscú, que pretendía utilizarlo para sus planes a largo plazo. Vance lo sabía. Gib lo sabía. Ningún miembro de los servicios secretos lo ignoraba.

-Ahora nosotros también mantenemos una relación bastante íntima con Gorbachov -dijo Vance, para dirigirse al quid de la cuestión-. Pero puede que nos hayamos metido en la cama con una familia de víboras. Nuestra nueva propuesta de «sociedad para la paz» con Rusia, la Rusia de Boris Yeltsin, es nuestro mayor riesgo desde la segunda guerra mundial. No obstante, siempre andamos a tientas. Nunca vemos a la novia, ni siquiera sabemos quién es. Pero debemos acostarnos con ella. Y debemos preguntarnos si alguien más la corteja a escondidas.

-¿Ve al papa eslavo como posible marido en perspectiva?

-Creo que existen razones para dudar de sus intenciones manifiestas. Empieza a emerger una imagen clara de las comunicaciones interceptadas en Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Polonia. Las sospechas de los que están allí, que llevan a cabo la vigilancia, se centran en dos o tres hechos principales. En primer lugar, la mayoría de las emisoras que transmiten en la gran Rusia están en zonas cuyos obispos ortodoxos rusos han reconocido en secreto al papa eslavo como jefe espiritual. También se da el caso de que Bielorrusia ha sido invadida por centenares de sacerdotes polacos y bielorrusos formados en Polonia. Por consiguiente, no es disparatado creer que el papa eslavo se está apoderando lentamente de la estructura gubernamental de la Iglesia ortodoxa rusa. No podemos permitirnos el lujo de olvidar que ese hombre utilizó a un puñado de clérigos, para desarmar el estalinismo en Polonia. Debemos preguntarnos si se propone echar a pique la embarcación en la que flota nuestra todavía endeble «sociedad para la paz».

Había más y Vance se lo detalló a Appleyard. Algunos de los documentos llevaban las huellas del papa. Había dos emisarios o mensajeros papales, un alemán y un irlandés, que se desplazaban de forma permanente entre Roma y Europa oriental, incluida la gran Rusia. Se habían identificado varios puntos de recepción de correspondencia en Europa, vinculados por lo menos provisionalmente a la propia Santa Sede.

Appleyard se inclinó hacia adelante.

-Lo que tiene, Bud, es la imagen clara de un papa que trabaja para convertir a la gente. Eso es lo que hace. Ése es su trabajo. Si no me equivoco, sus mensajes interceptados probablemente están llenos de referencias a Fátima y al «tercer secreto»...

-¿Cómo diablos lo sabe?

Gibson hizo caso omiso de la pregunta. Lo que quería saber era qué otra información había aparecido en los mensajes interceptados.

Vance agachó la cabeza. Tuvo que admitir que el código utilizado en las transmisiones radiofónicas y las comunicaciones escritas no había sido descifrado todavía. Los analistas habían encontrado numerosas referencias como las que Gib había mencionado. Referencias a Fátima, al Inmaculado Corazón de María, al tercer secreto, a la estatua peregrina de la Reina, al ejército azul. Pero no lograban compaginarlo. No alcanzaban a descubrir con precisión lo que se comunicaba.

-No obstante -insistió Bud, a la ofensiva-, no cabe la menor duda. Existe un plan en marcha. Se prepara algún suceso para una fecha determinada. Pero existen demasiadas corrientes conflictivas para

descifrarlo.

»No comprendo por qué Benthoek y Channing han venido aquí, para contarnos que son partidarios de una visita papal a Rusia. No comprendo que el papa reciba ayuda de Sekuler, de Gafin, o de ese farsante patriarca ortodoxo, Kiril. Aparentemente, ninguno de ellos es amigo ni simpatizante del papa eslavo. ¿O lo son? Pero sobre todo no comprendo al propio papa. ¿Quién es el perdedor en ese juego? ¿Quién manipula a quién? Reconozco que si la Academia Pontificia de Ciencias se declara partidaria de limitar el tamaño de las familias, si eso se convierte en política oficial de la Santa Sede, podría facilitar las cosas entre el papa y el presidente. Me refiero a que si el papa está de acuerdo con un límite de dos hijos por familia, estaremos a un paso de reducirlo a uno. Y de ahí a prohibir los hijos, o crecimiento cero propuesto por el presidente.

»Pero no es tan sencillo. Si este papa le cuenta una cosa y hace exactamente lo opuesto en un área tan crítica como la política demográfica, o aunque sólo divague por indecisión, ¿qué demuestra que no haga lo mismo con su política rusa? Lamento decírselo, Gibson, pero puede que un puñado de ancianos con faldas nos estén tomando el pelo.

Appleyard era tan consciente como cualquiera en el Departamento de Estado de lo delicado del pacto entre el gobierno estadounidense y Rusia. Vance tenía razón en cuanto a lo endeble de la «sociedad para la paz». Además, había elaborado un caso convincente sobre los peligros para Norteamérica, intrínsecos en las contradicciones y confusiones procedentes del Vaticano sobre la política e intenciones del papa. Gibson seguía creyendo en la sinceridad del papa eslavo y así lo expresó. Pero le dijo a Vance que necesitaba tiempo. Tiempo para discernir la verdad de la mentira. Tiempo para descubrir lo que era preferible para los intereses de Norteamérica. Tiempo para regresar a Roma.

-Haga lo que considere más oportuno. -Vance sonrió ligeramente-. Las cosas se caldean entre el papa y la administración, de modo que no puedo ofrecerle mucho margen. No obstante, de momento, el caso es suyo.

-Con el debido respeto, eminencia, no ve dónde está la confusión -dijo el cardenal Maestroianni, mientras miraba con indulgencia al cardenal Karmel.

Los demás miembros de la junta del secretario Graziani, que se habían reunido para la actualización de algunos asuntos importantes, -sólo Pensabene y Coutinho estaban ausentes-, decidieron mantenerse de momento al margen de la disputa. El cardenal francés Joseph Karmel no era un hombre a quien se pudiera tratar con indulgencia.

-Con el debido respeto, eminencia -replicó Karmel, con su característico estilo del Antiguo Testamento-. Puede hablar cuanto quiera de sus denominadas iniciativas suplementarias, pero el caso es que el sumo pontífice se ha opuesto reiteradamente al uso de niñas en el santuario. Hace sólo unos meses, prohibió que actuaran como monaguillos. Y también hace sólo unas semanas, le dijo a la madre Teresa que nunca autorizaría a las niñas para ayudar en el altar. Por consiguiente, no comprendo cómo espera usted publicar una declaración contradictoria y salirse con la suya.

-De más gordas nos hemos salido a lo largo de los años -respondió Noah Palombo, a quien le resultaba difícil creer que alguien que aspirara a ser sumo pontífice en un futuro próximo, como lo hacía Karmel, pudiera ser tan tímido-. La fórmula ha sido probada y confirmada. Si logramos introducir algo y se acepta como uso común, este papa no lucha para deshacerlo.

-En efecto, eminencia. -Maestroianni sonrió-. He estudiado los detalles. Por primera vez, saldrá una declaración de esta cancillería romana autorizando a niñas como monaguillos. Y poco después de dicha iniciativa, hemos organizado una crisis respecto a las propuestas papales sobre demografía y control de la población. Debe reconocer, eminencia, que éstos serán dos ejemplos excelentes de la actuación de los obispos por el bien de la Iglesia, aunque para ello deban discrepar del reconocido punto de vista del papa. Como suelen decir los norteamericanos, veamos quién parpadea primero.

Aquello era demasiado arcano para el gusto de Karmel, habría preferido conocer los detalles. Pero estaba en minoría, y Maestroianni andaba ansioso por tratar del protocolo de dimisión propiamente dicho.

En respuesta a un leve movimiento de cabeza del pequeño cardenal, el secretario de Estado Graziani contó con todo detalle, cómo había incluido el protocolo de dimisión en el contexto del viaje del papa al Este.

-¡Eminencia! -interrumpió Maestroianni-. ¿Tenemos ya un texto definitivo? De ser así, tenga la bondad de mostrárnoslo.

-Sí, eminencia. No es perfecto, pero cumplirá su cometido -respondió Graziani, que no tenía la menor intención de dejar copias de aquel explosivo texto en las manos de cuatro personas diferentes, no aquel día, ni sin tomar ciertas precauciones-. Principalmente –prosiguió con majestuosidad estatal-, lo que tenemos ahora, después de muchas arduas labores por mi parte, es un texto que declara de forma inequívoca que, en caso de invalidez física total por parte del Santo Padre durante su visita a Rusia, se considerará que ha dimitido de manera legal del papado, de forma voluntaria y permanente. Su recuperación, parcial o completa, no alterará dicha decisión. El trono de Pedro se considerará vacío. Tendremos *sede vacante.* El mecanismo habitual para la elección de un nuevo papa se pondrá en acción.

Los cardenales Palombo y Aureatini se movieron ligeramente. Los inquietaba haber dejado un asunto tan delicado en manos de Graziani, pero al parecer lo había resuelto.

-Pero su santidad ha insistido en dos condiciones -prosiguió Graziani, sin prestar atención a la mirada que intercambiaron Palombo y Aureatini-. Insiste en que este nuevo decreto tenga una sola aplicación y en una única ocasión. Que sea aplicable sólo a él y únicamente durante su visita a Rusia. Si el decreto no ha entrado en vigor antes de su regreso del Este, será declarado nulo. No podrá invocarse de nuevo en su caso, ni en el de ningún otro pontífice soberano.

-Nunca habíamos previsto más de una aplicación -dijo Maestroianni, para descartar las demás objeciones.

Aceptado hasta aquí por todos, Graziani prosiguió con la segunda condición.

-Dijera lo que dijera e hiciera lo que hiciera, no he logrado que el Santo Padre accediera a firmar el documento *antes* de emprender su viaje al Este. Estampará en el mismo sus iniciales. Pero sólo lo firmará si las circunstancias durante el viaje indican claramente que debe hacerlo.

Fue el cardenal Karmel quien refunfuñó. ¿Cómo podría un papa comatoso decidirse a firmar cualquier cosa? Pero, incomprensiblemente, todo el mundo se puso de nuevo contra él. Ninguno de los demás parecía ver su lógica ni compartir su preocupación.

Por el contrario, Graziani estaba dispuesto a explicar la cuestión en términos jurídicos.

-Todos sabemos, eminencia, que según el Código Canónico las iniciales en un documento jurídico pueden homologarse como firma.

-Yo también prefería la firma completa -declaró Maestroianni-, pero nos bastarán las iniciales. Con menos nos ha bastado en otros casos...

-Un último punto -añadió Graziani, mientras miraba uno por uno a los presentes-. Su santidad desea que el documento se mantenga en secreto, a no ser que entre en vigor y adquiera fuerza legal.

-Podemos tolerar esas condiciones, eminencia -dijo Maestroianni al grupo, como colofón-. Y ahora, ¿puede facilitarnos copias del documento?

Por primera vez, Graziani venció a Maestroianni en su propio juego.

-Por supuesto, eminencia. En el momento en que estén listos todos los detalles técnicos. La clasificación del protocolo, etcétera.

El pequeño cardenal tuvo la tentación de insistir. Pero era innecesario. Gracias a monseñor Gladstone, el voto de criterio común estaba asegurado, y el mensaje que había traído de Centurycity era muy oportuno. El propio sumo pontífice estaba cansado, con toda seguridad demasiado cansado para soportar la doble presión de las iniciativas suplementarias, que estaban a punto de acechar su pontificado. Y a pesar de que el doctor Channing consideraba que en un momento dado podría ser necesario organizar un atajo, se mirara como se mirara, la visita a Rusia de aquel papa sería su último esfuerzo. Por consiguiente, poco importaba que Graziani se saliera de momento con la suya.

-Como usted diga, eminencia. Todo a su debido tiempo.

Si el cardenal Palombo pudiera salirse con la suya, no tardaría en sonreírle la historia. Se quedó después de que se retiraran los demás, para compartir una copa de vino con Maestroianni y elaborar una estrategia para su candidatura al trono de Pedro. A pesar de que su voz y su rostro eran tan impasibles como de costumbre, estaba decidido a tener su estrategia elaborada, antes del inicio del congreso general de cardenales a principios de mayo.

-Por supuesto, eminencia -respondió Maestroianni, consciente de la importancia de mantener sus

propias fuerzas unidas-. ¡Me ocuparé de ello durante las próximas semanas!

Se dijo a sí mismo que no era más que una cuestión de éxito. En realidad, pronto debería tener en cuenta a los demás contendientes como Coutinho y Karmel, para no mencionar a papas potenciales tan evidentes como Pensabene de Roma, Boff de Westminster y su eminencia de Centurycity. Sin embargo, nadie con una pizca de experiencia y apego a la vida se enfrentaría al cardenal Palombo, especialmente en lo concerniente a su propia candidatura al papado. Su extraordinaria pericia le permitió al pequeño cardenal conducir al más sombrío de sus colegas hasta la puerta con una sonrisa, sin que las aguas se salieran de cauce.

-Hablaremos.

Tal era la destreza de Palombo en el arte de la insinuación, que aquella palabra de despedida permaneció en la vida de Maestroianni como una presencia viviente. Como súplica y como declaración. Como sugerencia y como orden. Como pronóstico y como amenaza.

CUARENTA Y SIETE

A mediados de febrero, Damien Slattery empezaba a sentirse algo inseguro. Cuando faltaban sólo diez semanas para el viaje del sumo pontífice a Rusia y el ambiente se caldeaba en Roma, percibía la tensión a su alrededor. Pero su marginación de la orden dominica significaba, entre otras cosas, que ya no se encontraba en el centro de la acción como lo había estado durante muchos años en el Angelicum. En realidad, actualmente, cuando no estaba encerrado en la Casa del Clero, elaborando la encíclica del papa sobre anticoncepción, aborto y homosexualidad, titulada *Errores y abusos actuales,* se desplazaba por Estados Unidos para cumplir con sus obligaciones como director espiritual del creciente grupo de sacerdotes secretos de Cessi Gladstone.

Una mañana, antes de asistir a una conferencia especial para informar de su progreso al Santo Padre, Slattery llamó a Chris Gladstone a primera hora del amanecer y lo convenció para que desayunara con él en Springy's. Buscaba consuelo y ponerse al día, pero en su lugar recibió una retahíla de malas noticias.

-Juro por Dios y por todos sus ángeles -dijo Christian, mientras atacaba el plato de comida que tenía delante- que si otro obispo me habla de sus planes para elaborar una declaración de una nueva misión para su diócesis, o para nombrar un nuevo equipo destinado a identificar objetivos intermedios y metas finales para la Iglesia, puede que se lo arroje todo a Maestroianni y le diga lo que puede hacer con ello.

-¿De quién se trata ahora? -preguntó Damien, que levantó la taza para que Springy se la llenara de nuevo.

-De ese sepulcro blanqueado e indigno prelado que es el obispo de Nashville, en Connecticut. No son más que vaciedades, Damien. Pero es un hombre perfecto para Maestroianni. Insiste constantemente en el nombramiento de diaconisas y en la ordenación de sacerdotisas. Entretanto, su diócesis es una broma diabólica. Tiene el nivel más alto de embarazos en los institutos y el más bajo de asistencia a misa de la Costa Este. No se pronuncian sermones dominicales. Los dos casos de pedofilia sacerdotal, que saldó por arbitraje sólo el año pasado, le costaron varios millones. Y tiene montones de niñas que actúan como monaguillos y mujeres que administran la eucaristía.

-El sumo pontífice ha sido ambiguo en muchas cosas, pero esto lo había dejado muy claro -dijo Damien, moviendo la cabeza.

-Al igual que sus predecesores. Pero aguarde, amigo mío. Maestroianni se propone publicar algún tipo de documento espurio para contradecir al papa en dicho tema. No sé cómo espera salirse con la suya, pero comprendo el porqué. Si van a obligar al Santo Padre a dimitir, deben preparar al pueblo para el cambio.

-¿Se lo ha contado a su santidad?

-Lucadamo lo ha hecho. Sin embargo, me temo Damien, que ésta será otra batalla perdida en esta amarga y prolongada guerra -respondió Chris, al tiempo que apartaba el plato-. He estado pensando en nuestras conversaciones cuando estábamos en «La casa azotada por el viento», y en el entusiasmo que sentíamos por nuestro trabajo para su santidad. Pero al igual que el agua vertida sobre el cemento, todo acaba en nada. Dígame, ¿cree todavía que éste es el hombre que Jesucristo quiere como papa,

precisamente en este momento de acontecimientos críticos?

-¡Sí!

Pudiera ser que a Damien empezaran a escapársele algunas cosas de las manos, pero eso era algo de lo que estaba seguro. -¿Cree que este Santo Padre es todavía un católico creyente?

-Sí.

-¿En qué se basa?

-En la fe católica. Se niega a abandonar lo básico. En moralidad, sigue siendo nuestra oposición católica al aborto, a la anticoncepción, la homosexualidad, el divorcio y otras cuestiones básicas por el estilo. En dogma, defiende las principales creencias: la divinidad de Jesucristo, los privilegios de María, el Cielo, el Infierno, el Juicio Final. Nunca cambiará en estos sentidos.

-De acuerdo. No deja de insistir en esas cuatro o cinco normas morales. Pero, entretanto, permite que la Iglesia se suma en el caos y la ruina. ¿O está dispuesto a discutir que es un gobernador competente de la Iglesia?

-No. Incompetente. Pero estoy dispuesto a discutir que no sería papa, no podría serlo, si Jesucristo no quisiera que lo fuera. Y también estoy dispuesto a discutir que cualquiera que espere una restauración de la Iglesia para convertirla de nuevo en aquella antigua institución acogedora que conocimos de niños, debe olvidarlo. Por mucho que lo aborrezcamos, pagamos el precio del intento de todos aquellos obispos en el Concilio Vaticano Segundo. Es como si hubieran dicho «no sabemos exactamente lo que hacemos, pero nadie, ni Dios, ni Jesucristo, ni el pueblo de Dios, ni el conjunto de la humanidad, está dispuesto a seguir tolerando la monarquía absoluta del papado».

-Un momento, Damien -exclamó Chris-. Ya son demasiados los obispos que me han acribillado con esa charlatanería sobre las intenciones del Concilio Vaticano Segundo. Pero, amigo mío, acaba de dar en el clavo. La mayoría no sabían lo que hacían. Se dejaron llevar por una muchedumbre que había perdido la fe católica. Permitieron que los arrastraran individuos como Rahner, Maritain, Reinvernunft, Küng, Courtney Murray, Van Balthasar, Cangar y Lubac. Y desde entonces transportan el agua para los demás; para las mujeres que consideran el orden sagrado como otro peldaño en su ascenso a la igualdad, para homosexuales que buscan reconocimiento en la Iglesia conciliar, o para los abortistas que siembran un reguero de sangre desde el quirófano hasta la sala de estadísticas.

-¡Un momento, muchacho! -replicó Damien, que levantó una enorme mano para fingir que pretendía defenderse-. Estoy con usted, ¿lo ha olvidado?

-Lo siento, Slattery -dijo Chris-. Sé que tiene razón. La antigua Iglesia no volverá. Con este papa, ni con ningún papa. Pero tampoco creo que la intención de los obispos del Concilio Vaticano Segundo fuera la de sumirnos en este estado de guerra permanente. No lo entiendo. Ambos sabemos que el papa eslavo no es estúpido. Y ambos sabemos también que no es un apóstata. Pero no comprendo por qué sigue permitiendo lo que él mismo denomina la fraudulencia de nuestra vida eclesiástica.

Damien no disponía de respuestas concretas. Pudiera ser que Jesucristo hubiera elegido a aquel hombre como papa por sus defectos, más que por sus virtudes. Pudiera ser que el propio pontífice hubiera permitido que las cosas fueran demasiado lejos, para controlarlas. Pudiera ser que hubiera abdicado a tanto poder, porque sabía que el antiguo sistema estaba muerto. No obstante, Slattery estaba seguro de dos cosas.

-Le apuesto otro desayuno en Springy's, a que su santidad no se dará por vencido ni dimitirá. Es más útil como papa que cualquiera de los progresistas radicales como Coutinho, Palombo, Karmel o mi viejo amigo de Centurycity, que anhelan ocupar su trono. Ambos lo sabemos. Y creo que el Santo Padre también lo sabe.

-¿Y?

-Puede que, como bien dice, ésta acabe por ser otra batalla perdida. Pero no lo olvide, Gladstone, la guerra no habrá terminado hasta que suene la última trompeta. Y por muchas batallas que perdamos, acaba con la victoria de Jesucristo.

El papa eslavo estaba tan seguro de sí mismo aquella mañana, que Slattery se disponía casi a cobrarle la apuesta a Christian. Aquél no era un hombre, pensó Slattery, que estuviera a punto de darse por vencido. Lo primero por lo que se interesó su santidad fue por un informe del progreso del proyecto de la señora Gladstone en Norteamérica, y a Damien le encantó facilitárselo.

-Hay dificultades y algunos fracasos individuales, Santo Padre. Sin embargo, como grupo, la red secreta ha tenido un gran éxito inmediato en su objetivo principal. Nuestros sacerdotes celebran misas válidas, confesiones y bautismos, a pequeños grupos de fieles devotos en sus barrios, a lo largo y ancho de Estados Unidos. Y como grupo organizado, hemos evitado ser detectados por la jerarquía norteamericana. Uno de nuestros sacerdotes, un joven llamado padre Michael O'Reilly, tiene una teoría al respecto. Cree que la jerarquía estadounidense es excesivamente soberbia, para concebir que alguien pueda burlar su autoridad.

El sumo pontífice apretó los labios. El nombre de O'Reilly y algo sobre su personalidad figuraban en el informe de Gladstone.

-El exceso de confianza es hermano de la soberbia, padre Damien. Espero que se lo haya señalado al padre O'Reilly.

-Cessi Gladstone lo hizo en mi lugar, santidad. -Slattery sonrió-. Puede que yo sea el centro jurídico de esos sacerdotes, pero esa gran dama es mucho más que el apoyo financiero de la nueva orden. Se ha atribuido a sí misma la responsabilidad de enseñar disciplina a quien lo necesita, incluido el joven O'Reilly.

-Bien puedo creerlo, padre Damien. -También sonrió a su vez su santidad, que recordaba a la señora Gladstone y parecía encantado de que hubiera puesto en cintura a O'Reilly, a quien probablemente también había puesto sobre aviso respecto a los nefastos y malandrines clérigos a los que se enfrentaban, aunque ello obligó al sumo pontífice a pensar en el objetivo principal de aquella reunión con Slattery-. ¿Progresa como es debido con el texto de *Errores y abusos actuales,* padre Damien?

-Estoy sobre los dos tercios del primer borrador, Santo Padre.

-En tal caso, tengo otra tarea semejante para usted. Una segunda encíclica, que deberá estar lista simultáneamente con la primera.

Slattery escuchó al papa eslavo con una sensación especial de satisfacción y privilegio. Lo que quería, explicó el Santo Padre, era una confirmación teológica de la creencia milenaria y casi universal entre los católicos de que María, Madre de Dios, había sido elegida por el Altísimo entre toda la eternidad y para todos los tiempos para ejercer una función especial en la vida terrenal de los aspirantes al cielo. Para alcanzar dicha meta, todos necesitaban una ayuda especial en forma de gracia sobrenatural. Por mediación divina, María era la mediadora de dicha gracia. Esa creencia había sido la guía de santos canonizados. Mártires habían muerto por ella. Los papas la habían predicado. La Iglesia en general siempre la había dado por entendida. En aquellos momentos, el papa eslavo se proponía promulgarla como dogma de fe.

-Ahora todos nosotros, y yo en particular, necesitamos su protección especial. Tengo la devota esperanza de que se sienta gratificada por nuestra acción, al celebrar su dignidad como mediadora de toda la gracia sobrenatural. Y tengo también la esperanza de que, en consecuencia, obtenga de Dios la protección precisa que necesitamos, ya que, de lo contrario, padre, nos enfrentamos a la extinción. El papa, el papado, la Iglesia y el pueblo católico nos enfrentamos a la aniquilación. Ésa es la esencia de mi pensamiento a este respecto, padre Damien. Comprendo que el tiempo apremia. Hablamos de completar dos encíclicas antes del inicio del congreso general en apenas diez semanas a partir de ahora. Por consiguiente, padre, debo formularle dos preguntas prácticas: ¿puede hacerlo? ¿Lo hará?

¡Claro que podía hacerlo! Lo único que se preguntaba Damien era por qué había tardado tanto el Santo Padre en decidirse. Su propio lema proclamaba la dedicación de su pontificado a la Virgen María. Como papa y como evangelista del mundo, había llevado dicho lema al igual que un segundo san Lucas a casi todas las naciones del mundo. Ahora se dirigía a la tierra que María había reclamado específicamente en Fátima. A Rusia, cuyos errores la Virgen había pronosticado. A Ucrania, donde desde entonces se había aparecido muchas veces «al estilo de Fátima».

-¿Estoy en lo cierto, santidad, al creer que la segunda encíclica debe mantenerse en secreto hasta el momento oportuno?

-En este caso, sí. Todo el mundo tiene conocimiento de la primera carta. Sólo usted, monseñor Daniel, y yo tenemos conocimiento de la segunda. Es preferible que siga así de momento.

Cuando se retiró, Damien tuvo la tentación de preguntarle al papa eslavo en qué momento se proponía publicar ambas epístolas, pero decidió no hacerlo. Bastaba saber que no sólo se proponía el Santo Padre enfrentarse a sus enemigos, sino que apelaría a la Reina de los Cielos como defensora del

papado.

Aquel año, Pascua caía en la segunda semana de abril. Cuando llegó a Roma en febrero, Gib Appleyard estaba seguro de que le sobraría tiempo para regresar a Estados Unidos antes de que las oleadas habituales de turistas se apoderaran de la ciudad. Lo único a lo que Bud Vance aspiraba era a una corroboración fiable de que no había nada en perspectiva en la programación papal que pudiera perturbar los planes de la administración, ni poner al presidente en un aprieto. El almirante no podía permitirse el lujo de preocuparse por las luchas de poder en el Vaticano, ni por los viajes del papa a Rusia o donde fuera. En lo concerniente a Gib, el papa podía visitar el lado oscuro de la Luna, a condición de que no afectara los intereses de Estados Unidos.

Pero cuando emprendió su tarea, la labor resultó más formidable de lo que anticipaba. La Roma papal estaba atrapada en un peculiar torbellino de confusión y frenesí que lo convertía todo en más difícil de descifrar. Gib también comprobó que la política vaticana era diferente a lo que había logrado dilucidar, por ejemplo, en Beijing, Moscú, París o Bonn. No cabía la menor duda de que hombres como Maestroianni, Graziani y los demás a los que había conocido en Estrasburgo perseguían la misma meta que cualquier político: el poder. Pero su forma de hacerlo era lo que los diferenciaba de los demás. Su baluarte, la Secretaría del Vaticano, era la cancillería política más antigua del mundo, y habían aprendido bien sus lecciones.

Lo primero que llegó a oídos de Gib fueron los rumores sobre la salud del sumo pontífice, que generaban en Roma un nuevo frenesí de especulación. Informadores y comentaristas acudían como buitres para no llegar tarde a la fiesta. El ambiente se convirtió en una sofocante textura de informes sobre «la fragilidad física del papa». Se citaban innumerables «expertos vaticanos anónimos», según los cuales el Santo Padre estaba gravemente enfermo de problemas cardíacos, las secuelas de una serie de infartos, cáncer, la enfermedad de Parkinson, o el síndrome de Alzheimer. Representantes diplomáticos como Bernie Pizzolato anhelaban entusiasmados la defunción del sumo pontífice.

-Dios mío, Giovanni -le decía una noche Appleyard al propietario del Raffaele, mientras escuchaban a Mozart y tomaban una copa de vino-. ¿Qué diablos le ocurre a su Iglesia? Si le llegan al papa los mismos rumores que yo he oído, debe de estar comprobando si su cuerpo sigue íntegro.

-Lo dudo, Gibson -respondió Lucadamo, que sabía dónde buscar respuestas-. Debe de ser difícil para usted comprender lo que le están haciendo a nuestro Santo Padre. Sé que siente mucho respeto por él. Pero al igual que la mayoría de los papas, este sumo pontífice tiene enemigos que anhelan su muerte, y que tienen la seguridad de que el próximo será *su* papa.

Evidentemente, cuando Giovanni hablaba de los enemigos del papa, incluía al cardenal Maestroianni y a los demás que habían asistido a la reunión de Estrasburgo. Pero ésa era la parte sencilla. Incluso con la mejor astucia para trastornar los planes del papa, no podían haber provocado tanta confusión en Roma sin una ayuda importante. ¿Pero no era ése el fin de la reunión de Estrasburgo? ¿Solicitar ayuda importante?

Gibson intentaba todavía seguir aquella línea de razonamiento, a través de mensajes interceptados, informes secretos y contactos con lugares clave en Bruselas y Londres, cuando ya cerca de la Semana Santa una nueva ola de entusiasmo y confusión convulsionó Roma, con la llegada a todas las conferencias episcopales nacionales y regionales del mundo entero del documento más peculiar que jamás habían recibido. Aunque presentado como documento oficial, no iba firmado, ni llevaba número de protocolo.

Independientemente de las deficiencias señaladas, dicho documento declaraba en nombre del Santo Padre que el uso de niñas como monaguillos era legítimo. Que, en realidad, la autorización para la participación de niñas en la liturgia del altar había estado en todo momento implícita en el decreto canónico doscientos treinta.

Puesto que llegó a todo el mundo católico de forma casi simultánea, la nueva interpretación del Código Canónico provocó una oleada inmediata de reacciones. Los partidarios de la misma, incluida al parecer una mayoría de los obispos y los sacerdotes, se alegraban de «este paso positivo para eliminar la discriminación en nuestra Iglesia». Los contrarios a dicha medida la describían como un nuevo ataque contra la antigua fe de sus antepasados y «una espada de destrucción dirigida al corazón del sacerdocio de la Iglesia católica».

Transcurrieron varios días antes de que la Congregación para la Divina Liturgia se atribuyera la responsabilidad del documento, al que entonces se había agregado la firma del cardenal Baffi y un número de protocolo. Baffi era un cardenal semijubilado, que ocupaba varios cargos honoríficos de escasa importancia en la cancillería vaticana.

Appleyard acababa de regresar al Raffaele de un viaje de exploración a Bélgica, cuando Giovanni Lucadamo lo condujo a sus aposentos privados y le mostró dos versiones del documento.

-¡*Quod erat demonstrandum,* amigo mío! -exclamó Giovanni, furioso por el descarado engaño-. No sólo ha arrojado Maestroianni la grasa al fuego, sino que ha incendiado por completo el ave.

Gib no comprendía por qué el asunto de las niñas como monaguillos era tan importante. Sin duda en dicha situación el papa eslavo debería simplemente rescindir aquel falso precepto y exponerlo como tal, una fraudulenta travesura.

-Reflexione, Gibson -respondió Giovanni, mientras movía la cabeza-. Usted sabe que mi sobrino es el jefe de seguridad del Vaticano. Sólo compartimos información a veces, cuando uno de nosotros tiene una razón concreta para hacerlo.

-¿Lo ha llamado sobre este asunto?

-Al contrario, he sido yo quien lo ha llamado. Le he dicho que esto era simple y claramente un fraude, y le he preguntado qué se proponía hacer el Santo Padre al respecto. ¿Sabe lo que me ha respondido? Que el sumo pontífice había declarado que esa fraudulencia debía cesar. Que el sumo pontífice estaba decidido a mencionárselo al cardenal secretario de Estado Graziani y al cardenal de la congregación pertinente.

-¿Y eso es todo? -preguntó, confuso, Appleard, que examinó ambas versiones del falso decreto papal-. ¿No piensa invalidarlo?

-¡Claro que no! -respondió Giovanni, con el dolor reflejado en su rostro-. Ahora la noticia ha dado ya la vuelta al mundo. Existe una copia «oficial» firmada y numerada en cada una de las más de cuatro mil cancillerías. Incluso a lo mejor en cada una de las aproximadamente diecinueve mil parroquias de nuestro país, y en todas las diócesis y parroquias del mundo entero. El asunto ya está zanjado. Demasiados cardenales y obispos lo han alabado como medida sensata. El Santo Padre no podría invalidarlo todo.

-¿Por qué no? -preguntó Gib, sin saber si estaba más furioso por la traición al papa eslavo o por la aquiescencia del sumo pontífice.

-Ahora no goza del poder necesario.

-Lo que quiere decir es que tiene el poder, pero no quiere usarlo.

-Eso, amigo mío -respondió con tristeza Giovanni-, es una distinción indiferente en la práctica.

Como si aquello provocara de pronto un derrumbamiento de su energía, Appleyard se disculpó para retirarse a la soledad de sus propios aposentos. Había mucho sobre lo que debía pensar.

En primer lugar, y en lo concerniente a efectuar una valoración realista de las intenciones del papa eslavo, estaba de nuevo en el punto de partida. Vance había aclarado que el problema del gobierno norteamericano con el sumo pontífice se debía al exceso de confusas señales. Querían asegurarse de que trataban con un líder de conducta previsible, en cuya palabra se podía confiar. ¿Y quién podía reprochárselo? El alcance global del papa era inmenso, y había demostrado su habilidad para superar en ventaja e ingenio a los principales pesos pesados del mundo geopolítico.

Gib estaba comprensiblemente indeciso. Por una parte, estaba convencido de la buena fe del Santo Padre, tenía la certeza de que el papa cumpliría sus promesas respecto a su política rusa actual y a la posible promulgación en un futuro próximo de cualquier declaración oficial, opuesta a la posición norteamericana sobre control de la población. Pero ahora, Appleyard tenía buenas razones para cuestionar su propio juicio. El propio papa había abordado el tema de las niñas como monaguillos, como área primordial en la que no tenía intención de ceder. Había hecho importantes declaraciones y promesas al respecto. Pero según una autoridad tan destacada como el jefe de seguridad del Vaticano, dichas promesas no tenían valor alguno. Se podían arrojar por la ventana.

Gibson se percató de que su creciente tristeza sobre el papa eslavo no se debía sólo a cuestión de juicio profesional. Tenía que ver con la edad y con su analogía humana, el tiempo. Había conocido al Santo Padre en un punto medio de su vida, cuando podía contemplar con esperanza sus años maduros y su vejez. Lo había conocido en el momento apropiado para preguntarse por muchos rasgos de su vida,

por el bagaje de su psique que hurgaba desde los abismos de su memoria. Por las preguntas que se negaba a responder y las dudas que se negaba a resolver. Los temores a los que no se enfrentaba. Los juicios que eludía. Los recovecos polvorientos de su vida donde yacían recuerdos olvidados. Los lugares indiferentes de su mente que toleraba por pereza. Sus decisiones tácitas de cohabitar con el mal en otros, porque era conveniente y convencional.

Evidentemente, hacía mucho que había aprendido a convivir con dicho bagaje, de modo que su criterio permaneciera libre y su confianza en sí mismo se mantuviera firme. Pero de vez en cuando, le dolía algún pequeño remordimiento. No era exactamente desilusión, sino cierta tendencia a «y si en lugar de...». Incluso antes de conocer al papa eslavo, había empezado a pensar en lo humanamente valioso que sería encontrar a alguien con quien pudiera hablar sin reservas sobre sí mismo. Alguien capaz de comprenderlo todo, perdonarlo todo, aplacarlo y pacificarlo todo. Alguien capaz de conciliarlo y unificarlo todo dentro de sí mismo, y asegurarle el perdón de sus errores. De consolarlo por sus pérdidas. De darle seguridad frente a sus temores. Esperanza respecto al fin.

En los últimos meses, conforme crecía su intimidad con el papa eslavo, sorprendente proceso que no dependía de la frecuencia de sus encuentros, aquella tendencia a «y si en lugar de...» había dado lugar a otra cosa. A un deseo consolador. A una esperanza, quizá, de que algún día encontraría en aquel prelado que envejecía al repositorio ideal para el bagaje de su psique. En más de una ocasión desde su primera audiencia papal, había examinado una pequeña medalla de oro que el Santo Padre había incluido entre sus regalos de despedida. No tenía nada de extraordinario. En la misma estaban grabados el rostro y el nombre del papa, seguido de las letras «Pp» *(Pater patrum):* Padre de padres.

-*Pater patrum* -repitió una y otra vez Appleyard para sus adentros, y se preguntó con tristeza si debería otorgar a aquellas palabras el significado amoroso y consolador que había empezado a rondar por su mente.

Pudiera ser que no tuvieran mayor significado que otro título honorario, más agradable aunque también más vacío. Para Gib era importante hallar la respuesta.

El pitido de alta tecnología del teléfono codificado sobre una mesa cercana sobresaltó a Appleyard.

-¿Gibson?

Hablando del rey de Roma.

-Precisamente pensaba en usted, Bud. ¿Qué ocurre?

-Ésa es la razón de mi llamada, amigo -respondió Vance, que no parecía muy satisfecho-. ¿Recuerda los rumores sobre una respetable institución papal, que estaba a punto de contradecir todo lo que su papa había afirmado sobre el control de la población y el agotamiento de recursos naturales?

-¿El informe de la Academia Pontificia de Ciencias? -preguntó Gib, que de pronto se sintió viejo-. Sí, lo recuerdo.

-Pues ha dejado de ser un rumor. No se publicará hasta mayo, pero tengo una copia en mis manos. Se titula *Informe sobre demografía, economía y recursos naturales,* y contradice lo que este papa ha dicho sobre el control de la población. Escuche algunos pequeños fragmentos. «Ha surgido la necesidad...», y no olvide, Gib, que cito a los expertos del propio papa eslavo, «ha surgido la necesidad de contener el número de nacimientos... es impensable que podamos mantener un crecimiento que exceda en mucho los dos hijos por pareja». ¿Qué le parece este cambio radical de rumbo en política papal?

Appleyard tuvo la sensación de que iba a sentirse indispuesto.

-Si ese informe procede en realidad de la Academia Pontificia de Ciencias, supongo que puede otorgarle un punto a Bemie Pizzolato.

-Parece oficial. Lleva notas a pie de página y un epílogo del padre George Hotelet, a quien se describe como teólogo de la casa papal. Y la introducción está firmada por el propio presidente de la academia, uno de esos italianos con tres apellidos: Carlo Bellini Fiesole Marraci.

Gibson agarró los documentos falsos de las niñas como monaguillos, los arrugó y cerró el puño.

-Permítame que investigue un poco y luego hablaré con usted, almirante. En estos momentos salen muchas cosas raras del complejo vaticano, que parecen oficiales.

-De acuerdo -respondió Vance, muy nervioso y con reticencia-. Pero recuerde que el tiempo avanza. Conviene aclarar si podemos o no confiar en que este papa no se entremeta en nuestra política.

En esta ocasión nos favorece. Pero no podemos permitirnos el lujo de jugar a la ruleta rusa.

Appleyard se reunió de nuevo con Giovanni Lucadamo, le facilitó todos los detalles del informe de la Academia Pontificia de Ciencias y le pidió que averiguara todo lo posible al respecto. Luego, casi de manera instintiva, llamó al Angelicum y preguntó por el padre George Hotelet. Sorprendentemente, el dominico se puso al momento al teléfono.

Sí, afirmó el padre Hotelet, Appleyard lo tenía bien entendido. El informe detallaba un argumento para imponer un límite de dos hijos en todas las familias. Pero no, declaró, Appleyard cometía un error al creer que había alguna contradicción entre lo dicho por el Santo Padre y el informe de la academia.

-Debe usted comprender, señor Appleyard, que lo que preocupa al Santo Padre, como debe ser, es la ética humana. Su santidad habla en base a la fe inspirada por el Espíritu Santo. Pero nosotros, en la academia, lo hacemos como demógrafos que analizamos la dura realidad de la vida humana. La realidad económica. La realidad alimenticia. La realidad educativa. Varias veces durante el Concilio Vaticano Segundo, evidentemente cuando todavía no era papa, el propio Santo Padre recomendó la limitación de las familias. Entonces trataba de hechos. Ahora se ocupa de la ética.

«Y yo estoy tratando con un teólogo de pacotilla», pensó Gib. Le dio las gracias a Hotelet, colgó el teléfono y se sirvió una buena copa de brandy.

Era casi de noche cuando Lucadamo le ofreció a Appleyard la información que deseaba.

-En realidad -dijo su amigo-, he conseguido una copia del informe propiamente dicho. Es auténtica. Pero me temo que hay algunos malos indicios.

-¿Cuáles? -preguntó Gibson, mientras hojeaba el pequeño volumen que había conseguido Lucadamo.

-En primer lugar, no ha sido impreso en la imprenta oficial vaticana, Editrice Vaticana, sino en una empresa que pertenece a unos conocidos enemigos de este papado, una imprenta llamada Vita e Pensiero de Milán. Y en segundo lugar, su eminencia el cardenal Palombo ha estado involucrado en todo ello.

Ahí estaba de nuevo. El vínculo con Estrasburgo.

Después de que Appleyard lo ordenara todo en su mente y se lo comentara a Giovanni Lucadamo mientras cenaban, algunas cosas empezaron a quedar claras. Ambos coincidieron en que la cábala antipapal estaba decidida a acelerar los acontecimientos. Y su calendario estaba relacionado con la próxima visita del papa a Rusia. Pero no era evidente hasta dónde Maestroianni y sus secuaces estaban dispuestos a llegar, para llevar a cabo su golpe palaciego. Y lo que Gib no alcanzaba a comprender, era la condescendencia del papa eslavo.

-¿Por qué no se defiende de los confabuladores, Giovanni? Si un forastero como yo se percata de lo que ocurre, él debe de estar al corriente de los acontecimientos. ¿No le importa?

Las preguntas que suscitó aquella pregunta duraron cierto tiempo, pero no aportaron respuesta alguna que pudiera satisfacer a Bud Vance y a la junta de los diez. Era ya tarde cuando Gib regresó a su habitación. No estaba dispuesto a dejar de confiar en el papa eslavo. Además, tenía múltiples razones para no compartir el temor de Vance, de que hubiera duplicidad en la política básica del sumo pontífice. Pero todo lo demás, y particularmente la forma del sumo pontífice de hacer las cosas, era como una página en blanco para él.

Por segunda vez aquel día, el instinto le impulsó a hacer otra llamada telefónica. Su primer encuentro con Christian Gladstone había surtido los efectos deseados. Éste gozaba de la confianza del papa, y era todavía el único clérigo honrado que Appleyard conocía en el Vaticano. Tal vez otra conversación con él le facilitaría algunas de las respuestas que tanto necesitaba. En todo caso, merecía la pena intentado. Como Vance le había recordado, el tiempo en Washington seguía avanzando.

Era motivo de confusión y enojo para Chris Gladstone que su programa durante aquellos primeros meses del año estuviera tan desfasado respecto a la emoción que embargaba a Roma y que los frutos de su labor discreparan como lo hacían de sus lealtades básicas. Desde su traslado permanente a Roma, sus constantes viajes para el cardenal Maestroianni y su misión para el papa eslavo en Norteamérica apenas le dejaban tiempo para respirar. Sin embargo ahora, cuando todo el mundo estaba atrapado en el frenesí de las preparaciones para el congreso general, el concierto conmemorativo Shoah y el viaje del sumo pontífice a Rusia, el ritmo general de la vida de Gladstone se convertía en un proceso rutinario.

De vez en cuando Maestroianni le ordenaba visitar por segunda vez a algunos obispos, sólo para asegurarse de que el voto de criterio común progresaba según lo previsto. El pequeño cardenal lo llamaba con frecuencia, a veces para aclarar algún mensaje oral de los cardenales norteamericanos, pero generalmente para hablar del proceso, del progreso de la historia y de los arquitectos e ingenieros del destino de la humanidad.

Chris le comunicaba siempre a Giustino Lucadamo lo que descubría sobre los planes de la oposición. No obstante, por mucha información que obtuviera, la oposición seguía permanentemente en vanguardia y la Santa Sede acorralada a cada paso.

Lo único positivo para Gladstone con la proximidad de la Semana Santa era que por fin disponía de tiempo para concentrarse en el diario de Aldo Carnesecca. Aunque nunca olvidó que buscaba la pista que explicaría su asesinato, el diario de Carnesecca resultó ser un consuelo para Chris. Nada ocuparía nunca el lugar de un amigo tan extraordinario, pero leer sus notas hora tras hora era casi como hablar de nuevo con Aldo.

Evidentemente, en el diario no había muchos comentarios. Las notas eran sucintas, con lagunas que Chris era incapaz de rellenar, y comentarios que no alcanzaba a descifrar. No obstante, lo que leía infundía vida a medio siglo de historia de la Iglesia. Aquel diario era el testamento de amor a su Iglesia de Carnesecca. Así se lo tomó Gladstone, y estaba agradecido.

Cuando el tiempo empezó a saber a «alta primavera romana», como solía decir Slattery, con cielos azules surcados por nubes pasajeras que impulsaban una fresca brisa, Christian volvió a practicar su vieja costumbre de leer su breviario en el tejado del Angelicum. Fue en una de dichas ocasiones, inmerso en sus oraciones, cuando de pronto algo iluminó su mente.

-¡Eres un imbécil! -exclamó mientras se golpeaba la frente con la palma de la mano, antes de regresar apresuradamente a sus aposentos-. ¡Estaba ahí, ante tus narices, y no has sabido verlo!

Todavía se estaba insultando a sí mismo cuando se instaló en su escritorio, con el diario de Carnesecca en la mano, y empezó a buscar determinadas notas. Aquello era lo que lo había desconcertado. No era una nota en particular de lo que hablaba el padre Aldo aquel día en el hospital Gemelli. Eran una serie de notas unidas por un hilo común. Tardó otro día en comprobar ciertas cosas y en charlar luego con monseñor Daniel. Lo que necesitaba ahora era hablar con Giustino Lucadamo.

-¡No sé lo que hay en el sobre, Giustino! -dijo Chris, cuando por fin logró localizar a Lucadamo en su despacho, después de un día muy ajetreado-. Pero le contaré lo que sé.

»Sé que cada uno de los dos papas que precedieron al actual Santo Padre leyó su contenido y lo dejaron para su sucesor inmediato, de modo que ha sido abierto y sellado de nuevo. Sé que el sobre contiene dos inscripciones papales. La primera, escrita por el viejo papa, reservaba el sobre «para nuestro sucesor en el trono de Pedro». La segunda inscripción, del papa de setiembre, dice que su contenido concierne «el estado de la Santa Madre Iglesia después del 29 de junio de 1963». Sé que dicho sobre se encontraba entre los documentos papales inspeccionados cuando se inició el reinado del papa eslavo, y que el padre Aldo y el cardenal Aureatini, entonces arzobispo, asistieron a dicha inspección. Sé que el secretario de Estado De Vincennes dirigió la inspección, poco antes de fallecer en un accidente de tráfico, y que separó el sobre en cuestión. Y sé por monseñor Daniel que el sobre no figuraba entre los documentos privados de los dos pontífices anteriores, que se entregaron al papa eslavo.

»Aquí lo tiene, Giustino -agregó Gladstone, mientras colocaba una sola hoja de papel sobre la mesa-. Compruébelo usted mismo. He copiado las notas pertinentes literalmente, por orden cronológico. Si cree que he cometido algún error, compruébelo con su copia del diario.

El jefe de seguridad se inclinó sobre la mesa, para estudiar el documento.

Junio 29, 1977. *Asunto confesional de la mayor gravedad.*

Julio 3, 1977. *Audiencia privada con Pp. Material confesional. Pp demasiado enfermo y demasiado afligido por problemas internos y externos para tomar medidas. Material sellado y rubricado «para nuestro sucesor en el trono de Pedro».*

Setiembre 28, 1978. *Larga conversación con Pp acerca del sobre legado por su predecesor inmediato. Reconoce que ningún papa podrá gobernar la Iglesia a través del Vaticano, hasta que se*

invierta el entronamiento. Pp hará lo que pueda, pero sella de nuevo el sobre con la inscripción «concerniente al estado de la Santa Madre Iglesia después del 29 *de junio de* 1963»*. Por seguridad, dice.*

Lucadamo dirigió a Gladstone una fugaz mirada interrogativa. Recordaba la sorpresa general ante la elección del papa de setiembre y el espanto de su muerte repentina, apenas un mes después de su entronamiento. Si mal no recordaba, el 28 de setiembre era el día anterior a su muerte. Sin comentario alguno, dirigió su atención a la última nota.

Asistencia del cardenal De Vincennes a la doble inspección de documentos papales personales. AB Aureatini presente. Todo normal hasta la asombrosa aparición del sobre entre los primeros documentos, con dos inscripciones papales. De Vincennes se *hace cargo del mismo. Puede que el seguro de Pp surta el efecto contrario.*

Lucadamo dejó el papel sobre la mesa.

-¿Está seguro de que el papa eslavo no recibió ese sobre?

-Monseñor Daniel está completamente seguro.

-¿Y qué me dice de ese asunto del entronamiento? ¿Alguna idea de lo que significa? ¿O qué tiene que ver con el gobierno papal en el Vaticano?

-Ni la más remota. He deducido que la fecha importante es el 29 de junio de 1963. Pero la única referencia que he encontrado sobre un entronamiento durante aquel año, fue la investidura del viejo papa que selló por primera vez el sobre y lo dejó para su sucesor.

-¿Y qué me dice...?

-Escúcheme, Giustino -interrumpió Gladstone, a punto de perder la paciencia-. Usted mismo dijo que Carnesecca había visto algo tan peligroso que alguien quiso abrasarlo en su cerebro y matarlo por ello. Y también insinuó que había sido Aureatini quien había organizado el atentado contra la vida de Carnesecca en Sicilia. Por consiguiente, existe como mínimo una posible conexión entre ambos acontecimientos. Ahora bien, yo no sé lo que hay en el sobre. Y si dicha conexión existe, tampoco sé por qué habría esperado tanto Aureatini para hacer algo al respecto. Tampoco sé si esperó. Puede que lo intentara antes de Sicilia y fracasara. Pero le diré una cosa. Voy a encontrar ese sobre. Con o sin su ayuda, voy a encontrarlo, leerlo y luego decidir el próximo paso.

Después de tomar la decisión básica, Gladstone y Lucadamo se enfrentaban a un problema práctico. Efectuada la inspección de los documentos de un papa fallecido, o en aquel caso de dos papas, los documentos considerados de menor importancia se guardaban en las fichas especiales de la Secretaría de Estado, o en los archivos secretos de la Biblioteca Vaticana. En el supuesto de que el sobre era tan grave como se lo indicaba a Christian su instinto, y de que el cardenal De Vincennes no lo habría destruido, era lógico deducir que lo habría guardado en el lugar más inalcanzable. Eso significaba el archivo secreto.

Decidieron que Gladstone se ocuparía de la búsqueda. Cuantos menos conocieran la existencia del sobre, mejor. Lucadamo y su personal estaban muy ocupados con las medidas de seguridad necesarias para los cardenales de la Iglesia, que pronto llegarían a Roma de todos los confines del mundo, para los millares de distinguidos visitantes que asistirían al concierto conmemorativo Shoah, y para el viaje del papa. Además, las primeras búsquedas que Chris había llevado a cabo en los archivos para el papa eslavo, el trabajo que tanto le había impacientado durante sus primeras semanas de servicio personal al Santo Padre, le habían permitido familiarizarse con el terreno.

-Nuestro problema -dijo Lucadamo con el entrecejo fruncido- consiste en organizar las cosas de modo que nadie sepa que infringimos su jurisdicción. Si se efectúa la búsqueda durante el día, alguien formulará preguntas y Aureatini tiene oídos por todas partes.

-Hay otra dificultad -agregó Chris-. Si voy a actuar de noche como un caco, encontraré puertas cerradas con llave. Tendré que entrar por la puerta principal. Luego hay puertas en cada sección y algunos de los archivos también están cerrados con llave.

Giusti sonrió y movió la cabeza. Para él, aquél era el menor de los problemas. Destinaría a uno de

sus hombres al servicio exclusivo de Gladstone. Giancarlo Terragente, dijo, podía abrir cualquier cerradura y cerrarla de nuevo, sin que nadie se percatara de lo sucedido. Además, era un experto en la desactivación y re activación de sistemas de alarma.

Lo más complicado sería el horario. Técnicamente, los archivos secretos formaban parte de la biblioteca apostólica, y estaban situados en el complejo de las galerías Belvedere, donde se encontraban también la galería de los planos, la sala de pergaminos, la sala de índices e inventarios, las actas del consistorio, las galerías pictóricas, etc.

La supervisión del conjunto del complejo y el acceso al mismo estaban bajo la autoridad del cardenal Alberto María Valdés, un español mal humorado, legendario por su independencia de la política vaticana y por su extraordinario horario de trabajo en la biblioteca.

-Sé que en estos momentos -dijo Lucadamo-, su eminencia está inmerso en la edición de una serie de correspondencia entre los papas de los siglos diecinueve y veinte y sus estadistas contemporáneos. Se levanta a las seis de la mañana. A las ocho ha dicho misa, ha desayunado y está trabajando en los archivos. Se toma un descanso para almorzar, para la siesta y para cenar, pero el lugar no permanece vacío, ni se autoriza a los visitantes el acceso a los archivos. Luego regresa al trabajo hasta altas horas de la madrugada.

La única forma que se le ocurrió a Lucadamo de introducir al joven sacerdote norteamericano en los archivos secretos consistía en encontrar algún lugar cercano donde pudiera ocultarse hasta que el cardenal por fin se retirara.

-¿Por qué no? -respondió Chris-. Ya soy un agente doble. ¡Por qué no agregar robo a mi currículum sacerdotal!

Fue una gentil ironía que el lugar más conveniente donde ocultarse, cercano y al mismo tiempo ajeno a la jurisdicción del cardenal Valdés, resultara ser la Torre de los Vientos, que Paul Gladstone había visitado con Pío IX hacía más de cien años, y en la que había inspirado la capilla de la torre en «La casa azotada por el viento». La primera impresión de Christian fue extraña y lúgubre. Estaba situada entre dos secciones de la biblioteca apostólica, el museo sacro y el museo profano. Terragente lo condujo por una empinada escalera, hasta el piso superior de la torre.

-Regresaré en cuanto Orlando cierre la tienda -dijo el agente, antes de descender de nuevo por la escalera.

Solo a la pálida luz de una bombilla, Chris supo inmediatamente dónde se encontraba: la sala del meridiano. Todo lo que veía le evocaba recuerdos de las descripciones en el diario del viejo Glad. Contempló las paredes cubiertas de frescos, que representaban los ocho vientos como figuras divinas y antiguas escenas de la bucólica vida romana durante las cuatro estaciones. Paseó por los signos del zodíaco grabados en el suelo, diseñados para coincidir durante las horas del día con los rayos del sol, que penetraban por una rendija en uno de los frescos. Levantó la cabeza para contemplar el anemómetro del techo, consciente de que la flecha seguía el movimiento de una veleta exterior, e indicaba cuál de los ocho vientos soplaba sobre la Ciudad Eterna.

Aquella sala del meridiano parecía encantada, pero no de la forma en que Chris lo hubiera imaginado. Se sentía magnetizado por el susurro de los vientos, por el movimiento de la flecha en el techo, por las pacíficas escenas de una vida pastoral que ya no existía. Estaba rodeado por el vacío solitario de la sala, por los suaves crujidos de la antigua escalera, por las galerías de los archivos que parecían un mausoleo. «Este lugar está lleno de cosas muertas -le repetía a Gladstone una voz en su mente-. Todas cosas muertas... »

-¡Monseñor! -dijo Terragente, después de asomar la cabeza a la escalera-. Parece que el cardenal tiene intención de quedarse toda la noche.

Chris consultó su reloj. Casi la una y media.

-Olvidémoslo por hoy, Giancarlo. Lo intentaremos de nuevo mañana.

A pesar del horario excéntrico del cardenal Valdés, Terragente logró introducir a Gladstone en los archivos secretos con razonable regularidad. Era evidente que tuvieron que dosificar sus propios horarios, para no circular como fantasmas por falta de sueño. Pero pronto desarrollaron una rutina. En cada expedición, Chris esperaba pacientemente en la torre, hasta que Terragente anunciaba que no había

moros en la costa. A continuación Giancarlo abría los cerrojos y, linterna en mano, se dirigían al sector que Gladstone había seleccionado para una búsqueda metódica aquella noche. Tan hábil para circular en las tinieblas como para forzar cerraduras, Terragente se mantenía siempre atento ante la posibilidad de cualquier interrupción. Pero sólo en una o dos ocasiones se vio obligado a echar el cerrojo en la zona donde se encontraban y abrirlo de nuevo cuando pasó el peligro.

-Lo hace con mucha naturalidad, monseñor. -Giancarlo sonrió, cuando acompañaba a Christian en su coche al Angelicum, después de su cuarta o quinta expedición en busca del misterioso sobre-. Con un poco de práctica, podría ser el mejor ladrón de coches del servicio vaticano. Después de mí, por supuesto.

Chris soltó una carcajada. Empezaba a temer que aquello fuera una pérdida de tiempo para todos. Había sólo un número determinado de lugares donde podían guardarse los viejos documentos y ya había registrado por lo menos la mitad de ellos. Tal vez De Vincennes lo hubiese destruido.

-¡Imposible! -respondió Giancarlo, que se consideraba un experto en la naturaleza humana-. ¿Recuerda a su presidente Nixon? Pudo haberse ahorrado muchos problemas destruyendo las grabaciones. No sé por qué no lo hizo. Ni sé por qué De Vincennes no habría destruido el sobre. Pero le apuesto cualquier cosa a que está en algún lugar de los archivos. Lo encontrará, monseñor.

«Tal vez dentro de cien años», pensó Chris, cuando su compañero de fatigas detenía el coche frente al Angelicum. Pero ahora, cansado y desalentado, sólo deseaba dormir un par de horas antes del amanecer.

-¿Cómo...? -preguntó Gladstone, cuyos ojos se negaban a abrirse, después de buscar a tientas el teléfono que había junto a la cama-. ¿Cómo ha dicho que se llama?

-Gibson Appleyard, monseñor. Lo llamo desde el Raffaele.

Discúlpeme por llamarlo tan temprano, pero no es fácil dar con usted. Tengo un pequeño problema y se me ha ocurrido que tal vez podría ayudarme una vez más...

CUARENTA Y OCHO

Eran siete los cardenales de la delegación histórica que, citados oficialmente, acudieron a una reunión con el papa eslavo cuando la oscuridad se cernía sobre Roma el lunes de Semana Santa.

Era un acontecimiento estrictamente regio. Su santidad, instalado ya en la cabecera de la mesa, recibió la debida muestra de obediencia reverencial por parte de cada cardenal. Los dos primeros eran los elaboradores primordiales de papas, el cadavérico Leo Pensabene y el diminuto Cosimo Maestroianni. Acto seguido, los dos individualistas, el francés Joseph Karmel y el jesuita con ojos de ágata Michael Coutinho, cardenal arzobispo de Génova. Seguía el cardenal secretario de Estado Giacomo Graziani. Luego Noah Palombo, en su estado habitual de oscuridad ártica. Y por último Silvio Aureatini, que después de inclinar la cabeza ante su santidad ocupó la silla más alejada de la mesa.

Cada movimiento de la cabeza del papa eslavo era un saludo fraternal, pero también una advertencia de que sabía quién era cada uno de ellos. Él mismo había elevado a algunos al púrpura cardenalicio. Había visto cómo todos florecían durante su papado. Conocía a sus aliados internos y sus asociaciones externas. Cuando descubrió sus vínculos masónicos y sus operaciones financieras, es decir, cuando sabía lo suficiente para llamarles la atención, no se había entrometido. Había permitido que actuaran libremente, a pesar de sus intrusiones continuas y considerables en los asuntos papales y temas pontificios.

Frente a cada uno de ellos había una copia del protocolo de dimisión, ya que aquél era el augusto tema de deliberación. Ninguno de los presentes fingiría siquiera que se tratara meramente de un asunto personal entre el papa eslavo y los cardenales, como si a sus eminencias simplemente no les gustara el sumo pontífice a nivel personal y quisieran eliminar su molesta presencia del trono de Pedro. Por el contrario, los presentes, incluido el propio papa, sabían que aquella noche se trataba de una amenaza a la espina dorsal del organismo católico: el papado.

«Tú eres Pedro.» Así le dijo Jesucristo a Simón, el pescador de Cesarea de Filipo hacía casi dos mil años. «Tuyas son las llaves del Reino de los Cielos.» La firma del papa en el protocolo de dimisión equivaldría a declarar: «Ahora utilizo este poder único de las llaves para someterlo a vosotros, mis colegas. Ahora ejerceremos juntos ese poder otorgado a Simón Pedro.»

Lo que tenían entre manos, por consiguiente, era explosivo, revolucionario y siniestro. Altamente explosivo. Puesto que si el papa eslavo accedía como lo había hecho con tantas otras cosas, el poder de Pedro ya no residiría en la persona del papa, sino en una junta constituida por sus propios miembros. Altamente revolucionario. Puesto que dicho poder sería compartido por varios hombres falibles, sin ninguna garantía divina. Hasta esta noche, la única limitación en el papado había sido la mano de Dios. Si aquellos siete cardenales se salían con la suya, la decisión en adelante sería una cuestión colegial. Después de abdicar a tanto poder, ¿quién lo recuperaría? ¿Y quién fijaría los límites? Altamente siniestro. Puesto que todos, incluido el Santo Padre, habrían olvidado inevitable y tristemente la advertencia romana milenaria: quien levante la mano contra el papado de Pedro morirá. Juntos, el papa y los cardenales, levantarían la mano contra el papado de Pedro.

El papa había reservado treinta minutos para dicha reunión. No se esperaba ninguna moción preliminar. Ningún preámbulo. Ningún cumplido. ¿De qué había que hablar? Todas las razones a favor y en contra de la firma del papa habían sido sobradamente analizadas. Lo único que faltaba ahora era un sí o un no definitivo.

Por acuerdo entre ellos, sus eminencias no habían nombrado a ningún representante ni portavoz. Aquélla sería una reunión desprovista de presidencia, ya que sólo había consenso definitivo entre los cardenales en cuanto a que el papa debía acceder a destituirse a sí mismo de su papel histórico. Con su firma en el protocolo de dimisión, o sus iniciales si eso era lo único que podían conseguir, dispondrían de un documento que legalizaría su dimisión, ofrecida voluntariamente por el interesado. «Por lo demás -les había asegurado el cardenal Maestroianni-, confiarían en la providencia.»

Excepcionalmente, el cardenal secretario de Estado Graziani consideró que podía valerse de su posición como jefe ejecutivo y tomó la iniciativa de proponer el sí.

-Con la firma del protocolo de dimisión, Santo Padre, deja en nuestras manos, en las manos de los colegas de su santidad, la autoridad para determinar el momento de finalizar su papado. Convierte el papado en colegial. Reconozco que es un cambio. Pero considero, santidad, que en este sentido ya ha seguido el ejemplo de sus dos más recientes predecesores.

Graziani recordó, tal vez con cierta inventiva, que al buen papa del Concilio Vaticano Segundo ya le había inspirado la idea de un papado colegial. Y luego con menos inventiva recordó que, mediante sus actos durante un reinado de quince años, el sucesor del buen papa había aprobado el gobierno de la Iglesia mediante un papado colegial. Por consiguiente, considerando especialmente que el papa eslavo había seguido en esencia los mismos principios desde su elección por el colegio de cardenales, había llegado el momento de formalizar la situación.

El argumento de Graziani creció torpemente de tono. No era el papa quien nombraba a los obispos.

-Nosotros lo hacemos, santidad.

No era el papa quien decidía qué enseñanzas eran heréticas.

-Nosotros lo hacemos, santidad.

»Si es así, santidad, y así es, lo único que la mayoría de sus cardenales y obispos deseamos es formalizar este método colegial presente y vigente. ¡La verdad en nuestras palabras! Eso es lo que la Iglesia necesita, Santo Padre. Poner fin al sufrimiento de nuestras dudas, nuestras disputas, nuestra falta de fe. Confírmenos en nuestra fe colegial, se lo suplicamos.

El papa eslavo escuchaba en silencio. Nadie sabía si pensaba en los dos pontificados anteriores, a los que se había referido el cardenal secretario de Estado. Nadie había detectado ningún indicio de que cuestionara el acuerdo de sus predecesores, a la formación de un sistema de gobierno que permitía abusos y amplia libertad a los progresistas radicales. Nadie sabía si padecía un momento de remordimiento por la confusión provocada por sus dos predecesores, que habían contribuido en gran medida a la destrucción de la textura antes inquebrantable del papado de la Iglesia. Ni nunca lo sabrían.

El papa eslavo se inclinó ligeramente hacia adelante y leyó una vez más el protocolo de dimisión. Siete pares de ojos lo observaban cuando retiró el tapón de su pluma estilográfica. Vieron que la acercaba al papel y casi llegó a tocarlo... Entonces hizo una pausa.

-Como sucesor del apóstol san Pedro... -dijo, y a todos, salvo a él, se les heló la sangre en sus venas-. Como sucesor del apóstol san Pedro, tomo esta medida extrema para asegurar la unidad de mis obispos con esta Santa Sede. Como obispo de Roma, estampo mis iniciales en este documento. Cada una

de sus eminencias es cofirmante. Éste es un acto verdaderamente colegial. Por la gracia de Dios, Padre de todos.

Ninguno de los cardenales sabía exactamente qué distinción pretendía establecer el Santo Padre, entre su función como sucesor del apóstol y su función como obispo de Roma. Ninguno de ellos lo sabía, ni a ninguno le importaba. Con un veloz rasgueo, su santidad estampó sus iniciales en el protocolo. Luego, sin esperar a que los agentes del poder y aspirantes a papa presentes firmaran el documento, se levantó de forma inesperadamente apresurada. Seguido de monseñor Daniel el válidamente elegido sucesor de san Pedro desapareció.

Agobiado por sus fracasos y por el poco descanso, Chris Gladstone tenía sentimientos ambiguos respecto a su cena en el Raffaele aquel lunes por la noche.

Durante su encuentro en noviembre, Gibson Appleyard le había parecido una persona correcta y conservaba el placer y el respeto que el enviado norteamericano le había inspirado. Pero no le apetecía otra conversación sobre los problemas políticos de su país con su papa, ni se sentía con ánimos para pasar la velada a solas con Appleyard. Por consiguiente, fue un alivio para él que Giovanni Lucadamo actuara como anfitrión.

Aunque aquélla era la primera vez que se veían cara a cara, el viejo Lucadamo era tan conocido en el Vaticano y se hablaba tanto de él, que Gladstone tuvo la sensación de encontrarse con un viejo amigo. Además, puesto que los logros de Giovanni Lucadamo eran ya legendarios, sabía que estaba en presencia de un experto guerrero, un hombre que a lo largo de los años había demostrado tener un valor incalculable como aliado y una tenacidad inquebrantable como enemigo.

Previsto o no, lo que sucedió durante la primera parte de la velada sirvió para relajar a Christian. Los tres empezaron por tomar tranquilamente una copa en los aposentos privados de Lucadamo, una estancia de techo elevado y elegantemente decorada, con todos los indicios de un italiano próspero de gusto clásico y los medios para cultivarlo. Appleyard y Lucadamo le ofrecieron a Gladstone una visión clínica de la política seglar en varios gobiernos europeos, incluido el italiano, en aquellos momentos con los neofascistas y los comunistas. Cuando se trasladaron al comedor para degustar la excelente cena preparada en la cocina del Raffaele, Chris se había ganado la confianza de sus interlocutores y la conversación se desplazó fácilmente a asuntos vaticanos.

Lucadamo tenía mucho que contar sobre el cardenal Maestroianni, y a Christian le resultó fascinante. Aquello le permitió a Appleyard referirse al «pequeño problema» que había mencionado por teléfono.

-Es un problema de credibilidad, monseñor -dijo Gibson, sin el menor intento de disimulo-. Y una vez más, afecta las necesidades estratégicas de Estados Unidos. Hay dos asuntos en juego.

-¿La credibilidad de quién?

-La credibilidad del Santo Padre -respondió Appleyard, mientras miraba de manera fugaz a Lucadamo con el entrecejo fruncido.

-¿Y los dos asuntos? -preguntó Gladstone, al tiempo que miraba a su vez al propietario del Raffaele.

-El control de la población y Rusia.

Chris apoyó la espalda en su silla, para contemplar a su compatriota.

-Pero su santidad ya le ha manifestado su actitud respecto al control de la población.

-Eso creía yo también, monseñor. Pero el informe de la Academia Pontificia de Ciencias ha trastornado la situación. Ahora algunos de mis colegas opinan que el papa, a pesar de lo dicho, no se opone a *cierto* control de la población...

-A condición de que no se utilicen medios artificiales -interrumpió Gladstone.

Maestroianni le había mostrado con orgullo el informe de la academia, y todavía le hervía la sangre.

Gibson no estaba satisfecho. Necesitaba algo más sólido que una corrección teológica.

-¿De modo que, en principio, su santidad no se opondría a un límite de dos hijos impuesto por la ley?

-Claro que se opondría. Eso es fascismo. No se pueden imponer límites absolutos sin acabar en infanticidio, como en la China de Mao. Pero por encima de todo, es fundamental recordar que el método

católico preferido no incluye la matanza de niños.

-¿Pero qué me dice del informe de la academia? Giovanni, aquí presente, considera que forma parte de un intento de denigrar la autoridad del Santo Padre.

-Y secularizar la moral católica -decidió agregar Lucadamo-. Ese informe está en la misma categoría de política clerical romana que el escándalo de las niñas como monaguillos. ¿No está usted de acuerdo, monseñor?

Una vez más, Gladstone apoyó la espalda en el respaldo de su silla. No estaba dispuesto a compartir con excesiva facilidad sus ideas y arriesgar su delicado equilibrio político en el Vaticano. No era el señor Giovanni quien le preocupaba, a quien el jefe de seguridad del Vaticano tenía en gran estima, ¿y quién podía conocerlo mejor que su propio sobrino? ¿Pero y Appleyard? ¿Bastaba con su propio instinto para confiar en él?

-¿Monseñor?

La amable llamada de Giovanni casi bastó para inclinar la balanza. Pero no del todo. Antes de responder, Christian quería profundizar en el segundo problema que confundía al gobierno norteamericano.

-Usted ha mencionado la cuestión de Rusia, Gibson.

-En efecto -respondió Appleyard, sin la menor reticencia-. Con toda franqueza, nuestro gobierno teme que el Santo Padre pueda trastornar la relación especial que esta administración estadounidense cultiva con Boris Yeltsin.

Con toda franqueza, sin lugar a dudas. Gladstone todavía recordaba la advertencia de Gibson en noviembre, sobre la muerte de inocentes. Puesto que dicha advertencia iba acompañada de la cuestión de control de la población, era tranquilizador comprobar que la travesura de Maestroianni, con sus «iniciativas suplementarias», había confundido la situación para los norteamericanos. Pero también era tranquilizador que la idea de la próxima peregrinación del sumo pontífice a Rusia estuviera en la misma categoría. Christian decidió que si había habido un momento de absoluta ingenuidad, era el presente.

-La mejor forma en que puedo contestar a esta locura -dijo Chris, con una mirada iracunda a su compatriota-, es respondiendo a lo que el señor Giovanni ha preguntado hace un momento.

»Al parecer, el informe de la academia ha alterado al gobierno norteamericano sobre su preciada política demográfica. Pero ese informe, al igual que el documento falso sobre las niñas como monaguillos, forma parte de un proyecto para destituir al papa. Esos turcos sólo preparan el camino. Por consiguiente, puede decirles a sus colegas de Washington que no han comprendido al papa. Y puesto que no lo han comprendido, son presa fácil de los maleantes teológicos y los bribones geopolíticos que aspiran a su destitución.

»En cuanto a Rusia... -prosiguió Christian, un poco más relajado en su postura, pero no en su intensidad-, mi consejo es que acuda directamente al Santo Padre y le diga con toda claridad lo que acaba de contarme. Dígale que su gobierno no confía en su palabra. Cuéntele lo confusos que están. Luego siga a partir de ahí.

La honradez de sus palabras y la fuerza de su emoción cogieron desprevenidos a los interlocutores de Gladstone. Pero fue su declaración inequívoca sobre una confabulación para destituir al papa eslavo, la primera confirmación interna del grave progreso de dicha confabulación, lo que provocó una reacción espontánea e incluso violenta por parte de Appleyard, cuyo tono habitualmente relajado y comedido adquirió una intensidad inusual.

-Puede que le resulte difícil creer una palabra de lo que le diga, monseñor. Puede que incluso a Giovanni le resulte difícil creerlo. Pero haré cuanto esté en mi mano para evitar el éxito de esa confabulación.

Gib tenía razón. A Chris le costó creer en sus palabras. Dejando aparte la cuestión de la masonería, estaba hablando con un alto emisario de la administración estadounidense. Una cosa era el arrebato momentáneo de sus emociones, y otra que un hombre del rango y experiencia de Appleyard se opusiera a la actitud oficial de su gobierno.

-Cometerá un error si se toma esta promesa a la ligera, monseñor -dijo Lucadamo, que vio la duda reflejada en el rostro de Gladstone-. A lo largo de los años, en más de una ocasión le he confiado mi vida a Gibson. Y como puede comprobar, ¡aquí estoy para contárselo!

Durante los días restantes de la Semana Santa, Appleyard procuró averiguar todo lo posible acerca de la política papal. A pesar de la experiencia que había adquirido recientemente sobre asuntos vaticanos, el hecho era sencillamente que no sabía lo suficiente para elaborar un argumento en defensa del papa eslavo, o por lo menos no lo suficiente para que surtiera algún efecto en Washington. Lo que necesitaba era todos los datos que pudiera obtener de los hombres preparados para reemplazar al actual sumo pontífice, si la situación llegaba a tal extremo.

Las dos embajadas norteamericanas en Roma eran prácticamente inútiles, aunque eso era de esperar. Con Giovanni Lucadamo para facilitarle el camino, Gib acudió a los mejores informadores que pudo encontrar. En su mayoría, eran periodistas residentes en la ciudad desde hacía varias generaciones. Y una de las primeras lecciones que le enseñaron fue la distinción entre elaboradores de papas, papas en perspectiva y candidatos serios al papado. El día de Viernes Santo, había comprendido que, entre los prelados antipapales con los que había participado en la reunión de Estrasburgo, el cardenal Maestroianni y el cardenal Pensabene eran elaboradores de papas de primera magnitud. Sabía que el cardenal Aureatini era un papa en perspectiva y Graziani un candidato improbable. También sabía que la mayoría de los demás, *papabili* según los rumores locales, no llegarían siquiera a las urnas en el cónclave. Y sabía que la batalla se libraría entre tres hombres.

Appleyard había aprendido bastante de lo que necesitaba saber sobre dos de aquellos tres candidatos, en su encuentro cara a cara con ellos en Estrasburgo. El cardenal Noah Palombo y el cardenal Michael Coutinho eran hombres sintonizados con el mundo. En sus discursos aquella noche, le parecieron ambos unos cínicos. Palombo, decididamente siniestro. Por el mero hecho de estar involucrados en una confabulación clandestina contra el papa reinante, ambos manifestaban una faceta peligrosa y ladina. Y no fue sorprendente que ambos demostraran en aquella reunión su capacidad para proyectar una imagen pública de idealismo desinteresado, claramente opuesta a sus actos y a sus palabras.

El tercer *papabile,* un francés llamado Joseph Karmel, al principio era un personaje desconocido para Appleyard. Pero después de investigar el historial público de dicho cardenal, descubrió que estaba cortado con el mismo patrón que los otros dos. La actitud autoritaria de Karmel al estilo del Antiguo Testamento y su carismática conducta lo convertían tal vez en un personaje algo más divertido. Pero tras aquella capa superficial, era una persona menos fiable y por consiguiente más peligrosa, desde el punto de vista de Gibson, que Coutinho o Palombo. Aparentaba regirse por la emoción más que por la razón. Y a pesar de aquella imagen patriarcal que cultivaba, difuminaba de forma deliberada toda distinción entre las religiones del mundo.

A fin de cuentas, llegó exactamente a la conclusión que Christian Gladstone había expresado en el Raffaele. Si la confabulación contra el papa eslavo tenía éxito, Washington probablemente tendría que tratar con un montón de maleantes teológicos y bribones geopolíticos.

Eso era muy importante para Appleyard. Como rosacruciano, universalista y servidor profesional de su gobierno, creía que había y siempre debería haber lugar en el cosmos divino para la verdadera diversidad de creencias, y que no se le debería imponer a nadie una ideología monolítica. No le cabía la menor duda de que el grupo de Estrasburgo, los individuos que aspiraban al poder universal del organismo católico, eran globalistas en sus ambiciones. Pero eso estaba tan lejos de su propio universalismo que le producía escalofríos. El globalismo, por lo menos como él lo entendía, significaba la construcción de una aldea global en la cual, independientemente de lo que sucediera, nadie sería diferente de los demás. Habría un marco para todo y todo estaría en un mismo marco. El elemento en el que no insistían los globalistas, era el que convertía el catolicismo en algo tan valioso en un mundo voluble: la estabilidad de un fundamento moral coherente, como base de la vida personal y comunitaria.

Palombo y Coutinho no habían dejado la menor duda en Estrasburgo de su preferencia por una visión más flexible, más mundana y moralmente permisiva. Eso era a lo que aludía Gladstone claramente al denominarlos maleantes teológicos. Y también estaba claro que, sin una base moral estable, se convertirían en bribones geopolíticos.

¿Pero les importaría eso a los superiores de Gibson en Washington? ¿No perseguían una visión más flexible, más mundana y más permisiva en el Vaticano? Si se lograba desarticular de forma fundamental, formal y decisiva la coherencia moral fomentada por la Santa Sede, ¿no facilitaría la estrategia norteamericana de control demográfico y la precaria apuesta estadounidense de sociedad por

la paz?

Las respuestas que Appleyard dio a sus propias preguntas le convencieron de que Gladstone tenía razón también en otro aspecto. A pesar del ajetreo general, con apenas tres semanas de margen para el congreso general y la visita del Santo Padre a Rusia, Gib debería solicitar una audiencia urgente con el sumo pontífice. Para disponer de alguna oportunidad de presentar su caso en Washington, debería contarle al papa eslavo lo que le había contado a Gladstone, y luego seguir a partir de ahí.

Appleyard siempre recordaría aquella entrevista del uno de mayo con su santidad, como la conversación más dolorosa e introspectiva de su vida. Un encuentro cuyo valor no radicaba en los detalles, sino en el acontecimiento.

En preparación para el ajetreado calendario que regiría sus movimientos durante las dos primeras semanas de mayo, su santidad decidió descansar unos días en Castel Gandolfo.

-La agenda del Santo Padre es flexible -dijo monseñor Daniel, cuando Appleyard llamó para solicitar una audiencia urgente-. Hemos relajado las fechas límite y las citas a horas concertadas. Venga temprano, pero dispuesto a esperar.

Appleyard llegó temprano. El subalterno de Giovanni Lucadamo condujo la limusina por el camino que ascendía suavemente entre jardines, donde brillaba todavía el rocío de la noche. En el momento en que Appleyard se apeó del coche, se abrió una puerta doble en el patio, donde le recibió un seglar con una agradable sonrisa. Su santidad estaba en misa, dijo el portero. Tal vez al señor Appleyard le apetecería pasear por el jardín, hasta que monseñor Daniel lo llamara.

Gib estaba a punto de seguir su consejo, cuando la música de un órgano le hizo cambiar de opinión. La suave melodía le sirvió de orientación por un espacioso y ornamentado pasillo, hasta una capilla de la planta baja. Salvo por las luces amarillas de dos candelabros, el lugar estaba sumido casi en la oscuridad. El ligero aroma a incienso evocó recuerdos de gloriosos veranos y cosechas otoñales en la infancia de Appleyard.

Gibson se acercó a uno de los últimos bancos y se sentó para observar. Unos cuantos sacerdotes y media docena de monjas de rodillas cantaban en latín en armonía con el órgano. El papa eslavo estaba arrodillado en el tercero de los peldaños que ascendían al altar, con un acólito a cada lado. Del techo, sobre el altar, colgaba un enorme crucifijo. El brillo de las velas iluminaba las piedras preciosas y la puerta de oro labrado del tabernáculo. Encima de éste, una custodia mostraba la sagrada hostia.

De pronto cesó la música que había atraído a Gibson. En aquel sagrado silencio, el Santo Padre se puso de pie. Con las manos envueltas en un paño dorado, levantó la custodia e hizo lentamente el signo de la cruz, para bendecir a los presentes.

Fue un momento de gracia que concluyó de forma excesivamente inesperada. Siguió una breve letanía de alabanza a la generosidad del cielo. El sumo pontífice retiró la hostia de la custodia, la envolvió en un paño, la colocó sobre el tabernáculo, hizo una genuflexión y se retiró del santuario tras los acólitos. Uno de los sacerdotes se quedó el tiempo suficiente para apagar las velas, los candelabros y retirar la custodia. Entonces Appleyard se quedó solo, solo con la única compañía de una pequeña luz roja que parpadeaba entre sombras y que iluminaba todavía el santuario.

-Señor Appleyard.

Gib volvió la cabeza hacia la puerta de la capilla. Obediente a un pequeño gesto de monseñor Daniel, siguió al secretario del papa hasta una de las salas de recepción privadas de la planta baja, donde lo esperaba sonriente el sumo pontífice. A pesar de los rumores sobre las muchas y horribles afecciones que estaban a punto de acabar con su vida, su santidad tenía un aspecto asombrosamente sano. Appleyard expresó el enorme placer que le causaba verlo tan saludable.

-Realmente no soy hombre de ciudad, señor Appleyard -respondió el papa evidentemente complacido, mientras gesticulaba en dirección a los montes Albanos, visibles a través de las ventanas abiertas-. Me siento bien cuando puedo caminar al aire libre, y contemplar bosques y montañas. Bien... -agregó, mientras elegía un par de sillones junto a dichas ventanas y se instalaban para iniciar su charla-, diga, señor Appleyard. ¿Por qué le teme tanto su gobierno a mi insignificante peregrinación a Rusia? Le aseguro que no tengo la menor intención de entremeterme en las relaciones entre Estados Unidos y Rusia. ¿A qué vienen esas sospechas?

-Santidad -dijo Appleyard, con igual franqueza-, creo que los hombres clave en la actual administración no le temen tanto a usted como a sus propios recuerdos. Todavía tienen presente su función y la de la Iglesia católica en la derrota de los comunistas en su patria. Recuerdan cómo usted los derrotó sin armas ni munición, sólo con organización y fuerza espiritual.

-¡Ah! -exclamó el sumo pontífice, que agitó una mano en el aire-. Hablamos de manzanas y naranjas. Su administración en Estados Unidos tiene ahora vínculos especiales con Rusia.

Era típico de aquel papa, pensó Gibson, brindarle la introducción que necesitaba.

-¿Preferiría su santidad que la actual administración no forjara esos vínculos especiales? Vínculos que, debo reconocerlo, son más firmes y estrechos que los establecidos por mi gobierno con cualquier otra potencia, oriental u occidental.

-Antes de responder a su concreta pregunta, señor Appleyard, permítame ser explícito sobre esos vínculos recién formados, como los entiendo yo hoy en día. Punto número uno. Recientemente, aviones de guerra rusos, pilotados por rusos, han llevado a cabo bombardeos sobre Yemen. Los saudíes han financiado esa operación secreta, realizada con el beneplácito de su actual administración. Número dos. Su gente en Washington ha dado luz verde al régimen ruso, para que domine no sólo Georgia sino cualquier Estado de la CEI, tanto militar como económicamente. Las matanzas en Chechenia todavía se están llevando a cabo en estos momentos.

»Número tres. Estados Unidos votó en la ONU para otorgar a los países de la CEI dominados por Rusia el mismo «nivel como observadores» en la OTAN y el mismo nivel regional en la propia ONU. Eso equivale a la autorización de las Naciones Unidas para que Rusia se imponga por la fuerza en los «países cercanos» y a la larga en los «lejanos». Número cuatro. Su actual administración en Washington es muy propensa a aceptar la nueva alianza secreta entre Estados Unidos y Rusia, presentada por el emisario de Yeltsin, Vladimir Shumeiko. A lo que los rusos aspiran ahora es a una norma compartida con Estados Unidos, sobre los actos de pacificación en el mundo. Condominio de la venta global de armas. Condominio de la exportación de tecnología militar y civil a los países del tercer mundo.

»Ahora bien, señor Appleyard, lo que usted me ha preguntado en realidad es si me gusta todo eso. ¡Claro que no me gusta! A nadie con conocimiento de la realidad podría gustarle. ¿Pero significa eso que voy a socavar sus cimientos? ¡No, señor Appleyard! Provocará su propia destrucción. Y en todo caso, le aseguro que ésta no es la geopolítica por la que me intereso.

Si Gibson había acudido a Roma en busca de claridad, Gladstone y el papa eslavo le habían ofrecido más de lo que él y su gobierno merecían esperar. Así se lo dijo a su santidad y prometió aclarar la situación a su regreso.

Durante unos breves instantes, el sumo pontífice y el diplomático compartieron un agradable silencio. Saborearon juntos el aire fresco de la mañana y los sonidos mezclados de la vida cotidiana, que llegaban de la ciudad más allá del portalón. Pero Gibson saboreó además cierto residuo de su antiguo deseo, de alcanzar un nivel más personal en su relación con el papa.

-Entre nosotros, santidad -dijo Gib, para romper el silencio-. ¿Mantiene usted todavía correspondencia con el señor Gorbachov?

-Entre nosotros, señor Appleyard, usted sabe mejor que yo, o que el mundo jamás llegará a saber, que ahora el señor Gorbachov recibe financiación en dólares norteamericanos. Depende enteramente de sus amos. Se desplaza en sus aviones a reacción. Viaja en sus limusinas blindadas. Recauda fondos en sus funciones. Va de vacaciones a sus balnearios y lugares predilectos. Es el protegido, el niño, la marioneta, el obediente servidor de los macrodirectores y el querido de los maestros ingenieros.

»Siempre he mantenido un vínculo con él. Ha sido una forma útil de saber lo que en realidad nos ha estado ocurriendo a todos desde 1989. Pero ninguno de nosotros alberga ninguna ilusión respecto a él o a sus objetivos. A nivel personal, sigue siendo ateo y materialista convencido. A nivel sociopolítico, sigue siendo un craso marxista. Y a nivel moral, es indistinguible de un oso polar. Mijaíl Gorbachov no tiene misericordia, piedad ni compasión de nadie en este mundo, yo incluido. ¿Hablo con suficiente claridad, señor Appleyard?

-Entre nosotros, santidad -rió Gibson como a veces lo hacía con Giovanni Lucadamo-, así sería como yo también lo definiría.

-Puede que recuerde un discurso que el señor Gorbachov pronunció hace algún tiempo en su país, señor Appleyard, en mayo de 1992, en el Westminster College de Fulton, en Missouri. Lo tituló *El río*

del tiempo y el imperativo de la acción. Es un concepto evidente, pero enorme. El río fluye. Uno debe aprovechar la corriente, o perder su oportunidad.

»Le he contado lo que no pienso hacer en mi peregrinación al Este. No me propongo trastornar los preparativos de su gobierno. Lo que debo contarle ahora es que he aceptado la doble invitación de Moscú y Kíev, porque sin lugar a dudas la marea en el río de mi vida fluye hacia el mar abierto... -Dejó que las palabras flotaran suavemente en el aire, como si fuera innecesario expresar lo callado-. Esta mañana, señor Appleyard, el buen Dios ha tenido la bondad de que usted llegara precisamente en el momento de la bendición después de la misa. Dios ha querido que estuviera usted presente cuando le daba especialmente las gracias por haberlo mandado. Usted ha facilitado mucho más las cosas que otros diplomáticos en circunstancias similares. Por ello, nuestro Padre que está en los cielos se lo agradecerá con su abundante misericordia y le concederá el deseo de su corazón.

En otra época, el norteamericano habría considerado aquellas palabras como una expresión de gratitud por una labor diplomática satisfactoria. Pero ahora sabía lo suficiente para comprender que el significado del momento calaba mucho más hondo que la diplomacia superficial.

-¿Regresará usted inmediatamente a su país, señor Appleyard?

El sumo pontífice se levantó de su silla. Había llegado el momento de dar un paseo con monseñor Daniel.

-Todavía no, santidad -respondió Gibson, que empezó a caminar junto al Santo Padre-. Antes tengo algunas cosas que hacer en el norte, en los Países Bajos.

-Comprendo. Cuando regrese a su casa, le ruego lleve mi bendición consigo. Para su familia. Y para su país: su pueblo y su gobierno. Tenga a bien el Espíritu Santo concederles a todos sabiduría.

-No tengo palabras para expresarle lo reconfortante que es su bendición, santidad -respondió Appleyard, con un sentimiento que ningún ser humano le había evocado jamás-. Me impresiona que considere posible la intervención del Espíritu Santo, incluso en un sistema político como el nuestro, con un rostro tan ajeno en esta época a la esencia del catolicismo y del propio cristianismo.

El sumo pontífice se detuvo junto a la puerta del patio, donde Sadowski ya lo esperaba.

-Señor Appleyard, si usted ve que viajo por todo el mundo para reunirme con gente de todas las civilizaciones y religiones, es porque tengo fe en las semillas de sabiduría que el espíritu ha sembrado en la conciencia de todos esos pueblos, tribus y clanes. De esos granos ocultos surgirá el verdadero recurso del futuro de la humanidad, en este mundo donde vivimos.

Appleyard y el Santo Padre salieron a la luz del sol. Se estrecharon la mano e intercambiaron una mirada, antes de que el papa diera media vuelta, se apoyara ligeramente en el brazo de Sadowski y entraran ambos en el ancho camino que conducía a los jardines privados detrás del edificio. Mientras los observaba, Gibson pensó en lo que le había prometido a Gladstone: hacer cuanto estuviera en su mano para asegurar la permanencia de aquel hombre en el papado. También pensó en los personajes que habían mantenido conversaciones con el papa eslavo: Yeltsin, Gorbachov, Shevardnadze, Reagan, Bush, Thatcher, Kohl, Mitterrand, Clinton, Mandela. Aquéllos y otros muchos se le ocurrieron explícita o implícitamente.

Sin embargo, de todos los grandes, le pareció a Appleyard que sólo aquél, sólo el papa eslavo, merecía la salvación, la protección, la perpetuidad. Mientras aquel personaje ejerciera su influencia en el escenario internacional, sería posible la sabiduría, la salvación y el progreso en la sociedad de las naciones. «Pobre, pobre Europa.» No hacía mucho, recordaba Gib, el papa eslavo había escrito aquellas palabras en una carta dirigida a la junta de la CE encargada de nombrar al secretario general. «Pobre, pobre mundo», podía haber dicho.

Inmerso en sus pensamientos, Appleyard observó las dos figuras que penetraban en los jardines, uno vestido sombríamente de negro y el otro de blanco. Antes de desaparecer por el camino, el de blanco volvió la cabeza para despedirse con la mano.

-Santo Padre -dijo Gibson a media voz, mientras levantaba también la mano para despedirse-. *Pater patrum.*

«*Quo vadis?*»

Electrizante. Ésa era la sensación de todo cuanto ocurría en Roma durante las dos primeras semanas de mayo. Hasta tal punto que, incluso antes de su regreso de Castel Gandolfo, el papa eslavo se había convertido en la pieza central de los acontecimientos que todo el mundo aspiraba a controlar y que sólo podían acabar en una estrepitosa culminación.

Era cierto que quienes conocían los detalles del cambio radical proyectado para el papado no hablaban, y que quienes lo hacían no sabían nada. Pero puesto que no pueden guardarse secretos sobre un líder mundial, cuyas decisiones afectan la vida y la fortuna de millones de personas, la convicción general que había crecido a lo largo de tantos meses, el consenso silencioso de que la Roma de los papas estaba a punto de efectuar un cambio irreversible, aumentó en intensidad, al igual que se multiplicó el número de periodistas estacionados de manera habitual en Roma, de unos centenares a más de tres millares. Con el transcurso del tiempo, incluso las grandes agencias captaron el inconfundible aroma a gran noticia y acudieron a la matanza.

Para contribuir al frenesí que se apoderaba de Roma, había un torbellino de información y especulación que surgía como una plaga contagiosa de círculos diplomáticos, mensajes secretos interceptados, informes de agencias especializadas, investigaciones periodísticas, periodistas del corazón, especialistas en rumores, intereses creados e instintos básicos de la gente común.

En dicho clima, las «iniciativas suplementarias» del cardenal Maestroianni surtían el efecto deseado. La confusión provocada por el documento ilícito sobre las niñas como monaguillos y el informe sobre el control de la población, publicado por los aliados de su eminencia en la Academia Pontificia de Ciencias, incendiaron la mente de la prensa como un volcán en plena erupción. Cuando empezaron a llegar los ciento cincuenta y siete cardenales de la Iglesia universal para la inauguración del congreso general el 6 de mayo, unos pocos el 1 de mayo, varias decenas el día 4 y la mayoría el día 5, reinaba por todas partes una gran incertidumbre. ¿Qué sucedía en realidad en la cumbre de la Iglesia? ¿Quién estaba verdaderamente al mando?

Pero en lugar de aportar respuestas a dichas preguntas, los propios cardenales estaban confusos por la publicidad y la propaganda elaboradas por los adversarios del papa eslavo, y aturdidos por el repentino frenesí de aspirantes y pretendientes en la carrera papal. No obstante y a pesar de la confusión pública, ninguno de aquellos príncipes de la Iglesia podría disculparse más adelante, alegando que no estaban presentes cuando tuvieron lugar los acontecimientos, o que se les habían ocultado los sucesos. Todos tuvieron amplias oportunidades de consultar a sus colegas en su propia sociedad privada, donde no se permitía la presencia de ningún intruso. Gozaban del privilegio especial de hermanos de Pedro, el gran pescador, que, según confirmación divina, convertiría su debilidad en fuerza y acrecentaría su fe. Además, su sola presencia subrayaba el hecho de que la universalidad de la Iglesia católica estaba en juego. En realidad, durante aquellas dos semanas, sus vidas se desenvolverían en uno de los dos escenarios alternativos y se regirían según los objetivos y las alianzas de cada uno.

Según los enemigos de su santidad, el último papa católico estaba a punto de ser retirado del papado por el esfuerzo combinado de su propia ineficacia como líder, la voluntad férrea de quienes escuchan las lecciones de la historia y conocen su obligación hacia la humanidad y, aunque pocos entre ellos lo sabían, la tenacidad de los hermanos pendientes de la aproximación inexorable del tiempo disponible.

Según los que todavía creían en la Iglesia católica como fuente única de salvación eterna para la humanidad, el papa eslavo estaba al borde de un cambio casi apocalíptico. Para ellos, era el último papa católico no porque el suyo fuera el último papado, sino porque aquél era el fin de una era. Su peregrinación al Este no sólo marcaba la culminación de su drama personal como sumo pontífice y como ser humano, sino que señalaba el fin de un período católico iniciado hacía casi dos mil años.

Con tales consideraciones en la balanza, era impensable, pero también innegable, que el mayor efecto que causaran los cardenales reunidos fuera el de incrementar la sensación de espectáculo público. Su diversidad étnica, lingüística, cultural, política y religiosa reforzaba dicho efecto. Contribuía al espectáculo el hecho de que cada uno iba acompañado de por lo menos un obispo, dos expertos en teología y un número indeterminado de pintorescos y expresivos funcionarios diocesanos. Aumentó el colorido cuando se descubrió que varios obispos de Estados Unidos, Países Bajos, Alemania y Suiza

llevaban equipos de «monaguillas» y ministras eucarísticas. Era un espectáculo exótico, digno de la prensa sensacionalista.

El periódico izquierdista *Il Borghese* publicaba burlonamente que «la alta costura adorna ahora las ceremonias eclesiásticas» y que «los jerarcas han acudido a Chanel, Dior, Lauren y Klein en su busca de belleza divina». Los titulares del *Corriere di Roma* proclamaban: «Feminización de Roma.» Artículos por doquier poetizaban sobre «la Iglesia universal, repleta de inventiva humana» y acerca de los cardenales, o por lo menos algunos de ellos, como «dignos representantes de ese humanismo profético, que constituye la coronación del catolicismo en este siglo XX». El descubrimiento de que varios jóvenes obispos norteamericanos iban acompañados extraoficialmente de teólogas incrementó aún más el apetito de la prensa seglar. «Confiemos en que esos jóvenes prelados -publicaba de forma socarrona el semanario socialista *Uomo Nuovo*- superen en virtud a sus superiores.»

Con la proximidad de la inauguración del congreso general el 6 de mayo, se activó el circo en los periódicos europeos y norteamericanos. Aunque no toda la prensa publicaba artículos sensacionalistas. Durante los primeros días de mayo, la Ciudad Eterna se convirtió en el escaparate definitivo de una estrategia paciente y astuta que, a lo largo de treinta años, había fragmentado la unidad sacramental y la devoción tradicional de la misa católica, para convertirla en una mescolanza de ritos inventados a imitación de culturas locales, tan incompatibles entre sí como el agua y el aceite.

En una época no muy lejana, quien asistiera a una misa católica en cualquier lugar del mundo, podía tener la seguridad de comprenderla y poder participar en la misma. El idioma, la vestimenta, los gestos y los movimientos obedecían a motivos y significados idénticos. En la actualidad, sin embargo, la misa se había adaptado a las tradiciones locales de cada tribu, a las ideologías políticas de cada lugar y, con cierta frecuencia, a las patologías sensuales. La misa celebrada por el papa eslavo en la basílica de San Pedro no guardaba semejanza alguna con la denominada misa de la dignidad, que se celebraba simultáneamente en Milwaukee, en el estado de Wisconsin, o con la llamada misa de la liberación en las comunidades básicas de Sao Paolo, en Brasil, o con la conocida como misa de la diosa Gaia que se cantaba en la archidiócesis de Seattle.

Conscientes del interés de los lectores por la revolución y la diversidad, los representantes de la prensa se abalanzaron sobre Roma para cubrir el espectáculo. En un mismo día, en la iglesia de Santa Maria Maggiore, un representante de la prensa india fotografiaba la pintoresca misa hinduizada del cardenal Komaraswami, un periodista afgano cubría la asombrosa misa congoleña del cardenal Bonsanawi del Zaire y un equipo de la televisión brasileña filmaba y comentaba la misa folclórica con guitarras y danzas del cardenal Romarino de Belize.

En el seno de dicha actividad frenética, el Santo Padre regresó al palacio apostólico con un espíritu de ecuanimidad inquebrantable. Descansado y vigoroso, concedió una audiencia personal a cada uno de los cardenales visitantes y su propio periódico divulgó la noticia con grandes titulares y fotografías de primera plana. Para organizar los últimos detalles del congreso y del concierto Shoah, se puso liberalmente a disposición del cardenal Graziani. Y como era de suponer, se convirtió en el objetivo de la actividad diplomática de alto nivel.

Hasta cierto punto, la atención diplomática se debía al contencioso existente entre el sumo pontífice y el presidente norteamericano. Aunque también en cierto modo al reconocimiento de que su próxima visita a Rusia y Ucrania había realzado ya su calibre entre los líderes mundiales. Y, asimismo, al reconocimiento tácito, por lo menos entre las misiones diplomáticas permanentes en Roma, de que decrecía el tiempo de disponibilidad del papa, y ahora era el momento de aprovechar su amistad para pedirle una serie inusual de favores.

Entre tanto jaleo aparecía siempre el rostro del papa, sonriente en las funciones públicas, aquiescente con los preparativos de la Secretaría de Estado para el congreso general, satisfecho con la gran cantidad de peregrinos y turistas que visitaban la ciudad y sus monumentos, todo lo cual contribuía al ambiente festivo. Pero los íntimos del papa como Sadowski, Gladstone y Slattery tenían la impresión de que el Santo Padre, en lugar de pensar en las terribles grietas y fisuras mortales del muro del catolicismo, disimuladas por el júbilo de su entorno, tenía la mirada fija en una estrella sólo visible para él.

Para Christian, observar la situación era la parte fácil. Como bonificación por un trabajo leal y

bien realizado, y también como anticipo de recompensas futuras, el cardenal Maestroianni se ocupó de mantenerlo en el centro de los acontecimientos. Pasaba muchas horas en el despacho del cardenal, donde ayudaba a aliviar la presión de los numerosos visitantes: asesores, diplomáticos, emisarios, mensajeros, participantes e inevitables acompañantes.

Estaba más tiempo que nunca con Silvio Aureatini y Giacomo Graziani. Intercambió un par de palabras con el famoso mentor de su hermano, el mítico señor Cyrus Benthoek, y con el misterioso doctor Ralph Channing, cuando ambos «se dejaron caer», según le encantaba decir a Channing «para saborear el ambiente vigorizante». Se vio acorralado por el cardenal jubilado Piet Svensen de Bélgica, trasladado a Roma para instalarse en las salas de consulta de la secretaría. En la parte inferior de la escala, le resultó útil establecer cierto tipo de contacto con el ayudante de Aureatini, el arzobispo Buttafuoco, que se caracterizaba por su escasa inteligencia y su debilidad por el chismorreo.

Gladstone no vio una sola vez a Damien Slattery durante aquellos primeros días ajetreados del mes de mayo. Pero en su capacidad de agente doble, se mantuvo necesariamente en contacto con Lucadamo. Como medida de precaución y debido a las múltiples obligaciones de ambos durante el día, no les quedaba más remedio que reunirse tarde por la noche y lejos del Vaticano.

Una de dichas reuniones marcó un nuevo rumbo para Gladstoneo El 4 de mayo se reunieron para comer juntos un bocadillo en un café del distrito de Trastevere. Como de costumbre, Chris presentó un informe breve pero detallado de lo que había descubierto. Pero también tenía una protesta. Estaba preocupado por el retraso en la búsqueda del misterioso sobre doblemente sellado, oculto todavía en algún lugar de los archivos secretos.

El jefe de seguridad se mostró compasivo. Compartía el anhelo de Gladstone por encontrar dicho sobre. Sin embargo, le recordó a Chris que el horario del cardenal Orlando era ahora más irregular que nunca, y así seguiría hasta concluido el congreso. La búsqueda tendría que esperar hasta entonces.

-En ese momento -advirtió Lucadamo-, usted y Giancarlo Terragente tendrán que trabajar solos. De un modo u otro, estaré con su santidad todas las horas del día. Desde el momento en que el Santo Padre dé la bienvenida a los cardenales mañana por la noche, hasta que regresemos de Rusia el día 13, no pienso perderlo de vista.

-Consuélese, Giusti. De la forma en que Maestroianni, Palombo, Pensabene y Aureatini manipulan a sus eminencias, sería un gran alivio salir de Roma. Ojalá pudiera ir con ustedes.

-Tal vez un alivio para Maestroianni -respondió Lucadamo, que emitió una lúgubre carcajada-. Él, Palombo y los demás están impacientes para que el papa abandone Roma, a fin de manipular el Sacro Colegio Cardenalicio a su antojo. Ahora disponen del voto de criterio común de los obispos, para utilizarlo como látigo. Tienen el preciado protocolo de dimisión con las iniciales del Santo Padre. ¿Qué otra cosa necesitan? Cuando su santidad haya abandonado Roma, ¿no sería providencial para ellos que ocurriera algo que les permitiera invocar el protocolo como documento legal? ¡Coser y cantar! El Sacro Colegio Cardenalicio ya reunido se convertiría en cónclave y procedería a la elección del sucesor del papa eslavo. *La comedia é finita!*

-¿Asesinato? -preguntó Gladstone alarmado, al recordar la referencia de Gibson Appleyard a dicha posibilidad, aunque ahora no era Appleyard quien hablaba, sino el sobrio, realista, sereno y profesional jefe de seguridad, que se limitaba a calcular los riesgos-. ¿Habla usted de asesinato?

-Ésa es mi dificultad, Christian. No sé lo que se proponen. No sé cuándo ni cómo intentan llevarlo a cabo, pero parto de la convicción de que ésta será su mejor oportunidad para deshacerse del Santo Padre.

-Pero la idea del voto común era estimular a los obispos y desmoralizar al Santo Padre -respondió Chris, más alarmado que nunca por su propia participación en la intriga, en busca de bases sólidas-. El plan era forzar su dimisión, no asesinarlo. He aprendido a no descartar nada respecto a esa pandilla con la que trabajo. Especialmente después de lo de Aldo Carnesecca. Pero ahora hablamos del papa, Giustino. Además, sus medidas de seguridad durante los desplazamientos papales son herméticas.

-Tal vez. Por lo menos tan herméticas como puedo. No obstante, tengo un extraño presentimiento en mis entrañas. Casi puedo oír la beata declaración de Graziani a Roma y al mundo, de que el papa ha fallecido, dimitido, está en estado comatoso, o lo que sea que hayan organizado.

-Su santidad debe estar al corriente de esas posibilidades, Giustino -dijo Chris, sin saber ahora a qué atenerse-. ¿Le ha sugerido, por ejemplo, que aplace el viaje hasta después del congreso? Sé que es

tarde, pero...

Lucadamo agitó una mano para descartar la idea.

-Es consciente de las posibilidades. Ésa es una de las razones por las que ha insistido en que el padre Damien nos acompañe. Si algo ocurre, no quiere que Slattery esté aquí para que se lo coman vivo.

Gladstone dio un profundo suspiro. Daba la impresión de que el papa casi anhelaba que lo aniquilaran.

-No -exclamó Lucadamo, de pronto pensativo-. Su actitud está relacionada con Fátima. Espera que la Virgen María le mande alguna señal de la voluntad de Dios durante esta peregrinación. No estoy seguro de lo que eso significa. Alguna indicación de la voluntad de Jesucristo para su pontificado, supongo. Y para la Iglesia. Pero sea lo que fuere, su santidad está seguro. Me ha dicho con estas mismas palabras que, independientemente de los motivos de los demás, de lo que haya motivado a los gobiernos en cuestión a invitarlo y de lo que motive a Maestroianni y a los demás, todos han hecho esta peregrinación posible «en la providencia de Dios». Éstas fueron sus palabras, Christian: «en la providencia de Dios».

En términos absolutos, Gladstone sabía que el sumo pontífice tenía razón. En definitiva, todo formaba parte de la providencia divina. Pero dada la historia reciente, no tenía palabras para expresar su preocupación por lo que su santidad pudiera hacer con dicha providencia.

Por la tarde del viernes 5 de mayo, la víspera de la inauguración del congreso, el cardenal secretario Graziani suministró un informe elaborado por su personal a cada una de sus eminencias. El despacho contenía tres documentos: un informe meticulosamente tabulado del voto de criterio común, acompañado de pruebas y declaraciones de los miembros de la junta de agosto del cardenal Graziani, una fotocopia del documento De *Successione Papali,* acompañado de declaraciones juradas de los cardenales Graziani, Maestroianni y Aureatini, y un sumario del estado de salud de su santidad, que era preocupante. Por separado, una carta firmada por el cardenal secretario de Estado hacía hincapié en que no debía discutirse aquel material en público ni a nivel colegial, pero que sus eminencias podían comentarlo en privado con las «autoridades pertinentes».

Aquella misma tarde, desde una cabina de control en el primer piso del anfiteatro de la sala de audiencias de Nervi, Giustino Lucadamo y dos de sus mejores ayudantes observaban al distinguido público que se reunía para la recepción oficial del sumo pontífice. Los cardenales estaban reunidos, con bastante antelación a la hora prevista para la llegada de su santidad. También estaban presentes los altos dignatarios de todas las congregaciones romanas y los dirigentes de las órdenes religiosas. Los emisarios de las Iglesias anglicana y ortodoxa oriental ocuparon sus lugares en las filas semicirculares. La expresión en sus rostros parecía una mezcla de satisfacción y expectativa. Lucadamo se interesaba particularmente por los jerarcas romanos que habían participado en la histórica reunión en Estrasburgo de la cábala antipapal. Los buscó con paciencia entre la muchedumbre. Ninguno estaba ausente.

-A donde está el cadáver -recordó Giustino las palabras de Jesucristo en el evangelio-, acuden los buitres.

A las nueve y media de la mañana del 6 de mayo, su excelencia Alberto Vacchi Khouras se presentó de improviso en el monasterio Jasna Gora de Czestochowa, en el sur de Polonia, para entrevistarse con el abad Augustin Kordecki. Su excelencia le comunicó al abad que estaba allí oficialmente, como nuncio apostólico de Varsovia, y que deseaba dirigirse a toda la comunidad de monjes sobre un asunto de máxima importancia. El abad llamó al sacristán, quien a su vez citó a los monjes. Cuando estuvieron reunidos, su excelencia declaró que la noticia que estaba a punto de compartir debería quedar sellada por el secreto confesional.

Satisfecho de que todos comprendían la gravedad de la pena por la violación del secreto, al nuncio papal le complació anunciar que, después de los severos rigores de su viaje a Ucrania y Rusia, el Santo Padre efectuaría una visita privada al monasterio. Para asegurar su privacidad, su santidad y unos pocos acompañantes llegarían de incógnito. Ningún miembro de la comunidad, salvo unos pocos monjes necesarios para atender a las necesidades de los visitantes, tendría acceso a los aposentos del sumo pontífice ni a sus seis habitaciones adjuntas. El grupo papal comería solo, y aunque pasarían la mayor parte del tiempo en sus aposentos, habría ciertas áreas del monasterio vedadas a la comunidad. Se

mencionaron específicamente la capilla gótica de Nuestra Señora, la iglesia de la Asunción, la biblioteca y el refectorio.

Durante los días en cuestión, los monjes utilizarían la capilla de la Última Cena para sus ceremonias. Si se producía algún encuentro casual entre los miembros de la comunidad y el grupo papal, debería respetarse la naturaleza clandestina y de recuperación de la visita. Es decir, no se toleraría la comunicación ni intercambio de palabra alguna.

-En realidad -declaró amablemente su excelencia-, los conmino a todos a sumirse en la soledad y el silencio reflexivo de tres días de ejercicios espirituales, a partir del 12 de mayo. Los aparatos de televisión y de radio se guardarán bajo llave. Ningún monje abandonará el monasterio, ni entrará nadie del exterior. Las líneas telefónicas permanecerán desconectadas durante la visita del papa. Convirtamos dicho período en tiempo de oración y penitencia, durante el cual le pediremos a Dios que otorgue a nuestro papa y a nuestros obispos una nueva sabiduría para una nueva era.

Poco después de las diez y media, habiendo cumplido con sus instrucciones al pie de la letra, Vacchi Khouras se despidió del abad y subió a su limusina, para emprender el viaje de doscientos kilómetros de regreso a Varsovia.

Kordecki observó el elegante Mercedes, con sus banderas ondeantes sobre los guardabarros, que se deslizaba por el camino en dirección a la autopista. El 12 de mayo, no tendrían más remedio que cerrar Jasna Gora como se les había ordenado. Desde aquel momento y hasta que se marchara el papa, debería mantenerlo todo en secreto. Sin embargo, como polaco sabía lo que ningún palestino como Vacchi Khouras, ni ninguno de sus maestros en la secretaría del Vaticano, aprendería jamás. Kordecki compartía en sus huesos el vínculo que había unido siempre al papa eslavo con su pueblo. Sabrían que estaba entre ellos. Sabrían que corría peligro. A pesar de las precauciones y de la seguridad, de algún modo lo sabrían.

A las nueve y media de la mañana del 6 de mayo, Christian se asomó al anonimato de un pequeño balcón en el primer piso de la sala de audiencias de Nervi, a fin de ver desfilar a los príncipes de su Iglesia para la inauguración del congreso general del Santo Padre.

A pesar de que todos llevaban sus cruces de gala y sus capas de armiño, lo que más impresionó a Gladstone no fue su esplendor, sino su lastimosa apatía. Sabía que no muchos estaban cortados con el mismo patrón que su eminencia de Centurycity. La mayoría eran probablemente como Jay Jay O'Cleary. Pero todos y cada uno de ellos eran esenciales para los planes de Maestroianni, de desmantelar la tradición católica a la que pertenecían y a la que debían su única muestra de identidad eclesiástica.

-Serían incapaces de matar una mosca, ¿no le parece, muchacho? -dijo el padre Damien, mientras se instalaba sigilosamente en una silla junto a Gladstone.

-¡Slattery! -exclamó Chris, con la mayor alegría de las últimas semanas al oír su potente voz-. ¿Dónde se había metido? Se ha perdido un montón de cosas.

La verdad era que Damien no se había perdido nada. Había visto al papa por lo menos una vez todos los días durante el último mes, hasta acabar la redacción y edición de las dos encíclicas, según las especificaciones de su santidad. Luego había supervisado la impresión de ambas encíclicas, listas para el congreso. Pero puesto que había jurado no mencionar a nadie dicho trabajo, mantuvo su atención en la ceremonia.

-No me sorprende que Jesucristo liquide esta organización católica, Chris -dijo Slattery, mientras veía al cardenal Pensabene que hablaba seriamente con un grupo de prelados de su antiguo campo de batalla en América latina-. Otros diez años en manos de gente como ésa y la organización de la Iglesia estará destruida. Aunque ahora supongo que sabemos lo suficiente para no sorprendernos. Después de todo, eso era lo que se proponían.

-No estoy sorprendido -respondió Gladstone, que se inclinó hacia adelante para ver mejor-. Sólo asqueado. Decepcionado. Frustrado. Y, para serle sincero, a veces desilusionado con el papa. La mitad del tiempo no lo comprendo. Pero no crea que estoy dispuesto a abandonarlo. Él es Pedro, a pesar de sus defectos. Dondequiera que esté, allí se encuentra la Iglesia de Jesucristo. Además, es el obispo de Roma. De modo que aquí me quedo, religiosa y físicamente.

-Estoy con usted en todo lo que ha dicho, Christian -admitió Damien en un susurro, cuando se hacía un silencio en el anfiteatro-. Sin embargo, seríamos unos imbéciles si no supiéramos que estamos

contemplando la columna vertebral esclerótica de una organización eclesiástica que no sirve con fidelidad a Dios ni con eficacia a los hombres.

Exactamente a las diez, llegó el papa eslavo, y se dirigió con paso lento pero seguro a la presidencia de la asamblea. Con unos gestos que se habían convertido en familiares para todo el mundo, levantó la mano derecha y sonrió para saludar a los eminentes cardenales y también eminentes invitados. Con la mano izquierda, acarició levemente su cruz pectoral que colgaba de una cadena de oro. En todo momento manifestaba de manera inconfundible buena salud, confianza y alegría. Su santidad abrió el congreso con una invitación a que todos se levantaran y rezaran con él una oración al Espíritu Santo: « *Veni, Sancte Spiritus.»* Acto seguido, monseñor Sadowski colocó una carpeta sobre el atril, frente al sumo pontífice.

-Venerables hermanos -dijo el Santo Padre, mientras abría la carpeta-. Tengo tres documentos para su consideración. Los dos primeros son exhortos para la Iglesia universal. El tercero contiene modificaciones canónicas de la legislación eclesiástica vigente, que regula el papado...

Con dichas palabras como preámbulo, su santidad convirtió su discurso ante la primera sesión del congreso general en un golpe demoledor para muchos cardenales y en una sorpresa para todos.

Empezó con la carta que declaraba como enseñanzas infalibles las prohibiciones de la anticoncepción, de la actividad homosexual y de todas las formas de culto satanista, bajo pena de excomunión automática. Luego pasó a la segunda carta, en la que declaraba como dogma de fe católica que la ayuda sobrenatural de Dios, o la gracia divina en el lenguaje tradicional de la Iglesia, llegaba a través de una función especial otorgada a la Santísima Virgen María como madre de Jesucristo. Por consiguiente, debía ser reverenciada como mediadora de todas las gracias.

El texto de aquellas dos epístolas ex cáthedra no era todavía definitivo, les comunicó su santidad a sus eminencias. Dejaba ahora dichos documentos en sus manos, a fin de que durante su ausencia de cinco días en las tierras de Europa oriental tuvieran la oportunidad de estudiarlos, comentarlos, criticarlos y mejorarlos. Con su colaboración, confiaba en promulgar ambas encíclicas poco después de su regreso a Roma el 13 de mayo.

El Santo Padre dedicó menos tiempo al protocolo de dimisión, en su forma definitiva. Explicó que había estampado sus iniciales en el documento *De Successione Papali* con un solo propósito: para ahuyentar los temores filiales de muchos de sus venerables hermanos, de que la Iglesia pudiera quedarse de pronto sin una cabeza elegida capaz de gobernarla. Según sus términos, el acuerdo alcanzado con sus cardenales se limitaba a una sola vez y una sola aplicación. Pero también aquel documento, si sus eminencias lo estudiaban detenidamente, podría proporcionarles alivio a sus preocupaciones e inducirlos a la reflexión durante su ausencia.

-Y ahora, mis venerables hermanos...

Aquéllas fueron las últimas palabras que Gladstone oyó del discurso del papa. Uno de los ayudantes de Giustino Lucadamo se había acercado al palco, y en aquel preciso momento le puso la mano en el hombro.

-Hay una crisis, monseñor. Venga conmigo.

CINCUENTA

-No lo sabemos, Chris. Puede que Declan esté muerto. Puede que ahora ya todos hayan muerto. ¡No lo sabemos!

¿El hijo de Paul muerto? ¿Aquel querido niño de mirada alegre, vibrante y curioso, arrebatado en el umbral de su vida? A los pocos minutos de la angustiosa llamada de su hermano desde Bélgica, Gladstone se trasladaba al aeropuerto en un vuelo en helicóptero organizado por Giustino Lucadamo. También gracias a Lucadamo, Alitalia retrasó su salida a Bruselas «por razones compasivas relacionadas con un distinguido miembro de la Santa Sede»; y la mera mención del nombre de Paul Gladstone como secretario general de la CE, bastó para que la OTAN mandara un helicóptero al aeropuerto de Bruselas, para trasladar a Christian al lugar del accidente. El apresurado desplazamiento desde el helipuerto del Vaticano hasta el complejo de las cuevas Danielle duró a lo sumo cuatro horas, pero con el peligro de muerte que pesaba sobre su sobrino en Bélgica y un peligro igualmente grave para su papa y el papado en Roma, a Chris le pareció una eternidad. Pero por fin logró controlar sus emociones y pensar con

serenidad.

Tardó unos segundos en tranquilizar a su hermano y obtener la información esencial. Con frases entrecortadas, Paul contó que Deckel formaba parte del grupo de jóvenes espeleólogos elegidos para una expedición de tres días en la Danielle Mayor.

-¿Cómo podía haberme negado?

Paul estaba a punto de derrumbarse. Declan estaba muy emocionado y lo habían organizado todo meticulosamente. El jefe de la expedición era un guía con mucha experiencia. Mantendrían contacto radiofónico con un centro de control en la superficie. El grupo llamaría una vez cada hora. Habían penetrado en la Danielle Menor el 1 de mayo. Entraron en la Danielle Mayor el 2 de mayo. Todo era correcto. Luego, el 3 de mayo, cuando se disponían a emprender el camino de regreso por las cavernas, se percibió un temblor en la superficie y se perdió todo contacto con los exploradores. Descendió un equipo de rescate. Al cabo de dos horas mandaron el peor de los mensajes posibles: ¡un derrumbamiento!

Paul y Yusai habían pasado los dos días siguientes junto a la entrada del complejo Danielle. La Sociedad Real Belga de Espeleólogos había mandado una serie de equipos, para turnarse en la peligrosa tarea de abrir túneles en los escombros. Pero cuando llamó Paul, empezaban a perderse las esperanzas y se hablaba de muerte.

Desde su llegada a Bélgica, Chris tuvo la sensación de desplazarse por un lúgubre sueño en blanco y negro. El helicóptero de la OTAN que lo trasladó a la cueva surcó velozmente un paisaje empapado por una persistente llovizna. Paul y Yusai estaban pálidos y aturdidos por la aflicción. Los expertos que informaron a Christian, lo hicieron en una confusa mezcla de terminología técnica. Pero cuando lo llevaron bajo tierra para que se hiciera una idea más concreta de la situación, todas las palabras técnicas se convirtieron en una dura realidad. Los temblores sísmicos no habían cesado. Las condiciones bajo tierra empeoraban. Era peligroso penetrar incluso en la Danielle Menor. Nadie sabía cuál era la situación, o lo que podía ocurrir a continuación, en el sector de la Danielle Mayor gravemente afectado, al que intentaban llegar. Se hablaba de suspender la operación de rescate, para evitar la pérdida de otras vidas en el esfuerzo.

Hacia la medianoche, el encargado de la busca aconsejó a los Gladstone que se fueran a su casa de Deurle para descansar unas horas.

-Seguiremos mientras podamos -les aseguró-. Son sólo unos minutos en helicóptero y los avisaremos al menor indicio.

Calados hasta los huesos por la bruma y la llovizna, regresaron los tres a «Guidohuis», donde Hannah Dowd y Maggie Mulvahill, carcomidas también por la preocupación, esperaban cualquier asomo de noticia. Cuando acabaron de ponerse ropa seca, había sopa caliente y una buena hoguera en la chimenea de la sala de estar. Todos sabían que pasarían la noche en vela.

Yusai apenas hablaba. Chris percibió que había cierto toque de fatalismo en sus reacciones, pero que, independientemente de lo que sucediera en su corazón, sólo su autocontrol compensaba su sufrimiento. Durante un rato inventó pequeñas labores para mantenerse ocupada, hasta que, dominada por el cansancio, se acurrucó en un sillón al otro lado de la sala y se sumió en un aislamiento silencioso.

Con Paul sucedió lo contrario. Cuando llegaron a su casa, lo que quería era hablar. Primero habló con su hermano de las posibilidades de que Declan y los demás siguieran vivos. Sabía que llevaban consigo gran cantidad de agua, lo repitió una docena de veces. Pero ahora, probablemente, se les habría acabado la comida. ¿Y el aire? ¿Y si no habían quedado sólo atrapados por el derrumbamiento? ¿Y si estaban sepultados?

-¡Oh, Dios, que estás en los cielos! -exclamó Paul, al borde de un ataque de nervios-. ¡Detesto pensar en las posibilidades! Dime, Chris. ¿Por qué no puede el Señor limitarse a salvar a mi hijo sin tanta angustia? ¿Qué ha hecho mi pequeño Deckel para merecer una muerte tan horrible en la oscuridad, el frío y la porquería de ese lugar?

En efecto, pensó Christian. Sabía que Paul, en lugar de contender con Dios, lo que hacía era intentar comprender un antiguo misterio: la razón del sufrimiento humano.

-No creo que sea cuestión de lo que Deckel merece, Paul -respondió Christian, de la única forma en que era capaz-. Jesucristo también es inocente. En realidad, *es* la inocencia. La inocencia encarnada. Pero sufrió por tus pecados y los míos y los de todos nosotros, como hijo de Dios.

-¿Expiación? -farfulló Paul, mientras se pasaba las manos por el cabello-. No puedo imaginar que Dios descargue su ira o su displicencia en un niño, por los pecados de los mayores. Sé que no soy el mejor de los católicos, pero he hecho cuanto he podido en difíciles circunstancias... ¡No, Dios mío! -Saltaron chispas y se alzaron las llamas, cuando Paul se levantó de su sillón y dio un puntapié a los troncos de la chimenea-. Ya no hay lugar para esas mentiras.

»Dios sabe que amo a mi hijo. Es el orgullo de mi vida. Haría cualquier cosa por salvarlo. Al igual que Yusai -exclamó mientras miraba a su esposa, que levantó la cabeza alarmada por su arrebato-. Y Dios sabe que le he ofrecido todas las ventajas materiales -prosiguió, antes de sentarse de nuevo junto a su hermano mayor-. Me he esforzado por prepararle para un mundo sin precedentes. Me he esforzado en contribuir a forjar dicho mundo. Ésa es la razón por la que mi aceptación en la gran logia de Israel era tan importante. ¿Lo recuerdas, Chris? Te lo conté. Lo de Jerusalén y Aminabad y lo muy cerca que me sentí de Dios y de los demás seres humanos en la cima de aquella montaña. Pero mi hijo no ha acabado en la cima de una montaña, ¿no es cierto? ¡Está en ese maldito agujero helado!

»Me pregunto si llegas a comprender lo justo que parecía aquel momento en Aminabad -continuó Paul, con lágrimas que le rodaban por las mejillas-. Repleto de espléndidas promesas. Luego, los dos primeros juramentos fueron tan fáciles: el ingreso como aprendiz y el ingreso como miembro. Tan fácil, tan gratificante. El tercer juramento también fue sencillo. Después de todo me convirtió en maestro masón, me abrió todas las puertas. Pero éste supuso un costo especial para mí. Y también para Declan y para Yusai. ¿Y sabes por qué? Por la simple razón de que prestar ese juramento fue como cortar una cinta con unas tijeras. Fue como matar algo en mi interior, algo que siempre había formado parte de nuestra familia y de nuestras vidas en «La casa azotada por el viento».

»Pensé que no tenía importancia. Eran sólo bobadas de antaño caídas en desuso, de las que podía prescindir, y eso fue exactamente lo que hice. Incluso aquí y ahora, he calculado las posibilidades de vida y muerte de mi hijo en términos de aire, agua y comida.

-¿En serio, Paul? -preguntó Christian, con una voz tan suave como las llamas de la hoguera-. ¿Lo has abandonado todo?

Qué extraño, pensó Paul, que una pregunta tan amorosa de su hermano le causara tanto impacto. Su respuesta debía ser sincera, pero clara.

-Sí --dijo-o No soy yo en quien pienso, Chris, sino en Declan. En lo que nunca he pensado en ofrecerle. En todas esas cosas que tú, Tricia y yo respiramos como el aire en «La casa azotada por el viento». Le he privado de ese sentido inocente de confianza en la omnipotencia divina. Del amor de Dios. De sus milagros. Ni siquiera le he enseñado a rezar. Le he dejado sin defensa alguna ahí abajo en la Danielle. ¿No es increíble?

»De modo que puede que tengas razón, Chris. Tal vez cuando Dios puso a ese niño en nuestras manos, las de Yusai y las mías, dijo: «Éste es mi regalo, cuidad como es debido de él.» Y tal vez ahora Dios nos está diciendo: «Si no podéis cuidar mejor de él, he decidido quitároslo.» -Desprovisto de sus propias defensas, Paul quedó reducido a una agonía desnuda-. ¡Dime! ¿Qué debo hacer? Estoy dispuesto a morir para salvar a Deckel, si eso es lo que Dios desea. ¿Es eso lo que hay que hacer, Chris? ¿Aplacaría eso a ese Dios que ahora parece cobrarse al hijo que nos regaló? ¿Qué pretende de mí? ¡Dímelo!

Christian ya había oído bastante. Tal vez no podía hacer nada para ayudar a Declan, pero no permanecería impasible mientras su hermano se flagelaba con una aflicción inútil, o se atormentaba con su ira y autocompasión.

-¿Te has escuchado a ti mismo, Paul? ¿Has oído las preguntas que me hacías? Me has preguntado por qué te retira Dios su regalo. Intenta darle la vuelta a la pregunta. Dime, Paul, ¿por qué debería dejar Dios su regalo en tus manos? Recibiste el regalo y olvidaste a quien te lo ofreció. ¿Qué diablos has hecho con Dios, salvo escupirle en la cara?

»Preguntas qué pretende Dios de ti. Yo no tengo respuestas infalibles, ningún comunicado especial de las alturas, ninguna premonición del futuro, como nuestra madre, pero eso sí puedo responderlo. Has sido astuto para negociar con el espíritu de codicia, inteligente para sumirte en pecado mortal. Ahora, intenta hacer lo que dijo Jesucristo. No precisas tanta inteligencia para negociar con Dios. No es necesario que te traslades a la cima de Aminabad para hacer un trato con Él. Dile lo que quieres y lo que estás dispuesto a hacer para conseguirlo. Devuélvele a Dios tu alma ¡y puede que Él te

devuelva su regalo!

-¿Paul? -exclamó Yusai, que era la primera en reconocer que se había convertido al catolicismo sin aprender mucho sobre el cristianismo, pero acababa de comprender perfectamente a Chris-. ¿Paul? -repitió por segunda vez.

Pero fueron sus ojos los que indujeron a su marido a arrodillarse junto a ella y abrazarla. Aquellos ojos que brillaban con las lágrimas de una dignidad impotente, sin par en todo el universo divino. Aquellos ojos que brillaban con las lágrimas de Raquel.

Y así permanecieron los tres, silenciosos en su aflicción y su esperanza, hasta que el suave pero persistente timbre del teléfono invadió aquel sagrado momento.

-¿Puede repetirlo? -preguntó Christian, que era el más cercano al teléfono y había contestado-. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

-Régice Bernard, monseñor. Giustino Lucadamo me ha llamado. Soy un viejo amigo de su tío. Me ha hablado del niño atrapado en el derrumbamiento de la Danielle. ¿Todavía no lo han encontrado?

Chris decidió que era típico de Dios mandar a un enorme toro valón como Régice Bernard en el helicóptero de su empresa, para indicar que Él estaba dispuesto a actuar aunque Paul no estuviera en condiciones de hacerlo.

Bemard era muy activo: agudo, ordenado y listo para entrar en acción. Al percatarse de que Paul y Yusai no estaban en condiciones de tomar decisiones claras, llamó a Chris al estudio, y le explicó con la mayor brevedad posible lo que Giustino ya sabía y por qué había llamado. Era un robusto setentón, que dirigía su propia empresa de construcción pesada en su ciudad natal de Lieja. Durante la invasión alemana de 1940, era un mocetón adolescente, que se refugió en los bosques de las Ardenas con los maquis. Y puesto que la red de túneles y cavernas que entrecruzaban su país natal eran indispensables para él y sus compañeros de la Resistencia, conocía los sectores mayor y menor del complejo de la Danielle como la palma de su mano. Pero lo más importante era que también conocía sectores de la Danielle Mayor que no figuraban siquiera en los mapas. Además, conocía otro acceso al laberinto, una segunda entrada situada a unos cinco kilómetros de la entrada conocida a través de la Danielle Menor.

-A decir verdad -le dijo a Chris-, conozco entradas y salidas de esas cavernas que pondría a esos espeleólogos que dirigen la búsqueda verdes de envidia. Ésa es la razón por la que Giustino me ha llamado. No digo que encontremos al niño vivo, monseñor. De eso no tenemos ninguna garantía. Pero si existe alguna forma de llegar hasta él, sé que puedo encontrarla. Por consiguiente, si usted está dispuesto...

-¡Lo estoy, señor Bernard! -respondió Chris, que reconocía el tono de la esperanza cuando lo oía-. Y le estoy agradecido. Llamemos al equipo de rescate. Estoy seguro de que colaborarán. Luego concédame un minuto para explicarles la situación a mi hermano y a su esposa.

La actividad fue frenética durante la media hora siguiente. Más que peticiones al jefe de la operación de rescate, Régice Bernard le dio órdenes tajantes. Yusai, esperanzada de nuevo, corrió a darles la noticia a Hannah y Maggie, antes de ponerse ropa de abrigo. Paul, demasiado nervioso para estarse quieto, le pidió a Chris que esperara con él fuera de la casa.

-No creo que sea inusual, Chris, oír una confesión mientras se camina por el jardín -dijo Paul, que no dejaba de andar de un lado para otro, junto al helicóptero de Bernard, que se hallaba posado al lado del huerto-. No sé siquiera si tú tienes las facultades confesionales necesarias. Recuerdo de mi época en el seminario, que no todos los sacerdotes están autorizados a perdonar ciertos pecados...

-No -exclamó Christian, para interrumpir las divagaciones de su hermano-. No es inusual. Ni tampoco lo es que un sacerdote absuelva a su propio hermano. Pero tengo las facultades necesarias y todo está permitido en un caso de necesidad.

En el tiempo que tardaron los rayos de un gris plateado para perforar las nubes del horizonte de levante, aquel domingo por la mañana del 7 de mayo, Dios decidió cobrarle a Paul Gladstone su parte del pacto. Con suma sobriedad y todavía temeroso por la suerte de su hijo, el estadista pródigo hizo su primera confesión válida en quince años. Pidió la absolución por sus pecados, que habían culminado en Aminabad con su renuncia de la salvación de Jesucristo, en favor de su dedicación ambiciosa y orgullosa al reino de este mundo. Dada la gravedad de su culpa, solicitó una severa penitencia. Y dada la promesa de Chris de paciencia y misericordia infinitas, pidió que se le otorgara el perdón y la paz en la

absolución de sus pecados.

Christian accedió a la primera petición, en términos que ambos sabían que podrían interrumpir la ascendente carrera de Paul. Y acababa de acceder a la segunda, cuando apareció Régice Bernard acompañado de Yusai. Chris le dio a su hermano unas pocas explicaciones apresuradas y un fuerte abrazo. Luego Paul dio media vuelta para ayudar a Yusai a subir al helicóptero y se instaló junto a ella.

-¿No nos acompaña, monseñor? -preguntó el robusto belga, mientras estrechaba la mano que su nuevo y joven amigo le tendía, para despedirse de él y darle las gracias.

-Independientemente de lo que ocurra en esas cuevas, señor Bernard, tengo una deuda con usted que nunca podré pagar. Pero en estos momentos, ésta no es la única situación de vida o muerte. Aquí he hecho todo lo que he podido. Ahora debo regresar a Roma.

Si el cardenal Maestroianni hubiera sido creyente, habría atribuido a una intervención divina el hecho de que el papa eslavo cediera una vez más y lo nombrara camarlengo. Pero en su caso, lo atribuyó al flujo de la historia, a su propia habilidad negociadora y al deseo del sumo pontífice de conservar la paz como fuera. Pero de todos modos, como chambelán del papa, su eminencia gozaría del poder necesario para gobernar la Iglesia, durante el crítico período de la visita del Santo Padre a Rusia.

No obstante, incluso a pesar del aroma a victoria que impregnaba el ambiente, Maestroianni sabía que no podía tumbarse a descansar en los laureles. Aquel domingo se levantó bastante antes del amanecer, para repasar los riesgos y las alternativas a los que él y sus colegas se enfrentarían durante los siete días siguientes. A las siete estaba listo para un último repaso, con los miembros clave de la junta en su ático. Con aquella misma sensación de triunfo que alentaba su espíritu, el compañero permanente de Maestroianni, el cardenal Silvio Aureatini, fue el primero en llegar. Pero los demás, Leo Pensabene -cardenal prefecto de la congregación de obispos-, Noah Palombo -director del Consejo Internacional de Liturgia Cristiana- y el cardenal secretario de Estado Giacomo Graziani, le pisaban los talones.

En primer lugar, quiso asegurarse de que los cinco tuvieran claros los planes y las contingencias. Perfectamente conscientes de los detalles del itinerario del papa eslavo, desde su partida al día siguiente hasta su programado regreso el 13 de mayo, tenían excelentes razones para suponer que su santidad padecería una crisis de salud.

-O por lo menos -agregó elegantemente Pensabene-, de fuerza mayor y circunstancias imprevistas.

-Hablando de fuerza mayor -dijo Maestroianni, dirigiéndose al secretario de Estado-, ¿puede confirmarnos que monseñor Jan Michalik ha sido debidamente informado?

-Completamente, eminencia. Ayer por la tarde estuve con él y con el doctor Fanarote.

Graziani se sentía muy orgulloso de sí mismo, cuando repitió la conversación para sus compañeros.

Michalik era muy conocido de todos los que escuchaban al secretario. Era un pequeño burócrata egoísta de la Secretaría de Estado, alto y delgado, italiano de ascendencia polaca, que hablaba perfectamente el polaco y tenía unos ojos de lince para los detalles. Como era de esperar, consideraba que estaba en su derecho a viajar con el papa, como miembro de su séquito personal. O, para ser más exactos, como vigilante personal de Graziani.

Era evidente que el doctor Fanarote se había mostrado menos acomodadizo. Graziani recordó la incredulidad del médico, cuando le dijo que no sólo debía comunicarle a monseñor Michalik la menor variación en el estado físico de su santidad, sino que el monseñor tomaría todas las decisiones en dicho campo. Fanarote había sido lo suficientemente sensato para limitar sus objeciones al terreno profesional. No podía comentar el estado de salud de su santidad con una tercera persona, dijo, sin que lo autorizara el propio Santo Padre.

Sin alterarse por la indignación de Fanarote, Graziani se había limitado a observar que sin duda alguien tan extraordinario como su santidad comprendería que su médico no estuviera en condiciones de acompañar al Santo Padre en un viaje tan excepcional. Ante la alternativa de obedecer a Graziani o abandonar al papa, Fanarote se había declarado servidor de su santidad. A partir de ahí, todo había quedado comprendido.

-Bien hecho, eminencia -dijo Maestroianni, satisfecho.

El informe siguiente, también satisfactorio, se refería a los preparativos de su excelencia Alberto Vacchi Khouras, nuncio apostólico de Varsovia, con el abad Kordecki de Czestochowa. Allí todo estaba

listo. Eso sólo dejaba dos asuntos importantes, aunque menos problemáticos, por repasar: la dirección de los cardenales durante la ausencia del sumo pontífice y el control de la opinión pública, hasta encontrar una solución a la incertidumbre sobre el estado de salud del sumo pontífice.

Como camarlengo, el propio Maestroianni dirigiría a los cardenales en sus debates y deliberaciones. Aunque la atención del consistorio se centraría ostensiblemente en las dos encíclicas propuestas por el papa eslavo, la realidad del juego de poder dictaría otro programa dedicado a la valoración del voto de criterio común, y a las consecuencias del mismo para el futuro del papado romano. En lo concerniente a la opinión pública, el cardenal Aureatini había convocado una conferencia de prensa a las cinco de la tarde de todos los días de la peregrinación del papa. Había encargado aquella importante tarea al arzobispo Buttafuoco. Su responsabilidad consistiría en librar un comunicado sobre el viaje del Santo Padre y ofrecer declaraciones preparadas de antemano, sobre el devoto proceso del consistorio.

El cardenal camarlengo Cosimo Maestroianni clausuró la reunión con tiempo más que suficiente, para notificar a sus correspondientes en el extranjero la disposición inminente del papa eslavo debido a su estado de salud. Llamó en primer lugar al cardenal jubilado Svensen, que había regresado a Bélgica, luego a Cyrus Benthoek, de nuevo en su cuartel general londinense, y por último al doctor Ralph Channing, en la ciudad de Nueva York. Maestroianni sabía que era suficiente. Cuando aquella noche empezó el concierto Shoah, los amigos y aliados en aquel grave proyecto estarían advertidos.

Cuando regresó al Angelicum, Christian se encontró con un mensaje de Damien Slattery. Su primera llamada fue a «La casa azotada por el viento».

-¡Recuerda mis palabras, Chris Gladstone! -exclamó Cessi, que recibió la noticia sobre Deckel con la altanería que siempre irritaba a sus enemigos y provocaba una sonrisa en sus amigos-. ¡El destino de mi nieto no es perecer en las entrañas de una húmeda caverna subterránea!

-No si Régice Bernard puede evitarlo -respondió Christian-. Te lo comunicaré en el momento que sepa algo. En estos momentos necesitamos muchos milagros, mamá; no pares de rezar. Ni tampoco Tricia. ¡Ella tiene una comunicación especial con el cielo!

Gladstone estaba a punto de llamar a Slattery, cuando éste se le anticipó desde la Casa del Clero y le ahorró la molestia. Se interesó por el rescate de Declan, pero rehuyó las preguntas de Chris sobre acontecimientos en Roma.

-Lo primero es lo primero, muchacho. Lucadamo confiaba en que llegara a tiempo para una última sesión, antes del viaje a Rusia. Y yo tengo un montón de trabajo, antes de salir mañana con el sumo pontífice. Puede que me reúna con usted y Giustino esta noche, después del concierto Shoah.

Al igual que la angustiosa llamada de su hermano y su descenso a las cavernas Danielle, el concierto de conmemoración Shoah se convirtió en una pesadilla para Christian.

Cuando el papa eslavo entró por la puerta este de la sala de audiencias de Nervi, lo único que Gladstone alcanzaba a ver era un océano de caras, que seguían el progreso del sumo pontífice por la alfombra roja del pasillo central que descendía ligeramente. Cinco mil hombres y mujeres se pusieron de pie, para saludar con solemnidad y respeto.

En un momento dado, logró ver con claridad a su santidad, acompañado del primer rabino de Roma Elio Toaff a un lado y del presidente italiano Oscar Luigi Scalfaro al otro. Aquella imagen del suelo inclinado y el techo ondulado de la sala que engullían al sumo pontífice y a sus invitados como unas fauces gigantescas, al igual que habían engullido a Christian y a millares a su alrededor, era algo que nunca olvidaría. Vio cómo los tres líderes se acercaban al final del pasillo, donde seis supervivientes del holocausto, en memoria de los seis millones de judíos perecidos horriblemente en la solución final nazi, habían encendido las siete velas de un enorme candelabro. Observó al papa, al rabino y al presidente cuando se instalaban en tres tronos idénticos, símbolos de su igual dignidad religiosa y de la gente a la que representaban. Escuchó las variaciones de Max Bruch de *Kol Nidrei,* la oración más significativa del día sagrado por excelencia en el calendario judío, el Yom Kippur, que interpretaba la Orquesta Filarmónica de Londres.

Pudiera ser que fuera aquella versión instrumental. O el grave violoncelo de Lynn Harrell, que evocaba el lamento de aquellos millones de voces acalladas por una muerte cruel. O Tal vez la idea de

Declan atrapado en las oscuras cavernas de la Danielle. O simplemente la fatiga. Pero Christian se sintió magnetizado por la enorme escultura de bronce de Pericle Fezzini, la mayor del mundo según le habían contado, en el fondo del escenario. No podía dejar de mirarla. La figura desnuda se inclinaba hacia adelante, como para atraparlo todo indiscriminadamente con su entramado de brazos y dedos de bronce. Parecía el símbolo perfecto de Shoah. El símbolo perfecto de la vida humana, siempre al borde del caos y la destrucción.

Chris hizo un esfuerzo para alejar la vista del gigante de bronce, del escenario, del papa y del candelabro. Salvo el candelabro, no había allí ningún símbolo judío, católico, cristiano, ni humanista. Sin duda no había nada tradicionalmente romano. Ningún fresco que atestiguara la fe de los anfitriones. Ninguna estatua de ángeles ni de santos. Ningún friso de vivaces *putti* ni de angelicales *ignudi.* Ningún óleo que representara a Jesucristo, a la Virgen María, la vida y la muerte, el cielo y el infierno, o el Juicio Final. Sólo dos ventanas ovaloides con cristales de colores, una en cada muro lateral, le miraban fijamente como los ojos de un pez.

Aquel domingo por la noche, después de que se retirara la muchedumbre y se cerraran las puertas del Vaticano, Chris se dirigió a solas a otro restaurante, para celebrar una nueva reunión secreta con Giustino Lucadamo.

El concierto Shoah no había estado tan mal, se decía a sí mismo. A decir verdad, la velada en general se había caracterizado por una música, unos gestos y unos símbolos exquisitos. Sin duda había sido lo justo, lo cristiano, que el papa extendiera su abrazo a todo el mundo, a los vivos y a los muertos, con unas palabras y un espíritu que hablaban de fraternidad y de armonía. No obstante, el Nervi era un lugar tan versátil, tan telúrico, tan terrenal, que Jesucristo hubiera preferido una larga velada de oración en la capilla del Angelicum, a otra sesión hasta altas horas de la madrugada con el jefe de seguridad del Vaticano.

Sólo cuando llegó al restaurante que Lucadamo había elegido para el encuentro, Chris se percató de que ya había estado antes allí, cuando él y el padre Aldo paseaban juntos por las calles de Roma. Acababa de sentarse a la mesa de un rincón y pedir una cerveza, cuando llegó Giustino acompañado de un hambriento Damien Slattery.

-Al igual que usted, amigo Chris -dijo Damien a forma de saludo-, todos estamos aprendiendo a vivir con poco sueño. Pero tengo la sensación de no haber degustado una buena comida desde hace un siglo.

Mientras sus dos compañeros comían, Chris les contó detalladamente la situación en la Danielle y le dio las gracias a Lucadamo por haber involucrado a Régice Bernard en la operación de rescate. Sin embargo, lo que quería era hablar de Roma.

Slattery le puso al corriente de lo esencial.

-Después de dejar las dos encíclicas en manos de sus eminencias -explicó- y de convertir el protocolo de dimisión en un asunto de conciencia, su santidad hizo dos recomendaciones a los cardenales. Les pidió, evidentemente, que asistieran esta noche al concierto Shoah, y luego anunció un discurso de despedida a los venerables hermanos y al público en general, que tendrá lugar mañana en San Pedro a las nueve de la mañana, antes de su partida, de nuestra partida, al Este.

»Puede imaginar cómo les sentó eso a los cardenales -prosiguió Slattery con una carcajada-, especialmente las dos encíclicas. Pero el Santo Padre no se dio todavía por satisfecho. Con su habitual sangre fría y sin aparentar darle importancia, hizo una última declaración que me dejó casi estupefacto. Recuerdo literalmente sus palabras y usted también las recordará, Chris:

»«A mi regreso a Roma el 13 de mayo», dijo, «y antes de que sus eminencias regresen a sus diócesis este mes, nosotros, como colegio de cardenales, nos proponemos interpretar todos los documentos oficiales del Concilio Vaticano Segundo, a fin de adaptarlos a las enseñanzas tradicionales de la Iglesia católica, apostólica y romana.»

»Los cardenales quedaron literalmente atónitos. Y yo también. Se habría oído el ruido de un alfiler sobre un cojín de terciopelo.

Durante unos instantes, Gladstone quedó también estupefacto. Sin duda la homologación de los documentos del Concilio Vaticano II estaba pendiente desde hacía mucho tiempo. Pero el hecho de que el papa eslavo se incluyera como miembro del Sacro Colegio Cardenalicio, era un nuevo golpe que se

autoinfligía contra su independencia y su supremacía papal.

-Resume todo el problema de su pontificado -exclamó Christian.

Giustino Lucadamo empezaba a impacientarse con ambos. También le preocupaba la independencia y la supremacía del papa, dijo, aunque no por las mismas razones. Tenía todavía la terrible certeza de que en algún momento de la peregrinación papal se invocaría el protocolo de dimisión, aunque aún no sabía cómo lo harían. Ésa, en realidad, era la razón por la que quería hablar con Christian.

-El padre Damien y yo, junto con el resto del séquito papal, nos dirigiremos mañana al aeropuerto de Fiumicino, inmediatamente después del discurso del Santo Padre en San Pedro. Cuando hayamos emprendido vuelo a Kíev, todo estará en el puchero. Y ése debe de ser exactamente el momento que Maestroianni esté esperando.

»Ahora bien, puesto que tanto le aprecia su eminencia, monseñor, puede que le haga ciertas confidencias o que se le escape algún comentario. En otras palabras, es posible que averigüe algo con tiempo para tomar medidas.

Gladstone lo dudaba, pero siguió su lógica.

-Supongamos que descubro algo. Cuando se hayan marchado y su sala de operaciones esté bajo control de Maestroianni, ¿cómo me las arreglo para ponerme en contacto con usted?

Lucadamo escribió la respuesta en un pequeño trozo de papel. -Memorice este número y luego destrúyalo. Es una línea de seguridad del Raffaele. Camarlengo o no, ésa es una vía que Maestroianni no puede controlar. Mi tío sabrá cómo ponerse en contacto conmigo, y sus equipos radiofónicos no tienen nada que envidiar a los del Vaticano.

Chris no lo dudaba. Al recordar su cena con Appleyard y con el señor Giovanni, pensó en que aquel singular caballero sería capaz de resolver cualquier emergencia.

-En realidad -sonrió Chris-, probablemente tendría mucho más éxito que yo para hurgar en los archivos secretos.

-No se preocupe -refunfuñó Giusti, en respuesta a aquella alusión carente de sutileza-. No he olvidado al padre Aldo. Ni su búsqueda del sobre. Comparto su instinto en cuanto a su importancia. Mañana será su próxima noche en los archivos. He avisado ya a Terragente. Se reunirá con usted en la Torre de los Vientos, a la hora habitual. Pero puede que ya no disponga de muchas noches después de ésta, monseñor, de modo que procure encontrarlo pronto.

Chris miró a Slattery con una ceja arqueada. Además del vivo recuerdo de Aldo Carnesecca y de la terrible incertidumbre sobre Declan, esas precauciones y advertencias eran preocupantes. ¿Volverían a verse alguna vez, después de iniciada la peregrinación a Rusia?

-A estas alturas ya debería conocer a Giustino, muchacho -dijo Damien, mientras le daba a Gladstone una fuerte palmada en el hombro-. ¡Cobra para ser pesimista! Además, todavía no ha llegado el momento de que nos despidamos. Aún queda la despedida del Santo Padre mañana a las nueve en San Pedro. Luego, avanzaremos paso a paso.

Bastante antes de las nueve de la mañana del lunes 8 de mayo, Gladstone entró en el centro de control de Lucadamo, en la parte superior de la nave de la basílica de San Pedro.

-Hoy es preferible ver que ser visto -dijo Chris para saludar a Giusti, antes de instalarse en una silla junto a él.

A las ocho de la mañana, el número de asistentes superaba ya los quince mil. A las ocho y media, Lucadamo calculó que entre la basílica y la plaza la muchedumbre era de unos ciento veinte mil. A las nueve menos cuarto, empezaban a levantarse las cabezas y los dedos del público a señalar, en un intento por vislumbrar a los importantes personajes que ocupaban los dos semicírculos de sillas, unas cien en total, situadas a ambos lados de la nave, cara al trono papal y al altar mayor.

A la derecha del trono, se reunieron los cardenales con su atuendo escarlata. A la izquierda, un número superior de obispos ofrecía su propio espectáculo de mitras y ropajes ceremoniales. Más de la mitad de los miembros del cuerpo diplomático en Roma ocuparon las butacas situadas casi delante del trono pontificio. Circulaba entre ellos el rumor de que presenciarían un enfrentamiento abierto entre el papa eslavo y sus enemigos, o un inicio irrepetible de dicho acontecimiento. Nadie quería perdérselo.

En la seguridad de su refugio, Chris observaba el panorama a través de los diversos monitores de

Lucadamo que cubrían la basílica. Vio a Gibson Appleyard entre los diplomáticos. Y al séquito que viajaría con el papa, cuando entraba en una tribuna a unos quince metros por encima de la nave. Slattery charlaba con el portavoz papal, Miguel Lázaro Falla. El padre Angelo Gutmacher, que había recuperado el icono de Nuestra Señora de Kazan, de Portugal, y había desaparecido de nuevo hasta esta mañana, estaba junto al doctor Fanarote, cuyo aspecto era lúgubre. Monseñor Jan Michalik, con su mirada de lince, se diferenciaba de todos los demás.

A las nueve en punto, se abrió la puerta de la sacristía y entró el papa eslavo en la basílica, acompañado de monseñor Sadowski, con su mitra de obispo de Roma y un cayado algo torcido, que había paseado por todo el mundo. El público lo recibió con clamoroso entusiasmo. De todos los confines se oían saludos en multitud de idiomas. Su santidad saludó a la multitud con el mismo cariño. Cruzó lentamente las barreras de seguridad mientras impartía bendiciones, sonreía, acariciaba niños que sus padres levantaban, se detenía aquí y allá para intercambiar unas palabras, estrechaba la mano de quienes se la tendían y saludaba con una intimidad que parecía abarcar a todos los presentes.

Aquella imagen en directo del papa eslavo y los sonidos que la envolvían se transmitieron a todas partes. Los que no alcanzaban a ver al sumo pontífice directamente dentro de la basílica, podían hacerlo en una serie de monitores. Para los congregados en la plaza, habían instalado una pantalla gigantesca. Y se transmitía el acontecimiento a unos quinientos millones de televidentes en el extranjero.

A su debido tiempo, el Santo Padre se dirigió al trono papal frente al altar mayor, sobre la parte de la basílica conocida como la Confesión de San Pedro. Una vez sentado, le entregó el cayado a monseñor Sadowski y le rogó al maestro de ceremonias que le acercara el micrófono. Luego miró a su alrededor con una leve sonrisa, hasta que cesaron los gritos y se hizo el silencio.

-No es mi intención ahora, mis queridas hermanas y hermanos, deciros adiós.

Puesto que el sumo pontífice no llevaba ningún papel en las manos y sus palabras parecían tan naturales, los presentes tardaron unos momentos en percatarse de que oían un discurso formal.

-«Adiós» y «a más ver» no son palabras predilectas en el vocabulario de quienes tienen una firme esperanza en la sustancia del futuro, de vivir eternamente en comunión con los ángeles de Dios y los santos.

»A lo sumo y realmente como piadoso gesto humano, se me ocurre un alegre *hasta pronto.* Pero si no oís esas palabras en mi boca, debéis oírlas en el profundo silencio y la tranquilidad de vuestras almas, puesto que nos veremos de nuevo.

Dentro y fuera de la basílica, se oyeron espontáneos gritos de las masas.

-¡No nos abandones, Santo Padre! ¡Quédate con nosotros, santidad! ¡Somos tus corderos y tus ovejas, Santo Padre! ¡Que la fuerza te acompañe, Santo Padre, y vuelve con nosotros!

El sumo pontífice respondió a los gritos con un gesto de su mano y silenció a las masas con la fuerza de sus palabras.

-¡No temáis! ¡No tengáis miedo! Volveré para veros y para que me veáis de nuevo en esta carne y junto a esta tumba del apóstol, o nos veremos en el día del Señor y en las mansiones celestiales del Padre Eterno. ¡En ambos casos ganamos, vosotros y yo! Ya que nuestro Salvador crucificado y resucitado ha vencido la muerte para todos nosotros.

Salvo pequeños movimientos entre unos pocos cardenales, la quietud era perfecta.

-Como puede que imaginéis, partir no es lo que hoy pesa más en mi corazón. Ni creo que sea vuestra preocupación en este momento del tiempo humano, cuando emprendo una peregrinación a las tierras del Este.

»Lo que nos ocupa hoy es la victoria de nuestro todopoderoso y misericordioso Señor y Salvador, Jesucristo. Esa victoria, hermanos y hermanas, es la verdad que Dios todopoderoso revela en nuestras mentes. Es el sentimiento que despierta en nuestros corazones. ¡Su victoria!

»Por consiguiente, ¡escuchadme todos! ¡Hijos del Padre! En Europa, en Asia, en África, en las Américas y en Oceanía. En todos los confines de nuestro cosmos humano. ¡Oídme ahora! Oídme como Pedro. Como representante personal de Dios entre los hombres. Con los ojos de vuestra fe, podéis verlo y saberlo. Porque hablo de Jesucristo, causa de error para los judíos. De Jesucristo, insensatez de los gentiles. De Jesucristo, poder de Dios para quienes pertenecen al Padre. Jesucristo, sabiduría de Dios. Éste es el amanecer de su tan esperada victoria. ¡Porque Jesucristo vive! ¡Jesucristo ha vencido! ¡Éste es su discurso de la victoria!

Si se oyó el menor ruido, si se produjo el menor movimiento entre el público, se convirtió de nuevo en profundo silencio al oír las próximas palabras.

-Si para alguno de vosotros las afirmaciones de este papa junto a la tumba del apóstol son extrañas e indeseadas, sabed que no hay agresión en mis intenciones. No anuncio terribles sufrimientos. Ni declaro la guerra. Anuncio que la guerra que hemos estado librando ya casi ha terminado. Por consiguiente os ruego que abráis una ventana en vuestra mente y una puerta en vuestro corazón. La autoridad del cargo que ocupo es la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, pero al andar entre vosotros, he procurado imitar su humildad. Hasta este momento de mi ejercicio como papa, he optado por hablar con la autoridad investida en mí, pero no he optado por ejercer dicha autoridad.

»He tratado a mis obispos como obispos hermanos. A mis sacerdotes, como sacerdotes hermanos. A los demás cristianos, como hermanos separados que se esfuerzan por alcanzar la unidad en la Santa Iglesia de Jesucristo. Con mis hermanas y hermanos judíos, como ancianos de la familia de mi fe. Con mis hermanas y hermanos musulmanes, como creyentes como yo en un solo Dios. Con los de otras creencias religiosas, he actuado como alguien que ve en su religiosidad y su devoción la mano delicada del Espíritu Santo que los dispone a la salvación de Jesucristo. Con quienes se declaran ateos, he hablado no obstante como alguien que sabe que como seres humanos pertenecen a la vida divina. Incluso a aquellos que profesan odio por todo lo que represento y por la propia Iglesia, he extendido la bendición de Pedro, con la esperanza de que nuestra humanidad compartida llegue a convertirse en un puente de aceptación y comprensión mutuas, como miembros de la especie humana.

»Sed por tanto mis jueces. ¿Puede alguien reprocharle a vuestro papa que haya rechazado alguna oferta o propuesta sincera de amor y amistad fraternal? ¿Puede alguien acusar a vuestro papa de haber rechazado la solidaridad humana? En mi opinión, la respuesta debe ser no. Ni siquiera cuando las duras piedras del odio obstinado y la calumnia cruel han sido arrojadas contra mi persona, ni siquiera entonces me he agachado para coger una piedra y arrojarla a quienes me habían agredido. Mi respuesta ha sido siempre la de mi Señor y Salvador al hombre que le golpeó injustamente en la cara: «Si he pecado, dime en qué he pecado. Si no he pecado, ¿por qué me golpeas?»

»Así, como todo el mundo sabe, es como se ha comportado vuestro papa a este nivel en el que la divina providencia le ha colocado. Ésa, mis hermanos y hermanas, ha sido mi imagen cuando he andado entre las naciones y los pueblos de este mundo. Sin embargo, he fallado de vez en cuando en las desamparadas alturas, perdonadme. Recordad que, como cada uno de vosotros, soy de carne y hueso. Y al recordarlo, perdonad mis pecados como Jesucristo mi Salvador os ha perdonado a vosotros y a mí y a todos los que se arrepienten sinceramente.

Su santidad permitió un silencio tan conmovedor en la basílica, que el técnico de sonido examinó sus aparatos para comprobar que funcionaban. Pero todo era correcto.

-Ha pasado un ángel -susurró para sí, cuando el papa tomaba de nuevo la palabra.

-He dicho que hoy emprendía una peregrinación -dijo su santidad, mientras miraba pensativamente hacia las hileras de obispos a su derecha-. Pero no quiero que creáis que mi peregrinación empieza sólo hoy. La primera vez que os hablé desde esta silla del apóstol san Pedro, me definí como peregrino de un país lejano. Y, al igual que todos y cada uno de vosotros, de camino al país lejano de la eternidad. Si éstos fueran tiempos ordinarios, podríamos dejarlo así. Pero vivimos en tiempos extraordinarios -agregó el papa, al tiempo que dirigía la mirada a sus cardenales, y el tono de su voz aumentaba en volumen e intensidad-. O tal vez debiera decir que todos nosotros, vosotros y yo, estamos viviendo el fin de unos tiempos extraordinarios. El fin de esa era católica que empezó con el signo del emperador Constantino en los cielos nocturnos de Roma hace mucho tiempo. El signo de la cruz. El signo de la victoria de Jesucristo sobre el pecado, el odio y la muerte.

»Por consiguiente... -prosiguió al tiempo que levantaba la cabeza, para mirar ahora al público en general-, hemos llegado a un momento cardinal en la historia de esta Santa Sede de Pedro, y de la organización institucional de la Iglesia que vosotros representáis. Todos vosotros. Mis venerables hermanos cardenales. Mis venerables hermanos obispos. Mis reverendos hermanos sacerdotes. Mis queridos hijos e hijas, las ovejas y los corderos confiados a mí por Nuestro Señor Soberano y Salvador, Jesucristo. De lo que vosotros hagáis, cada uno de vosotros, y de lo que haga yo, depende el futuro inmediato de la Iglesia visible de Jesucristo.

Lo que ocurrió a continuación era tan inesperado que, en menos de una hora, provocó un aluvión

de telegramas, mensajes electrónicos, llamadas telefónicas y consultas entre gobiernos y representantes diplomáticos en el mundo entero. Sin embargo, el comentario general podía haber sido: «Debíamos habérnoslo esperado, ha sido absurdo que nos sorprendiera.» En aquel preciso momento el papa eslavo se puso de pie, cogió su cayado de manos de monseñor Sadowski, que se le acercó inmediatamente, y se alejó del altar hasta encontrarse cara a cara frente al cuerpo diplomático.

-Hoy me habéis honrado a mí y a mi Iglesia, distinguidas damas y caballeros, al reuniros aquí y participar en esta ceremonia. Suplico vuestra indulgencia y, por deferencia a esta Santa Sede de Pedro, transmitid a vuestros gobiernos y a vuestros pueblos el saludo de este papa de Roma. Llevadles su bendición, la bendición del representante viviente de Jesucristo entre los hombres.

Entonces el Santo Padre levantó la mano derecha e hizo el triple signo de la cruz. Algunos de los diplomáticos se arrodillaron, otros se santiguaron, otros sonreían embarazados, y algunos no sabían qué hacer. Pero a todos y cada uno de ellos impartió su santidad su bendición.

-La bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo descienda sobre vosotros y os acompañe eternamente.

Entonces el papa se volvió a la izquierda y miró a sus obispos. -Hermanos, hace más de quince años que gobernamos juntos la organización visible del cuerpo místico de Jesucristo. Os convertisteis en obispos y seguís siendo obispos porque yo, obispo de Roma, lo decidí. Pero no hemos alimentado nuestra unidad. La mayoría de vosotros no estáis dispuestos a implantar lo que yo he deseado para el bien de nuestro pueblo.

»Ha llegado el momento de poner fin a esa situación. Ha llegado el momento de que cada uno de vosotros, cada uno que esté dispuesto a hacerla, asegure nuestra unidad en el ejercicio de nuestras funciones como obispos.

Sin sonreír, su santidad se desplazó a la derecha hasta situarse frente a los cardenales.

-Señores cardenales, al salir de la ciudad, dejo esta Santa Sede en vuestras manos, hasta mi regreso Dios mediante.

»Se os llama cardenales, porque de vosotros depende el bienestar de la Iglesia. Sois los participantes directos en la burocracia que me ayuda, como papa de todos los católicos, a administrar la Iglesia universal. Ha llegado el momento de que os preguntéis si vuestro servicio a esta Santa Sede ha sido y sigue siendo prestado según las directrices del Espíritu Santo, o si obedece a las órdenes de algunos que someterían esta Santa Sede a la voluntad de quienes desean destruirla.

»Todos y cada uno de nosotros debemos examinar las alianzas que hemos forjado -prosiguió el sumo pontífice, después de un suspiro-. Debemos preguntarnos si no nos avergonzaremos de esas alianzas cuando por fin debamos rendir cuentas de nuestros actos ante Dios. Debemos recordar que esto no es un ensayo para otro día de mayor importancia que hoy. Éste es el día. Ésta es la única oportunidad que tenemos de hacer el bien, o de sufrir las terribles consecuencias. Os pido, por tanto, vuestros buenos deseos para mi viaje. Y os pido también que me mandéis con vuestra bendición.

Se volvieron las cabezas y circularon como el viento los susurros por la basílica, cuando el Santo Padre se arrodilló ante sus desconcertados cardenales, agachó la cabeza y esperó.

El viejo cardenal Sanstefano fue el primero en levantarse. No como poderoso jefe de la PECA, sino como venerable decano del Sacro Colegio Cardenalicio, hizo la señal de la cruz sobre la cabeza de aquel papa, cuya angustiada confesión había oído recientemente, y le otorgó la más solemne bendición.

-Amén -dijo Sanstefano cuando concluyó.

-Amén -fue la confusa aunque obediente respuesta de sus compañeros de escarlata.

-¡Viva el papa! -exclamó tumultuosamente el público cuando el Santo Padre se puso de pie-. ¡Viva el papa! ¡Dios salve al papa! ¡Regresad cuanto antes, santidad! ¡Volved pronto! ¡Viva! ¡Viva!

Con el júbilo de los aplausos y los gritos de despedida en sus oídos, el sumo pontífice avanzó por el centro de la nave mientras bendecía de nuevo a los asistentes. Cuando se acercaba lentamente a las enormes puertas de bronce que daban a la plaza, un contingente de seis guardias suizos y una docena de hombres de seguridad de Lucadamo no bastaron para contener a los millares de personas que salieron de la basílica tras el papa, hasta que la figura vestida de blanco desapareció entre la muchedumbre.

CINCUENTA Y UNO

Giustino Lucadamo permaneció en su cabina de control, para escuchar los informes orales de la guardia de escolta. En el momento en que supo que el Santo Padre y su séquito habían subido a los coches, para dirigirse al helipuerto que había detrás del palacio apostólico, agarró el maletín negro que siempre llevaba consigo en los desplazamientos papales y, después de un apresurado adiós a Gladstone, salió rápidamente por un pasaje privado en dirección a los helicópteros.

Veinte minutos después de haber despegado de los jardines del Vaticano, el grupo papal estaba a bordo del DC-10 blanco de Alitalia en el aeropuerto de Fiumicino. Junto al jefe de seguridad del Vaticano, el piloto, acostumbrado ya a los viajes del papa, saludó a su santidad, le besó el anillo y lo acompañó a su asiento en la cabina de proa. Como fiel servidor y cuidador de sus secretos, monseñor Daniel Sadowski los siguió a una distancia prudencial y se instaló en un asiento cercano. Exactamente delante de él, el parlanchín y elegante portavoz papal Miguel Lázaro Falla se instaló junto al inusualmente taciturno doctor Giorgio Fanarote. Entretanto, Damien Slattery se sentó junto al antiguo mentor de Gladstone y emisario confidencial del sumo pontífice, el padre Angelo Gutmacher.

Al igual que en San Pedro, volvió a quedar marginado el «oficial de enlace» de la secretaría y monseñor Jan Michalik se instaló solo al fondo de la cabina.

En una sección posterior del avión, separada por un mamparo de la cabina papa, había ya unos setenta pasajeros a bordo. En su mayoría seglares, aunque también había algunos obispos entre ellos, habían sido invitados personalmente por el papa eslavo. Le habían sido todos fieles en las venturas y desventuras de la batalla que perdían contra sus enemigos desde hacía más de doce años. Era justo que lo acompañaran en la última fase del juego papal.

Antes de ocupar su propio asiento junto a Sadowski, Lucadamo acompañó al capitán a la cabina de vuelo, donde junto con los demás tripulantes revisó el plan de vuelo. Dos aviones cercanos sobre el asfalto, ya llenos de periodistas destinados a cubrir la visita a Rusia, despegarían inmediatamente después del avión papal y acompañarían al papa en todo momento, hasta su proyectado regreso dentro de seis días, el 13 de mayo. Se había comunicado en privado el plan de vuelo del avión papal a los gobiernos cuyos espacios aéreos cruzarían, así como al gobierno de Estados Unidos y a las autoridades de la OTAN. Reactores de combate escoltarían en todo momento al avión papal. Ninguna nación quería que el papa de Roma sufriera un accidente en su espacio aéreo.

A las once y media el DC-10 estaba en el aire. A principios de la tarde, una tumultuosa muchedumbre casi delirante recibía al papa eslavo en Kíev. Después de un breve descanso y una comida en el monasterio que sería su cuartel general en Ucrania, su santidad inició un programa que, a partir de aquel momento, lo dejaría física y emocionalmente agotado.

En la propia ciudad de Kíev, repleta de colinas e iglesias, el Santo Padre insistió en verlo todo y saludar a todo el mundo. Por su parte, los católicos ucranianos, durante mucho tiempo reprimidos, encarcelados, perseguidos y privados de voz pública, recibieron al sumo pontífice como a un campeón y líder mundial, junto a quien los prelados ortodoxos rusos de los estados de la antigua Unión Soviética eran insignificantes. En todos los lugares que visitaba se concentraba la muchedumbre para verlo, tocar su mano, vitorearle y recibir su bendición. Celebró oficios en la iglesia de Santa Sofía y en la catedral de San Vladimir. Rezó en el edificio donde se había ubicado desde hacía ocho siglos la iglesia de San Miguel, hasta que los soviéticos lo convirtieron en una comisaría política. Admiró las paredes del metro de Kíev, decoradas con mosaicos que representaban santos bíblicos. En todas partes el sumo pontífice habló con la gente, tocó sus manos, se agachó para acariciar a los niños y penetró en sus corazones. En todos los lugares bendijo a la gente.

Al atardecer y como colofón de su visita a Kíev, el Santo Padre visitó la antigua Pechérskaia Lavra, donde, mientras la muchedumbre se congregaba en el exterior, rezó a solas y sin que nadie lo molestara durante dos horas. A continuación descendieron a la luz de las velas a las famosas cuevas, para rezar junto a las tumbas de los monjes de antaño, y acto seguido el grupo folclórico Kozatski Sabovi amenizó su fiesta de despedida. Luego se desplazaron en *hydrofoil* a Kániev, por el río Dniéper, donde una multitud entusiasta esperaba al papa junto a la tumba de Tarás Shevchenko, su amado poeta, ensayista, dramaturgo, pensador y revolucionario, a quien reverenciaban ni más ni menos como fundador de la literatura ucraniana moderna y restaurador del espíritu religioso ucraniano.

Cuando por fin regresaron a Kíev para pasar la noche, todos, incluidos los dos aviones de periodistas, parecían agotados por el ritmo de aquella peregrinación. Incluso monseñor Jan Michalik se

acostó inmediatamente. Sólo su santidad, Giustino Lucadamo y el inveterado viajero Angelo Gutmacher permanecieron un rato juntos en los aposentos del sumo pontífice.

Lucadamo consideró que aquél podía ser el momento de repasar las medidas de seguridad para los acontecimientos del día siguiente. Pero el papa pensaba en otras cosas. Estaba decepcionado, dijo, de que la Virgen no hubiera manifestado todavía ningún indicio de sus intenciones, ni siquiera su satisfacción por la peregrinación. Pero para Lucadamo, la falta de noticias era un buen augurio.

-Santidad -respondió el jefe de seguridad-, ¿no basta para expresar su aprobación la de su Hijo, que hayamos llegado tan lejos sanos y salvos?

-Tal vez, Giusti -dijo el sumo pontífice, mientras miraba a aquel hombre leal, cuya labor consistía en proteger su vida-. En todo caso, tendrá que bastarnos por ahora.

Pero no bastaba. En su constante resistencia a la presión de sus enemigos para que dimitiera, el papa eslavo se había quedado sin alternativas. A su parecer, todo dependía ahora de la voluntad divina y de la poderosa intercesión de la Madre de Dios.

-*Stasera, monsignore, pazienza!* -dijo Giancarlo Terragente con una expresión tan melodramática que Chris Gladstone estuvo a punto de soltar una carcajada, cuando se asomó a la escalera de la sala del meridiano-. Paciencia esta noche, monseñor. Consistorio o no, su eminencia trabaja en la biblioteca.

Dicho esto, el genio de las cerraduras se retiró para vigilar de cerca la situación en los archivos, y Christian se acomodó a la espera de que el cardenal abandonara la biblioteca.

Aunque frustrado por el retraso adicional en su búsqueda del misterioso sobre doblemente sellado, Chris se dispuso a esperar. Y a decir verdad, después del ajetreo de los últimos días, agradeció la oportunidad de ordenar tranquilamente sus pensamientos, aunque la mayoría de ellos no eran agradables.

Había llamado a Deurle para recibir noticias de la búsqueda de Declan, pero no había mucho que contar. Régice Bernard había entrado en el complejo con un equipo de zapadores y espeleólogos del ejército. Todos calculaban que aquella noche establecerían contacto con el grupo de Declan. Chris consultó su reloj. Las once.

-Pronto -susurró a los vientos que envolvían la torre-. Pronto sabremos si Deckel está vivo o muerto.

Decidido a no dejarse torturar inútilmente por la angustia, Gladstone dirigió su atención a la situación en Roma. Con la ausencia ahora del papa y también la de sus leales servidores como Slattery, Lucadamo, Sadowski y Gutmacher, tenía la sensación de haber sido abandonado precisamente en el momento en que Maestroianni se proponía activar la situación. Si no se producía un milagro, si la Madre de Dios no intervenía de algún modo, si Lucadamo estaba en lo cierto y el sumo pontífice no regresaba, Maestroianni, como camarlengo, convertiría el congreso en un cónclave ilícito y forzaría la elección ilícita de un nuevo papa. Por consiguiente, lo que Gladstone se planteaba suponía nada menos que la destrucción completa de su mundo.

Los vientos alrededor de la torre y el vacío solitario de la sala del meridiano le provocaron de pronto un escalofrío, y empezó a andar de un lado para otro a fin de activar la circulación y entrar en calor. Recordó de nuevo otros tiempos felices, acurrucado con Paul y Tricia en el estudio de «La casa azotada por el viento», leyendo las descripciones de aquel lugar en los antiguos diarios del viejo Glad. De niño, aquellos diarios le parecían heroicos. Un Gladstone había recorrido medio mundo con un millón de dólares en el bolsillo, para socorrer al papa entonces reinante: Pío IX. Y luego había fundado su propia dinastía en Galveston y había construido su propia Torre de los Vientos, como compromiso evidente de su fe duradera.

Aquel recuerdo era un pequeño suceso, pero significativo, en la vida de Christian Gladstone. Un recuerdo de que, en la delicada pauta de la providencia divina, sus principios en «La casa azotada por el viento» estaban vinculados a su vida actual. Un recuerdo de que la Roma del viejo Glad había caído en manos de nacionalistas italianos, reduciendo a Pío IX prácticamente a un preso en el Vaticano, así como a sus sucesores hasta la firma de los Pactos Lateranenses en 1929. Un recuerdo de que el papado había sobrevivido.

-¡Vamos a trabajar, monseñor!

Asustado al principio por el susurro de Terragente, Chris reaccionó y, linterna en mano, siguió a su compañero de delincuencia por la vieja y chirriante escalera y por silenciosos pasillos, hasta los archivos secretos.

-Si la suerte nos acompaña -musitó Terragente, mientras abría el cerrojo de la primera puerta-, no habrá interrupciones. Pero con el comandante Lucadamo ausente de Roma y Maestroianni al mando, el cardenal Aureatini tiene encargos especiales en todas partes. No sé de qué tiene miedo, monseñor Gladstone, pero se dice que está más nervioso que un gato.

-Si la suerte nos acompaña -respondió Christian, también en un susurro-, esta noche nos tocará el gordo. Sólo queda un lugar donde mirar.

Con Chris en cabeza, juntos llevaban a cabo una búsqueda meticulosa. Terragente forzaba las cerraduras de unas grandes cajas cubiertas de damasco y, mientras Gladstone examinaba el contenido, el italiano prestaba atención por si oía el menor ruido en los alrededores.

Chris inspeccionaba ya la casi vigésima caja y estaba a punto de darse por vencido, cuando levantó un montón de antiguas carpetas y ¡ahí estaba! Aunque al principio quedó demasiado aturdido para reaccionar, sabía que no había confusión posible. Salvo una serie de letras y cifras impresas en un rincón, DN413F10, que según Chris sabía indicaban su destino en el archivo, todos los demás detalles correspondían exactamente a la descripción del diario de Carnesecca. Vio a la luz de su linterna que el sobre había sido abierto y cerrado de nuevo con cinta adhesiva. Y también vio las dos inscripciones papales: «Para nuestro sucesor en el trono de Pedro» y «Concerniente al estado de nuestra Santa Madre Iglesia desde el 29 de junio de 1963».

-L'ha trovata, monsignore? -preguntó Terragente, después de acercarse con tanto sigilo por la espalda que a Gladstone casi le dio un infarto-. ¿La ha encontrado? -repitió, a pesar de ver el tesoro en manos de Chris.

La única respuesta de Christian consistió en levantar el pulgar, y se metió cuidadosamente el sobre en el bolsillo de su chaqueta. Volvieron a guardar juntos el contenido de la caja, la cerraron y echaron de nuevo el cerrojo de la puerta del archivo. Luego subieron por la escalera hasta la planta baja, siguieron el pasillo hasta la puerta posterior y salieron al patio tan rápido como pudieron.

El martes por la mañana, 9 de mayo, el grupo papal salió de Kíev en tren hacia el oeste, para un viaje de doce horas hasta Lvov. Su santidad insistió en parar en todas las ciudades y todos los pueblos. Y en cada parada, con monseñor Michalik permanentemente entre bastidores, habló de victoria a las muchedumbres que habían acudido a saludarlo y a recibir su bendición.

Aquella misma mañana, en la tranquilidad de sus aposentos del Angelicum, Christian se recuperó del susto inicial que había recibido en los archivos. Ahora con los nervios templados como el acero, se sentó a su escritorio, acarició unos instantes el sobre doblemente sellado y, sin el consentimiento del papa, de ningún obispo, ni ningún sacerdote, cortó la cinta adhesiva.

Lo primero que encontró en el sobre fue una sola hoja de papel, cortada del mismo tamaño que los demás documentos, con una grave advertencia de puño y letra de Aldo Carnesecca: «Quienquiera que abra y lea esto, sepa que trata con el destino de la Iglesia de Jesucristo. Desista si no está autorizado por el apóstol»

La turbación de Chris no podía haber sido mayor, aunque hubiera oído la voz de su amigo fallecido entre las tinieblas matinales. A Gladstone le inspiraba el mismo respeto que en su momento a Carnesecca. Violar el oficio papal, separado y por encima como estaba de cualquier otro organismo humano, suponía un riesgo mortal. Todo lo relacionado directa e íntimamente con el apóstol era sacrosanto. Para los romanos y papistas como Carnesecca y Gladstone, se encerraba una profunda verdad en el antiguo y basto proverbio romano: *«Chi mangia papa»* («Muere de papa»).

No obstante, su única alternativa era la de penetrar en la reserva privilegiada de los especialmente elegidos, de aquellos destinados por Dios desde antes de la fundación del mundo, a ser los instrumentos directos de su voluntad divina para la salvación de la humanidad. El resto del contenido del sobre era una segunda hoja de papel, con el sello y escudo de armas del papa, y una serie de fichas que, por su naturaleza, sólo eran legibles mediante un lector de microcopias. Por consiguiente, Gladstone no tuvo más remedio que centrarse en la hoja de papel, escrita en latín y sellada por el papa moribundo hacía

casi veinte años. Leyó el texto, lo volvió a leer. Por fin, con el cuerpo frío y rígido como una piedra, leyó de nuevo aquel mensaje lamentable y valeroso.

En este sobre -había escrito el viejo papa- *hemos incluido una lista de aquellos entre nuestros cardenales y otros miembros de nuestro personal afiliados libremente a la orden masónica, junto con el ritual detallado que se celebró el 29 de junio de 1963 en la capilla Paulina, durante el cual el arcángel caído fue entronado específicamente como «príncipe del poder ascendiente» y de acuerdo con los planes y profecías de «los ilustrados».*

No se nos ha brindado la oportunidad de deshacer dicho entronamiento. Carecemos de salud corporal y de fuerza espiritual. Tampoco somos dignos de ser elegidos para dicha tarea, ya que nuestros pecados en este augusto oficio han sido excesivos. Se nos ha perdonado, según creemos, y seremos purificados por la mano de Dios en el pasaje de nuestra muerte. Pero ya no gozamos de confianza como responsables. Por consiguiente, confiamos este contenido a nuestro legítimo sucesor en este oficio romano del apóstol. Lo hacemos con la firme creencia en la resurrección del cuerpo, en el último juicio y en la vida eterna. Amén.

No era falta de comprensión lo que impulsó a Chris a leer tantas veces la carta del viejo papa. Gracias a su propia formación y sobre todo a sus conversaciones con Slattery, tenía ciertas nociones sobre el aspecto del entronamiento en el ritual satanista. Suficiente para saber que quienes participaban en el mismo vivían con el propósito de reinar con el arcángel en su reino de esta vida, independientemente del más allá. Suficiente para saber que se consagraban a sí mismos, al igual que los edificios y casas que ocupaban, al servicio del arcángel en este mundo. Suficiente para saber que los devotos de Satán esperaban la llegada del momento, que ellos denominaban del ascenso del príncipe, en que las naciones aclamarían al arcángel caído, y reconocerían al príncipe Lucifer, hijo del amanecer, como guía y divinidad.

Lo que Gladstone no comprendía era cómo semejante ceremonia, un horrendo ritual, según recordaba, que precisaba complejas preparaciones e incluía un sacrificio humano, podía haberse celebrado en algún lugar próximo al Vaticano, ni mucho menos en la capilla Paulina. Ni tampoco comprendía la relación que Aldo Carnesecca podía haber tenido con el mismo.

Pero si la ceremonia se había celebrado el 29 de junio de 1963, era significativa la elección de la fecha. Era el día de la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo, el día santo romano por excelencia. Llevar a cabo el denominado ascenso del príncipe en dicha fecha, y hacerla no sólo en el Vaticano como morada de los apóstoles sino en la capilla dedicada a san Pablo, era un acto de insolencia satánica que sólo el ángel caído y sus devotos podían haber perpetrado. Además, si dicha ceremonia había tenido lugar, explicaría muchas cosas. En primer lugar y como mínimo, explicaría la enigmática nota en el diario de Carnesecca, referente a su reunión con el papa de setiembre, que Chris recordaba literalmente: *Prolongada conversación con Pp... Reconoce que ningún papa podrá gobernar la Iglesia a través del Vaticano, hasta que se deshaga el entronamiento.*

Aún más significativo, explicaría la asombrosa velocidad del deterioro de la estructura de la Iglesia católica. A Chris siempre le había parecido inexplicable que en el breve período de quince años, época bastante definible desde la clausura del Concilio Vaticano II en 1965 hasta finales de los años setenta, se hubiera aniquilado la sólida y vibrante estructura de la Iglesia. Era, por ejemplo, como si el canal de Panamá se hubiera vaciado de pronto. Ya que durante aquel breve período, la estructura romana, una vasta organización construida a lo largo de los siglos con un elevado costo en sangre y sacrificio, se había quedado de pronto desprovista de la energía espiritual y moral que la había animado y se había convertido en matriz de toda una civilización y en una fuerza formidable entre las naciones.

Por imposible o absurdo que pareciera, cuanto más pensaba Gladstone en ello, más cuenta se daba de que un auténtico entronamiento del arcángel caído en un lugar tan sagrado explicaría mucho de lo que tanto le había desconcertado y desalentado. La violación del Vaticano en nombre del supremo mal encarnado explicaría la expulsión de la gracia y la toma de posesión de edificios y personas por parte de aquel adversario de Dios y de los hombres. Y explicaría lo sucedido en la Roma papal, lo sucedido a cuatro papas y lo sucedido en la Iglesia universal.

Explicaría la desconcertante conducta del viejo papa cuyo reino, sin su conocimiento, había

empezado con dicho entronamiento, y que había permitido y en ciertos sentidos incluso estimulado la aniquilación de la estructura de la Iglesia. Explicaría la sonriente resignación y la muerte del papa de setiembre, que había sido trágicamente sagaz al hablarle a Carnesecca de «seguro». Explicaría la impotencia manifiesta del papa eslavo, sus errores prudenciales, sus idiosincrásicas ideas, el hecho de no haber homologado los documentos del concilio con la doctrina y la tradición de la Iglesia, su tolerancia de enseñanzas heréticas en seminarios y universidades. Explicaría la putrefacción y la corrupción que Chris y Slattery habían detallado en sus informes a su santidad...

En realidad, Chris se percató con un escalofrío, las microfichas que tenía en sus manos posiblemente explicaran lo que sucedía con los hombres que, en aquel mismo momento, intentaban apoderarse del trono de Pedro en el congreso general romano. Tal vez la información contenida en las mismas era la clave del odio inexplicable y corrosivo de un aspirante papal como el cardenal Palombo, del cristianismo aguado de un *papabile* como el cardenal Karmel, de la superficialidad de alguien tan ambicioso como el cardenal Aureatini, de la secularización de un creador de papas como el cardenal Maestroianni, de la oscura conducta del cardenal de Centurycity o de la ineficacia de tantos otros como el cardenal O'Cleary.

Christian echó una última ojeada a la carta del viejo papa, antes de guardarla de nuevo en el sobre. Su tiempo de reflexión había terminado. Lo más urgente ahora en su vida era averiguar lo que Carnesecca había descubierto. Necesitaba conocer los nombres de aquella lista. Precisaba leer todo lo que durante tanto tiempo había permanecido en aquel sobre doblemente sellado. Ya que, si estaba en lo cierto, la solución a las dificultades del papa eslavo no se encontraba en Rusia. Si tenía razón, el papa eslavo debía regresar a Roma con la mayor rapidez que su DC-10 de Alitalia pudiera trasladarlo.

En la ciudad de Lvov, al igual que en Kíev, el papa eslavo quiso verlo todo y, una vez más, en cada paso del camino lo recibieron muchedumbres entusiasmadas. Visitó las ornadas y hermosas iglesias que adornaban el principal centro eclesiástico, donde en otra época había habido un fuerte movimiento para la reunificación de los católicos ortodoxos y romanos. Pero la cumbre de su visita fue la misa celebrada en la catedral de San Jorge, a la que a Slattery y a los demás les dio la impresión de que había asistido la mitad de la población de Ucrania.

Conforme avanzaba el día y algunos de los componentes del grupo papal empezaban de nuevo a desfallecer, monseñor Jan Michalik empezó a preocuparse, ya que, al igual que el papa, él también esperaba una señal. No cabía la menor duda de que la tensión emocional del sumo pontífice incrementaba un millar de veces su desgaste físico. ¿Cómo se explicaba entonces que nunca pareciera cansado?

-Tiempo al tiempo, Michalik -se dijo a sí mismo, para intentar aplacar su creciente nerviosismo-. Mañana vamos a Hrushiv. Luego a San Petersburgo y a Moscú. Las muchedumbres, la emoción y la tensión acabarán por surtir su efecto. Nadie puede resistir tanto castigo. Se desmoronará. Es sólo cuestión de tiempo.

Gladstone hizo dos llamadas telefónicas antes de salir del Angelicum. La primera a la casa de su hermano en Deude. -¡Alabado sea Dios, monseñor Chris!

Hannah Dowd estaba tan emocionada que no le fue fácil a Chris dilucidar lo que sucedía. Al parecer, el equipo de rescate de Régice Bernard había localizado al grupo de Declan a altas horas de la madrugada. Había habido una muerte en el derrumbamiento de la Danielle y los demás estaban heridos, algunos de gravedad.

-Declan -insistió Chris-. ¿Cómo está Declan?

-Lo han trasladado en una camilla, padre. Han ido todos al hospital. El señor Paul y la señorita Yusai están ahora allí. Esperamos noticias. ¡Pero está vivo! ¡Nuestro pequeño Declan está vivo!

Chris respiró hondo, mandó un mensaje de amor y de bendición para su familia, rezó fervientemente agradecido y luego llamó al despacho del cardenal Maestroianni, donde el arzobispo Buttafuoco trabajaba doblemente para suplir la ausencia de Taco Manuguerra.

-Lamento perderme su conferencia de prensa esta tarde -mintió Gladstone-, pero percibo el ataque de un virus y prefiero atajarlo por la raíz.

-No se preocupe, monseñor -respondió compasivamente Buttafuoco-. Su eminencia estará

ocupado todo el día en el congreso. Y la conferencia no será más que cosas ya sabidas para la prensa. No se preocupe.

Al cabo de veinte minutos, desde una cabina telefónica a cierta distancia del Angelicum, Chris llamó al número de seguridad de Giustino Lucadamo en el Raffaele.

-Claro que puedo ayudarlo, monseñor -respondió el señor Giovanni-. Conozco el lugar indicado para que examine esas microfichas sin temor a que nadie lo interrumpa.

Fue así de sencillo. En menos de una hora, Chris estaba cómodamente instalado en una casa tranquila y bien equipada a unos quince kilómetros de Roma, que resultó ser el lugar ideal para la penosa tarea a la que se enfrentaba. Desde la habitación donde se encontraba, gozaba de un perfecto silencio y una hermosa vista del campo romano. Además, puesto que la casa pertenecía al viejo Lucadamo, disponía de todos los aparatos imaginables, incluido un teléfono de seguridad y un lector de microfichas muy eficaz.

Durante el resto del día y parte de la noche, Christian se sumió en los hechos y acontecimientos que eran mucho peores que la fantasía impía hubiera sido capaz de imaginar. Procurando no alterar el orden del material en el sobre, insertó la primera microficha en el lector y empezó a descender a un mundo tan oscuro y retorcido que tuvo que obligar a su mente a razonar para que sus reacciones mentales y emocionales no lo asfixiaran.

La primera ficha contenía un solo documento, un testamento escrito por el padre Aldo a instancias del viejo papa y en su presencia, con un resumen de las curiosas circunstancias mediante las cuales había salido a la luz el horripilante acontecimiento del entronamiento. Por segunda vez aquel día, fue como si Carnesecca le hablara desde el más allá, en esta ocasión para contarle cómo el 29 de junio de 1967 lo habían llamado a un hospital privado de Roma para atender al arzobispo moribundo DG, un francés al que Carnesecca había conocido en la Secretaría de Estado. Ante la perspectiva de una muerte inminente y la absoluta necesidad de obtener la absolución, el arzobispo le confesó al padre Aldo que durante muchos años había pertenecido a un conciliábulo satanista en Roma, y que había participado en el ritual satanista de la capilla Paulina el 29 de junio de 1963.

El padre Aldo le negó la absolución, si no aceptaba tres condiciones. En primer lugar, el arzobispo debería facilitar todos los detalles posibles respecto al ritual satanista celebrado. En segundo lugar, debería revelar todos los nombres que recordara, especialmente los de funcionarios del Vaticano y miembros de la jerarquía que hubieran participado en dicha ceremonia. Y en tercer lugar, debería autorizarlo a informar al viejo papa de todo lo relacionado con aquella parte de la confesión.

El arzobispo DG dio su consentimiento a las tres condiciones. Además, le otorgó permiso al padre Aldo para que recuperara dos cuadernos de su caja fuerte. El primero contenía una lista completa de los participantes en dicha ceremonia. El segundo, una descripción detallada de la ceremonia propiamente dicha. El arzobispo DG falleció el 30 de junio de 1977. La noche del 3 de julio, el viejo papa concedió una audiencia privada a Carnesecca, que le contó todo lo que le había relatado el arzobispo moribundo, y vio cómo su santidad examinaba los cuadernos.

En un estado ya muy precario de salud, que según sus médicos sólo le permitiría vivir unos pocos meses, y acosado por innumerables problemas internos y externos de la Iglesia universal, el sumo pontífice decidió que, si bien él no podía deshacer lo ocurrido, se aseguraría de que su sucesor en el trono de Pedro estuviera debidamente informado. El plan del viejo papa, que Carnesecca había incluido en una explicación sucinta pero clara, era sencillo. Se hicieron microcopias de los cuadernos del arzobispo y del testamento del padre Aldo. El sumo pontífice redactó una breve carta aclaratoria y la incluyó en el sobre con las microfotografías y la grave advertencia de Carnesecca. En el sobre fechado y estampado escribió: «Para nuestro sucesor en el trono de Pedro.» Los cuadernos originales fueron sellados y confiados a la seguridad de los archivos secretos.

Ésa era toda la información contenida en la primera microficha. Chris la retiró del lector y apagó la máquina. Aunque su reacción era sorprendentemente serena, necesitaba tiempo para digerir lo que había descubierto hasta ahora. Sólo podía adivinar lo sucedido el 3 de julio. Sabía por el diario de Carnesecca que el secretario de Estado Jean Claude de Vincennes y el arzobispo Silvio Aureatini habían llevado a cabo la doble selección de efectos papales. Como chambelán papal, De Vincennes había postergado indudablemente la selección de los documentos del viejo papa, hasta que se tranquilizaran los ánimos después de la elección y toma de posesión del nuevo papa. También era evidente el temor de

Carnesecca de que De Vincennes no entregara el sobre al nuevo papa. Si lo que hasta ahora suponía Christian era cierto, Carnesecca habría encontrado la oportunidad de hacer llegar el sobre en cuestión a manos del papa de setiembre.

En todo caso, Chris sabía por el diario que el 28 de setiembre de 1978, el padre Aldo había mantenido efectivamente una larga conversación con el papa acerca del sobre dejado por su predecesor inmediato. También sabía que su santidad había abierto el sobre, había leído su contenido y lo había sellado de nuevo, según le dijo a Carnesecca como «seguro», con la segunda inscripción: «Concerniente al estado de la Santa Madre Iglesia desde el 29 de junio de 1963.»

Por último, Gladstone sabía que, a raíz de la asombrosa muerte del nuevo papa sólo treinta y tres días después de su elección, el veterano Carnesecca había recibido la llamada de De Vincennes para asistir a la selección de los documentos personales de los dos papas fallecidos. Sabía que Aureatini también estaba presente. Sabía que el sobre doblemente sellado formaba parte de la selección, que tanto De Vincennes como Aureatini se habían alarmado al verlo, que De Vincennes se había responsabilizado del mismo, y que a Carnesecca lo había preocupado que «el efecto del seguro fuera contraproducente».

Chris sintió un ligero escalofrío, cuando se inclinó hacia adelante para encender de nuevo el lector. Ya no le cabía la menor duda de que la ceremonia del entronamiento había tenido lugar. Tenía el testimonio de dos papas fallecidos y el de su querido amigo, Aldo Carnesecca, de la confesión de un testigo presencial en su lecho de muerte. Sólo quedaba por averiguar cómo y quién la había llevado a cabo.

Plenamente concentrado en su tarea, Christian insertó la primera de las microcopias restantes en el lector, enfocó la página y empezó a leer. Una tras otra, las leyó todas. De vez en cuando hacía una pausa para consultar una palabra o una frase. Pero después de varias horas, había adquirido conocimiento de todos los horripilantes detalles del *ritual* de entronamiento del príncipe ascendiente en la capilla Paulina, en la fecha significativa del 29 de junio de 1963.

Descubrió la estrategia de la doble ceremonia, o «entronamiento paralelo» como se denominaba en el cuaderno, elaborada para superar la imposibilidad de un entronamiento completo en la sagrada y protegida «capilla objetivo», dentro del recinto vaticano. Descubrió los preparativos realizados con la «capilla promotora autorizada» en Carolina del Sur, y los nombres de los principales clérigos que habían participado en la misma. El antiguamente conocido obispo James Russeton había sido su oficiante principal y nada menos que el actual cardenal de Centurycity había actuado como arcipreste y cooficiante.

Gladstone tuvo que hacer un esfuerzo para leer el relato de la ceremonia en la capilla promotora, que el arzobispo DG se había esforzado en reproducir fidedignamente, según lo había transmitido un «mensajero ceremonial» a otro vía telefónica, desde la capilla promotora en Norteamérica a la capilla objetivo en Roma. Era un relato de profanidad y odio, cuya atrocidad se veía incrementada por el laconismo con que el arzobispo lo había redactado. Un relato de la profanación sistemática de todo lo sagrado y la violación de todo lo inocente.

Sus páginas estaban repletas de las indescriptibles y repugnantes «invocaciones» pronunciadas en ambas capillas, las inconcebibles series sádicas de sacrificios animales llevados a cabo en Norteamérica, la inimaginable inversión degenerada de la santa comunión, acompañada de la sádica y repetida violación indescriptible de la «víctima ritual» sobre el altar, una niña llamada Agnes, perpetrada por sacerdotes y demás participantes en la capilla promotora.

A pesar de la ira y náuseas que le provocaba, Gladstone debía enfrentarse todavía a otros horrores antes de acabar con aquella locura blasfema. Concluidas las brutalidades físicas, la acción principal del entronamiento paralelo se trasladó a la capilla objetivo en Roma. Allí, leyó Christian, un «delegado internacional», un lego llamado Otto Sekuler, había desempeñado la función sacrílega de «plenipotenciario extraordinario». Mediante la lectura de un «decreto de autorización», de cuyo texto el arzobispo DG había dejado constancia, cada uno de los participantes en el Vaticano, la «falange romana» como se los conocía colectivamente, había completado los dos últimos requisitos rituales del entronamiento.

Como organismo, habían pronunciado «el sagrado juramento de compromiso» administrado por el delegado. A continuación se habían acercado uno por uno al altar, para dar «muestra» de su dedicación personal. Después de pincharse con una aguja de oro, cada uno de ellos imprimió su huella dactilar junto

a su nombre en el decreto de autorización. A partir de aquel momento, la vida y obra de cada miembro de la falange en la ciudadela romana debían encaminarse a la transformación del propio papado. El trono de Pedro debía dejar de ser un instrumento del «débil innombrable», para convertirse en instrumento a voluntad del príncipe y en modelo viviente de «la nueva era humana».

Sin percatarse del transcurso de las horas, ni de las atenciones del personal preocupado por su bienestar, ni de las discretas llamadas de Giovanni Lucadamo desde el Raffaele, Gladstone se concentró en la última microcopia que le quedaba por leer: la lista de participantes romanos y norteamericanos en las ceremonias del entronamiento.

A Gladstone ya no lo sorprendían ni alarmaban los nombres que veía. Tampoco volvería a confundirlo jamás la existencia de tantos clérigos indignos e inadecuados, con sus ambiciones profanas y su negligencia de la fe de Jesucristo. Ahora todo era comprensible. Evidentemente dichos hombres no tenían dificultad alguna para formar alianzas con los no creyentes, con enemigos acérrimos de Jesucristo y de la religión en general. Era evidente que no les interesaran en absoluto las revelaciones de la Virgen María en Fátima. Y lo era también que no pudieran esperar a alejar de la Iglesia al papa eslavo.

En realidad, si algo le sorprendió a Chris, fue la ausencia de ciertos nombres en la lista del arzobispo. Una de las ausencias más notables en la lista romana era la del cardenal Cosimo Maestroianni. Y sin embargo estaba plenamente involucrado, ya que a excepción del secretario de Estado Giacomo Graziani, los amigos íntimos del pequeño cardenal en el Vaticano aparecían en la lista. La obediencia inquebrantable de Maestroianni al progreso de la historia y la dedicación de Graziani al autoengrandecimiento los habían convertido a ambos en presa fácil de «consejeros» y «colaboradores» como los cardenales Noah Palombo y Leo Pensabene, entre otros, que habían participado en el juramento de sangre contra Pedro en el entronamiento.

A pesar de lo avanzado de la hora y de que Christian estaba prácticamente agotado, contempló todavía un rato la lista. O, mejor dicho, se fijó en dos nombres en particular: Jean Claude de Vincennes y Silvio Aureatini. Había especulado durante tanto tiempo acerca del contenido del sobre, acerca de la razón que impulsaría a alguien a matar por ello, y acerca de la razón por la que alguien había asesinado a Carnesecca y por qué. Ahora conocía las respuestas. Giustino Lucadamo tenía razón. Lo que el padre Aldo había visto era tan importante que no bastaba con asesinarlo. Algún maniático había querido quemarle los ojos por haberlo visto, había querido eliminar el recuerdo de su cerebro.

-Es la única respuesta posible -se dijo Chris a sí mismo, cuando por fin apagó el lector.

Salvo el viejo papa, el papa de setiembre y el propio Carnesecca, sólo dos hombres conocían la existencia del sobre. Pero el cardenal De Vincennes ya estaba muerto y sepultado cuando Aldo fue asesinado. Quedaba uno solo. El maniático era Silvio Aureatini.

A primera hora de la mañana del miércoles 10 de mayo, su último día en Ucrania, el papa eslavo salió en coche con su séquito para visitar el pueblo de Hrushiv. Su significado para el Santo Padre no era un secreto. El centro de aquella etapa de su peregrinación era la pequeña iglesia de madera de la Santísima Trinidad, donde según testimonios fiables se había aparecido recientemente la Virgen María y, en más de una ocasión, había confirmado el mensaje de Fátima.

En dicha iglesia, su santidad ofició la liturgia ortodoxa de la bendición, Moleben y Parastas. Luego pasó a un altar provisional en el exterior, construido para aquella ocasión monumental, donde rezó en silencio con los brazos cruzados sobre el pecho y moviendo sólo de vez en cuando los labios. Perfectamente inmóvil, miraba con tal intensidad hacia la cúpula de la iglesia donde la Virgen había sido vista y parecía tan ausente de la prensa y del público en general, que Slattery y el padre Gutmacher se preguntaron si la Virgen habría elegido aquel momento para concederle su deseo de una visión, de alguna señal orientadora.

Al parecer no fue así. Pero si la decepción aumentaba la fatiga que indudablemente debía de sentir, el sumo pontífice no daba muestra de ello. Por el contrario, sugirió una desviación de su itinerario para visitar los Cárpatos en la región de Hutsul. Pero el doctor Fanarote lo disuadió. Realmente preocupado por el ritmo de su santidad y sin perder de vista al siempre atento monseñor Michalik, el médico insistió en que el papa regresara a su base de Kíev para descansar, antes de trasladarse a San Petersburgo.

-¿Es ésa una sonrisa de triunfo, monseñor? -preguntó Giovanni Lucadamo, para darle la

bienvenida a Chris Gladstone en su estudio del Raffaele, el miércoles después de la puesta de sol.

-Una sonrisa de decisión, señor Giovanni -respondió Christian sorprendentemente activo después de su epopeya, unas horas de descanso y muchas de reflexión que habían aclarado sus ideas-. Gracias al servicio que tan gentilmente me ha prestado, ahora sé lo que debo hacer. Pero necesito pedirle otro favor urgente.

-No me debe nada, monseñor Christian. Y estaré encantado de ayudarlo si está en mi mano.

Había valorado a aquel joven prelado como leal servidor del Santo Padre, no enteramente cómodo con las costumbres romanas, y dependiente todavía de otros para que lo orientaran. Pero de algún modo la última característica parecía haber cambiado y le interesaba conocer la causa de una alteración tan radical.

Antes de abordar su urgente tarea, Chris se interesó por noticias del grupo papal, y fue para él un alivio comprobar que el hombre mayor no perdió tiempo fingiendo ignorancia. Dijo que había hablado con su sobrino por radio aquella mañana y no había ocurrido nada digno de mención.

-El Santo Padre muestra indicios de fatiga -concluyó Lucadamo-, pero no es sorprendente. Giustino sigue atento ante la posibilidad de algún problema. Pero de momento todo marcha sobre ruedas.

-¿Cuándo hablará de nuevo con él, señor Giovanni?

En ese momento en que el Vaticano estaba bajo control de Maestroianni, Chris supuso que Giustino habría organizado un horario de comunicaciones con su tío.

-¿Tiene algún recado para él?

-Tengo un mensaje para el Santo Padre. Debe regresar a Roma cuanto antes.

-Semejante petición probablemente será rechazada -respondió el hombre mayor, al tiempo que se levantaba-. Pero por lo menos ha elegido el momento oportuno. Venga conmigo.

Gladstone contemplaba todavía boquiabierto la asombrosa colección de aparatos electrónicos en el despacho privado de Lucadamo, cuando llegó desde Kíev la señal de reconocimiento del jefe de seguridad, seguida del sonido familiar de su voz.

-Giustino -exclamó Gladstone-. Hemos encontrado el sobre. La información es pésima. Si su santidad no regresa, y si usted está en lo cierto, si hay una trampa y se le induce a que abandone, Lucifer gana y ocupa el centro. No podemos permitir que eso ocurra.

Más consciente que Chris de la facilidad con la que podían interceptarse las señales radiofónicas, Giustino tuvo la sensatez de no interesarse por los detalles. Pero también era consciente del pensamiento actual del papa eslavo.

-Está decidido a seguir hasta el fin. No hay forma de convencerlo de lo contrario. Salimos hacia San Petersburgo dentro de unas horas. Luego Moscú y la devolución ceremonial del icono de Kazan. Está convencido de que para entonces habrá recibido la señal por la que reza. No cambiará de opinión.

A continuación hubo un par de breves intercambios. No, respondió Chris a la pregunta más urgente del jefe de seguridad, no había descubierto nada de Maestroianni; en realidad, apenas lo había visto. Sí, dijo Giusti, el Santo Padre soportaba bien los rigores del viaje, pero faltaban todavía tres angustiosos días para su proyectado regreso a Roma, el sábado día 13.

-Corto y cierro -siguió casi de inmediato.

El preocupante silencio de Gladstone era una muestra evidente de que tenía un problema que era incapaz de resolver.

-No hay nada como un pequeño brandy para aclarar las ideas. La invitación de Giovanni Lucadamo cuando regresaban a su estudio, era su forma elegante de ofrecerle su ayuda.

Con una copa de brandy añejo en la mano, mientras contemplaban el tráfico nocturno por una ventana abierta, Christian intentaba decidir lo que podía compartir con aquel hombre paciente y de gran experiencia. El problema en cuestión era a la vez apostólico y confesional. Pero decidió que, dadas las circunstancias morales, el juicio práctico debía prevalecer.

-En nuestro primer encuentro -dijo por fin Gladstone-, usted y Gibson Appleyard dijeron que en más de una ocasión habían puesto sus vidas en manos del otro. Ahora desearía hablarle con ese género de confianza.

-¿De qué vida hablamos, monseñor?

-Al igual que su sobrino -respondió Chris-, creo que el papa corre un grave peligro. Pero, además,

la vida de la Iglesia también está en juego.

En frases cortas y austeras, Chris contó el descubrimiento de Aldo Carnesecca, su intento de que dos papas se ocuparan de ello y el precio de mártir que había pagado por su preocupación. Le habló del ritual llevado a cabo simultáneamente en Roma y Carolina del Sur. Explicó el significado universal del entronamiento y la importancia del vínculo entre la falange romana y sus correspondientes seglares como Otto Sekuler, así como el hecho adicional de que algunos de los clérigos participantes en dicha ceremonia se presentaban ahora como *papabili* en el congreso general que se celebraba en Roma.

El señor Giovanni comprendió la naturaleza de la crisis de Gladstone.

-Supongo que lo primordial es llevarlo a usted junto al papa, antes de que algo le ocurra en Rusia.

-Exactamente. No podemos cruzarnos de brazos ante los preparativos de los enemigos del papado romano. Debo asegurarme de que su santidad regrese para limpiar su casa apostólica. Puede que no sea el mejor papa que podamos desear, pero es el papa. Y sin ánimo de ofender, es preferible un asno vivo que un león muerto. Pero para mí, señor Giovanni, el truco consiste en llegar junto a él sin llamar la atención en Roma.

-Dejaré ese aspecto en sus manos, monseñor Christian -dijo Giovanni, mientras llenaba de nuevo las copas de brandy y encendía un cigarro-. Desde mi punto de vista, y volviendo a lo de asnos vivos y leones muertos, hablamos de un vuelo clandestino por fronteras internacionales y de cuestiones de logística.

Durante un par de horas, Lucadamo hizo buen uso de su experiencia. El primer problema del que se ocupó fue el del vuelo clandestino. En primer lugar, dijo, e incluso con un pasaporte vaticano, Chris necesitaría visados, pero aquello era algo que Giovanni podía organizar con rapidez y sin dificultad. En segundo lugar, consideró que los vuelos comerciales no eran aconsejables dadas las circunstancias, pero tampoco sería difícil disponer un reactor privado para trasladar al monseñor desde uno de los aeropuertos secundarios a su destino. Pero el destino en sí era algo sobre lo que convenía reflexionar. Puesto que nadie sabía qué clase de trampa le habían preparado Maestroianni y su cábala al papa, o cuándo se activaría, el instinto de Chris le aconsejaba trasladarse directamente a San Petersburgo. Sin embargo, Lucadamo consideró que un horario tan ajustado incrementaría el riesgo. Era preferible confiar en que el papa llegaría a Moscú. Chris podría estar allí para exponerle el problema antes de que iniciara su programa de actividades.

Lo que hizo que se decidieran por Moscú fue el próximo elemento del que era preciso ocuparse. Gladstone reconoció que su inesperada desaparición de Roma sin explicación alguna sería como una bandera roja de advertencia para Maestroianni y Aureatini. Debía elaborar algún pretexto plausible para justificar su ausencia de la secretaría, y levantaría menos sospechas si lo hacía personalmente. Eso significaba que Chris debería pasar parte del jueves por la mañana en el Vaticano. Y eso a su vez significaba que no podría abandonar Roma hasta que el Santo Padre estuviera inmerso en su ajetreado programa en San Petersburgo.

Esencialmente resueltos los elementos básicos del vuelo y de logística, quedaba sólo una terrible posibilidad a la que Gladstone no había aludido en su explicación del entronamiento. Una posibilidad que Lucadamo decidió abordar de manera directa.

-Comprendo la debilidad del viejo papa al final de su vida, monseñor. Y claramente el papa de setiembre falleció antes de poder contrarrestar el ritual con toda la fuerza de un exorcismo. ¿Pero no cabe también la posibilidad de que el papa eslavo haya sido informado acerca del entronamiento? ¿Que lo sepa y no haya hecho nada al respecto?

Aquélla era una de las muchas preguntas que Chris se había planteado en la casa, una entre las pocas para las que no tenía respuesta. Tal vez Carnesecca le había presentado al papa eslavo la información que había dado a los dos papas anteriores. Tal vez el sumo pontífice había intentado incluso encontrar el sobre. O tal vez estaba tan inmerso en su propio programa pontificio, que se había limitado a dejar de lado la revelación de Carnesecca, exactamente como lo había hecho con los informes. Sin embargo, todas las posibilidades del mundo no alteraban lo único de lo que Gladstone estaba seguro. Debía llegar junto al Santo Padre.

-No conozco la respuesta a su pregunta, señor Giovanni -respondió por fin Christian-. Puede que nunca la conozca. Pero con su ayuda, pretendo mostrarle las pruebas de una vez por todas. Recitar los nombres. Enfrentarle al problema. Asustarlo. Enojarle si es preciso. Utilizar todos los medios a mi

alcance para obligarlo a hacer lo que debería haberse hecho hace mucho tiempo. Lo que ocurra a continuación depende de él. A fin de cuentas, como en tantas otras cosas, él tomará la última decisión.

-No, monseñor -recordó Lucadamo-. A fin de cuentas, quien tomará la última decisión será Jesucristo.

CINCUENTA Y DOS

-¿Está usted loco, monseñor Christian? ¡No puede marcharse de Roma!

Ésa era la única explicación que se le ocurría a monseñor Taco Manuguerra para la conducta de Gladstone, aquel jueves por la mañana, espléndido en todos los demás sentidos. Locura.

Pero después de pensárselo mejor, decidió ser más indulgente. Como secretario del cardenal Maestroianni, Manuguerra era conocedor de todos los planes de su eminencia. A veces olvidaba que otros, incluso tan íntimamente relacionados con los acontecimientos como Gladstone, no estaban bien informados.

-Escúcheme, reverendo -dijo antes de inclinarse hacia adelante y bajar el tono de su voz, a pesar de que a aquella hora de la mañana no había nadie en los alrededores, pero sus años de experiencia junto a Maestroianni le habían enseñado que nunca se podía ser demasiado cauteloso-. Entre usted y yo, su eminencia tiene planes importantes para usted. Cometerá un gran error si abandona Roma en este momento.

Christian examinó el rostro de Manuguerra. Su intención era la de comparecer por la mañana temprano, establecer un pretexto aceptable para justificar su ausencia de la secretaría y trasladarse luego a Moscú. Como todos los buenos pretextos, el de Chris era sencillo y no enteramente falso. Una misión que no había concluido para el Santo Padre, le dijo a Taco, lo mantendría alejado del Vaticano sólo unos días. Pero la explosiva reacción del monseñor sugirió que algo más podría obtenerse de aquella conversación. Si se hacía el tonto, ¿qué podría descubrir?

-No sabe cuánto agradezco su consejo, monseñor Taco -susurró Chris, después de inclinarse también hacia adelante-. Pero sólo estaré ausente un par de días. Si todo marcha bien, me tendrá de nuevo aquí antes del sábado, cuando regrese el sumo pontífice. Con lo del congreso y todo lo demás, su eminencia no tiene tiempo para un *minutante* como yo.

Ésa era una de las cosas que a Manuguerra siempre le habían gustado de aquel norteamericano. Al contrario de otros altaneros funcionarios, conocía su lugar.

-Haga lo que crea conveniente, monseñor -dijo Manuguerra, antes de levantarse para cerrar la puerta principal del despacho-. Pero le aconsejo que se quede. ¡Éstos son tiempos inestables!

El secretario regresó a su silla y miró fijamente unos papeles que había sobre su escritorio. Estaba indeciso. Por fin levantó la cabeza y sonrió.

-Sé que su eminencia ya le ha comunicado que éste es un tiempo de transición entre un pontificado y otro -prosiguió con brillo en la mirada el secretario del cardenal, que apoyó la espalda en el respaldo de su silla-. Comprenda que normalmente no mencionaría una palabra de esto. Pero no tiene sentido que corra a desempeñar una tarea para un papa que no regresará. No cuando puede quedarse y presenciar la creación, si así puedo llamarlo, con el resto de nosotros.

-¿No regresará? -preguntó Chris con fingida incredulidad-. Pero el Santo Padre tiene un calendario predeterminado. Todo el mundo sabe...

¡Qué respuesta tan gratificante! Era tan inusual que Manuguerra fuera el primero en impartir una noticia significativa, que poco importaba que su público fuera un funcionario vaticano de bajo rango. Además, tenía buenas razones para creer que Gladstone no tardaría en ascender. Nunca estaba de más mirar al futuro.

-Olvide lo que todo el mundo sabe, mi querido reverendo. Permítame que le comunique lo que no se ha divulgado. Luego decida lo que es sensato.

Manuguerra había recibido una buena formación, al servicio del cardenal Maestroianni. Con palabras ambivalentes que hacían que una inimaginable traición pareciera el santo evangelio, habló primero del calendario no divulgado de la peregrinación del Santo Padre. El sumo pontífice, declaró confidencialmente, pasaría un tiempo de reposo y contemplación con los ermitaños de San Pablo, que vivían recluidos en el monasterio Jasna Gora de Czestochowa, en Polonia.

-Para el enriquecimiento de la Iglesia -agregó-, como María en el evangelio, el Santo Padre ha elegido la mejor parte.

-¿Entonces firmará el protocolo de dimisión en Rusia? -preguntó Chris, convencido de que su forzada sonrisa era repugnante.

-Oh, no.

Lo cierto, a saber de Manuguerra, era que ni San Petersburgo ni Moscú eran lugares seguros desde el punto de vista de Roma, porque nadie quería confiar poder tan extraordinario a un lacayo como monseñor Jan Michalik, y que en todo caso debían prevalecer el decoro y el uso romanos, incluso en una situación como aquélla. Pero hablando de uso y decoro, no debían mencionarse abiertamente semejantes cosas. Era preferible mantener la farsa de santas intenciones.

-No, no -repitió Manuguerra-. Su santidad ha estampado sus iniciales en el protocolo, como indicación de sus intenciones. Pero lo firmará legalmente, por así decirlo, bajo la bendición del sagrado icono de Nuestra Señora en Czestochowa. Y lo hará, apropiadamente, en presencia de su leal servidor, el monseñor Vacchi Khouras, representante de la Santa Sede en Varsovia.

Chris no quería parecer excesivamente curioso en cuanto a los detalles, pero tampoco podía desaprovechar aquella oportunidad.

-La sincronización será lo más importante en una empresa de esta índole.

-¡Qué agilidad mental la suya, reverendo! -exclamó el secretario, a quien le pareció comprensible que Maestroianni hubiera depositado tantas esperanzas en aquel individuo-. Ésa ha sido precisamente la cuestión que ha dificultado la organización de su eminencia del calendario romano. Debía permitir un margen de flexibilidad por las incertidumbres en el programa papal.

Con o sin dificultades, los preparativos se habían organizado con la precisión de un horario de ferrocarril. El nuncio papal saldría de Varsovia, protocolo en mano y listo para la firma, en el momento en que se le comunicara la llegada del Santo Padre desde el monasterio Jasna Gora en Czestochowa. La sincronización dependería de una señal de monseñor Jan Michalik. Pero dado que todo debería resolverse a primera hora del sábado por la mañana a lo sumo, dijo Manuguerra, el calendario romano se había adaptado a dicha fecha.

-En realidad, durante su conferencia de prensa esa misma mañana -prosiguió monseñor Taco, a quien poco le faltó para guiñarle el ojo a Gladstone-, nuestro buen amigo monseñor Buttafuoco anunciará la convocatoria de un sínodo, a las ocho del sábado por la mañana. Todos los muchísimos obispos en Roma actualmente han sido convocados y se invitará a la prensa. En dicho sínodo, el propio cardenal Maestroianni hará público el voto de criterio común.

»Ahora bien, monseñor Christian -agregó Taco, mientras golpeaba con un dedo la superficie de su escritorio-, el cardenal Maestroianni no subestima la importancia de su trabajo en la fruición del voto. Quiere que usted esté presente cuando anuncie ante el pueblo de Dios y el mundo entero que una sobrecogedora mayoría de los obispos de la Iglesia ha llegado a la conclusión de que es justo y correcto que su santidad haya dimitido voluntariamente, a fin de que el Espíritu Santo elija a un nuevo apóstol para conducir a la Iglesia hacia el tercer milenio.

Manuguerra hizo una pausa para que Gladstone saboreara la perspectiva, pero ante la impasibilidad absoluta en el rostro del joven norteamericano, decidió expresarse en términos más explícitos.

-Si su trabajo para el voto común no culmina en una birreta de cardenal, monseñor, yo no conozco Roma. -y sonrió, al tiempo que pensaba en su propio futuro-. Acuérdese de mí cuando llegue a su reino, reverendo -agregó, inspirado en el evangelio.

-Ése será un día de fuegos artificiales, monseñor Taco -respondió Chris, procurando entrar en el espíritu de la situación, ya que lo que más deseaba en aquel momento era que Manuguerra siguiera hablando.

-Ah, amigo mío, el sínodo y la publicación del voto de criterio común no serán más que el preludio de los verdaderos fuegos artificiales. El acontecimiento más importante del sábado tendrá lugar cuando los cardenales se reúnan en una sesión plenaria del congreso general al mediodía. Entonces, Vacchi Khouras habrá entregado ya el protocolo de dimisión debidamente firmado y rubricado al cardenal secretario de Estado Graziani. Según lo previsto en dicho protocolo y bajo la orientación de su eminencia Maestroianni como camarlengo, los cardenales comprenderán hasta qué punto coincide la

dimisión papal con el movimiento del Espíritu Santo entre los fieles y los obispos. El congreso se convertirá en cónclave.

»En realidad -prosiguió Manuguerra, que apoyó la espalda en el respaldo de su silla-, me consta que el cardenal Maestroianni tiene la intención de invitarlo a que participe en dicho acto histórico, como secretario personal de su eminencia.

Christian tuvo de pronto la sensación de estar sepultado bajo un monte de granito. Se acababan de confirmar todas sus sospechas y las de Giustino Lucadamo. Sin embargo, Manuguerra había dicho que los acontecimientos en Roma se habían programado para el sábado, debido a incertidumbres en el calendario papal. Por consiguiente, estaba claro que las medidas previstas para asechar al sumo pontífice en Czestochowa podrían aplicarse en cualquier momento. Tal vez aquel mismo día en San Petersburgo, aunque no se presentaría el protocolo a su santidad para que lo firmara hasta su llegada a Czestochowa. En realidad, hasta la llegada de monseñor Vacchi Khouras a Czestochowa. Por tanto, la situación se convertía en una carrera entre él y Vacchi Khouras. Una lucha para llegar primero junto al Santo Padre y una competición para comprobar quién sería más persuasivo.

-Por consiguiente, monseñor Christian -dijo Taco Manuguerra, que se expresaba como la razón personificada-, con estos datos a su disposición, ¿no esta claro dónde yace la sensatez? ¿No está claro que debe permanecer usted en Roma?

La pregunta de Taco fue un recuerdo oportuno. Chris se había anticipado mentalmente a los acontecimientos. Estaba todavía en el punto de partida. En aquel momento, contempló la posibilidad de ganar tiempo. Sintió la tentación de dejarle una nota a Maestroianni que alterara el meticuloso calendario que él y sus colegas habían elaborado. Pero descartó la idea. Chris se percató de que nada obligaría ahora a Maestroianni a retroceder. Ni siquiera el conocimiento de la ceremonia del entronamiento. Ni siquiera el hecho de que sus más íntimos colaboradores hubieran aprovechado su agenda por motivos innombrables. Por otra parte, Aureatini y los demás negarían lógicamente dichas acusaciones y formularían acusaciones alternativas contra él. Por consiguiente, sería inútil dar semejante paso. Con toda probabilidad, convertiría a Christian en un objetivo mucho más urgente de lo que Carnesecca había sido.

No. Lo que Gladstone necesitaba era lo que había venido buscando en primer lugar. Debía abandonar Roma con la bendición del cardenal Maestroianni, o de su satisfecho subalterno en nombre de su eminencia.

-¡Brillante! -exclamó Christian, con una mirada de admiración dirigida a Manuguerra que habría ruborizado a los ángeles-. El plan es brillante, reverendo. Y su exposición todavía más genial. Sin embargo, mi querido amigo -prosiguió en tono conspiratorio, después de inclinarse hacia adelante, imitando a su interlocutor-, todo lo que me ha contado esta mañana convierte mi misión fuera de Roma en algo todavía más urgente.

El italiano abrió sorprendido la boca.

-Sabía que lo comprendería -dijo Christian, aprovechando la ventaja-. Es todo muy secreto. Pero puedo revelarle que está relacionado con los planes para la dimisión del papa. Puede estar seguro de que haré cuanto esté en mi mano para regresar el sábado, antes de los grandes acontecimientos. Y tenga también la seguridad, monseñor, de que nunca olvidaré lo que ha hecho por mí esta mañana. Gracias a usted, todo está mucho más claro en mi mente. Ahora, concédame su bendición y me pondré en camino.

-Por supuesto, reverendo. Pero...

-Muy astutos sus colegas en el Vaticano, ,monseñor Christian -dijo Giovanni Lucadamo, que no podía dejar de admirar la situación que Christian acababa de describirle aquel mismo jueves por la mañana en el Raffaele-. De algún modo llevan al Santo Padre a Czestochowa. El nuncio apostólico lo obliga de algún modo a firmar el protocolo de dimisión, para justificar la legalidad de las medidas adoptadas en Roma. El grupo del Vaticano celebra un cónclave para elegir a un sucesor. Y todo se lleva a cabo sin derramar una gota de sangre papal, ni mancillar en lo más mínimo la dignidad cardenalicia. ¡Maravilloso!

A Gladstone no le sentó muy bien la admiración profesional de Lucadamo. Había cosas que hacer y quería ponerse manos a la obra. Sin embargo, podía haberse ahorrado la angustia. Giovanni tenía sus idiosincrasias, pero pensaba ya en las medidas que podían tomar.

-No puede ser tan difícil, señor Giovanni -instó Chris-. El mismo avión que me habría llevado a Moscú, puede llevarme ahora a Czestochowa.

-Si se tratara sólo de llevarlo a Polonia para una charla con su santidad, puede que estuviera en lo cierto. Pero ahora hay otras consideraciones.

-¿A saber?

-Empecemos por el problema del regreso del Santo Padre a Roma, en el supuesto de que acceda a regresar. Desde Moscú, bastaría con utilizar su habitual transporte de Alitalia. Pero su amigo Manuguerra ha señalado la clave de su éxito. El papa estará aislado en Czestochowa. Allí no habrá ningún DC-diez blanco que lo espere. Tendremos que encontrar otra forma de traerlo rápidamente a Roma. Y antes de eso, debemos trasladarle a usted cuanto antes a Czestochowa, sin llamar la atención de nadie. Eso en sí ya será bastante complicado. Por lo que usted me ha contado, el hombre de Maestroianni... ¿cómo se llama?

-Michalik, señor Giovanni. Monseñor Jan Michalik.

-Eso es. Michalik debe activar el plan, sea lo que sea, bastante antes de la hora prevista para el regreso del sumo pontífice a Roma el sábado. El mayor riesgo es la sincronización. La rapidez y la discreción, las dificultades principales. Vamos a necesitar ayuda.

-¿Ha pensado en algún plan?

-He pensado en gente -respondió Lucadamo, al tiempo que se sentaba junto a su escritorio y levantaba el teléfono codificado-. Gente en la que puedo confiar en situaciones como ésta. Pero más le vale rezar para que el plan que hayan elaborado a fin de retener al papa en Czestochowa no se ponga en acción hoy en San Petersburgo. Es imposible organizarlo todo con tanta rapidez. A decir verdad, monseñor... -agregó Giovanni, que empezó a marcar un número privado en la embajada norteamericana en Bruselas-, estaremos ocupados revisando nuestros planes y organizando nuestras cosas, cuando la peregrinación llegue mañana a Moscú...

»¡Ah! -exclamó Lucadamo por teléfono-. ¿Es usted, Appleyard?

El grupo papal aterrizó en Sheremétievo Dos, aeropuerto internacional de Moscú, temprano por la mañana del viernes 12 de mayo. Poco después lo hicieron los dos aviones llenos de periodistas acreditados. A pesar del éxito extraordinario de la visita de su santidad a Ucrania y del calor que le habían dispensado las masas durante su día de estancia en San Petersburgo, todo el mundo sabía, monseñor Jan Michalik inclusive, que la tensión de aquella última parada de la peregrinación superaría todo lo sucedido hasta entonces.

En primer lugar, el gobierno de Moscú deseaba tener la mínima relación posible con aquel papa que había frustrado y enojado al presidente norteamericano y su administración, en la Conferencia sobre Demografía de El Cairo. En segundo lugar, nunca había habido más que rencillas entre Roma y Moscú. Y como colofón, después de la prolongada dominación rusa de las naciones eslavas del este de Europa, había quienes consideraban indigno que precisamente el eslavo que tanto había hecho para terminar con dicha dominación se presentara ahora en Moscú con el sagrado icono de Kazan como regalo.

El Santo Padre fue recibido sólo en su capacidad privada como peregrino, pero ciertamente no como jefe de Estado, por un funcionario de segundo rango del Ministerio de Asuntos Exteriores. Después de transmitir los mejores deseos de su gobierno, el funcionario se desentendió rápidamente de su santidad, a quien dejó en manos del arzobispo católico de Moscú y del arzobispo italiano que ejercía el cargo de embajador de la Santa Sede en la capital rusa.

En menos de una hora, los miembros del grupo papal habían sido trasladados setenta y cinco kilómetros hasta la ciudad de Zagorsk, al nordeste de Moscú, donde se instalarían en el Troitse-Sérguieva Lavra, fundado por san Sergio en el siglo XIV. Al papa eslavo le asignaron unos aposentos especiales, reservados en otra época a visitantes imperiales y utilizados más recientemente por dignatarios de la Iglesia ortodoxa rusa.

El recibimiento formal del Santo Padre transcurrió sin incidente alguno. Fue una recepción casi oficial, en la que no participó ningún miembro de alto nivel de la administración moscovita. El mismo diplomático de segundo rango que había recibido a su santidad en el aeropuerto, apareció para transmitir de nuevo los mejores deseos de su gobierno, y en esta ocasión agregó su esperanza de que el sumo pontífice regresara sano y salvo a Roma.

-Sano y salvo, en el sentido de cuanto antes -susurró Damien Slattery al oído de Giustino Lucadamo.

A pesar de su carácter semioficial, la recepción fue una muestra de éxito. El embajador papal y el arzobispo católico estaban de nuevo presentes, en esta ocasión acompañados de los miembros decanos de su personal. Asistieron prácticamente todos los católicos de Moscú, así como numerosos arzobispos de Polonia y de otras naciones del este de Europa. La llegada de los principales prelados de la Iglesia ortodoxa rusa dominó durante algún tiempo el espectáculo. El prelado metropolitano de San Petersburgo y Ladoga, segundo en rango en su país, había seguido al sumo pontífice desde San Petersburgo para subrayar su reverencia por el papa romano. Y aunque la intención del patriarca Kiril de Moscú no fuera precisamente la de manifestar su reverencia, sino vigilar los sucesos, su presencia agregó cierta sazón al acontecimiento.

-Me pregunto, Angelo -dijo Slattery después de acercarse al padre Gutmacher, mientras observaban a los prelados rusos que besaban el anillo del papa eslavo-, cuántos habrán cambiado secretamente su lealtad a Roma en sus corazones.

La respuesta de Gutmacher fue comedida, pero comprendía la experiencia de primera mano adquirida durante sus viajes para el Santo Padre.

-Estoy seguro de que muchos de ellos sólo esperan la orden superior para adherirse a Roma. La llegada de Mijaíl Gorbachov, con quien el papa mantenía correspondencia desde hacía mucho tiempo, causó un gran revuelo entre los invitados y los periodistas. En su nueva capacidad de presidente de la Fundación Gorbachov y activador principal de la crecientemente poderosa CSCE, pasó un buen rato hablando confidencialmente con el Santo Padre. Entretanto, Raisa Gorbachov charlaba con otros distinguidos invitados que admiraron, entre otros comentarios, el impresionante crucifijo que lucía para la ocasión.

Muchos de los que compartieron aquella velada con su santidad, comentaron cuánto había envejecido desde la última vez que lo habían visto y detectaron cierta sumisión en su actitud. Sin embargo, salvo algunos íntimos como Slattery, Gutmacher y Lucadamo, nadie adivinó que su emoción dominante era una profunda tristeza, por haber llegado a las últimas horas de su peregrinación sin que la Reina de los Cielos le hubiera mandado señal alguna.

-Me pregunto -dijo el sumo pontífice, cuando hablaba con Slattery poco antes de la recepción-, ¿cuál ha sido el motivo de mi viaje?

Más que una pregunta, era un comentario. Pero su santidad parecía tan triste y decepcionado, como si temiera un golpe de mala suerte, que la compasión que le inspiró a Damien el dolor del Santo Padre le indujo a responder:

-No se preocupe, Santo Padre. Nuestra Señora lo tiene todo controlado. Para mí el mejor augurio, indudablemente de mano de la Virgen, es la buena salud de su santidad. Además, este viaje en su honor ha sido claramente un gran éxito. Cuando esta tarde su santidad le ofrezca el sagrado icono de Nuestra Señora de Kazan a su santidad el patriarca de Moscú, el acto coronará esta peregrinación y honrará a la Reina de los Cielos.

El sumo pontífice no respondió, pero la tristeza de su alma y su corazón era evidente.

No fue hasta la mañana del viernes 12 de mayo, cuando Gladstone salió velozmente de Roma, hacia la vieja Vía Appia, en una de las limusinas de Giovanni Lucadamo. Sentado junto al mediador que hacía las veces de chófer, no pudo evitar pensar en los paseos que había dado con Aldo Caenesecca por aquella clásica vía romana. *Regina Viarum,* la denominaba Aldo.

Cuando el coche pasaba velozmente frente al pasado difunto de Roma, las tumbas de los Escipiones y de Cecilia Metela, el Arco de Druso y las ruinas de la capilla gótica de los Caetani, Chris tuvo una impresión de pérdida y remordimiento. No podía evitar la sensación de que se estaba despidiendo. Los Escipiones, los Caetani y los demás parecían decirle que ellos también habían acudido a Roma y que ellos también se habían despedido finalmente de la ciudad. Una despedida involuntaria.

Poco más allá de la iglesia llamada Domine, Quo Vadis?, donde según la tradición Jesucristo convenció a Pedro para que no huyera de la brutal persecución imperial y se enfrentara a su martirio en Roma, el conductor del vehículo redujo la velocidad, giró a la derecha por un camino rural y después de aproximadamente un kilómetro de baches paró junto a un edificio parecido a un rancho americano.

-Hemos llegado, monseñor -dijo el conductor, mientras lo acompañaba a la puerta de la casa-. ¿Recuerda los preparativos?

Christian asintió. Lo tenía todo claro.

-En tal caso, *addio,* monseñor Gladstone -añadió el mediador, que le estrechó calurosamente la mano-. Vaya con Dios.

Chris observó cómo retrocedía el coche, desaparecía, se convertía en una mera nube de polvo, y siguió observando en el profundo silencio que se hizo a su alrededor como única compañía. Nunca había imaginado que tuviera que esconderse, aunque sólo fuera por unas pocas horas, en aquel país tan famoso por su arte, su heroísmo, su santidad, su vino, su amor y su belleza. Sin embargo, pensó mientras entraba en el solitario edificio, había también otras cosas que habían dado fama a aquella tierra. Una crueldad invencible, una ausencia de piedad presente entre los olivares, los ciclamores y las adelfas, un olor a sangre que tantas veces se había mezclado con el de las flores de los limoneros y las rosas. La violencia perenne de Italia era un antiguo mal que había sellado los destinos de muchos y que seguía acechando a buenos y malos, justos y culpables, inocentes y condenados.

De no haberlo impedido, Chris se hubiera sentido más perdido que nunca en la vida. Sin duda estaba más solo. Contempló el teléfono de la casa cómodamente amueblada. Supuso que era de seguridad, pero no había ninguna razón para llamar al señor Giovanni. Como le había dicho a su conductor, recordaba perfectamente los preparativos. Dentro de un par de horas, llegaría un helicóptero que lo trasladaría a Trifor, un pequeño aeropuerto militar en la llanura costera, a unos cuatrocientos kilómetros al norte de Roma. Un reactor privado lo recogería en Trifor alrededor del mediodía. Normalmente llegaría a Bruselas bastante antes de que oscureciera, donde lo esperaría su hermano. A partir de ahí, la carrera para llegar junto al papa eslavo, antes de que lo hiciera Vacchi Khouras y lo obligara a firmar el protocolo, dependía de Gibson Appleyard.

La presentación del sagrado icono de Nuestra Señora de Kazan tuvo lugar en el monasterio de Troitse-Sérguieva, el viernes a las dos de la tarde. En una ceremonia que duró un cuarto de hora, el papa eslavo ofreció el tesoro al patriarca Kiril de Moscú.

-Lo que importa -dijo el Santo Padre para concluir su breve discurso al arzobispo en un ruso perfecto-, es que este sagrado icono de la Madre de Dios está de nuevo entre su pueblo en esta tierra.

Durante un breve, mientras el sumo pontífice y el patriarca cantaban *Magnificat,* el gran himno de alabanza a María y de agradecimiento a Dios, los que habían acudido a compartir aquel momento tan significativo saborearon el remoto aunque perceptible júbilo de unidad fraternal. A continuación, ante los flashes de los fotógrafos y los motores de las cámaras de televisión, colocaron el icono en la capilla del monasterio, donde permanecería hasta que pudieran reconstruir su lugar de origen, la catedral de la plaza Roja, arrasada por los cañones bolcheviques en 1917.

Mientras el público admiraba el icono, su santidad salió de la capilla tras el patriarca Kiril para dirigirse a un pequeño salón, donde se había servido un refrigerio para el grupo papal. Fue en aquel momento cuando empezó a sentirse agotado y decepcionado. Un mareo y unas ligeras náuseas fueron los primeros síntomas.

Siempre atentos, monseñor Sadowski y Giustino Lucadamo se acercaron al momento al sumo pontífice, seguidos casi al mismo tiempo de Damien Slattery y el doctor Fanarote. Naturalmente, monseñor Jan Michalik se acercó también de inmediato, cerniéndose sobre su objetivo como un misil de seguimiento. Gracias a dicha ayuda y a su robusto corazón, el sumo pontífice tardó sólo unos minutos en llegar a sus aposentos.

La náusea del Santo Padre empeoró. Sin embargo, el prolongado y meticuloso reconocimiento del doctor Fanarote no reveló nada más grave que un tremendo cansancio. Después de cuatro días de sermones y diálogos, júbilo y frustración, escaso descanso y constantes comparecencias ante el público, era sorprendente, dijo el médico, que los efectos de aquel viaje agotador no hubieran afectado a su santidad hasta entonces. ¡Sin duda habían afectado a los demás!

-Pero doctor -dijo Michalik, que, dada la premura del tiempo, no podía permitirse el lujo de aceptar un diagnóstico tan benigno-, ¿no cabe la posibilidad de que su santidad haya sufrido un ligero infarto? ¿Un ataque isquiático?

El doctor Fanarote se separó del lecho del sumo pontífice, para mirarlo con ceño.

-Todo es posible, monseñor. Pero en mi opinión profesional...

A Michalik no le interesaba la opinión de Fanarote, profesional ni particular. La posibilidad le bastaba. A los pocos instantes, estaba en el despacho del abad para llamar por teléfono a la Secretaría de Estado. Al cabo de un momento, hablaba con el camarlengo.

-¿Supongo que puede viajar? -preguntó inmediatamente Maestroianni.

-Sí, eminencia. ¿Y supongo que nuestro personal ha tomado las medidas necesarias para el transporte?

Menuda insolencia la de Michalik, pensó Maestroianni.

-Hemos estado listos en todo momento -respondió mal humorado su eminencia-. Ha apurado mucho el tiempo, monseñor.

-Pero eminencia...

-Prosiga, Michalik. ¡Acabemos cuanto antes!

Cuando se cortó la línea y el ruido de la desconexión sonó en sus oídos como una sentencia, Michalik regresó a los aposentos del papa y ordenó a todo el mundo, incluido el doctor Fanarote, que lo dejaran a solas con el Santo Padre. Slattery y Lucadamo se acercaron como para poner en su lugar al títere de Graziani, pero su santidad movió la cabeza y no les quedó más remedio que obedecer. Durante una aparente eternidad, Slattery, Fanarote, Sadowski y Lucadamo pasearon furiosos de impotencia frente a la puerta de los aposentos papales. Oían voces, sobre todo la de Michalik, pero no lograban descifrar sus palabras.

-¿Está bien? -preguntó Angelo Gutmacher, cuando se acercaba evidentemente preocupado por el pasillo.

-He logrado apaciguar los ánimos -dijo el portavoz papal Miguel Lázaro Falla, que seguía a Gutmacher-. Pero circulan muchos rumores de que algo le ha sucedido a su santidad. ¿Qué ocurre?

Como si aquella pregunta hubiera dado la señal, Michalik abrió la puerta y les indicó a los seis que entraran en la habitación.

-Tenemos nuevos planes de viaje, amigos míos...

A pesar de lo terrible de sus primeras palabras cuando sus defensores se reunían a su alrededor, el Santo Padre daba la impresión de controlar serenamente la situación y sus emociones. En realidad, parecía tan tranquilo, tan eufórico en un sentido curioso, que a los más antiguos les recordó el entusiasmo y el anhelo que habían caracterizado sus primeros viajes papales hacía ya muchos años.

-Monseñor ha estado en contacto con la Secretaría de Estado -dijo el sumo pontífice, mientras miraba fugazmente a Michalik-. Vamos a salir dentro de una hora en dirección a Czestochowa. Monseñor ha organizado un transporte especial para nosotros...

Su santidad detectó un destello en la mirada de Slattery, e hizo una pausa para brindarle una sonrisa de confianza al gigante irlandés, antes de mirar a los demás.

-Se informará a todo el mundo de mi estado a las cinco, hora de Roma. Mis cardenales, después de consultar a mis obispos, han tomado medidas adecuadas para esta situación. Por respeto a la unidad, deseo someterme al primer paso de dichas medidas. Han sido mis fieles colaboradores. Ahora visitaremos juntos Nuestra Señora de Czestochowa. Que la Reina de Polonia nos proteja, a mí y a la Iglesia.

Lucadamo y Slattery intercambiaron una mirada. De haber estado en la Edad Media, habrían descuartizado a Michalik, y sentían una fuerte tentación de hacerlo en aquellos momentos. Pero como en tantas ocasiones a lo largo de más de doce años, el problema era el consentimiento del propio papa. Una vez más, y tal vez de forma fatal y definitiva, el papa eslavo había otorgado su consentimiento.

Aproximadamente a la hora en que su amigo Damien Slattery pensaba en asesinato, el pequeño reactor en el que viajaba Chris Gladstone se acercaba al aeropuerto de Bruselas, donde su hermano lo esperaba. Pocos minutos después, cuando se desplazaban velozmente por la autopista en dirección a la ciudad, lo primero por lo que Christian se interesó fueron por las últimas noticias sobre Declan.

-¡Lo ha superado de maravilla, gracias a ti y a tus amigos! -respondió Paul Gladstone, con una sonrisa de agradecimiento a su hermano mayor-. Está todavía en el hospital. Pero me alegra comunicarte que ya no parece tan interesado por la espeleología. Se ha hecho muy amigo de Régice Bernard y ha decidido que quiere ser constructor. De ese modo podrá viajar en su propio helicóptero, como Régice.

-Una mejoría considerable. -Chris rió-. ¿Le has dado la noticia a mamá?

-Hasta el último detalle -asintió Paul, al tiempo que abandonaba la autopista para dirigirse a la embajada norteamericana-. Bueno, casi todo. La he mantenido informada acerca de Deckel. Y le he hablado de mi confesión la noche en que Régice acudió al rescate. Pero no le he hablado de esa alocada carrera en la que estás metido. Por cierto, ahora que hablamos del tema, ¿cómo pueden usurparle el poder sus subordinados a un personaje central tan poderoso como el Santo Padre? ¿No lo habrá consentido él mismo de algún modo? No me refiero a consentir en el mal sentido de la palabra...

A Christian le sorprendió que a un eurócrata con tanta experiencia como su hermano le pareciera confuso.

-Es demasiado complicado para explicar más de lo que ya te he contado por teléfono desde el Raffaele. Supongo que tan complicado como lo que sucedió alrededor del presidente Mao en sus años de decadencia.

-No tan sangriento, espero -dijo Paul, cuando paraba cerca de la embajada-. Pero tienes razón. Es demasiado complicado para hablarlo en el poco tiempo del que disponemos. Appleyard debe de estar esperándonos.

A las tres y media del viernes por la tarde, un reactor fletado de Trans Europa despegó de un aeropuerto gubernamental privado, al sur de Zagorsk. Cuando estaba en vuelo, y antes de reunirse con el sumo pontífice y sus seis acompañantes en la cabina, Michalik utilizó la radio de la cabina de vuelo para llamar a la vicaría cardenalicia en Roma y confirmar el plan de vuelo. Los satélites de vigilancia norteamericanos captaron el mensaje y una transcripción del mismo llegó rápidamente al despacho del oficial de enlace del Departamento de Estado norteamericano en la embajada de Bruselas. Éste, a su vez, avisó a Gibson Appleyard.

A las cuatro de la tarde hora local, los invitados personales del papa eslavo y los periodistas que esperaban noticias del sumo pontífice en Moscú, recibieron la noticia de la inesperada partida de su santidad. Se les comunicó que sus aviones con destino a Roma saldrían del aeropuerto internacional de Sheremétievo Dos a las siete de la tarde. Cuando algunos de los periodistas lograron llamar a sus redacciones eran más de las cinco y sólo tenían viejas noticias. Los ochenta y cinco representantes diplomáticos de la Santa Sede alrededor del mundo habían recibido copias por fax del protocolo de dimisión, junto con instrucciones de la Secretaría de Estado del Vaticano para que comunicaran inmediatamente la noticia a los gobiernos locales y la dieran a conocer a los medios de información a las cinco en punto, hora romana.

Cuando el oficial de prensa del Vaticano, el arzobispo Canizio Buttafuoco, se disponía a iniciar su conferencia de prensa a las cinco, hora romana, ya se había divulgado la noticia. Estaban presentes más de seiscientos representantes de los medios de información europeos y americanos, e incluso algunos asiáticos. Los corresponsales residentes habitualmente en Roma tuvieron que luchar para ocupar sus tradicionales asientos de primera fila, y muchos de ellos no pudieron alcanzarlos porque estaban ya ocupados por clérigos, monjas y otros periodistas que habían llegado antes.

Buttafuoco estaba entre atónito y azorado cuando intentaba controlar la situación. A partir de aquel momento, declaró mientras entregaba una copia impresa del comunicado, el papa eslavo dimitía voluntariamente del papado. No dio ninguna razón. Había salido ya de Rusia y su destino se daría a conocer más adelante...

Eso fue lo que logró expresar Buttafuoco, antes de que los numerosos periodistas se pusieran de pie y empezaran a lanzarle preguntas a gritos como si granizara.

La incertidumbre sobre el papa eslavo eclipsó todas las demás noticias. Los grandes titulares que aparecieron con la rapidez de una centella en todos los periódicos principales y una serie de informes que interrumpieron las transmisiones regulares de radio y televisión contenían pocos hechos y gran cantidad de especulación en el mundo entero. Los escasos hechos estaban relacionados con el venerable colegio de cardenales. Actuando como gobierno provisional de la Iglesia universal, sus eminencias se reunirían al mediodía del sábado. Bajo la dirección de su eminencia Cosimo Maestroianni como camarlengo, tomarían las medidas adecuadas según el Código Canónico y la legislación promulgada recientemente por su santidad. Con anterioridad a dicha reunión, se celebraría un sínodo especial de

obispos de la Iglesia, para discutir abierta y democráticamente aquella situación sin precedentes.

Entretanto, la especulación giraba en torno a un grave deterioro en la salud de su santidad. Una marea de seísmos sacudió los continentes a todos los niveles: gubernamental, financiero y popular. En los países principales, se convocaron reuniones especiales del gabinete; en las capitales financieras más importantes, se reunieron las juntas administrativas. Oleadas de emoción, sorpresa y miedo, exaltación y tristeza, confusión y satisfacción, sacudieron a los casi mil millones de católicos y simpatizantes en el mundo entero.

Aquella reacción global era inevitable. Durante más de una década y media, aquel individuo vestido de blanco, el papa eslavo, había sido visto y oído por más de tres mil quinientos millones de seres humanos. Era imposible creer que hubiera abandonado de pronto su lugar entre sus contemporáneos, o valorar el vacío tras la desaparición de un símbolo tan universalmente reconocido, de su famoso escaño en la arena globalista.

-Los principales elementos de la situación están claros, monseñor Christian -dijo sin preámbulos Gibson Appleyard, cuando los hermanos Gladstone llegaron al despacho que utilizaba en la embajada de Bruselas-. Hasta ahora, la información que me ha facilitado Giovanni por teléfono corresponde a la realidad.

-¿Entonces lo han capturado? -preguntó Chris, con los nudillos de las manos, que descansaban en los brazos del sillón, blancos.

Appleyard les entregó la transcripción de la transmisión radiofónica de Michalik desde el avión a la vicaría cardenalicia de Roma.

-El avión sigue rumbo sudoeste desde Moscú. El Santo Padre está de camino al monasterio paulino de Czestochowa. Entretanto, se dice extraoficialmente que la salud del papa ha sufrido una crisis grave, y que los encargados del Vaticano en su ausencia han invocado y puesto en vigor un documento legislativo sobre la dimisión papal, visto y reconocido por el Santo Padre antes de iniciar su peregrinación a Rusia. Si éste es el caso, monseñor... si ha firmado ese documento...

-¡No! -exclamó Chris-. No sé nada respecto a su salud, pero sí acerca del documento. Estampó en él sus iniciales, pero se negó a firmarlo. Ésa es la razón por la que Vacchi Khouras debe reunirse con él. Su trabajo consiste en legalizar la situación. Y ésa es la razón por la que debo llegar junto a él antes que Vacchi Khouras.

-Comprendo -respondió Appleyard, que aceptó la confirmación de Chris como algo superior a cualquier cosa en el circuito diplomático-. Pero permítame que le formule otra pregunta. Suponga que logramos llevarlo a Czestochowa antes de que el nuncio papal ate los cabos sueltos. Y supongamos también que nuestros planes son suficientemente ingeniosos para sacar a su santidad de la trampa en la que ha caído. Dadas las terribles presiones de las que ha sido objeto últimamente, debo preguntarle si cree que accederá a ser rescatado.

Christian miró con fijeza a Appleyard, mientras reflexionaba sobre la pregunta. En esencia, era lo mismo que Paul le había preguntado cuando venían del aeropuerto. Al igual que su hermano, Gibson le preguntaba si el sumo pontífice no había consentido de algún modo retirarse al monasterio de Jasna Gora, pero su pregunta iba aún más lejos. Gibson quería saber si valía la pena mover cielo y tierra para llevar a cabo una compleja operación de rescate, potencialmente no deseada.

-Sin ningún estímulo contrario -dijo Chris-, creo que posiblemente acepte lo que en realidad es un golpe de Estado, como designio divino. Sin ningún estímulo contrario, puede que firme el protocolo de dimisión.

-¿Y usted posee ese estímulo contrario?

Gib no pretendía crear una confrontación. Estaba dispuesto a arriesgar muchísimo en aquella operación, pero deseaba evaluar las posibilidades.

-En el bolsillo de mi chaqueta -respondió Chris, mientras mostraba el sobre doblemente sellado, sin entregárselo.

-¡Vosotros los romanos! -exclamó Paul, que estaba también involucrado en aquel asunto, con la esperanza de que su hermano facilitara alguna explicación adicional-. ¡Siempre con vuestros secretos!

-Además, secretos sucios -reconoció Chris, que se guardó de nuevo el sobre en el bolsillo-. Secretos apostólicos que deberían hablar por sí mismos, cuando los vea el Santo Padre.

-Entonces manos a la obra -dijo Appleyard, mientras miraba interrogativamente al secretario general de la CE. -Manos a la obra -asintió Paul.

Gib echó su silla hacia atrás y cruzó sus largas piernas.

-Desde que Giovanni llamó desde el Raffaele sobre esta crisis ayer por la mañana, monseñor Christian, he consultado a algunos de mis colegas. He logrado convencerlos de que lo más favorable para los intereses de Estados Unidos es la conservación del status quo. El principio es el siguiente: los golpes palaciegos, aunque tengan lugar en el palacio apostólico, no son saludables para la geopolítica. En esta situación en particular, la estabilidad en asuntos internacionales es lo más favorable para la política exterior estadounidense. Por consiguiente, se han puesto a mi disposición ciertos recursos. He logrado que se me concedan el tiempo y el material necesarios para supervisar esta situación, y dirigirla según nuestros intereses.

-Discúlpeme, Gibson -dijo Chris, que no estaba para los dobles sentidos del lenguaje diplomático-. ¿Le importaría repetírmelo en lenguaje cotidiano?

-En lenguaje cotidiano. -Appleyard rió-. Estoy seguro de que podemos llevarle de aquí a Czestochowa. Tenemos un lugar para usted en un transporte militar, que saldrá de Bruselas en dirección a la República Checa dentro de una hora aproximadamente. Llegará usted a Praga más o menos a medianoche. Está todo arreglado. Uno de mis colegas lo recibirá en Praga. Se trasladará a Czestochowa en un helicóptero tipo HP-C del ejército checo. Es un buen aparato. Diseño ruso. A una altitud de un kilómetro y medio aproximadamente, se desplaza a una velocidad de crucero de unos doscientos cincuenta kilómetros por hora. Con depósitos adicionales puede que sea un poco más lento, pero lo llevará a su destino. Si todo funciona como es debido, llegará al monasterio de Jasna Gora a eso de las tres de la madrugada.

Appleyard levantó una pequeña tarjeta y se la entregó a Chris. -Esto puede serle útil. Aquí tiene el número del transporte militar y el nombre del capitán. En el reverso está el nombre de su contacto en Praga. Si su santidad decide marcharse con usted y regresar a Roma, el helicóptero checo se abastecerá de combustible en el aeródromo de Radomsko y estará a su disposición.

Christian asintió para expresar su aprobación. Pero quedaba todavía el problema del transporte a Roma. Como lo había dicho Giovanni Lucadamo, no habría ningún reactor blanco de Alitalia esperando al Santo Padre en Polonia.

-Yo me he ocupado de ese aspecto, Chris. -El menor de los Gladstone sonrió-. No puedo permitir que un puñado de secuestradores eclesiásticos se apoderen de mi Iglesia, precisamente cuando he decidido regresar a la misma. De modo que podría decirse que he hecho una pequeña inversión personal. He alquilado un avión de pasajeros belga. No es tan lujoso como un DC-10 de Alitalia, pero tiene sus ventajas. Es de propiedad privada y eso evita muchísimas complicaciones. Pero hemos encontrado un nombre apropiado para el vuelo. Pescador uno. El gobierno polaco coopera de lleno. No está informado del todo, pero coopera. Han supuesto que era un asunto oficial de la CE y no lo he desmentido. El caso es que tenemos permiso para aterrizar en Radomsko al alba. Se trata de una instalación militar y han puesto ciertos reparos. Pero podemos permanecer dos horas en el aeropuerto. Dios mediante, debería ser suficiente.

-Dios mediante.

-Ésa es la parte positiva de la situación -declaró Appleyard-. La parte negativa es que no habrá escolta aérea. De modo que no tendrán ninguna protección hasta que lleguen al espacio aéreo italiano.

-¿Esperan que nos reciba una escolta en Italia? -preguntó Chris, mientras los miraba a ambos con aprensión.

-Comprendemos que eso pondrá sobre aviso a los enemigos del Santo Padre en Roma -reconoció Appleyard-. Lo retrasaremos tanto como podamos pero, dado que su destino es Roma, deberemos comunicárselo al Ministerio de Defensa. Y cuando lo hagamos, creemos que facilitarán una escolta. En realidad, pensamos que insistirán en hacerlo. Pero si todo funciona como lo deseamos, si el estímulo contrario que lleva en el bolsillo es suficientemente poderoso y logramos entretener a Vacchi Khouras el tiempo necesario, cuando Maestroianni y los demás reciban la noticia de que regresa el sumo pontífice, no podrán hacer gran cosa al respecto.

Christian no estaba seguro de haber oído bien.

-¿Entretener a monseñor Vacchi Khouras? ¿Es eso lo que ha dicho, Gibson?

-Radioaficionados. -Gib sonrió-. En Polonia hay muchísimos.

El viernes 12 de mayo, una espesa borrasca cubría una ancha zona del sur de Polonia. Como un velo de lágrimas celestes en el apoteosis del *golpe de teatro* de los enemigos mortales del papa eslavo, la lluvia caía desde Wroclaw, al oeste, hasta Lublin, al este, y desde *Lódz,* al norte, hasta Katowice, cerca de la frontera checa.

Sólo cuando el reactor en el que viajaba el grupo papal descendió a través de las oscuras nubes, se encendieron las luces de la pista y el piloto logró ver el aeródromo militar de Radomsko, trescientos metros por debajo de sus pies. El avión tocó tierra y se acercó a cincuenta metros de un helicóptero del ejército aparcado junto a la pista. Al otro lado había dos jeeps, con un conductor y un solo oficial uniformado en cada uno. Cuando paró el reactor, brillante de humedad, sus motores siguieron girando lentamente. Después de un breve intercambio de voces entrecortadas, el rotor del helicóptero empezó a cobrar movimiento. Los dos jeeps se acercaron con rapidez a la popa del avión y el oficial que estaba al mando se apeó con una lista en la mano. El segundo oficial se le acercó y abrió un paraguas. Ambos esperaron hasta que se abrió la puerta de popa y descendió la plataforma.

El primer pasajero que bajó por la plataforma fue un clérigo moderadamente alto y de facciones curiosamente aguileñas, con una sotana negra y un sombrero romano de ala ancha. Jan Michalik correspondió al saludo de los oficiales con unas breves palabras en polaco, mostró su documento de identidad y se situó junto al oficial de la lista. Entonces llamó a los demás pasajeros. Conforme descendían, Michalik le hacía una seña al oficial y éste marcaba el número correspondiente, ya que su lista constaba sólo de números, sin ningún nombre.

Los tres seglares fueron los primeros en ser reconocidos. El monseñor le hizo una seña al oficial cuando cada uno de ellos descendía del avión y luego les indicó que se dirigieran a los jeeps que esperaban. Giustino Lucadamo, con su maletín negro en la mano. El siempre elegante oficial de prensa papal, Miguel Lázaro Falla. Y un muy disgustado doctor Fanarote.

Luego emergieron tres clérigos. Las cicatrices en el rostro macilento y afligido del padre Angelo Gutmacher resaltaban como las llamas encarnadas que las habían esculpido. Damien Slattery, con el entrecejo fruncido, tuvo que agachar la cabeza y encogerse de hombros para salir por la pequeña puerta. Monseñor Daniel Sadowski, que cerraba la comitiva, procuraba mantenerse impasible mientras luchaba contra unas lágrimas silenciosas. Seis en total. El oficial miró hacia la puerta de salida, en busca del número siete. Sí. Allí estaba. Su silueta iluminada por las luces de la cabina. Otro clérigo, a juzgar por su sombrero romano. Pero aquél llevaba abrigo, bufanda y guantes.

El número siete descendió lentamente por la plataforma, como para saborear la dulce y cálida sensación del regreso. Cuando por fin pisó el asfalto empapado de agua, las figuras de Michalik y de los dos oficiales parecieron convertirse en siluetas de pigmeos junto al peregrino. El espacio parecía abrirse a su alrededor hasta el oscuro horizonte. El bajo techo de las nubes no le ocultaba a su alma rincón alguno de su querida patria. Lo contemplaba todo como una tranquila visión bañada por el sol de una bendición especial. Las calles de Katowice, donde había nacido. Los campanarios de Cracovia, donde había ejercido como obispo y cardenal. Los campos, los ríos y los grandiosos montes Cárpatos al sur. Y, sí, las elegantes torres del monasterio de Czestochowa en la colina de Jasna Gora, desde donde el sagrado icono de la Reina de Polonia irradiaba la promesa de su hijo divino a aquella tierra y a su pueblo.

El oficial miró con el mismo desinterés a aquel séptimo pasajero anónimo que a los demás. Estaba a punto de marcar el último número en su lista, cuando de pronto se precipitaron en su mente una serie de recuerdos, abrió los ojos de par en par, y el color desapareció de sus mejillas. Permaneció momentáneamente paralizado por sus recuerdos de hacía unos años: un día soleado, el papa eslavo en un coche descapotable, su sonrisa, las bendiciones que impartía a la muchedumbre acumulada en Nowy Swiat, en Varsovia, su lento progreso por la ruta real de los reyes de Polonia desde el palacio de Wilanów, frente al palacio presidencial y hasta el centro metropolitano de Varsovia. Todos los que habían visto aquella figura vestida de blanco nunca olvidaban su inconfundible perfil, ni dejaban de descubrir en sí mismos el anhelo por la bendición del padre.

-*Maryjo! Królowo Polski!* (¡María! ¡Reina de Polonia!).

La invocación tradicional de los polacos frente a algún peligro surgió de los labios del oficial sin siquiera habérselo pensado.

Michalik se alarmó ante aquel lapso en las medidas de seguridad previstas para trasladar al papa eslavo al anonimato y le indicó perentoriamente al sumo pontífice que se dirigiera a uno de los jeeps.

-To Panski obwazak! -susurró al oído del oficial-. ¡Cumpla con su deber, caballero! ¡Registre al número siete! ¡Inmediatamente!

Con un gran esfuerzo, el oficial obedeció. Pero ni siquiera la funesta mirada de monseñor Michalik pudo impedir que el Santo Padre respondiera a aquella poderosa invocación con la triple respuesta tradicional, cuando caminaba sobre el asfalto:

-Jestem przy Tobie! Pamietam! Czuwam! (¡Estamos contigo! ¡Recordamos! ¡Estamos atentos!).

Cuando el sumo pontífice llegó al jeep, los dos oficiales y ambos conductores habían oído la triple invocación. Michalik, furioso a más no poder, agarró el brazo del primer oficial y lo obligó a caminar bajo la lluvia torrencial. Con el rostro duro como el granito, la mirada lúgubre y la voz carrasposa, le habló de las penas por cualquier violación de la seguridad en aquella misión. Cuando terminó, recibió el saludo del oficial azorado, se dirigió al jeep, se instaló en el asiento trasero y le dio una orden al conductor. Mientras aceleraban los motores del reactor, de nuevo en la pista, listo para despegar, ambos vehículos se acercaron al helicóptero.

Cuando el grupo del peregrino había despegado, con el ruido ensordecedor de palas y rotores, el primer oficial pronunció de nuevo la invocación con toda la fuerza de sus pulmones:

-Maryjo! Królowo Polski!

-Jestem przy Tobie! -respondieron al unísono sus tres camaradas, por encima del viento, de la lluvia y del ruido.

CINCUENTA Y TRES

Aunque el final del drama de la meteórica carrera del papa eslavo era todavía más sorprendente que su inesperada elección hacía más de una década y media, los que la habían organizado esperaban que fuera menos tumultuosa. A pesar de su extraordinaria fama en el mundo entero, su transición de la vida pública y categoría papal a la vida privada debía realizarse, por así decirlo, en la reclusión total a unos quince kilómetros al sudoeste del aeródromo militar de Radomsko.

Las ondulantes colinas de aquella región configuraban una depresión natural, ocupada por la antigua ciudad de Czestochowa, con unos doscientos cincuenta mil habitantes. Sobre una de dichas colinas, llamada Jasna Gora, se encontraba el monasterio más reverenciado de Polonia, un imponente bloque de edificios rectangulares, rodeado de una gran muralla y coronado por un alto campanario.

Desde su fundación en 1382 por los monjes de San Pablo el Ermitaño, el monasterio de Jasna Gora había sido el centro espiritual de la nación polaca y el objetivo militar de sus enemigos. Había adquirido el aspecto y la resistencia de una fortaleza, y los mismos nombres de sus estructuras evocaban la lucha centenaria de Polonia por su supervivencia. En cada esquina de sus murallas había un sólido baluarte cuadrado, con los nombres de momentos gloriosos en la historia polaca: Potocki, Szaniawski, Morszstun, Lubomirski. El acceso al monasterio estaba protegido por dos puertas monumentales: Lubomirski y Jagellonian. El camino a dichas puertas lo formaba un enorme mosaico circular de dos leones rampantes alrededor del árbol de la vida, incrustado en el suelo. Dos alas del monasterio estaban ocupadas por las celdas de los monjes. Pero la parte central reflejaba la complejidad de su historia. Junto a las casas de los abades, la sacristía y una serie de magníficas capillas como las de Jablonowski, Denhoff y La Última Cena, se encontraban el salón de los caballeros, el arsenal y los aposentos reales.

Pero la gran importancia del monasterio de Jasna Gora emanaba del icono que colgaba sobre el altar mayor de su capilla gótica de Nuestra Señora. Desde hacía más de seis siglos, la Virgen Morena de Czestochowa había sido y seguía siendo la verdadera reina de Polonia. Jasna Gora era su hogar. Y su casa era la auténtica capital de la nación polaca.

Poco después del anochecer del viernes 12 de mayo, el helicóptero del ejército polaco que transportaba al grupo papal se acercó a las murallas del monasterio de Jasna Gora y se posó en el gigantesco mosaico circular junto a la puerta Lubomirski. La lluvia había cesado, pero el lugar parecía abandonado. Sólo cuando los pasajeros cruzaron las puertas gemelas para entrar en el monasterio, aparecieron el abad Kordecki y su ayudante, el padre Kosinski, para recibir a sus invitados. Aunque monseñor Jan Michalik se adelantó decididamente para hacerse cargo de la situación, los monjes

parecieron no percatarse de su presencia. Reconocían a su papa cuando lo veían, lo conocían desde sus días joviales como cardenal arzobispo de Cracovia, y se dirigieron a él. Ambos se arrodillaron para besar su anillo, como muestra de lealtad a Pedro el apóstol, y ambos besaron el interior de su pie derecho, antigua muestra de obediencia al sucesor legítimo de Pedro.

Michalik no tuvo más remedio que esperar a que el abad y Kosinski se pusieran de pie. Esperar hasta que el papa eslavo sonriera, con el rostro cruelmente distorsionado por el cansancio, e intercambiara unas palabras con sus viejos camaradas. Pero su paciencia llegó al límite cuando vio que los monjes se acercaban a los acompañantes del papa, y uno por uno el Santo Padre se los presentaba. Sólo el padre Angelo Gutmacher no necesitaba presentación. Había visitado con frecuencia el monasterio durante sus numerosas misiones para el papado, y el abad Kordecki y el padre Kosinski lo recibieron como hombre de Dios devoto y valeroso. Tal era el nivel de comprensión entre aquellos veteranos heridos en las batallas de Europa oriental, que bastó un mínimo gesto para que Kordecki se percatara de que Gutmacher quería hablarle un momento a solas.

El resumen del padre Angelo de los sucesos que habían conducido al Santo Padre a Jasna Gora fue breve pero preciso. Se veía con claridad que su santidad no había venido sólo a descansar después de su peregrinación.

-¡Padre abad! -exclamó Michalik, para quien un momento era demasiado, impaciente por llamar al nuncio papal en Varsovia, sin disimular su enojo.

Kordecki miró impasible al monseñor. A lo largo de los siglos, aquel monasterio y sus monjes habían sobrevivido a sitios, guerras, matanzas, hambre y persecuciones. Nadie allí se amilanaría ante aquel despreciable mequetrefe que pasaba por sacerdote.

-Reverendo caballero -dijo el abad Kordecki, después de situarse de nuevo junto al sumo pontífice, pero dirigiendo sus palabras a Michalik-. Entre estos muros, la disposición de todas las personas y todos los alojamientos está bajo mi jurisdicción. He dispuesto aposentos adecuados para su santidad y sus acompañantes en las casas de los abades -prosiguió, mientras gesticulaba en dirección al ala norte del complejo-. Sin embargo -agregó, al tiempo que gesticulaba ahora en dirección al ala sur-, su reverencia disfrutará con toda seguridad mucho más de la reclusión de la casa de los músicos, hasta la llegada del nuncio papal.

¿Reclusión? Michalik tuvo que esperar un segundo para digerir la palabra. ¡El abad no podía estar hablando ahora de reclusión monástica! ¡No ahora! ¡No cuando debía efectuar su imprescindible llamada a Vacchi Khouras!

Kordecki respondió comedidamente a las objeciones de Michalik.

-Le ruego que lo comprenda, reverendo. Es por orden personal de monseñor Vacchi Khouras, que mis monjes celebran unos solemnes ejercicios espirituales. *Magnum Silentium* está en vigor. Eso significa que todas las comidas se servirán en su habitación y no mantendrá contacto con el mundo exterior. Pero no se preocupe, yo llamaré a Varsovia.

A Michalik se le abrió y cerró varias veces la boca, cuando vio al padre Kosinski que se le acercaba como lo haría un alguacil a un prisionero. Su preciado programa se descarriaba, se lo arrebataban de las manos. Le habían hecho mate.

-Su santidad recordará -dijo suavemente el abad, cuando conducía al papa eslavo y a sus acompañantes a las casas de los abades, donde todos se alojarían- que celebramos las vísperas a las nueve de la noche. Solicitamos la asistencia de su santidad para dirigir nuestras devociones.

-Claro que lo recuerdo, padre. Y por supuesto que asistiré. Asistiremos todos -respondió mientras volvía la cabeza para mirar a Sadowski y a Slattery, a Lucadamo, a Gutmacher y a Lázaro Falla, y al pobre doctor Fanarote, que lo seguían en silencio-. Hasta aquí hemos llegado juntos y después de muchas peripecias. Disfrutemos juntos de esta velada de oración, antes...

El pensamiento del sumo pontífice era tan transparente que Kordecki se apresuró a contrarrestarlo.

-Le ruego que me disculpe, Santo Padre. Pero esos italianos, incluidos los medio polacos y medio italianos como monseñor Michalik, que deberían saber mejor lo que se hacen, no han sabido aprender que no se nos puede tratar como un rebaño de reses en nuestra propia tierra. Los austríacos, los alemanes, los suecos y los rusos lo han intentado. Todos se han marchado. Y nosotros seguimos aquí, ¿no es cierto?

Un discreto destello de humor en los ojos del sumo pontífice fue suficiente respuesta. Michalik no se había marchado. Pero gracias al padre abad, por lo menos permanecería inactivo el resto de la noche.

Damien Slattery deshacía con parsimonia la bolsa que había preparado apresuradamente para pasar la noche. Su gran preocupación era encontrar algún medio de abrir los dientes de la trampa en la que había caído el papa eslavo. Pero la dificultad a la que se enfrentaba era que el sumo pontífice no habría caído en la misma si hubiera hincado los talones en el suelo, ni tampoco podría abrirla sin su consentimiento.

-La actitud del Santo Padre ante todo lo que sucede es de una tranquilidad y una confianza propias de la niñez -dijo Slattery para sí-. Pero tras la tranquilidad hay un estado de ánimo, un modo de su espíritu, que lo sitúa casi fuera de nuestro alcance.

»¿Cómo entenderse con un hombre, papa o no, que comprenda todos los argumentos que uno le presente, pero parezca colocarlo todo en un contexto diferente? No cabe duda de que siempre ha habido una faceta mística en su naturaleza. Pero ahora reacciona ante todo como si pudiera ver una dimensión más clara en nuestras palabras. O como si cualquier diálogo estuviera dotado de una grandeza sobrenatural.

Slattery era presa de frustración y no encontraba la salida, cuando el padre Kosinski llamó con suavidad a su puerta y le pidió que se reuniera con el abad Kordecki en sus habitaciones.

-El maestro Lucadamo y el padre Gutmacher están ya con el padre abad -dijo Kosinski, mientras los dos clérigos se dirigían al tercer piso.

-¿Y los demás? -preguntó Slattery, que subía los peldaños de dos en dos.

-Monseñor Sadowski está con el Santo Padre. Y el padre abad considera que al doctor Fanarote y al señor Lázaro Falla les conviene descansar antes de las vísperas.

Al parecer, *Magnum Silentium* no era vigente en los aposentos de Kordecki. El abad, Lucadamo y Gutmacher estaban pegados a un receptor de radio de onda corta, como lapas a una roca. Damien se unió al grupo y escuchó intranquilo las informaciones que recibían. Conforme el abad alternaba entre la BBC, la Voz de América y las emisoras polacas, era evidente que la dimisión del papa era la noticia principal en todas partes. Según los comentaristas europeos y americanos, el papa eslavo había dimitido por razones de salud. Transmitían citas de importantes portavoces gubernamentales y de los secretarios de muchas conferencias episcopales importantes. También se especulaba sobre el futuro cónclave y la identidad del próximo papa.

En general, el tono de los comentarios era laudatorio. Algunos encomiaban al Santo Padre por la sabiduría de su dimisión. Aunque la conclusión general era que el papa eslavo formaba ya parte de la historia. «De ahora en adelante -decía una cita de Maestroianni-, el ex Santo Padre sustentará la Iglesia con sus oraciones y su experto asesoramiento.»

Pero había elementos evidentes de confusión en ciertas noticias, particularmente en las emisoras polacas. Según informes, en algunas de las principales ciudades extranjeras tenían lugar violentas manifestaciones y las inevitables contramanifestaciones. Nueva York, París, Milán y Madrid se encontraban entre las ciudades citadas, al igual que Roma. Entretanto, los grupos católicos ultratradicionales habían hecho declaraciones diversas. Algunos declaraban que el papa eslavo nunca había sido válido como papa, otros afirmaban que había caído en la herejía durante su reinado y por consiguiente había dejado de ser papa. Ciertos grupos neocatólicos, con obispos como portavoces, agradecían públicamente a Dios que aquel papa inadecuado hubiera decidido por fin dejar de impedir el desarrollo de la Iglesia. Los grupos católicos moderados, que representaban a una inmensa mayoría de los católicos, se declaraban obedientes hijos e hijas de la Iglesia, que aceptarían las decisiones que se tomaran en Roma. Las conferencias episcopales oficiales pidieron que se conservara la calma y se rezara para la sucesión papal.

Eran también las emisoras polacas las que más se ocupaban de los rumores todavía frecuentes sobre el papa eslavo. Rumores de que había fallecido. Rumores de que estaba en coma en un hospital de Moscú. De que se había retirado como monje a Troitse-Sérguieva Lavra, cerca de Moscú. De que estaba en el Vaticano. De que estaba en Castel Gandolfo. De que recibía tratamiento por un cáncer en Alemania, o por una severa depresión en una clínica suiza. El Vaticano mantenía la boca oficialmente cerrada respecto a dichos reportajes y refería todas las preguntas a la conferencia de prensa, que se

celebraría después de la reunión de cardenales del sábado día 13 al mediodía.

-Si no conociéramos la verdad -dijo Giustino Lucadamo, que fue el primero en despegarse de la radio-, creeríamos que todo había terminado.

-A no ser que sepa algo que yo desconozco -refunfuñó Slattery-, creo que todo ha terminado, salvo dar gritos de protesta. Cuando el padre abad haga esa llamada a monseñor Vacchi Khouras...

-Si queremos evitar que el nuncio actúe precipitadamente presa del pánico -reconoció el abad Kordecki-, habrá que hacer esa llamada. Pero no tengo por qué darme prisa. Su santidad no está sometido a ningún horario específico y los retrasos son fáciles de justificar. Además, el maestro Lucadamo considera que una llamada a Roma será más útil desde nuestro punto de vista.

-¿Una llamada al Vaticano?

Con Maestroianni, Aureatini y los demás encargados ahora del palacio apostólico, la cínica sorpresa de Damien era comprensible.

-Una llamada a otro centro de información -aclaró Giustino-. A mi tío al Raffaele. Normalmente somos discretos en cuanto a compartir información, pero nuestra situación desde hace algún tiempo no tiene nada de normal. Y si cree que el Vaticano ejerce alguna influencia sobre el Raffaele como centro de operaciones, padre Damien, permítame que le facilite algunos datos. Incluidas las noticias sobre nuestro amigo monseñor Christian Gladstone. Según mi tío, ha hecho un buen trabajo en nuestra ausencia.

En primer lugar, Lucadamo le habló a Slattery del programa que se seguía en Roma. Según Gladstone, una llamada de Michalik a la secretaría sería la señal para que la vicaría cardenalicia aceptara la dimisión del sumo pontífice como hecho consumado y autorizara su reclusión en Jasna Gora. La dimisión del papa se había comunicado al mundo entero durante una conferencia de prensa en el Vaticano a las cinco de la tarde, hora romana. Otra llamada de Michalik, la que tanto anhelaba efectuar a su llegada, debía advertirle a monseñor Vacchi Khouras de la llegada del Santo Padre a Czestochowa. El nuncio se desplazaría entonces en coche desde Varsovia, para obtener la firma del sumo pontífice en el protocolo de dimisión. Después de firmado oficialmente, dicho documento adquiriría la fuerza de una constitución apostólica. La vicaría cardenalicia gozaría de libertad para convocar el próximo cónclave.

-¿Y si su santidad no lo firma? -preguntó Slattery, consciente de que era como buscarle cinco pies al gato.

A estas alturas, todos los gobiernos habrían recibido copias del documento con sus iniciales, y el mundo en general estaría impresionado por aquella transición pacífica, armoniosa y democrática de un pontificado a otro. Dada su larga experiencia con el papa eslavo, Maestroianni y los demás estaban evidentemente convencidos de que su santidad accedería a firmar el documento de dimisión, por la unidad de la Iglesia y por el bien del papado como institución.

Pero al parecer Slattery no era el único en buscarle cinco pies al gato. Lucadamo respondió a su pregunta con una noticia que dejó atónito al irlandés. En aquel mismo momento, Chris Gladstone se desplazaba hacia Jasna Gora con cierta información en su poder, con la que esperaba convencer a su santidad para que no firmara el protocolo.

-En realidad -agregó Giustino-, le parecerán increíbles los preparativos que se han hecho para transportar al sumo pontífice de regreso a Roma.

-¿Lo sabe el Santo Padre? -preguntó Damien.

-Yo se lo he comunicado -respondió Angelo Gutmacher-.

Pero no estoy seguro de que Chris ni nadie pueda evitar que el sumo pontífice dimita. Todos conocemos las intrigas y las falsedades de Maestroianni y su cábala, así como el objetivo de su política. Sé que no será fácil que usted lo comprenda, padre Damien, pero su santidad piensa que este paso de sus cardenales puede interpretarse como la señal de la que ha estado hablando. Reconoce que no es la señal que anticipaba o deseaba cuando emprendió esta peregrinación. Pero considera que Dios puede desear que se retire. Eso, en cierto sentido, favorecería a la Iglesia al dejar de ser un elemento conflictivo.

-¡Favorecería a la Iglesia! -exclamó frustrado Slattery, como si estallara una explosión en el silencio del monasterio-. Ahora, cuando Roma está llena de enemigos de la Iglesia, ¿considera que la solución consiste en retirarse para trabajar en paz y soledad?

-Reconoce que ha cometido grandes errores -respondió el padre Angelo-. Lo ha dicho literalmente. En realidad, puede que ésa sea la razón por la que Dios y la Virgen ya no lo quieran como papa, sino tal

vez en otra misión. Aunque la verdad es que no lo sabe. Dice que debe guiarse ahora por los acontecimientos. Quiere oír lo que Christian tiene que contarle.

-¡A mí también me gustaría oírlo!

Entonces, el abad Kordecki levantó la mano para pedir silencio. Había mantenido el oído parcialmente atento a la onda corta, como si esperara alguna noticia en particular, y en aquel instante subió el volumen para oír un boletín local.

Al parecer, según fuentes policiales, masas de gente se habían puesto en movimiento en diversas regiones de Polonia. Por todas partes las carreteras estaban abarrotadas de hombres, mujeres y niños que se desplazaban a pie, en coches y carros, bicicletas, caballos y asnos. Se preparaban unidades especiales de la milicia y batallones del ejército por si peligraba la seguridad pública. Pero todo parecía transcurrir de forma ordenada. En realidad, todo parecía organizado, como si la nación obedeciera una señal extraordinaria. Los entrevistados se dirigían a un mismo lugar: Jasna Gora, con vistas a la ciudad de Czestochowa. Todas las miradas, salvo la del padre Kosinski, se dirigieron al abad. ¿Cómo interpretaba esa noticia?

-Nosotros, los polacos, estamos a punto de darles una vieja lección a sus amigos italianos en el Vaticano. -El abad Kordecki sonrió, primero a Kosinski y luego a los demás-. Pero ahí está. La campana toca a vísperas. Su santidad me estará esperando -agregó el abad antes de apagar la radio y levantarse de su silla-. El padre Kosinski los acompañará a la capilla de Nuestra Señora. Creo que después de las plegarias podremos llamar tranquilamente al nuncio en Varsovia -añadió, antes de apresurarse hacia los aposentos papales.

Cuando se apagaba el son de las campanas al atardecer del 12 de mayo, los bancos de la capilla de Nuestra Señora de Jasna Gora estaban ya llenos de monjes paulinos vestidos de blanco, arrodillados en plegaria silenciosa, con sus cabezas agachadas ante el tabernáculo y ante el icono de la Madre que mantenía su vigilia sobre la divina presencia de su hijo. Al oír los pasos silenciosos por el centro del pasillo, una sobrecogedora sensación de privilegio y esperanza se apoderó de la comunidad. Vestido de nuevo de blanco, el papa avanzaba decididamente hacia el reclinatorio frente al altar mayor. Allí permaneció durante un momento dorado de silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho, el rostro levantado y la mirada fija en la cara de la Madre.

Por fin el Santo Padre se arrodilló y su voz retumbó con las antiguas invocaciones:

-*Maryjo! Królowo Polski!*

-¡María! ¡Reina de Polonia! -repitieron al unísono los monjes arrodillados, sin la menor duda de que sus cánticos se extendían a los santos de Dios en el cielo, a las almas del purgatorio y a las voces y los corazones de todos los fieles polacos en el mundo entero.

-¡Santa María! Llena eres de gracias...

El sonido de la capilla llegaba a las habitaciones aisladas de las casas de los músicos, cuando monseñor Michalik probaba el teléfono por enésima vez. No funcionaba. Probó de nuevo la puerta. No se abría. Llegaba de nuevo aquel cántico para torturar al monseñor en su soledad:

-*Jestem przy Tobie!*

-¡Sin duda lo recordaremos, abad Kordecki! -replicó impíamente Michalik.

-Oh, Señora de Czestochowa... -El monseñor se cubría en vano los oídos-. Oh, María, te imploramos... Bendice a nuestros hijos...

Michalik se dejó caer en una silla y se mecía angustiado.

-Te recordaremos, Kordecki... -repetía acerbadamente, con anhelo por el silencio-. Te recordaremos... Te recordaremos...

-Eminencia, no sé por qué hemos tardado tanto en recibir la llamada. Ha telefoneado personalmente el abad y todos sabemos lo descuidados que pueden ser respecto al tiempo esos monjes de clausura.

Después de que Kordecki confirmara por fin la llegada del papa eslavo sano y salvo a Jasna Gora, su excelencia Alberto Vacchi Khouras consideró oportuno hablar una vez más con el cardenal Maestroianni, antes de salir de la nunciatura apostólica de Varsovia en la calle Miodowa. Se trataba,

después de todo, de una misión única, que según su eminencia quedaría permanentemente registrada en los libros de historia, y que por consiguiente garantizaría el propio futuro de su excelencia en la curia del nuevo pontificado romano.

-Sí, eminencia -dijo el nuncio, mientras manoseaba la carpeta roja que había sobre su escritorio-. Tengo aquí todos los documentos, y sé los comentarios que debo hacerle a... su santidad... Sí, eminencia. El principio de una nueva era en la Iglesia, estoy completamente de acuerdo... No, eminencia. El retraso del abad no debería causar ninguna dificultad en nuestro programa. La carretera de la capital a Czestochowa es la mejor autopista de Polonia. Tardaré una hora y media a lo sumo en llegar al monasterio. Cuando tenga la firma del papa en el protocolo, regresaré inmediatamente al aeropuerto Okecie de Varsovia para trasladarme a Roma en un vuelo privado. Sobra tiempo.

El cardenal Maestroianni frunció el entrecejo después de colgar el teléfono en su estudio. Era fácil para Vacchi Khouras estar tan seguro de sí mismo, pero su eminencia, como camarlengo, era el único capaz de apreciar lo delicado de su situación. Sólo él tenía a su cargo los asuntos concernientes al papado como administración suprema y la dirección de la debida transferencia de poderes papales. Para apaciguar su inesperado nerviosismo, el pequeño cardenal empezó a caminar entre los montones de libros y monogramas sobre las mesas. No era cuestión de acostarse aquella noche. No con tanto peso sobre sus espaldas.

Maestroianni sabía que, para no desviarse de sus planes, él y sus colegas debían ajustarse a la tradición eclesiástica y a la legislación de la Iglesia. La exactitud era la característica esencial de la tradición sacrosanta y la legislación detallada. El único objetivo de la tradición y de la ley era garantizar que el sucesor del papa anterior fuera inconfundible y manifiestamente el elegido de Dios por mediación del Espíritu Santo. Todos los actos se encaminaban a dicho fin. Cada paso debía ajustarse a la ley y a la tradición. De lo contrario, se pondría en duda la legalidad canónica de todo el proceso.

Normalmente, sólo se elegía a un nuevo papa cuando el anterior había fallecido. Lo complicado en este caso era que la Iglesia tenía un papa perfectamente vivo. Por consiguiente, desde un punto de vista canónico, la posición adoptada por el Consejo de Estado, o mejor dicho la posición adoptada por el propio Maestroianni, junto a los cardenales Palombo, Aureatini, Pensabene, Graziani y otros, de que el papa viviente prácticamente había dimitido, tenía una importancia fundamental.

Maestroianni se convenció a sí mismo de que los actos que se llevaban a cabo no sólo eran lógicos, sino que gozaban de ciertas bases canónicas. Cualquier papa podía dimitir, sin ninguna obligación de explicar la causa de su dimisión. Además, la redacción del protocolo de dimisión daba la impresión de que su santidad dejaba a juicio del Consejo de Estado la decisión de si estaba suficientemente incapacitado para ser discretamente «destituido».

Como era lógico, Maestroianni pisaba un terreno muy firme. En primer lugar, el papa eslavo había hablado abiertamente de la posibilidad de dimitir con varios subalternos, incluido el cardenal secretario de Estado Graziani. Además, había manifestado la necesidad de conocer la voluntad común de sus cardenales del Vaticano, antes de emprender su peregrinación a Rusia. Y ahora había permitido incluso que lo retiraran a él y a sus acompañantes a la remota y aislada ciudad de Czestochowa. No había protestado. No se había negado a desplazarse. No había insistido en regresar a Roma.

Si era justo afirmar que el éxito de aquella empresa se medía por la conformidad del papa eslavo con los preparativos realizados por el Consejo de Estado, ¿de qué tenía que preocuparse? Desde el principio de su pontificado, siempre había sido lo mismo. Salvo en lo concerniente al aborto y a la anticoncepción, la lección era clara y consistente. El papa eslavo había otorgado siempre su consentimiento.

-Además... -Maestroianni empezó a hablar consigo mismo, mientras deambulaba y reflexionaba entre sus libros en aquella noche de insomnio-. Cuando todo esté por fin resuelto en este asunto de máxima gravedad, disponemos de un precedente histórico. Este caso de sucesión papal poco se diferencia del caso del papa Celestino Quinto.

Con toda su reverencia por los pasos de la historia, el pequeño cardenal había descubierto las oscuras lecciones de las que había dejado constancia el caso de Celestino. Hasta ahora, aquél era el único caso de auténtica dimisión papal en los anales de la Iglesia. Y aunque había tenido lugar en 1294, había suficientes pruebas para demostrar que Celestino había sido también víctima de engaño y

manipulación por parte de su sucesor, el cardenal Benedetto Caetani. Curiosamente, los enemigos de aquel papa también decidieron enclaustrarlo físicamente. Él también se convirtió en un prisionero. En realidad, falleció de «una infección» en Castello di Fumone, en Frosinone, pocos meses después de su reclusión.

Maestroianni se regañó a sí mismo y regresó a su abigarrado escritorio. No porque vacilara al pensar en el caso de Celestino, sino porque había perdido ya suficiente tiempo pensando en el papa eslavo. Sería mucho más positivo pensar en los planes para los acontecimientos que tendrían lugar dentro de pocas horas, y que debería dirigir con la mayor cordura y dignidad posibles.

El acontecimiento más importante para su eminencia era el sínodo episcopal, convocado para las ocho de la mañana. En dicha reunión, ante representantes de la prensa, Maestroianni se proponía resolver tres puntos. En primer lugar, solicitaría una votación para aclarar, o «globalizar» según decía Pensabene, los resultados del voto de criterio común. A dicho fin, el cardenal Aureatini había preparado una espléndida selección de material visual y gráfico para demostrar la importancia primordial del temor por parte de la mayoría de los obispos respecto a su cohesión interna y unidad alrededor de la venerable sede de Pedro en Roma. No debería de haber dificultad alguna respecto a dicho punto, se dijo Maestroianni a sí mismo, salvo evitar tal vez una clamorosa estampida de afirmación por el reconocimiento formal de dicho sentimiento generalizado.

A continuación, Maestroianni pediría un voto de gratitud y bendición por los servicios prestados por el papa eslavo. No le cabía la menor duda de que numerosos obispos protestarían de que su preciada unidad había llegado a ser frágil durante el último papado. Sin embargo, cualquier discurso espontáneo en dicho sentido jugaría a su favor. Se proponía señalar que la dificultad no había sido culpa de ningún individuo en particular, sino el resultado de condiciones desfavorables en la administración romana y en las diversas diócesis de la Iglesia. Había sido precisamente dicha situación, la preocupación de los obispos en cuanto a la falta de unidad y a la incapacidad del último papado de remediar el problema, lo que había conducido al Santo Padre y al Consejo de Estado a pactar una dimisión formal, seguida inmediatamente de un nuevo cónclave papal.

-*Optime, Cosimo!* -Maestroianni se felicitó a sí mismo al repasar sus planes-. *Optime!*

Para cubrir el tercer punto de su programa, el cardenal tendría que arriesgarse. A fin de adaptar la Iglesia al progreso de la historia, la influencia retrógrada y frecuentemente obstruccionista de la Santa Sede debería diluirse. Era imprescindible debilitar la autoridad central del papado. No bastaba con librarse del actual sumo pontífice. Había llegado el momento de preparar al mundo para un futuro no demasiado lejano, cuando los papas serían realmente elegidos de forma democrática por todos los pastores de la Iglesia. El truco para Maestroianni consistía en inaugurar el proceso descentralizador y mantener al mismo tiempo un firme control. Se proponía abrir el sínodo de forma que todos los obispos pudieran expresar su opinión. Estimular su ya creciente apetito de democratización de la estructura eclesiástica, hasta el punto de alentarlos a formular preguntas directas a los principales candidatos papales.

-Compartid con nosotros -se proponía decirles a sus reverendos hermanos, en una grandiosa invitación-. Contadnos vuestras esperanzas, vuestras aspiraciones, vuestras ideas. ¡Permitid que florezcan un millar de flores!

Evidentemente, gracias a la heroica labor del monseñor Christian Gladstone y al tiempo que el propio camarlengo había dedicado a los obispos durante la última semana, el riesgo no era tan terrible como podía haber sido. Aquellos cuestionarios que tanto había trabajado Gladstone para completar eran en definitiva documentos de la posición dogmática y pastoral de prácticamente todos los obispos que estaban en aquel momento en Roma. Y puesto que Maestroianni había hablado en persona con cada uno de ellos, creía saber qué cabía esperar.

Mientras ensayaba los pasos que esperaba florecieran en el sínodo del sábado por la mañana, el estado de nervios de Maestroianni fluctuaba como la marea. Indudablemente surgirían dificultades con algunos de los obispos. Su ánimo era festivo, eufórico y triunfalista. Sus reuniones de los últimos días se habían caracterizado por discursos desorganizados y una corriente contagiosa de felicidad autocomplaciente. A veces, parecía incluso que eran algo más que una asamblea de obispos individuales. Algo del orden de partidos y facciones altamente organizados, que habían hablado y negociado entre sí a un nivel que Maestroianni no había planeado ni esperado. El pequeño cardenal tenía

incluso una remota sensación de que incluso él podría quedar desfasado. De que fuera incapaz de controlar a los obispos. De que ya no estaba al mando de la situación.

-¡Menuda imbecilidad!

Su eminencia ahuyentó decididamente los demonios de la duda. Otro ensayo de su programa para el sínodo del sábado por la mañana y para el consistorio del mediodía, le permitió recuperar su confianza. En lugar de aprensiones, empezó a percibir los primeros efectos de aquello para lo que tanto había trabajado durante mucho tiempo. Por fin empezó a comprender cómo se sentía uno al encontrarse entre los pocos elegidos de la historia. ¡Uno de los maestros ingenieros del mundo!

Sin embargo, en lo más profundo de su corazón había todavía una remota sensación de malestar. Lo preocupaba al cardenal, por ejemplo, que monseñor Christian Gladstone hubiera decidido abandonar Roma en un momento tan esencial. Era evidente que tenía escasa importancia, seguramente un lapso temporal de juicio. Además, era muy probable que regresara con tiempo para participar en los acontecimientos monumentales del sábado, como lo había dicho Taco Manuguerra. ¿A qué venía entonces aquella sensación desproporcionada de insatisfacción respecto a monseñor Christian?

Probablemente, razonó Maestroianni, tenía menos que ver con Gladstone que con la iracunda reacción del cardenal Aureatini, al recibir la noticia de la inesperada partida del norteamericano. Era incomprensible que Aureatini repitiera su acusación de que un hombre como Gladstone podía poner en peligro sus planes para la Santa Madre Iglesia. ¿Debería atribuir el ataque de Aureatini a su nerviosismo, ahora que la gran operación de cambio de papas se había realmente iniciado? ¿Era el desagrado que Aureatini sentía por los norteamericanos? ¿Era una estrategia, una vieja artimaña, para destruir las perspectivas de promoción de Gladstone? La difamación, la calumnia y la mentira eran los dardos que estaba siempre dispuesto a lanzar todo burócrata para librarse de sus rivales, y Maestroianni había dejado muy claro que había elegido a monseñor Christian para dispensarle un trato preferencial.

Conforme examinaba el dilema, Maestroianni empezó a percatarse de que la verdadera pregunta era por qué lo preocupaba lo que Aureatini pensara de Christian Gladstone. Empezó a darse cuenta de que en realidad le gustaba aquel norteamericano. De que siempre había preferido a los Gladstone de esta vida a los Aureatini. De que todos los actores y agentes de aquel gran proyecto empalidecían junto a él. De que, por ejemplo, le desagradaba un cacto eclesiástico intocable como el cardenal Palombo, cuyas palabras siempre parecían cargadas de agresión.

Maestroianni acababa de despertar de sus peligrosamente sinceras reflexiones, cuando uno de dichos actores y agentes, el espinoso Noah Palombo en persona, llamó por la línea privada de su eminencia para preguntar si se había recibido alguna noticia de Vacchi Khouras.

-No se preocupe, eminencia -dijo el camarlengo al cacto-. Bastante antes de la inauguración del histórico consistorio al mediodía, estará en nuestra posesión el protocolo de dimisión debidamente firmado y sellado. Su excelencia lo tiene todo bajo control.

Cuando su Mercedes llegó a las afueras de Varsovia y aceleró por la autopista, su excelencia Alberto Vacchi Khouras apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento trasero y cerró los ojos. Revisó mentalmente los documentos de la carpeta roja, que iba junto a su secretario personal, en el asiento delantero. Repitió en su mente los comentarios que haría en su entrevista con el papa eslavo. Imaginó el momento en que, con su misión cumplida, llegaría a Roma con el documento legal, *De Successione Papali,* firmado y sellado por su santidad en presencia de su excelencia y otro testigo.

Como uno de los pocos cristianos palestinos de alto rango en el cuerpo diplomático vaticano, Vacchi Khouras nunca había dudado de su destino especial. Ahora estaban a punto de cumplirse todas sus expectativas. Entre los seres humanos de la Tierra, él había sido elegido para atestiguar y aceptar la dimisión del papa reinante. ¡Asombroso! Sólo en una ocasión a lo largo de dos mil años había tenido lugar semejante acontecimiento.

Empezaba a imaginar los caminos que se le abrían, cuando oyó el escandaloso ruido del tráfico. Le pareció extraño tanto movimiento a aquella hora. Pero una perezosa mirada por las ventanas ahumadas lo ayudó a comprender. Sólo un montón de carros, camiones y otros vehículos; probablemente el primer transporte de verduras frescas a los mercados de la ciudad.

El nuncio se incorporó. Nunca estaba de más comprobar que todo estuviera en orden. Pulsó un botón para abrir la separación y le pidió la carpeta roja a su secretario. Fue entonces cuando se percató

de que el coche había reducido considerablemente la velocidad.

-¡Viajamos a velocidad de tortuga! -dijo Vacchi Khouras, mientras le daba al chófer unos golpecitos en el hombro.

-Es el tráfico, excelencia. Es más intenso cuanto más avanzamos.

-¿Más intenso? El tráfico de salida no debería ser más intenso, no a esta hora.

-Se lo ruego, excelencia, fíjese atentamente. Este tráfico se desplaza definitivamente en la misma dirección que nosotros. Y es sin duda cada vez más intenso.

El nuncio bajó las ventanillas de ambos lados del coche y percibió una algarabía de ruidos diversos, junto al de un intenso chaparrón. Se oía música y noticias de las radios. Bocinas. Estaban rodeados de una asombrosa selección de vehículos.

-¡Haga algo útil! -ordenó Vacchi Khouras a su secretario, mientras cerraba las ventanas-. Llame a alguien. Averigüe si podemos salir de este atolladero. Estamos perdiendo un tiempo muy valioso.

-He despertado al sustituto del guardia en la nunciatura, excelencia -respondió el secretario, mientras mostraba el teléfono móvil que tenía en la mano-. Dice que el pronóstico es de que continúen las fuertes precipitaciones y que la carretera está abarrotada.

-¡Eso también puedo verlo yo! -exclamó su excelencia-. ¡Aquí! Tome esa salida. Prosigamos por carreteras secundarias y volveremos a la autopista más adelante.

La maniobra funcionó. El Mercedes aceleró por una accidentada carretera rural. Pero apenas había acabado su excelencia de farfullar que debía pensar por todos, cuando se encontraron de nuevo rodeados de tráfico: automóviles, bicicletas, motos, hombres, mujeres y niños andando, y familias en carros. Era como si toda Polonia hubiera decidido salir a merendar bajo la lluvia.

Conforme su limusina avanzaba penosamente hacia la autopista, sin siquiera un cartel que indicara dónde se encontraba, Vacchi Khouras tuvo una serie de arrebatos y pensamientos moderadamente consoladores. Era claro que aquella situación no era culpa suya, se dijo a sí mismo por una parte. Era una contrariedad temporal. Podía esperar a que se resolviera. Sin embargo era impensable, decidió furioso por otra parte, que su misión, su entera carrera, estuviera a merced de un atolladero de tráfico.

-¡Llame por teléfono al Ministerio del Interior! -exclamó Vacchi Khouras a su secretario, incapaz de controlarse.

Después de una agonizante espera, su excelencia logró hablar con un vigilante semidormido en el Ministerio del Interior de Varsovia. No, respondió el funcionario, no podía ponerse en contacto con el ministro. El ministro había salido del país. No, dijo, no sabía quién era el ministro en funciones. Sí, podía llamar al Ministerio del Aire en nombre de su excelencia y solicitar transporte aéreo. ¿Pero dónde estaba exactamente su excelencia? ¿Dónde? ¿En algún lugar entre Varsovia y Czestochowa? Tal vez su excelencia podría llamar de nuevo cuando su excelencia supiera dónde estaba su excelencia. Preferiblemente después de las diez de la mañana. De lunes a viernes...

-Sí, eminencia -respondió de forma apresurada el joven de servicio el viernes por la noche en la nunciatura polaca, con la sensación de que se le congelaría el teléfono en la mano al oír la voz del cardenal Maestroianni-. Su excelencia Vacchi Khouras me ha ordenado que no le transmitiera el mensaje a nadie, salvo a su eminencia... Sí, eminencia. Ha estado en contacto con nosotros varias veces durante la noche por teléfono móvil. Casi constantemente... No. eminencia. Su excelencia dice que es improbable que llegue a Roma antes del mediodía. En realidad, duda de que llegue a Czestochowa antes de media mañana... Sí, eminencia. Hemos comprobado la situación. Hay una cantidad extraordinaria de tráfico en los doscientos kilómetros de autopista de Varsovia a Czestochowa. No hay forma de dar media vuelta. Me temo que se ha divulgado la noticia de que el Santo Padre podría estar pasando la noche en el monasterio de Czestochowa, pero no hemos podido confirmar que lo uno esté relacionado con lo otro...

»Sí, eminencia, le transmitiré sus instrucciones. Sí, lo tengo palabra por palabra. Su excelencia debe proseguir, por lento que sea el camino. Debe conseguir la firma de su santidad antes del mediodía. Debe comprender que la presencia inmediata del documento en Roma no es esencial. La firma lo es.

El camarlengo tuvo más que un ataque de nervios cuando desconectó la llamada de Varsovia. ¿Un atolladero de tráfico en la autopista de Czestochowa a altas horas de la madrugada de un sábado

cualquiera? ¿Era eso normal en Polonia? ¿O era un indicio de acontecimientos futuros? ¿Debería soportar enormes manifestaciones populares a favor del papa eslavo? ¿Y no sólo en Polonia? Maestroianni se estremeció ante la horrible perspectiva de doscientos mil fervientes defensores del papa eslavo, entre las puertas de San Pedro y el río Tíber. Ya casi podía ver a esos terribles carismáticos dando saltos e interrumpiendo la paz de todas las salas del Vaticano, con sus gritos al Espíritu Santo. O aún peor, esas detestables cámaras de televisión filmando el espectáculo, grabando los gritos apoteósicos: « ¡Papa! ¡Papa! ¡Papa!»

Hasta tal punto llegó a sentir pánico el cardenal, que levantó el teléfono. Había que esperar. Había que reflexionar. ¿De qué serviría molestar a los demás miembros de Consejo de Estado? Indudablemente sus eminencias ya se habrán acostado. Además, ¿qué podían hacer salvo charlar?

-Controla los nervios, Cosimo -se dijo su eminencia, mientras examinaba la realidad-. Los planes han sido elaborados. Con o sin muchedumbres, Vacchi Khouras llegará a su destino. Con o sin muchedumbres, el papa no irá a ningún lugar. Está sitiado. Firmará. Entretanto, sus iniciales en el protocolo y su reclusión sin protesta a Jasna Gora sólo pueden conducir a una conclusión. Ha accedido claramente a la decisión del Consejo de que su reciente debilidad física constituye una indicación de incapacidad papal.

El camarlengo soltó el teléfono.

-Controla tus nervios -repitió-. Y recuerda quién está al mando.

CINCUENTA Y CUATRO

Muchos años después de aquellos tiempos tumultuosos, hombres y mujeres a lo largo y ancho de Polonia contarían cómo, de pronto y aparentemente de la nada, había llegado a todos los pueblos, barrios y ciudades el mensaje: « ¡El papa eslavo está en Czestochowa! ¡Nuestro Santo Padre está en Jasna Gora!» También contarían cómo habían ido a saludarlo, protegerlo, brindarle su apoyo, mostrarle su solidaridad. Contarían cómo todas las luces de las calles y casas de la ciudad de Czestochowa se habían encendido para darle la bienvenida. Contarían cómo se habían reunido millares, decenas de millares, bajo las espesas nubes de aquella tormentosa noche en la colina de Jasna Gora, cómo las luces de los muros del monasterio los habían iluminado, cómo habían cantado, rezado, hablado y disfrutado. Y contarían cómo, en todo momento, parecía existir un diálogo silencioso entre ellos y la figura vestida de blanco a la luz del balcón cubierto por encima de sus cabezas, cómo ambos parecían alegrarse de su mutua presencia, de su mutua dependencia, de compartir su comunión en la fe.

-¡Ahí debe de haber un millón de personas! -dijo Damien Slattery, sin levantar la voz.

Al contemplar el acontecimiento desde una de las ventanas que daban al este de los aposentos del sumo pontífice, él, Gutmacher, Lucadamo y los demás miembros del grupo papal se sentían como intrusos. Era como si la corriente de emociones que percibían entre la muchedumbre y el Santo Padre, solo en un balcón cercano, fuera algo privado, privilegiado, sagrado.

-Y llegarán todavía muchos millares, amigo mío -dijo, por su parte, el abad Kordecki, junto a Damien-. Vi algo parecido en una ocasión anterior, durante una de sus primeras visitas como papa. Fue en el momento de su máximo enfrentamiento con el gobierno estalinista de Polonia, y pasó aquí la noche. Entonces la gente empezó a reunirse también espontáneamente alrededor de Josna Gora. Estaba en ese mismo balcón y no hizo ningún discurso. De vez en cuando bendecía a las masas o hacía un gesto con la mano, más o menos como ahora. Pero nunca perdió el control de las masas. Él es así.

»Los estalinistas nunca habían visto nada parecido. Poca gente lo ha visto. Crearon un círculo de acero alrededor de este lugar. Utilizaron toda una división blindada. Pero el pueblo acudió de todos modos. Un millón y medio de personas de todos los confines de Polonia. La gente avasalló los tanques. Se acostaron delante de ellos, se sentaron encima, arrojaron agua bendita por sus cañones, recitaron el rosario en sus torretas. Los inutilizaron. No les sirvieron de nada. Mereció la pena verlo, padre Slattery. La forma en que esos matones se retiraron, mientras la muchedumbre los abucheaba, vitoreaba y cantaba himnos.

Mientras el padre abad contaba la historia de aquel día ya lejano, Damien y sus compañeros empezaron a percibir la enorme multitud como a un organismo viviente. Al oír las voces y las oraciones, los gritos y los cantos, los vítores y las alabanzas, tuvieron la esperanza de que aquél fuera el nuevo

punto de partida. De que el sumo pontífice interpretara aquella manifestación de fieles como la señal del cielo que esperaba. De que no aceptara la dimisión y separación del papado. De que regresara a la Santa Sede y recuperara el gobierno, al que en todo caso no había renunciado.

Sin embargo, mientras contemplaban las abarrotadas laderas de la colina de Jasna Gora y de la hondonada posterior, el padre Gutmacher y Giustino Lucadamo se comprendieron a la perfección con una sola mirada. No había certeza alguna de que incluso una manifestación como aquella de fieles católicos alterara aquella curiosa y casi mística aceptación tranquila del papa eslavo.

Un helicóptero del ejército checo con Christian Gladstone a bordo sobrevoló el perímetro oscuro de las suaves colinas, hasta vislumbrar las luces de la ciudad y del monasterio. A los pocos minutos, el aparato tomó tierra junto a la puerta Lubomirski.

-Lo hemos visto llegar, padre, y lo estábamos esperando -dijo el abad Kordecki después de presentarse, en el momento en que Gladstone se separó de las palas de los rotores.

El helicóptero aceleró y despegó de nuevo en dirección al aeródromo de Radomsko, pero cuando Kordecki logró de nuevo que se le oyera, expresó su decepción. ¿No había venido monseñor Gladstone para llevarse consigo a su santidad? ¿No debía de haber esperado el helicóptero?

-No, padre abad -respondió Chris, mientras seguía a Kordecki por la doble puerta, sin sonrisa ni cumplido alguno-. Ése no es el plan. Volverán a por su santidad si él lo decide. Pero *él* debe decidirlo.

-Santidad -dijo Gladstone después de arrodillarse para besar su anillo, en el pasillo donde el sumo pontífice lo esperaba.

Slattery fue el primero en acercarse, seguido de Lucadamo, Sadowski, Gutmacher y los demás. Estaban todos ansiosos por oír las noticias de Gladstone. Pero Damien interrumpió los cumplidos con un pequeño gesto a sus compañeros, para indicarles que deberían seguir el ejemplo del abad y retirarse. Era preferible dejar al papa a solas con el sacerdote.

-No, Damien -exclamó Chris en tono autoritario, después de pedirle permiso con la mirada al sumo pontífice-. Nos queda poco tiempo, Santo Padre. Y debo hablar con su santidad. Pero estamos todos juntos al borde de este abismo. Lo que ocurra ahora nos ocurrirá a todos. O todos ganamos. O todos perdemos.

A forma de respuesta, el sumo pontífice volvió la espalda al pasillo. Sin decir palabra, cruzó la sala de estar hasta el balcón desde donde veía las luces de Czestochowa y cogió fuerzas de la multitud que todavía aumentaba.

-¿Sabía usted, monseñor -dijo el papa, consciente de la presencia de Gladstone a su espalda, sin volver la cabeza-, que fue aquí, en 1966, cuando se reunieron más de un millón de personas para la consagración de Polonia a María como Reina de la nación?

Christian contempló los millares de luces en la colina de Jasna Gora, millares de luces en Czestochowa, y en la oscura hondonada posterior. Retrocedió y miró a los hombres que esperaban en la sala: el padre Gutmacher y el monseñor Sadowski, que se disponían a rezar juntos el rosario, Giustino Lucadamo, sentado al borde de un enorme escritorio, Lázaro Falla y el doctor Fanarote, que hablaban en voz baja, y Damien Slattery, que se hallaba junto a la puerta del balcón con el entrecejo fruncido, su habitual complexión rosada de un gris pálido debido a su sufrimiento y su aprensión y su mirada fija en Gladstone. Pero lo que Chris no hizo fue responder al papa eslavo.

Al igual que Slattery y los demás, él también percibía el vínculo existente entre la muchedumbre y su supremo pastor. Pero no se hacía ilusiones. Sabía mejor que cualquiera de su pequeño grupo de incondicionales, el terrible desaliento que había afligido la mente y el alma del sumo pontífice. Había frecuentado la compañía de los enemigos del papa eslavo. Había comprobado de primera mano el odio y el desprecio que sus enemigos albergaban por el sumo pontífice, y había saboreado la desagradable realidad de su deseo por acabar con su pontificado. Sabía el alivio que supondría para el Santo Padre escapar de aquel odio, librarse de una vez por todas de la amargura que había llenado los días y las noches de su reinado. Dimitir y jubilarse era una promesa de liberación.

Por todas aquellas razones y porque sabía que las noticias de las que era portador agregarían una terrible dimensión al rencor del que con tanta frecuencia era objeto, Gladstone deseaba que el vicario de Jesucristo tomara buena medida de lo que sucedía. Quería que su papa asimilara los pensamientos

provocados por la inesperada muestra de apoyo de una nación, de católicos reunidos espontáneamente ante sus ojos. Aquel hombre que estaba a punto de renunciar al papado, aquel hombre a quien habían asegurado que ya no era capaz de mantener unido al pueblo de Dios como pastor supremo, debía percatarse de que aquel acontecimiento tenía una dimensión eclesiástica, además de su dimensión espiritual.

-¿Me alegraré de que haya venido, monseñor? -preguntó su santidad, después de volverse para dirigirse a Gladstone, como si hubiera leído la mente del joven sacerdote.

-Mi viaje sólo ha sido posible, Santo Padre, gracias casi a un milagro de buena voluntad por su santidad. Gracias a la buena voluntad de extraños y fieles por un igual, ha sido todo posible.

-Hacerlo todo posible sería casi un milagro, monseñor Christian -dijo el papa en tono contencioso, pero después de facilitarle a Chris la apertura que deseaba.

-El objetivo ha sido el de hacer una cosa posible, Santo Padre -respondió Gladstone, mientras se sacaba el sobre doblemente sellado del bolsillo y lo colocaba boca arriba sobre la baranda del balcón-. Lucifer ha sido entronado dentro del recinto de la Santa Sede en el Vaticano. Ahí está toda la documentación. Nombres. Los ritos utilizados. Todos los datos. La mayor parte de la información está en forma de microcopias, salvo el testimonio del último predecesor de su santidad y una breve inscripción del padre Aldo Carnesecca.

-¡Carnesecca! -exclamó el sumo pontífice con una terrible pesadumbre.

Levantó el sobre con ambas manos. Examinó las dos inscripciones papales de la superficie. Vio las fechas. Leyó la siniestra advertencia del padre Aldo.

-Lo sabía... -dijo sin dirigirse a Gladstone, ni siquiera mirarlo-. No me sorprende que no pudiéramos...

Las palabras del papa eran tan confusas debido al murmullo de la multitud, que Chris no logró comprenderlas, pero siguió todos sus movimientos con la mirada. Vio cómo tocaba el resto del contenido del sobre, vio cómo su rostro adquiría un aspecto terrible, vio cómo retrocedía un paso hacia la sala.

-¿Ha leído usted toda la documentación, monseñor Christian?

-Toda, Santo Padre. Cada una de sus palabras confirma y corrobora lo que le he dicho.

Gladstone hizo un esfuerzo para ahuyentar una ola de desesperación y desaliento que lo envolvía. La voz de su fe le recordó que aquél era su papa, el papa que Jesucristo había elegido para aquel momento en la historia, y que debía serle fiel hasta la muerte. Pero la voz de su lógica le advertía de que aquel hombre estaba a punto de aceptar su destino como papa que dimitía, a punto de otorgar su pleno consentimiento ante el hecho consumado de Satán.

-En esta coyuntura histórica, Santo Padre -prosiguió decididamente Chris-, sólo un hombre se interpone entre nosotros y el mal supremo de nuestro antiguo adversario. Como papa, usted es la barrera que Dios ha colocado entre nosotros y Lucifer. Comprendo que debe de ser desalentador que alguien le diga esto. Pero mis palabras no son más que un recuerdo de la descripción de la Virgen María de su papado. Un eco de la descripción de usted como «último papa de esta era católica».

Gladstone sabía que el sumo pontífice comprendía su referencia críptica a una revelación personal de la Virgen María, en el contexto de su famosa aparición en Fátima. El Santo Padre era un firme creyente en la autenticidad de dicha revelación. Sin embargo, en aquel momento, no parecía dispuesto a establecer la relación entre el entronamiento y la profecía.

-Su santidad no es un hombre común -persistió Christian-. Su santidad es el representante humano oficial en la Tierra del rey del universo. ¿Por qué si no, de no ser por su sacrosanto oficio, llamaríamos a un mero mortal nuestro Santo Padre? Se supone que debe luchar personalmente contra el principal adversario de su rey. Pero ahora ese adversario, el príncipe, ha sido entronado subrepticiamente en la que debería ser la más santa de las sedes de esta Tierra. Ha sido realmente instalado en la casa donde usted reside.

»Insisto, Santo Padre. En este momento, usted es el único ser humano en la faz de la Tierra que goza del poder necesario para encadenar a Lucifer. Ponerle los grilletes. Arrojarlo al abismo infernal. Y me atrevo a afirmar que ante los efectos brutales de dicho entronamiento en la más santa de todas las sedes, es inaceptable que desee retirarse. Dimitir. Otorgar su concesión definitiva.

-¿Dispongo de una alternativa viable, monseñor? -preguntó el sumo pontífice, después de dejar

caer los brazos.

Gladstone movió la cabeza.

-Si su santidad desea permanecer encerrado aquí, la respuesta es no. Llegará el nuncio apostólico. Cuando lo haga, dadas las fuerzas acumuladas ya contra su santidad y el nivel de aquiescencia que su santidad ya ha otorgado, no creo que se niegue a firmar el protocolo de dimisión. Si su santidad permanece aquí en el monasterio, eso será con toda seguridad lo que sucederá.

-Repito, monseñor -insistió el papa, atrapado todavía por sus propias ideas-. ¿Dispongo de alguna alternativa viable?

-¿Pregunta su santidad si existen los medios físicos para sacarlo impunemente de aquí?

-Eso sólo forma parte...

-Estoy de acuerdo, santidad. Pero una parte importante. Y la respuesta en esta ocasión es sí. El helicóptero que me ha traído hasta aquí espera en el aeródromo de Radomsko. En menos de una hora llegará desde Bélgica un avión de pasajeros privado. Como legítimo sucesor del gran pescador, a su santidad se le ha otorgado un nuevo avión papal. Pescador Uno. El piloto tiene permiso para permanecer en tierra dos horas. Si lo desea, Santo Padre, puede estar en ese avión antes del amanecer. Mucho antes de que llegue el nuncio apostólico. Su santidad puede estar en Roma antes de que se llegue a perpetrar el blasfemo engaño definitivo contra la Iglesia y contra el mundo en general, a las doce del mediodía.

-¡Espere, monseñor, espere, se lo ruego!

La interrupción del sumo pontífice no era una objeción sumaria. La propuesta de Gladstone era simplemente demasiado abrupta para asimilarla de pronto, exigía un cambio demasiado violento de su forma de pensar.

-Usted me conoce, monseñor -prosiguió su santidad-. Sabe cómo he actuado. Lo más importante para mí ha sido siempre la unidad de la Iglesia. Por esa razón he estado de acuerdo con mis venerables hermanos, los cardenales. He preferido ver en su juicio la indicación segura de lo que el Señor espera de mí. Siempre he buscado una señal de bendición divina en las reacciones de los más próximos a mí en el servicio del Señor. Por consiguiente, monseñor, debo hacerle esta pregunta: ¿cree usted que su llegada aquí y la repentina congregación de polacos alrededor de Jasna Gora son signos sobrenaturales de la voluntad de Dios?

-¡No, santidad!

Hasta ahora Gladstone había hablado con firmeza pero sin pasión, como si hubiera venido meramente para presentar opciones de viajes. Sólo sus ojos delataban los turbulentos sentimientos que bullían en su interior. Pero dadas las circunstancias, le pareció excesivo oír semejante pregunta.

-¡Esto no son signos sobrenaturales, Santo Padre! Tanto yo como los que han colaborado conmigo hemos actuado por voluntad propia. El hecho de que hasta aquí hayamos tenido éxito, es para nosotros una poderosa indicación de que Dios ha aceptado nuestra oferta de servicio y ha bendecido nuestros planes. Pero lo hemos hecho nosotros por voluntad propia. Al igual que la gente que se ha congregado en esta colina. Los polacos se han movido por el espíritu que los posee como pueblo de Dios. Pero ha sido su propia voluntad lo que los ha reunido alrededor de su santidad.

Estaba claro para los seis hombres en la sala, a sus espaldas, que Gladstone forzaba al papa eslavo a abandonar la simple condescendencia. Que, de un modo o de otro, el sumo pontífice debería tomar una decisión concerniente al futuro de su pontificado, a su propio futuro y al futuro de la Iglesia.

El papa retrocedió lentamente hacia la baranda del balcón, desde donde podía ver a la muchedumbre si lo deseaba.

-Últimamente, monseñor Christian, he meditado mucho sobre aquellas palabras que Jesucristo le dijo a Pedro sobre cómo, cuando envejeciera, otros lo sujetarían y lo conducirían a donde no deseaba ir...

Si aquello iba a ser un discurso de despedida sazonado de signos divinos, Gladstone no deseaba oírlo. No quiso reservarse nada. Todo su ser, su mente, sus nervios, su corazón y su alma, pendían ahora del finísimo hilo de la supervivencia.

-¡Santo Padre! ¡Le ruego no se sienta siquiera remotamente aludido por las palabras del Señor a Pedro en aquella ocasión! Nadie le ha sujetado los brazos. Nadie lo ha obligado a ir donde no deseara. Se ha limitado a consentir el mayor engaño que pueda imaginarse. Es cierto que usted es el sucesor legítimo de Pedro. Que en dicho sentido es Pedro. Es cierto que a Pedro se le ocurrió en una ocasión abandonar Roma. Sin duda pensó que era lo mejor por el bien de la Iglesia. Si evitaba que lo mataran, la

Iglesia se beneficiaría. Y todos conocemos la historia de que el propio Jesucristo se encontró con Pedro en su huida de Roma por la Vía Appia Antica. Se encontró con él. Se lo reprochó. Le ordenó que regresara a su puesto, y a la muerte.

»Pero, por favor, santidad, no hay comparación posible en la faz de la tierra entre la situación actual de su santidad y la de Pedro en aquella ocasión. Ésta no es la Vía Appia Antica, ni los hombres dispuestos a ocupar el trono de Pedro son comparables a Lino, Clemente, o Cleto, que lo tomaron de Pedro. Éste es un oscuro rincón del mundo elegido por los enemigos de la Iglesia de Jesucristo. Éste es el agujero en el que hombres como Maestroianni, Palombo y Aureatini pretenden sepultarlo, y con usted al propio papado como institución.

»¡No, Santo Padre! Usted ha permitido que lo convencieran de que, por el bien de la Iglesia, debía aceptar el juicio renegado del Consejo de Estado. Por su propia elección, ha permitido que lo condujeran a la reclusión. Pero si sigue consintiendo, si espera al nuncio, habrá completado el abandono de su puesto. Un abandono de quince años de duración.

-¿Abandono, monseñor? -preguntó el sumo pontífice a la defensiva, consciente de que Gladstone tenía mucho temperamento, aunque nadie le había hablado jamás a la cara con tanta dureza-. ¿Abandono? ¿Quince años de abandono? ¡Claro que no!

-¡Sí, Santo Padre! ¡Debo insistir en que me escuche!

-¡Lo escucho, monseñor! ¿Cómo he abandonado a mis fieles?

-Usted sabe mejor que cualquiera dentro o fuera de la Iglesia que todas las estadísticas indican que la Iglesia católica está en decadencia. La corrupción interna la convierte en marginal, la desplaza y la corroe como institución pública y como religión personal. Su santidad lo sabe. Nos hemos asegurado de que lo supiera. Hemos llenado sus oídos con informes orales y sus ojos con documentos visuales. Hemos amontonado los estudios detallados sobre su escritorio. Pero incluso sin dichos informes ya lo sabía. Como el hombre mejor informado de la cristiandad, sabía que alguien tiraba de la nariz de la mayoría de sus católicos, para alejarlos de nuestras sagradas tradiciones católicas. Sabía que los conducían a un nuevo seudocristianismo que ninguno de sus predecesores reconocería como catolicismo. Ni Pío Doce. Ni Pío Once. Ni Pío Diez. Ni Pío Nueve. Ninguno de ellos.

»Sin embargo, ¿qué ha hecho para evitar el deterioro, santidad? Habla de la búsqueda de unidad. Pero ha abandonado a sus seminaristas en manos de maestros herejes. Ha abandonado a sus feligreses en manos de disidentes, sí, de obispos y cardenales inmorales. Ha abandonado a sus alumnos a un sistema de educación no católico y a sus monjas a una ola destructiva de feminismo seglar. No ha protegido a ninguno de ellos. Ni siquiera nuestros sagrados edificios. Ha permitido que retiraran de nuestras iglesias y capillas el altar y el tabernáculo, el confesionario y la estatua. En todo ello, ha condescendido continuamente. Y ahora está a punto de acceder a la liquidación de su propio pontificado.

Gladstone dejó de hablar tan abruptamente como había empezado. ¿Para qué? Percibía que el sumo pontífice se retiraba al sanctasanctórum de su propia mente. Sus palabras eran como piedras muertas sobre un tejado de cinc: mucho ruido y pocas nueces.

En el silencio que se hizo entre ellos, al sumo pontífice se le subieron los colores a las mejillas. No era enojo lo que sentía, sino una profunda emoción. Una terrible conciencia. Una sensación de estar completamente solo. A su espalda estaba todo el pueblo de Dios para quien, como papa, él era el único representante del Todopoderoso en la Tierra. Delante de él, el abismo del ser incomensurable de Dios y su poder infinito.

-Sólo una simple señal de la intención de Dios -dijo en tono suave y entrecortado el sumo pontífice-. En todo momento he esperado una señal de la santa voluntad de Dios.

El efecto en Gladstone fue devastador. Contemplaba el fracaso, y la realidad de la situación lo azotó con tanta crueldad que se quedó completamente pálido. En aquellas dos oraciones, el papa había resumido su actitud. Había expuesto la regla por la que juzgaba la situación actual, las palabras de Christian, sus próximos pasos.

Chris sintió una necesidad desesperada de apelar a la divina providencia, un deseo de rezar doloroso por su intensidad. La presión acumulada en los últimos días amenazaba con desbordarse y convertirse en impotente desesperación. ¿Sería aquél el resultado de sus esfuerzos? ¿Ver cómo su papa, el ser vivo dotado de mayor poder divino, se retraía temerosamente? En una situación concreta en la que la seguridad y la integridad de la Iglesia de Jesucristo estaban en juego, ¿era sólo capaz de insistir en una

señal? ¿Había recorrido ese largo camino sólo para comprobar que el papa, el hombre que debería ser el pilar de la voluntad católica para enfrentarse al mundo entero, no era más que un anciano titubeante que pretendía negociar con el Todopoderoso?

Casi aniquilada su voluntad, Chris luchó contra sus propias emociones. Escudriñó el rostro del sumo pontífice con la mirada. Percibió los estragos del tiempo, el inevitable deterioro de la edad. En un pasado reciente, pensó, aquel hombre había sido un león rampante que la providencia había lanzado contra la URSS y había desintegrado al coloso.

Y de pronto, con la rapidez de una centella, Chris lo comprendió. La compasión, primogénita del verdadero amor, impregnó inesperadamente su alma por el mejor conocido de los papas del siglo XX. Vio más allá de su incuestionable virtud moral y su astuta visión geopolítica. Más allá de su destino peculiar. Más allá, sobre todo, de sus fatales debilidades.

Aquel sumo pontífice había conseguido su gran victoria contra el marxismo soviético. Y había permitido que millones de personas ya nacidas y millones de personas todavía por nacer, escaparan de la más cruel de las tiranías concebidas hasta el presente por corazones humanos. Pero había conseguido dicha victoria en nombre de la solidaridad humana. Y hecho esto, después de que el papa actuara con éxito en nombre de la solidaridad humana como cemento indestructible de fraternidad entre los hombres, de identidad humana como familia, el papa y su papado habían sido integrados en la construcción de dicha solidaridad. De ese modo, se había adulterado la misión esencial de la Iglesia católica, ya que por principio sagrado, el papa y su papado no podían estar subordinados a la solidaridad humana, sino al reino y al régimen de Jesús de Nazaret, como Señor de la historia humana. No obstante, él como papa y su administración como papado, estaban alineados con un objetivo puramente humano.

Con la empatía de su sentimiento humanitario, nunca hablaba explícitamente de Jesús de Nazaret como Rey de las naciones, sino de la solidaridad que esperaba fomentaran las organizaciones transnacionales. No se presentaba consistentemente en las reuniones globalistas de las naciones como vicario supremo de Jesucristo. Su descripción predilecta de sí mismo era algo tan inofensivo, tan anodino, como «yo, hijo de la humanidad y obispo de Roma». Tampoco inculcaba la verdad del catolicismo como voluntad explícita de Jesucristo, sino como normas éticas, como condiciones deducidas por la razón humana para proteger la solidaridad de la familia humana.

Sin embargo, afirmar que el papa eslavo había sido influido por las circunstancias, no equivalía a decir que no hubiera actuado según su propia voluntad, sino todo lo contrario. Nadie podía negar su creencia en la divina persona y en la función de Jesús de Nazaret y en el calvario. Nadie podía dudar de su integridad personal ni de su devoción innata. Pero había sido su elección hablar el lenguaje de sus contemporáneos, en lugar del conocido tono de los pontífices romanos que declaraban la verdad sobre Dios. Había sido su elección eliminar los símbolos católicos de los edificios sagrados, eliminar incluso la sangre y el cuerpo de Jesucristo, con el propósito de adaptarse a la mentalidad de religiones ajenas y a los ritos paganos de los infieles. Había sido su elección relegar a un segundo plano la panoplia de su catolicismo. Compartir con excesiva frecuencia la compañía de prelados no católicos que nunca compartían su fe católica y de teólogos no católicos desprovistos de devoción católica.

Ahora, en el crepúsculo de su papado, ya no era fácil extender la mano más allá de los límites de la solidaridad humana, para proclamar el antiguo mensaje del papado tradicional. Al parecer ya ni siquiera se le ocurría utilizar su papado como arma. De ahí la facilidad con que consideraba la dimisión y el retiro ante una astucia para él inconmensurable.

Aquella ola de comprensión envolvió a Gladstone en pocos segundos. Conocía ahora la actitud de aquel enigmático papa. Y sabía que había sólo dos medios posibles de que reaccionara. A fin de convencerlo de que regresara a Roma, aunque sólo fuera el tiempo necesario para deshacer el entronamiento, sería preciso que lo aceptara como obligación básica de aquella solidaridad humana que con tanto ahínco había defendido y de la que ahora era un prisionero. Y debería aceptarlo también como consecuencia directa de su ferviente devoción a María, Madre de Jesús, a quien había dedicado su pontificado.

-Santidad -dijo Gladstone, después de recuperar su valor-, no tenemos ninguna necesidad de solicitar una señal milagrosa, a Jesucristo que aparezca en toda su gloria o que el sol baile de nuevo en el firmamento. En cierto sentido, su santidad no lo merece. Pero lo más importante es que su santidad no lo necesita. No estamos ante el apocalipsis. ¡Aún no! Hace un momento, he mencionado que la Virgen lo

describió como «el último papa de esta era católica». Si lo acepta como una verdadera declaración de María y especialmente si lo considera en el contexto de los hombres en Roma que podrían convertirse en papas, ¿no es usted el último capaz de limpiar la santa basílica y el Vaticano de todo vestigio del entronamiento de Lucifer?

»Usted ha insistido en que, desde el principio de nuestra salvación por Nuestro Señor Jesucristo, Dios ha decidido tratar con el mundo por mediación de su santa Madre. Una y otra vez ha repetido que había sido elegido por Dios como papa, para servir especialmente a su Madre. Y si todavía conserva esa devoción a la Virgen, ¿no es su obligación la de luchar contra el más antiguo enemigo de la raza humana? Usted no puede, Santo Padre, darle la espalda. Negarse a ejercer ese poder único que Jesucristo le ha concedido. Escabullirse de su destino como último papa de esta era católica. Permitir que Lucifer y sus clérigos dentro de la Iglesia propaguen su blasfemia en el altar, el tabernáculo, el sacerdocio y el papado.

»Dimita si lo desea, santidad. ¡Pero no todavía! Por el bien de su propia alma, no puede abandonarnos desnudos y sin protección ante ese arcángel caído que, en palabras de Pedro, pretende devoramos a todos como un león hambriento. No puede abandonarnos en las garras del mal. No puede abandonar el papado, sabiendo que ha dejado al supremo enemigo al mando.

Christian no tenía más que decir, ni más que ofrecer. Había agotado su reserva de energía. Permanecía inmóvil junto al papa a la espera de su decisión, cuando en su mente empezaron a aparecer imágenes fijas de sus primeras conversaciones con Aldo Carnesecca. De aquel sacerdote sencillo y de gran corazón, que comprendía las tácticas de la gran batalla espiritual que casi había engullido a Christian.

Chris se retiró del papa y de la muchedumbre. Miró a Angelo Gutmacher, con su rostro cubierto de cicatrices inmerso en la oración. Pensó en aquella última semana que él y el padre Angelo habían pasado juntos hacía ya una eternidad en «La casa azotada por el viento». Vio de nuevo a todos aquellos hombres y mujeres que habían acudido cuantiosamente en busca de consejo, consuelo y sacramentos válidos que ya no podían obtener en ningún otro lugar. Recordó la visita de Gutmacher a la capilla de la torre de «La casa azotada por el viento», antes del amanecer, cuando lo había regañado, incluso avergonzado, por su reticencia a aceptar la llamada del servicio sacerdotal en Roma. Recordó las palabras de advertencia de Gutmacher sobre los peligros de Roma y sobre lo que podía conseguir la gracia de Dios. Recordó el abrazo de Cessi aquella mañana en la torre del viejo Glad y, como auténtica Gladstone que era, le había dicho que Roma necesitaba una buena sacudida.

Recordó la esperanza con que había iniciado su misión para aquel papa, su convencimiento de que el Santo Padre deseaba realmente atajar los abusos en su Iglesia, y que adoptaría una posición firme al respecto. Recordó su ira cuando el temperamental Michael O'Reilly había sido abandonado a los lobos por débiles prelados, mientras se permitía que floreciera una compleja y sistemática tapadera eclesiástica. «Cuando el Santo Padre cumpla con su obligación en su diócesis -había protestado O'Reilly-, podrá ocuparse de mis asuntos.» No era pedir demasiado. Como toda la gente reunida ahora allí en la colina de Jasna Gora, O'Reilly quería lo prometido. Un líder. Un pastor que cuidara todos los días de su rebaño.

Gladstone dirigió la mirada a Damien Slattery, de pie todavía en el umbral de la puerta, y recordó cómo él también había llegado a «La casa azotada por el viento», después de la destrucción de su servicio como sacerdote en Roma y de los ataques del cardenal apóstata de Centurycity. A pesar de lo cual, se había armado de valor y había insistido en hacer un buen trabajo para el papa eslavo en Norteamérica. Pero el rostro de aquel corpulento irlandés estaba ahora tan distorsionado por el dolor y la confusión, que Chris dio un par de pasos para situarse junto a él.

-¿Qué opina, Chris? -preguntó Damien en un ronco suspiro-. ¿Vendrá o no vendrá? ¿Y qué haremos si decide quedarse?

De pronto Gladstone sintió un escalofrío en su corazón. No tenía palabras de consuelo para la aflicción de Slattery.

-Regresaremos solos, Damien, a que nos crucifiquen. ¿Pero hemos sabido realmente alguna vez lo que impulsa a ese hombre? Usted lo conoce tan bien como yo. ¿Ha aliviado alguna vez nuestro dolor? ¿No nos ha dejado perpetuamente en la duda? ¿Sin estar seguros de que nuestra ordenación sacerdotal

sea válida, o que sea necesario ser católico para salvarse? Nos ha dejado graves dudas sobre tantas cuestiones fundamentales, a merced de la confusión.

»Seguiré insistiendo -dijo Chris ahora con lágrimas en los ojos-. Tal vez logre que se mueva. Pero no lo sé, Damien. Somos tantos ahora los que nos enfrentamos a un desastre permanente. Sólo sé que nos ha abandonado pieza por pieza, en cuestiones menores y mayores. ¿Será ahora diferente? No lo sé...

Chris se acercó de nuevo al balcón y levantó los ojos para mirar al papa silencioso, mientras acuciantes preguntas invadían su mente. ¿Podía aquélla ser su respuesta? ¿A Carnesecca? ¿A Slattery y a Gutmacher? ¿A todos nosotros? ¿Silencio?

¿Era eso a lo que todo se resumía? ¿Todos sus años como sumo pontífice? ¿Todos los millones de kilómetros de las peregrinaciones papales? ¿Los miles de millones de hombres, mujeres y niños que habían visto su cara y oído su voz? ¿Los amplios ríos de palabras que había vertido en tantos idiomas, las ciudades que había visto, los líderes mundiales a los que había visitado y que lo habían visitado?

¿Todo se reducía a aquello? ¿A su reclusión en una solitaria colina del sur de Polonia a instancias de los astutos enemigos de Jesucristo? ¿Podía ser aquélla realmente la voluntad de Jesucristo para su portavoz, su vicario personal en la Tierra? ¿Podía en realidad pensar que el Dios que vino a ser crucificado por nosotros le mandara una señal para confirmar su aquiescencia en aquellas insignificantes disputas de pigmeos? ¿O en la oscura voluntad de las fuerzas del mal a las que aquellos hombres servían?

Sin duda debían ocurrírsele aquellas preguntas a su santidad, antes de permitir que se cerrara la última página de aquellos terribles acontecimientos, y se clausurase para siempre el capítulo de la historia de su santidad...

-Precisamente ahora, Santo Padre, es el momento de la verdad.

Gladstone dio otro paso hacia el balcón del monasterio de Jasna Gora. Un paso más cerca del papa eslavo.

-No ha llegado todavía el alba, pero faltan pocos minutos. Santo Padre...

La voz de Christian quedó ahogada por los fuertes vítores de la multitud. Un par de equipos de televisión habían llegado a Czestochowa y habían encendido sus potentes luces para iluminar la escena.

Todavía en silencio, el papa eslavo levantó la mirada al amanecer. La persistente llovizna había cesado. La capa de nubes empezaba a retirarse, desplazada por una brillante alfombra negra repleta de estrellas.

Pero Gladstone lo había dicho. No se vislumbraba todavía el amanecer en el horizonte de levante.



Año 1963. Satanás es entronizado en la capilla paulina del Vaticano, en una terrible ceremonia secreta en la que participan varios cardenales y obispos.

Treinta años después, una conspiración de eclesiásticos, políticos y empresarios, unidos por su pertenencia a la masonería, su delirio globalista y su sumisión al diablo, trata de implantar un gobierno mundial, en el que la Iglesia Católica abandone su papel de Esposa de Cristo para servir al poder global.

A punto de lograr su objetivo, los integrantes de este complot tratan de vencer un último obstáculo: 'el Papa eslavo', un hombre profundamente espiritual en la cátedra de san Pedro.

Sitiado dentro de la propia estructura del Vaticano y presionado por sus enemigos para presentar su dimisión, el Papa confía en un joven sacerdote estadounidense para jugar una partida definitiva en la guerra contra el Mal.

"Es una novela, pero en un 85% se basa en hechos reales, y muchos de los personajes que aparecen en ella son reales aunque les haya dado nombres de ficción"

Malachi Martin, 1999.


ISBN: 978-84-17407-18-6
9 788417 407186